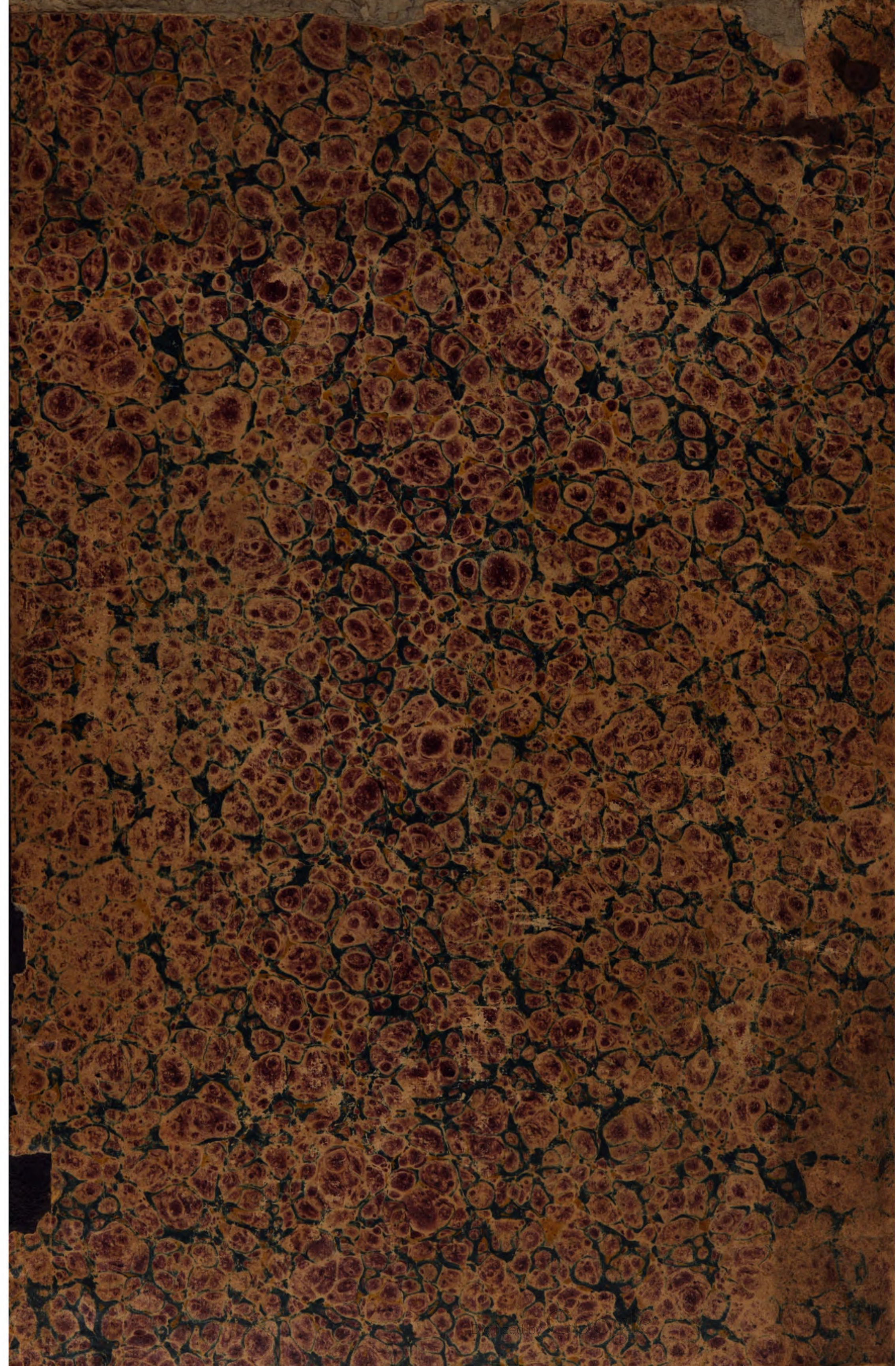


LAS MEMORIAS DEL DIABLO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LAS

MEMORIAS DEL DIABLO.

NOVELA

POR FEDERICO SOULIE.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TESTO.





MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.

PARIS.

LIBRERIA ESPAÑOLA, Rue de Provence, núm. 12. | DEPOSITO CENTRAL, Rue St. Andrée des Arts, num. 47.

1855.

Digitized by Google

Digitized by Google

LAS MEMORIAS DEL DIABLO.

NOVELA

POR FEDERICO SOULIÉ.

I.

EL PALACIO DE RONQUEROLLES.

El 1.º de enero de 182.... el baron Francisco Armando de Luizzi se hallaba sentado junto á la chimenea, en su palacio de Ronquerolles. Aunque hace ya veinte años que no he visto aquel edificio, me acuerdo de él perfectamente. Contra la costumbre de los palacios feudales estaba situado en el centro de un valle. Entonces se componia de cuatro torres enlazadas entre sí por otros tantos cuerpos de fábrica, y unas y otros terminaban en tejados puntiagudos cubiertos de pizarra, cosa muy rara en los Pirineos.

Así es, que cuando se miraba á aquel palacio desde la cumbre de las colinas que le rodeaban, mas bien parecia una habitacion de los siglos XVI ó XVII, que una fortaleza del año 1327, en cuya época habia sido construido. En mi infancia he visitado con frecuencia lo interior de aquel palacio, ó si se quiere castillo, y recuerdo que me causaban admiracion las anchas baldosas de que estaba cubierto el pavimento de los desvanes en donde jugábamos. Aquellas baldosas que contrastaban con los mezquinos ladrillos de mi casa, habian defendido las azoteas de Ronquerolles cuando era una fortaleza: mas tarde quedaron cubiertas por unos tejados puntiagudos como los que se ven sobre la puerta de Vincennes, sin alterar por eso la construccion primitiva.

Ahora que ya sabemos que de todos los materiales el hierro es el que menos dura, me guardaré muy bien de decir que Ronquerolles parecia construido de hierro, pues tanto le habia respetado la accion de los siglos; pero ahora no puedo menos de asegurar que el estado de conservacion de aquel vasto edificio, era verdaderamente muy notable. Hubiérase dicho que el capricho de un rico opulento aficionado á lo gótico, habia levantado la víspera aquellas paredes intactas de que ni una sola piedra se habia desnivelado, y que habia dibujado sus floridos arabescos, de los que ni una sola línea se habia borrado. Sin embargo, no habia memoria de haber visto trabajar á nadie en la conservacion y reparacion del castillo.

Con todo, habia sufrido muchas alteraciones desde el dia de su construccion, y la mas notable era la que se observaba al acercarse á Ronquerolles por el lado del Mediodía. Ninguno de los balcones que ocupaban aquel lienzo de la fachada era igual á los demas. El primero de la izquierda era una ventana en forma de ogiva con una cruz de piedra con las ariolas truncadas, que la dividia en cuatro compartimentos con sus vidrios. La que la seguia era semejante á la primera escepto los vidrios que habian sido reemplazados por unas vidrieras blancas con sus plomos, colocadas en unos marcos de hierro movibles. La tercera habia perdido su ogiva y su cruz de piedra. La ogiva habia sido tapiada con unos ladrillos, y unos gruesos marcos de madera, en los que se movian lo que despues se han llamado ventanas á la guillotina, reemplazaban á las vidrieras con cerco de hierro. La cuarta adornada con dos puertas ventanas,

Digitized by Google

esterior la una é interior la otra, ambas con sus fallebas y vidrios pequeños, estaba ademas defendida por una contraventana pintada de encarnado. La quinta no tenia mas que un crucero de vidrios grandes, y una persiana pintada de verde. Y por último, la sesta estaba adornada con un grande cristal, por detrás del cual se veia una cortina de los mas vivos colores: ademas tenia contraventauas muy gruesas. Esta última ventana apareció á los habitantes de Ronquerolles al dia siguiente de la muerte del baron Hugo Francisco de Luizzi, padre del baron Armando Francisco de Luizzi, y la mañana del 1.° de enero de 182.... sin que pudiera decirse quien la habia construido ni adornado como se encontraba.

Y lo mas estraño es, que la tradicion referia que los demas balcones ó ventanas se habian abierto del mismo modo y en circunstancias semejantes, es decir, sin que se hubiese visto ejecutar el menor trabajo, y siempre al dia siguiente de la muerte del propietario del castillo. Lo cierto es, que cada una de aquellas ventanas correspondia á una alcoba que se cerraba para no volver á ser abierta, en el momento en que cesaba de existir el que debia ocuparla durante toda su vida.

Probablemente si Ronquerolles hubiese sido constantemente habitado por sus propietarios, aquel estraordinario misterio habria agitado en gran manera á la poblacion: pero ya hacia mas de dos siglos que cada nuevo heredero de los Luizzi solo se habia presentado en el palacio para tomar posesion de él, y permanecido únicamente veinte y cuatro horas, dejándole en seguida para no volver mas. Lo mismo habia sucedido con el baron Hugo Francisno de Luizzi, y su hijo Armando Francisco de Luizzi, que llegó el 1.° de enero de 182... habia anunciado su partida para el dia siguiente.

El conserge no habia tenido noticia de la llegada de su amo hasta que le vió entrar en el palacio, y el asombro de aquel buen hombre se convirtió en terror, cuando al tratar de preparar una habitacion para el recien llegado, vió que éste se dirigia hácia el corredor en donde estaban situadas las alcobas misteriosas de que ya hemos hablado, y que con una llave que sacó del bolsillo, abrió una puerta que el conserge todavía no conocia, y que habia aparecido en el corredor del mismo modo que la ventana en la fachada. La misma variedad que en las ventanas se observaba en las puertas: cada una perteuecia á un estilo diferente, y la última era de madera encarnada incrustada de cobre. Despues de las puertas continuaba la pared á lo largo del corredor, como continuaba por la fachada. Entre estas dos paredes desnudas é impenetrables se hallaban sin duda otras alcobas, pero destinadas probablemente á los herederos futuros de los Luizzi, permanecian, como el porvenir á que pertenecian, inaccesibles y ocultas. Las que podriamos llamar alcobas de lo pasado estaban tambien cerradas y desconocidas, pero, sin embargo, habian conservado las aberturas por las cuales podia penetrarse en ellas. La nueva habitacion, la alcoba del presente, si gustais, era la única que estaba abierta, y durante todo el dia 1.° de enero, entraron libremente en ella cuantos quisieron.

Aquel corredor, que nos parece en verdad que participaba un poco de la alegoría, no pareció infundir á Armando de Luizzi mas que la humedad y el frio, y mandó encender una buena lumbre en la chimenea de mármol blanco de su habitacion. Alli permaneció todo el dia arreglando las cuentas de la posesion de Ronquerolles: por lo concerniente al palacio no fueron largas: Ronquerolles ni producia ni costaba nada. Pero Armando de Luizzi tenia en las cercanías algunas granjas, cuyos arrendamientos habian espirado y queria renovar. Cualquiera otra clase de gente que los renteros que fueron introducidos en la habitacion de Armando, se hubieran sorprendido de su moderna elegancia. Aquella pieza estaba amueblada completamente á lo *Luis XV*, es decir, de un modo grotesco y poco cómodo. Como algunas casas antiguas de las inmediaciones conservaban recuerdos originales de aquella época, ocurrió que la novedad del elegante Luizzi pasó por una antigualla entre las honradas gentes del campo, y aparecieron los adornos de la nueva habitacion en mucho menos que la cómoda y la mesa de caoba de la muger del escribano.

Todo el dia se pasó discutiendo y conviniendo en los nuevos contratos, y hasta entrada la noche no se quedó solo Armando de Luizzi. Como ya hemos dicho, estaba sentado junto á la chimenea, y á su lado habia una mesa, en la que estaba colocada una vela. Mientras Armando se hallaba entregado á sus reflexiones, el reloj dió las doce, las doce y media, la una y la una y media. Al oir la campanada que anunciaba esta última hora, Luizzi se levantó y comenzó á pasearse con agitacion. Armando era un hombre de alta estatura, su modo natural de andar denotaba la fuerza, y la espresion habitual de sus facciones anunciaba la resolucion. Sin embargo, temblaba, y su agitacion iba en aumento á medida que la aguja se acercaba á las dos. Algunas veces se detenia para escuchar si se oia algun ruido esterior, pero nada turbaba el silencio solemne de que se hallaba rodeado. En fin, Armando oyó el pequeño golpe del escape del reloj que precede al dar la hora.

Una repentina y profunda palidez se esparció por el rostro de Armando; permaneció un momento inmóvil y cerró los ojos como un hombre que se siente malo. En aquel instante interrumpió el silencio la primera campanada de las dos: aquel ruido pareció sacar á Armando de su abatimiento, y antes que sonase la segunda campanada, tomó una campanilla de

Digitized by Google

plata que habia sobre la mesa, y la agitó con violencia, diciendo únicamente la palabra ¡ven!.....

Cualquiera puede tener una campanilla de plata, y tocarla á las dos en punto de la mañana diciendo la palabra ¡ven!... pero probablemente á nadie le sucederá lo que á Armando de Luizzi. La campanilla que habia agitado vivamente no produjo mas que un solo golpe, un sonido débil y una vibracion triste y sin estrépito. Cuando profirió la palabra ¡ven!.... Armando esforzó la voz como un hombre que quiere ser oido de lejos, y sin embargo, su voz espelida con vigor de su pecho, no pudo llegar al tono imperativo y resuelto que habia querido darla: parecia que lo que se escapaba de su boca era una humilde súplica, y él mismo se asombraba de tan estraño resultado, cuando vió en el sitio que acababa de dejar un ser que podia pasar por hombre segun su tranquilo ademan, que tambien podia ser una muger, porque tenia el rostro y los miembros muy delicados, pero que seguramente era el diablo, porque se habia aparecido alli sin entrar por ninguna parte. Su trage consistia en una bata con mangas anchas, que no indicaba á qué sexo pertenecia el individuo que la usaba.



¡Ah! ¿con que sois un impertinente? querido, pues tanto peor.

Armando de Luizzi examinó en silencio á aquel estraño personage, mientras éste se acomodaba en un sillon á la Voltaire, que se hallaba próximo al fuego. El recien llegado se recostó negligentemente y dirigió hácia la lumbre el dedo índice y el pulgar de su blanca y delgada mano: aquellos dos dedos se dilataron indefinidamente como unas tenazas y to-

Digitized by Google

maron un ascua. El diablo, porque era el mismo en persona, tomó un cigarro de encima de la mesa y lo encendió. Apenas aspiró una bocanada de humo, tiró el cigarro con disgusto y dijo á Armando de Luizzi:

—¿No teneis tabaco de contrabando?....

Armando no contestó.

—En ese caso, aceptad el mio, prosiguió el diablo.

Y sacó del bolsillo de su bata una petaca de esquisito gusto. Tomó dos cigarrillos, encendió uno en el ascua que todavía tenia en la mano, y se le presentó á Luizzi, que le rechazó con un gesto, y el diablo le dijo con un tono muy natural:

—¡Ah! con que sois un impertinente, querido, pues tanto peor.

Luego comenzó á fumar sin escupir, con el cuerpo inclinado hácia atrás, y silbando de cuando en cuando una contradanza, que acompañaba con un movimiento de cabeza completamente intempestivo....

Luizzi continuaba siempre inmóvil en frente de aquel estraño diablo. En fin, rompió el silencio; y armándose de esa voz vibrante y reprimida, que constituye la declamacion del drama moderno, dijo:

—Hijo del infierno, te he llamado....

—No sé, le dijo el diablo interrumpiéndole, por qué me tuteais, eso es de muy mal gusto. Es una costumbre que han tomado entre sí los que vosotros llamais artistas; falsa apariencia de amistad que no les impide envidiarse, aborrecerse y despreciarse: es una forma de lenguaje que vuestros novelistas y dramaturgos han agregado á la espresion de las pasiones llevadas hasta su mas alto grado, y de que las gentes bien nacidas no se sirven jamás. Vos que no sois ni literato ni artista, me hareis un obsequio en hablarme como al primero que llega, lo cual es mucho mas conveniente. Os haré tambien la observacion, de que llamándome hijo del infierno decís una de esas necedades que suelen tener curso en todas las lenguas conocidas. Yo no soy mas hijo del infierno que vos lo sois de vuestro cuarto porque habitais en él.

—Sin embargo, tú eres al que yo he llamado, contestó Armando afectando un gran poderío dramático.

El diablo miró á Armando de soslayo, y le contestó con una superioridad marcada:

—Sois un fátuo, ¿creeis que hablais á vuestro lacayo?

—Hablo al que es mi esclavo, esclamó Luizzi llevando la mano á la campanilla que tenia delante de sí.

—Como gusteis, caballero baron, replicó el diablo. Pero á fé mia que sois un verdadero jóven de nuestra época, ridículo y necio. Pues que estais tan seguro de haceros obedecer, podiais hablarme con mas finura; eso nada os costaba. Esos modales son buenos para los aldeanos que llegan á hacer fortuna, que porque se mecen en su carruage creen que tienen el aire de hallarse habituados á él. Vos sois de una familia antigua, llevais un buen nombre, teneis un aspecto escelente, y no necesitais de esas ridiculeces para haceros notable.

—¿El diablo habla de moral? .. eso es estraño y....

—No discutais como un clérigo; no me atribuyais palabras estúpidas, para tener la gloria de refutarlas victoriosamente. Yo no fundo la moral en las palabras, ese es un recreo que abandono á los bribones y mugerzuelas; aborrezco y vitupero las ridiculeces. Si el cielo me hubiese concedido la gracia de tener hijos, les hubiera dado dos vicios mejor que una ridiculez.

—Para eso debes encontrarte con fondos.

—Mucho menos que el ciudadano mas virtuoso de París. Aprovecharse de los vicios no es tenerlos. Pretender que el diablo tiene vicios, seria lo mismo que sostener que el médico que vive de vuestras enfermedades es un enfermo; que el abogado que medra con vuestros pleitos es un litigante, y que el juez á quien se señala un sueldo para que castigue los crímenes es un asesino.

Aquel diálogo entre el personage sobrenatural y Armando de Luizzi tuvo efecto sin que uno ni otro mudasen de sitio. Hasta aquel momento, Luizzi mas bien habia hablado para no aparecer intimidado que para decir lo que queria. Se habia ido reponiendo poco á poco de su turbacion, y del asombro que le habian producido la figura y los modales de su interlocutor, y resolvió adoptar otro asunto de conversacion mucho mas importante para él. Tomó, pues, otro sillon, le colocó al otro estremo de la chimenea, se sentó en él y examinó al diablo de mas cerca. Armando pudo entonces admirar mejor la elegante tenuidad de las facciones y formas de su huésped. Sin embargo, sino hubiera sido el diablo, no se habria podido adivinar fácilmente si aquel rostro pálido y hermoso, si aquel cuerpo delgado y nervioso pertenecian á un jóven de diez y ocho años, á quien devoran deseos desconocidos, ó á una muger de treinta estenuada por los placeres. En cuanto á la voz hubiera parecido muy grave para una muger, si no hubiésemos inventado el contralto, ese bajo femenino que promete mas de lo que da. La vista, ese órgano que descubre nuestro pensamiento cuando no nos sirve para penetrar en el de los demas, la mirada, no decia nada. El ojo del diablo no hablaba, veia. Armando concluyó su inspeccion en silencio, y convencido de que una lucha de entendimiento con aquel ser inesplicable no le seria muy ventajosa, tomó la campanilla de plata y la hizo sonar otra vez.

Al oir aquel mandato, porque en efecto lo era, el diablo se levantó y se mantuvo de pie ante Armando de Luizzi en la actitud de un criado que aguarda las órdenes de su amo.

Digitized by Google

Aquel movimiento, que no duró mas que la décima parte de un segundo, habia producido un cambio completo en la fisonomía y el trage del diablo. El ser fantástico habia desaparecido, y Armando vió en su lugar un rústico con librea, con sus gruesas manos metidas en guantes de algodon blanco, una cara abultada y avinágrada sobre un chaleco encarnado, unos pies muy anchos con gruesos zapatos, y sin pantorrillas aunque con botines.

—Heme aqui, señor, dijo el nuevo aparecido

—¿Quién eres? preguntó Armando ofendido de aquel aire de bajeza insolente y brutal, carácter universal del criado francés.

—No soy criado del diablo: no hago mas de lo que me dicen, pero hago lo que me mandan.

—¿Y á qué vienes aquí?

—Aguardo las órdenes de mi señor.

—¿No sabes para qué te he llamado?

—No, señor.

—Mientes...

—Si, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Como querais, señor.

—¿No tienes nombre de pila?

El diablo no se movió, pero todo el castillo desde la veleta hasta el sótano comenzó á reir. Armando tuvo miedo, mas para no dejarlo traslucir se encolerizó, que es un medio tan conocido como el de cantar.

—En fin, contesta, ¿no tienes nombre?

—Tengo tantos cuantos querais: he servido con toda especie de nombres. Habiéndome admitido á su servicio un noble emigrado, en 1814, me llamó Bruto para humillar á la república en mi persona. Desde alli pasé á casa de un académico que cambió el nombre de Pedro que tenia, en el de *La Piedra*, porque, segun decia, era mas literario. Fuí despedido por haberme dormido en la antesala mientras que mi amo leia en la tertulia. El agente de cambio, á cuya casa pasé, quiso darme por fuerza el nombre de Julio, porque el amante de su muger se llamaba asi, y el marido tenia mucho gusto en decir delante de su esposa, ¡ese animal de Julio!... ¡ese estúpido de Julio!... ¡ese bribon de Julio!.... etc. Me marché porque estaba ya cansado de recibir injurias en fideicomiso, y entré en casa de una bailarina á quien sostenia un par de Francia.

—Querrás decir en casa de un par de Francia que mantenia una bailarina.

—Quiero decir lo que he dicho: es una historia muy poco conocida, pero que os contaré algun dia, si os agrada publicar alguna vez un tratado de moral humana.

—Hele ahi que ya vuelve á moralizar.

—En mi clase de criado hago lo menos que puedo.

—¿Luego tú eres mi criado?

—Ha sido preciso. He procurado venir á vuestro lado con otro título, y me hablásteis como á un lacayo: no pudiendo obligaros á ser culto me he sometido á ser insolente y vedme como sin duda me quereis. Caballero, ¿teneis algo que mandarme?

—Efectivamente, pero tambien tengo que pedirte un consejo.

—Mi señor me permitirá que le diga que consultar á su criado es reproducir la comedia del siglo XVII.

—¿En dónde has aprendido eso?...

—En los folletines de los periódicos.

—¿Con que segun eso los lees?... pues bien, ¿qué piensas de ellos?

—¿Y por qué quereis que piense algo de unas gentes que no piensan?

Luizzi se detuvo reflexionando que tampoco conseguia su objeto con aquel nuevo personage: tomó la campanilla, pero antes de tocarla, dijo al diablo:

—Aunque seas el mismo espíritu bajo diferente forma, me desagrada el tratar contigo del asunto de que debemos hablar, mientras conserves ese aspecto: ¿puedes variarle?

—Estoy á las órdenes de mi señor.

—¿Puedes volver á tomar la forma que tenias hace poco?

—Con la condicion que me deis una moneda de las que se hallan en esa bolsa.

Miró Armando y vió sobre la mesa una bolsa en que hasta entonces no habia reparado. La abrió y sacó de ella una moneda. Era de un metal inestimable y no tenia mas que la inscripcion: *Un mes de la vida del baron Francisco Armando de Luizzi*. Armando comprendió inmediatamente el misterio de aquella especie de pago: volvió, pues, á colocar la moneda en la bolsa, que le pareció muy pesada y le hizo sonreir.

—No pago tan caro un capricho.

—¿Os habeis vuelto avaro?...

—¿Cómo es eso?...

—Porque habeis desparramado mucha de esta moneda por conseguir menos de lo que pedís.

—No lo recuerdo.

—Si me fuese permitido el ajustar vuestra cuenta, veríais que ni un solo mes de vuestra vida habeis dado por una cosa razonable.

—Podrá ser, pero al menos he vivido.

—Segun el sentido que deis á la palabra vivir.

—¿Luego tiene muchos?

—Dos muy diferentes. Vivir, para muchas gentes, es dedicar su vida á todas las exigencias que las rodean. Al que vive de este modo llàman, mientras es jóven, un *buen muchacho*; cuando ha llegado á la edad madura, un *escelente hombre*, y le califican de *buen hombre* cuando ya es viejo. Estos tres nombres tienen un sinónimo comun, y es la palabra tonto.

—¿Y tú crees que yo he vivido como tal?

—Creo que mi señor lo piensa como yo, puesto que no ha venido á este castillo mas

Digitized by Google

que para cambiar de modo de vivir y tomar otro.

—¿Y podrás definirme ese otro?

—Como es el asunto del convenio que vamos á celebrar juntos....

—¿Juntos?.... ¡no, repuso Armando interrumpiendo al diablo: no quiero tratar contigo; eso me repugnaria demasiado. Tu aspecto me desagrada estraordinariamente.

—Y sin embargo, era una probabilidad en vuestro favor: se concede muy poco á los que disgustan. Un rey que trata con un embajador que le agrada, siempre suele hacerle alguna concesion peligrosa: una muger que trata de su caida con un hombre que la agrada, pierde siempre un cincuenta por ciento de sus condiciones acostumbradas: un suegro que trata del matrimonio de su hija con un yerno con quien simpatiza, deja por lo comun á este el derecho de arruinar á su muger. Para no ser engañado, no se deben tener negocios mas que con las personas que desagradan. En ese caso el disgusto sirve de razon.

—Y me servirá para arrojarte de aqui, dijo Armando tocando la campanilla mágica que le sometia el diablo.

Como habia desaparecido el misterioso ser que se presentó al principio, del mismo modo desapareció, no el diablo, sino aquella apariencia de diablo con librea, y Armando vió en su lugar un jóven bastante hermoso. Era de esa especie de hombres que mudan de nombre á cada cuarta parte de siglo, y que en el nuestro se llaman fashionables. Estendidos como un arco sus pies entre los tirantes y las trabillas de su pantalon blanco, calzados con botas barnizadas y con espolines, los habia colocado sobre el dintel de la chimenea, y se sostenia con la espalda apoyada en el sillon de Armando. Los guantes eran muy ajustados; llevaba vueltas en el frac de brillante botonadura, lente, y en la mano una caña con puño de oro: tenia el aire de un compañero del baron Francisco Armando de Luizzi, que habia ido á visitarle á su casa. Aquella ilusion fué tan lejos, que Armando le estuvo mirando largo tiempo como si quisiera conocerle.

—Me parece haberos encontrado en alguna parte...

—Jamás, porque no salgo.

—Os he visto en el bosque á caballo.

—¡Nunca!... yo hago correr.

—Entonces seria en carruage.

—¡Jamás!... yo conduzco.

—Pues, pardiez, yo estoy seguro de haber jugado con vos en casa de madama...

—Tampoco; os lo apuesto.

—Siempre valsábais con ella...

—Nunca: yo voy al galope.

—¿No la haciais la córte?...

—Jamás: yo voy á ella pero nunca la hago.

Luizzi tuvo deseos de sacudir algunos latigazos á aquel caballero para quitarle un poco de necedad. Sin embargo, acudiendo en su auxilio la reflexion, comenzó á comprender que si continuaba discutiendo con el diablo, bajo todas las formas que quisiera tomar, jamás llegaria al objeto de aquella conferencia. Armando resolvió concluir con este, como con cualquiera otro, y tocando la campanilla, gritó:

—Satán, escúchame y obedece

Apenas habia pronunciado aquellas palabras, cuando se presentó el ser sobrenatural que habia llamado, con todo su siniestro esplendor.

Era el ángel caido que la poesía nos ha pintado. Tipo de hermosura marchitada por el dolor, y degradado por la disolucion, todavia cuando su rostro permanecia inmóvil, conservaba una adormecida huella de su orígen celeste: pero en cuanto hablaba, la accion de sus facciones demostraba una existencia que habia pasado por todas las malas pasiones. Sin embargo, entre la espresion repugnante que se marcaba en su rostro, predominaba la de un disgusto profundo. En vez de esperar que Armando le preguntase, fué el primero que le dirigió la palabra.

—Heme aqui para cumplir el convenio que he celebrado con tu familia, por el cual debo dar á los barones Luizzi de Ronquerolles, todo cuanto me pidan: supongo que te serán conocidas las condiciones de este contrato.

—Si, contestó Armando, en cambio de este don todos te pertenecemos, á menos que no podamos probar que hemos sido felices durante diez años de nuestra vida.

—Y cada uno de tus antepasados, replicó Satanás, me ha pedido lo que creia era la felicidad, con objeto de escapárseme á la hora de su muerte.

—¿Y todos se engañaron, no es asi?

—Todos: me han pedido riquezas, gloria, ciencia, poder, y la gloria, el poder, la ciencia y el dinero los hicieron á todos desgraciados.

—Es un convenio sumamente ventajoso para tí, y que yo deberia negarme á ratificar.

—Puedes hacerlo.

—¿No hay alguna cosa que pedir que pueda hacer dichoso?

—Si, una.

—No puedes tú revelármela, lo sé; ¿pero no podrias decirme si la conozco?

—La conoces; se ha mezclado en todas las acciones de tu vida, algunas veces en tí, pero con mas frecuencia en los demas, y puedo asegurarte que la mayor parte de los hombres no necesitan mi auxilio para poseerla.

—¿Es una cualidad moral, ó una cosa material?

—Me exiges demasiado: ¿has hecho ya la eleccion?... habla pronto porque estoy de prisa y tengo deseos de concluir.

—Pues hace un instante no estabas tan impaciente.

—Eso era porque entonces estaba bajo una de esas mil formas que me desfiguran á mis

Digitized by Google

propios ojos y me hacen lo presente soportable. Cuando, por decirlo asi, encierro mi ser en las facciones de una criatura humana, viciosa y despreciable, me encuentro á la altura del siglo, y no sufro con el mezquino papel á que me encuentro reducido. No hay mas que un ser de tu especie, que habiendo llegado á ser soberano del pequeño reino de Cerdeña, tiene la imbécil vanidad de firmarse todavia rey de Chipre y de Jerusalen. La vanidad se satisface con palabras pomposas, pero el orgullo quiere grandes cosas, y ya sabes que fué la causa de mi caida; mas nunca há estado sometido á una prueba tan dura. Despues de haber luchado con Dios, despues de haber manejado tantos y tan vastos entendimientos, suscitado tan fuertes pasiones, y hecho estallar tan grandes catástrofes, me avergüenzo de verme reducido á las miserables intrigas y á las necias pretensiones de la época actual, y me oculto á mí mismo lo que he sido, para olvidar, en cuanto puedo, lo que he llegado á ser. Esta forma que me has obligado á tomar, me es por consiguiente odiosa ó insoportable. Apresúrate, pues, y dime lo que quieres.

—No lo sé aun, y he contado contigo para que me ayudes en mi eleccion.

—Ya te he dicho que eso es imposible.

—Sin embargo, puedes hacer por mí lo que has hecho por mis antepasados: puedes mostrarme en toda su desnudez las pasiones de los otros hombres, sus esperanzas, sus alegrías, sus dolores y el secreto de su existencia, para que pueda adquirir por este medio una luz que me guie.

Todo esto está efectivamente en mi mano, pero debes saber que tus antepasados se obligaron á pertenecerme antes de que yo comenzase mi narracion. Mira esta acta; he dejado en blanco el nombre de la cosa que me pidas, fírmala; y luego despues que me hayas oido, escribe tú mismo lo que deseas ser ó apeteces tener.

Armando firmó y luego repuso: habla, que ya te escucho.

—No tan pronto. La solemnidad que me impondria esta forma primitiva, fatigaria tu frívola atencion. Escucha: mezclado con la vida humana, tengo en ella mas parte de lo que los hombres piensan. Te contaré mi historia, ó mas bien la suya.

—Tengo muchos deseos de oirla.

—Guarda ese sentimiento, porque en cuanto me exijas una confianza, tendrás que oirla hasta el fin. Con todo, podrás negarte á escucharme dándome una de las monedas que contiene esa bolsa.

—Acepto, siempre que no me impongas la condicion de permaner fijo en un punto.

—Vete donde gustes, porque yo acudiré á la cita en donde quiera que me llames. Pero piensa que solo áqui es en donde puedes verme en mi verdadera forma.

—Te pido el derecho de escribir cuanto me digas.

—Puedes hacerlo.

—El de revelar las confianzas sobre lo presente.

—Las revelarás.

—El de imprimirlas.

—Las imprimirás.

—El de firmarlas con tu nombre.

—Las firmarás con mi nombre.

—¿Y cuando principiaremos?

—Cuando me llames con esa campanilla, en cualquiera hora, en cualquier lugar, y sea cual fuere la causa. Pero acuérdate, que desde este dia, *no tienes mas que diez años* para hacer tu eleccion.

Dieron las tres, desapareció el diablo, y Armando de Luizzi se encontró solo. El bolsillo que contenia sus dias estaba sobre la mesa. Tuvo deseos de abrirle para contarlos, pero no pudo conseguirlo y se acostó despues de colocarle cuidadosamente debajo de su almohada.

II.

LAS TRES VISITAS.

Al dia siguiente Luizzi dejó á Ronquerolles. Aunque habia pedido al diablo un plazo muy largo para encontrar la felicidad, obró como un hombre que tiene ideas meditadas de antemano, porque se apresuró á volver á Tolosa, para desde alli marchar á París. Esta ciudad es la gran ilusion de cuantos creen que vivir es pasar la vida. París es el tonel de las Danaides: échanse en él las ilusiones de la juventud, los proyectos de la edad madura y los pesares de la ancianidad: todo lo recibe y no devuelve nada. ¡Jóvenes, á quienes la casualidad no ha conducido todavía á esa atmósfera devoradora, si vuestras hermosas imaginaciones necesitan dias de fé y de calma, sueños de amor perdidos en el cielo; si os parece que es muy dulce unir vuestra alma á una vida adorada para seguirla y amarla, no vayais á París!... porque la muger á quien sigais llevará vuestra alma al infierno del mundo, entre los insultantes homenages de unos rivales que hablarán de pie á la que vosotros mirais de rodillas, y la dirigirán espresiones festivas y ligeras que la harán sonreir, cuando vosotros temblareis al dirigirla la palabra, si acaso os atreveis...

No, no vayais á París si ha vibrado en vuestro corazon un sonido armonioso del cántico eterno de los ángeles; no arrojeis á la multitud el secreto de esos punzantes delirios en que el alma llora todas las alegrías que sueña, y que sabe que no existen mas que en el cielo: tendreis por confidentes á críticos que morderán vuestras manos levantadas en alto, y lectores que se burlarán de vuestras creencias que no comprenderán.

Digitized by Google

No, y mil veces no; ¡no vayais á París si os devora la ambicion de una santa gloria!... por mas poderosos que seais, no vayais á París; allí perdereis mas que vuestras esperanzas, perdereis la cantidad de vuestra inteligencia.

No soñaba, en efecto, mas que en las hermosas preocupaciones del genio, el canto puro y sagrado de las cosas buenas, la sincera y grave exaltacion de la verdad; ¡error, jóvenes, error!... Cuando hayais intentado todo eso, cuando hayais pedido al pueblo que preste atento oido al que habla bien y decorosamente, le vereis suspendido de las narraciones groseras de un escritor trivial, de las histéricas locuras de un emborronador de papel, y de las aterradoras relaciones de una gaceta criminal; vereis al público, viejo disoluto, reirse de la virginidad de vuesta musa, y marchitarla con un beso impúdico para gritarla en seguida: ea, cortesana, vete de ahi ó diviérteme: necesito astringentes y agenjos para reanimar mis apagadas sensaciones; tienes que referirme incestos furibundos, adulterios monstruosos y espantosas bacanales de pasiones ó de crímenes!... Entonces habla: te escucharé una hora, y todo el tiempo que sienta correr tu pluma acre y envenenada por mi encallecida y gangrenada sensibilidad; si no cállate, y ve á morir en la miseria y la oscuridad.

La miseria y la oscuridad, ¿lo ois, jóvenes? La miseria, ese vicio castigado por el desprecio: la oscuridad, ese suplicio tan bien llamado. La oscuridad, es decir, el destierro lejos del sol, cuando el que lo sufre es uno de los que necesitan el calor de sus rayos para que el corazon no muera de frio. Vosotros no querreis indudablemente la miseria y la oscuridad; y entonces ¿qué hareis? Tomareis una pluma y unos pliegos de papel, escribireis con tono festivo, *Memorias del diablo*, y direis al siglo:

—¿Quereis cosas crueles para regocijaros?... sea en buen hora, señor mio: he aqui un retazo de tu historia.

Con todo, guárdenos Dios de dos cosas que el mundo podria perdonarnos, pero que nosotros no nos perdonaríamos, la mentira y la inmoralidad. ¿A qué conduciria la mentira? ¿La vida real, no es mas insolentemente ridícula y viciosa de lo que nosotros podríamos inventar? ¡La inmoralidad!... grandes y pequeños se alimentan con ella, á la sombra de su soledad; las mugeres de mundo y las mugerzuelas se ruborizan del libro inmoral que la una esconde en su gabinete y la otra en su desvan; y cuando su conciencia se halla á cubierto con el volúmen bajo un almohadon de seda ó de un jergon de paja, arrojan el insulto y el desprecio sobre el que ha conversado con ellas acerca de sus mas dulces infamias. Todas las mugeres obran con un libro inmoral, como la condesa de las *Amistades peligrosas* con Preval: se abandonan á él enteramente... y luego llaman á su lacayo y lo despiden como un insolente que ha querido violarlas. Líbrenos, pues, Dios, no de ser culpables, sino de ser engañados: esta es la última de las ne edades en una época en que el resultado es la primera de las recomendaciones. Lo que os diremos será verdadero y moral; si no siempre es lisongero y decoroso, no será culpa nuestra.

A pesar de los proyectos de Luizzi, la relacion de su esclavo comenzó mas pronto de lo que pensaba.

Desgraciado de aquel á quien el infierno concede el poder de arrancar á las cosas humanas el velo de las apariencias: no hay tranquilidad para el que ha hecho tan arriesgada prueba. Dos veces desgraciado el que ha sucumbido á la tentacion, encuentra la sed en la copa con que creia refrigerarse. La necesidad que nace del mismo alimento que se le da, me fué admirablemente espresada por un beodo, á quien ofrecia, creyendo burlarme, unas botellas de Burdeos, el cual me contestó cándidamente:

—Con mucho gusto, porque no conozco nada que dé mas sed que el beber.

Sin embargo, no fué un deseo muy ardiente el que impulsó á Luizzi á pedir el primer trago del veneno abrasador que el diablo le suministró despues con tanta abundancia.

Una aventura que estaba muy distante de preveer, decidió aquella curiosidad que creia sin peligro y que le condujo tan lejos.

Luizzi tenia un nombre ilustre y una gran fortuna. Aquella posicion hizo que solicitasen su amistad las primeras familias de Tolosa, ciudad muy fecunda en nobleza, y que tuviese que entenderse con comerciantes de buena alcurnia. Vínculos de parentesco, aunque remoto, unian á Armando con el marqués del Val. Aquel nombre, aunque comun, era el de una de las ramas menores de una familia de príncipes del pais. El uso del nombre primitivo se habia ido perdiendo poco á poco, y cada una de las ramas de aquella familia habia conservado como nombre patronímico la designacion que en un principio habia servido para distinguirla de las demas. Pero el dia en que era preciso hacer una prueba de buena ascendencia se prodigaba en los contratos aquel nombre casi olvidado; y los H. de Val... los H. de Mont... y los H. de Bois... se concepṭuaban de mejor raza con su nombre de mercaderes, que los condes y los marqueses á quienes los apellidos de tierras ó palacios daban cierto aire de gran calidad.

Por otra parte, Luizzi tenia relaciones con el comerciante de lanas Dilois, que por lo regular era el que compraba las de los magníficos rebaños merinos que se criaban en las posesiones de Luizzi. Antes de confiar el manejo de sus negocios á un administrador, Luizzi quiso conocer personalmente al hombre que todos los años le era deudor de sumas consi-

Digitized by Google

derables, y fué á visitarle el mismo dia de su llegada á Tolosa.

Eran las tres cuando Armando se dirigió á la calle de la Pomme, en donde vivia Dilois: preguntó por la casa del comerciante, y por una puerta como la de una cochera, entró en un patio cuadrado rodeado de habitaciones bastante elevadas. El piso bajo del centro del patio y sus dos lados le ocupaban los almacenes, y el del cuerpo del edificio que daba á la calle, contenia el despacho ó escritorio; en efecto, por entre las rejas de sus rasgadas ventanas, se veian relucir los filetes de cobre de los registros y sus rótulos encarnados. Sobre el piso bajo corria una galería saliente con su barandilla de balaustres, á la cual daban varias puertas, como paso forzoso para todas las habitaciones del piso principal de la casa. El tejado bajaba hasta el borde de aquel corredor interior.

Cuando Luizzi entró vió en aquella galería á una jóven. A pesar de la intensidad del frio, vestia un sencillo trage de seda, sus cabellos negros caian en rizos á lo largo de su rostro, leia en un libro qne tenia en la mano, mientras cinco ó seis mozos de almacen movian varios fardos, escitándose con la profusion de gritos que forma la mitad de la actividad meridional; aquello era una algarabía que no dejaba entender nada. Ninguno vió á Armando: los mozos estaban ocupados en su faena; madama Dilois, porque era ella, tenia fija la vista en su libro, y un jóven de cabello rubio, que estaba en el patio, la miraba atentamente. Luizzi permaneció en la entrada observando toda aquella escena. Mad. Dilois levantó la cabeza, y el jóven que con tanta atencion la miraba, lanzó un grito singular.

—¡Heéahoub!...

Todos los operarios se detuvieron, reinó un profundo silencio, y se dejó oir la voz pura y dulce de la jóven señora.



Luizzi vió una cabecita rubia y una cara muy blanca.

—Los fardos de lana sucia 107 y 108.

—En el almacen número 1.º, contestó la voz sonora del jóven.

—Esta tarde al lavadero de la Isla, dijo suavemente Mad. Dilois.

—Las lanas sucias 107 y 108, al lavadero de la isla, gritó el jóven con tono imperioso.

La jóven volvió á continuar la lectura de su libro: el dependiento permaneció con los ojos fijos en su hermoso rostro, y los mozos comenzaron á poner en ejecucion las órdenes recibidas, escitándose con nuevos gritos.

Un momento despues, Mad. Dilois volvió á alzar los ojos.

Digitized by Google

—¡Heéahouh!... gritó el dependiente.

Restablecióse el silencio como por encanto, y la voz argentina de la graciosa señora dijo apaciblemente:

—Ciento cincuenta kilos, lana corta, del almacen número 7 para enviar á la fábrica de hilados de la Roque.

El dependiente repitió la órden con voz vibrante é imperativa, y acercándose luego á una de las ventanas con enrejado, abrió un postiguillo, y Luizzi vió una cabecita rubia y una cara muy blanca; el dependiente repitió con voz que moderó tímidamente:

—Factura para la Roque de 150 kilos.

—Ya he oido; hablais muy fuerte, dijo una voz de niña.

Volvióse á cerrar el postiguillo, y levantando Luizzi los ojos hácia Mad. Dilois, vió que miraba atentamente á aquella ventanita y que se notaba en sus labios una triste y débil sonrisa.

En aquel momento, Mad. Dilois vió á Luizzi, y lo mismo el dependiente. Dió este un paso para acercarse al estrangero, pero al mismo tiempo dirigió una mirada á la dueña de la casa, y una seña le hizo volver á ocupar su puesto debajo de la galería. Mad. Dilois consultaba todavía su libro; luego le cerró, se le guardó en el bolsillo de su delantal, y apoyó los codos en la barandilla de la galería, haciendo con la cabeza una seña imperceptible. El jóven trepó rápidamente por encima de algunos fardos y se colocó bastante cerca de la señora para poderla oir á pesar del ruido de los operarios. Ella le habló en tono muy bajo. El dependiento hizo una señal de aprobacion, y se volvia para obedecer, cuando Mad. Dilois le detuvo y añadió algunas palabras, señalando á Luizzi con una mirada. El dependiente dió otra nueva y muda contestacion, y desde lo alto de los fardos gritó:

—Trescientos kilos, lanas merinas, Luizzi, á Castres.

Todos los operarios se detuvieron y uno de ellos, de semblante áspero, contestó bruscamente:

—Los pesareis vos mismo, señor Cárlos, porque yo no me encargo de ello: jamás sale exacta la cuenta con esas lanas del diablo: si se despachan cien kilos llegan noventa.

—El diablo tiene buena espalda, contestó el dependiente: pesarás los fardos y la cuenta saldrá: ¿lo entiendes?

—Vos los pesareis, Cárlos, dijo Mad. Dilois que habia visto al mozo levantarse con aire insolente, y al dependiente mirarle con ceño amenazador. Este no respondió mas que con una demostracion de obediencia que parecia ser su primer lenguaje á vista de aquella muger, y habiéndole Mad. Dilois indicado á Luizzi con una mirada, se puso de un salto en el suelo, y acercándose al baron, le preguntó con finura qué se le ofrecia.

—Queria hablar á Mr. Dilois, contestó Luizzi.

—Se halla ausente por toda la semana, caballero; pero si se trata de negocios, tened la bondad de entrar en el despacho. El cajero os enterará.

—Efectivamente, se trata de negocios, mas como el que iba á proponerle es muy considerable, hubiera deseado hablar directamente con él.

—En ese caso, replicó el dependiente, hé ahi á Mad. Dilois, con quien podeis entenderos.

El dependiente mostró á Luizzi á Mad. Dilois, quien viendo se trataba de ella se apresuró á bajar, y se adelantó con gracia hasta aproximarse al baron.

—Qué deseais, caballero, le dijo.

—Tengo que ofreceros, señora, el continuar un convenio que considero ya como muy ventajoso, pues que puedo hacerle con vos.

Mad. Dilois hizo una graciosa cortesía, y el dependiente que habia oido aquella frase frunció las cejas. Mad. Dilois le hizo seña de que se retirase, y preguntó con un tono muy agradable:

—¿A quién tengo el honor de hablar?

—Soy el baron de Luizzi, señora.

Al oir este nombre retrocedió un paso, y Cárlos, el hermoso jóven, examinó á Luizzi con disgusto y temerosa curiosidad.

Aquello no duró mas que un momento, y Mad. Dilois indicó á Luizzi la puerta del despacho diciéndole:

—Tened la bondad de entrar, caballero, estoy á vuestras órdenes.

Entró el baron y Cárlos aproximó una silla á la estufa; luego se dirigió á un bufete en donde le esperaba la correspondencia del dia. Luizzi examinó entonces lo interior de aquella casa, y vió sentada á una mesa á la linda niña que habia abierto el postiguillo: escribia con atencion; podia tener nueve á diez años, y se parecia tanto á Mad. Dilois que no cabia duda en que fuese su hija: á pesar de su hermosura, cierto aire de tristeza y resignacion la hacia aparecer de mas edad. Será acaso demasiado severa Mad. Dilois, decia entre sí Luizzi; sin embargo, habia mucha ternura en la mirada que la ha dirigido: la niña no levantó la cabeza del papel, mas que para decir á un antiguo dependiente que estaba escribiendo en un rincon:

—¿A qué precio las lanas que se envian á la Roque?

—Siempre á dos francos...

—Está bien, dijo Cárlos interrumpiéndole, dadme la factura y yo mismo pondré el precio.

Si el diablo hubiese estado allí, habria esplicado á Luizzi el sentido de aquella interrupcion. El baron creyó que era un efecto de mal humor. Aquel hermoso Cárlos, tan completamente obediente á las menores insinuaciones de Mad. Dilois, era, segun Armando, un amante suyo ó por lo menos un enamora-

Digitized by Google

do; la aparicion de un elegante baron habia debido alarmarle, y Luizzi atribuia al temor que inspiraba su persona, la cólera que habia creido descubrir en las palabras del dependiente Luizzi se equivocaba; el alma del comerciante era la que habia hablado en aquella interrupcion. Delante de un hombre que iba á hacer un convenio con sus lanas, era inútil decir á como podian venderse. He aqui lo que queria decir Cárlos.

No tardó mucho en llegar Mad. Dilois, y Luizzi pudo verla de mas cerca: era una muger encantadora, y el cuadro en que se hallaba colocada hacia resaltar mucho mas las gracias de su persona. Alta, de talle esbelto, con ojos lánguidos, párpados largos y castaños, velo voluptuoso que parece que solo la vigorosa mano de la cólera puede levantar enteramente, pies pequeños, y manos muy blancas con uñas sonrosadas, tenia un aire tan estraño entre las ásperas figuras de los operarios y dependientes, que Luizzi tenia motivos



Ella le habló en tono muy bajo.

Digitized by Google

para pensar que Mad. Dilois era descendiente de una familia noble pero indigente, y que habia contraido un enlace ventajoso pero desigual. Tomó, pues, con ella un tono de igualdad que al presuntuoso baron le pareció la mas delicada de las lisonjas.

Sin contestar mas que con una graciosa sonrisa á los lugares comunes de su cortesanía, Mad. Dilois suplicó á Armando la hiciese el honor de seguirla, y abriendo una puerta cuya llave sacó del bolsillo del delantal, le introdujo en una pieza separada. El aspecto, los movimientos y la languidez de aquella muger eran tan amorosos, que el baron esperaba encontrar un gabinete azul y perfumado, encerrado en el empolvado recinto de los bufetes, como un pensamiento de amor entre las áridas ocupaciones de los negocios. El gabinete no era tampoco mas que un despacho: la poca luz que en él habia, penetraba por entre unas cortinas de muselina, al través de las cuales y del polvo acumulado en las vidrieras, se veian unas gruesas barras de hierro que resguardaban la ventana. Un bufete negro, una caja de hierro con triples cerraduras, un sillon de badana, y algunas sillas con asientos comunes, tal era el mueblage de aquel asilo que Luizzi se habia figurado tan suavemente misterioso. Sin duda aquella vista hubo de destruir sus ilusiones, pero á falta de templo quedó la divinidad para sostener la fé del baron, y madama Dilois muellemente recostada en el sillon, con su blanca y hermosa mano colocada sobre las páginas de un libro corriente, y los pies tímidamente apoyados en las baldosas húmedas y frias, parecia á Luizzi un ángel desterrado, una hermosa flor entre espinas. Esperimentó por ella un sentimiento igual al que concibiera un dia por una rosa blanca que un zapatero habia colocado en su ventana entre un tiesto de albahaca y otro de grama. Luizzi compró la rosa y la hizo poner en una jarra de china sobre la consola de su sala. La rosa murió, pero dignamente. Luizzi conquistó la reputacion de un poco caballeresco.

El baron no podia comprar la flor que se inclinaba delante de él, pero podia cogerla. (Os pido perdon de este pensamiento y de su espresion: Luizzi habia nacido en tiempo del Imperio). Se le ocurrió, pues, ó mas bien deseó ser como una estrella en el velado cielo de aquella muger, y esparcir un recuerdo radiante en la fria sombra de su vida. Luizzi era hermoso, jóven, y el acento de su voz muy tierno: no tenia ni bastante talento para que le faltase corazon, ni bastante corazon para carecer de talento: era uno de esos hombres que tienen gran partido con las mugeres; que tienen pasion y prudencia, que aman y no comprometen. Luizzi habia visto preferir muchas veces aquella medianía á los amores mas seductores y vehementes, y se conceptuaba por lo tanto un hábil seductor. La fatuidad de los hombres no es en general mas que un vicio de reflexion: la necedad de las mugeres es la que la hace desarrollarse.

Luizzi miró sin poderse contener de una manera tan espresiva á aquella muger que estaba sentada enfrente de él, que bajó los ojos turbada, y le dijo con dulzura:

—¡Caballero baron, creo habeis venido á proponerme un convenio de lanas! ..

—¿A vos?... no señora, contestó Luizzi; habia venido á visitar á Mr. Dilois; con él habria hablado de números y cálculos aunque de eso entiendo muy poco; pero temo que con vos un convenio semejante...

—Tengo poderes de mi marido, contestó Mad. Dilois con una sonrisa que cortaba la frase de Luizzi; el contrato será bueno.

—¿Para quién, señora?

—Para los dos; por lo menos yo asi lo espero... Detúvose un momento y añadió con risueña mirada.—Si vos entendeis poco de negocios, caballero, yo soy... un hombre honrado, y obraré con probidad.

—Eso os será muy dificil, señora, y seguramente perderé algo en el trato.

—¿Y por qué?

—No me atrevo á deciroslo, si vos no lo adivinais.

—Caballero, podeis hablar: en el comercio estamos habituados á oir condiciones muy singulares.

—La condicion de que yo quiero hablar, señora, vos sois quien la habeis de imponer.

—Yo todavía no he hablado de ninguna.

—Y sin embargo yo la he aceptado; esa condicion es la de acordarse largo tiempo de vos como de la muger mas hermosa que se ha visto, de una muger á quien quisiera dejar de mi el pensamiento que me ha inspirado.

Mad. Dilois se ruborizó y contestó con amabilidad.

—No tengo para eso poderes de mi marido, caballero, y jamás hago negocios por mi propia cuenta.

—Usais de mucha abnegacion ó generosidad, replicó Luizzi.

—Soy únicamente una muger honrada, contestó Mad. Dilois, para poner término á aquella conversacion.

Al mismo tiempo abrió un legajo, sacó de él un papel, y le presentó á Luizzi con un aire que parecia pedirle perdon del movimiento de severidad de que se habia dejado llevar.

—He aqui, le dijo, el ajuste pasado. Hace seis años se celebró con vuestro señor padre, y á menos que no tengais el proyecto de mejorar la raza de vuestros ganados, ó de reducir su calidad, me parece que puede y debo continuarse. Ya veis que está firmado por vuestro padre.

—¿Y el trato le hizo con vos? respondió Luizzi siempre galanteando, porque si asi fuese, no me fiaria en él.

—Tranquilizaos, caballero, repuso Mad. Dilois mordiéndose suavemente el labio inferior

Digitized by Google

y enseñando á Luizzi el humedecido esmalte de sus deslumbradores dientes, tranquilizaos; hace seis años no era todavía Mad. Dilois.

Apenas habia concluido aquella frase cuando se abrió la puerta y una voz de niño dijo tímidamente.

—Mamá, Mr. Lucas quiere hablaros.

Era la niña de diez años que Luizzi habia visto en el bufete.

Aquella aparicion en el momento en que Mad. Dilois acababa de decir que no hacia todavía seis años que estaba casada, fué como una revelacion para Luizzi. Al oir aquel nombre de mamá dirigido á Mad. Dilois, que sin embargo podia esplicarse naturalmente si aquella niña era hija de Mr. Dilois, el baron miró vivamente á la encantadora comercianta, y vió que estaba ruborizada y con los ojos bajos.

—¿Es hija vuestra, señora?

—La llamo hija mia, caballero, contestó sencillamente Mad. Dilois.

Luego continuó:

—Carolina, voy á hablar á Mr. Lucas; dejadnos.

Mad. Dilois se repuso completamente y dijo á Luizzi:

—He aqui el convenio, caballero, tened la bondad de examinarle despacio. Mi marido vuelve dentro de ocho dias, y tendrá el gusto de conoceros.

—Marcharé antes de ese tiempo, pero tengo mas que el suficiente para enterarme de este convenio, que firmaria inmediatamente, si el plazo que me concedeis no me diese el derecho de volver.

Mad. Dilois habia recobrado su graciosa seguridad, y le respondió:

—Yo estoy siempre en casa.

—¿Qué hora os parece mas conveniente?

—La que vos elijais.

Dichas estas palabras hizo al baron una de esas cortesías con que las señoras suelen decir tan exactamente: «Haced el favor de marcharos.» Luizzi se retiró, y al pasar por el primer despacho vió que todos ocupaban sus respectivos puestos. Al despedir á Luizzi, madama Dilois alargó la mano á un lugareño grueso que estaba junto á la estufa, y que la dijo:

—Buenos dias Mad. Dilois.

—Buenos los tenga vd., Lucas, contestó con la misma atractiva sonrisa que tanto habia encantado á Luizzi, que encontró aquella sonrisa en los labios de la comercianta, cuando se volvió para hacerla el último saludo: el baron se quedó en estremo humillado.

Cuando salió de casa del comerciante Dilois, Luizzi se dirigió á la del marqués del Val, que no se hallaba en Tolosa. Preguntó por la señora marquesa, y un criado le contestó que no sabia si estaria visible.

—Pues bien, informaos, replicó Luizzi con ese tono que hace conocer al momento á un criado, que el que habla está acostumbrado á ser obedecido.

—Decidla, añadió Armando, que Mr. de Luizzi desea verla.

El criado permaneció un momentó inmóvil sin salir de la antesala, y parecia que buscaba un medio para llegar hasta su señora. Pasó entonces una muger, el criado corrió hácia ella y la habló en voz baja, como deseoso de encomendar á otro la comision de que estaba encargado. La doncella dirigió de soslayo una mirada altanera á Luizzi, y le examinó con una especie de resentimiento que parecia ánunciar que el nombre que acababa de oir no la era desconocido, y la reproducia crueles recuerdos; asi fué que contestó con voz agria.

—Dices que ese caballero se llama...

—Mi nombre no hace nada para el caso, señorita .. tengo que hablar á la señora de Val, y quiero saber si está visible.

—Pues bien, caballero Luizzi, no lo está.

Aquello era decir en buenas palabras al baron, que su visita dependia de la voluntad de un criado, para que se retirase, y asi replicó:

—Eso es de lo que voy á informarme por mí mismo.

Y se dirigió hácia la sala cuya puerta estaba abierta; el criado se apartó, pero la doncella se colocó con altivez en la puerta.

—Caballero, cuando yo os digo que no podeis ver á la señora: es muy estraño que cuando yo os digo...

—Señorita, contestó Luizzi, os suplico que seais menos impertinente, y paseis recado á vuestra ama.

—¿Qué es eso?... dijo una voz del otro lado del salon.

—Lucy, dijo el baron en voz alta, ¿á qué hora se os puede ver?

—¡Ah!... ¿sois vos, Armando?... contestó Mad. de Val con una esclamacion de asombro, y se dirigió hácia él despues de cerrar la puerta de la alcoba que habia dejado entreabierta.

Armando corrió hácia la marquesa, la besó con ternura la mano, y ambos se sentaron junto á la chimenea. Lucy miró al baron con aire de agradable y protectora sorpresa. Mad. de Val era una muger de treinta años y Luizzi tenia veinte y cinco: aquel modo de examinarle era permitido á una muger, que en otro tiempo habia visto jugar á su lado á un niño de catorce años que se habia hecho un hombre hermoso.

El exámen fué silencioso, y por una transicion rápida, el semblante de Mad. de Val se cubrió de una tristeza profunda; una lágrima furtiva se asomó á sus ojos.

Luizzi se equivocó en cuanto á la causa de aquella tristeza.

—Sin duda sentís como yo, la dijo, que la dicha de volvernos á ver provenga de un motivo tan triste, y que la muerte de mi padre...

Digitized by Google

—No es eso, Armando, contestó la marquesa; apenas conocia á vuestro padre, y vos mismo, separado de él ya hace diez años, no habeis debido esperimentar al recibir la noticia de su muerte, ese profundo pesar que ocasiona la pérdida de una persona amada, á cuyo cariño se ha habituado uno por largo tiempo.

Luizzi no contestó, y la marquesa prosiguió despues de un instante de silencio:

—No, no es eso; pero habeis llegado en un momento... un momento muy singular por cierto.

Una triste sonrisa se asomó á los labios de Lucy, y continuó como esforzándose en reir:

—En verdad, Armando, la vida es una novela muy estraordinaria. ¿Vais á permanecer muchos dias en Tolosa?

—Tan solo ocho.

—¿Regresais á París?

—Si.

—Allí encontrareis á mi marido.

—¿Cómo?... ¿diputado hace ocho dias está ya en camino?. . La legislatura no se abre todavía en un mes. Creia que partiriais con él.

—No, yo me quedo; me gusta mas Tolosa.

—¿No conoceis á París?

—Le conozco bastante para no querer ir á él.

—¿Y de qué proviene esa antipatía?

—Solo depende de mí. No soy bastante jóven para brillar en los salones, ni todavía bastante vieja para ocuparme en intrigas políticas.

—Sois mas hermosa y teneis mas talento del que es necesario para conseguir triunfos por donde quiera.

La marquesa meneó lentamente la cabeza.

—Vos mismo no creeis una palabra de lo que decis. Soy muy vieja, mi pobre Armando, sobre todo de corazon.

Armando se aproximó suavemente á su prima, y la dijo bajando la voz:

—¿No sois feliz, Lucy?

Dirigió con disimuló una mirada por toda la habitacion, y contestó rápidamente y en tono muy bajo:

—Volved á las ocho á cenar conmigo y hablaremos. Y haciéndole una seña con la cabeza, le rogó se fuese; la alargó la mano, y Lucy la estrechó en la suya con un movimiento convulsivo.

—Hasta la noche, hasta la noche, le dijo en voz baja, y volvió á entrarse con presteza en su habitacion.

La puerta no se abrió en seguida: indudablemente habia detrás alguien que escuchaba y que no se habia retirado con ligereza. Cuando Luizzi quedó solo se poseyó tanto de aquella idea, que no se marchó inmediatamente, y á poco rato oyó la voz de un hombre que parecia hablaba encolerizado. Aquel descubrimiento le desconcertó, y salió preocupado. Un hombre encerrado en la alcoba de una muger y que hablaba en el tono que Luizzi habia oido, no podia ser mas que un amante, pues que allí no habia ni padre, ni marido, ni hermano. ¿Tener un amante la marquesa de Val?... Luizzi no se atrevia á creerlo. Aquellas dos ideas no podian conciliarse en su mente. Tenia tantos recuerdos que protegian á Lucy contra semejante suposicion, que pensaba en descubrir que nuevos pesares aquejaban á la desgraciada Lucy. Porque la habia conocido desventurada, siendo una jóven de diez y nueve años, víctima de un amor profundo, pero al cual habia sabido resistir con todas las fuerzas de una virtud cristiana.

Luizzi repasaba en su memoria aquellos recuerdos al dirigirse á casa de Mr. Barnet, su escribano, á quien tambien deseaba conocer. No tardó mucho en llegar á ella. Aquel era el dia en que todos los maridos estaban ausentes. Fué recibido por Mad. Barnet, muger pequeña y delgada, pelo castaño, ojos azules oscuros, labios delgados Cuando la criada abrió la puerta de la alcoba y anunció á un caballero, Mad. Barnet preguntó con voz chillona:

—¿Y quién es?

—No sé su nombre.

—Pues hacedle entrar

Presentóse Luizzi, y Mad. Barnet se dirigió hácia él con la mano izquierda metida en una media de algodon que estaba repasando.

—Qué quereis, dijo abriendo y cerrando los ojos, porque Mad. Barnet era corta de vista, y es probable que á no ser asi, el aire distinguido de Luizzi hubiera dulcificado el tono grosero con que le fueron dirigidas aquellas palabras.

—Señora, contestó Armando, soy el baron de Luizzi, uno de los clientes de Monsieur Barnet, y tendria sumo gusto en verle.

—Caballero baron de Luizzi, dijo madama Barnet quitándose la media del brazo izquierdo, y clavando la aguja en el pecho con una intrepidez que habria hecho adivinar á Luizzi que el escudo que la protegia tenia mas de un triple forro y un triple entretelado; tomad asiento, pero no en una silla, sino en un sillon. ¿Cómo?... ¿no hay un sillon en mi cuarto?... El que no haya butacas en la habitacion de una señora es muy provincial; ¿no es verdad, señor baron? Pero tenemos sillones, os suplico me creais. Mariana, Mariana, traed un sillon de la sala y quitadle la funda.

Luizzi trataba de interrumpir toda aquella algarabía, diciendo á Mad. Barnet que no era necesario silla, pues iba á retirarse. Pero la escribana no escuchaba las razones de Luizzi, y se agitaba tirando detrás de las cortinas de los balcones, pantalones viejos y pañuelos sucios esparcidos por medio de la habitacion. No tardó en presentarse Mariana con un sillon de madera pintada cubierto con un venerable terciopelo raido, y le colocó al lado de una chimenea en donde no faltaba nada mas que la lumbre. Mad. Barnet volvió á gritar:

Digitized by Google

—Mariana, traiga vd leña.

—Señora, es inútil, me retiro; tenia muy poco que decir á Mr. Barnet y...



Que quereis, dijo Mad. Barnet.

—Mr. Barnet jamás me perdonará el haberos dejado marchar, porque espero que el señor baron se dignará el aceptar el comer conmigo.

—He aceptado ya otro convite, señora, os doy mil gracias; ya volveré á pedir á Mr. Barnet las noticias que espero me dé.

Digitized by Google

—¿Noticias? .. ¡Señor baron!... para eso no teneis que molestaros en aguardar á mi marido. Conozco toda la ciudad de Tolosa desde los sótanos hasta los graneros. Mi familia ha estado siempre en la municipalidad: (el padre de Mad. Barnet era alguacil); sé seguramente mas de lo que creen y querrian que supiese. Sentaos, señor baron; sean cuales fuesen las noticias que deseeis, estoy pronta á dároslas.

Luizzi no pensó al principio en aprovecharse de las ofertas de Mad. Barnet, pero se sentó esperando poder marcharse despues de algunas frases insignificantes. Sin embargo, se veia bastante embarazado acerca de las noticias que queria pedir; mas su huéspeda no le dió tiempo para cometer una imprudencia.

—Tal vez el señor baron querrá comprar una propiedad: si desea emplear sus fondos en una herreria, mi marido podrá estar á la mira de la de Mres. Jasquès: los propietarios han tenido treinta y un mil francos de reembolso en fin de noviembre, y treinta y tres mil setecientos veinte y dos en fin de diciembre: tres casas, dos de ellas de Bayona, con las que los Mres. Jasques tenian negocios de consideracion, han hecho quiebra simultáneamente; no pueden pasar de febrero, y como son gentes de honor, estoy segura que si encontrasen dinero contante cederian su fábrica á buen precio, á no ser que la muger del Mr. Jasques menor, quiera obligarse por su marido; tiene cinco alquerías, que la pertenecen por su madre, la señora Monnette, por quien se arruinó el conde de la Fere; son bienes que no la costaron caros ni á su hija tampoco, pero en fin los tiene. Pero madama Jasques es del mismo carácter que su madre; economizará un huevo en una tortilla, y puedo asegurar que no consentirá se graven sus bienes con un cuarto.

Cuando Mad. Barnet comenzó á hablar, Luizzi apenas la contestó, mas de repente le ocurrió la idea de preguntarla. Luego que de Mr. Jasques pasó á su muger, supuso que podria decirle cosas que no se habria atrevido á preguntar directamente á nadie, y sobre las cuales no tenia mas que incitar á Mad. Barnet para que le contase cuanto queria saber. Cuando concluyó:

—No deseo, la dijo, hacer ninguna adquisicion, al menos por ahora, pero tengo asuntos pendientes con varias personas de Tolosa, entre otras con Mr. Dilois.

Mad. Barnet hizo un gesto.

—¿Ha tenido alguna pérdida Mr. Dilois? preguntó Armando.

—Que yo sepa, señor baron, no; pero ha hecho un mal negocio que dura todavía.

—¿Y cuál es?

—El haberse casado con su muger.

—¿Pues qué le arruina?

—No me he encontrado en el despacho de Mr. Dilois, ni quiero hablar mal de su casa; el pobre hombre no sabe en cuanto á eso mas que yo; su muger y su mancebo mayor, monsieur Cárlos, le llevan las cuentas, y con tal que tenga con que ir á tomar el café y jugar su partida de dominó en casa de Herbola, no exige mas.

—¿Pero Mad. Dilois debe entender el comercio?...

—Entiende de todo lo que quiere: ha sido una griseta que ha tenido relaciones con varios, y que se ha casado con el primer comerciante de lanas de Tolosa. ¡Ah!... agarraria de las narices á otros treinta como su marido.

—Comprendido en ese número Mr. Cárlos.

—Mr. Cárlos es otro perillan á quien tambien conozco: ha sido pasante en casa, y nos dejó para hacerse dependiente de Mr. Dilois: esto era en tiempo en que todavia veiamos á esas gentes; pero he declarado formalmente á mi marido, que si recibia á esa pécora, le daria con la puerta en las narices. ¡Ay! Caballero, antes de esa época, Cárlos era un hombre encantador, atento, leal y servicial.

—¡Pero quizá será lo mismo con Mad. Dilois!...

—Por Dios, señor baron, sea para ella lo que quiera, no me importa.

—Segun he observado, me parece un buen muchacho.

—En la apariencia, si señor, pero no tiene alma, ¡despues de las bondades que le hemos dispensado!...

—Sin duda Mr. Barnet le querria mucho, contestó Luizzi con aire de candidez.

Mad. Barnet cayó en al lazo y respondió aturdidamente:

—Mi marido no le podia ver.

El baron no creyó oportuno advertir á la señora la confianza que acababa de hacerle, puesto que teniendo todavía que preguntarla no queria ponerla sobre aviso: tomó, pues, un aire indiferente, y:

—Me aprovecharé de vuestras noticias sobre la casa de Dilois, la dijo, con quien no tengo mas negocio que la venta de algunas partidas de lana. Pero poseo capitales que quisiera imponer sobre hipotecas seguras, y saber por lo mismo el estado de los bienes de un hombre de mucha consideracion.

—En ese caso, señor baron, lo mejor será consultar la oficina del registro.

—Sin duda alguna, señora, pero no puedo ir yo mismo, porque todo se sabe en Tolosa, y tal vez el marqués de Val, podria hacerme proposiciones.

—¿El señor marqués de Val, desea tomar prestado sobre hipotecas?... esclamó madama Barnet con aire estupefacto, eso no es posible; el señor marqués es nuestro cliente, y jamás ha hablado de eso.

—¿Con que el señor de Val es vuestro cliente? dijo Luizzi.

—El y otras casas mucho mas fuertes de Tolosa, sin ofender á la vuestra, señor baron, y esto no es de ayer. Los negocios de la fami-

Digitized by Google

lia de Val están en el oficio hace ya mas de cincuenta años, y Mr. Barnet fué el que estendió el contrato matrimonial del marqués actual; fué un acontecimiento que me chocó de tal manera, que me acuerdo como si hubiese sido esta mañana; me parece que veo el semblante de Barnet cuando volvia del otorgamiento: parecia un imbécil.

—¿Pues qué ocurrió?

—¡Ah señor baron!... no puedo decíroslo, es un secreto de escribanía, y por lo tanto sagrado: si lo sé, es porque Mr. Barnet estaba tan aturdido en los primeros momentos, que habló de él sin saber lo que se decia.

—Soy discreto, señora.

—El mejor medio de serlo y de callar es no saber nada.

Teneis razon, contestó Luizzi, y no os pregunto nada; pero supongo que en la actualidad Mad. de Val es feliz.

—Dios lo sabe, señor baron, y debe saberlo, porque ahora está enteramente dedicada á él.

—¿Es devota?

—Fanática, porque pasa su vida entre ayunos y penitencias. Cada uno es dueño de obrar como mejor le parezca; pero me temo mucho que sucumba de pesar.

Luizzi miró al reloj encerrado en el vientre de una figura de boj colocada sobre la chimenea, y vió que eran cerca de las ocho. Se levantó, porque lo poco que habia oido acerca de Mad. de Val escitó su curiosidad, y sin embargo no procuró saber mas. La vista de Lucy habia despertado en el corazon de Armando recuerdos de su infancia, y sin preveer lo que podria decirle Mad. de Barnet, no quise oir hablar de ella mas que por sí misma. No siempre ofende lo que se oye de las personas, sino por las que lo dicen. Hay nombres armoniosos para el corazon que nadie pronuncia á nuestra manera, y que ciertas lenguas despedazan al espresarlos. Luizzi ningun interés tenia con Lucy; pero su parentesco, su amistad desde la infancia, sus ilusiones de jóven y su orgullo de noble, se hubiera ofendido de cualquier juicio que sobre Mad. de Val hubiese formado Mad. de Barnet. Saludó respetuosamente á la escribana, y preocupado con el afecto que creyó descubrir en la marquesa, se dirigió hácia su palacio.

III.

PRIMERA NOCHE —LA NOCHE EN EL RETRETE.

Armando estaba aun bastante distante de la puerta, cuando se le acercó una muger que le llamó por su nombre. A la claridad de las tiendas inmediatas, Luizzi reconoció á la doncella que le habia recibido de una manera tan impertinente en casa de la marquesa. Aquella jóven le dijo con la mayor rapidez:

—Pasad sin deteneros por frente del palacio, y me encontrareis al otro estremo de la calle.

Prosiguió su camino, y Luizzi, que se detuvo un momento, la vió revolver una esquina. Armando no sabia qué pensar de aquella precaucion; sin embargo, como podia adoptarla sin que por eso tuviese que renunciar á entrar mas tarde en la casa, se decidió á seguirla. Mas al pasar por enfrente de la puerta dirigio una mirada investigadora á derecha é izquierda, y vió á algunos pasos de distancia á un hombre embozado en una capa que parecia acechar la casa. Luizzi tuvo intenciones de dirigirse á aquel hombre y averiguar quién era. Pero era un escándalo que ni legal ni moralmente tenia derecho para producir, y ademas sabia que en cualquiera disputa de hombres en que suena el nombre de una muger, esta es siempre la víctima, aunque perezca uno de los dos adversarios. Prosiguió, pues, su camino, y á bastante distancia del edificio, en la esquina de una callejuela; se presentó la criada y le dijo á Luizzi:

—Pronto, seguidme.

Marchaba con tal rapidez, que le costaba trabajo á Luizzi el seguirla. Dieron muchas vueltas y llegaron á una calle estrecha y solitaria en que habia unas tapias de jardin. Segun iban marchando dijo la conductora:

—Entrad sin deteneros.

Y casi en el mismo instante se precipitó por una puerta entornada, que cerró con grande precaucion en cuanto Luizzi hubo penetrado por ella.

Apenas estaban en el jardin, cuando oyeron pasos precipitados por el otro estremo de la calle: la criada hizo seña á Luizzi de que callase, y los dos permanecieaon inmóviles. Detuviéronse delante de la puertecita, y pasado un instante se alejaron: mas apenas pasó un momento, cuando el que hacia todas aquellas maniobras volvió, y la criada, haciendo un gesto de impaciencia, dijo:

—Soy una necia; se me ha olvidado correr el cerrojo.

Se precipitó hácia la puerta, é hizo seña á Luizzi para que la ayudase: éste la obedeció maquinalmente. Bien pronto oyó girar una llave en la cerradura, y sintió el esfuerzo de alguno que empujaba la puerta: habia cedido un poco, y el que queria entrar debió comprender que no era un inflexible cerrojo el que le detenia, pues la impelió con violencia gritando:

—¡Marietta, Marietta!

Pero Marietta, pues ya sabemos el nombre de la criada, se aprovecho de aquel momento para reparar su descuido y corrió el cerrojo. Sin aguardar mas, agarró de la mano á Luizzi, y se le llevó mientras el otro daba vueltas á la llave.

El jardin era muy espacioso, y la noche oscura. Luizzi seguia á su guia sin compren-

Digitized by Google

der lo que acababa de suceder, y ni aun habia podido asombrarse, porque para esto se necesita tiempo y cierta reflexion. No sabia á donde iba, cuando llegó al ángulo de un pabellon unido al palacio por una larga galeria. Abrióse una puertecilla, y Luizzi subió por una escalera en espiral: pasados unos doce escalones entró en una salita poco iluminada, y despues en otra pieza en donde habia una lámpara de alabastro. En la chimenea ardia una buena lumbre: veíase allí una mesa con dos cubiertos, y en aquel estrecho recinto humeaban los mas olorosos perfumes.

—Quedaos aquí, dijo Marietta á Luizzi, y le dejó solo.

Por un movimiento maquinal miró en derredor suyo antes de reflexionar en lo que le pasaba. El sitio en donde se encontraba era á propósito para sorprenderle. En él se hallaban mezclados los objetos de lujo mas voluptuoso y los signos de la religion mas escrupulosa. Sobre las colgaduras de seda, se veian calvarios é imágenes de santos. En unos estantes de libros se observaban los tomos de una novela moderna y devocionarios con magníficos relieves: sobre una consola, vasos llenos de flores maravillosas, como tambien sobre un cuadro de *Santa Cecilia*: por último junto á la alcoba un divan lleno de almohadones, y en medio un hermoso espejo: sobre el divan una vírgen de los Dolores, y al pie un crucifijo de marfil con dosel de terciopelo negro. Luizzi miró aquel retrete ó aquel oratorio con turbacion, y al punto le asaltaron las reflexiones del modo como habia entrado en él. Aquel hombre que rondaba la casa, que se habia presentado en la puertecita del jardin, y que poseia una llave de ella, seguramente era un amante. ¿Pero él mismo no tenia las apariencias de serlo tambien? ¿y si alguien le hubiese visto entrar en casa de la marquesa de Val del modo que lo habia verificado, no hubiera tenido derecho para pensar que iba á ver una querida? Y sin embargo, las apariencias le habrian engañado. Luizzi no podia hacer lo mismo: no sabia á qué atenerse, hasta que Lucy le esplicase aquel misterio, cuando la marquesa entró precipitadamente en la habitacion. Su ademan y su aspecto sorprendieron á Luizzi; no era la muger contristada que habia visto por la mañana. En su semblante se notaba una espresion atrevida y exaltada, de que no la hubiera creido susceptible. Brillaban sus ojos de un modo estraordinario, y en sus labios agitados se descubria una sonrisa mas bien amarga que feliz.

—Está bien, muy bien, dijo á Marietta que la habia acompañado y que al salir dirigió una mirada escudriñadora á la marquesa.

Esta se sentó en un sillon al lado de la chimenea, y sin dirigir la palabra á Luizzi miró fijamente al fuego. Armando estaba muy embarazado y conmovido. Veia que habia algo de estraordinario en la fisonomía y la actitud de Lucy; pero no sabia si era conveniente que ella lo advirtiese. Como aquella preocupacion de la marquesa se prolongaba, Luizzi la llamó varias veces por su nombre.

—Bien, muy bien, contestó sin variar su inmóvil mirada, muy bien.

—¿Lucy? ¿qué teneis? la dijo el baron, ¿sufrís, sois desgraciada?...

—Yo, contestó levantando la cabeza y procurando aparentar un aire mas tranquilo ¿yo desgraciada?.... ¿Y por qué, Dios mio?.... Soy rica, jóven y hermosa; ¿no es verdad que soy hermosa?.. vos me lo habeis dicho, Armando. ¿Con semejantes ventajas, qué puede envidiar una muger?

—Nada, seguramente. Con todo . .

—¿Con todo? .. replicó la marquesa con una impaciencia nerviosa; apretó los puños con viveza, se mordió los labios, y conteniéndose con mucho trabajo, continuó: Luizzi no seais como los demas, no me molesteis con preguntas, observaciones ni quejas, porque me ocupa un pensamiento: ya sabeis que se necesita bien poco para incomodar á una muger; y puesto que os he convidado á cenar, cenemos.

Sentáronse á la mesa, y la marquesa sirvió á Luizzi: estaba muy turbada y torpe.

—A vuestro lado teneis champaña, le dijo.

—¿Y me dejareis beber solo?

Vaciló un momento, pero luego alargó su vaso, y lo bebió de un sorbo. Dejó escapar una espresion de disgusto, y Luizzi creyó adivinar que acababa de hacer un esfuerzo para alejar de sí el importuno pensamiento que la dominaba; mas despues de algunas cortas palabras acerca de los proyectos de marcha de Luizzi, la vió volver á caer en su pesada tristeza. El interés y la curiosidad del baron estaban vivamente picados, y ensayó el mismo medio que ella parecia haber empleado para desechar sus molestas ideas.

—¿No repetís? la dijo.

Pero los ojos de la marquesa se cubrieron de lágrimas y contestó:

—No, Armando, no; eso me hace mal, me quema, me mata; y sin embargo, Dios me es testigo de que quisiera morir.

Se levantó y esclamó:

—¡Oh!... ¡sí, Dios mio!... ¡morir, morir pronto!

Y se arrojó en el divan cubriéndose el rostro con las manos.

Luizzi se colocó á su lado y trató de preguntarla, pero solo respondia con lágrimas y sollozos. El baron habia sido el amigo de infancia de la marquesa de Val, se arrodilló delante de ella y la dijo:

—Vamos, Lucy, habladme; si teneis pesares confiádmelos: Lucy, ya sabeis los sentimientos que respecto á vos abriga mi corazon: ¿el que se ha atrevido á amaros podrá olvidaros y no ser vuestro mejor amigo?

Las lágrimas de Mad. de Val se detuvie-

Digitized by Google

ron convulsivamente en sus ojos, y mirando á Luizzi que permanecia de rodillas, respondió como si tratase de ser amable:

—Al veros en esa postura no os darian semejante título.

presiones de galantería, de que no hacia mucho aprecio.

Pero se sorprendió sobremanera, cuando levantando la marquesa los ojos al cielo, le dijo:



—¿Y quién se atreveria á esperar otro? dijo Luizzi sonriéndose.

—El que ama de veras, lo espera todo: replicó la marquesa con voz exaltada.

—En ese caso yo tendria mucho derecho para esperar, dijo Luizzi, usando de esas es-

—¿Si dijéseis la verdad?

Todos saben lo arriesgado que es el verse uno comprometido á pesar suyo en un camino en que no se puede retroceder sin ofender á alguien por quien se tiene interés, y sobre todo sin esponerse á aparecer ridículo. Por lo

Digitized by Google

regular suele persistirse contando con que la casualidad que le ha conducido á él sin saberlo, le sacará del mismo modo: asi hizo Luizzi.

—¿Si fuese cierto, decís, Lucy? ¡Oh!... amaros es una verdad que todos los que os conocen llevan en su corazon.

La marquesa se levantó, volvió la cabeza con viveza, y replicó con la agitacion febril que no la dejaba:

—Todo eso es una locura; volvamos á la mesa.

Volvió á ocupar su sitio y se puso á cenar como una persona que ha tomado un partido y hace una cosa que la disgusta.

Desgraciadamente para ella, lo que acababa de pasar, habia infundido en el ánimo de Luizzi un vehemente deseo de saber el secreto de aquella alma apenada, y se resolvió á satisfacerle, ó por lo menos á desplegar los medios para conseguirlo.

—¿Marchais muy pronto, no es asi? le dijo Lucy.

—Dentro de ocho dias á mas tardar.

—Mucho deseo teneis de ver á vuestro París.

—¡Ay, Lucy!. . es porque en Paris está la vida.

—La vida de las gentes dichosas.

—No, Lucy; á Paris debe irse cuando se sufre: cuando arde en el corazon una llama que es necesario estinguir ó un ardiente deseo que contener. Alli se encuentra cuanto puede ocupar el ánimo; todas las fiestas que encantan la vista y el oido: alli se da espansion al alma con unos placeres, desconocidos aqui, cuando no se la puede dar la felicidad.

—Teneis razon, contestó Lucy; debe ser un gran consuelo el no conservar en sí nada de si mismo. ¿Habeis estado enamorado en París, Luizzi?

—No como en Tolosa.

Lucy se sonrió tristemente y le hizo seña de que continuase.

—Relaciones cuya inquietud forma su eterno tormento y su única felicidad, prosiguió Luizzi.

—¿Maridos temibles, no es asi?

—Eso precisamente no; pero rivales por todas partes. Siempre hay diez hombres á quienes cada muger se ve obligada á recibir con el mismo tono y la misma cara; entre aquellos diez hombres siempre tiene un amante... dos, tres, cuatro....

—¿Como calumniais á las mugeres?...

—No, Lucy; y en verdad que cuando esto ha sucedido, no me he atrevido á desearlo: ¿las hay tan desgraciadas?

—Teneis razon: hay mugeres que llevan en el secreto de su vida tormentos que ningun hombre puede imaginar; pero estas no son las que se consuelan con amantes.

—Sin duda lo sabeis mejor que yo, dijo Luizzi sonriéndose.

Aquella palabra trastornó á la marquesa, que volvió á recobrar su preocupacion y su tristeza. Luizzi se quedó cortado, y no sabiendo cómo volver á entablar la conversacion, se asió á lo primero que se le presentó.

—¿Estais indispuesta? no comeis ni bebeis.

—Al contrario, contestó Lucy, comenzando á reir.

Y como para no desmentir sus palabras, bebió el vino de Champaña que Luizzi la puso en su vaso, por hacer algo. Los ojos de la marquesa se pusieron brillantes y su voz temblorosa.

—Si, replicó con un acento amargo, un amante, eso ocupa... eso agita la vida, pero es necesario amarle.

—Cuando ya no se le ama, se le despide.

—¡Un celoso!.... un tirano que os amenaza con el deshonor, á cada instante y cada palabra: á quien la menor visita es sospechosa, y que se irrita hasta de la familiaridad de nuestras palabras con los parientes y amigos. Un hipócrita cobarde que arma contra nosotras á toda una familia, para hacer escluir al que le infunde recelos. ¡Oh! ese es un suplicio horrible.... ¡Dios mio!... ¡Sin embargo, es preciso que una muger concluya con él!...

Mientras hablaba de aquel modo, el rostro de la marquesa se habia exaltado: Luizzi, que habia permanecido impasible, observó que sus dientes chocaban unos con otros, y vió que se apoderaba de ella una especie de fiebre. El hombre es implacable. Luizzi llenó negligentemente su vaso y el de la marquesa que tomó el suyo, se le acercó á los labios, y luego le colocó sobre la mesa con una especie de terror.

—Sois una niña, Lucy, continuó Armando apoyándose en la mesa y mirándola con ternura. Si acaso se encontrase un hombre semejante, seria un miserable, á quien una muger podria hacer callar en un instante.

—¿Y cómo es eso?

—Si es un cobarde, no hay un gran mérito en tomar la defensa de aquella muger; si es un hombre valiente, tanto mejor; hay cierta especie de abnegacion en arriesgar su vida con él.

Lucy se sonrió amargamente, y como arrebatada esclamó:

—Pero si es.....

Se detuvo apretando los dientes como para impedir el paso á las palabras que la acudian á la boca; se puso tan encarnada como si fuese á sofocarse, bebió un poco para reponerse, y Luizzi la dijo, observando la turbacion siempre creciente que se manifestaba en ella.

—¡Sea cual fuere, puede reducírsele al silencio!....

Lucy se sonrió con la misma espresion de duda y desesperacion, y Luizzi continuó:

—Si, Lucy, un hombre cuya ternura y ab-

Digitized by Google

negacion se esperimenta con una larga prueba, un hombre de quien ya no se puede dudar, es un confidente á quien todo se puede decir, y que todo lo intentaria por la que le encargase de su felicidad.

La marquesa se sonrió con amargura.

—Una larga prueba decís; mas ya os he indicado que á la primera entrevista aquel hombre llegaria á ser sospechoso.

Vaciló un momento, y fijando luego en Luizzi una mirada que parecia querer leer en el fondo de su alma, prosiguió:

—Para que una muger colocada en semejante posicion, pudiera salir de ella, era preciso que encontrase un corazon que la comprendiese en seguida, y una generosidad que no se hiciese esperar.

—En el momento que diéseis muestras de desearle, le tendriais á vuestras plantas.

—¡Necedades!.... Los hombres no hacen nada sino para obtener como premio de su abnegacion un amor....

—Que corresponda al que esperimentan, dijo Luizzi aproximándose á la marquesa.

—¿Y cuándo la abnegacion se pide al instante, es preciso que el premio sea concedido lo mismo?

—¿Y por qué no? dijo Luizzi arrebatado por lo estraño de aquella conversacion, y por la espresion de Mad. de Val. ¿Y por qué no? Creeis, Lucy, que no haya un hombre capaz de comprender á una muger que se entregase á él diciéndole; te confio mi felicidad, mi vida, mi reputacion, y para que no dudes que eres mi única esperanza, toma mi felicidad, mi vida, mi reputacion, las pongo á tu discrecion; tú serás el dueño de ellas.

—¡Oh! ¡si eso fuese posible!... esclamó la marquesa.

—Lucy, eso seria quizá imposible á mil mugeres; pero si se encontrase una hermosa y noble como vos.....

La voz de Luizzi estaba llena de pasion: se habia ido aproximando cada vez mas á la marquesa: Lucy se cubrió el rostro con ambas manos; pero solo un momento rozó las trenzas de sus negros cabellos con la mayor violencia: levantóse de repente y Luizzi con ella.

—¡Dios mio!... gritó, me vuelvo loca.

—Lucy, dijo Armando.

—Loca, loca, repitió: pues bien, lo seré completamente.

Y con un movimiento que participaba del delirio, se apoderó de los vasos llenos que habia encima de la mesa, y los bebió con rabia: luego se dirigió hácia Luizzi con la vista turbada, la mirada errante, y esclamó con una especie de embriaguez del ánimo y de los sentidos:

—Y bien, ¿te atreves á amarme?

Durante toda aquella escena, la cabeza de Luizzi se habia poseido tambien de la singularidad de cuanto veia y oia. Las circunstancias, la ocasion, lo imprevisto, tienen un atractivo que aturde, arrebata, estravia, y Luizzi contestó á la marquesa como un hombre que cree lo que dice:

—¡Amarte!.... ¡amarte!.... ¡esa es la alegría de los ángeles, es la felicidad, es la vida!.....

—¿Es verdad que me amas?

Luizzi solo contestó entonces estrechando á la marquesa entre sus brazos: no resistió, pero repitió balbuceando:

—Me amas, ¿no es así?.... me amas, ¿no es cierto?..... ¡me amas!... ¡me amas!... repetia sin cesar y casi sin juicio.

Y la marquesa repetia con tal obstinacion aquella palabra, que parecia no tener ya significacion para ella: la murmuró hasta que Luizzi triunfó de esa resistencia instintiva que toda muger opone á los deseos de un hombre.

El delirio que habia arrebatado á Lucy, la embriaguez que habia estraviado su razon, y la locura que parecia haberla impelido á cometer una falta que el mismo amor no escusa, todo esto reunido, delirio, embriaguez y locura, pareció estinguirse entonces en ella; la fiebre del alma no acometió al cuerpo; su boca, que tan amargamente gritaba y reia bajo la inspiracion de la cólera, permaneció fria y silenciosa para responder á las palabras amorosas. La muger que se habia ofrecido á Luizzi parecia ser una loca ó una deslenguada; la que se le entregó era una estátua ó una víctima.

Habia en todo aquello un horrible secreto.

Ya Luizzi tenia remordimientos y se avergonzaba de su felicidad.

Reinaba en el gabinete el mas profundo silencio: la marquesa, sentada en el divan, habia recobrado la mirada inmóvil y penetrante que tenia al entrar en él. Sin embargo, Luizzi seguia con ojos inquietos los movimientos convulsivos de su fisonomía. Quiso hablarla, pero aparentó no oirle: trató de acercarse á ella y le rechazó con una fuerza que asombró á Armando: trató de apoderarse de sus manos, pero se levantó y se desprendió de él gritando con violencia:

—¡Oh!.., ¡esto es una infamia!

E inmediatamente aquella borrasca del corazon y del cuerpo que duraba ya hacia largo tiempo, dió una esplosion, y la marquesa tuvo una crisis nerviosa espantosa. Daba gritos agudos, hablaba de maldicion, de infierno y de condenacion eterna. Cuantas veces Luizzi queria tocarla, se volvia contra sí misma como si hubiese sentido el contacto de una serpiente. Luizzi ya no sabia qué hacer, cuando abrieron la puerta del gabinete, entró Marietta, y encogiéndose de hombros con cierta impaciencia, dijo:

—Estaba segura de ello.

Se acercó á su ama, la aflojó los cordones y la habló con un tono de autoridad á que parecia estaba acostumbrada á obedecer. La crisis fué larga y terminó por un abatimiento que Luizzi ya no se atrevia á interrumpir.

4

Digitized by Google

—Ya es tiempo de que os retireis, le dijo Marietta, venid; aprovecharé este momento de calma para guiaros.

Luizzi siguió á Marietta que andaba muy de prisa porque estaba impaciente por volver al lado de su señora. Armando no quiso hacer ninguna pregunta á la criada, y se retiró despues de haber pasado cinco horas por una série de asombros que le habian arrebatado contra su voluntad, contra todo cuanto le hubiera parecido posible.

Atravesó el jardin, salió á la calle y volvió á su casa tan engolfado en sus reflexiones, que no observó que desde la puerta del jardin de la marquesa hasta la de su habitacion, le habia seguido un hombre embozado en una capa.



Cuantas veces quiso tocarla, se volvia contra sí misma.

Al dia siguiente Armando volvió á casa de la marquesa y le contestaron que no estaba visible.

Volvió hasta cuatro veces durante el dia, y no pudo penetrar hasta ella. Al otro dia la escribió, pero su carta quedó sin contestacion: al tercero volvió á escribirla, pero le fué devuelta la carta sin abrirla. Sin embargo, le constaba que la marquesa no estaba enferma: la veian todas las mañanas oir misa en la iglesia de San Sernin, como tenia de costumbre, y por las tardes habia ido á casa de una anciana tia suya muy devota, á quien debia heredar. Luizzi estaba maravillado, mas como era comedido y muy atento, no se atrevió á preguntar á nadie por aquella señora, y mucho menos á referir lo que le habia sucedido. Con todo, no queria que se burlasen de él, y se resolvió á volver á ver á la marquesa de Val, aunque para ello le fuese necesario no reparar en el medio: la casualidad le ahorró el trabajo de buscar uno. Supo que debia celebrarse una gran reunion en una casa, cuyo acceso le facilitaria su nombre; que la marquesa estaba convidada á ella y que habia prometido ir. Luizzi, aun á riesgo de cometer una grosería, se aventuró á pedir una esquela de convite, y se reservó el hacerse presentar la misma noche de la reunion, temeroso de que Mad. de Val no cumpliese su palabra, si llegaba á saber que él tambien asistiria.

Seguro ya de tener una esplicacion con ella, pensó en sus negocios, y por consiguiente en Mad. Dilois.

Examinó el convenio que le habia entregado, y le pareció conveniente. Pero Luizzi tenia prevenciones contra aquella muger, cuya coquetería lo habia inspirado en un principio la dulce ilusion que habian destruido las palabras de Mad. Barnet acerca de su orígen y de su vida: aquellas prevenciones le quitaban al baron los deseos de entenderse con Mad. Dilois. Presentóse, pues, en casa de otros muchos comerciantes, mas como el precio que le ofrecian por sus lanas era menor que el que le proponia la casa Dilois, el interés fué mas poderoso en él que sus prevenciones, y volvió á casa de la bella comercianta.

Digitized by Google

IV.

SEGUNDA NOCHE.—LA NOCHE EN LA ALCOBA.

Fué allá por la noche, en hora en que los almacenes y el despacho debian estar cerrados, para penetrar en la vida de Mad. Dilois cuando cesase de ser comercianta. Le introdujo una criada muy cortés, que sin anunciarle lo condujo hasta el primer piso, atravesó una piececita, sin aviso prévio abrió una puerta é introdujo al baron en la estancia, diciendo:

—Este caballero quiere hablaros.

Mad Dilois pareció quedarse un poco sorprendida y confusa con aquella visita inesperada. Estaba sentada á un lado de la chimenea, y el hermoso dependiente al otro. El modesto, pero elegante trage de la mañana, habia sido reemplazado por un vestido de estremada limpieza, pero que manifestaba que se presentaba con gusto á Mr. Cárlos de cualquiera manera. La habitacion estaba en el desórden que indica la hora del reposo: la cama se hallaba hecha y en la cabecera se veian colocadas dos almohadas.

En las lujosas costumbres de la clase elevada, se ignora el atractivo que puede encontrarse en la deslumbradora blancura del lienzo. Apénas se percibe la finura y lo blanco de la tela entre los pliegues de la seda de un lecho y las doradas molduras de una alcoba; pero en la modesta habitacion de un particular de provincia, al lado de unos muebles de nogal ennegrecidos por el tiempo, y entre unas cortinas de color oscuro, una cama de un blanco alabastrino resalta como una figura virginal. Aquella vista inesperada, y todo cuanto os rodea, que no carece de una gracia particular, puede inspirar al mas frio y al mas tímido, deseos repentinos y atrevidos; y si como Luizzi se acaba de salir de una aventura en que se ha visto arrojarse en sus brazos á una muger de rango elevado, á la que se tenia mas respeto que afecto, hay motivos para pensar que lo mismo podria acontecer con una de la clase media que se reputaba como coqueta y complaciente, y que en su consecuencia podia decirse:

—¡Pardiez!... he aqui un sitio que me conviene y que es preciso que ocupe esta noche.

Esta noche, esta noche mismo, ¿lo ois?... Hay conquistas que solo lisongean por su rapidez. Entre un hombre como el baron de Luizzi, y una muger como la comercianta de lanas, una victoria despues de un mes ó dos de una córte asidua y de amorosos afanes, no podia tener nada de placentero y de picante; pero triunfar en algunas horas de una muger, que segun la opinion de Luizzi debia estar acostumbrada á las derrotas para tener todos los recursos de la defensa, le parecia muy original, divertido y apetecible. Ademas habia alli un rival á quien suplantar, un amante mas bien que un marido: era verdaderamente una buena fortuna, porque el persuadir á una muger que engañe á su marido, es conducirla por el camino del matrimonio ó mantenerla en él; pero impelerla á que engañe á un amante, hacerla que cometa una falta detrás de otra, y hacerla infiel á una infidelidad, es mucho mas inmoral en amor y merece la pena de conseguirlo.

Todas estas ideas que acabamos de enumerar prolijamente, esplican la resolucion de Luizzi. Armando, al ver al hermoso Cárlos junto á Mad. Dilois, al ver aquel lecho entreabierto, se sintió acometido de un deseo irresistible de ocupar el sitio que creia destinado para el afortunado Cárlos. Comenzó por disculparse de lo intempestivo de la hora.

—Perdonad, señora, dijo despues de sentarse entre Cárlos y Mad. Dilois; perdonad el que me presente tan tarde: los que no hacemos nada, porque en verdad creo que no somos buenos para nada, comenzamos el dia tan tarde, que llegamos al fin de él sin haber tenido tiempo para ocuparnos de nuestros negocios. Disimulad, pues, señora, que venga á molestaros con los mios, cuando ya hace largo tiempo que se hallan terminados los vuestros.

—¡Ay! caballero, contestó Mad. Dilois con una sonrisa, los negocios no concluyen jamás para nosotros, y cuando habeis entrado comenzaba ya los de mañana: tratábamos de subsanar un error de cuenta en que incurrimos hace ocho dias.

Luizzi dirigió una mirada á Cárlos, que tenia sus ojos fijos en él.

—Ese hombre es un amante, dijo para sí: el instinto de los celos le ha infundido ya rencor hácia mí.

Y sirviendo de aguijon aquella idea á la que ya habia concebido el baron, avivó tanto sus deseos, que juró conseguir sus fines aunque tuviese que comprometer su honor.

Sin embargo, no se presentaba muy fácil, porque el dependiente no parecia dispuesto á retirarse, y por mas que uno tenga formado el mejor concepto de sí mismo, y la peor opinion de una muger, es muy dificil seducirla ó que se deje seducir en presencia de su amante. Con todo, las mugeres tienen tantas razones para ceder á un hombre, que el amor no entra seguramente por una cuarta parte en el número de sus derrotas, y Luizzi no era ningun novicio para ignorarlo. Buscó, pues, un pretesto para inducir á Mad. Dilois á una conversacion particular, y contestó á lo que habia dicho acerca de su continua ocupacion en los negocios.

—Y yo, que ningun derecho tengo para ser importuno, vengo á aumentar la persecucion comercial que penetra hasta en vuestro cuarto. No puedo perdonármelo y voy á retirarme, si gustáis señalarme una hora en que podais oirme con mas libertad.

Digitized by Google

—No quiero causaros la molestia de que tengais que volver: sé, que vos me lo habeis dicho, que vuestra permanencia en Tolosa será de muy poca duracion, y pues que no podeis aguardar el regreso de mi marido...

—¡Ah! señora, dijo Luizzi interrumpiéndola y pronunciando su frase con la misma inflexion; sé, porque me lo han dicho, que tratando con vos lo hacia con el verdadero dueño de la casa.

—Caballero, no comprendo lo que...

—Con el verdadero gefe, en el sentido de que en vos se hallan reunidas la voluntad, la superioridad y la inteligencia, que han formado la fortuna de vuestro comercio.

—Si, efectivamente, teneis razon, contestó Cárlos; Mad. Dilois entiende tambien los negocios como el mejor comerciante de Tolosa, y sin ella, la casa no seria lo que es.

—Eso es precisamente lo que me decia hace dos dias Mad. Barnet,

—¡Qué buena alhaja! dijeron Cárlos y madama Dilois, y esta añadió; ¿con que conoceis á Mad. Barnet?

—Mr. Barnet es mi escribano, y no habiéndole encontrado en su casa tuve que hablar con su esposa.

—Es una... dijo el dependiente con aire de desprecio.

—No sois reconocido, caballero, me ha hablado de vos en los términos mas halagüeños; me ha hecho un elogio...

—Que este caballero merece siempre, contestó madama Dilois un poco picada.

—Por su parte puede que no, replicó Luizzi comentando aquellas palabras con una sonrisa y una mirada muy significativas.

Mad. Dilois contestó con una sonrisa y una mirada muy burlonas y añadió:

—Segun veo, habeis hablado mucho con Mad. Barnet.

Cárlos no comprendió nada; pero la espresion de los semblantes le dió á conocer que habia cierta especie de ironía en aquellas espresiones, mas no por eso se puso melancólico: Mad. Dilois le miró con un aire de compasiva proteccion, y le dijo:

—Me parece, Cárlos, que teneis mas deseos de dormir que de tratar de negocios; retiraos, mañana nos ocuparemos de la cuenta en cuestion.

—Si, señora, respondió Cárlos levantándose con sumision; y tomando con muy poca gracia el sombrero, saludó con tristeza diciendo varias veces:

—Buenas noches, Mad. Dilois. Buenas noches, buenas noches, caballero, os saludo.

Mad. Dilois se levantó para alumbrar á Cárlos y despedirle. Aquella operacion no duró mucho, pero Luizzi oyó que ambos cambiaron algunas palabras en voz baja. Mad. Dilois volvió á entrar, y Armando escuchó todavía, pero no sintió cerrar la puerta de la calle. ¿Habitaba Cárlos en la casa ó se habia escondido? Aquel no era un obstáculo para ocupar al baron; creia haber juzgado bastante bien á Mad. Dilois para estar seguro de que era una de esas mugeres que se encargan del cuidado material de sus aventuras, que saben alejar á un importuno, abrir una puerta y cerrarla con llaves dobles; en fin, una de esas mugeres que despliegan en el amor, la previsora y diestra actividad de su talento. Sin embargo, cuando Mad. Dilois volvió á ocupar su asiento, Luizzi se apresuró á decirla con el tono mas tierno que le fué posible tomar:

—Os doy gracias por haber alejado á ese jóven.

—Y teneis razon, porque me parece que hubiera sido menos condescendiente que yo en el convenio que tenemos que concluir.

Aquellas palabras las pronunció madama Dilois con un tono tan suavemente burlon, y con unas miradas tan sentimentales, que Luizzi casi se quedó turbado. Tenia acerca de las mugeres una teoría que se las representaba siempre prontas á ceder cuando se las sabia atacar; cuando hablaba de ellas tenia la mas mala opinion posible; pero cuando conversaba con ellas se volvia fácilmente tímido y aun torpe. Su espíritu le habia imbuido aquellas ilusiones de jóven, pero su corazon habia conservado todas sus emociones en presencia de una muger; conoció, pues, que la coquetería de Mad. Dilois ejercia superioridad sobre él, trató de ocultarla para aprovecharse de ella, y la respondió:

—Quizá soy yo, señora, á quien la presencia de ese hombre habria hecho mas severo en las condiciones de nuestro contrato.

—¿Y por qué eso?

—Señora, añadió Luizzi con bastante gracia, hubiera sido severo por bastantes razones. La primera, porque quizá delante de él no me hubiera atrevido á decir: haced lo que os agrade: no tengo mas voluntad que la vuestra; hubiera tenido que ser comerciante delante de él; y luego...

—¿Y luego?... dijo Mad. Dilois.

—Y luego, cuando la presencia de un hombre incomoda, cuando su vista puede produciros ideas que os ofenden, sin que tengais el derecho de manifestarlo; cuando se le envidia lo que se le pagaria con todo género de sacrificios, no se encuentra uno muy dispuesto á ser generoso, y es preciso olvidar á aquel hombre para poder estar satisfecho con sus propios sentimientos.

Mad. Dilois escuchó con estremada atencion, y sin duda comprendió aquella frase embozada, porque fingió no entenderla. Esa táctica es muy vulgar, pero indefectible; táctica buena para los hombres y para las mugeres, y con la que siempre se dice mucho mas de lo que uno se atreveria á decir sin ella. En su consecuencia Mad. Dilois respondió:

—Teneis razon, caballero, Cárlos tiene unas

Digitized by Google

maneras poco agradables, y por eso no le hemos empleado en nuestras relaciones con nuestros parroquianos. Sin embargo, es un jóven honrado y entendido.

—No me ha disgustado con el título de cliente, señora.

Mad. Dilois no pudo contener una sonrisa muy dulce, y volviéndose hácia Luizzi, le dijo como si le desafiase á que le contestase francamente:

—¿Y con qué título os desagrada?

—¿No lo adivinais?

—Bien veis, caballero baron, que no quiero adivinar nada, respondió Mad. Dilois con una sonrisa muy franca, en vista de la cual debia ser muy atrevido ó harto inocente.

—Eso es obligarme á que os lo diga todo.

—¿Es poco grato de oir?

—Es muy difícil de hacerlo comprender.

—En ese caso volvamos al convenio de las lanas, porque yo tengo una inteligencia muy rebelde.

—Si vuestro corazon no adolece del mismo defecto, es cuanto pido.

—¡Mi corazon, caballero baron!... mi corazon nada tiene que ver en el negocio que nos ocupa.

—El vuestro podrá ser, ¡pero el mio!...

—¡El vuestro!... ¿Pues qué le dais en el convenio de la venta de las lanas? respondió la comercianta con esa espresion amorosa de los ojos y de la voz, que en el Mediodía es una especie de carácter que se aplica á todo.

El acento con que Mad. Dilois dijo aquello era tan francamente burlon, que Luizzi se quedó vivamente turbado y picado; mas tuvo talento para ocultarlo, y contestó en el mismo tono:

—No, señora, cuando le entrego quiero que se me pague.

—¿Y á qué precio?

—Al precio ordinario.

Y se aventuró á asir con ternura las manos de Mad. Dilois, dirigiendo una mirada insolente á la cama.

—¿Y cuánto dais de término? dijo ella defendiéndose mal.

—Exijo que sea al contado.

—No tengo fondos, y borro este artículo del convenio.

—Pero yo le conservo; ó todo ó nada.

—¡Quereis que la misma mercancía haga pasar la mala... dijo con un tono de maliciosa jovialidad.

—No soy tan traficante; doy la buena por nada, con tal...

—Con tal de que se pague la mala, repitió ella, y á un precio...

—Bien superior sin duda á su valor, replicó Luizzi con aire galante.

—No es eso lo que queria decir, pero en verdad no puedo aceptar: basta de locuras, señor baron... he querido chancearme y he caido en el lazo...

—El lazo mas peligroso es vuestra hermosura.

—Callad; pueden oirnos. Si entrase alguien, ¿qué le pareceríamos tan cerca uno de otro?

—Hablaríamos de nuestro convenio.

—En efecto, ¡ya está tan adelantado!...

—Firmadle.

—¿Le corresponde á una muger el empezar?

El baron tomó una pluma, firmó, y volviéndose hácia Mad. Dilois, que estaba muy gozosa, y cuyos ojos bajos parecian decir que no se atrevian á mirar lo que iba á permitir, Luizzi agarró las manos y la dijo:

—Ahora cuento con vuestra probidad.

Mad. Dilois se puso ruborizada, y con una voz llena de coquetería respondió:

—Tomad, caballero baron.

Y le presentó su megilla sonrosada. Luizzi se quedó estupefacto pero recibió y devolvió el beso ofrecido.

—Esto no es nada, dijo suavemente.

—¡De veras! contestó Mad. Dilois con aire desahogado como el que acaba de pagar una gran deuda; ¿necesitais?...

—Un poco de felicidad.

—¿Y cómo la entendeis?

—Cuando un marido está ausente... dijo mirando á la alcoba como para instalarse en ella con la vista.

—¿Y cuando una criada vigila?

—Se la envia á dormir.

—¡Sin que haya visto salir á nadie!...

—Teneis razon, pero es bien fácil volver a entrar en la casa donde se ha salido.

—Sois fecundo en espedientes.

—¿Son imposibles?

—¡Cómo!... hay una puertecita junto á la grande.

—¿Y puede abrirse para dejar entrar?

—Sin duda: mas para entrar es necesario haber salido afuera.

—¡Concluiremos! ..

—¡Ay! caballero baron, dijo Mad. Dilois aparentando cierta séria confusion.

—Si, si, contestó él con aire triunfante, echadme pronto á la calle.

Mad. Dilois se sonrió mordiéndose los labios. Abrió la puerta y llamó á la criada, que alumbró á Luizzi quien cambió con la hermosa comercianta ciertas señas. El fin de la conversacion se habia mantenido en los límites de la chanza, imposibles para un parisiense. Es preciso ser natural del Mediodía y estar habituado á aquel lenguaje y á aquel aire impregnado de amor, propio de las mugeres de aquellas provincias, para saber, que lo que en cualquiera otra parte es una confesion, no suele ser allí con frecuencia nada mas que un pasatiempo. Luizzi, como cualquiera otro, debia creer que Mad. Dilois era una de esas mugeres interesadas y cariñosas que se distraen de los negocios por el placer, pero que no consagrándole mas que el tiempo perdido, vuelven á suspenderlos bien pronto.

Digitized by Google

Le agradaba el que no hubiese empleado en su caida mas que el velo de la alegría y no el de la hipocresía, y salió mirando cuán hermosa y atractiva era Mad. Dilois, y cuán blanca y agradable era aquella habitacion. Era un santuario de placer, sino de amor, y Luizzi estaba muy regocijado y lleno de ideas juveniles sino de emociones amorosas. Cuando estuvo en la calle oyó correr los cerrojos de la puerta y echar las barras: entonces poco satisfecha su imaginacion de su fácil victoria, comenzó á desear que hubiese sido el marido quien hubiera cumplido aquellos oficios. De este modo, dijo, habria sido verdaderamente divertido. Y á fé mia, decia, que si es el amante el encargado de este cuidado, no es menos original. Y de este modo, el baron atravesaba la calle y la volvia á atravesar, y como un hombre que está satisfecho de si mismo, comenzó á reir á carcajadas. A su risa contestó otra muy débil que parecia hallarse junto á su oido: el baron se volvió, miró en derredor suyo y á lo alto; pero todo estaba silencioso. Sin embargo, aquella risa le turbó: parecia haber contestado demasiado directamente á la suya, para que dejase de tener alguna significacion; pero ¿de dónde venia? Luizzi no pudo descubrirlo.

Acercóse vivamente á la puertecita como para decir á aquella risa impertinente: He aqui lo que me va á vengar de esa burla. Pero la puerta no estaba abierta, y no era chocante pues hacia poco tiempo que habia salido: pero ya hacia media hora que estaba en la calle, iba teniendo frio y la puerta no se abria. La impaciencia y la cólera le calentaron bien pronto; ¿le habria engañado Mad. Dilois, ó la detendria algun obstáculo insuperable? Aquella suposicion tardó mucho tiempo en presentarse á su imaginacion. Armando tenia para rechazarla su vanidad natural de hombre, sus triunfos pasados, su aventura con la marquesa, y sobre todo, el tono de Mad. Dilois, lo que de ella le habia dicho Mad. Barnet y lo que suponia de Cárlos. Le fué preciso mucho tiempo para creer que se habian burlado de él, pero el frio de las puntas de los pies y de las manos comenzó á quitarle su presuncion. Dejábanle en la calle y tal vez Cárlos le acechaba riéndose detrás de alguna celosía. Aquel pensamiento odioso atormentaba á Armando; porque la cuestion no era ya el poseer ó no poseer á aquella muger, sino de haber sido ó no chasqueado. Hamlet no estaba tan agitado. Sin embargo, Luizzi no se atrevia todavía á persuadirse de que se burlasen de él hasta ese punto: una hora entera se pasó en aquel combate del orgullo contra la evidencia. El amor propio es un animal que tiene mas cabezas que la hydra del Lerna, y que le renacen mas pronto. Luizzi agotó todas las suposiciones antes de llegar á la conviccion de que Mad. Dilois se habia burlado de él. Todavía pasó una media hora, y entonces comenzó una conviccion que un incidente inesperado acaba de completar. Abrióse la puerta: el baron corrió hácia ella y se encontró frente á frente con el hermoso Cárlos que salia. Ambos, despues de retroceder un paso se dirigieron una mirada tan iracunda que sus ojos chispeaban.

—Muy tarde quereis entrar, dijo Cárlos.

—No mas tarde que vos salís.

—Os aguardan.

—Despues de vos segun parece; pero os juro que nada teneis que temer.

—¿Qué quereis decir?

—Que por una vez y por casualidad podia dejárseme el primer lugar.

—Os atreveríais á pensar.

—Lo que os digo; que la dueña de la casa es la querida de...

—No lo hareis, os lo juro, esclamó Cárlos asiendo á Luizzi del brazo.

El baron se desprendió con un movimiento de indignacion.

—Caballero, ¿estais loco ó rabioso?

El desprecio con que el baron pronunció estas últimas palabras, exasperó á Cárlos que se dirigió hácia Luizzi.

—¿Sabeis que soy?...

—Un villano que defiende á una...

—Caballero, gritó Cárlos, callad; ¿sabeis lo que significan las palabras que acabais de pronunciar?

—Tan bien como vos lo que vale una vedija de lana.

—Pero sé lo que vale una bala de plomo y os lo enseñaré.

—Un desafío, no, no, caballero, basta ser engañado una vez.

—Yo sabré obligaros á él.

—¿Lo intentareis?

—Mas pronto de lo que pensais: mañana por la mañana estaré en vuestra casa.

—Como gusteis.

Cárlos se alejó con rapidez.

Apenas habia desaparecido cuando se entreabrió la puerta, y se dejó oir la voz temblorosa de Mad. Dilois.

—Entrad, entrad, dijo por lo bajo al baron.

Luizzi tuvo intenciones de negarse á ello.

—Por favor, entrad, le repitió Mad. Dilois.

Cárlos estaba ya lejos. El baron entró y la comercianta le agarró de la mano. La pobre muger temblaba, y por una escalera escusada condujo á Armando á su habitacion. La calma casi virginal de aquel cuarto habia desaparecido; la cama estaba descompuesta y no habia mas luz que la de una lamparilla. A su vacilante resplandor, Luizzi vió que el trage de Mad. Dilois era mas completo que cuando se separó de ella; habia bajado descalza.

—Caballero, esclamó, ¿qué os he hecho para que querais perderme?

—¡Yo perderos!... dijo Luizzi sonriéndose, no veo ningun peligro, y en todo caso la falta no es mia.

Luizzi estaba exasperado, habia contado

Digitized by Google

neciamente con un triunfo completo, y se encontraba humillado en el mas alto grado. Ademas se veia ridiculizado, y no tuvo compasion.

—¿Con qué habeis tomado formalmente esa chanza y todo cuanto hemos dicho?

—¿Cómo que formalmente? me parece que en mi lugar cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—¡Cualquiera otro! ¿pues por quién me teneis?

—Por una muger muy linda que se complace en dejarse querer.

—¿Creeis realmente que os aguardaba?

—Si por cierto; creia que me esperábais.

—¿Luego qué opinion teneis de las mugeres?

—A fé mia, señora, mucho mejor de la que merecen, porque creia que me aguardábais solo.

—Pues que, ¿sospechais que Cárlos?...

—Vamos, vamos, señora, basta de chanza como vos decís: ser engañado dos veces en una noche, es demasiado.

—No hableis de ese modo, caballero, y perdonadme. He ido sin duda muy lejos en unas palabras á que me figuraba que no dabais la menor importancia.

Se detuvo, y encogiéndose de hombros con impaciente tristeza, añadió:

—Pues qué, caballero, un hombre á quien yo no conocia, y que veia por primera vez, habeis podido pensar... no, no, eso es imposible.

—Es tan posible, que todavía lo creo.

—Y tal vez lo direis, como habeis amenazado á Cárlos, ¿no es asi?

—Contened á ese caballero para que no me obligue á ello, porque seguramente yo no me batiré con él sin decir la causa á cualquiera que quiera oirla.

—Y sí tengo bastante poderío sobre él para detenerle, ¿qué hareis?...

—Señora, es otro asunto; no comprendo mas discrecion que para los secretos, y no sé que los haya ya entre nosotros.

—Y no los habrá, os lo juro.

—Como gusteis, señora, conservemos cada uno nuestra libertad.

—Pero estoy casada, caballero.

Luizzi estaba furioso y contestó brutalmente:

—Y teneis hijos, y entre ellos una hermosa niña.

—¡Ah! ahora ya me parece comprenderos. Me despreciais bastante cuando habeis venido aqui esperando conseguirlo todo.

—Me parece que no tenia necesidad de semejante presuncion, y que vos habeis hecho cuanto era necesario para inspirármela.

—Y he aqui lo que ya no comprendo. Vos sois de un mundo, caballero, en donde las palabras tienen, segun veo, un sentido mas real que en el nuestro.

—Yo soy de un mundo, señora, en donde no se hace de la coqueteria un medio de especulacion.

—Caballero, si os parece asi, hay teneis vuestro convenio; podeis rasgaslo.

Mad. Dilois alargó el papel á Luizzi volviéndose para ocultar sus lágrimas; el baron estaba implacable y contestó:

—En verdad, señora, que quisiera mejor concluirle, y os juro que entonces el silencio mas profundo...

Mad Dilois hizo un gesto de horror.

—Pues no siendo asi, continuó Luizzi, permitidme que me retire.

Tomó una vela, la encendió y el baron vió cuán pálida y demudada estaba la pobre señora; despues de envolverse silenciosamente en un chal le hizo seña de que la siguiese. Luizzi se picó al verse despedido tan fria y paladinamente.

—Reflexionadlo bien.

—Mi partido está tomado.

—Soy vengativo.

—Y yo seré inocente, señor baron.

—Adios, señora.

—Adios, caballero.

Y sin mas palabras le sacó fuera de la casa; dirigióse en seguida á la suya, y se acostó muy agitado é inquieto sin saber que hacer. Por último se durmió y no despertó hasta bien tarde.

Llamó y preguntó sino habia ido alguien á buscarle, y le respondieron que nadie.

—Mr. Cárlos, pensó, se habrá estasiado ó le habrá encantado su hermosa querida.

Luizzi se levantó y se desayunó buscando un medio de referir lo que le habia pasado. Ni un instante tuvo remordimiento de lo que iba á hacer. Cuando la indiscrecion de los hombres no perdona á las mugeres la felicidad que les dan, juzgad si perdonarán la dicha que suponen concedida á otro. Pero el hacer una confianza no es una cosa tan fácil como se cree. Es preciso ser provocado á ella, so pena de pasar por un hablador villano y grosero. Luizzi no sabia á quien dirigirse, cuando el criado anunció á Mr. Barnet.

—El cielo me le envia, dijo Luizzi, pensando que Mr. Barnet debia ser digno consorte de su muger.

Era un hombre grueso, de aire fino y maneras agradables.

—Me habeis hecho el honor de pasar á mi casa, caballero baron, y mi muger me ha dicho que deseábais adquirir noticias sobre la fortuna del marqués de Val.

—Es cierto, es cierto, dijo Luizzi, pero las que me ha dado Mad. Barnet me bastan; ademas ya no tengo los mismos proyectos y ahora quisiera saber...

—En qué estado se halla la casa Dilois, ¿no es asi? Mi muger me lo ha dicho todo. Buena y escelente casa, señor baron, dirigida por una prudente y honrada muger.

—¡Diablo!... contestais bien pronto.

Digitized by Google

—Es la misma probidad personificada.

—No digo que no; ¡pero es tambien la sabiduría en persona!

—Lo juraria con mi cabeza.

—Tanto mejor para vuestra muger, dijo Luizzi riéndose. Luego añadió; perdonad si yo tengo menos confianza que vos en la virtud de las mugeres: vos no las veis mas que el dia del otorgamiento del contrato, y entonces todo es amor, adoracion y juramentos de fidelidad; pero mas tarde. .

—¿Tendreis alguna razon para creer que Mad. Dilois...

—Ya podeis juzgar.

Y en seguida se lo refirió todo á Barnet, riéndose y haciéndose bastante ridículo para aparentar un sacrificio: destreza infame que pone la víctima en manos del verdugo, como si fuese él el ofendido. Luizzi refirió su aventura de la noche pasada.

—¡Jamás hubiera creido, esclamó Barnet, jamás, jamás, que Cárlos!...

—¡Pues si, Cárlos, mientras que yo hacia la guardia!...

—Y volvísteis á entrar...

—Para nada, os lo juro: ya es bastante fastidioso el suceder á un marido; para concebir deseos de ocupar un puesto que ya lo estuvo por un amante.

—¡Un amante!... ¡Mad. Dilois un amante! repetia el escribano con asombro

Luizzi estaba altamente complacido de lo que acababa de hacer, y añadió meciéndose en su sillon:

—Amigo mio, en tres dias que hace estoy en Tolosa, he sabido mas de lo que creeis acerca de las mugeres irreprensibles.

—¡Quién lo hubiera dicho, esclamaba Barnet, de ese Carlitos!... ¡Dios mio! .. ¡Dios mio!... las mugeres...

—Me parece que esta habrá comenzado de modo que haria adivinar lo que seria.

—Teneis razon, buen perro de caza; ¡y luego tenia una madre! pero este es un secreto de escribanía, y por lo mismo sagrado.

—¡Ah!... si, teneis secretos de escribanía demasiado curiosos y particularmente uno acerca de Mad. de Val.

—Si, si, pero nadie en el mundo los sabrá. ¡Pobre muger! he ahi una que ha soportado su vida con virtud y resignacion.

Luizzi se sonrió pero calló. Tenia demasiada presuncion para confiar la reputacion de Mad. de Val á un plebeyo como Mr. Barnet, mas si éste hubiese sido un vizconde, Armando le habria desimpresionado bien pronto de su buena opinion. Por otra parte, se acordó de que por la noche debia ver á la marquesa, y satisfecho con su primera confianza, rogó á Mr. Barnet que vendiese sus lanas á otra casa de Tolosa. El escribano, por su parte, habia ido á hablar de una corta de madera, y proponer al baron concluyese el ajuste con un tal Mr. Buré.

—¿Está casado? dijo Luizzi con esa fatuidad insolente, que convierte en insulto la mas leve pregunta.

—Si, y con una muger de quien yo responderia... pero á fé mia, señor baron, que ya no sé qué pensar ni qué decir de las mugeres... esta pasa por de la virtud mas pura.

—Nos veremos, respondió Luizzi, y despidió á Mr. Barnet.

Cuando llegó la noche, Armando fué á la reunion en donde sabia que encontraria á la marquesa. Al verle, se puso tan pálida que le causó compasion. Se aproximó á Lucy, se retiraron á un ángulo del salon, y apenas le podia contestar. Lucy creyó notar que los observaban.

—¿Os negareis á oirme? la dijo.

—No, porque tengo que pediros un favor.

—No seré cruel.

—Sé la aventura que habeis tenido con Sofía.

—¿Quién es esa Sofia?

—Mad. Dilois.

—¿Mad. Dilois?

—Os suplico en nombre del cielo que no hableis de ella á nadie.

—En verdad que no es de Mad. Dilois de quien tengo que ocuparme á vuestro lado; ¡no tengo algun derecho para maravillarme de vuestra negativa á recibirme despues!...

Un encarnado muy subido reemplazó á la palidez de Mad. de Val.

—¡Armando!... le dijo, moriré bien pronto, lo espero... ¡oh! si, lo espero... entonces lo sabreis todo.

Lucy tenia un aire tan inspirado de aquella horrorosa esperanza, que conmovió á Luizzi.

Luego continuó:

—Pero no me volvais á ver jamás.

—Sin embargo....

—Os lo pido de rodillas.

Y aquel estravio que Luizzi habia notado ya en las miradas de la marquesa parecia próximo á reproducirse. La contestó:

—Pues bien, os lo prometo.

—Prometedme tambien, replicó con mas calma, no hablar jamás de Mad. Dilois.

Luizzi se creyó bastante fuerte para contener la confianza hecha á Barnet y se lo prometió del mismo modo.

Un momento despues, Lucy se retiró entre los profundos saludos de los hombres. A la puerta del salon en donde estaban reunidos, la abrieron paso como á una persona noble y virtuosa á quien se profesa un singular respeto. Luizzi se quedó pensativo.

A su lado conversaban en voz baja algunos jóvenes que se reian mucho. En aquel momento, la dueña de la casa se acercó al baron y le llamó por su nombre.

—¡Pardiez!... dijo uno de sus vecinos, he ahi al héroe de la aventura Dilois.

Luizzi no dudó que lo que habia dicho á Barnet era el asunto de todas las conversa-

Digitized by Google

ciones, y por un sentimiento enteramente nuevo para él, esperimentó un remordimiento por lo que habia hecho; luego se puso á escuchar lo que decian detrás de él; aparentando atender á otra cosa.

—A fé mia, decia uno, ha sido muy bobo, y en su lugar yo no hubiera salido sin poner á prueba á la muger que de ese modo se burla de un hombre honrado.

—Ese Cárlos me parece muy feliz, porque la comercianta es encantadora.

Y la conversacion giró sobre el mismo asunto bastante tiempo, para que Luizzi se persuadiese de que habia sido un mentecato, y que se habia puesto en ridículo. Por un encadenamiento bastante natural de pensamientos, pasó de su aventura con Mad. Dilois á la de Lucy, y dijo para sí que aquella vez habia sido burlado por una hipocresía impudente, como le habia sucedido con unos halagos desmedidos. Hallábase entregado á estas reflexiones, cuando comenzaron á hablar de la marquesa, y los elogios que la prodigaban, variando el curso de las ideas de Luizzi, le sumergió en una ansiedad insoportable. Resolvió poner término á ella, y se retiró con la idea de aclarar el primer misterio, merced á su infernal confidente.

Luizzi contaba con estar solo, pero un hombre le aguardaba en su casa: era aquel Mr. Buré, rico poseedor de varias ferrerías de las inmediaciones de Tolosa, de quien ya le habia hablado Mr. Barnet. Mr. Buré era un hombre de edad avanzada, pero bien conservado y que manifestaba en su semblante una perfecta calma, debidas á una vida sóbria y constantemente ocupada. El negocio de que habló á Luizzi y la manera con que le presentó, dieron al baron la mas elevada idea de aquel hombre. Escuchó favorablemente la proposicion que le hizo de asociarse á él para cualquiera grande empresa, y consintio en acompañarle á su ferrería para visitarla. A Luizzi no le disgustaba el ausentarse algunos dias, para pensar lo que le convenia hacer, y para salir de aquel torbellino de misterios en que se hallaba envuelto. A pesar suyo, comenzaba á comprender que debia haber causas muy estraordinarias para lo que habia pasado. Todavía no habia encontrado semejantes caractéres, ni tales aventuras, y quiso tomarse tiempo para reflexionar sobre ellas.

Cuando Mr. Buré y Luizzi se separaron, era bastante tarde para que el baron pudiera pedir á su diabólico amigo la esplicacion que deseaba, y por otra parte le era forzoso partir casi inmediatamente. Dos horas despues, caminaba en una silla de posta, y al medio dia entraba en la fábrica de Mr. Buré.

Sin dejarle un momento de reposo, y despues de un almuerzo precipitado, Mr. Buré condujo al baron á su establecimiento, y no le volvió á su habitacion hasta las tres, hora destinada para comer.

Toda la familia se hallaba ya reunida: Luizzi miró á Mad. Buré, y vió una muger encantadora, graciosa, atractiva, agradable y llena de una dulce serenidad. Sus padres y los de Mr. Buré, se hallaban tambien allí, y al lado de su madre habia dos jóvenes de quince á diez y seis años, tiernas flores que se abrian timidamente para una vida pura y santa, y que no tenian ninguna idea del mal, porque en aquella familia nadie podia imbuírsela.

Todavía esperaban á alguno, y era el hermano de Mad. Buré: habia sido capitan en tiempo del imperio y profesaba un ódio profundo á todo lo que tenia relacion con el regreso de los Borbones. Con este título, el baron de Luizzi debia desagradarle. Sin embargo, el capitan le recibió con suma franqueza, y durante toda la comida la conversacion giró sobre negocios. Mr. Buré y su cuñado volvieron á sus ocupaciones, y Armando se quedó con Mad. Buré, los padres y las niñas. Todos estaban entregados á sus labores ó á la lectura, y Armando, que se habia apoderado de un periódico, pudo ver con que esmero desempeñaba Mad. Buré sus funciones de madre y de hija con todos los que la rodeaban. Sus atenciones y su proteccion eran tan esmeradas, que Luizzi estaba encantado y fácil en dejarse llevar de todas sus impresiones, creyó que tenia ante su vista el modelo de una vida perfectamente feliz. Sobre todo, Mad. Buré le parecia una dulce y hechicera realidad de la muger en cuyo corazon abundan todos los afectos para llenarle de amor y difundirle en seguida en derredor suyo, como los pilones de las fuentes en donde se acumula el agua para distribuirse en seguida en riego fertilizador. Luizzi gozaba con aquel espectáculo, y cuando llegó la noche se retiró con el corazon contento. Aquel dia formaba para él un contraste con los que acababan de pasar, que se complacia en comparar hasta sus menores circunstancias.

—¡Qué muger es Mad. Buré! decia, ¡qué belleza tan perfecta! ¡qué sencillez tan graciosa! ¡Seguramente nadie pensará nunca en perturbar una alma tan tranquila y una vida tan serena, cuando la marquesa y Mad. Dilois!...

Cuando recordó mentalmente aquellos nombres, le ocurrió al pensamiento su resolucion de saber aquellos secretos. Vaciló largo tiempo, porque le pareció que iba á desvirtuar la agradable emocion que habia esperimentado. Pero lo que debiera contener su curiosidad, fué lo que mas la escitó. ¿Temblaré yo ante el diablo? decia, ¿y cuándo estoy resuelto á conocer los secretos de la vida humana, retrocederé cuando se trata de saber la historia demasiado vulgar de dos mugeres perdidas?...

Despues de este raciocinio se levantó altivamente, y habiéndose encerrado hizo sonar

Digitized by Google

su mágica campanilla: al momento se le presentó el diablo con el trage de un elegante, de esos que van ll·nos de perfumes, gastan lente, y hablan precipitadamente, como las carpas que buscan los mosquitos en la superficie del agua. Parecia que estaba incomodado, y miró á Luizzi con su lente, con cierta fisga que no pasó desapercibida para el baron.

—Y bien, le dijo, ¿qué me quieres?

—Quiero saber la historia de Mad. de Val y de Mad. Dilois.

—Es muy larga.

—Tenemos tiempo.

—¿Y eso para que te servira?

—Para conocer á las mugeres.

—Para saber el secreto de dos mugeres: hélo ahi todo. Los hombres sois locos; os figurais que en una aventura se encuentra toda una vida. La virtud de las mugeres, caballero baron, es una cosa de circunstancias: una casualidad puede hacerla vacilar y caer sin que sea suya la culpa.

—Me parece que la conducta de Mad. de Val puede darme lugar á pensar....

—Que es una disoluta desvergonzada ¿no es verdad?

—Pues bien, si. Entregarse en una hora á un hombre...

—A quien conocia ya hacia largo tiempo, y que la habia amado. ¿Y si se hubiese entregado al primero que llegase?

—Seria una muger pública.

—No por cierto.

—¡Y una loca!

—Nada de eso. Escúchame bien: te he encontrado deslumbrado con el aire de virtud que reina aqui; pues bien, quiero referirte una anecdotilla que te probará que vuestro modo de juzgar á las mugeres es muy necio, aun segun las ideas de vuestra moral humana.

—¿Se trata de Mad. Buré?

—Si.

—Debe ser una muger muy honrada.

—Tú juzgarás,

—¿Habrá cometido alguna falta?

—Yo no lo sé; pero creo que Mad. Dilois ha incurrido en una, no cediendo á ti.

—¿Para ti, demonio?

—No, para ella.

—Quisiera saber cómo.

—Voy á contarte la historia de Mad. Buré.

—¡A propósito de Mad. Dilois!

—Ese es mi método. El mejor medio de juzgar á las gentes es compararlas con los demas. Si llegas á ser hombre politico, mira como has juzgado al soberano que has amado, y serás justo con el que aborreces y *viceversa*. Si te casas, acuérdate de lo que has supuesto acerca de las mugeres de tus amigos, y no te asombrarás si la tuya te engaña: si compras una querida, acuérdate de cuanto han pagado por tí, y persuádete de que mantienes la tuya para los demas: sobre todo, no tengas la necia manía de creerte una escepcion; todo hombre ha nacido para mentir á su padre, y verse engañado por sus hijos. Los que se sustraen al destino comun son tan raros, que no conocerás uno.

—¿Luego Mad. Buré ha engañado á su marido?

—¿Qué llamas tú engañar? le ha hecho un servicio inmenso.

—Haciéndole....

—Apuesto á que dentro de un momento ese será tu parecer.

—Mucho lo dudo.

—Es cierto que ningun ser viviente podria persuadirte. La aventura que ha ocurrido á Mad. Buré es un secreto entre ella y la tumba, y nadie en el mundo podria referírtela sino ella ó yo. Es una piececita entre dos actores; porque humanamente hablando, yo no me cuento en la lista de los personages, aunque á decir verdad, me mezclo siempre un poco en el desenlace de esta especie de dramas.

—Habla, ya te escuchó, contestó Luizzi.

V.

LA NOCHE EN DILIGENCIA.

Y el diablo comenzó de este modo:

Era en 1819, en el patio de las mensagerías de Tolosa, el 15 de febrero á las seis de la tarde: habia cerrado la noche y un gran número de viageros aguardaban la hora de partir. Llegó el conductor armado con su lista y su farol, y nombró á Mad. Buré. Al momento se adelantó una muger y subió con ligereza al cupé de una diligencia que salia para Castres. Al subir, dejó ver á un alto y hermoso jóven que la seguia, una pierna de una perfecta elegancia; luego se volvió para recibir un paquete que la alargaba el conductor, y manifestó al jóven su cara llena y sonrosada, su hechicera sonrisa y sus dientes de una pureza admirable. Alli fué donde comenzó la desgracia. El jóven se quitó su gorra, arrojó su cigarro, y preguntó con mucha finura á Mad. Buré si la habian entregado todo lo que la pertenecia; contestó afirmativamente, el jóven se sentó á su lado, y la examinó á la luz de los faroles, como para convencerse de que podia intentar aquella conquista. La noche estaba muy oscura, y puesto ya en camino le habia sido imposible al hermoso jóven, el juzgar á su compañera de viage. Como era oficial de artillería muy versado en los principios de la táctica, probablemente no hubiera dado un paso sin reconocer antes el terreno á donde debia dirigir sus baterías, y es indudable que el temor de tropezar con una vieja, no le hubiera hecho muy circunspecto. Pero habia visto que Mad. Buré era jóven, bonita, y que no tenia el aire brusco. Asi es, que en cuanto el carruage pasó el arrabal y rodó por el camino de Puylaurens, comenzó

Digitized by Google

á aproximarse á su vecina. Como no estaba bien tapada, se quitó su capa que era nueva, para que se abrigase los pies, luego la preguntó, y no advirtió que él era quien contestaba á las preguntas de Mad. Buré. En efecto, aun no habian andado una legua, y ya habia dicho que se llamaba Ernesto de Labitte, que estaba de guarnicion en Tolosa, pero que pensaba dejar bien pronto aquella ciudad y pasar al Norte. El asunto que le obligaba á ir á Nantes podria detenerle cuando mas una hora, y debia volver á Tolosa con la diligencia de regreso.

Bien especificadas aquellas circunstancias, Mad. Buré, que hasta entonces se habia mostrado muy reservada, recibió las atenciones del jóven oficial con un poco mas de negligencia, es decir, que las vigiló un poco menos. El frio es un poderoso auxiliar en esta clase de negocios, y Ernesto de Labitte se aprovechó de él sencillamente.

—Sin duda, señora, no estais habituada á viajar sola, porque es imposible ponerse en camino con menos precauciones. No teneis nada para abrigaros el cuello. Yo tengo ahí algunos pañuelos de seda que mi criado ha debido colocar en las bolsas del coche; permitidme os ofrezca uno.

—En verdad, caballero, no podeis ser mas galante.

—Os equivocais, señora, hago muy poco caso de la galantería que pone á un hombre á las órdenes de la primera muger que encuentra.

—Vuestros modales conmigo prueban lo contrario.

—Os prueban cuando mas, que si encuentro una muger tan perfectamente graciosa y encantadora como vos, procuro manifestarla que comprendo cuantos homenages se merece.

—¡Oh! dijo Mad. Buré riéndose, sino sois galante, al menos sois muy adulador.

—¡Adulador!.... no; bien sabeis lo contrario, señora; otros antes qué yo os habrán dicho sin duda cuán linda sois; os lo habrán dicho con bastante frecuencia para que no podais dudarlo. No soy, pues, ni adulador ni galante.

Mad. Buré se quedó cortada al ver la familiaridad con que aquel hombre la dirigia tan groseros cumplimientos, y no contestó. Ernesto aguardó un momento y prosiguió:

—¿Os han ofendido mis palabras, señora, y mi ruda franqueza ha traspasado los límites del respeto?

—No puedo decíroslo, y sin embargo os agradeceré mucho que varieis de lenguaje.

—Señora, la admiracion para con la belleza es tan involuntaria como la hermosura misma; y cuando nos arrebata....

—Ya no se sabe lo que se dice, ¿no es asi, caballero?

—Perdonad, pero creo que se sabe perfectamente lo que se dice, y para probároslo, añadiré que comienzo á sospechar que teneis tanto talento como hermosura.

—¡Ah!..... contestó Mad. Buré con tono desabrido, ¿con qué me haceis el honor de sospechar eso?

—No os incomodeis, ó lo dudaré.

—Pero al menos debereis confesar que soy demasiado buena en escucharos.

—Pero es necesario que observeis que tampoco podeis obrar de otro modo.

—¿De manera que no me concedeis nada?

—Os concedo el que os hallais ahi.

Detúvose un momento, y luego continuó con tono exaltado:

—Os concedo el que os encontreis ahí, como un hermoso dia que brilla sobre mi cabeza, como un aire perfumado que circula en derredor mio, como una noche apacible que me embriaga con su silencio, como me complace todo cuanto se me presenta con un aspecto feliz y celestial.

El principio de aquella conversacion se habia sostenido desde un estremo al otro del cupé con la entonacion irónica de gentes que quieren manifestar talento; pero Ernesto pronunció la última frase con tal entusiasmo, que desagradó á Mad. Buré. Un movimiento involuntario aproximó á Ernesto á su vecina; pero esta no creyó conveniente dejar que la conversacion girase en aquel terreno, y tratando de reducirla á la familiaridad irónica con que habia comenzado, contestó sin moverse de su sitio y con un acento de trivialidad que creyó necesario para contener la poesía de Ernesto:

—Me conceptuo en verdad dichosa de compartir vuestro reconocimiento con el sol y la luna.

Aquella frase produjo su efecto; Ernesto volvió á colocarse en su puesto, y despues de un momento de silencio, durante el cual se mordió los labios, dijo con tono poco gracioso á Mad. Buré:

—¿Señora; os disgusta el humo del tabaco?

Aquella pregunta era tan seca, que madama Buré se volvió para mirar á Ernesto, aun cuando no podia verle.

—No creo, contestó con frialdad, que se acostumbre á fumar en un carruage público.

Ernesto conoció que habia hecho una pregunta muy necia, y volvió á comenzar el silencio.

La accion habia comenzado tan vivamente, que Ernesto sentia el verla cesar tan de repente. Buscaba todos los medios posibles para volver á anudar la conversacion, y no encontraba ninguno.—He sido un bobo, decia entre sí, he hablado á esta muger con el sentimiento de felicidad que su encuentro me habia inspirado; me contestó con una chanza, y ahora quiere revestirse de dignidad. La culpa es mia, porque me valgo del estilo poético para todo; si hubiese continuado hablándola caballerescamente, seriamos los mejores amigos del mundo. Sin duda es alguna comercian-

Digitized by Google

ta de Castres, que solo pone tanto esmero en su persona para convertirle en su provecho; es necesario hacerla ver que no soy ningun badulaque.

En cuanto Ernesto formó aquella resolucion, creyó conveniente ponerla en ejecucion, y deslizándose suavemente por el almohadon; se aproximó á madama Buré hasta tropezar con sus rodillas. Se retiró con presteza y no dijo mas que:

—¡Caballero!....

¡Cuánto decia aquella palabra!..... ¡Cuán amarga reprension encerraba para Ernesto la entonacion triste con que fué pronunciada!.... ¡y cuánto pesar para aquella muger al verse tratada de aquel modo!... Sin embargo, aquella sencilla defensa manifestaba bastante que Mad. Buré no creia tener necesidad de otra con un hombre que pertenecia á una clase distinguida. Ernesto se quedó abochornado y triste, hubiera querido hablar, pero á pesar de la oscuridad y de que Mad. Buré no podia verle, la miraba con aire de arrepentimiento. En aquel momento observó qne hacia algun ligero movimiento, pero se creia demasiado culpable para escusarse.

Asi llegaron á la primera parada. Todos los viageros de las demas localidades se bajaron. Mad. Buré pemaneció inmóvil: parecia que dormia, y Ernesto no se atrevió á moverse; de repente el conductor introdujo su farol por la portezuela para buscar algo en las bolsas, y Ernesto pudo ver lo que habia ocasionado el movimiento de su vecina, habia sacado suavemente sus pies de la capa que los envolvia, y la habia apartado hasta cerca de Ernesto. El pañuelo de seda que la ofreciera, y que se habia rodeado al cuello estaba colocado á su lado: Ernesto se quedó cruelmente sorprendido. Aquello, en semejante relacion de una hora, era como un rompimien to. como la devolucion de unas prendas de confianza.

Ernesto estuvo á punto de exasperarse, pero Mad. Buré dormia y no tenia derecho para interrumpir su sueño. Permaneció inmóvil mirándola hasta que volvió á partir el carruage. Entonces Ernesto recogió suavemente su capa, y con mucho cuidado la volvió á colocar sobre los pies de Mad. Buré, que fingió no advertirlo. Aparecia la luna en aquel momento, y difundia una pálida claridad en el carruage. Ernesto volvió á colocarse lo mas lejos que pudo de Mad Buré, y luego viendo el pañuelo de seda que se habia quedado sobre el almohadon, trató de ponerle en el cuello de la dormida: no pudo conseguirlo, y temiendo despertarla, volvió á ocupar su sitio. Cuando se desesperaba por haber obligado á aquella jóven á que sufriese las impresiones del frio, vió que la mano de Mad. Buré buscaba algo en el almohadon. Colocó en él el pañuelo, que ella recogió, y sin decir nada se lo puso al cuello.

—Señora, esclamó Ernesto con una verdadera emocion, ¡sois un ángel!...

Mad. Buré manifestó que no habia dormido, y colocando la capa sobre sus pies, contestó con un tono de encantadora reprension:

—¿Y por qué se ha de tratar como á una aventurera á una muger que no se conoce?

Ernesto no contestó: muchos sentimientos estraños se habian despertado en él. No se atrevia á espresar lo que sufria, porque podia aparecer estravagante, y por consiguiente injurioso para Mad. Buré. Es necesario tener presente que no viéndose uno ni otro, la espresion de su semblante no podia decir nada de lo que sentian, y que por decirlo asi, era necesario hablarlo todo. Por último, Ernesto continuó con una especie de alegría encolerizada:

—Hace un momento, señora, que decia entre mí mismo, que era un necio, y ahora veo que he sido brutal; os diria mucho, pero no me atrevo por no incomodaros.

—¡Pues es muy estraño!

—Verdaderamente que sí.

Se detuvo, é inmediatamente prosiguió:

—En verdad que creo estoy enamorado de vos.

Mad. Buré comenzó á reir á carcajadas, y Ernesto la respondió con una naturalidad llena de ternura:

—Pues bien, prefiero eso: burlaos de mí, persuadidme que soy un ridiculo, y será mas razonable. Pero, mirad, cuando hace un momento os he visto rechazar mi capa y mi pañuelo.... muy necio es el haberlo sentido, pero lo es mucho mas el decíroslo, me há causado un sentimiento profundo, sincero, os lo juro. Me humillaba mucho, pero era aun mas desgraciado.

Al pronunciar estas palabras habia en la voz de Ernesto una emocion, que manifestaba la turbacion de su corazon.

En cuanto á Mad. Buré, ya no se reia y contestó con dulzura:

—Teneis el corazon muy tierno.

—Y os doy gracias por habérmelo hecho conocer. ¿Quereis que os refiera mis pensamientos de hace una hora, y mis pensamientos del presente?

—Pero yo no sé....

—¡Ah! teneis mucha superioridad en vuestro ánimo y en vuestro corazon para que os ofenda lo que puedo deciros. Por otra parte, yo no acusaré á nadie mas que á mí.

—Pues bien, ¿qué pensábais hace una hora?

—Pensaba.... ya comprendereis que ahora no lo pienso.... pensaba que erais una muger que no teniais que dar cuenta de vuestra conducta mas que á vos misma.... una de esas mugeres que conceden un poco á la casualidad.... al capricho.... á la ocasion.... á un momento de imaginacion.... que dan....

—Ya es bastante, dijo Mad. Buré con un tono que tenia mas de tristeza que de descon-

Digitized by Google

tento. ¿Y en la categoría de esas mugeres me habia colocado vuestra opinion hácia mi?

—No lo creais, señora, en cuanto os ví me sedujísteis. Sea con el título que fuere, he deseado inmediatamente dejaros un buen recuerdo del hombre que por casualidad habeis encontrado en el camino de Castres. Y aun os diré que este primer sentimiento era casi independiente de vuestra hermosura y juventud. Aunque hubiéseis tenido sesenta años, os habria prodigado los mismos cuidados que á mi madre: pero en cuanto que ví que erais tan bella, combatí aquella primera impresion: os bajé de aquel altar improvisado, y esperé que fuéseis menos perfecta para atreverme á intentar agradaros. Lo he procurado, pero vuestras gracias me han dominado á pesar mio, y si sois justa, recordareis que en el momento en que supísteis que os comparaba al sol y la luna, os decia en el fondo de mi corazon que vuestra presencia era para mí tan risueña como un hermoso dia y como una apacible noche. Os hablaba con mi corazon y me contestásteis con vuestro entendimiento, y me ofendí; me enfurecí por haberme dejado sorprender por vuestros encantos, y acabo de castigaros por una grosería de la locura de mi corazon. Ya veis que soy franco: os hacia una confesion bien sincera, y eso es bastante para manifestaros que necesito vuestro perdon.

Calló Ernesto y Mad. Buré no contestó nada. Temia su propia voz; era necesario mas arte del que ella tenia para responder naturalmente. Sin embargo, no podia guardar silencio, y para darle tiempo de reponerse, ofreció á Ernesto la ocasion de hablar largamente.

—Me habeis dicho vuestros pensamientos de hace un instante, pero no los del presente.

—Estos son quizá todavía mas necios y culpables, pero cuanto os diga, no puede ofenderos, lo repito; es la confianza de uno de esos sueños del momento que se forjan en la imaginacion, y que solo se escusan porque se desvanecen con la luz, y dentro de algunas horas habrá concluido el mio.

—Veamos ese sueño.

—Imaginaos, pues, que cuando yo recapacité que habia estado imprudente con vos, no perdí las esperanzas, ó mas bien el deseo.

—Cómo ¿todavía creeis?....

—Dejadme esplicaros lo que pasa en mi cabeza y en mi corazon. Decir que he esperado, no es cierto; pero decir que no he deseado una cosa imposible, tampoco lo es. Y esa cosa imposible, es que os he deseado alguna idea estravagante ó algun entusiasmo mas fuerte que vos, y que os entregase á mí. Quizá no me comprendais, porque lo que he esperimentado ha sido tan estraño, que no sé verdaderamente si es inteligible. Esa muger que está á mi lado, decia yo, debe amar algo, debe tener una pasion ó un gusto esclusivo. Si amase la poesia y fuese una de esas mugeres que entregan su corazon á un arte por no perderle en el amor, si ese magnífico y santo lenguaje de la poesía hubiese adormecido alguna vez sus dolores ó reanimado sus esperanzas, ¡cuán dulce seria poderla decir de repente: me llamo Byròn ó Lamartine: encontrarme hace ya largo tiempo en intimidad con su pensamiento, é inspirarla en una hora de olvido la idea de ser por un momento de aquel con quien ha soñado!..... Si fuese música, decia, quisiera ser un Rossini ó un Weber; si fuese pintora, ¡qué felicidad, si me llamase Vernet ó Girodet! En fin, ¿qué podré deciros? he forjado los cuentos mas estravagantes para convencerme de que si hubiese sido un hombre superior, no os hubiera encontrado para dejaros y deciros adios como á todo el mundo. Creo, señora, que me vuelvo loco; pero he pensado que si fuéseis devota, querria ser un ángel.

—Si, verdaderamente estais loco, y vuestros sueños habrian sido inútiles, porque aun cuando hubiéseis sido Weber ó Byron ó cualquier otro, no hubiérais encontrado en mí pasion ó gusto esclusivo para comprenderos. No soy mas que una pobre muger muy sencilla, que ha tomado hace largo tiempo el partido de estar contenta con su medianía. Ya lo veis, todos vuestros hermosos sueños, son como vuestras suposiciones poco favorables; se dirigen mal.

—Teneis razon, señora; mas sin embargo, no sois una muger ordinaria. No sé; pero en derredor vuestro hay una atmósfera de encanto muy fina, muy delicada quizá para las gentes que os rodean; pero que se ha apoderado de mi corazon. ¡Os desconocen, y quizá os desconoceis vos misma!... ¿Habeis amado alguna vez?

—No.

Aquella respuesta se escapó del corazon de Mad. Buré, repentinamente, sin reflexion, y con tal acento de terror, que se conocia que aquella muger habia temido siempre á su corazon, y le habia conservado intacto, no pudiendo entregarle á un amor confesado, y asustada de darle á un amor culpable. Aquella palabra queria decir: no he amado, me he guardado muy bien de ello, habria amado demasiado.

Ernesto lo comprendió asi.

—¿Con que no habeis amado jamás? esclamó: tanto mejor; me amareis á mí.

—Eso es ya mas que locura.

—¡Oh!... me amareis, os digo: soy jóven, rico y libre; mi carrera no es para mí mas que una ccupacion sin porvenir, y puedo abandonarla como la he emprendido; la actividad que he desplegado en estudios fastidiosos y en placeres todavía mas enojosos, toda la actividad que concentra mi corazon por la vida de las aventuras, la emplearé en buscaros, en perseguiros y en adoraros. ¿No veis, pues, señora, que voy á cambiar mi insípida vida de

Digitized by Google

ejercicios, matemáticas, revistas y café, por una hermosa novela caballeresca, la única de esta clase en nuestro siglo? En el cupé de esta diligencia sois la castellana desconocida que encuentra un pobre caballero errante por casualidad en un bosque, y á la cual se entrega en cuerpo y en alma. Dentro de algunas horas vais á escaparos, y ya no sabré en dónde hallaros. Os dejaré huir, estad segura de ello, mas luego procuraré orientarme, y me dedicaré á buscar vuestra huella, no por las pisadas de vuestra hacanea impresas en el camino. sino por el perfume de felicidad con que habreis embalsamado vuestro paso. No tocaré la trompa en el puente levadizo de los castillos; pero llamaré á la puerta de todos los salones; no os buscaré en ningun torneo, pero os aguardaré en todas las reuniones elegantes: no exigiré vuestra hermosa presencia en la ventana en forma de ojiva de una elevada torrecilla; pero sí habrá un balcon lleno de flores, una ventana forrada de muselina, detrás de la cual os veré algun dia despues de haberos buscado largo tiempo, y entonces será preciso llegar á vos. Tendreis un padre, un marido ó un hermano que os defenderán, y será necesario sitiar, minar y asaltar; rastrillos, torreones y buhardas que me separais de una heroina, caereis delante de mí, y entonces llegaré hasta ella para decirla: os amo, os amo con delirio; tomad mi vida, y dadme á besar vuestra mano.

—¡Qué locuras!... ¡qué imaginacion!...

—Pues bien, yo haré esas locuras, y pondré en ejecucion esas imaginaciones.

—Dejemos eso. ¿no podeis hablar razonablemente?

—Sin duda no hablaré racionalmente; pero sí con seriedad, os lo aseguro.

—No pretendeis persuadírmelo.

—Ahora no; pero bien pronto, cuando os haya encontrado, cuando me veais en vuestro horizonte girar en derredor vuestro como el satélite esclavo de tan hermoso astro, entonces conocereis que os he dicho la verdad.

—Pero caballero, si fuese bastante necia para creeros, sabed que podria encontrar vuestros proyectos harto estravagantes.

—En el dia teneis razon. Pero entonces, cuando veais que lo hago, direis que no podia obrar de otro modo y que la pasion me ha arrebatado.

—En verdad, caballero, henos aqui en un mundo que me es enteramente desconocido. ¿Porque haya tenido la fatalidad de encontraros, he de estar condenada á ver mi vida perseguida por vos? Y hablando sériamente y á imitacion vuestra, ¿con qué derecho, para dar á vuestra vida un interés caballeresco, y para proporcionar á la ociosidad de vuestra opulencia el interés de una novela, con qué derecho ibais á turbar mi vida, mis costumbres y mis deberes? ¿Con qué derecho seria insultada en mi reputacion? porque no era presumible que un hombre á quien nada se ha hecho esperar hiciese tales esfuerzos por solo la necesidad de crearse un pasatiempo. Ya comprendereis, que si os escucho, es porque me leeis en voz alta una novela que oigo con los ojos cerrados.

—¿Pensais que la dejaria sin desenlace?

—Me parece que sí.

—Pues os aseguro por mi honor, señora, que os engañais: le tendrá mas pronto ó mas tarde.

—¡Parad! ¡parad!... gritó Mad. Buré abriendo una de las portezuelas y llamando al postillon.

—¿Qué haceis señora?

—Quiero dejar esta localidad: en lo interior del carruage hay un asiento desocupado segun me parece: allí estaré mejor que aqui.

—Podeis bajar si gustais, pero mi partido está tomado, y os juro que os encontraré pronto ó tarde.

Mad. Buré volvió á cerrar el vidrio, y afectando un aire de tranquilidad que el sonido de su voz desmentia, prosiguió:

—En verdad que me voy volviendo tan loca como vos. Os creo, y me alarmo... Me dais miedo... Olvido que nos chanceamos... Vamos, caballero, acabad vuestro cuento de hada, es muy divertido.

—¡Ah! señora, no os burleis; os amo ya demasiado para sufrir vuestras injurias y chanzas; ¿no veis que no teneis mas que esta noche para dudar de mí, y que yo tengo todo el porvenir para obligaros á reconocer mi amor?

—¿Todavía, caballero?

—Siempre, señora, siempre y en cualquiera parte que me volvais á encontrar, tendré los mismos sentimientos y usaré igual lenguaje.

—Pues bien, caballero, añadió Mad. Buré con tono grave, quiero hablaros tambien con seriedad... aunque me cause rubor. Suponiendo que sea verdad lo que decis, suponiendo que me amáseis, y que vuestra obcecacion llegase al estremo de hacer lo que hablais ¿pensais que no sabria defenderme? Tengo un marido, caballero, que es un hombre de honor: tengo un hermano que es un antiguo soldado del imperio, y quizá seria imprudente el obligarlos á que se colocasen entre vos y yo.

—Señora, pedid apoyo á vos misma, y no me opongais un obstáculo, que á mi edad y en la posicion en que me encuentro, solo seria para mí una razon mas para perseverar. Amenazar á un amante con un marido, y á un soldado de la restauracion con otro del imperio, es provocar la lucha y el duelo; seria obligarme á hacer lo que he prometido.

Ernesto pronunció aquellas palabras con un tono de verdad tan modesto, que Mad. Buré comprendió que no habia alli fanfarronada, y le contestó:

—No es una amenaza, caballero, ni ha sido ese mi ánimo. Me obligais á defenderme y lo

Digitized by Google

hago como puedo: no dudo que tendreis valor y honor, y que sereis capaz de esponer vuestra vida por una palabra; pero un amor tan frívolo como el vuestro no merece la pena.

—Seguramente, la merece mas que una palabra.

—Sois hábil y contestais á todo; pues bien, caballero, tengo que haceros una pregunta; ¿me jurais responder sinceramente?

—Os lo juro por mi honor.

—¿Si os dijese quien soy, si os demostrase que una locura de jóven puede comprometer para siempre á una muger honrada, que vuestra aparicion en nuestra soledad seria un acontecimiento, que vuestra persecucion produciria un escándalo, y seguramente yo sucumbiria bajo el peso de la calumnia y del ridículo, no renunciariais á vuestro proyecto?

Ernesto reflexionó un rato, y respondió:

—No.

—¿No?...

—No, señora; al salir de este carruage os llevais mi vida, tengo derecho á la vuestra porque esa es la ley fatal del amor. Yo sufriré por vos, y vos por mí; estaremos unidos en el dolor... El dolor es un lazo tan sagrado como la felicidad. Os le impondria.

Mad. Buré se estremeció, porque el tono de la voz de Ernesto manifestaba una resolucion inalterable: al pensar en lo que escuchaba, se sintió como acometida de un vértigo; midió con una mirada todo el porvenir de inquietudes y dolores que la locura de aquel hombre iba á crearla, y llegando á un estado de desesperacion real, esclamó:

—¿Pues cómo puedo librarme de vos, caballero?

El acento con que hizo aquella pregunta era tan verdadero y profundo, que Ernesto se sintió enternecido, pero su turbacion no duró mas que un instante.

—En verdad, la dijo, no puedo esplicaros el insensato deseo que se ha apoderado de mí en cuanto os ví; pero este deseo es tan implacable, que es imposible que entre nosotros no haya una predestinacion. Debeis ser mia.

—¡Caballero!...

—Si, mia, porque consagraré mi vida á obteneros, ó porque aqui os libertareis para siempre de mis eternas persecuciones.

—No me atrevo á comprenderos.

—Escuchad, señora, escuchad. De todos los recuerdos de la juventud, que cuando llegamos á estar solitarios y frios en nuestra existencia nos producen tan dulces sonrisas y tan abrasadores calores de lo pasado, de todos esos dichosos hijos de nuestra hermosa edad, que levantan sus rubias cabezas junto á nuestros encanecidos cabellos, y que apoyan sus tibias manos en el hielo de nuestro corazon; de todos esos recuerdos, los mas vivos y halagüeños no son los que mezclados de gozo y de penas han necesitado años enteros para no dejar en pos de sí mas que una palabra. Los mas poderosos son esos momentos de felicidad inaudita quo iluminan la vida como un incendio, que la abrasan durante algunas horas, y que cuando se estinguen, se nos presentan esentos de los trabajos que nos ha costado el obtenerlos, y libres de la desesperacion de haberlos perdido. ¿No os ha sucedido durante un dia caluroso ó una noche silenciosa, cuando os hallábais al abrigo de un bosque ó sentada á la orilla de un lago, oir resonar á lo lejos por los montes el armonioso sonido de la trompa de caza? ¿Ese concierto agreste cuyos actores han quedado desconocidos para vos, esas voces que solo han durado un momento, no os han sumido en un éxtasis mas profundo que todas las producidas por las mejores músicas de los teatros, llenos de luces y de espectadores. ¿No os habeis acordado nunca de él como de una felicidad completa que habia permanecido envuelta entre vos y el misterio? Pues bien, si lo habeis esperimentado, comprendedme ahora. Os amo, os amo bastante para perseguiros implacablemente con mi amor: os amo bastante para cambiar la larga y obstinada pasion que mi corazon ha concebido, por una hora, por un momento, por un relámpago de felicidad; sino, sereis para mí como la fortuna á que se persigue sin descanso hasta que se la alcanza: ó bien sereis el olvidado tesoro que se encuentra por casualidad, en un camino por el que no se vuelve á pasar.

Ernesto se detuvo y Mad. Buré no contestó.

—¡Callais, señora, callais!

—¿Qué quereis que os responda, caballero? Os dejo hablar; no puedo hacer otra cosa: vuestros discursos que he calificado de locura, se han convertido en un insulto directo y en una amenaza odiosa.

—¡No creais!

—¿Qué quereis que no crea? Encontrais una muger y se os antoja; y porque no es lo que habíais pensado, porque conoceis que tiene que guardar algunos miramientos, la amenazais con ellos y la decís: porque sois una muger á quien se puede perder, entregaos á mí como una prostituta. Eso es odioso y despreciable.

Ernesto calló y uu momento despues prosiguió:

—Teneis razon, señora, os debo parecer muy culpable y necesitaré muchos dias de prueba, muchos años de perseverancia, para conseguir de vos el aprecio que aun á su pesar, se concede á una pasion sincera. Pues bien, señora, sea asi, el tiempo, el tiempo es mio: me justificará, es preciso que me justifique.

Hizo una pausa y Mad. Buré fué quien la interrumpió.

—No teneis necesidad de justificacion, dijo con frialdad! prometedme renunciar á vuestros proyectos, y os perdonaré. No puedo aprobarlos, no me conoceis.

Digitized by Google

—Pero vos ya me conoceis, señora, y os he ofendido bastante para que el perdon que me ofreceis no sea mas que un medio de desharceros de un miserable...

—¡Qué palabra!...

—¿Podreis juzgarme de otro modo despues de lo que os he dicho?... ¿Y puedo dejaros esta opinion de mí?

—Pero mi opinion no tiene la gravedad que la suponeis. Veamos, caballero, me habeis dicho que era hermosa, que tenia talento; pues bien, acepto vuestros elogios; os he agradado un momento para haceros perder el juicio, y no os quiero sin él. Volved á ser lo que al principio, un hombre fino é indiferente, y os juro que nos separaremos como buenos amigos.

—Os creo, pero no acepto el convenio.

—¿Y por qué?

—No me hagais que os lo diga. Quizá volveria á insultaros. Pero si mañana, dentro de algunos dias, mas tarde, me encontrais en donde quiera que esteis, no os estrañeis.

—¿Pues qué, caballero, no renunciais?

—No señora, no: decidme os suplico donde vivís. ¿Qué personas os rodean que no ha habido una que os haya hecho comprender que podeis trastornar la cabeza y el corazon de un hombre?... ¿Creeis que represento una comedia? pues poned vuestra mano sobre mi cabeza y sobre mi corazon: aquella se abrasa y éste late con violencia.

Agarró la mano de Mad. Buré que sintió el ardor convulsivo que agitaba á Ernesto.

Retiró su mano y comenzó á temblar con cierto temor.

—¿Teneis miedo? la dijo: tranquilizaos. Puedo contener mi cabeza sin que estalle y mi corazon sin que se rompa, porque tengo la esperanza de volveros á ver.

—Pero caballero, replicó Mad. Buré con voz tan suplicante, que se conocia creia en la sinceridad de las palabras de aquel hombre: ¿pero si os rogase que no lo intentáseis, si os lo pidiese en nombre de ese mismo frenesí que os he inspirado?...

—Es amor, señora.

—Pues bien, sea asi. ¿Si os lo pidiese en nombre de ese amor, no me le concederíais?

—No, señora, no.

—Pues eso seria perderme, caballero ya os lo he dicho.

Se detuvo y prosiguió con voz temblorosa y entrecortada:

—Vamos, sed generoso.... os creo, me amais; una fatalidad inesplicable os ha inspirado esa necia pasion; ¿pero la he de sufrir yo tambien, ó de ser tan insensata como vos para sustraerme de ella?

—¡Señora! dijo Ernesto aproximándose á Mad. Buré.

—Vamos, tranquilizaos, reflexionad. Qué pensaríais mañana de la muger que se olvidase hasta ese punto...

—Mañana, señora, será un sueño concluido: mañana habrá entre vos y yo un abismo inseparable....

—Necedad: ¿y quién me lo asegura?

—Mi palabra que os comprometo: y podeis disponer de mi vida si falto á ella.

—Escuchad, Ernesto, cuanto acabo de oir es tan nuevo y tan estraño para mí, que mi cabeza se pierde, y ya no sé ni lo que me digo, ni lo que hago. Juradme que jamás procurareis volverme á ver. En ello estriba mi reposo, mi vida, mi felicidad. ¡Ernesto, jurádmelo!...

—Si, os lo juro, nunca, nunca.

Ernesto se acercó á Mad. Buré, que murmuró dulcemente:

—Nunca, ¿no es asi? nunca...

—Jamás, dijo Ernesto.

—¡Dios mio, Dios mio, tened compasion de mí!

—Desgraciadamente, continuó el diablo, no era Dios quien hacia el tercio en el cupé de la diligencia, y yo no tuve compasion de aquella pobre muger.

—¿Y qué hizo Ernesto cuando la diligencia llegó á Castres? preguntó el baron de Luizzi.

—Mantuvo su palabra una hora; dejó marchar á Mad. Buré sin informarse de ella y sin seguirla.

—¿Y luego?

—Mas tarde supo que Mad. Buré era muger del dueño de unas herrerias de las inmediaciones de Quillan: supo tambien que el gobierno habia encargado á aquella fábrica varias obras de consideracion, é hizo que el ministro le nombrase para que interviniese en la construccion. En el camino supo tambien que la familia entre quien iba á introducirse era numerosa, y que la citaban como modelo de las costumbres patriarcales, que todavía se encuentran lejos del mundo en algunas mansiones desconocidas Supo que el marido y el hermano de Mad. Buré eran dos de esos severos protestantes del Mediodía, que conservaban su austera fé en el honor de la familia. Ademas le hablaron de desgracias ocurridas en aquella casa, y de la estraña desaparicion de una hermana de Mr. Buré, jóven engañada, á quien no se habian atrevido á vituperar, en atencion á su estremada desgracia, hasta el dia en que no la volvieron á ver.

Si Ernesto hubiera sabido que la muger á quien habia asustado con sus locas amenazas, no era mas que una aventurera, que no se habria comprometido con él mas que con cualquiera otro, seguramente no hubiese solicitado del gobierno el ir á su herrería. Pero era una muger á quien podia perder completamente, á quien no habia imbuido suficientemente el olvido de sus deberes, y no quiso dejar su victoria incompleta. Su orgullo de seductor fué estimulado por su vanidad de oficial jóven: habia un marido y un hermano terribles, pero hubiera sido una cobardía el re-

Digitized by Google

nunciar á perseguir á la hermana y la muger de aquellos dos héroes, y en ello se hallaban

diócque estaba enamorado para perdonarse á sí mismo su falta de fé, y contó con que madama



Salió el tiro de la pistola y Ernesto cayó muerto al pie del pabellon.

comprometidos el honor y la felicidad de Ernesto; por lo menos él lo creyó asi. Se persua-

Buré tendria la misma indulgencia con un amor demasiado verdadero para ser infiel al honor.

Digitized by Google

Felizmente para Mad. Buré, el nombramiento de Mr. de Labitte llegó antes que él á la herrería, de modo que cuando se presentó pudo recibirle con una apariencia de tranquilidad y con tanta firmeza, que Ernesto creyó habria cometido una imprudencia en no faltar á su palabra. Ernesto estaba alojado en Quillan, pero Mad. Buré le convidó á comer. El oficial se encontró en seguida al frente de aquella santa y numerosa familia, que tú ya has visto, y en la cual iba á introducir el desórden. Componíase de los padres con sus encanecidos cabellos, escelentes y serenos que tenian detrás de sí todo un pasado de honor; de hombres hechos, serios y confiados, de jóvenes cándidas y discretas, hijos tímidos y respetuosos, y en medio de todos ellos, como el centro en que se unian todos aquellos afectos, Mad. Buré, buena y noble, hermosa y tranquila.

Aunque no tenia la apariencia de querer dar con aquel respetable cuadro una leccion para Ernesto, éste no quedó menos encantado, é inmediatamente concibió el pensamiento de volverse á marchar. Pero discutió aquel pensamiento y lo tuvo por una bobada. Ernesto trató de hacer convertir toda aquella santidad de familia en provecho de un amor culpable, y bien encubierto con la sombra de aquella pureza general: la intriga era, pues mas picante.

Por la tarde, las ocupaciones de los hombres y el retiro habitual de las jóvenes, dejaron á Ernesto solo con Mad. Buré.

—Hortensia, la dijo, ¿he obtenido mi perdon?

—No lo dudeis, le contestó: sin embargo, tengo que adoptar algunas precauciones para mi reposo. Esta noche encontraos al fin de una senda que va á parar á un pabellon situado en una esquina de nuestro parque: yo estaré allí y os abriré la puerta. Ahora retiraos, y bajo pretesto de ahorraros una parte del camino, voy á enseñaros el pabellon y el camino que conduce á él.

Su felicidad pareció tan fácil á Ernesto, que casi se arrepintió de haber hecho tanto para encontrar tan pocos obstáculos. Sin embargo, prometió acudir á la cita, y á media noche llamaba á la puertecita del pabellon. Una muger abrió una ventana y preguntó:

—¿Sois vos, Ernesto?

—Yo soy.

—Será preciso que trepeis por la ventana, porque no puedo encontrar la llave de la puerta.

La ventana no estaba mas que á cinco ó seis pies de elevacion, y Ernesto se agarró al borde con facilidad, pero en el momento en que se apoyaba en ella con fuerza para acabar de subir, sintió apoyarse en su frente como un anillo de hierro helado, y solo oyó estas palabras:

—Sois un infame y habeis faltado á vuestra promesa.

Salió el tiro de la pistola y Ernesto cayó muerto al pie del pabellon.

En aquel montuoso pais habitado por cazadores furtivos, un tiro por la noche no estrañaba á nadie. Los operarios que velaban en la fábrica escucharon, y uno de ellos dijo:

—Quizá mañana podremos comer bien.

—¿De qué? dijo Mr. Buré que daba la última vuelta.

—De liebre ó de jabalí, que sin duda alguno de nuestros compañeros acaba de matar en el monte.

—Tened cuidado, porque al cabo os van á pillar, y entonces yo no pago ya la multa.

Mr. Buré concluyó la inspeccion de sus talleres y se volvió á su casa, en donde encontró á su muger durmiendo, ó por lo menos aparentando que se hallaba sumergida en un sueño profundo. No pudieron descubrirse los asesinos, y la familia de Mad. Buré ha crecido á su vista, sin que jamás haya turbado nada los santos afectos que unian la hermana al hermano, la muger al marido y la madre á los hijos.

El diablo se detuvo y dijo al baron de Luizzi:

—¿Y ahora qué pensais?

Luizzi calló, y despues de reflexionar largo tiempo, le contestó:

—Esa muger ha salvado el reposo y el honor de su familia.

—A precio de un adulterio y de un asesinato. ¡Es una muger honrada!

—Es una muger desgraciada.

—A tí te parece. Sin embargo, está muy tranquila y es muy hermosa.

—¿La marquesa y Mad. Dilois tendrán acaso en su existencia secretos mas terribles?

—Dentro de ocho dias te lo diré.

Desapareció el diablo y dejó á Luizzi lleno de dudas y de asombro.

VI.

LA VISION.

Al partir Luizzi de Tolosa, dió órden de que le enviasen al campo las cartas que le dirigiesen durante su ausencia. Suponia que por aquel medio estaria informado del resultado de su indiscrecion, y se mantuvo pronto para volver en caso de cualquier acontecimiento, ya para desmentir, ya para sostener lo que habia asegurado. Porque el hombre es así, ó por lo menos de ese modo le ha formado la sociedad. Si Mad. Dilois hubiese pedido perdon á Armando, éste se habria batido para probar que aquella señora era muy honrada: si Mr. Cárlos hubiese exigido que el baron de Luizzi retractase una palabra calumniosa, se habria batido para probar que Mad. Dilois tenia un amante; y si preguntais á los hombres de corazon qué piensan de esto

Digitized by Google

conducta, os responderán que ellos harian otro tanto. A eso llaman valor y dignidad. Si se pudiese examinar de cerca se veria que es un valor bien pequeño y una grande necedad. Luizzi, despues de reflexionar acerca de ello largo tiempo, creyó que lo que habia dicho de Mad. Dilois seria una de esas conversaciones sin consecuencia, que suenan un momento y que se pierden en seguida entre el rumor de una poblacion tan amiga de chismes como Tolosa.

Por otra parte, Luizzi se habia dejado dominar por la narracion que le habia hecho el diablo. Poseedor por primera vez de un secreto, por medio del cual podia, por decirlo asi, mirar á una muger tal como era en efecto, se decidió á estudiar á Mad. Buré. Trató de descubrir en su fisonomía una huella de pesar ó de remordimiento, una de esas vueltas repentinas hácia lo pasado, en que fijos los ojos y el alma en una fantasma invisible, se queda uno inmóvil y temblando, hasta que una voz que llama y una mano que toca, advierte que se observa vuestra preocupacion, y os haga dirigir á aquel remordimiento que se alza ante vos como un espectro, una sonrisa que le encubra, una palabra jovial que le oculte, sudarios rosados y graciosos bajo los cuales duermen un cadáver y un crímen.

Pero Luizzi no vió nada semejante en madama Buré: la inalterable serenidad de su rostro no se turbó ni aun por un momento durante los dias que la observó. Aquella muger estaba siempre tan apacible, bondadosa y atractiva, que Luizzi dudó algunos instantes de la veracidad de Satanás: otras veces aquella seguridad le indignaba hasta el punto de intentar pronunciar ante aquella muger el nombre de Mr. Labitte. Podia hablar de él como de un hombre á quien habia conocido, manifestar su pesar por su desastrada muerte, y datar sus relaciones de una época que podia hacer temblar á la culpable. Luizzi resistió á aquella tentacion: el motivo que le dió aquella fortaleza, si le hubiese esplicado como creia sentirlo, hubiera sido muy honroso; pero el diablo no estaba dispuesto á dejarle ilusiones sobre su propia cuenta, ni sobre la de nadie, y esto le valió al baron una leccion muy dura acerca de lo que llamaba su noble discrecion. He aqui con qué motivo la recibió

Tres ó cuatro dias despues de su llegada, encontró reunida la familia Buré á la hora acostumbrada, pero en todos los semblantes se notaba un aire de descontento muy marcado. Luizzi creyó que él seria la causa: la pretension de ser una influencia se apodera de tal modo de ciertos hombres, que para atribuírsela se apropian hasta los incidentes mas desagradables. Luizzi supuso que una familia en donde habia una muger y dos jóvenes encantadoras, podia alarmarse con la presencia de un hermoso jóven como él. Las primeras palabras que oyó, le quitaron tan lisongera opinion.

—Me veo obligado á dejaros, le dijo Mr. Buré: marcho dentro de una hora. Acabo de recibir la noticia de una quiebra que puede hacerme perder cincuenta mil francos: mi presencia en Bayona puede salvar una buena parte de esa suma, y no debo perder un instante.

Dejó á Luizzi en una punta del salon y prosiguió la conversacion con su muger y con su padre. De repente entró el hermano de Mad. Buré, el capitan Felix, con el rostro pálido y la mirada hosca.

—¿Es verdad, dijo, que ese miserable Launois ha suspendido sus pagos?

—Efectivamente es cierto, le contestó madama Buré.

—En fin... replicó el capitan con un regocijo cruel, marcho á Bayona ¿lo ois? este negocio me corresponde.

—Estoy yo antes que nadie, dijo Mr. Buré.

—¡Tú!... replicó el capitan.

Mr. Buré le hizo seña de que los escuchaba un estraño y ambos salieron. Mad. Buré estaba temblando, los ancianos consternados, y las jóvenes solo parecian maravilladas. Apenas salieron los dos hombres se los oyó hablar á gritos: Mad. Buré dejó el salon, los viejos la siguieron, y Luizzi se quedó solo con las señoritas Buré.

—Es una gran desgracia, y comprendo la cólera de vuestro señor tio: es tan cruel para un hombre honrado el verse engañado, que yo participo de su indignacion.

—¡Por una suma tan corta! dijo una de las niñas.

—¿Qué decís, señorita, cincuenta mil francos?...

—Caballero, nuestra casa ha sufrido pérdidas mayores, sin que jamás hayamos visto á mi padre y á mi tio en ese estado.

—Ademas, mi tio ya debia esperarlo, añadió la otra jóven; le he oido decir muchas veces que Mr. Launois concluiria por hacer malos negocios, y sin embargo, él era quien aconsejaba á mi padre que entablase otros nuevos con él.

—Sí, es asombroso, replicó su hermana.— Luizzi repitió tambien entre sí la palabra es asombroso.

Cesó entonces la conversacion, y servida la comida todos tomaron asiento.

Habia vuelto á reinar la serenidad comun, pero la comida fué corta, porque Mr. Buré tenia que marchar inmediatamente.

En el momento de marcharse llamó al baron y á Felix al hueco de una ventana, y dijo al baron:

—Puesto que parto para terminar un negocio en que mi hermano se creia mas interesado que yo, concluirá por mí, caballero Luizzi, el que tengo entablado con vos.

Los dos se hicieron una cortesía, pero pa-

Digitized by Google

recia que á ambos les repugnaba el tener que tratar juntos.

Aunque era en medio del invierno, Luizzi salió á pasearse por el parque, y bien pronto vió pasar á un criado que conducia un caballo de la brida: aquel hombre dijo á Luizzi que iba á esperar á su amo á la puerta de un pequeño pabellon que daba á un camino de travesía, que abreviaba la distancia que separaba la herrería de Quillan.

.Aquella indicacion recordó á Luizzi la relacion del diablo, y creyó que aquel era el pabellon, á cuyo pie habia sido asesinado monsieur Labitte.

Aunque no debia existir ninguna señal de aquel crímen, Luizzi tuvo deseos de ver el sitio en donde habia sido cometido. Curiosidad harto comun, y que por consiguiente es inútil justificar. Todos los años acuden á los palacios reales muchas personas que desean ver los sitios en donde se efectuaron algunos ilustres hechos históricos. Hay algunos que aseguran sintieron toda la inmensidad de la abdicacion de Napoleon, al ver la miserable mesa sobre que fué firmada. Se complacen en observar aquel cuadro en donde hubo una pintura que ya no existe. La reconstruyen en aquel marco carcomido, y se imaginan que de aquel modo le comprenden mejor. Luizzi era de ese carácter, y cuando llegó al pabellon, atravesó el camino, y colocándose en frente, comenzó á examinar la ventana en que la aventura de Mad. Buré habia concluido con un asesinato.

Luizzi se habia internado algunos pasos en el bosque situado al otro lado del camino, se apoyó en un árbol, y desde aquel sitio filosofaba con grandes frases mentales sobre aquella lamentable historia.

—He ahí donde una muger ha cometido friamente un crímen, que el mas resuelto de los hombres se atemoriza de ejecutar. El sentimiento de su honor y el orgullo de su consideracion son sin duda muy poderosos en ella. Esos sentimientos reflexivos, que parece no deberian agitar al alma con ningun movimiento violento, pueden conducir al mismo resultado que el odio, la venganza y los celos.

Luizzi hubiera, sin duda, formado una teoría completa sobre aquellos datos, si hubiese tenido tiempo para continuar su monólogo; pero oyó que se acercaba el capitan y Mr. Buré. Apenas llegaron á la puerta despidieron al criado, Mr. Buré colocó en su brazo las riendas del caballo, y él y el capitan se alejaron lentamente.

—¿Con que me lo juras? decia el capitan: ¡nada de gracia!... ¡nada de compasion!...

—Confia en mi odio.

—Es necesario que muera en galeras.

—Tengo medios para enviarle á ellas.

—Quizá cuando Enriqueta vea su condenacion en los periódicos, concluirá por creernos.

—Lo espero, dijo Mr. Buré, porque su suplicio es espantoso, y si alguna vez se descubriese...

Un gesto del capitan detuvo sin duda á Mr. Buré, porque calló de repente; bien pronto los perdió Luizzi de vista, y ya no oyó en el camino las pisadas del caballo. Se aprovechó de aquel instante para volver á entrar en el parque.

Evidentemente, en aquel acontecimiento y en aquellos proyectos habia oculta una historia terrible. Aquellas gentes de costumbres patriarcales que meditaban el deshonor de un hombre que quizá no habia cometido mas falta que la de ser desgraciado: aquella muger de apariencias tan virtuosas, que tenia que purgar dos crímenes tan abominables, y luego el nombre de Enriqueta mezclado en la conversacion, inspiró á Luizzi un vivo deseo de conocer los secretos mas íntimos de aquella familia. Asi fué que, en lugar de volver á entrar en el salon comun, tomó un largo rodeo para volverse á la casa por una puerta que le permitia subir á su habitacion sin ser visto. El camino que seguia le condujo al otro estremo del parque, y cerca de un pabellon semejante al que acababa de dejar: era la habitacion del capitan Mr. Felix Ridaire. Aquel pabellon fué un nuevo asunto de meditaciones para Luizzi. En efecto, habia observado que jamás iba nadie á visitar al capitan: que éste se retiraba á él muy temprano, y hacia le llevasen allí la cena Una idea bastante estraña hizo presumir á Luizzi que aquel pabellon debia tener un secreto, que en la historia de la familia fuese tan oculto como el otro de monsieur Labitte. Esta idea se apoderó de tal manera de Luizzi, que se aproximó á él y dió la vuelta aplicando el oido como si debiera escaparse de él una voz acusadora y lastimera. Nada oyó, y se retiraba bastante perplejo cuando se encontró frente á frente con el capitan Felix.

—¿Vos aquí? señor baron, le dijo bruscamente despues de dejar escapar una esclamacion de sorpresa.

—Si, contestó éste muy turbado; me hallo un poco indispuesto, y he creido que el aire libre me sentaria bien.

—El aire libre es un remedio muy poco eficaz, replicó el capitan, que se esforzó en reir y hablar con volubilidad para ocultar su desconcierto.

—Para vos, podrá ser, dijo Luizzi; para los hombres habituados á vivir en los bosques y en el campo, ese remedio no lo es: es vuestro estado normal; es como el alimento suculento para el hombre rico; pero los que habitamos en las ciudades en estancias cuidadosamente cerradas, cuyo aire absorbemos en algunos minutos, un gran espacio libre, en que el cuerpo se halle circundado de una atmósfera pura, es como un alimento saludable para el miserable. El aire, capitan, es despues de la

Digitized by Google

libertad, la primera esperanza del prisionero que habita entre los miasmas deletéreos de un calabozo, y el habitante de las casas bajas y de las estrechas calles de nuestras ciudades, paseándose por los campos, es el pobre admitido por casualidad á la mesa del rico.

El capitan habia escuchado á Luizzi con una mirada llena de sombría desconfianza; y luego á medida que hablaba, Luizzi creyó observar que se turbaba. En fin, al oir el exagerado elogio del paseo y del aire libre, la suspicaz espresion de las facciones del capitan se oscureció mas, y contestó con tono amargo:

—Sin duda: pero el pobre admitido por casualidad á la mesa del rico, rara vez deja de hacer algun esceso. Tened cuidado, caballero baron, la indigestion tiene su asiento al lado del pobre, y el reumatismo vaga por el aire. Me parece que ya es tiempo de dejar el banquete: hace frio.

—Teneis razon, respondió Luizzi, ya voy sintiendo la humedad.

Y sin esperar á mas, Luizzi se retiró á su habitacion. Cuando estuvo solo reflexionó largo tiempo sobre lo que deberia hacer. La primera vez que consultó al diablo, su narracion le habia medianamente divertido, pero habia alterado su vida. La deliciosa calma que habia encontrado en el seno de aquella familia habia regocijado el corazon de Luizzi; pero luego habia desaparecido aquella dulce sensacion de un momento, y á pesar suyo, su permanencia en la herrería era una especie de inquisicion que le perseguia.

Con todo, el negocio que le proponian era tan ventajoso, que, bien examinado, no le convenia rehusarle, mucho mas cuando podia tratar con la seguridad de conocer á fondo á aquel con quien iba á asociarse. Luizzi, despues de un madura reflexion, y de dar como razon plausible para la curiosidad que le devoraba su mismo interés, hizo sonar la infernal campanilla, pero el diablo no acudió. Luizzi esperó algunos minutos y volvió á llamar; al punto se abrió la ventana con estruendo, y se presentó un hombre de un aspecto repugnante: estaba cubierto de andrajos, pero no de esos que suelen verse en las gentes del pueblo, que denotan la miseria, sino de esos harapos de la elegancia que casi siempre son la librea del vicio. Largos cabellos caian sobre sus megillas encendidas por los vapores del vino: aquella cabellera untada con aceite habia formado en el cuello de su frac azul con botones dorados, una capa mugrienta y sólida: llevaba un sombrero lustroso por haberle pasado un paño húmedo, con lo que habia podido disimular la falta de seda de la felpa, pero que no podia ocultar muchas resquebrajaduras. Una corbata de terciopelo negro raido estaba como unida al abotonado frac, de manera que ocultaba la falta de la camisa: un pantalon negro tambien, muy estirado en una cadera, y flojo en la otra, daba á conocer que no estaba sostenido mas que por un tirante, y las trabillas que habia conservado parecian mas bien destinadas á sostener los zapatos que á mantener estirado el pantalon: todo aquel trage estaba salpicado de manchas; en vano la tinta habia procurado ennegrecer lo blanco de las costuras. Aquel hombre iba armado de un baston, con un nudo enorme en la punta, cuya pesadez aumentaban una porcion de clavos con que estaba adornado.

Luizzi retrocedió al verle, y una sonrisa feroz y baja se asomó á los labios del que se hallaba en su presencia.

—Abusas, Luizzi; te habia dicho que dentro de ocho dias, y he aqui que ya me llamas: sin embargo, antes de esa época no sabrás nada de la marquesa ni de la comercianta.

—No es de ellas de quien tengo que hablarte.

—¿Pues de quién?

—Es preciso que sepa la historia del capitan Felix, y la de ese Launois á quien quiere perseguir con tanto encarnizamiento.

—Pues bien, mañana...

—No, ahora mismo.

—Luizzi, acepta mis confianzas como te las hago, y no me obligues á referirte lo que mas tarde no querrias oir. No todos los secretos son tan fáciles de conservar como el de madama Buré. Todavía tienes conciencia, ten cuidado con lo que te obligue á hacer.

—La conciencia calla cuando se quiere, y Mad. Buré es un buen ejemplo de ello.

—Y á propósito, ¿qué piensas de esa muger?

—Que un fanatismo de consideracion es lo que la impulsó al crimen.

—No, es un sentimiento bajo y despreciable.

—¿Cuál?

—El miedo.

—¡El miedo! ¡el miedo!... despues de haberme desengañado en cuanto á la virtud de esa muger, ¿tambien me quitas las ilusiones hasta en su crimen?... ¿No me presentarás nunca mas que el lado mas monstruoso de la vida?

—Te mostraré la verdad en toda su desnudez.

—¿Y es efectivamente el miedo lo que la hizo criminal?

—Sí, lo mismo que ha hecho que tú no te aventures á dejar escapar una palabra ante esa muger, que tan bien se asegura de la discrecion de los que pueden comprometerla; el mismo miedo que ha hecho que te retires tan pronto de la presencia del capitan, cuando te encontró junto al pabellon que habita.

—Maese Satanás, respondió Luizzi con desprecio, no soy cobarde, he dado pruebas de ello.

—Eres un francés valiente, y ahí está todo: una espada ó una pistola en un duelo, ó un

Digitized by Google

cañon en una batalla no te harán retroceder, ya lo sé; pero fuera de eso, tú, como otros muchos temblarias ante otros mil peligros. Teneis el valor de una muerte pronta y á plena luz, pero no teneis el valor contra una muerte lenta ó ignorada, contra el padecimiento de todos los dias, el valor que puede dormir en una tumba abierta que puede cerrarse con vuestro sueño; ese valor no le teneis.

—¿Y quién puede vanagloriarse de tenerle?

—Los que quizá no tendrán el tuyo.

—Un sacerdote fanático.

—O un jóven que ama: la religion y el amor son las dos grandes pasiones de la humanidad.

—No te he pedido metafísica, sino una historia.

—Mañana te la contaré.

—Quiero saberla hoy mismo.

—No tengo tiempo.

—Quiero saberla, contestó Luizzi agarrando la campanilla.

—Pues bien, dijo el diablo, atrevéte á mirarla.

En aquel momento, la ventana que habia quedado abierta, pareció convertirse en la puerta de una habitacion que estaba al mismo piso de la suya. Luizzi no vió nada al principio porque la pieza estaba únicamente iluminada por una lámpara: pero poco á poco fué distinguiendo los objetos, y bien pronto vió una muger sentada en un sillon que tenia sobre sus rodillas un niño dormido.

Luizzi habia visto varias veces esos séres pálidos y enfermizos, cuyo aspecto contrista y causa compasion: los habia visto que llevaban en sí el gérmen de una muerte próxima y que arrastraban un cuerpo en disolucion, pero jamás habia herido sus ojos un espectáculo semejante.

La muger que estaba sentada delante de él, era blanca como una estátua de cera, á que aun no se ha dado el colorido que debe imitar la vida; en su rostro y sus juveniles y puras facciones, una tinta azulada interrumpia únicamente al derredor de los ojos, aquella palidez mate é inmóvil: el niño que tenia en su regazo era como ella pálido, desmedrado y estenuado; sin el movimiento lento y suave de su respiracion hubiera parecido muerto.

La jóven no se movia y el niño dormia, de modo que Luizzi pudo examinarlos á su placer: sus ojos se habituaron bien pronto á la sombría claridad de aquella habitacion, y vió que estaba cubierta de tapices en el suelo, las paredes y hasta el techo: no habia en ella señales de puertas, ventanas, ni chimeneas, y sin embargo, veia oscilar la luz de la lámpara, como si la agitase una corriente de aire bastante vivo: conoció que provenia de una abertura practicada en el pavimento que daba paso al aire, que salia luego por otro agujero que habia en el techo. En un rincon habia una cuna y una cama: estaba adornada con muebles en muy buen estado, y parecia que se habian adoptado todas las precauciones posibles para que aquella mansion no fuese tan cruel.

Luizzi miraba con atencion, y á pesar de la poca claridad que habia en aquella estancia, veia hasta sus mas imperceptibles pormenores como si hubiesen estado iluminados de una manera particular· le parecia que al dirigir su vista hácia un objeto dado, difundia en él una luz penetrante que le dibujaba claramente á sus ojos. Aquello era una vision sobrehumana, porque veia aun á través de los objetos que hubieran podido servirle de obstáculo.

Asombrado de lo que le sucedia, quiso volverse para pedir á Satanás la esplicacion de aquel doloroso cuadro, pero ya habia desaparecido, y Luizzi irritado de ver que se le escapaba el que se habia hecho su esclavo, iba á empuñar otra vez su talisman soberano, cuando un profundo suspiro exhalado por la jóven llamó su atencion á lo interior de la habitacion.

Se habia levantado, colocado su niño en la cama, y despues de escuchar largo rato el horrible silencio, que se asemejaba á un muro impenetrable entre ella y el mundo viviente, levantó una punta de la tapicería, sacó un libro, en seguida se sentó á la mesa, colocó en ella su lámpara y abrió el tomo: apoyó dolorosamente la frente en su mano, se inclinó hácia el libro que tenia abierto y pareció leerle con atencion.

Luizzi, merced á aquel poder de vision sobrenatural que le hacia distinguir hasta los menores objetos, pudo leer el título de la obra, pero aquel título le asombró mas que cuanto hasta entonces habia visto. Aquel libro era *Justina*, la obra inmunda del marqués de Sade, frenética y abominable miscelánea de crímenes y obscenidades.

Un pensamiento doloroso le ocurrió á Luizzi: aquella jóven, ¿seria uno de esos séres fatalmente marcados por la infamia y el desórden? ¿Habia sido encerrada en aquel calabozo para sepultar con ella las feroces lubricidades de una naturaleza desenfrenada? ¿Habia sustraido aquel libro á las miradas de sus carceleros, para saciar en secreto los delirios de su imaginacion, despues de haber hecho temer á su familia que realizase los espantosos furores, esparcidos en aquella obra por una alma en que la sangre y la inmundicia hervian como la lava de un volcan? ¿Podia caber tanta corrupcion en aquella juventud?

Bajo la impresion de semejante pensamiento, Luizzi miró á aquella jóven, y en sus facciones puras, en las que descubria la calma de un dolor secreto, no vió nada que pudiese justificar su suposicion. Sin embargo, continuaba leyendo con atencion aquellas páginas obscenas: á pesar de eso, se notaba tanto padeci-

Digitized by Google

miento en todo su ser, que Luizzi no se atrevia á acusarla sin compadecerla.

—¡Desgraciada! dijo para sí, si ha nacido con ese frenético delirio que esplica la ciencia médica, pero que nuestra lengua no puede describir, es la víctima de esa necesidad de honor y de consideracion que posee esa familia; si arrebatada por ese furor amoroso...

Luizzi podia pensar á su satisfaccion: pero los que escribimos no tenemos la misma libertad ó el poder necesario. ¡Nuestra lengua es un intérprete tan pobre de nuestros pensamientos! Carece de espresiones acomodadas aun para las cosas vulgares, y hay que eliminar de la narracion muchas pasiones que nos conmueven, y muchos acontecimientos que nos tocan muy de cerca. Si la muger que veia Luizzi hubiera sido una hija de la Grecia, un poeta habria traducido en versos fáciles y armoniosos el pensamiento de nuestro baron: «Es la Venus de Pasifae, de Myrrha y de Fedra, diria: es la Venus ardiente y cortesana por quien se celebraban las afrodíseas furiosas de Corinto y de Pafos: es Venus Afaciles la que ha introducido su inflamado aliento en el pecho palpitante de la jóven. Venus la ha lanzado el envenenado y abrasador dardo que la irrita, la acosa, la estravía y la precipita en los amores insensatos, como el tábano pegado á las narices del noble corcel le hace prontamente indócil, arrebatado, furioso, y le precipita con relinchos feroces y dolorosos por medio de los bosques, los barrancos y los torrentes, hasta que cae desgarrado, magullado, y salpicado de sangre y lodo, luchando al espirar con el insecto que le muerde, le quema y le mata.»

Mas los que no tenemos palabras para espresar estos pensamientos, traducimos mal los de Luizzi al tomar prestadas las de una nacion que tenia una imágen poética para las cosas mas miserables de la vida. Lo que podemos decir es que examinaba á aquella jóven con una compasion mezclada de terror, cuando vió que de sus agotados ojos caian algunas lágrimas que humedecian el borde de sus párpados.

Seguramente la lectura nada tenia de tierna, y si Luizzi quedó sorprendido al ver el libro que aquella infeliz tenia en las manos, todavía lo estuvo mucho mas al notar el efecto que producia en ella. Aquel incidente indujo á Luizzi á examinar las páginas del libro, y á su primer asombro, se aumentó todavía otro mayor. Despues de cada línea impresa, descubrió otra manuscrita: la letra era muy distinta de la impresion, pues su color era encarnado. Luizzi, poseido de la suposicion que desde luego habia adoptado, quiso saber qué comentarios habia podido añadir á tan monstruosa produccion una muger jóven y hermosa. Merced á la fuerza de vision que el diablo le habia dado, pudo leer fácilmente aquellos caractéres mal formados imperceptibles, y he aqui la primera frase que encontró:

«Esta es mi historia: la escribo en este libro con mi sangre, porque no tengo ni papel ni tinta. Si no he borrado línea por línea el libro abominable en que escribo, y que un infame ha puesto en mis manos para matar mi alma despues de mi cuerpo, sino le he borrado, es porque mi sangre se ha hecho muy rara, y apenas me queda bastante para referir mis desgracias y pedir venganza...»

Al ver aquella frase se estremeció el alma de Luizzi, y una compasion profunda y un remordimiento desconsolador le conmovieron hasta las entrañas. Su pensamiento le pareció un tormento añadido al que incesantemente sentia aquella desdichada. ¡Ah!... ¡qué espantoso suplicio impuesto á aquella alma obligada á derramar castas lagrimas sobre aquellas líneas de cieno, y á elevar sus oraciones y súplicas á Dios entre las disolutas blasfemias de aquellas páginas repugnantes! . ¡La veia obligada á fijar su vista horrorizada, sobre la palabra y la letra que pone de manifiesto su desesperacion, so pena de encontrar á su lado una palabra asquerosa, infame, torpe! .. ¿Cómo ha atravesado ese blanco armiño ese largo y estrecho laberinto, ese pantano cenagoso? ¿Cómo ese papel tan sucio con lo que la mano de un miserable ha impreso en él, está cuajado de líneas puras y dulces, en las que se encuentra el alma de esa infortunada? y para que no haya borrado esa vida mancillada, cuya narracion se halla al lado de su desgraciada existencia, no ha tenido mas razon que la de escasearla la sangre. ¡Desgraciada!. . ¡Desgraciada!...

Asi pensó Luizzi, y asi prorumpió arrebatado por la violenta emocion que habia esperimentado. Pero su voz resonó en derredor suyo; la prisionera quedó inmóvil, y Luizzi se acordó de que lo que veia estaba muy distante de él, y que solo un poder sobrenatural le habia hecho testigo de ello. Pero un poder humano salvaria á aquella infeliz de tan horrible prision, y para conseguirlo, Luizzi quiso conocer las causas de aquel infortunio: para saberlas era preciso leer el manuscrito que tenia á la vista: se decidió, pues, á ello, y he aqui lo que leyó.

VII.

AMOR VIRGINAL.

Ya he hecho esta narracion dos veces: mi verdugo me la ha arrebatado: vuelvo á comenzarla y plegue á Dios darme fuerza para concluirla; porque la vida de mi alma y de mi entendimiento va desapareciendo como la de mi cuerpo. La leí durante largo tiempo para que no se me borrase enteramente la memoria del mundo viviente que he conocido, y sin embargo, á pesar de esta constante conferencia con mis recuerdos, conozco que se pierden y confunden. Me apresuro, pues, mientras queda

Digitized by Google

algo de mi alma en este mundo, para que se sepa cuanto he amado y cuanto he sufrido.

¡Ah!... sí, ¡he amado y he sufrido!... En lo pasado y en lo presente de mi vida, he aquí los dos únicos pensamientos que brillan siempre puros en medio de ese caos de dolores en que mi cabeza se pierde, y es ¡porqué he amado y sufrido tanto!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... si el largo suplicio á que me han condenado no ha estraviado completamente mi razon y estinguido mi memoria, si es cierto que vuestras santas palabras han dicho que le seria perdonado mucho al que ha sufrido mucho y amado muchísimo, tened compasion de mí, Dios mio, y hacedme morir pronto, y que mi hijo!...

¿Mataría él á mi hijo si yo muriese?... ¡Ah, si le mataría: ¡pues viviré! Hacedme vivir, Dios mio, suceda lo que quiera: porque conozco que aun cuando me vuelva loca, siempre habrá un pensamiento que me domine, el de que una madre debe morir por salvar á su hijo. He ahí una cosa que voy á escribir con gruesos caractéres en lo alto de cada una de las páginas de este libro, para que lo vea sin cesar y no pueda olvidarlo nunca: *Una madre debe morir por salvar á su hijo.*

Y efectivamente se encontraba escrito asi: la desgraciada dirigió una dolorosa mirada al estenuado niño que dormia en la cuna, y luego apoyó la cabeza entre sus manos, mientras Luizzi continuaba leyendo aquel manuscrito, que se aclaraba para él á través de las páginas ya leidas, como si le tuviera en las manos y volviese las hojas á su arbitrio. El manuscrito continuaba asi:

Hasta la edad de diez años he vivido bajo la tutela de mis padres: en esta época, mi hermano se casó con Hortensia que apenas tenia quince; Hortensia, convertida en hermana mia, siempre ha sido buena y bondadosa para mí; no creo que me haya hecho traicion, ni me atrevo á pensar sea del número de mis verdugos. Sin embargo, teme á su hermano Felix y no se habrá atrevido á defenderme: ¡cuándo debe sufrir!... Me amaba mas que una hermana, me llamaba su hija En efecto, mis padres se despojaron de su autoridad para confiársela á Hortensia, aunque todos habitábamos en la misma casa. Durante seis años, no recuerdo ningun acontecimiento notable en nuestra vida: éramos felices: la dicha no deja huellas. La felicidad es como la primavera; cuando ha pasado, nada manifiesta ya como ha sido: el árbol se despoja de sus hojas y queda desnudo. Pero cuando estallan el trueno y el rayo, queda siempre la señal aun cuando vuelva la primavera.

Era yo dichosa en aquel tiempo; si, dichosa, y ahora me acuerdo de como lo era: rogaba á Dios con fé; jugaba con mi hermana, que era jóven, y con mis dos sobrinas, niñas muy hermosas: veia lo pasado y el porvenir de mi vida sonreir y cantar delante y detrás de mi: niñas felices y amadas como yó lo habia sido, muger dichosa y amada como yo lo seria algun dia!... ¡Ah! ¡cuán placenteros eran los dorados sueños de mi vida!... ¡cómo los acogia con una dulce sonrisa!... ¡cómo los entregaba mi corazon cuando llegaban por la noche á hablarme en voz baja, en la larga calle de los sicomoros, por donde me paseaba sola al cerrar la noche!... Tenia diez y seis años, todo mi ser aspiraba la vida. ¡Oh! cuán hermoso y delicioso es pasearse sola por la tardecita, con un rayo de sol en la estremidad del horizonte, entre unas avecillas que gorgean al compás del dia que se estingue, y luego sentir un ser invisible y bueno que marcha á vuestro lado y que os dice: eres hermosa, serás feliz, y amarás... amarás...

¡Amar! amar es la alegría de la vida, entregar toda el alma á un noble corazon, venerarle por lo que tiene de generoso, quererlo por lo que tiene de bueno, y adorarle por lo que tiene de santo; porque el que os ama es santo: es el sacerdote de vuestro corazon, al que se le ha abierto su tabernáculo; es un hombre aparte de los demas, Dios le ha tocado con su dedo, y le ha coronado con su gloria. Lo soñaba así, y lo he encontrado de ese modo... Leon, Leon; ¿me amas todavía? Dios mio, ¿me ama? Han tratado de hacérmelo dudar: ¡es un crimen muy grande, el mayor que han cometido!...

Tenia, pues, diez y seis años y me estasiaba con la vida: si, era hermosa; mi juventud era florida y brillante. Ahora que estoy muerta, que mis marchitados miembros se doblegan con su propio peso, recuerdo como una felicidad indecible el sentir la vida en todo su ser. ¡Cuánto aire aspiraba! A cada suspiro de la brisa de la tarde me parecia que aquel aire me embriagaba como el vino de un festin que concluye: me parecia que aquel aire me traia esperanzas y deseos y que me inundaba de ellos el pecho. Y luego, cuando me quedaba inmóvil é inclinada durante muchas horas sobre un pensamiento lánguido y secreto, comenzaba á correr: corria con ligereza y mis cabellos flotaban á merced del viento, mis pies estaban firmes, alzaba las manos, y elevaba al cielo cánticos alegres como los de la alondra: escuchaba á mi corazon murmurar y saltar; me veia poner hermosa; juraba ser feliz; esto debia concluir.

Una tarde todo lo cambió: esta tarde se alza delante de mí como si fuese la de ayer: sin embargo, no hubo en ella ninguna desgracia pero hubo un temor en mi corazon, un temor que no he comprendido bastante, y que cruelmente se ha apagado en mí. ¡Oh!... la vanidad de la razon estravía á los hombres, porque Dios no los ha dejado sin defensa contra sus enemigos, como á los mas débiles y groseros animales. Estos tienen un instinto que les enseña que una planta es venenosa: aquellos, que se hallan cerca de un enemigo

Digitized by Google

que los amenaza: el corderillo se aparta de la flor que hiela la sangre: y el perro se estremece á la proximidad de la fiera que olfatea su presa: el hombre tiene tambien el presentimiento del infortunio que gira en derredor suyo.

Yo esperimenté ese presentimiento, porque inocente y buena volví la cabeza cuando entró aquel hombre, y comencé á temblar cuando dijo: soy el capitan Felix y vengo del ejército. ¡Ay!... ¿que no haya yo seguido ese instinto de mi alma? ¿por qué no he nutrido y aumentado en mí la aversion que me inspiró? ¡Por qué cuando nos hablaba de las grandes batallas del imperio, de las desgracias de su caida, y de todas esas cosas que hacian que le escuchase, por qué raciocinaba mi corazon para decirle: ¡eso es escelente, ha sido fiel al que ha amado; eso es honor, probidad, virtud!....

¿Por qué, cuando su mirada severa se fijaba en mi frente como un rayo refractado, cuando su rostro duro y frio me hacia dura y fria para él, por qué, dije para mí, que era una niñeria creer en aquellas vanas apariencias? Sin embargo, estaba muy bien advertida, porque desde aquel momento, la esperanza, esa vida del alma, no volvió á mí mas que velada. La felicidad ya no me pareció un asilo próximo y abierto: era un pais lejano al cual me seria preciso marchar por medio de precipicios y senderos escabrosos; ¿y cuando mi hermano dijo un dia sonriéndose que era necesario estrechar los vínculos de nuestra familia por mi matrimonio con el hermano de Hortensia, no sentí que se apoderaba de mí un estremecimiento mortal desde los pies á la cabeza? Sin embargo, entonces todavía me décia Dios:

—He ahi la desgracia.

Pero yo no lo creí.

Escuché todas esas vanas razones del mundo que me mostraban á aquel hombre como virtuoso, bueno, honrado, que me hacian dudar de mi espanto, y que parecian acusarme de despreciar la virtud, el honor y la probidad. Era una necia!.... Todos me lo decian, yo misma me lo repetia sin cesar, y nada tenia que contestar ni á mí misma ni á los demás, sino que aquel hombre habia cerrado mi corazon, cortado las alas á mis sueños, y sofocado las profundas aspiraciones de mi vida.

¿Podia decir yo lo que no comprendia? ¿Y no me perdonareis, Dios mio, el haber permitido en la duda en que me encontraba de mí, y en medio de la coaccion que me rodeaba, el haber permitido á ese hombre decirme que me amaba, el haberle contestado que le amaria: y el haber aceptado para un tiempo distante el lazo que debia colmar de júbilo á mi familia?... Todo esto ha sido fatal.

Porque sentia en mí que nunca le amaria.

Y él, ¿cómo me amaba? No me lo esplicaba, y hé ahí lo que me ha perdido. Si, decia yo entre mí, si esa aversion que le tengo proviniese de que todos mis sentimientos son contrarios, él no me amaria: la antipatía que domina á dos almas sin razon, le dominaria como á mí. Porque entonces yo no sabia que un hombre puede amar á una muger como el tigre ama á su presa: para devorar su vida, beber sus lágrimas, y sujetarla palpitante entre sus uñas ensangrentadas. Aman, dicen, porque llegan hasta el crímen para obtener. Dios mio, ¿ese amor agrestre y alterado, es acaso amor? ¿Amar es otra cosa que dar la felicidad?

Habia, pues, prometido casarme con Felix, y nuestro matrimonio se habia fijado para el dia en que cumpliese los diez y ocho años. Merced á aquella promesa habia comprado dos años de libertad: recobré mi serenidad pero no mis esperanzas. ¡Ah! ¡que no hubiese completado entonces el sacrificio!... ¿qué no me hubiera casado con Felix en aquella epoca? No habria amado á Leon, ó si le hubiese amado, hubiera tenido siempre presente que era hacer traicion á mi marido. Pero se ha hecho de la promesa de una niña un lazo tan sagrado como el juramento pronunciado en el altar. Y sin embargo, si he amado á Leon no soy culpable, no lo he querido, soy inocente. Es preciso que refiera como sucedió.

Era uno de esos dias lluviosos del triste estío de 181.... un domingo á medio dia. Yo sola me habia atrevido á arrostrar la templada humedad del dia. Habia tomado el manton de lana y el sombrerillo de paja de una de mis criadas, y á pesar de la lluvia que caia sin cesar, fuí á ver á la muger de uno de nuestros obreros que estaba enfermo. Acababa de separarme del camino para llegar á su casa situada á alguna distancia en las tierras, cuando oí me llamaba un ginete, que habiéndome divisado desde lejos aceleró el paso de su caballo. El modo con que me habló me hizo conocer que se habia equivocado acerca de quien yo era, porque principió á gritar desde la punta del sendero:

—¡Muchacha!.... ¡muchacha!...

Me volví, y se acercó á mí.

—¿Qué se os ofrece?

Me miró sonriéndose dulcemente, y me dijo con aire de alegria suplicante:

—Hermosa niña, no me respondais desde luego, todo derecho, todo derecho.

—¿Qué quereis decir?

—Que desde las cuatro de la mañana que estoy andando he preguntado mas de treinta veces por mi camino, y todos me han contestado derecho, siempre derecho, y os confieso que preferiria tomar otra direccion.

—Eso, caballero, depende del sitio á donde os dirijais.

—Voy á la herrería de Mr. Buré.

No pude menos de reirme y le contesté:

Digitized by Google

—Pues, caballero, lo siento, pero siempre derecho.

No sé por qué la idea de encontrarme de aquel modo obligada á indicar al jóven el camino de nuestra casa, y la necesidad de tenerle que repetir una palabra que tanto le desagradaba, me inspiró deseos de hablarle con una alegría burlona: pero me contestó tomando á su vez un aire de alegría triunfante:

—Te has incomodado, hermosa jóven, pues yo estoy encantado.

Y apeándose del caballo se preparó á colocarse á mi lado; comprendí en seguida que queria hacerme un cumplimiento diciéndome que estaba encantado de marchar á mi lado: pero le detuve sonriéndome:

—Es que no es derecho por aqui, es siempre derecho por allá abajo, le dije indicándole con el dedo el camino que acababa de dejar.

Apenas le contesté de ese modo, se puso ruborizado; se quitó el sombrero y me dija con voz conmovida:

—Señorita, os doy mil gracias.

Al oir aquella palabra me quedé tan aturdida como él; bajé los ojos al ver la dulce y tímida mirada que me dirigió, hice maquinalmente una cortesía, y proseguí mi camino. ¿Por qué me habia estremecido la primera visita del capitan Felix, cuyas buenas cualidades habia oido alabar tantas veces? ¿Por qué me habia sonreido al primer encuentro de aquel jóven á quien no conocia? ¿Por qué al alejarme de él escuchaba con atencion el ruido de su caballo al volver á tomar la senda que le habia indicado; y luego, cuando llegué á la revuelta de un sendero que tenia precision de tomar, ¿cómo fué que me volví para ver si se habia marchado, y de dónde proviene que recibiese snmo placer al verle parado en el mismo sitio y con el sombrero en la mano? No hizo ningun movimiento, pero conocia que me miraba y me habia seguido con la vista. Todavía permaneció asi largo tiempo, pues le veia por entre las zarzas que habia á orillas del camino que yo llevaba: en fin, despues de mirar en derredor suyo, hizo gestos que no pude divisar bien, volvió á montar á caballo y se alejó con lentitud.

Habia comenzado aquel paseo con el corazon ligero y sin pensar mas que en el objeto de mi vista: llegué pensativa á la choza de nuestro obrero, y solo al ver el dolor de su muger, llamrda Mariana, me acordé que habia ido á ver un enfermo.

—Estaba bien segura de que vendriais, me dijo, os he visto desde el cuarto de arriba, os conocí cuando dejásteis el camino, y os detuvísteis á hablar con un señor que iba á caballo.

Al oir aquella palabra, sentí que me ruborizaba, y me apresuré á responder:

—Es un forastero que me preguntaba por el camino de la herrería.

—Pues entonces no tendria mucha prisa por llegar, pues ha permanecido mas de un cuarto de hora plantado allí como un coto.

Aquella nueva observacion de Mariana me incomodó.... y la buena muger continuó:

—Por lo demas, se ha dirigido muy bien, y ha debido maravillarse cuando le hayais dicho quien érais.

—¡Dios mio!... no le he hablado una palabra y me ha tomado por una aldeana.

—Pues bien, se encontrará sumamente embarazado si está todavía en la herrería cuando volvais.

Esto me hizo pensar que iba á volverle á ver, y me sentí tan aturdida como si estuviese delante de mí. Mariana lo advirtió y repuso:

—¿Os ha dicho ese caballero algo desagradable?

—Nada de eso.

—Pues debe ser buen perillan: vos estais alterada, y él se quedo allí como clavado en aquel sitio.

Mariana me observaba mientras hablaba de aquel modo; me pareció leer en sus miradas que no creía lo que la habia dicho: me ofendió, y la dije con desagrado:

—Tomad esto que traigo para vuestro marido.

—Gracias, gracias, me contestó con un tono de reconocimiento tan sincero que disipó mi resentimiento: luego añadió:—Tengo que pediros un favor, mi buena señorita, y es que obtengais de Mr. Felix que no dé á otro la plaza de capatáz; ha amenazado por quitársela á mi marido, si dentro de ocho dias no vuelve á emprender el trabajo.

—Mi hermano no lo permitirá, la dije.

—Señorita, desde que Mr. Buré ha dejado la direccion de los talleres á Mr. Felix, no quiere ya mezclarse en nada.

—Pues bien, yo hablaré al capitan.

—Si, habladle, me contestó con tristeza, continuando la conversacion mas de lo que sin duda queria, porque la impelian crueles recuerdos; habladle por mi pobre esposo; el obrero no es ya tan feliz con él, pues quiere hacerle perder el pan porque tiene la desgracia de hallarse enfermo.... Mr. Felix no es bueno... la casa ha cambiado mucho desde que llegó... Si supiérais como me recibió cuando fuí á pedirle una anticipacion...

Lloraba cuando hablaba, y al escucharla mi alma se llenaba de terror.

—¡Muger, muger!... murmuró el obrero que se hallaba tendido en la cama.

Mariana comprendió mejor que yo aquella interrupcion.

—Perdonadme, perdonadme, me dijo, olvidaba que Mr. Felix es un escelente hombre... un hombre que os hará dichosa.

Esta última palabra me hizo estremecer. Tenia dos años delante de mí, y habia olvidado que debia entregar mi mano á Felix. Aquel recuerdo hecho tan repentinamente despues

Digitized by Google

de una revelacion tan ingénua acerca de la dureza de su carácter, me dejó helada. Me puse pálida y tan turbada, que me levanté para salir.

Mariana corrió detrás de mí.

—¿Os he incomodado? me dijo, disimuladme; ya veis, somos tan pobres... y tengo un miedo...

La pobre muger lloraba y yo tambien. Ahora que puedo estudiar en mi horrible posicion todo lo que ha pasado en mí, no sabria como esplicar la desesperacion que me acometió de pronto; prorumpí en sollozos, porque acababa de ver claramente en mi corazon que jamás podria amar á Felix. ¿Era acaso una advertencia de que iba á amar á otro? No lo sé, pero aquel momento me reveló toda la fatalidad de mi vida. Mariana me miraba y nada comprendia de mi dolor. ¡Cuántas veces cuando yo era niña, he visto jóvenes acometidas de esa repentina desesperacion, y cuántas veces he oido decir á ancianos que habian olvidado sus juveniles años:

—Son vapores; la fuerza de la juventud la atormenta, eso se pasará, no ofrece cuidado alguno!...

Y llamaban al médico.

Yo misma, en aquel momento en que el cielo parecia descorrer el velo de mi porvenir, hice con respecto al terror que me hacia sufrir tanto, como los ancianos de que he hablado: combatí mi desesperacion, contuve mis lágrimas, no quise creer á mi alma que se sublevaba toda entera y respondí:

—Estoy indispuesta; siento un malestar horrible.

Como si fuese mas natural y razonable que sufra el cuerpo que el alma.

—¿Quereis que os acompañe? me dijo Mariana.

—No, no, le contesté precipitadamente, yo me iré sola.

¡Sola! necesitaba estar sola.

Antes de ese tiempo era para marchar con mas libertad, y mas gozosa con mis felices sueños; en aquel momento era para llorar.

Volví á tomar tristemente el camino de casa. Cuando llegué al sitio en donde el desconocido me habia hablado, me detuve involuntariamente. Sin embargo, no pensaba en él. ¿Salen acaso del alma emanaciones simpáticas que circulan con el aire? Aunque era una pobre niña, me detuve y miré tristemente en derredor mio. Aquel sitio del camino tenia ya para mí un recuerdo que buscaba. Todo aquello fué muy rápido: no habia en ello ni deseo ni pesar: pero cuando volví á entrar en la casa tenia el corazon conmovido y oprimido. Habia desaparecido mi desesperacion: ya no tenia gana de llorar, pero hubiera querido estar sola. Hortensia me encontró en el salon y me dijo:

—Enriqueta, es necesario que pienses en vestirte, pues tenemos un convidado á comer.

—¿Quién es? la pregunté inmediatamente como si me participase alguna noticia estraordinaria.

—Un jóven, Mr. Launois, á quien su padre ha enviado aqui algunos meses, para que aprenda el manejo de una fundicion.

—¿Con que va á permanecer aqui algun tiempo?... la dije.

—Sin duda: ¿mas por qué te sorprendes? Es la primera vez que te sucede eso. Vés á vestirte.

Tenia diez y seis años: todos mis pensamientos tristes huyeron, y me regocijaba con la sorpresa de Mr. Launois. Para hacerla mas completa; quise que viese en toda su elegancia á la señorita que habia tratado como aldeana. Preparé el mejor trage bordado, procuré vestirme magníficamente para parecerle bien, y que el contraste fuese mayor: volvia á recobrar mis goces de niña. Mas bien pronto volvieron mis sensaciones de jóven. Perdonadme, pero sola, y quizá desde lo profundo de mi sepulcro viviente, tengo el derecho de decir los secretos de un corazon de muger. Mi pensamiento varió de repente; deseché la idea de chancearme con aquel desconocido, y guardé mi hermoso y brillante trage: me vestí modestamente y calculé que le pareceria asi mas bella que muy ataviada; bella como debe serlo una jóven juiciosa, porque yo habia llegado á serlo.

Cuando bajé paseaban por el jardin; le vi conversando con mi hermano, y en cuanto me miró, fué estremada su sorpresa: se puso tan turbado que mi hermano lo notó, y yo quedé muy contenta.

—¿Qué teneis? le preguntó.

Me habia aproximado con una seguridad triunfante: no puedo esplicar el natural movimiento de placer que esperimenté al verle turbado delante de mí.

—¡Dios mio!... caballero, contestó Leon balbuceando, ya he tenido la desgracia de encontrar á esta señorita.

—¡Cómo!... ¿la desgracia?... dijo mi hermano riéndose, y yo no pude menos de sonreirme tambien.

Leon se quedó completamente desconcertado. A medida que perdia su presencia de ánimo, recobraba yo la mia: niña gozosa, despues de esperimentar emociones desconocidas, me reia de todo corazon, sin comprender que habia ya orgullo en aquella alegría. La turbacion de Leon degeneró en tristeza: era tambien muy jóven; tenia diez y ocho años; se picó de la ironía con que le recibia y no supo que contestar.

—Veamos, le dijo mi hermano, que es lo que le ha sucedido.

Me agradaba tanto el verle tímido y embarazado, que no quise ayudarle: por fin, murmuró con voz dulce y suplicante:

—He encontrado á esa señorita envuelta en un manton, la tuve por una aldeana, y la pregunté por el camino.

Digitized by Google

—¿Con un tono poco respetuoso sin duda? dijo mi hermano.

—No creo haber sido grosero.... pero ya sabeis.... se dice....

—Si, contestó mi hermano riéndose; en nuestro pais se usa un modo de hablar bastante ligero, y se dice con gusto, ¡hé, muchacha!...

—Si, señor.

—Pues bien, escusaos con la señorita, que estoy seguro os perdonará.

Mi hermano se alejó indiferente y quedamos uno enfrente del otro. Leon no se atrevia á mirarme: me parecia que su embarazo iba ya demasiado lejos, y comenzaba á apoderarse tambien de mí, cuando le vi sacar ruborizado un cordoncito de pelo que me presentó.

—En el sitio en donde os detuvísteis, me dijo, dejásteis caer ese brazalete, y es preciso que os lo devuelva.

Sin dar importancia á aquella restitucion, me pareció un poco tardía, y no pude menos de decirle:

—¿Pues cuando le he perdido?

—Cuando sacásteis la mano del manton, le ví caer.

—¿Y por qué no me lo advertísteis?

—Estaba tan turbado.... al ver vuestra mano blanca y fina, conocí que me habia equivocado... entonces os llamé señorita.... y despues de mi grosería no me atreví á hablaros. Por otra parte, cuando recogí la pulsera ya estábais bastante lejos.

—De modo que si no me hubiéseis vuelto á encontrar ¿la habríais guardado?...

Leon se inmutó como un culpable, y contestó escusándose de una cosa en que seguramente no pensábamos ni él ni yo.

—Ese brazalete no tiene tal valor...

—Para vos podrá ser; ¡mas para mí!.... Le hice con mis cabellos para ponérmele el dia que se casó mi hermano, y desde entonces no me lo he quitado.

Leon miraba la pulsera con una dulce tristeza, y prosiguió con viveza:

—Bien conocí inmediatamente que era de vuestros cabellos, y por eso...

—Y bien dijo mi hermano acercándose, ¿se han hecho ya las paces?

—Completamente, respondí yo con seguridad.

Y me preparaba á colocar el cordon de pelo en mi brazo Por uno de esos impulsos del corazon, que ni aun en aquel momento podria esplicar, fijé la vista en Leon. Sus miradas estaban clavadas en mis manos y en la pulsera: me detuvieron, y en lugar de ponérmela en el brazo me la guardé en el bolsillo. Una triste sonrisa se asomó á los labios de Leon. Comprendí, pues, que aquel cordon que habia ceñido su brazo, tendria para él un mérito inapreciable si ceñia el mio; y él tambien adivinó por su parte que yo no queria concederle aquel favor.

¡Ligeros y dulces recuerdos de ese santo amor que yo le he dedicado, descended hasta mi tumba jóvenes y tiernos como habeis sido! ¡Volved todos, para que fija mi vista en vuestra sombra fugaz, descanse en ella de sus lágrimas y del helado aspecto de esta prision silenciosa!... Hacedme mirar deliciosamente á lo pasado, puesto que la esperanza no marcha ya delante de mí. ¡Recuerdos felices!.... ¡cuán apaciblemente habeis dilatado mi corazon, cuando os he comprendido mas tarde, cuando habiendo llegado á amarle con toda la efusion de mi alma, sentí que todas aquellas fugitivas inspiraciones habian sido las primeras agitaciones de la pasion que debia apoderarse de mí!... Si, si, ese amor que me ha penetrado y abrasado hasta lo profundo de mi alma, ese amor que me ha estraviado, es el que me turbaba ya con el templado viento de sus alas. Desde la llegada de Felix sentia frio en mí y en cuanto me rodeaba, ó hice como el niño que tiene frio; abrí los pliegues de mi vestido para calentar mi pecho con aquel tibio aliento, y le respiré para inundar con él mi corazon. Si, el amor era el que sin hablarme me mostraba ya con el dedo un camino desconocido, que me ha conducido á la muerte! .. ¡Ay!... he seguido ese sendero sin saber lo que me hacia.

Sin embargo, despues he comprendido que si hubiese querido, habria sabido que era lo que esperimentaba: porque no se cambia de ese modo y en un momento, solo por encontrar indiferentemente á uno que luego marchará.

El profundo terror que me causaba Felix no habia punzado mi corazon mas que de dia y durante las horas de soledad: el leve estremecimiento que me agitó á la vista de Leon, me impidió dormir apaciblemente por la noche.

Y sin embargo, no era en Leon en quien yo pensaba; no era su imágen la que se presentaba á mis ojos cerrados; no era su voz la que murmuraba en mis oidos: era un ser desconocido, sin forma, que me asediaba y me hablaba asi.

Una sola vez en mi vida habia esperimentado semejante turbacion: era un dia en que debiamos ir á la montaña á ver la gruta de las Hadas tan esplendente y maravillosa: era necesario madrugar, no dormí, y toda la noche estuve viendo montañas y grutas imaginarias, pero nunca á la que debia ir.

Asi, pues, no se me apareció Leon, sino una cosa que provenia de él, como los grandes peñascos de mi imaginacion provenian de las rocas de nuestras encantadoras.

Ese presentimiento de amor me tocaba como un genio amigo, como un mágico divino que hiere nuestra alma con su varita, que abre todos los manantiales de nuestro amor, y los hace correr fuera de nosotros: y luego se presenta el sediento viagero alargando su co-

pa, la llena con las lágrimas felices de nuestra alma, y mitiga su ardor.

Y esto fué para mí la mañana de aquella noche tan suavemente agitada: me levanté antes que nadie, abrí mi ventana, y lo primero que ví fué á Leon, parado y dirigiendo sus miradas á mi habitacion. Si entonces no comprendió que debia amarle algun dia, si entonces, como el viagero sediento, no alargó su alma para recoger en ella aquella influencia de emociones que se escapaba de mí, es porque era tímido y bueno; porque hubo un momento, un momento de relámpago en que toda mi alegría debió brillar y sonreir en mi semblante. Luego, con la misma rapidez, me pareció que todos aquellos rasgos diseminados de mis sueños, que todas aquellas formas indecisas de fantasmas ligeras que me habian perseguido, se aclaraban, se reunian repentinamente, se dibujaban con limpieza, y conocí que era Leon el que habia vagado en torno mio durante toda la noche pasada. Entonces tuve miedo y me retiré de la ventana; retrocedí con viveza y me senté, ó mas bien caí sobre la orilla de mi cama, puesta la mano sobre mi corazon, que latia como si hubiese corrido largo tiempo. ¡Habia, pues, andado mucho con presteza suma por el camino del amor!...

Sin embargo, bien pronto las ocupaciones de aquel dia y de los siguientes, apaciguaron todos aquellos movimientos tumultuosos, y ya no sentí agitacion alguna: pero mi vida era como el agua de una fuente sobre la cual ha estallado la tempestad: su superficie queda tranquila, pero no limpia. Mi alma no estaba ya agitada, pero sí turbada. Para que el agua de la fuente mantenga quieto en su fondo el légamo del torrente, es necesario que trascurran muchos dias serenos que la devuelvan su trasparencia. Por lo que á mí hace, no veia ya el fondo de mi corazon, á través de mis turbados pensamientos, y no tenia el reposo que deberia restituirle su inocente diafanidad. Ya hacia quince dias que no veia á Leon mas que á las horas de comer, y algunas veces por la noche en las reuniones de familia. Era respetuoso y atento con mis ancianos padres, alegre y obsequioso con Hortensia, y tan complaciente con mis sobrinitas, que las dos niñas le adoraban. Solo conmigo era reservado y triste; cuando le hablaba, se ruborizaba; cuando le pedia un favor, aunque era tan listo, tan afable y condescendiente, aguardaba á que se lo repitiese, y casi siempre lo hacia mal. Yo habia oido decir varias veces, aunque confusamente, que el amor suavizaba los caractéres mas feroces, y daba gracia á los mas torpes, y comprendia que el mismo poder quitaba la gracia á Leon, y le volvia brusco: conocia que yo no era para él lo que los demas.

No porque haya llamado á ese sentimiento con su verdadero nombre, he dicho que fuese amor, no; porque me hacia feliz, y yo temia al amor porque me le habian pintado como un enemigo. Amando á Leon, y al comprender que era amada, me abstenia de examinar qué era lo que yo esperimentaba; y cuando en esta soledad en donde he aprendido tantas cosas, he podido leer en otros libros que el de mi corazon, me he maravillado siempre de que Julieta, la hija de Capuleto, no dijese al hermoso jóven que la estasiaba, como Leon me encantaba á mí: Romeo, no me digas que eres Montaigú, porque seria preciso aborrecerte.

Sin embargo, llegó un dia en que ya no dudé del amor de Leon, y en que ese sentimiento se aclaró completamente para mí: ese dia fué en el que comprendí que aborrecia al capitan Felix. El motivo fué el obrero á quien yo iba á visitar cuando encontré á Leon. Habia conseguido de mi hermano que no se le eliminase de la lista de nuestros operarios; pero el capitan se negó á que se le pagasen los jornales del tiempo de su enfermedad. Eso seria, decia, un fatal ejemplo para muchos holgazanes, que encontrarian muy cómodo ganar dinero metiéndose en la cama.

Desde aquel tiempo ya no me acordaba de Mariana ni de Juan Pedro, su marido; no tenia tiempo para ocuparme de los demas.

He aqui lo que ocurrió: era la hora de comer; el capitan y Leon solo se veian á aquella hora, porque éste casi siempre se retiraba de nuestras veladas para trabajar. El capitan, dirigiéndose á Leon, le dijo con dureza:

—¿Ha estado hoy en la fábrica Juan Pedro?

—Si señor.

—¿Ha ido al escritorio?

—Si señor.

—¿Ha recibido dinero?

—Si señor.

—¿De quién?

—De mí.

—¿Y de qué caja le habeis tomado, señor Launois?

Leon, en quien veia hervir la cólera, adivinó sin duda que el capitan queria oponerse al mezquino pago que habia hecho, y contestó con desprecio y volviendo la espalda á Felix:

—De la mia, caballero.

El capitan, que segun creo se habia propuesto formular un cargo contra Leon por lo que se habia permitido, quedó tan desconcertado con aquella respuesta, que se puso pálido.

Pero no sabia como incomodarse, y en su impotencia añadió:

—Parece que Juan Pedro os ha hecho servicios importantes.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras irritó á Leon y le hizo deponer su timidez: contestó, pues, con una exaltacion triunfante:

—Si, caballero, si, me ha hecho un gran servicio.

Digitized by Google

—¿Durante su enfermedad?

—Justamente.

—¿Y cuál ha sido?

Leon se sonrio, varió la espresion de su semblante, y de la cólera que le agitaba pasó á una dulce y triste sumision; puso la mano sobre su corazon, y dirigiéndome una mirada en que por la primera vez se atrevia á hablarme, respondió:

—Es un secreto mio, caballero.

—Sin duda lo es tambien de Juan Pedro, contestó el capitan, y tendré mucho gusto en saberlo.

—Podeis preguntárselo.

—No necesito vuestro permiso.

—No lo dudo, caballero.

Durante las últimas palabras de esta conversacion, Felix no habia cesado de examinarme, porque habia sorprendido la mirada de Leon, y visto que me habia turbado. Yo la comprendí: queria decirme: cuando íbais á casa de Juan Pedro os ví por primera vez, y he ahí el servicio que he recompensado.

La comida fué silenciosa, porque aquel pequeño altercado habia tenido lugar en presencia de todos, y cada uno estaba mas ó menos disgustado. Yo fuí la que únicamente manifesté mas complacencia. Como habia comprendido la confesion de Leon, comprendí tambien las sospechas de Felix, y por la primera vez sentí una especie de júbilo en engañarle. Leon se retiró y quedamos solos con mi hermano y su muger. Hortensia se quejó suavemente á su marido de la dureza de Felix.

—Yo no me atrevo á hablarle, le dijo ella, pero tú házle entender la razon. Ese jóven es bueno, laborioso, y Felix le trata mal.

Quedé tan reconocida á Hortensia, que mi pensamiento brilló sin duda en mis ojos, porque mi hermano que me miraba movió dulcemente la cabeza

—Si, dijo, Felix le trata mal, no le quiere; y como yo deseo que ese jóven no tenga que quejarse de nosotros, buscaré un pretesto para enviársele á su padre.

—¡Oh!.... esclamé yo con una cólera dolorosa, eso seria muy injusto.

—Seria lo mas razonable, contestó severamente mi hermano mirándome con ojos escudriñadores.

Bajé los mios, y salió despues de hacer una seña á Hortensia, que me examinaba tambien.

Al adivinar mi secreto, me advirtieron que yo tenia uno. Aquella fué la primera vez que el nombre de amor vino á esplicarme la preferencia que concedia á Leon. Sin embargo, si Hortensia me hubiese alargado la mano en aquel momento, y me hubiera dicho: ¿Enriqueta, le amas? la habria contestado arrojándome en sus brazos, prorumpiendo en llanto, y jurándola no amarle ya; porque segun las ideas de nuestra familia, el amor era un crímen. Pero Hortensia, por lo comun tan buena y tan complaciente para conmigo, se mostró intempestivamente severa: creyó que debia abrazar el partido de Felix, á quien acababa de censurar, porque supuso que tenia necesidad de ser defendido en mi corazon, y me dijo con tono de autoridad:

—Enriqueta, acabo de tener un sentimiento al vituperar la conducta de mi hermano, y le tendria mayor si le hubieses condenado con ligereza.

Aquella amonestacion me ofendió, y aprovechándome de que nada habia yo dicho que pudiera dar motivo á ella, aunque seguramente conociese en el fondo de mi corazon que la merecia, repliqué con acrimonia:

—¿Condenar yo al capitan Felix?.... ni he hablado de él, ni he pronunciado su nombre.

Mi modo de contestar incomodó á Hortensia, y me dijo con sequedad:

—Bien sabeis lo que quiero deciros, señorita.

—Lo que quereis decirme, repliqué con enfado, porque me parecia injusto se dirigiesen á mí por una cosa en que ninguna parte tenia, lo ignoro, en verdad. ¿Qué tengo yo que ver con la opinion que acabais de emitir acerca de vuestro hermano? Os convendrá acaso el hacer creer que yo le he acusado de dureza.

—Vos no lo habeis dicho pero lo pensábais, cuando dijísteis que seria una injusticia el enviar á Mr. Launois á su familia.

—No hice mas que repetir lo que habiais dicho.

—Raciocinais demasiado, Enriqueta, me dijo Hortensia; eso hacen siempre los que obran mal.

—¡Obrar mal!.... ¡obrar mal!.... ¿y por qué? la dije, asomándose las lágrimas á mis ojos.

Mi hermana, que hasta entonces me habia mirado con aire severo, se acercó á mí, y cogiéndome la mano me dijo despues de un largo rato de silencio, durante el cual procuró penetrar en el fondo de mi alma:

—Enriqueta, hermana mia, guárdate de ser imprudente, y acuérdate de lo que has prometido. Felix te ama.

Hubiera querido dudar de mi corazon, y que se me hubiese obligado á leer claramente en él.

Si, todavía lo pienso, tal vez sin aquella advertencia habria dejado calmarse, en la ignorancia de lo que era, aquella perturbacion desconocida de mi vida. Pero cuando se la dió un nombre, cuando se la llamó amor, cuando se le puso sobre la frente su corona de fuego, cuando supe lo que era, tuve curiosidad de verle, de mirarle y medirle aunque no fuese mas que para combatirle.

Antes de aquel dia, Leon habitaba en mi alma sin ocuparla: desde que se pronunciaron aquellas palabras llegó á ser su único pensamiento. Amaba á Leon, asi me lo habian dicho, ¿era verdad? Me consulté á mí misma é

Digitized by Google

hice descubrimientos muy estraños. El rostro de Leon, sus miradas tranquilas y puras, sus hermosos y largos cabellos rubios, su noble ademan, su suave voz, sus graciosos movimientos de cabeza cuando aparentaba la cólera de un niño con mis sobrinitas, todo esto se habia grabado en mí sin que yo pensase en observarlo: le conocia mejor que á mi padre y mi hermano; le conocia mejor que á todos aquellos con quienes vivia ya hacia años. Me parece que habria hablado por él, y hecho sus reflexiones y sus gestos, tan penetrada estaba yo, y por decirlo asi, tan animada de aquella existencia que no era la mia.

Me asusté de hallarme yo misma en poder de otro: mi altivez se indignó de verme á merced de una vida en quien la mia quizá no producia ninguna turbacion, y me acometió de repente el temor de no ser amada.

El amor es como todas las potencias superiores; todo le aprovecha, el abandono y la resistencia. Hubiera amado á Leon si no le temiese, le amaba porque le temia. ¡Dios mio!.... ¿podia yo no amarle? ¿no hay pendientes tan rápidas que se cae en ellas, porque se agitan para volverlas á subir, y en que tambien se cae porque no se resiste su rapidez?

Yo lo he esperimentado, porque la imágen de Leon me asustaba: se hallaba tan cerca de mí por las noches, y me dejaba tan poco durante el dia, que ya me parecia importuna y casi atrevida: se apoderaba de mí y me hablaba como dueña. Quise sustraerme de su impulso; pero cuanto hasta entonces me habia sostenido, ocupaciones, la oracion, el trabajo, todo me faltaba, todo huia cuando queria apoyarme en ello. Era como la arena de la orilla del precipicio, que cede en cuanto se busca en ella un punto de apoyo. Pareciame que un sol de fuego dejaba caer sus rayos sobre mi vida, reduciéndolo todo á polvo, y fecundizando únicamente en ella, el amor. ¡Ay! me lo espliqué mal: no calculé entonces con exactitud lo que pasaba en mi alma. Con todo, adopté una resolucion solemne, no quise que Leon dudase de que me dominaba su pensamiento, y durante un mes entero procuré aparecer displicente. Era necesario que el miedo que me tenia á mí misma fuese bien grande, para que no me compadeciese de la tristeza de Leon. ¡Era tan desgraciado! Su desgracia me decia hasta qué punto me amaba, me complacia en ella, y queria sufrir en secreto de aquel modo,

La única prueba que me fué muy duro soportar, y Dios me perdone esta lucha, pues de ella salí victoriosa, la única prueba en que sentí vacilar mi valor, fué la alegría del capitan. Qué Leon fuese desgraciado por mi frialdad, era un derecho mio: lo sentia, porque yo padecia tambien: no se lo decia, pero por un convenio tácito conmigo misma, comprendia que tenia derecho para herir á aquel para quien tenia ocultos tantos consuelos en mí: mas que Leon tuviese que sufrir las miradas triunfantes y las burlas del capitan, era lo que me irritaba, y lo que cien veces me impulsó á decir á Leon: miento cuando aparto mi vista de tí: miento cuando evito tu encuentro: miento cuando te hablo con frialdad, y te escucho aparentando no oirte.

Si, se lo habria advertido si no le amase hasta tan alto punto, que estaba persuadida de que una vez franqueado mi corazon, toda mi vida escaparia para marchar con él.

El tambien me amaba, y yo lo sabia. La aventura de Juan Pedro me lo habia esplicado, por lo mismo que nadie habia podido comprenderla.

Felix preguntó á aquel pobre hombre, y le dijo que no podia responder nada á sus preguntas; que no solo no habia hecho ningun favor á Leon, sino que no le habia visto hasta el dia en que le dió el dinero.

Se atribuyó la respuesta de Leon á una terquedad de niño: yo sola sabia el servicio que le habia hecho Juan Pedro: ¿no iba yo á casa de aquel pobre enfermo cuando encontré á Leon?

Sin embargo, debia llegar un dia en que me desprendiese de la árdua tarea de aparentar la frialdad que me habia impuesto. Ya no se hablaba de enviar á su casa á Leon: ¡era tan laborioso, tan amable, tan sumiso!... habíase disipado aquella sombra de sospecha que habia existido sobre él y sobre mí, y yo misma iba recobrando alguna seguridad, cuando un acontecimiento imprevisto me manifestó que no gozaba de reposo mas que fuera de mí.

Entre los placeres de mi infancia habia conservado el de cultivar con mis manos un cuadrito de nuestro jardin. Ocurrió, que habiéndose construido alli inmediato unos almacenes, quisieron hacer un camino que condujese á ellos por medio del parque: aquel camino me quitaba mi parterre enriquecido con rosales que yo habia plantado y que queria mucho.

Si mi hermano me hubiera dicho sencillamente lo que iba á suceder, quizá no habria pensado en quejarme: mas acaeció que oí á Felix dar órden al jardinero de que arrancase todas mis flores, para que los jornaleros pudiesen trabajar alli el dia siguiente. Traté de resistir: en un principio procuró chancearse: le contesté quejándome de su torpeza en no hacer nada que no me ofendiese: su carácter le arrebató, me replicó con dureza, y corrí á ocultar mis lágrimas en mi habitacion. Dejáronme en ella, y oí murmurar debajo de mi ventana unas palabras que efectivamente me hicieron compadecer al que las pronunciaba.

—Es un capricho de niña, decia el capitan; mas quiero eso que otro: qué llore por sus rosas, eso es poco peligroso.

Hortensia procuraba persuadirle que subiese para tranquilizarme.

Digitized by Google

—Aprecia en mucho esas miserables flores, le decia.

—Pues bien, respondió Felix, mañana ó pasado mañana las haré quitar con cuidado, y las plantarán donde quiera: pero que yo vaya á pedirla perdon por las mejoras de la herrería, eso no; no quiero ponerla bajo ese pie.

El tono y las palabras de Felix no me irritaron en un principio: sí, lo digo francamente, tuve lástima de un hombre que se suicidaba tan torpemente en un corazon en que habia colocado una esperanza. Luego llegó mi hermano, y tuvo la poca destreza de decir, que me seria muy grata la galantería del capitan si se dignaba tomarse el cuidado de conservar mis pobres rosales.

Tener reconocimiento á Felix, confesar que podria hacer algo interesante para mí, me pareció una calamidad mayor que las demas. No puedo decir por qué, pero aquello me irritó; pero no tuve mas que un pensamiento y fué el de dirigirme al jardin en cuanto cerrase la noche, destruirle y talarle para que Felix no me le salvase: hubiera aborrecido mis rosas si se las debiese á él. Estaba tan exasperada, que comprendí que se puede acabar con la felicidad en semejantes momentos por no deberla á uños cuidados que os pesan demasiado. Aguardé, pues, y cuando hubo sonado para todos la hora del sueño, salí en silencio de la casa, me deslicé como una jóven culpable por las calles de árboles, y llena de una emocion colérica y triste, me acerqué al sitio en donde iba á destrozar aquellos hermosos arbustos, mis compañeros de infancia. Lo que me decidió á ello fué la idea de que Felix habia llegado á ser para mí la imágen viviente de mi desgracia, y como habia disipado mis sueños dorados, me complacia en imaginar que él era quien asolaba mis hermosas flores, y reducida á la necesidad de tener que sufrir por su mano, decia entre mí misma:

—Ese hombre es el genio maléfico de cuanto he amado.

Hallábame á algunos pasos del cuadro á que me dirigia, cuando oí un ligero ruido El temor de ser sorprendida en una venganza que al principio me habia parecido legítima, y que de repente se me figuró una cólera ridícula, hizo que me ocultase: mas como el ruido continuaba, quise saber cuál era la causa Paso á paso llegué hasta mi cuadro de rosales. Vi que trabajaban en él, y que un hombre inclinado hácia el suelo iba sacando las plantas con mucho cuidado, y colocándolas con precaucion en un carreton, que no tardó mucho en llevar á otro sitio del parque. Reconocí á Leon. ¿Cómo podré decir lo que pasó en mí? Un júbilo celestial se difundió por mi corazon, de modo que le inundó y le extasió, tuve que apoyarme en un árbol, y mis ojos vertieron abundantes lágrimas: y las flores á que tanto amaba, ¡cuán preciosas se hicieron para mí!.. en cuanto Leon se alejó corrí hácia las que aun quedaban, y las miré una por una; pero la idea de destrozarlas me hubiera indignado; me habria parecido una ingratitud odiosa. Estaba sola y la noche me envolvia entre sus sombras: tomé la mejor rosa, y allí, en delirante éxtasis de amor, abriendo paso á la vehemente pasion que abrigaba en mi pecho, cubrí de besos aquella rosa que se habia salvado. Y luego, sintiendo que volvia Leon, la dejé en el suelo para él, como si debiese reconocerla: tomé otra para mí, como si él me la hubiese dado, y huí con la cabeza y el corazon agitados y estraviados, como si aquel cambio de flores que habia hecho por mí sola, hubiese sido la confesion de su amor y del mio.

Al dia siguiente estaba gozosa y radiante: Leon me amaba, Leon me habia librado de tener que dar las gracias á Felix. Le amaba con su amor, y con mi aversion hácia el otro. Sin embargo, no era malvada; si Felix hubiese querido permanecer para mí como un amigo, le habria apreciado en lo que valia; pero una fatalidad cruel le inspiraba siempre cosas que debian perderle en mi corazon, y lanzarme por un camino en que no queria avanzar.

Al otro dia todos notaron lo que habia ocurrido, y por la mañana antes de que yo bajase hablaban de ello. Era casualmente un domingo y toda la familia se habia reunido para almorzar. Felix entró en el momento en que despues de abrazar á mis parientes devolvia un saludo á Leon: se detuvo á la puerta, y confundiéndome con aquel en una misma mirada, dijo procurando encubrir su cólera con cierto aire burlon de buen humor:

—Soy desgraciado, Enriqueta: habia hecho preparar en el parque un sitio delicioso para trasplantar á él vuestros rosales; pero se me ha anticipado una mano mas lista y mas hábil.

Aquella mirada de Felix, envolviéndonos en una misma acusacion, me inspiró la idea de hacerme cómplice en el crímen que tanto le ofendia.

—Verdaderamente, le dije aparentando estrañeza, ¿quién ha podido cometer esa galantería?...

—Todavía no lo sé, contestó Felix con acento irritado, si no ya le hubiera dado las gracias por la atencion que os ha dispensado.

Felix dirigió con la vista á Leon aquella especie de amenaza. Conociendo que éste iba á estallar, intervine.

—¿Le querreis mucho? le dije sonriéndose.

—Bastante, contestó Felix, para darle una leccion.

—¡Cómo las dan los capitanes!... dije yo viendo brillar la cólera en la frente de Leon; ¿con las armas en la mano, no es asi?

—¿Y por qué no? respondió Felix mirando siempre á Leon.

—Pues bien, repliqué descolgando un par de espadas que habia en el comedor, héme aquí preparada para recibirla.

Digitized by Google

Alargué una al capitan, y desenvainando la otra me puse en guardia.

—¿Qué, esclamó Felix, sois vos?

—Yo soy la culpable; vamos, capitan, en guardia.

Yo sola adiviné la cólera de Felix, porque fuí la única que comprendi que acababa de ridiculizarle á presencia del que hubiera querido anonadar: sin embargo, se repuso, y recobró bastante presencia de ánimo, porque



Yo soy la culpable; vamos, capitan, en guardia.

Me adelanté hácia él con la espada levantada, y retrocedió encolerizado.

Mi familia, que en todo aquello no habia visto mas que una niñeria, comenzó á reir, y mi padre y Hortensia dijeron en tono festivo:

—Vamos, Felix, defiéndete; ¿te causa miedo?

en aquel momento no pudo suponer que yo mentia.

—Sois más diestra en manejar la espada que la azada, mi querida Enriqueta, porque habeis vuelto á plantar vuestros rosales de un modo bien estraño.

Leon se quedó aturdido; pero yo, que que-

Digitized by Google

ria estuviese tan gozoso como yo, contesté:

—Me gustan como están.

—Pues bien, dijo mi padre, Enriqueta nos los enseñará despues de almorzar.

Entonces me llegó el turno de verme atolondrada, porque aunque habia visto á Leon llevar los rosales, no sabia en qué sitio los habia colocado.

—Con mucho gusto, respondí á todo evento, contando con escaparme antes que nadie para descubrirlo.

Durante el desayuno, examiné el rostro de Leon. Sin duda no se atrevia á suponer lo que mi conducta debia hacerle creer. Si le hubiese visto gozoso, tal vez me habria arrepentido de haberle introducido imprudentemente en mi confianza, y de haber aceptado tan completamente aquella abnegacion de sus atenciones; pero pasaba tan repentinamente de un apacible júbilo á una incertidumbre temerosa, que le perdoné mi imprudencia: la timidez de su esperanza me encantó; cuanto menos se atrevía conmigo, mas osada me manifestaba con él.

Sin embargo, continuaban hablándome de mi jardin, y me preguntaron qué sitio habia elegido para trasplantarle.

—Un sitio encantador; ya vereis.

—He tenido que seguir, dijo Felix, el surco de la rueda del carreton para descubrirle.

Creí que aquel indicio podria guiarme para encontrarle; pero Felix añadió:

—Y si el jardinero hubiera concluido de raer las calles como lo están ahora, jamás hubiera ido á buscar un parterre de rosas en donde le habeis colocado.

El parque era bastante grande para que me fuese facil encontrar mi nuevo parterre, y ya comenzaba á temblar.

—¿Pero en dónde diablos le has ocultado? dijo mi padre.

—Yo os llevaré.

—Felix, decídmelo, añadió mi padre.

—No haré una tontería mas quitando á Enriqueta el placer de la sorpresa que os prepara...

Felix era desgraciado, rechazaba para obligarme, hasta el único favor que podia dispensarme. En cuanto á Leon no podia comprender mi embarazo, porque ignoraba cómo sabia yo que mis rosales habian sido trasplantados. Levantáronse todos de la mesa, y Leon desapareció: estaba muy apesadumbrada sin saber qué hacer. Como me instaban, adopté un partido y rogué que me siguieran.

En todo caso, contaba con llevar á mi familia de un lado á otro del parque, y aprovechar el instante en que descubriese mi parterre, como si hubiese querido escoger el camino mas largo. Pero mi padre estaba cansado, se asió de mi brazo, y

—Vamos, me dijo, no nos hagas rodear; mis piernas están delicadas y para pocas chanzas.

Entonces fué cuando mi embarazo llegó á su colmo, y cuando esa santa adivinacion que ilumina los corazones, vino á sacarme de él. A falta de una palabra del culpable y de una huella en la tierra, busqué el hilo invisible y ligero que debia haber guiado á Leon. Debió escoger el sitio del parque que mas me agradaba, un sitio solitario y resguardado, á donde me gustaba ir sola á sentarme en un banco de madera. Marchaba hácia él con la seguridad de no equivocarme: seguíanme todos, llego, y descubro mis rosales colocados en derredor de aquel banco en que tantas veces habia pensado en la felicidad antes de conocer á Felix ni á Leon.

Aquello fué para mí un nuevo motivo de alegría, no por que Leon hubiese elegido aquel sitio, por que en mi pensamiento no podia haber otro, sino por haberle adivinado tan bien

¡Ay!... todas estas cosas que quizás parecerán pueriles á los que las lean, han sido los acontecimientos mas grandes de mi vida. De este modo marché sola en mi pasion; luego llegó bien pronto el dia en que fuí acompañada. Porque hasta entonces habia amado á Leon y éste me amaba: pero me parece que no me hubiera atrevido á decir que nos amábamos. Con motivo de este jardin comenzó nuestra inteligencia, y nuestro amor se confundió en un pensamiento único.

Desde el dia de que acabo de hablar, mi parterre fué objeto de nuestros paseos del domingo despues del desayuno. Sus flores habian llegado á ser una propiedad tan esclusiva, que por un convenio tácito nadie se atrevia á cortar una sin mi permiso: por lo mismo habian adquirido cierto mérito, y se miraba como un favor el obtenerlas. Mi padre nunca dejaba de decirme:

—Vamos, Enriqueta, háznos los honores de tu parterre.

Y yo daba una rosa á todas las personas presentes Leon iba muchas veces, y le daba una flor como á los demas; pero se la daba delante de todos, y yo comprendia que de aquel modo no le daba nada. Un dia ocurrió que ya habia hecho mi distribucion cuando llegó; salimos del parterre, y no me hubiera atrevido á volver á él para cortar una rosa para Leon. Se acercó á mí, que iba la última con mi padre, que le dijo:

—Habeis venido demasiado tarde.

—¿Segun eso, no tendré nada?.... contestó Leon.

No contesté, pero dejé caer la rosa que llevaba en la mano: la recogió y la estrechó contra su corazon. Ya hacia largo tiempo que aguardaba aquel momento de pagarle su esmero y sus atenciones porque no puedo decir por qué especie de encanto inaudito adivinaba mis pensamientos, y parecia ejecutarlos aun antes de que los manifestase. Vi brillar el gozo en sus ojos y fuí feliz. Desde aquel

Digitized by Google

dia ya no le daba mis rosas, se las dejaba caer, y ademas tenia un rosal de que solo cortaba rosas para él.

Decir como nos comprendíamos sin hablarnos, esplicar por qué inteligencia comun conversábamos con la palabra de los demas, como una mirada furtiva daba á una palabra indiferente, pronunciada por una persona tambien indiferente, un sentido que solo entendiamos los dos, sería querer escribir la historia de nuestra vida, hora por hora, y minuto por minuto. Sin embargo, todo aquello era inocente: aquellas prendas tan efímeras que conservaba con tanto esmero, las hubiera yo dado á un amigo, y ninguna palabra habia dicho todavía á Leon que se las daba con otro título.



No contesté, pero dejé caer la rosa que llevaba en la mano.

Sin embargo, llegó un dia en que recibí

Digitized by Google

y devolví un regalo, que por decirlo asi, rompió el silencio de nuestros corazones. Perdónenseme estos pormenores de los únicos dias en que he sentido la vida en toda su plenitud: no provoquen á risa estas frágiles dichas, que son las únicas que todavía me ayudan á soportar el peso de la fatalidad que me abruma: son los únicos momentos de lo pasado en que puedo adormecer mi pena con su recuerdo, y me fué muy dulce, no por la felicidad que me produjo, sino por la que pude dar: porque tenia razon para pensar, que amar es hacer dichoso.

Era la víspera de mi cumpleaños. Mis padres, mis hermanos, y hasta mis sobrinas, me hablaban de los regalos que pensaban hacerme al dia siguiente.

—No esperas lo que te voy á dar decia uno.

—Ya verás como acierto tu gusto, añadia otro.

Cada uno se prometia complacerme, y solo Leon no se atrevia á decirme nada. No se vanagloriaba, pero me miraba.

—¡Oh! ¡cuán espantoso es el no ver y el no amar ya!.... ¡Dios mio! ¡cuando abrireis ó cerrareis completamente mi sepulcro!....

Leon me miraba.

—¡Dios mio!... ¡qué encanto habeis puesto en los ojos de la persona á quien se ama! ... ¡que luz celestial, qué rayo etéreo brota de ellos, y penetra en el alma como un aire que la hace vivir, y que perfuma la vida!.... Leon me miraba, y al fuego de su mirada sentia derretirse mi corazon de júbilo. Estaba bien segura de que habia pensado en mí. Al dia siguiente, despues que todos fueron á felicitarme y me llevaron unas flores, y otras varias alhajillas, bajé al jardin: Leon se hallaba ya en él. Estaba resuelta á recibir lo que su mirada me habia prometido. Me aproximé á él y temblaba; ya me iba á hablar, cuando se presentó Felix y me ofreció un elegante adorno. Leon se retiró, y quise contenerle con una mirada. Ví que tomaba una resolucion y esperé.

—Perdonadme, me dijo, lo habia olvidado; esta mañana paseando por el parque me he encontrado este pañuelo. Está marcado con vuestras iniciales, creo os pertenece, y vengo á entregárosle.

En un principio me incomodé; ¡habia encontrado un pañuelo mio y no le guardaba!... Le tomé sin mirarle y le dí las gracias con bastante sequedad: se retiró confuso. En aquel momento Hortensia se acercó á nosotros, y arrancándome con viveza de las manos el pañuelo, me dijo:

—Mirad la picaruela, ha concluido su pañuelo antes que el mio, ha trabajado de noche para tenerle para su fiesta: eso no es leal. Pero, ¡qué bonito es! no creí te saliese tan bien, porque estabas muy distraida cuando trabajabas en él.

En un principio nada comprendí; mas mirando luego el pañuelo, ví que era absolutamente igual á uno que yo bordaba, y que aun no estaba concluido. Era, pues, un regalo de Leon, un regalo que podia guardar sin ocultarlo, un pañuelo que me pertenecia mejor que el mio; porque yo sola sabria de donde procedia. Acepté la esplicacion que habia dado Hortensia, é inmediatamente subí á mi habitacion; busqué el que aun no estaba acabado, tomé una vela y le quemé. ¿Podia yo desear tener nada mio que rivalizase con lo que me habia dado Leon?

Cuando bajé para almorzar, estaba pensativo, triste, y me miró. Tenia en la mano su pañuelo, y me le pasé por la frente: su rostro brilló de alegría. Habia oido decir muchas veces que debian temerse las palabras del amor: sus miradas y sus dulces éxtasis es lo que hay que temer. ¿Qué me habria dicho Leon que valiese la felicidad que yo acobaba de darle? Volvió esta á mi corazon, y no hablé para que nada se me escapase.

Luego fuimos á dar nuestro paseo. Felix nos acompañaba por primera vez. Hice mi distribucion de rosas, y Leon tuvo una de las últimas que quedaban en su rosal. Aquel dia se la di diciéndole: gracias: la recibió con enagenamiento. En aquel instante se aproximó Felix.

—Y yo, me dijo, ¿no tendré nada?

—Si por cierto, le contesté, y fui á cortar otra flor.

—¿Seré de peor condicion que Leon, y no tendré como él una de esas hermosas rosas que hay allí?

—¡Quedan tan pocas!....

—¡Y solo lo veis ahora para mí!...

Tenia demasiado gozo en mi alma para querer comprometerle. Tomé la rosa mas hermosa y se la dí á Felix, que me dió las gracias. Quise mirar á Leon para que me perdonase, pero arrojó la rosa que le habia entregado, y permanecio en su sitio inmóvil y desesperado. Comprendí su cólera, porque acababa de ajar nuestro secreto. Felix conversaba conmigo y apenas le contestaba. Le llamaron y se alejó algunos pasos: olvidé entonces mi prudencia y me acerqué á Leon.

—¿Habeis tirado vuestra rosa?....

—No es la mia, es la de todo el mundo.

—Hablais muy mal.

—Habeis obrado peor.

—Vos que volveis tan bien lo que no encontrais, ¿qué diriais si yo hubiese rehusado lo que no era mio?

—No me lo devolvais, contestó asustado. Calló, y luego añadió en voz baja y mirándome, pero dejadme que sienta el no haber guardado lo que verdaderamente me habia encontrado.

Seguí sus miradas y vi que se fijaban en el brazalete de pelo que tan tímidamente me habia devuelto. Con un movimiento mas rápido que mi pensamiento, me le quité del brazo y le dije:

Digitized by Google

—Tomad.

Lanzó un grito.

En seguida huí: temí ver su felicidad. Se pretende que el dolor de los que aman es lo que estravía á las mugeres: ¡ay!.... no sucedió así conmigo. Cuantas veces me mostraba risueña con Leon, cuando le miraba y le hablaba, habia en él tanto entusiasmo, tanta felicidad, que no puedo decir qué atractivo encontraba en sembrar tanta ventura en derredor mio. ¡Oh! le amaba, le amaba para que fuese dichoso. Porque fuese dichoso he sido culpable; y porque creo en su felicidad sufro con valor.

Los dias que siguieron á este, fueron los verdaderamente dichosos de mi vida. Sentí en toda su embriagante plenitud la felicidad de amar y de ser amada. Con todo, no se me ocultaba que mediaba entre Leon y yo un obstáculo que seria invencible. Lo veia, lo miraba de frente, pero no me inspiraba terror. No tenia ningun medio de variar la suerte que me esperaba, pero tampoco lo buscaba: amaba y era amada, y ese sentimiento llenaba todo mi corazon. Aquella embriaguez era tan completa, que no necesitaba recuerdos ni esperanza. Lo presente era toda mi vida: lo que habia sido y lo que llegaria á ser no podia ocuparme: ¡amaba, amaba!

¡Dios mio!.... ahora que la reflexion, la soledad y la desesperacion, me han iluminado acerca de tantas cosas que oia decir en derredor mio, me parece que los que me hablaban de amor no habian amado nunca; ó bien que yo amaba como los demás jamás habian amado. Mi Leon era mi alma, mi pensamiento, mi vida. Yo no era como los que forman proyectos del porvenir para ser felices juntos: eso hubiera sido pensar fuera de lo que esperimentaba, y no podia hacerlo. Sentia mi corazon suspendido en un bienestar superior á todos los cálculos y previsiones: las fuerzas de mi vida y de mi pensamiento apenas eran suficientes para aquel delirio.

¡Ay Leon mio!.... te he amado como no puedes figurarte, porque al darte ahora mi vida, al aceptar en la actualidad el tormento de muerte en que vivo por no renegar de tu amor, no te amo ya como entonces: pienso en la pérdida de mi vida, en mi honor mancillado: sé lo que hago y tengo una voluntad: entonces no la tenia; amaba y eso era todo, el deber, el honor y la virtud era amar: ¡pobre Leon, cuánto te amaba!....

Lo que pasó entre mí y Leon durante un mes que trascurrió de este modo, no podria decirlo. Todo me agradaba y me estasiaba. Si estaba á mi lado era dichosa; si estaba lejos de mí lo era tambien: no temia ni su ausencia ni su presencia. Cuando me hablaba, su voz producia en mi oido unas vibraciones deliciosas, cuyo poderoso eco murmuraba sin cesar, y le escuchaba aun cuando ya no me hablaba.

¿He vivido con la vida de los otros durante este tiempo?... ¿estaba en el mundo?... ¿No he sido trasladada al cielo en una atmósfera desconocida?.... ¿No era un sueño en que solo velaba el amor, mientras que la prudencia y el deber dormian en mi corazon?...

Si, fué un sueño, un delirio, una embriaguez sin nombre; porque cuando la desgracia vino á arrancarme de él, no habria podido decir lo que me habia pasado, no hubiera podido referir una sola circunstancia de aquellos dias tan deliciosos, solo esperimentaba un resentimiento que tenia su alegría dolorosa. Mi corazon habia roto la celeste ligadura que le habia sujetado por tan largo tiempo. Cuando volví á la vida ordinaria, me pareció que si aquel estado hubiera durado mas tiempo, mi fuerza se hubiera derretido blandamente como la cera en un hogar templado, y que mi alma se habria evaporado como un eter sútil á la accion del sol.

¡Y era necesario hacerme morir así, Dios mio!... y no como ahora muero. Hubiera vuelto á vos sin pecado, y me hubiérais acogido, porque sois el Dios de la inocencia. Y sin embargo, espero que no me rechazareis, Señor, porque sois el Dios del dolor.

Titubeó, vacilo, al comenzar la narracion de lo que va á seguir, porque todo es terror, desesperacion y crímen.

Felix era exactamente lo que he dicho, el tigre que ansía su presa para devorarla, el tigre que se oculta entre las brillantes flores del cactus, cuya mosqueada piel se mezcla y pierde con la espesura de los matorrales: era el tigre que acecha en silencio para saltar de improviso sobre su presa, y no presentarse á ella sino con la muerte.

Una mañana, llegado ya el invierno, bajé al parque y fuí á pasearme por una senda desde la que se veia la ventana junto á la cual trabajaba Leon. No podia verle, pero sabia que el me veia, y le llevaba mi presencia. Por la noche, en la velada, encontraba medio de decirme cuanto yo habia hecho, mis menores gestos, y cuantas veces habia pasado: para todo eso teniamos nuestros signos convencionales, y éramos dichosos con aquellas conversaciones. La mañana de que hablo, Leon me detuvo en la esquina de una tapia.

—No paseis adelante, me dijo, el capitan Felix ha hecho quitar mi bufete de donde le tenia; sospecha nuestro amor. Le he visto dirigirse hácia nuestro paseo, y sin duda os espía. Me he escapado para advertíroslo.

Al concluir estas palabras, ví que Felix se dirigia hácia nosotros.

—Huid, dije á Leon.

—No, me contestó, eso seria darle á entender que tenemos algo que ocultar. tranquilizaos, y respondedme como yo os pregunte.

El capitan nos habia visto, mas sin embargo, no aceleró el paso: aquella lentitud me asustó, y me convenció de que estaba seguro

Digitized by Google

de lo que sospechaba y de lo que queria hacer. Desde la punta de la larga calle en que acababa de entrar, me parecia sentir que penetraban en mi corazon sus miradas duras y frias: cuando estuvo á algunos pasos de Leon, este me dijo con calma:

—Me ocuparé inmediatamente, señorita, en copiar esa música nueva.

—Os lo agradeceré mucho, le contesté.

Feliz se detuvo y se sonrió con aire de compasion y desprecio.

—Caballero Leon, le dijo, ¿teneis la bondad de seguirme? tengo que comunicaros algunas órdenes.

De repente concebí la idea de saber lo que iban á hablar, y les dije:

—Os dejo, señores.

Aparenté retirarme rápidamente como si huyese, pero á favor de lo espeso de los vallados de tejos, pude acercarme al sitio en donde se habian quedado Leon y Felix.

El capitan no usó de la palabra en seguida. Sin duda queria dar tiempo á que me alejase.

Leon fué el que habló primero, y su voz me causó un efecto estraño, no era con la que me hablaba. La dulzura y sumision que tanto me encantaban, se convirtieron en aquel momento en altivez y firmeza.

—¿Qué órdenes tiene que darme el capitan Felix?

—Una sola, caballero, respondió éste con una calma que me asombró, y es de que os prepareis para partir mañana.

—No he entrado en la fundicion de Mr. Buré para los negocios esteriores.

—No partireis para esos negocios sino para los vuestros. Estais bastante instruido, caballero Launois, y me parece que ya es tiempo de que volvais á casa de vuestro padre.

Aquella nueva fué para mí como un rayo, y tuve que apoyarme en el seto: estaba medio desmayada, cuando la voz de Leon me tranquilizó y me asustó.

—¿Es decir que me despedis, caballero?

—No me he valido de esa espresion, replicó el capitan con un tono perfectamente tranquilo.

—Sea en buen hora, caballero, contestó Leon con un tono un poco burlon: no tengo derecho para haceros mas grosero de lo que sois.

—Vuestras injurias son inútiles, caballerito, respondió Felix con desprecio.

—Y vuestras órdenes son igualmente infructuosas, terrible capitan, replicó Leon con tono sarcástico.

—Mas, sin embargo, será preciso obedecerlas.

—Cuando me las intime el que aquí es el dueño.

—El amo aqui soy yo.

—Poco á poco: el amo es Mr. Buré. Sé muy bien que os han prometido asociaros á la casa cuando hayais cobrado el dote de Enriqueta. ¡Es tan cómodo hacer su fortuna casándose con una jóven rica!... Pero el matrimonio todavía no se ha celebrado. Hasta entonces sois un dependiente como yo, caballero capitan, y si os gusta dar órdenes, á mí no me agrada el recibirlas.

Esperaba una esplosion de cólera por parte de Felix, pero en el sonido de su voz conocí que habia adoptado el partido de contenerse.

—Vuestros deseos quedarán satisfechos, voy á suplicar á Mr. Buré, que os repita lo que acabo de deciros.

—Eso equivale á denunciarme: esclamó Leon fuera de sí.

—¿Denunciaros, caballero Leon? ¿y por qué? Os conceptuo un hombre honrado, no os falta asiduidad ni inteligencia, pero ¡qué quereis!... será un capricho, pero vuestra figura no me agrada, me produce crispatura de nervios.

—¿Sabeis, capitan, que esas palabras son una insolencia?

—¿Y qué quereis hacer?

—Pediros una satisfaccion.

—No puedo dárosla, amigo mio. Cuando vuestro padre os envió á casa de unos honrados negociantes, fuísteis recibido en buen estado de salud, y os volveremos lo mismo. Luego, cuando vuestro señor padre nos haya avisado que habeis llegado sin novedad, si os conviene el venir á pasearos por aqui, entonces os daré cuantas satisfacciones gusteis exigirme.

—Cuento con ello, respondió Leon con un desprecio que en medio de mi desesperacion me causó mucho placer, porque debia humillar á Felix: cuento con vuestra palabra: amigo, mio como vos decís; pero hasta tanto os advierto que sois un necio.

Al oir aquella injuria, la resolucion del capitan fué por tierra.

—¡Miserable!... gritó.

—Reportaos, capitan, venid; en mi habitacion hay espadas.

—No, replicó Felix, que se repuso al momento, no; antes es necesario espulsaros.

Y temiendo sin duda ceder á su cólera, se alejó rápidamente. Yo quise dar algunos pasos para dirigirme hácia Leon, pero me faltó la fuerza que me habia sostenido hasta entonces y caí desmayada.

Cuando volví en mí, estaba en el salon de nuestra casa rodeada de toda la familia. Las miradas que me dirigian estaban llenas de feroz severidad. Solo mi hermano me miraba con alguna bondad.

No habia recobrado todavía la razon, cuando mi hermano me dijo con dulzura.

—Enriqueta, ¿eres culpable?

¡Ah! ¡desgracia y maldicion para los que hablan á los corazones inocentes en un lenguaje que supone el crímen ó el vicio!...

Las palabras, ¿eres culpable? tenian sin

Digitized by Google

duda otro sentido para mí, porque la respuesta que dí á mi familia hubiera tenido una significacion que no comprendí hasta mas tarde. ¡Pobre niña que amaba, y que ama todavía como una niña!... no pensaba mas que en el que iban á espulsar, y contesté aquella terrible pregunta:

—¡Perdon, perdon para Leon!

—¡Desgraciada!... esclamó mi padre levantándose.

—¡Enriqueta!... me dijo Hortensia por lo bajo.

Mi padre, á quien á duras penas podia contener mi madre, proferia sordas maldiciones. Me quedé estupefacta: tenia la conciencia de mi falta, porque habia desobedecido el voto de mi familia, pero tenia tambien la de mi inocencia. Sin saber cuáles eran los crímenes del amor, comprendia muy bien que no habia olvidado todos mis deberes. Me levanté á mi vez, y dirigiéndome con energía á mi padre, respondí.

—Me habeis preguntado sí era culpable; ¿de qué crimen? Culpable de amar á Mr. Launois, es verdad; culpable de habérselo dicho, es cierto; culpable de confesar que me ama tambien es verdad; si hay mas crímenes que estos los ignoro.

En cuanto salí del salon, descontenta de todos por no haber encontrado en ellos mas que semblantes severos y acusadores, conocí que acababa de desaparecer la felicidad de mi vida. Desesperada por la profundidad de la pena en que me sentia caer, comprendia por el dolor, aquel amor que habia comprendido por la alegría; amor inmenso, amor que era el centro de mi vida, y que me matará ó me volverá loca, si me le arrancan, porque ese amor es el corazon de mi alma.

Sin embargo, la cólera se mezclaba con mi desesperacion: me irritaba el no haber encontrado una palabra compasiva en ninguno de los que me rodeaban y que eran felices. Los acusaba tanto como á mí me acusaban cuando un incidente inaudito, llevó este sentimiento hasta el último grado de violencia. Abrí la puerta de mi cuarto y ví á Felix que tenia abierto mi pupitre, registraba los cajones y leia mis papeles: al verle lancé un grito de horror y de desprecio.

—¿Que es eso? dijo mi hermano, que me habia seguido con su muger.

—Un lacayo que descerraja los muebles, dije con furor é indignacion.

—¡Enriqueta! dijo Felix, á quien la violencia de mi injuria no dejó tiempo para avergonzarse de su infame accion.

—Salid de mi cuarto, le dije, salid; os echo de mi habitacion.

Al oir mi voz y al ver mi semblante, mi hermano y su muger permanecieron inmóviles en el umbral de la puerta. Lo encendido de su rostro manifestaba á Felix que se avergonzaba por él de lo que acababa de hacer. Y ademas la cólera debia haberme prestado un acento bien imponente, por el que el capitan salió sin pronunciar una palabra, con la palidez en la frente y la rabia en los ojos. La mirada que entonces cambiamos decidió nuestro destino; mi odio y mi desprecio eternos para él, su venganza y su rencor para Leon y para conmigo.

Apenas salió Felix, cerré mi puerta, y pude oir que decia á mi hermano:

—No he encontrado una prueba.

—¡Pruebas! ¡pruebas! ¿de qué? ¿de mi amor? No habia necesidad de ellas; yo lo confesaba y lo proclamaba. ¿Eran acaso pruebas de mi deshonra? ¡de mi deshonor!!!...

¡Oh! vosotros, los que leais esta miserable relacion, no olvideis en que libro está escrita, y comprended el odioso cálculo con que me le han dejado en mi soledad. Primero me entregaron unas páginas, menos horribles; luego un libro titulado *Foblás*, y despues otros muchos, colocados junto á la almohada de mi féretro, corruptos tambien, para que infestasen mi alma, y de los que algunas páginas fijaron mis miradas hasta que llegué á conocer lo que querian decir.

Ahora ya sé que pruebas buscaba Felix; sé lo que quiere decir la palabra deshonra. Pero entonces Dios es testigo, la virginidad de mi pensamiento era tan pura como la de mi cuerpo, y ese amor del que querian formar un sello de ignominia, era un ángel celestial con blancas alas, que todavía no habia bajado á la tierra.

Sin embargo, todo me indicaba que la acusacion de mi familia no se contendria en el límite á que habia llegado mi falta, en la irritacion en que me habian sumergido la severidad de los unos y la audacia insultante de otro, buscaba aquella falta; sentia no haberla cometido; envidiaba á los mios, y sobre todo á Felix, el consuelo que esperimentarian al saber que era inocente: les daria, pues, un júbilo por un pudor que ni aun siquiera me habian supuesto.

Aquel estado de fiebre y de cólera era demasiado violento, pero se calmó bien pronto, y el dolor vino á consolarme.

Perdia á Leon, le perdia repentinamente sin decirle adios, sin jurarle nada, y sin que nos hubiéramos dicho, suframos y esperemos; eso era horroroso. Muchas veces quise bajar para ver á mi padre, á mi hermano, á Hortensia, para decirles que estaba inocente, para pedirles que no dejasen marchar á Leon, ó que me permitiesen verle. Estaba loca de dolor, como lo habia estado de cólera.

Otras veces tambien, queria salir y andar al azar por la casa ó por el parque, para encontrarle ó verle de lejos. Seguramente no lo hubiera hecho: detenida en el primer escalon de los que tenia que bajar, habria retrocedido, lo conozco, lo juro. Pero en el momento en que aquella idea se apoderó completamente

de mí, quise salir: pero me habian cerrado la puerta por la parte esterior.

Dios les perdone su crímen, pero me impelieron á el con todas sus fuerzas. ¿Qué?..... ¡para un dolor inocente no habia encontrado un consuelo; para un dolor que podia llegar á ser culpable, ni un consejo; ni un llamamiento á la ternura que los profesaba, ni una súplica de que no les afligiese, ni aun la órden de que respetase su nombre!... ¡Un cerrojo!... ¡un cerrojo!... ¡cómo si fuese un criminal incorregible!... ¡un encierro, como si fuera una jóven condenada!...

Si, Dios mio, merecian mi crímen, y desde el fondo de esta mansion de mi castigo, no puedo todavía arrepentirme!... ¡me perdieron! Presa y sin poder abrir la puerta, acudí á la ventana: todavía no me habian privado de la libertad de mis miradas, y á pesar suyo ví á Leon, pero á Leon que se marchaba, á Leon á caballo, que llegaba á la punta del camino que se estendia delante de mí. Asi, pues, ya estaba todo decidido; el destierro para él, la prision para mí; ¿y todo eso en una hora?... los verdugos no obran tan aceleradamente.

¡No sé cual fué mayor entonces, si mi desesperacion ó mi indignacion; pero ambas hubieran tenido el mismo resultado: me habria arrojado por la ventana, si una seña de Leon no me hubiera dicho espera!... esperé y le ví alejarse, firmemente resuelta á luchar contra todos y á defender mi honor por cuantos medios me fuesen posibles. Apenas habia perdido de vista al que de aquel modo se alejaba, cuando oí descorrer los cerrojos que me tenian encerrada: me devolvian la libertad porque creian que entonces estaba ya protegida por la ausencia del que amaba. Rehusé su libertad.

¡Ay!... la mia solo me habria conducido á vanas esperanzas; no hubiera vuelto á ver á Leon, si me hubiesen dejado despedirme de él: mas no conocieron esto; no comprendieron tampoco por qué me obstinaba en no bajar, y seguros como estaban de mi inocencia porque despues he sabido que las nobles protestas de Leon habian disipado sus dudas, seguros, pues, de mi inocencia, no fueron á consolarme de sus sospechas: me dejaron bajo el peso de una acusacion de infamia, porque Felix les decia que no debian ceder á la pasion de una niña, y á una cólera infantil.

Permanecí, pues, en la idea de que me creian culpable. Tranquilizados en cuanto á mi honor, desdeñaron ofrecerme su perdon. Quizá debiera haber ido á implorarle: pero pedir perdon era justificarme para Felix, y no podia hacerlo. ¡Ay! yo he desarrollado en toda su fuerza las dos grandes pasiones del corazon de las mugeres, el amor y la aversion. Amaba á Leon hasta morir por él, y habria muerto por no entregarme un dia á mi verdugo.

Llegó la hora de la comida, y en vez de llamarme me obligaron á hacer penitencia. ¡Era tan jóven!... olvidaban que amaba, y que el amor llena todo el corazon: me reí del castigo. ¿Con qué no quieren acordarse de mí? .. y Hortensia que á los diez y seis años casó con mi hermano, no queria recordar que era esposa y madre en una edad en que me dejaba tratar como á una niña caprichosa. Sin embargo, una criada se presentó en mi habitacion para servirme: iba á despedirla cuando me puso con precaucion un papel en la mano, en el cual habia escritas con lápiz estas palabras:

«Marcho, pero volveré esta noche: es preciso que os hable, es preciso que nos salvemos: á las diez estaré en la puertecita del parque: ¿acudireis? Alli os aguardo.

Por una estraña casualidad jamás habia visto la letra de Leon: aquella carta no estaba firmada: sin embargo, no dudé un momento que fuese suya, y puse por bajo del billete... Sí... En seguida se la volví á entregar á la criada.

Debo confesarlo, esta accion que decidió de mi vida, la ejecuté sin reflexion. La criada estaba en frente de mí aguardando: Leon esperaba, necesitaba verle, no por su amor en aquel momento, lo juro, sino por decirle lo que yo seria, y preguntarle que era lo que pensaba hacer: era para celebrar como un consejo para nuestro porvenir, en el momento de una catástrofe.

Hasta que marchó el billete no comprendí que acababa de dar una cita, y sin embargo, no era de esas que suelen llamarse amorosas. La víspera de aquel dia, si Leon me la hubiese pedido de rodillas se la habria negado: pero entonces le hubiera mandado venir á no habérseme anticipado. Teniamos ya la desgracia como salvaguardia. Pero me asaltó tambien el temor de si seria algun lazo que me tendiese Felix. ¿Mas para qué? ¿para hacerme cometer una falta?. . pues bien, estaba decidida á ello, y por la salvacion de mi alma, que es la única esperanza que me queda en mi desesperacion, la falta que cometia no era sino una desobediencia mas, una rebelion contra Felix, un medio para procurar evadirme de él: el amor estaba en ella completamente olvidado, y si hubiese sido preciso escribir de antemano lo que debia decirse en aquella conferencia, la palabra, «te amo» apenas habria sido pronunciada en ella, y no se hubieran encontrado alli mas que proyectos para hacer intervenir á la familia de Leon, y persuadir á la mia. Si, lo juro todavía, no tenia ninguna idea de un amor culpable: calculaba las probabilidades que me quedaban para no morir, y no sabia que iba á aventurarme en otros peligros.

El tiempo pasó de este modo, y llegada la noche, aguardé sin terror el momento en que debia escaparme de mi cuarto. Solo entonces me acometió un temblor: vagas imágenes de

Digitized by Google

una jóven seducida que huyè de la casa paterna cruzaron por mi vista como fantasmas, mientras bajaba la escalera que crugia con mis pasos. Habia entrevisto cuadros en donde aquello estaba representado, y se dibujaban en la oscuridad tomando mi figura.

Si hubiera estado mas instruida, quizá habria retrocedido al ver aquellas sombrías advertencias: pero tenia contra mí la pureza de mi alma y la ignorancia de los sentidos. ¡Era una pobre niña!... toda mi vida se habia reconcentrado en el corazon, y no comprendia que el corazon puede ser deshonrado.

Atravesé el jardin y llegué á la puerta del parque: la abrí, y Leon estaba ya allí. Entró y me agarró la mano: era la primera vez que me tocaba; no esperimenté ninguna emocion pero estaba turbada.

—Ven, me dijo, ven á ese pabellon: allí estaremos á cubierto de todo encuentro: el capitan puede andar por el parque: ven.

Seguí á Leon porque temia á Felix, y entramos en el pabellon en medio de la mas completa oscuridad. Leon me hizo sentar en un canapé, y se colocó á mi lado.

Si yo hubiese hablado la primera, la palabra que hubiera pronunciado habria sido:

—¿Y ahora qué va á ser de nosotros?

Leon fué el que habló: parecia haber olvidado nuestra desgracia porque me dijo:

—¡Ay, Enriqueta!... hace largo tiempo que tenia necesidad de hablarte. Desde que te amo, desde hace seis meses que tu mirada me abrasa y me trastorna, no haberte encontrado una sola vez, no haberte dicho mis tormentos era un suplicio horrible.

Aquellas palabras, y el acento con que fueron pronunciadas me turbaron y me causaron miedo. No habia ido allí para que me dijese que me amaba; ¡lo sabia tan bien! ¡le amaba tanto!..... por la primera vez que me dijo sus pensamientos nuestros corazones no estuvieron de acuerdo. ¡Me amaba menos de lo que yo le amaba, pues tenia necesidad de decírmelo!... No hice esas reflexiones.

—Leon, lo que nos sucede es una desgracia.

—No, me dijo bajando la voz: no, si me amas como yo te amo. Parto porque es preciso, pero volveré bien pronto. La fortuna de mi padre es inmensa: su ternura para mí no conoce límites: se lo diré todo y vendrá conmigo á pedir tu mano: no se atreverán á negárnosla.

—¿Estais seguro?

—Sí, estoy seguro de obtenerla, siempre que te conserves mia.

—Leon, le dije, tomándole la mano, os juro que aunque debiese morir, ninguno será mi marido.

Estrechó mis manos y atrayéndome hácia él me dijo:

—¿Con qué me amas, Enriqueta..... me amas... serás mia, me lo juras?

Acababa de decírselo yo misma... me pareció que despues de la manera con que me lo preguntaba no debia contestarle. Ademas sentía en mí una turbacion estraña; mi corazon se oprimia hasta causarme daño, ó se dilataba á punto de ahogarme: sentia temblar mis manos en las de Leon, estremecerse mi cuerpo, acelerarse mi respiracion, y él me decia llevándome siempre hácia sí:

—¿Me amas, no es verdad, me amas?

Una turbacion inesplicable me subió desde el corazon á la cabeza; me pareció que perdia el conocimiento, que me acometia un vértigo y me iba á caer, y le respondí con voz que arranqué con esfuerzo de mi pecho:

—Dejadme, dejadme...

No hizo caso de mi terror y me estrechó en sus brazos.

Le rechacé sin comprenderle.

—No, le dije, no.

—Me amas, y serás mia, replicó, mia, Enriqueta amada, mia entonces... mia ahora y creeré en tu amor, y creeré que me amas como yo te amo, que tu vida me pertenece como la mia es tuya...

—Sí, le respondí, os lo he jurado, seré vuestra. Leon, Leon, ¿no es eso bastante?

—¿Por qué rechazarme así? continuó valiéndose de su fuerza para sujetarme las manos; y sentí sus labios en los mios.

Me levanté temblando, perdida.

—No, no, no, le dije, rehusando á mi turbacion mas que á sus deseos; porque juro á Dios que ignoraba lo que me exigia.

—¡Enriqueta!... ¡Enriqueta!... repuso.

—¡Ah! grité yo con un sentimiento inaudito de terror, Leon, Leon, no me amais.

Y comencé á llorar

—¿Qué has dicho, Enriqueta? esclamó tristemente, llevándome hácia él, ¿qué no te amo? Y sin embargo, por ese amor he sufrido durante seis meses la insolencia de ese hombre á quien debes pertenecer, para no suscitar un obstáculo de sangre entre nosotros, no he muerto á ese hombre que se atreve á decirme que serás suya.

—Jamás.

—¿Jamás dices?... Pero él se queda y yo marcho, y toda tu familia te rodeará, te suplicará, te amenazará y te dirá que yo no te amaba y te hablará en contra mia. ¿Y quién sabe tal vez si en un dia de duda, de terror y debilidad, no sucumbirás y me harás traicion?....

—¡Leon, ten compasion, yo te amo!...

—¿Pero Enriqueta, no sientes latir con violencia tu corazon y estraviarse tu cabeza? ¡Ay! tú no me amas como yo te amo.

Y sentia lo que me decia: mi corazon parecia quererse salir del pecho, temblaba todo mi cuerpo, y mi pensamiento y mi razon se estraviaban. Estaba en sus brazos; su aliento abrasaba mi rostro; sus labios volvieron á encontrar los mios, y aunque la oscuridad era profunda cerré los ojos. Me dejé arrastrar á

Digitized by Google

un crímen que ignoraba, pero que me parecia no debia ver: no estaba desmayada, pero me hallaba en los brazos de Leon como un cuerpo inerte y sin fuerza. Un anonadamiento doloroso de cuerpo y de ánimo, me entregaba á él sin defensa. Hubiera podido matarme sin que esperimentase dolor: ya no sentia nada: en vano estrechó aquel cuerpo sin alma, en vano buscó un latido de mi corazon, y una palabra de mi boca: me sentia morir: ya era culpable, y estaba deshonrada, mancillada y yo no lo sabia.

El grito de su felicidad me hizo volver de mi estupor: quise rechazarle y maldecirle, pero mis palabras quedaron sofocadas en sus labios, y mis lágrimas se perdieron en sus ósculos: era suya.

Lloré: acababa de perder una ilusion. Acababa de saber lo que los hombres llaman felicidad.

¡La felicidad!.... ¿es la profanacion del amor? Pobre ángel caido, acababa de ser arrojada del cielo: porque yo era un ángel; pues si solamente hubiese sido una muger, una muger como otras muchas, ó hubiera resistido ó sido feliz tambien: pero ignoraba el amor de los hombres y sucumbí á él.

Sin embargo, el delirante gozo de Leon me calmó, y dejé que mi alma volviese á descender hácia él, cuando de rodillas delante de mí, me decia:

—Gracias, alma de mi vida; ahora me perteneces como el hijo á la madre. Ahora me darán tu mano, ó moriremos juntos. Enriqueta, Enriqueta, dime que me perdonas.

Creí comprender su embriaguez; acababa de persuadirse de que le amaba. ¡Qué miserable prenda de amor es el honor de una muger!... Encerré en mí misma mis remordimientos, porque no quise retener nada de la felicidad que acababa de darle.

Solo entonces me habló de porvenir y de proyectos: le dejé hablar. Ya no podia hacer mas que confiarme á él, habia perdido el derecho de darle un consejo, y de pedirle una esperanza: ya no tenia que cuidar de mí: habia querido mi vida y se la dí: me parecia que solo él era responsable.

Entonces nos separamos; él marchó y yo volví á mi cuarto.

Aquella fué una noche de lágrimas seguida de un dia de espantosos tormentos.....

¿Puede imaginarse una pena mas horrible? El socorro que hubiera podido salvarme, llegó cuando ya estaba perdida. Hortensia y mis padres alarmados de mi obstinacion en no querer salir de mi cuarto, subieron á él por la mañana, y me dijeron que los celos de Felix los habian estraviado; que sabian no era culpable mas que de amor, que me perdonaban, que me dejaban la libertad de llorar, de sufrir, y que esperaban que la necesidad de devolver la paz y la felicidad á mi familia, me ayudaria á combatir aquella pasion mas imprudente que culpable.

Al dia siguiente ¡Dios mio!..... al dia siguiente, mi anciano padre, mi virtuosa madre, mi hermana tan buena, y mi hermano tan justo, reunidos en derredor de mi lecho, me decian aquello con lagrimas en los ojos é indulgencia en la voz, y yo no les grité: ¡insensatos y verdugos, ya es demasiado tarde; habeis dejado caer á vuestra hija en el fango, y ahora venís á alargarla la mano; ya no la necesito! no les dije eso. No hice mas que llorar y atormentarme con sus consuelos. Creyeron que iba á morir y me dejaron sola.

En aquel momento si hubiese sabido donde encontrar á Leon, me habria escapado de casa, dirigídome á él y le hubiera dicho: Tú me has querido, pues tómame toda entera, dame un hogar, una familia, pan y un nombre, porque me ruboriza el mio, el hogar, y el pan que tengo: todo eso ya no es mio, he renegado de ello.

La fiebre me salvó de la desesperacion y me duró veinte dias.

Cuando me ví libre de ella, ya no tenia fuerza mas que para ser cobarde: no tenia valor mas que para mentir y temblar.

No me hice digna de vivir, hasta que un sentimiento inaudito, un sentimiento mas fuerte, mas santo y mas inefable que el amor, vino á templarme el corazon: era madre, lo adiviné antes de sentirlo; antes que las acostumbradas señales de la preñez viniesen á advertirme mi estado, no sé que intuicion de mis entrañas me gritó que ya no tenia el derecho de morir. Sin embargo, no era mas que un sentimiento vago de esperanza el que me ocupaba de aquel modo en mis horas de soledad. No sé porque miraba con una curiosidad enteramente nueva á las niñas de mi hermana. Recordaba y procuraba fijar en mi memoria su rostro y sus gritos en los primeros dias de su nacimiento. Las ponia con cariño sobre mis rodillas, y las mecía en ellas esforzándome en acordarme de las canciones de sus nodrizas. Una noche cuando me hallaba arrodillada en mi cuarto rogando á Dios con todo el fervor de la desesperacion, para que apartase de mí la desgracia que presentia, y prometiéndole en el fondo de mi alma espiar mi falta con una vida de penitencia y de virtud, sentí agitarse otra vida en la mia.

¡Oh gracia del Señor que habeis puesto tanto amor en el corazon de las mugeres!..... habeis puesto todavía mas en sus entrañas. Aunque no era mas que una miserable jóven perdida, no puedo espresar con que grito de amor saludé á aquel ser viviente en mí, para llegar á ser el testigo irrecusable de mi crímen, no puedo decir cuantos sagrados deberes sentí que tenia que llenar para con aquella criatura que no debia nacer mas que para deshonrarme ó matarme.

Esos deberes fueron los que me devolvieron á la vida, arrancándome del horroroso abatimiento en que habia caido. Ya hacia dos

Digitized by Google

meses que habia marchado Leon y no tenia noticias suyas: evitaban el hablar de él en presencia mia, pero los cuchicheos que observaba me hicieron conocer que la discusion de mi suerte ocupaba sin cesar á mi familia. Estaba preparada á cuánto pudiera acontecer: sabia que me ocultarian todos los pasos de Leon hasta que triunfase de los obstáculos que nos separaban, y sufria porque tenia fé en él.

Pero cuando ya no estuve sola, cuando tuve que temer por dos existencias amenazadas de una misma desgracia, mis angustias llegaron á ser espantosas, mis inquietudes alejaron el sueño, y procuré descubrir el misterio que me rodeaba. Un mes entero trascurrió de este modo, sin que nada me diese á conocer que habian variado las intenciones de mi familia con respecto á mí. Estaba en medio de ella como una jóven á quien se deja la libertad de su tristeza.

Eran afectuosos conmigo, se anticipaban á mis deseos cuando la casualidad me hacia pronunciar una palabra que podia parecer un deseo, pero no llegaban á mi corazon. Ni mi padre, ni mi madre, ni Hortensia, se acercaron jamás á mí para alargarme la mano. Me decian que debia tener en el corazon algo mas que la pasion de una niña para sufrir lo que sufria.

Aquella posicion á que me habia sometido por no haberme apercibido de ella, me pareció entonces insoportable. ¿Qué hacia Leon? ¿Cómo no habia encontrado medio de enterarme de sus pasos? ¿Cómo yo misma no le habia participado mi situacion? Todo esto me produjo la agitacion de la desgracia, despues de haber sufrido todo su peso. La criada que me habia entregado la carta de Leon huía de mí y parecia temer la responsabilidad de una inteligencia conmigo. Un dia supe que una palabra compasiva que se la habia escapado con respecto á mí, la valió la amenaza de despedirla.

—Pobre señorita, dijo, se les morirá en las manos sin que lo adviertan.

Cuando aquella muger decia eso tenia razon: habria muerto si me hubiese dejado morir: pero quisieron matarme y me he defendido: he resistido y resisto todavía: ¿cuánto durará?

Sin embargo, pasaba el tiempo y nada me advertia que estuviese abandonada. ¡Qué dias y qué noches de tormentos, que terrores tan lentos y profundos! Si por casualidad oia pronunciar alguna palabra que tuviese relacion con mi posicion, desfallecia: luego en la soledad me figuraba el momento en que tendria que decir la verdad, ó bien aquel en que seria descubierta, y entonces en mis insomnios me representaba el cuadro en que estaria de rodillas, gritando y llorando en medio de las maldiciones de mi familia. Mas por una circunstancia estraña que se encontraba en mis insomnios y en mis ensueños, jamás se me aparecia Felix en aquellos espantosos delirios: únicamente me parecia que un fantasma desconocido, vagaba por encima de mi cabeza con una risa monstruosa.

¿Era acaso porque mi alma conocia que amenazar y maldecir no era suficiente para él, y que mi imaginacion era al mismo tiempo incapaz de representarse un suplicio digno de la crueldad de ese hombre?

Sufria tanto entonces, que creia haber llegado al último término de mi valor. No conocia esa miserable facultad del alma que la hace encontrar fuerzas para todos los dolores, de manera que sufra y rechace todos los ataques antes de morir ó de llegar á ser insensible.

Bien pronto comencé tan fatal aprendizage, producido por ardientes heridas que me despedazaban el corazon ó por heladas opresiones que le paralizaban en mi pecho. En el dia no sé si querria volver á salir de mi tumba para pasar por semejantes pruebas. La primera y la única en que vislumbré una esperanza fué en una de esas horas en que el alma se halla tan fatigada, que darla una felicidad, aun la de la alegría, es atormentarla. Es una de esas horas en que el sueño carga sobre nuestros ojos con un peso tan insostenible, que no se abririan ni aun para mirar á su hijo.

Todos estábamos en el salon, reunion triste en que la alegría de las niñas habia llegado á ser importuna; tan triste desesperacion infundía alli mi aspecto. Un criado abrió la puerta y dijo con timidez:

—Acaba de detenerse en la verja el carruage de un caballero que viene aqui.

—¿Ha dicho su nombre? preguntó mi hermano.

—Si señor.

—Y bien, ¿cómo se llama?

El criado titubeó, luego me miró y respondió lentamente:

—Se llama Mr. Launois.

—¿Leon? dije yo dando un salto.

—Es su señor padre, dijo el criado retirándose.

Al oir el grito en que prorumpí, todas las miradas se dirigieron hácia mí.

—Pero no observas que te vuelves loca, me dijo mi padre con aire de indignacion y de desprecio. Anuncian á Mr. Launois, y delante de un criado te pones á gritar, ¡Leon!... retírate á tu cuarto, retírate..... ya es tiempo de poner órden en todo esto.

En la espresion de mi padre ví que contenia su cólera á duras penas: salí, pues, bajando la cabeza y murmurando.

—¡Ah! ¡sois vos el que no atendeis á que me vuelvo loca!.....

Apenas me aparté de su presencia, quise ver á Launois, padre de Leon, enviado por él, mi segundo padre, y mi última esperanza; quise ver á aquel hombre que me figuraba un anciano venerable y bondadoso, un anciano

Digitized by Google

que llevaba consigo la indulgencia y la proteccion: me introduje en un gabinete, y allí á través de una cortina ví á Mr. Launois y oí su conversacion.

Era un hombre todavía jóven, de rostro alegre y encarnado, grueso y de corta estatura, su aire grotesco y afectado, y su voz ágria y comun. No debe estrañarse que en aquel primer momento le examinase tan bien, porque cada uno de los rasgos con que acabo de pintarle solo sirvió para helarme el corazon. ¡Oh!..... si hubiese sido un hombre de rostro austero ó implacable habria temblado, y quizá no esperado nada; pero no con esa desesperacion ignominiosa que comprende de antemano que sus ruegos serán mas despreciados que rechazados.

Cualquiera puede arrodillarse delante de la muerte, pero es preciso callar ante la sonrosada faz de la necedad afortunada. Aunque la dureza de estas palabras deba recaer sobre mí las sostengo, porque es forzoso decirlo, aquel hombre me acarreó la última de las desgracias; quitó su dignidad á mi sufrimiento, y me hizo ruborizar no de vergüenza sino de disgusto.

Si, cuando he emprendido esta narracion, he creido que la pintura de los tormentos que sufro seria en estremo cruel de trazar, y ahora veo que hay algunos, que por decirlo así, me es imposible hacer comprender. Si, cuando diga que me han encerrado en un sepulcro sin respirar el aire ni ver la luz, cuando refiera los pormenores de este cautiverio en que muero, me compadecerán y me admirarán; ¿mas podré hacer sentir á otros los horrores de una brutalidad que destroza y endurece el corazon y la vida de una desgraciada con sus dedos insensibles? No importa, procuraré decirlo, porque es necesario dar á conocer todos mis dolores, y tal vez cuando se sepan, haya un corazon de muger que me comprenderá, me llorará y rogará al cielo que los dolores que he sufrido en este mundo me sean tenidos en cuenta en el otro.

Al principio solo mediaron entre Mr. Launois y mi familia algunos cumplimientos; luego giró la conversacion sobre los negocios, y por último dijo sentándose en un sillon:

—¡Me parece que falta aqui alguien!

—¿Quién?

—La amable Enriqueta.

—Caballero, dijo mi padre.

—Vamos, señor papá, no tomeis ese aire de dignidad; Leon me ha enterado del asunto, ama á esa jóven y ella en cambio le corresponde, lo cual es muy probable atendido á que se parece á mí, y esas cosas no se hacen todos los dias. Asi os aconsejo que le acepteis: ya no tendré mas hijos, porque mi pobre muger murió.

—Caballero, replicó mi padre picado de aquel tono, caballero, una proposicion semejante, en términos...

—Nada, no hagais caso de los términos, contestó Mr. Launois con aire triunfante; al contado, siempre al contado; 50,000 escudos doy á Leon.

—Tenemos otros proyectos con respecto á Enriqueta, contestó mi padre.

—Será muy posible, pero los jóvenes se aman, lo oís, y hablando en sentido figurado, los que se aman, siembran y concluyen por recoger.

Seguramente, de cuantos escuchaban las estrañas palabras de aquel hombre, yo era la mas inocente, mas sin embargo, las comprendí, y no pudiendo oirlas mas me retiré y me dirigí al parque. Andaba como una loca; acababa de desaparecer la última probabilidad de salvacion. Veia claramente que mi familia debia rehusar unas proposiciones hechas de aquel modo, y era tal la dignidad de los modales á que yo estaba acostumbrada, que no podia culpar á nadie de aquella negativa. ¿Qué diré, Dios mio?... Si no hubiese sido culpable, no sé si aquel hombre me habria hecho apartar la vista de una felicidad á que con tanta complacencia hubiera alargado la mano. Al escribir en este momento el lenguage grosero que usaba el padre de Leon, me ruborizo y avergüenzo.

Pero es preciso que refiera lo que produjo mi desgracia, y de que modo he desaparecido del mundo sin que nadie lo haya sabido.

Estaba llorando en el parque y acometida de ese vértigo que conduce al suicidio. ¡Ay!... si en aquel momento se hubiesen presentado á mi vista una sima ó el mar, me habria precipitado en ellos!... pero vagaba entre flores y sobre el cesped, golpeándome el pecho y derramando copioso llanto, cuando de repente ví á Mr. Launois, que salia de la casa y con semblante colérico y agitado se dirigiá á donde habia dejado su carruage. Por cruel y brutal que fuese su auxilio era el único á que podia acudir. Me lancé hácia él, y arrebatada por mi dolor grité:

—¿Qué, marchais, caballero?

Estaba tan desesperada y mi acento tenia algo de tan desgarrador que Mr. Launois retrocedió y me examinó con asombro: luego con aquel tono mortal que destruye toda esperanza, como la rueda de una máquina que pulveriza indiferentemente el hierro que se la arroja, ó al desgraciado que arrastra en su implacable impulso, replicó:

—¡Pardiez!... ¡pues no me he de ir! ¡qué quereis que haga con ese atajo de pécoras que se hacen los melindrosos!..... Protestantes y bonapartistas, con eso está dicho todo.

—¡Caballero!... ¡caballero!... ¡olvidais que yo no tengo mas recurso que morir si os vais!...

—¡Vos!... ¿pues, quién sois?

—Soy Enriqueta, caballero.

—Ah, si, la Enriqueta, la querida, la escelente amiga, la princesa de Leon: gracias, alma mia: id á pedir un marido á vuestros hinchados parientes.

Digitized by Google

Y rechazándome con la mano se alejaba; pero yo le detuve.

—¡Caballero, caballero, le dije juntando las manos, pero Leon me ama y yo le amo!

—Pues bien, reservaos para estableceros cada uno aparte, y os haré una buena anticipacion.

Todas aquellas palabras caian sobre mi corazon, y como el puño implacable de un mozo de cuerda que golpea á una muger, me derribaban de cada golpe, volvia á levantarme magullada, y todavía gritaba. En fin, esta última vez miré á aquel hombre que respiraba la salud y la vida, le agarré del vestido, moribunda y desesperada y asiéndome á él con toda mi fuerza, le dije en voz baja:

—Pero soy culpable, caballero, soy madre... y...

Entonces caí á sus pies.

Aquel hombre me miró mientras yo estaba sin aliento, y volviéndome la espalda se puso á silbar una cancion.

Caí de cara en el suelo y esperé morir: los sollozos me ahogaban.

Sin embargo, habíanme visto desde la casa, y mi hermano, mi padre y Felix corrieron para poner termino á aquella escena horrible, tan degradante para ellos como para mí: cuando llegaron á donde estábamos Mr. Launois continuaba silbando.

Cuando Felix me levantó, Mr. Launois dijo con tono burlesco.

—Con suavidad, con suavidad, no estropeeis al niño.

—Que quereis decir, caballero, replicó mi hermano.

—Eso quiere decir, contestó Mr. Launois repitiendo su asqueroso juego de palabras, que cuando los jóvenes se aman, recogen.

Volví á caer al suelo, y entonces ví inclinado sobre mí el rostro aterrador de aquel fantasma que se me apareciera en mis sueños.

El que me miraba de aquel modo era Felix.

Su rostro se contrajo de una manera espantosa: luego se levantó y dirigiéndose á Mr. Launois, le dijo:

—Sois un infame y un calumniador, y mentís descaradamente.

Mr. Launois palideció y tembló: aquel hombre tan brutal era cobarde.

—Pues á fé mia, ella me lo ha dicho.

—¡No veis, contestó Felix, que esta desgraciada ha perdido el juicio.

—No lo sabia, dijo Mr Launois; se lo diré á mi hijo y eso le curará de su loca pasion: ¡una muger loca!... bueno, bueno, eso le hará mas razonable.

Procuré hacer un esfuerzo para levantarme y gritar, porque Mr. Launois parecia convencido de las palabras de Felix, y sin duda mi conducta debia robustecer semejante opinion..... anduve de rodillas, é iba á hablar, cuando me faltaron las fuerzas, y...

VIII.

SEMI-CONCLUSION.

Luizzi leia aquella narracion con suma atencion: nada hasta entonces le habia distraido, ni los movimientos de Enriqueta ni el llanto de su niño, pobre y desmedrada criatura, que sin duda habia nacido en aquella espantosa prision. Con la vista fija en el manuscrito le leia con el mismo interés que una señora puede mirar una novela de Pablo de Kock.

Cuando de repente la infeliz presa agarró su manuscrito, y le escondió con rapidez en el sitio de donde le habia sacado. Un momento despues, Luizzi vió moverse uno de los paños de la tapicería, que cubria la pared en frente de él, y al punto entró Felix con una cesta. Al ver al capitan se apoderó del corazon de Luizzi un movimiento de cólera: iba á gritar; pero se acordó por que prodigio sobre humano asistia á aquella escena, que pasaba lejos de él, y se dispuso á mirarla con la atencion de un hombre que no quiere perder ninguna circunstancia de ella.

El capitan sacó de la cesta unos manjares que colocó sobre la mesa, y Luizzi comprendió entonces por que Felix no cenaba nunca con la familia, y por qué le servian todas las noches en el pabellon. Los primeros momentos que siguieron á la entrada de Felix fueron silenciosos. Sin embargo, este tenia un aire de triunfo que parecia no aguardaba mas que una ocasion para estallar.

—Y bien, Enriqueta, dijo por fin el capitan. ¿cada dia tendremos el mismo resultado?

—¿Cada dia decís? ¿Luego todavía hay dias y noches, caballero? para mí hay una claridad y unas tinieblas eternas, una desgracia que no conoce ni vísperas ni dia siguiente. Padezco como padecia y como padeceré: pienso como pensaba y como pensaré siempre. En la vida, la noche que pasa y el dia que llega, pueden ser un motivo para cambiar de resolucion; pero yo, que ni tengo noche, ni dia, ni mañana, ni tarde, mi vida es siempre la misma hora, siempre el mismo dolor, siempre el mismo pensamiento.

—¡Enriqueta!.... repuso Felix colocándose delante de ella como para descubrir una emocion en aquel rostro pálido, en que, por decirlo asi, parecia haberse inmovilizado el dolor; Enriqueta, no es el dia ni la noche los que pueden producir un cambio en una resolucion tan inalterable como la vuestra; ya han trascurrido seis años desde el dia en que vuestra familia, aprovechándose de vuestro desmayo, ha ocultado á las miradas de los demas la vergüenza de vuestra debilidad, colocándoos en este encierro, del cual puede haceros salir una palabra, que todvía no habeis pronunciado.

Digitized by Google

—Ni jamás la pronunciaré, respondió Enriqueta. La única esperanza de mi vida ha sido el amar de Leon, y la única esperanza de mi sepulcro es tambien su amor.

—Y, sin embargo, le ha hecho traicion, contestó Felix, otra ha llegado á ser su muger.

—No, Felix, mentis. Leon no entrega á otra su corazon mientras yo exista.



Felix entró con una cesta.

—¿Olvidais que habeis muerto para él y para el universo?

—Entonces Leon no me ha hecho traicion, y solo vos sois culpable para con los dos.

—Sea en buen hora, acepto ese crímen pues que hace vuestra esperanza imposible.

—Ademas, ya os lo he dicho, caballero, no os creo: no, Leon no está casado. El que ha podido sumegirme viva en este sepulcro, el que se ha hecho mas culpable que los asesinos y envenenadores, el que la ley reserva para el cadalso, este no habrá retrocedído ante mentiras escritas y cartas supuestas, para traerme un dolor mas.

—Hay cosas, Enriqueta, dijo Felix, hay cosas que es imposible falsificar, y son los juicios de los tribunales. Bien pronto os traeré el que condena á Leon Launois á los trabajos forzados, y entonces veremos si conservais ese amor de que formais una virtud.

—Aunque fuese cierto lo que me decís, esclamó Enriqueta, moriria en este sepulcro y con ese amor, y si alguna casualidad me arrancase de aqui, aunque debiese encontrar á Leon infiel y deshonrado, le amaria al lado de su nueva esposa, le amaria en los ignominiosos hierros de que se viese cargado.

—Enriqueta, contestó Felix con aire sombrío, dirigiendo en derredor suyo una mirada feroz, no comprendeis que la hora de la paciencia está próxima á concluir, y que es preciso que se cumpla vuestro destino?

—La hora de la paciencia no ha sido mas larga que la del dolor, y si mi destino es morir sin volver á ver la luz, haced que se cumpla en este mismo instante, porque si estais cansado de atormentarme, yo estoy cansada de sufrir, y la muerte será indudablemente el único término de mis padecimientos.

—Enríqueta, contestó Felix, escuchadme con atencion: por última vez os ofrezcó la vida: os he engañado cuando os he dicho que pasábais por muerta: la palabra que proferí delante de Mr. Launois fué acogida y divulgada por él; os creyeron loca y aprovechamos aquella opinion para decir que os habiamos hecho abandonar la Francia. Os creen encerrada en alguna casa de locos de América ó de Inglaterra: y del mismo modo que podeis no volver, podreis llegar mañana. Pero debeis comprender, Enriqueta, que entre vos y yo media un crímen demasiado grande para que no procure asegurarme de vuestro silencio. Volvereis á aparecer en el mundo, como una muger, pero dejándome ese niño como un rehen contra vuestra venganza.

—Teneis razon, Felix, hay un gran crímen entre nosotros, respondió Enriqueta; pero ese crímen será mayor de lo que pensais: quiero que acabeis de consumarle. El suplicio que padezco es el mas horroroso que puede imaginarse; pero yo, os lo juro, no lo abreviaré ni un dia ni una hora; será preciso matarme, Felix; será necesario presentarse ante Dios y ante los hombres con las manos teñidas en mi sangre; porque yo tambien os he engañado; no creo en el amor de Leon y no tengo por él ese valor de la desesperacion. Este valor le tengo por mi venganza: no os fieis en un momento de debilidad. Si, varias veces he pensado en entregarme á vos, en ilusionaros hasta haceros creer en mi amor y comprar de este modo una hora de libertad para denunciaros á la justicia de los hombres; pero he retrocedido, no ante el temor del crímen, sino ante el de no engañaros bastante bien. Prefiero acudir á la justicia del cielo y haceros asesino.

Felix habia escuchado á Enriqueta con una de esas miradas implacables que parecen medir el sitio donde pueden herir á la víctima sin lucha y sin gritos: entonces volvió la vista, se aproximó á la puerta por donde habia entrado, y cerrándola como para aumentar el profundo silencio de aquel sepulcro, volvió hácia la prisionera y la dijo con voz sorda.

—Enriqueta, el crímen no será mas grande, ni el remordimiento mas espantoso; pero el terror no será por eso menos incesante. Hay aqui un hombre á quien he encontrado examinando este pabellon, y asombrándose sin duda de que nadie pueda atravesar su umbral. Ese hombre puede entrar mañana en él, es necesario que entre para que no germine en él ninguna idea de sospecha; y para que pueda entrar sin que ningun grito ni ninguna queja le revelen que estas paredes encierran un ser viviente, es necesario que seas mia ó que mueras.

—Quiero morir, esclamó Enriqueta.

—No olvides, desgraciada, que mi crímen es el de tu familia y que despues de haber sido los cómplices involuntarios, lo han sido forzados: que despues de haber permitido encerrarte aqui durante algúnos dias, han dejado luego pasar semanas, meses y años. Mi crímen ha llegado á ser el suyo y participarán de él: no olvides qne no soy yo solo á quien enviarás al cadalso, pues me seguirán tu padre, tu madre y tu hermano.

—Pues bien, sea en buena hora, esclamó Enriqueta; que los que han comenzado mi muerte por tus manos, la concluyan tambien por las mismas, sin compasion para ellos ni para tí, los arrastraré á todos al patíbulo si puedo. ¿No comprendes que vienes á reanimar mi abatida esperanza? Hay aqui un hombre de quien tú sospechas, que divaga en derredor de este pabellon, un hombre que puede oirme. ¡Oh! ¡si Dios quisiera que fuese asi!..... ¡que venga, que venga, y puedan mis gritos traspasar las paredes de esta prision! ¡á mí!.... ¡á mi!

Enriqueta comenzó entonces á dar gritos tan agudos, que Luizzi, arrebatado por aquel horroroso espectáculo, dió un paso como para responder á aquel llamamiento, Felix asustado persiguió á Enriqueta gritándola:

Digitized by Google

—¡Silencio!... desgraciada, silencio:..

En aquel momento Enriqueta se encontró enfrente de la puerta que conducia fuera de su espantosa prision, la abrió con un movimiento rápido y desesperado, y se lanzó por ella redoblando sus gritos. Felix tomó de encima de la mesa un cuchillo que habia puesto en ella, y ya casi alcanzaba á Enriqueta en las primeras gradas de una angosta y tortuosa escalera, cuando Luizzi, olvidando por qué ilusion sobrenatural presenciaba aquella terrible escena, se precipitó sobre Felix gritándole:

—¡Detente, miserable, detente!...

En el momento en que le parecia que ya iba á asir al capitan, Luizzi perdió tierra y cayó, sufriendo una conmocion violenta. Agudos dolores se mezclaron con el aturdimiento que produjo aquella caida. Poco á poco fué volviendo en sí y abrió los ojos: todo habia desaparecido. Estaba al pie de la ventana de su habitacion, por la cual se habia precipitado al dejarse arrebatar por una emocion que no habia podido contener. El baron quiso hacer un esfuerzo para levantarse y correr hácia el pabellon en donde se representaba tan sangrienta escena; pero le faltaron las fuerzas y cayó desmayado....

IX.

NUEVO CONVENIO.

Cuando Luizzi volvió de su desmayo se encontró acostado en la cama que ocupaba en una de las alcobas de casa de Mad. Buré: á su lado ardía una lámpara, y á su cabecera se hallaba un criado.

El enfermo tardó mucho tiempo en coordinar sus ideas para acordarse de lo que le habia pasado, y esplicar la posicion en que se encontraba. Poco á poco fué recordando aquel accidente y sus causas ó mas bien se le representaron como un sueño espantoso, cuya realidad no descubria aun claramente su espíritu Quiso incorporarse para mirar en derredor suyo, y conoció que le faltaban las fuerzas. Luego por las vendas que cubrian su brazo, comprendió que le habian sangrado, y recordando aunque confusamente la altura de la ventana por donde se habia arrojado, se maravilló de no haberse muerto, y temió si se habria roto algun miembro, se tocó, se movió, puso en juego sus articulaciones, y vió con alegría que no habia padecido ninguna fractura.

Despues de aquel cuidado de sí mismo, Luizzi volvió á pensar en la hororrosa escena de que acababa de ser testigo, y cuyo espantoso desenlace habia procurado evitar. Sujeto en su lecho por el dolor y la debilidad, trató de ver si encontraba alguna cosa con que ayudarse, ó alguien que le pudiera informar, y á quien dar órdenes en caso de necesidad. Entonces fué cuando vió al criado que estaba sentado á la cabecera de la cama.

El truhan se ocupaba muy á satisfaccion en el cuidado que sin duda le habian confiado de vigilar hasta los menores movimientos del enfermo, porque leia con mucha atencion un periódico mordiéndose las uñas, que las tenia muy bonitas. Luizzi tuvo bastante tiempo para examinarle, y no reconoció en él á ninguno de los criados de Mr. Buré. El aire impertinente de aquel hombre le disgustó en estremo: por otra parte, los enfermos son como las mugeres, no quieren que se ocupen mas que de ellos. El mal humor de Luizzi se aumentó, cuando el referido criado que leia su periódico con una sonrisa burlona, entre la que dejaba oir como un pequeño silbido, comenzó á murmurar esta palabra.

—¡Qué perillan!... ¡qué bellaco!...

—Parece que lo que leeis es muy divertido, dijo Luizzi encolerizado.

El criado miró á Luizzi de soslayo guiñando los ojos, y respondió:

—Juzgad por vos mismo, caballero baron.

«Ayer ha tenido lugar un desafío entre Mr. Dilois, comerciante de lanas, y el jóven Cárlos, su dependiente. Este que recibió una herida de bala en el pecho, ha muerto esta mañana. Ignorábanse cuales podrian haber sido las causas de semejante duelo, cuando la repentina desaparicion de Mad. Dilois ha venido á esplicarlas.

—¡Gran Dios! esclamó Luizzi incorporándose, ¡Cárlos ha sido muerto!

El criado continuó su lectura.

«Se supone que las habladurías de la muger de uno de nuestros mas ricos escribanos no son estrañas á los descubrimientos que Mr. Dilois ha hecho acerca de las relaciones íntimas que su muger mantenia con el jóven Cárlos.

—¿Qué?... se halla eso escrito asi en el periódico, preguntó Luizzi estupefacto.

—Pues todavía no he concluido, escuchad, continuó el criado.

«A las diez de la noche. Acabamos de saber un acontecimiento quizá todavía mas espantoso. La señora marquesa de Val acaba de poner término á su vida, precipitándose desde el último piso de su casa. Una circunstancia estraordinaria de este suicidio y que parece hallarse enlazado de un modo inesplicable con el asunto de Mr. Dilois, es el haberse encontrado en la mano de la marquesa un billete, entre cuyas líneas se leian las siguientes: «Ese A... es un infame, no ha cumplido la promesa que os habia hecho, y ha hablado. Nos ha perdido á mí y á tí ¡Pobre Lucy! ¡cuánto te compadezco!... Sofía Dilois.» Todos preguntan quien es el infame designado por la inicial A... ¿Es la de un nombre de bautismo, ó la de un nombre de familia? Por otra parte, se asombran de que se tuteen dos mugeres que no pertenecian á una misma

Digitized by Google

clase, y que no habian podido conocerse en su infancia como compañeras de colegio, pues que la marquesa jamás se habia separado de su madre (la antigua marquesa de Cremance) hasta el dia de su marrimonio, y que por otra parte Mad. Dilois debe su educacion á la caridad de una señora anciana que la recogió en su mas tierna edad....

El asombro de Luizzi y su desesperacion, le dejaron inmóvil y silencioso durante algunos minutos. Mad. Dilois, Lucy, Enriqueta y Mad. Buré, todas aquellas mugeres semejantes á unas fantasmas blancas, parecian revolotear y dar vueltas en derredor de su lecho.

—He muerto á aquellas y he dejado asesinar á esta, decia, como si una fuerza sobrehumana le hubiese dictado aquella frase que repetia sin cesar.

Dirigia miradas azoradas en derredor suyo, sin fuerza para obrar, y sin tener á nadie á quien confiar lo que habia sabido: sintióse desesperado y elevando hácia el cielo sus manos en ademan suplicante esclamó:

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿qué haré!...

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando el criado que velaba á su lado le dió un golpe bastante fuerte en las manos.

—¿Qué es eso? le dijo; os pasais al enemigo en la hora del peligro, monseñor; eso es indigno de un noble y de un francés.

—¡Ah! ¿eres tú, Satanás?

—Yo soy.

—¿Quién te ha llamado, esclavo?

—Tú que me has mandado te refiera la historia de Mad. Dilois y de la marquesa.

—Pero te has negado á contármela.

—No, la aplacé para dentro de ocho dias, y estos ya han pasado.

—¿Desde cuando me hallo en esta cama?

—Hace cuarenta y ocho horas.

—¿Y Enriqueta?

—Mas tarde sabrás el desenlace de esa historia.

—¿Ha muerto Felix á esa desgraciada?

—Si lo ha hecho, ha tenido razon por ella y por él; ambos se han librado de un suplicio; especialmente ella, que comenzaba á cansarse en el fondo de su corazon del papel que todavía representaba por su orgullo.

—¿Cómo puedes decir eso? Amaba á Leon con un amor que el mundo desconocerá siempre.

—No, señor mio, no amaba á Leon, y si he de decir verdad, no es precisamente á Leon al que ella habia amado.

—¡Satanás! ¡Satanás... ¡Todo lo zahieres!..

—No, pero lo esplico todo: Enriqueta no amaba á Leon: ha amado el mismo amor que esperimentaba. Ese jóven á quien encontró, llegó en un momento oportuno para abrir su corazon y dar un objeto á sus sueños; se presentó á ella en el instante en que su alma deseaba lanzarse á cualquiera cosa que la sostuviese: pero Leon era muy inferior á la pasion que hizo nacer; si la hubiese conocido, no la habria comprendido. Leon ha olvidado á Enriqueta á quien cree muerta: se ha casado y tiene dos niños que se llaman Nini y Lolo: Leon está gordo y ha echado vientre. Leon se bebe dos copas de aguardiente despues de comer, y Leon acaba de asegurar su fortuna haciendo quiebra. Si Enriqueta se hubiese visto en libertad de entregar su vida á Leon, habria sido mas desgraciada que en el sepulcro, porque en el sepulcro no ha visto morir mas que las esperanzas de una felicidad que creia del cielo, y en la vida hubiera visto estinguirse la religion y la fé de su corazon en el amor.

Satanás pronunció estas palabras con una especie de amargura, y contemplándole Luizzi con atencion como si su mirada hubiese podido penetrar en el infernal pensamiento del demonio, le dijo:

—¿Luego consideras como una desgracia el que una persona pierda su fé y su religion?

—Hubiera sido una desgracia para Enriqueta, y he ahí lo que he querido decir; porque yo desprecio altamente las teorías generales con las que se sientan principios absolutos, que no convienen á todo el mundo, como un mismo trage no conviene á una poblacion. Es lo mismo que si quisieseis juzgar de Mad. de Val por Mad Buré, porque ambas se entregaron á un hombre en muy pocas horas.

—¿Y es cierto, replicó Luizzi, que ha muerto Lucy?... y ese artículo de periódico...

—Todo ello es cierto.

—Y yo la he asesinado.

—El arma estaba cargada y tú has tirado del pie de gato.

—¿Era digna de compasion?

—Si, se la debia compadecer... esclamó Satanás, y tú vas á juzgarlo.

—Pero no esta noche, replicó Luizzi, mas tarde.

—No, baron, tendrás que oirme, porque te he anticipado; ya te he dicho que cuando me pidas una confianza tendrás que aguantar hasta el fin.

—Lo sé, pero puedo eximirme de esa obligacion.

—Dándome algunas monedas de las que contiene esa bolsa.

—¿Un mes de mi vida?

—No, no; por tan poca cosa no te ahorraria la narracion del mal que has hecho.

—Ya ves que no tengo fuerza para escucharte.

—Yo te la daré

—Ocultaré la cabeza entre mis manos y me taparé los oidos.

—Mi voz atravesará tus manos.

—¡Satanás! te suplico que calles: no me opongo á oir esas lamentables historias, pero mas tarde.

—¿Y qué me importa referírtelas cuando el tiempo haya endurecido tu corazon y cicatrizado tus remordimientos? Mientras el uno su-

Digitized by Google

fre y el otro chorrea sangre es preciso que las sepas. ¿Soy acaso tu esclavo para obedecerte? ¿no sabes, desgraciado, que el que compra un asesino queda vendido á él? Tú que has comprado al diablo, me perteneces.

Y al decir esto, Satanás, cuya sombra perdida en la oscuridad de aquella alcoba, habia recobrado algo de su infernal magestad, Satanás se reia con esa graciosa y espantosa sonrisa que causa compasion á Dios, porque le recuerda la grandeza de aquel hermoso ángel que se vió obligado á castigar, y que ha dejado en su divino corazon una herida eterna, la imposibilidad de perdonarle nunca.

La pobre y miserable naturaleza de Luizzi no era capaz de sostener aquella sonrisa: le penetraba el corazon como un tornillo que da vueltas y desgarra.

—¡Perdon! le dijo, ¡perdon!... te oiré cuando gustes.

—Sea en buen hora; yo elegiré el momento. ¿Y qué me vas á dar?

—¡Un mes de mi vida!...

El diablo comenzó á reir y replicó:

—¿Estás seguro de que tienes un mes en tu bolsa, para ofrecerle con tanta altivez?

—¡Dios mio! ¡Dios mio! gritó Luizzi buscando el tesoro de su vida debajo de su almohada...

Le encontró por fin, y le parecio que estaba casi vacio.

—¿Con que estoy tan próximo á morir?

—El porvenir no se halla comprendido en nuestro convenio y nada tengo que contestarte: no estoy obligado mas que á lo pasado y voy á decírtelo.

Comenzó entonces con aire resuelto:

—Esa Mad. de Val que tú has asesinado ....

—Bastante, bastante, dijo Luizzi con voz moribunda.

Un horrible vértigo at rmentaba la cabeza de Luizzi, y tenia calentura: fantasmas pálidas y descarnadas se agrupaban en derredor suyo y perdia la razon. Tuvo todavía mas miedo á la locura que á la muerte, y dijo al diablo:

—Toma y déjame.

El diablo se apoderó de la bolsa y la abrió: Luizzi al verla se arrojó á recobrarla, pero quedó como clavado en su sitio, vió deslizarse los dedos del diablo en lo interior de la bolsa y sacar de ella una moneda. En aquel momento se apoderó del corazon de Luizzi un frio glacial, se suspendió la vida en él y ya no sintió nada.

Daban las tres.

X.

VUELTA A LA VIDA.

Daban las tres: Luizzi sintió que le tiraban de las piernas y que un hombre con voz áspera le decia:

—Vamos, al coche.

Luizzi se despertó y se vió en una habitacion desconocida y miserable: saltó de la cama y se encontró lleno de vigor y de salud. Miró en derredor suyo y vió su bolsa y su campanilla encima de una mesa: ¿mas en dónde estaba? ¿por qué le despertaban? Abrió la ventana y vió que en un espacioso patio estaban enganchados los caballos á una diligencia. La noche estaba muy fria. Cruzaba por su mente el recuerdo de lo pasado, y sobre todo el del nuevo convenio. Armando reconoció que no estaba ya en casa de Mr. Buré ni en Tolosa. Todavía duraba el invierno, ¿pero era el mismo ó habian pasado muchos?

Luizzi tomó la miserable vela que acababan de traerle, y lo primero que hizo fué mirarse en un espejito colgado de un clavo encima de la cómoda de nogal que habia en la habitacion en que se encontraba. No habia variado en nada, pero llevaba patillas. ¿Cuánto tiempo se habria tomado el diablo?

—¡Al coche!.. .. ¡al coche!..... gritó la voz que habia despertado á Luizzi.

Luego entró un hombre.

—¿Cómo?... todavia no estais vestido cuando teníais tanta prisa por marchar: ya no teneis mas que cinco minutos: tanto peor para vos si no estais pronto.

Luizzi se vistió maquinalmente con el instinto de que habia en su vida un vacío que no podia comprender, pero de que no podia asombrarse. Un criado fué á tomar su saco de noche y le siguió decidido á observar y obrar segun las circunstancias La noche era muy oscura, y Luizzi al subir á la diligencia solo vió que estaba ocupada por tres personas, dos hombres y una muger, esta tan abrigada que parecia se iba á sofocar.

En la época de que hablamos todavía existia la fatal costumbre de dormir en el camino, y sucedia entonces con el sueño como ahora con las comidas. Apenas se iba calentando la cama habia que volver á emprender la marcha. Ahora, el que está acostumbrado á caminar en diligencia, se incomoda muy poco por las paradas para las comidas; mastica de prisa y se guarda los postres en el bolsillo. Entonces el viagero en diligencia sabia levantarse sin despertarse, y llevaba para concluirle en la berlina, el sueño comenzado en el parador. Esto fué muy bueno para Luizzi, porque se vió libre de reflexionar en su posicion.

¿Cuánto tiempo habia vivido? ¿Cómo era que él, rico y habituado á las comodidades, viajaba en diligencia? ¿de dónde venia? ¿á dónde iba?... Todas aquellas preguntas se acumulaban de tal modo á su pensamiento, que se decidió á que las resolviese el único que podia hacerlo: sacó su campanilla, la tocó, y al punto el diablo se sentó á su lado, bajo la forma de un viagero, que le pareció haber visto subir en el imperial. Luizzi le reconoció por el resplandor particular con que brillaban sus ojos en medio de la oscuridad.

—¿Eres tú? le dijo; ¿cuánto tiempo he vivido?

—Has vivido seis semanas: ya ves que no te he robado. Me he conducido como un hombre versado en los negocios. La primera vez he sido leal para poder robar descaradamente en la segunda. Te lo advierto para que no te descuides.

—¿Y en qué he empleado mi vida durante esas seis semanas?

—En tu vida ordinaria.

—¿Qué he hecho?

—No tengo que referirte tu propia historia.

—¿Pero yo no puedo vivir con esa ignorancia de mi pasado?

—Puedes formarte uno.

—¿Un pasado?

—No hay cosa mas fácil; la mayor parte de los hombres se forjan uno: tú sabes eso mejor que nadie. ¿Te acuerdas de aquella actriz vivaracha y complaciente, de la que cometiste la necedad de enamorarte sentimentalmente? Tuviste cien ocasiones de ocupar el número mil entre sus amantes, y todas las dejaste pasar porque la amabas de corazon. Desimpresionado ya de aquel amor, viste que la opinion



Luizzi le reconoció por el resplandor de sus ojos.

—Pues qué, ¿no me quedará ningun recuerdo de ese tiempo?

—Puedes saberlo por otros, pero no por mí.

—¿A quién quieres que se lo pregunte?

—Esa no es incumbencia mia.

—Pues dime al menos en donde estoy.

—En un coche de las diligencias generales.

—¿A dónde voy?

—A Paris.

—¿En dónde me hallo?

—A una legua de Cahors.

—¿Y por qué viajo en diligencia?

—Eso pertenece á tu historia: no tengo nada que decirte.

de tus amigos te habia dado aquella muger, no creyendo que tu candidez llegase hasta tan alto punto. Reflexionaste, y viste que habias hecho un papel ridículo; viste que aquella muger te habia dado tres citas, y que te habia pertenecido de derecho si no de hecho. Lo dejaste creer y luego te has persuadido de que has poseido esa muger; figura en el número de las que te envaneces, ¿no es verdad?

Luizzi se picó de aquella leccioncita del diablo, tanto mas, cuanto que no podia discutir con él acerca de unos sentimientos, en que su vista infernal penetraba tan bien, y se contentó con responder:

Digitized by Google

—¿Pues qué, si hubiese querido, no la habria tenido?

—No siempre se tiene á la muger que se ama, repuso el diablo; de diez relaciones de esta especie, solo llega á su término una; las mugeres se dejan convencer siempre de los hombres que las aman bastante poco para no temblar en su presencia. No conozco aun dos mugeres que hayan tomado por querido al que las amaba, y luego se quejan de que las engañan. La culpa es suya: las mugeres tienen una táctica magestuosa de defensa, que solo impone á los que las creen. Una muger, que en vez de dejarse sorprender se atreviese á entregarse, seria la muger mas distinguida de la creacion, y la mas amada tambien: lo cual no deja de ser una distincion muy notable.

—Señor diablo, dijo Luizzi que sentia en sí una seguridad enteramente nueva; entre las razones que obligaron al Todopoderoso á precipitaros en los infiernos, sin duda fué una de las principales vuestra manía de formar teorías.

—Acá para entre nosotros, contestó el diablo con tono bastante comedido, me parece que no tuvo otras.

—Entonces tengo muchos deseos de obrar como él.

—¿Y por la misma razon sin duda?

—Si, por tu eterna charlatanería.

—Eso es porque no te digo lo que te conviene: si te refiriese lo que ha sucedido en las seis semanas que acabas de pasar, me escucharias con ambos oidos.

—¿Y no sabré nada acerca de eso?

—Tienes bien poca imaginacion pues no puedes inventar una vida pasada. El último aldeano es mas hábil que tú. En el cabriolé de esta diligencia, va un tal Mr. de Merin, un hombre de buena casa, que ha sido sorprendido en Berlin robando en el juego, y que por este hecho fué encerrado durante tres años en una prision de Estado. Allí estuvo con un espía francés que habia ido á la India por cuenta de Napoleon. Ha aprendido todas las historias de su camarada: sabe todos los pormenores de su viage de ida y vuelta á la India, y de su permanencia en ella, y ahora se va á presentar en el mundo parisiense, como que viene de Calcuta. En este momento piensa publicar una obrita en 8.° que titulará *Recuerdos de la India*. Te apuesto lo que quieras, que de aqui á quince años, ese hombre llegará á ser miembro de la Academia de las Ciencias, en su seccion de geografía, y que obtendrá condecoraciones por sus viages.

—Lo comprendo muy bien, le dijo Luizzi: pero ese hombre puede encontrar á cada instante uno que vuelva de Calcuta, y que le diga que miente, mientras que yo puedo encontrarme á cada paso con una persona que me conozca.

—Y eso es lo que ocurre ahora mismo.

—¿Pues cómo?

—Las gentes con quienes viajas saben tu nombre, y ese hombre grueso que se halla junto á tí es un amigo tuyo.

—Y sin duda me hablarán de lo que hemos hecho ayer.

—Esa es la historia de vuestra vida humana; hablar mucho de lo pasado para llenar su vacío y realizar su nulidad, hablar mucho del porvenir para suponerle maravilloso, y no ocuparse de lo presente; eso es lo que haceis todos, y á lo que llamais vivir; y la mejor prueba que de ello puedo darte, es, que has vivido seis semanas, y te parece que has estado muerto durante todo ese tiempo, porque no te acuerdas de lo que has hecho.

—¿Pero qué quieres que conteste á los que me pregunten? dijo Luizzi sériamente alarmado.

—En verdad que me causas lastima, contestó el diablo.

—Vamos, sé generoso, y si es preciso te daré todavía algunos dias de mi vida futura, por saber la historia de la pasada.

—¡Pobre neciol... dijo Satanás.

—¿De quién hablas?

—De mí, que no he calculado con exactitud hasta donde llega la tontería humana: y que ahora veo, pobre jóven, que si hubiese querido tu vida, la habria tenido por nada.

Luizzi comenzaba á despecharse: guardó silencio por un momento, y á veces suele ser el mejor consejero. Pardiez, dijo, si esas gentes me incomodan con preguntas acerca de mi vida, que no conozco, ¿no podré molestarles con otras con respecto á la suya que creen muy oculta? Conduzcámonos con ellos como un hombre valiente que se encuentra cara á cara con un espadachin: en vez de parar los golpes, presentémosles la punta de la espada pronta á atravesarlos si avanzan. Sé ya bastante de Mr. Merin, para que necesite de mi discrecion: informémonos de los demas, y veremos.

Luizzi no habia dicho aquello en voz alta, y sin embargo el diablo le contestó:

—Muy bien pensado para un hombre y para un baron: ¿por quién quieres que principie?

—Por ese hombre gordo que ronca á mi lado, y que dices es uno de mis amigos.

XI.

EL JUGLAR Y EL EX-NOTARIO.

Y el diablo colocando los pies en el asiento que tenia enfrente respondió:

—Ese se llama Ganguernet: es uno de esos hombres que todos encuentran una vez en su vida, bajos, gruesos, rechonchos, con el cabello corto y erizado, ojos grises, nariz aplastada y megillas prominentes, el cuello pegado á los hombros, los hombros al estómago el estómago al vientre y el vientre á las pier

nas: uno de esos hombres que rien y gritan, que os agerran la cabeza por detrás y preguntan ¿quién es?; que os quitan la silla cuando vais á sentaros, qne os tiran del pañuelo cuando le aproximais á las narices: en fin, uno de esos hombres que cuando los mirais con aire indignado, os contestan con un maravilloso aplomo: ¡ha sido un chasco!....

Ese Mr. Ganguernet es de Pamiers, en donde siempre ha vivido hasta ahora. Sabe muy bien su oficio de juglar. Es muy hábil en colgar un pedazo de carne á las cadenas de las campanillas de las puertas, para que los perros vagabundos de la ciudad salten á cogerla y despierten á los criados diez veces durante la noche. Es muy diestro en descolgar las muestras y sustituirlas unas con otras.

Una vez quitó la de un peluquero, la aserró por medio, y añadiéndola la de un vecino, resultó: *Mr. Roblet alquila carruages y postizos á estilo de Paris*. Otro dia, ó mas bien otra noche, arrancó el cartel de un teatro de figuritas, y le colocó sobre la muestra de una botica, y todo Pamiers pudo leer al dia siguiente: *Mr. F. boticario, teatro de la feria*.

Mr. Ganguernet no es menos amable en el campo que en la poblacion. Sabe cortar con suma maña las cerdas de un cepillo, colocarlas en las sábanas de un amigo, de modo que al cuarto de hora de haberse metido en la cama no pueda parar en ella. Atraviesa ó agugerea maravillosamente un tabique para pasar por él un cordelito, que ha atado con mucho disimulo á la colcha ó á la manta de una cama, y cuando ya estais dormido, tira hasta arroliarla á los pies: dispertais transidos, porque Ganguernet escoge para esas bromas las noches mas frias y húmedas: si volveis á colocar la ropa, Ganguernet repite la operacion, y si os incomodais y prorumpís en imprecaciones, os grita por el agujero: ¡es un chasco!....

Si Ganguernet encuentra á un bobalicon de esos cuya cara incita á la burla, le quita mientras duerme el pantalon y la chaqueta, frac ó levita, y lo estrecha cosiéndolo todo con gran rapidez. Luego va á despertar á la víctima y la convida á ir á caza ó á cualquiera otra parte, y aunque el infeliz se afana en ponerse su ropa, no puede conseguirlo.

—¡Dios mio! esclama Ganguernet ¿qué teneis?... ¿estais hinchado, querido?...

—¿Yo?

—Eso es prodigioso.

—¿Creeis?...

—No sé si me engaño; pero vestíos, bajaremos y todos os dirán lo mismo que yo.

—¡Pero si no puedo vestirme!

—Pues he ahí como estais hinchado; es un ataque de hidropesía fulminante.

Y aquello dura hasta que Ganguernet dice su famosa palabra: ¡es un chasco!...

En el número de sus jugarretas se cuenta una que parece abominable: la hizo á uno que pasaba por valiente, y que tuvo un miedo horrible.

Despues de acostarse aquel caballero, sintió en la punta de su cama una cosa fria y suave: tentó con el pie y era un cuerpo largo y redondo: le tocó con la mano y era una culebra enroscada. Saltó de la cama asustado y dando gritos: se presentó entonces Ganguernet diciendo, ¡ha sido un chasco!... tiene miedo de un pellejo de anguila relleno de salvado mojado.

Aquel caballero enfurecido queria romper la cabeza á Ganguernet, pero éste le arrojó un jarro de agua y se escapó diciendo: ¡ha sido un chasco!... Los dueños de la casa acudieron al ruido, apaciguaron al burlado, haciéndole entender que Ganguernet era un hombre de buen fondo aunque muy bromista, que sin él no podia pasarse so pena de morirse de fastidio, especialmente en el campo.

Ten cuidado con él, baron, es uno de esos entes insoportables que se atraviesan por la existencia de los demas, como un perro por un juego de bolos, derribando con su pata vuestros placeres y vuestros pesares. Mas insoportables que el perro y mas dificiles de arrojar, están siempre en acecho de todos vuestros sentimientos, y de cuantos proyectos podais formar, para desconcertarlos con una palabra ó con una chanza: esos entes son tanto mas temibles, cuanto que os esponen á reiros de vuestros mas crueles enemigos y de vuestros mejores amigos, lo que es igualmente agradable, y casi siempre os hacen cómplice de las burlas y mortificacion de los demas, por el placer que encontrais en ellas. De aqui resulta, que si se dirigen á vos, no encontrais en ninguna parte la compasion que no habeis tenido con nadie, y os dejan solo ridiculizándoos si os enfadais, si acaso es posible incomodarse.

Entre los hombres de este carácter hay algunos á quienes su vulgaridad concluye por desconceptuar: estos acuden al repertorio de las farsas conocidas. Pasar la cabeza por la ventanilla de papel de un zapatero remendon para preguntarle donde viven el ministro de hacienda ó el arzobispo; colocar una cuerda en una escalera de modo que caigan cuantos por ella bajan; despertar á media noche á un escribano para que vaya á toda prisa á hacer un testamento de un cliente suyo que se encuentra en el mejor estado de salud, y otras mil farsas de esta especie: ese es el fondo del oficio, y Ganguernet le sabe mejor que nadie.

Pero ha inventado algunas que le han valido una reputacion colosal. La única verdaderamente ingeniosa, la efectuó en una casa de campo, en donde habia un gran número de personas. Entre las señoras que se encontraban allí, Ganguernet fijó su atencion en una de ellas, como de treinta años de edad, muy apasionada por la elegancia parisiense,

Digitized by Google

y que preferia al rostro encarnado de Ganguernet, el pálido semblante de un hermoso jóven medianamente bobo. Ganguernet se complacia en burlarse de él á presencia de la señora, que atribuia su torpeza á preocupacion poética, y su credulidad á buena fé. Una noche se retiraron todos despues de hacer la apologia del jóven, que sufrió Ganguernet con una paciencia de muy mal agüero. Al cabo de una media hora resonaron por la casa los agudos gritos de ¡fuego!... ¡fuego!... que salian del piso bajo. Todos, tanto hombres como mugeres se precipitaron á salir medio desnudos. Entraron todos mezclados con las palmatorias en la mano y encontraron á Ganguernet sentado en un sillon. A las reiteradas preguntas que le hicieron, nada contestó, pero agarró solemnemente de la mano al jóven y llevándole al lado de la hermosa dama, le dijo con gravedad:

—Os presento el corazon mas poético de la sociedad, con gorro de algodon.

Todos prorumpieron á reir, y la señora jamás perdonó á Ganguernet. Sin embargo, todas las farsas de este hombre no han tenido por objeto la venganza: el deseo de hacer reir, es casi siempre el móvil de sus chanzas. Antes de llegar á la anécdota que te presentará á ese hombre bajo su verdadero aspecto, voy á referirte todavía algunos de los rasgos con que mas se envanece. Vivia en Pamiers enfrente de unos venerables vecinos que habitaban una casita de su propiedad.

Estos tenian la costumbre de ir todos los domingos á comer y jugar á los cientos, en casa de un pariente suyo que vivia á larga distancia: alli tomaban un poco de ponche ó comian alguna cosa frita y bebian licores, por manera que los dos esposos volvian á eso de las once tropezando y cayendo ó poco menos.

Un domingo volvian á su casa; llegaron á la puerta del vecino y todavía anduvieron diez pasos, que era justamente la distancia que mediaba hasta la suya. El marido sacó el picaporte del bolsillo y buscó la cerradura, pero en vano; no la habia.

—¿En dónde está la cerradura? esclamó.

—Has bebido demasiado, Larquet (asi se llamaba) le decia su muger, buscas la cerradura y estamos todavía en frente de la pared del vecino.

—Es cierto, dijo Mr. Larquet, avancemos algunos pasos mas.

Continuaron, pero aquella vez se pasaron, porque despues de reconocer la puerta del vecino de la derecha, reconocieron la del de la izquierda, y la suya se hallaba entre aquellas dos. Vuelven tentando la pared y llegan á otra puerta; era la del vecino de la derecha. Las pobres gentes comenzaron á alarmarse acerca del estado de su razon, y temieron si estarian beodos. Vuelven á principiar su inspeccion, y desde la puerta del vecino de la derecha pasan á la del de la izquierda. Siempre encontraban aquellas dos puertas; la suya habia desaparecido; ¿quién se la podia haber llevado? Se asustan, piensan volverse locos, y temerosos del ridículo en que incurririan unos ciudadanos honrados que no podian encontrar la puerta de su casa, estuvieron por espacio de una hora tocando, inspeccionando y midiendo: pero no habia puerta, no habia mas que una pared desconocida, implacable y capaz de hacer desesperar á cualquiera. Entonces se apodera de ellos el miedo completamente, principian á dar gritos, piden socorro, y por último reconocieron que la puerta estaba perfectamente tapiada. Cuando todos se preguntaban unos á otros quién seria el que habia hecho aquella burla á tan honrados vecinos, Ganguernet, desde su balcon, en donde acompañado de otros calaveras presenciaba el aturdimiento de los esposos, gritó:

—Ha sido una chanza...

—¡Pero van á contraer una enfermedad!...

—Bah, replicó, es una chanza que solo puede causar risa.

Suplicaron al fiscal que moderase el deseo de reir de Mr. de Ganguernet, y fué condenado á algunos dias de prision á pesar de su hábil defensa que consistia en decir:

—Ha sido una chanza, señor presidente.

A pesar de su vanidad, Ganguernet no se jacta de todas sus jugarretas: hay una que siempre niega, por que han amenazado cortar las orejas al autor si llegan á descubrirle. Esta se la inspiró el desprecio con que habian mirado á su persona en cierto salon aristocrático. Tratábase nada menos que de una antigua señora muy noble, que reunia en su tertulia lo mas escogido y brillante de la poblacion.

Entre otras costumbres de la antigua raza, habia conservado la de no admitir en su sociedad á ningun plebeyo como Ganguernet, y la de ser conducida en silla de manos.

Fué á un baile en casa del subprefecto, á que tambien asistió Ganguernet. Salió á media noche en su silla de manos cuando llovia con fuerza. Cuando llegaba debajo de uno de los canalones que vierten á la calle las aguas como si fuesen una cascada, se oyeron dos ó tres silbidos á derecha é izquierda, y se presentaron cuatro hombres.

Los conductores de la silla la abandonaron y huyeron: cuando la pobre señora temia ser asesinada, sintió mucho frio en la cabeza. La cubierta de la silla habia desaparecido como por encanto, y la canal maestra vertia torrentes de agua en lo interior de la silla, cuya portezuela procuraba en vano abrir la dueña. Se agita, se sube sobre la silla, y alli, como el diablo encajonado en un púlpito, llama la cólera divina sobre los asesinos que la hacian tomar un baño de chorro tan cruel, y que solo contestaban á sus invectivas con los mas humildes saludos.

Pero lo mas infame fué que la señora no

Digitized by Google

llevaba nada, mientras que los de la burla tenian paraguas.

En Pamiers, entre aquella gente apática é imbécil en medio de la cual vive Ganguernet, pasa por el hombre mas amable y divertido de este mundo. Apenas hay quien le desprecie, y muchos han llegado á tenerle miedo. Esa sonrisa constantemente fija en sus encarnados labios; esa alegría contínua mezclada en todas las cosas de la vida, debe cansar y turbar tanto como el incesante aspecto de una horrorosa fantasma: esa palabra repugnante que profiere como si fuese muy moral, al fin de todos sus actos: «*Es una chanza.*» es á veces tan lúgubre como la del cartujo: «Hermano, morir tenemos.» Asi es que debe haber algo de desgraciado en la existencia de ese hombre; necesariamente ha tenido una vida que ya ha concluido, pues quiere hacerla pasar por el fatal nivel de su diversion. Era preciso que llegase un dia en que pronunciase sobre un sepulcro su palabra favorita, es una chanza..,

Hace tres semanas, que Mr. Ernesto de B... convidó á varios amigos á una cacería, y en el número de ellos se hallaba Ganguernet. Cuando llegaron los convidados Ernesto concluia una carta; la cerró y la puso en la cornisa de la chimenea. Ganguernet, demasiado curioso, la tomó y leyó el sobre.

—¡Hola! le dijo, ¿con qué escribes á tu cuñada?

—Si, contestó Ernesto indiferentemente. La prevengo que iremos esta tarde á su casa de campo á eso de las siete, para que nos dé de comer. Somos quince, segun creo, y nos espondriamos á tener mala comida sino la avisase con tiempo.

Ernesto llamó á un criado, le entregó la carta, y nadie advirtió que Ganguernet habia desaparecido con él.

Pusiéronse todos en marcha, y comenzada la cacería, Ganguernet y uno de los cazadores se dirigieron por un lado de la llanura mientras los demas ojeaban el otro.

—Esta noche no faltará que reir, dijo Ganguernet á su compañero.

—¿Y por qué?

—Figúrate que he dado un luis al criado porque no lleve la carta á su destino.

—Pues qué ¿la habeis interceptado?

—No, únicamente he dicho al mensagero que se trataba de una buena broma, y que era necesario llevar la carta al marido. En este momento ocupa como juez un asiento en el tribunal. Cuando vea que esta noche van á su casa quince demonios con un apetito voráz, va á encolerizarse. Es avaro cual ninguno, y la idea de que vamos á arrasar su bodega y su despensa, le va á poner de tan mal humor que es capaz de condenar diez inocentes por llegar pronto á su casa para evitar el saqueo.

—Si eso es asi, respondió el compañero de Ganguernet, me parece una broma muy pesada.

—¡Bah! ¡es una chanza!... Lo mas gracios será cuando lleguemos. Los demas hambrientos y cansados se dirigirán á la casa, persuadidos de que van á encontrar una cena escelente. Pero se hallarán con que no hay nada.

—¿Y creeis que eso me conviene á mí mas que á cualquiera otro?..... replicó el jóven á quien Ganguernet habia tomado por confidente. ¿Vos mismo no sereis tan engañado como el primero con vuestra burla?...

—No, porque yo tengo aqui una polla fiambre, y una botella de Burdeos, de que os ofrezco la mitad.

—Gracias; prefiero buscar á Ernesto y prevenirle.

—¡Dios mio!... esclamó Ganguernet, no hay medio de reirse con vos, querido.

El jóven se alejó, y reuniéndose con sus amigos preguntó donde estaba Ernesto. Dijéronle que se habia dirigido hácia la quinta de su cuñada, y en su consecuencia se decidió á marchar allá á participárselo á Mad. de B..... En una revuelta del camino vió á Ernesto que se dirigia hácia la casa: aceleró el paso para alcanzarle, y tal prisa se dió, que llegó casi al mismo tiempo que él: pero Ernesto ya habia atravesado la puerta cuando se presentó el jóven cazador. Cuando iba á entrar, la cerraron con violencia, y casi al punto oyó la detonacion de una arma de fuego, luego una voz gritó:

—Puesto que he errado, defiéndete...

El jóven se precipitó hácia una reja que daba al patio y alli vió el espectáculo mas espantoso. El marido, espada en mano, atacaba á Ernesto con furia desesperada

—¡La amas y te ama!... gritaba con ronca y furiosa voz. ¡La amas, y te ama!... á tí primero y luego á ella...

La carta entregada al presidente le habia descubierto un secreto oculto ya hacia mas de cuatro años, y antes de vengar las injurias de la sociedad, el juez habia corrido á vengar la suya.

En vano el amigo de Ernesto subido en la reja gritaba y les recordaba su nombre de hermanos. Mr. de B... llevaba á Ernesto desde un estremo á otro del patio con el mas ciego furor. De repente se abrio una ventana, y se presentó en ella Mad. de B... pálida y desgreñada.

—Leonia, esclamó éste, ¡vete de ahí!

—No, que se quede, dijo el marido; está encerrada; no temas que venga á separarnos.

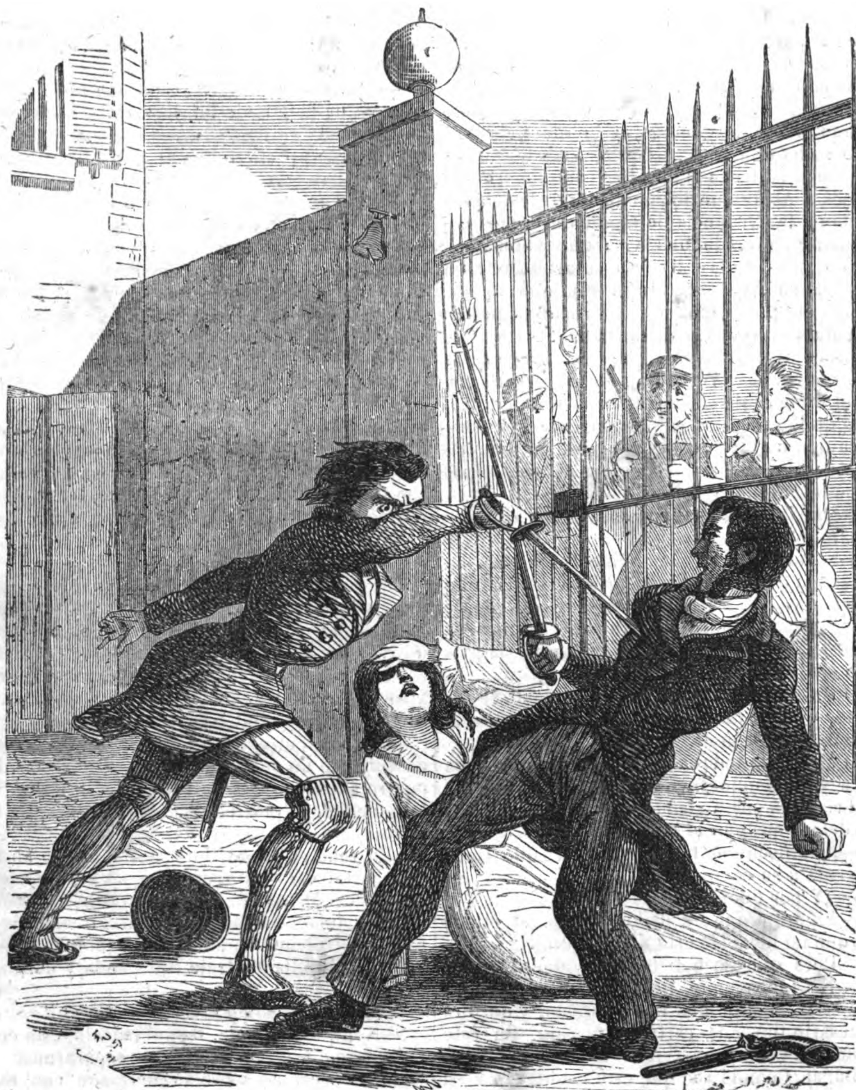
Y se precipitó sobre su hermano con tan violenta exasperacion que las espadas despedian chispas.

—Yo soy la que debo morir, gritaba madama de B... matadme, matadme...

El desgraciado jóven, espectador de aquella horrible escena, mezcló sus gritos con los de Mad. B.... llamó, movió la reja é iba ya á escalar la pared, cuando Leonia impelida por su desesperacion, loca, enagenada, se arrojó por

Digitized by Google

la ventana y cayó entre su amante y su marido. Este á quien la rabia habia privado de la razon, dirigió su espada contra ella, pero Ernesto la separó y perdiendo á su vez todo temor, gritó:



Mirad, caballero, el resultado de vuestras chanzas.

—¿Con que quieres matarla?... pues bien, defiéndete.

Y atacó á su hermano con una furia increible.

En aquel momento nadie en el mundo podia separarlos, estaban encerrados en el patio y la desgraciada Leonia se habia roto una pierna al caer. El combate era espantoso: corria ya la sangre de los dos hermanos y parecia aumentar su furor. Sin embargo, el jóven cazador habia llegado á lo alto de la pared, é iba á saltar al patio, cuando vió correr hácia la casa á algunos amigos, á cuyo frente iba Ganguernet que se aproximó diciendo:

—Gritais como si os estuvieran desollando; os hemos oido desde un cuarto de legua: ¿qué os pasa?

Digitized by Google

Al ver á aquel hombre, el cazador se avalanzó á él, le asió por el cuello, é impeliéndole con furor contra la reja, le gritó:

—Mirad, caballero, el resultado de vuestras chanzas.

—Mr. de B... atravesado de una estocada, yacia al lado de su muger.

—¿Y en qué quedó ese fatal encuentro? dijo Luizzi.

—Mr de B... murió, y Ernesto ha desaparecido. La señora de B... se envenenó al dia siguiente de aquella horrorosa catástrofe.

Cuando el diablo concluia, Ganguernet se volvió murmurando:

—¡Es una chanza!...

—Ese hombre es un infame vil y despreciable: ¿cómo hay todavía quien le hable?

—¡Bah!... querido mio, ¿quién sabe eso?

—Por lo menos el jóven cazador á quien Ganguernet le hizo esa confianza.

—Pero, respondió con sequedad el diablo, si ese jóven cazador ha ejecutado una accion tan abominable como la de Ganguernet, si ha perdido á una muger y muerto á otra por una mentira, y si Ganguernet puede por casualidad añadir á la inicial de un nombre citado en un billete de cierta Mad. Dilois, las letras que manifiesten que es el calumniador que ha cometido aquellos crímenes, el jóven cazador callará y alargará la mano al miserable infame.

—¿Qué?... dijo Luizzi, ¿ese espectador?...

—Eras tú, baron mio, tú que nada has dicho.

Armando olvidó todo cuanto acababa de oir, solo una cosa le chocó y esclamo regocijado:

—Ya ves que me refieres mi vida pasada.

—En cuanto se mezcla con la de los demas, con mucho gusto.

—¡Oh!... entonces, dijo el baron trasportado porque esperaba informándose asi de los demas, adquirir datos sobre sí mismo, dime quién es ese hombre flaco y pensativo, que á cada palabra se vuelve diciendo:

«Si, mi muger.»

Ese hombre es una especie de ente que nada tiene que ver contigo.

—Ello dirá, respondió Luizzi que desconfiaba del diablo.

—Como gustes, pero tanto peor para tí si te ocurre alguna desgracia.

—No tengas miedo, no me arrojaré por la portezuela como por la ventana de la herrería.

—Pobre bobo, que porque toma precauciones contra una especie de peligros, cree que no pueden presentarse otros. Eres como un hombre que habiendo tropezado con un obstáculo en la cabeza cuando iba andando, miraba siempre á lo alto y se creia seguro; pero su necia confianza le hizo caer en un hoyo en que no habia reparado.

—Pues bien, yo arrostro el peligro.

—El primero de todos, mi querido baron, replicó el diablo, es el de oirme formar teorías

—¿No puedes escusarlas?

—¿No me has amenazado, amigo mio, con hacerme imprimir, y crees que el diablo sea un literato tan honrado, que no se engolfe como otros muchos en consideraciones generales, la disertacion metafísica y la digresion moralizadora?

—Con tu permiso, dijo Luizzi, la noche es muy oscura, y yo estoy despierto como un hombre que ha dormido seis semanas: ya te escucho.

El diablo comenzó de este modo.

—Hubo un tiempo en que hablaban los animales, dice La Fontaine; un tiempo muy estraordinario, un tiempo en que los jóvenes de talento se hacian escribanos. Ese tiempo ya pasó, porque muchos han observado que el moderado ejercicio de la escribanía, producia necesariamente la obesidad y la atonía moral, y que la costumbre demasiado asidua de sus funciones conducia á la imbecilidad. Por eso los hombres que desean evitar el suicidio intelectual, huyen de tan peligrosa profesion.

Como todavía no se ha sometido el ejercicio de escribano á un analísis químico, no puedo decir qué sustancia perniciosa le hace llegar á tan desagradables resultados, mas no por eso dejan de ser menos ciertos. Si quieres tomarte el trabajo de echar una ojeada en derredor tuyo, te será fácil convencerte de que lo que aseguro no es una paradoja.

El escribano, como tal, es un ser aparte. Su oficio ó despacho, es donde se arraiga y brota á la manera de esos vegetales animalizados que la historia natural clasifica indiferentemente entre los líquenes y los crustáceos.

No hay una sola carrera que no deje á los que la siguen algunas facultades libres para ocuparse de las cosas del pensamiento: conocemos abogados, médicos, panaderos y otros, que tienen algunas ideas del estilo y de la poesía: se encuentran tambien usureros aficionados á las artes, y hasta entre los agentes de cambio los hay que entienden de pintura, música, literatura, y que hablan con perfeccion; pero desafío á que me presenten un escribano de cincuenta años que tenga alguna idea. No quiero abordar aqui cuestiones íntimas; ¿pero hay en el mundo una clase que sea mas fecunda en maridos engañados que la de los escribanos? Esto depende de elevadas consideraciones morales sobre el estado de las mugeres, que es inútil esplicar largamente. Pero es muy fácil imaginar que en una profesion que casi siempre da una opulencia, al menos relativa, y que pone al que la ejerce en contacto con todas las categorías sociales, es casi imposible que una muger no encuentre al que debe distraerla del fastidio de su marido, bien sea superior ó inferior á ella.

Digitized by Google

Un hombre encerrado en su despacho desde las ocho de la mañana hasta igual hora de la noche, y que deja á su muger sin ocupacion y sin inquietud acerca de su suerte, tiene todas las probabilidades de ser engañado, porque su muger tiene las de obrar mal, la ociosidad y el fastidio.

La muger de un especulador que juega su fortuna en cada empresa, puede tomar interés en aquella vida agitada; puede informarse del éxito de un negocio deque penden su posicion y su bienestar; pero la muger del escribano adquiere lo que posee, «durmiendo como su marido,» y le queda todo el dia á su disposicion. Cuando el alimento llega á hacerse pesado, le parte; ¡eso es cosa muy natural!...

—El señor Satanás da mas de lo que promete, dijo Luizzi, me anunció que seria un poco fastidioso y me parece contundente.

—Eso te probará que es imposible el curar á la humanidad

—¿Y por qué?

—Porque cierra los ojos en el momento en que se la quiere poner de manifiesto sus defectos.

—¿Y qué me importan á mí los del escribano?

—Ya verás. Todo hombre rico, espuesto á heredar ó á casarse, debe tener interés con el escribano, máquina de testamentos y contratos.

Luizzi creyó adivinar que el escribano de que iba á hablarle, podria encontrarse como Ganguernet mezclado en las cosas de su vida; tuvo, pues., paciencia, y el diablo continuó:

—Sin embargo, esa atrofía moral del escribano necesita tiempo para llegar á su último período; asi que el oficial de una escribanía es casi siempre un hombre bullicioso, amigo de mugeres y comilonas: el escribano de treinta á cuarenta años nunca deja de tener cierto aire de mundo; juega, se abona al teatro, da banquetes, dice galanterías á las mugeres jóvenes, y se permite alguna travesurilla con las hermosas que tienen algun talento.

En cuanto pasa de cuarenta años, juega al wisk, come para sí, le fastidia el teatro, le gusta el campo, sale á pie con un paraguas para hacer ejercicio, regala muebles á la hija de su portero, manda componer sus sombreros viejos y pide alguna cruz. A los cincuenta años llega el cretinismo, y á los sesenta ya es completo. La profesion de escribano es insalubre, y nuestros sabios deben buscar preservativos contra ella. Este artículo debe unirse al programa que propone un premio para el descubrimiento de un procedimiento que proteja la salud de los azogadores de espejos y de los doradores de metales.

Antiguamente existia en Tolosa un escribano llamado Mr. Litois; este hombre no ha muerto, pero no existe, aunque tiene sesenta mil libras de renta, sesenta y cinco años de edad y treinta de escribano. Mr. Litois es el hombre-contrato; si le convidais á comer os responderá:

—He contraido un compromiso.

Si va á casa de Herbola á comprar algunas golosinas, dice:

—Quisiera hacer la adquisicion de esa perdiz, ó de ese gallo silvestre; tomo esta cabeza de jabalí con sus dependencias; traedme esa trucha tal como se encuentra.

Por lo demas está tan apegado á su profesion, que llegar á ser escribano, haberlo sido ó desempeñar una escribanía, le ha parecido siempre que debia ser toda la ambicion, la felicidad y el consuelo de un hombre. Asi, pues, no te asombrarás de que con semejantes disposiciones, Mr. Litois haya sido escribano tan largo tiempo. Sin embargo, unos cólicos nefríticos, resultado de una fidelidad bastante constante á su sillon de badana, le advirtieron que ya era tiempo de mantenerse en pie, andar y salir de la escribanía. Hace doce años se resolvió á venderla. Puso para ello los ojos en su oficial mayor, Mr. Eugenio Faynal, jóven de veinte y ocho años, ingenioso, complaciente, alegre, risueño y enamorado. Mr. Litois conocia muy bien todos sus defectos, pero Eugenio no tenia el suyo, y por eso le prefirió. Vender su escribanía á un hombre rico que le pagase en buenos escudos, era separarse violentamente de su vida pasada; era arrojar en brazos de otro su cariño de treinta años, su cargo, y su querida siempre jóven y siempre fiel

Mr. Litois no tuvo ese valor: calculó que un jóven que le debiese 200,000 francos estaria mas á su disposicion, y que todavía podria deslizarse furtivamente en el despacho, hacer por aqui y por allá su acopio como las abejas, picar una venta como un pajarillo una fruta madura; rozar con su pluma un contrato de matrimonio, como la mariposa una rosa, y velar su plaza, criatura inestimable y querida, que como decia Mr. Litois, habia llegado á ser su hija, despues de haber sido su muger.

Eugenio Faynal recibió con gozo las proposiciones de Mr. Litois. Este sabia que Eugenio pagaria su escribanía con un matrimonio, y para que el jóven no estuviese inquieto, Mr. Litois anunció, que en un pueblecito de las inmediaciones de Tolosa, conocia á una jóven que tenia 300,000 libras de dote, la cual pensaba enlazar con su sucesor. Era aquella eventualidad tan halagüeña, que Eugenio la aceptó á ojos cerrados, y aun en el primer momento de entusiasmo propuso varias condiciones cuya trascendencia no calculó. Cuando Mr. Litois emprendia un negocio, no le abandonaba hasta concluirle, y no queria que quedasen eventualidades.

Como Eugenio podia morir antes de casar-

Digitized by Google

se, su principal le hizo asegurar los 200,000 francos, de modo que quedase pagado de su escribanía aunque el jóven falleciese, dejando á sus herederos el cuidado de venderla. Eugenio era jóven y bullicioso, amaba al mundo y los placeres, y por satisfacer sus inclinaciones se habia decidido á probar fortuna.

Pero Eugenio era hombre honrado y pensaba ante todo en pagar á Mr. Litois. Este fijó plazos, porque comprendia que el novel escribano necesitaba tiempo para adquirir reputacion, antes de presentarle como un marido conveniente para un escelente dote.

Durante el primer año, Eugenio no tuvo que sufrir mas que la importunidad de las visitas de su antiguo principal; y lo mas notable, es que Mr. Litois que antes de ese tiempo no hacia nada sin consultar á su oficial mayor, pretendia dirigirle en cuanto hacia en clase de escribano. Pero aquellas pequeñas incomodidades importaban muy poco á Eugenio, porque era rico, respetado y feliz. Feliz efectivamente, porque amaba á una muger hermosa y graciosa, cuyos negocios habia manejado con motivo de una division de bienes.

Aquella muger era de mundo, habia sido desgraciada con su marido, y se servia hábilmente de su palidez habitual, para hacer creer que se hallaba dominada de una profunda tristeza; la costaba mucho el pronunciar la *r*, hacia algunas muecas, se vestia con mucho gusto, y era entusiasta por Chateubriand. Era en términos de escribanía, una conquista magnífica para Eugenio. No hablaba de ella á nadie, pero todo el mundo lo sabia. Aquella publicidad fué tan lejos que al fin lo supo el marido.

Este habia consentido en la separacion de bienes de su muger, mas como no se habia separado su nombre, no queria que fuese objeto de comentarios poco agradables. Aguardó una ocasion; y un dia que su muger y Eunio salian juntos del teatro, el marido abofeteó al escribano delante de doscientas personas. Señalaron sitio y hora para el dia siguiente.

A las ocho de la mañana Eugenio estaba en su casa con los testigos, é iba á salir para marchar á una media legua de la poblacion, cuando entró impetuosamente Mr. Litois, con aire de profunda indignacion.

Antes que nadie pudiese reconocer al hombre que se introducia de aquel modo sin hacerse anunciar. Mr. Litois se avalanzó al cuello de Eugenio y gritó:

—¡No ireis, no ireis!...

—Pero caballero, dijo Eugenio desprendiéndose de él; ¿qué quereis?

—Quiero hacer que continueis siendo hombre de bien.

—Caballero, qué significa...

—Esto significa que no ireis á batiros.

—He sido insultado.

—Es muy posible.

—Me aguarda, y ardo en deseos de encontrarle.

—Es posible.

—Y uno de los dos ha de quedar en el sitio.

—Eso no es posible,

—Eso es lo que vamos á ver.

—No ireis, gritó el ex cribano colocándose furiosamente entre la puerta y Eugenio

Este tenia deseos de agarrar al anciano por los hombros y dejarle caer de lado, pero se contuvo.

—Vamos, caballero Litois, le dijo, sed mas razonable: vuestro interés por mí os lleva demasiado lejos: todavía no estoy muerto.

—Tanto peor.

—¿Cómo que tanto peor?

—Si señor, tanto peor; porque si estuviéseis muerto, no me hariais la bribonada de iros á batir.

—¡Caballero!...

—Nada de gritos, mi querido Eugenio, y leed.

—¿Qué es eso?.... ¿la póliza de seguridad sobre mi vida?

—Leed: Eugenio leyó: «La compañía no estará obligada á pagar el capital asegurado, si el imponente muere fuera del territorio de la Europa, ó si es muerto en desafío.»

—O si es muerto en desafio; ¿lo entendeis, señor Eugenio? *Ergo* no os batireis, á menos que no me deis 200,000 francos en buena moneda usual y corriente.

Eugenio humillado y confundido no sabia qué responder.

—Caballero, dijo á uno de los testigos, hacedme el obsequio de ir á ver á mi adversario y rogarle que me espere hasta mañana.

—Ni mañana ni hoy; he avisado á la policía, replicó el ex-escribano, y os seguirán.

—Pero caballero, me deshonrais.

—¿Quereis arruinarme?

—Pues yo no me he de llevar vuestra escribanía á la tierra.

—Yo no tengo ya escribanía: tengo un deudor de 200,000 francos. ¿En qué ha venido á parar el oficio en vuestras manos? Un escribano que tiene una querida, un escribano que se bate, no se ha visto jamás en el mundo; no daria 30,000 francos por vuestra escribanía. Me debeis 200,000, y vuestra persona es la garantía: esponerla, es cometer un estelionato, una violacion del depósito; lo repito, es una bribonada; que juzguen estos señores.

—Ya volveremos cuando se haya ventilado ese debate, dijo uno de los testigos.

Eugenio no pudo desembarazarse de Litois: la hora de la cita habia pasado, y en vano el jóven escribano escribió al marido pidiéndole otra cita; éste, que habia sabido la causa del retraso de Eugenio, no aceptó, diciendo que el que faltaba á una cita semejante daba que sospechar faltaria tambien á la segunda: y luego como hombre de talento, co-

Digitized by Google

nociendo que se vengaria mejor con el ridículo que con un pistoletazo, refirió la historia del escribano, ajustando su libertad con su antiguo principal.

La escena en que el jóven hacia ofertas al viejo, fué muy chistosa:—diez mil francos y dejadme salir... —No.—Veinte mil.—No.—Treinta mil...—Treinta mil veces no; doscientos mil francos ó nada.

Aquello hizo mucho ruido en Tolosa, y Eugenio perdió su fama de hombre de mundo, y hasta su crédito como escribano decayó sensiblemente: un jóven que no habia sabido batirse ni por él ni por la muger que amaba, era un hombre sin dignidad: la clientela, especialmente la de las mugeres, le abandonó oculta ú ostensiblemente.

Mr. Litois se alarmó sériamente de aquel descrédito, y puso en juego todos sus medios para evitarlo; pero ante todo trató de asegurarse el pago de su escribanía: anunció, pues, á su sucesor la cliente que le habia prometido, la cual debia llegar dentro de dos meses. Desde su desgraciada aventura, Eugenio, que no se atrevia ya á presentarse en las tertulias un poco escogidas, habia contraido la costumbre de ir en casa de algunos amigos modestos: en casa de uno de ellos, encontró una jóven de encantadora belleza, de suma modestia, de carácter flexible y dulce, en fin un ángel. Ella por su parte no vió mas que las buenas prendas del jóven, la elegancia de sus modales, su talento, y la bondad de su corazon. Le amó, y Eugenio en un trasporte de amor, en que olvidó sus crueles obligaciones, la juró casarse con ella: lo creyó, y la pobre Sofia....

Pero esta es una historia aparte que no me conviene sepas ahora: vuelvo á Eugenio Faynal.

Al dia siguiente de aquella sagrada promesa, Eugenio recibió una invitacion de monsieur Litois para que le acompañase á comer, y el desdichado fué allá sin desconfianza. Apenas llegó, su antiguo patrono le hizo entrar misteriosamente en un gabinete que le servia de despacho, y le anunció que iba á ver á su futura.

Aquel golpe tan repentino como el del rayo, hizo palidecer á Eugenio.

—Pero yo no lo sabia

—¿Cómo?.... no lo sabíais y hace dos meses que estábais prevenido....—Pero....

—¿Cómo, pero?... ¿Habeis olvidado que vuestro primer plazo del pago de 100,000 francos ha vencido ya, y que si no se concluye vuestro matrimonio de aqui á ocho dias, y se hace el pago, os denuncio al colegio de escribanos?...

—¡Eso es una barbarie!...

—¡Cómo una barbarie!.., ¡Os doy una muger que os lleva trescientos mil francos de dote!... ¿Pero querido estais loco?

Eugenio creyó que verdaderamente estaba loco segun iban presentándose los negocios y se dejó conducir al salon: entra, ve y mira; y ¡oh sorpresa! se encuentra con una jóven, hermosa, encantadora, graciosa. A pesar de su amor, tembló y concibió una dulce esperanza.

—¿En dónde está vuestra tia?.... dijo el antiguo escribano.

—Heme aqui, respondió con voz ágria, una muger de enjuto semblante.

—Señorita Dambon, os presento á vuestro futuro.

Eugenio se inclinó con respeto.

—Señorita, dejadnos, dijo el viejo escribano á la hermosa niña, tenemos que hablar de negocios,

Eugenio la siguió amorosamente con la vista, ella se sonrió en sus barbas, y el se volvió hácia la tia.

—Vamos, Eugenio, le dijo el escribano, besad la mano á vuestra futura.

Eugenio se quedó moralmente trastornado, y si sus piernas le sostuvieron fué por costumbre, porque creyó habia temblor de tierra. La anciana futura comprendió el efecto que habia producido; pero el marido la habia agradado y pensó que cuando fuese suyo se aprovecharia de él de buen ó mal grado. Dejó, pues, á Eugenio tiempo para reponerse, y le habló tan viva y categóricamente de sus tierras, de sus viñas y de sus prados, que el jóven pasante á quien la escribanía habia gangrenado, en cuanto á esto, la encontró menos granugienta, menos flaca, y casi soportable. Sin embargo, sostuvo un largo combate entre sus promesas y la necesidad, y fué bastante necio para hablar á un amigo acerca de ella la víspera del matrimonio.

Otros muchos escribanos se han casado con viejas muy feas por atrapar el dote. Pero es bien sabido que se han tomado el trabajo de buscarlas, y los han reputado por hábiles. Pero aquel matrimonio forzado, le fué censurado á Eugenio como una cobardía, y ademas le habian ya ridiculizado: las heridas que causa esa arma peligrosa no se cierran jamás, y por poco que las tropiece un nuevo golpe, se envenenan mortalmente.

El jóven escribano y su vieja esposa, fueron objeto de la risa universal. En efecto, Mad. Faynal habia conservado su aspereza y su gazmoñería de solterona vieja A aquella desgracia Eugenio agregó la de llegar á ser padre de dos gemelos: se ve pues que las mugeres reparan el tiempo perdido; los gemelos dieron nuevamente lugar al ridículo.

Bien pronto la señora advirtió que era una curiosidad y que la hacian hablar de sus gemelos, y acusó á su marido de no saber hacerla respetar: la vida de Eugenio llegó á ser una contienda interminable: el mal humor de la señora la produjo erisipela, y si antes estaba fea se puso horrorosa: el carácter siguió el progreso de su fealdad, y al cabo de diez y ocho meses la casa de Eugenio se convirtió en un infierno.

Digitized by Google

Entonces fué cuando para distraerse, se dedicó esclusivamente á los negocios: pero ya no era tiempo: el oficio habia quedado desierto, y los parroquianos se habian ido á otra parte. Dirigió una mirada investigadora á los gastos, y vió que despues de pagados los doscientos mil francos y su interés, no le quedaban de la dote mas que ochenta y cuatro mil, los cuales se habian invertido en su mayor parte en los gastos de la casa, porque el oficio no producia lo suficiente para sostenerlos. Era pues necesario reducirlos ó esponerse á un desfalco.

Eugenio no aceptó aquella humillacion ni aquella ignominia; se resolvió á vender su escribania. El 1.º de marzo de 1815 estaba ya abocado á cederla en 350,500 francos, se retrasó en firmar el contrato ocho dias, y un año despues la vendió en 50,000 francos. En el dia Mr. Faynal es vecino de Saint Gaudens, tiene una mugèr de 48 años, cuatro hijos y 2,200 libras de renta: se ha dedicado al cultivo de rosas: lleva zapatos de becerro de Orleans, lleva polainas de tela basta, juega á los naipes á ochavo, y toca el clarinete. Despues de haber sido escribano no tiene ni corazon ni ideas; siente su desgracia y conoce que ha dado lugar á que le ridiculicen. Ese ente estraordinario no tiene mas que cuarenta y ocho años, y es el que duerme enfrente de tí.

—¿Y qué me importa ese hombre, para que me cuentes sus tribulaciones con tanta estension?

—¿Qué?... repuso el diablo, ¿no comprendes como puede hallarse mezclado un escribano en tu vida?

—Cuando no se han hecho ventas, adquisiciones, ni celebrado matrimonio, contrato doble en que se vende el nombre sin comprar la felicidad ..

—Malo, muy malo, dijo el diablo.

—¿Te agrada?

—Prosigue, yo no repito.

—Pues bien, cuando no se ha hecho nada de eso, no hay que ventilar grandes intereses con un escribano.

—¿No has tenido ningun negocio con monsieur Barnet?

—Seguramente; pero ese es mi escribano.

—¿Pero no has deseado consultarle como escribano de otro?

—Efectivamente, dijo Luizzi, como escribano del marqués de Val.

—Pues bien, ¡pobre joven, no lo comprendes, y quieres ir á vivir á París en donde es preciso adivinarlo todo porque es un pais en donde nada se dice de los intereses ocultos, porque cada uno tiene la conciencia de que se aprecian!

—Eres demasiado sutil conmigo, señor Satanás.

—Pues bien, caballero baron, es casi inevitable que en un contrato de matrimonio se encuentren dos escribanos, el de la familia del novio, y el de la novia.

—Es probable.

—¿Qué era Mr. Barnet?

—El escribano del marqués de Val.

—¿Y quién era el escribano de la señorita Lucy de Cremance, que despues fué marquesa de Val?

—Seria ese caballero que duerme, contestó Luizzi.

—Muy bien... muy bien... respondió el diablo gangueando como un fraile que pregunta la doctrina á un niño y queda satisfecho de la respuesta.

—¿Y sin duda asistió á esa escena tan estraordinaria, cuyo secreto ha conservado Barnet?

—Muy bien.... contestó el diablo con el mismo tono nasal.

—¿Y crees tú que querrá referírmela?

—Ya sabes que he prometido contártela; pero si quiere ahorrarme ese trabajo me hará un favor, porque tengo que hacer aqui.

—En esta diligencia.

—Sí.

—¿Y el qué?

—Una de las mias.

—¿Cual?

—Ya lo verás.

Y al decir estas palabras desapareció el diablo. Luizzi, merced á la vision sobrenatural de que estaba dotado de cuando en cuando, vió convertirse al diablo en una mosca de tan pequeña dimension, que nadie sino él, hubiera podido verla. Revoloteó un momento por lo interior, y parándose en la nariz del ex-escribano, le picó; este agarró maquinalmente las rodillas á la señora que tenia á su lado.

La señora, á quien el diablo no habia picado, dió á Mr. Eugenio Faynal un golpe con su ridículo en los dedos: la bolsa contenia tres llaves.

El escribano se despertó sobresaltado y Ganguernet le agarró del cuello gritando: ¡la bolsa ó la vida!...

—¿Qué es eso? esclamó lleno de terror el ex-notario.

—Una chanza, respondió Ganguernet; y habiéndose despertado todos la conversacion se hizo general.

Sin embargo, Luizzi, mas deseoso en aquel momento de saber lo que iba á ocurrir en la diligencia, que de conocer á sus compañeros de viage, cerró los ojos para aparentar que dormia, lo cual no le impidió poder seguir en su vuelo á la mosca microscópica, que no era otra cosa mas que el diablo.

Salió de lo interior y entró en el cabriolé.

Al lado de Mr. de Merin, el indiano de las cárceles de Berlin, se hallaba un jóven de veinte años cuando mas. Era muy hermoso, pero tenia un aire de ambiciosa necedad, que Luizzi no habria indudablemente observado,

Digitized by Google

sin la sutil perspicacia que el diablo le habia comunicado.

Aquella facultad permitió al baron comprender el carácter de aquel jóven, sin prever sin embargo á donde podria conducirle. Reconoció que estaba dotado de una facultad impresiva estraordinaria, que le habia contínuamente conducido á los ensueños de una existencia tanto mas fantástica, cuanto que por decirlo asi se habia cumplido en la imaginacion.

Estando todavía en el colegio, en donde habia leido los *Bandidos* de Schiller, aquel caballero se habia aficionado á las figuras errantes de los salteadores de caminos. Conceptuábase en su imaginacion con grandes bigotes, pantalon encarnado, botas amarillas, guantes negros, un sable y tres pares de pistolas.

El curso de derecho, que principió un año despues, le mostró el vacío de aquellas vanidades. Pareciéronle muy numerosos los gendarmes y muy escasas las cavernas, y Fernando renunció á suministrar un argumento para el drama aleman.

Bien pronto, como otros muchos jóvenes, hubo á las manos la detestable novela de *Foblás*, y hé aqui que Fernando creyó ver en todos los palcos del teatro de la Opera marquesas de B.... en todas las mugeres risueñas unas jóvenes damas de Lignolles, y que formaria enigmas como cualquier otro. Una bailarina le curó de aquella locura, y el médico le curó de la bailarina.

Otra vez, despues de haber leido con ahinco á *Werther*, Fernando se imaginó que debia matarse de amor. Potier, que fué á dar algunas representaciones en Tolosa, puso fin á aquella manía. La historia de las guerras de la revolucion, estuvo á punto de hacer sentar plaza á Fernando en tiempo de paz, y si hubiese podido atravesar el Garona sin vomitar, se habria hecho marino, para rivalizar con Américo Vespucio ó el capitan Cook.

En el momento en que Luizzi observaba á Fernando, este jóven acababa de leer la historia de los papas, y habia sondeado con una especie de éstasis los secretos del Vaticano. Esa dominacion absoluta que se eleva sobre la de los reyes, esa representacion inmediata de Dios, esa brillante pompa de las ceremonias cristianas, habian aturdido su fácil imaginacion, y bien fuese que envidiase las lubricidades de Borgia, la gloria dulce y artística de Médicis, ó la política y la filosofía de Ganganelli, lo cierto es que no pensaba mas que en el pontificado. Ser papa á los veinte años le parecia que era mucho mejor que amar y ser amado.

Esto participaba mucho de una demencia.

En fin, con esta disposicion de corazon y de ánimo, recorria Fernando el camino de París á Tolosa. Luizzi veia á la mosca-diablo dar vueltas al derredor de la punta de la nariz del jóven, cuando llegaron al pueblecito llamado Boismandé. Nada notable llamaba alli la atencion del viagero, pero se paraba á comer y solo hay en el mundo dos individuos que conozcan el valor de una comida esperada; el hombre que viaja en diligencia, y el convaleciente cuando le presentan el primer aloncito de gallina ú otra ave.

Detúvose, pues, el enorme carruage en Boismandé á la puerta de la posada acostumbrada, y fué poniendo en tierra los numerosos viageros; los hombres cubierta la cabeza con gorros de seda, y las mugeres con sombreros magullados, unos y otras envueltos en capotones, pieles ya medio peladas, pañuelos usados, y todos con una capa de polvo, capaz de resistir al mejor cepillo manejado por la mano mas hábil. La única dama que iba cubierta con su velo, no entró en el parador y continuó su camino.

¿Quién no sabe lo que es la bajada de una diligencia en el parador, ese primer movimiento tan grotesco, en que todos procuran arreglarse? Uno menea con viveza la cabeza y los hombros, se restriega las manos y tose con fuerza, para salir por un momento del estado de arenque en que se encontraba, y volver al estado de hombre y al goce de todas sus facultades: otro sacude con violencia su pierna, para hacer caer sobre la bota el pantalon que el roce de la pierna de su vecino ha subido hasta la rodilla: una señora, todavía fresca, compone con sus dedos y su cálido aliento los almidonados pliegues de su gorro, con cierta especie de coquetería: y otra arregla al bajar la arrugada bata de color de hoja seca.

Despues de esta pequeña detencion todos se precipitan en la espaciosa cocina en donde chirrean en las sartenes los pollos guisados y los implacables fritos, mientras dan vueltas en el asador, el pato de la laguna inmediata, y el lomo de ternera, recurso de las gentes inapetentes.

Algunos minutos despues, cuando los hombres, gracias á la palangana de cobre que relucia en uno de los ángulos de la cocina se han lavado la cara y las manós, y que las señoras, que habian desaparecido un momento, vuelven mas desahogadas y compuestas, se sientan todos á la larga mesa que ocupa el comedor, y entonces comienza la comida á tres pesetas por cabeza.

Primero gira la conversacion sobre los caballos del último tiro, la habilidad del postillon, la afabilidad del mayoral, la comodidad del carruage, y luego acerca de las poblaciones por donde han pasado, la provincia en que se encuentran, el pueblo en que han parado, y por último sobre la posada en que les sirven la comida.

Luizzi escuchaba con atencion, porque aquella conversacion le referia la historia del principio de su viage. Pero no perdia de vista al infernal insecto encarnizado en la nariz de Fernando.

Digitized by Google

Por lo comun, basta tener diez y ocho años, haber visto á Tolosa y su capitolio, á París y sus monumentos, para creerse con derecho de despreciarlo todo, y Luizzi no supo por qué el diablo se tomaba la molestia de dejar la nariz de Fernando, para picar á un hombrecillo jóven de aire bastante impertinente, que volvia á París para concluir el curso comenzado en Tolosa: no era eso necesario para que dijese, como lo hacia, que estaban en un miserable villorio, en un pais malísimo, y en una posada peor.

Seguramente, el amor de la patria, el de la comarca, y aun el del reducido hogar doméstico, son sentimientos muy nobles, mas inspiraron muy mal á la linda Juanita, porque si no hubiese tratado de defender su pobre posada, ¡cuántas desgracias habria ahorrado su silencio! Pero el diablo se mezcló en la partida, y no sabemos si este ha hecho nunca otra cosa que servirse de los buenos sentimientos para hacer cometer malas acciones.

Desde la nariz del estudiante la mosca saltó á la de una criada jóven que le escuchaba, y apenas aquel habia proferido la espresion de miserable posada, cuando la jóven, que no tenia mas que diez y seis años, dijo:

—Vaya, caballero, otros señores mas encopetados que vos se han alojado sin hablar tan mal.

Aquellas palabras hicieron que los viageros fijasen la atencion en la jóven. Era bastante alta, y lo tosco de su trage no encubria la elegancia de su talle; unos pies pequeños, manos admirables, aunque con algunas grietas, anunciaban un nacimiento distinguido, un orígen que desmentia su situacion. Tened por seguro que cuantas veces encontreis en el pueblo una de esas señales de una vida sujeta á penosos trabajos, es algun olvido del recato de una jóven ó de la fidelidad conyugal en favor de algun arrogante caballero que ha creado aquella anomalía. El trabajo y la miseria degradan sin duda prontamente aquellas nobles proporciones, patrimonio de la ociosidad opulenta; pero á los diez y seis años todavía se conservan frescas y vivas, y Juanita apenas los habria cumplido.

Fernando no hizo el menor caso; pensaba en el pontificado, y fuera de esa esfera soberana, nada le llamaba la atencion; la púrpura cardenalicia apenas le hubiera merecido una mirada. No habia observado nada, ni la espresion de su compañero de viage, ni la respuesta que habia producido, ni la suave voz que la habia proferido, ni aquella boca con dientes de marfil, ni aquellos largos cabellos castaños, ni los rasgados ojos de un azul oscuro, cuya vaga espresion denotaba una alma que se dejaba arrebatar fácilmente por las circunstancias.

Solo un anciano, clavando fijamente sus miradas en Juanita, la dijo con voz templada y desconocida para las criadas de posada:

—¿Y quiénes son los ilustres viageros, señorita?

—¡Pardiez!... respondió Ganguernet, que dejó un alon de gallo en honor de la gloria francesa, casi todos los generales que han hecho la guerra en España.

—No es de esos de quienes he querido hablar, contestó Juanita.

—¡Ah! ya comprendo, añadió Ganguernet, se trata del papa Pio que ha estado aqui, y comenzó á reir á carcajadas.

—¿Qué?... gritó Fernando ¿qué decis?

—Si señor, respondió Juanita con acento respetuoso, si, nuestro santísimo padre el papa se ha hospedado en nuestra posada.

—¡El papa!... ¡el papa!... esclamó repentinamente Fernando mirando con asustados ojos á las paredes mal entapizadas, y á los ennegrecidos postes del comedor; ¡él, ese mártir generoso!

Aquella esclamacion atrajo sobre Fernando la atencion que habia escitado la jóven criada. Viagero bastante taciturno, colocado en el cabriolé entre el mayoral y el indiano, Fernando habia permanecido hasta aquel momento estraño al pequeño mundo ambulante de que formaba parte. Pero aquel grito tan singular en un hombre de diez y nueve años, le atrajo las curiosas miradas de la reunion. Solo entonces se vió su alta estatura, su rostro austero, sus grandes ojos negros, y su frente espaciosa y meditabunda, que casi siempre revela una capacidad poderosa en las cosas grandes, ó una exageracion desmedida en las pequeñas.

—Si, verdaderamente, respondió Juanita encantada de haber encontrado un oyente tan exaltado; y la alcoba jamás ha servido á nadie; no se ha mudado en ella nada; está cuidadosamente cerrada, y se entra en ella con el mayor respeto y recogimiento.

En aquel momento la mosca diabólica penetró por las narices de Fernando, y parecia se le queria subir al cerebro; entonces gritó:

—¿No puede verse?... es preciso que yo la vea.

—Voy á conduciros á ella, contestó la jóven, y salieron juntos.

Luizzi procuraba adivinar qué era lo que el diablo queria hacer con aquel jóven y con la criada. Comenzaba ya á notarse su ausencia cuando se oyó un gran ruido en la cocina que precedia al comedor. El nombre de Juanita pronunciado violentamente y repetidas veces, hirió los oidos de los viageros: quisieron averiguar la causa de semejante tumulto, y entraron todos en la cocina, en el instante en que Fernando volvia al comedor por otra puerta.

Un hombre como de veinte y cinco años, al parecer distinguido y en trage de caza, tenia agarrada á Juanita del brazo con una fuerza inesplicable.

—Dame esa llave, la decia, dámela... La

Digitized by Google

infeliz jóven, pálida é inmóvil, le miraba sin contestar, y como fascinada por un estraño encanto; cinco ó seis monedas de oro que habia caidas á sus pies, atraian las codiciosas miradas de algunos aldeanos que hablaban entre sí con calor; la dueña de la posada con la vista encendida gritaba:

—La llave la tiene en el bolsillo del delantal; buscadla ahí, señor Enrique.

Este Enrique, á quien su furor habia hecho en un principio incapaz de reflexion, concluyó por comprender lo que le decian, y registrando brutalmente los bolsillos del delantal de Juanita, se precipitó como un furioso hácia la escalera que conducia al piso principal. Los viageros se adelantaban para pedir la esplicacion de tan violenta escena, cuando el baron, desde la puerta del comedor junto á la cual se habia quedado, vió al jóven lanzarse de un salto desde lo alto de la escalera. Durante algunos segundos dirigió en derredor suyo miradas furiosas. Se acercó á él un aldeano y le dijo:

—Y bien ¿es cierto?

—¿En esa alcoba?

—No es posible, dijo otro.

—Si, en esa alcoba.

—¡Sacrilegio é infamia!

En aquel momento Luizzi creyó reconocer aquella risita sarcástica de que tambien se hallaba perseguido.

—¿Qué diablos ocurre? preguntó Ganguernet.

—Ahi en esa alcoba, repetia el aldeano, en esa alcoba en donde está la cama del papa...

—Bueno, esclamó Ganguernet, que todo lo comprendió entonces, es una èscelente idea.

Pero todos los aldeanos respondieron con gritos de furor y de maldicion.

Y se lanzaron sobre Juanita que parecia haber perdido todo sentimiento de razon. Por fin esclamó de repente: .

—¿La cama del papa? .. ¡estoy condenada!...

Una voz, que solo oyó Luizzi, contestó riéndose á aquella esclamacion: Juanita exhaló un lastimero suspiro y cayó como si se hubiesen roto todos los músculos de su cuerpo. En el momento en que la jóven pronunció las palabras, estoy condenada, dirigió sus miradas al comedor, cuya puerta ocupaba el baron. Al pasar por él aquella mirada para llegar hasta Fernando, manifestó á Armando que tenia algo de la espresion salvage que animaba los ojos de Satanás, y cuando Luizzi al mirar á Fernando observó en su ojo inmóvil un reflejo de aquel resplandor siniestro que parecia habe.le abrasado, comprendió la amenaza del diablo. Pero arrebatado por un sentimiento de compasion hácia Fernando, cerró la puerta del comedor.

—Huid, dijo Armando á Fernando.

—Si, contestó él sin conmoverse.

—Huid ó sois perdido.

—¿Yo?... respondió con una sonrisa melancólica, no pueden hacerme mal; tengo que cumplir mi destino; pero huiré por ellos.

—Ocultaos cuanto antes, subid al imperial y escondeos en la vaca.

Fernando abrió el balcon, y apenas estaba encima del carruage, se abrió la sala del comedor, y varios aldeanos armados de hoces, azadones, palos y látigos, se precipitaron hácia Luizzi.

—¡No es ese, no es ese!... gritaron muchas voces, y Luizzi fué preguntado en dónde estaba Fernando. No habia concluido de contestar que le habia visto marchar por el camino adelante, cuando todos echaron á correr profiriendo imprecaciones y amenazas atroces.

Mientras enganchaban los caballos, Luizzi dijo al mayoral el sitio en donde se habia ocultado Fernando.

—Está muy bien ideado, le dijo, porque si le encontrasen en el camino, Dios sabe lo que harian con él.

—¿Y qué ha pasado á Juanita?

—Al principio creyeron que habia muerto, y por eso la dejaron; pero luego el señor Enrique la llevó á una alcoba, y la ha hecho cuidar.

—¿Quién es ese Enrique?

—El hijo del maestro de postas, añadió el mayoral, un militar de antes de los Borbones, mi ex-capitan.

—¿Conocia á Juanita?

—Vaya si la conocia.

Sonó el chasquido del látigo del postillon. ¡Al coche! ¡al coche!... gritó el mayoral, y todos se apresuraron á subir tristes y silenciosos; Armando lo verificó el último, y observó que el mayoral hizo un movimiento de sorpresa al ver montar al postillon; este entregó al mayoral una caja forrada de badana y murmuró entre dientes:

—He aqui un... los chasquidos del látigo impidieron oir lo demas.

Con el paso que llevaban alcanzaron bien pronto á los aldeanos, que quisieron detener el carruage para subir á él y agarrar á Fernando, que suponian iba delante. Pero el mayoral se opuso formalmente, y el conductor, aguijoneando los caballos, con la voz, el látigo y la espuela, dejó bien pronto atrás á aquella turba irritada.

Ninguno de los viageros que ocupaban el interior de la diligencia habia roto hasta entonces el silencio; pero cuando creyeron que se habian librado completamente de la persecucion de los paisanos, preguntaron qué se habia hecho Fernando, y Luizzi se lo participó. En aquel momento llegaba la diligencia á un sitio muy solitario: de repente paró, el postillon echó pie á tierra, y alzando la voz dijo:

—Baja, miserable, baja ahora.

El baron asomó la cabeza por la portezuela, y bajo la blusa del postillon reconoció al ex-capitan.

Digitized by Google

Fernando bajó, y acercándose á su adversario, ¿qué quereis? le dijo.

—¡Tu vida, tu vida!... gritó Enrique, ¡en este instante, aqui mismo!..

—No me batiré hasta la parada inmediata.

—¿Lo rehusas, cobarde?... y al pronunciar aquellas palabras, Enrique hizo un gesto amenazador, que Fernando miró con la mayor tranquilidad. Pero rápido como el relámpago, éste agarró la mano que iba á herirle, y obligando á Enrique á seguirle, se acercó á la diligencia, y pasando el brazo que tenia libre por entre una de las ruedas, levantó del suelo el enorme carruage mas de una pulgada, y soltando la mano de Enrique:

—Ya veis, le dijo sonriéndose, que en este juego quedaríais bien pronto vencido: os he dicho que en la parada inmediata estaré á vuestras órdenes. Como sin duda el combate que me proponeis será á muerte, no os debe estrañar que haga algunos preparativos antes de marchar á él.

Y luego sin atender á lo que su enemigo le decia, dirigió la palabra á Luizzi con tono dulce y atento, y le dijo:

—¿Sereis tan bondadoso que me querais servir de testigo? Desearia hablaros un momento: si os dignáseis colocaros junto á mí en el cabriolé, os lo agradeceria...

Aceptada la proposicion y retirándose el mayoral al imperial, Armando se encontró entre Fernando y el indiano de Berlin.

Enrique habia vuelto á montar á caballo, y los aguijoneaba con furor: el pesado carruage rodaba con tanta rapidez como el mas ligero calesin.

—Antes de comunicaros, dijo Fernando, el secreto de cuanto acaba de pasar, permitidme que os pida algunos favores, y que espere me los presteis. Tengo que escribir varias cartas que os servireis entregar en París.

Luizzi hizo una señal de consentimiento y Fernando prosiguió:

—Haced descargar mi equipage mientras escribo, y al llegar á la parada tened la bondad de hacerme preparar caballos de posta. Despues del combate quiero cambiar de camino, pues ya no pienso ir á París.

El baron mostró algun asombro de aquella resolucion, y sobre todo de aquella tranquila prevision.

—Os asombrais, le dijo Fernando, de oirme hablar con tanta seguridad, de un combate cuyo éxito os parece dudoso: mirad á aquel hombre, añadió señalando con el dedo á Enrique, está tan muerto como si se hallase ya en el sepulcro.

—¿El?... esclamó Luizzi.

—Si, continuó Fernando: suelen llamar valor á la obcecacion de la cólera: os digo que mataré á ese hombre. Cuando le he mirado ahora he visto retratada la muerte en su semblante. Ya veis que hace volar el carruage; ese hombre tiene prisa por batirse; tiene miedo. Pero no hablemos mas de eso, puesto que él es quien lo quiere.

Ahora, añadió con acento casi burlon, voy á justificarme á vuestros ojos, de lo que sin duda todos llamais un crimen. Las circunstancias únicamente me inspiraron su pensamiento, y solo ellas dan á mi accion un carácter espantoso de profanacion. En el fondo me creo menos culpable de una media hora de delirio, que ese hombre que quiere mi vida, y que hace seis meses marcha con perseverancia por el camino de la seduccion. En el poco tiempo que habeis conversado conmigo, habeis podido juzgar de los pensamientos que me atormentaban, y por eso debe haberos sorprendido menos mi viva esclamacion, y mi deseo violento de ver aquella singular habitacion. Apenas entré en ella, cuando por una reflexion inesplicable, yo, que no veia mas que ilusiones, me encontré repentinamente inclinado á la realidad. Miré á Juanita, ví que me examinaba con atencion, y segun pude calcular, su alma estaba muy distante del respeto que exigia aquel lugar reverenciado.

Luizzi escuchaba á aquel hombre que se atribuia el honor de su mala accion, cuando él sabia que solo habia sido el juguete de un capricho del demonio. La mosca se reia en la nariz de Fernando; sin embargo, este se pasó la mano por la frente con un ademan muy dramático, y hablando con una voz profunda, prosiguió:

—Juanita no es una jóven ordinaria, por manera que no sé cual de las voces con que la hablé al alma fué escuchada. Aunque se haya encontrado el oro que yo la dí, no puedo creer que se me ha vendido. Habia en ella un pensamiento que correspondia al mio.

La mosca continuaba riéndose.

—Yo lo sabré, dijo Fernando con violencia, volveré á verla porque esa jóven me pertenece: la he pagado con el reposo de mi vida, y voy á pagarla ahora con la muerte de un hombre. ¡Desgraciada!... esclamó Fernando trágicamente; sabeis que la palabra que pronunció al caer, yo se la imbuí, yo, que por despedida, y cuando un tigre se habria compadecido de sus sollozos, la dije al despedirme de ella:

—Estás condenada...

Luizzi se estremeció y miró á Fernando como para asegurarse sino era el mismo Satanás que habia tomado sus facciones y su figura. Pero la mosca se reia picándole con encarnizamiento. Parecíale á Luizzi que Fernando representaba una comedia, y que de un grosero deseo de jóven formaba un episodio novelesco del poema satánico.

Quiso asegurarse de ello, y replicó con un aire lleno de conviccion:

—¡Ah!... eso es espantoso...

—¿Qué quereis?..... contestó Fernando sin alterarse: el pensamiento de luchar con el Señor, el orgullo de insultar su santuario, de ajar

Digitized by Google

sin que pudiera defenderla á su mas hermosa y pacífica criatura, todo ese delirio me ha abrasado como un fuego del infierno, y he soñado que el Satanás de Milton no era imposible.

Luizzi se turbó á pesar suyo al oir aquella palabra, y miró al indiano de Berlin que sacudió la ceniza de un cigarro, diciendo:

—La jóven era bastante linda sin que el diablo se mezclase en la partida.

La mosca miró á Merin de soslayo, como para tomar nota de aquella incredulidad.

—Ya hemos llegado, gritó Enrique en aquel momento, y entregando las bridas á un mozo, llamó al mayoral y tomó sus pistolas.

¿Quién de nosotros no habrá sido testigo de un duelo? ¿quién no habrá sentido en su alma esa angustia que produce la certidumbre de una existencia que va á estinguirse? Luizzi apenas conocia á Fernando: y sin embargo, le obedeció en todo como si fuese un amigo íntimo. Bien pronto fué entregado al baron cuanto pertenecia á Fernando, se preparó una silla de posta, y Armando fué á buscar á Enrique que estaba sentado en una piedra y con la cabeza entre las manos. Luizzi miró á aquel jóven y temia por él, al recordar la actitud muy diferente de Fernando: llamó al mayoral y procuró conciliar el negocio.

—¿Dejaremos matarse á esos jóvenes, le dijo, por una moza de posada?

—¡Una moza de posada!... contestó el mayoral, seguramente ese es su estado, aunque pueda decirse que ha nacido para ser servida mas bien que para servir á los demas... pero esa es una historia.

—Hablad, dijo el baron, hablad.

—Seria demasiado largo, y el tiempo urge; lo que puedo deciros es que mi capitan tiene su idea, y que vuestro jóven no le habrá robado.

—¿El qué?...

—La bala que le partirá el cráneo.

—Pues si me temo por alguien, replicó Luizzi, no es por Fernando.

—¿Ese, dijo el mayoral con una sonrisa de desprecio, que no ha sido incluido en la conscripcion, rozarse con un soldado de la guardia, con un valiente de Moscou y de Waterloo?..... porque Enrique se ha encontrado allí, con sus veinte y cinco años... y ademas es muy diestro. Yo no tendria inconveniente en sostenerle en mis dientes un vaso de aguardiente para que le hiciese fuego con esas pistolas; y al decir esto abrió la caja de Enrique.

—¿Son seguras?... dijo Fernando á los dos interlocutores con la mayor calma.

Y tomándolas en la mano las examinó detenidamente y las devolvió muy tranquilo al mayoral.

—Caballero, dijo á Luizzi; la escelencia de esas armas me contrista, me obliga á ser desapiadado; no tengo deseo de arrojar mi vida á ese furioso; haced los preparativos.

Enrique notó la llegada de Fernando, hiz un gesto silencioso, y los testigos le siguieron. Luizzi comprendió que entre aquellos dos hombres no habia esplicaciones posibles. Recibió de manos de Fernando algunas cartas esmeradamente cerradas, cuya letra era firme y pura, y todos llegaron á un bosquecillo en donde habia un claro muy á propósito para el combate.

Las condiciones fueron que los adversarios se colocarian á treinta pasos uno de otro; que á una señal avanzarian diez pasos, y que durante aquella marcha tirarian á voluntad. Las pistolas cargadas con cuidado y envueltas en un pañuelo, fueron entregadas por Luizzi á los combatientes, que inmediatamente ocuparon su puesto.

Una palmada los advirtió, y apenas Fernando habia dado un paso, cuando se oyó la esplosion de un pistoletazo, y se le vió estremecerse y pararse.

—Ese hombre es muy diestro; pero no es valiente; sin eso me hubiera muerto, dijo Fernando enseñando el brazo derecho atravesado de una bala; y tomó su pistola con la mano izquierda.

—Despachaos, gritó Enrique; volveremos á comenzar.

—No lo creo, dijo con voz ronca Fernando.

Y de repente, sin aprovecharse del terreno que podia ganar, tiró, y Enrique cayó atravesado el corazon, sin que un soplo, ni una convulsion manifestase que habia cesado de existir.

Una hora despues, Fernando caminaba en una silla de posta, y el diablo ocupaba su asiento junto al baron que le habia llamado.

—¿Quiéres decirme, señor Satanás, por qué has inspirado á ese jóven un deseo tan infame?

—Ese es un secreto mio, y ademas no es una historia que puedo referirte, pues que has visto cuanto existe de ella.

—Si, pero los actores de esta historia tienen antecedentes que desearia conocer.

—Ningunos: moza de posada, huérfana y jóven, aturdida y echada á perder por una mala literatura, hélo ahí todo.

—Pues ¿por qué los ha escogido para esa accion detestable?

—Por que necesito dos seres maravillosamente hermosos, para que puedan llegar á ser maravillosamente malvados sin que lo adviertan.

—¿Con que lo que acaban de hacer no es mas que el principio de una vida de malas acciones?

—O de malas ideas, que es mucho mas subversivo segun vuestra moral humana, y sirve mucho mejor á los intereses del diablo. Daria todos los crímenes de un siglo por una mala idea. Así es, que acabo de condenar dos seres de una naturaleza activa y poderosa, á que lleven una vida de escepcion, una vida separada del mundo, una vida en guerra con la religion,

Digitized by Google

el matrimonio y el respeto á las desigualdades sociales. Uno de esos seres es una muger llena de pasion, de voluntad y de ambicion, á pesar de la oscuridad de su orígen. Tiene ya mas sentimientos de su porvenir perdido que remordimientos de su crímen. Ocho dias mas de prudencia en esa alma llena de recursos vivos y repentinos, y el capitan Enrique habria llegado á ser su marido, y tal vez le hubiera hecho un hombre distinguido, considerado é ilustre; quizá con él hubiese sido tambien una muger distinguida, ilustre y de consideracion. Ahora ya la es imposible, porque Juanita no es una de esas jóvenes que creen el arrepentimiento una farsa. Arrastrada á una posicion desesperada, querrá imponérsela al mundo.

—Y sin duda por eso impulsará á Fernando á cometer faltas graves, ó tal vez crímenes.

—Si, segun vuestra moral, debeis llamar á esto crímenes.

—¿Me los darás á conocer?

—No me necesitarás para ello.

—¿Y cómo lo sabré?

—Algun dia leerás las obras de Fernando, y aun quizás le encontrarás.

—¿Cómo?

—Le destino para ser literato.

XII.

PRINCIPIO DE ESPLICACION.

Continuó el viage, y naturalmente la conversacion recayó sobre el acontecimiento que acababa de efectuarse. Cada uno tomó de él pretesto para referir aventuras mas ó menos estraordinarias, en que habia sido testigo ó actor. Fácilmente se comprende que Ganguernet debia ser mas fecundo que nadie en narraciones de esa especie. Entre otras con que molestó al reducido círculo de sus oyentes, hubo una que Luizzi escuchó con el mayor interés y curiosidad.

—Es una buena farsa, una escelente farsa, dijo Ganguernet y jamás he reido tanto en mi vida. Vos debeis haber oido hablar de eso hace tres ó cuatro años, señor Faynal.

—¡Hum, hum!... dijo el escribano, ¿pues hace tres ó cuatro años que ha ocurrido algo de estraordinario en Pamiers?

—¿Acaso pasa nunca nada estraordinario en Pamiers? dijo Ganguernet; ha sido en Tolosa, fué la historia del abate Serac. ¿Le conoceis?

—Querreis decir Mr. de Serac Adriano Anatolio Julio de Serac, hijo del marqués Sebastian Luis de Serac. Si no me engaño no creo que viva otro Serac.

—Pues bien, es el mismo, solo que parece que le conoceis únicamente en su cualidad de hombre, pero no por la de sacerdote, lo cual es muy diferente.

—La última vez que le ví, dijo el ex-notario fruciendo el entrecejo y haciendo guiños con los ojos como para recordar una cosa remota era un hermoso jóven de unos veinte y cinco años: esto hará diez, era muy enamorado, y parecia poco dispuesto á vestir el trage clerical. Y á fe mia que creo podria fijar con exactitud la fecha, añadió el escribano apoyando el dedo índice en su frente: era la antevíspera del dia en que se firmó el contrato matrimonial de la señorita Lucy de Cremance, de quien era yo escribano, con el señor marqués de Val, y puesto que me haceis pensar en ello, recuerdo acerca de este matrimonio una escena muy estraordinaria, que voy á referiros.

—Cada uno por su turno, dijo Ganguernet, si contais vuestra historia, reservo la mia.

—Como os plazca, contestó Mr. Faynal acomodándose en su rincon, pero procurad no adormecerme, porque cuando duermo sueño con mi muger, y no por sentimiento de haberla dejado. Por otra parte, no tengo mucho gusto en haceros esa narracion, porque me trae á la memoria un tiempo, que ha sido tan desgraciado para mí, un tiempo en que era escribano, que no tengo mas prisa para hablar ú oir hablar de él, que un presidiario de galeras.

—Perdonadme, caballero, dijo Luizzi, creo que vuestra historia será muy interesante, y por mi parte tendré suma complacencia en oirosla contar, lo cual no obstará para que Mr. Ganguernet nos refiera la suya.

Y Ganguernet comenzó asi:

UNA ORGIA.

Hace tres años me encontraba en Tolosa un dia del Corpus en que habia una solemne procesion. Yo y algunos otros, nos habíamos colocado para verla pasar en una casa cuyo número y calle no os diré. Una casa en donde se vendian muchas cosas prohibidas que las aduanas no acostumbran á decomisar; en el piso bajo habia un café fumadero; en el principal un almacen de tirantes y corbatas, pertenecientes á dos hermanas de veinte á veinte dos años; en el segundo, otro almacen de cuellos, corbatas y tirantes, por dos amigas íntimas de veinte y cinco á treinta abriles, y además una vieja: y en el tercero, un almacen de corbatas, tirantes y cuellos, propio de dos modistillas cuyo nombre y figura ignoro, y que por otra parte seria inútil referiros, pues que no figuraron en nuestra broma; solo hago mencion de ellas para probaros que la casa se hallaba bien habitada, y que no faltaba en ella mercancía.

Solo que cuanto mas alto estaba el almacen, mas bajo era el precio de las mercancías. Ya entendereis la frase... Ganguernet comenzó a reir solo: la señora que iba en aquella localidad le dirigió una mirada que atravesó el espeso velo que la cubria; pero él continuó:

. Estábamos reunidos cuatro ó cinco de genio alegre, y habíamos dicho á las del cuarto

segundo, bajad al principal, ó las del principal, subid al segundo, porque en uno ó en otro, como mas os agrade, habrá fiesta, algazara, comilona, licores y vino.

Aunque las vecinas de los cuartos principal y segundo estaban siempre enemistadas, porque se quitaban mútuamente los parroquianos en la escalera, en cuanto se trató de comer, se reconciliaron completamente. Lo siento por el sexo de la señora, prosiguió Ganguernet inclinándose hácia la que iba en uno de los estremos del coche, y que no se habia levantado el velo: lo siento por el sexo de la señora, pero la muger es naturalmente glotona. Yo no sé si las duquesas y las marquesas son aficionadas á buenas comidas, pero no conozco nada tan voraz como una griseta en una mesa bien servida, porque engulle los alones de pollo como un mayoral de diligencia, y bebe como un inválido. Pero esto no es del caso, y bastaria decir que á las nueve ya estaba preparada la mesa, y mis compañeros y yo, instalados en el piso principal, habiendo pasado antes por el café, con el pretesto de comprar unos cigarros, porque hasta para divertirse se necesita salvar las apariencias.

Iba desfilando la procesion, las jóvenes saludaban desde los balcones á los oficiales de la guarnicion, mientras nosotros estábamos mirando por detrás de unas cortinas: de repente se oscureció el cielo, y al momento comenzó á caer una abundante lluvia que inundó y dispersó la procesion.

Fué aquello tan rápido y la lluvia tan fuerte, que cada uno se refugió en la primera puerta que encontró abierta. Muchas personas y entre ellas un clérigo, se introdujeron en el portal de nuestra casa; siguiéronlas otras muchas, por manera que los primeros que entraron fueron rechazados hasta el pie de la escalera. Asomé la cabeza por encima del pasamanos, y viendo al capellan que estaba en el primer escalon, me ocurrió la idea de una broma escelente.

—Es necesario, dije, que el cura almuerce con nosotros.

Participé mi proyecto á mis compañeros de ambos sexos, que le aplaudieron con entusiasmo.

Recomendé á todos un esterior decoroso y modesto, y yo mismo procuré dar á mi semblante cierta apariencia de compuncion: bajé pues, y me dirigi al abate.—Señor cura, le dije, ese sitio no os conviene, y si gustais subir á mi casa mientras pasa la tempestad, mi esposa y yo tendremos mucho honor en poder ofreceros un asilo.

—Os doy mil gracias por vuestra delicada atencion, me contestó, pero me encuentro aqui muy bien.

Insistí diciéndole que su negativa nos causaria mucho pesar, y el pobre hombre concluyó por seguirme, tan solo por no desairarme. ¡Qué imbécil!...

En cuanto pasó el umbral de la puerta, y entró en la habitacion de nuestras señoritas, yo, que iba detrás, estendí las manos sobre él, y dije para mí: amigo mio, si cuando salgas de aquí no estás condenado, consiento en perder mi alma en lugar de la tuya. En seguida agarré de la mano á la vieja, y dije al cura: tengo el honor de presentaros á Mad. Gribou, mi esposa. Aquel nombre le inventé para evitar que el mio figurase en ciertos conocimientos, y suelo tomarle tambien en mis viages: en cuanto á Marietta, era una esposa de circunstancias, á la que confieso que no faltaba mas que el sacramento para hallarse unida conmigo por todos los vínculos posibles: era en aquel momento una muger hermosa con ojos negros y rasgados en figura de almendra, labios encarnados como el coral, cabellos magníficos, una estatura de reina, con todos sus accesorios, y respiraba tanto amor, alegría, y atractivo, que no me es posible esplicaros: jamás he podido tocar con la punta del dedo la piel morena y suave de aquella muger, sin sentir como un golpe de electricidad amorosa.

A la primer mirada que dirigió al abate, conocí que se prestaba con gusto á ayudarme en el chasco que queria darle.

El abate era buen mozo, cobrizo como un mulato, con mucho cabello, y Marietta por su parte, merecia la pena de enseñarla algo mas que la doctrina. Al principio estuve un poco incomodado, y hubiera preferido que cualquiera de las otras se hubiese encargado de la leccion: pero como el pensamiento era mio, no podia exigir á ninguno de aquellos caballeros, que se sacrificase en mi lugar; solo Marietta me pareció que aceptó su papel con suma facilidad.

Sea como fuere, la chanza era demasiado buena para renunciar á ella de cualquier modo, y rompimos el fuego. El abate estaba al principio muy sofocado, pues llevaba una casulla con tanto bordado de oro que lo menos pesaba veinte libras: le ofrecimos que se refrigerase, y con pretesto de un vaso de agua y vino, hice una mezcla de vino, aguardiente y otros licores, capaz de embriagar á un mulo: el pobre capellan se lo tragó todo sin advertirlo y un minuto despues le ví ponerse muy encarnado, y los ojos con un ligero brillo.

—¿Estais malo, señor abate? le dije con tono dulce y embaucador.

—Si, me respondió, ese vino me ha hecho daño.

—No es estraño, contesté inmediatamente, quizá estareis en ayunas, y el vino produce siempre ese efecto en el estómago vacío. Si quereis hacerme el honor de tomar alguna cosa, vereis como se os pasa en seguida.

Cometió la necedad de creerme y se sentó con nosotros á la mesa: yo no queria otra cosa, y le coloqué entre mí y Marietta. La mesa era muy pequeña, por manera que mientras

Digitized by Google

yo le echaba por la izquierda, vino de mi composicion, Marietta le acariciaba por la derecha. Hay cosas que no pueden esplicarse sino se ven, y una de ellas era la espresion del semblante de aquel pobre hombre, entre mi botella preparada de antemano, y las miradas de Marietta: si el diablo hubiese caido en una pila de agua bendita, no se habria visto mas embarazado.

Yo veia que la cabeza se le iba poco á poco, y cuando ya me parecia que las cosas habian llegado á un punto satisfactorio, observé que tenia sus manos entre las de la vecina. En vez de mirarnos con ojos azorados, como hacia un momento antes, examinaba á Marietta con una atencion que la hubiera puesto mas colorada de lo que estaba, si hubiese sido posible, porque creo que ademas de la buena presencia del abate, que desde luego la agradó, habia tambien bebido un poco mas de lo que yo quisiera

Ya casi seguro del buen éxito de mi empresa, hice una seña á los demas, y todos se levantaron con diversos pretestos, y fueron saliendo para asomarse al balcon, buscar una botella, traer azúcar, etc. Yo salí el último y cerré la puerta con llave, precaucion inútil, porque el abate no se encontraba dispuesto á dejar escapar á Marietta, y yo la conocia demasiado por estar bien convencido de que saldria de allí tan condenada como judía.

—¿Y cómo, dijo Luizzi interrumpiendo á Ganguernet, habeis podido emplear semejantes medios para cometer un esceso tan abominable?

—Vamos, caballero, contestó Ganguernet, no era mas que una chanza. ¿Creeis acaso en la virtud de esos farsantes con ropa talar? Si no hubiese sido Marietta, habria sido una vieja devota que la reemplazase de un modo menos agradable. Por otra parte, yo no culpo mi opinion, soy liberal y aborrezco á los jesuitas, y jamás me arrepentiré de hacerles alguna broma.

—Pero, dijo Luizzi con una viva impaciencia porque conocia que nadie menos que él podia replicar á la estúpida grosería de aquel hombre, ¿qué fué por último lo que resultó?

—He ahi la parte principal del negocio, dijo Ganguernet. Despues de dejar pasar una hora ó dos para que se disipasen los vapores del vino y cualquiera otros, me bajé al café, y allí, bebiendo una copa de aguardiente y jugando al dominó, me puse á referir, como indiferentemente, que al bajar del piso segundo, me habia parecido oir en la habitacion de Marietta una voz desconocida: no soy celoso, añadí, pero he mirado por el agujero de la cerradura, y apostaría cien monedas de buen oro de España contra seis cuartos, á que he visto una casulla sobre una silla en frente de la puerta.

—Es imposible.... Es una broma... Es una invencion.... Es esto. Es lo otro, gritaban por todas partes.

—No lo sé, contesté; pero apuesto dos botellas de ponche, á que hay arriba un clérigo.

—Las apuesto con gusto, dijo uno, porque estoy muy seguro de no perderlas

—Y yo tambien, repliqué, las apostaria con gusto porque Marietta no hubiese hecho una cosa como esa.

—Pues yo apostaria diez y daria cien francos porque la hubiese hecho. ¡Ah! si yo pudiese atrapar á alguno de esos clerizontes que han hecho pasar la herencia de mi tia al hospital de la ciudad, mal rato habia de llevar el villano.

—Pues bien, le dije, apostemos. Apostemos.

Y dicho y hecho.

Durante este tiempo, todos los que habia en el café, que serian como unos treinta, se habian agrupado en derredor de nuestra mesa; la apuesta se fijó en el ponche necesario para toda la concurrencia.

—Pues bien, dije, ya que estos señores participan de la apuesta, es muy justo que lo presencien.

Todos aprobaron mi dictámen y en seguida pasamos por la trastienda y subimos al cuarto principal. Yo habia tomado una buena precaucion: despues de cerrar la puerta con llave, la eché por debajo, para que al ir á abrir tropezasen con ella.

Ya me habian ganado, porque efectivamente por el agujero de la cerradura nada se veia, é iban á decidir que me habia equivocado, cuando el que tenia tantos deseos de perder como yo de ganar, descubrió la famosa llave, introdujo la mano, la sacó y abrió la puerta. Lo primero que vimos fué el bonete del abate; nos dirigimos precipitadamente á la alcoba de Marietta, pero sin duda nos habian oido, porque estaba corrido el cerrojo, y no pudimos sorprender á la pareja *in fragante delicto*, como dice el *jus romanum*. Mi contricante queria forzar la puerta, y como ví que el asunto iba en buen estado, sin que tuviese necesidad de mezclarme en él por mas tiempo, me volví á bajar al café. No todos habian subido, porque algunos se quedaron allí en conversacion. Poco á poco fueron reuniéndose otros, y ya habia un grupo numeroso en que se hablaba de lo que pasaba arriba. Como no acostumbro á quedarme en medio de la tremolina cuando puede concluir en golpes, fuí á situarme en un estremo de la calle para ver el resultado. Los que estaban en el piso prinsipal gritaban como rabiosos llamando á la puerta del cuarto de Marietta, y los del piso bajo les contestaban:

—Echadnos el clérigo.

—Pero caballero, eso hubiera sido un asesinato, dijo Luizzi.

—Nada, contestó Ganguernet, una chanza: por otra parte, el piso no estaba alto, y los

Digitized by Google

clerizontes son como los gatos que siempre caen de pie, y este fué una prueba de ello, porque si no salió por el balcon que daba á la calle, salió por el del patio: al cabo de media hora, cuando ya habia reunidas en la calle mas de cuatro ó cinco mil personas gritando como locos, llegó la policía, y forzando la puerta de la habitacion de Marietta, se encontró con que el pájaro habia volado del nido, pero dejándose las plumas en la jaula, y si no pudieron hacer reconocer al individuo, manifestaron al menos á qué especie pertenecia.

—De modo, dijo Luizzi, que no encontraron al abate de Serac, ¿pues cómo se supo luego que era él?

—Se supo, contestó Ganguernet, porque dos dias despues le ví en la iglesia de San Sernin, orando y llorando en un rincon como un loco. Tambien me conoció porque se levantó, y si hubiésemos estado en un parage solitario, quizá hubiera procurado una compensacion.

—Y habria hecho bien, respondió Luizzi.

—Es posible, replicó Ganguernet; pero yo os aseguro que le hubiera traido á la razon despues de habérsela hecho perder. Y sobre todo, yo no le he hecho gran mal, porque eso no le ha impedido el ser nombrado cura, porque su familia arregló el negocio, y sobre todo, porque los jesuitas no han querido dar á los liberales el gusto de ver castigar á un clérigo. Ni aun siquiera le tuvieron un mes ó dos en reclusion: eso habria sido reconocerle culpable, y designarle al desprecio público, que ciertamente tenia bien merecido.

—¿Lo creeis así? dijo Luizzi.

—En fin, prosiguió Ganguernet sin hacer caso de la interrupcion del baron, ha ganado con saber lo que quizá no sabia, y con tener por querida á la mejor moza de Tolosa.

—¿Pues qué, replicó Luizzi, el abate de Serac ha vuelto á ver á Marietta?...

—Tanto, contestó Ganguernet, que una noche tuve que plantarle en la calle á puntillones.

—Y tanto, añadió la señora cubierta con el velo, que os hizo rodar la escalera una mañana que quisísteis entrar en casa de Marietta.

Ganguernet y Luizzi se estremecieron al oir aquella voz que creyeron reconocer: y sin duda ambos iban á preguntar á la señora del velo, que se ocultaba en un rincon, cuando el escribano, á quien la historia de Ganguernet habia dado deseos de contar la suya, les dijo con tono doctoral:

—He ahi una cosa que puede ser muy graciosa; pero lo que seguramente no sabreis, es el motivo que Mr. de Serac tuvo para hacerse cura.

—¿Lo sabeis? dijo Luizzi que creia ver aclararse para él los misterios en que se hallaba envuelta la historia de la desdichada Lucy.

—Vaya si lo sé, y aunque no me lo han dicho, he aqui lo que pasó el mismo dia del matrimonio de la señorita Lucy de Cremance con el marqués de Val.

XIII.

COSI FAN TUTTE.

—Veamos, veamos.... dijo Armando.

Y el ex-notario comenzó así.

—Ya sabeis que ese matrimonio se efectuó durante los Cien Dias. El conde de Cremance, padre de la señorita Lucy, se habia conducido como otros muchos nobles, siento decirlo delante del señor baron, y se adhirió completamente á ese bribon de *Bu-o-na-par-te*.

(Escribimos este nombre de esa manera, para manifestar como le pronunciaba monsieur Faynal.)

Cuando en 1814 volvió del ejército despues de la caida de aquel tunante, se encontró con que su muger, á quien habia dejado en Tolosa para que cuidase de la casa mientras él iba á hacer la guerra con aquel usurpador, tenia la costumbre de recibir todos los dias al señor marqués de Val. El general Cremance, porque habia llegado á ser general en el servicio del infame *Bu-o-na-par-te*, preguntó á su muger qué tenia que hacer con tanta frecuencia en su casa el marqués de Val. Madama de Cremance, criolla que no reparaba ni en Dios ni en el diablo cuando se la antojaba hacer alguna cosa, pero que tenia mucho miedo á su marido, porque la hubiera roto las piernas y los brazos, si durante el espacio de un segundo hubiese dudado á que iba á su casa el marqués de Val, Mad de Cremance respondió, pues, á la pregunta del general, que Mr. de Val iba todos los dias á la casa para hacer la córte á la señorita Lucy.

—Pues que hubiera venido para eso cada dos dias, respondió el general; es demasiada frecuencia para que no se case con ella.

En los primeros momentos aquello no hizo mucho efecto en Mad. Cremance, porque creyó que con un poco de mimo y zalamería haria olvidar á su marido aquella resolucion. Pero este era obstinado en estremo; habia dicho: el marqués de Val se casará con mi hija, y era preciso que se casase con ella. Mad. de Cremance solo consintió en la apariencia, porque todavía estaba muy enamorada del marqués; pero éste se convino desde luego porque ya nó queria á Mad. de Cremance. Sin embargo, representó muy bien su papel é hizo creer á la madre que solo se casaria con la hija, por salvar su honor.

Mientras la condesa estuvo en aquella creencia, dejó marchar las cosas, y aun las dió impulso, pues echó de su casa á Mr. de Serac, á quien habia prometido ya la mano de su hija en ausencia del general; y á pesar de la desesperacion de la señorita Lucy, la obligó á aceptar un matrimonio que la pobre niña aborrecia, sin preveer cuán desgraciada la hacia.

Digitized by Google

Asi las cosas, llegó el dia de las capitulaciones matrimoniales. Parece que aquel mismo dia Mad. de Cremance advirtió que lo que creia un sacrificio por parte del marqués, era para él una verdadera felicidad: parece que le oyó hablar á la señorita Lucy en un tono en que habia mas pasion de la que ella le habia inspirado. Y sin embargo, ya no habia medio para un rompimiento: por ambas partes estaban citados los padres y los testigos, y celebrados los contratos, que debian leerse por la noche en presencia de las dos familias.

Aunque viviese cien años, me acordaria de ese dia como si fuese el de ayer. Esto ocurria en el salon principal del palacio de Cremance. Toda la familia formaba círculo, el general estaba en medio de él sentado en una silla poltrona, porque estaba atacado de un violento acceso de gota, y se necesitaba un gran valor para dejar la cama y asistir á la lectura del contrato. Mi compañero Barnet hizo lectura de él, y en cuanto la concluyó, firmaron los novios, el general, su muger, y luego los demas parientes.

Apenas puso el general su firma en el contrato, cuando se retiró escusándose con el mal estado de su salud; cuatro criados le llevaron desde el piso bajo al principal en donde tenia su alcoba. Inmediatamente se retiraron tambien los parientes, y quedamos solos madama de Cremance, su hija, el marqués, mi compañero Barnet y yo.

En toda la noche Mad. de Cremance no habia hablado ni una palabra, pero yo habia observado que su mirada era como la de un loco; cuando firmó estaba tan aturdida, que no veia el sitio en donde debia hacerlo, y la pluma se la cayó dos veces de la mano.

Hé aqui cómo nos habiamos colocado: yo estaba sentado junto á la mesa en que iba colocando por su órden los contratos: el marqués, con Lucy, en el hueco de un balcon, y parecia escusarse de llegar á ser su marido, mientras la pobre niña no podia contener sus lágrimas: en el otro estremo del salon, Barnet esplicaba á Mad. de Cremance las ventajas que aquel contrato aseguraba á su hija, en tanto que ésta tenia fijas sus ardientes miradas en su hija y su futuro yerno.

Cuando yo observaba la siniestra espresion de su semblante, la vi dejar repentinamente á Barnet y dirigirse al marqués, á quien arrebató la mano de su hija de que se habian apoderado, diciéndole:

—Mentís, caballero, mentís; ni amais á esa jóven, ni podeis amarla, ó sois un infame.

—La amo, replicó con violencia el marqués.

—Pues bien, si la amas, prosiguió Mad. de Cremance, no te casarás con ella.

—Os juro que si.

—No te casarás, replicó Mad de Cremance que habia llegado á un estado de exasperacion que rayaba en delirio. No te casarás. ¡Hija mia!.... continuó dirigiéndose á la temblorosa Lucy; ¡mira bien á ese hombre!... ha sido mi amante, el amante de tu madre... ¿le quieres para marido?....

Todo esto pasó con la rapidez de un relámpago, y nosotros nos mirábamos asustados de lo que acabábamos de oir, cuando vimos á la desgraciada Lucy caer de rodillas ante su madre, esclamando:

—Señora, señora, no digais eso: otros que yo pueden oiros y creeros. Podria oirlo mi padre.

—Pues bien, que venga y que me oiga, dijo Mad. de Cremance; que venga y que me mate: porque si ese hombre es bastante infame para casarse contigo, y tú, hija mia, eres tan desalmada que consientas en ello, él por lo menos no permitirá tan abominable incesto.

Hubiérase dicho que su sangre de criolla se habia arrebatado á la cabeza de aquella muger, porque estaba frenética de cólera y de celos: entonces se volvió al marqués y le dijo con voz iracunda:

—¿Dices que la amas, miserable é ingrato? ¡la amas! pues ella al menos no te ama; quiere á otro á quien se entregará como yo me he entregado á ti; ama á otro que te deshonrará como tú me has hecho deshonrar á mi marido: ¡ama á Mr. de Serac!..... guárdate, guárdate de él.

Y continuaba increpando furiosamente al marqués, mientras este se esforzaba infructuosamente en tranquilizarla, y que su hija, que habia vuelto á caer en el suelo, lanzaba profundos sollozos y suspiros.

Barnet y yo nos habiamos retirado á un estremo del salon para ser lo menos posible testigos de aquella deplorable escena. Y aun estábamos resueltos á marcharnos, para no correr el riesgo de ver gentes tan poderosas ruborizarse delante de nosotros, cuando madama de Cremance, que puedo atestiguar que verdaderamente se habia vuelto loca, agarró del brazo con mucha violencia al marqués, y le arrastró con fuerza gritando:

—¡Ven!... ¡ven!... es necesario que mi marido nos vea juntos, es preciso que yo le diga la verdad delante de tí.

En aquel mismo momento se abrió la puerta del salon y se presentó el general. No sé si alguno de vosotros le habrá conocido, pero era imposible soportar sin bajar los ojos su mirada fria y penetrante, que parecia clavar en aquel á quien hablaba. Envuelto en una ancha bata encarnada, con sus blancos cabellos y sus largos bigotes tambien encanecidos, produjo en nosotros el efecto de una aparicion. Era como el fantasma de la muerte, que acude cuando se la llama con ciertas palabras. Detúvose en el umbral de la puerta, y en voz baja, pero cuyo acento no olvidaré jamás, dijo:

—¿Qué es lo que pasa aqui?....

Lo preguntaba y tenia su espada en la mano, olvidando que aquello era decir sufi-

Digitized by Google

cientemente que lo sabia. Su hija corrió hácia él gritando:

—¡Perdon!... ¡perdon!... ¡padre mio!... posible haceros comprender, contestó á la pobre Lucy:

—¡Perdon para vos, Lucy!... perdon para



En aquel mismo momento se abrió la puerta y se presentó el general.

El general se inclinó hácia ella, y con voz cuya espresion cruel y suplicante no me es vos, hija mia!... ¿no es así? porque teneis otro amor en el corazon y temeis que vuestro

Digitized by Google

padre se irrite: pero ya sé que ese amor es inocente y os lo perdono: porque si hubiese sido culpable, si ese amor hubiese dejado infundir la mas ligera sospecha sobre el honor de una muger que lleva mi nombre, la mataria, la mataria en este mismo instante

Y al pronunciar estas palabras, el general dió algunos pasos hácia Mad. de Cremance: Lucy se interpuso delante de él esclamando:

—¡Padre mio! .. ¡padre mio!... ¡perdon!...

Y su padre la respondió recibiéndola en sus brazos y con voz dulce y desconsolada:

—Si, hija mia, os hubiera muerto si hubiéseis deshonrado el nombre de Cremance, y como no quiero que eso suceda....

—Me casaré con el marqués de Val, contestó Lucy arrodillándose delante de su padre.

—Gracias, hija mia, dijo el general dejando caer su espada; y dirigiéndose luego hácia nosotros, dijo con voz tranquila:—Hasta mañana, señores mios; os convido á la ceremonia.

Apenas estábamos á algunos pasos á la puerta del salon, cuando el general fué acometido de un dolor tan violento en el pecho, que hubo que tenderle en unos colchones, y no le pudieron subir á su habitacion.

—¿Y se celebró al dia siguiente el matrimonio? dijo Luizzi.

—Si señor, contestó Faynal. Dos dias despues habia ya muerto Mr. de Cremance, su muger habia abandonado á Tolosa, y el jóven Serac habia entrado en un seminario para hacerse sacerdote.

XIV.

PROSECUCION.

Luizzi escuchó con un vivo interés aquella lamentable historia; la diligencia acababa de parar al pie de una cuesta muy ágria y larga: los viajeros habian bajado y Armando caminaba al lado del escribano entregado á las sombrías reflexiones que aquella narracion le habia inspirado, cuando Ganguernet, que queria adelantarse para beber algunos tragos de rom en una casa que veia en la cumbre, le dijo al pasar:

—Parece que la historia del escribano os ha llegado al alma, señor baron.

—En efecto, añadió Faynal, parece que os preocupa mucho.

—Porque ha comenzado á descubrirme el secreto de una desgracia y de un estravío que no podia comprender.

—Y que puedo esplicaros completamente, dijo la señora silenciosa y velada de la diligencia.

—¿Vos?

—Yo: ¿me conoceis, señor baron?

Y se levantó el velo. Luizzi recordaba haberla visto, pero no en qué sitio ni con qué motivo: pero aquella muger añadió en voz baja:

—Soy la criada que os introdujo por la noche en casa de la marquesa de Val.

—¿Marietta? .. esclamó Luizzi.

—Si, Marietta, contestó; ese es mi nombre, el que llevaba siendo criada de la marquesa, y el que tenia cuando hice saltar á Mr. de Serac por el balcon de mi cuarto.

—¿Qué?... ¿érais vos?... dijo Luizzi cada vez mas sorprendido.

—Si, yo era la que habiendo enloquecido de amor á aquel sacerdote, no encontré mas medio que adherírmele y volverle á traer á mi lado, que el de asustarle con su falta, y luego, cuando llegué á dominar su conciencia, acostumbrarle poco á poco á la disolucion, hasta el dia, en que mas disoluto que yo, me obligó á precio de oro y á fuerza de amenazas á servirle en sus infames proyectos.

—¿Contra quién? dijo Luizzi,

—Escuchad; respondió Marietta.

Ya hacia siete años que la señorita de Cremance estaba casada, y otros tantos que él era sacerdote; siempre la habia amado, pero con un amor en que la desesperacion no habia desterrado la inocencia.

Cuando el abate de Serac llegó á ser amante de una muger pública, porque entonces yo lo era ó poco menos, cuando estinguió en sí todo sentimiento noble, sumergiéndose en orgías de que yo no participaba ya, el abate de Serac, amó todavía á la marquesa de Val; pero fué con un amor horrible, con un amor todavía mas asqueroso que criminal.

¡Ay! yo no habia previsto hasta qué punto podia llevarse el espíritu ardiente y el carácter tenaz de ese hombre, una vez lanzado en un mal camino. Fuí la primera en sufrir el castigo del vicio á que le habia impelido: me maltrataba y martirizaba todos los dias con sus frenéticos accesos de celos, auuque no me amaba.

Seis meses despues de la aventura que Ganguernet acaba de referiros, fué cuando se apoderó de aquel hombre la idea de ser el amante de la marquesa de Val. Para conseguirlo, me obligó á entrar en su casa en clase de criada. Desde que era suya me hizo mudar de barrio, y fuí á habitar una casita en el estremo opuesto, á donde iba á visitarme, disfrazado unas veces de paisano y otras de militar, pero nunca con el mismo trage ni uniforme, de modo que nadie podia sospechar que era uno mismo el que iba todas las noches á mi casa. Me tenia encerrada y hubiera podido matarme sin que nadie le hubiese preguntado una palabra. Ademas, le tenia tanto miedo, que si me hubiese mandado cometiese un crímen en donde debiera perecer, no sé si me habria atrevido á negarme á ello. Me ví, pues, obligada á consentir en lo que queria: no sé cómo se compuso, ni de qué devotas se valió para recomendarme, pero en cuanto me pre-

Digitized by Google

senté en casa de la marquesa de Val, fuí admitida.

Cuando entré á servirla no era feliz, pero recogida en Dios, empleaba todo el tiempo en prácticas religiosas, porque la pobre muger no tenia para consolarse y distraerse ni aun la mas dulce y santa ocupacion de las mugeres, la de educar sus hijos.

Luizzi escuchaba á aquella jóven con no menos asombro que interés; ella lo notó y continuó:

—Mi lenguaje os asombra, caballero; pero en los tres años que he vivido al lado de la marquesa de Val, he aprendido muchas cosas y sentimientos, que antes no conocia. Como os decia, era desgraciada; no tenia hijos, porque desde el primer dia de su casamiento se habia separado de su marido, y éste jamás ha atravesado el umbral de su alcoba.

Si, señor baron, he sabido muchas cosas, y la que mas me ha asombrado, es el descubrir cuánta gracia y elegancia pueden conservar los modales, cuando el alma y el corazon se hallan gangrenados por el vicio.

Algunas veces leí las cartas que el abate de Serac me obligaba á llevar á Mad. de Val, y jamás, lo confieso, he visto al amor mas puro y respetuoso, espresarse con tanta dulzura y encanto. Entregaba con la mayor desesperacion aquellas cartas á la marquesa. Despues de negarse á recibirlas durante mucho tiempo, la infeliz concluyó por dejarse persuadir por mí, que la mentia porque tenia miedo, y que sentia el resultado de mis palabras en el instante mismo en que acababa de intentarlo todo para conseguirlo.

Tres meses trascurrieron antes que la marquesa quisiese leer una de las cartas del abate, y despues de consentir en leerlas, pasaron otros tres antes de permitir al abate que se presentase en su casa: yo la impulsé á mi pesar á cometer un crimen, que mi afecto hácia ella me hacia temer mas que la moral con que yo habia sido educada: no me asustaba de que la marquesa tomase un amante: no reputaba como un sacrilegio el que se entregase á un clérigo; pero creia que iba á ser presa de un miserable que tenia todos los vicios y la brutalidad de ellos.

Sin embargo, me sostuvo una esperanza:



Escuchad, respondió Marietta.

Digitized by Google

confiaba en la marquesa misma: parecíame que el dia en que aquel hombre quisiese hablarla un lenguaje que no quisiese oir, sabria muy bien hacerle callar. Conocia tan bien á la marquesa, que no podia imaginar que semejante hombre encontrase medios para sorprender la virtud de una muger tan pura y tan fuerte. ¡Ay! señor baron, ¡habia olvidado que yo misma le habia dado una leccion bien dolorosa y repugnante!

—¿Qué?... dijo Luizzi, ¿fué él?...

—Si señor, respondió Marietta; mezclando sustancias perniciosas en el poco vino que bebia, embriagando á aquella santa y noble criatura, embruteciéndola, como yo le habia embriagado y embrutecido, triunfó de su virtud de muger, como yo habia triunfado de su virtud de sacerdote La usurpó vírgen á su marido, como yo le usurpé á Dios. Esto es abominable, ¿no es verdad, señor baron?

Marietta se detuvo, y Luizzi se pasó la mano por los ojos como si estuviera deslumbrado: luego anduvo silencioso junto á Marietta que tambien callaba. Aquel silencio fué largo: hubiérase dicho que el baron necesitaba todo ese tiempo, para medir la infamia de aquella accion: por fin replicó:

—Si, eso es abominable.

—Pero, añadió Marietta bajando la voz y acercándose á Luizzi, una cosa que no podreis concebir, pero que es cierta, y yo os atestiguo por mi vida, es que aquella señora noble, jóven, elegante y rodeada de la sociedad mas brillante, buscó en el poder que la habia entregado al abate de Serac el olvido de la falta que la habia hecho cometer. Hizo un vicio de lo que habia sido una desgracia. Cuando estaba sola se proporcionaba licores fuertes: los quitaba en la casa á pesar de mi vigilancia, y abusaba de ellos hasta que caia sin fuerza y sin razon; porque para ella, la fuerza era el poder de sufrir, y la razon los remordimientos. Asi vivió dos años protegida por mí que la ocultaba á los ojos del mundo y de su casa, y que hubiera querido ocultarla á los vuestros, señor baron: porque en uno de aquellos movimientos de locura que aquel vicio producia con frecuencia en ella, me dijo:

—Si, yo me desembarazaré de ese verdugo que me mata, y pues ni tengo marido ni hermano que me arranquen de él, tomaré otro amante. Esta mañana ha venido á verme Luizzi, que me parece me amaba cuando era niño, y que participó de mi dolor cuando me casé; Luizzi ha venido á verme; si quiere amarme, le amaré: todavia soy bastante hermosa para que me ame; ¿no es asi? ¡Ah! si, replicó levantando los ojos al cielo é invocando á Dios (tanto la estraviaba su demencia en aquellos horrible momentos); si, le amaré, y vos me perdonareis este amor, ¡Dios mio!.... tendreis compasion de él, porque si no quiere amarme, arrostraré vuestra eterna condenacion; me mataré.

Y porque lo hubiera hecho, caballero, fuí á esperaros á la puerta de su palacio y os introduje en su cuarto, sustrayéndoos de la vigilancia del abate de Sarac, que habia visto parado enfrente de la puerta á donde ibais á presentaros: porque se hubiera muerto, os dejé penetrar en el oratorio de que un sacerdote habia hecho un retrete. Ademas, la habia dejado un poco sosegada, y esperé que llegaria un momento en que se atreviese á deciroslo todo, y que seriais bastante generoso para protegerla sin perderla mas. Pero la desgraciada se habia aprovechado de mi ausencia para cobrar fuerzas, segun decia, y afirmarse en la resolucion que habia tomado. Y cuando entró en el oratorio en que la aguardábais, señor baron...

Marietta se detuvo como si no se atreviese á concluir la frase, y Luizzi contestó lentamente:

—Y cuando la infeliz se entregó á mí en medio de sollozos y de trasportes que yo no comprendia....

—Estaba embriagada, señor baron, ¡estaba embriagada!

XV.

Apenas habia pronunciado Marietta aquella palabra, cuando pasando rápidamente junto á ella y Luizzi una silla de posta, los obligó á apartarse á los gritos de ¡*á un lado*! que daba el postillon. Luizzi dirigió una mirada á la silla, y vió que la ocupaban Fernando y Juanita. Fernando se asomó á la portezuela y gritó á Armando sin hacer parar los caballos:

—No olvideis mi carta á Mr. de Meronilles: os le recomiendo; es uno de mis mejores amigos.

Por una casualidad muy estraña, Luizzi creyó observar que la mosca que habia picado á Fernando no le habia abandonado, y que habia agitado sus alas cuando el jóven le habia hecho aquella recomendacion.

Luizzi estaba tan preocupado con lo que acababa de oir y habia visto, y hubiera pagado á tan subido precio un momento para descansar y poder reflexionar á sus anchas, que no oyó el grito de sorpresa que Marietta lanzó al ver á Juanita en la silla de posta. Conversando de aquel modo, llegaron á la cima de la montaña en donde era preciso volver á subir en la diligencia. Luizzi comenzaba á pensar que el diablo se mezclaba en su vida algo mas que por relaciones, y sospechaba que él era, el que cansado ya de referir, le habia colocado en aquella diligencia en compañía de Ganguernet, el ex-notario y Marietta, cuando se persuadió enteramente al ver correr hácia él á Ganguernet, que le dijo:

—Acaba de romperse el eje de la diligencia, y no podremos continuar la marcha en ocho ó diez horas: henos aqui encerrados todo ese tiempo en una miserable posada, en donde

Sans
CIRUJANO DENTISTA especialista en dientes y dentaduras inquebrantables. Calle Sta. Ana, 5, 2.°

Digitized by Google

cuando mas hay huevos para hacer una tortilla, y aguardiente de patatas para regarla.

—Pues que, contestó Luizzi con impaciencia, ¿no hay medio de reparar antes esa avería?

—Si, dijo Ganguernet, para vos hay uno si teneis dinero que perder y que gastar, es decir, si quereis abandonar vuestro asiento en la diligencia y entrar en una berlina de posta que regresa á París y está parada un poco mas arriba.

—Con mucho gusto, dijo Luizzi, la tomo, y á cualquier precio.

—Parece que el bolsillo se halla bien provisto, dijo Ganguernet tocando el vientre á Luizzi.

Aquella observacion recordó al baron que hasta entonces no habia examinado en qué estado se encontraba su erario: metió la mano en el bolsillo y sacó de él algunos puñados de oro. Supuso, pues, que no era la falta de dinero, sino las circunstancias que el diablo habia producido y que le eran desconocidas, las que le habian obligado á tomar la diligencia. Creyó ademas que aquella berlina de posta no se encontraba tan oportunamente en el camino, sino porque el diablo la habia colocado allí, y muy resuelto á dejarse guiar por él, mandó descargar su equipage, despues de examinar en la lista del conductor en qué consistia, porque lo ignoraba absolutamente. Entre los efectos habia una gran cartera envuelta en badana, que el baron sabia muy bien que no le pertenecia. Se propuso examinar lo que contenia cuando estuviese solo en la berlina, y se separó de sus compañeros de viage despues de dar á Marietta sus señas en París.

Cuando estuvo solo en su carruage se apresuró á abrir la cartera, y vió que entre otras cosas contenia cartas con sobre para él, las que se dió prisa á examinar, aunque estaban abiertas, y parecia que algun otro, ó bien él mismo, las habian ya leido. La primera, firmada por el fiscal del partido de..... estaba concebida en estos términos:

«Señor baron.

«Los hechos que nos anunciais son de tal gravedad, que me he visto precisado á ponerlos en noticia del fiscal de S. M. en el tribunal de Tolosa. Una muger encerrada por espacio de siete años en una mazmorra sin que nadie haya tenido la menor sospecha de ello, es una cosa que parece increible. En cuanto reciba la respuesta del señor fiscal acerca de lo que debo pensar de las noticias que me dais, os las trasmitiré.

«Tengo el honor de ser, etc., etc.

—¡Eh!... dijo Luizzi, parece que he denunciado al capitan Felix: veamos en qué ha parado este negocio: buscó en su cartera y encontró la carta siguiente que comenzaba así:

«Caballero, sois un infame....

—Probablemente es el capitan Felix, dijo para sí Luizzi, que me acusa de no haber querido dejar impune su crímen. Despues de esta reflexion consoladora, continuo la lectura de la carta.

«Me habeis hecho matar á un jóven y deshonrar á una muger que llevaba mi nombre: si no sois un cobarde, me respondereis de vuestra indigna conducta.

F. DILOIS.»

Esta segunda carta puso á Luizzi mas pensativo que la primera, y deseó saber cómo habia contestado á aquella provocacion. Para ello buscó en la cartera una carta que le instruyese del resultado de aquel negocio, pero no encontró mas que cuentas ajustadas con sus administradores. Al examinarlas, le pareció que no habia olvidado completamente sus intereses, y aun que los habia asegurado de un modo que le maravilló. Al recorrer aquellos numerosos papeles, descubrió en un rincon un fragmento de carta cuyas orillas estaban quemadas, como si hubiese sido sacada de entre la lumbre de una chimenea en el acto de ir á ser enteramente consumida:

«...... Antes de morir, la infortunada Lucy me ha descubierto el secreto de mi nacimiento. Era preciso, que vos, Armando, fuéseis el agente de mi pérdida y de mi deshonor. El cielo es justo....

SOFIA DILOIS.»

Cuanto Armando hizo para descubrir nuevos datos en sus papeles, solo sirvió para embrollarle mas é introducirle en el laberinto de aventuras en que se hallaba mezclado: quedábale el recurso de llamar á Satanás para pedirle esplicacion de lo que acababa de leer, pero ademas de que no estaba seguro de obtenerlo, no tenia humor de volver á comenzar la vida incesantemente agitada, que no le habia dejado ni un momento de reflexion. Aplazó, pues, para su llegada á París, el saber en qué habia parado su denuncia contra la familia Buré, cómo habia contestado á la provocacion de Mr. Dilois, y por qué Mad. Dilois le llamaba Armando como si hubiese sido su hermano ó su amante.

—A fé mia, dijo entre sí el baron, seria una cosa muy graciosa, que en esta época de mi vida de que no tengo ningun recuerdo, hubiese sido el amante de Mad. Dilois: soy capaz de ello. Probablemente habré procurado hacerme perdonar una necia indiscrecion, y habré obtenido algo mas que mi perdon. Es bien linda y aun hermosa, y debo haber sido muy feliz: ¿cómo diablos ha sucedido esto? ¡En verdad que mi situacion es bien

Digitized by Google

odiosa!... Ni aun tener el recuerdo de una felicidad que ha debido estar llena de encantos por la inmensidad de pesares que habré causado á esa muger.....

Luizzi se detuvo, y fijándose en esa idea:

—Pardiez, dijo, que deseo tener esa satisfaccion algun dia. Obtener una muger cuya vanidad se ha humillado, y cuya posicion ha destruido el amor, debe ser una cosa magnifica. Si alguna vez vuelvo á encontrar á madama Dilois, quiero atraérmela..... quiero, á menos que esto no se haya cumplido.

Despues gritó con impaciencia.

—Si, verdaderamente es deplorable, y consiento en que el diablo me lleve, si le doy un solo dia de mi vida, aunque tuviera que contarme historias tan espantosas como la del reverendo Mathurino, ó tan fastidiosas como los cuentos del venerable Mr. Boully.

—Admito tu palabra, dijo una voz que pareció entrar por una portezuela y salir por la otra, y que estremeció de tal modo á Luizzi, que durante dos horas, ya no se atrevió á moverse, hablar ni pensar.

Sin embargo, continuó su viage sin ninguna ocurrencia desagradable, y el 25 de febrero de 182... entró en París bien decidido á no ocuparse ya de lo que habia pasado en Tolosa, á vivir con su vida pasada, y á dejar á la casualidad el cuidado de descubrirle el misterio de todos los acontecimientos que habian tenido lugar desde su conocimiento y relaciones con Satanás.

La resolucion que creyó tomar mas firmemente fué la de llamar lo menos posible al diablo, y sobre todo el no valerse de él bajo ningun pretesto, ni para ningun uso, de las noticias que pudiera suministrarle: y para sostener aquella resolucion, convino consigo mismo en no ver á ningun individuo que hubiera tenido relacion con él durante el viage que acababa de hacer.

Luizzi pensó, pues, en volver á sus antiguas costumbres de jóven cuando estaba en París, y en visitar á sus amigos antiguos. Para no faltar á su resolucion, se contentó la noche de su llegada, con enviar á sus respectivos destinos las cartas que Fernando le habia encomendado, y aun la dirigida á Mr. de Merouilles, á pesar de que se le habian recomendado especialmente.

Luizzi pensaba encontrarse de este modo á cubierto de toda especie de pesquisas, cuando al dia siguiente de su llegada, su ayuda de cámara le anunció á Mr. de Merouilles. Luizzi vió que era un hermoso jóven muy bien puesto, al que se contentó con referir sencillamente que habia servido de testigo á Fernando. Pero sin duda estaba decidido en alguna parte, que no se desharia tan fácilmente de lo que pertenecia al diablo, aunque fuese por medio de un hilo imperceptible. Asi fué, que Mr. de Merouilles, amigo de Fernando, de quien el diablo se habia apoderado, concibió una verdadera pasion por Luizzi, y como el pobre baron era el hombre que menos sabia en el mundo deshacerse de un fastidioso, se dejó con gusto acompañar todo el dia por su nuevo conocimiento, al café de París, á los Italianos, al bosque y á todas partes en donde viven los hombres que no tienen mas mundo que los hombres.

Al mismo tiempo se dejó llevar á una casa á donde concurria Mr. de Merouilles, y bien pronto pensó que la casualidad le habia servido perfectamente poniéndole en relaciones con un joven, noble, rico y sencillo, que le introducia en tertulias en donde era completamente desconocido, y que hacia fuese considerado como un hombre de vida regular, al abrigo de toda censura.

No dudaba que entre aquellas personas, como entre cualesquiera otras, se presentarian ocasiones que escitarian su curiosidad, le volverian á colocar en las garras de Satanás, y que en su posicion le valia mas vivir con el vicio que camina á cara descubierta, que con el que se encubre con la hipocresía y la falsa apariencia de las virtudes. Es necesario advertir, que Luizzi no habia pensado todavía en el verdadero objeto de su convenio con el diablo, y que su destino escepcional no le habia ex[illegible] de la ley comun de la humanidad, que es la de vivir sin saber cómo, y marchar antes de elegir un camino.

No se hizo esperar mucho un suceso que debia volver á poner á Luizzi en el caso de renovar sus entrevistas aqui narradas.

XVI.

LOS TRES SILLONES.

Dos dias despues de su llegada, Luizzi entró en un mundo muy poco conocido en París, el de la riqueza retirada. Con esta palabra no es nuestro ánimo hablar de los capitalistas liberales, ni de los de la Restauracion, que competian en dinero con las grandes fortunas nobiliarias, que entapizaban sus habitaciones con telas de seda y oro, y que en los dias de recibo se veian llenas de dependientes y agentes de cambio: que queriendo formar galerías históricas, se hacian pintar en una caceria, y admitian la cara de su cochero y la de su picador entre los retratos de familia; cuyos diamantes amontonados sin gracia en sus mugeres opulentas y chillonas, jamás han podido llegar al aire seductor de una cabeza aristocrática, ó al de un lazo de cinta amorosamente colocado en los cabellos de una hermosa jóven de las que asisten á los palcos del teatro de la Opera. La riqueza de que aqui tratamos, databa de una fecha anterior á la Restauracion, habia comenzado con el Directorio, y se habia mezclado en esa encantadora depredacion de los fondos del Estado y de los placeres de la vida.

En efecto, cuando la Francia llegó

Digitized by Google

rectorio, despues de la República y del Terror, se parecia á un ejército que despues de atravesar un pais erizado de precipicios, enemigos y emboscadas, en las que ha dejado lo mejor de su vanguardia, llega por fin á una ciudad amiga, en donde por algunas horas disfruta de abundancia y seguridad. Entonces es un placer el volverse á ver, obsequiarse, beber, comer, reir, abrazarse y bailar todos mezclados, sin hacer mucho caso del tocador, de la compostura, ni de las acciones; sin cuidarse ni de las miradas curiosas, ni de las espresiones picantes, porque todos son arrastrados por un mismo torbellino.

Van y vienen, corren, se empujan al ruido de la orquesta, al del oro de las mesas de juego, y al de los vasos que tropiezan unos con otros; soberbio carnaval, magnífica orgía, en que los recuerdos sirven de defensa y de escusa contra los recuerdos: porque si un hombre hubiese dicho á otro:

—Ayer os encontré achispado: el último podia contestar:

—Es verdad, ya me acuerdo que estábais beodo.

Y si una muger dijese á otra:

—Ayer estábais en el teatro de la Opera en estremo escotada, podia contestarla:

—Pues vos estábais en camisa en Longchamp.

Y si la primera añadiese:

—¿Habeis tomado á Trenis por amante? la segunda podia replicarla:

—Jamás os he robado nada, etc., etc.

Y otras mil cosas llenas de delirio y de embriaguez, que han debido formar una conciencia muy singular en la mayor parte de esas mugeres que se han vuelto viejas, feas, gazmoñas y devotas:

Y hé aquí cómo esto sucedió;

En aquella hermosa época tan despechugada y trasparente, volvieron una multitud de emigrados. Muchos de ellos eran muy jóvenes cuando salieron de Francia, y la mayor parte pasaron los mejores años de su vida, desde los diez y ocho hasta los veinte y cinco, en las privaciones, la miseria, y con harta frecuencia con malas compañías. Precipitáronse con un sorprendente frenesí en aquel mundo mágico, que ponia al alcance de la mano, la desnudez lejana de las que concurrian al teatro de la Opera. Los recien llegados tenian poco dinero: sus fortunas arruinadas ó deshechas por la confiscacion, no se habian restablecido todavia Tomaban prestado á los maridos, daban á las mugeres, y comprometian su porvenir por dorar lo presente.

Mas tarde, cuando ya pasó la orgía, cuando las clases comenzaron á separarse, y cuando se rehicieron las fortunas, la nobleza del arrabal de San German no pudo romper completamente con aquella aristocracia de dinero, á quien debia muchos capitales é intereses Los millones se gastan bien pronto, pero se tarda mucho en pagarlos. Aquella liquidacion duró mas tiempo que el Imperio. Los hombres acaudalados del Directorio se fueron retirando de los negocios poco á poco, y cedieron hábilmente los suyos á unos dependientes inteligentes, que fueron el manantial de esa riqueza de la Restauracion de que acabamos de hablar, pero no aceptó ni su gente ni sus costumbres de tienda.

Habituada á los grandes nombres y á las grandes influencias políticas, no pudo resolverse á no admitir mas que celebridades de bolsa y de dinero en sus salones que habian sido frecuentados por hombres de quienes los antepasados habian formado la historia de la antigua Francia, y por otros que acababan de hacer la historia de la Francia moderna. Mas adelante, cuando llegó la Restauracion, aquella riqueza se unió á ella. De ese modo conservó sus relaciones íntimas con el arrabal de San German, adquirió sus maneras, sus grandes pretensiones, y su aficion al lujo interior y esterior. Encontrábanse allí, es cierto, pocas señoras de la alta aristocracia, pero en cambio se veian los hombres del rango mas elevado. Muchos de ellos habian conservado relaciones de negocios, ó tenian afecto á aquella clase nuevamente enriquecida. Por todas partes habia jóvenes hermosas y buenos mozos, con rostros y manos de las antiguas razas nobles, aunque el título de conde ó de baron de su señor padre no datase mas que desde el Imperio, y los grandes señores que tenian interés por ellos, lo hacian con una superioridad protectora tan bien entendida, que nadie procuraba buscar la razon de aquella preferencia.

De todos los salones que le parecieron propios para establecer la buena reputacion de que tenia necesidad, Luizzi prefirió el de madama de Marignon. Esta señora era en aquella época una muger de cincuenta á sesenta años, de alta estatura, carnes regulares, los dientes magníficamente conservados, cara arrugada, la cabeza cubierta con gorras elegantemente adornadas, los cabellos canosos arreglados con mucho esmero, ojos brillantes, nariz afilada, labios delgados, y siempre muy ajustada, pero el trage, aunque de telas esquisitas, siempre era de la misma forma: por lo démas, habia aceptado tan francamente su papel de vieja, que los hombres estaban muy contentos, y las mugeres de su edad la aborrecian cordialmente. Suponian que aquel abandono de toda pretension no era sincero: decian que era una venganza, por medio de la cual, Mad. Marignon sacrificaba, merced al implacable epígrama de las fechas, unos triunfos que ya no la eran permitidos; pero que todavía no habian abandonado á unas gracias mucho mejor conservadas que las suyas.

La tertulia de Mad. Marignon era muy concurrida, y Luizzi hizo en su casa conocimientos bastante preciosos para adquirir el dere-

Digitized by Google

cho de saludar en los Italianos ó en la Opera, á lo mas selecto que en punto á hombres encerraban los palcos de la Opera. Las reglas que se observaban en aquella sociedad eran muy severas. La música se componia de artistas, porque la de aficionados hubiera sido muy peligrosa para Mad. de Marignon que tenia una hija de una hermosura deslumbradora y de un talento superior. Los cantantes que divertian á la reunion, eran pagados, porque estaba prohibido que la tertulia se divirtiese á sí misma. Jugábase alli al whist á quinientos francos el tanto, pero Mad. de Marignon no hubiera tolerado un ecarté á duro: se comia muchas veces, se bailaba poco, pero nunca se cenaba.

Todo parecia tan regularizado y metódico en aquella casa, que Luzzi no habia tenido todavía deseos de saber las historias secretas de aquellas gentes, entre quienes su nombre, su fortuna, y su lujo habian hecho que fuese bien recibido, á pesar de no conocerle. Un acontecimiento, al parecer insignificante, le sugirió aquella idea, y le hizo tocar la infernal campanilla que ponia al diablo á sus órdenes.

Una noche que habia concierto en casa de la señora de Marignon, cuando cantaba madama D... llegó hasta la puerta del salon una muger como de unos treinta años, despues de imponer silencio á los criados que querian anunciarla; los caballeros que obstruian la puerta se colocaron en dos filas, y se encontró parada en la entrada de un círculo inmenso. En frente del piano habia un sillon desocupado, aquella señora, á quien Luzzi no conocia, atravesó el salon haciendo una demostracion de escusa á Mad. de Marignon, que la saludó sin levantarse y con señales de mal humor, y fué á ocupar el sitio vacante.

Su entrada produjo bastante efecto, aunque la señora estaba pálida y su hermosura algo marchitada. Luizzi la miró, y observó que estaba adornada con una elegancia perfecta. Pero lo que causó otro efecto, fué que las dos señoras que ocupaban los sillones de derecha é izquierda del en que acababa de sentarse la recien llegada, se levantaron al punto y se marcharon al salon en donde estaban los jugadores. Duraba todavía la pieza que cantaban, y por consiguiente, fué mayor el insulto. El escándalo fué enorme, pero silencioso, y solo las miradas se preguntaron y respondieron: la cantora concluyó sin que nadie la atendiese.

Cuando concluyó, Mad. de Marignon fué á buscar á las dos señoras que tan cruelmente habian insultado á la recien venida. Como dueña de la casa podia repararlo todo yendo á sentarse junto á la víctima, y conversando cinco minutos con ella; pero aunque parecia que estaba muy disgustada de lo que acababa de pasar, parecia tambien que ni aun en su casa se atrevia á tomar á su cargo toda la responsabilidad de aquella reparacion.

Conocia Luizzi á las dos señoras que habian hecho aquel insulto, como se conoce á las personas que concurren á los mismos puntos de reunion que nosotros: la que habia estado en el sillon de la derecha era la señora baronesa de Bergh, muger de cuarenta y cinco años, famosa por su mucha devocion y por su casi esclusivo contacto con los hombres religiosos mejor reputados: era muy nombrada por sus acciones benéficas, por la proteccion que concedia á las escuelas, y por su intachable conducta. La de la izquierda era Mad. de Fantan, quien á pesar de sus cincuenta años conservaba su hermosura de tal modo, que habia convertido su edad en un nuevo instrumento de coquetería. Lo único que se sabia de ella era que habia sido muy desgraciada durante su primer matrimonio, y que se habia visto precisada á separarse de sus hijos. Decíase ademas, que no habia echado en olvido sus primeras desdichas, aun despues de casada con Mr. de Fantan, y todos se admiraban de que tantos *encantos* hubieran podido resistir tantas *lágrimas*. Todo el mundo respetaba y admiraba tanto á la una como á la otra, por lo heróicamente que habian sufrido sus infortunios, y por la escelente educacion que daban á sus hijos, pues aquella tenia un hijo y esta una hija.

Suponiendo Luizzi que nada adelantaria con tratar de informarse acerca de estos personages, preguntó á uno de sus *adláteres* con la mayor indiferencia que pudo aparentar, quién era aquella muger á quien dejaban tan vergonzosamente aislada entre dos asientos vacíos.

—¡Oh! le respondió aquel, es la condesa de Farkley.

—No la conozco.

—La hija natural del marqués de Andeli.

—¡Ah! esclamó Luizzi como aquel que nada adelanta con las nuevas señas que le dan.

—¡Si, señor! continuó el interlocutor impacientado; Laura de Farkley, de quien dicen con mucho chiste: *Será de quien la quiera.* ¿Comprendeis el equivoquillo? (1)

—Si por cierto; pero es muger que escita la curiosidad su historia.

—Su historia la sabe todo el mundo.

—Teneis razon en decir que la saben todos, dijo un caballero, introduciéndose en la conversacion sin mover su garganta del embarazoso garrote de su corbata blanca, apuntalada con almidon, elegante famoso de aquella época por la igualdad de sus pliegues y la regularidad de sus nudos: teneis razon en decir que la saben todos, porque nadie la sabe del todo.

—Mirad, dijo entonces el primer interlocutor de Luizzi; ahí está Cosme de Merouilles, que dicen que ha sido su amante: él os podrá dar noticias fijas.

—¡Bah! esclamó el otro; Cosme sabe lo

(1) El equivoco consiste en que *Laura* y *la tendrá* se pronuncian de un mismo modo, en francés *lorá*.

Digitized by Google

mismo qne nosotros: conoce al que le precedió y al que le heredó.

—Y quizás tambien al que disfrutó al mismo tiempo.

— Es probable, pero no es hombre á propósito para hacer recuentos, es preciso ser aritmético muy diestro para sumar grandes cantidades, y Cosme no tiene talento para tanto.



Mad. Farkley.

Digitized by Google

—Quisiera, no obstante, saber.... replicó Luizzi.

—¡Oh! amigo mio, esclamó uno de los fátuos, tanto valdria recitaros la obra de las *Mil y una noches*. Ademas que, como ya os he dicho antes, nadie podria contaros esa historia á no ser Mad. de Farkley, y aun esa, si quisiera ser exacta, necesitaria publicar diariamente una nueva edicion revisada, corregida, y sobre todo aumentada.

Este último chiste no llegó á los oidos de Luizzi, porque al oir que solo Mad. de Farkley podria contar su historia, se acordó al momento de que podia saberla perfectamente por el que tanto le habia ya contado, y reservó para despues su curiosidad.

Pero á fin de hacer mas provechosa que las otras la nueva relacion que esperaba, quiso conocer personalmente á Mad. Farkley y ver como esplicaba su misma historia. Creyó que jamás podria presentarse ocasion mas apta de comprender el vicio en toda su estension, ya manifestase su mala conducta con una impudencia superior á todo ultraje, ó ya tratase de ocultarla con una hipocresía que aparentase enmascararla.

Habiendo tomado esta resolucion, entró en la sala, llena entonces de hombres, y saludó á algunas señoras acercándose poco á poco á Mad. Farkley, hasta que últimamente tomó asiento á su lado. Ella no pudo menos de volver la cara para mirar al que ocupaba aquel sitio vacío: su mirada ardiente, rápida y profunda espantó á Luizzi; le pareció que no era la primera vez que le dominaba el encanto de aquella mirada, y hasta se le figuró que habia conocido, lleno de juventud y de pureza, aquel rostro pálido y macilento.

No obstante, no habiendo hallado relacion alguna entre sus recuerdos y la emocion que esperimentaba, se decidió á entablar conversacion, y la pieza que acababan de cantar le dió materia natural y suficiente. Ya comenzaba una frase, muy insignificante por cierto, cuando Mad. de Marignon, que habia entrado repentinamente en la sala y visto á Luizzi al lado de Mad. Ferkley, venciendo el descontento que le causaba la accion de aquel, se acercó á esta y le dijo con tono suelto y sencillo:

—Vengo, querida Mad. Farkley, á buscaros para que me digais qué os parece una cachemira que voy á regalar á mi sobrina; pues ademas de que teneis muy buen gusto, sé que entendeis mucho en la materia.

—Estoy á vuestra disposicion.

—¿Abuso acaso de vuestra bondad?

—¡Nada de eso!

—Y á propósito, ¿cómo sigue Mr. de Andeli?

—Tan bueno: como todo hombre feliz.

—¿Siempre tan rejuvenecido?

—Y tanto, que esta noche me espera en el baile de la Opera.

—Eso es lo que se llama un buen padre.

—¡Oh! si señora, escelente.

Habia pasado este breve diálogo mientras Mad. de Farkley tomaba de su silla la manteleta, el abanico, el ramillete, todos los arreos, en fin, de una señora vestida de baile, y en seguida salió con Mad. de Marignon: instantáneamente entraron Mad. de Bergh y madama de Fantan, y un instante despues madama de Marignon volvió sola. Jamás se ha echado de una sala con mas escándalo á una señora que como echaron á Mad. de Farkley. Luizzi, que se habia quedado en su lugar, se levantó cuando entraron las dos gazmoñas: pero estas le dieron las gracias por su política con tanta frialdad, que adivinó la imprudencia que acababa de cometer; y Mad. de Marignon le dijo con mas amplitud que las miradas coléricas de las otras, lo que estas le habian hecho suponer, pues al pasar junto á él se volvió y esclamó con desdeñosa sorpresa:

—¿Como? ¿Aun estais aqui? ¿Pues no teniais una cita en el baile de la Opera?

Al oir esta frase quedó Luizzi en una de aquellas estrañas perplejidades que hacen muchas veces del hombre el animal mas feroz del mundo.

Al pronto le encolerizó la detestable alusion que la señora de casa hacia en mengua del honor de Mad. de Farkley.

—¡Pero qué! decia para sí: ¿se atreve á suponer qne una sencillísima respuesta, dada á una pregunta no menos sencilla, es una cita de esa señora? ¿Esa respuesta queria decir que me seria fácil hallarla esta noche en el baile de la Opera? No, no es posible: no hay muger capaz de tan poca vergüenza: Mad. de Marignon está prevenida en su contra, y esta ceguedad hace que dé un sentido infame á las frases mas inocentes. Mad. de Farkley habrá seguido una conducta poco prudente, muy culpable acaso; pero de eso á ofrecerse al primero que llega, hay mucha distancia: ella es jóven y elegante, lo suficiente para estar segura, cuando menos, de que la deseen y la busquen: ella no me conoce, y eso es rebajarla mucho mas de lo que merece. Para ella no tengo importancia, soy un estraño insignificante....

Esta série de buenos pensamientos que habia invadido la cabeza de Luizzi, retrocedió repentinamente cuando observó los cuchicheos de que era objeto; y por una reaccion violenta continuó de esta manera en sus reflexiones:

—Pero.... ¿si seré estúpido? ¿Por qué he de ser el único que suponga en esa muger la reserva que no tiene quizás? ¿Y he de perder en esta ocasion, como en otras muchas, varias horas de placer por tener buena opinion de los demas y malísima de mí propio? ¿No me basta el que me hayan engañado muchas veces las apariencias de virtud para librarme de un nuevo engaño, hijo de escrúpulos que

Digitized by Google

yo mismo invento? Limpiemos el corazon de semejantes escrúpulos; vámonos al teatro de la Opera.

¡Cuántas traiciones, bajezas y vanidades ha hecho cometer á los hombres el temor de pasar por tontos, temor sin el cual acaso hubieran sido honrados y buenos! Luizzi, al salir de la casa de Mad. Marignon, cometió una de esas bajezas. Dió á la malvada frase de esta la misma autenticidad que se concede á una cosa cierta, y como otros la habian oido, no faltó quien le observara y le siguiera; uno de aquellos fátuos, que le habián hablado tan bien de Mad. de Farkley, hizo como que salia al mismo tiempo que él, le dejó pasar delante, y oyó al volante que decia al cochero: Al teatro de la Opera. Volvió seguidamente y refirió el suceso á cuatro ó cinco íntimos amigos suyos; y estos armaron bastante estrépito con su risa para que todos procuraran enterarse del secrèto de tan repentina alegría. Al pronto respondieron:

—¡No es nada, una cosa muy graciosa! El pobre Luizzi estaba tan ufano... iba tan triunfante... Y en el fondo es muy buen muchacho, pero no merece cosa mejor.

—¿Pero qué es eso? preguntó Mad. de Marignon.

—No vale la pena de repetirlo.

—¿Hablábais de Luizzi?

—Como se podria hablar de otro cualquiera.

—¿Se ha ido quizás?

Un caballero hizo una señal afirmativa con la cabeza, sonriéndose al mismo tiempo con tal malicia, que todos los demas soltaron la carcajada.

—Pero señores, ¿qué hay? replicó Mad. de Marignon.

—Que está en el baile del teatro de la Opera, respondió el caballero sonando y realzando cada sílaba para darle un sentido inmenso.

—¡Qué horror! esclamó Mad. de Marignon en tono despreciativo: ¡eso es escandaloso!

—Y sobre todo de muy mal gusto; añadió Cosme de Merouilles.

—Si, contestó Mad. de Marignon; ya sé que habeis andado con mucho misterio.

—¡Ah! ¡me calumniais! dijo el fátuo meneándose como un estúpido.

—¡Que os calumnio! ¿quereis, pues, negar?...

—¡Oh! no, replicó otro; le calumniais porque decis que ha obrado con misterio; Merouilles no se ha ocultado para nada.

—¡Ah! ¡caballeros, caballeros!... dijo madama de Marignon con ese tono en que parece hallarse mezcladas la indignacion esterior con la alegría interna que produce en la gazmoña la malignidad bien espresada.

Y haciendo tales aspavientos volvió á reunirse con sus dos amigas, entre las cuales y varias personas mas que se unieron al grupo, se trabó una conversacion interrumpida por gritos de asombro y esclamaciones colóricas, que tanto mas menudeaban cuanto mas iba avanzando Mad. de Marignon en la narracion de su diálogo con Mad. de Farkley y de la marcha de Luizzi; las mas severas llegaron á decir contra la desdichada á quien habian despedido palabras que no resuenan comunmente mas que en ciertas calles escusadas. Si Luizzi hubiera podido oir aquella conversacion, hubiera aprendido á conocer lo que es el recato de los términos en ciertos círculos. Asi la muger que no quiere oir contar la historia menos picante y mas cubierta con elegantes palabras, oirá y aun dirá en caso necesario, las frases y palabras mas groseras para insultar á otra muger y anatematizar el vicio. Era Mad. de Fantan tan virtuosa, que aquel dia llegó en este punto á la mas empinada exageracion.

—Si, dijo á Mad. de Marignon; si, ha venido aqui á hacer lo que hacen ciertas muchachas por las calles.

—¡Oh señora! replicó un hombre de edad suficiente para haber conocido á Mad. de Fantan cuando era jóven.

—Si, señor, esclamó esta, incómoda al ver una sombra de oposicion á la justicia de sus fallos; si, señor; Mad. de Farkley ha venido á esta sala á....

—¡Oh! no digais eso, replicó otra vez el caballero anciano, cubriendo con sus ¡oooh! la palabra fatal, que si por este accidente no se llegó á oir, indudablemente se llegó á pronunciar.

La alarma que produjo este acontecimiento en la sala fué tal, que los cantores, á pesar de su gran talento, se sucedian unos á otros en el piano, sin que nadie les prestase oido: ¿ni qué música por escelente que sea puede valer lo que una estupenda maldicion?

Sin embargo, pasó una cosa muy rara.

En el momento mas crítico del cuchicheo, cuando los comentarios sobre aquel hecho llamaban la atencion general y producian un inmenso rumor, un hombre vestido de negro, con rostro enjuto y anguloso, con larga y angosta frente, con ojos hundidos bajo espesas cejas y brillantes con su fulgor de llama, con labios delgados y burlones, se puso al piano. Desde que empezó á tocar todas las miradas se volvieron hácia él; no parecia sino que la cuerda, en vez de ser herida por el martillo de búfalo del instrumento, era pellizcada por una garra de hierro; el piano gritaba y rechinaba al impulso de sus dedos formidables. El aspecto de aquel hombre cautivó aquella misma atencion que habia llamado su preludio: pronto el acento siniestro y sarcástico de su voz hizo correr un estremecimiento lijero y áspero como el que produce el choque eléctrico, por todo aquel círculo de oyentes, y empezó el ária de la Calumnia del *Barbero*.

La palabra *Calumnia* resonó con un tono tan satírico, que por inspiracion instantánea se callaron todos. El cantante siguió con un

Digitized by Google

lujo tan agreste de voz y una entonacion tan mordaz, que dejaron helados á todos los concurrentes: mientras estuvo cantando tuvo clavadas sus miradas llameantes en el terno principal, compuesto de las señoras de Bergh y ca una cruz en el sitio en que se ha cometido un asesinato.

Aquella mirada burlona, que ya la obstinacion hacia insultante, espantó á Mad. de Marignon en tal estremo, que con sus manos



Un hombre vestido de negro, con ojos hundidos y brillantes, se puso al piano.

de Fontan, quienes habian vuelto á sus asientos, y de Mad. de Marignon, que se habia sentado en el sillon de Mad. de Farkley como para limpiar aquel sitio de la mancha que habia caido en él, del mismo modo quo se colo- crispadas tenia agarrados los brazos de su sillon, y los empujaba retrocediendo en su asiento; no parecia sino que temia ver salir de aquellos ojos fijos un rayo ardiente que la dejase en el sitio. Cuando el cantor llegó al

Digitized by Google

final del ária, cuya última frase pinta con tanta energía el doloroso gemido del calumniado y el placer del calumniador, aquel hombre dió á su canto una espresion tan acerba, á su voz un sonido tan poderoso, que á un tiempo todos los corazones se estremecieron y aun vibraron todos los cristales. Se habia apoderado de la sociedad entera una ansiedad inesplicable.

Despues cuando terminó el cantor, reinó por algunos minutos un silencio helado, profundo, y el cantor desapareció de la sala principal.

Despues, y como si hubiera ya cesado el encanto, se levantó Mad. de Marignon, y dirigiéndose al músico encargado de organizar los conciertos, le preguntó quien era el que acababa de cantar, pero este no lo sabia; creia que seria algun aficionado de los que concurrian á las reuniones de Mad. de Marignon; ésta indicó si alguien lo habia llevado con objeto de presentarlo como un artista á quien nadie conoce; pero nadie lo conocia en efecto. Viendo que no la daban razon de él, lo buscaron por toda la casa, mas no pudieron hallarle, y cuando preguntaron á los criados, estos declararon que no habian visto salir á nadie hacia lo menos media hora; sin embargo, madama de Marignon no dejaba de decir á todos:

—¿Pero quién es ese hombre?

—Se me figura que ha de ser un ladron, dijo uno de los fátuos de que hemos hablado.

—Puede ser que sea el diablo, esclamó sonriéndose y bromeando el anciano que habia querido impedir las murmuraciones de Mad. de Fantan.

Esta frase tan vulgar y que tan fácilmente y con tal indiferencia se pronuncia y se oye en cualquiera conversacion, hizo que Mad. de Marignon se pusiese pálida y en su turbacion esclamase:

—¡El diablo! ¡oh! ¡qué.... idea!...

En seguida se retiró á su cuarto: poco despues vinieron á anunciar que se hallaba indispuesta; inmediatamente los salones se fueron quedando desiertos, y todos se retiraron llevando en el corazon un sentimiento penoso.

Luizzi, entretanto, se habia trasladado al baile de la Opera, á ese campo de batalla de las bellezas de pormenor; porque allí es, efectivamente, donde lucen los talles delgados y flexibles, las manos pequeñas y delicadas y los pies arqueados y cortos.

Mucho se ha hablado de las pasiones inspiradas por estas perfecciones secundarias y esterminadas por el encuentro de un rostro feo que arrebata su mágia á todas ellas. Pero hay otro sentimiento que solo puede nacer en el baile de la Opera; el que esperimenta el hombre cuando, despues de haber apartado su mirada de una muger de rostro mediano, encuentra en ella atractivos en los cuales antes no habia reparado.

Cuanto una muger es inferior á las otras en una sala en que la perfeccion y frescura de sus facciones eclipsan su tez marchita y su rostro poco regularizado, tanto les es superior en un baile de la Opera en que la mirada, no pudiendo atravesar la careta, busca bellezas, desdeñadas en otros sitios.

Esto le pasó á Luizzi.

Al principio vió que una muger vestida con un dominó se quedó de pronto parada delante de él, le estuvo mirando por algunos segundos, y luego, continuando su marcha, siguió la corriente de los que por aquel lado paseaban. Luizzi habia entrado despues en la sala de descanso, y como la máscara del dominó daba vueltas por el corredor de los palcos primeros, la siguió con la vista y admiró su cuerpo flotante y gracioso: volvióse ésta para ver á Luizzi, y aquel cuerpo flexible se torció suavemente como un cordon de seda. Luizzi esperó que volviese á pasar para mirarla mejor; fijó entonces la vista en sus pies; eran pequeños y bien formados; su blancura penetraba la media de seda negra con que estaban cubiertos: los zapatos de raso blanco no los oprimian, y las cintas que los sujetaban alrededor de los tobillos hacian resaltar la torneada redondez de sus piernas.

La mirada ávida de Luizzi no se apartó un instante de aquella máscara en mucho tiempo; el grato y suave balanceo de su manera de andar, la elegancia de su talle y la distincion que habia en todo su conjunto, le llamaron tanto la atencion que dió un paso mas para verla mejor. Ella lo observó, y como si hubiera temido ser reconocida, apretó vivamente contra su rostro la barbilla flotante de su careta; entonces reparó Luizzi en la mano; esta mano tenia guante, pero un guante cuya blancura, resaltando sobre el raso negro, revelaba la mano mas elegante, mas ociosa y mas distinguida del mundo. Luizzi no pudo menos de preguntarse.—¿Quién será esta muger tan hermosa?—Quedábase inmóvil en su sitio al paso que ella pasaba y volvia á pasar. Pero ya comprendia cuán ridícula debia ser tanta atencion, y se preparaba á abandonar su sitio para buscar á Mad. de Farkley, cuando la mascára, dejando el brazo del caballero con quien paseaba, se le acercó apresuradamente, é inclinándose hácia su oido le dijo en voz baja:

—¿No sois vos Mr. de Luizzi?

—Sí.

—A las cuatro, bajo el reloj: tengo que hablaros.

Aun no habia tenido tiempo Luizzi para contestar, cuando vió que la máscara habia ya desaparecido, y que Cosme de Merouilles le decia con tono irónico:

—¿Con que á qué hora será vuestra dicha?

—¿Qué dicha?

—¡Pardiez! la que piensa proporcionaros Mad. de Farkley.

—¡Qué! ¿esa máscara es Mad. de Farkley?

Digitized by Google

—La misma que viste y calza.

—Pues si en casa de Mad. de Marignon me pareció una muger de facciones muy vulgares, y aqui...

—Aqui está encantadora, ¿no es verdad? Ya lo sabe ella: por eso da todas sus citas en el baile de la Opera, y en él os ha cogido.

—¿A mí?

—¡Vaya; no la echeis de modesto. Los preliminares han sido algo ruidosos: ¡Mad. de Marignon está furiosa! pero en fin, vos no estais ahora en su casa, os aconsejo que seais exacto con Laura, porque no la gusta esperar, y puedo aseguraros que es cosa que vale la pena.. .

—¿Lo sabeis de cierto?

—Por ahi lo aseguran.

Cosme se alejó y Luizzi echó miradas á todas partes en busca de Mad. de Farkley. Bajaba á la sazon por una de las escaleras que dan á la sala; la lucerna la iluminaba con todo su esplendor: le dirigieron algunas palabras, se volvió para contestar, y toda la soltura, elegancia y belleza de sus movimientos se mostró en aquel instante. Luizzi no pudo menos de volver á esclamar: ¡Vamos, esta muger es admirable! Miró su reloj: era la una y media, de suerte que le quedaban dos horas y media de espera. Luizzi se hallaba con una impaciencia de que él mismo se asombraba.

—¡Vamos! ¿me he de turbar por esa muger? ¿Tanto la deseo que no he de pensar sino en ella? ¡Una muger que pertenece á todo el mundo, que es casi tan vergonzoso el poseerla como el no haberla poseido! Esto es una locura. Pero mucho falta todavia para que me quede aqui parado mirándola como un mentecato. Pasemos el tiempo en algo.

Volvió á pasar Mad. de Farkley y le hizo una seña de inteligencia.

Luizzi la tuvo por graciosa en estremo, y su corazon le palpitó con violencia.

—Pues señor, está visto, soy el preferido esta noche. Enhorabuena. Pero no quiero ser mas torpe que los demás, sino que ella conserve de mí un recuerdo superior al de los otros. Cuantos me han precedido saben la mayor parte de sus aventuras; pero debe tener algunas que nadie sepa, y esas son las que yo quiero contarle en el momento en que se figure que ha dado con un tonto.

E inmediatamente se apartó de la multitud, sacó su campanilla, la tocó, y un caballero vestido de negro pasó á su lado.

—Aqui estoy, le dijo Satanás; ¿que quieres?

—Saber la historia de aquella muger que pasea allá abajo con aquel dominó.

—¿De la que Mad. de Marignon ha echado tan ignominiosamente de su casa?

—Si.

—¿Y con qué objeto quieres saberla?

—Con el de conocerla por tí antes que por ella misma, y saber hasta qué punto llega la audacia de una muger cuando quiere engañar á un hombre

—Tienes razon: te hallas en una sociedad enteramente nueva para tí, donde apenas has puesto el pie: bueno es que lo sepas para no esponerte á frecuentes caidas: pero no seria completa mi narracion si no te contase antes la historia de las dos mugeres que han motivado el lance de Mad. de Farkley.

—¿Hay algo que decir contra ellas?

—Lo que hay no seré yo, diablo antes que nada, quien te diga si las honra ó las deshonra; pero no sabrás qué es verdaderamente Mad. de Farkley, muger perdida segun el mundo, sino cuando sepas lo que valen madama de Fantan y Mad. de Bergh, que segun el mundo son mugeres honradas.

—Pues cuenta, dijo Luizzi.

Entraron los dos en un palco: y Cosme de Merouilles, que pasaba en aquel momento, dijo á un jóven qne estaba con él:

—¿No queria saber Mad. de Marignon quién era el estraño personage que habia cantado en su concierto? pues podrá decírselo Luizzi, porque mirad, los dos están juntos en aquel palco.

—¿Si será él quien lo llevó?

—Capaz era de eso, porque tiene unas ocurrencias......

XVII.

PRIMER SILLON.

Y el diablo dió principio á su narracion en estos términos:

Hace veinte y cinco años Mad. de Bergh se llamaba Natalia Firion, y era hija de monsieur Firion; proveedor opulento, hombre elegante, de lenguage distinguido y consumado en el arte de hacer aceptar su dinero: es el hombre que ha comprado mayor número de mugeres, dejándolas en disposicion de creer que no se han vendido. Magistrados, generales de ejército y administradores han recibido sus millones persuadidos de que los habian ganado legítimamente, y le han hecho en cambio servicios gratuitos; asi al menos lo aseguraban, porque no habia sido directo el modo de pagarlos.

Nunca os imagineis, mi querido Luizzi, que es fácil cosa corromper por el dinero. Conviniéndose en una suma y aceptándola de cualquier modo que se ofrezca, se compra á un lacayo, á un espía, á una prostituta. Pero ¡cuánto tacto, destreza y fuerza de voluntad se necesita para comprar á un diputado, á un escritor público, á una señora del gran mundo, y cuántos modos hay de hacerlo! Si algun dia asistís á una reunion de princesas imperiales, os contaré la historia de una testa coronada que se vendió á un mercader de modas. Es de lo mejor que conozco en su género.

Digitized by Google

—Otro dia, dijo Luizzi: ahora, y antes que nada, lo que deseo saber es la historia de Mad. de Bergh.

—Bien, con eso llegaremos mas pronto á Mad. de Farkley. Como iba diciendo, Mr. de Firion era el hombre mas hábil de Francia en esto de convencer á cualquiera de lo ventajoso que le serian los contratos que le propusiera, y de cuantos creen que con el dinero se alcanza todo lo que se quiere, él era quizás el único que podia decirlo sin fatuidad: de aqui resultaba que tenia rara facilidad en prometer y dar cuanto se le pedia. Natalia, su hija única, jamás tuvo un deseo que su padre no le cumpliera: á todo lo que solicitaba respondia siempre: *Te lo compraré*, ya fuese un adorno, un vestido, un cuadro, una casa, y aun cuando fuese objeto perteneciente á algun estrangero.

Infinitas veces habian censurado á Mr. Firion y aun le habian hecho la guerra por esta facilidad, sin reparar en que era una manía. Mientrás mas guerra le hacian y mas dificultades hallaba en sostener sus promesas, mas se interesaba en realizarlas; y de aqui resultó tambien que aquel hombre que casi nunca habia hallado obstáculos al cumplimiento de sus deseos, habia convertido en ocupacion suya los impedimentos que le suscitaban los caprichos de sus hijos: gustábale contar como los habia vencido, decir toda la habilidad que habia necesitado emplear, todo el ingenio y astucias que le habia costado el poder hacer lo que le exigian. Citaba como su obra maestra la adquisicion de un perrito que habia pertenecido á una baronesa alemana, y que era todo su encanto. Un príncipe ruso, al saber que habia hecho este negocio, le habia ofrecido la embajada de San Petersburgo; Firion no habia querido admitirla.—Decid á S. A., habia respondido, que ni soy bastante pobre, bastante noble, ni bastante necio para ser buen embajador. Y esta fué toda la carrera política de Firion.

Sin embargo, mientras se adormecia en los trasportes que le producian sus triunfos, Natalia se iba poniendo triste y pensativa: en lugar de los deseos caprichosos y raros que espresaba, solo para poner á prueba la obediencia de su padre, no le respondia ya mas que con largos suspiros lanzados al viento, estensas miradas dirigidas al cielo, y prolongados ayes soltados á la ventura. Natalia tenia diez y seis años.

Mr. Firion se alarmaba y se complacia al mismo tiempo al ver la absorcion mental: se alarmaba porque la veia languidecer: hallaba en sus ojos la huella de las lágrimas y en su palidez señales de insomnio. Era aquella la primera vez que aparecia la tristeza en aquella alma tan tiránica y voluntaria hasta entonces. ¿Seria el deseo de casarse? Eso creia Mr. Firion; esperaba que de tan fúnebre tristeza saldria un deseo verdaderamente estraordinario, y se regocijaba ya con la idea de poderlo y quererlo satisfacer.

Calculaba que aunque su hija quisiera casarse con un príncipe, tenia él bastantes millones para podérselo proporcionar; y aunque se apasionase de un hombre casado, podria ocasionar su divorcio y dejar libre al hombre escogido. Te lo he dicho ya: la de Mr. Firion era una manía, y habia llegado al estremo de acceder á todos los deseos de su hija, mas que por agradarla, por satisfacerse á sí mismo. Firion, pues, esperaba y se preparaba en silencio. Conocia muy bien á su hija para suponer con fundamento que los obstáculos que nacen de la posicion social serian todos los que tendria que vencer. Natalia era hermosa, alta, distinguida, muy á propósito, en fin, para inspirar amor y deseos, pero poco apta para esperimentarlos Una cabeza infantil en un cuerpo completamente desenvuelto, no permiten desarrollo á los pensamientos devoradores que hacen perder la razon y la virtud, ni á los accesos de fiebre nerviosa que producen el mismo resultado: su egoismo profundo la defendia de las ternuras del alma que destrozan los mas duros corazones y humillan las voluntades mas enérgicas y dominantes: Firion, pues, creia que los deseos que tendria que satisfacer serian hijos de la ambicion y de la vanidad.

Todas las previsiones de un padre tan bueno fracasaron con una cosa que ni aun le habia pasado por la imaginacion: la influencia literaria del siglo en que vivia.

—¿Y cómo es eso? preguntó Luizzi.

—Vas á verlo, replicó el diablo sonriéndose alegremente, porque acababa de ver á un pillastre robando el reloj á un *dandy*, mientras éste echaba sus gemelos á una máscara que habia en un palco segundo. Vas á verlo.

Tosió y luego continuó:

—Una de las mayores necedades de la humanidad está encerrada en esta frase: *quiero que me amen por mí mismo*. Si á los que tal dicen con mucha conviccion y formalidad se les preguntase qué es lo que entienden por *mí mismo*, llegarian, por pocas observaciones que se les hicieran, á una cadena inmensa de absurdos.

No quiero que me amen por mi dinero; ese es un amor interesado.

No quiero que me amen por mi hermosura; ese es un amor tonto.

No quiero que me amen por mi talento; ese es un amor de cabeza.

¡Oh! esclamó poseido del mayor entusiasmo; quiero que me amen por mí mismo! Si, quisiera que aun cuando fuese feo, bruto y pobre me amasen: porque el único amor verdadero es el que no tiene en cuenta la riqueza, la hermosura y el talento, sino solamente el corazon.

Los hombres estaban, especialmente en aquel tiempo, preocupados con esta manía de

ellos mismos: aunque si una muger, en vez de preferir á uno de ellos, hubiera preferido á un zamborotudo hecho allá á su modo le hubieran despreciado soberanamente.

Semejante manía habia producido, ademas de muy necias frases en los salones, en los cuales estaba de moda la pretension de ser amados por sí mismos, un sin número de novelas, cuentos y óperas-cómicas, con multitud de principes y princesas disfrazados de pastores y pastoras; de aqui habia resultado la doble accion de la sociedad acerca de la literatura y de la literatura sobre la sociedad, la cual habia convertido aquella en locura, en furor, en rabia.

Entretanto la tristeza de Natalia iba aumentado diariamente, y aun llegó á tal grado que Mr. Firion se alarmó sobremanera. Aunque habia determinado satisfacer hasta los menores deseos de Natalia cuando ésta se los espresaba, habia resuelto tambien ó no adivinarlos, ó á lo menos no demostrar que los habia adivinado. En aquella ocasion, sin embargo, abandonó su sistema.

Estando una noche en una fiesta de gran tono, en que su hija, brillante en hermosura y aderezos, se hallaba rodeada por mil galanterías sumisas y lisonjeras, se puso á sollozar repentinamente, y arrojándose al cuello de su padre, le dijo:

—Sacadme pronto de aqui; salgamos, salgamos, porque me ahogo, me muero.

Este fracaso aterró á Mr. Firion, temiendo que fuese efecto del amor escitado por los celos; tomó á su hija y se la llevó al coche casi desmayada; pero apenas se vió esta á solas con su padre, cuando se arrancó violentamente su corona de flores, se quitó sus hermosos adornos, desgarró su trage de muselina de la India, tela muy rara en aquel tiempo á causa del bloqueo del continente, y los pisoteó, clamando sin cesar:

—¡Oh! qué desgraciada, ¡qué desgraciada que soy!...

—¿Pero qué tienes, hija mia? ¿qué es lo que quieres? le dijo su padre, alarmado en estremo.

—Quiero una cosa que no me podeis dar.

—¿Cuál es?

—Quiero que me amen por mí misma, esclamó Natalia mirando á su padre con aspecto triunfante.

No pudo menos de aturdir á Mr. Firion esta respuesta, que destruia todos sus cálculos, pues nada mas dificil que comprar un corazon que ama desinteresadamente; es imposible pagar lo que deja de existir desde el momento en que se vende. La diplomacia financiera de Mr. Firion perdió su presencia de animo y cayó en los lugares comunes mas ordinarios.

—¿Cómo no te han de amar por tí misma? tienes juventud, hermosura, talento, riqueza.

—¡Por eso soy tan desgraciada, por eso! replicó Natalia. El hijo del duque de...... me colma de obsequios; pero es porque tengo millones con que volver á dorar su escudo enmohecido. El coronel V...... me adora; lo creo desinteresado; pero tendrá tanto orgullo en pasear con su muger como con su uniforme de húsar; con tal de que sea mas hermosa que la muger del general D.... quedará satisfecho. Mil otros me obsequian, de lo cual me avergüenzo por mí y por ellos, pues ninguno me tiene ese amor verdadero que, saliendo del corazon, va derecho al corazon, el de todos ellos tiene un orígen frívolo ó vergonzoso. Si yo no fuese rica, hallaria indudablemente quien me quisiera por mí misma. ¡Oh¡ dichosos los pobres, ¡esos si que están seguros del afecto que inspiran.

Largo rato estuvo Natalia hablando en este sentido, y aquella fué la primera vez que Mr. Firion, desorientado por el estravagante capricho de su hija, no pudo contestarle con la eterna frase de: «te lo compraré.»

Creyó, no obstante, que semejante capricho se le pasaria, como se le habian pasado los que le habian precedido; pero era para Natalia una novedad esto de esperar mucho tiempo una cosa; asi es que se obstinó en su caprichosa manía, y al poco tiempo le atacó tan fuerte disgusto del mundo, que se alteró su salud, y hubo un momento en que peligró su vida. Mr. Firion, que tenia concentradas en ella todas sus esperanzas y todo el porvenir de su riqueza; Mr. Firion, que en su mente habia ya visto á su hija convertida en gran señora, lo olvidó todo por salvarla; y por salvarla hizo cuanto pudo á fin de que se realizara el deseo que tenia de que la amasen por sí misma.

Para conseguirlo la condujo en secreto á los baños de B.... y alli alquiló, con el nombre de Bernard, una casita reducida y pobre no tenian mas que una criada; salian á pie, con vestidos comunes, y en fin, si algun elegante de París los hubiera visto, cuando menos hubiera dudado que fuesen ellos. Por lo demas, nadie fijó en ellos su atencion, y lo que el padre habia creido mas propio para curar el mal de su hija, no hizo mas que agravarlo.

—¡Lo veis! le decia esta: ahi teneis la prueba de la falsedad de cuantos me galantean, ni soy menos hermosa ni menos buena aqui que en París, y nadie me hace caso, porque creen que no soy rica. ¡Oh! qué desgracia tan grande es tener un corazon capaz de un amor profundo, y no encontrar un hombre que lo comprenda!

Firion no hallaba contestacion á semejantes esclamaciones, porque conocia que en aquel caso eran fundadas. Aprovechaba sin embargo todas las ocasiones que se le presentaban, y cuando un hombre miraba á Natalia, se lo agradecia, le saludaba, se sonreia, le estimulaba; representó su papel con tanta tor-

Digitized by Google

peza, que hizo correr los rumores mas singulares del mundo, llegándose al estremo de huir de él como de un intrigante de mala calaña. Padre é hija llegaron hasta á dudar de sí mismos; aquel se atontaba, y esta se ponia fea, y sus maneras, de graciosas, se convertian en torpes.

Preciso es que sepas, mi querido Luizzi, que el buen éxito es como la embriaguez: da positivo realce á cierta clase de talentos y á ciertas bellezas. Hombres hay que no saben mas que triunfar y mugeres que no saben mas que estar galanteadas: la menor resistencia convierte á aquellos en ignorantes, y el abandono pone feas á estas. Muchas personas hay que son como los caballos de carrera; en cuanto ven que no pueden dar una vuelta al campo de Marte en menos de tres minutos los mas corredores se hacen matalones.

Entretanto pasaba la temporada de baños, y ningun hombre le habia dicho una palabra todavía á Natalia, cuando el baron de Bergh llegó á B.... El baron de Bergh era un noble de Quercy que iba á gastar en los baños los restos de su caudal y de su salud.

Huérfano en los primeros años de su juventud, habia entregado á las emociones del juego y de la disolucion su frágil y delicada naturaleza. A los veinte y cinco años cometia una infamia, ó se aproximaba á una muger, sin sentir la menor emocion; no hacian ya palpitar su corazon ni la vergüenza ni el amor; era el vicio personificado. Aquel hombre tenia talento; sin embargo, al menos lo tuvo para conocer el mérito de Natalia desde el momento en que la vió, y como no era difícil trabar relaciones con ella, se presentó y fué recibido con agrado.

Aquella jóven, aunque hermosa, enferma y pobre, era la única conquista de que él, hombre arruinado, podia esperar buen éxito; en su consecuencia se unió estrechamente á ella, la rodeó de atenciones y de obsequios, y Natalia llegó á creer que habia encontrado lo que esperaba hacia tanto tiempo; se creyó que la amaban por sí misma, y volvió á ser hermosa, alegre y vivaracha, atemorizando á su padre con tanta exaltacion: de Bergh la acompañaba á todos sus paseos, entraba en todos sus proyectos, y era el tema de todas sus conversaciones; ella se imaginaba ya casada, feliz, gloriosa, triunfante, mas su padre se hacia el sordo, porque conocia muy bien el valor moral, físico y pecuniario de de Bergh, y no sabiendo en qué consistía la sequedad moral y física de su hija, tampoco podía calcular hasta dónde podia llegar su entusiasmo. El buen hombre se alarmaba sin motivo.

Con un carácter como el de Natalia, ser amada por sí misma equivalia á ser amada *por nada*; ella queria inspirar una pasion desinteresada, y apenas podia sufrir que de Bergh le dijese que era hermosa. No obstante, como no tenia ganas de desfigurarse solo por poner á prueba la sinceridad de su amor, atormentaba su propio carácter para conseguir el imperio escesivo que, cuál mas, cuál menos, todas desean ejercer. Inútil me parece el decirte que de Bergh no estuvo sometido mucho tiempo á este régimen, y pronto demostraron sus frecuentes ausencias que cuando queria á alguna muger era *por algo*. Natalia, al ver este abandono, esperimentó una recaida; porque amaba á de Bergh por vanidad, y sobre todo como recurso.

—¡Cómo! esclamó Luizzi al oir esta palabra del diablo; ¿lo amó como recurso?

—Sin duda Natalia habia penetrado en un mal camino, y gracias á la obstinacion propia de los talentos medianos, perseveraba en él como un niño caprichoso; pero se habia alegrado estraordinariamente al ver que hallaba á un hombre que le ayudase á abandonarlo; por eso tuvo una rabia inesplicable al observar que se le escapaba: nada hay mas peligroso para las mugeres que el orgullo, y Natalia se sintió gravemente atacada por esta enfermedad. Firion fué en busca de un médico.

—¿Para que curase á su hija? preguntó Luizzi bostezando.

—No; á de Bergh.

—¿A de Bergh?

—Si: buscó á cierto verdugo muy conocido por los cuidados mortales que tenia con sus enfermos. Llegóse á hablarle y le contó la verdad desnuda, refiriéndole con mucha naturalidad los millones que tenia y qué capricho de su hija le habia puesto en el caso de fingir lo contrario. En aquella circunstancia empleó Firion el talento que habia mostrado en otro tiempo, pues es muy difícil mentir con la verdad, y luego, sin dejar tiempo al médico para que volviera de su admiracion, le dijo que su hija habia hallado por fin el hombre que deseaba, y que este hombre era de Bergh.

—¿De Bergh? preguntó el doctor estupefacto.

—Si, contestó Firion sin turbarse, y yo daria cien mil francos al hombre que lo curase de la mortal enfermedad que le aqueja.

—¡Cómo es eso! ¿mortal? esclamó el doctor, quien al par habia visto aclarada su inteligencia y abiertos sus oidos á la frase «cien mil francos.» ¡Cómo es eso! repitió: ¿mortal? ¡Si no tiene mas que una ligera irritacion de pecho! Sin embargo, como haga caso de mis consejos me comprometo á ponerlo en dos meses tan sano y tan robusto como lo estamos nosotros.

—Pues bien, dijo Firion, visitadle, curadle, y sobre todo guardadme el secreto: mirad que deposito en vos toda mi confianza.

—Contad con mi habilidad y con mi reserva.

—Asi lo espero.

Y Firion tenia razon, pues el doctor correspondió á la confianza que habia depositado

Digitized by Google

en él; apénas se apartó de su lado el médico voló á casa de de Bergh y le contó cuanto le habia referido el fingido Mr. Bernard.

Detúvose el diablo en este punto, y mirando atentamente á Luizzi, rompió al parecer el hilo de su discurso, diciéndole:

—Vos, mi querido Luizzi, sois un hombre verdaderamente sensato; pero como todos los hombres sensatos, no admitís como posible mas que lo que lleva consigo su esplicacion: ignorais el gran secreto de las intuiciones, abandonais á los sueños de la literatura fantástica los maravillosos descubrimientos hechos por un sesto sentido que os falta, y que solo puede llamarse instinto. Asi es que difícilmente comprendereis el efecto que en Mr. de Bergh produjo esta nueva.

—Debia cuando menos parecerle inverosímil, dijo Luizzi: un millonario tan poderoso, ocultándose de este modo, tendria que dar ciertas esplicaciones, y sin exigirlas no podia de Bergh aceptar....

—¡Nada de eso! esclamó el diablo interrumpiéndole.

—Pero se admiraria de que un hombre tan rico y poderoso como Mr. Firion, consintiera en que su hija se casase con él.

—Eso no me disgusta: ¿y qué mas?

—¿Qué mas? supondria que la ternura paternal le cegaria hasta el punto de sacrificarla y....

—¡Malo! esclamó el diablo, malísimo.

—Pero en fin, yo te he llamado, replicó Luizzi; para que me cuentes una historia, no para que me propongas enigmas. ¿Qué hizo de Bergh?

—Adivinó inmediatamente con el instinto del vicio, y ya te he dicho cuán desarrollado le tenia, que si Firion queria que aquel médico lo curara, era para deshacerse de él con mas seguridad y cuanto antes.

—¡Qué horror! esclamó Luizzi.

—De Bergh creyó el asunto muy ingenioso y preparó sus baterías para la lucha. Volvió al lado de Natalia, y sabiendo lo que tenia que hacer, la convenció enteramente de que la amaba por ella misma. Natalia, tanto mas alegre entonces con aquel triunfo, cuanto mas habia temido antes el no conseguirlo, quiso premiar del todo aquel amor tan desinteresado, tan grande y tan verdadero, y declaró á su padre que Mr. de Bergh era el hombre con quien queria casarse.

Firion, contra lo que parecia natural, convino en ello y fijó dos meses de término para la celebracion del matrimonio, calculando sin duda que, gracias al cuidado del matasanos, serian los dos meses todo lo mas que habia de tardar de Bergh en morir. Este, efectivamente, se ponia mas pálido cada dia, y á pesar de sus muchos esfuerzos no pudo ocultar á Natalia el verdadero estado de su salud. La pobre muchacha lo sintió de corazon y se quejó de su suerte, pronunciando un sinnúmero de frases ridículas contra el destino que al parecer se encarnizaba en perseguirla, arrebatándole la única esperanza que le quedaba sobre la tierra.

—Vosotros, continuó el diablo tomando un polvo, teneis un infinito número de palabras que absolutamente carecen de sentido, y de las cuales haceis uso con admirable confianza! Tal es, por ejemplo, la palabra *destino*. ¡Pues bien! yo declaro que si hay en el mundo alguien capaz de decirme qué es lo que la humanidad entiende por esa palabra, consiento en ser su criado, aunque jamás lo haya tenido, ó aunque él mismo lo haya sido, que son dos casos en que infaliblemente se ve uno tratado como un negro.

Quedóse el diablo suspenso, y Luizzi, á quien no habia interesado hasta entonces aquella narracion, le dijo con tono despreciativo:

—Esta noche no estás inspirado, maese Satanás, y no sé qué provecho podré sacar de la insulsa historia que me estás contando.

El diablo echó sobre Luizzi la mas cruel de sus miradas, y replicó sardónicamente:

—¿Crees en la virtud de Mad. de Bergh?

—Nada me has dicho hasta ahora que me haga ponerla en duda.

—¿Crees que la muger que ha tratado esta noche con tanta insolencia á Mad. de Farkley puede haber sido envenenadora y adúltera?

—¡Es imposible! esclamó Luizzi. ¡Mad. de Bergh envenenadora y adúltera!

—¡Oh! y no fué de un modo comun; es un secreto que solo sabemos ella y yo; por eso te lo cuento.

—¡Con que no hay nada verdadero en el mundo!

—Lo que hay verdadero en el mundo es la verdad.

—¿Y quién la sabe?

—Yo, esclamó el diablo y voy á decírtela. Atiende bien y no pierdas ni una palabra de cuanto voy á referirte.

Natalia se desesperaba, de Bergh se moria, y Firion se daba el mas cumplido parabien; pero un nuevo capricho de su hija vino á ponerlo entre la espada y la pared. Natalia halló un sentimiento entero en esta cláusula de una novela.—«¡Oh! ¡si no puedo ser suya, quiero al menos llevar su apellido! ¡su apellido! ¡jamás lo oiré pronunciar sin que resuene santamente en mis oidos y en mi alma! Cuantas veces le oiga pronunciar me dirá el corazon que he perdido, y lo feliz que hubiera sido con él.»

Con menos hubiera bastado para que Natalia se fabricase una voluntad contra la cual de nada sirviera la oposicion de su padre.

—Si se muere sin casarme con él, me mataré sobre su tumba.... Quiero tener su apellido.... Lo quiero como prenda de un amor digno de mí.

Y Natalia estaba tan resuelta, que habia

Digitized by Google

comprado veneno para ponerlo en ejecucion. Firion consultó primero consigo mismo y despues con un médico famoso y hábil, diferente de aquel en cuyas manos habia puesto á de Bergh: el tal médico, que habia visto en la botica las recetas de su compañero, no vaciló en declararle que de Bergh era hombre muerto.

Firion salió de esta consulta con la alegría en el corazon y con el llanto en los ojos, (perfidia harto inútil), y volvió á su casa diciendo á Natalia que consentia en todo. Firion calculaba asi:

—¡Oh! una muger viuda á los dos dias de casada, una viudez vírgen será circunstancia tan singular, que con ella sola bastaria para que tuviese Natalia el atractivo que le hace falta.

Fijóse el dia del matrimonio, y de Bergh, que habia sabido el verdadero apellidó de Firion, pero que aparentaba ignorar su riqueza, fué trasladado á la capilla en una silla de manos: salió de ella moribundo, y cuando recibió la bendicion del sacerdote creyeron todos que se iba á quedar en el acto; sin embargo, tuvo fuerzas bastantes para que lo condujeran despues á casa de Firion y lo pusieran en el *lecho de himeneo* (moda de entonces), que para él debia trocarse en lecho de muerte.

Todo esto tenia á los ojos de Natalia cierto colorido poético, del cual se dejaba llevar con tan buena fé, que su padre creyó oportuno sacarla de la alcoba en que de Bergh estaba próximo á espirar. Temia que aquella muerte, aunque cierta y prevista, produjese en ella muy malos resultados. Pero desde que Natalia comprendió la intencion con que acababan de sacarla del cuarto, dió tantos y tales gritos, que creyeron menos peligroso el dejarla volver al lado de su marido enfermo.

Asi que se vió libre volvió al aposento fatal, y declaró que queria entrar en él y velar sola. Era de noche y la escena debia ser magnífica. ¿No comprendes la posicion de aquella jóven presenciando la ascension al cielo de su primero y santo amor? No te parece verla arrodillada al lado de aquel moribundo que la adora, y que exhala su último suspiro diciéndole: Natalia ¡yo te amo! ¿Viste jamás un espectáculo mas hermoso y desgarrador al par, que el dolor de aquel hombre al lado de aquella muger que viene á entregarse á él; y que dulcificará los últimos instantes de su existencia declarándole que es rica, y que si lograra ponerse bueno pasaria la vida en el seno del lujo y de las delicias? ¿Hay nada mas dramático que ir levantando halagüeñas esperanzas alrededor de un moribundo, á modo que él va perdiendo el poder de realizarlas? ¡Por el infierno, cuyo monarca soy, te juro que era magnífica la situacion en que Natalia iba á verse! Habia materia larga para producir un efecto maravilloso el dia que ella volviese á Paris, y toda esa escena estaba alli detrás de la puerta que la separaba de Mr. de Bergh

Esa sed insaciable del corazon femenino; esa sed de sentir todas las emociones terribles y funestas que tiene una posicion ó una situacion dada, inspiró á Natalia: abrió la puerta, entró y la volvió á cerrar, gritando:

—¡De Bergh!

—¡Y de Bergh, habia muerto! esclamó Luizzi.

El diablo se quedó mirándole con lastimosa contemplacion.

—De Bergh, continuó, estaba echado en una poltrona, con un vaso de vino de Burdeos en la mano y un cigarro en la boca, tarareando la cancion: *Niño á quien las damas quieren* (1).

—¡Qué locura! esclamó Natalia viendo el vino.

—Riquísimo, querida mia, dijo de Bergh arrojando el cigarro por la ventana; despues de vos y de sus millones, nada posee vuestro padre mejor que ese vino.

Al ver á de Bergh tan ágil y saludable, Natalia dió un paso hácia atrás quedándose estupefacta mientras de Bergh pasándole el brazo por la cintura, le dijo:

—Es una sorpresa que te tenia preparada, ángel mio. Vamos, no andes con gazmoñerías, amor de mi vida. No me he casado contigo para que me trates peor que como se trata á un amante. No te hagas la niña.

—¡Oh! Mi padre se ha valido de este engaño...

—¡Engaño de vuestro padre! ¿qué significa eso? pues qué ¿le habíais dicho quizás que queríais un marido difunto? replicó de Bergh. ¿Estábais en el complot?

—¿En qué complot?

—¡Oh! me alegro, esclamó de Bergh echándose el segundo vaso de vino; os lo contaré todo, y con eso veremos á qué nos hemos de atener los tres respectivamente. Empiezo por asegurar que vuestro señor padre, hombre muy distinguido, no es probable que haya dado su hija sin una razon poderosa á un hombre como yo, porque, ¿qué soy yo? Un libertino, un jugador, un falsificador.

—¡Falsificador! esclamó Natalia.

—Y por poco mas de nada; por dos mil guineas: por supuesto que vuestro padre no permitirá la deshonra de su yerno por cosa tan corta, hay tiempo por delante; la letra de cambio no se presentará en casa de E... hasta dentro de un mes, y papá Firion hará enmudecer las reclamaciones pagándola...

—¡Falsificador!... replicó Natalia, cuyo pensamiento queria permanecer firme contra las frases estrañas que oia.

—No sé si vuestro padre tendrá noticias de este asunto; pero de todos modos creo que tendria de mi persona las bastantes para que no hubiese consentido en nuestro matrimonio

(1) Enfant chéri des dames.

á no haber sido con la esperanza de que pronto la muerte la desembarazara de su yerno.

—¿Habia previsto mi padre vuestra muerte? dijo Natalia sin moverse.

—No, algo mas hizo el astuto viejo: la preparó.

—¿Ha querido mataros?

—No; no tanto como eso: es un hombre muy esperto para cometer tales villanías; pero escogió un médico que se encargase de hacerlo. Aun tengo en mi casa una coleccion de drogas que el pícaro queria que tomase; y aun se me figura que el boticario me ha enviado la cuenta; creo que Mr. Firion es bastante honrado para que se niegue á pagarla.

—¿Con qué esa enfermedad, dijo Natalia, esa debilidad, ese desfallecimiento?...

—Lo he fingido bien, ¿no es verdad, Natalia mia?

—¿Segun eso sabíais quién era yo?

—Casi, casi, ángel mio.

—¿Y que soy rica?

—Riquísima, ídolo mio...

—Y os habeis atrevido...

—¿Y qué le hace, señora esposa mia?

Natalia se volvió y escondió la cabeza entre sus manos: de Bergh se las separó y la miró: estaba llorando.

—¿Llorais porque resucito? ¡Oh! ¿con qué os hubiérais reido si me hubiera muerto?

Natalia lanzaba ahogados sollozos.

—¡Hola! esclamó de Bergh brutalmente; ¿de esa manera quereis que os amen por vos misma? ¿Vos que pedís ese amor á voz en grito, no me amábais sino en calidad de cadáver? Gracias á Dios no lo soy, señora baronesa de Bergh. Vamos, alegraos; aun tengo fuerzas para comerme todo el caudal de vuestro padre, si quiere dármelo. ¡Oh! ¡bribon! qué buena cara pondrá mañana, cuando en lugar de hallarme agonizando y pronto á exhalar el último suspiro, me vea amorosamente acostado entre los brazos de su hija! quiero darle esa sorprera.

Y de Bergh, que estaba casi embriagado, besó á Natalia, quién retrocedió disgustada y llena de horror.

Despues el baron se puso á cerrar las puertas y ventanas y á echar las cortinas, murmurando:

—¡Eh! zorro viejo, querias que me matasen medico-legalmente, ¡dulcísimo padre mio! ¡veremos, veremos!...

Natalia dió un paso para salir.

—¡Nada de eso, paloma mia! dijo de Bergh, deteniéndola.

—Voy á llamar gente, caballero.

—¿Para qué? ¿para decir que estais muy triste porque vuestro adorado marido no se ha muerto? ¡oh! ¡buen padre! ¡qué hija tienes tan parecida!...

Esta palabra pasó como un relámpago infernal por delante de Natalia; pero ella, estremeciéndose, volvió la cabeza para no verlo.

—Caballero, le dijo á de Bergh, es menester que nos separemos,

—¿Qué decís?... ¿y por qué?

—Porque no podemos vivir juntos.

—Creo que sucederá lo contrario.

—¡Jamás!

—Hay leyes que sujetan la muger al marido.

—Pues bien, caballero, partamos: ¡huyamos de Francia!

—Hija mia, dijo de Bergh con un tono ultrajosamente paternal: lo que te está pasando te ha trastornado un poco la razon. Mañana saldremos para París. En el fondo, soy un hombre de bien, y con tal que el abuelo nos asegure doscientas ó trescientas mil libras de renta, un palacio, una quinta, etc., lo respetaré y no hablaré una palabra de sus proyectos contra mí.

—¿Es cosa decidida?

—Enteramente decidida: házte cargo, Natalia, que hace dos meses no pienso en otra cosa. Con que vamos, niña, se va haciendo tarde..... Natalia mia..... Me amas... Ven.....

—Allá voy, respondió con un acento casi tierno.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada... es una costumbre que tengo... guardar mis zarcillos en esta cajita.

—Estando junto á tu marido no debes temer á los ladrones.

—Es verdad, contestó Natalia sonriéndose y presentando su frente á de Bergh, mientras tomaba de la cajita un pomo imperceptible.

—Pues bien, corazon mio, le dijo de Bergh: ¿no ves cuánto te amo? y llevó su mano á la blanca pañoleta de Natalia.

—¡Ah! esclamó ésta: mira si hay alguien en esa puerta...

—¡Qué niña eres!

—Yo te lo suplico.

De Bergh se acercó á la puerta, la abrió, la cerró de nuevo y volvió al lado de Natalia: estaba pálida y trémula junto á la mesa.

—¿Qué tienes?

—Me siento mala, quisiera un vaso de agua.

—Bébete ese vino de Burdeos; verás como te alivias.

—El vino me sienta mal, respondió Natalia; pero como aquí no hay mas vaso que este, tiraré el vino, y luego...

—No tienes para qué tirarlo, amor mio: soy económico algunas veces y no despilfarro sino en provecho mio.

Y esto diciendo, tomó el vaso de vino y se lo bebió de un trago.

—¿Y ahora?

—Ahora soy tuya, contestó Natalia.

—¡Cómo! esclamó Luizzi; se entregó entonces á aquel hombre, ¿y ese jóven de Bergh que existe es el hijo de?...

—Ese jóven de Bergh, contestó el diablo, pertenece á otra historia, pues habia tres gotas de ácido prúsico en el pomo de Natalia, y el baron cayó muerto antes de dar un paso.

Digitized by Google

—¡Muerto! esclamó Luizzi: y ¿qué resultó despues?

—Si, pero quiero saber...

—¿No sabeis ya algo que puede serviros de



Y esto diciendo, tomó el vaso de vino y se lo bebió de un trago.

—Amigo mio, dijo el diablo, ya son las cuatro, y Mad. de Farkley os espera,

guia en vuestra amorosa aventura? Ya os he dicho en lo que consiste la virtud de Mad. de

Digitized by Google

Bergh; id á saber en qué consiste la depravacion de esa muger que se llama Laura de Farkley.

Y el diablo desapareció dejando á Luizzi solo en el palco.

XVIII.

DE COMO TIENEN AMANTES LAS MUGERES.

Cuando se aproximó Luizzi al reloj, junto al cual debia encontrar á Laura, se vió obligado á pasar por medio de un numeroso grupo de jóvenes elegantes, reunidos y apretados alrededor de dos mugeres que les estaban dando irónica y abundante broma; una de ellas volvió la cara y era Mad. de Farkley.

Tomó ésta inmediatamente el brazo de Armando, y atravesó el círculo que la rodeaba; todos le dejaron sitio para que pasase, con la cortesía mofadora que respeta á la muger por ser muger, pero que al mismo tiempo demuestra que este respeto se dirige al sexo y no á la persona. Apenas se habian separado algunos pasos del grupo, Laura dijo á Luizzi con tono lánguido:

—Sois Mr. de Luizzi ¿no es verdad?

—Si, señora.

—¿Habeis venido de Tolosa?

—Cierto.

—¿Sois el mismo á quien he tenido el gusto de ver en casa de Mad. de Marignon?

—Si, señora.

—¿Y sabeis, caballero, que habeis traido por delante una reputacion, una fama inmensa?...

—¡Yo, señora! ¡oh, Dios mio! ¿y á título de qué? Soy el hombre mas oscuro de Francia...

—Si, oscuro, porque sois discreto, caballero; pues segun dicen, os han pasado sucesos que hubieran bastado para poneros en moda, á no haber ocurrido en Tolosa.

—En verdad, señora, que ahora que os tengo del brazo, no me hallo con deseos de recordar lo pasado.

—En verdad, caballero, que sois ingrato con lo pasado, pues segun me han dicho como cosa cierta, es difícil hallar una muger mas hermosa que la desgraciada marquesa de Val, ni una mas encantadora que Mad... Mad... ¿cómo se llama la muger del comerciante?

—Os juro que esos recuerdos no tienen para mí nada de lisongeros, y que aun cuando no estuviera á vuestro lado, todavía tendria empeño en olvidarlos.

—Y hariais muy mal, caballero; en eso es en lo que los hombres ni son justos ni generosos. No creo que el amor deba ser eterno, ni que el hombre que se aleja del lado de una muger por graves intereses ó por noble ambicion, debe guardarle constante fidelidad; sé que es imposible; pero que solo por no amarla ya, ó por haberse separado de ella se convierta en enemigo ó detractor suyo, es cosa que me parece indigna y vituperable.

—Delitos son esos de que no soy culpable, dijo Luizzi, pues os aseguro que nadie profesa mas profundo respeto que yo á las dos señoras de que me hablais.

—Esa es otra ridiculez, replicó Mad. de Farkley, echándose suavemente hácia atrás para apoyarse despues con mas suavidad en el brazo de Luizzi, mostrándole la ágil elasticidad de su cuerpo, que se plegaba y estendia á cada paso con un abandono y voluptuosidad inesplicables.

—¿Qué habeis dicho, señora? ¿otra ridiculez? ¿La hay acaso en respetar á las señoras que lo merecen?

Mad. de Farkley se acercó á Luizzi de tal modo, que cruzó sus dos brazos en el del baron, y andando asi, con el pecho apoyado en el molledo de su brazo, le dijo casi al oido:

—Sois un niño, baron.

Mad. de Farkley pronunció esta frase con un tono de autoridad seductura, que en boca de una muger como ella parecia decir á un hombre como Luizzi:

—No sabeis todo lo que vale un hombre de vuestras prendas, y perdereis mil ocasiones escelentes por ser demasiado modesto.

Asi lo comprendió el baron, y sin embargo respondió:

—Lo mismo comprendo la palabra *niño* ahora, que antes la palabra *ridiculez*.

—Pues bueno; ni será niñería, ni ridiculez; perdonad tales espresiones; pero no decís la verdad, ó mas bien, no es natural lo que decís.

—Seguramente es que soy torpe, pues ni aun asi comprendo nada.

—Pues entonces, replicó Mad. de Farkley continuando en esos movimientos de coquetismo físico, por decirlo asi, que consisten en la actitud del cuerpo, en las inflexiones de la voz, en una mano á la que se le quita con habilidad el guante para levantarse el raso de la careta y descubrir unos labios voluptuosos que se mueven sobre blanquísimos dientes, en las mil ingeniosas astucias que presentan á una muger, belleza por belleza, á los ojos del hombre que la contempla; pues entonces, repitió, voy á deciros todo lo que pienso. Teneis, señor baron, un corazon escelente, y aun debiera daros las gracias por haber tomado asiento esta noche á mi lado, si no os hubiérais equivocado como en todo lo demas en el juicio que formásteis de lo que acababa de pasar; por eso me atreveré á daros, á vos que sois aun muy jóven, un consejo que hareis bien en seguir. No sabeis confesar ni negar que teneis relaciones con una muger, y sin embargo, en esto solo consiste el arte de saber vivir con ellas. Por ejemplo: acabo de hablaros acerca de dos mugeres; supongamos, pues nada sé de cierto, supongamos que habeis poseido á una de ellas; pues bien, la respuesta que me dais es una frase insignificante y co-

Digitized by Google

mun que comprende á las dos; de donde resulta que si la frase tiene algun sentido, injuriais á una de ambas, protegiendo con la misma palabra á la que ha cometido la falta que á la que no la ha cometido; y si no lo tiene y es verdaderamente insignificante, injuriais á la inocente con no defender mas que á la culpable.

—Y si ninguna lo ha sido ¿cómo queriais que respondiera?

—¡Oh! no hay que cambiar de cuestion; hemos partido del principio de que una de ellas ha sido culpable, y en este caso os pregunto; ¿creeis haberme respondido bien?

—Si, señora, porque la discrecion á los ojos de la sociedad es cuando menos una virtud.

—Y con esa virtud es con la que se deshonra á casi todas las mugeres. Todo, todo se sabe en semejantes casos, caballero; y cuando nadie duda de unas relaciones, y se ve que un hombre las niega, las mugeres se lo agradecen y hacen muy mal, porque si á la mañana siguiente ese hombre se halla por acaso en la misma sala, es muy probable que se le suponga un nuevo amor, y como las mugeres no han creido en las protestas de esa virtud qué se llama discrecion, cuando se han hecho en favor de otra, tampoco se creerá en ellas cuando se hagan en favor suyo.

—¿Con que, segun eso, creeis, señora, que se debe contestar la verdad á la primera pregunta que se nos haga? dijo Luizzi; y luego, mirando con impertinencia á Mad. de Farkley, añadió: Hay mugeres para quienes esa teoría seria peligrosa.

—¿Quién sabe, caballero, respondió madama de Farkley sin conmoverse, quien sabe cuáles son las mugeres que debieran temer esa verdad? Un amante es como el número uno, puesto delante de una muger; si luego viene un fátuo que se pavonea con lo que no ha conseguido, el mundo pone un cero junto al número fatal, y lee despues diez, y repite diez. Sabed, caballero, que en la existencia de una muger, y en buena aritmética de amor, un amante y un fátuo equivalen á diez amantes.

Conoció Luizzi que Mad. de Farkley defendia de un modo directo su propia causa; creyendo que podia responderle, con decision replicó:

—Y vos deducís, señora, de ese sistema numérico sus naturales consecuencias, y suponeis que un segundo fátuo es un segundo 0, y que la fama de una muger va en progresion decimal ascendente de 1 á 10, de 10 á 100, de 100 á 1,000 amantes, segun el número de fátuos.

—Mugeres conozco, caballero, replicó madama de Farkley, que si se hiciera una lista exacta de los amantes que se le supone, se hallaria que muchos de estos no habian tenido dia en que poderlo ser; pero otras hay mucho mas desgraciadas que estas.

—¿Mas desgraciadas? me parece dificil, dijo Luizzi.

—Os lo probaré; hay muger á quien se le han atribuido todos los amantes del mundo y que no ha tenido siquiera uno.

—¿Ni siquiera uno? esclamó Luizzi recalcando el final de la frase y mirando á Laura con aire burlesco.

—¡Ni siquiera uno, señor baron! respondió esta; ni aun á vos.

Quedóse Luizzi turbado al oir este apóstrofe, y respondió con bastante torpeza:

—Jamás he tratado de serlo, señora.

—Y habeis hecho mal, caballero, porque sereis quizás el único hombre por quien hubiera querido que la calumnia tuviese alguna vez el derecho de decir verdad.

—¿Y he sido tan torpe que he echado á perder esa circunstancia?

—Eso no os lo puedo yo decir esta noche, caballero, porque veo venir á mi padre y tengo que reunirme con él.

—¿Y no llegaré á saberlo? preguntó Luizzi.

—Hoy es sábado; el lunes es aqui el último baile: si venis á la misma hora tal vez os podré decir algo mas, á no ser que lo que tengo que hablar con mi padre me ponga en la precision de veros antes.

Mad. de Farkley se apartó de Luizzi, el cual se quedó turbado con lo que acababa de oir, y antes de volver á su casa fué objeto de las bromas de todos los elegantes conocidos suyos, y principalmente de Mr. de Merouilles, quien le dijo con tono desdeñoso:

—Parece, querido Armando, que teneis tiempo de sobra.

—¿No me direis para qué? contestó el baron.

—Hemos oido que os habeis citado para el lunes, y dos bailes de máscara para conquistar á Mad. de Farkley es mucho, amigo mio; os declaro el hombre mas negado del mundo si no vais mañana al medio dia á su casa á disculparos por no estar ahora en ella.

Luizzi reflexionó un instante, y luego, queriendo salir de la perplejidad en que le habia puesto la estraña conversacion de aquella muger, miró á Mr. de Merouilles con aspecto grave y le dijo:

—Mr. de Merouilles, ¿estais seguro de que lo que decís en este momento no es una fatuidad?

Mr. de Merouilles se turbó mucho al oir esta pregunta de Luizzi; pero el baron no supo si de vergüenza, por ser con razon acusado de embustero, ó de indignacion por ser acusado sin motivo. Los amigos de Merouilles creyeron al parecer, que era esto último, porque soltaron carcajadas diciéndole:

—¡Bien, hombre, bien! no te incomodes por esa pregunta: Luizzi ha estado feliz: cree en la virtud de nuestra hermosa Laura; es capaz de casarse con ella en terceras nupcias, pues habeis de saber, querido Luizzi, que está viuda del segundo marido.

Digitized by Google

Merouilles, que al pronto parecia dispuesto á responder á Armando con una provocacion á duelo, tomó de repente un aspecto benévolo, y tendiendo la mano al baron, le dijo:

—Vamos, querido Armando, nada de niñerías; esa muger hace una cosa peor todavía que el tener muchos amantes, y es el comprometerlos y esponerlos indignamente. Su primer marido murió en un duelo por su causa; el segundo tambien, y no tiene ella la culpa si muchos de nosotros no nos hemos degollado unos á otros por defender una virtud, acerca de la cual hemos tenido el buen sentido de esplicarnos antes de llegar á tales estremos. Por lo demas, Mad. de Farkley os ha propuesto una entrevista para pasado mañana; pasado mañana es lunes de carnaval; pues bien, si el martes persistís en el capricho de batiros por ella, sabed que estoy á vuestra disposicion; pero solamente por ese dia, pues me gustan las cosas á su debido tiempo; os declaro que en llegando el miércoles de ceniza doy fin á las locuras del carnaval.

—En verdad, respondió Luizzi descontento de sí mismo y de todo el mundo, sin saber qué tener por verdadero, é impaciente con la perplejidad perpétua en que pasaba su vida, en verdad, dijo, que no sé ahora que responderos: hasta el martes por la mañana.

—Hasta el martes por la mañana, dijeron todos aquellos locos mofándose; iremos, baron, á que nos deis de almorzar, y esperamos que Mad. de Farkley tenga la bondad de hacernos plato.

Tanta seguridad dejó confundido á Luizzi, que no podia creer que se hablase con desprecio de una muger sin merecerlo: volvió á su casa decidido otra vez á no hacer caso de nadie y juzgar de los demas por sus propias sensaciones, y se quedó dormido despues de haber tomado tan prudente resolucion.

Pero en alguna parte estaba escrito sin duda que nuevos incidentes le obligarian á mudar, á pesar suyo.

Al dia siguiente, en el momento en que se lavaba, le entregó su camarero varias cartas: una de ellas era de Mad. de Marignon, y tanto su estilo como sus ideas no pudieron menos de asombrar al baron.

La carta decia asi:

«Caballero:

«Antes de presentaros Mr. de Merouilles en mi casa, me pidió permiso para verificarlo; y aunque es muy noble vuestro apellido y grande la consideracion que mereceis, no son, debo decíroslo, motivos suficientes para que os hayais creido dispensado de cumplir con esta atencion. Indudablemente, el artista que me habeis traido á casa, sin advertírmelo, es un hombre de estraordinario talento; pero hay ciertos deberes sociales superiores á todos los talentos y á todos los apellidos, y aunque el vuestro sea ilustre, señor baron, no lo es bastante para que os sobrepongais á las atenciones que exige la sociedad á los que tratan de hacerse respetar en ella. No digo mas. Perdonad á una muger que por su edad pudiera ser vuestra madre, que os dé los consejos que necesita vuestra juventud, y tened á bien creer en la sinceridad del sentimiento que tengo por no poderos contar en el número de las personas que quieren honrar mi tertulia con su presencia.»

Cuando Luizzi leyó esta carta, en que se le despedia con tanta formalidad, se incorporó en su lecho, lanzando las mas disparatadas esclamaciones.

—¿Pero qué es esto que me pasa? decia; ¿soy loco ó estúpido? ¿Qué cantor he llevado yo á casa de Mad. de Marignon? ¿En qué he faltado á los deberes sociales para que me eche de su casa? ¡Porque no hay duda, me echa! ¿Será porque me senté junto á Mad. de Farkley? ¿Con qué esa muger es una prostituta y está burlándose de mí?.... ¿Se compromete uno solamente con mirarla ó con hablarla?.... ¡Oh! quiero limpiar mi corazon de tanta inmundicia.

Y acabada de hacer esta reflexion, buscó una pluma para contestar á Mad. de Marignon; pero en el momento en que empezaba su carta, calculó que aquella despedida merecia una leccion severa.

—¡Ah! decia, quieren que me avergüence de haberme sentado junto á Mad. de Farkley; ¡la echan y me echan! Pues bien, yo la diré á Mad. de Marignon, que quien es tan íntima amiga de Mad. de Bergh y Mad. de Fantan, no se debe andar con tantos escrúpulos para admitir á las personas en su casa.

Y fijándose en esta idea añadió:

—Y la misma Mad. de Marignon, ¿quién es? ¿de dónde ha venido? ¿Cuál es su vida? Es menester que lo sepa ahora, al instante, y que ella misma me pida como favor especial el que le haga la honra de volver á su casa.

Y en seguida Luizzi tocó su campanilla y el diablo apareció al punto.

—Señor Satanás, le dijo el baron; sin preámbulos, sin reflexiones, sin disertaciones morales ni inmorales, cuéntame inmediatamente el fin de la historia de Mad. de Bergh, y luego la de Mad. de Fantan, y en seguida la de Mad. de Marignon.

—Total, tres historias: ¡tres historias de mugeres! Hay con eso bastante para tres semanas; concédeme un plazo.

—No; quiero, exijo que empieces ahora mismo, y supuesto que el sonido de la campanilla tiene la facultad de hacerte sentir mas doloridos y cruelmente los tormentos eternos, yo la repicaré con tal fuerza, que obedecerás sin tardanza: ¡empieza, pues!

—Facilísimo es el empezar; lo difícil, lo

diabólico es concluir; empezaré en seguida, si me dices cuando quieres que concluya: te he pedido tres semanas.

—No te daré ni aun tres dias, replicó Luizzi.

—No te exijo mas que dos, respondió el diablo. Hoy es dómingo, son las doce: ¡pues bueno! el martes á la misma hora, cuando sepas lo que es Mad. de Farkley, cuando tus amigos vengan á pedirte esplicaciones, les podrás responder, y tambien podrás responder á Mad. de Marignon, porque sabrás ya cuanto quieres saber.

—Bueno, dijo Luizzi; y pues ha de ser larga la relacion, empieza y no pierdas el tiempo.

—Procuraré sobre todo abreviar, contestó el diablo, y si quieres ayudarme te será muy fácil.

—¿Y cómo lo he de hacer?

—No interrumpiéndome y dejándome hablar del modo que quiera.

—¡Sea!

Luizzi estaba acostado; el diablo se sentó en una ancha butaca, tiró del cordon de la campanilla y dijo al camarero de Luizzi:

—El baron no está en casa para nadie; ¿lo ois bien? para nadie.

El camarero se retiró, y el diablo, despues de encender un cigarro, se dirigió hácia Luizzí y le dijo:

XIX.

CONTINUACION DEL PRIMER SILLON.

—¿Has leido por ventura alguna vez á Moliere?

—Satanás, Satanás, abusas de mi paciencia; lo que quiero es el final de la historia de Mad. de Bergh.

—A eso voy precisamente, señor baron, á eso voy.

—Sin duda, pero por mil rodeos que me fastidian.

—Y que tú alargas muchísimo mas.

Luizzi contuvo su impaciencia y respondió:

—Bueno: pues habla como quieras:

—Con que, dime, repitió el diablo: ¿has leido alguna vez á Moliere?

—Si; lo he leido, leido y releido.

—Pues bien, supuesto que lo has leido, leido y releido, ¿has notado alguna vez que ese poeta bufon tenia un modo de pensar mas grave que todos los hombres de su época? ¿Has notado que ese escritor que hablaba de todo en términos tan claros, tenia el alma mas casta que habia hasta entonces? ¿Has notado que ese burlon tan bromista tenia el corazon mas melancólico de su siglo?

—Si, si, si, si, respondió Luizzi incomodado, como si hubiera comprendido alguna de las preguntas que el diablo acababa de hacerle: si, si, añadió he notado todo ¿y qué?

—Nada, replicó el diablo; pero quiero preguntarte ademas si has notado que ese autor de un modo de pensar tan grave, de una alma tan casta y de un corazon tan melancólico, tiene en una comedia titulada *El enfermo de aprension*, la frase siguiente:

«Mr. Purgon me ha prometido ponerme en estado de hacer un hijo á mi muger.»

—Si, he leido esa frase, respondio Luizzi, pero no veo....

—¡Tú no ves nada! replicó el diablo interrumpiéndole; pero si algun dia, siguiendo en tus propósitos, das á la prensa y al público estas memorias, no te olvides de poner esta frase por epígrafe á la anécdota que te voy á contar.

—¿Es de Mad. de Bergh? dijo Luizzi.

—De Mad. de Bergh, contestó el diablo.

—¡Acabáramos! esclamó Luizzi.

—Ya hemos entrado en el asunto, dijo Satanás.

Muerto de Bergh, permaneció Natalia un buen rato delante del cadáver, y lo primero que se preguntó á sí misma fué si debia poner en noticia de su padre el crímen que acababa de cometer. Natalia era una jóven muy superior para abrigar una incertidumbre por mucho tiempo; y como sabia el secreto de su padre, y su padre no sabia el suyo, tomó la decision de guardar silencio; para hacerlo necesitó un valor estraordinario, pues tuvo que pasar la noche junto al cadáver, desnudarlo, ponerlo en la cama y hacer todo lo preciso para que al dia siguiente, cuando entrasen en su alcoba, pudieran creer que habia dormido á su lado.

Despues de lo que te acabo de contar, no te debe parecer estraño el que nadie se haya admirado de la muerte de Bergh, y que lo enterraran en toda forma, sin que nadie se metiera á indagar de qué habia muerto. Ni aun el mismo Firion tuvo la menor sospecha, sino que por el contrario creyó en la desesperacion que manifestaba su hija: solo tuvo una duda, y consistia en saber si de Bergh habia muerto en virtud solamente de las medicinas de su médico, ó si en una noche de nupcias como aquella, habria cometido imprudencias que agravasen su mal y acelerasen el término de su vida.

Firion despues supo fijamente á qué atenerse.

Al siguiente dia de la muerte de Bergh entró en la alcoba de su hija, quien habia mandado correr las cortinas para que no penetrase hasta ella aquella luz que habia llegado á serle insoportable desde que habia perdido al único ser á quien podia amar. De este modo y con estas frases recibió á su padre, y el padre las escuchó contrito y convencido, y respondiendo en el mismo sentido, hasta que Natalia dejó caer en medio de sus sollozos esta frase, estraordinaria cuando menos en boca de una doncella.

Digitized by Google

—¡Si al menos me hubiese dejado alguna prenda de su ternura! ¡si tuviera algun ser viviente que me lo recordase!...

Firion, despues de haber estado meditando con qué frases oratorias disfrazaria la pregunta que intentaba hacer á su hija le dijo dulcemente:

—¡Pobre hija mia! ¿Con que no tienes esperanzas de ver realizada esa dicha?

Natalia no pudo menos de mirar á su padre frente á frente y responderle con voz firme, y en la que ya no habia ni sollozos, ni lágrimas, ni lamentaciones:

—No, padre mio, no tengo esa esperanza; pero tengo otra que comprendereis mejor que nadie, porque vos mejor que nadie sabeis lo que es amar á sus hijos.

Firion estaba siempre en guardia cuando hablaba con su hija, porque no sabia hasta qué punto podian llegar sus caprichos: el tono que ésta acababa de tomar le espantaba verdaderamente; sin embargo, ocultó sus sentimientos y respondió lo mas paternalmente que pudo:

—Me alegro mucho de saber que aun te queda una esperanza, y estoy persuadido á que es digna de ti, á que es razonable, y á que no descansa en utopias sentimentales capaces de labrar la felicidad si existieran, pero que realmente no existen.

—Teneis razon, padre mio, dijo Natalia dando á sus palabras y á su rostro todo el sentimentalismo posible; ¡oh! teneis razon; ya sé que el amor es una sombra sin cuerpo, ya sé que es una pasion egoista, cruel, y cuya divina esencia ha sido desvirtuada por los infames cálculos del mundo. Asi, os lo juro, padre mio; he cerrado mi corazon á ese vano sentimiento; no, ya no quiero ni amar, ni que me amen: pero hay un afecto mas grande, mas santo, mas profundo que el amor, y á ese afecto quiero consagrarme en lo sucesivo. Padre mio, padre mio, añadió llorando: la ternura con que me amais me ha demostrado cuál es la pasion mas poderosa: padre mio, quiero ser madre.

Esta declaracion hizo que Firion diese un salto en su silla, mas por el estraño modo de espresarla, que por el deseo que encerraba; pero despues de reponerse en algun tanto de su turbacion, respondió á su hija:

—Bien, hija mia; cuando pase el tiempo de tu luto, ó si te empeñas en ello, conforme se cumplan los diez meses de viudez que exige la ley para poderse verificar otro casamiento, te daré un nuevo esposo, y entre tanto buscaré un marido que te convenga.

Al oir esta contestacion, curiosa y un tanto reflexiva, miró Natalia á su padre, y con el tono de voz con que un cliente pregunta á su abogado cuál es el sentido de una ley despues de haber imaginado un medio de eludirla, le dijo:

—Pero, ¿por qué, padre mio, se impone ese plazo á las viudas antes de volverse á casar?

Firion quedó algo sobrecogido con esta pregunta; pero era de los hombres que creen que la muger debe saber las obligaciones que impone la ley escrita; y asi, despues de haber oido la respuesta clara y precisa que habia dado su hija á su pregunta, creyó que podria responder con la misma claridad y precision á la que su hija le dirigia.

—En los diez meses, le contestó, que siguen á la muerte de un marido, puede nacer un hijo, aunque generalmente el estado interesante de la muger no dura mas que nueve; y como este hijo pertenece al marido difunto, la ley en su prevision, no ha querido que la muger contraiga nuevos lazos sin dejar despejada y fija su situacion con la familia de que va á separarse y con la familia en que va á entrar.

Natalia comenzó á meditar, mientras su padre añadia con soltura y naturalidad:

—Pero esto se refiere especialmente á cuestiones de intereses, derechos de sucesion, etc., cosas largas de esplicar.

—Os creo, padre mio, dijo Natalia, os creo: ¿de modo que si yo llegase á ser madre antes de diez meses, mi hijo seria hijo de Mr. de Bergh?

—Indudablemente, dijo su padre turbándose de nuevo.

—Por supuesto, legalmente, añadió Natalia.

Aqui llegó Firion al punto de no comprender ni una palabra, ó mas bien, empezó á tener miedo de comprender lo que decia su hija; trató, pues, de dar otro giro á la conversacion, y le dijo:

—Mañana saldremos de aqui, nos volveremos á Paris, y alli encontrarás hombres dignos de tí y de tu riqueza; hombres que te colocarán en tan alta posicion, que será posible que las alegrías de la vanidad reemplacen en tí á las del amor, á las cuales quieres renunciar.

—Padre mio, no quiero tener mas apellido que el del hombre á quien he amado.

—Pero, dijo por fin Firion, llevado ya á sus últimas trincheras, ¿qué es lo que quieres decir, Natalia?

—Padre mio, respondió la interesante viuda virginal, cayendo de rodillas á los pies de su padre llorando; ya os lo he dicho, quiero ser madre.

—¡Un incesto! esclamó Luizzi.

—Sois un estúpido, amigo mio, dijo el diablo impetuosamente; no teneis la menor idea de los recursos de la vida; perteneceis á lo mas desenfrenado de la literatura moderna; convertís en un drama horrible y espantoso una cosa que me parece muy divertida: en lo que estoy contando no hay ningun incesto.

—Pero, veamos, dijo Luizzi impaciente; veamos el final de la conversacion.

16

Digitized by Google

—El final de la conversacion, replicó Satanás, duró exactamente los dos minutos que me has hecho perder con tu necia interrupcion; como sabes que no tenemos tiempo que perder, no te contaré el final de la conversacion, pero te diré su resultado.

—Habla, habla, replicó el baron, decidido á no interrumpir mas al diablo, por muy estravagante que fuera lo que le contase.

Y el diablo continuó:

—Al dia siguiente por la mañana, Firion salió de paseo por los campos que rodean á B..... acercándose á cuantos aldeanos hallaba y hablando amistosamente con ellos. El primero que vió tendria unos cuarenta y cinco años; era feo y raquítico. Firion se alejó de él inmediatamente. El segundo era grueso, bajo, robusto, pero muy pobre y muy sucio. El tercero era un viejo de sesenta años. Firion pasó rápidamente. Iba á encaminarse por otro lado, cuando vió á un escelente jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años, cuyo ardor en el trabajo anunciaba un vigor poco comun, y cuya voz, cantando, revelaba un pecho ancho, bien desarrollado, fuerte. Despues de haberle mirado en silencio, Firion, que acababa de separarse del lado de su hija, se acercó y le dijo:

—¡Cómo! esclamó Luizzi sin poderse contener; ¡cómo! le dijo....

—Sois un imbécil, replicó el diablo, y olvidais que Firion tenia talento. Firion dijo al hermoso campesino:

—Amigo mio, ¿quereis ser sustituto?

—¿Sustituto de quién? respondió el jóven.

—De un sobrino mio que ha caido soldado.

—Muchas gracias, respondió el otro; estoy esceptuado como hijo de viuda, y no tengo ganas de aprender por otro un oficio que no hubiera querido aprender por mí mismo: ya encontrareis por ahí quien esté pronto á aceptar ese negocio.

—Pardiez, contestó Firion, no será eso fácil, porque mi sobrino es un real mozo, y el gobierno se ha empeñado en que los sustitutos tengan las mismas cualidades que los sustituidos.

—A fe mia, dijo el gañan metiendo la barba en la garganta y echando el cuerpo sobre las caderas, á fé mia que será difícil como decís, y creo os ha de costar caro.

—¡Oh! dijo Firion, el precio es lo de menos; aunque fuesen mil escudos le daria yo á un jóven como tú.

—Ya lo creo, dijo el aldeano tomando la azada y volviendo á su trabajo, medio escelente de aparentar que no escuchaba; ya lo creo, repitió; viuda hay en el pueblo que me daria en dote mayor cantidad si quisiera reemplazar á su difunto.

—Bien, dijo Firion, pero es el caso que me he equivocado, no eran mil escudos lo que yo queria decir, sino dos mil.

—¡Qué buen tio tiene vuestro sobrino! dijo el campesino agachándose mucho y silbando una cancion muy inoportuna al parecer.

—Tres mil escudos, añadió Firion.

—Eso le convendria mucho á un mozo rubio que está al lado allá del camino.

—Cuatro mil escudos, dijo Firion.

El aldeano se levantó, apoyándose en su azada, y dijo sin poderse dominar:

—¿Cuanto importan cuatro mil escudos?

—Doce mil francos.

—¡Doce mil francos! ¡Bonita cantidad! ¿Y con doce mil francos, cuánto se tiene de renta?

—Seiscientos francos.

—Seiscientos francos.... dijo el campesino reflexionando y calculando. ¿Son tres francos y cinco sueldos diarios?

—No: tres francos y cinco sueldos diarios importan poco mas ó menos mil doscientos francos al año, contestó Firion; quien no habia ganado tanto millones sin haberse acostumbrado á calcular.

—Pues bueno, dijo el aldeano: para tener tres francos y cinco sueldos diarios, ó mil doscientas libras de renta al año, ¿cuánto se necesita?

—Veinte y cuatro mil francos.

—Pues si me dais veinte y cuatro mil francos podeis contar conmigo.

—¿Está dicho?

—Está dicho.

—Pues entonces vente conmigo ahora mismo en casa del médico.

—¿Qué habeis dicho, en casa del médico?

—Amigo mio, no quiero que me den gato por liebre; y como tienen que examinarte en la caja, no quiero que te rechacen por algun defecto físico que yo no conozca.

—¡Ah! ¡es por eso! dijo el gañan; pues echemos á andar; soy tan limpio de cuerpo como de corazon, ¿entendeis? y no tengo nada que ocultar, nada absolutamente.

—Me alegro mucho; vamos, ven.

Y sin mas esplicaciones lo llevó Firion ante el médico mas célebre del pueblo.

En aquel momento el diablo se detuvo y dijo á Luizzi:

—¿Qué es eso? ¿no me interrumpes?

—Hasta ahora me parece que voy comprendiendo lo que me cuentas y que no necesito mas esplicacion.

—Vamos á ver, ¿y qué comprendes?

—Señor Satanás, respondió Luizzi; hay cosas que el diablo puede contar ó pensar, pero que un hombre de mundo no puede decir en buenos términos: y ademas, las cosas que me cuentas son tan estraordinarias,...

—¡Estraordinarias! ¿por qué? preguntó el diablo: lo que es verdaderamente estraordinario es que no suceda siempre lo mismo: que un padre de familia no tome para su hija las precauciones que el estado toma para sus regimientos. A propósito, ahora me acuerdo de una comedia, compuesta por el mas honrado

Digitized by Google

de todos vuestros literatos, y representada hace algunos meses (1). En ella hay una escena semejante, y todos los hipócritas del patio la silbaron por inmoral: digo todos, porque en materia de hipocresía las mugeres van detrás de los hombres. Pues bien: de los trescientos ó cuatrocientos imbéciles que se alarmaron al ver que un padre queria conocer á fondo á su yerno futuro, no habria seguramente ciento cincuenta que hubieran salido tan airosos como aquel aldeano de la visita médica á que se sometió.

—Todo eso está muy bien, dijo Luizzi; pero me parece cosa difícil hallar el desenlace desde el punto en que estamos, y mucho menos el desenlace por lo que respecta á Natalia.

—En lo que tiene relacion con Natalia es en lo que el desenlace era mas fácil. Nada hay mejor que saber uno bien lo que quiere. Ya te he dicho que las mugeres hacen muy mal en no ser francas con los hombres, y peor todavia en no serlo consigo mismas. Llevan su sagacidad hasta quererse engañar, y las hay que despues de haber hecho todos los preparativos necesarios para su derrota, acaban por persuadirse á que las han sorprendido.

—Soy de tu misma opinion, dijo Armando; pero no por eso comprendo mejor, cómo en tales circunstancias, una muchacha como Natalia, podia atender á los preparativos de su caida.

—Ya veo, amigo mio, replicó el diablo con menosprecio, ya veo que ni serias capaz de escribir una ópera cómica: hay mil medios muy sencillos y mil muy ingeniosos de llegar á semejante resultado.

—Puede ser, dijo Luizzi, pero aunque el pudor de la muger no opusiere obstáculos, podian muy bien haber nacido de la continencia del gañan. Se trataba, segun me parece, de hacer comprender al muy torpe que podia gustar á una sola muger cuyo padre le daba veinte y cuatro mil francos, y consolar á una viuda que el dia anterior habia perdido á su marido. ¿Crees que eso es muy fácil?

—Planteada la cuestion de esa manera, no, replicó el diablo; porque los hombres de baja estofa tienen á las mugeres de cierta clase tan brutal respeto como brutal desprecio; creen con mucha frescura que cuantos hombres entran en sus casas son amantes suyos, y dicen de ellas todo lo que se les antoja; sin embargo, no son capaces de imaginar que la debilidad de esas mugeres descienda hasta hombres de su especie, y para creerlo necesitan que ellas se les entreguen, ó mejor dicho, se les ofrezcan en toda forma; lo repito, de ese modo hubiera sido muy difícil resolver la cuestion. Pero el gañan se encontró en una habitacion aislada adonde lo llevó Firion cuando salieron de la casa del médico; alli encontró una criada, bonita, alegre, complaciente, que estaba al servicio del recien llegado, y que con mucha destreza hizo ver al sustituto que la habitacion en que ella dormia no estaba muy lejos de la suya.

—¿Pues que, dijo Luizzi, Natalia representó semejante papel? ¿Se degradó esa muger hasta el estremo de escitar con su coquetismo el amor del gañan?

—Querido baron, teneis la manía de pedir siempre necias esplicaciones; os advierto que es una ridiculez apoderarse de un pasage, una frase ó una relacion para hacerla terminar de un modo contrario á la verdad. Hay muchas personas en el mundo que tienen esa funesta costumbre; no sé qué efecto hará en los demas: pero en mi hace el mismo que los palurdos que meten la mano en el plato de uno, y le muerden su pan ó su albérchigo y devuelven el pedazo mordido diciendo:—¡Ah! no es el mio, es el vuestro; está muy rico, tomadlo.—Huye de esa tentacion que puede ser mortal. Hombre hay que jamás te perdonará el haberle impedido decir una agudeza con que esperaba producir un gran efecto. Por lo demas, si hay algo que llame la atencion, si hay algo que sea estraño en el suceso de Natalia, no es de ningun modo el que tuviese un amante al dia siguiente de enviudar; la historia de la matrona de Efeso es contemporánea de los libros santos, y desde que existe la humanidad, su carne ha sido siempre de la misma clase; lo que hace que la historia de Madlle. Firion sea rara, es que ella ni conoce, ni ha visto nunca, ni quiere ver ni conocer al que debió proporcionarle la mas santa y fuerte de las pasiones, el amor materno.

—¿Cómo asi? preguntó Luizzi.

—Si, querido mio, continuó el diablo; cuando la criada dió á entender suficientemente al gañan que los buenos mozos habian nacido para las buenas mozas. Firion halló medio, durante la noche de hacerle dar, distante de la casa, un paseo que duró una hora: mientras estuvo fuera salió un carruage y entró otro, y luego, cuando volvió Firion, estaba solo; la criada se habia recogido ya, y el mismo Firion se retiró tambien, encargándole que se fuese á dormir á su habitacion; pero él no lo hizo asi, y sin equivocar las puertas halló la de la criada, y entró en su cuarto en medio de una profunda oscuridad.

—¿Y estaba alli Natalia? preguntó Luizzi lleno de admiracion y altamente indignado.

—¿Quién podria decir que aquella era Natalia? contestó el diablo: ¿podria tal vez decirlo el campesino que antes del amanecer salió de la habitacion, y á quien Firion envió aquella misma mañana á veinte leguas de distancia?

—No lo podrá decir el campesino, dijo Armando, pero si Firion.

—¡Si ha muerto!

—Pues entonces solo Natalia.

—Hay mas todavia, dijo el diablo, y es la

(1) *Le faux bonhomme*, por Mr. Lemercier.

Digitized by Google

inscripcion hecha nueve meses y dos dias después de la muerte del baron de Bergh, en los registros del estado civil del tercer distrito de la ciudad de París, en la que consta el nacimiento legal de Mr. Anatolio Isidoro de Bergh, que es ese encantador jóven de Bergh, de quien dicen los estúpidos que conocieron al baron, que se parece prodigiosamente á su señor padre.

—Con que esa muger, dijo Luizzi en el lleno de su admiracion, ha sido....

—Esa muger, respondió el diablo, ha sido lo que te he dicho, envenenadora y adúltera, pues aunque el adulterio consiste principalmente en introducir hijos estraños en la familia del marido vivo, me parece todavia mas original introducirlos en la familia del marido muerto· es como un adulterio póstumo, una cosa asi, nueva, original.

—¿Y nadie puede echarle en cara ese crímen? ¿nadie puede reconvenirla? preguntó Luizzi.

—Nadie, á no ser tú; y te dejo en libertad de juzgar si estás en el caso de hacerlo.

—¿Y no ha tenido mas capricho que ese?

—Nada mas.

—¡Pero si parece imposible un lance semejante!

—Para esplicártelo bastará con que reflexiones en lo que son capaces de hacer juntos un corazon frio, una alma fria y un cuerpo frio. Si Natalia hubiera nacido en otra época, ó la hubieran dado esmerada educacion, es probable que hubiera sido ó bien una de esas abadesas secas y rígidas que llevaron al mas bárbaro grado del despotismo el respeto á una virtud que la misma naturaleza las ha hecho fáciles de tener, ó bien una de esas solteronas virtuosas que pertenecen á la clase de mugeres como los sordos y mudos á la humanidad, sin tener mas idea del amor que la que los sordos tienen de los sonidos. Ellas ven que el amor existe; la inteligencia que establece este entre dos amantes, les parece lo que parece á los sordos la inteligencia establecida por la voz. Y como nada hay que pueda hacer comprender á unos ni otros el sentido que les falta, resulta que tienen envidia de quien lo posee. De aqui se origina que las solteronas, los sordos y los mudos son generalmente desconfiados, maldicientes é inhumanos. Desconfia siempre, baron, desconfia de esos séres incompletos; esos son los únicos efectivamente malvados que hay en el mundo.

XX.

INFAMIA MENOR.

En el momento en que Luizzi iba á responder á la nueva teoría del diablo, entró su ayuda de cámara y le entregó una carta al mismo tiempo que le anunció la llegada de Mr. de Merouilles: trató de recordarle la órden que le habia dado de no dejar entrar á nadie; pero antes que pudiera hacerlo, vió aparecer al *dandy* en la puerta de la alcoba, quien señalando con la contera de su baston la carta que Armando no habia abierto aun, esclamó riéndose:

—Apuesto á que es de Laura.

—Creo que no, dijo Luizzi con mal humor, porque me parece que conozco esa letra, y yo nunca he recibido carta ni visto letra de Mad. Farkley.

Al volver Armando su mirada de la puerta á su cama observó que la butaca, que poco antes ocupaba el diablo, estaba vacía.

—¿Pero en dónde está? esclamó el baron sorprendido al pronto.

—¿Quién? preguntó Merouilles.

—El... y Luizzi, no ocurriéndole en aquel instante otro nombre con el cual suplir el que no se atrevia á pronunciar, añadió: el caballero que estaba ahí ahora mismo.

—¡Vamos! estais loco, dijo el *dandy*: yo no he visto á nadie. Dispensadme si os incomodo tan temprano; pero ayer, luego que salisteis del teatro de la Opera, supe lo que habia resuelto Mad. de Marignon acerca de vos, y vengo á hablaros sobre ello. No quiero echaros un sermon, amigo mio, porque entre jóvenes esto no tiene sentido comun; pero en verdad me habeis puesto en un grande compromiso: ya sabeis por qué voy á casa de Mad. de Marignon: ya sabeis que su hija es un partido muy conveniente, y que hace mucho tiempo que mi familia desea que se case conmigo; pues bien, con este motivo pongo el mayor cuidado y discrecion en mis locuras y calaveradas para que no puedan perjudicarme; mirad cuán terrible no me será el verme comprometido por las calaveradas de otros,

—Me alegro mucho, mi querido Mr. de Merouilles, de que esto os haya desagredado, porque Mad. de Marignon me ha remitido una carta, que solo una muger sin marido y sin hijos es quien podria escribirla. Si como futuro yerno, tuviéseis á bien haceros responsables de su insolencia, me hariais un verdadero servicio.

—No os pareis en tan poca cosa, respondió Mr. de Merouilles; y por supuesto, sin perjuicio de lo que tenemos pendiente para el martes.

—¡Es claro! replicó Luizzi; pero como creo que hay tanta locura en bátirse por el respeto debido á la sociedad de Mad. de Marignon, como por la fé que puedo tener en Mad. de Farkley, pienso que os parecerá bueno el que mañana sea dia de carnaval.

—Sois muy ingenioso, Mr. Luizzi, replicó Mr. de Merouilles con tono desdeñoso.

—Y vos muy fátuo, contestó el baron.

—No tanto como vos, dijo Merouilles riéndose, porque creeis que una muger que os escribe el dia despues de aquel en que os ha

Digitized by Google

visto por primera vez, no habrá hecho lo mismo conmigo y con muchos otros.

—Pero esa carta no es de Mad. Farkley, respondió Luizzi, que mientras mas miraba la letra mas creia conocerla.

—Pues bien, si no lo es, me habré equivocado casualmente; pero estoy tan seguro de lo contrario, que me obligo formalmente á escusarme con ella, si no resulta lo que digo. No obstante, como sea de Mad. de Farkley, os daré un consejo de amigo, y es que por cosas como estas no vayais á armar un escándalo grave y sangriento; que vengais á casa de madama de Marignon á manifestarla cuán sensible os es lo que ha pasado, y que no os espongais á que os señalen con el dedo por una muger que no vale la pena.

Luizzi en lugar de responder rompió con ímpetu la nema y se apresuró á mirar la firma: era la de Mad. de Farkley. Difícil es espresar el sentimiento de dolor y despecho que se apoderó de Armando al verla. Si hubiera conocido mejor los sentimientos íntimos del corazon humano, hubiera comprendido que aquella muger no le era indiferente, supuesto que sentia ver justificada la mala opinion en que generalmente la tenian. Leyó la carta, que estaba concebida en estos términos:

«Caballero:

«Temo no poder concurrir á la cita que os tengo dada para mañana á la noche en el baile del teatro de la Opera: si quiere vd. aun que le esplique las últimas palabras que dije, ya puedo verificarlo: esperadme esta noche en vuestra casa: iré á las diez.»

Luizzi se quedó confuso, y en medio del asombro que le causó la falta de pudor de aquella muger, entregó silenciosamente el billete á Merouilles, quien soltó en aquel momento una fuerte y sonora carcajada.

—¡Vamos! ¡esto es increible! esclamó. mirad, si quereis entenderla, lo que debeis hacer es no quedaros en casa y veniros esta noche á la de Mad. de Marignon: le diré como quien no quiere la cosa el sacrificio que haceis por ella; os le agradecerá, y os perdonará indudablemente.

—Teneis razon; lo haré, dijo Luizzi, aunque me cueste mucho trabajo el quedarme sin decirle á Mad. de Farkley que no soy juguete suyo, y aunque siento no darle la leccion que se merece.

—La mejor y la mas cruel, replicó Merouilles, es responder que la esperais, y no esperarla.

Luizzi determinó seguir parte de este consejo, reservándose, segun las ideas que por la noche le asaltaran, el seguir ó el no seguir la otra mitad; es decir, que empezó por responder que esperaria en casa á Mad. de Farkley.

Cuando llegó la noche, Luizzi habia perdido ya todo su resentimiento: se acordaba de aquella muger del baile tan delicada y tan graciosa, y no queria sacrificar á vanas consideraciones sociales, un placer que, en su sentir, debia ser muy grande y no poco raro.

Luizzi era uno de esos seres destinados á pasar una vida agitadísima, sin que por eso los acontecimientos que la produjesen salieran de la esfera de los comunes: tales personas antes de decidirse á cualquiera cosa luchan interiormente; titubean mas tiempo en atravesar una calle que César en pasar el Rubicon, y porque dan mucha importancia á esas luchas creen luego haber hecho cosas importantísimas: el baron pasó dos horas en defender ante sí mismo la causa de su gusto, contra la causa del bien parecer.

No tuvo en cuenta la reputacion de Mad. de Farkley, pues no le parecia censurable en manera alguna añadir un lance escandaloso mas, á tantos otros lances escandalosos de Laura; la única cosa que sentia era que la victoria fuese tan fácil de conseguir, pues en sus luchas interiores de aquel dia el único enemigo que tuvo la vanidad fué el egoismo.

Su gusto, sin embargo, salió derrotado en la lucha; pero fué solo porque se imaginó que podia meter mas ruido envaneciéndose de no haber poseido aquella muger que envaneciéndose de haberla poseido. Así, pues, salió de su casa á las diez menos cuarto, y al dar las diez anunciaron al señor baron de Luizzi en casa de Mad. de Marignon.

Es imposible esplicar el efecto que produjo su entrada á semejante hora: todos miraban primero al reloj de la sala, y luego saludaban á Luizzi con las mas lisongeras frases. Todas las mugeres le recibieron con mucha finura y estraordinarios cumplidos: Mad. de Bergh llevó la admiracion que la causó el rasgo de Luizzi hasta el estremo de presentarle á su hijo Anatolio de Bergh; Mad. de Marignon tendió la mano á Armando, y casi le pidió perdon por la carta que le habia escrito; su hija, que jamás habia desplegado sus lábios para hablar á Luizzi, lo consultó con seductora familiaridad sobre los nuevos álbumes que le habian enviado; y Mad. de Fantan se empeñó con Luizzi en que tuviese la bondad de honrar su casa visitándola. Esta invitacion calmó algun tanto el mal humor de Merouilles, á quien no habia hecho mucha gracia la altura á donde habia llegado el triunfo que habia preparado á su amigo Luizzi, y se aprovechó de esta circunstancia para decirle en voz baja:

—La señorita de Fantan es muy jóven, muy hermosa, y segun creo muy rica: tenedlo presente.

La embriaguez de Luizzi fué tanta que pasó dos horas embebido en la alegria que le causaba la amabilidad con que lo recibian; nunca anduvo mas erguido ni habló con mas seguridad y desembarazo: durante estas dos horas fué verdaderamente objeto esclusivo de las conversaciones de toda la tertulia: estuvo

Digitized by Google

inspirado, y tuvo por consiguiente númen, ingenio y frases felicísimas. A las doce salió orgulloso, triunfante y lleno de sí mismo, de aquella sala, de la cual habia salido furtivamente y como con remordimientos la noche anterior.

Esta razon será tal vez la que prueba que el hombre es un mal bicho, como dice Moliere.

El espacio que mediaba entre la casa de Mad. de Marignon y la suya, no era bastante distancia para hacer desaparecer la alegría del baron, quien al entrar en ella dió sus guantes, su sombrero y su capa á su camarero, con mas soltura y gracia que nunca. Luizzi no era vanidoso cuando hablaba con criados; pero estaba en aquel momento tan hinchado y tan tonto que dió una entonacion muy rara y muy estravagante á la siguiente pregunta:

—¿Ha venido alguien esta noche?

—Si, señor baron, respondió el camarero: una señora.

—Es verdad, dijo Luizzi como sorprendido: ¡y yo que no me he acordado! ¡No sé cómo ha sido esto! ¿y qué dijo?

—Que esperaria á que volviera el señor baron.

—¡Ah! esclamó Luizzi, cuyo tono y seguridad cambió de repente al oir esta noticia. ¿Y cuánto tiempo ha estado esperándome?

—Ha estado esperando, señor baron, hasta ahora mismo, pues aun se halla en vuestro cuarto.

—¿En mi cuarto? replicó Luizzi.

—Si, señor baron; voy á decirle que habeis regresado.

—No hay para qué, dijo Armando de mal humor, no hay para qué; idos y no vengais hasta que llame:

Y Luizzi entró al instante en su cuarto.

XXI.

SEGUNDO SILLON. — QUIEN LA QUIERA LA TENDRA.

El sentimiento que dominaba al baron cuando abrió la puerta, era una mezcla incoherente de cólera, sorpresa y despecho, pues aquella muger venia á destruir su triunfo; y probablemente, el motivo que la habria hecho esperar no seria el mismo que la habia llevado á su casa. Luizzi, cuando menos calculaba que habria gritos y esclamaciones; asi que se admiró al ver, no una muger irritada como creia debia estar Mad. de Farkley, sino una muger llorando, que al acercársele él, juntó las manos y dijo con tono en que habia tanta desesperacion como desaliento:

—¡Oh! ¡caballero! ¡caballero! ¡A vos estaba reservado el darme el último golpe!

—¿A mí, señora? respondió Luizzi con mucho desembarazo; en verdad que ni sé lo que quereis decir, ni de qué golpe quereis hablar.

Mad. de Farkley miró como estupefacta á Luizzi; y le dijo apaciblemente:

—Miradme bien, caballero, ¿no me conoceis?

—Sois una señora muy hermosa, á quien ví anoche primero en casa de Mad. de Marignon, y despues en el teatro de la Opera, y á quien no esperaba tener la dicha de recibir esta noche en mi casa.

—Y entonces, replicó Laura, ¿cuál fué el motivo que os hizo sentar á mi lado en casa de Mad. de Marignon?

Luizzi bajó los ojos modestamente, y respondió con la necia humildad del hombre que teme lisonjearse de su buena suerte:

—Creo, señora, que no debo admiraros el ver que trate de conoceros... todo el que quiera...

El rostro de Mad. Farkley se trastornó al dar Luizzi esta respuesta; se puso enteramente pálida y contestó con la voz alterada:

—Entiendo, caballero; no debo de admirarme de que todo el que quiera trate de ser amante mio.

—¡Oh, señora!

—¡Si, eso es lo que habeis querido decir, caballero! replicó Mad. de Farkley que apenas podia contener las lágrimas prontas á correr de sus ojos, y los sollozos prontos á interrumpir sus palabras.

Mas dominando Laura esta emocion con una violenta repercusion nerviosa, repitió con acento de dudosa alegría:

—Eso es lo que habeis querido decir, caballero, pero creo que no habeis pensado en la osadía que es necesaria para llegar á ese estremo; ¡ser amante de una muger como yo! ¿No sabeis todo lo peligroso que es eso?

—¡No soy menos valiente que cualquiera otro! respondió Luizzi sonriéndose del modo mas impertinente del mundo.

—¿Creeis acaso?... replicó Mad. de Farkley; pues bien, caballero, os juro que si yo accediera á vuestros deseos, os amedrentariais.

—Probad mi valor, dijo Luizzi, y vereis de lo que es capaz.

—¡Bueno! contestó Mad. de Farkley levantándose; seré vuestra querida, caballero, pero antes es menester que sepais lo que habreis sospechado ya, que soy una muger perdida.

—¿Quién ha dicho eso? replicó Luizzi tratando de calmar la agitacion de Laura.

—Yo, caballero; yo que no me hago ilusion; yo que sufro hace muchos años las calumnias de que soy víctima, yo que, aunque sea por una vez, quiero merecerlas, que os he escogido para eso, y que soy vuestra... si os atreveis á poseerme.

Esta declaracion tan brusca y tan formal cogió desprevenido al baron, y lo dejó muy turbado al pronto: Mad. Farkley volvió á sentarse y le dijo con triste sonrisa:

Digitized by Google

—Bien decia yo que tendriais miedo, caballero.

—No es esa la palabra exacta, replicó Luizzi tratando de reponerse; pero confieso que no comprendo una dicha tan grande y tan repentina, y que estaba muy lejos de esperar...

—¡Mentis, caballero! esclamó Mad. de Farkley, solo que no lo creiais tan fácil, y que contábais con los honores de un ataque cuyas dificultades allano desde luego.

Luizzi estaba fuera de su centro; no podia calcular que hubiese en el mundo mayor impudencia, ó mejor dicho, no podia suponer que si Mad. de Farkley queria burlarse de él, lo hiciera en su propia casa y á semejantes horas. Permaneció callado un momento, y dijo al cabo:

—En verdad, señora, que no os comprendo...

—Entonces, replicó Mad. de Farkley, loque me queda que hacer es retirarme; pues por lo demas, añadió poniendo la mano sobre sus guantes, creo que sereis bastante honrado para afirmar, de modo que os crean, que la muger que ha entrado en vuestra casa á las diez de la noche, saliendo á la una de la madrugada, no se os ha entregado, como dicen que se ha entregado á tantos otros,

Y Laura iba ya á retirarse, cuando Luizzi comprendió su ridiculez á los ojos de aquella muger: adivinó que la impertinencia que habia producido tan buen efecto pocas horas antes en la tertulia, pasaria entre sus amigos por necedad: por último, reflexionó que lo que á las diez de la noche era un chasco de buen gusto, á las doce era una grosería brutal.

Puédese muy bien no aceptar, ni concurrir á la cita de las mugeres hermosas; pero no se les echa del sitio de la cita cuando los dos citados se encuentran en él.

Tomó, pues, las manos de Mad. de Farkley, y obligándola á sentarse en el momento en que se levantaba, le dijo con mas política que la que hasta entonces habia usado:

—Verdaderamente que no sé qué locuras son las que nos estamos diciendo: teneis derecho de estar irritada por la grosería de mi ausencia; ¿pero hay alguna falta que no se pueda rescatar? Una ó dos horas de mal pensamiento, ó mejor dicho, de verdadero delirio, ¿no podrán alcanzar perdon cuando hay de otra parte un afecto, un amor que tan bien sabeis inspirar?

Mad. de Farkley volvió á sentarse, y con tono muy grave todavía, contestó á Luizzi.

—Desearia ver, caballero, cómo esplicais eso que teneis á bien llamar mal pensamiento ó delirio.

En aquel momento le ocurrió á Luizzi un pensamiento raro; y era el proyecto que se habia propuesto realizar si tropezaba otra vez con Mad. Dilois. Haber tenido en su casa á Mad. de Farkley por su propia voluntad y como tantos otros á quienes ella habia cedido ó se habia entregado, era cosa que nada tenia de estraordinario; pero poseerla despues de haberle demostrado que no la queria, hacerla creer en una pasion sincera y profunda, despues de haberla insultado con el mas completo desden, esto le pareció á Luizzi una cosa nueva, original, y que valia la pena de plantearse, sobre todo tratándose de una muger como Mad. de Farkley; desde aquel momento la deseaba tanto como si la amase.

Tales reflexiones pasaron por la cabeza de Armando con la rapidez del relámpago y le hicieron replicar, inclinándose suavemente hácia Laura:

—No, señora; no es tan difícil esplicar ese mal pensamiento ni ese delirio. Habeis sido tan franca conmigo que habeis hecho fácil esta esplicacion: pero os confieso que á no ser por vuestra franqueza, me hubiera sido imposible justificarme.

—Pues mucho me alegraré, replicó madama de Farkley, de saber que ha habido una vez en mi vida en que la franqueza me ha servido de algo; porque indudablemente me prestará un gran servicio si de ese modo lograis probarme que vuestra ausencia no ha sido un ultrage, y que todo cuanto me habeis dicho, desde que habeis entrado, no ha sido un nuevo insulto.

—Mal pagaria vuestra franqueza si yo no fuera franca á mi vez: en efecto, señora, mi ausencia ha sido un ultrage, mis palabras un verdadero insulto.

—¿Y pretendeis disculparos? dijo Laura con amargura.

—Ignoro si lo conseguiré, respondió Luizzi, pero de todos modos diré la verdad, y vos juzgareis.

—Hablad.

—Habeis pronunciado una frase muy grave, señora, y os pido con toda mi alma que me perdoneis el que os la repita. Habeis dicho: Soy una muger pérdida.

Mad. de Farkley que habia pronunciado esta frase en la amargura de su cólera, palideció al oirla en boca de Luizzi, que se conmovió al observarlo, y se acercó á ella: detúvole con una ligera señal de su mano, y le dijo con ahogado acento:

—No es nada, continuad.

—Pues bien, señora, prosiguió Luizzi haciendo un esfuerzo para hablar: esa frase debe haceros comprender mi conducta.

—Sí, dijo Laura tristemente; ¡comprendo vuestro desprecio! y, sin embargo, es raro que un hombre lo emplee tan cruelmente con una muger, cualquiera que ella sea, sobre todo, cuando esta muger no le ha hecho ningun daño.

—¡Oh! no es eso, señora; replicó Luizzi.

Y luego, apoderándose del pensamiento que lo guiaba, hasta el punto de hablar en un acento conmovido, prosiguió:

—¡Oh! no es eso, señora, lo que me ha he-

Digitized by Google

cho ultrajaros: lo que me ha hecho tan grosero, tan indigno, tan cruel, es que conocia que estaba dispuesto á amaros.

—¡Vos! esclamó Laura, que no pudo contener la espresion de su ansiosa esperanza: ¡vos! ¿amarme?

—Si, señora: replicó Luizzi entusiasmándose con su acento declamatorio; si, señora, y ya comprendereis si en el momento en que he sentido nacer en mí este amor, no he debido temblar y tener miedo como vos me habeis dicho; porque como vos habeis dicho tambien ¡estais perdida! Y, sin embargo, sois hermosa, señora, teneis la poderosa hermosura que trastorna la imaginacion; hay en vos ese atractivo que hace á los hombres arrojarse á vuestros pies como si fueran vuestros esclavos; sois una de esas mugeres por quienes, en mi sentir, se puede perder la vida; mas aun, el honor y la reputacion. De ese modo es como habeis entrado á un mismo tiempo en mi pensamiento y en mi corazon: como una muger estraviada, y como una muger á quien se podria adorar hasta el estremo de olvidarlo todo. Pues bien, señora: en el instante en que me sentia capaz de hacerlo, he retrocedido á la vista de ese amor; ese amor me ha espantado. El único golpe que he recibido por su causa, me ha dado una idea anticipada de los sufrimientos que me haria pasar, si le entregara mi vida entera. Semejante amor, señora, semejante amor debe inspirar unos celos atroces, porque ya he empezado á sentirlos, y no por lo futuro, no por lo presente, sino por lo pasado, por lo que ningun poder del mundo, ni aun el mismo poder de Dios puede impedir que haya existido. Se mata al amante de la muger que nos engaña; se puede matar al amante cuyo recuerdo odiamos; pero lo que no se puede matar, señora, es una reputacion perdida, una vida, no diré culpable, pero al menos estraviada. ¿No os figurais todo el horror que debe esperimentar un amor absoluto, que se entrega con alma y sentidos, si se liga á otro amor cuyos girones os disputa el tiempo pasado, á otro amor de quien éste, aquel, diez, veinte, treinta amantes pueden reclamar cada uno su parte? ¡Oh! ese amor seria un suplicio y á semejante suplicio prefiero vuestro odio.

Luego, observando Luizzi que Mad. de Farkley estaba pálida y trémula, continuó con mas dulzura:.

—Os parecerá sin duda que soy demasiado cruel, ¿no es verdad? ¡Oh! yo no hablaria con tanto vigor si os estimara como los demas, si hubiera creido que érais una de esas mugeres á quien no se les puede dar mas que un amor de quince dias, si no me dominara el maravilloso encanto que os rodea, y que en este momento me trastorna hasta el punto de hacerme proferir cosas que no debieran llegar á vuestros oidos.

Mientras hablaba asi Armando, Laura le miraba con tímida alegría y con dulce arrobamiento: luego, esforzándose por romper el silencio, respondió al baron:

—Armando, ¿no me engañais? Armando, mirad que teneis en vuestras manos la última esperanza de una vida que ha sido toda ella una série de desventuras: Armando, mirad que engañarme es matarme: Armando, respondedme, como si respondiérais á Dios, ¿me amais del modo que decís?

El baron, que acababa de representar tan apasionadamente su papel, se alegró de saber con exactitud cómo representaria Laura el suyo, y le respondió con exaltacion sublime:

—Si, Laura, si; de ese modo os amo: ¡con una pasion insensata! ¡con una pasion infernal!

—¡No! esclamó Laura: el cielo es quien os la ha inspirado, Armando: ese amor es una espiacion; y ese amor será una felicidad, porque no tendreis que avergonzaros de él.

Al oir esta frase tuvo Luizzi que esforzarse por no hacer un gesto, y se arrellanó en su butaca esperando que Mad. de Farkley le contaria una historia novelesca de la que saldria tan blanca como una paloma; pero en vez de continuar, Mad. de Farkley se detuvo repentinamente.

—Esta noche no, Armando; esta noche no: dijo con un acento dulce, triste y alegre á la vez; pero mañana os contaré la historia de mi vida: una sola palabra bastaria para esplicároslo todo, pero esa palabra... no tengo derecho de pronunciarla todavía: ¡hasta mañana!

Luizzi no la detuvo; se contentó con responder apresuradamente:

—¡Hasta mañana! ¿en qué sitio?

—Aqui no, respondió Laura; pero os lo enviaré á decir, porque ya no puedo entrar en esta casa á no ser como baronesa de Luizzi.

Armando tuvo la escesiva delicadeza de no soltar la carcajada al oir las últimas palabras de Laura, y se contuvo mientras que salió á despedirla; pero al volver á su habitacion no pudo menos de hablar solo diciendo:

—¡Esto si que ha estado bueno! Ya veo que mi ficcion ha producido muy buen resultado. ¡Baronesa de Luizzi! ó yo soy un gran comico ó ese muger me tiene por tonto.

A esta parte de su monólogo llegaba Luizzi, cuando vió sentado al diablo en la misma butaca de donde se habia ausentado aquel mismo dia por la mañana, fumando tranquilamente el cigarro que habia entonces empezado.

—¡Hola! estás ahí, le dijo el baron riéndose, ¿por qué te fuiste esta mañana con tanta rapidez como si te hubieras llevado á tí mismo?

—¿Crees acaso que no me fastidia bastante verme obligado á perder el tiempo contigo, para que ademas quieras que haga de tercero en tus conversaciones con un Mr. de Merouilles?

—Vamos, veo que tienes razon, dijo Luiz-

Digitized by Google

zi; ya no me acordaba de que te habias ido por causa suya. ¿Y á qué vienes ahora?

—A contarte la historia de Mad. de Fantan, segun me tienes pedido.

—¡Oh! á fé mia, dijo Luizzi, que ya no tengo gana de saberla: ¿será otro suceso escandaloso? Estoy viendo que la vida de las mugeres no se compone de otra cosa, y te confieso que empiezo ya á hartarme.

—Baron, replicó el diablo, has hecho muchas tonterías para obligarme á hablar cuando yo no queria: cuidado no hagas una mayor todavía en no querer oirme cuando quiero hacer una confianza. Mira, es la una; tienes todavía una hora para oirme y otra para...

—Señor Satanás, dijo Luizzi interrumpiendo al diablo; tengo ganas de dormir; ya no necesito ser descortés con Mad. de Marignon, y me importa muy poco saber ó no saber lo que ha sido Mad. Fantan: por consiguiente, te suplico me dejes en paz.

Satanás obedeció, y Luizzi entró en la cama tranquilo y satisfecho, como un comerciante que hubiese pagado sus plazos, ó como un capellan de regimiento que hubiera logrado que hiciesen la primera comunion una docena de veteranos.

XXII.

CONTINUACION DEL SEGUNDO SILLON.—CORRESPONDENCIA.

Al despertarse Luizzi el lunes por la mañana, le entregaron una carta.

«Armando:

«Tengo un placer que no os podeis imaginar, y es el de haber encontrado por fin á un hombre á quien puedo contar y esplicar todos los pormenores de mi vida: esta alegría me arrebata, pues habia jurado no revelar mi secreto hasta que me lo permitiese aquel á quien le interesa tanto como á mi. Mas al salir de vuestra casa he sentido el corazon tan lleno de dulce y grata esperanza, que no he podido resistir mas: os escribo. Os escribo haciéndoos una confianza rara, supuesto que no pongo en ella los nombres de las personas á quienes concierne; pero vuestro corazon, vuestra memoria, vuestros sentimientos, no me atrevo á decir tambien vuestros remordimientos, los adivinarán. Escuchadme, pues, Armando, escuchadme vos que me habeis dicho que me amais.

«¿Os acordais de la conversacion casi desatinada que tuvimos anoche en el baile de la Opera, en la cual os dije cómo la muger que se ha olvidado de sus deberes una sola vez, puede pasar por haberlos olvidado mil veces? Pues bien: ahora voy á demostraros cómo una muger que jamás ha cometido una falta puede perder su reputacion á efecto de la reunion estraña de varias circunstancias.»

—¡Ejem! ¡ejem! dijo Luizzi al llegar á esta frase, y añadió: este es un bonito ardid. Pero quisiera que en lugar de ser esta historia la quincuagésima edicion de las obras de madama de Farkley, fuese mas bien una inédita qué se hubiese tomado el trabajo de componer espresamente para mí.

Y despues de hacer esta observacion. Luizzi se acomodó mejor en su butaca, como un suscritor á un gabinete de lectura se arrellana en su sillon cuando le traen los dramas ó novelas que están mas de moda.

Este cuento ó novela empieza así:

«Sabeis que soy hija natural del señor marqués de Andeli: ya me habia herido la desgracia cuando tuve esta noticia. Ignorais quién fué mi madre; yo tampoco he sabido mas que su nombre. Era descendiente de una de las mejores familias del Langüedoc, y se habia casado con un jóven, que siguiendo por necesidad la carrera militar, tuvo que dejarla abandonada: tenia una hija; pero el amor que le profesaba no era bastante para su alma ardiente: vió al marqués de Andeli; este la amó y ella amó al marqués. En aquella época el marqués de Andeli desempeñaba un destino administrativo muy importante en la misma ciudad en que vivia mi madre; despues perdió el destino y se vió precisado á separarse de ella seis meses antes de que yo naciera: yo nací en una cabaña de campesinos, en donde mi madre se habia ocultado para el caso: su criada me llevó y me confió á otra muger anciana, la cual me educó hasta la edad de quince años, sin revelarme nada acerca de mi nacimiento: decian que esta anciana me habia encontrado en el portal de su casa y me habia recogido por caridad. Yo lo creia, y no veia nada que pudiera hacerme sospechar que aquello no fuese cierto.

«Tenia, pues, quince años cuando la hija mayor de mi madre se casó. Inútil es que os declare cómo tuve noticias de mí; basta con que sepais que ví entrar un dia por las puertas de mi pobre casa á una de las mas ricas y hermosas señoras de nuestro pais, y que en una conversacion, en que desgraciadamente no supe mas que parte de la verdad, me dijo que yo era hija de una persona de alta categoría, que pertenecia á su familia, y cuyos errores deploraba sin poderlos condenar. Yo no sabia entonces lo que era tener madre ni el respeto que este nombre inspira, y creia que solamente el orgullo de su posicion impedia á aquella muger el darme á conocer la mia: juzgad cuál seria mi admiracion cuando añadió:

«Los errores de vuestra madre no han acabado: despues de viuda ha deshonrado su viudez como antes su matrimonio. Otra hija ha quedado abandonada; otra hija va á vivir en la miseria, otra hija va á quedar entregada á la desventura, sin hallar quizás una compa-

Digitized by Google

sion semejante á la que os proteje; es menester que os encargueis de ella: es hermana vuestra, sed para ella la madre que le falta; yo os daré para las dos los fondos que no teneis.» —Acepté, Armando, acepté.

«La primer accion buena que he podido hacer en mi vida, fué la que ocasionó mi primera desgracia.

«Tenia yo quince años y era hermosa: no creian que tendria yo á los quince años la caridad que habia tenido conmigo una anciana de sesenta, y por no habérseme querido reconocer esta virtud se me acusó de una falta: habia yo dicho que seria madre de aquella niña, y todos dijeron que lo era realmente.

«Tuve la buena suerte de que un hombre honrado que vivia en mi casa, sabiendo que la conducta que yo observaba hacia imposible esta falta, arrostró todo género de murmuraciones y me honró con su apellido. Mi padre, que ya sabia de mí, le pagó este favor en cuanto este favor puede pagarse, dotándome con una inmensa cantidad. Asi viví algun tiempo feliz y casi respetada, ó mas bien olvidada por la calumnia.

«Otro acontecimiento muy estraordinario preparó mi desgracia; el padre de mi hermanita cuyo apellido ignoraba yo; el padre de aquella niña á la que amaba como si fuera hija mia, á pesar de las desazónes que me habia acarreado, su padre, repito, introdujo tambien el desórden en otra familia; y la noble señora que ya me habia confiado una huérfana, me dijo que un jóven, abandonado como yo y como mi hermana, estaba pronto á perecer en la mayor miseria.

«Yo que sabia cuán horrorosa es esa vida aislada, que no se apoya en ningun afecto, le quise tambien socorrer, le abrí las puertas de la casa de mi marido, le dí en ella un destino honroso, le dí una familia. Y esta accion, que fué la segunda buena que he hecho en mi vida, causó mi segunda desventura. Un hombre que debia haberme agradecido lo que habia hecho, que debia haberme dicho: Os doy mil gracias por lo que haceis en favor de ese desventurado; ese hombre echó en medio del público murmullo, que ya me censuraba, unas cuantas frases infundadas, un epigrama atroz, y todos afirmaron que el jóven á quien habia salvado era amante mio. Oyólo decir mi marido; en su cólera no quiso pedir ninguna esplicacion acerca de su honor que creia ultrajado; desafió á aquel jóven y lo mató. Algunos dias despues estaba desengañado, y escribió al calumniador pidiéndole cuenta de la honra de su muger y de la sangre que habia derramado.»

Quedóse Luizzi confuso al llegar á esta parte de la carta de Mad. de Farkley; todo aquello se parecia tanto á lo que le habia pasado en Tolosa, que no pudo menos de espantarse; pero reflexionando luego que el lance ocurrido con Mad. Dilois no tenia mas que dos meses de fecha, se tranquilizó, y como la imaginacion tiene un arte infinito para disculpar las acciones propias, y condenar las de los demas, dijo para sí:

—Mad. de Farkley habrá sabido lo que me ha sucedido en Tolosa, y atribuyéndose esta aventura la coloca en su vida pasada para hacérmela creer con facilidad; pero es una añagaza muy tosca, y no me dejaré caer en ella.

Libre de aquella ansiedad momentánea, volvió á coger la carta y leyó lo siguiente:

«Poco antes de aquel duelo fatal, y en el primer momento de mi natural alarma, fuí en busca de la que me habia dado noticias de mi nacimiento y del apellido de mi padre; desesperada, me quejé de que me hubiese confiado aquella niña, cuya presencia en mi casa me producia tantos pesares; pero, ¡ay! no pude responderle mas que con lágrimas cuando me dijo:

—«¡Esa niña es hermana vuestra! esa niña es... nuestra hermana.

—«¡Nuestra hermana! esclamé.

—«Si; las tres somos hijas de una madre que ha cometido muchos y graves errores.

—«Santa y noble mártir, desgraciada hermana que ya no existes, ¿podré quejarme de todo lo que he sufrido, yo que he oido de tus labios el horrible secreto de tu vida?

«En aquel momento lo ignoraba, y esclamé:

—«¿Y qué ha sido de ella? ¿Dónde está la que asi nos ha puesto en brazos de la desgracia?

—«Ha salido de Francia, y no he querido saber mas. Ignoro cuál será su nombre en el dia, y Dios nos libre de saberlo nunca. Pero, replicó, lo que tú no sabes, lo que es todavía mil veces mas horroroso, es que el hombre que proyecta tu pérdida es hermano de ese jóven á quien has salvado.

«¡Y no volví á mi casa sino para saber que habia muerto! Entonces fué cuando cometí la imprudencia de escribir á mi hermana aquella carta fatal, publicada poco despues: en seguida abandoné la casa de mi marido, y algunos dias mas tarde supe que éste habia muerto en un segundo duelo con la certeza de que yo era inocente.

«Ahora me comprendereis, Armando, y comprendereis la carta que os he escrito, y que sin duda no habreis recibido, puesto que no la habeis contestado... porque ya nó habrá ningun enigma para vos en esta historia, ¿no es verdad? Teneis el talento de la adivinacion.

«Nada os diré sobre los secretos que me confió mi pobre hermana: ¡ay! la desgraciada me lo confesó todo. No añadiré ni una palabra mas: recuerdos demasiado dolorosos podrian mezclarse en mi relacion, y en este momento no quiero entregarme á quejas inútiles!»

Frotóse fuertemente los ojos Luizzi, du-

dando de si estaria despierto; sentia que el delirio se apoderaba de su imaginacion, y se encontraba en la situacion del hombre que sueña y que quiere perseguir vanas sombras que se resbalan siempre de entre las manos. Se levantó y se puso á pasear por su aposento, buscando una esplicacion que le aclarase lo que acababa de leer, pues le parecia que, ó él estaba loco, ó que lo estaba la muger que le escribia; y para librarse de las mil dúdas que confundian su imaginacion, siguió leyendo la carta, la cual continuaba en estos términos:

«Paso á contar ahora otra época de mi vida. Informado mi padre de todas mis desgracias, me llevó consigo á Italia y me casó con Mr. Farkley, cambiándome hasta mi nombre de bautismo, con el objeto de que no hubiese nada que pudiese recordar á la sociedad lo que yo habia sido, ni las calumnias que me habian perseguido; pero un paisano nuestro, llamado Ganguernet, me conoció en Milan, y dos dias despues era enteramente pública, no la verdadera historia de mi vida, sino la triste historia formada por tan estraño conjunto de apariencias.

«Por todas partes no recibí mas que insultos y desprecios, y habiéndome querido defender mi marido, pereció víctima de la misma fatalidad. ¿Comprendeis ahora cómo una muger de quien se puede decir que ha causado con su mala conducta la muerte en desafío de un amante y dos maridos, haya llegado á ser considerada como una muger perdida, y tratada en concepto de tal? ¡Basta! Esta noche, esta misma noche vendreis á verme, ¿no es cierto? mi padre estará aqui; acaso conseguiré que os perdone, y quizás tambien que os diga la situacion actual de mi madre, pues me han dicho que vive aun y que la obligará á ser en adelante escudo de una hija de cuya perdicion ha sido causa:

«Amadme, Luizzi, amadme: muchas de nuestras lágrimas nos son comunes, y á pesar de esta promesa de mi padre sois todavía mi única esperanza.

«LAURA.»

Luizzi sentia que su cabeza se trastornaba cada vez mas, y que germinaban las ideas por su cerebro como un vértigo espantoso: ni podia calmarlas ni reunirlas, y desesperado esclamó:

—¡Oh! ¡es imposible esperar tanto! me volveria loco.

Y en aquel instante agitó la campanilla infernal con un movimiento de rabia convulsiva. El diablo no apareció al sonido, pero la campanilla del cuarto de Luizzi contestó con un eco siniestro. Este ruido le dejó helado é inmóvil en su butaca, y en este estado se hallaba cuando vió entrar á Mad. de Farkley.

—¡Laura, Laura! esclamó; en nombre del cielo, esplicadme el significado de esa carta; siento que mi razon se trastorna:.. ¡Laura, Laura! ¿quién sois? ¿cómo os llamábais antes?...

—¿Y vos me lo preguntais? respondió madama Farkley, con una sonrisa irónica del mejor gusto: ¡ah! eso es llevar hasta la exageracion el olvido de las faltas propias.

—Laura, ¡por favor! decidme, ¿quién sois! ¿Cómo os llamábais cuando os confiaron aquella niña?

—Me llamaba Sofía. Las hijas adulterinas no tienen apellido.

—¿Y cuando estábais casada?

—Me llamaba Sofía Dilois.

—¿Vos? pero si apenas hace dos meses... ¡Ah! ¡es imposible! es...

Abrióse en aquel momento la puerta de la habitacion de Luizzi, y su ayuda de cámara le entregó una carta: la rompió el sello con un impulso que no pudo contener, y vió que decia:

«Se os suplica que asistais á la conduccion, funeral y entierro de Mad. de Farkley, el lunes... de febrero de 182 .. á las... de la mañana.»

Luizzi dejó caer esta carta, y helado y abatido se volvió hácia la muger que estaba á su lado: le pareció que esta se convertía en un vapor ligero, y halló en su lugar el rostro de Satanás con aquella sonrisa infernal y ardiente que tanto le horrorizaba. Luizzi furioso quiso lanzarse sobre él; mas una fuerza sobrehumana le tenia clavado en su asiento.

—¿Acabarás de esplicarme este horrible misterio, Satanás? esclamó Armando, sofocado por la rabia y la desesperacion.

—La esplicacion es muy fácil: toda consiste en números y fechas, contestó el diablo mofándose. En 1799, á los diez y seis años de edad, Mad. de Cremance tuvo una hija legítima llamada Lucía: en 1800, una hija adulterina llamada Sofía: en 1815, viuda ya, una hija natural, á la que puedes dar el nombre que gustes, porque es hija de tu padre el noble baron de Luizzi.

—¡Aquella niña era hermana mia!

—Y Cárlos hermano tuyo, hijo adulterino abandonado por tu padre el virtuoso baron de Luizzi.

—Pero todavía no hace dos meses que ví vivas á todas esas personas: hace dos meses que ví á Sofía, y ahora me encuentro que se ha vuelto á casar, y ha vuelto á enviudar, y que se ha puesto desconocida. ¡Vamos, esto es imposible! Me estás engañando.

—Amo mio, no te estoy engañando, te he engañado.

—¡Tú!

—¿No recuerdas que el primer dia que nos vimos me dijiste que economizabas mucho tu vida? ¿y no fuiste luego tan loco que la pusiste á mi disposicion?

—Si, pero me dijiste que habias tomado mes y medio de ella.

—¡Tomé siete años!

Digitized by Google

—¡Siete años!

—Siete años hace que ha muerto Lucía; siete que ha muerto Dilois; siete que ha muerto Cárlos, hermano tuyo; siete, en fin, que mataste á los tres con una agudeza.

—¿Y Laura, y Laura? esclamó Luizzi, cuya cabeza apenas podia ya seguir paso á paso la marcha de aquellos acontecimientos.

—Laura, añadió el diablo, no hace mas que doce horas que murió, harto martirizada en esta vida para que Dios la persiga mas allá de la tumba: el ultrage que ayer le hiciste dió el último golpe á su fatigado valor: venia aqui para contarte las circunstancias de su vida, que tú no hubieras comprendido, y supo por qué no estabas en tu casa, y á cual casa habias ido sin mas objeto que el de sacrificarla. Doce horas hace que la mataste.

—Pero anoche... la muger que estaba ahi...

—Era yo, replicó el diablo riéndose: le tuve tanta lástima que vine á representar el mismo papel que ella hubiera desempeñado si hubieras querido aguardarte. ¿Me parece que no lo hice mal?

—¿Y esta carta?

—Es verdaderamente autógrafa, de mi puño y letra; te autorizo para que pongas el facsímile en las memorias.

—¡Oh! ¡cuán infame, cuán infame soy! esclamó Luizzi: ¡tantos crímenes, tantos crímenes y no está en mi mano rescatarlos!

—Puedes, replicó el diablo acariciando á Luizzi con la llama de sus miradas, como una coqueta que trata de persuadir á un tonto; puedes, porque puedes cumplir con dos deberes de hombre honrado que aun te quedan: el primero velar por la hija de un padre á quien la desdichada Sofia metió en un convento; juzga tú de los padecimientos que acaso le reserva el mundo, por los que han sufrido sus dos hermanas; el segundo vengar á Sofía de la injuria que le han hecho las amigas de Mad. de Marignon, injuria que ha sido causa de cuanto le ha sucedido. ¿Pero te atreverás á hacerlo, amo mio?

—¡Oh! ¡dame poder para hacerlo! esclamó Luizzi entre sollozos y gritos de rabia; dame ese poder y repararé el mal con el mal, porque conozco que me está prohibido obrar bien: dime quiénes son y qué son esas mugeres que insultaron tan cruelmente á la desgraciada á quien he matado.

—Ya sabes la historia de una de ellas.

—Pero ¿y la otra? ¿y la historia de la otra?

—¿Cuál? dijo el diablo meciéndose con afectacion; la que yo te queria contar á la una de la noche, cuando Laura aun no habia muerto, ¿y yo esperaba conseguir que te interesaras por ella?

—¡Esa! esclamó el baron.

—¿Cuál? repitió el diablo; ¿la que te hubiera hecho correr á casa de Laura para pedirle que te perdonara para dedicarte á su defensa, para sacarla tal vez de su desesperacion, si hubieras querido escucharme?

—¡Si, si! respondió frenético el baron; ¡habla, habla!....

XXIII.

TERCER SILLON.

El diablo se arrellanó en su asiento como si fuese á comenzar una larga relacion, y respondió con soltura y desembarazo:

—En 1815, Mad. de Fantan se llamaba Mad. de Cremance....

—¡Su madre! ¡su madre! ¡qué horror! esclamó Armando, presa de un estremecimiento convulsivo á la idea de tanta perversidad.

El diablo se echó á reir, y Luizzi, perdido y anonadado, sintió que su cabeza se trastornaba, y que su corazon desfallecia, y cayó desmayado.

XXIV.

LOS BUENOS CRIADOS.

Luizzi no recobró su razon hasta pasados treinta y seis dias: no habia comido en todo aquel tiempo, y el primer sentimiento que esperimentó al volver en sí fué un terrible apetito: quiso llamar; pero no pudo mover ni los brazos ni las piernas.—¡Vamos! dijo para sí, he dado otra caida sin duda; pero me parece que no me habré tirado por la ventana como la vez pasada: esto no ha de ser mas que un entorpecimiento general.

El baron trató otra vez de moverse, y entonces vió que lo habian atado fuertemente á su cama: llamó con voz débil, pero nadie apareció. Solo una muger que estaba sentada á su cabecera y que mojaba un mendrugo de pan en un vaso de vino con azúcar, se levantó con mucho cuidado, lo miró, tiró un bocado al pan, tragó un buche del vino, y volvió tranquilamente á sentarse: colocó el vaso á su lado, tomó un tomo de una novela y se puso á leer, murmurando á cada frase. Armando quiso frotarse los ojos para cerciorarse de que estaba realmente despierto; pero vió que se hallaba, segun la espresion favorita de la muger del pan y del vino, *herméticamente* atado.

—¡Pedro, Luis! esclamó el baron: ¡Luis, Pedro!

Solo respondieron al baron unas cuantas carcajadas, acompañadas con un rumor de vasos.

—¡Luis, Pedro! ¡canallas! ¡venid! repitió Luizzi con nueva violencia.

—¡Dios mio! ¡qué frenesí! murmuró la muger.

Y sin mas rodeos tomó una grande esponja, y empapándola en una garrafa de agua helada se la aplicó vigorosamente á la cara:

Digitized by Google

el remedio produjo su efecto, pues hizo reflexionar al baron.—Está visto, dijo en silencio, habré estado enfermo; habré tenido sin duda una fiebre cerebral; pero debo estar ya completamente sano, supuesto que siento el cuerpo algun tanto cansado, pero las ideas sueltas, libres y fáciles: me acuerdo perfectamente de todo lo que me ha pasado, y podria contarlo desde el principio hasta el fin.

Y contando para si sus propios recuerdos, como el mendigo cuenta por los dedos el dinero que tiene, fué poco á poco animándose hasta que acabó por hablar en voz alta.

—Me acuerdo muy bien: Mad. de Fantan, es Mad. de Cremance: Laura, Mad. Dilois; esta ha muerto; ¡infeliz! ¡yo la he matado! ¡oh! ¡Satanás! ¡Satanás!

—¡Vamos! murmuró la enfermera: ya volvemos á las andadas: ¡cuidado si está furioso!

Y llamó tambien:

—¡Señor Pedro! ¡señor Pedro;

Pedro apareció envuelto en la bata de su amo mojando un bizcocho de Reims en una copa de Champagne.

—¿Qué hay, Mad. Humbert? respondió medio cayéndose y balbuceando.

—Es menester que vayan por sanguijuelas: Mr. Crostencoupe me encargó que si le volvia el delirio, le aplicase setenta sanguijuelas en el estómago, y que al mismo tiempo le mudase los sinapismos de la parte interior de los muslos y de la planta de los pies.

—¡Cuidado con el doctor! ¡vaya si consume sanguijuelas y mostaza! dijo el camarero. Bien hace el baron en tener mucho dinero, porque el doctor Crostencoupe es capaz de comerle su herencia á fuerza de recetas.

—La salud nunca se paga cara, señor Pedro, porque es el mayor bien de la tierra, esclamó Mad. Humbert.

—Corriente; pero mejor quisiera estar malo toda mi vida, que pagar treinta sueldos por una maldita sanguijuela.

—Bien se conoce que Mr. Crostencoupe es quien hace las recetas. En la última enfermedad de hombre solo á que he asistido, no pagué mas que trece sueldos por cada una. Verdad es que el difunto era un corredor furtivo que habia quebrado ya tres veces

—Parece que habia alli barro largo.

—No tanto, señor Pedro, que no se ataban los perros con longanizas

—Me parece que el baron está ya mas tranquilo: ¿no podríais ahorrarle las sanguijuelas?

—¿Cómo, si está delirando? ha vuelto á hacer la cuenta de aquellas señoras... ¡ya sabeis! y ademas, lo comprado comprado; no puedo impedir que las venda el boticario.

—No digo que economiceis la bolsa del baron, sino la piel: tiene el vientre y el estómago agujereado como una espumadera: parecen viruelas de sanguijuelas: ponedlas en la cuenta, pero no en el vientre.

—Haremos inmediatamente lo que mandais, señor Pedro; pero es menester que Mr. Crostencoupe no lo observe mañana, porque él buscará los agujeros, necesitará contar sus agujeros. ¡Ah! y á proposito; comprad ciento en lugar de setenta, porque siempre hay algunas que no pican.

—¿Y qué os podreis llevar á vuestra casa, Mad. Humbert, para volvérselas despues á los mancebos de la botica?...

—¡Pues qué! queriais tal vez que las dejase aqui andando como por su casa.

—Una cosa se me ocurre, Mad. Humbert: decidme.

—¿Qué?

—Vos que habeis asistido á tantos enfermos, ¿habeis visto á las sanguijuelas enamorarse?

—¿Quereis callar, majadero? dijo madama Humbert con gazmoñería; id á buscar lo que os he pedido y enviadme de paso una copa de vino y un bizcocho: tengo el estómago pegado al espinazo

—¿Quereis Champagne?

—Gracias, no puedo ver la espuma, me aceda el estómago. Dadme lo que siempre.

—¿Burdeos?

—Si, Burdeos.

—Pícaro gusto teneis; es vino que adormece.

—A propósito: no os olvideis de mandarme el café; estoy muy adormilada.

—¡Bien, bien! se os dará cuanto necesiteis; yo mismo os lo traeré; Luis irá á la botica.

—¿El cochero? todavía no se le ha pasado la mona.

—¡Bueno! Pues así es como hay que cogerlo; y supuesto que jamás dirige los caballos mejor que cuando está enteramente borracho, él sabrá conducirse bien ahora que no está mas que un poco achispado.

—Ni á vos tampoco os sienta mal el vino: tambien os pone contento.

—¿Pues acaso estoy achispado?

—¿Qué habiais de estarlo? ¡Teneis los ojos tan brillantes como puertas cocheras!...

—Es para ver mejor, Mad. Humbert, contestó el criado arrimándose á la enfermera, que, contra la general costumbre, ni era vieja, ni fea; tenia treinta años, y su cuerpo bien formado: era mas de lo que merecia el señor Pedro.

—¡Vamos, vamos, señor Pedro! que teneis un vino muy amable.

—¡Oh! si vos lo fuérais un poco....

—¿Y qué diria Mr. Humbert?

—¡Hola! ¿con que hay un Mr. Humbert?

—¿Cómo decís? ¡si hay uno! Pues si no lo hubiera, ¿cómo me habria de llamar madama Humbert? ¿Habia de haber sacado este nombre del almanack ó de la cesta de un trapero?

—No os enfadeis: ¡hay tantas casadas sin marido!

—Las habrá, corriente; pero yo no soy de esas, ¿lo entendeis, señor Pedro?

Digitized by Google

—¿Y eso qué importa, Mad. Humbert? dijo Pedro.

—Quereis ir por las sanguijuelas, picaronazo, porque sino vais y seguis de ese modo, os plantaré una en la punta de las narices.

quedó turbado al pronto y luego se echó á reir diciendo:

—¡Qué tonto soy! ya no me acordaba de que está loco.

—No tanto como vos, mirad, están dando



Si no vais y seguis de ese modo, os plantaré una en la punta de las narices.

—Eso las haria variar y á vos tambien.

—No digais atrocidades.

—Mejor quisiera hacerlas.

—¡Bribon! esclamó Luizzi con irritado acento.

Esta palabra detuvo repentinamente las empresas amorosas del ayuda de cámara; se

las doce; ya estarán cerradas las boticas y me voy á quedar sin sanguijuelas.

—Se vá y se vuelve en un momento, respondió Pedro.

Y salió tirando un beso tiernísimo á madama de Humbert.

—¡Bah! estúpido, murmuró la enfermera.

Digitized by Google

si yo quisiera un amante lo buscaria mas activo que tú.

Esta reflexion no sirvió de obstáculo para que Mad. Humbert arreglara la mesa y arrimase á ella dos buenas butacas, señal inequívoca de la esperanza que tenia de estar algunos momentos mas con el galanteador camarero.

Tal vez se admiren nuestros lectores del silencio que durante este diálogo guardó el baron de Luizzi; pero es preciso que no se olviden que era la primera vez que se hallaba en semejante situacion, teniendo á sus espaldas una laguna de su existencia en la que no sobrenadaba ningun recuerdo. La esponja helada que le habian aplicado á la cara y la amenaza que tenia encima de setenta sanguijuelas, le habian advertido que á poco que se incomodara lo tratarian como á un loco, y comprendió tambien que ignorando cuanto le habia pasado desde su última entrevista con el diablo, podia decir cosas capaces de hacer creer en el trastorno completo de su razon; asi es que prefirió guardar silencio, y ya reflexionando, ya escuchando lo que decian, buscó medio con que salir de la incómoda situacion en que se hallaba. Creyó muy á propósito el momento en que vió que se quedaba sola Mad. Humbert, y para probarle que habia recobrado enteramente su razon, se puso á hablarle con tono lánguido, diciéndole:

—Mad. Humbert, tengo sed.

—¡Dios mio, este hombre es una esponja, respondió la enfermera; no hace cinco minutos que os di agua.

—Dispensad, Mad. Humbert, replicó Luizzi con dulzura; debe de hacer mas de cinco minutos, porque habeis estado hablando con Pedro lo menos media hora

—¡Calla! dijo Mad. Humbert tomando una bugía para ver mejor al baron; ¡calla! ¿pues no diria cualquiera que no está loco? Mirad cómo habla.

—Es que estoy en mis cinco sentidos, madama Humbert, y la prueba es que os suplico que me desateis uno de los dos brazos para con él tener el vaso mientras bebo.

—¡Eso es! replicó Mad. Humbert; tendremos la del otro dia, que me tirásteis la tisana á la cabeza y me arrancásteis un gorro nuevecito del año pasado, que me habia costado tres napoleones y un franco! ¡Vamos! tómad, bebed, y callaos.

—Os juro, Mad. Humbert, os juro, repitió Luizzi, que no haré nada, porque estoy en mis cinco sentidos.

—¡Bien! repitió la enfermera, bebed y dormios.

—¿Qué es eso? dijo Pedro entrando con una botella debajo de cada brazo, un azucarero lleno de azúcar en una mano, y una servilleta llena de bizcochos en la otra.

—¡Ay! dijo Mad. Humbert volviéndose á Pedro en el momento en que presentaba una taza de tisana al enfermo: ¡ay! que está en uno de sus lúcidos intérvalos, y me pide que lo desate.

—No lo hagais, replicó Pedro; acordaos que la vez pasada nos costó trabajo el volverlo á su cama, tanto, que antes de lograrlo recibí una buena docena de puntapiés.

—Y no dejaré de repetirlos, pícaro, en cuanto me eche al suelo, replicó Luizzi colérico.

El camarero se puso á los pies de la cama de su amo, sin soltar por eso sus botellas, ni su azucarero, ni su servilleta; miró al baron haciéndole una mueca, algo mojada en vino, y dijo como por chiste:

—¡Buena está la propina! gracias.

—¡Infame! esclamó el baron haciendo un violento esfuerzo para levantarse.

Mas con aquel movimiento empujó la taza que le presentaba Mad. Humbert, y la tiró derramándola; la enfermera esclamó muy incomodada:

—¡Vaya si es preciso tener calma para porfiar tanto con un loco! era la última taza que quedaba de la tisana, y la tenia guardada para dársela ahora, á fin de que le durase toda la noche; pues ya no habrá mas remedio que hacerle otra ó que se quede sin ella.

—¡Bah! ¡que se quede sin ella! replicó Pedro.

—Si, eso es fácil de decir; pero el caso es que toda la noche estará rabiando de sed y no podré dormir una chispa. En fin, el hacerla es cosa pronta, porque tengo una olla al fuego.

—Pues esperad un instante; ese agua caliente puede servirnos para desleir este poco de azúcar.

—¿Y con qué objeto? preguntó Mad. Humbert.

—Ademas de la botella de Burdeos he traido una botella de Coñac antiguo y muy rico, con el cual haremos una fuente de aguardiente quemado, para tragárnoslo sin tenedor.

—¡Qué amigo sois del aguardiente! dijo madama Humbert: todas las noches es lo mismo: á este paso concluireis por quemaros en cuerpo y alma; aunque de todos modos ya ardereis algun dia como un monton de estopa.

—¡Si el fuego ha prendido ya! replicó el camarero acariciando con un visage á madama Humbert.

—¿Vais á empezar otra vez? preguntó esta.

—Hablo del fuego del ponche, contestó Pedro con maligna sonrisa; mirad ¡qué llama tan azulada y tan hermosa!

—Es verdad: ¡qué verde pone la cara! pareceis un muerto...

De repente Mad. Humbert lanzó un grito, y añadió con verdadero espanto:

—No seais atroz, señor Pedro; no apagueis la luz, que me da un miedo terrible.

El camarero, que habia querido hacer una

Digitized by Google

graçia, habia apagado las bugías y se habia puesto detrás de la llama del ponche. Su rostro, iluminado por tan siniestro resplandor, habia tomado un tinte verdoso, y la mueca horrible que hacia, para aumentar el encanto á su chiste, le daba un aspecto ve daderamente espantoso: dejó escapar de su pecho un sonido ronco y prolongado, y Mad. Humbert, aterrada gritó:

—¡Vamos! Pedro, ¡basta! ¡basta! volved á encender las bugías.

—¡Uuu! ¡uu! ¡uu!... hizo Pedro con eco sepulcral.

—¡Qué horror! esclamó Mad. Humbert; ¿puede darse un hombre mas atroz?

—¡Uuu! ¡uu!... ¡uu! .. hizo Pedro con voz aun mas formidable.

—Mirád, si no acabais de una vez, voy á llamar; dijo Mad. Humbert temblando de arriba abajo y acercándose á la puerta.

—No saldreis de aqui, esclamó Pedro con voz cavernosa; vengo del infierno para llevaros á tí y al enfermo.

—¿Quereis callar? gritaba Mad. Humbert ¡Pedro, Pedro! ¡callaos!

—¡No soy Pedro, soy el diablo!

—Satanás, ¿eres tú? esclamó Luizzi, cuya imaginacion debilitada por tan larga enfermedad, debia dejarse llevar fácilmente de un suceso que para él no era sobrenatural.

Al oir esta pregunta del baron, el camarero y la enfermera lanzaron un grito enorme y se arrimaron estrechándose mútuamente, mientras Luizzi continuaba gritando:

—¡Satanás, ven! ¡Satanás, yo te llamo!

—¡Buena la habeis hecho! contestó madama Humbert casi temblando. ¡Oh! ya lo habeis puesto peor que hace ocho dias: vuelve á llamar al diablo como un condenado.

—Esto ha estado tan gracioso, dijo Pedro con una voz que se esforzaba en vano por hacer que pareciese tranquila: esto ha estado tan gracioso, como si el diablo hubiera venido.

—Vamos, acabad de una vez, replicó madama Humbert con impaciencia: mirad que si no voy á llamar gente.

Y se puso á encender las bugías mientras Pedro echaba aguardiente quemado en las copas

—Tomad, le dijo, bebed, esto os repondrá un poco, porque teneis un miedo como una casa.

—No la echeis tanto de valiente, replicó la enfermera, que estáis mas blanco que la pared. Dadme otra copa mas; porque al ponerse el baron á llamar al diablo me ha dado tan gran susto, que todavía me tiemblan las piernas.

Y asi hablando se sentó delante de la mesa; púsose Pedro á su lado, y llenándole la copa le dijo:

—Pues sin embargo, no es esta la primera vez que ois al baron llamando al diablo.

—Y en efecto que no, replicó Mad. Humbert bebiendo la copa sorbo á sorbo; no hizo otra cosa en los primeros dias de su enfermedad

Con motivo del espanto de su ayuda de cámara y de su enfermera, se habia disipado en Armando aquella especie de alucinacion que se habia apoderado de él; y persuadido á que no podria sacar partido de ellos por muy razonadamente que los hablase, se resignó á permanecer silencioso, decidiéndose á escuchar con tranquilidad su conversacion, dijesen lo que dijesen, con objeto de ver si lograba saber algo de sí mismo.

—¡Vaya una locura estraña! dijo Pedro; imaginarse que tiene el diablo á sus órdenes.

—Pues otras hay mas estrañas, y yo misma las he presenciado; mas de un año me he llevado sirviendo á una jóven de la Gascogne que se imaginaba haber tenido un hijo, y haber estado enterrada mas de siete años en un subterráneo.

A pesar de su resolucion de callarse, sorprendió tanto á Luizzi esta noticia, que esclamó al momento:

—¿No era Enriqueta Buré?

La enfermera dió un salto violento y Pedro le preguntó:

—¿Qué teneis?

—Ese es el nombre de la jóven, replicó la enfermera; ¿pero por donde lo sabe vuestro amo?

—¡Vaya! ¡si es gascon! La habrá conocido en su pais. Dejadle charlar solo, y contadme esa historia.

—No sé mas, sino que un individuo de su familia se la ha traido aqui: es una jóven que no tiene nada de malo, y toda su ocupacion desde la mañana hasta la noche consiste en escribir su historia.

Gran sobresalto causó en Luizzi lo que acababa de oir, porque pensó en que se podrian ocultar ciertos crímenes bajo esta acusacion de locura, interin llegaba la tumba á cubrirlos mas hondamente. Pensó en que él mismo estaba reputado por loco, y que á su alrededor habia personas interesadas en acreditar esta opinion; conocia que á la sazon salia de una enfermedad en que habia reinado el delirio; quizás habria contado las historias de madama de Bergh y de Fantan, y si habia llegado algun rumor á oidos de estas, no dudaba de que serian las mas empeñadas en afirmar que estaba loco: pensó tambien que á ellas les convendria, por causas anteriores á su enfermedad, generalizar aquella opinion, y temió, no sin motivo, que procurasen poner en práctica todos los medios posibles para hacer que desapareciese del mundo un hombre que conocia el secreto de todas sus infamias.

El silencio que habia seguido á la respuesta de Mad. Humbert, habia dado tiempo á Luizzi para hacer todas estas reflexiones. consistia el tal silencio en que ambos dialo-

Digitized by Google

gantes estaban tragando algunos bizcochos regados con ponche; Pedro fué el primero á interrumpirlo:

—Pero tambien es muy raro que una persona pierda su razon de repente y sin decir: allá va eso.

—¡Pues qué! ¿vuestro amo no habia dado ninguna señal de locura antes de estos cuarenta dias?

—No, contestó Pedro; bien es verdad que cuando cayó malo no llevaba yo mas que quince de estar á su servicio; entonces se hallaba lo mismo que cualquier otro hombre, sin mas diferencia que la de hablar solo cuando se encerraba en su cuarto.

—¿Y eso no os daba ya una idea?... dijo Mad. Humbert.

—¿Qué habia de darme? respondió el camarero: haceos cargo de que yo venia entonces de la casa de un diputado, el cual pasaba todo el dia declamando, delante de un gran espejo, sobre una tribunita que habia mandado poner en su sala para ejercitarse en la elocuencia.

—¡Pareceria una vela en un candelero! replicó la enfermera.

—Al contrario, contestó el camarero; era un abogado que tiene mucha fama, y que segun se cree, tiene todavía mas talento que gordura.

—¡Lo mismo da! el caso es que debia parecer un bruto el hombre que, delante de un espejo, se pone á echarse discursos á sí mismo.

Luizzi, que veia el giro que tomaba la conversacion, tan lejano del punto que le interesaba, quiso que se hablase de él, y pidió nuevamente que le diesen de beber.

—¡Qué inquieto se halla esta noche! dijo Mad. Humbert con mal humor.

—Y eso que la taza de tisana que le habeis dado últimamente debe de haberle refrescado en gran manera: ¡toda se ha derramado sobre el embozo!

—¡Calla! ¡es verdad! y yo que no me he acordado de hacer otra: y ya no hay agua en la olla; tendré que encender fuego otra vez.

—No os tomeis ese trabajo, Mad. Humbert, ¡nada! yo lo haré; ¿dónde está lo que hay que echar dentro?

—Allí, hácia la izquierda, sobre la chimenea, junto á esa campanillita de tan rara hechura.

Luizzi al oir esta frase levantó la cabeza y vió su talisman. El primer sentimiento que esperimentó fué una gran alegría; mas reflexionando poco á poco en la situacion á que le habian reducido las confianzas del diablo, se afirmó en la determinacion de no volver á recurrir á él. Mientras Pedro preparaba la tisana y Mad. Humbert continuaba bebiendo su aguardiente quemado, entró el cochero con un bote de sanguijuelas en una mano y un cartucho de mostaza en la otra. Mas que todas sus reflexiones, este espectáculo inspiró á Luizzi la idea de permanecer tranquilo, pues se estremeció al pensar que podian aplicarle semejantes tópicos, y fingió que se habia quedado dormido, con el objeto de que á sus dos escelentes criados no se les ocurriese el deseo de socorrerlo. Para hacerlo creer mejor, se puso á roncar suave y pacíficamente.

—¡Cáspita! dijo Pedro volviendo la cara, maldito si no está dando las boqueadas.

—¡Es verdad! dijo el cochero acercándose á la cama.

—¡Imposible! dijo Mad. Humbert levantándose apenas de su butaca.

—Nada tendria de particular, replicó Pedro, que se llegó tambien á observar al enfermo: hace mas de ocho dias que nos está fastidiando de esa manera: ¡á ver! tomadle el pulso.

Mad. Humbert se levantó por fin; pero habiéndole hecho el aguardiente mucho mas efecto que el que pensaba, llegó dando traspieses, y en lugar de tomar la muñeca, en que el pulso latia vigorosamente, paseó su dedo por el revés de la mano: asi es que no sintiendo las pulsaciones de la arteria, respondió doctoralmente:

—Creo que ya se acabó todo.

—*Requiescat in pace*, dijo Pedro echándole el embozo por encima de la cara: ya tengo el riñon cubierto.

—*De profundis*, respondió el cochero haciéndose el gangoso; los caballos se han comido ya todo el heno y toda la avena.

—Esperad un momento, dijo Mad. Humbert, pues soy aqui la responsable: no llegueis á los muebles, porque se echan de menos: del dinero contante nada digo.

—No hay dinero contante, dijo Pedro.

—¿Por dónde lo sabes? preguntó el cochero: ¿segun eso has registrado las cómodas y los estuches?

—Te lo repito, sé que no lo hay.

—¡Bueno, está bien, con eso basta! dijo el cochero. Los comisarios de policía se han hecho para los pícaros: y, ó me das ahora mismo mi parte, ó voy á la comisaría y hablo.

—Habla enhorabuena; con eso haré que te pregunten si los caballos se han podido comer en cuarenta dias seiscientas cajas de heno y veinte sacos de avena.

—Pedro dice muy bien, replicó Mad. Humbert; él no se mete en las caballerizas, con que asi no os metais vos en la alcoba.

—¿Y cuánto os dá por poneros de su parte?

—Nada, ¿lo entendeis? nada: yo tengo honradez, jamás he tomado mas de lo que me han dado los enfermos, y el señor Pedro es testigo de que el difunto no me ofreció mas que media docena de cubiertos de plata como recompensa de lo bien que lo he cuidado,

—¿Y adónde está escrito eso? preguntó Luis.

—No lo ha escrito, porque ha estado siempre atado *herméticamente* á su cama.

Digitized by Google

—Pues entonces si no habeis de comer con mas cubiertos que los del baron, creo que correis el riesgo de tener que comer con los dedos.

—Tambien es cierto, replicó Pedro; lástima que á este hombre no se le haya ocurrido hacer testamento, porque estoy cierto de que nos hubiera dejado una rentita á cada uno.

—Teneis razon, dijo Luis: porque era algo tonto; pero, en fin, lo pasado pasado; no pensemos mas en ello, y procuremos arreglarnos en paz y como buenos amigos.

—Corriente, contestó Pedro; sentémonos allí, y hablemos en voz baja, pues no hay necesidad de que el lacayo se entere.

—¡Quiá! lo he dejado roncando en el canapé de la sala, y si se despierta no será para venir á interrumpirnos, sino para ir á meterse en su cama.

—Sin embargo, replicó el camarero, cierra las dos puertas, y reunámonos en consejo.

Por el movimiento de las sillas conoció Luizzi que los tres se habian sentado al rededor de la mesa y el choque de las copas, le dijo que el aguardiente volvia á andar la rueda.

—Veamos, dijo Luis, sé franco, Pedro: ¿qué has encontrado en la gabeta?

—Diez mil y quinientos francos, respondió el ayuda de cámara, ni un sueldo mas.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor! y á tí ¿cuánto te han producido el heno y la avena?

—Mil ciento veinte y dos francos.

—Eso pesa poco, dijo Mad Humbert.

—¡Toma! dijo el cochero, cada uno trae lo que tiene.

—Para ser hombre que tiene tantos millones, añadió la enfermera, no es mucho heredar.

—Lo cierto es, replicó Luis, que con un buen testamento hubiéramos escapado mejor. ¿No habria medio de tener un testamento?

—Yo escribo muy mal, respondió Pedro; y luego el amo tenia una letra de piojillo tan menudita....

—¿No teneis nada escrito de su mano? preguntó Mad. Humbert.

—Jamás he visto la letra del amo, á no ser en los billetes que me hacia llevar aquí y allá, respondió el camarero.

—¡Voto va! dijo Luis dando un puñetazo en la mesa: ¡qué felices son los hombres instruidos! cuando pienso en que he tenido padres tan tontos que no me han enseñado ni aun á escribir, y que solo por eso no puedo hacer ahora mi suerte.

A pesar de lo mucho que horrorizaba á Luizzi esta conversacion, aun tuvo en su corazon un lugar en que depositar una esperanza, cuando oyó hablar de testamento; y en el mismo instante en que el cochero dió en la mesa tan fuerte puñetazo, lanzó un largo suspiro, y los tres se callaron y se pusieron á escuchar con atencion.

—Luis, Pedro, murmuró suavemente el baron.

—No se ha muerto, se dijeron en voz baja los tres interlocutores; y Pedro que era quien tenia las piernas mas firmes, corrió á quitar el embozo de la cara de su amo.

—¡Ah! ¿eres tú, mi buen Pedro? dijo Luizzi, como si entonces volviera en sí; ¿dónde estoy? ¿qué me ha pasado?

—¡Calla! dijo Mad. Humbert, ¡parece que ha recobrado la razon!

—¿Quién es esta señora? preguntó el baron dirigiéndose á Pedro.

—Soy vuestra enfermera, respondió madama Humbert saludándole.

—¿Con que segun eso hace ya tiempo que estoy de peligro? replicó el baron.

Los criados se miraron unos á otros, como desconfiando de que verdaderamente hubiera vuelto á recobrar la razon: sin embargo, Luis contestó:

—Hace mes y medio que estais en cama, señor baron.

—Y desde entonces velais todas las noches á mi lado, ¿no es verdad, hijos mios?

—Es verdad, dijo Pedro, apenas nos hemos acostado desde el dia en que caísteis malo.

—Recibireis la recompensa de vuestro celo, respondió Luizzi, ya sea que vuelva á ponerme bueno, ya sea que me muera, pues me siento bastante débil.

—He ido hace poco por sanguijuelas; si el señor baron quiere que se las eche, quizás le alivien.

—Creo que es inútil, dijo Luizzi; ante todo quisiera escribir dos palabras á mi notario.

Los criados se miraron recíprocamente.

—No temo morir, continuó Armando; pero como no se sabe lo que puede suceder, es necesario que ponga en órden mis negocios. No me olvidaré de vosotros, hijos mios, os tendré presentes.

La astucia de Luizzi produjo todo el buen efecto posible, aunque era muy tosca; hablaba directamente á la codicia, y es menester conocer que si esta pasion es una de las mas ingeniosas en hallar medios de llegar al fin á que se dirige, es tambien la que mas fácilmente se deja llevar de los incentivos por poco oculto que sea su fingimiento. Esto es propio de todos los instintos voraces, físicos ó morales.

El deseo que el baron acababa de manifestar fué inmediatamente satisfecho; pero éste notó que mientras Luis le acercaba la tinta y papel necesario, Pedro y la enfermera celebraban conciliábulo en voz baja El baron no pudo menos de estremecerse otra vez. ¿No debia temer, si hacia venir al notario y le encargaba la redaccion de un testamento, que los miserables que le rodeaban, una vez convencidos de que encerraba condiciones favorables para ellos, quisieran apresurar el momento en que se aprovechasen de las mismas? Y en se-

Digitized by Google

guida se puso á buscar en su entendimiento un medio para evitar este nuevo riesgo.

—¿No escribe el señor baron? preguntó Luis mirándole.

—¿Y cómo quieres que escriba? dijo Pedro; ¿no sabes que tiene atadas las manos?

Y acercándose al punto, levantó mas el embozo y desató las ligaduras que estrechaban los brazos del baron, quien tuvo una alegría verdaderamente infantil, al sacar la mano del lecho, y la perdió en seguida al ver su horrible demacracion. El enfermo cuyo rostro empeora de dia en dia, y que sigue en un espejo los diarios aumentos de su enfermedad, no puede darse exacta cuenta de la alteracion gradual de sus facciones; pero el que, despues de un largo espacio de tiempo, se mira de repente y descubre el estado á que el mal lo ha reducido, esperimenta á veces un mal mucho mas cruel que el que le atormenta y le consume. Esto le pasó á Luizzi, que al ver su brazo, esclamó con acento espantado:

—¡Un espejo! ¡venga un espejo!

El servilismo obsequioso, que habia sucedido en el alma de los criados á la baja indiferencia que antes mostraban, no pudo negar al baron el cumplimiento de su deseo, y madama Humbert entregó un espejo á Luizzi, y lo sentó en su cama. Cuando se vió entonces con su rostro pálido, su barba larga, sus cabellos desordenados, sus ojos uraños y calenturientos, su nariz afilada, sus lábios blancos, se quedó inmóvil contemplándose, perdió inmediatamente el valor que parecia acompañarle, y llorando se puso á gritar:

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y luego, abandonando el espejo, y dejando caer la cabeza en la almohada con gran debilidad y no menor desesperacion, derramó abundantes lágrimas; sin ocultarlas á la ansiosa curiosidad de sus criados, porque en aquel momento su cobardía habia vencido á su vanidad, que es el valor de la mayor parte de los hombres. Segun parece, los buenos criados de Luizzi hubieron de alarmarse al ver aquel estado de debilidad, pues Mad. de Humbert le dijo con la voz mas suave que pudo:

—¿No quiere el señor baron escribir á su notario?

—¿Con que tan malo estoy? preguntó Luizzi á la enfermera mirándola con ojos inquietos.

—No, señor, no; pero bueno es tomar sus precauciones, y en caso necesario morir despues de haber arreglado sus cuentas con los hombres y con Dios.

—¡Con Dios! replicó Luizzi llorando nuevamente: ¡con Dios! ¡yo reconciliarme con Dios! jamás, jamás: el infierno se ha apoderado de mí.... y....

—Ay, que volvemos á las andadas, esclamó Pedro; el gozo en el pozo! tenemos que volverle á atar.

—¡Oh! replicó Luizzi con la mayor alarma, no me ateis, os lo ruego, no diré nada, me callaré; pero no me ateis. Voy á escribir, voy á escribir á mi notario.

Esta insistencia produjo su efecto, y el baron tomó la pluma que le presentaban; pero ni sus ojos veian el papel, ni su mano podia conducir la pluma; y apenas trazó algunas palabras se cansó de tanto esfuerzo, y cayó otra vez en la almohada.

—Despáchate, Luis, dijo Pedro en voz baja; no hay tiempo que perder.

El cochero salió inmediatamente cerrando la puerta con estrépito.

—No me dejeis solo, dijo Luizzi temblando, no me dejeis solo.

Pedro y Mad. Humbert se sentaron silenciosamente al lado de la cama, observando hasta los menores movimientos del enfermo, y apresurándose á mullirle las almohadas y á colocarle en la posicion mas cómoda. El desórden en que estaba la alcoba habia ya desaparecido, pues Pedro lo habia quitado todo de enmedio mientras Luizzi escribia; asi es que, cuando este volvió á mirar á su alrededor, no vió ya las huellas de la orgía nocturna que habia presenciado. Debilitada su cabeza por la enfermedad, y por las vivas impresiones que le habia causado la vergonzosa escena que acababa de pasar, no pudo recordar con exactitud sus pormenores, y poco despues llegó al estremo de preguntarse á sí mismo si todo aquello seria verdad, ó si serian mas bien imágenes presentadas en medio de su delirio. Casi tranquilizado con esta duda, cedió á una soñolencia febril que ya le representaba el saqueo de su casa, y ya millones de millones de sanguijuelas, persiguiéndole y acosándole por todos lados. En fin, su misma debilidad hizo que se quedara tan completamente dormido que ya empezaba á salir el sol del dia siguiente cuando se despertó.

Un fuerte capanillazo le arrancó de su sueño, y vió entrar á Pedro, quien dijo á Mad. Humbert en voz baja y con algun afan:

—Ahí esta el notario.

Luis entró poco despues, y Mad. Humbert le respondió en voz baja:

—Está durmiendo.

El baron resolvió aprovecharse del error de sus criados para saber de fijo lo que habia pasado aquella noche, se puso, pues, á escuchar lo que decian entre sí.

—Mucho has tardado, dijo Pedro á Luis.

—Es que el notario no estaba en su casa; me dijeron que habia ido á un concierto en el barrio de San German, y he tenido que recorrer todo el bulevard hasta la calle de Babilonia: al punto que llegué hice que preguntasen por él, y un criado me declaró que no lo habia hallado en ningun salon; iba ya á volverme, cuando un cochero amigo mio que me habia preguntado para qué iba, me dijo que

Digitized by Google

acababa de salir el carruage del notario y que le había oido dar la órden de conducirle á la Plaza Real, en casa de un cliente suyo que daba un gran baile. Corrí á la Plaza Real y no fué muy difícil el dar con él, porque en lugar de baile no habia mas que cuatro ó cinco personas jugando al ecarté: sin embargo, todavía tuve que esperar lo menos hora y media, porque se habian calentado los puntos: en fin, lo he cogido al paso y os lo traigo con medias de seda y clak.

—Está bien, dijo Pedro; ahora lo que es menester es que el baron no haya dado una recaida.

—¡Habrá notado algo! preguntó Luis.

—¡Nada! respondió el ayuda de cámara; ha creido que estábamos velándole.

En aquel instante se oyó una voz en la sala, y el doctor Crostencoupe entró seguido por el notario Bachelin.

—¡Repito que es imposible! decia el doctor con tono imperativo; esos tontos habrán tomado un lúcido intérvalo por una vuelta á su juicio: tiene una encephalitis aguda y persistente, y estamos muy lejos de su curacion.

—¡Cáspita! esclamó el notario; pues bien podian haberme dejado tranquilo y no haberme hecho levantar á tales horas. Cuando los negocios le han tenido á uno velando hasta muy tarde, no es nada agradable levantarse al amanecer.

—Decís muy bien, replicó el médico; pero me parece que vuestra presencia aquí es inútil.

—Lo sentiré mucho, respondió el notario; veamos, sin embargo, á Mr. de Luizzi, y asegurémonos del estado de su salud.

Ambos se acercaron, y Luizzi abrió los ojos para ver al médico en cuyas manos estaba; era un hombre muy alto, calvo, aunque no avejentado, elegante hasta cierto punto, y de cabeza dramáticamente erguida. Colocóse á los pies de la cama, y fijando con las cejas algun tanto fruncidas su mirada en el baron, tendió la mano y el dedo índice hácia él y dijo con tono doctoral:

—Mirad: las facciones abultadas, los pómulos purpurinos, los ojos enrojecidos y animados, el globo del ojo en rotacion, el movimiento respiratorio irregular y tiritador, la piel áspera; con que ya lo veis, el mal no ha disminuido en intensidad.

—Creo que os equivocais, doctor, dijo el baron lo mas pacíficamente que pudo.

—Mirad, continuó Mr. Crostencoupe sonriéndose, aun le dura el delirio: dice que me equivoco.

—Os juro, doctor, replicó Luizzi, que estoy en mi juicio, y para daros una prueba de ello voy á deciros por qué he mandado llamar á mi notario.

Y el baron se puso á contar al médico el cómo lo cuidaban sus criados, y los proyectos que habían formado para el caso de que muriese.

—¡Dios de Dios! esclamó Mad. Humbert: ¿habráse visto manía semejante? sola y tranquila he pasado toda la noche á su cabecera, y no me he movido mas que para ir á llamar á Luis, que estaba durmiendo en la antecámara.

—La prueba de que no hay nada de eso, replicó tambien Pedro colérico, es que pueden registrarse las cómodas y los armarios á ver si falta algo.

—Bien, bien, dijo Mr. Crostencoupe: no teneis necesidad de defenderos: la locura continúa.

—Vos sois el que está loco, esclamó Luizzi furioso y sentándose en la cama,

—¿Qué es esto? ¿lo habeis desatado? replicó vivamente el doctor al ver aquel movimiento repentino.

—¿Y qué queríais? ¿cómo habia de poder escribir al notario? replicó Mad. Humbert.

—Vamos, volvedlo á atar, dijo el doctor.

—Cuidado con lo que haceis, infames, gritó Luizzi con cierto enfado.

—Pronto, pronto, replicó el médico; no hagais caso de sus gritos.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? dijo el notario despertándose de repente, porque es bueno advertir, que fatigado con la noche que acababa de pasar, segun decia, gravemente ocupado en sus negocios, se habia sentado en una butaca y se habia quedado dormido durante la relacion de Luizzi.

—¿Qué ha de ser? replicó el médico; que le vuelve el delirio con mas fuerza que antes.

—Mr. Bachelin, gritaba Luizzi, socorredme; este es un asesinato premeditado.

—Ya veis, dijo el doctor, que la locura es completa.

—Enviadme otro médico, decia Luizzi, yo no conozco á ese; ese será un intrigante, un miserable; estoy entre personas que especulan matándome.

—Atadle con mas fuerza que nunca, añadia el doctor mientras se defendia en cuanto le era posible. En fin, gastadas sus fuerzas y sofocando su rabia, cayó rendido y jadeando sobre su cama.

—¡Pobre hombre! dijo el notario mirándole; y ¡yo que lo he visto tan fuerte y tan gallardo!... ¡Qué buena herencia será esta para los Cremancé!

—¡Jamás! replicó Luizzi; mi caudal no pasará á una familia á la cual pertenece la infame Mad. de Fantan.

—¡Bueno! ya está en su punto, dijo el médico; retiraos, caballero; la idea del testamento le exaspera mas

El notario echó una mirada compasiva al desdichado Luizzi, y yéndose le arrebató su última esperanza.

Asi que el médico se halló solo, preguntó á Mad. Humbert:

Digitized by Google

—Veamos, ¿qué efecto le han hecho las sanguijuelas y los sinapismos?

—Es imposible; jamás ha tenido mas frecuentes y violentas pulsaciones; aplicádselas



Tendió la mano y el dedo índice hácia él, y dijo en tono doctoral....

—No se los he puesto porque ha pasado muy buena noche.

inmediatamente, podeis ponerle un ciento.

—Muy bien, contestó la enfermera.

Digitized by Google

—Volveré esta tarde á ver como sigue, dijo el doctor.

Y salió al punto.

Cuando el médico se ausentó de la alcoba, los tres criados se miraron á la cara como preguntándose mútuamente; pero á una señal de Pedro, salieron todos y dejaron solo á Luizzi.

El desdichado baron se quedó sumido en sus reflexiones. Estaba en manos de un verdugo ignorante, que debia matarle con sus remedios, y en poder de criados cuyos culpables proyectos habia contado, sin convencer á nadie, y que tenian un verdadero interés en que no se pusiera bueno, pues asi evitaban el castigo que pudiera venirles encima. Armando se creyó perdido. No tenia medio alguno de avisar á sus compañeros; y ademas ¿podia él decir que tenia amigos? No habia, pues, remedio. Sus criados formaban conciliábulo en la antecámara, quizás para consumar un crímen que ya creerian necesario. ¿Qué hacer? ¿qué proyecto formar? ¿á quién llamar? ¿al diablo? Luizzi rechazó esta idea; no queria formar nuevas relaciones con este agente infernal: ¿no era él quien le habia puesto en la espantosa posicion en que se encontraba? y aun acaso le sacaria de ella para ponerlo en otra peor. Pero este era su único recurso, y viéndose abandonado por todo ser humano, al fin acabó por llamarlo: Satanás no acudió al llamamiento, y Luizzi conoció que habia perdido tambien esta esperanza, pues la campanilla soberana estaba lejos de su alcance, y tanto podia hacer que le obedeciese el diablo, como que le obedeciesen sus criados humanos.

Gracias á esta imposibilidad, la esperanza que Luizzi habia puesto en Satanás, á falta de toda otra persona, le pareció que era la única de salud que le quedaba, y por consiguiente deseó con mas ardor el poseer la campanilla para hacer uso de ella; deploró amargamente el no haber aprovechado el momento en que sus criados estaban prontos á obedecerle para haberles pedido su talisman, y esclamó rabiando:

—¡Oh! ¡daria diez años de mi vida por tener esa campanilla!

—¿De veras? dijo el diablo apareciendo á los pies de la cama.

—¡Ah! ¿eres tú? le preguntó Luizzi, y añadió: libértame, sálvame.

—¿Y me darias diez años de tu vida?

—¿No me has tomado ya bastantes?

—No, supuesto que haces tantas necedades.

—Tú, infame, eres quien me arrastra á ellas.

—Obedeciéndote.

—Ocultándome la verdad.

—Diciéndotela. Pero es preciso advertirte que quien hizo el mundo es un escelente obrero; cuando puso párpados en los ojos de los hombres fué para que no los cegase la ardiente claridad del sol; cuando les dió la ignorancia, el error y la credulidad, fué para que no se quedasen como idiotas y locos ante la fulminante luz de la verdad.

—Pues si eso es cierto, nada mas tengo que preguntarte.

—Haz lo que gustes.

—¿Puedo librarme en la situacion en que me hallo?

—Puedes.

—¡Bueno! pues dame esa campanilla.

—¡Nada de eso!: quiero aprovecharme de estas ocasiones: ahora soy libre.

—¿Y por qué has venido?

—Porque me ofrecias un buen negocio.

—Pues no quiero realizarlo.

—Eres dueño de hacer lo que te se antoje.

—¿Diez años de mi vida? dijo Luizzi dolorosamente; ¡jamás!

—¿Qué dicha te ha proporcionado para que tanto la quieras?

—Precisamente porque de nada me ha servido hasta ahora, es por lo que quiero economizarla en adelante.

—Bien, replicó el diablo; en cambio de ese chiste voy á darte un buen consejo: acabas de pronunciar la mayor verdad que hay en el mundo: el hombre no ama tanto su vida, sino porque la ha empleado en obrar mal ó en hastiarse; siempre está creyendo que el dia siguiente le proporcionará lo que le faltó la víspera, corre continuamente tras de un objeto que siempre ha dejado atrás.

—Ya veo, maese Satanás, que no varías; sigues moralizando de lo lindo: ¿qué consejo querias darme?

—Cásate, le dijo el diablo.

—¡Yo! esclamó Luizzi.

—Mira, amo mio; si no estuvieras solo en este momento, te evitarias los malos ratos que estás pasando.

—Lo que haces es tenderme un lazo.

—No, proponerte un negocio. Cásate y te saco de la cama sin pedirte nada.

—Una muger que viniese por tu mano seria un presente funesto.

—Tú escogerás la que quieras, sin que yo intervenga en ello en lo mas mínimo.

—Tú sabes que escogeré mal.

—A fé de Satanás, te juro que sin que yo meta en eso mi pata, el asunto me será ventajoso, porque siendo como eres vanidoso, débil y rico, vendrás á parar naturalmente á manos de una coquetona.

—¿Y qué plazo me concedes para casarme?

—Seis meses.

—¿Y si dentro de seis meses no me he decidido todavía?

—Tendré diez años de tu vida.

—Y si me caso, ¿qué provecho es el que sacas?

—Conseguir mi libertad, dijo Satanás riéndose, pues tu muger te dará bastante que hacer para que no vuelvas á pensar en mi. Eres

Digitized by Google

vanidoso, escogerás una muger bonita y luego tendrás celos; ¡famosa ocupacion! Eres débil, es decir, que accederás á todos sus caprichos. Eres rico, y este será el derecho en que se apoye para que se le ocurran tantos, que no tengas tiempo que perder conmigo.

—Ya veo, Satanás, que sabes aprovechar la ocasion: si tuviera á mano la campanilla no me hablarias de ese modo.

—Ya ves que no soy diablo como dicen, supuesto que obro como cualquier hombre.

—Estoy seguro de que el consejo que me das es una perfidia:

—San Pablo ha dicho: *Melius est nubere quam uri*: mas vale casarse que arder.

—¿Pero he de morir de esta hecha?

—¿Quién sabe?

—No quieres comprometerte, Satanás: pero te he cogido en tu propio lazo; cuando me has pedido diez años de mi vida, es porque me quedan mas que diez años de vivir.

—Si, ¿pero de qué modo? contestó Satanás; estás en manos de un médico que te cree loco

—Ya conocerá lo contrario.

—¿Crees que está loca Enriqueta Buré?

—¡Cómo! esclamó Luizzi; ¿piensas acaso que iria yo á concluir mis dias en una casa de locos?

—Muchos han muerto alli, que eran mas razonables que tú.

—Calumnias á la sociedad.

—Algun dia te haré juez de ella.

—¿Y cuándo?

—Quizás mañana, quizás dentro de diez años, ¿quién sabe? eso dependerá de la resolucion que tomes.

—Pero al cabo ¿no me podrás decir una cosa? No me podrás decir si la vergonzosa escena que he visto esta noche era verdadera, ó si era efecto de la locura.

—Has visto y oido bien.

—¡Oh! ¡eso es cosa indigna! esclamó Luizzi.

—Baron, como estás malo, nada te sabe bien.

—Predicador del vicio, ¿te atreverás á defenderlo aun bajo tan sucia forma? replicó el baron.

—¡Bah! dijo el diablo; yo dejo obrar á la buena gente.

—¿La buena gente? preguntó Luizzi.

—La mejor y mas gravemente necia, querido mio, contestó el diablo soplándose las yemas de los dedos como si sintiera algun mal olor; has puesto en accion anticipadamente el gusto de una literatura que tendria soberbio éxito dentro de algunos años.

—¿En Francia? preguntó Luizzi, ¿en el pueblo mas elegante é ilustrado del mundo?

—Si, amo mio, en el pueblo mas elegante é ilustrado; dentro de poco aparecerá una literatura consagrada únicamente á contar la historia de la choza, de la bohardilla y de la taberna; los héroes serán porteros, vendedores de ropa hecha y prenderos trashumantes; la lengua será una gerga vergonzosa; las costumbres vicios de mala ley, los retratos caricaturas estúpidas.

—¿Y crees que se leerán semejantes obras?

—Todos las leerán, las devorarán; tanto las señoronas como las manolas, tanto los magistrados como los escribientes de los agentes de cambio.

—¿Y se estimarán en mucho semejantes producciones?

—No diré tal barbaridad: sucederá con esa literatura lo que sucede con la muger fácil; todos la desprecian y todos van tras ella.

—Eso es diferente.

—No: es absolutamente lo mismo, baron; es el privilegio de todos los placeres fáciles de conseguir; para disfrutar con el amor de una muger distinguida, es preciso tener corazon elevado y elevadas ideas: es preciso saber encontrar la felicidad, en una palabra, en una mirada, en un gesto, en cualquier cosa delicada, misteriosa, santa y grave; con la prostituta sucede todo lo contrario: el placer viene al galope, franco, abierto, despechugado; no cuesta trabajo el buscarlo; él se arroja á vuestro cuello, os escita, os arrastra, os estravía: á la mañana siguiente os abochornais, y por la noche volveis á él. Esto es lo que pasa en literatura: no se le dirá á todo el mundo que se ha leido un libro, pero se lee.

—¿Y pueden entrar en esas novelas escenas tales como las que yo he presenciado?

—¿Pues no vas á escribir mis memorias?

—¿Y quieres que ponga en ellas ese cuadro?

—¿Y por qué no? ¿Crees acaso que estando yo á la distancia á que estoy de la sociedad, hallaré mucha diferencia entre los vicios del gran señor y los del tosco campesino? ¿Crees que, para quien ve á los hombres desnudos, vale algo el vestido que cubre sus deformidades? Ya has visto la codicia en su mas baja espresion; ¿quieres verla en lo que se llama el mundo?

—¿Y qué entiendes tú por mundo?

—¡Oh! en él hay muchas escalas; pero toda la diferencia entre ellas está en el recato y el misterio.

—Es decir, que hay mas hipocresía arriba que abajo; pero eso es tener un vicio mas.

—Amigo mio, dijo Satanás, pensándolo bien, la hipocresía es el gran lazo social de la humanidad.

—¿Cómo has dicho? preguntó Luizzi.

—Escucha, baron: si en una ciudad en que reinase la peste, la administracion dejase á los enfermos y á los cadáveres amontonados por las calles; si dejase que el aire se corrompiese y las imaginaciones se asustaran, no hay duda de que en poco tiempo el azote se llevaria consigo las tres cuartas partes de la poblacion; mas si, por el contrario, hiciera desaparecer las huellas de la enfermedad, si ocultase á los moribundos en los hospitales y

con rapidez quitase de la vista á las víctimas, la epidemia quedaria reducida esclusivamente á sus propias fuerzas. Sucede con el vicio lo que con la peste: tiene sus miasmas que corrompen el aire moral, y á eso es á lo que llamais mal ejemplo. No censuremos, pues, la hipocresía que oculta las llagas de las flaquezas humanas, porque esa hipocresía es la sanidad moral de la sociedad.

—¿Y qué es la virtud?

—La virtud, amo mio, es la salud.

—¿Y en dónde está?

—Búscala.

—¿Y cómo descubrirla despues de lo que me acabas de decir? ¿quién me asegura que la hipocresía, esa hábil embustera, no oculta horrorosas enfermedades?

—Mira por debajo de los vestidos.

—Es decir, que necesito escuchar las historias que me cuentes: hasta ahora solo crímenes he visto en ellas.

—¿Acaso he escogido yo los asuntos?

—Mas si por casualidad diese yo con un ser puro, ¿no lo mancharias al contarme su historia?

—Ni miento ni calumnio: eso es propio solamente de los débiles y de los cobardes.

—Pues si es asi, Satanás, si tengo la certeza de saber siempre la verdad, acepto el pacto propuesto, mas con una condicion; que tendré dos años para escoger esposa.

—¿Dos años? ¡corriente! dijo el diablo.

—¿Es cosa convenida?

—Convenida.

—Pues entonces ponme bueno.

—En eso nada puedo, replicó Satanás; yo no toco á las cosas materiales del mundo: bien lo sabes.

—¿Luego me has engañado?...

—Siempre eres lo mismo: siempre desconfiado, porque eres falso. Está bien: dentro de tres semanas te hallarás con la mejor salud que has tenido en toda tu vida.

—¿Y cómo? preguntó Luizzi.

El diablo habia ya desaparecido.

XXV.

UNA BUENA CURA.

A Luizzi le disgustó la desaparicion de Satanás; pero calmado con sus promesas meditó sobre su posicion con espíritu mas tranquilo, y acabó por comprender que no era tan desesperada como se habia imaginado, y que el espanto le habia hecho ver mónstruos en los obstáculos que tenia que vencer.

Un momento despues entró Mad. Humbert; pero en lugar del enorme tarro de sanguijuelas y de la provision de mostaza que esperaba hallar en manos de la matrona, vió una bandejita en que llevaba una taza de caldo y un vaso de escelente vino. Ya hemos dicho que se habia despertado Luizzi con mucho apetito: este apetito se aumentó en gran manera al aspecto del caldo, y el hambre al mismo tiempo sugirió en Armando la idea de hacer alianza con Mad. Humbert y separarla del complòt de sus criados: tan cierto es que el estómago es la residencia del genio de casi todos los hombres. Llamó, pues, á Mad. Humbert y le dijo:

—¿Es para mí para quien traeis tan escelente desayuno?

—¿Para vos, señor? ¡Oh! no, estais muy malo para que podais tomar nada.

—¿Qué, vais á seguir tratándome como si estuviera loco?

—¡Dios de mi alma! replicó Mad. Humbert; bien sé que el señor baron está enteramente en su juicio; pero tambien es verdad que no me atrevo á darle de comer. Mi deber es cumplir con las órdenes del médico.

—Sin duda; pero no es ese vuestro interés, esclamó Luizzi.

—No obro yo nunca por interés, señor baron.

—Pues haceis mal, porque si quisiérais darme ese caldo os lo pagaria como si fuese oro líquido.

—¿Y si llegára á saberlo Mr. Crostencoupe?

—Como se incomodara, mandaria que lo pusiesen á la puerta de la calle.

—Es decir, que me pondrian en la puerta de la calle y colocarian á vuestro lado alguna enfermera vieja y malvada que hiciese cuanto él manda.

—Decis bien, Mad. Humbert, guardaré silencio; pero venga el caldo.

Mad. Humbert lo meneó con la cuchara y dijo:

—Será preciso tambien que le digamos que habeis tomado todos sus remedios.

—Yo se lo diré, Mad. Humbert; pero dadme el caldo.

Tomó esta la taza y se acercó al lecho.

—Es que tanto Pedro como Luis podrian decirle que no haceis lo que os preceptúa, replicó Mad. Humbert con irresolucion, y volvió á poner la taza en la bandeja.

—Perdono á Pedro y á Luis con tal que guarden el secreto; pero vamos, dadme el caldo.

—Pero al menos bebedlo despacio.

—Bien, bien.

—Esperad que os desate esas ligaduras.

—Sea enhorabuena, Mad. Humbert: sois una valiente muger.

Bebióse el caldo Luizzi y se halló tan confortado, que al mismo tiempo vinieron el calor al estómago y la esperanza al corazon.

El doctor Crostencoupe volvió al anochecer, y preguntó si se habia efectuado cuanto habia mandado por la mañana

—¡Ay, doctor! replicó Luizzi al verlo; ¡qué cosa tan estraña he sentido hoy! Figuraos que me parecia que bajaba un velo por delante de mis ojos, y sentia como picaduras en el pecho, y escozor ardiente en los muslos.

Digitized by Google

—¡Bueno! dijo el doctor frunciendo el entrecejo; las sanguijuelas y los sinapismos. ¿Y qué mas?

—Despues, doctor, á modo que el dolor se iba aumentando, conocí que mi cabeza iba quedándose libre y que mi espíritu salia de una noche profunda.

—¡Bueno! esclamó el doctor Crostencoupe, ya estais fuera de peligro, señor baron. Ahora es menester seguir el mismo plan; ponerse doscientas sanguijuelas y quince sinapismos mas, y en seguida estareis en disposicion de poder montar á caballo.

—Asi lo espero, doctor, dijo Luizzi.

—Cuidado, que lo que principalmente os encargo es una dieta rigurosa.

—Pero doctor, ¿ningun alimento he de tomar?

—Ni siquiera agua azucarada: el mas ligero alimento causaria vuestra muerte.

—¡La muerte! dijo el baron alarmado.

—La muerte inmediata y espantosa.

—¡Bah! esclamó Armando con tono burlon.

—Nueva congestion cerebral, delirio, frenesí, reblandecimiento del cerebelo, soñolencia y muerte.

—¡Oh Moliere! dijo Luizzi para su capote.

—¿Con qué lo habeis entendido, Mad. Humbert? dijo el doctor Crostencoupe.

—Muy bien, muy bien, señor doctor.

—Hasta mañana.

Y salió. Al dia siguiente volvió, llevando consigo una gran caja de pastillas, y una botella lacrada y sellada que colocó en la cama del enfermo.

—Aqui teneis lo que ha de completar vuestra curacion: habeis de tomar de hora en hora una de estas pastillas, y en los intermedios una cucharadita de esta bebida.

—Lo haré asi, doctor, os lo prometo.

Mr. Crostencoupe salió, y en seguida madama Humbert dió una taza de caldo á Luizzi, quién la tomó con una alegría verdaderamente infantil.

Asi pasaron ocho dias durante los cuales el doctor no dejó de hacer dos visitas al dia, una por la mañana y otra por la tarde, recomendando siempre el uso de sus píldoras y de su jarabe; píldoras y jarabe que se tiraban exactamente de hora en hora por la ventana. El baron afirmaba al médico que se hallaba demasiado bien con aquel régimen para que tuviera ganas de alterarlo en lo mas mínimo: sin embargo, pasados estos ocho dias se aventuró á pedirle permiso para tomar un poco de caldo.

—¡Caldo! replicó el doctor, ¡caldo! ¿quereis destruir el buen efecto de mis medicinas? ¡Caldo! Tomad arsénico y será mejor.

—Lo digo porque... ¡ya veis! contestó Luizzi sonriéndose, hace ya ocho dias que lo tomo.

—¡Bah! esclamó el doctor sin admirarse mucho.

Luego meditó por un instante y continuó:

—Ya caigo: las píldoras y el jarabe han impedido el mal efecto de tan pernicioso alimento: celebro infinito lo que me decís, porque me prueba que son mejores que lo que yo creia.

—¿Con que puedo seguir tomando caldo?

—Si; pero aflojándolo á fuerza de agua y duplicando la dósis de píldoras y jarabe.

—Lo tendré presente, contestó Luizzi.

Apenas salió el médico, gritó el baron con aspecto triunfal:

—¡Mad. Humbert! Mandad que me asen una chuleta, y echad de hora en hora dos píldoras y dos cucharadas por la ventana. Es preciso que al doctor le salga justa la cuenta.

El señor doctor Crostencoupe volvió á la mañana siguiente, y creyendo que habia tomado el enfermo la doble racion de píldoras y jarabe, lo felicitó admirándose de su precipitado alivió.

Al cabo de ocho dias repitió Luizzi la escena.

—Doctor, le dijo, me parece que ya podré comer una chuletita ó un aloncito de gallina.

—¡Ah! lo que es ahora; no, señor baron. Someter el estómago á una digestion penosa, poner en desórden las partes nerviosas del estómago, que tienen tan directa relacion con el cerebro, seria lo mismo que empeñarse en volver al período mas agudo de la enfermedad.

—¿Con que creeis qué?...

—Si, señor. Eso es cosa que sabe todo el mundo; es una vulgaridad en medicina.

—Pues bien, doctor, hace ocho dias que todas las mañanas tomo una chuleta.

—Prodigioso, esclamó el doctor Crostencoupe dando un paso hácia atrás: ¿y no habeis sentido ninguna incomodidad?

—Nada: al contrario, un bienestar y un sosiego escelente.

—¡Esto es admirable! ¿Ni tuviste oscuridad en las ideas?

—No.

—Ni rumor en los oidos.

—Tampoco.

—¿Ni vértigos?

—No, nada, absolutamente nada.

—Pues señor, no lo hubiera creido.

—¿El qué?

—Que tan invencible fuera el poder de mis pastillas y de mi jarabe. Mirad, baron, á pesar de las imprudencias que habeis cometido, ya estais casi bueno. Duplicad la dósis; cuatro píldoras y dos cucharadas grandes de jarabe á cada hora.

—¿Y podré continuar con la chuletita?

—¡Oh! en cuanto á eso, ¡qué sé yo!

—¡Cómo pueden tanto las píldoras!

—Media chuleta.

—¡Cómo el jarabe es tan bueno!

—Bueno, la chuleta; sea la chuleta entera.

Y despues llamó:

—Mad. Humbert, escuchad; os hago responsable de la vida del señor baron: le permito que tome una chuleta; por supuesto delga-

Digitized by Google

dita y bien cocida; pero cuidado cómo se le da ni un bocado de pan mas de lo que preceptúo. ¡Y sobre todo, nada de crudeza, nada de crudeza!

—Está bien, señor doctor.

Crostencoupe salió, y Luizzi, echando el embozo á los pies de la cama y su cuerpo al suelo, esclamó:

—Mad. Humbert, necesito una comida de tres platos, y sobre todo ensalada y alcachofas salpimentadas.

—¡Ah! señor baron, mirad que..... dijo la enfermera bajando los ojos y ruborizándose.

—¡Vaya! dijo Luizzi, ¿os espanta quizás la sencillez de mi vestido? Me parece que esa no es cosa nueva para vos.

—No es nuevo, señor baron, contestó madama Humbert, con una sonrisa, una inclinacion de cabeza y una mirada de enhorabuena, difíciles de espresar.

El baron abrazó á Mad. Humbert, y en aquel momento entró Pedro. Esto hizo pensar al baron que la alegría de verse sano le llevaba al estremo de aparecer como rival de su camarero, y se sintió tan humillado que le miró con aire imperioso.

—Parece que el señor baron está ya completamente restablecido, dijo Pedro.

Sirviéronle la comida, y comió admirablemente. Así pasó otros ocho dias. Una mañana que el doctor le encontró levantado, le dijo sonriéndose:

—¡Hola, hola! señor baron, se me figura que vais conociendo el buen efecto de la precaucion que he tomado, prohibiéndoos comer mas de una chuletita.

—Quitaos allá, doctor: hace ya ocho dias que me relleno con buenos asados, escelentes guisos y toda clase de *crudezas*.

—¡Estraordinario! ¡inaudito! incomprensible! esclamó el doctor andando á grandes pasos por la alcoba: este es un final prodigioso que debo añadir en mi memoria. Si, añadió sacando de su bolsillo un manuscrito: mirad, esta memoria me dará honra y provecho, gloria y caudal: es la parte histórica de vuestra enfermedad y de vuestra cura. Mañana la remitiré á la Academia de Ciencias, y es imposible que no se quede asombrada al ver el maravilloso resultado de mi tratamiento, á pesar de los peligros á que el enfermo se ha espuesto voluntariamente con sus escesos. Porque el haberos curado, si seguíais escrupulosamente mis prescripciones, era cosa muy sencilla, muy fácil; pero el haberos curado sin que haya servido de obstáculo la incesante infraccion del régimen prescripto, es la prueba mas patente posible del escelentísimo efecto de mis píldoras y de mi jarabe. Pasarán á la posteridad, señor baron, las píldoras de Crostencoupe y el jarabe Crostencoupe: haré que mañana lo anuncien los periódicos. Vos, señor baron, permitireis que cite vuestro apellido, ¿no es verdad? Con eso únicamente os pido que me pagueis.

—Haced lo que querais, dijo el baron riéndose: mucho me alegraré de saber qué opinion forma la Academia de Ciencias sobre ese medicamento.

—Pues entonces, señor baron, voy á dar la última mano á esta memoria: ya tendré el honor de leérosla: estoy seguro de que os hallaré en casa, porque no salís todavía.

—¡Cómo! replicó el baron, ¿no puedo salir? ¿y si tomase ocho píldoras?

—Podeis tomar ocho; pero os prohibo que salgais.

Apenas desapareció el doctor, abrió el baron la ventana, tiró por ella la caja de las píldoras y todas las botellas de jarabe, y gritó con voz estentórea:

—¡Luis! ¡enganchad los caballos!

Y en medio de su alegría tocó su campanilla para llamar al ayuda de cámara. El diablo apareció.

—¿Quién te ha llamado? preguntó Armando.

—Tú.

—En efecto, continuó Luizzi, tienes razon: era tanta mi prisa que equivoqué la campanilla.

—Vamos, dijo el diablo; ¿qué tal te parece tu médico?

—¡Jamás me hubiera podido figurar, contestó Luizzi, que la medicina fuese una cosa tan necia y tan tonta!

—Tu camarero dice bien: estás ya completamente bueno: vuelves á ser presumido.

—¿De qué?

—Te pregunto tu opinion sobre el médico y me respondes con tu opinion sobre la ciencia médica: así es la necedad humana: siempre igual en todas partes, siempre achacando á las cosas los defectos de las personas; á la religion las faltas de los sacerdotes; á la ley el error de los magistrados; á la ciencia la ignorancia de sus adeptos.

—Todo eso es posible, dijo Luizzi impaciente; pero ahora no tengo ganas de oir sermones.

—¿Quieres mas bien oirme una historia?

—Eso menos que lo otro, por ahora se entiende: pues ya sabes lo que me tienes prometido, y si por casualidad llego á encontrar una muger pura y noble, ya sabes que me has de decir sobre ella la verdad, y nada mas que la verdad.

—Asi lo haré.

—¿Estás seguro de poderlo hacer?

—Inocenton, dijo el diablo con rabia al par celosa y melancólica, ¿acaso crees que no conozco á los ángeles? ¿No te acuerdas ya de que he residido en el cielo?

—Segun eso crees que una muger noble y pura es el cielo; y ¿dónde la encontraré?

—Búscala, replicó el diablo chanceándose; búscala y no eches en olvido que solo tienes dos años de término.

—Tampoco eches tú en olvido que he recobrado mi talisman.

—Mejor memoria tengo que tú, replicó Sa-

Digitized by Google

tanás, supuesto que he cumplido con mi palabra: te he devuelto la salud.

—¿Tú? ¿pues no te negaste á tomar parte en mi cura?

—Materialmente, sí; pero moralmente...

—¿Y cómo ha sido?

—Con un mal pensamiento; inspirando á Mad. Humbert el proyecto de volverte otra vez loco, dándote de comer y dejándote persistir en el deseo de desobedecer á tu médico.

— Esplicas todas las cosas de un modo horrible: ya no me acordaba yo de la infamia de mis criados.

—Los crees muy por debajo de tí, solo por haber pensado en tu pérdida, favoreciendo sus propios intereses; crees que te son inferiores, tú, que por tener el gusto de reirte un momento vas á dejar que un curandero, que un empírico se apoye en la fé de tu apellido para vender un veneno públicamente.

—Los echaré de mi casa.

—Baron, baron, dijo Satanás, harás bien; porque has llorado delante de ellos, has andado con ellos en chanzas pesadas; has jugado con ellos á quién será mas hábil, y por consecuencia ellos te tienen en poco y no te harán caso en adelante.

—¡Mis criados menospreciarme! esclamó Luizzi furioso.

—Baron, continuó el diablo riéndose; por ahí se empieza; pero cuando lo hacen los criados, no tarda mucho la sociedad en hacer exactamente lo mismo.

—Segun eso ..

El diablo salió echando al baron una mirada burlona. Un cuarto de hora despues paseaba Armando por los Campos Elíseos en un coche magnífico: hacia un dia de primavera caluroso y lánguido; halló á todos sus amigos, unos en carruage, otros á caballo; mas ninguno se dió por conocido, y aun Mad. de Marignon, que pasó por delante de él en carretela descubierta, acompañada de Mr. de Merouilles, volvió la cabeza visiblemente á otro lado. Luizzi regresó en seguida á su casa, furioso y decidido á vengarse. Entonces fué cuando se le ocurrió pedir la lista de las personas que habian ido á preguntar por él durante su enfermedad, y no vió en ella mas que dos nombres: estos eran los de Ganguernet y de madama de Marignon.

XXVI.

UN MARQUÉS.

Aturdido quedó Luizzi cuando vió que en su lista no habia mas que estos dos nombres, y que faltaban en ella tantos otros; echó especialmente de menos el de Merouilles, y esto le convenció de que tendria algo que ver con la insolente accion de Mad. de Marignon; por lo que se puso á meditar en el modo de vengarse. El hombre entregado á sí mismo no puede librarse de tener algunos malos pensamientos, y por consiguiente si trata con el diablo debe tener muchos mas. Mr. de Merouilles debia casarse con Madlle. de Marignon: ¿no habria medio de robarle la novia? Luizzi pensó detenidamente en ello: pero apenas halló otro camino que le condujese á realizar este plan, que el de ponerse tambien en tren de casarse, y á pesar de la necesidad en que se hallaba de tomar muger en el término de dos años, no queria buscarla de ningun modo entre las jóvenes de una clase en cuyo seno habia descubierto tantos crímenes.

No era por la imaginacion por donde brillaba Armando, y probablemente se hubiera quedado en proyecto su venganza, por falta de medios con que llevarla á cabo, si no le hubieran anunciado la visita de Mr. Ganguernet.

—Buenos dias, baron, dijo al entrar por la puerta de la sala: ¿qué es lo que me han dicho? ¿habeis estado malo? Pues ahora os hallo tan fresco y sonrosado como una manzana.

—Ya estoy del todo restablecido.

—Vamos, ¿y qué tal os parece Paris, amigo mio? ¿Eh? ¡Qué ciudad! ¡qué multitud en las calles! ¡qué barahunda! Este es el pais de los dioses.

—¿Y de las diosas tambien: no es verdad, Mr. Ganguernet?

—¿Quereis decir de las mugeres? ¡Ay, baron! ¡aquí las mugeres son tan friotas! no tienen como nuestras hembras de Tolosa aquellos ojos negros, ni aquel talle que va diciendo: ¡Sígueme!

—¿Y á qué venís á Paris?

—¡Pues qué! dijo Ganguernet, ¿no os lo he dicho ya? Vengo para asuntos de un matrimonio.

—¿Tambien vos? replicó imprudentemente Luizzi.

—Con que segun eso, os casais: ¿y con quién?

—Con una muger perfecta. ¿Y vos?

—No creo haberos dicho que he venido á casarme. Vengo, repito á un matrimonio: al de mi hijo.

—¿Vuestro hijo? Nunca he tenido noticia de Mad. Ganguernet.

Sonrióse el gracioso y respondió:

—¿Cómo queriais que me casara con una muger que está en poder de su marido?

—¿Otra mas? esclamó disgustado el baron, y añadió dirigiéndose á Ganguernet: ¿de modo que vuestro hijo tiene un apellido que no es suyo?

—Perdonad, baron: pero es el suyo, supuesto que le ha costado su dinero.

—¡Pues qué! ¿ha comprado un apellido?

—Y barato; porque os aseguro que el chico es astuto. ¿Conoceis la comedia de Mr. Picard, titulada *El Espósito*?

—Si; aun se me figura que la he visto representar hace poco tiempo.

—Pues bien: mi hijo ha puesto esa comedia

en accion. Es un buen mozo que ha representado los *Ellevion* durante mucho tiempo en su provincia, teniendo con las mugeres un buen éxito estraordinario. Viéndose libre de empeños se vino á París, despues de haber pasado por Tolosa, donde ambos tuvimos juntos famosas francachelas

Hacia poco que se habia ido cuando recibí carta de un antiguo chasqueador íntimo amigo mio, que habia servido en tiempo del imperio y que se hallaba en Tolosa con el mariscal Soult; en ella me convidaba para que fuese á regodearme en su quinta de Taillis, próxima á Caen, anunciándome que tenia dos sobrinas, madre é hija, en estado de casarse, y dotadas con dos millones.

—¡Dos millones de dote! esclamó Luizzi.

—¡Esa es una historia muy graciosa, mucho! replicó Ganguernet riéndose.

—Lo creo: pero no interrumpamos la primera.

—Pues bien. Escribí inmediatamente á mi hijo dándole noticia del caso.

Si nosotros logramos entendernos, le decia, te casarás con una de estas chicas, pues podria dar un chasco graciosísimo á mi amigo Rigot. La única dificultad que yo encontraba era que mi hijo se llamaba Gustavo á secas, y Rigot es un antiguo ganapan, de origen demasiado vulgar para que no desee casar á su sobrina ó á la hija de ésta con un jóven de gran tono y de ilustre apellido.

—Eso me llama estraordinariamente la atencion, replicó Armando.

—¡Bah! dijo Ganguernet; no hay hombre que no quiera salir de sus toscos pañales ó por sí mismo, ó por alguno de la familia; sucede con eso lo que con las mugeres de vida airada, que generalmente educan bien á sus hijas.

—¡Cómo! ¿creeis?... dijo Luizzi riéndose.

Ganguernet hinchó sus megillas y respondió con tono melodramático:

—Conocen bien los escollos y libran á las otras del naufragio.

—Si, es muy posible. ¿Y en dónde encontró vuestro hijo el apellido que lleva?

—Voy á decíroslo, voy á decíroslo. Cuando recibió mi carta estaba para escriturarse en el teatro de la Opera Cómica. En este teatro hay un ser estraordinario, un gefe de aplaudidores de oficio.

—Eso lo hay en todos los teatros.

—Es que en este hay una circunstancia especial: el tal gefe es el marqués de Bridely.

—¡El marqués de Bridely!

—El último de los cuatro hijos del marqués de Bridely, que vos recordais. Cuando la revolucion se hallaba en un seminario, ahorcó los hábitos, y mientras su padre y sus tres hermanos iban al ejército de Condé, él se enganchaba denodadamente en los ejércitos republicanos. Habiendo muerto aquellos, recayó el título en él, pero nada mas que el título, pues por lo demas se quedó siendo soldado en toda la estension de la palabra. Valiente como un leon, ganó la cruz de Austerlitz; pero jamás pudo tomar el grado de cabo de escuadra, porque se emborrachaba cuatro veces á la semana, esceptuando los dias de batalla. Tomó su licencia en Tolosa el año de 1815, y siguió el oficio de veterano.

—¿Y qué es eso?

—¡Oh! ¿no lo sabeis? dijo Ganguernet poniendo cara de gruñon, cuadrándose militarmente y ahuecando la voz.

—Veterano del imperio, que ha visitado todas las capitales de Europa; ¡voto va! ¡viva Napoleon! valiente francés, patriota hasta la muerte, cruz ganada en el campo de batalla, veinte heridas.... ¡viva el emperador! con esto y una hoja de servicio algo limpia, ha cogido dos ó tres años muchos napoleones con el busto del emperador á los bonapartistas, oficiales generales, etc: en cuya casa se presentaba.

—¡Lindo oficio es ese!

—Y muy comun, añadió Ganguernet. Pero la misma concurrencia lo echó á perder y fué preciso tomar otro nuevo; entonces tomó el opuesto, el de noble de familia arruinada.

—¿Y ese otro en qué consiste? preguntó Luizzi.

Ganguernet estiró el pescuezo, hizo una mueca desdeñosa, tomó una actitud impertinente y flexible y contestó hablando con la voz gangosa y con el estremo de los labios.

—¡El marqués de Bridely! Un afecto, una abnegacion que se cree recompensada con una condecoracion estéril (en tales casos la cinta encarnada de la Legion de honor se convierte en la cinta encarnada de San Luis.) Una fidelidad inmensa é inviolable á los Borbones, pagada con una ingratitud. Y con esto se coge á los legitimistas napoleones con el busto de Luis XVIII.

—¿Y ha sido tambien la misma concurrencia la que ha echado á perder ese oficio?

—No: el mucho uso. El marqués rodaba de casa en casa y agotó á París en tres ó cuatro años; es verdad que hubiera podido seguir la misma correría por todas las provincias; pero necesitaba vivir en París, y despues de haber vendido contraseñas por cuenta agena, ha llegado á ser director de aplausos del teatro en que queria ajustarse mi señor hijo.

—Gracias á Dios que llegamos, dijo Luizzi: ¿y qué hizo vuestro hijo?

—Apenas recibió mi carta fué en busca del marqués y le ofreció tres mil francos si se casaba con su portera, lo reconocia por su hijo, y lo legitimaba; aceptó el marqués, y el hijo de Mr. Aimé-Zephirin Ganguernet, y de Mariana Gargablou, Libert cuando soltera, es ahora todo un conde de Bridely.

—¿Y es buen mozo vuestro hijo?

—*Ellevion*, puro *Ellevion*.

—¿Tiene finos modales?

—Enteramente un traslado de *Ellevion*.

Digitized by Google

—Pues señor, es necesario reflexionarlo bien, Mr. Ganguernet.

—¿El qué? preguntó éste.

—¡Nada, nada! Y ¿cuándo saldreis para ir en busca de vuestro amigo Mr....

—¿Rigot? Dentro de siete ú ocho dias, el tiempo necesario para hacer ropa al marqués padre, porque éste irá con nosotros, beberá y trincará con Rigot y se lo llevará de calle; vamos á decir tambien que la madre está enferma. Con que ¿qué tal? ¿No sera un lance gracioso?

—Si, muy gracioso, dijo Luizzi, que se habia quedado pensativo.

Luego, viendo que Ganguernet iba á levantarse, continuó:

—¿Qué es eso? ¿os vais ya?

—Es muy tarde y tengo que ir á la fonda, para reunirme con Gustavo é ir á ver *Los dos Galeotes* en el teatro de la puerta de San Martin. El marqués nos ha dado billetes.

—Si yo no me sintiera tan endeble todavía, dijo Luizzi, quizás nos veriamos alli: he oido hablar mucho de esa comedia.

—Dicen que es muy buena. Es un galeote que, estando en los secretos de un compañero suyo, le obliga á....

—Darle su hija en matrimonio, ¿no es esto? dijo rápidamente Luizzi.

—No, porque esto pasa en el dia de su casamiento. No obstante, bien se pudiera hacer una comedia con lo que vos me decis.

—Algo mejor quizás que una comedia, replicó Luizzi, constante en la idea de su venganza.

—Lo cierto es que cuando una persona sabe los secretos de otra la hace pasar por todo.

—Decis bien, contestó Luizzi; venid á verme mañana.

—Pues hasta mañana.

—Y os ruego que me perdoneis el que no vaya á veros, porque tengo que andar con tantas precauciones para salir...

Ganguernet se retiró, y apenas Armando se vió solo cogió su campanilla, la tocó y apareció el diablo: estaba vestido de negro, y tenia debajo del brazo una cartera enorme.

—¿De dónde vienes? le preguntó Luizzi.

—De preparar un contrato de matrimonio cuyo resultado quizás llegará algun dia á tus oidos.

—¿Es acaso el mio?

—Ya te he dicho que no entraré en este asunto mas que para contarte alguna cosa cuando tú me lo pidas.

—¿Por supuesto que sabrás para qué te he llamado?

—Lo sé, respondió Satanás, y apruebo tu decision; al fin has llegado á comprender lo que es el mundo y como debes tratarlo: piensas pagar el mal con el mal.

—Basta de lecciones, dijo Luizzi; hago lo que se me antoja.

El diablo se sonrió maliciosamente.

—¡Esclavo! esclamó el baron.

Satanás soltó la carcajada.

El baron repicó la campanilla, y el diablo enmudeció.

—Quiero saber la historia de Mad. de Marignon.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo y sin comentarios.

—¿Estás seguro tú mismo de que no los harás? El mundo, para quien lo vé desde lo alto, es un objeto muy pequeño, y tú no prevees lo que vas á saber.

—¿Continuarán los errores?

—Quizás.

—¿Y los crímenes?

—¿Crees acaso que soy un autor melodramático?

—Al menos debes ser el Apolo de todos ellos.

—Baron, yo soy el rey del mal, lo malo se lo dejo al espíritu humano.

—Sin embargo, pudieras ser muy bien un verdadero literato, porque tienes su mas conocida y eminente cualidad, la de ser vanidoso.

—No tengo mas cualidad que la de obrar mal; tómenla ellos y la justificarán como yo la justifico.

—Siempre estás haciendo alarde de ingenioso, señor Satanás.

—Ya ves que no soy autor de melodramas.

—¡Basta! replicó el baron: comencemos.

—Ahora mismo, contestó Satanás.

Y empezó de este modo:

XXVII.

MAD. DE MARIGNON.

Es hija de cierta Mad. de Beru, y para comprender á la hija es preciso conocer á la madre: esta era muger de Mr. Beru, y para comprender á la muger es preciso conocer al marido. Mr. Beru era profesor de violon en el teatro de la Opera, y hombre de gran talento, á pesar de no ser artista, porque entonces aun no habian nacido los artistas. En 1772, si un músico no comia era porque no tenia un *sueldo*. Su miseria le hacia reir algunas veces y muchas rabiar; pero jamás se vestia él con la elegancia de las víctimas altaneras. El arte, ese dios oculto, que todos los grandes hombres hacen á su imágen, aun no tenia religion ni mártires; Beru era un gran violon y se habia enlodado corriendo tras del sello, sin inventar para sí un genio con alas de llama que elevase su pensamiento sobre el lodo del rio en que patullaba con sus zapatos rotos; tenia un frac sucio, lleno de girones, y no un magnífico trapo. Su violon era su violon y su ganapan; no la voz divina por cuyo medio comunicaba á la multitud los sentimientos espansivos de su alma, ni el alimento inmortal que le nutria con rayos armoniosos robados al concierto de los ángeles.

Digitized by Google

Si habia algun trastorno en la peluca de Beru, no era porque la hubiese despeinado el delirio de la inspiracion, sino porque el peluquero de la esquina se habia negado á armarla de nuevo. Beru decia con mucha frescura: «Soy el primer violon de la época.» Pero hubiera mirado como un idiota á quien le hubiese dicho: «Eres uno de los seres apasionados á quien Dios ha confiado una palabra del gran misterio, y cuando esa palabra armoniosa canta y llora en tu cuerda obediente y esclava, los hombres te escuchan admirándote y las mugeres sueñan en su corazon, porque tú despiertas entonces uno de los ecos eternos que murmuran dentro de nosotros, cuantas veces el genio, esa voz del cielo desterrada sobre la tierra, nos habla en lenguaje que nos arrebata sin que podamos comprenderla.» Si esto le hubieran dicho á Beru, tampoco lo hubiera comprendido él. Sin embargo, no por haber dejado de convertir su talento en el Pilades metafísico é imaginario de un Orestes vivo y fastidiado, como nuestros jóvenes artistas hacen hoy, no por eso tenia Beru menos conciencia de su própio mérito. Desde que oia hablar acerca de la música, se ponia charlatan, elocuente, colérico, disputador, despiadado. Beru, gran glukista, trataba á Piccini de pícaro, de mal hombre, de villano, de ladron: tenia todas las estravagancias de la pasion musical. Era verdaderamente un gran músico, y la prueba mayor que se puede dar, es que su talento habia resistido á las derrotas, despues de haber resistido á la miseria.

Habíase casado Beru por los años de 1770 con la señorita de Finon, dueña de una casa en que los caballeros jóvenes de la córte tenian la costumbre de ir á cenar y á jugar. La Finon era, en aquella época, una muger de treinta años, para quien la vida por escelencia era recibir mucha gente, tener siempre la mesa puesta y ricos adornos y vestidos: *in principio* habia hecho que su belleza personal le proporcionase todos estos gustos: luego, sabiendo resignarse como toda muger de talento, habia especulado con la hermosura agena, para sostener un tren que ya no podia costear con su propia persona. Sin embargo, habia creido prudente, para no llamar la atencion del lugarteniente de policía, tomar un marido que le diese un estado claro, determinado, preciso en la sociedad. La eleccion era difícil: necesitaba marido que no solo aceptase la repugnante posicion doméstica, sino que no se incomodase por las galanterías de su muger; pues aunque la Finon habia dejado de ser la diosa de los comerciantes viejos y de los marqueses jóvenes, sabia buscarse por aqui y por allí famosos subarrendadores que pagaban las cuentas de los proveedores, ó algunos caballeros de San Luis tan nobles como rapados, que la acompañaban al teatro y le daban el brazo en el paseo.

Oyó hablar de Beru, violon, con mil doscientos francos de sueldo, á quien todos los grandes conocian hacia ya mucho tiempo, á causa de que iba algunas veces á tocar su parte en las orquestas de sus reducidas casas. La Finon juzgó que aquel hombre no llevaria á la suya un rostro con quien hubiera que trabar conocimiento ni que pudiera desagradar, y calculó que si tenia carácter benévolo, podria entenderse con él.

Mandó llamar á Mr. Beru, y bastó con la primera entrevista para conocer que le convenia bajo todos aspectos; él recibió con sublime indiferencia todos los chistes que tuvieron á bien decir sobre su persona y figura: comió y bebió con una intrepidez que hubiera resistido á todo género de obstáculos, y despues de cenar estuvo cuando menos bastante borracho para que le obligaran á que se acostase.

Al dia siguiente Mr. Beru estaba casado; pero este acontecimiento no influyó mas que en su esterior, y su muger le puso sastre y peluquero dejándole sus mil y doscientos francos para que hiciera con ellos lo que mejor le agradara. Realizado el matrimonio todo quedó como estaba antes, la casa siendo el punto de citas amorosas entre las mugeres mas en moda y los hombres mas ricos y nobles, y Mr. Beru tocando el violon en el teatro de la Opera los dias de ópera, ó cuando no la habia pasando la noche en el café de Procopio. Nunca respondió á broma alguna de sus compañeros respecto á su muger: jamás dió á los envidiosos el placer de figurar que los comprendia, y continuó con mucha flema emborrachándose y tocando el violon. Al cabo de algunos meses gastó con su inercia la inspiracion de los burlones, sin ser objeto ya mas que de algunas indirectas; pero un año despues Beru fué proclamado padre legal de una niña que acababa de nacer. Con este motivo pusieron en el cañon de la estufa del café de Procopio un cartel en que se leia este epígrama:

«Ayer dijo la Beru con aspecto de triunfo á su esposo:—Teneis un hijo —¡Un hijo yo! respondió el buen hombre: ¿y puede saberse como se llama?—Beru como vos, es de ley. —¿Pero es plebeyo ó caballero noble?—Plebeyo, señor, vos lo sois tambien.—Sea plebeyo en buen hora ¿Pero quién me ha hecho este hijo?—Yo.»

Cuando Beru entró en el café Suizo, como todos se acercó al cañon de la estufa y leyó el epígrama de cabo á rabo, acariciando con su mano el cañon ardiente en que estaba pegado el cartel: nada apareció en su rostro que indicase la menor emocion; tomó su sombrero, que habia puesto sobre el mármol de la estufa, y su baston de caña que habia colocado junto á una silla, y se dirigió tarareando á la mesa á que tenia costumbre de sentarse. Uno de los concurrentes, á quien indignó tan cínica apatia, le dijo en voz bastante alta:

Digitized by Google

—¡Eh! Mr. Beru ¿nada habeis leido en la chimenea que os interese?

—Caballero, no sé leer, respondió Beru con admirable tranquilidad.

—Sin embargo, sabreis oir, continuó el concurrente, y voy á comunicaros lo que allí dice.

Beru puso los codos en la mesa y adelantó el cuerpo como para oir mejor, y el concurrente declamó, lo mas pomposamente que pudo, el epigrama que acabo de recitarte.

—¡Hola! ¿está eso en la estufa? dijo Beru midiendo al concurrente de arriba abajo con una mirada casi amenazadora.

—Si, señor, continuó éste tomando la actitud de quien espera camorra.

—¡Bueno! dijo Beru acabándose de beber una copa de licor: supuesto que está ahí, dejadlo.

—¿Pero hay maridos que sean así? dijo Luizzi interrumpiendo al diablo.

—Los hay, amo mio, y de los mas encopetados, créeme. Si fuera yo diputado haria insertar en las leyes que disponen el ascenso en los empleos, este artículo: De los destinos vacantes ó que vacaren se concederá una tercera parte á la ancianidad (es decir, á la incapacidad), otra tercera parte al favor (es decir, á la corrupcion), y la última á las mugeres (es decir, á los cornudos).

—¡Buen gobierno estaria ese!

—Pues no teneis otro, señor baron; y si todo marcha bien, es porque lo que no teneis escrito en las leyes lo está en las costumbres.

—Vamos, vamos, volvámonos á Beru.

El diablo continuó:

—Desde aquel dia de tan solemne prueba, se convencieron todos de lo imposible que era conmover á Beru ni alterar su tranquilidad habitual, y en su consecuencia cesaron las chanzas y los epigramas, siguiendo todo bajo el mismo pie, y sin mas diferencia que la de haber una niña mas en la familia. Esta niña se llamaba Olivia, y creció sin que nadie reparase en ella, ni en el comedor ni en la sala, oyendo á un mismo tiempo las teorías de bribonada doméstica espresadas en la gerigonza de los criados, y las teorías de la corrupcion galante manifestadas con frases y términos libertinos. Olivia, á los diez años, aun no sabia leer ni escribir; pero en cambio, acariciada sin cesar por personas de gran tono, presentándose en una sala en que se reunian las mas altas notabilidades de los elegantes viciosos, tenia una charla muy fina, hablaba en todas materias con mucha gracia, y decia las agudezas mas desatinadas, verdaderos despropósitos que habia oido en el comedor, y que producian fuertes carcajadas en la sala.

Dos grandes acontecimientos ocurrieron por aquella época en la casa: murió Mr. Beru de una indigestion mezclada con apoplegía, y su viuda cayó enferma de viruelas. Levantóse de esta enfermedad, despues de haber dejado en ella los restos de una hermosura, de que habia gozado todo París, ó mas bien, que habia gozado de todo París. Entonces fué cuando Mad. Beru volvió la cara hácia su hija, observó que seria una muchacha hermosísima, y pensó en educarla. Olivia no aprendió mas que dos cosas: ortografía y música; la música con la que haria oir la voz mas argentina del mundo; la ortografía con la que trasladaria al papel las frases esquisitamente elaboradas que habia aprendido en las conversaciones que oia en el salon de su madre.

Olivia, pues, segun mi modo de pensar, sabia cuanto una jóven debe saber, pues ademas de los dos ramos de instruccion que acabo de mencionar, sabia vestirse con la mayor elegancia y andar con muchísima gracia. Uno de los principales defectos de las mugeres elegantes de estos tiempos es no saber andar; la mayor parte de ellas dan el paso con abandono, figurándose que manifiesta su ociosidad, y por consiguiente su riqueza, el hacer como que les duele poner en tierra unos pies habituados á tapices de ricas habitaciones y de rápidos carruages; pero hacen muy mal, porque una de sus mejores gracias está en andar con desembarazo, con rectitud y con ligereza.

Solo andando asi es como se ostenta los movimientos repentinos y decididos de la cabeza en un encueutro imprevisto; los saludos suavemente inclinados de la parte alta del cuerpo, saludos que por la rapidez del paso no son mas profundos ni por tanto mas torpes y ceremoniosos; solo andando asi es como pueden presentarse sin temor ni bochorno las miradas fijas que brillan como el relámpago, y que á semejanza del relámpago no duran mas que un instante; miradas, digámoslo asi, á ojos llenos, que deslumbran y hacen volver atrás como si se apresurasen los latidos del corazon. Hoy las mugeres ignoran todo esto; la moda está por las inflexiones cansadas de cabeza, los balanceos lánguidos del cuerpo, y la mirada semivelada que parece apoyarse al lejos en otra mirada. Por eso vuestros lances amorosos son amarillos, deshojados, lánguidos, y apenas teneis aquellos verdosos que se realizaban en veinte y cuatro horas como las comedias clásicas. ¿Es causa ó resultado de vuestra literatura la conducta de las mugeres del dia? Eso es lo que yo no sé; pero si que hay entre ellas estrechísima relacion.

Olivia, pues, como jóven de talento, que era tan gran música, y vestia tan bien, y andaba con tanta gracia, era una muger perfecta. Lo que únicamente le faltaba era originalidad de carácter; pero la suplia, por dicha suya, con su mala educacion. Asi es que Olivia, viva, buena, graciosa, y sin mas vicios que los que dimanan de la debilidad, se hubiera quedado sin tener el atractivo incitante é inesperado que espoléa las pasiones y las lle-

va hasta el delirio, á no ser por sus transiciones repentinas del lenguaje mas delicado á las espresiones mas grotescas. Esto le habia impreso un sello particular que á los ojos de cualquier observador inteligente, esplica mas claramente que su gran belleza y no escaso talento, el prodigioso partido que tenia.

Olivia cumplia quince años el dia primero de marzo de 1785, y era á la sazon una jóven alta, quizás algo delgada, de pecho ancho, cubierto y algo aniñado aun, de brazos cortos, manos pequeñas y bien formadas, pies delgados con tobillos enjutos, y rostro largo y algo pálido; se adivinaba, en fin, que habia de ser estremadamente hermosa; pero que llegaria poco á poco á todo su esplendor, porque la naturaleza, como el hombre, necesita tiempo para hacer una obra completa.

Aquella noche habia gran cena en casa de la Beru, quien habia hecho gastos estraordinarios para celebrar el cumpleaños de su hija; los hombres que estaban convidados eran los doce mas notables y escogidos de la tertulia, y la cena fué magnífica y propia de aquellos libertinos. Contáronse allí lances verdaderos ó falsos, que decian haber pasado con las mugeres mas notables de la córte y de la bolsa; inmolárónse á los pies de una jóven de quince años, destinada á ser prostituta, las personas de mas reputacion y los apellidos mas dignos de respeto; enseñáronle la manera de engañar á un marido, y lo que les parecia mas gracioso, cómo á un mismo tiempo se corresponde á dos amantes: le inspiraron bastante desprecio á lo que llaman personas honradas, para que hallase hasta ventajas morales en que no la aplicaran este epíteto; y luego, cuando vaciaron, hasta embriagarse y embriagarla, el fondo de las botellas y el fondo del corazon, el marqués de Billanville, maestre de campo del rey, á quien habia servido en varias embajadas, hizo una seña á la Beru para que hiciera salir á su hija; la Beru se la llevó consigo, á pesar de las instancias y protestas de los demas convidados, y volvió en seguida sola: entonces se levantó el marqués, tomó la actitud del orador que va á echar una arenga á una asamblea, y pronunció el discurso siguiente:

—Señores, voy á proponeros un plan, y como seais razonables, lo aceptareis.

—¡Veamos! ¡veamos! respondieron todos.

—No habeis podido menos de admirar la hermosura de la hija de Mad. Beru, de la escelente Mad. de Beru, á quien suplico que me escuche con atencion, porque á su ternura maternal es á la que principalmente me dirijo, para que recomiende eficazmente mi proyecto. Olivia tiene quince años; hermosa edad, señores, en que las mugeres deben entregarse al amor; pero si seguis mi opinion, no le haremos todavía que satisfaga esta deuca, sino que la daremos un año de espera.

—¿Qué quiere decir eso? preguntaron todos.

—Quiere decir, que mientras mas abierta esté la flor, mas agradable será cogerla.

—Eso es abominable, esclamó Luizzi; es el vicio desenmascarado.

—Y ese es su vicio, repuso el diablo: bien decia yo que la hipocresía es el gran lazo social.

—Bueno está esto, dijo Luizzi alzándose de hombros; ¿sabes lo que me pareces? Lo que un pellejo lleno de vino; apenas dejas paso al líquido, éste sale á borbotones. No te creia tan pedante, pero sales al escape apenas te interrumpo; para ti es sin duda para quien La Fontaine escribió su fábula del *Dómine y el Estudiante*

Calló Luizzi; mas el diablo no continuó su relacion.

—Pero veamos, le dijo Armando; ¿por qué no continúas?

—Porque te estoy viendo realizar esa fábula.

Luizzi se mordió los lábios, é incómodo replicó:

—Prosigue.

—Entonces, dijo Satanás, el marqués añadió:

—Esto quiere decir, señores, que hasta dentro de un año ninguno debe de poseer á Olivia, sino solo procurar agradarle. Démonos palabra de honor de respetarla durante un año, y cumplido este plazo y abierta la liza, feliz el que logre el premio, porque él obtendrá la mas perfecta y acabada hermosura.

—¿Y quién sabe, marqués, esclamó el vizconde de Assimbert, quién sabe dónde estaré yo dentro de un año? Dios solamente; asi, pues, no soy de vuestra opinion. Ademas, mientras estemos rondando á Olivia puede venir otro que no esté juramentado y soplárnosla. En fin, desde mañana entro en campaña.

—Señores, señores, dijo la Beru con la dignidad propia de las mugeres feas; olvidais que estais hablando delante de mí.

—Al contrario, esclamó el marqués de Billanville: sé que sois una persona muy razonable, y por lo mismo pienso que sereis de mi parecer.

—¡Oh! no, replicó el vizconde; mi Beru no quiere esperar y no esperará: ella no tiene un sueldo, pues sé el estado de su bolsa, y le ofrezco cien mil libras al contado.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! dijo entonces un gordiflon que aun no habia desplegado sus lábios: ¡cien mil libras; ¡valiente cosa! ofrezco quinientas mil.

—¿Al contado? esclamó la Beru entusiasmada con aquella oferta.

El gordiflon, que tenia el subarriendo de la sal, no contestó al pronto; pero despues dijo:

—Los ofrezco para de aqui á un año, porque soy de la misma opinion del marqués: creo que se debe esperar.

—¿Tu, insigne Libert? talego de escudos, ¿tú quieres esperar? dijo el vizconde.

Digitized by Google

—¡Libert! interrumpió Luizzi: conozco ese apellido; ¿no es verdad?

Mas el diablo, ya porque no atendiese á la interrupcion de Luizzi, ó ya porque no quisiera oirla, continuó repitiendo el apóstrofe del vizconde al subarrendador.

—Cállate, pues, insigne Libert, dijo el vizconde; tú no tienes otro deseo que el de la muerte de tu muger, quien te arrancaría los ojos si supiera que tenias una querida algo tratable; con que sin duda le habrás buscado un buen médico cuando tan seguro estás de hallarte libre dentro de un año.

—Dos estamos ya por el emplazamiento, continuó el marqués; y vos tambien debeis estar con nosotros, dignísimo padre, porque no podeis obtener á Olivia hasta estar seguro de vuestro obispado.

—Es verdad, estoy por el emplazamiento, contestó el buen padre.

—Corriente, sea asi, contestó el vizconde: acepto, pero con una condicion. Escuchadme, Libert se llevará indudablemente á Olivia; ¡esto es seguro! ¿no es verdad, la Beru? por que te ha comprado en seis veces mas de lo que vales; no hay cualidad, ni apellido, ni ventaja, ni talento que pueda luchar con los escudos de su vientre de oro. Propongo, pues, que cada uno de nosotros deposite cien mil francos en casa de un notario, y con tal que Olivia escoja á uno de nosotros, el millon y doscientos mil francos serán suyos. De este modo todos nosotros tenemos un millon y doscientos mil francos que ofrecerle. ¿Aceptais?

—Si, si, esclamaron por todas partes.

—Si, si, dijo el arrendador con aire altanero.

—Muy bien, señor de las bolsas, dijo el vizconde; pero bajo palabra de honor entre nosotros de que ninguno aumentará ni un sueldo á la suma, y bajo la amenaza en cuanto á ti de cien palos si ofreces ni un mezquino liard de mas de lo señalado.

—Entonces no entro en el trato, dijo Libert.

—¡No, eso no! replicó el consejero; eso nos haria poner mas cantidad y no nos daria mas probabilidades, porque será lo mismo el que entre que el que no entre en el convenio.

—Menos en cuanto al dinero, ¿no es verdad? dijo colérico el subarrendador: ¡pues bien! Entro en el negocio, juro no dar un liard mas que vosotros, y apuesto á que me llevo la muchacha.

—De lo cual me alegraré infinito en caso de que no me la lleve yo, dijo el vizconde, porque ella te coronará al dia siguiente.

—Eso ya lo veremos, esclamó el subarrendador.

—Para mí es cosa cierta, dijo el vizconde; con que, ¡á la salud de Olivia! pero como no hay necesidad, Mad. Beru, de que tú lo pases mal, todos los meses te se darán cinco mil libras, parte dozava de las sesenta mil anuales, que al cinco por ciento te corresponden del interés del millon y doscientas mil.

La Beru, que estaba loca de contenta con aquel contrato, aceptó con un movimiento de cabeza, y el arrendador repuso:

—¿Pero, y si alguno de nosotros se muriese?

—Acrecerá á los que le sobrevivan, caballero de los guarismos.

—Entonces es una especie de fondo vitalicio.

—*Tu dixisti.* Beru, haz que venga Olivia.

Al levantarse la Beru para ir por su hija, entró ésta y dijo con tono algo levantisco:

—Me tratais como á una niña, mamá: tengo quince años, y no sé por qué no he de estar en la mesa hasta que se acaba la cena.

—Dispensad, señorita, dijo el consejero en tono doctoral; teniamos que hablar de un negocio muy grave y os hubiérais fastidiado.... ¡Sois tan alegre y vivaracha!

—¡Bien! dijo el vizconde, la guerra empieza. Olivia, si alguna vez tratas de tener un amante, desconfia y huye de la gente del foro.

—Y no creais en ninguno que ciña espada, dijo el consejero.

—¿Por qué? preguntó Olivia.

—Porque si una jóven linda quiere tener dos amantes, replicó el arrendador gordiflon riéndose, los que ciñen espada matan á su rival, y la gente de foro lo hace encerrar en el Chatelet.

—Mientras los bonazos de los arrendadores consienten en ir á la parte, ¿no es esto? dijo el consejero.

—Mejor quiero tener el cincuenta por ciento de un negocio, que el no tener nada.

—Por eso, esclamó el vizconde, nunca has tenido mas que el uno por ciento de tu muger.

—Es verdad, dijo Libert: quiero entrar por lo menos que pueda en los malos negocios.

—¡Pardiez! esclamó el vizconde, ¿sabes de quién no puedo menos de acordarme ahora? del pobre Beru: lo único que tenia era chiste.

Prosiguió por este estilo la conversacion, y Olivia contemplaba en tanto á los convidados con una curiosidad que descubria un interés oculto.

La jóven habia oido cuanto hablaron los buenos amigos de su madre durante el tiempo que estuvo fuera de la habitacion. Se hallaba mas adelantada de lo que creian en malicia mugeril; y la mejor prueba que del asunto puedo darte, es decirte que inmediatamente se le ocurrió un medio de engañar á todos sus pretendientes. Obsequiada como estaba por los celosos cuidados de los doce asociados, le habria sido dificil relacionarse con ninguno de los que formaban aquella sociedad; y mientras ellos se observaban unos á otros, estendió su vista mas allá de aquel círculo, y halló lo que buscaba en la persona de su maestro de piano.

Digitized by Google

Era este un jóven de treinta años, de bastante buena figura, que se presentaba



La jóven habia oido cuanto hablaron los buenos amigos de su madre.

muy enamorado, y decidióse Olivia á amarle.

Habia notado Mad. Beru el esmero que ponia su hija en ataviarse siempre que debia hallarse en presencia de su maestro de música, y se puso en observacion. Mr. Bricoin, que asi se llamaba el músico, tenia todo el

Digitized by Google

atractivo del fruto vedado, y la sangre de Eva, mi primer ama, habló en el corazon de la jóven.

Dias habia que Olivia se esmeraba en parecer bien á Bricoin, quien al fin llegó á ser para ella el objeto mas seductor. Hubo una cita, y la vigilancia de la mamá quedó burlada.

Despues de ocho dias ya se habian desvanecido las ilusiones de Oliv a. Habia todas las noches reunion en su casa, y comparando á su amante con aquellos hombres que presentaban sus vicios bajo las formas mas lisonjeras, y cuyo gracejo se dirigia á ella con el tono admirador y cariñoso que el libertinage consagra á la hermosura, no podia menos de quedar muy rebajado el primero. Bricoin, grosero y altivo, era el tipo del querido de la prostituta; su despotismo, sus maneras brutales, sus continuas injurias y amenazas de descubrir el secreto, convirtieron bien pronto en un suplicio no interrumpido la vida de la pobre muchacha, inocente de corazon y depravada de espíritu. Asi es que se decia muchas veces á sí misma:

—Sin duda tendré yo amantes, pero jamás volveré á amar.

Trascurrido el año prefijado, tuvo lugar otro banquete nocturno, y obligándose á Olivia á escoger, se pronunció á favor del subarrendador.

En justa correspondencia, le dijo éste:

—Dentro de ocho dias te verás colocada en la mas suntuosa casa de Paris, te lo juro.

Quedóse la asamblea pasmada. El vizconde de Assimbert guardó silencio; mas despues de un rato se acercó á Olivia y le dijo al oido:

—Supongo que no has escogido por avaricia esa bolsa dorada, pues no es propio de tu edad. Aqui hay gato encerrado. Si necesitas un amante imbécil, es prueba de que tienes otro amante oculto.

Obligada la jóven por el vizconde, le confesó todo lo que habia.

Ocho dias despues, al presentarse Bricoin en la nueva residencia de Olivia para darle leccion, encontró en ella á Assimbert. Quiso gallear; pero el vizconde rompió sobre sus costillas el baston, diciéndole en seguida:

—Sirva esto para advertirte que no debes volverte á presentar aqui. En cuanto á publicar nuestras relaciones, como nos amenazas, si lo haces te cortaré las orejas.

Aquel mismo dia se encontró Assimbert al subarrendador en la calle, y le preguntó:

—Hola, becerro de oro, ¿estás contento con tu queridita?

—Temo que la Beru, se haya burlado de nosotros, contestó Libert.

—Lo que puedo asegurarte, repuso el vizconde haciendo una pirueta y cruzando su espada por entre las piernas del asentista, lo que te juro es que quien se burla de tí es Olivia.

XXVIII.

UN NOBLE SINGULAR.

Aqui llegaba Satanás con su relacion, cuando de pronto oyó Luizzi llamar á la puerta de la estancia.

—¿Quién está ahí? preguntó con impaciencia.

—Señor, contestó Pedro, Mr. Ganguernet y el señor marqués de Bridely vienen á visitar á usted.

Permaneció algun tiempo indeciso el baron, y despues, sin abrir la puerta, le dijo al criado:

—Que tenga la bondad de aguardar un momomento.

—¿Tanto te interesa la historia de Mad. de Marignon? le preguntó Satanás.

—Me parece que la sabré mejor por Ganguernet. Tú no me has contestado á cierta interrupcion, y puede ser que ese hombre me la esplique. En el ínterin, no te alejes.

Miró Armando al diablo, y le vió ya sin su trage negro y sin la cartera: habia cambiado su vestido por otro talar de seda: un mechon de cabellos le colgaba de la coronilla, y se limpiaba los dientes con la uña del dedo meñique.

—¿Vas á un baile de mascaras? le preguntó Luizzi.

—No; voy á la China y vuelvo al instante.

—¡A la China! esclamó estupefacto Luizzi. ¿Y á qué?

—A arreglar un matrimonio. ¿No estamos en viernes?

—Dia de mal agüero respondió el baron.

—Dia de Venus, replicó el diablo.

—¿Y qué clase de matrimonio quieres hacer?

—Voy á persuadir á un mandarin que se case con la hija de su enemigo mortal, á fin de hacer cesar el odio que reina entre ambas familias.

—¡Pues es cosa admirable en tí! ¿Y lo conseguirás?

—Asi lo espero. Mi mediacion debe tener muy buenos resultados.

—Se acerca mucho á la virtud el olvido del odio, y no puedo acertar por qué quieres dar ese paso.

—Porque resultarán diez hijos del matrimonio: cinco tomarán el partido del padre, y los otros cinco el de la madre. ¡Qué de pendencias, riñas y fratricidios van á originarse de aqui!...

—¡Infame! esclamó Armando.

—No lo soy para tí.

—Espero que no te saldrás con la tuya.

—El novio ha enviado ya los regalos de costumbre á la novia.

—¿Qué dices? Si yo he leido en la obra de uno de nuestros mas sabios geógrafos que la familia de la novia es la que en la China envia los regalos al novio.

—Pues, amigo, para un sábio no ha sido

Digitized by Google

muy grande la equivocacion, porque hay por lo menos regalos en el negocio. Peor es lo que hacen muchos académicos, que colocan poblaciones donde hay pantanos, y desiertos donde hay poblaciones. Mas éste de que hablas tiene bien merecida la reputacion que goza.

—¿Olvidas que te he de volver á llamar?



Lo que te juro es que quien se burla de ti es Olivia.

—¿No te he dicho que corro á Pequin y que vuelvo al instante?

Desapareció el diablo, y Luizzi dió órden para que fuesen introducidos Mr. Ganguernet y el marqués de Bridely. Era este noble de nuevo cuño un arrogante mozo, de modales bastante distinguidos. Llevaba botones de diamantes en la camisa, cadenas de oro brillaban sobre el chaleco, y sortijas preciosas adornaban sus gruesos dedos.

Despues de los saludos de costumbre hallóse bastante apurado el baron para entablar la conversacion que queria tener con Ganguernet, pues no sabia si Gustavo estaba instruido de su secreto. Sin embargo, se resolvió á preguntarle á éste.

—¿Está vd. enteramente decidido á abandonar el teatro, caballero?

—¡Eh! señor baron, contestó él, pasando

Digitized by Google

sus manos, llenas de pomada por sus cabellos; ¿qné quiere vd. que un hombre de algun talento haga en el teatro?

—Paréceme, no obstante, que hay colocacion en él para todos.

—Si señor, pero solo adelantan en esa carrera los intrigantes, y yo no soy amigo de intrigas.

—Sin embargo, el público es un juez bastante imparcial.

—No siempre el público sabe dónde se halla el verdadero mérito.

—Ademas, los directores....

—¡Oh! los directores... El talento que ellos aprecian es el de la lisonja. Por otra parte, es insoportable la envidia que reina entre los que ocupan los primeros puestos. Ha de saber usted que hace quince dias, antes de haber encontrado á mi padre... pues ya sabrá vd. que he tenido el honor de volver á hallar á mi padre, el marqués de Bridely...

—Si, si, contestó Luizzi mirando á Ganguernet que se reia á carcajadas.

—Pues, señor, hace quince dias me encontraba en casa del director del teatro de la Opera cómica, que se veia en el mayor apuro, porque su primer tenor se resistia á salir á las tablas aquella noche, que era domingo, y esto le privaba de un ingreso de cuatro mil francos por lo menos. Mientras discutíamos las cláusulas de nuestra contrata, envió al médico á la habitacion del dicho tenor, para justificar el buen estado de su salud, y no digo de su voz, porque esta se halla desahuciada mucho tiempo hace. Estábamos para concluir cuando volvió el facultativo diciendo, que el primer tenor solo consentia en tomar parte en la representacion de una pequeña pieza en un acto.

—¿Sabe que yo estoy aquí? le pregunté al director.

—Bien puede ser, caballero, me respondió, que le haya visto entrar á vd.

—¿Quiére vd. que le haga salir á la escena?

—A fé mia que me haria vd. un singular favor.

—Pues mándele vd. á llamar.

Llegó el tenor bastante displicente, y yo me oculté en un rincon.

—No puedo representar, dijo apenas entró, pues estoy enfermo.

Yo entonces me puse á entonar la escala con voz bastante firme y sostenida. De este modo:

Gustavo lo hizo como lo decia, aunque mas bien aulló que cantó, y añadió en seguida:

Miróme el tenor, y le dijo al director despues de un momento:

—Mañana trabajaré en dos piezas grandes.

—¡Me parece eso maravilloso! esclamó Luizzi.

—¿Pues creerá vd., señor baron, que un momento despues, cuando con solo la entonacion de la escala acababa de dar cuatro mil francos de ingresos al director, este infame hombre se negó á contratarme por mil escudos?

—Lo comprendo muy bien, contestó Armando que aun tenia desollados los oidos á causa de las dos octavas que habia entonado el jóven.

—Está visto, añadió éste, que es un esclavo de ese miserable tenor.

—Es probable, respondió Luizzi. ¡Ah! Me olvidaba de preguntar á Mr. Ganguernet el motivo de su visita á estas horas.

—El deseo de presentar á vd. al señor marqués de Bridely, dijo el burlon. Al pasar he visto luz por las ventanas, lo que me ha hecho creer que no estaria vd. acostado todavía. Ademas, necesito encargarle el mas profundo secreto sobre lo que conté esta mañana. Sé que vd. es amigo del escándalo...

—Pierda vd. cuidado, que á nadie le referiré ni una sola palabra del asunto, ni aun al señor marqués de Bridely.

—¿De qué se trata? preguntó éste.

—De cierto negocio muy reservado, contestó el baron.

—¡Ah!.

—Dígame vd., añadió Armando, dirigiéndose á Ganguernet ¿conoce vd. á un tal Libert, que es ó ha sido asentista?...

—¡Cómo si le conozco! Es hermano de Mariana Gargablou, de quien he hablado á vd.

—Pues me parece me dijo vd. que era criada...

—Por tal pasaba; mas era hija del padre de ese por quien vd. me pregunta, cuyo nombre de pila es Antonio, hombre muy avaro, pícaro y rapaz. Abandonó á su muger por una querida, y dejó morir de hambre á su hermana.

—Pues, señor, creo poderle dar á vd. algunas noticias de él.

—Ha muerto.

—Pero me hallo en el caso de anunciar á vd. que no es imposible que pasen sus bienes á sus verdaderos herederos.

—¿A mí? preguntó Gustavo involuntariamente, haciéndole exaltarse la idea de poseer los numerosos millones de su señor tio.

—Qué, ¿es vd. pariente suyo?

—Bien lo sabe vd., baron, respondió Ganguernet. Vamos, prosiguió dirigiéndose á su hijo, no me hagas tantas señas, pues todo lo sabe este caballero.

—Y entro en la conspiracion, dijo Luizzi.

—¡Ay! esclamó el burlon; debo manifestar á vd. que despues de nuestra conversacion de esta mañana he sabido que Rigot da dos millones de doteá una sola de sus sobrinas, y se ignora cuál de ellas es.

—¿Qué se ignora?

—Si señor. El tal Rigot es muy original, mucho. No crea vd. que sus dos sobrinas son hermanas ó primas; no señor, no; son madre é hija. Ha determinado mi amigo que se casen en el mismo dia, á la misma hora, y que hasta despues de terminada la ceremonia no se rom-

Digitized by Google

pa el sobre que encierra la escritura de donacion de los dos millones.

—¡Qué cosa tan estraña!

—Seguramente... Pero vamos á otra cosa. ¿Cómo hallaremos los bienes que fueron de Libert?

—No se equivoca vd. en parte. Ahora ruego á vds. que me dejen solo, pues va á venir la persona que ha de darme todos los informes que necesito.

—Pues hasta mañana, señor baron.

—Hasta mañana, señores.



Pues hasta mañana, señor baron.

—Se lo diré á vd. mañana. Váyanse ustedes ahora á ver la representacion de *Los dos presidiarios*, y estudien ese drama tan bien como la comedia de *El Espósito*.

—Comprendo: se trata sin duda de un secreto con el que se puede obligar al detentor á restituir lo que usurpa.

Salieron Ganguernet y su hijo, y Armando tocó la campanilla misteriosa.

—¡Eres muy político! esclamó Satanás al entrar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me has hecho aguardar antesala veinte minutos.

Digitized by Google

—¿Tan pronto has concluido tu infame negocio con el mandarin?

—No tan infame como el tuyo con los Ganguernet.

—Tú has sembrado el mal para recoger el crímen.

—Eso es bueno para un necio como tú: yo he sembrado un bien para aumentar los crímenes; he predicado la reconciliacion para fomentar el odio.

—No te envidio la gloria de tu obra.

—Bastante trabajas para llevar á cabo la tuya.

—¿Hablas de mi proyecto de casar á la señorita de Marignon con Gustavo Ganguernet?

—Si, hablo de esa infamia.

—¿Infamia llamas á una venganza legítima?

—Ya sé que vosotros los hombres dais á vuestros crímenes otros nombres mas sonoros y pomposos, nombres ridículos y vacíos de sentido.

—¿Intentas hacerme desistir de mi proyecto?

—Ni hacerte desistir, ni servirte en él.

—Pues dejemos eso, y cuéntame el fin de la historia de Mad. de Marignon.

—¡Pobre muger! esclamó el diablo con tan piadoso acento, que hizo reir á Luizzi.

—Ciertamente que es digna de tu compasion, replicó.

—¡Pobre muger! ¡pobre muger! repitió Satanás meneando la cabeza.

—Te haces ridículo.

—Tienes razon: yo me enternezco, y tú te haces perverso; de manera que los dos salimos de nuestra esfera.

—Pues vuelve á la tuya y continua la relacion.

—Escucha.

XXIX.

CONTINUACION DE LA RELACION DEL DIABLO.

Antes de presentar á Olivia en el centro del gran mundo, es necesario entrar en algunos pormenores sobre su alma. Empezó su vida de muger elegante con un singular error en el corazon: imaginábase haber conocido el amor. El capricho de niña que la entregó á Bricoin, le habia acarreado ansiedades, esperanzas, escenas de violencia, algunos momentos de placer, muy fáciles de confundirse con la felicidad, cuando esta no se conoce: llegaron despues los pesares, las lágrimas, el terror; en fin, se habia presentado esta aventura acompañada con todos los aprestos del amor, y la incauta y poco esperimentada Olivia habia concebido la idea mas terrible de la tal pasion.

Asi es que, como muchacha discreta, se juró á sí misma, segun te dije ya, no dejarse dominar mas por ella. Con razon podrias estrañar que á los diez y seis años no hubiese conservado ilusiones, deseos vagos, pensamientos melancólicos para volver á encontrar cuanto antes el verdadero sentido del amor. Sin embargo, no sucedió asi.

En otra posicion, ó mejor dicho, en otra época, habria sin duda reconocido Olivia su error; ¿pero qué podia pensar del amor la hija de Mad. Beru? ¿qué significado podia tener para ella el título de amante? En concepto de su madre era el amor un comercio, cuya supremacía toca á la hermosura: un cambio de placeres, en que el dinero y la lisonja podian sustituir á la pasion en el amante, y la fidelidad suplir á la ternura de corazon en la querida. Es preciso tengas presente que la sociedad de aquella época era la espresion mas negra de las costumbres del fin del siglo XVIII: la sensualidad, la negacion de toda regla, de todo vínculo moral, reinaban despóticamente entonces; y aun cuando Olivia hubiese escapado de la esfera de corrupcion en que vivia encerrada, muy difícil la hubiera sido encontrar un abrigo contra la desmoralizacion que la había arrebatado tan jóven esa flor del alma, la confianza en el amor.

Halló, sin embargo, Olivia, una compensacion á la pérdida de todas las emociones amorosas, que convierten la juventud en una vida que padece casi mientras dura, y que echamos menos cuando ha dejado de existir: esta compensacion consistió en frecuentar una sociedad brillante, en el gusto por lo esquisito, en formarse un concepto rápido y exacto de los hombres y de los sucesos, en una especie de pasion por las grandes causas de la humanidad, pasion debida á esa filosofía enciclopédica, que tenia su escuela permanente, y en preferir siempre, á pesar de la galantería disoluta de aquel tiempo, en que se cambiaba de amante como se cambia de vestido, los placeres del ingenio, el tino en la conversacion, la supremacía en los agudezas, y la reputacion de muger superior.

Llegada Olivia al desarrollo de toda su hermosura, nunca fué esclava de una naturaleza ardiente é imperiosa; mas es preciso decirlo, jamás concurrieron en un mismo hombre la eleccion de su espíritu y la de sus ojos; tuvo casi siempre al propio tiempo un amante ilustre con quien pudiese presentarse envanecida, y otro amante oscuro, á quien solo veia en secreto; se hacia desear largo tiempo por el primero, y cedia fácilmente al segundo; era esclava de aquel, y este lo era de ella.

Pasáronse los mas juveniles años de la cortesana en tan artificioso relajamiento. El asentista habia aumentado lo que le procuró la asociacion de los Doce; y como los príncipes, embajadores y comerciantes se sucedian rápidamente en sus favores, llegó á reunir uno de esos caudales inmensos y escandalosos que hacen el oprobio de la sociedad en que se adquieren.

Digitized by Google

Cuando estalló la revolucion se encontraba Olivia en Inglaterra con un miembro de la camara de los Lores, que gastaba con ella algo mas de lo que le producia su patrimonio, á pesar de ser muy pingüe; y cuando se preparaba á volver á Francia, para salvar á sus bienes de la confiscacion, la emigracion le llevó á Lóndres á todos sus amigos de Paris.

Mostróse Olivia en esta circunstancia amable, noble y muy fina; disminuyó el boato de su casa, á fin de poder recibir mas fácilmente á todos aquellos grandes señores arruinados, y esta economía le sirvió para ayudar secretamente á los mas pobres. Trató con tanta delicadeza sus beneficiados, que jamás les exigió una obligacion en regla; y á pesar de que era su ánimo regalar, tomaba todas las precauciones posibles para hacerles creer que no hacia mas que prestarles.

Durante este tiempo se iban sucediendo unos á otros los amantes, como anteriormente, con tanta mayor razon, cuanto que Olivia, siempre sagaz en la eleccion de los públicos, se habia degradado algun tiempo hacia en la de los ocultos; y tal vez hubiera acabado por perderse enteramente con sus hábitos vergonzosos, si una enfermedad de languidez, ocasionada por el clima de Lóndres, no hubiese puesto en peligro su vida. Despues de los inútiles esfuerzos de los médicos para vencer la disposicion melancólica que habia destruido todas las fuerzas de su cuerpo, y que ya eclipsaba las dotes de su alma, resolvióse que, so pena de muerte, debia dejar la Inglaterra.

Aconsejábanle que se trasladase á Italia todos sus amigos de emigracion, movidos por una especie de celos, pues se despechaban al pensar que los hombres sanguinarios, los villanos advenedizos que les habian arrojado de Francia, arrebatándoles sus bienes, su nobleza y su patria, pudiesen usurparles tambien hasta sus goces. Y en verdad que tenian motivo para temerlo, porque la virtud de Olivia era todavía mas frágil que la antigua monarquía. No les dió, empero, oidos la cortesana: quiso volver á Paris, ver otro Paris diferente del que habia conocido, gobernado por otros hombres, agitado por otras ideas, entregado á otros regocijos, pues en la época de que te hablo, el Directorio ocupaba ya el Luxemburgo.

Obtuvo fácilmente Olivia su cancelacion de la lista de los emigrados, y los bienes que llevaba de Inglaterra le facilitaron el permiso de disponer como mejor le pareciese de su persona.

Aunque pasaba entonces de los treinta años, era tan descollante y pura su belleza, que se vió bien pronto obsequiada por los mas elegantes de Paris. Su lujo y su profusion la hicieron distinguir en los poco decorosos paseos de *Long-Champs*, y en los misteriosos bailes del teatro de la Opera y de Frascati. Con todo, no recobraba su salud, ni la lijereza independiente de su carácter.

Eran cada dia mas frecuentes sus accesos de melancolía y abatimiento; por manera que le costó mucho determinarse á asistir una noche del invierno de 1798 á una brillante funcion dada por uno de los mas ricos proveedores del ejército.

No hizo alli ningun papel, pues fué la sola dama que se presentó sin intrepidez, sin coquetería, sin delirio. Tambien entre todos los hombres uno solo permanecia frio, indiferente y como fastidiado de la alegría que le rodeaba. Tendria unos treinta y cinco años, y se llamaba Mr. de Mere.

Se contaban de él hechos estraños. Siendo aun muy jóven, habia abandonado su familia y cedido á un hermano menor los cuantiosos bienes de fortuna que le correspondian, para marchar á Holanda en seguimiento de una muger de quien estaba enamorado, la cual le amó tres años, y luego le abandonó por otro. Semejante desengaño le lanzó á un libertinage vergonzoso; y este hombre, tan distinguido por su nacimiento, talento y carácter, se entregó á toda clase de escesos.

Vuelto á Francia, se enamoró de otra muger, á la que consagró toda su existencia. Esta segunda pasion fué mas fuerte y menos atenta que la primera; sin embargo, tambien fué engañado. Tenia veinte y siete años cuando recibió este segundo chasco, y concibió, como la vez primera, vivos deseos de vengarse; pero ahora no se eligió á sí mismo por víctima, sino que se propuso hacer pagar á todas las mugeres los agravios que habia recibido de dos de ellas, y se ocupó asiduamente en seducir á las reputadas por mas virtuosas, abandonándolas al dia siguiente de haberlas perdido.

Presto se cansó de esta miserable venganza, en que habia cifrado su felicidad: y al cabo de dos años, p[illegible]iéndose sobre sí, se vió jóven todavía, pero abatido por el desprecio de todas las mugeres. Arrancáronle de este disgusto profundo los sucesos de la revolucion, y sus facultades intelectuales se ocuparon solo del interés público. En 1792 salió con los voluntarios de su provincia, gozoso y feliz por sentir latir su corazon al estrépito de las cajas de guerra.

En aquella época se decidió completamente la fortuna en favor de todos los que se hacian dignos de ella: en 1798 era Mere brigadier, y si no tenia en el ejército un grado mas elevado, fué porque una herida peligrosa le obligó á quedarse en Paris.

Olivia era la menos jóven de todas las señoras que asistian á la fiesta, y Mr. de Mere el de mas edad de todos los hombres alli presentes. Estaban muy separados uno de otro, pues ella era el objeto de los deseos de los mas jóvenes y fogosos, y él el blanco del coquetismo de las mas locas; pero unos y otras se can-

Digitized by Google

saron en vano. La cortesana y el militar contemplaban con compasion aquellos regocijos febriles, aquellos delirios amorosos, que ellos habian apurado hasta las heces. Era demasiado hermosa Olivia para aceptar los amores de un jóven cuya pasion la hubiera obligado á representar el papel del aya, y á Mr. de Mere no le arrastraba tanto el placer que quisiese esponerse á otro desengaño.

Llegada la noche, el acaso, ó sea la soledad que ambos buscaron en una pieza retirada, hizo que se encontrasen juntos.

Mr. de Mere sábia quien era Olivia; pero ésta no le conocia. Rompió él la conversacion, no con el respeto que pide una reputacion intacta; pero si con la circunspeccion que un hombre distinguido dispensa á toda muger acostumbrada á una sociedad elegante. Empezaron por hablar de la poca parte que tomaban en los placeres de la funcion, atribuyéndolo entrambos á poca salud. Sin interesarse el uno por el otro, ni por sí mismos, dejaron luego este negocio para ocuparse de cosas de interés general. Las guerras de la república y los brillantes hechos de Bonaparte estaban entonces en todo su esplendor, y Mr. de Mere habló de ellos con un calor y entusiasmo, que probaban que tenia en su interior mas fuego y juventud de lo que manifestaba. La literatura, los teatros, la música, las artes que comenzaban á desarrollarse, fueron tratados por Olivia con un pulso, superioridad é interés, que descubrian tambien que su corazon era mas susceptible de dulces emociones de lo que ella misma creia.

Pasaron asi largas horas, escuchándose alternativamente con tanto placer y tal distraccion, que no hubieran advertido el fin de la fiesta, si el silencio que reinaba no les hubiese llamado la atencion. Fué entonces preciso que se separáran. Mr. de Mere, que tenia aun algunos dias que perder en París, no quiso dejar escapar la ocasion de disminuir su fastidio con el trato de una muger que habia hallado llena de talento y delicado tino, y le pidió el favor de ser recibido en su casa, en términos los mas lisonjeros. Ella le respondió sonriéndose:

—No necesito saber su nombre de vd., caballero, para tener una satisfaccion en que visite mi casa una persona tan distinguida como vd.; sin embargo, convendria que lo ignorase, para no esperimentar sorpresa cuando le anuncien á vd. en mi salon, en caso que no olvide lo que me acaba de pedir.

—Pues bien, señora, si mañana por la noche se le anuncia al brigadier Mere, ¿le recibirá usted?

—¿A Mr. de Mere? esclamó Olivia mirándole. Hé ahi un apellido que no necesita la recomendacion de esta noche para hacer acoger con gusto á quien le lleva.

Ya ves que uno y otro se descubrian sin embarazo el placer que habian sentido en encontrarse, pues se creian enteramente á cubierto de todo coquetismo y de toda seduccion. Ninguno de los dos se afectó por lo acaecido aquella noche: Olivia pasó todo el dia siguiente sin acordarse de que Mr. de Mere debia ir por la noche á visitarla, y el brigadier solo queria frecuentar la casa de la cortesana, por creer que pasaria allí el tiempo tan bien como en el teatro, ó sentado á una mesa de juego.

Eran las nueve de la noche, y se hallaba Olivia en su casa con el gordo Libert, comerciante á la sazon, á quien escogió cuando tenia diez y seis años de edad, y vuelto ahora á recibir por amante titular, porque era el mas servil de los que habian reinado como él. Con su inmenso caudal, fruto de las dilapidaciones de la monarquía, y aumentado mas y mas con las de la república, podia la cortesana satisfacer sus antojos del dia, tal vez mas exigentes é imperiosos que los de la vanidad y del amor á los placeres, porque provenian del tedio. En aquel momento el comerciante le contaba las condiciones de una nueva operacion, y Olivia, por no tener otra cosa mejor que hacer, se entretenia en demostrarle que su empresa era estúpida, aunque estuviese interiormente convencida de que el codicioso instinto de Libert era superior á todas las razones que ella podia alegar.

Estaban para reñir, cuando fué anunciado Mr. de Mere. Sintió Olivia un violento disgusto, y aunque sabia todo París que era la querida de Libert, sufrió un singular despecho porque la hallaba en su compañía un hombre como el brigadier. Recibió á éste con franqueza, hija del hábito, y giró la conversacion sobre la fiesta en que se habian encontrado. La cortesana se mostró á un tiempo chancera y turbada, y el militar desdeñoso: ambos se hallaban mortificados con la presencia de Libert, que no dejaba dudar lo que era Olivia.

Salió el comerciante del salon antes que Mere, y entonces dijo ella:

—Se ha engañado vd., brigadier; sin duda creia presentarse en un salon de numerosa concurrencia, de conversacion brillante, y ha venido á la de una pobre muger, que pasa asi la mayor parte de las noches.

—Señora, yo he venido á casa de vd. únicamente para vd., respondió él.

—Y no ha sido á mí sola á quien ha encontrado vd.: ¿no es esto lo que quiere vd. decirme?

—No, á fé mia: pero debo confesar que no pensaba interrumpir una conversacion tan íntima.

—No sé cómo debo tomar esas palabras.

—Como la espresion del pasmo que esperimento al ver á vd. sola.

—¿Sola?

—Si, señora. Paréceme haber descubierto en vd. una superioridad de espíritu, que no

Digitized by Google

debe satisfacerse con el trato de ciertas personas vulgares.

Miró Olivia al militar con una sonrisa en que se descubrian á la par tristeza y alegría, y replicó:

—Si yo fuese tan coqueta como vd. piensa, tal vez le diria que estaba sola para aguardarle; pero seria mentir, y hace tiempo que no me tomo ese cuidado.

—¿Con que, señora, vd. no me esperaba?

—Le juro, caballero, que le habia olvidado completamente.

—Gracias por la franqueza, aunque no es nada aduladora.

—Acaso lo es mas de lo que vd. presume, pues no se aparta de mí nunca la idea de huir de los importunos.

—Vamos, dijo Mere, con mejor humor del que esperimentaba hacía mucho tiempo; veo que está vd. muy chancera hoy, y siento, á la verdad, no hallarla tan natural como anoche.

—Será acaso porque yo tambien estoy resentida.

—¿Y de qué?

—De que vd. haya venido.

—¿De veras?... ¿Quiere vd. decirme por qué?

—Y si se lo digo, ¿lo tomará vd. como un presumido?

—¡Oh, Dios mio! le juro á vd. que hace mucho tiempo que no lo soy.

—En ese caso voy á confesarle la causa de mi disgusto. Le encontré á vd. ayer en una reunion insoportable, y tan fastidiado vd. como yo en medio de gentes que se divertian, me hizo pasar una noche agradable, en términos que se me hizo el tiempo muy corto, lo que es mucho para mí; á vd. tampoco creo que se le hizo demasiado largo, y tambien será esto algo para vd. No podia venir en mejor coyuntura este recuerdo para los dos. Muy insignificante debe ser para vd., puesto que tantos y tan gratos tendrá, y lo mismo fuera para mí, si tuviese que buscarle entre los recuerdos tormentosos de mis primeros años; pero en medio de la existencia solitaria que llevamos, ha llegado á buen tiempo.

—En cualquier ocasion me habria sido agradable el recuerdo de vd.

—¡Oh! no use vd. conmigo rancias galanterías: merezco algo mas ó algo menos que eso. El recuerdo ha perdido la buena coyuntura, porque vd. ha venido á esta casa; porque vd. me ha hallado á solas con Mr. Libert; porque he sentido que vd. juzgase de mí por mi posicion, y por lo mismo sin duda vd. me ha juzgado como se lo dije.

Miraba el brigadier á Olivia, admirando su soberana hermosura, mas atractiva en medio de su lánguida melancolía, y despues de un momento de silencio, repuso:

—De todo lo que vd. acaba de decirme, lo único que no sé comprender es esa vida solitaria de que me habla.

—Hé ahi lo que mas me atormenta contínuamente, no porque no esté en el caso de procurarme un círculo de adoradores, pues la fortuna de ciertas mugeres me debe hacer creer que no me faltarian si me dignaba llamarlos; ¿ mas qué placer pueden proporcionarme? ¿El de una conversacion amorosa? Confieso que me fastidian. ¿El de recibir homenages igualmente amorosos? Confieso tambien que habiendo estos obsequios perdido en la actualidad para mí la seduccion que les prestaba el ser tributados por hombres ilustres y de finos modales, ningun deseo tengo de acogerlos y de hacer un nuevo aprendizage de amor.

—¡Amor! esclamó Mr. Mere. Eso es de lo que vd. no me habla y lo que me parece estraño no encontrar aquí.

—¡Cómo! replicó Olivia, admirada; ¿no acabo de afirmar que he renunciado á él?

—Disimule vd., replicó sonriéndose cariñosamente el militar: me parece que no es de amor de lo que vd. ha hablado.

—¿De qué, pues?

—En verdad que no sé cómo manifestárselo á vd.

—¡Oh! sea vd. franco, repuso con viveza Olivia. Esprésese vd. como guste, que todo estoy acostumbrada á oirlo; y si quiere usted hablarme con mas desembarazo, figúrese que soy una vieja.

Mere hizo un signo negativo con la cabeza, y contestó, sonriéndose siempre:

—Ya que vd. lo quiere, me esplicaré sin rebozo. Paréceme que no es al amor al que ha renunciado vd., sino sólo á lo que nosotros los soldados groseros llamamos aventuras galantes.

—¡Oh! ya comprendo á vd., dijo riéndose Olivia; pero debo declararle que desecho con mas resolucion lo que vd. llama amor, que esas aventuras de mera galantería.

—¿Le habrá causado á vd. muchos malos ratos sin duda?

—Si, respondió la cortesana, entre avergonzada y desazonada; me ha envilecido y deshonrado: no he amado mas que una vez, y quisiera olvidarlo.

—Pues, señora, yo tambien he padecido horriblemente por el amor: yo he sido engañado en medio de los sentimientos mas sagrados, vendido en medio del mas completo rendimiento, burlado en medio de la mas respetuosa confianza; y sin embargo, no daria ni por todos los bienes del mundo el recuerdo de esos tormentos pasados.

—¿De veras? preguntó Olivia, apoyando el codo en uno de los brazos del sillon en que estaba sentada, y mirando al brigadier con sorpresa.

—¿Y vd. no lo comprende como yo? añadió Mr. de Mere, enardeciéndose; ¿y vd. no comprende que cuando el corazon se halla pobre y agotado, recuerda con placer el

Digitized by Google

tiempo en que estaba rico y abundante en ambicion dulce y en esperanzas nobles? ¡Amar! amar con la persuasion de tener á nuestro lado un alma que observa todo lo que hacemos bueno y bello, para gozar y ser feliz; un ser tierno, que tiene confianza en nosotros, que deposita en nosotros su felicidad, que duerme, que despierta tranquilo al abrigo de nuestra proteccion, ó bien que si se halla encadenado por deberes mas imperiosos, piensa en nosotros si le asalta cualquier desgracia, cualquier contratiempo; que vive en nosotros como nosotros vivimos en él; que nos comprende con una sola mirada si estamos silenciosos; que sabe lo que pensamos mejor que nosotros mismos; que desea nuestra dicha mas que su misma existencia; que mantiene el corazon en perpétuas y sucesivas emociones de alegría y de deseo; que alarga la existencia, dándole una estension inmensa para la felicidad ó para el sufrimiento! ¡Oh! vd. me engaña, señora; ó vd. no rechaza semejantes recuerdos, ó usted no ha amado jamás!

A estas palabras llevóse Olivia la mano al corazon: parecíale haber sentido en él algo doloroso y desconocido. Miró á Mr. Mere en silencio durante largo rato, y luego le preguntó:

—¿Y vd. ha amado de esa manera?

—Y asi debe haber sido vd. amada, ó por lo menos debe haber esperimentado por alguno un sentimiento semejante al que acabo de esplicar.

Bajó los ojos Olivia, y se sonrió; sintiendo en aquel momento haber malgastado su vida en los placeres. Para alejar de su mente esta idea, acudió á la conversacion interrumpida, y le dijo á Mere:

—¿Y vd., tan jóven aun, tiene tales recuerdos, y cree que esa pasion, que conoce tan á fondo, no le dominará mas?

—Espero que no, contesto él sonriéndose. Sin embargo, no debo fiarme mucho de mi corazon: no era preciso mas sino que una muger como vd. quisiese tomarse el trabajo de hacerle latir de nuevo.

—¡Oh! esclamó Olivia con alegría verdaderamente pueril; ¡quisiera que vd. estuviese enamorado de mí!

—¿Para tener un motivo de distraccion?

—¡Oh! ¡no diga vd. tal! replicó la cortesana en tono de súplica. Le juro á vd. que seria yo muy necia si quisiese jugar con tales sentimientos. He sido muy loca, muy burlona, pero confieso que jamás habria despreciado una pasion tan sincera.

—Puede haber sido vd. muy compasiva, si ha hecho desgraciados á aquellos á quienes la ha inspirado.

—Si la he inspirado, jamás la he comprendido.

—En ese caso, jamás habrá vd. participado de ella.

—¡Jamás!

El acento ingénuo con que aquella muger de treinta y dos años pronunció esta palabra, dejó pasmado á Mr. de Mere. La miró atentamente, para leer en su semblante; pero notó en él tanta sinceridad y asombro, que no pudo dudar que decia la verdad. Permaneció largo tiempo silencioso, admirando en aquel hermoso rostro, trabajado al parecer por las pasiones, la sorpresa ingénua de una jóven á quien se le acaba de descubrir lo que pasa en su corazon, y que se asusta al sentir tan nuevas emociones. Seguia Olivia en silencio, y el brigadier seguia contemplándola. Levantó por fin ella los ojos, y esclamó con afliccion:

—¡En verdad que vd. acaba de causarme mucho daño!

—¿Pues cómo?

—No sé; mas esta vida que llevo y que me era ya penosa, va á hacérseme insoportable; la presencia en mi casa de ese hombre, que me molestaba, ahora me avergüenza; todos los placeres que me parecian frívolos, en este momento se me hacen odiosos. ¡Ay! encuentro un grande vacío en mi corazon.

—¿Y ha renunciado vd. ya á ocuparle?

—A mi edad, respondió sonriéndose Olivia, á mi edad amar, y amar como una niña, seria una locura; peor aun; seria una ridiculez.

—No lo seria, señora, en una hermosa como vd., que siente ahora latir el corazon por primera vez.

—Si le dijeran á vd. que se sujetase á esas tumultuosas emociones de que acaba de hablarme, seguramente que no querria consentir en ello.

—Yo, señora, bendeciré una y mil veces el momento en que pueda sentir lo que he sentido otras veces. Debo confesarle á vd. toda la verdad: paréceme que despues de tanto tiempo como estaba mudo mi corazon, ha recobrado completamente su juventud, su fuerza y su delirio.

Hablando de esta manera, miraba el brigadier á Olivia de un modo tan tierno, que esta se conmovió.

—Vamos, no seamos niños, replicó sin embargo, no olvidemos que en materia de amor somos dos viejos. Hablemos de vd., que tiene esperanzas... esperanzas de gloria, quiero decir.

—¿Por qué me da vd. la preferencia?

—¡Oh! porque no hay nada mas que decir de mí; porque he echado un velo sobre lo pasado, y no quiero mirar al porvenir; una vida de fastidio y sin ningun interés es lo que me aguarda. Estoy resignada, ó me resignaré. Vd. por el contrario, tiene abierta una carrera brillante, en la que ha dado ya grandes pasos, y le restan que dar otros mas grandes aun. ¡Es tan halagüeña la idea de que pueda llegar nuestro nombre á ocupar la

Digitized by Google

Francia entera, el mundo, la posteridad!... ¡Oh! los hombres pueden esperarlo, y apagadas sus pasiones les queda la ambicion. Son vds. muy felices.

—Crea vd. que esa ambicion pudiera ser todavia mas escesiva, sabiendo que otro corazon se interesaba en su buen éxito.

—Vamos, vamos, replicó sonriéndose Olivia; ¿quiere vd. á toda costa volverse jóven? Vd. ha vuelto á recobrar el fogoso ardor de sus primeros años, y continúa en sus bellas ilusiones.

—¿Y por qué no hace vd. otro tanto?

—Porque si en su edad de vd. puede continuarse, en la mia no puede empezarse.

Pronunció la cortesana estas palabras con turbacion y dolor; antes que el brigadier tuviese tiempo de responder, añadió haciendo un esfuerzo para tranquilizarse:

—Váyase vd., le despido por esta noche. No le digo que vuelva, pero si que me hallará siempre en casa. Ahora tengo necesidad de estar sola, pues padezco bastante: la noche de ayer me fatigó. Hasta la vista.

No era la noche anterior la que le habia fatigado, la que le habia afectado tan profundamente. Acababa de mentir.

Salió Mr. de Mere despues de haber besado la mano á Olivia, que ella quiso retirar, y esta se quedó sola con sus nuevos pensamientos.

Con mucha atencion escuchaba Luizzi estos sucesos, y notando el interés que en ellos tomaba, el diablo le dijo:

—Ya entiendo por qué quieres presentarme á esa prostituta menos odiosa de lo que es en sí; pero por mas que hagas, no podré ver en tu historia otra cosa mas que el comportamiento indecente de una muger estragada, que finaliza por una pasion ridícula.

—¡Eres necio y malvado! esclamó Satanás con voz tan fuerte, que hizo estremecer al baron. ¡Siempre juzgarás las cosas bajo la estúpida apariencia con que os las presentan vuestras preocupaciones! ¿No conoces que esa muger habia llegado á la mas terrible infelicidad?

—¿De veras?

—Si; habia llegado á la estremada infelicidad de no quedarle la menor ilusion sobre lo pasado; á la infelicidad espantosa de saber, en cuanto pueden saberlo los humanos, que toda falta es irreparable. ¿Le es dado acaso comprender á tu fria aridez lo que es haber podido habitar los cielos, y verse condenado á arrastrarse por el asqueroso lodazal de los infiernos? Y, para no apartarnos de Olivia, ¿puedes comprender la desesperacion que la agitaba al descubrir que habria podido amar y ser amada, que equivale á un cielo aquí en esta miserable tierra, y que no habia sido hasta entonces mas que una revendedora de amorios, último grado del humanal envilecimiento, viva imágen de mis dominios?

—Ya veo que el motivo de tu predileccion en favor de esa muger, replicó con cierto desden Luizzi, es el encontrar en ella un traslado exacto de los remordimientos que te devoran.

—Con la diferencia de haberme labrado yo mi destino, y de ser otros la causa del suyo.

—Ese seria sin duda el objeto de los pensamientos de Olivia.

—Tal vez algun dia será el de los tuyos.

—Dime los de tu favorita, que tal vez me ahorrarán pesares.

—Escucha, pues, y procura comprenderme, aunque dudo mucho que lo consigas.

Se habia quedado sola Olivia, sintiendo una desazon que no habia esperimentado jamás. Tan pronto se alegraba como se entristecia; tan pronto se angustiaba como se dilataba su pecho; tan pronto tenia miedo de entregarse á su emocion, como se abandonaba á ella con placer; en fin, era víctima de ese combate instintivo de un corazon presa del primer amor, que se defiende desesperadamente, comprendiendo que va á ser esclavo de una pasion mas fuerte que su voluntad.

Esta agitacion, que dura tanto en el alma de una muchacha, debió naturalmente abrir paso á otros sentimientos en una muger como Olivia. Una vírgen, en quien el amor ha despertado el primer deseo ardoroso que hace hervir todo su ser, no se halla mas confusa que lo estaba la cortesana; pero aquella ignora lo que siente, y la pasion la rinde con facilidad; el amor es para una tierna jóven una embriaguez, cuyos resultados no comprende, y á Olivia, al contrario, le parecia que esta embriaguez debia, como las demas, terminar en disgusto. ¡Desdichado del hombre cuyos labios tocan la copa con la certidumbre de que el licor dejará en su boca un sabor fétido y nauseabundo! ¡desdichada de la muger cuyos lábios no pueden dar un beso sin estar segura de que le repugnará antes de acabarlo!

Tal era la posicion de Olivia: no podia esperar la felicidad en el amor siendo la querida de Mr. de Mere, porque esto solo seria dar y recibir una desilusion. Pasó toda la noche alternativamente triste y en el deleite inefable de la dulce sensacion que esperimentaba su alma al recordar su conversacion con el brigadier.

Temia Olivia especialmente hacerse ridícula, y para evitarlo, determinó rechazar una pasion que podia presentarla tal á los ojos de sus conocidos; pero quiso hacerlo sin mostrar miedo, y sin privarse del trato de Mr. de Mere. Resolvió, por lo tanto, adoptar por algun tiempo una vida llena de placeres, á fin de no tener constantemente en su pensamiento la imágen del militar.

Asi es que al siguiente dia, cuando este se presentó en su casa, en lugar de hallar sola á Olivia, como esperaba, entró en un sa-

Digitized by Google

lon, en el que estaban reunidos los pocos hombres de buena sociedad que existian entonces en Paris, y algunas damas espléndidamente engalanadas y magníficamente escandalosas, entre las cuales se encontraba una á quien habia el brigadier seducido y abandonado en pocos dias, y que le conservaba un vivo rencor. Con otro que no fuese Mr. de Mere, hubiera puesto acaso en juego la mas refinada venganza que usan las mugeres en tales circunstancias: habria inspirado amor á aquel que la habia humillado, á fin de humillarlo á su vez con los mas insultantes desprecios: pero creia conocerle demasiado bien para esperar que semejante comportamiento pudiese obtener buen resultado, y trató de vengarse atacándole de frente. Es siempre fácil llevar la conversacion de un estrado al inagotable objeto del amor: asi es que Mad. de Cauny, que era como se llamaba la despreciada, despues de algunos temas generales, descargó una diatriba cruel contra los hombres en quienes la disolucion ha apagado todo noble sentimiento, todo respeto, toda compasion, dándoles en cambio el último de los vicios: la vileza.

El brigadier, que habia escuchado con bastante indiferencia la furiosa declamacion de Mad. de Cauny, no pudo menos de afectarse al oir esta última palabra, y advirtiéndolo ella le dijo con tono sarcástico:

—Si, Mr. de Mere: es una vileza el deshonrar á una muger; y no se crea que la mayor consiste en ofender con palabras su reputacion; porque si ella es pura, tiene en su defensa el testimonio del honor, y no faltan gentes en la sociedad que la escuchan y la creen; y sino merece ningun respeto, no es por eso irreparable el daño, puesto que puede hallar un nuevo amante, que sino posee un corazon bastante elevado, tenga por lo menos valor suficiente para castigar al infame que la ha ultrajado.

Viéndose el brigadier tan improvisa y violentamente atacado, no pudo ocultar su turbacion. Escuchaba á Mad. de Cauny con el rostro pálido, cerrados los dientes y haciendo grandes esfuerzos para que no estallase su cólera, pues Olivia oia á aquella muger y veia su confusion.

Sofocada por la rabia, la abandonada dama guardó silencio. No creas, sin embargo, que habló á gritos y con ademanes descompuestos; no por cierto, se espresó en tono regular y chancero; y solo un ligero temblor de lábios, una alteracion casi imperceptible de la voz dejaban conocer su cólera interior, que hubiera reventado con estrépito á no haberla contenido el poderoso freno de lo que se llama respeto social.

La mayor parte de vuestros modernos autores de novelas me parecen torpes en la representacion de las pasiones. En cualquiera sociedad y tiempo que las figuren, las presentan siempre llenas de la mas enérgica espresion; en toda ocasion hacen estallar el volcan, olvidando que, por exigirlo asi vuestras costumbres, casi siempre arde y ruje interiormente, sin arrojar llamas ni lava.

Tenia Olivia suficiente mundo para conocer la rabia que encerraba en su pecho madama de Cauny; y deseando escitarla aun mas, le preguntó:

—¿Cuál es, pues, esa vileza, mayor todavía que la de deshonrar á una jóven con palabras?

—Esa vileza, respondió la dama apoyándose en el brazo de su sillon, para medir de una mirada al brigadier, que estaba de pie y recostado en la chimenea, esa vileza consiste en sacar un hombre partido de un apellido ilustre, de algunas dotes personales, de una imaginacion viva, que sabe fingir el lenguage del corazon, para acercarse á una muger que no conoce, que no ha visto jamas, que por consiguiente no le ha ofendido, ni en sus intereses, ni en su vanidad, ni en sus afectos; á una muger por cuyo lado podia pasar sin mirarla, pero que ha señalado con el dedo, diciendo: la quiero perder. Lisonjean á esta muger los obsequios de un hombre distinguido; se la saca de su reposo para hacerla pensar en un amor que no buscaba; arráncasela de su vida tranquila para llevarla á las inquietudes de una pasion de que habia resuelto huir; ofrécesela un amor sin límites, de cuya sinceridad se la persuade; se la da el placer de ser amada, se la pide despues se deje llevar tambien del placer de amar, se la conmueve, se la embriaga, se la estravía, se la seduce, y al dia siguiente ya no se la vuelve á visitar, sin pretesto, sin queja, sin razon; se la abandona de repente con su amor, y luego con la deshonra que le acompaña, con su ansiedad horrible, con su perplejidad y negras dudas, y en fin, con la horrible conviccion de que ha amado á un infame, el que se ocupa en hacer con otra lo que ha hecho con ella. A esto llamo yo la mayor de las vilezas, y estoy segura, brigadier, de que vd. será de mi opinion.

Acaso se trataban por la primera vez en aquella sociedad con tan sério lenguage las consecuencias de una aventura galante; acaso en cualquier otra circunstancia se habria respondido con pullas y chanzas á las amargas quejas de Mad. de Cauny; tal vez Olivia misma hubiera dado el ejemplo; acaso el brigadier hubiera discurrido una escusa contra tan terrible acusacion; pero el acento de la dama ofendida dominó todas las disposiciones de zumba del salon. La habia escuchado el ama de la casa fijos los ojos en Mr. de Mere; y aunque no pronunció ni una sola palabra, adivinó éste que la habia horrorizado la idea de sufrir ella semejante desgracia. Queriendo ensayar una respuesta, por fútil que fuese, dijo:

Digitized by Google

—¡Qué quiere vd., señorita! Puede casualmente engañarse el corazon. A veces se piensa que se ama, y no se ama: el deseo que inspira toda muger hermosa y de talento, se suele tomar por amor; pero luego que este deseo se satisface, cae la venda que nos cegaba.

—No le sucede asi al hombre de honor, replicó madama de Cauny; pues éste, despues de despojado de su ilusion, disminuye cuanto puede los pesares que va ha causar á la que ha pensado que amaba. El que no obra de este modo, el que ha recibido buena educacion y no encubre, á lo menos con un pretesto, con una disculpa, la mas vergonzosa de las injurias, es un villano, es un pillo, es un malvado.

—Señora, gritó el brigadier sin poderse ya contener; para conocer bien á esos hombres es preciso haberlos tratado: ¿osará vd. nombrar á alguno que haya obrado de semejante manera?

—Tal vez, contestó la dama mirando á Olivia, tal vez si lo hiciera dispensaria un gran favor á cierta muger; pero no puedo llevar á tal estremo mi condescendencia.

Dicho esto, Mad de Cauny se despidió y salió de la estancia.

Despues que se hubo retirado, algunos se burlaron de su furor; y Olivia, que la noche anterior habria sido la primera en aprovechar esta ocasion para chancearse, se mantuvo séria y aun triste. Felicitóse interiormente de la resolucion que habia tomado, y se estremeció al considerar el peligro que habia corrido de enamorarse de un hombre tal como Mr. de Mere.

Notó éste por su parte que se habia disminuido en gran manera el buen concepto que al parecer le mereció á la cortesana, lo que le causó una especie de impaciencia dolorosa, de que no queria ocuparse; pero creciendo mas y mas, creyó debia procurar el justificarse de una de las calaveradas en que algun dia hizo consistir su gloria. Mientras se dividian los concurrentes en pequeños grupos, acercóse á Olivia, que estaba sola, y le dijo:

—¿La filípica de Mad. de Cauny le habrá hecho á vd. concebir muy mala opinion de mí?

—No, respondió con afectada franqueza la dama, aunque si me ha admirado lo que vd. ha respondido.

—¿El qué?

—Que podemos engañarnos creyendo amor lo que no lo es; que un deseo puede ocasionar las mismas emociones, la misma inquietud y la misma embriaguez, y que una vez satisfecho este deseo cae la venda que nos cegaba.

Reflexionó un instante Mr. de Mere, y luego respondió:

—No, eso no es verdad, no puede ser verdad, aunque me parezca haberlo yo esperimentado. Será la causa la poca franqueza que uno tiene consigo mismo, ó porque uno se pregunta mal, ó mas bien porque se obra con negligencia.

Al oir esta palabra, miró Olivia al militar con aire de sorpresa, y le preguntó:

—¿Con negligencia?

—Sí. No sé esplicarme de otra manera. No hacemos alto en lo que sentimos, á pesar de la violencia de las emociones, porque nos falta un sentido íntimo, que pertenece esclusivamente al amor; un sentido que habla cuando se esperimenta una verdadera pasion; un sentido que nos advierte y dice: ¡cuidado! ¡Oh! no, Olivia, no; cuando se ama, ó cuando uno se vé amenazado de amar de veras, no se engaña.

—¿Está vd. cierto de ello?

—Escúcheme vd. sin burlarse de mí. Acaba vd. de observar mi embarazo, mi cólera, y para decirlo de una vez, mi humillacion. No hace muchos dias me hubiera alegrado infinito de este lance: me habria llenado de satisfaccion haber podido comunicar con otro el mucho mal que se me ha causado; habria tal vez recobrado el genio satírico de otras veces, para convertir en mi favor las invectivas de Mad. de Cauny, y devolverle la humillacion y la ridiculez con que me ha atacado; pero hoy me he visto avergonzado, sorprendido, insultado, abatido.

—¿Y qué quiere vd. deducir de eso? volvió á preguntar la cortesana, buscando en las palabras de Mr. de Mere la esplicacion de lo que ella esperimentaba, pues en cualquier otra circunstancia no hubiese tampoco quedado triste y confundida por lo que acababa de pasar.

—Hélo aqui, contestó el brigadier. Tiene mi corazon necesidad del aprecio, de alguno ante quien se me ha humillado; tengo necesidad de la confianza de esta persona, estoy desesperado de haberla perdido, y por lo tanto vengo en conocimiento de que la amo, pues si no la amase no me sucederia nada de esto.

—Es estraño, dijo Olivia.

—He aqui uno de los síntomas que no engañan, uno de esos sentimientos soberanos, que dicen: tú no eres dueño de tu alma, ella no te pertenece, ó te pertenece tan poco que si la desecha aquella á quien la quieres ofrecer, te aguarda la vergüenza y la desesperacion.

—Con que asi, repuso Olivia, que no pudo, á pesar de sus esfuerzos, dar á su acento ni á sus miradas el aire chancero que queria, ¿asi representó vd. la comedia con Mad. de Cauny?

Mordióse los lábios Mr. de Mere, y respondió levantándose y saludándola:

—Tal vez.

Salió del salon, y la cortesana entró en su aposento, con el objeto de estar sola un instante. Dejóse caer en una silla macilenta y

Digitized by Google

asustada, apretóse el corazon con violencia, y esclamó en voz alta, como para arrancar el peso que oprimia su pecho

—¡Dios mio! ¡Dios mio! yo creo que amo á este hombre.

—¿Olivia amar? preguntó Luizzi con una risotada interrumpiendo al diablo. ¿Y con qué clase de amor?

—Con el amor mas tierno, mas santo y mas puro, pues aquella muger impúdica, que habia olvidado en medio de su oprobio la virginidad de su alma, virginidad que no se pierde sin gozo, sin dolor, la encontró en este momento, y la cortesana llegó á amar; pero no como la que ama por décima vez, sino como una jóven, cuya alma despierta por la primera, como Enriqueta Buré, por ejemplo. Sin embargo, fué mas puro todavía este amor en la muger perdida que en la jóven desgraciada.

—Parece estraño.

—Escucha, añadió Satanás, cuya voz afectaba una emocion humana; escucha

En efecto, Olivia amaba á ese hombre, y Mr. de Mere la amaba á ella; mas los dos, confusos y sorprendidos por esta pasion, se evitaron cuidadosamente. El se fué al ejército, y estuvieron cerca de seis meses sin verse.

Al cabo de este tiempo volvieron á encontrarse en el teatro de la Opera, y se conocieron á la primera mirada. Confiando el brigadier en su larga ausencia, presentóse en el palco de Olivia, creyendo hallarla tal cual era antes de su partida. Efectivamente, la encontró llena de hermosura, y adornada con esquisito gusto y elegancia; estaba risueña y alegre, y al entrar el militar le alargó la mano y le apretó la suya con esa cordialidad encantadora que no podrá imitar jamás el coquetismo.

—Bien llegado, le dijo con una dulce sonrisa. ¡Cuánto me alegro de ver á vd!.... ¡qué de cosas tengo que comunicarle!.... Sé que ha hecho vd. muchas acciones heróicas en esa inmortal campaña de Bonaparte. Bien le decia yo que tenia vd. abierta una hermosa carrera. ¡Cómo me alegro de haber adivinado que la seguiria vd. con tanta gloria!

Al hablar con esta satisfaccion, mezclaba algunas lágrimas con sus palabras. El la respondió con mucha ternura:

—¡Gracias! Acaba vd. de recompensarme mejor que lo he sido en el campo de batalla. La aprobacion de vd. es mas que una aprobacion, es la realizacion de una esperanza que me habia llevado de París, la esperanza de que vd. no me olvidaria jamás.

—¡Olvidar á vd!... Escita vd. demasiado la memoria de los que le conocen para que pudiera suceder eso.

—¡Hay tantos que han hecho mas que yo!...

—¡Oh! pero no se piensa en todos.

Dió principio la orquesta, y el brigadier tuvo que retirarse; mas antes preguntó:

—¿Cuándo tendré el gusto de volver á ver á vd?

—Estoy sola, como siempre.

—¿Y como siempre fastidiada?

—Menos fastidiada, pero acaso soy mas infeliz. Vaya vd. á casa y hablaremos.

Al dia siguiente encontró Mr. de Mere enteramente sola á Olivia; pero los dos estaban prevenidos contra la emocion improvisada del dia antes. Al principio fué muy séria la conversacion: informóse la cortesana de lo ocurrido al militar, pidióle una relacion de todas sus horas, de todos sus males, de los grandes combates á que habia asistido. El dió respuesta á todo, y acabó por preguntar:

—¿Y vd. qué ha hecho?

—Hace vd. mal en querer estar informado de lo ocurrido á una pobre muger. ¿Qué he hecho? He seguido como antes evitando la sociedad, ó no buscándola mas que en grandes reuniones, para que no se me hiciese muy pesada. Cansada de un mundo que me parece despreciable, aunque no tenga yo derecho de despreciarle, he pasado el tiempo pensando siempre en vd. que me ha causado tanto mal, y no hallando sino con su recuerdo consuelo al mal que me ha causado.

—¡Olivia! ¿es eso verdad?

—¡Oh! le amo á vd., y puedo decírselo sin peligro. ¿Mas á dónde me conducirá este amor? ¿á ser esposa de vd.? Es imposible, ya lo sé; crea vd. que no lo intento. ¿A ser su dama?... ¡Jamás, Victor, jamás!

—¡Sabe vd. mi nombre! esclamó sorprendido el brigadier.

—Si, se lo he preguntado á Madama Cauny.

—¡Usted me ama! ¿vd. me ama, y cree que no seré acreedor á sus bondades, yo, que no aspiro en el mundo mas que á su aprecio? Vd. ha debido comprenderlo así cuando le he manifestado mi agradecimiento, cuando le he contado el cuidado con que procuraba llegase á su noticia por medio de la voz pública la poca gloria que adquirí, y que no me atrevia á dedicarle. ¿Y vd. cree que yo no querré obtener todo su amor?

—No, contestó Olivia volviendo la cabeza: ya tiene vd. todo lo que hay de bueno y santo en este amor: no pida vd. nada á la muger, nada; no me haga vd. sonrojar, no haga usted que me avergüence; quedémonos en donde estamos; no me quite vd. la felicidad que me ha dispensado.

—¡Qué locura! replicó sonriéndose Mr. de Mere. ¿No es vd. mas hermosa que ninguna muger del mundo?

—¿Vd. me encuentra hermosa? preguntó Olivia echándole una dulce mirada. Tanto mejor. Vd. tambien me parece hermoso, muy hermoso á la verdad: esa espaciosa frente tostada por el sol de Italia, esa cicatriz que le sirve de noble diadema....Si, si; le encuentro á vd. hermoso, le amo.

Digitized by Google

Tomó el brigadier las manos de la dama, quien volvió á preguntarle:

—¿Permanecerá vd. mucho tiempo en París?

—Dos meses.

—¡Dos meses! Es mucho para el que tiene tan bellas cosas que hacer en otra parte.

—¿Y no contribuirá vd. á que encuentre corto ese tiempo?

—No siempre, pues ya no estoy tan libre como la otra vez; ahora tengo mis ocupaciones: he hallado unos parientes de mi padre, que gemian en la mayor miseria, entre los que habia dos niñas que he tomado á mi cuidado y las instruyo.

Despues de un instante de silencio, continuó exhalando un suspiro y derramando una lágrima

—Las educaré bien. Por lo tanto, solo nos veremos alguna que otra vez, y conversaremos como hoy.

La cortesana habia dejado sus manos entre las del brigadier y se las apretaba dulcemente. Mr. de Mere, que la miraba con anhelo, la atrajo con suavidad á sus brazos; pero ella, desprendiéndose apresuradamente, le dijo:

—No, Victor, no. ¿Qué es para vd. una muger mas? No quiera vd. abusar del momento de enagenacion que ha tenido una amiga suya. Le aborreceria á vd.; tal vez podria no amarle mas....

Detúvose, y mirándole cariñosamente, inclinóse hácia él y le dió un beso en la frente, añadiendo con encantadora alegría:

—¡Y cuánto le amo á vd. ahora!

Dió un paso hácia la pieza inmediata, en que se hallaban las niñas que habia recogido, y prosiguió:

—Adios; es la hora de dar leccion de piano á mis hijas adoptivas.

Salió Mr. de Mere, y apenas llegó á su casa escribió y envió á la cortesana una carta concebida en los siguientes términos:

«Olivia, le doy á vd. gracias por su amor y por el que me ha inspirado. Vd. puede comprender el reconocimiento que le tengo: me ha vuelto vd mi vida, mi alma, mis esperanzas; estoy engreido; todo lo espero, en todo tengo confianza; he rejuvenecido, me he vuelto celoso, pues al salir de su casa he visto pararse á su puerta el coche de uno de esos jóvenes brillantes que encontré en su palco, donde entré como un estraño. Olivia, no me engañe vd., se lo pido de rodillas. Sabia que se recobra la salud, la fortuna, la gloria; pero ignoraba que se renovase el corazon, y vd. me lo ha enseñado, Mi corazon da fuertes latidos, mi cabeza arde; lloro y rio al propio tiempo. Yo amo, si, amo. ¡Oh! ¡no me engañe vd., Olivia! ¡No haga ilusoria mi última felicidad! Le doy las gracias, se las doy de rodillas. Ameme vd., ámeme vd... Yo la amo hasta el punto de tenerla miedo.»

Quedó esta carta sin contestacion, y pasados algunos dias fué el brigadier á buscarla por sí mismo.

No estaba sola Olivia, sino que se hallaba con ella un elegante jóven. Sintió Mr. de Mere toda la impaciencia, toda la inquietud propia de un amor celoso; y la cortesana, al contrario, tuvo toda la sumision de un amor verdadero. Despidió al visitante, y lo hizo con tan poca destreza, que al dia siguiente ya se decia por todo París que el brigadier Mere era su amante titular. Súpolo éste, y lleno de furia é indignacion, corrió á participárselo á ella, que lo sabia tambien, y que le dijo sonriéndose:

—Mucho me alegro de ver á vd. en tal estado por mí: acaba vd. de dispensarme el mayor bien de mi vida; pero le confieso ingénuamente que no me importa nada esa calumnia. Tengo el derecho de llamarla asi; mas no lo diré al público, sino únicamente á mí misma, que no he querido ser de vd., y que no lo seré jamás.

Asi lo cumplió. Esto fué tanto mas sorprendente, cuanto que Olivia tenia que resistir no solo á la inclinacion de su pecho, sino tambien á los atractivos de aquel hombre ardoroso, que inspiraba amor con sus trémulas palabras y su mirar de fuego, que no podia verle muger alguna sin sentir palpitar su corazon. No fué combate de un dia; fué combate largo y penoso, de que salió mil veces triunfante Olivia; un combate contra todos los delirios de la pasion, porque Mere la perseguia en todo lugar y á todas horas; y cuando tenia que dejarla para volverse al ejército, aprovechaba algunos dias, algunas semanas, para venir á París desde doscientas leguas de distancia, y decirle con voz apasionada:

—Vengo de Roma á pasar una hora con vd.

Entonces la cortesana le tendia los brazos, le apretaba contra su corazon que gozaba de un placer inefable, y despues se echaban uno á otro una mirada larga y profunda, que les embriagaba y confundia sus dos almas. Si algo mas pretendia el militar, le recordaba ella su inalterable resolucion y huia. Olivia amaba su mismo amor, amaba la pasion nueva que esperimentaba, amaba el sentimiento orgulloso, absoluto, esclusivo, que inspiraba y la dominaba á un mismo tiempo, y no queria que un momento de flaqueza le hiciera perder todo esto.

Dos años siguieron de esta manera....

—¡Dos años! preguntó Luizzi. ¡Y al cabo de ese tiempo sin duda!...

—Al cabo de ese tiempo, repuso Satanás, murió Mr. de Mere. Le lloró Olivia con un sentimiento tan puro como su amor, recogió y conservó sus menores recuerdos, y al cabo de un año, para tener una vida mas honrada, se casó con el único hombre á quien podia mandar como quisiera; con Mr. Libert, que habiendo comprado la hacienda de Marignon, trocó su apellido plebeyo por el nombre de su posesion.

Digitized by Google

—¡Ah! volvió á esclamar Armando; ¡no me habia engañado mi instinto de venganza! no podia ser sino la descarada, la prostituta que tuvo valor de dar su mano á ese Libert, á ese hombre henchido con sus dilapidaciones, cúmulo de libertinage y de rapiñas, la que ha echado de su casa á la infeliz Laura, ¡Ah madama de Marignon! ¡tú mereces un yerno como Bridely, y te juro que lo tendrás! Vamos, Satanás, ¿nada me dices?

—Espero á que tú acabes para acabar yo mi historia.

—¿Falta algo todavía?

—Si, aun falta. Escucha.

Despues de su casamiento, se valió de los bienes de su marido y de sus antiguas relaciones para formar esas reuniones que tú has visto; pero tachable por tantos lados, ha tenido que sufrir muchas humillaciones, aunque con resignacion, porque tiene una hija, y el deseo de no hacerla sonrojar, la obliga á aceptar ese velo de gazmoñería, á fin de cubrir lo pasado.

—¿Y por eso echó á Laura de su casa?

—Si. Lo único que tiene esto de estraño, es que los vicios mas criminales y abominables la obligan á servir á sus infames proyectos. Pero si hubiesen sido tus ojos capaces de ver, habrias reconocido que procuró en lo posible dorar la píldora, y que ha sido la única de aquella reunion que se há informado de tu salud mientras has estado enfermo.

—¡Oh! esclamó el baron, paseándose á grandes pasos por el aposento; tú me acabas de decidir. Temia encontrar un obstáculo insuperable en el teson de esa muger: mas su debilidad me viene á las mil maravillas. Tiembla por un escándalo, le horrorizan recuerdos pasados.... ¡Bien! ¡muy bien!

—Tal cual sea, no es la mas culpable de las que te han ajado; Mad. de Fantan y la baronesa de Bergh....

—Basta, no te molestes en disuadirme. Te conozco, y sé que quieres enojarme contra esas señoras, para que te crea desinteresado en tu predileccion por la Marignon; pero no me dejaré engañar. Te juro, no obstante, que si me vengo únicamente de la menos culpable, es por falta de medios....

—¿Quieres que te nombre al actor mas detestable de este drama, cuya memoria puedes insultar sin remordimiento, pues condujo á Olivia á su primer desórden?

—¿Quién es?

—¿Recuerdas que te he hablado del marqués de Billanville, que propuso se esperase un año para que la hija de Mad. Béru eligiese amante?

—Si. ¿Y qué?

—Cuando te diga su verdadero nombre sabrás toda la verdad de la historia, y quién debe ser abandonado al desprecio de los hombres. Tú le conoces, pues se llamaba el baron de Luizzi.

—¡Mi padre!

—Tu padre.

—¡Siempre! ¡siempre él!

El diablo desapareció.

Como habrán notado nuestros lectores, no era ya Armando el jóven vanidoso y confiado que se lanzaba al mundo sin prevision, entregándose á sus sensaciones del momento, dispuesto á hacer y esperar el bien, teniendo defectos, pero no vicios, algo fátuo, algo burlon, tan olvidadizo de los servicios como de los agravios recibidos un dia antes, figurándose que cada cual estaba en su puesto sin envidiar el del otro. El diablo habia desvanecido con un soplo sus esperanzas y arrancado las máscaras. Le irritó el verdadero estado de la sociedad, y despues de haber hecho, como la mayor parte de los hombres, el mal sin cálculo, sin premeditacion, un mal inocente, si puede haberlo, se arrojó al mal calculado y premeditado, el mal culpable.

Es decir, que era Armando lo que casi todos los hombres: seguia por vanidad ideas falsas y caminos que suponia justos, sino buenos, porque no tenia fuerza ni razon suficiente para que le contuviese é iluminase. Era incapaz de comprender al varon fuerte, que vé el mal y abraza el bien, porque sabe que la sociedad, que sufre los vicios y los crimenes, los detesta y abomina, como el hombre se resigna á sufrir enfermedades, pero no las busca. Muy inferior era á esos á quienes la Providencia ha dado el guia inestimable ll mado la fé, que ven un faro al estremo del horizonte de la vida, y se dirigen á él sin cuidarse de la turba que se arremolina y estravía; almas privilegiadas que caminan sin cesar á la virtud, y llegan solas á la felicidad.

Decidido se hallaba Luizzi, despues de esta entrevista con Satanás, á llevar á cabo su proyecto contra Mad. de Marignon; y estando aquel dia de humor maligno, resolvió castigar á Ganguernet con sus propias armas. A este fin se decidió proporcionar al burlon el medio de que su hijo alcanzase la mano de la hija de Olivia, y entretanto marchar él á reconocer á las sobrinas de Mr. Rigot, y obrar de un todo conforme á las circunstancias.

—He buscado en vano la honradez y la virtud en las clases elevadas, se dijo á sí mismo, y buscaria en vano tambien entre ellas una jóven pura y buena. Sigamos el camino que nos presenta el acaso: las islas Fortunatas fueron descubiertas por personas que no sabian á dónde iban. Estoy decidido. Procuraré casarme con una de las sobrinas de Rigot, lo que me parece fácil conseguir, pues soy rico, noble, y no feo; y si me uno á la que no tiene dote, tendré derecho á exigir de ella respeto al apellido que le doy, y reconocimiento por haberla sacado de la miseria.

Para buscar una muger virtuosa contaba el baron tan solo con los cálculos del egoismo y del deber, sin pensar siquiera en el fre-

Digitized by Google

no moral y religioso de una buena educacion, ni en ese amor sagrado al bien, que es el patrimonio de algunas almas.

Aunque miraba á Satanás con mucha prevencion, veia en él su último recurso para no ser engañado. Casi despojado de los nobles sentimientos que un dia encerraba su corazon, era para él el diablo lo que la pequeña cantidad que reservan algunos jugadores para reconquistar con ella sus perdidos bienes en la hora que se les muestre propicia la fortuna.

Resuelto enteramente Luizzi, desplegó tanta actividad, que á los dos dias ya estaba en camino para Caen. Antes de partir informó á Ganguernet y á su hijo de cuanto sabia de Olivia, entregándoles para ella una carta de recomendacion redactada con bastante destreza. Decia así:

«Apreciable señora mia: si no voy personalmente á darle á vd. las gracias por sus atenciones durante mi enfermedad, es por temor de faltar al reconocimiento que le debo, haciendo públicas tan rara bondad é indulgencia. No obstante, como no sabria esplicar en un billete toda mi gratitud, he encargado á uno de mis amigos, que será el portador, se la manifieste en mi nombre. Es el marqués de Bridely, uno de los hombres mas nobles de Francia, que sabrá corresponder al honor de ser recibido en casa de vd. La necesidad de respirar aires mas puros, me hace salir de Paris, y parto con el disgusto de no poderle afirmar verbalmente cuánto afecto, cuanto respeto y cuánto agradecimiento inspira vd. á su amigo y rendido servidor

ARMANDO LUIZZI.»

XXX.

EL ULTIMO CORREO.

Serian las siete de la tarde cuando Luizzi llegó ó Mourt, pequeña aldea distante pocas leguas de Caen, y última parada que se encuentra én el camino de París á la capital de la Baja Normandia. Acercóse á un postillon que estaba en la puerta de la casa de postas, y le preguntó si antes de cerrar la noche podria hallarse en una hacienda inmediata, llamada el Taillis, cuyo dueño se llamaba monsieur Rigot.

El hombre á quien interrogó, viejo y flaco, habia dejado en las sillas de montar toda la carne que Dios dispensó á sus muslos y piernas; pero no habia dejado en el fondo de ninguno de los muchos vasos de sidra que apuraba diariamente, la astucia y malicia que la sangre normanda le trasmitió. Así es que en lugar de responder directamente, llamó á un mozo de cuadra y le preguntó:

—¿Podrás tú decirnos cuánto hay de aqui al Taillis?

—A fe mia que no lo sé, respondió el mozo, volviendo á entrar en la posada, y correspondiendo con una sonrisa imperceptible á la señal que le habia hecho el postillon.

—¿Cómo diantres, siendo de este mismo pais, ignoran vds. la distancia que hay á una quinta inmediata?

—¡Oh! esclamó el viejo; nosotros caminamos siempre por la carretera, y me curo menos de un vaso de sidra mala, que de lo que hay á derecha é izquierda del arrecife.

—Tal vez hará vd. mas caso de una moneda de cien sueldos, y puede que tenga la virtud de volverle á vd. la memoria.

Echó el postillon una mirada á la moneda que le presentaba Armando, y replicó:

—Aunque me diera vd. diez como esa, no podria decirle lo que no sé.

—En tal caso, el postillon que me traiga otros caballos sabrá tal vez mejor que vd. las distancias.

—Por de pronto no hay aqui mas postillon que yo, ni mas caballos que los mios; y acabamos de llegar habrá cinco minutos de Caen.

—Pues amigo, vengan sus caballos y pongámonos en camino.

—¿Y piensa vd., repuso el viejo con desden, que he de ir á reventar mis animalitos en una pésima posta, por treinta sueldos, y quince para el guia? Preciso será que aguarde vd., como están aguardando otros.

—¿Hay otros viajeros que no pueden seguir su camino como yo?

—Hay tres ó cuatro en la sala principal, que traen tanta prisa como vd., y se esperan ahi.

—Siendo así, haga vd. entrar mi carruage. Pasaré aquí la noche, y partiré mañana, pues es ya tarde y no tengo ganas de recorrer á media noche esos caminos de travesia, con peligro de romperse la cabeza, para presentarme á un desconocido.

Llamó la atencion del postillon esta última palabra; y con la sonrisa equívoca y la ojeada normanda, que vé mas cuando menos parece mirar, le preguntó al baron:

—¿De veras no conoce vd. á Mr. Rigot?

—Nunca le he visto. ¿Y vd.?

—¡Oh! siempre me elige á mí para postillon. Le conozco mucho.

—¿Y á pesar de eso no sabe vd. dónde está su hacienda?

Guardó el viejo un momento de silencio, y luego respondió:

—Es una cosa bien sencilla: él viene acá con sus caballos, y yo le conduzco á Caen ó á Estrees; pero jamás he ido á su casa.

—Para conocerlo tan bien, habrá vd. tenido que verle en otras partes que en la carretera, porque yendo vd. á caballo y él dentro del carruage, no han podido entrar en conversacion.

Digitized by Google

—¿Toma? ¿y para qué son las tabernas del camino? Mr. Rigot es el mejor sugeto del mundo, y tiene lástima de los hombres y de los animalitos: apenas divisa un ramo, cuando me grita: ¡Perico! deja respirar un poco á los caballos, hijo mio. Entonces baja, y jamás bebe un vaso de aguardiente ó un cuartillo de sidra sin que pida lo mismo para mí. Es un verdadero normando, que lleva siempre el corazon en la mano. Mientras bebemos conversamos mucho.

—¿Son hermosas? preguntó el baron; mirando fijamente al viejo.

—¡Oh! la abuela fué hermosa en su tiempo.

—¿Y la hija y la nieta?

—Eso va en gustos; mas la abuela fué una perfeccion de hermosura.

—¿La ha conocido vd. en su juventud?

—¡Toma! ¡si han nacido en el pais!... Iba yo á la escuela con Rigot el padre y con su hermana. Habrá unos cuarenta y cinco años que ella se hallaba de criada en esta misma



Tendió la mano y el dedo índice hácia él, y dijo en tono doctoral....

—¿Y de qué? preguntó Luizzi, ansioso de saber pormenores positivos sobre Mr. Rigot

—¡Oh! de infinitas cosas. Despues vuelvo á montar á caballo, y emprendemos de nuevo nuestro camino. Ya vd. ve, yo no me ocupo de los negocios agenos.

—Siendo así, ¿no conocerá vd. á sus sobrinas?

—Mucho, mucho que conozco á la madre y á la hija, y aun á la abuela.

posada, y él era postillon, como yo. Dejaron esta tierra para establecerse en París, donde se casó la Rigot. Su hermano sentó plaza de soldado de caballería, y pronto ascendió á mariscal, gracias á sus conocimientos en caballos. Los Rigot son muy honrados, son verdaderos normandos, que van derechitos por su camino, como yo lo he verificado toda mi vida. Hé aqui el mal que puedo decir de ellos.

Digitized by Google

En el instante se acercó á Luizzi una criada, y le dijo:

—Se va á servir la cena á unos viajeros que aguardan caballos, y deseo saber si vd. quiere cenar con ellos, ó solo.

—Cenaré con ellos, contestó el baron.

Iba á seguir á la criada; pero le detuvo una seña del postillon, que le dijo cuando volvieron á quedarse solos:

—Aunque haya vd. llegado el último, será el primero en marchar si es que lo desea. A la mitad de la cena paso yo por el comedor, vd. dice que se retira á la cama, el carruage está ya prevenido allí, detrás de aquella casa, y nos largamos sin que nadie lo note.

—Pero si vd. no sabe el camino...

—Acabo de informarme de él, contestó el viejo, que no se habia separado de Armando ni un solo momento.

—No importa; no quiero partir hasta mañana, pues no tengo prisa.

—¡Hola! esclamó con verdadera sorpresa el postillon; ¿con qué no es vd. tambien pretendiente á la mano de una de las sobrinas?

Chocóle bastante al baron esta pregunta, y respondió:

—No, no; vengo á otros asuntos.

—Enhorabuena... añadió el normando, retirándose y mirando con alguna sospecha á Luizzi.

Entró en una pieza del piso bajo en que creyó Armando oir ruido de caballos y murmullo de voces, y deseando salir de una duda que acababa de concebir, se acercó á la puerta, desde la que oyó que el viejo decia en voz baja:

—Ahí va otro para el Taillis; pero un poco mas cachazudo que los primeros, pues...

No pudo oir mas, porque vió que la criada se le acercaba para decirle que estaba servida la cena, y tuvo que separarse de la puerta; pero aquellas palabras fueron suficientes á hacerle saber que los que iban á ser compañeros suyos de mesa, llevaban el mismo objeto que él. Entró, pues, en el comedor, resuelto á observarlos y mantenerse reservado.

Hay en el principio de toda comedia una página desconocida á los autores de novelas, á pesar de que les fuera de mucho provecho: hablo de la lista de las personas. Usaré, pues, de este medio racional y espedito para poner en escena mis actores, sin pedir por ello el privilegio de invencion ó perfeccion, como lo hiciera indudablemente á haber hallado la pomada de Leon, etc.: al contrario, permito el libre uso del invento, á no ser que los zurcidores de dramas, que no tienen mas oficio que robar y apropiarse las ideas de las novelas, me demanden en juicio por haber atentado contra su propiedad.

LISTA DE LAS PERSONAS.

Mr. RIGOT, rico propietario de los alrededores de Caen. Cincuenta y cinco años de edad. Levita azul, botones brillantes, pantalon castaño claro, de hechura de embudo; chaleco de raso, cadena de oro, cabello canoso, cortado como un cepillo; manos negras, sin guantes; uñas sin cortar.

Mad. TURNIQUEL, hermana del anterior. Sesenta y cinco años. Pequeña y rolliza, voz ronca, maneras ordinarias.

Mr. BADOR, procurador. Treinta y seis años. Trage negro, cabellos muy lustrosos, y botas idem.

Mr. FURNICHON, dependiente de un corredor de cambios. Veinte y siete años. Muy peripuesto, patillas redondeadas, sombrero superfino, levita de color verde oscuro, muy ajustada; pantalon muy estirado, sin la menor arruga; chaleco amarillo claro, camisa de holanda, con hermosa pechera, guantes blancos, corbata de muselina de brillantes colores. El sombrero siempre puesto.

Mr. MARCONIO, oficial mayor de una escribania. Hermoso pie, hermosas manos, hermoso rostro, hermoso cuerpo, hermosas maneras, hermosa voz, hermosa letra, hermosos cabellos, hermoso, hermoso, hermoso.

La condesa de LEMEO, vecina de Mr. Rigot, pues lindan entre sí sus propiedades, viuda de un par de Francia, y de cuarenta y cinco años de edad. Flaca, alta, desgarbada, de abultadas facciones, de grandes dientes, de nariz aguileña, con vestido hecho en París, sombrero elaborado en Caen, guantes de randa, ojos remellados, rostro granugiento, y cuya boca arroja saliva por los lados al hablar.

El conde de LEMEO, hijo de la anterior. Veinte y dos años. No tan bien vestido como el corredor *in fieri*, pero mas elegante; no tan hermoso como el aprendiz de escribano, pero mucho mas agradable. Fuma cigarros habanos, usa grandes mostachos y largas espuelas, y come con guantes.

Mad. EUGENIA PEYROL, sobrina de monsieur Rigot. Treinta y dos años. Alta y rubia, con vestido de muselina blanco, zapatos de color de plomo, medias lisas de hilo de Escocia, peinado de diadema, pies y manos delicados, hermosa dentadura, ojos caidos, lánguidos y algo vagos.

ERNESTINA, hija de la anterior. Quince años y medio. Alta y bien formada.

AKABILA, príncipe de casta malaya. Rostro pintorreado, cabeza rasurada, botas con punta de estremo levantada, bragas de cuero, trage de criado.

La escena pasa en el comedor de la posada de Mourt, y los personages son el PROCURADOR, el OFICIAL MAYOR de una escribania, el DEPENDIENTE de corredor y LUIZZI. Al entrar

Digitized by Google

éste, los halla ocupados en leer papeles, que vuelven inmediatamente á sus carteras. Miran al recien llegado con descontento y asombro, y despues se miran unos á otros como para preguntarse si conocen al baron.

—Siento mucho, señores, dijo Luizzi saludando, el presentarme á quitar á vds., segun temo, una parte de su bien; pues tal vez al posadero le habrá parecido que la cena destinada al principio para uno, era suficiente para dos; luego para tres, y últimamente para cuatro.

—Quien quiera que vd. sea, contestó Bador con un gracioso saludo, le acogemos con gusto. Si yo tomo la palabra, como si fuera dueño de la posada, es porque me asisten incontestables derechos. Dos son los títulos; uno, el haber llegado el primero; y el otro, ser de este pais.

Bador interrumpió la frase mirando alternativamente á sus compañeros para juzgar del efecto que habia producido.

—¿Es vd. vecino de Mourt? preguntó el baron.

—Tengo aquí algunos clientes, pero soy de Caen, de donde es tambien mi familia, y donde tengo algun influjo. Si mi despacho no es el primero de la ciudad, no es seguramente el último.

—¿Es vd. escribano? dijo Marconio.

—Procurador; en otro tiempo abogado-procurador, cuando se nos permitia patrocinar ante los tribunales. Mis compañeros se opusieron al reglamento que nos prohibia hablar en estrados: mas yo le acogí con alegría, pues soy poco parlanchin, y á pesar del enojo y súplicas de mis clientes no firmé la protesta. He llamado á mi despacho á algunos jóvenes abogados, á quienes hago yo los informes, les enriquezco y les doy fama. Gracias á mi diligencia, la jóven abogacía de Caen dá grandes esperanzas; sus nuevos individuos sacan provecho; yo me porto con discrecion, y todo va á las mil maravillas.

—En ese caso les irá muy bien á sus escribientes de vd., que solo tendrán que copiar, añadió Marconio. No sucede asi en Paris, donde nosotros arreglamos los asuntos, y otros se llevan las utilidades.

—¡Es decir que vd. es escribiente de un escribano! replicó Bador con desden

—Y escribano tambien

—Señores, ya que vds. quieren decirnos lo que son, creo de mi obligacion imitarles, dijo el baron. Me llamo Armando de Luizzi y no hago nada.

—He ahi la mejor profesion, dijo Mr. Furnichon estirándose y atusándose el pelo delante de un espejo, la que todos los hombres apetecemos. Yo, por mi parte, tengo ya la bolsa bastante llena.

—¡Oh! esclamó el oficial mayor de la escribanía. Me parece haber visto á vd. en París.

—Yo tambien creo que le conozco á vd., respondió Mr. de Furnichon. Jugamos en una misma mesa cuando la boda de uno de mis camaradas, que casó con la hija de un ex-zapatero.

—¡Que le llevó en dote cuatrocientos mil francos, con lo que se hizo hombre! dijo Marconio. Fué un bonito negocio.

—Mejores pueden hacerse, contestó Furnichon arreglando la corbata.

—No será en nuestro pais.

—¿Quién le habla á vd. de su pais? añadió Marconio.

—En efecto, nadie trata de su pais de vd.

—Dicen no obstante, que en el Calvados hay muy buenos caudales, dijo Luizzi sentándose con los demas á la mesa donde acababan de servir la cena.

—Si, si, dijo Bador, comiendo la sopa con descuido, pero consisten en bienes raices ó en papel del Estado; nada de capitales disponibles, nada de dinero contante.

—Hay sus escepciones, añadió Furnichon con gravedad.

—¿Lo sabe vd. de cierto? preguntó el oficial de la escribanía con indiferencia.

—Puede ser, replicó el otro con presuncion sirviéndose una enorme chuleta de ternera á la papillot.

—¿Y viene vd. á tomar informes? dijo Bador examinando con curiosidad el rostro del interrogado.

—No; vengo á cazar por estos alrededores.

—¿En el mes de mayo? dijo Luizzi.

—Tal vez la caza que persigue este caballero es de todas las estaciones, añadió Bador mirando siempre á Furnichon.

—El señor será aficionado á la caza mayor, dijo Marconio haciendo seña con el ojo á sus compañeros.

—Y á vd., Mr. Marconio, ¿qué diablos le trae á esta tierra? preguntó Furnichon sin darse por entendido.

—A fé que no he venido por mi gusto, sino á ver la propiedad de un cliente.

—Si vd. quisiera nombrármela, le podria dar los datos deseados, porque me son conocidas casi todas las del pais.

—¡Para pujárnosla!... ¿Eh?

—No soy de París, amigo.

—Pero tampoco será vd. de donde nos ha dicho.

No se hizo mas caso de esta acusacion de falsedad que de cualquiera palabra indiferente; y el procurador normando, cierto ya del objeto que llevaba allí á los dos parisienses, púsose á observar al baron, que le parecia mas temible que ellos, pues el uno habia llegado en la diligencia, el otro en un carruage público, y Armando se presentó en una magnifica berlina, tirada por cuatro caballos.

—¿Será indiscrecion, caballero, preguntarle qué es lo que le trae á nuestro pais? dijo Bador á Luizzi.

—Yo vengo á lo mismo que estos señores;

Digitized by Google

á cazar en las mismas tierras que el uno, y á visitar la misma propiedad que el otro.

El escribiente de la escribanía y el aspirante á agente de cambio se miraron y el abogado pareció admirarse de la respuesta.

—¡Baa! ¿Vd. viene á cazar en las tierras de?...

—¡Baaaa! ¿Vd. viene á visitar la propiedad de?...

—Si, señores; dijo el baron, vengo á cazar en las tierras de.... y á ver la propiedad de... ¡Es particular, se me han olvidado, como á vds. los nombres! Ayúdenme vds. á recordarlos.

—Las tierras de... deee... deeee... Rupin, dijo el escribiente.

—La propiedad de... deee... deeee... Valainville.

—Señores, yo no conozcó en este pais, ni Rupines, ni Valainvilles, respondió Bador.

—Es un nombre así, con corta diferencia, respondieron á un tiempo Furnichon y Marconio.

—Asi, comò Rupin..... Ripon... Ripó... Rigot. ¡Ah! ¡esto es! dijo Luizzi reflexionando; y los tres interlocutores fijaron sus ojos en él.

—Y la propiedad se llama una cosa asi como ¡Valainvill'...Vaill... ¡Taillis, Taillis, Taillis!

—Es decir que vd. va al Taillis á ver á Mr. Rigot, dijo Bador.

—Con efecto, respondió Luizzi; y si estos caballeros no tienen carruage disponible, les ofrezco asiento en mi berlina. Marcharemos mañana temprano.

—No deben vds. salir de aqui hasta las diez, dijo Bador, pues en la quinta de Mr. Rigot no se madruga mucho.

—Cuando los señores quieran, observó Luizzi; y pues acabamos una buena cena, es preciso añadir algunas botellas de Champaña, para esperar mas alegremente la hora de la marcha.

—Como vds. gusten, interrumpió Bador; pero como mi estómago de provincia no está hecho á los escesos parisienses, con permiso de vds. me retiraré.

Y se levantó diciendo: Tengan vds. felices noches.

—Beberemos nosotros, caballeros, dijo Luizzi.

Destapó una botella; llenó el vaso que le alargaba con mucho donaire Furnichon, y despues el de Marconio que se puso en actitud de escuchar lo que en el patio sucedia, cuando se oyó á poco rato el ruido de un birlocho que salia, Marconio deja la mesa, abre la ventana y queda parado al ver la marcha del carruage.

—¿Qué tiene vd? preguntó Furnichon.

—Nada sino que el viage me ha agolpado la sangre á la cabeza, contestó Marconio.

—¡Qué particularidad! repuso Furnichon. ¡Yo tengo las piernas entumecidas! De veras, me hallo indispuesto, dijo sacando el reloj y diciendo por lo bajo: No son mas que las diez. Con permiso de vds. me retiro, añadió dirigiéndose á los otros.

—Como vd. guste, dijo el baron, haga usted como monsieur Bador; por lo menos el señor no me abandonará.

—Yo no sé que diantre de idea es la de irse á acostar ahora, objetó Furnichon, yo prefiero pasar la noche bebiendo á dormir en una mala cama.

—¡Ah! no será en la cama donde esos señores han de coger un resfriado, añadió el baron sonriendo.

—¿Dónde, pues? preguntó Furnichon.

—Va vd. á verlo al momento, repuso Luizzi.

En efecto, asomóse á la ventana, ven á Marconio detrás de un zagal, montado en un corpulento caballo y agarrado de la silla.

—¡Eh, truhan! ¿dónde se vá?... ¿Dónde irá ese bribon? esclamó gritando Furnichon.

—A ver, segun creo, las tierras en que vd. quiere cazar, contestó Luizzi.

—¿Y de dónde habrá sacado ese caballo? preguntó Furnichon.

—Creo que tampoco lé ha de faltar á usted si lo pide de una manera bastante persuasiva, dijo el baron.

Bajó Furnichon, dirigiéndose al corral, y á poco salió de la posada en un desmantelado carro, tirado de dos rocines, que conducian su persona y equipage. Luizzi, que todo lo habia observado, presenciaba riendo esta escena, hasta que fué interrumpido por un hombre que suavemente le tocaba la espalda, y volviéndose reconoció al viejo postillon, que en tono de confianza le dijo:

—Señor, los tres partieron ya. ¿Vd. quiere salir, ó pasar aqui la noche?

—¿Es decir que tus caballos están ya descansados?

—Ciertamente, dijo el postillon, y no hay mas que engancharlos. Les he dado triple racion de avena.

—Triple racion hace galopar á personas y animales en Normandía.

—En Normandía y en todas partes.

—Para el caso era preciso no tomarlos tan tarde.

—Pierda vd. cuidado, que yo sé un atajo por donde podremos llegar en la mitad del tiempo.

—Dos luises para tí si llego el primero, y quince sueldos si llego el segundo.

—Pues en tal caso nada hemos hecho; ese procurador es muy pícaro y ha tomado el atajo.

—Tres luises...

—No hay remedio, es tarde, como dice usted... ¡Por una pieza de seis libras que me ha dado ese mal procurador, pierdo esta propinita!...Me la ha de pagar.

Digitized by Google

—¿Eso te ha dado para estorbar mi marcha?

—¡Qué torpe es vd!.. Dijo el postillon marchándose. Por Dios no digo nada.

—Un instante. No olvides que quiero estar en Taillis antes que nadie se haya levantado.

—Está bien; todo estará pronto.

Efectivamente, antes de amanecer ya estaban puestos los caballos, y Luizzi en el coche, y partieron inmediatamente. La escena que acababa de presenciar le recordó aquella frase del diablo: ¿Has visto la avaricia en su mas baja representacion? ¿quieres verla tal como se presenta en la sociedad? y pensó que la casualidad que le habia hecho encontrar estos tres corsarios de mugeres, no era mas que el cumplimiento de la proposicion de Satanás. Resolvió por lo mismo aprovechar la leccion, sin acudir á sus confidencias.

Con tales pensamientos llegó, pues, á la verja del parque de Taillis, que estaban cerrada todavía, y solo al través de ella se oian fuertes ladridos de perros. Pensó Luizzi que él era quien los habia despertado; pero varió su conjetura viendo al lado de la cerca dos sombras que se movian. Temió habérselas con algunos mal intencionados, y se apresuró á tocar la campanilla, que apenas hubo sonado cuando se le acercaron las sombras. Luizzi, resguardado con la reja, prepárase con su estoque, y se encuentra cara á cara con Furnichon y Marconio. Estaban los dos ateridos de frio, sus rostros amoratados y sus cabellos llenos de escarcha. En este estado, mientras el baron los miraba pasmado, le gritó Marconio:

—¡Toque vd. hasta reventar, que el diablo le abra!

—¡Malditos mil veces! esclamó Furnichon. Hétenos aqui ocho horas ha, moviendo una zambra de mil diablos. Si no fuera por esos malditos perros, ya habria saltado la cerca.

—¿Es decir que estaba cerrada la quinta cuando ustedes llegaron? preguntó Luizzi conteniendo la risa ¿Por qué, pues, no se volvieron á la posada?

—¿Y de qué modo? dijo Marconio. Al llegar desató el mozo mis dos portamanteos, diciéndome: «No tiene vd. mas que tocar un poco fuerte, y al punto le abrirán.» Paguéle, y mientras le contaba el dinero, que apenas podia de frio, ví á Mr. Furnichon que llegaba en un carro. Habia tenido mas maña que yo, pues habia adelantado la paga. Así que me vió saltó en tierra, gritando: «Descargue vd. mi equipage... ¡Ah! ¡ah! ¡Mr. Marconio! He sido tan astuto como vd! no será vd. el primero en presentarse á Mr. Rigot.» Y añadió otras tonterías de esta especie.

—¿Qué dice vd? esclamó Furnichon.

—¡Toma! digo sandeces ¿Vd. se cree que yo vengo aqui para...? Mas dejemos esto. Durante nuestras disputas se habian ido los caballos y el carro, dejándonos á la puerta. Tocamos la campanilla una vez.... dos.... tres... mil veces. ¡Nada! Al cabo de una hora nos hemos persuadido de que habíamos sido conducidos á un castillo inhabitado.

—Luizzi dijo riendo: ó solamente habitado por perros....

—Y hétenos aqui obligados á hacer centinela á nuestro equipage, añadió Marconio, sin que nos lo podamos llevar.

—¡Mal rato!...esclamó Furnichon. ¡Colgado me vea si no hago pedazos mi baston en las costillas del bribon que me ha conducido!...

—¡Oh! á buen seguro que formaré causa al que me ha jugado esta farsa dijo Marconio.

—¿Y por qué razon? interrumpió el postillon. El trato era traerlos á vds. á casa de Mr. Rigot, y en ella están vds.

—No puede ser, se nos hubiera abierto, dijo Marconio ¡si hemos roto la campana!...

—¿Cuál? Preguntó el postillon.

—Esta, ¡por vida de!... dijo Furníchon tirando de ella con rabia.

Los perros comenzaron á ladrar.

—Esa no puede oirse en la casa, añadió el postillon, que está á un cuarto de legua al otro estremo del parque; hay otra que habria producido mejor efecto.

Y tiró de un anillo colocado en la pared á una grande elevacion.

—¡Vive Dios, Marconio! esclamó Furnichon, ¡qué torpe es vd! Mas de una hora ha estado buscando si habia otra campana.

—¿Cómo demonios la habia de encontrar si no alcanzo ahí? El torpe es vd., que es mas alto que Goliat, y en lugar de buscar ha echado mas votos que un carretero. Vd. no tenia mas que alargar el brazo.

—¡Hay un enano como vd!

—¡Hay un bestia como vd!... repuso Marconio enfurecido.

Luizzi riendo á mas no poder dijo:

—Pero, ¡señores! ¡señores!...

—Váyase vd. á reir al infierno, señor de berlina, esclamó Furnichon. ¡Hé aqui un trage echado á perder! y las botas.... y el sombrero! ¡Oh! Marconio ¡imbécil!

—¡Qué gracia! ¿Y yo no estoy helado hasta los tuétanos? ¿no sacaré de esto una flusion de pecho?

—¿Y tengo yo la culpa?

—Déjeme, pues, tranquilo, componga su sombrero.

—Al carruage, señor baron, dijo el postillon, que ya vienen á abrirnos.

—Encargaré se les encienda buena lumbre, dijo el baron lanzando carcajadas.

Subióse en seguida á su berlina, y pasó triunfante por entre las dos sombras heladas que estaban guardando sus maletas. Media hora despues, desde la ventana del aposento adonde le habia conducido una anciana, vió Luizzi llegar á los dos pretendientes arrastrando su equipage, ayudados por una espe-

Digitized by Google

cie de criaduelo de figura rara y color entre rojo y azul, que escitó vivamente su curiosidad.

XXXI.

LOS CUATRO PRETENSORES.

Hacia ya dos horas que Luizzi estaba en el Taillis, y al parecer se habian olvidado de presentarle al amo de la casa, para quien traia una carta de recomendacion de Mr. de Garguernet, cuando oyó tocar ligeramente á la puerta y vió entrar luego á una señora muy gruesa, sexagenaria y llena de arrugas, con un vestido de seda de color de fuego y cubierta la cabeza con un gorro adornado de grandes lazos amarillos. Hizo al entrar una larga y profunda reverencia á Luizzi, descubriendo con una graciosa sonrisa los bordes de sus desdentadas encías. Esta era madama Turniquel, que entabló con Armando la conversacion siguiente:

—Vengo, caballero mio, á ver si le falta algo. Yo soy hermana de Rigot, y fuí muger de Turniquel; pero le perdí en el año de 1808, de resultas de la caida de un andamio muy alto, en el que estaba sirviendo mezcla.

—¿Es decir que su marido de vd. era?.. preguntó Luizzi.

—Arquitecto, caballero; mas como lo era del gobierno, y el emperador queria que los directores trabajasen mas que los demás, hizo aquello por dar ejemplo. ¡Qué bueno era! Mi hija se le parece, y tambien tiene mismas maneras, vd. la verá, caballero. ¡Ah! si no hubieran sido las desgracias!.... Al cabo ni ella ni yo tenemos la culpa, porque la instruí como á una duquesa. En fin, vengo para saber si le falta algo á vd., pues mi hermano de puro bueno ignora cómo debe tratarse á los forasteros de las circunstancias de vd.

—Se me ha servido muy bien, y nada me falta.

—¡Esos criados son tan poco hacendosos!... dijo Turniquel limpiando los muebles con su pañuelo. No son buenos mas que para comer, beber y dormir. Ahí tiene vd.: esta sala barrida en el centro y nada mas. ¿Pues y las sillas? ¡Ya vé vd. qué de polvo! Cuando uno viene de entre salvages, como le sucede á mi hermano, no es estraño ignore ciertos deberes de la sociedad. No asi yo, que siempre he vivido en ella.

Luizzi abrió la ventana para que saliese la nube de polvo, consecuencia de los afanes de Mad. Turniquel, y dijo:

—Se conoce á leguas, señora.

—Cuidado, caballero, que no es muy sano abrir la ventana en este tiempo. Mire vd. que tengo esperiencia y estudiado medicina.

—Tengo un medio escelente contra esa maligna influencia. Fumaré un cigarro.

—Tiene vd. razon, es muy bueno para el estómago: lo esperimenté en alta mar, donde fumaba mucho, á causa del escorbuto que reinaba en el barco.

—Vd. habrá viajado mucho.

—Fuí dos veces á Inglaterra á ver á Jenia y á llevarle á su hijo. Jenia es tambien hija mia, caballero. Ahi la tiene vd. que pasa por el patio.

Vió, en efecto, Luizzi una muger alta y bella, que pasaba corriendo por debajo de su ventana, mientras le gritaba con todas sus fuerzas la anciana:

—Buenos dias, Jenia, buenos dias.

Levantó la joven la cabeza, y pareció sorprenderse al ver á Luizzi al lado de su madre. Saludó algo turbada, é hizo un ligero ademan al criaduelo malayo, quien se le acercó, escuchando con la mayor sumision lo que su ama le decia, y entrándose en seguida como un rayo en la casa. Apenas lo habia perdido Luizzi de vista, cuando oyó abrir la puerta de su aposento, y le vió que se aproximaba, gritándole á la anciana:

—Ha, haá, mamá, allá, ha haá, dijo el criadillo.

—¿Para qué me quiere esta figura de mampara?

—Ha haá, ha haá, mamá, allá, alla bajo, Jenia.

—¡Ah! mi hija me llama, ¿no es cierto?

Hizo el mozo una seña afirmativa, mostrando la puerta.

—Bien, bien. Saludo á vd. caballero. Se almorzará dentro de media hora: ya oirá vd. la campana.

—Le doy á vd. las gracias por su visita, contestó Luizzi.

Acompañó hasta la puerta á la buena señora, que se deshacia en acatamientos, y asi que hubo cerrado se echó á reir á carcajadas; mas oyó que respondia á la suya otra risotada desapacible que le llamó la atencion, y volviéndose, vió detrás de él al criaduelo que remedaba los ademanes de la vieja.

Era la figura del malayo bastante rara: tenia la cara pintorreada, segun la costumbre de los salvages; cabellos negros y lisos, ojos muy vivos, dientes largos, estrechos y tersos, y era de edad al parecer de unos veinte y cinco años. Contuvo la risa al volverse Luizzi, que detenidamente le miró para satisfacer su curiosidad, y al verse observado arrimóse á la pared, echando de soslayo desconfiadas miradas al baron. Aumentóse su inquietud al notar la obstinacion con que le contemplaba, y de pronto tomó unas botas que encontró en un rincon, y se las llevó corriendo, antes que Armando pudiera preguntarle cosa alguna.

Estaba reflexionando éste acerca de las dos estrañas visitas que acababa de recibir, y preguntándose si se hallaria en una casa de orates, cuando oyó en el patio el ruido de un carruaje que llegaba, y se asomó á la ventana

Digitized by Google

para ver si venia en él otra rara caricatura; pero se equivocó, pues bajó del coche una señora vestida con alguna elegancia y un hermoso jóven.

Madama Turniquel les salió al encuentro, y preguntó á la desconocida:

—¿Cómo está vd, señora condesa?

—Muy mal, dijo la condesa abrazándola, este viento de Oeste me ha ocasionado un espantoso dolor de nervios.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento!... Tambien á mí me dan terribles calambres en las piernas. Y volviéndose al bello jóven añadió: ¿y á vd., señorito, qué tal le va?

—Muy bien, muy bien; pero esos caminos son tan malos, que vengo molido.

—¡Oh! si que lo son: tengo muy presente que un dia en que conducia á mis animalitos, uno de ellos se hundió en un charco hasta las rodillas.

—¡Qué bella zagala haria vd!... dijo el condesito. Vd. seria Estela, y debió presentársele mas de un Nemoroso.

El jóven calló á un ademan de descontento de su mamá.

—¿Quiénes son Estela y Nemoroso? preguntó Mad. Turniquel.

—Personages de un cuento de Florian; interrumpió la condesa.

—¡Florian! Yo le conocí mucho: me apreciaba bastante y me leia sus libros.

Mad. Peyrol interrumpió esta conversacion, que tenia trazas de ser larga, y todos entraron en la casa. Un momento despues se oyó la campana que llamaba á almorzar. Bajó el baron; y conducido con algazara por madama Turniquel, llegó al comedor, en el que encontró ya reunidas unas doce personas, entre ellas el procurador, el escribiente y el dependiente de corredor, la condesa y su hijo, y á mas una jóven de estremada belleza que, por su semejanza con Mad. Peyrol, juzgó Luizzi seria la sobrina segunda de Rigot. Este conversaba con el procurador en un rincon de la pieza, echando investigadoras miradas á todos los concurrentes.

Al entrar Armando se acercó á él y le dijo:

—Disimule vd. mis faltas, pues soy un viejo soldado é ignoro las maneras cortesanas. Sé que, como amo de la casa, he debido visitar á vd en su cuarto; pero nosotros los hijos del pueblo, usamos pocas ceremonias. Y dirigiéndose á la condesa añadio: ¿no es verdad, señora condesa de Lemeo? y dijo á Luizzi: me ha sido entregada la carta de mi amigo Ganguernet, en la que me recomienda á usted. Me alegro infinito de recibir en mi casa al señor baron Armando de Luizzi, que posee doscientas mil libras de renta, segun afirma Ganguernet, y tengo por mucha honra poderme ofrecer á sus ordenes.

Apartóse del baron, que era el objeto de las envidiosas miradas de todos los presentes, en especial del condesito, y se acercó á los dos parisienses.

—¿Quién de vds. es el escribano? preguntó Rigot.

—Un servidor de vd., repuso Marconio muy satisfecho. La compra de la casa para vd. en el barrio de San German está ya rematada, y aqui traigo la escritura. Como especial encargado, puedo decir sin vanidad que mi habilidad le ha valido á vd. mas de cien mil francos.

—Le doy á vd. las gracias.

—He querido ser yo mismo el portador, para hacerle conocer mejor las ventajas que...

—Es vd. muy apreciable; nosotros, toscos normandos, no entendemos de negocios. Y dirigiéndose al dependiente de corredor, añadió· ¿y á qué debo la agradable visita de usted, caballero?

—Vengo para la colocacion del dinero que vd. dejó en poder de su banquero.

—¿No dije ya á su principal de vd. que lo impusiera al tres por ciento?

—Le pareció poco

—Pues yo no exijo mas. Quiero fondos de nobles y emigrados; tengo ya una hacienda de marqués, una casa de duque, y deseo los privilegios de los emigrados.

—Podiamos ofrecerle otra cosa mejor.

—Yo mando en mi dinero, y dispongo de él como se me antoja, señor mio.

Mad. Peyrol y su hija Ernestina hicieron los honores del almuerzo con gracia y finura, que formaba singular contraste con las maneras de Rigot y su hermana. Luizzi y el condesito se hallaban á los dos lados de madama Peyrol; Marconio y Furnichon á los de su hija; el procurador á un estremo de la mesa, entre Rigot y la condesa; y madama Turniquel al otro estremo, entre un cura y un receptor de contribuciones, que aun no habian pronunciado ni una sola palabra.

—Afortunadamente somos doce tan solo, observó Mad. Turniquel: á ser trece, yo no comeria en la mesa.

—¿Es posible que una señora tan distinguida como vd. conserve aun tales preocupaciones? dijo Bador.

—¿Qué llama vd. preocupaciones? preguntó el condesito. Yo pienso lo mismo que madama Turniquel, y he visto suceder muchas desgracias por haberse despreciado esa creencia popular.

—Semejantes ideas son buenas para gente ruda y ordinaria, dijo Marconio.

—No hable vd. con tal desden, interrumpió la condesa. Personas de elevada categoría tienen la misma opinion. A la reina María Antonieta, á quien tuve el honor de servir antes de la revolucion, le horrorizaba el número trece.

—Bien lo sé, dijo Mad. Turniquel, pues la misma reina me lo dijo un dia en que fuí á fe-

Digitized by Google

licitarla con otras damas por el nacimiento de la duquesa de Angulema.

—Mamá, interrumpió Eugenia, ¿quiere vd. una alita de este pollo?

—Gracias. Acabaré este aranque; despues comeré un poco de crema y nada mas.

—Pues lo que es yo, soy fatalista, dijo Rigot. Napoleon lo era, y todos los grandes hombres lo son ó lo han sido.

—Bien lo sé yo, dijo Mad. Turniquel; el mismo emperador me lo dijo.

—¡Hola! ¡conocia vd. al emperador! preguntó el baron.

—Como á vd.

Mientras Ernestina interrumpia á su abuela presentándole la crema, Eugenia suplicó con mucha gracia y dignidad á Luizzi que no molestase á su madre; y á fin de cambiar la conversacion, se dirigió al jóven escribano, que habia guardado un prudente silencio.

—Mr. Marconio, ¿qué noticias nos trae vd. de Paris?

—Poco podré decirle á vd., pues estoy tan ocupado en mi estudio y en la instruccion del oficial que ha de reemplazarme, que no me cuido de nada.

—¿Es decir, que vd. deja la escribanía? observó Rigot.

—Al contrario; voy á comprar el mejor oficio de Paris

—¿En tal caso se irá vd á casar? dijo Furnichon.

—Pudiera ser, y se me presentan muy buenos partidos, pues la profesion de escribano gusta mucho á los padres porque es honrosa y en estremo lucrativa.

—Pero no tanto como la de corredor de cambios, dijo Furnichon, pues los que se dedican á ella tienen relaciones brillantes; y en cuanto á la ambicion, nada la puede satisfacer tan pronto como la bolsa.

—Tenemos tres escribanos en París que son diputados, observó Marconio, y cuatro que pertenecen al consejo general.

—Puede ser, interrumpió Mad. Turniquel; pero tambien tenemos dos corredores de cambios que son coroneles de la guardia nacional; el conde de P... que fué banquero, y ahora es par de Francia, empezó tambien por ser corredor. ¡Oh! es mucho mejor carrera esta que la de escribano.

—¡Por supuesto que vd. pensará seguirla con constancia! preguntó Rigot.

—¿Y será su ánimo de vd. comprar una correduría de número? preguntó tambien Luizzi.

—Si señor.

—Y para poderla comprar, se casará usted con una muger que tenga un dote con... dijo Rigot.

—¡Oh! ¡eso no! Jamás me casaré sino con la que sepa cautivar mi corazon: no pido doblones, busco tan sólo un corazon que me ame.

—Eso mismo digo yo, interrumpió el condesito, y á veces siento ocupar una posicion social tan brillante. Tengo veinte y dos años, soy par de Francia, mi apellido es ilustre en todo el reino...

—¿Y siente vd. tener tantas ventajas? preguntóle Luizzi.

—Muy de veras, caballero, repuso el condesito; porque me hacen temer que no tenga otro motivo para elegirme la muger que se case conmigo.

—¿Y puedes sentir, hijo mio, interrumpió la condesa, que Dios haya querido que tengas unas cualidades que debe ambicionar toda muger bien nacida en el hombre á quien se una?

—Mucha razon tiene vd., dijo Mad. Turniquel: si yo me vuelvo á casar, me tendré por feliz en ser esposa de un par de Francia.

—Pero no mia, Mad. Turniquel, dijo el condesito, pues soy pobre.

—¡Hijo mio! esclamó la condesa.

—¿Para qué ocultar lo que sabe todo el mundo? Eso precisamente me consuela, pues si encuentro una muger que consienta en llamarme su esposo, sabré que no busca mi nombre ni mi clase, puesto que quiere tomar parte en mi pobreza.

Iban estas palabras dirigidas de una manera tan directa á Eugenia, que Luizzi creyó que como vecino y concurrente á la casa, tenia el condesito datos seguros sobre la novia á quien estaba destinada la dote de dos millones. Para mas asegurarse se dirigió á monsieur Bador, á quien suponia de la confianza de Rigot, y le dijo:

—No creo que vd. aprecie tanto la profesion de escribano, ó la de corredor, que aconsejase á una muger escogiera para marido á ninguno que sea lo uno ó lo otro.

Tan inesperada salida sorprendió á todos los presentes, y Eugenia miró á Armando con admiracion. Solo el procurador siguió en calma, y respondió con astucia:

—Yo creo, caballero, que toda profesion ó carrera es buena, siempre que esté concluida y tenga sólidos fundamentos, y no estribe en meras esperanzas que quedan ilusorias las mas veces.

—¡Bien! eso es hablar como quien está ya establecido, dijo el baron

—Es hablar como un hombre que conoce el mundo, repuso Bador: como un hombre que sabe que la felicidad no consiste en ese lujo de fiestas y bailes en que pasa su vida la esposa de un corredor ó de un escribano; como un hombre que no ignora que la dicha de una muger no está en que ocupe una elevada posicion social, que exige disipe en chucherías los bienes que ha llevado al matrimonio; en fin, hablo como un hombre que se halla convencido de que una jóven encuentra la felicidad en una vida apacible, retirada y vir-

Digitized by Google

tuosa, en medio de una familia amable, con un marido que se ocupa ante todas cosas en prevenir sus deseos, y que no piensa en otra cosa mas que en ella.

Pronunció el procurador esta especie de discurso con tono afectado y fijos los ojos en Ernestina, que le escuchaba al parecer con verdadero interés. Esto dejó al baron en la incertidumbre de si seria la madre ó la hija la que habia de tener dos millones; y mientras seguia reflexionando sobre el particular, el escribiente contestó al procurador de esta manera:

—Esta felicidad de que vd. nos habla, es una felicidad de provincia, ¿pero cree vd. que no hay en París hombres que saben prevenir y cumplir los deseos de sus esposas?

—¡Vaya si los hay! Abundan en la córte maridos que todo lo sacrifican por sus mugeres, dijo Furnichon.

—Y los goces de París son infinitamente mayores que los de las provincias, añadió Marconio, que son escasos y groseros, y allí puros y delicados; aquí tienen vds. frias y melancólicas tertulias, que no pueden reemplazar en manera alguna á nuestras brillantes reuniones..

—¡En salones magníficamente adornados!

—¿Y qué valen sus veladas de vds., durante las cuales se ocupan en murmurar y hacer calceta, comparadas con nuestras óperas?....

—De Bellini, de Rossini....

—¿Y qué son sus comilonas y diversiones campestres, en comparacion de?...

—¿De nuestras corridas á caballo por el Campo de Marte; de nuestras arrogantes cabalgatas, de nuestros paseos llenos de la mas elegante concurrencia?

—Todo eso es nada, interrumpió el condesito, si se trata de un hombre que puede presentar á su esposa en todos los salones, no solo de Francia, sino de la Europa entera; que puede hacer que se trate con las personas mas elevadas, y que se vea siempre buscada, siempre llena de consideraciones.

Viéndose el procurador, el escribiente y el corredor atacados dentro de sus atrincheramientos, juzgaron deberse defender, y habian ya empezado á hablar todos á la vez, cuando impuso silencio la voz de Rigot.

—Y vd., señor baron, ¿qué piensa sobre el particular?

Disponíanse todos á oir la contestacion de Luizzi, quien con su silencio habia adquirido la autoridad del que con su aire grave y taciturno hace esperar un dicho sentencioso que termine la discucion.

—Yo pienso....

No dijo mas, porque le interrumpió Akabila, dejando á su lado con una sonrisa de satisfaccion un par de botas perfectamente lustradas.

Su vista hizo prorumpir á Rigot en grandes carcajadas; siguieron todos su ejemplo, y hasta Eugenia no pudo menos de imitir á los demas. Mientras todos reian, el malayo brincaba por el comedor como un gato montés, lo que escitó mas y mas la hilaridad de los circunstantes, que dejaron la mesa sin saber la opinion de Luizzi sobre la importante cuestion que acababa de originarse.

XXXII.

TRANSACCION HONRCSA.

Algunas horas habian trascurrido despues del almuerzo, interrumpido por la presentacion de las botas de Akabila, y ansioso el baron de saber quién era aquel ente raro, se lo pregunto á Rigot, que por toda respuesta soltó una recia carcajada; pero madama Turniquel se apresuró á decirle que era un jóven malayo con quien se divertia su hermano, por lo que era preciso dejarle hacer cuanto quisiese.

A Ernestina no habia que preguntarle cosa alguna que no la interesase personalmente; pues preocupada con su hermosura y entregada á su tocador, parecia desdeñar las maneras indiferentes y poco espresivas de Luizzi, dignándose apenas escuchar las pocas palabras que de vez en cuando éste le dirigia. Interrogó por lo tanto á Eugenia, que disculpó satisfactoriamente las locuras del criaduelo.

Segun dijo, su tio habia traido aquel malayo de Borneo, y habia intentado inútilmente adiestrarle en los oficios de cocinero, cochero, ayuda de cámara, etc.; y últimamente, le habia destinado por toda ocupacion al único ejercicio de limpiar botas. Mi tio, añadió, le trata como á un mono, y cuando ha cumplido con su deber le dá una copa de ron, licor á que es muy aficionado. Hoy se habrán descuidado en darle esta recompensa, y para lograrla ha cogido las primeras botas que se le han presentado y las devuelve lustradas.

Quedó satisfecho Luizzi con esta esplicacion, á pesar de causarle un asombro é inquietud inesplicables la presencia del malayo en aquella casa y la circunstancia de las botas. Púsose por tanto á observar lo que en torno de él pasaba, y vió que con afan el escribano y el dependiente de corredor obsequiaban tan pronto á Ernestina como á su madre, en tanto que el procurador estaba constantemente al lado de la primera, y el condesito al de la segunda. Luizzi, que habia creido descubrir en éste un espíritu recto, elevado, sério; una íntima comprension de sus deberes para con la madre, y para con la hija, se ocupó mas particularmente de ella, y sobre todo al verla tan resignada con el papel ridículo que su tio le obligaba á representar. No obstante, como juzgaba imposible que, aun cuando hubiese encontrado en Eugenia una

Digitized by Google

muger que llenase todos sus deseos, se enlazase con semejante familia siendo tan jóven, elegante y rico, se decidió á dejar aquella casa al dia siguiente. No sabia como esplicarse con el dueño de ella; mas aquella misma noche se le ofreció una ocasion bastante favorable. Despues de la comida convidó á beber Rigot á sus huéspedes, y retiradas las señoras, les habló de esta manera:

—Ya sé, caballeros, cuál es el objeto que les conduce aquí: hay dos millones que ganar, y cada cual los desea para sí.

Hicieron todos un ademan de admiracion, tancias, segun me han informado. Traten, pues, vds. tambien de decidirse, y procuren tener acierto, porque los dos millones están ya dados, y el que no adivine quien los tiene, no logrará ni un solo sueldo.

El jóven par y el procurador se lanzaron una mirada de mútua inteligencia, y el dependiente y el escribano quedaron muy confusos.

—Mañana por la noche estará ya hecha la eleccion, pasado mañana serán las amonestaciones, y dentro de ocho dias estaremos de bodas, á no ser que estos señores de Paris ne-



Le interrumpió Akabila dejando á su lado un par de botas perfectamente lustradas.

menos Luizzi, que firme en su resolucion, se reservó contestar en voz baja á semejante despropósito.

—Repito que hay dos millones que ganar, y que vds. los desean; fuera, pues, el disimulo.

—Sin duda vd. se chancea; dijeron todos menos Luizzi.

—Señores, debo manifestar á vds. que estoy ya cansado de pretendientes, que si no logran el dote, disfrutan al menos de una buena comida; asi es que he dicho ya á mis sobrinas que deben dentro de veinte y cuatro horas escoger entre vds. cinco; diferentes todos en edad y en profesion, y de buenas circuns- cesiten mas tiempo para hacer venir sus papeles de familia.

El corredor y el escribano se hallaron con esto aun mas embarazados; pero sacando Furnichon osadía de su necedad, dijo:

—Yo no haré esperar, pues traigo mis papeles en el bolsillo.

—¿Y vd., jovencito? dijo Rigot dirigiéndose al escribano.

—No soy menos prevenido que Furnichon.

—Estos dos caballeros están ya dispuestos hace mucho tiempo, segun se ve; solo falta saber las intenciones del señor baron.

La leccion que éste acababa de recibir, le habia hecho ver cuantas humillaciones puede

Digitized by Google

sufrir una avaricia estremada, y enojado de tanta bajeza, quiso defender la dignidad humana.

—Jamás convertiré en un contrato bochornoso el lazo mas sagrado, la obligacion mas solemne; pueden estos señores correr la suerte de los dos millones, pues yo no los apetezco.

Encendió esta respuesta la cólera de Rigot; empero se calmó y lanzó á Luizzi una maligna mirada, que le hubiera alarmado ciertamente si hubiese podido temer algo de él. Mostráronse al mismo tiempo resentidos los pretendientes, que quisieron pedir satisfaccion de sus palabras á Armando.

—Silencio, dijo Rigot, si hay insulto, es contra mí, y á mí me toca vengarle. No hablemos mas, señor baron. El campo les queda libre á vds., caballeros. Vamos á buscar á las señoras.

Al retirarse se le cayó á Bador, en el acto de sacar el pañuelo, un papel que recogió Luizzi, y que iba á entregarle, cuando le detuvo el deseo de enterarse en lo que trataban Marconio y Furnichon, que conversaban en voz baja en un rincon.

—Hablemos poco y claro, decia Marconio. Vamos á ser la burla del procurador y del par, pues, como vd. habrá reparado, ellos se entienden ya.

—No veo en qué puedan entenderse: ó la madre ó la hija tendrá los dos millones, y dichoso quien bien escoja.

—Muy torpes seríamos si no entendiéramos mas en tales asuntos, dijo Marconio. Coliguémonos, y tendremos los dos millones.

—¿Y de qué manera? preguntó Furnichon.

—De la siguiente: suponga vd. que escojo la hija y esta tiene los dos millones; vd. se queda con la madre y cero.

—Eso es lo que temo, dijo Furnichon.

—Y yo, repuso Marconio. No obstante, hay un medio para prevenir esta desgracia. Pongamos que el que acierte con los dos millones se obliga á dar al chasqueado quinientos mil francos.

—¡Cáspita! esclamó Furnichon, ¡desprenderse de quinientos mil francos!....

—Peor es todavía no tener nada. En fin, ¿consiente vd?

—Sea así.

—Pues voy á estender el convenio, y despues lo firmaremos.

—Dese vd. prisa porque los otros no se descuidarán.

—¿Tiene vd. papel blanco?

—No, no tengo.

—¿Qué les falta á vds? dijo el baron acercándose.

—Un pedazo de papel, respondió Marconio.

—Ahi va; pero está escrito por una cara.

—No importa, es bueno, dijo Marconio.

Mientras el jóven escribia entró el procurador en la estancia, seguido del condesito, en ademan de buscar alguna cosa, y viendo al baron le preguntó por un pedazo de papel que se le habia caido.

—Creo que esos caballeros lo tienen, dijo Luizzi.

—¡Cómo! ¿vd. ha encontrado ese papel, y ha tenido la indiscrecion...? dijo Bador dirigiéndose al escribano.

—Nada de eso, el señor baron nos le ha prestado, y no he leido una sola sílaba de lo que contiene.

—En tal caso le suplico á vd. me lo devuelva. Y dijo al oido del condesito: es el borrador de nuestro convenio

—¡Qué imprudencia! esclamó el condesito.

—¿Acaba vd. de dármele? dijo Bador á Marconio.

—Un momento: no sabia que fuese de usted, y espero me permitirá borrar lo que he escrito en él.

—¿Y por qué borrarlo si lo mismo tiene escrito en un lado que en el otro? preguntó Luizzi.

—¿Qué dice vd? esclamaron todos á un tiempo.

—Digo que es un convenio estendido por un procurador y revisado por un escribano. Que lo lea el señor, y vds. pueden ver si miento.

Marconio leyó. «Entre el señor conde de Lemeo y Mr. Bador, etc., etc., háse convenido que en caso de casarse uno de ellos con Mad. Peyrol ó con su hija, etc., etc., y volvió el papel. Entre los abajo firmados, Mr. Marconio y Mr. Furnichon, etc., etc., háse convenido que en caso de casarse.... (siguió leyendo por lo bajo algunas palabras del uno y el otro lado del papel, y luego continuó en voz alta); aquel á quien tocase la dote arriba espresada, se obliga á dar quinientos mil francos á.... (y volvió el papel); se obliga á dar quinientos mil francos á....

—¡Cáspita! esclamó Furnichon.

—¡Por vida mia que no se hace mejor una escritura en París dijo Marconio.

—Lo mismo se hacen allí que en las provincias... dijo Bador tomando el papel. Es igual, ¡palabra por palabra!

—¡Parece copiado! dijo el condesito

—Tal vez sea calcado, añadió Furnichon.

—He oido afirmar que los grandes ingenios vienen á encontrarse, dijo Luizzi.

—Pues señores, hay liga contra liga; dos contra dos, dijo Bador.

—¿Y por qué no ha de haber alianza en lugar de guerra? preguntó Marconio ¿por qué no podemos ser cuatro en el convenio, puesto que han de ser elegidos dos de los cuatro?

—Tiene vd. razon: repuso Bador, que nos comprenda la escritura á los cuatro, y el que tenga muger y dote dará quinientos mil francos al que no tenga mas que muger.

Digitized by Google

—¿Y el que quede sin nada? preguntó Furnichon.

—Está claro: se quedará sin nada, contestó Marconio.

—No, señor, pues por lo menos se deben sacar salvo los perjuicios, dijo Furnichon. Propongo diez mil francos para los dos desairados.

—Sea como decis, aprobó Bador. Para acabar mas pronto, cada cual sacará su copia. Aqui traigo papel sellado, tinta y plumas.

Mostró lo qué decia, sentáronse á una mesa, y mientras dictaba el procurador, los otros escribian.

Bador dictaba lo siguiente. Entre los abajo firmados....

Cada cual dijo su nombre, apellido y calidades.

—Alfredo Enrique, conde de Lémeo, par de Francia, dijo el condesito.

—Luis Gerónimo Marconio, mayor de la escribanía de M. N.

—Desiderio Atenor Furnichon, dependiente del corredor de cambios M. N.

Y Bador siguió dictando. Y Francisco Paulino Bador, procurador de Caen, convenido se ha, etc., etc.,

Contemplaba Luizzi tan escandalosa escena sin saber si reir ó enojarse, cuando sintió un golpecito en el hombro, y volviéndose vió al viejo Rigot que le preguntaba:

—¿Qué hacen ahi esos señores?

No quiso Luizzi decir la verdad, fuese porque no tenia interés en ello, ó bien porque desease ver el término de aquel drama.

—Escribirán tal vez billetes amorosos á sus damas.

—Pues tengo que decirles cuatro palabras.

—¡Oh! no les estorbe vd. ahora, porque la inspiracion amorosa se desvanece con mucha facilidad.

—Es que no puedo prescindir....

—¿Se trata de alguna cosa muy interesante?

—No para vd., que no quiere ser pretendiente. Sin embargo, aun creo que no ha renunciado del todo á que seamos parientes. Le doy á vd. veinte y cuatro horas para pensarlo.

—Estoy decidido.

—Veremos. Oiga vd. lo que tengo que decir á estos señores.

Acababan de firmar los cuatro enamorados su contrato, y se volvieron muy confusos al oir la voz del anciano, que les decia:

—Señores, debo poner en conocimiento de vds. una resolucion que he tomado: las súplicas de mi hermana para que la favorezca como á su hija y nieta me obligan á hacer algo en su favor.

—¿Le concede vd. derecho á los dos millones? dijeron los cuatro.

—No, señores: mantendré lo prometido; pero añado ahora que habrá un millon para ella; esclusivamente para ella, que pasará á poder del que la tome por esposa.

Salió de la pieza luego que habló asi, dejando á los pretendientes en la mayor perplegidad:

—¡Demonio! esclamó Bador, ¡esto lo trastorna todo!

—¿Se atrevería vd. con la abuela? preguntó el condesito.

—Me parece que eso está fuera de lo posible, dijo Marconio.

—Cosas mas estrañas se han visto; objetó Furnichon, y si yo estuviera cierto de salir con bien....

—Sí: interrumpió Bador, pero le prevengo que saldrá con mal. Hay de pormedio un tal Perico, postillon de la parada de Mourt, que fué el predilecto de la vieja cuando era soltera.

—¿Está vd. seguro de ello? preguntó Furnichon.

—Segurísimo.

Luego que declaró Bador inconquistable á la vieja, se revelaron todos contra la idea de sacrificarse á una muger tan despreciable, siendo el primero Furnichon.

—Vamos, la avaricia no va tan lejos como yo creia, dijo para sí el baron.

—¿Y por qué razon cree vd., Mr. Bador, que esto cambia nuestro convenio? preguntó Marconio.

—Porque la fortuna, que no nos ofrecia mas que dos millones, nos presenta ahora tres, pues al cabo alguien recibirá ese nuevo millon: Esto es tanto mas seguro, cuanto que segun el rumbo que lleva Mr. Rigot, quedará arruinado antes de un año.

—Es asunto en que debemos pensar, dijo Furnichon.

—Indudablemente, repuso Marconio.

—¿De dónde demonios sacó Rigot tantos millones? preguntó Furnichon.

—Dios lo sabe; dijo Bador, lo que yo puedo decir es que están radicados en buenas propiedades y en el banco de Francia.

—Eso es lo que nos interesa; observó Furnichon; por lo demas allá se las hayan..

Los pretendientes se dirigieron al salon, en el que se hallaban reunidas las damas. Ernestina estaba brillante, y la abuela se habia puesto una papalina mas adornada de lazos azules y encarnados que la de por la mañana. La condesa no se cansaba de alabarle el gusto con que sabia vestirse.

Los ojos de Eugenia, que se habia retirado á un rincon, conservaban señales de haber llorado, y se prestó con bastante repugnancia á recibir los homenages de los avaros pretendientes. Gustó tanto á Luizzi aquella escena, que quiso tomar parte en ella, y sentándose al lado de la vieja, se puso á elogiar su belleza y compostura con palabras burlonas, á que contestaba ella con una pueril y

Digitized by Google

no interrumpida sonrisa, capaz de fastidiar á un patan. Sonrojada Eugenia, se acercó á su tio y le dijo:

—Haga vd. que cese tanta majadería, si no es por mí, que padezco mucho al ver á mi madre tan ridícula, al menos por mi hija, tan propensa ya á faltar al respeto que debe á su abuela. Es mucha necedad por parte de Luizzi.

—¡Oh! ¿quién sabe lo que sucederá?... dijo Rigot, cosas mas imposibles se han visto.

Eugenia se acercó en seguida al baron, que le decia en aquel momento á Mad. Turniquel:

—¡Oh! feliz mil veces el hombre que, desengañado de las ilusiones de la juventud prefiere un corazon esperimentado y fortalecido contra las seducciones de una edad mas tierna.

—¿Qué es lo que está vd. diciendo? No soy tan decrépita aun. Sepa vd. que conservo unas carnes muy frescas y muy tersas.

Eugenia miró al baron de un modo capaz de avergonzarle, y le dijo en voz bastante baja:

—¡Qué imprudencia, caballero!

Escusóse Luizzi, á pesar de su confusion, diciendo que solo habia sido su intento burlarse de los cuatro sabuesos, tan empeñados en perseguirla á ella y á su hija, únicamente por los dos millones de dote que esperaban. Escuchólo Mad. Peyrol con mucha atencion, y luego que acabó le preguntó:

—Caballero, ¿tendrá vd. la bondad de concederme una entrevista?

—Estoy en todo á las órdenes de vd.

No contaban con los coligados presentes, que alarmados con este pequeño *aparte*, se acercaron apresuradamente á Eugenia, y no pudo continuar su conversacion con el baron. Sin embargo, al separarse aquella noche para irse cada uno á su aposento, le dió una cita por medio de una espresiva mirada.

XXXIII.

UNA NOCHE BIEN EMPLEADA.

Cuando Luizzi entró en su aposento, quedó sorprendido de encontrar en él á Akabila con las célebres botas de aquella mañana en las manos, y creyó, con arreglo á lo que habia dicho Eugenia, que iria á pedirle una copa de ron.

Deseoso de examinar de cerca á tan raro ente, le significó con un gesto que iba á satisfacer su deseo, y para ello fué á coger el cordon de la campanilla á fin de llamar á un criado; pero le detuvo el malayo, gritando con voz gutural.

—¡No! ¡no! ¡no!

Repitió Luizzi sus gestos para saber si queria ron, y él le contestó que no. Arrimóse en seguida á la puerta, escuchó si alguien se acercaba, y luego volvió al lado del baron. Empezó entonces una escena pantomímica, de que nos es difícil dar una idea exacta. Remedó con una naturalidad asombrosa la entrada del procurador en su birlocho, la del corredor y del escribano arrastrando sus maletas, y despues hizo un gesto de desprecio. Acto contínuo pasó á representar á Luizzi, sentado en la testera de su berlina, entrando al galope de sus cuatro caballos en el patio de la quinta. En seguida le hizo comprender que le tomaba por un grande personage, y acabó por decir con tono arrogante:

—¡Rey! ¡rey!

Queriendo Armando ver hasta donde llegaba esta confidencia, dió á entender al malayo que no se engañaba. Entonces éste se echó de rodillas á sus pies, como implorando su proteccion; se levantó luego, y colocándose á su lado le dió á entender que era igual suyo. A continuacion indicó por señas una costa muy lejana, y repitió:

—¡Rey! ¡rey!

Armando, que miraba esta pantomima con vivo interés, hizo al malayo seña de continuarla. Este se puso á recorrer la sala, y mostrando con el dedo dos candeleros dorados, los botones de la camisa de Luizzi y un tapon de cristal cortado en facetas, como un diamante, significó con sus gestos, que eran infinitamente mas espresivos que las palabras mejor bien coordinadas, que él habia poseido una inmensa cantidad de aquellos objetos.

No fué tan claro como esto lo acontecido posteriormente. Representó una tempestad, imitando con la voz y con ademanes el silbido de los vientos y el estampido de los truenos; una embarcacion que flota al acaso y es arrojada por el viento á un arrecife, y un hombre que nada desesperado en medio de las embravecidas olas y que llega sin fuerzas á una playa. No atinaba Luizzi á quien se pudiera aplicar aquella desgracia: mas levantándose el malayo, le hizo comprender, imitando las maneras de Mr. Rigot, ser éste el sugeto de quien trataba. Presentóle despues abatido y desesperado; figuró que le encontraban los naturales del pais en la playa, donde le iban á sacrificar, cuando le salvó un anciano, que se lo llevó á su casa.

Aqui dejó de ser inteligible la pantomima para Armando, quien tan solo pudo comprender que se trataba de un hombre asesinado y de tesoros robados, perdiéndose los pormenores de esta historia entre las contorsiones y lágrimas del malayo. Se proponia pedir esplicaciones, cuando se oyó la voz de Rigot, que llamaba á Akabila desde el corredor. Comenzó éste á temblar, é iba á ocultarse detrás de una cortina; pero no tuvo tiempo para hacerlo antes de la llegada de su amo.

—¿Qué haces aqui? Preguntóle Rigot enfurecido.

El malayo, con una muy agraciada sonrisa, le mostró el par de botas que habia pues-

Digitized by Google

to encima de una silla, y dijo con mucha dulzura:

—¿Se necesitan las botas para acostarse?..

No se quejó el indio; pero significó con



Vió entrar á Mad. Peyrol, que en el primer momento quedó confusa.

—¡Ron! ¡ron!

Dióle el anciano un fuerte puntapié.

una mirada á Luizzi que contaba con él. Escusóse Rigot de su comportamiento, diciendo:

Digitized by Google

—Nosotros los labradores tenemos las manos y los pies listos, y con animales semejantes usamos muy pocos miramientos.

Dicho esto salió del cuarto, llevándose al malayo por delante.

Solo ya Luizzi, se puso á meditar sobre la estraña confidencia que acababa de hacérsele, y se preguntó á sí mismo si deberia dar aviso á la justicia de sus sospechas; pero temió no le saliese tan mal como el negocio de Enriqueta Buré, de quien no sabia otra cosa sino que se hallaba en una casa de locos. Esto lo decidió á informarse mejor de una aventura, cuyas principales circunstancias creia haber adivinado. Iba á llamar al diablo cuando oyó tocar ligeramente á su puerta, y vió entrar en seguida á Mad. Peyrol, que en el primer momento quedó confusa y como avergonzada del paso que acababa de dar. Adelantóse Armando á recibirla, y le ofreció una silla.

—¿Podré saber á lo que debo tanta honra?

Dificil seria pintar la turbacion de aquella pobre muger. Al principio procuró escusarse con medias palabras; mas estrechada al fin por las preguntas del baron, se esforzó á responder, conservando los ojos bajos.

—Ya sabe vd. mi posicion: soy desgraciada. La muerte de Peyrol me ha sumergido en la miseria, pues no me dejó hijos suyos, y su familia se ha apoderado de todos los bienes...

—Pues y Ernestina.

—No es hija de Peyrol, caballero. Este es un suceso muy triste....

—Y que sin duda le costaria á vd. mucho trabajo contar. No puedo exigir tal sacrificio; mas estoy pronto á escuchar el motivo que la ha traido á mi aposento.

—¡No! dijo Eugenia levantándose y meneando la cabeza con dolor. ¡Es imposible! Disimúleme vd. este paso imprudente, caballero; olvídelo vd., se lo suplico.

—Como vd. guste, señora; respondió Luizzi disponiéndose á acompañarla.

—No obstante, su presencia de vd. en esta quinta me autoriza á hablarle. Mi hija ha escogido ya. Dirigiéndose á ella Bador, ha mostrado que nos conocia á las dos; sabe que si me toca á mí el caudal que el tio nos cede, será Ernestina tan rica como yo; y que si le toca á ella no destinará un solo sueldo para su madre.

—¡Cómo! ¿cree vd. eso, señora?

—Estoy segura de ello. En el caso de que los dos millones sean para mí, me horroriza la idea de tenerlos que compartir con uno de esos hambrientos, y casi prefiero quedarme en mi miseria. Vd. es el único que no ha mostrado avaricia ni mezquinos afanes. No he tenido mas que un dia para juzgarle, ni tengo mas que una hora para manifestarle quien soy; pero supuesto que vd. ha venido á esta quinta con el mismo objeto que los demas, puedo hablarle con franqueza, y decirle que mi eleccion recae en vd. Le hablo con esta franqueza, porque quiero que se obligue bajo palabra de honor á permitirme disponer de la mitad de esta dote, si es la voluntad de m tio que yo la disfrute.

Muy desconcertado dejó á Armando tan estraña declaracion; pero no quiso dar lugar á otra propuesta.

—Si su señor tio hubiese sido mas franco con vd., dijo el baron, la habria ahorrado un paso tan inútil como penoso; he dicho á Mr. Rigot que no queria disputar un favor que creia no merecer.

Pálida y confundida Eugenia con tal respuesta, saludó profundamente al baron, y se salió del cuarto silenciosamente. Luizzi corrió el cerrojo de la puerta para evitar nuevas visitas, y mas deseoso que nunca de consultar con el diablo los secretos de aquella familia, asió la campanilla y la tocó con fuerza. Compareció al punto Satanás, como de costumbre; mas no se presentó con el aire chocarrero y maligno que parecia preferir siempre, sino con un mirar lleno de siniestro resplandor, con una sonrisa que revelaba amarga fiereza, y con impaciencia visible. Con voz ronca y grave preguntó:

—¿Qué es lo que me quieres?

—¿No lo sabes?

—Con corta diferencia; mas habla, dí para que me quieres.

—¿Cómo estás tan lacónico, sempiterno hablador?

—Es que no me ocupo ya de los intereses de un particular, sino de los de todo un pueblo.

—Que quieres entregar sin duda á las sediciones y revueltas, ¿no es verdad?

Nada, contestó el diablo, y Luizzi añadió:

—Ya que tan de prisa estás, apresúrate á referirme la historia de ese malayo.

—El te la ha esplicado.

—Es lo mismo que yo he creido comprender...

—Has mostrado tino una vez en tu vida, que no es poco.

—Tu majadería raya en insolencia.

—Me elevo segun las circunstancias. Agur.

—Un momento. He comprendido la historia de Akabila hasta que un anciano salvó á Rigot; ¿y despues?

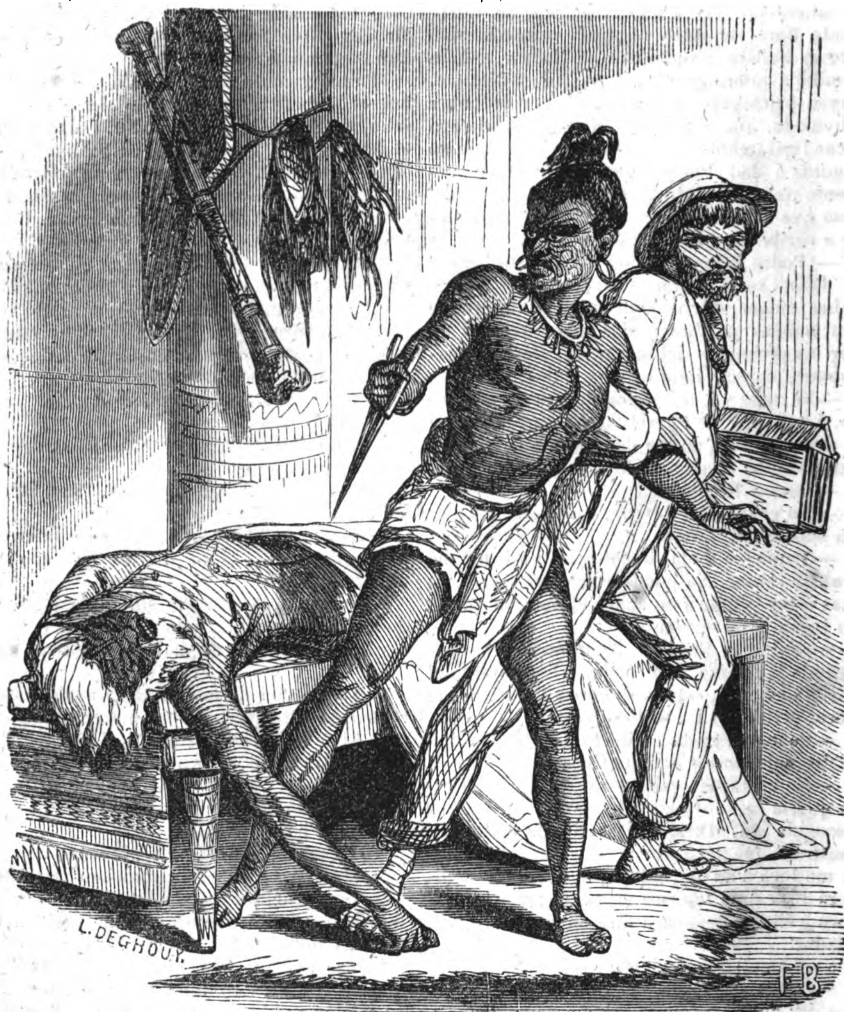
—Ese anciano era el padre de Akabila, que tenia un tesoro inmenso, acumulado por su familia en el espacio de cien años. Supongo que sabrás que la isla de Borneo abunda en diamantes y otras piedras preciosas. El europeo civilizado llegó á tierra de aquellos malayos, que vosotros llamais execrables, porque sacrifican sin pasion á cuantos se acogen á sus costas; y la civilizacion hizo resaltar sus crímenes entre los de la barbarie. Rigot, que al principio fué el esclavo, y despues el amigo y confidente de Akabila, le aconsejó asesinase y robase á su padre, prometiéndole

llevarle á un pais donde disfrutaria una multitud de goces que eran desconocidos á los malayos. El jóven consintió en lo que se le proponia. Cometido el crímen, se escaparon en un buque portugués, que les llevó á Lisboa, y ya en la tierra de la civilizacion cambiaron los papeles: Akabila se convirtió en criado de

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que es preciso haber vivido como un villano en tierras de un hidalgo, que arruinó á su familia por haber cazado en vedado, y haber recibido palos por no disponer con prontitud la pipa de su amo.

—Siendo asi ¿es una venganza?



Cometido el crimen se escaparon los dos en un buque portugués.

su antiguo esclavo. Ya has visto los provechos que le trae su parricidio.

—¿Cómo es que Rigot conserva semejante testimonio de su crímen?

—¡Oh! eso es superior á tus alcances: para comprender el comportamiento de Rigot, es preciso tener su edad, pertenecer á su clase y haber sido esclavo.

—Y un placer. No puedes figurarte el gusto con que dá de puntapies al hijo de un rey, ni formarte idea de su alegría al ver á esos avarientos miserables prosternarse á su alrededor.

—Por cierto que son muy viles.

—¿Con qué derecho los juzgas con tanta severidad?

Digitized by Google

—Me parece que es imposible hallar hombres mas descarados...

—Los hay mas descarados todavía.

—¿Se puede llevar mas allá la desvergüenza?

—Tal vez tú mismo lo harás.

—¡Yo!

—Tú. Si te ves un dia en la miseria, si un dia te faltan esos placeres que ahora desprecias, por estar satisfecho de ellos; tú mismo, que te crees con un corazon sin ambiciones, porque no has encontrado nada difícil; tú mismo, que con tanta altanería desprecias á esos pretendientes que no tienen mas defecto que ser pobres, serias tal vez mas vil que los tales corsarios de dotes. Si, lo serias si vieses á tu lado un lujo que te hechizara y no tuvieses otros medios para conseguir disfrutarlo.

—Te engañas, Satanás, puedo amar al dinero, puedo ser ambicioso; pero jamás me humillaré hasta el estremo de casarme con una muger bajo las condiciones impuestas por el miserable amo de esta casa; jamás concederé mi apellido á una muger que empezó por entregarse al primero que la deseó, el que será sin duda el padre de Ernestina.

—Muy severo eres. ¿Olvidas que Enriqueta Buré cometió una falta semejante?

—¡Oh! hay mucha diferencia. Esa era una muchacha educada bajo los mas sanos principios de virtud y honradez, y sus nobles sentimientos fueron sorprendidos por las mismas circunstancias á que la arrastró el rigor de su familia.

—Es todavía menos escusable la falta, porque defendian á Enriqueta el buen ejemplo y una sana educacion; pero una pobre muchacha del pueblo, que sucumbe, no tiene en su alrededor las mil protecciones que defienden á una jóven distinguida.

—¿Quieres patrocinar mas el vicio?

—Acaso la desgracia.

—Pues entonces sé novelista, y déjame en paz.

—¿Te hallas bien decidido á no casarte con Eugenia?

—Si, enteramente decidido.

—El cielo te favorezca.

El ruido de un carruage que entraba á escape en el patio interrumpió esta conversacion, y el diablo se despidió con estas palabras:

—Preguntan por tí y te dejo, porque bastante tendrás que hacer.

XXXIV.

RUINA.

Apenas desapareció el diablo, cuando entró en la estancia Pedro, el ayuda de cámara, que habia dejado en París el baron.

—¿Qué novedad tan grande ocurre para que vengas á buscarme? le preguntó éste.

—Unas cartas muy urgentes llegadas de Tolosa, de París, de todas partes; unos porteros del tribunal, que se han presentado en su domicilio de vd. para embargar los efectos...

—¿En mi domicilio?

—Si, señor baron.

Pálido y helado dejaron á Luizzi estas palabras. No veia posible una ruina; pero la amenaza insultante de Satanás y su maligna sonrisa al desaparecer, le llenaron de horror. Mandó á Pedro con una seña que le dejase solo, y abrió las cartas que le acababa de traer. La primera le participaba la desaparicion de su banquero. Terrible fué el golpe; mas al fin tenia propiedades de mucho valor.

Rompió el sobre de la segunda carta, y en ella se le participaba que cuanto creia poseer no le pertenecia, pues se acababa de presentar un sugeto provisto de auténticos documentos, que justificaban plenamente que se le habian concedido en virtud de una escritura privada las propiedades del señor baron de Luizzi, padre, bajo la condicion de que el adquisidor le dejaria el pleno usufructo durante su vida. La causa de no haberse aquel presentado antes, habia sido hallarse en Portugal, donde hizo cesion de derechos en favor de un tal Mr. Rigot, que era el que instaba al cumplimiento de la venta.

Inútil é imposible es pintar el espanto, la rabia y desesperacion de que fué presa Armando al leer tan fatales cartas. Creyó por un momento que estaba soñando, y se agitó, como para rechazar tan horrible pesadilla. Abrió la ventana cual si el ambiente fresco hubiese de desvanecer el ardiente delirio que le liquidaba los sesos. Imaginóse por un momento que Satanás le habia querido dar aquel disgusto para castigarle del juicio que habia formado sobre el comportamiento de los otros, y en un instante de indefinible furor, agitó la campanilla. El diablo volvió á aparecer con la misma tristeza, la misma calma, con la misma seriedad.

—¿Es esto cierto?

—La misma verdad,

—¿Arruinado?

—Arruinado.

—¡Es obra de tus manos, Satanás! ¡obra de tus manos!

Así esclamó el baron, y ciego de rabia se arrojó sobre el diablo; pero no pudo coger con sus manos aquel fornido cuerpo, que se deslizaba de entre sus dedos como si fuese una culebra. Su misma impotencia le arrebató hasta la locura, y se obstinó en perseguir á un ser que no podia alcanzar, basta que aniquilado por la rabia y el cansancio, cayó en tierra en medio de furibundos gritos, lágrimas y sollozos. Antes que su abatimiento le hubiese permitido coordinar sus ideás, vió otra vez á Sa-

Digitized by Google

tanás en pie delante de sí, y que le miraba con la misma cruel sonrisa. Aliviado ya un poco con el llanto, se apretaba la cabeza entre las manos, gritando:

—¿Qué he de hacer? ¿qué haré?

—Casarte, casarte, le respondia el infernal consejero.

Repuesto ya Luizzi de su furiosa desesperacion, se encontró solo, y notó que reinaba en toda la casa el mas profundo silencio. Púsose entonces á reflexionar acerca de su posicion, y poco á poco vino á parar en este vergonzoso monólogo:

—¡Qué me case ha dicho Satanás! ¿Y con quién? ¿con una de esas dos mugeres que he desechado? ¡Enlazarme yo con una familia de costumbres tan relajadas y modales tan bajos!... ¿Y quién me dirá si escogeré á la indotada?... He sido muy imprudente en no tomar parte en el convenio celebrado por los cuatro.... ¡Oh! ¡si fuese tiempo todavía!.... Solo los bribones son afortunados.

Parecióle en este instante que una ráfaga de luz, que pasaba por delante de sus ojos, le mostraba la bajeza de tales pensamientos, á la manera que un relámpago en tempestuosa noche hace ver á un caminante el profundo barranco en que iba á precipitarse. Horrorizóse de sí mismo Luizzi y vuelto por un instante á ideas mas sanas, añadió:

—No, no cometeré tal infamia, que tampoco pudiera servirme de nada. Ernestina ha hecho su eleccion; su madre me ha declarado la suya, y yo la he desechado ignominiosamente... No obstante, tal vez es tiempo aun. Detúvose en este pensamiento, pero no estaba por esto menos aterrorizado. Quiso buscar una distraccion á su dolor en su dolor mismo, y recogió las cartas que en un momento de loco furor habia pisoteado. No encontró en ellas otra cosa mas que la confirmacion de su ruina, y bien pronto reemplazó un profundo abatimiento á sus primitivas emociones tumultuosas. Veia en su porvenir una idea llena de miseria y de privaciones, y que seria el blanco de la burla y desprecios de todos sus conocidos. La vanidad, el mas detestable consejero despues de la miseria, hizo resonar su voz, y Luizzi, lanzándose á ojos cerrados en pos del mal, como un furioso camina en pos de la muerte, se decidió á casarse. No quiso detenerse mas en esta idea, y volvió á llamar otra vez á Satanás, que se le apareció con la misma tristeza y con el mismo porte.

—Esclavo, le gritó, teniendo mas denuedo para cometer aquella mala accion del que habia jamás tenido para obrar bien; esclavo, ¿quieres decirme una vez en tu vida una verdad que puede serme útil?

—Mil te he dicho que no has querido creer.

—Declárame, pues, ahora cuál de las dos sobrinas tendrá el dote que su tio las destina.

—¿Con que estás decidido á hacer lo que te parecia tan despreciable?

—Fuera moralidades, Satanás: no pretendo ser mejor que los otros.

—Jamás lo has sido; empero algunas veces fuiste, y ahora mismo lo eres, mas vil, mas infame que todos aquellos á quienes con tanta dureza has insultado. Ellos, por lo menos, tuvieron muchos años para llegar paso á paso al olvido de toda generosidad, de todo noble sentimiento; á ellos les escusan la miseria, la desgracia, el desprecio, la humillacion que han sufrido; mas á tí el solo temor de los disgustos que has esperimentado te acobarda y te quita toda generosidad, toda la grandeza.

—¿Qué es, pues, mi vida? esclamó Luizzi, en cuyo pecho luchaban aun los restos de su antigua honradez y nobleza de corazon.

—La de los demas hombres; solo que ellos gastan doce ó quince años para llegar donde tú has llegado en un cuarto de hora. Habíate quitado siete años de vida, y los acabas de ganar duplicados: no tienes por qué quejarte.

—Burlon implacable y frio, acaba tu mision, arráncame la última de mis ilusiones, dime que la muger con quien pretendo unirme es una muger perdida, llena de infamia; dímelo todo, á fin de que apure hasta las heces la amarga copa de mis propias bajezas.

—¿Quieres, pues, decididamente casarte? ¿no crees mejor darme diez años de tu vida?

—¿Para ser viejo á mas de pobre? No, no: sea quien fuese esa muger, me casaré con ella.

—Tienes aun dos años para probar fortuna por medios honrosos.

—No; repitió Luizzi con loca obstinacion. ¿Qué haré? ¿qué he de hacer? ¿Iré á solicitar un empleo de los hombres á quienes he insultado con mi lujo? ¿iré á mendigar un trabajo, que no sabré ejecutar, y á hacer pública una incapacidad que aumentará mi vergüenza y mi desesperacion? No; prefiero mas bien casarme con esa muger. Si, me casaré con ella.

—¿Estás enteramente decidido? preguntó Satanás.

—Si, respondió el baron haciéndole una seña para que se sentase.

—Está bien. Escucha, pues, quién es tu novia.

XXXV.

POBRE CRIATURA.

Eugenia nació el 17 de febrero de 1797, ó por mejor decir, el 20 de febrero del mismo año se llevó una criatura al corregimiento del segundo distrito de París, donde quedó inscrita en el registro de nacidos con el nombre de Eugenia Turniquel, hija de Juana Rigot y de Gerónimo Turniquel, su marido; habiendo nacido la niña tres dias antes.

—Segun eso, ¿era falsa la declaracion? preguntó Luizzi interrumpiendo al diablo.

—No he dicho tal cosa.

—¿La niña no seria quizás la que se designaba con su nombre?

Digitized by Google

—Tampoco he dicho eso, y si solo he señalado un hecho; lo único que puedo asegurarte es que Mad. Peyrol, que tú conoces, y cuya vida voy á contarte, es la misma que fué presentada al corregimiento del segundo distrito el 20 de febrero de 1797.

—Prosigue, pues, y sin rodeos, porque si he de presumir por el exordio, á buen seguro que durará la relacion hasta mañana á la noche.

—Pues no me interrumpas mas, repuso el diablo; y prosiguió de esta suerte:

No tienes idea alguna de la vida de un pueblo, amo mio, y muy pocos son los que la tienen del pueblo de París en aquella época. Hoy dia es raro, aun entre los pobres, habitar mucho tiempo una misma casa: se muda de habitacion como de trage; y así como el *provincialismo* ha desaparecido de Francia, ni mas ni menos la vecindad ha desaparecido de París. No sucedia lo mismo en la época de que tratamos, puesto que cada cuartel tenia una comunidad, digámoslo asi, de existencia, que hacia hablar en estos términos á sus habitantes: «Prefiero mi cuartel á todos. En él he nacido, en él soy conocido, y en él he de morir.» Esta confraternidad, que unia mútuamente á los vecinos de una calle, enlazaba mucho mas en amistosa intimidad á los inquilinos de una casa. La en que vivian los padres de Eugenia se hallaba situada en la calle de San Honorato, y en el parage mismo donde se ha abierto posteriormente la que conduce al mercado de los Jacobinos. Era un edificio grande, cuyo primer piso estaba ocupado por Mr. de la Chesnaie, su muger, su hija é hijo; y los superiores se hallaban divididos en reducidas viviendas de las cuales ocupaba Gerónimo Turniquel la mas pequeña. Esa vieja, hermana de Rigot, no debe hacerte deducir lo que fué su marido. Gerónimo era albañil, y tenia veinte años cuando Juana Rigot, contaba treinta. En el miserable estado en que habia nacido, principió su vida trabajando, pues habiéndose quedado huérfano á la edad de ocho años, servia ya á los demas albañiles para ganar de este modo su sustento. Preserváronle siempre del contagio del mal ejemplo los principios de probidad que parecian innatos en él, puesto que ninguna especie de educacion recibió: asi es que á los veinte años habia salido ya de peon, y le confiaban sus maestros la direccion de obras importantes, señalándole como modelo á los demas trabajadores. Se dejaba fácilmente dominar por cualquiera, á no ser que se tratara de hacerle faltar á la rigorosa ejecucion de sus deberes, pues entonces se mostraba inflexible. Tenia uno de esos caractéres pacíficos, cándidos y sencillos, que sufren de antemano cuando les es forzoso ser rígidos con los demas. Tal vez se mezclaba á su bondad, no diré desden hácia su profesion, á la cual se dedicaba con ardor; pero si cierto disgusto de encontrarse incesantemente en contacto con seres toscos é insolentes. Toda la esperanza de Gerónimo se cifraba en poder llegar pronto á disfrutar alguna comodidad, para que no fuese tan inmediato este contacto. No era esto orgullo, sino delicadeza; no despreciaba á sus camaradas, sino que le molestaban, le disgutaban; asi como una mano blanca y fina, qne se ve obligada á apretar otra ruda y callosa, lo hace siempre con repugnancia. Las mugeres del cuartel de San Honorato no le conocian por otro nombre que por el del lindo Gerónimo. Lo era, en efecto, añadiéndose á su belleza, merced á su carácter melancólico, una distincion cuyo influjo se negaban celosos á consentir los de su clase, pero que estaba generalmente reconocida y espresada con una palabra por los niños del barrio, que llamaban al albañil Mr. Gerónimo.

Tenia veinte años, é inclinada su frente hácia el trabajo, no habia aun levantado la cabeza para vislumbrar la bella esperanza que concebia de su porvenir, temeroso de verla demasiado lejos y desalentarse; no habia amado todavía, ni se habia forjado ilusiones; era un hombre niño: hombre por el carácter, y niño por el corazon. Arrancóle de repente de su atareada apatía un oficio del corregidor del distrito, en el que le advertia que pronto tendria que empuñar las armas para servir al rey y la nacion. Gerónimo quedó petrificado. Habiase adelantado gradualmente hácia una existencia menos miserable, y sabia mejor que nadie que la fortuna no se improvisa. No podia hacerse ilusion en cuanto á su porvenir militar, porque no sabia leer ni escribir. Se hallaba detrás de él y bien lejos el punto de donde habia partido: durante el espacio de doce años acababa de recorrer un largo camino: habia ya traspasado la distancia que separa al peon del albañil, y de pronto le obligaban á tomar otro sendero: tanto valor y constancia de nada le servian; su suerte era la misma que la de los que habian consumido su existencia en la taberna y la holganza; como ellos debia ser soldado. Gerónimo no hallaba esto muy justo. Asi como hay caractéres osados y aventureros, que saben abandonar una carrera por otra, reedificando denodada y rápidamente un caudal nuevo sobre las ruinas del antiguo, asi tambien hay otros, fuertes nada mas que para sufrir, é incapaces de volver á ganar lo que les arrebató un desastre. A esta última clase pertenecia nuestro amigo, y le causaba una desesperacion profunda la obligacion de ser soldado. No decia palabra, no prorumpia en imprecaciones como los espíritus livianos; pero le devoraba el sentimiento, sin que lo adivinase ninguno de sus compañeros, pues á nadie lo confió, conociendo sobradamente que no seria comprendido. Solo una muger pudo traslucir que la habitual melancolía del jóven se habia trocado en desaliento; esta muger fué Juana Rigot, de oficio revendedora,

Digitized by Google

que habitaba en la misma casa del albañil. La puerta de su cuarto estaba frente á la de este, cina, la cual le contaba los beneficios que durante el dia le habia producido su tráfico. En



Debo decirte ante todo, que esa anciana ha sido muy buena moza.

y al anochecer, cuando se retiraba Gerónimo del trabajo, hablaba algunas veces con su vecina, varias ocasiones prestó á esta pequeñas sumas para su comercio diario, y en retribucion,

Digitized by Google

cuando la endeble salud del jóven se resentia de su constancia en el trabajo, le preparaba Juana el caldo que le confortaba. Debo decirte ante todo que esa anciana ha sido muy buena moza.

—No lo ignoraba, repuso Luizzi, pues Pedro el postillon, que la conoce *con intimidad*, me ha hablado de ella.

—Pedro el postillon ha mentido. La fatuidad, amo mio, no es patrimonio esclusivo de los grandes, si bien de todos sus vicios sea este el último que de ellos ha tomado la plebe. Repito que Juana era buena moza, y contenida, aunque interesada. Debes, por otra parte, tener entendido, que asi como las malas inclinaciones hallan campo abierto en la sociedad, asi tambien se les cierra casi enteramente la vida industriosa. Levantábanse los dos vecinos á las cuatro de la mañana, permanecian en su trabajo todo el dia, y solo volvian por la noche para descansar; y como las fatigas corporales sofocan los deseos, jamás el laborioso Gerónimo y la activa Juana, habian esperimentado ni un momento esa turbacion de los sentidos que estravia á tantos en el mundo. No te hablo de los sueños del amor, porque solo Gerónimo era capaz de esperimentarlos, y en este caso se hubiera á buen seguro dirigido á una rolliza y alegre moza de buen porte. Sin embargo, los dos se querian. Habia entre ellos un vínculo comun, cual era una probidad á toda prueba: Juana era para Gerónimo la mas honrada muger del mundo, y éste era para aquella el artesano mas arreglado, morigerado, exacto y digno de hacer fortuna que existia.

Si la tristeza del jóven hubiese solo aparecido en sus palabras, acaso no lo habria conocido Juana; pero durante muchos dias, en lugar de detenerse con ella un momento, en vez de dar amistosas buenas noches á sus vecinos, cuyas puertas, perennemente abiertas en el largo corredor, ponian de manifiesto cuanto poseian, Gerónimo entraba en su cuarto sin pronunciar una sola palabra, sin responder á los saludos que se le dirigian.

Una noche, en la que se habia presentado mas triste de lo regular, tomó Juana una gran resolucion: esperó á que todos estuviesen dormidos, y fué á llamar á la puerta de Gerónimo. Abrió éste; admirado de que le buscasen á semejante hora, y subió de punto su asombro al ver á Juana, á la que creia entregada al sueño hacia mucho rato. La pobre doncella no tardó en esplicarle el motivo de su visita; diciéndole que sospechaba perdido el poco dinero que tenia, é iba á ofrecerle sus escasos ahorros, á fin de sacarle del apuro en que sin duda se encontraba.

Era esta la primera prueba de desinteresado afecto que recibia Gerónimo, puesto que la predileccion que por él mostraban sus maestros, procedia especialmente de su superioridad sobre sus compañeros. Conmovióse el jóven hasta derramar lágrimas; pero desengañó á la buena vecina, y concediéndole una confianza nueva para él, le contó el verdadero motivo de su pesar.

A su vez quedó ella triste y desaleptada, porque la desgracia, cuya relacion se le hacia, dejaba muy atrás los medios con que contaba para salvar á su amigo: asi es que ambos se separaron sin esperanza alguna de evitar tan terrible golpe.

Al siguiente dia, toda la casa y el cuartel entero sabian ya la causa de la tristeza de Gerónimo: unos se reian del mozuelo, que tenia miedo de ser soldado, y otros tenian lástima de que tan buen artesano tuviese que abandonar su oficio. Atenta Juana á cuanto se decia, no hallaba en todo ello consuelo, cuando la reflexion siguiente de uno de sus vecinos, la hizo pensar mas profundamente que lo habia hecho hasta entonces.

—Amiga, le dijo, solo dos cosas podian eximir á Gerónimo del servicio: el ser casado, y no lo está, ó el que una jóven declarase que encierra en su seno un hijo de él, y pidiese casarse con su seductor.

No bien hubo escuchado estas palabras, cuando habia Juana tomado ya su partido, decidiéndose á declarar, delante de un magistrado, que Gerónimo Turniquel la habia puesto en cinta. Si te dijese que al dar este paso habia comprendido el gran sacrificio que le hacia de su honor y de su buena reputacion, la supondria con estos sentimientos, que nunca esperimentó.

Al llevar á cabo su pensamiento, era su idea engañar al gobierno, porque para el pueblo, y para el pueblo de Paris con especialidad, es el gobierno un enemigo natural, al cual cree siempre tener derecho para engañar. Despues pensaba volver á contar á sus vecinos la treta de que se habia valido, sin dudar un momento que pudiese hallar siquiera un incrédulo en cuanto declarase que su preñez era fingida.

Salió Juana un dia con direccion á las casas consistoriales, y delante de la municipalidad reunida dió su declaracion sin sonrojo y sin dificultad alguna, regresando á su morada muy contenta de lo que acababa de hacer.

Algunos dias despues recibió Gerónimo otro oficio del corregidor, y se lo dió á leer, segun tenia de costumbre, á uno de los vecinos, que era su confidente. Grande fué el asombro de entrambos al saber que el magistrado requeria á Turniquel que reconociese la veracidad de la declaracion de Juana Rigot, invitándole en caso afirmativo á que se casase con ella. Gerónimo juró una y mil veces que era falso lo que se le imputaba. No bien habian pasado diez minutos, cuando ya todo el piso sabia la noticia, no hablándose nada menos que de lanzar á los dos amigos de la casa, y de pedir todos unánimemente al pro-

Digitized by Google

pietario, despidiese á aquellos inquilinos, pues que todos los demas trabajadores tenian hijas jóvenes á quienes podia perjudicar el desarreglo de Juana: asi que permanecieron cerradas aquel dia todas las puertas, quedando el piso como de luto. Por la noche volvió la alegre Juana, cantando con altisonante voz una mala cancion popular, y no pudo menos de asombrarse al aspecto de su vecindario, cuyas puertas permanecian cerradas como en un dia de fiesta. Iba llamando ya á los unos, ya á los otros, cuando Gerónimo entreabrió su puerta y le hizo seña de que entrase. Mas de una mirada dirigida á la cerradura, observó esta visita, y tomó mayor incremento la indignacion general. Abrieron todos sigilosos, se dirigieron mútuamente secretas palabras, y se decidió ir á encontrar inmediatamente al propietario. Un anciano zapatero y un tejedor abandonaron sus talleres, se lavaron las manos lo mejor que pudieron, y bajaron en nombre de la comunidad.

Entretanto preguntaba el jóven á su amiga qué razones la habian obligado á hacer su declaracion, y candorosamente le contaba Juana cómo habia querido salvarle de la requisicion, dando un chasco al corregidor. Al participarle Gerónimo los terribles resultados de su imprudencia, no fué dolor ni desesperacion la que sintió la moza, sino cólera é indignacion: no trataba nada menos que de hacer callar las malas lenguas arrancándoles los ojos, cuando se oyó en el piso un gran murmullo y se distinguió la voz del zapatero, que decia:

—Si señor, están cerrados juntos.

Llamaron al punto á la puerta del jóven, quien temiendo mas la exaltacion de Juana que el encono de sus vecinos, se colocó junto á la puerta para impedir á estos la entrada y á aquella la salida. Oyéronse entonces mil acusaciones, y hombres, mugeres y niños gritaban al propietario:

—¡Juana está dentro! ¡Juana está dentro!

—Si, dentro está, dijo Gerónimo.

—En este caso, respondió el propietario, no dejareis de conocer que no puedo consentir vuestra permanencia en esta casa, ni sufrir en ella un escándalo semejante.

—Es su barragana, señor, y él es un tunante: ¡la ha puesto en cinta! esclamaban todos. ¡Que le echen fuera sino quisiere casarse con ella!

—Pues bien, me casaré, respondió Gerónimo, ¡y desgraciado del que se atreva ahora á insultarla! Venid, Juana, añadió volviéndose á ella: no temais que ahora se os eche nada en cara, porque ya sois mi muger.

Hé aquí cómo Gerónimo, el lindo jóven, de dulce y melancólico corazon, se casó con la retozona y grosera moza, cuyos modales has visto tú hoy dia. A los ocho meses de este casamiento fué, como te he dicho, presentada Eugenia á casa del corregidor, é inscrita en el registro del estado civil como hija de los consortes Turniquel. Eugenia fué por mucho tiempo una criatura endeble, pálida y enfermiza, pero traviesa y juguetona como una mariposa: burlaba cuanto le era dable la vigilancia de su madre, que la castigaba brutalmente por sus mas leves faltas pueriles. A decir verdad, desafiaba la niña sus enojos con resolucion tal, que irritaba sobremanera á esa muger torpe y arrebatada, cuyo natural grosero no podia comprender tanto valor en tan débil cuerpo; empero, cuando al anochecer volvia Gerónimo del trabajo, viendo á su hija arrodillada por castigo en un rincon, le decia tiernamente al tiempo que le clavaba sus dulces y entristecidos ojos:

—Eugenia, no has sido prudente. Entonces prorumpia en sollozos la niña, y pedia humildemente perdon á su padre, no por haber hecho mal, sino por haberle causado pesadumbre.

No sin encono contra su hija veia Juana su sumision para con Gerónimo y su rebeldía para con ella, y azotándola cruelmente se vengaba de la preferencia dada al padre. En tales casos se veia éste obligado á interponerse para que no sucumbiera Eugenia al mal trato que recibia. Para dar á la madre menos ocasiones de irritarse contra ella, envióla á la academia, donde hizo tan rápidos progresos, que dejó encantado á Gerónimo. Pero Juana no podia apreciar una instruccion que no conocia, y cuya necesidad jamás habia esperimentado: para ella una niña endeble, pálida y enfermiza, era una carga insoportable; y cuando algunos de los ricos inquilinos de la misma casa, al encontrarla casualmente le preguntaba por Eugenia tan juguetona y distinguida, respondia groseramente:

—No sé cómo de Dios me ha venido esa raquítica muchacha.

Gerónimo, por el contrario, adoraba á su hija, y pequeña como era, le servia ya de consuelo. Los dos sufrian en silencio aquella tirania brutal que seguia sus pasos, hablando en cierto modo con los puños. Eugenia era ciertamente traviesa: hacia resonar la casa con sus gritos y risotadas cuando estaba ausente de su padre, y huia de su madre, haciéndose perseguir por ella de cuarto en cuarto. No pocas veces hallaba un refugio en casa del marqués de la Chesnaie, á quien divertia con su charla, y era esta una de las mas gratas circunstancias de su vida, porque cuando las hijas de la casa la descubrian en su antecámara, ocultándose detrás de un criado, mientras que su madre atronaba con sus gritos la escalera, se apoderaban de ella y se divertian vistiéndola de mil maneras, que le sentaban muy bien; de tan singular gracia se hallaba dotado ese jóven cuerpo, esa cariñosa y cándida criatura. Gustaba ésto mucho á Eugenia, y si bien oia con placer que la llamasen linda, preferia, sin embargo, que la dije-

Digitized by Google

sen que tenia el aire de una señorita; y muy á pesar suyo volvia á tomar su tosco y mal cortado trage. Puede decirse que esperimentaba un innato deseo de elegancia, que iba desarrollándose á medida que se volvia mas parlera. Todo, empero, lo abandonaba por su padre. Cuando entraba éste, corria al miserable desvan, y en vano pasaban las demas niñas por delante de su puerta, gritándole: «¡Eugenia, nos vamos á jugar al jardin!» pues permanecia al lado de su padre, le leia graciosamente algun libro grave, algun capítulo de la historia romana, que ella no comprendia; pero se creia dichosa viendo á su padre satisfecho. Este la situaba en aquel momento sobre sus rodillas, apretaba suavemente sus pequeños pies y delicadas manos, y le decia en voz baja: «¡Oh! ¡no serás jamás muger de un trabajador, de un hombre brutal, porque te sacrificaria!» En otras ocasiones cogia en brazos á su niña, íbase con ella al través de los campos, conduciéndola á los hermosos sitios que le gustaban, le enseñaba la naturaleza y le decia: «¡Qué hermoso está esto; ¡qué bueno es respirar y dormir aquí!» Y meciendo en sus rodillas á la niña, esta se dormia. Alguna que otra vez la despertaban los sollozos de Gerónimo, y echando entonces sus pequeños brazos alrededor de su cuello, le decia: «¡Pobre padre! ¡pobre padre!» Y volvian lentamente juntos, lo mas despacito que podian, diciendo el padre á la hija: «No digas á tu madre que hemos llorado.»

Preciso fué que Gerónimo cediese á la formal voluntad de su muger, permitiendo utilizar las pocas fuerzas de esa inútil niña, puesto que Juana la hallaba bastante instruida, pero muy poco productiva. Se le ocurrió, pues, ponerla de aprendiza en casa de una modista, y en ella dió muestras de rara habilidad y viva inteligencia; pero al propio tiempo, con la costumbre de ver sin cesar brillantes telas y elegantes trages, se le iba haciendo por momentos mas odioso el humilde con que su madre la vestia. En el seno de su miserable existencia revelábase su natural condicion por los únicos medios de que podia darse cuenta, por el escesivo cuidado de su persona y el deseo de delicadezas materiales, en el interin que las del alma se la iban haciendo inteligibles. No creas, sin embargo, baron, que esa niña, tan maltratada por su madre, fuese educada en los principios de aversion contra ella: mientras fué solo una tierna niña, su natural antipatía resistia por instinto á la autoridad materna, porque la hallaba grosera; pero no bien su jóven inteligencia llegó á comprender la idea del deber, cuando se apresuró Gerónimo á enseñarle cuán sagrado es el título de madre y cuánta sumision y obediencia reclama. Guiada entonces Eugenia por los consejos paternos, aceptó sin murmurar esos deberes.

Tenia once años, y nada anunciaba aun que debiese llegar á ser la gallarda y hermosa muger que conoces. Acercábase ya el término de su aprendizage, pues tal era su aficion á un trabajo en que tocaba sin cesar sedas, muselinas, finas batistas, cosas suaves, delicadas y elegantes como ella. Cierto dia, otra niña de la casa llamada Teresa, vino á buscarla llorosa y diciendo á gritos que acababan de traer herido á su padre. De un brinco pasó Eugenia á su habitacion, y al entrar vió á Gerónimo postrado en el lecho, sin sentido y cubierto de sangre. Juana gritaba y lloraba: agolpábanse los vecinos, pero nadie pensaba en aplicar útiles remedios al infeliz herido. Eugenia, que casi siempre lloraba, no lo hizo en aquel momento y dijo:

—¿Qué ha mandado el médico?

—No hay ninguno en la vecindad.

—Voy por uno al instante.

Sale, y no sin dificultad encuentra un médico, á quien le dice con voz concisa é imperativa.

—Id, id al instante á la calle de San Honorato, número.... donde se está muriendo mi padre.

Asi anduvo en casa de cuatro ó cinco médicos, y no volvió hasta que estuvo asegurada de que vendrian. Este fué el primer acto de su carácter firme decidido y rápido, que ha dominado el destino de esa muger, y al cual has podido juzgar esta noche, cuando ha venido á decirte lo que esperaba y lo que pensaba de tí.

Solo volvió al lado de su padre para oirle desahuciar de los médicos. En vano se probó á darle una sangría, con que solo se logró volverle por un momento á la vida. Gerónimo buscó con los ojos á su hija, y viéndola junto á la cama, tendióle la mano murmurando suavemente:

—¡Pobre niña!

Sobrecogiósele despues el delirio de la agonia, y murió repitiendo entre dientes hasta su último suspiro:

—¡Pobre niña! ¡pobre niña!

Juana habia amado á su marido del modo como ella podia amarle, sin comprender que no fué el mas feliz de los hombres, puesto que ella valia tanto como las mugeres de los demas trabajadores, que eran dichosos: apoderóse, pues, de ella una violenta desesperacion cuando fué pronunciada la fatal palabra: «¡Ha muerto!» y fué tal su arrebato, que los vecinos se vieron obligados á llevársela consigo. La pobre Eugenia, que no habia dado el menor grito, permaneciendo de rodillas junto al lecho, quedó abandonada, y durante la noche veló junto al cadáver de su padre, sin que nadie pensase en ella.

Baron, tú no has visto morir jamás á nadie; tú no has pasado junto á un cadáver las doce horas de una larga noche, tú no sabes lo que es contemplar al resplandor de vacilante lámpara un semblante que pocas horas antes

Digitized by Google

se sonreia con amor, y mirar esos lábios inmóviles y helados, que os decian: «¡Criatura, yo te amo!» y apretar con mano ardiente una mano de hielo, que poco antes descansaba sobre vuestra cabeza, concediéndoos su proteccion; tú no sabes cuánto se aprende en esas horas, cuánta reflexion y madurez entra



¡Nada hay que alivie tu pena, nada, abselutamente nada!

en las ideas, y cuánta resignacion en el alma. ¡Oh! ¡si á mí me fuese permitido hacer buenos y santos á los hombres, los enviaria con frecuencia á ver morir, á familiarizarse con la muerte! No es ciertamente á los once años cuando reflexionamos sobre la vida; pero en todos tiempos se comprende cuando se sufre, y Eugenia sufria. Esa palabra «¡pobre niña!» que repetia su padre en sus pesares, y que le habia dirigido como su último adios, resonaba constantemente en sus oidos. Levantábase la pequeñita sobre la punta de sus pies para ver ese semblante dulce y tranquilo, esperando que aquella triste palabra «¡pobre niña!» que otras veces repetia sonriéndose, vendria ahora á animar su esperanza; pero nada respondia. Horrorosa desesperacion era para ella esa inmovilidad de la muerte, que en vano se toca para agitarla, y ese silencio funeral, que dice mudamente. «¡Nada, nada, absolutamente nada!» Al propio tiempo oia el llanto y los gemidos de su madre, que en una habitacion inmediata recibia las consoladores re-

Digitized by Google

flexiones con que los vecinos que la rodeaban mitigaban su pesar. Viéndose Eugenia abandonada, vió que la vida le respondia del mismo modo que la muerte: «¡Nada hay que alivie tu pena, nada, absolutamente nada!» Cubrió entonces el rostro de su padre, y puesta de rodillas rogó al Eterno por él. Con asombro escuchaba Luizzi al diablo desde el principio de su narracion; pero no pudo menos de manifestar su estrañeza al oir esta parte de la historia biográfica de Eugenia, que Satanás le referia.

Dirigióle éste una sañuda y triste mirada, y continuó diciendo:

—Rogó al Eterno, señor mio, rogó al Eterno, y sintió que le animaba la esperanza, porque has de saber que Dios derrama este consuelo en el corazon de los mortales cuando sinceramente se lo demandan. Asi inundó el corazon puro de Eugenia con el celestial rocío de que participan las almas virtuosas, y de que me veo privado por toda la eternidad, porque no me humillo ante ese Ser omnipotente; no, señor mio, no me humillo, pues tengo demasiado orgullo, y si asi no fuese, tal vez me perdonaria. Si la humana inteligencia pudiese comprender lo que Satanás parecia esperimentar cuando vertia estas palabras, podria decirse que relegaba toda queja contra el Eterno, y que procuraba solo engrandecerse, probando que si persistia en su error, no era ciertamente por una necesidad á que Dios le hubiese sujetado, sino por un efecto de su implacable voluntad de ser agente eterno del mal. En fin, volviendo á nuestra Eugenia el diablo continuó:

—He aqui como la niña, que con pueril ligereza entró en la sala mortuoria, salió de ella con el juicio de una anciana meditabunda y previsora. No le faltó ningun detalle á esa terrible leccion que da la naturaleza en el acto de la muerte: viendo como la vida abandonaba el cuerpo de su padre, y viendo á este separarse para siempre de su lado. Los vecinos que acompañaban á Juana no querian dejarla regresar á su aposento hasta que hubiesen trascurrido algunos dias; pero ningun caso hicieron de su hija, por quien Juana ni aun siquiera preguntaba. Vióse Eugenia sola, sin aquel padre que la amaba tanto, desvalida y sin consuelo, en cuya situacion su alma, pagando un tributo de ternura, abandonóse al sentimiento y lloró la pérdida de su padre. ¡Ah! ¡qué vida le esperaba! Solo observaba á su alrededor miradas de curiosidad, mas bien que de humanidad é interés; conversaciones secretas á su paso, sin que se le dijese una palabra; en fin, la voz de unos imbéciles niños que mas de una vez le preguntaba:

—¿Es verdad, pobre Eugenia, que te van á enviar á los espósitos?

Estas palabras hicieron enmudecer á Eugenia y le recordaron una circunstancia, en la cual hasta entonces no habia fijado su atencion. Tenia su padre una cajita, cuya llave guardaba cuidadosamente, y repetidas veces le habia dicho: «Mira, Eugenia, ¿ves esa cajita? Dentro hay un secreto que te importa, y algun dia te diré.» Al momento de recordar estas espresiones, entró en la habitacion para apoderarse de aquella prenda de su padre, como si fuese un talisman que debia preservarla y protegerla; mas vió frustrada su esperanza, pues su madre habia ya tomado la cajita y lanzado al fuego un legajo de papeles que esta contenia. Eugenia, por una especie de instinto, mas bien que por dato alguno positivo, comprendió que se le arrebataba alguna cosa de que podia esperar algun bien; y asi esclamó, corriendo hácia su madre:

—Esta cajita es mia; lo que hay dentro me pertenece.

—Nada te pertenece, repuso Juana, rechazándola con violencia, nada, ni siquiera el pan que comes, porque no sabes ganarlo.

—Aun no he tomado alimento desde que ha muerto mi padre, contestó enérgicamente la niña, y no será vuestro el pan que me alimente, madre mia.

Tal fué la alternativa que sufrió la pobre Eugenia de cariño y ternura en vida de su padre, y de aversion despues de su muerte por parte de su madre.

Por esto, si algun dia, Luizzi, te pertenece Eugenia, prosiguió el diablo, y ves pendiente de su cuello un pequeño relicario, no lo consideres como recuerdo ilusorio de su primer amante, pues encierra un pequeño lienzo empapado en la sangre de Gerónimo, única memoria de aquel padre querido, á quien solamente puede tributar adoracion.

Eugenia salió á su vez, y buscó trabajo en casa de la modista en donde habia aprendido en vida de su padre; y á poco tiempo no solo tuvo con que ganar su subsistencia, sino tambien la de su madre, puesto que Gerónimo le hizo abandonar su ejercicio de revendedora, y ya, despues de su muerte, le fué imposible volverlo á ejercer; mas no por esto era Eugenia mas dueña del producto de su trabajo. Durante el dia empleaba todas sus horas en dar cumplimiento á su deber, pasando tambien la noche dedicada á su ejercicio.

—¡Ah! Comprendo que aprecias á esa muger, dijo Luizzi. De seguro debe ser el orgullo mismo en su baja esfera.

—El orgullo no es nunca cosa baja, señor mio; solo la vanidad por mas encumbrada que esté, va arrastrando siempre por el lodo.

Sin contestar palabra alguna sufrió Luizzi esta injuria de Satanás, y le hizo seña de que continuase.

El diablo prosiguió del siguiente modo:

XXXVI.

POBRE MUCHACHA.

Ya te he dicho, baron, que habia desaparecido la niñez, daba comienzo la juventud en

Digitized by Google

Eugenia, y en este estado, si bien todo era trabajo para ella, tambien gozaba de una juiciosa libertád. Esta y su madre procurábanse la subsistencia por dos medios distintos: Juana se ocupaba en su antiguo ejercicio, como muger de la plebe, dura y grosera, si bien honrada y laboriosa; Eugenia, en su taller de modas, trabajaba sin descanso y sin herir ese orgullo que tú criticas, y que le daba fuerza suficiente para llenar sus deberes. ¿Comprendes ahora cómo una jóven confiada á sí misma necesita de la virtud para resistir á todas las seducciones y á todos los peligros que la rodean? Eugenia no tenia alrededor suyo, como vuestras jóvenes, la constante vigilancia de una madre, ni los obstáculos materiales que siempre oponen vuestras reuniones. ¿No comprendes que esta virtud debe ser mayor teniendo que resistir á esa misma libertad, como tambien á la fuerza inmensa con que en este caso puede desarrollarse la seduccion? Por otra parte, vuestras mugeres, baron, al entrar en la lid de las seducciones, no pueden alucinarse por ese infernal atractivo de la riqueza y del lujo en cuyo seno viven adormecidas; en este caso sus estravíos solo tienen por escusa la sensibilidad, el amor. No asi las desgraciadas jóvenes de la plebe, que se miran á la puerta de ese verjel seductor, cuyos dorados frutos ven á lo lejos, sin poderlo disfrutar; y por esto son ciertamente mas loables si logran rechazar los incentivos que continuamente le presentan sus pasiones, al paso que vuestras damas se pierden en los palacios y bosquecillos adonde las conduce su ociosidad. Tambien se pierden alguna vez las hijas de los pobres, pero es porque las abruma el peso de su desgracia. Vosotros os suponeis ricos gozando de la juventud y llenos de esperanza, porque nadais en oro: pero sois verdaderos pobres respecto á la única y verdadera riqueza del hombre, pues que vuestras ilusiones solo pueden dar un paso, cuando las de los indigentes tienen espacios inmensos que atravesar. No es ciertamente en los brillantes salones donde se conciben esos alegres cuentos de felicidad que divierten á la juventud: no es bajo un magnífico trage donde un noble corazon lucha con sus desordenados deseos: es, por el contrario, debajo de humilde lienzo donde las inclinaciones se sujetan; es en los talleres de las pobres hermosas donde nacen las mas risueñas esperanzas, adonde se aproximan gallardos amantes, y donde se preparan ricos adornos, placeres halagüeños y triunfos repentinos: en fin, alli es donde mora la dicha de la juventud y su esperanza. ¿Comprendes por último que cuando en esta posicion, comun á todas las jóvenes plebeyas, se encuentra una que por instinto ó por hábito desea distinguirse entre las demas, necesita una virtud á toda prueba para poder desvanecer las mágicas ilusiones de elevada posicion, de delicados placeres, de ostentacion de su talento, etc., etc? No te hablo, pues, del amor, no, puesto que lo habeis adoptado para escusa de los estravíos de vuestras damas, que sin él no tuvieran ninguna.

Eugenia era esta jóven que acabo de describirte, y habia llegado ya á los diez y nueve años cuando el acontecimiento que voy á referirte trocó en desgracia el sufrimiento y resignacion que la distinguian. Era hermosa á la sazon: su cuerpo débil se habia desarrollado repentinamente; su talle, flexible como un tierno árbol plantado á la márgen de un permanente arroyo y que se inclina como para buscar los rayos vivificadores del astro del dia: en fin, la blancura de su tez y la rubicundez de sus colores, probaban que Eugenia se habia cambiado, de enfermiza y débil, en una jóven robusta y saludable.

En este estado trabajaba en el taller de Gilet, una de las mas célebres modistas de Paris, que habitaba en la misma calle de San Honorato, al lado de un patio, cuyo frente daba á la habitacion de Mr. de Souvreay, obispo destituido que, despues de haber estado largo tiempo en Inglaterra, vivia entonces en Francia y subsistia de la pension concedida por Napoleon á los sacerdotes sin empleo. Entre sus compañeras Eugenia habia escogido una amiga que se llamaba Teresa, con quien habia jugado en los felices dias de su niñez, y con quien simpatizaba todavía por un espíritu de relacion y coquetería, que se observaba en sus costumbres y aun en sus trages, con que procuraba cubrir su baja condicion; por esto la preferia, mientras Eugenia cada dia esperimentaba mayor adepcion á la elegancia. A la amistad que enlazaba á estas dos jóvenes se juntaba que eran las mas hermosas y mejor vestidas del taller Una y otra, por relacion de vecindad, se habian introducido en casa de Mr. Souvreay, cuyo honrado trato debian á Mad. de Bodin, que cuidaba de este anciano. Era esta señora notable por su hermosura, y se encontraba en la edad de treinta años, cuyas circunstancias habian infundido sospechas que le eran desfavorables; pero á la verdad eran infundadas, pues Mr. de Souvreay la conservaba á su lado por el asíduo celo con que le servia: asi gustaba del trato de las jóvenes amigas, Eugenia y Teresa, por el placer que esperimentan los ancianos cuando se les representan en el último período de sus dias la dulce época de su juventud. Componíase su sociedad de algunos gentiles-hombres de Luis XVI, de los cuales Eugenia solo habia conocido al jóven Mr. de Medniz, teniente de navío y sobrino del obispo, con quien vivió durante algunos meses á principios de 1813.

Cierto dia, terrible para todo el pueblo, y mas todavía para Eugenia, el 30 de marzo de 1814, tronaba el cañon en los alrededores de Paris, y aterraba á sus habitantes la idea de ver inundadas repentinamente las plazas y ca-

Digitized by Google

lles de esta soberbia capital por un ejército de enemigos, que tantos años hacia se estaban reuniendo en todos los ángulos de Europa para abrumar á la Francia, contándose entre ellos esas hordas bárbaras de cosacos, cuya ferocidad habia devastado cruelmente la Champaña. Todos temian; pero, á pesar de esto, en el centro de París, reunidas, como de costumbre, las jóvenes trabajadoras preparaban elegantes trages de muselina, seda y gasa, temblando y riendo á un mismo tiempo en el seno de un imperio que se desplomaba. Eran las diez, cuando de improviso entró en el taller de Eugenia Mad. de Bodin para hablarle con reserva. Siguióle esta, y advirtió que Mad. Bodin tiritaba al parecer de frio, estaba pálida, y á duras penas podia contener los quejidos que la escitaban los dolores atroces que sufria.

—Eugenia, dijo, llévame pronto á tu casa. ¿Es cierto que está fuera tu madre?

—Si, dijo Eugenia. ¿Mas por qué?

—Te lo diré; pero vamos sin detenernos.

Asombrada Eugenia, acompañó á madama Bodin, y no bien hubo llegado á su habitacion, cuando esta se arrojó sobre una silla esclamando:

—¡Sálvame, hija mia, sálvame, que voy á ser madre! Mr. de Medniz, que debia volver á París, me ha abandonado.

Eugenia, sorprendida, esclamaba sin cesar:

—¿Qué he de hacer, Dios mio? ¿qué he de hacer? ¿Cómo puedo negar á una muger moribunda los auxilios que me exige?

—Ve aqui, dijo el diablo mirando á Luizzi con risa maligna, como la virtud misma obliga á las hijas de los pobres á penetrar los secretos que para vuestras jóvenes permanecen siempre ocultos con un velo impenetrable, y que solo les es dado descubrir en el tálamo nupcial.

Por algunos dias notó Eugenia que era objeto de las conversaciones y miradas de sus vecinos; empero ella continuaba sus diversiones y su trabajo con tanta indiferencia y alegría, que hizo desaparecer las sospechas que contra su conducta concibieran. La sospecha, baron mio, es como un cuerpo lanzado en un estanque: las aguas rara vez le desechan, y algunas se precipita en el fondo, ocultándose en el lodo, pero cuando las aguas se agitan, aparece entonces envuelto con la basura.

Eugenia, pues, volvió á ser tratada con la franqueza que antes, y creyó por esto que habia sido creida la esplicacion que dió del ruido que en su habitacion se habia sentido; únicamente Teresa pudo traslucir la ocurrencia; pero en vano solicitó de su amiga la facultad de dirigir alguna pequeña alusion á Mad. de Bodin, pues Eugenia se habia propuesto conservar á todo trance este secreto, y tenia resolucion suficiente para llevar á cabo su propósito.

Algun tiempo despues de lo que acabo de referirte, cuando los últimos dias de abril ofrecen algunas horas de recreo, Eugenia, Teresa y otras jóvenes fueron despues de misa al paseo de las Tullerías, y al dar la primera vuelta observaron que dos ingleses las seguian.

Debes tener en cuenta, añadió el diablo, y considerar que odiosos debian ser estos para las jóvenes francesas, que amaban por instinto á su patria y aborrecian á sus enemigos, entre los cuales miraban á los ingleses, y mucho mas á los que la invasion condujera á este pais: asi les parecieron los dos insulares, no tan solo odiosos, sino ridículos. Vosotros los franceses poseeis en alto grado la cualidad mas reprensible que se puede concebir: tal es la de aficionaros á las cosas por la moda, y os volveis locos con la novedad, ó con cualquier objeto renovado que un charlatan os ponga á la vista. A esto añadis una propension natural á despreciar altamente lo que antes habiais idolatrado, y para esto no esperais al trascurso del tiempo, sino que os bastan algunos años, algunos meses, y aun poquísimas semanas.

En la época á que me refiero nada parecia mas ridículo que un inglés, por la sola razon de que no iba peinado, vestido y calzado como vosotros. Entre los pueblos orientales podia notarse bastantemente esta diferencia, por la magnificencia de los vestidos, por lo cual seria disculpable mirasen con desprecio el sencillo trage del europeo; pero vosotros, que acabais de salir del vestido cuadrado, de la casaca de cola de pescado y del grande corbatin de muselina, necesitabais ciertamente de toda esa dósis de vanidad que poseeis, para despreciar el estrecho frac y regular compostura de los ingleses.

Nuestras jóvenes, por consiguiente, tomaron por blanco de su mofa á aquellos que las seguian. Durante todo el paseo no hicieron otra cosa que mirarlos con disimulo y reirse mútuamente al considerar la presuncion con que aquellos insulares aspiraban á la correspondencia de unas jóvenes francesas.

Esta escena se ha representado con mil mugeres; pero quizá ninguna habrá tenido consecuencias.

Antes de continuar mi historia es preciso que sepas que uno de los ingleses, objeto de las miradas y burlas de nuestras jóvenes, pertenecia á esa clase de hombres que ponen todo su conato en lograr cuanto desean; era de carácter vano, propension egoista y costumbres relajadas; una de esas personas ociosas, que sacan de una moral corrompida la senda por donde se conducen, y en la que no retroceden jamás. Arturo Ludney, á los veinte años habia tomado por modelo á Lovelace.

Y no creas que Ludney, imitando fielmente á Lovelace, habia llegado á ser un fátuo, que se creyese digno de la adoracion de las damas por decirlas cuatro lindezas. Arturo habia subido al orígen, y era el verdadero Lo-

Digitized by Google

velace: es decir, desarrollaba un deseo vehemente é inestinguible de adquirir lo que deseaba; pero cuando habia sido satisfecho era reemplazado por un completo desprecio.

Eugenia pareció verse libre de las asechanzas de estos ingleses, puesto que al salir de las Tullerías se separó de sus amigas, Teresa y Desideria, á quienes continuaron siguiendo.

Al otro dia refirióse la ocurrencia en el taller entre las jóvenes, y todas felicitaban á Eugenia por haber sido desdeñada por aquellos villanos insulares. Al oir tan severa calificacion, esclamó Teresa:

—¡Ah! ¡cuidado con el nombre de villanos! Uno de ellos es un jóven interesante, agraciado como un Cupido. Sus ojos grandes y negros, sus cabellos como el azabache y sus dientes como perlas, acompañan su persona esbelta y elegante.

—En ese caso no puede ser inglés, contestaron sus compañeras, porque todos ellos son rubios.

—¡Como si es inglés! El mismo me lo ha dicho.

—¿Hóla? prorumpieron todas; ¿con que le habeis hablado?

—Sí, repuso Teresa: asi que nos hubo dejado Eugenia que, como sabeis, es tan parada, y cuando un hombre la mira le parece le roba algo, nosotras les hablamos para divertirnos. Uno de ellos se llama Back, y por la calle de Bac me acuerdo perfectamente; este es feo y rojo; el otro se llama Arturo... Arturo y otro nombre inglés que no recuerdo. Es hijo de un lord muy rico.

—Y bien, ¿qué os dijeron?

—¡Bah! dijo Teresa, levantándose, para probar un adorno que habia rematado; ¡bah! tonterias de ingleses. «Que nos darian chales de Cachemira y que tendríamos coches si les correspondíamos.» Es decir, el feo es quien decia todo esto porque el otro es muy sentimental, y repetia muchas veces:

—¡Ooh! ¡ooh!... yo vos amaria mocho, mocho, si vos quisiereis querrerme un poquito poco á mí...

—¿Y os siguieron siempre? dijo Eugenia.

—Sí; hasta la casa de Desideria.

—Y cuando tú quedaste sola, ¿qué hicieron?

—Ya no estaban, respondió Teresa sonrojándose y doblando su ropa.

No habia este encuentro dejado ningun recuerdo en el ánimo de Eugenia, y al domingo siguiente, sin recordarlo siquiera, fué á misa como tenia de costumbre; y cuando se disponia para salir, observó al lindo inglés al lado de una columna, desde donde la miraba con aficion ya mucho tiempo. Hubiérale solo indignado en cualquiera otra parte las miradas de este hombre; mas en el templo le parecieron una insolencia sacrílega, por lo cual se alejó apresuradamente. Al bajar las gradas de San Roque, que era el templo donde lo advirtió, observó que la seguian, y se dirigió corriendo hácia su casa: mas le ocurrió que entrar en ella era enseñar su habitacion á aquel hombre desconocido, y para evitarlo se entró en una tienda de perfumeria. Enterado el dueño del motivo que obligó á Eugenia á refugiarse en su casa, prometió á esta rechazar al inglés que la seguia, y en efecto salió para hablarle; y sin duda le impuso la presencia de Arturo, pues regresó sin haberle dicho una palabra. Arturo, por el contrario, se dirigió á su despacho, y señalando á un frasquito de perfumería le preguntó su valor, á lo que el perfumista contestó en tono muy poco amable «que valia cuarenta francos,» siendo asi que su precio justo apenas llegaba á cuatro. El inglés sin replicar dió el dinero, y añadió: «Volveré á comprar muchos efectos.»

El perfumista y su esposa mudaron de carácter, y Eugenia comprendió que no arriesgaban por ella la utilidad de venta tan lucrativa. Impresionóla al mismo tiempo el abandono de su existencia, viéndose sin padre, sin hermanos ni parientes que la protegiesen. En este tiempo vió á su tio Rigot, que no queriendo permanecer en Francia despues de la destitucion del emperador, proyectaba embarcarse, si bien no lo efectuó hasta despues de 1815.

Sin embargo de estas reflexiones salió Eugenia de la tienda decidida á dar largos rodeos, huyendo del inglés si volvia á presentársele, y al efecto se dirigió á su taller de costura en casa de la Gilet; pero Arturo la seguia y no abandonó la calle durante algunas horas; mas al fin se retiró y Eugenia se fué á su habitacion.

Tal vez juzgarás, baron, que Juana Turniquel celebraría el valor de Eugenia y no alteraria la tranquilidad de su laboriosa existencia; pero sucedió todo lo contrario, pues no bien hubo entrado Eugenia en su aposento, cuando corrió hácia ella su madre, gritando:

—¿De dónde vienes, malvada, desenvuelta?

Quiso Eugenia contestar para justificarse; pero lejos de escucharla, añadió algunos golpes á su pregunta. No era esta la primera vez que asi habia procedido, ni era este el único tormento á que esta pobre jóven estaba condenada.

Tales vejámenes eran diarios, hasta entonces no habian producido mas que llantos, que la juventud borraba en un momento. Alarmada Eugenia con la persecucion del desconocido Arturo, manifestaba á su madre sus temores, pidiéndole que durante algunos dias le acompañase al taller; pero lejos ésta de acceder á las prudentes solicitudes de Eugenia la recibia siempre con injurias y desprecios. Irritóle esta conducta hasta el punto de rechazar á su madre y decirle:

—Cuidado, madre mia, que asi me arrastrais al mal.

Indignada Juana, en vista de la resistencia que jamás vió en su hija descargó sobre ella

Digitized by Google

su ira desenfrenada, prorumpiendo en deshonrosas invectivas.

—Mató á Geronimo de pesar, murmuraban



Lord Arturo Ludney.

algunos vecinos, y tambien quiere quitar la vida á su hija.

—¡Esa muger era un mónstruo! esclamó Luizzi.

—Si Juana, repuso, el diablo, hubiese tenido una hija que se le hubiera parecido, la hubiera amado ciertamente, porque los moda-

Digitized by Google

les de entrambas estaban en armonía. Tal es la moral de vuestro mundo; pues lo que es bueno en ciertas clases, se tiene en otras por defectos; asi el adorno que deseais en vuestros hijos, lo despreciais en las clases bajas del pueblo, y al paso que os avergonzais de tener esposas descuidadas en su persona, el pueblo censura á las casadas compuestas.

En medio de estos disgustos domésticos pasáronse algunos dias, cuando Eugenia en uno de ellos encontró á Arturo en la puerta del taller. Retrocedió sorprendida, y como éste se acercase, huyendo atemorizada le dijo:

—¡Dejadme! ¡dejadme!

—Estos detalles, baron, prosiguió el diablo, deben hacerte entender que Arturo no le era á Eugenia indiferente; pues ya por temor, y aun si se quiere por aversion, siempre estaba en su memoria. Al domingo siguiente á este encuentro, quiso Teresa llevarla para que le acompañase al paseo de las Tullerías; pero se negó abiertamente, si bien lloraba viéndose obligada á sacrificar el único dia en que le era dado entregarse á una pequeña distraccion y respirar el aire libre que el paseo le ofrecia. Arturo era lo mismo que sois todos los de su clase, grandes señores en miniatura, y admirábase en su vanidad, que siendo hijo de un rico lord, una jovencita á quien se habia dignado preferir, no se sintiese por él herida del amor.

—Siempre hablas con alusiones, dijo Luizzi interrumpiendo al diablo; pero ya que te empeñas en dirigírmelas, he de decirte que, esceptuando algun otro fátuo vanidoso, jamás he visto en mi clase el original que tú me pintas, y sobre todo, jamás he hallado á ninguno en edad tan corta.

—He aqui en lo que te equivocas, baron, respondió el diablo, pues no hay fatuidad mayor que la de la juventud. Cuando á los veinte años la inocencia abandona el corazon del hombre y le falta la esperiencia, sin el freno de la moral, ignora las consecuencias de las malas acciones y el remordimiento que á estas acompaña. Por esto Arturo perseguia á Eugenia, sin traslucir el mal que le causaba.

Esta se escusaba de ir á las Tullerías; pero instigada vivamente por Teresa, se resolvió á seguirla para ver la esposicion de pinturas. Era, pues, domingo, y como ya se ha dicho, dia del pueblo, por lo cual no era temible el encuentro del inglés. Encontráronle, en efecto, y desarrollóse el orgullo de Eugenia á vista de aquel hombre, y avergonzóse de haber querido huir de él, queriendo demostrarle que, á pesar de su juventud, sentia bastante fuerza para despreciarle. Miróle de frente para ostentar su desden; pero superáronla las espresivas miradas del jóven. Logró confundirse entre la muchedumbre y volver, sin ser seguida, á su casa, donde únicamente se encontraba segura. En el seno de la mas profunda soledad miraba con despecho la miserable bohardilla que habitaba, y que la recordaba la muerte de su querido padre, asi como el abominable tratamiento de su madre. Púsose á llorar, contemplando esa desgraciada situacion que, cuando el que la sufre la compara con otra mas afortunada, le dais el nombre de envidia, porque mira siempre á una esfera superior. Eugenia abrigaba sentimientos mas elevados que los de cualquiera jóven de su clase; asi, desterrada de la plebe por su carácter, y de la clase distinguida por su pobreza, se miraba absolutamente sola. Sin embargo, seguia la senda de la virtud, y esperaba que la persecucion de Arturo terminaria á causa de su constante resistencia; y aun creia haber ya demostrado á éste que eran inútiles sus tentativas. En este estado, una tarde salia de su taller, detúvola un momento Mad. de Bodin, diciéndole:

—Entrad un poco á ver á Mr. de Souvreay: ya hace tres semanas que no os hemos visto.

Eugenia halló en esto un medio para evadirse de Arturo, si acaso esperaba la hora acostumbrada de su salida: asi entró en casa del anciano.

—Entra, entra, hija mia: el amo está en el salon.

Comenzaba á anochecer, y al entrar observó Eugenia que Mr. de Souvreay no estaba solo; mas no pudo distinguir quien era la persona que le acompañaba, y que en aquel instante se levantaba para retirarse. El anciano obispo, al entrar la jóven, estaba diciendo:

—Si, milord Ludney, mucho me agrada saber que vuestro padre recuerda la buena acogida que me dispensó en otro tiempo en Inglaterra, y que esté seguro haré lo mismo en Francia con su hijo. Venid á verme con frecuencia, pues no solo encontrareis en mi sociedad ancianos, cuyo austero trato tal vez no os podrá complacer, sino que tambien encontrareis algunos jóvenes de vuestra edad con quienes desearia entabláseis relaciones. Son hijos de mis amigos de las provincias, que he logrado acomodar en varios destinos de la casa real. Son valientes y leales y saben cuanto debe al apoyo de Inglaterra la causa de los Borbones. Estad seguro que gustarán mucho ofrecer su amistad á un hijo de los mas ilustres personages de esa nacion generosa.

El anciano, que esperaba ya su antiguo destino, acabó de pronunciar estas palabras con cierto tono cortesano, como quien quiere de nuevo acostumbrarse á una manera de hablar elegante y diplomática. Eugenia observaba todo esto, y vagaba en ella una muda sonrisa, á pesar de la habitual melancolía de su semblante, al oir contestar estas palabras:

—Tendré el honor de venir á veros con frecuencia, y espero hallar en mis visitas mas motivos de placer del que me indicais.

Estas palabras sofocaron la sonrisa de

Digitized by Google

Eugenia, al conocer la voz de Arturo, y llegaron á su corazon como una amenaza. Fué tan viva la emocion que ésta produjo, que agitada por un movimiento involuntario de terror, esclamó diciendo:

—¿Quién está ahí?

—Quien os ama y os poseerá, respondió en voz baja Arturo, pasando rápidamente por su lado para salir.

—¡Hola! hija mia, dijo entonces el anciano que habia permanecido en su sillon; ¿qué es lo que me ha dicho tu amiga Bodin? dicen que frecuentemente te hallan triste, melancólica y llorosa: ¿sigue maltratándote tu madre?

—Ya estoy acostumbrada, respondió Eugenia.

—¿Segun eso hay algo de nuevo? ¿Acaso está descontenta de tí Mad. Gilet y quiere despedirte?

Al contrario, dijo tristemente la jóven, hace ocho dias que me aumentó el salario.

—¡Ah! ¡ya caigo! ¿Será verdad lo que me han dicho de que eres ambiciosilla, que con nada estás contenta, y que son muy elevados tus deseos?

—No, á fé mia que no; no pido mas sino que me dejen tranquila donde estoy.

—Veamos, veamos, repuso el anciano haciendo señal á Eugenia de que se acercase; ¿habrá interrumpido tu sosiego ese cieguezuelo de Cupido? Cuidado con ella, Eugenia, porque este conduce á mal punto: acuérdate de Mad. de Bodin.

—¡Pero si yo no le amo! dijo llorando la jóven.

—¡Ah! ¡ah! ¿con qué hay de por medio alguien?

—Si, dijo Eugenia con resolucion, si, y es ese jóven que acaba de salir, que me persigue y acecha por todas partes; y estoy, segura, señor, que solo ha entrado aqui para verme y hablarme.

—¡Cáspita! prorumpió el anciano con ronco acento; señorita, vuestra vanidad hace aqui el mas hermoso papel. Desistid de esa necia presuncion de que un hombre del rango y fortuna de Arturo piense en una jóven como vos: es un consejo que os doy, aunque no desconozco vuestras altas pretensiones, y que os reputais digna de mas elevada posicion, solo porque en vuestro trage usais las modas de los altos personages.

La jóven del pueblo habia abierto su corazon á uno de esos hombres que están destinados á conducirlo por la senda del deber y la virtud: asi la jóven habia manifestado sus temores al anciano, y ya has visto, baron, cómo fué recibida y entregada á su inesperiencia. No te diré que esto fuese efecto de maldad por parte del anciano Souvreay; pero procedió ciertamente con esa indiferencia reprensible con que el noble mira al plebeyo, no presumiendo que ninguno de los de su clase puede dañar á los que la suerte ha colocado en las clases inferiores.

Oida por Eugenia la contestacion de monsieur de Souvreay, volvió á su casa decidida á no salir en mucho tiempo; y al efecto pidió á la Gilet trabajo para su casa, creyendo haber encontrado al fin un asilo seguro, impenetrable para su perseguidor. Asi pasó la semana, y el domingo vino á verla Teresa, proponiéndole buscar otro paseo lejos y separado del de los domingos anteriores, hácia la campiña.

—Tu madre, le dijo, no vendrá á casa hoy, porque Mad. de Bodin le ha buscado una buena ocupacion.

—Si, respondió Eugenia, hace dos dias que ha ido á cuidar á una anciana inglesa, y me ha dejado sola.

—Sin duda estarás fastidiada, amiguita mia, repuso Teresa.

—Es verdad que no me divierto, contestó Eugenia, á la cual comenzaba ya á fastidiar la soledad, una vez desvanecido el temor de las persecuciones de Arturo en el intérvalo de ocho dias.

—Vamos, ven conmigo, continuó Teresa.

Vaciló por un momento Eugenia y se negó diciendo:

—No, hoy no: acaso dentro de ocho ó quince dias te complaceré.

—Como quieras; no he de dejarte sola y pasaré contigo la tarde. Voy á decir que no me esperen.

Salió en efecto Teresa, y volvió á poco. Sentáronse las dos junto á una mesa, y hablaron mútuamente de la tristeza de Eugenia; mas esta, que no habia olvidado aun la repulsa que debió á su confianza á Mr. de Souvreay, no pensaba abrir su corazon á una jóven como ella, ligera é inconsecuente, y que varias veces le habia dado consejos que le eran desagradables. No quiero decir con esto, dijo el diablo á Luizzi, que Teresa fuese una muger corrompida, ni que conociese á fondo lo que puede ganar una jóven en la prostitucion; pero miraba con tédio la desgracia de Eugenia, y consideraba el estado miserable á que estaba reducida. En medio de sus conferencias llamaron á la puerta, y hé aqui que se presenta Arturo Ludney. Eugenia dió un grito; y Teresa la dijo con soltura:

—¡Y bien! si, él es.

—¿Le conoces? ¡tú! ¿y te atreves á introducirlo?

—¡Vamos! ¡vamos! dijo Teresa, no seas mala compañera: si, le conozco, y como no puedo verlo en mi casa, porque mis padres no lo quieren, he creido que nos dejarias hablar un momento juntos...

En este instante pasó el alma de Eugenia por cierta crisis estraña, y seguramente fué necesaria toda la turbacion que le produjo el descubrimiento de las relaciones de Arturo con Teresa, para no haberle lanzado de su casa.

Digitized by Google

Segun esto, era á Teresa á quien el inglés perseguia y á quien venia á visitar, ¿qué temia, pues, Eugenia? ¿qué ilusiones se habia forjado? ¿Habiala estraviado su orgullo, hasta creer en un amor quimérico? Todo cuanto imaginara de su belleza y distincion habia sido pospuesto por Arturo á la hermosura y gracias de Teresa. Esto la humillaba cruel-



La persecucion de Arturo habia herido su orgullo.

mente, y recordando las palabras del anciano Souvreay, preguntábase si seria en efecto una necia presuncion acompañada de una desmedida vanidad, ignorando, sin duda, que si así hubiese sido, no habria podido dirigirse á sí misma esta pregunta, pues jamás, en ninguna circunstancia de la vida, duda la vanidad de sí misma.

—¿Cómo es eso, disculpas tú la vanidad? dijo Luizzi.

—Si, porque vuestra humana necedad la confunde alguna vez con el orgullo, y esto me pertenece, baron.

—A ti y á Eugenia.

—Tambien á ella: á esa pobre niña que queriendo castigarse el haber temido una injuria, y que debia avergonzarse de la situacion en que la ponia su descubrimiento, consintió que el inglés hablase en su presencia de amores con Teresa; convenciéndose á cada palabra de que no fué ella la hermosa deseada ni querida, sino que por sola casualidad se habia divertido Arturo con sus temores.

Digitized by Google

—Ahora que lo sabes todo, dijo á Eugenia Teresa, ya no concebirás esas necias sospechas que te espantan; y vos, Arturo, no os divertireis mas atormentando una niña que podreis hacer caer en la demencia.

No puedes formarte idea del anonadamiento de Eugenia: animábale solo una esperanza, y era la de que algun dia se habia de conocer su carácter sostenido, puesto que la persecucion de Arturo, habia herido su orgullo, siendo asi que Eugenia debia inspirarle á la vez amor y respeto. Sin embargo, la conviccion de que Arturo se habia burlado de ella, desgarraba su amor propio; asi permaneció inmóvil y muda viendo la escena que se representaba en su presencia.

Teresa era una verdadera jóven del pueblo, amante del placer, del bullicio y locas alegrías: por lo cual apenas la dijo Arturo una palabra, se salió al instante esclamando:

—¡Ah! vamos á pasar una velada deliciosa: cenaremos los tres juntos y nos divertiremos mucho.

Diciendo esto se retiró para disponer lo necesario.

¿Habia acaso preparado Arturo esta escena, ó era producida por ese genio del mal, que siempre está presente cuando falta al alma la fuerza resistente y está próxima á sucumbir? Este es un secreto que aun no me es dado revelar: solo si te diré, que una sola circunstancia podia hacer que Eugenia escuchase á su perseguidor, y esta habia ya llegado. Eugenia tocaba ya la desesperacion, y miraba su orgullo abatido, dudando de sí misma, á la manera que el hombre de ingenio ve recompensada la charlatanería, y á sí mismo se pregunta: ¿no soy yo, por ventura, superior? Tal era la ocasion en que Arturo se atrevió á declararse á Eugenia, diciéndole:

—He engañado á Teresa; solo á vos os amo y es á quien he querido visitar. Irritado por vuestros desprecios, escribí á Lóndres para que me remitiesen cartas con que poder tener entrada en casa del obispo Souvreay, donde ibais algunas veces.

Eugenia escuchaba, porque su orgullo se iba reanimando con la idea de que no era una necia vanidad la creencia en que habia estado de que Arturo la amaba.

—A pesar de esto, continuó el inglés, huísteis de mí; mas yo juré volver á veros, y he persuadido á esa jóven á que la amaba, solo para poder tener ocasion de visitaros.

No puedo esplicaros, dijo el diablo á Luizzi, el placer con que seguia escuchándole Eugenia y cómo levantaba su frente al ver humillada la que un momento antes consideraba como rival victoriosa.

—Si, le decia Arturo, la he engañado, la he sacrificado á la necesidad de veros un minuto, un momento, para deciros que no hay medio que no esté yo resuelto á emplear para llegar hasta vos.

Este lenguaje hacia ver á Eugenia que era amada con esceso por un hombre que consideraba demasiado elevado para que pensase en ella. Si, baron, si; Eugenia oia con orgullo esta declaracion de amor, y no habia aun acabado Arturo, cuando se sentia ya reanimada y decidida casi á dar las gracias á aquel hombre que primero la hizo dudar de sí misma, y luego le volvió todas sus esperanzas, mucho mas satisfactorias que antes.

Volvió Teresa en el acto mismo en que Eugenia debia conocer que la presencia de Arturo en su casa era una falta que ella misma se habia permitido cometer; empero deseaba ver cómo éste habria de desempeñar entre dos mugeres el papel que habia tomado. Arturo, á la verdad, aunque jóven, era hábil y poseia ese lenguaje artificioso de espresar con vehemencia el amor: asi que, mientras encantaba á Teresa con fingidas declaraciones, daba pábulo al orgullo de Eugenia con respetuosas espresiones, que Teresa consideraba hijas de la indiferencia; pero á Eugenia le hacia conocer, con interior placer, la distancia que mediaba entre ella y su compañera.

Bastábale esto á Arturo, pues sabia que captando la voluntad de Eugenia, podia entrar, á ciertas horas de algunos dias, impunemente en su cuarto. Despues de haber hallado medio para concurrir á casa de Mr. de Souvreay, y de haber conducido á ella á Eugenia por medio de Mad. Bodin, y en fin, de haber seducido á Teresa para poder penetrar en la morada del objeto de sus afanes, logró todavía mas, y fué que le facilitasen la entrada en casa de Mad. de Gilet, de quien alcanzó que distinguiesen á Eugenia como la jóven mas hábil de aquel cuartel, y que lady Ludney, su propia madre, pasase á la bohardilla de Eugenia á encargarle la hechura de un trage que esta no pudo rehusar, puesto que fué encargado en presencia de su madre, prometiéndole una cantidad considerable en pago de su trabajo.

Sucede, baron mio, continuó alegremente Satanás, que llega una hora en que la virtud está cansada de luchar contra la desgracia: esta hora llegó para Eugenia, que habiendo revelado á su madre el secreto de Arturo, oyó que esta le dijo:

—No temas. No debes hacer mas que defenderte, y esto no es muy difícil. ¿Crees que nunca han de decir nada? En cierta ocasion vino Perico, á quien tú conoces, con ciertas pretensiones, y le recibí de tal modo, que mas de un mes tuvo la cara ensangrentada.

Hé aqui lo que entendia Juana por defenderse, y en vano su hija pretendia hacerla entender que las visitas de Arturo podian conducirla á otros peligros mayores que el de una exigencia brutal: en vano se esforzaba para esplicarlo como un hombre de un carácter tan firme y resuelto podia ser temible

para una jóven. En efecto, el terror le hacia escuchar á Arturo, que la visitaba diariamente, en nombre de su madre, y le hablaba sin cesar de amores, lisonjeando su fantasía con las ideas mas halagüeñas de grandeza, que eran sus sueños favoritos. El noble inglés, á pesar de su alta categoría, se habia humillado hasta el punto de tomar parte en las cosas materiales de la casa; y no lo hacia con ese carácter francés qne todo lo mira como juego, á todo se allana sonriéndose, y todo lo considera como cosa trivial y de poco aprecio. Se conocia, pues, que Arturo todo lo hacia sufriendo interiormente, á semejanza del hierro cuando se dobla. Este hombre, en fin, á cuyos pies se arrastraba la pobre Teresa, viendo escapársele su amante, se humillaba sin cesar lisonjeando los caprichos de la orgullosa Eugenia.

—¿Quereis que abandone á Teresa y que la reciba mal? la decia.

—¿A mí qué me importa?

Teresa entraba al anochecer en casa de Eugenia, segura de encontrar allí al que tanto la habia perseguido, y á quien ella seguia despues.

Arturo compensaba con desprecio el que no fuese esta suficiente á escitar los celos de su amada Eugenia.

Entretanto pasaban los dias sin que el inglés pudiese ganar el corazon de ésta, porque adulando con la humillacion su orgullo, le irritaba por otra parte con el lenguaje, cuya tendencia no podia complacerle. No podia durar mucho tiempo este estado para un genio resuelto como el de Arturo, y conociendo la impotencia de los medios seductores, empleó la amenaza. Un domingo por la tarde llamó Arturo á la puerta de Eugenia en ocasion que todos los vecinos, como tenian de costumbre en este dia, se hallaban fuera, y para mayor seguridad habia éste dado á Teresa una cita bien distante para que no pudiese ir á casa de su amiga aquella tarde. Entró, pues, y proyectó arrancar con violencia una victoria que se habia escapado á su constante seduccion. No pudo, sin embargo; á pesar de sus esfuerzos triunfó por entonces la virtud y la firmeza; pero en el momento en que las pretensiones de Arturo le habian hecho verter copiosas lágrimas, se presentó Teresa, que sospechó por el empeño de Arturo á la cita y por los celos que habia concebido de Eugenia, que éste no concurria, como en efecto sucedió. Entró, pues, Teresa, y viendo en este estado á su amiga delante del inglés, no pudo menos de suponerla de acuerdo con éste para engañarla en la cita; era ya este demasiado cargo para la desgraciada Eugenia, que resolvió, en aquel mismo momento lanzar á Arturo y á Teresa, avisando acto contínuo á lady Ludney que no podia continuar trabajando para ella.

Sin duda tú no sabes, baron, hasta qué punto se humilla una muger cuando ha roto los vínculos del honor. Teresa, aunque celosa de Eugenia, á quien ya aborrecia, viéndose por ella abandonada, volvió al dia siguiente á darle satisfaccion por sí y á nombre de Arturo, que le habia obligado á procurar esta humillante transaccion. Arturo lo habia mandado, y Teresa habia obedecido; porque á tal precio queria comprar su amor, segun él se lo habia prometido, y por esto no dudó humillarse á los pies de su rival para obtener la gracia de su amante. Sois los mas crueles tiranos, decia el diablo á Luizzi, cuando teneis en vuestras manos á una jóven desgraciada, cuya razon habeis ofuscado, y cuando despues de haberla perdido para con vosotros mismos la esponeis al desprecio de propios y de estraños.

Bien conocia Arturo que todo esto podia suceder, y por lo mismo ponia en juego todos sus resortes.

Conmovida Eugenia de tanta humillacion, no pudo menos de perdonar á Teresa sus infundadas sospechas, y la dejó entrar de nuevo en su casa. Arturo se atrevió á volver cuando se hallaba en ella Juana, manifestando de parte de su madre el disgusto qué á esta le causaba haber rehusado Eugenia cumplir la promesa de trabajar para ella, siendo asi que la recompensaba con profusion.

Quiso Eugenia escusarse; pero indignada Juana con la noticia de una decision tomada sin su consentimiento, respondió al inglés:

—Queda de mi cuenta, milord, queda de mi cuenta; yo me encargo de hacerla concluir su trabajo.

A esto se retiró Arturo, sin que su constante deseo de poseer á Eugenia disminuyese un punto con la idea de entregarla á la brutalidad de su madre; empero Eugenia se atrevió á declarar á esta las exigencias de Arturo, y la obligó á emplear los medios que para la seguridad de su hija el deber le prescribia. Sin embargo. Juana culpaba á Eugenia del atrevimiento de Arturo, y repetidas veces la decia:

—Si no aparentases con tus trages pertenecer á otra clase mas elevada que la tuya, no atraerias sobre tí las miradas de esos jóvenes, del mismo modo que lo hace la hija de un propietario: pero yo evitaré las consecuencias, echando al fuego esas muselinas y bordados, para que seas mirada y respetada como hija de una pobre trabajadora. Debes saber que se hacen demasiado despreciables los que desprecian su estado; asi es que ese jóven no te hubiera maltratado si tú no despreciaras la clase á que perteneces.

¿Sospechas tú, añadió el diablo, qué se hallen muchos corazones bastantemente fuertes para resistir semejante interpretacion de su desgracia? ¿Crees, asimismo, que no haya momentos en que el hombre quisiera haber cometido las faltas que se le atribuyen, antes que verse obligado á maldecir su ignoran-

Digitized by Google

cia y su virtud entregados á la desesperacion? Este momento se acercaba para Eugenia, abrumada del injurioso trato de su madre, que desconocia la constancia y continuo tormento de su hija. Esta sentia aproximarse el instante de verificarse lo que habia dicho á su madre: «Cuidado, cuidado, que me arrastrareis al mal; » y en el terror de la desesperacion, prefirió el crímen. Esto es lo que llamo yo orgullo, baron, continuó Satanás. Temerosa Eugenia de sucumbir débilmente á su desgracia, quiso desvanecerla suicidándose. Al efecto corre fuera de sí á la ventana y se abalanza.... Detiénela su madre por su desmelenada cabellera, y vuélvela hacia dentro con todas sus fuerzas, moribunda y ensangrentada.

Ya ves, baron mio, cuánta felicidad les traeis á esas jóvenes que son amadas por vosotros, y á quienes creeis les basta el honor de trataros para ser dichosas siempre.

—A un lado lecciones, dijo Luizzi, puesto que las diriges á quien no tienes que reprender una conducta semejante.

—Las dirijo, repuso Satanás, á quien hace poco que orgulloso con su baronía, me dijo: «Cuéntame las infamias de esa muger;» y, puesto que quieres saber lo que tú llamas infamias, continuaré contándotelas.

Algunos dias despues de esta ocurrencia, y al tiempo en que Juana se vio obligada á dejar sola á su hija enferma para salir á sus ocupaciones, entró Arturo. Eugenia dió un grito de terror; pero Arturo la contuvo diciendo:

—Eugenia, hace una hora he sabido estábais mala, y me teneis aqui: mi madre lo sabe ya todo, y me habia prohibido salir, haciendo que los criados no me perdiesen de vista, y amenazándome con partir los dos para Inglaterra si volvia á visitaros; pero esta noche hay baile en casa, y me he escapado corriendo para venir á pediros perdon.

Este hombre que asi hablaba, contaba solo veinte años; ¿y crees tú que una jóven pueda desconfiar de semejantes manifestaciones pronunciadas por un jóven con voz trémula y lágrimas en el rostro? Eugenia, la pobre Eugenia, solitaria y postrada en el lecho del dolor, compadecia al que por ella abandonaba los placeres; creyó en aquel escesivo amor, á que ella no correspondia, y esclamó tiernamente:

—Pues bien, es perdono; pero retiraos, no volvais mas, pues me matariais.

Prometióle no volver mas; pero iba todas las noches, en el momento que podia sustraerse á la vigilancia de su madre. Durante la enfermedad visitó á Eugenia un médico enviado por Arturo, suponiendo que un vecino de la casa le habia rogado que asistiese á aquella niña. El amante mismo venia furtivamente todas las noches á traer los remedios que el médico prescribia, dándole muestras de ternura, arrepentimiento y respeto, con que logró conmover á Eugenia, que al cabo de algunos dias ya no le prohibió que volviese. Iban reanimándose las esperanzas de ésta al aspecto de un sincero y verdadero cariño, cuando el infatigable seductor se dijo á sí mismo: «Ya es tiempo de que Eugenia sea mia; » y reiterando sus solicitudes, repitió la escena del domingo anterior, con una muger doliente y débil por sus heridas. Eugenia cayó moribunda, perdió á la vez la fuerza del cuerpo y la del alma, y en este estado esclamó: «¡Dios mio! ¿dónde estoy?» En aquel instante ya me pertenecia.

—Te pertenecia, dijo Luizzi, porque era presa de un mónstruo á quien inflamabas con tu espíritu maligno. No, Satanás, no te pertenecia.

—¡Insensato! repuso el diablo, que me crees tan malvado y estúpido como los hombres; ciertamente no me pertenecia porque la hubiese violentado un miserable, sino porque su orgullo tenia que ocultar una mancha. Eugenia habia caido inocente, pero se levantó culpable. No amaba á aquel hombre, antes le aborrecia; pero cuando le prometió volver, ella le dijo: «Os perteneceré hasta que me abandoneis; pero no reveleis jamás mi confianza. Para guardar el secreto de vuestro crímen, cargaré con la complicidad, con tal que me libreis del oprobio »

Mira, añadió Satanás, mira si me pertenecia entonces. Todos los vicios, baron, conducen á un mismo estremo: la debilidad de Teresa y su amor desordenado la constituyeron esclava de Arturo; y del mismo modo el orgullo y la idea de superioridad colocaron á Eugenia en la misma línea de su rival despreciada. No bien Arturo amenazaba á Eugenia con divulgar su oprobio, cuando esta engañaba á su madre para recibirle: no bien le decia: «Voy á manifestar que me perteneces,» cuando iba en secreto disfrazada á casa de Arturo.

¡No hubiera hecho mas Teresa!

Sin embargo, Arturo temia á Eugenia, puesto que no encontraba motivo para despreciarla; tiranizábala tanto mas, cuanto conocia que le era superior y comprendia que aun no habia llegado á poseer su corazon. No por otra causa la engañaba, y vas á saber de qué modo.

Cierto dia, posteriormente á la reconciliacion con Eugenia, exigió Teresa á su amiga le prestase varios adornos, pues tenia que presentarse á una señora de alta clase que lá necesitaba. Satisfizo Eugenia su exigencia, no por temor ni por condescender indiferentemente con los deseos de su amiga, sino por la consideracion que merecia una jóven á quién habia arrebatado, aunque contra su voluntad, un amante que adoraba. Quiso, pues, por esta razon contribuir, en cuanto pudo, á com-

Digitized by Google

pensarle tan grande pérdida, procurándole los adornos que necesitaba para presentarse mas lucida é interesante. A la noche del dia siguiente á esta ocurrencia, debia Arturo visitar á Eugenia; mas ya los vecinos habian censurado estas visitas, por cuya razon Juana le manifestó á Eugenia en aquel dia, que si continuaba dando motivos de sospechas, la lanzaba de su casa. Eugenia guardó silencio, y al dia siguiente, antes de ir al taller de la Gilet, quiso hablar con Arturo para informarle de la determinacion de su madre. Con tal objeto se dirigió á casa de éste pretestando verá lady Ludney, con lo cual franqueóse la entrada, á vista de los porteros, hasta la habitacion de su amante. Consistia esta en una antesala, un salon y un dormitorio dispuesto en línea recta. Por casualidad halló Eugenia abierta la puerta de la escalera que conducia á esas habitaciones, y entrando en la antesala notó abierta la puerta del salon. Atravesóle para llegar al dormitorio de Arturo, cuya puerta estaba cerrada, el jóven, al sentir que procuraban entrar en su estancia, gritó en alto voz:

—¿Quien está ahí?

—Soy yo, soy yo, respondió Eugenia trémula, y casi al mismo tiempo le pareció oir otra voz que la de Arturo. Era demasiado temprano y no estrañó que le respondiese:

—Aguardad un momento, que voy á levantarme.

Sentóse en un ángulo del salon, escuchando atentamente si percibia otra vez el acento de aquella voz que le habia parecido oir, é iba á acercarse á la puerta cuando reparó que pendia una cinta de color de rosa entre los pliegues de una cortina doblada. A la vista de este objeto se levantó y dirigióse hácia él pálida y trémula, cual si un golpe inesperado la hubiese herido de repente. Vaciló un momento; mas al fin desdobló el cortinage, y reconoció el gorro que el dia antes le habia prestado á Teresa: mira entonces en torno suyo con una indignacion inconcebible, y entre los cojines de un sofá vió la hermosa pañoleta que tambien le habia prestado; como asimismo no lejos en un rincon descubrió los encages que ella misma la habia puesto. Todo estaba empolvado, todo esparcido por el suelo como señal del frenesí que dominaba á su amiga cuando se despojó de unos adornos que pertenecian á Eugenia. Esta desgraciada circunstancia fué grande para ella, puesto que le ofrecia conocer á Teresa. Sobrecogióle un terror profundo, considerando si entregada al mismo seductor acabaria por desprenderse de todo sentimiento de pudor, del mismo modo que se habia desprendido de aquellos adornos. Debes saber, baron, que el temor del vicio era tan grande en el corazon de Eugenia, que solo esta idea pudo sofocar la cólera é indignacion que cualquiera otra muger hubiera esperimentado en su lugar.

Arturo salió en el momento en que Eugenia tenia los adornos en la mano, y acercándose á ella vacilaba entre las dudas de si convendria con lágrimas, ó con amenazas, prevenir una escena tan desagradable y escandalosa; mas Eugenia no le dió tiempo para decidir, puesto que mirándole á sangre fria, le dijo con altivo desden:

—Milord, cuando el hijo de un par de Inglaterra tiene una dama pobre, no le permite que mendigue adornos y vestidos para presentarse en el rico palacio de su amante: milord, decid á la vuestra que le doy de limosna lo que le he prestado. Arrojó á los pies de Arturo cuanto tenia en la mano, y se apresuró á salir; mas éste la detuvo, colocándose delante de la puerta: retrocedió, pues, Eugenia, y dirigiéndole segunda vez una mirada de desprecio, fué á sentarse en un sillon.

—Eugenia, dijo Arturo acercándose á ella, escucha y perdóname.

Miróle atentamente la jóven, y el orgulloso Arturo arrojóse á sus pies diciendo:

—Eugenia, ¿no quieres oirme ya? ¡Solo á tí te amo! ¡solo á tí te quiero amar! Y diciendo esto, tomóla de la mano para abrazarla.

Entonces se abrieron paso las lágrimas; los sollozos rompieron la barrera que le habia puesto el orgullo humillado, y durante algunos momentos sintióse Eugenia poseida de ese abandono de sí misma que conduce muchas veces al suicidio. Empero como un rayo pasó su desesperacion, puesto que lo que constituia su debilidad era para ella un motivo de energía, pensando que su muerte seria un triunfo sobrado lisonjero para el amante que la hubiera dominado hasta la tumba. Determinó, pues, vivir; pero no rodeada de lo que pudiera revelar su desgracia y humillarla. Habia ya tomado su resolucion antes de volver á su casa, y esta consistia en venderse, en cierto modo, para poder salir de Francia.

Por aquel tiempo algunos ricos capitalistas buscaban trabajadoras inteligentes para trasportar las modas de Francia á Inglaterra, donde eran muy estimadas, y en cuanto les era posible escogian jóvenes lindas, para que con su personal diesen mas mérito á los nuevos adornos que querian hacer adoptar á las inglesas. Frecuentemente se habia hablado en casa de la Gilet de las ventajas ofrecidas á las jóvenes que quisiesen espatriarse: pero la permanencia en pais estrangero arredraba á las parisienses, por cuya razon hallaban los especuladores muy pocas trabajadoras que quisiesen abrazar este partido. Eugenia aspiraba no tanto á un buen salario, como á salir inmediatamente de Francia; así, pues, dejó éste á beneficio de su madre, reservándose únicamente lo que podia necesitar para vivir en Inglaterra.

La naturaleza humana, querido baron mio, solo posee cierto grado de vigor, y cuando hace algun esfuerzo queda fatigada y abatida;

Digitized by Google

pero Eugenia aun todavía conservaba energía para llevar á cabo su proyecto. Habíale escrito Arturo, y por rara coincidencia le aconsejaba precisamente el proyecto que acababa de realizar.

«Idos de París, la escribia, porque Teresa ha oido la confesion que me hicisteis, é irritada me ha amenazado con divulgar vuestra situacion. Partid para Inglaterra, yo os proporcionaré los medios, y dentro de pocos dias iré á veros. No olvideis que sois madre y llevais una prenda que me pertenece, de cuya vida no podeis disponer, puesto que es un depósito que os confio hasta el dia que yo lo pueda poseer. Espero que antes de que aparezca en el mundo habré obtenido el perdon que os he exigido. Sir Arturo, como amante, ha perdido el derecho de suplicaros, como padre de vuestro hijo, lo tendrá de demandaros que conserveis vuestra existencia.»

Esta carta la entregó á Eugenia aquel otro inglés que acompañaba á Arturo la primera vez que ésta le vió en el paseo de las Tullerías. Leyóla toda sin pronunciar una palabra, y cuando la hubo concluido preguntóle Back (que era el nombre del dador), qué respuesta debia llevar á Arturo, Eugenia reflexionó un instante y le dijo con voz tranquila:

—Decidle que dentro de quince dias estaré en Inglaterra, donde le veré, no para oir su justificacion, puesto que un padre no la necesita para probar á una madre el interés que toma por su hijo, sino para darle el título de padre, único con el cual podré volver á verle.

Para que Eugenia pudiese cumplir el deber que se habia impuesto, era preciso que Arturo dejase de perseguirla; mas no lo hizo asi; antes al contrario, incesantemente la seguia, ínterin preparaba su marcha, obligándola á oir las seguridades, sin cesar renovadas, de su arrepentimiento. No era ya aquel amante arrebatado é impetuoso quien hablaba; era un padre que comprendia el lleno de todos sus deberes; era, en fin, un hombre honrado que queria reparar el crimen cometido en un momento de estravío. Eugenia quiso creerle, no porque le amase, sino porque le pertenecia; porque era padre de su hijo y abrigaba la esperanza de que, con este título, mereceria algun dia su aprecio. Haciale Arturo promesas que le daban derecho á creer que tal vez no tendria que avergonzarse de haberle tenido por amante, y no pudo menos de decirle:

—No; Arturo, no os aborreceré si quereis ser noble y honrado.

No sabia Eugenia donde iria á habitar en Lóndres, puesto que el negociante con quien debia trabajar no habia aun elegido el local destinado para el taller; por lo cual le fué necesario convenir con Arturo la direccion que debia dar á su correspondencia hasta noticiarle el punto de su morada. Era éste demasiadamente astuto y hábil para hacer creer lo que no sentia; asi aparentaba temer que Eugenia olvidase la direccion convenida; por lo cual la escribió en su pasaporte, en su cartera y en cuantos objetos llevaba ella consigo; en fin, reducidas á iniciales las palabras, las hizo grabar en un anillo que la obligó á recibir. Eugenia no pudo menos de apreciar tan minuciosos cuidados; pero ¡ah!... ¡Pobre jóven, que huia de su pais sin huir de su desgracia! ¡Pobre niña, que separada de su madre, sin decir á esta la mancha que llevaba impresa en su frente, iba á vivir entre estrangeros, cuyo lenguaje y costumbres ignoraba, y cuyo carácter desconocia!

Muy rápidamente, baron, te he contado este último sentimiento de Eugenia, su resolucion, su esperanza y su partida: mi narracion ha sido tan corta como el tiempo que bastó para efectuarla.

—Comprendo, respondió Luizzi, comprendo la desgracia de esa jóven.

—Si, repuso el diablo, considérala desgraciada y consérvale este nombre hasta que la llames desgraciada esposa, desgraciada madre. Oye, pues:

Llegó, en fin, Eugenia á Inglaterra, y al aspecto que ofrecia una jóven sola, viajando en un coche público, la grosería de los aduaneros ingleses, y la curiosidad del populacho, para ver pasar á una francesa, le decian sin cesar: has huido de tu patria, del seno de tu madre y de los lugares en que pasabas tu juventud, únicamente porque un miserable te detuvo con violencia en la senda que seguias del honor y la virtud.

Llamábase Legalet el negociante que habia de establecer en Lóndres el taller de modas francesas, y tenia en Paris un brillante establecimiento, dirigido por su esposa y por su hija llamada Silvia.

El de Lóndres lo confió á su hermana llamada Mad. Bernard. Esta señora era viuda de un director de orquesta de uno de vuestros mas célebres teatros, y como esta circunstancia le diese ocasion para conocer á muchos actores y actrices, encontró en Lóndres á algunos de estos, con los cuales estableció en su casa una brillante reunion, á la que tambien asistian los negociantes franceses establecidos en aquella capital. Entre las actrices se hallaba una llamada Firet, que habia envejecido en la licencia y devaneos. Esta se hizo presentar en casa de Mad. Bernard, proporcionándole la hechura de los trages de las mas elegantes actrices, con lo cual se familiarizó bien pronto en la casa. En aquella época, un trage á la francesa constituia el mayor lujo entre las señoras. Tambien los hombres habian acudido á Francia á pagar el tributo á la moda, y la posesion de una cortesana francesa era el colmo del buen gusto entre los libertinos. No lo ignoraba la Firet, y no bien supo la llegada de Mad. Bernard con su comitiva de

Digitized by Google

lindas jóvenes, cuando calculó hacer una especulacion lucrativa. No habia aun trascurrido un mes, cuando la flor del libertinage se disputaba la posesion de las lindas francesas; pero Mad. Bernard, para evitar un desliz á las fragiles y una injuria á las virtuosas, ya por honradez ó ya por cálculo mercantil, supo impedir la entrada en su taller á toda clase de personas esceptuando las *ladys*.

Sin embargo, la Firet se habia granjeado la entrada y prometido entregar á Eugenia á lord Stive, que la habia visto en el *Arjile Room*, y parecióle muy linda.

Mad. Bernard escogia comunmente para que la acompañasen las jóvenes mas distinguidas en su taller, y las adornaba esmeradamente como modelo de elegancia y de buen gusto. La encantadora Eugenia, á pesar de su resistencia, era siempre preferida.

Dos meses hacia ya que esta se hallaba en Lóndres, y frecuentemente procuraba saber de Arturo Ludney; pero siempre se le contestaba que aun todavía estaba en Francia. Desvanecíase con esto rápidamente su esperanza, y su tristeza habitual iba trocándose en profundo abatimiento, cuando una noche acercóse á ella la actriz Firet y le preguntó si habia fijado la atencion en una bailarina que varias veces iba á comprar á su despacho de modas. Eugenia le respondió que en efecto la tenia presente. Contóle entonces la vieja actriz con muestras de admiracion, la brillante suerte que se le habia proporcionado. Muchos nobles, decia, que contaban sus riquezas por millones, se habian disputado su posesion; y en fin, pertenecia á un lord que la sostenia en una lujosa habitacion con criados, caballos, etc. Eugenia, que la oia con muy poco interés, respondió maquinalmente:

—Muy afortunada es.

Tomó la malvada Firet esta respuesta por un envidioso deseo, y repuso:

—Pues has de saber, querida, que todo esto es nada en comparacion de lo que sé yo que un lord quiere sacrificar por una muger que ama. Ante todo le ofrece treinta mil libras de renta en donacion perpétua é irrevocable; despues, durante todo el tiempo que permanezca con él en Inglaterra, un palacio en Lóndres, una posesion en sus alrededores, dos coches con cuatro caballos, diamantes, y en fin, una fortuna tal que llene las esperanzas de la muger mas ambiciosa.

—¿Y cuál es la dichosa muger que ha inspirado tan vehemente pasion? preguntó Eugenia, mientras doblaba un trage que habia concluido.

—La muger sois vos, y el hombre es lord Stive.

Antes que Eugenia pudiese desechar tan odiosa proposicion, retiróse la Firet, que muy bien sabia, como hábil corruptora, que tales proposiciones no se aceptan al momento, y que la primera negativa pronunciada en un acto de indignacion, atrae á veces un consentimiento.

A pesar del disgusto que produjo esta declaracion en Eugenia, ocupaba, no obstante, su mente aquella idea, y sucediéndose rápidamente los dias sin que Arturo se presentase, se apoderó de ella la desconfianza, y vaciló hasta el punto de creerse susceptible de incurrir en una falta. Tal vez se hubiera atrevido á cometerla, en el estravio de su humillado orgullo, si la idea de que en la senda del mal la habia de acompañar una muger como la Firet, no la hubiese horrorizado: asi que cuando volvió á presentársele, le impuso silencio; pero aquella lo guardó sin reputarla invencible.

Entretanto llamaba la atencion la tristeza de Eugenia, que ella disculpaba con la influencia del clima, esperando pronto restablecerse.

Cierto dia, no pudiendo ya soportar la incertidumbre que le atormentaba, se decidió a asegurarse por si misma de la ausencia de Arturo, y pretestando la necesidad de hacer algun ejercicio, salió con una jóven inglesa que hablaba el francés y podia servirle de intérprete, y se dirigió á casa de lord Ludney. Luego que llegaron, la inglesa rehusó acompañar á Eugenia, que fué introducida sola, despues de un largo rato de antesala, en la habitacion del lord, que era un anciano de aspecto severo, y en aquel acto se hallaba acompañado de un hombre, como de cuarenta años, que dirigió á Eugenia una mirada de sorpresa mas bien que de galantería. Dirigióse la joven á lord Ludney, el cual le respondió:

—*Y do not understand french.*

—Dice que no entiende el francés, dijo al instante el desconocido: voy á serviros de intérprete. Y repitió al anciano las palabras de Eugenia, que preguntaba si se hallaba Arturo en Inglaterra. Volvióse el lord y esclamó:

—*Who is she.*

—Pregunta quién sois, señorita, dijo el intérprete suavizando con el acento la pregunta.

—Soy una francesa, señor, y me llamo Eugenia.

A este nombre, que sin duda comprendió el anciano, levantóse y amenazó á la pobre jóven, que por sus gestos adivinó las injurias de que era objeto, y se retiró espantada hácia el desconocido, que procuraba calmar al anciano y podia al menos entenderle.

—¡Ay! ¡soy inocente, señor, soy inocente! esclamó arrojándose casi á sus brazos.

Pero subia de punto por momentos la cólera del anciano.

—Sosegaos, dijo el desconocido á Eugenia, pues cree que sois quien durante tres meses ha impedido el regreso de su hijo.

—¡Cómo! dijo Eugenia, ¡si hace ese tiempo que estoy en Lóndres!

Digitized by Google

El intérprete repitió estas palabras al anciano, y mientras hablaban los dos, creyó Eugenia oir pronunciar el nombre de Teresa. Se calmó repentinamente lord Ludney, miró mas sosegadamente á la jóven, y despues de haber pronunciado algunas palabras, salió del salon.

—Lord Ludney, dijo el intérprete, me ha encargado que le disculpase con vos, señorita, pues os habia equivocado con otra jóven que ha detenido á Arturo en Paris mas tiempo del que le era permitido; pero le he desengañado, porque sé que esa persona no tiene el nombre que habeis dicho.

—¿Se llama Teresa? esclamó prontamente Eugenia.

—Si, Teresa es el nombre que me ha dado Arturo.

—Segun esto, ¿se encuentra en Lóndres?

—Si, hace ocho dias.

—¿Dónde habita?

—En Covert-Garden, número...

—Voy allá, voy allá, gritó Eugenia con viveza.

—¿Me permitireis que os acompañe? Fuera de sí la jóven, aceptó sin meditar las consecuencias de este paso: tal vez si al salir hubiera encontrado á la jóven inglesa que la acompañó, la presencia de ésta la hubiera recordado que tenia quien la condujese á casa de Arturo; pero cansada de esperar se habia retirado, y Eugenia se vió precisada á entrar en el coche con aquel desconocido. Durante el camino, ofuscada con las lágrimas y los sollozos, no pudo observar la alegría é inquieta curiosidad con que la miraba el que la conducia. Llegaron, pues, á casa de Arturo, y abrióse prontamente la puerta al repiqueteo que anunciaba la visita de un personage. El desconocido entró, llevando de la mano á Eugenia, pasó rápidamente por delante de los criados, subió al cuarto principal, y abrió con violencia la puerta de un salon donde se hallaba Arturo reclinado en un sofá con la espalda hácia la entrada.

—Arturo, aqui os traigo una persona que he encontrado, preguntando por vos, en casa de vuestro padre, dijo el que conducia á Eugenia.

Incorporóse Arturo, sin volver la cara, y respondió con tono indiferente:

—¿Será alguno de mis acreedores que habeis tomado bajo vuestra proteccion? ¿sois capaz, milord, de haberme jugado esta partida?

—Soy yo, Arturo, dijo Eugenia adelantándose.

Volvióse á esta voz Arturo, miró con indiferencia á Eugenia, y componiéndose el pelo delante de un espejo, contestó:

—En este caso no es tan desagradable la visita. Y bien, miss Eugenia, ¿para qué me quereis?

La desgraciada miró á Arturo con tal asombro, que le parecia sueño lo que veia y oia.

—Me hareis el favor de apresuraros, le dijo Arturo, porque tengo empeñada mi palabra para ir á un desayuno. Veamos para qué me quereis.

—¡Lo que yo quiero, Arturo, lo que yo quiero!.... Olvidais quién sois, lo que me habeis hecho y que esta criatura...

—Se parecerá probablemente á su hermano, le dijo interrumpiéndola Arturo.

—¡A su hermano decis, milord!

—Si, á un hermanito muy lindo.

—¿Qué decís? ó vos ó yo estamos locos. ¿De qué niño hablais?

—De un niño que nació en 30 de marzo de 1814, en la misma habitacion donde seis meses despues cometí la ligereza de atentar contra vuestra virtud.

Esta acusacion fué un golpe terrible para Eugenia, y comprendió de donde procedia.

—¡Ah! veo quién me ha atribuido ese crimen: es Teresa, Teresa quien se ha atrevido á deciros....

—Teresa y mas que Teresa: un testigo que lo ha visto.

Aterrada Eugenia en vist a de tanta infamia, dió un grito ocultando la cabeza entre sus manos. Este ademan de desesperacion pudo atribuirse tambien á la vergüenza que le causara el descubrimiento de sus faltas; asi fué que Arturo lo tomó como espresion de la maldad que vé caerse su máscara, y entonces le dijo con tono de proteccion insolente:

—Os perdono, sin embargo, miss Eugenia; sé que es una diversion para las jovencitas francesas hacer pagar á esos necios ingleses los pecadillos de su juventud: no habeis sido por esto mas culpable que otra cualquiera, y quiero mostrarme generoso. Si vuestra posicion es desgraciada, os socorreré, porque mis acreedores no me han arruinado aun enteramente.

—Basta, milord, dijo Eugenia; callad, callad, que ya me ausento.

Quiso levantarse de la silla; pero no bien estuvo de pie, cuando le faltaron las fuerzas y se vió precisada á apoyarse en la pared para no caer en el suelo.

—¡Oh! ya sé que sois una buena comedianta, repuso Arturo

Estas palabras hirieron el corazon de Eugenia dándole fuerzas por de pronto para salir del aposento; pero aun no habia llegado á la meseta de la escalera, cuando le faltó el aliento y cayó desmayada.

Cuando ésta recobró el uso de sus sentidos, se halló en un magnífico aposento. El desconocido que la acompañó á casa de Arturo la esperaba al pie de la escalera, y al verla en aquel estado la hizo subir á su coche y la condujo á su casa. Encontróse la jóven en manos de una anciana que la hacia respirar olorosas esencias, y se retiró á una señal del desconocido.

Digitized by Google

—¿Dónde estoy? dijo Eugenia.

—En mi casa, respondió éste, y conmigo, que no os abandonaré como ese indigno Arturo; conmigo, que estoy persuadido de vuestra inocencia, que sé de cuánto es capaz la rival que os ha calumniado, y por lo tanto os ofrezco un asilo.

—¿Y quién sois vos? ¡Dios mio! preguntó la jóven llorando amargamente al oir tan nuevo lenguaje.

—Soy lord Stive, miss Eugenia, dijo éste observando en su semblante qué efecto producian estas palabras.

—¡Lord Stive! esclamó ella levantándose y mirando alrededor de sí con espanto. ¡Lord Stive! repitió huyendo de él.

—No temais, miss Eugenia; deduzco por vuestro espanto que os han informado mal de mí y de mi única esperanza. Es verdad que os amo; mas no como Arturo, para entregaros á la miseria y al abandono; os amo, pero para encumbraros al rango y brillo que mereceis: para elevaros á una posicion digna de vos: en fin, para haceros superior á las miserables mugeres que han osado calumniaros, porque yo creo vuestra inocencia, y no condeno la falta que habeis cometido con Arturo Yo la olvidaré, pues mi amor no quiere recordarla. Si os dignais escucharme, en pocos dias, mañana mismo, podreis, desde la cumbre de vuestra fortuna, despreciar á cuantos os han querido hacer desgraciada, al mismo Arturo, al insolente Arturo.

—Milord, respondió Eugenia; al decir que me juzgais inocente, me manifestais la conducta que debo tener. A pesar de que la proposicion que me habeis hecho me prueba que no debe de ser grande la estimacion que os debo, sin embargo, quiero suponerla sincera, probándoos que la merezco

—Miss Eugenia, repuso lord Stive, reflexionadlo bien, y no rehuseis la oferta de un hombre que puede llamarse uno de los mas poderosos de Inglaterra.

—No, milord, no; prosiguió Eugenia con frio acento, reprimido por la opresion de su pecho. No acepto..... No quiero aceptar... os perdono..... Nada absolutamente quiero: si, solo os suplico que me permitais me retire.

—Una negativa tan obstinada y tanta calma, despues de tan violenta desesperacion, deben hacerme temer alguna determinacion funesta.

—No, milord, no moriré, porque soy madre y he de vivir.

—Tened valor, continuó lord Stive, para implorar nuestra ley inglesa: id á denunciar delante de un magistrado el nombre del padre de vuestro hijo, y se le obligará á que lo reconozca y asegure su subsistencia y la vuestra.

—¡Oh! milord, dijo Eugenia volviendo la cabeza; las jóvenes francesas no sabemos hacer alarde de nuestra deshonra, ni alegar por ella un derecho. Preferiré morir.

—Creedme, añadió Stive; no abandoneis este recurso, esperando la miseria que conduce tambien á la muerte; y ya que tanto os repugna este paso, creed que bastará amenazar con él á Arturo para hacerle reparar su infame comportamiento. Tal vez si le hablara yo..

—Si alguna vez le hablais de mí, dijo interrumpiéndole Eugenia, decidle, milord, que la víctima vivirá para dar á luz el hijo de su verdugo; decidle que una muger pobre trabajará para alimentar al hijo de un rico; que hay un nombre que no saldrá ya mas de esa boca que ha profanado; en fin, que por última vez una jóven plebeya ha pronunciado delante de vos el nombre del conde sir Arturo de Ludney. Adios, milord, adios: nada mas tengo que decir sobre este asunto.

Retiróse diciendo esto, y á los pocos pasos detúvose de nuevo. Ignoraba las calles por donde debia ir: andaba vagando largo tiempo; seguia el camino que le indicaban, y á poco se estraviaba y perdia la direccion. Condújola un anciano á su casa. Fatigada de la pena y del cansancio, por la noche se apoderó de ella una fiebre ardiente; pero al cabo de ocho dias pudo estar ya entre sus compañeras.

Lord Stive no habia renunciado á la posesion de la jóven Eugenia, y probó lograrla infundiendo en ella la desesperacion. Para esto reveló á Firet el secreto de Eugenia, recomendándole emplease toda su sagacidad para conseguir su deseo. En efecto, la Firet pasó á casa de madama Bernard, y en estilo adulador la hizo entender que la hipócrita Eugenia la engañaba; pues habia descubierto que esta abandonaba su pais para ocultar el estado deshonroso en que se hallaba. Si únicamente Mad. Bernard hubiese oido esta confidencia, tal vez no se habria logrado el objeto; pero la Firet habló con aquel lenguaje de reserva que parece ocultar alguna cosa, y por el contrario la divulga: asi antes de dos minutos se sabia ya en todo el establecimiento la situacion desgraciada de Eugenia, y cuando esta bajó, al cabo de algunos dias, fué recibida con sonrisa de desprecio y con alusiones que la estremecian. Vió que se apartaba de ella una jóven con aire desdeñoso, y no pudiendo sufrir tal injuria, en un acceso de cólera le dijo:

—¿Qué temeis, puesto que parece os repugna tocarme?

—Temo dañar á vuestro hijo.

Forzoso es que te lo cuente todo, baron, para que estudies el corazon del hombre, puesto que deseas conocerlo. Sabe que la que asi insultaba á Eugenia habia sido madre seis meses antes, y ademas habia asesinado á su hijo y á su padre, y marchaba con la cabeza erguida en la seguridad de que era ignorado su crímen.

—Pero tú me hablas de mónstruos, esclamó Luizzi.

Digitized by Google

—No, sino de las consecuencias de vuestras costumbres. Como no compadeceis las faltas cometidas, muchos se ven en la precision de ocultarlas bajo el velo del crimen. ¡Ah! si vuestras costumbres fuesen tan equitativas como lo son algunas veces vuestras leyes; si pesáseis las faltas como pesais los crímenes, y si las disculpáseis como disculpais estos, absolviendo alguna vez los deslices, como hacen vuestros tribunales con algunos delitos, tal vez no habria tantas jóvenes inmorales, que son las mas implacables enemigas de las desgraciadas. Debes convencerte de que el hombre no es malvado solo por quererlo ser, y que no hay efecto sin causa en este mundo: únicamente vuestra pereza ó estupidez os impiden buscar la raiz de vuestros vicios para arrancarla con mano fuerte y atrevida.

—Quizá tengas razon, dijo Luizzi; pero volvamos á Eugenia.

—Mad. Bernard, prosiguió el diablo, le ofreció restituirla á Francia, y para que no sufriese las consecuencias de su estado, la prometió recomendarla á su hermano para que la protegiese en la populosa ciudad de Paris, donde todo puede ocultarse, asi como tambien divulgarse, como si fuèse una aldea.

Eugenia partió sola para Inglaterra con una leve esperanza, y regresó tambien sola á Francia sin ella.

No habia confiado su situacion á su madre antes de partir, y por consiguiente tampoco pudo hacerlo por escrito, porque esta no sabia leer.

—Este es un terrible lance, dijo Luizzi; tiemblo solo de pensar cómo recibiria Juana á su hija.

—Te engañas, baron, repusó Satanás; la inesperiencia de Eugenia no habia podido penetrar hasta el fondo del corazon de su madre; pero una desgracia le hizo conocer que esta no podria sustraerse á los sentimientos de humanidad que su pecho abrigaba. No maldijo á su hija, no la insultó ni se quejó de su debilidad; antes bien la ayudó á ocultar su situacion, de la cual salió Eugenia al lado de su madre dando á luz á esa Ernestina que tú conoces.

Las continuas desgracias de Eugenia le habian dado tanta superioridad sobre sí, que sufria con heróica resignacion los reveses de la suerte; asi vivia algun tanto feliz, dedicada á sus labores en la suntuosa tienda de madama Legalet, en la calle de San Dionisio. Su madre vivia en una aldea en las inmediaciónes de París, donde criaba á Ernestina. Cada quince dias iba Eugenia á visitar á su madre y á su hija, pasando al lado de estas uno de los dos domingos que en cada mes se la habian concedido.

Aun todavía habia de interrumpirse la tranquilidad que por algun tiempo esta gozaba; aun todavía tuvo que sufrir las asechanzas de Arturo, que volvió á París, y encontrándola cierto dia la siguió; mas no era ya tiempo de súplicas ni amenazas; quiso detenerla; pero ella le dijo en voz alta, de modo que llamase la atencion de los transeuntes.

—¿Para qué me quereis, señor?... no os conozco.

—Quiero á mi hijo, dijo Arturo, pálido de rabia y de vergüenza.

—¿Cómo se llama ese hijo?

—¡Cuidado, Eugenia, cuidado!

—Cuidado, señor, cuidado, respondió ella con desprecio, porque hay aqui cerca agentes de policía para detener á los transeuntes que insultan á las mugeres.

Arturo, el miserable y frenético Arturo fué vencido á su vez: la injuria fué proferida impunemente, pues no habia vuelto todavía de la furiosa enagenacion que despedazaba su alma, cuando Eugenia habia ya desaparecido entre la muchedumbre.

Trascurrido un año del regreso de ésta á París, un jóven de provincia llamado Alfredo Peyrol, fué recomendado por su padre á su antiguo amigo Mr. Legalet, para que completase su instruccion comercial en casa de un banquero. Era jóven, alegre, de animada conversacion, y original en sus modales como todo provincial, por lo que gustó mucho á madama Legalet, y mucho mas á su hija. Era por otra parte de un carácter atrevido, resuelto, hábil y sufrido: de modo que continuamente pugnaba su carácter con su educacion. Este lindo provincial pasaba largos ratos en el taller de Mad. Legalet, donde se hallaban varias jóvenes trabajando, y entre ellas la señorita Silvia, enamorada de éste, y que por tanto creia ver una adhesion particular en sus mas indiferentes acciones: asi una noche que se hallaba sola con Eugenia, en tono de confianza le dijo:

—¿Habeis observado cómo Mr. Alfredo me hace la córte?

—No, dijo Eugenia, que no habia mirado á Alfredo quizá dos veces desde que concurria al taller.

—¿Creeis, pues, que no me ama? repuso Silvia alarmada.

—No digo eso, sino que no he visto nada, sin duda porque estoy tan distraida.

—Pues os suplico que lo observeis.

—¿Por qué?

—Es que... os diré... desearia saber si me engaño.

—¿Qué os importa?

—Es que yo le amo, dijo Silvia bajando los ojos.

No pudo menos de mirarla Eugenia, pues amar era una palabra que ella habia oido pronunciar repetidas veces, pero que tenia una terrible significacion: con esta palabra creia ver de una parte todas sus desgracias, y de la otra la licenciosa vida de Teresa. Pero al observar la bella y candorosa fisonomía de

Digitized by Google

Silvia, vislumbraba otro amor que ella no conocia, amor grato al corazon; así le respondió tranquilamente:

—¡Ah! ¡vos le amais!

—Si, le amo, y cuando le veo entrar me parece que poseo cuanto deseaba; cuando me habla creo que su voz tiene un acento mas dulce que la de los demas, y mueve mi corazon como si le tocase con la mano; le oigo por distante que esté, y cuando me saluda me conceptúo dichosa, muy dichosa, hasta llorar de alegría.

—¡Oh! dijo Eugenia; ¡cuánto debe quereros para pagaros ese amor que le teneis!

—¡Ah! lo ignora, estas cosas no se dicen.

—¿Y él no os ha dicho nada?

—¿Se atreveria á hacerlo? Luis, que se casó con mi hermana, la quiso por espacio de dos años, sin decírselo, hasta tal punto, que mi madre tuvo que declararse por él! ¡Qué escena tan distinta de la que habia pasado Eugenia! ¡qué amor tan diferente de aquel de que ella habia oido hablar! ¡qué encanto tan nuevo para un corazon que habia atravesado espantosos precipicios! iba á llorar; pero se reprimió, porque no hubiera podido esplicar el secreto de sus lágrimas á quien le contaba candorosamente sus sentimientos. Sin embargo, deseosa de ver marchar á alguien delante de sí por esa hermosa senda, que ella no podia ya pisar, prometió á Silvia observar si en efecto la amaba Alfredo. Al siguiente dia puso la mayor atencion en el jóven, y notó que trataba á Silvia con la misma indiferencia que á las demas, y que si con alguna usaba mas galantería, era solo con ella; mas no se detuvo en esta observacion, que aun siquiera llegó á escitar en ella la idea remota de que la amase. Llegada la noche, vino Silvia para hablarle.

—Y bien, la dijo, ¿no es verdad que me ama? me ha dicho que estaba muy bien peinada.

—Sin duda que si, respondió Eugenia; mas temiendo ver engolfada imprudentemente aquel alma tan cándida: verdad es, añadió, que os lo habrá dicho, pero tambien me lo ha dicho á mí...

—Ha sido preciso para que no se notase la preferencia. Tambien advertiriais que recogió mi bordado cuando le dejé caer, lo halló muy lindo, lo tuvo mucho tiempo entre sus manos para tocar lo que yo habia tenido entre las mias, y en seguida, al devolvérmelo, me miró de un modo... Me quemaba cuando le volví á tomar.

—Es verdad, dijo Eugenia, arrugando la frente y mirando con cuidado en torno suyo. Guardó, pues, silencio hasta que Silvia la dijo:

—¿En qué pensais?

—En nada, en nada; y á poco continuó: no quiero, sin embargo, engañaros y dejar que ameis sino habeis de ser correspondida, porque debe sufrirse mucho siendo desdeñada.

—¿Y qué quereis decir? preguntó Silvia.

—¿No habeis observado que una de nosotras dejó caer su pañuelo, y él tambien lo recogió guardándolo algun tiempo?

—Cierto que si, y era el vuestro, repuso Silvia. Tambien se entretenia en anudarlo y desanudarlo, y en hacerlo un velo para ponérselo en la cara; pero entonces jugaba, reia y estaba alegre: esto es muy diferente.

El dia antes habia conocido Eugenia lo que es el amor en un corazon niño, y contemplaba la cándida ceguedad que acompaña siempre á esta pasion. No pudo menos de creer que dañaria cruelmente un corazon tan delicado arrancándole aquel error, y prefirió dejarle en él para otra vez decirle la verdad. Ademas, ¿no podia engañarse tambien ella misma, teniendo cerrados sus ojos á la luz de los hechos inocentes?

Trascurrieron de este modo algunos dias, y observando incesantemente Eugenia las acciones de Alfredo, casi se vió obligada á reconocer que á ella misma se dirigian sus furtivas miradas y sus equivoquillos, así como tambien que ella era el objeto de su alegría y de su tristeza, por cuyos medios se hace conocer frecuentemente un amor mudo. Entretanto Silvia nada veia, ó por mejor decir, veia solo lo que halagaba sus esperanzas, y confiando cada noche á su rival los débiles motivos que la hacian creer en el amor de Alfredo, dábale á entender que los indicios mas ciertos de un verdadero amor iban dirigidos á la confidente, y sentia ser amada, como si en esto le hiciese una traicion. Harto dolorida estaba aun de sus pasados tormentos, y quiso evitar todo cuanto podia constituirla en una nueva pugna con su corazon; así que procuró oponer entre Alfredo y ella obstáculos difíciles de superar. A pretesto de que el sitio donde se colocaba estaba demasiado lejos de una luz encendida cerca de Mad. Legalet, se retiró á un ángulo del taller, tras de la larga línea de jóvenes costureras; pero solo logró dar á Alfredo ocasion de manifestarle que la buscaba en todas partes y que sabia alcanzarla. Quitaba á una su labor, llamaba á otra, apartaba el asiento de aquella, y de silla en silla se colocaba junto á Mad. Legalet y Eugenia, sin que por esto dijese á ésta nada ni se atreviese á declararse, si bien se creia feliz con respirar su aliento.

Entreteníase Mad. Legalet con aquellas locuras juveniles, y llamaba festivamente al jóven el tirano del taller.

Al dia siguiente quiso sentarse Silvia en un rincon retirado de su madre, y como volviese Alfredo, presumió que por ella volvia, puesto que la habia seguido. En otra velada, si Eugenia se habia ceñido al cuello una cinta negra, decia el jóven que le gustaba mucho aquel color, y hé aquí cómo despues hablaba Silvia á Eugenia:

—Bien veis como Alfredo desea que me ponga una cinta negra, presumiendo que me ha de sentar muy bien. Poniase la cinta, y Eugenia se quitaba la suya; y Alfredo, descontento, decia en voz baja á Silvia, pero de modo que lo oyese su amiga, á quien dirigia una mirada quejosa:

—Sois muy buena, y os adornais con lo que me gusta.

Y cuando hubo llegado la hora de su conferencia, Silvia decia á Eugenia:

—Ya veis cómo me ha dado los gracias porque me he puesto una cinta negra: seguramente me ama.

Era un singular espectáculo el que ofrecia esta cándida ó ignorante jóven cuando advertia á su rival los homenages que. á su parecer, Alfredo le dirigia, y declaraba á Eugenia un amor que nadie podia comprender.

El disgusto con que Eugenia la escuchaba, y la frialdad con que atendia sus conferencias, no arredraba á Silvia: por eso se vió obligada á decirle un dia que tal vez su madre llevaria á mal continuase oyendo sus confidencias, creyendo que la ayudaba á dar pábulo á un amor que quizá desaprobaria. Silvia respondió al instante:

—No, mi madre lo sabe y no me riñe, pues Alfredo es un jóven tan honrado, tan respetuoso y bien educado!... Mi madre es quien me lo ha dicho todo, y ciertamente tendrá una satisfaccion el dia en que me pida en matrimonio.

Las palabras de la niña atormentaban á Eugenia, y esa voz *matrimonio* penetraba con dolor en su corazon. ¿Podria casarse con ella? Y suponiendo que el amor de Alfredo fuese tan sincero como debia creerlo, segun la descripcion que le habian hecho de un amor puro, ¿no debia desde entonces renunciar á él?

Imagina, baron, continuó el diablo, cuán ingeniosa es la pasion amorosa para introducirse en el pecho de los mortales: desde el instante en que Eugenia se conceptuaba indigna de ser amada, sintió en su alma no serlo, y temió ya ver aumentarse el amor de Alfredo. Entonces tambien dudó, y quiso saber si de la misma manera que Silvia, estaba ella tambien alucinada, para lo cual evitaba acercarse á Alfredo, no tanto para huir de él, como para probarle. El jóven la buscaba con igual constancia y astucia, llegando á su lado á favor de mil rodeos que no me detendré en esplicarte.

Observaba Eugenia sus acciones, y deducia éste que seria feliz á su lado, asi como ella lo seria tambien al de Alfredo; y se entregaba algunas veces á los lisonjeros sueños de una felicidad duradera, puesto que ella le amaba.

Cierto dia, volviendo Eugenia de la aldea donde se hallaba su madre, supo que una nueva costurera habia sido admitida en casa de Mad. Legalet, y á la mañana siguiente llegó su terror á lo sumo cuando vió que era Teresa. Con el mayor descaro saludó á Eugenia, como á su mas íntima amiga; pero Eugenia no pudo ahogar sus sentimientos, y habiéndole contestado con frialdad, se retiró lejos de ella para no hablarla.

Todo el dia ocupó á Eugenia el temor de que Teresa divulgase su secreto; sin embargo, su interior calma y el testimonio de su conciencia le daban bastantes fuerzas para decidirse en último resultado á salir de aquella casa. Llegada, pues, la noche, cuando Alfredo se hubo presentado, sintió que le dominaba enteramente el terror que le habia infundido Teresa; quiso ocultar el amor de este jóven y aumentó sus precauciones. Amábale, puesto que deseaba poner su amor á cubierto de la denuncia de su desgracia.

Antes de terminar la velada conoció que Teresa habia comprendido los designios de Alfredo respecto de ella, y casi por un momento estuvo decidida á humillarse ante esa Teresa que antes la habia perdido. Pasó toda la velada sin separar la vista de su labor, casi vertiendo lágrimas, y cuando se levantó para retirarse acercóse á ella Teresa, y con tono de innoble ironía le dijo:

—Gallardo es tu nuevo amante, pero tiene trazas de ser un poco necio: es un escelente pez para ser cogido en el anzuelo.

Era demasiado infame esta espresion para que Eugenia pudiese contestar, y volvió la cara con disgusto.

Vengóse Teresa del desprecio merecido con otro desprecio altanero, y conociendo en pocos dias el amor de Eugenia y de Silvia, se acercó entonces á ésta, procurando ganar la confianza que Eugenia desechaba. Ducha Teresa en el mal, no tardó en desgarrar el corazon amante de Silvia diciéndole la verdad para que en su despecho conspirase tambien contra Eugenia.

—¡Oh! esclamó Silvia, cuando Teresa le dijo que Eugenia amaba á Alfredo, es imposible; ¡ella, á quien se lo he revelado todo, á quien he abierto mi corazon!... ¡oh! seguramente me engañaba, y se burlaba de mí; es una crueldad y una perfidia sin ejemplo: se lo he de decir á mi madre.

—Y hareis perfectamente, repuso Teresa, queriendo diestramente llevar á cabo su venganza.

Silvia contó la traicion de Eugenia á su madre, que se indignó mas aun que la hija. A la mañana siguiente llamó á la desgraciada Eugenia y entrególe una carta, que era la que Mad. Bernard la habia dirigido desde Lóndres recomendándola la suerte de Eugenia y noticiándola todos sus secretos. Leyóla ésta con la cabeza inclinada, y se la devolvió sin contestar una palabra.

—Ya lo veis, señorita, dijo la indignada Legalet; todo lo sabia, y sin embargo, no he

Digitized by Google

dicho una palabra que pudiese humillaros delante de vuestras compañeras; todavía mas, no he querido que tuviéseis que avergonzaros delante de mí, y vos me recompensais atrayendo con vuestra coquetería el amor de ese jóven que destino para mi hija: ese jóven á quien ama mi pobre niña con amor inocente, mientras que el vuestro no es mas que un innoble y odioso cálculo.

—No, señora, no, nada he hecho para atraer á Alfredo, repuso Eugenia, y no le amo.

—En este caso, señorita, ya que solo él os ama, le diré quién sois y lo que sois.

—¡Ay! señora, esclamó Eugenia poniéndose de rodillas; saldré en este momento de vuestra casa; pero nada le digais, no me deshonreis á sus ojos. ¡Qué os importa atormentarme cuando ya esté lejos!

Mad. Legalet reflexionó un instante y respondió:

—Si, sé que habeis sido mas desgraciada que culpable; pero no lo seais en esta ocasion, engañando el amor de un jóven honrado. Decidle que nada tiene que esperar: una jóven puede muy bien estinguir una pasion cuando quiere. Con esta condicion no os echaré de casa y os prometo silencio.

—Hé aquí una buena muger, dijo Luizzi.

—¡Bah! repuso el diablo; si observásemos el fondo de esa indulgencia, sin duda vislumbraríamos algun calculillo no muy honroso.

—Esto es singular, esclamó el baron.

—Cierto que sí, esclamó el diablo. Madama Legalet habia tal vez presumido que saliendo Eugenia de su casa podria muy bien no volver á ella Alfredo, y entonces, ¡adios hermoso proyecto de casamiento entre su hija y un jóven que poseia ya doce mil libras de renta!

Eugenia aceptó la proposicion hecha por Mad. Legalet, y pasaba las veladas en presencia de Alfredo, observada sin cesar por miradas escudriñadoras que la obligaban á desechar bruscamente el cariño que se le dedicaba. Alfredo se dirigia á otra para probar á Eugenia que su amor no esperimentaba el mas ligero obstáculo; asi sufria Eugenia por una parte el temor de la denuncia de su secreto, y por otra, el sentimiento de no corresponder al que tambien amaba.

La presencia de Alfredo y el acento de su voz era un alimento de que Eugenia se nutria, y no tenia fuerzas suficientes para privarse de él, por mas que la negra envidia lo acibarase.

No quedó solo en Mad. Legalet el secreto de Eugenia, sino que la infame Teresa lo divulgó por todo el establecimiento, y se produjo la denigrante escena é insolentes hablillas que habia sufrido en Lóndres; pero ahora eran mas sensibles porque se dirigian á una jóven cuyo orgullo y amor humillaban á la vez.

Habia entretanto comprendido Alfredo que la repentina mudanza en la conducta de Eugenia debia proceder de una causa para él desconocida; sin embargo, lo atribuyó á que habian advertido su amor, el cual no convenia á las miras de Mad. Legalet, cuyos proyectos Alfredo habia vislumbrado. Decidido una noche á no alimentar locas esperanzas, á animar á la que por su causa era tiranizada, declaró, sin dirigirse á nadie, que habia resuelto casarse, porque hacia ocho dias que habia cumplido veinte y cinco años; que no anhelaba riquezas, porque si le faltasen sabria procurárselas con independencia, y que ningun obstáculo podria impedirle realizar este pensamiento con la que ya habia elegido, aunque perteneciese á la clase mas ínfima del pueblo.

Conoció Mad. Legalet á quien Alfredo se dirigia, y dispuesta á hacerle entender á éste que no queria mas recibirlo en su casa, procuró antes vengarse de la pérdida de sus esperanzas, y no bien hubo acabado de hablar el jóven, cuando repuso Mad. Legalet:

—Muy nobles son esos sentimientos, señor mio; pero supongo que entre las cualidades que quereis adornen á la que habeis elegido por esposa, será una de ellas la honradez.

A estas palabras se levantaron á un mismo tiempo Alfredo y Eugenia, y se miraron mútuamente: la palidez cubrió el rostro del uno al ver la terrible espresion del semblante de la otra, cuya mirada parecia ser el último *adios*. Seguidamente dejó la labor sobre la mesa, y se retiró para no caer desmayada, y cubierta de oprobio á vista de su amante: anduvo vagando, y por fin subió corriendo al quinto piso, donde habia una altísima ventana: Eugenia volaba al suicidio fuera de sí, loca y furibunda; faltábanle solo algunos minutos para consumarlo.

Alfredo la habia seguido, olvidando los deberes de la prudencia, y cortando esos débiles lazos sociales que vosotros llamais miramientos; llegó adonde ella estaba y la detuvo en el momento mismo en que iba á entrar en su aposento.

—Me habeis comprendido, le dijo el jóven, me habeis comprendido; os amo, sé que sois pobre, que vivís del trabajo que producen vuestras manos, y esto me ha inducido á amaros mas todavia. A nadie temais; os daré mi nombre, os haré rica, yo os lo juro; nadie osará entonces insultaros ni calumniaros.

Miró Eugenia á aquel noble jóven, que de rodillas delante de ella le cogia las manos y se las besaba amoroso.

—¿Me amais? le dijo ésta; pues bien, yo tambien os amo, y voy á daros una prueba manifestándoos que no quiero engañaros.

Abrió un cajoncito, sacó una carta y se la entregó á Alfredo. Solo contenia las siguientes líneas:

«Señorita:

«Venid sin falta el domingo, pues vuestra

hija está indispuesta, y vuestra madre me acusa de que no la cuido bastante.»

Quedó inmóvil Alfredo delante de la jóven, que le miraba, como que de su boca iba á salir una sentencia de vida ó de muerte. Alfredo, agitado, trémulas sus manos, inclinando su vista para verla, y sintiendo que su razon cuchar cosa alguna, dejando sola á su adorada.

—Oye, baron, dijo el diablo; quiero darte á conocer lo que es un dia de espectativa en la incertidumbre. Debo decirte ante todo que tal vez no estés tan arruinado como tú presumes.

—¡Gran Dios! esclamó Luizzi.



Quedó inmóvil Alfredo delante de la jóven.

se estraviaba en un mar inmenso de opuestas ideas, respondió á Eugenia:

—Mañana, mañana os daré la contestacion.

Diciendo esto, desapareció sin querer es-

—Pero tal vez, repuso el diablo, lo estés más de lo que crees: mañana á la noche lo sabrás.

—¿Será verdad? dijo el baron; ¿será verdad?

Digitized by Google

Y en vez de escuchar al diablo, daba pasos acelerados por la habitacion, esclamando con furor y dando gritos de desesperacion:

—¡Ah! si fuese posible, decia; pero tú me engañas, te burlas de mí y me halagas con esa esperanza para hacerme despues mas terrible la desgracia. Ya yo me habia conformado con ella, ya me hallaba resignado á sufrirla, ¡y quieres hacérmela mas penosa!... ¡Si quisieses sacarme de dudas! ¿por qué esperar á mañana?... Satanás, habla, no me hagas pasar el tormento de la incertidumbre, mas horrorosa que mi desgracia.

Miróle el diablo y respondióle:

—Eugenia fué mas fuerte, mas heróica que tú; no dió gritos convulsivos, no se entregó como tú á la desesperacion; y sin embargo, podia perder mas que las riquezas, perdiendo la última esperanza de su corazon.

—Pero no la perdió, dijo Luizzi, puesto que lleva el nombre de Peyrol.

—Al otro dia, continuó el diablo, Alfredo le escribió estas palabras:

«¿Quieres ser mi esposa?

—Ya entonces fué dichosa, repuso Luizzi, fué rica y amada, tuvo familia y sociedad, y su triste situacion cambióse felizmente.

—Si, dijo Satanás, pero comienza para ella una nueva série de infortunios, y puede llamársele ¡*Pobre madre*! Escucha, pues.

XXXVII.

POBRE MUGER.

Considero, dijo Luizzi, esa série de infortunios suponiendo un marido idólatra por algun tiempo de su esposa; que se cansa despues, la abandona, le echa en cara su debilidad, la relega al desprecio, y por último la deja en la soledad.

—Pues nada de eso es, prosiguió el diablo. Eugenia entró en la sociedad con el testimonio de su falta. Casóse Peyrol con ella contra la voluntad de su familia; si bien obtuvo el consentimiento de su padre, que la recibió muy bien y la protegió tanto como á su esposo; pero era inevitable la indiferencia con que debian mirarla los demas individuos de una orgullosa familia, que casi se avergonzaba de tenerla en su seno. Ademas de esto, atormentaban á Eugenia mil circunstancias que desgarran el corazon humano sin que uno pueda quejarse; y sobre todo aquella niña, á la cual no pudo Peyrol dar su nombre, y sobre cuya procedencia se pedian contínuamente esplicaciones. Si por casualidad la llevaba Eugenia á algun paseo ó á alguna visita, la mimaban, preguntándole al momento:

—¡Oh! ¡qué linda niña! ¿cómo se llama vuestra mamá?

—Mad. de Peyrol, contestaba:

—¿Y vuestro papá?

—No le conozco.

—Pobre niña, ¡qué hermosa es! Es mucha desgracia no tener papá.

Decíase esto delante de Eugenia, y si enviaba á su hija con alguna doncella, se hacia una crítica mas severa en su ausencia.

Peyrol fué siempre consecuente á su esposa, y sostuvo una contínua lucha con su familia, hasta el punto de tener que ir ocultamente á visitar á su padre, que se vió precisado á separarse de Alfredo, á pesar de ser el hijo mas querido, puesto que se hallaba anciano y los demas hijos le amenazaban con abandonarle sino cedia á las sugestiones del orgullo.

En este caso resolvió Alfredo pasar á París, y engolfado en aquella inmensa ciudad, gozó de reposo algunos dias, ocultando la procedencia de Ernestina, que supuso era hija suya. Empezaba á animarle la esperanza, cuando á los diez y ocho meses murió, volviendo del Havre, á causa de la esplosion de una máquina de vapor, y á una desgracia tan inesperada, siguióse la de una ruina.

El diablo desapareció, y Luizzi, abriendo una ventana, vió que no estaba el dia tan adelantado como suponia, y se entretuvo en leer de nuevo las cartas en que le participaban la pérdida de sus bienes. Leyólas varias veces y quedó desvanecida la esperanza que el diablo le habia inspirado: sabia muy bien que éste jamás le habia halagado con el porvenir sino para tenderle algun lazo en la desgracia. Ademas le habia dicho: «Tal vez no estés tan arruinado; pero quizás lo estés mas de lo que tú crees.»

El baron determinó obrar como si fuese cierta su ruina; no habia, por otra parte, escuchado en vano la relacion del diablo, y Eugenia le habia parecido la muger que en sus ilusiones habia visto; en fin, no le arredraba circunstancia alguna de su posicion, puesto que una vez casada Ernestina adquiria ya un nombre que borraba para siempre el de la desgraciada Eugenia, que aun todavía puede llamarse pobre madre.

XXXVIII.

¡POBRE MADRE!

Bajó, pues, Luizzi al salon, decidido á aceptar el ofrecimiento de Eugenia y á hacerse admitir como quinto firmante en el contrato de los pretendientes. La conferencia con el diablo entretuvo al baron demasiado tiempo, y ya estaba bien adelantado el dia cuando entró éste en la habitacion de Rigot, y notó que ya habian comido los demas huéspedes y la familia. Su repentina entrada y el terror pintado en su semblante causaron en todos un movimiento de sorpresa, y le dirigieron una mirada de compasion. Adelantóse Rigot á su encuentro, y le dijo en alta voz:

—¡Al fin estais ahí, baron! He sabido las

Digitized by Google

malas noticias que os han traido, y he prohibido que fuesen á turbar vuestras meditaciones. ¡Cáspita! Cuando está un hombre arruinado, en toda la estension de la palabra, sufre un golpe terrible, y mucho mas vosotros los nobles, que no estais acostumbrados á la miseria como nosotros los plebeyos: os felicito, no obstante, por haber sabido tranquilizaros para asistir á nuestra fiesta de familia.

Algo vuelto en sí de su turbacion, murmuró Luizzi algunas palabras, y dirigió una mirada á Eugenia, que se hallaba en un ángulo de la sala, y cuyo semblante daba muestras de haber llorado todo el dia: miró ella tambien á Luizzi, y éste la saludó con un respeto que no habia demostrado cuando aquella fué á visitarlo; pero ahora la necesitaba. Entre los personages que asistian á esta escena habia uno nuevo todavía para Luizzi, y era el notario que le miraba de una manera sorprendente á través de sus antiparras: parecióle al baron que no le era desconocido, y la espresion de su semblante, aun mas que su fisonomía, le hizo entender que no le era estraño, y procuraba recordar en qué lugar y ocasion le habia visto.

—Este es el momento señalado, esclamó Rigot, para principiar la ceremonia: echemos primero en un sombrero los nombres de esas tres damas, y saquémoslos uno tras otro, para saber á quién le tocará la primera: el baron, que no es de los pretendientes, podrá hacernos este favor.

—No dije que no lo fuese, murmuró Luizzi aterrado, pensando en la miseria que le esperaba, pero contenido por un rasgo de honradez.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! la noche es, á lo que veo, dijo sonriéndose Rigot, un buen consejero, señor baron, mucho lo celebro.

Luizzi bajó la cabeza á esta injuria, cuya aceptacion le habria parecido cobardía en cualquier otro, y vió la aguda risita del notario, que aumentó el murmullo de descontento que se habia manifestado entre los circunstantes.

—¡Ah! esclamó el procurador; Mr. Rigot tiene razon: la noche es buen consejero y la ruina tambien.

—¡Bravo! dijo el notario: estoy seguro que si tuviese tiempo firmaria el señor baron otro contrato ademas del de casamiento.

—La determinacion de Mr. Luizzi, añadió el condesito, le honra tanto mas, cuanto es mas tardia: solo á vista del peligro es cuando se desarrolla el valor estraordinario.

—Peligro desearia que hubiese en deciros que no sois mas que un fátuo, respondió Luizzi, para que os persuadiéseis bien de ese valor.

—Iré en busca de la prueba, contestó el conde, cuando sea de vuestro agrado.

—Al momento, repuso Luizzi.

Y se disponian á salir, cuando esclamó Rigot:

—Aquel de vosotros que salga de este salon para batirse, será escluido del concurso.

En honor de la verdad debe decirse que el conde de Lemeo fué quien primero se detuvo.

—Y el primero que profiera una amenaza, continuó Rigot, tambien quedará escluido.

Siguióse un profundo silencio; y Rigot prosiguió:

—Hermana y sobrinas mias, ahí teneis cinco enamorados á pedir de boca, y de todas edades y categorías; el señor conde de Lemeo tiene 25 años.

—Treinta, querreis decir, dijo el condesito dirigiendo una mirada á Mad. de Peyrol.

—Sea así si os agrada, continuó Rigot. El caballero procurador se halla en edad algo mas madura, ¿no es verdad?

—Veinte y nueve años, gritó Bador colocándose delante de Ernestina.

—Mr. Marconio tiene...

—Nunca he podido saber mi edad, repuso éste.

—Y Mr. Furnichon...

—Tengo tantos años como quieren.

—En punto al señor baron, sé que tiene treinta y dos: podemos principiar, pues; pero supuesto que el señor baron es del número de los pretendientes, no puede hacernos ya el favor de sacar los nombres; ese picaruelo de Akabila nos servirá, pues, de niño de lotería.

Introdujo éste la mano en el sombrero y sacó el nombre de Ernestina. El procurador, que estaba á su lado, dió un suspiro, que fué repetido á un tiempo por Marconio y Furnichon.

Akabila volvió á introducir la mano y sacó el nombre de Eugenia; de suerte, que el señor conde de Lemeo exhaló un profundo suspiro, que tambien estos repitieron. No quedaba ya mas que el nombre de mad. Turniquel, que hizo un gesto horroroso, diciendo:

—¡Vaya que es buen agasajo! despues de las demas.

—No dudeis que quedará algo para vos, dijo el procurador con aire de satisfaccion.

—Y algo muy lindo, dijo el agente de cambios.

—Y algo muy bueno, murmuró el escribano.

—Y algo muy noble, concluyó diciendo el condesito.

Luizzi guardó silencio.

—Y enamorados hasta el cogote, gritó una voz desde la puerta del salon.

Era la voz de Pedro el postillon, que entró embotado hasta los muslos, diciendo:

—A vos os buscaba, señor baron; vengo de parte de un señoron de París que quiere paseis á verle al instante, ó que sino vendrá aquí.

Digitized by Google

—Un momento, gritó el notario; no puede esto detenerse, y si el baron se retira pido que sea escluido.

Dotúvose Luizzi indeciso entre la esperanza y la amenaza, y preguntó á Pedro:

—¿Quién es ese caballero?

—Es uno alto, seco, moreno; lleva una cartera debajo del brazo, y dos como esbirros que le siguen: tiene trazas de ser cosa de justicia.

—Algun alguacil, esclamó Luizzi.

—No será estraño, respondió Pedro, porque estaba preguntando por el juez de paz, y le dejé hojeando algun papel sellado.

—Parece, dijo el procurador, que tiene el baron algunas letras que pagar.

—En tal caso se pagarán, contestó Luizzi con tono desdeñoso.

—¿Con qué recursos? preguntó el condesito?

A esta palabra perdió Luizzi el color, y el notario, despues de haber dado paso á su acostumbrada risita, continuó:

—¿Acabaremos ó no?

—Bien dicho, los que renuncien que se vayan, concluyó Rigot.

Tentado estuvo por irse Luizzi, conociendo cuánto se degradaba á los ojos de la muger que con tanto desprecio le habia hablado de los que iban buscando la dote, pero recordó al propio tiempo que debia pagar letras de crecida suma. Unióse, pues, al temor de la miseria el de la prision, y como la naturaleza no le hubiese dotado de suficiente energía y buen criterio para los lances apurados, quedóse en el salon con todos los demas pretendientes.

Colocóse Pedro en un rincon para observar aquella escena.

La señorita Ernestina fué llamada para que declarase su eleccion. No describiré los semblantes de los pretendientes en este terrible trance, porque es difícil comprender el efecto que la espectativa pudo producir en ellos; mas figurémonos una reunion de herederos en el dia de la apertura del testamento: cada cual aparenta la mayor indiferencia; pero mordiéndose los labios para encubrir su temor, abierta la boca y fuera de sus órbitas los ojos, mirada suplicante, moviendo involuntariamente las manos y apoyándose para disimular el temblor de sus piernas, tendremos una idea aproximada de aquella reunion singular.

Levantóse Ernestina, bajó graciosamente los ojos, y mientras que el procurador suspiraba de modo que los latidos de su corazon parecian rasgar la piel, dijo con modesto tono:

—Elijo al señor conde de Lemeo.

Cabalmente estaba éste mirando con amorosa pasion á la viuda de Peyrol; pero al oir el dicho de Ernestina levantó prontamente la cabeza, dió un grito de alegría y se precipitó hácia Ernestina para besarle las manos, y le dijo:

—Habeis comprendido mi corazon. ¡Oh! harto conociais que os amaba.

Sonrióse con desprecio Eugenia, mientras el procurador, acercándose á ella, y afectando un semblante lleno de alegría, esclamaba:

—Es muy natural; la juventud con la juventud; es una eleccion muy juiciosa, porque para ser felices debe existir cierta relacion de edades.

—Segun eso, ¿qué edad teneis? preguntóle Rigot: nos acabais de decir que no pasais de los veinte y ocho años.

—¡Pardiez! respondió el procurador mirando á la viuda de Peyrol; tengo treinta y cinco cumplidos.

—¡Vaya un mérito! dijo con disgusto el escribano: ¿quién no tiene treinta y cinco años?

—Si no se tienen, se tendrán, repuso el agente de cambio.

—Silencio, silencio, gritó Rigot; ha llegado el turno á Eugenia.

No se levantó esta de su asiento; solo miró alrededor de sí, y como si las palabras que proferia saliesen de lo íntimo de su pecho, dijo:

—Elijo al baron de Luizzi.

—¡A mí! esclamó Armando.

Entonces se acordó que habia pedido al diablo esplicaciones sobre su suerte, y que éste no le habia contestado.

—¿Aceptais? dijo Rigot.

—¡Eh! ¡eh! ¡eh! decia riéndose el notario.

En este momento reconoció Luizzi la risa de Satanás, y se detuvo repentinamente.

—¿Aceptais? repitió Rigot.

—Esperemos un momento, gritó el notario: el señor baron no estaba presente cuando se leyeron los contratos, y quiere tal vez enterarse de ellos antes de decidirse. Preciso es que sepa que en caso de morir la muger, queda igualado el marido con los hijos para los efectos de la sucesion. Venid á cercioraros con vuestros propios ojos, baron.

Pasó Luizzi al lado del notario, sintiendo oprimido el corazon, porque si aceptaba la mano de Eugenia tal vez se condenaba á una miseria mayor que la que temia, caso que esta no tuviese dote. Acercóse á la mesa, y vió junto á los contratos un gran pliego cerrado que contenia la donacion de los dos millones.

—Ahi está, dijo el notario señalando el contrato con sus secos dedos; leed.

No pudo hacerlo Luizzi porque estaba turbada su vista, y se sentia acometido de una especie de vértigo.

—Poneos mis antiparras, vereis mejor con ellas, señor baron, dijo el notario.

Y sin mas cumplimientos le colocó sus anteojos, señalándole siempre con el dedo el párrafo que debia leer: mas no bien hubo mirado con ellos Luizzi, cuando conoció que los anteojos de Satanás le producian aquella pe-

Digitized by Google

netrante mirada con que habia podido leer la historia de Enriqueta Buré al través de las paredes y en la oscuridad; entonces, inclinándose hácia la mesa, mientras estaban fijas en él las ansiosas miradas de los demas, leyó debajo de la cubierta del pliego cerrado, que Rigot daba la suma de dos millones á Ernestina Turniquel, hija natural de Eugenia Turniquel.

—¡Y bien! ¿Aceptais? preguntó Rigot por tercera vez.

—No, dijó Luizzi, cayendo en la silla del notario.

Dieron un grito de alegría los demas pretendientes, y Eugenia quedó confusa y desesperada. Rigot repetia furioso:

—¡No! ¡ah! ¡decís no!... ¡no!... ¡no!... veremos. Vamos, Eugenia, elige otro marido: te aseguro que esos señores aceptarán.

—Ahora me toca rehusar, dijo Eugenia; dad vuestra fortuna á mi hija, tio mio, y dejadme que vaya á pasar mis dias en una aldea retirada.

—Pues yo digo tambien que no, esclamó fuera de sí Rigot; las tres tendreis marido ó no tendreis nada.

—Prefiero la miseria, dijo Eugenia.

—Y ya guardaré mis millones.

—Guardadlos, tio mio; no he olvidado que debí mi sustento al trabajo, y sé trabajar todavía.

—¡Que me agrada! dijo Juana, y yo te ayudaré.

—¡Ah! es una indignidad, esclamó Ernestina.

—¡Ernestina! repuso Eugenia.

—Si, mamá, si, es una infamia: despues de haberme dado una existencia miserable y sin nombre; de haberme hecho pasar una infancia deshonrosa entre los desprecios de la sociedad; de haberse negado á declararme el nombre de mi padre, que segun tengo entendido, pertenece á una familia muy elevada, me quitais ahora el único medio que me queda para alcanzar un nombre y una fortuna.... ¡repito que es una infamia!

—¡Oh! esclamó Mad. Peyrol, ocultando su rostro entre sus manos; ¡Ernestina! ¡hija mia, hija mia!

—¿Y sufres que una niña te hable con tal descaro? dijo la vieja Turniquel. ¡Ah! ¡Otra cancion le haria yo entonar!...

—Señora, dijo Ernestina, no sé lo que quereis: no os conozco para nada.

—¡Desgraciada! ¿con que no me conoces? y cuando tu madre, en vez de enviarte á los espósitos, trabajaba para alimentarte, ¿quién te cuidaba y velaba por tí en casa de tu nodriza, maldita bastarda?

—Si lo soy, repuso Ernestina, no es culpa mia sino de mi madre.

—¡Desgraciada, desgraciada! decia Eugenia en su desesperacion, sofocada por los sollozos; ¡desgraciada!

—¿Y no habrá aqui un hombre honrado á quien entregar esta muger virtuosa? gritaba trasportado Rigot.

Inclinado estuvo por un momento Luizzi á ir abrazar á Eugenia, y aun se levantó para hacerlo; pero el diablo continuó señalándole con el dedo el pliego de donacion, y le repetia:

—Lee, lee.

Luizzi volvió á caer en el sillon mientras el procurador, viendo el enojo de Rigot, entendió la frase y le dijo:

—Señor, sea Mad. Peyrol rica ó pobre, hay aqui hombres honrados dispuestos á ofrecerle su mano.

—Si, si, repitieron á un tiempo Marconio y Furnichon: nosotros estamos aqui.

—Y yo tambien, dijo Perico:

—Eugenia, dijo Rigot; elige, pues, un marido: estos señores no son tan malos como yo creia, y ya soy amigo de ellos.

—No, tio, no, no puedo; esto es ya demasiado odioso.

—Pedid perdon á vuestra madre, dijo en voz baja el conde á Ernestina, pues de lo contrario estamos perdidos.

Dudó un momento la jóven, y reconociendo Luizzi en lo que veia, la obra de Satanás, le decia muy quedito:

—Razon tenias: ¡pobre madre!

—Espera, espera, le respondió Satanás.

Acercóse entonces Ernestina á Eugenia, y puesta de rodillas, le dijo con tierna voz:

—Perdonadme, madre mia, ha sido un momento de locura y de estravío.... tal vez me ha arrebatado un amor demasiado violento. ¡Ay de mí! harto sabeis cuántas faltas hace cometer.

—¡Calla, calla, desgraciada! le respondió su madre; calla, y no me ultrajes en tus súplicas como en tus quejas. Ya que el cielo ha elegido mi existencia para apoyo de vuestra felicidad, la sacrificaré en vuestro obsequio, ya que para ser rica y dichosa necesitais este mi último sacrificio.

Detúvose, y volviéndose al procurador iba á hablarle; mas parecióle que le faltaban las fuerzas, y dirigió á Luizzi una mirada con la cual aun se le ofrecia, creyéndole dotado de grande nobleza de alma; pero el diablo continuó su satírica sonrisa, y el baron bajó los ojos.

—Señor, dijo Eugenia al procurador, ¿aceptareis mi mano?

—Sí, señora, respondió Bador; y testigo el cielo, os he de honrar y respetar constantemente.

—Ya está dicho, gritó Rigot; notario, abrid el pliego de donacion, cásense ó no los agraciados. Los que no estén contentos podrán tomar las de Villadiego. Leed, notario, leed.

Tomó éste lentamente el pliego, y rompiendo el nema, desdobló sus cinco cubiertas, pareciendo divertirse con el ansia de los futuros esposos.

Digitized by Google

Marconio y Furnichon, sin interés ya en este negocio, examinaban con risa sardónica los espresivos ademanes de los dos novios; mientras que Luizzi miraba tristemente á la desgraciada Eugenia, que cubria su rostro con las manos. El notario desdobló paulatinamente el pliego, y se puso los anteojos, probándoselos de mil maneras por espacio de algunos minutos.

—Bueno, bueno, asi me gusta, dijó Rigot; cada cosa á su tiempo.

Al fin, despues de las toses de estilo, leyó el notario el acta de donacion, por la cual daba Mr. Rigot la suma de dos millones, depositados en el Banco de Francia, á su segunda sobrina Ernestina Turniquel, hija natural de Eugenia Turniquel.

Dió Ernestina un grito de alegría, el conde de Lemeo cayó á sus pies, y la condesa, su madre, estrechó á los dos entre sus brazos maternales. Eugenia reprimió su llanto y le dijo á Mr. Bador:

—Perdonad, caballero.

—Perded cuidado, respondió este, que traigo aqui un contrato en debida forma, por el cual desde este instante nos debe el conde de Lemeo medio millon de francos.

—¡Cómo es esto! esclamó Ernestina dirigiéndose á su novio; ¿os habeis atrevido á disponer de mi dote?

—¿Y si no le hubiéseis tenido? repuso el procurador.

—Discutiremos las cláusulas del contrato, contestó el condesito.

—Está en regla, repuso el procurador.

—¡Veremos!

—¡Bravo, bravísimo! dijo Rigot; ¿sabeis ya que sois dueños de casaros? lo hecho, hecho: el dote se entregará como está escrito.

—Si reconoce el señor conde de Lemeo la validez del contrato, continuó el procurador.

—Os lo prohibo, dijo Ernestina á su presunto esposo.

—Es un acto ilegal, añadió éste, y me ha sido arrancado de una manera subrepticia.

—¿Y mis diez mil francos? dijo Furnichon.

—¿Todavia mas? esclamó Ernestina.

—¿Y los mios? añadió Marconio.

—¿Y los del baron? sin duda, continuó Rigot.

—No he entrado para nada en tan degradante contrato, replicó el baron.

—¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! decia el notario, riendo de una manera tan satírica que todos se detuvieron á escucharle; señores, dijo, el acta no ha concluido todavía, escuchad: y prosiguió: «Dicha suma se empleará en rentas al 5 por 100 »

—¡Bueno! dijo el agente de cambios; la renta está á 10 por 100; resultan, pues, 200.000 francos...

—Hubiera preferido darlos sobre hipotecas, dijo Marconio.

—Escuchad, gritó Rigot.

—Y dicha renta, continuó el notario, considerada como usufructo de los dos millones, será entregada á Eugenia Turniquel, ahora Peyrol, hasta el dia de su muerte, de modo que su hija tenga solo la propiedad.

—¡Muy bien! esclamó el procurador.

—¡Disposicion estúpida! dijo el condesito. ¿Y con qué subsistimos todo este tiempo?

—Está en favor vuestro el contrato que os asegura medio millon, dijo el notario, y hace poco lo encontraba muy justo Mr. Bador.

—En efecto, continuó el conde, y esa transaccion...

—Es completamente nula, dijo al momento el procurador; puesto que no cobro, no pago.

—¡Sois un bribon! dijo el conde.

—¡Y vos un miserable!

—Veamos, esclamó Rigot con su voz de árbitro, si aceptais, señor conde, sí ó no.

—A fé mia, respondió éste paseándose precipitadamente, que dos millones para esperar no sé cuánto tiempo..... es seguramente un hermoso porvenir... pero bien lejano...

—¡Ah! ¡es este vuestro cariño! dijo Ernestina.

—¡Eh! ¿qué quereis, señorita? vuestra madre es muy jóven.

—¡Qué horror! esclamó Eugenia.

—No hagais caso, dijo el procurador, que os pondreis mala.

Volvió todavía el rostro Eugenia y encontró fija la mirada de Luizzi, como la de un hombre poseido de un vértigo: en este instante esclamó Rigot por segunda vez:

—Y bien, señor conde, ¿aceptais?

Vacilaba éste, y el notario le dijo en voz baja:

—La viuda Peyrol es jóven, pero la madre es vieja, y cuidándola bien tendreis antes de dos años el millon que le pertenece.

—Es verdad, dijo Ernestina.

—Y bien, y bien, replicó Rigot.

—Acepto, respondió el conde.

—¿Necesitan caballos de postas esos caballeros de Paris? gritó Perico.

—¡Al demonio que te llevel.... respondió Marconio!

—A su tiempo lo hará, dijo el notario.

—El demonio os lleve á todos y á mí tambien, añadió irritado Furnichon.

—Ese es deber suyo, repuso el notario, y lo cumplirá.

Y á poco añadió:

—Todavía no hemos concluido: aun queda por hacer la eleccion de Mad. Turniquel.

—Cierto que sí, dijo Perico adelantándose con galantería.

—Yo no entro en el número de los pretendientes, dijo Furnichon.

—Ni yo tampoco, añadió el jóven Marconio.

—En tal caso, replicó el notario, no queda mas que Perico y el baron Armando de Luizzi.

—¡Yo! esclamó Armando.

Digitized by Google

—Bueno será observar dijo el notario con voz aguda que dominó el murmullo general, que el contrato de la viuda Turniquel resulta enteramente en ventaja de su novio; porque en vez de hablar de un millon constituido en dote, dispone que el esposo sea dueño de ese millon; de consiguiente él es el verdadero propietario y puede disponer como guste del capital.

—¡Esto es muy diferente! dijo Furnichon.

—¡Esto varia del todo la cuestion! añadió su compañero Marconio.

—Del todo, del todo, dijo la vieja: puesto que hicisteis el papel de desdeñosos, Dios os la depare buena, señores pisaverdes.

—¡Es muy justo, gritó Perico, encantadora Juana! no son currutaquillos los que necesitais

—Tal vez sí, respondió la vieja, y puesto que mi nieta se luce tanto con el título, de condesa, no me pesará á mí ser baronesa.

—¡Linda gracia! dijo Perico; adios, Juana; vos despreciais á vuestros antiguos amigos... ya os arrepentireis.

Hizo ademan de irse; pero volvió de repente:

—A propósito, dijo, señor baron de los cuatro caballos, me iba sin daros una carta que me entregó aquel alti-negro, seco, de que os he hablado.

Tiró la carta sobre la mesa, y Luizzi la estuvo leyendo mientras que todos andaban por la sala, el procurador calmando á Eugenia, y el conde quejándose á Ernestina de que se les escapase la herencia de la abuela.

La carta decia así:

«Señor baron: acaba de decretarse contra vos, por una suma de cien mil francos, un auto de prision que debe ejecutarse en el acto. He tomado todas mis medidas para arrestaros, dando parte á las autoridades; dignaos, pues, dar cumplimiento á lo dispuesto, ó trasladaros en persona á Mourt, donde os espero, si quereis evitar el disgusto y escándalo de que os prenda en público.—*Laloquet* del tribunal de comercio.»

—¡Un millon! esclamó el notario para volver el órden y la calma á la concurrencia; ¡un millon! ¿lo habeis oido? un millon, que será propiedad libre del marido.

—¿Renunciais enteramente, Perico? dijo Rigot.

—No me quiere la ingrata, contestó éste haciendo un gesto lastimoso.

—No te vayas, Perico, que si no soy baronesa, quiero ser labriega: no quiero términos medios.

—Bien dicho, dijò Rigot; ¿dormís acaso, baron? ¿sois cuñado ó prisionero mio? porque os juro que pasareis hasta el último dia vuestro tiempo de condena. ¿Aceptais? va la primera.

El baron se clavaba las uñas en el pecho.

—¿Aceptais? va la segunda.

Armando se desgarraba con rabia la piel.

—Va la tercera, por última vez, ¿aceptais?

—¡Sí!... esclamó levantándose y mirando alrededor de sí con tal aire de amenaza, que nadie se atrevió á proferir palabra alguna, ni aun sonreirse siquiera.

—El lance era terrible, dijo Rigot.

—No tanto como sospeché, respondio el notario.

XXXIX.

VÉRTIGO.

Supuesto que hemos terminado, señores, dijo Rigot, vamos todos á la mesa: nos espera la cena, á la cual he convidado á los ricos propietarios de los alrededores. A la mesa, y cada cual dé la mano á su muger para presentarnos en regla.

El señor conde de Lemeo tomó de la mano á Ernestina, Bador ofreció el brazo á Eugenia, y Luizzi cerró la marcha con la viuda Turniquel, á manera de un beodo, ignorando lo que hablaba y hacia. Colocósele en la mesa entre su prometida y un convidado llamado Mr. Carin, que parecia ser hombre de unos treinta años, el cual, al principiar la cena, decia en voz baja al conde:

—Y bien, amigo mio, habeis hecho un buen negocio.

—No muy bueno; dos millones despues de muerta la madre.

—Os hallais casi en la misma posicion que yo, repuso Carin: vos esperais las riquezas, y yo la dignidad de *par*.

—En efecto,

Luizzi escuchaba este diálogo, buscando en su imaginacion razones que justificasen su conducta: cuando oyó que el notario decia:

—¡Bebamos! ¡bebamos! ¿quién me acompaña?

—Yo, dijo Carin; no hallo mejor calmante que la bebida, y por esto se ha hecho una necesidad.

Los dos brindaron; y cuando el notario hubo bebido, despidió su boca un humo blanquecino, como si se hubiera evaporado.

—Bebed, baron, continuó Carin; esto hace soportar las mugeres viejas, los suegros y las suegras.

—Si, respondió Armando con furor; bebamos, pues necesito no pensar.

En efecto, bebió con tal esceso, que pronto vió dar vueltas alrededor de sí la sala y los convidados. El notario del mismo modo, tan beodo como Luizzi, inculcaba en todos los concurrentes tal deseo de embriagarse, que hizo caer á los mas juiciosos.

—¡Bravo! dijo Rigot, esto principia bien: que traigan las copas grandes.

Trajeron inmensas copas, que cada una podia contener una botella de Champaña: las llenaron y brindaron.

Digitized by Google

—¡A la jóven y hermosa Ernestina, futura condesa de Lemeo!

—¡A la hermosa Ernestina! repitieron todos.

—Continuemos los brindis y doblemos las dósis: ¡nuevas copas!

A esta órden de Rigot trajeron copas mayores, y con ellas brindaron:

—¡A mi sobrina Eugenia! dijo balbuciente Rigot.

—¡A la bella Eugenia! repitieron los concurrentes.

—Bador, abrazad á vuestra esposa.

Asi lo hizo el procurador, y Eugenia se ocultaba avergonzada.

—¡Muy bien! prosigamos, continuó Rigot; que traigan copas mas grandes.

Trajeron copas colosales, y éste esclamó viéndolas llenas:

—¡A la gallarda Juana! viuda de Turniquel y futura baronesa de Luizzi!

—¡A la gallarda Juana! dijeron todos.

—Conde, dijo Rigot casi ébrio; abrazad á vuestra esposa.

El conde abrazó á Ernestina.

—Baron, abrazad á vuestra esposa.

Abrazó Luizzi á Mad. Turniquel, lo mismo que lo habian hecho el conde y el procurador.

Una risita acre y penetrante se notó en toda la concurrencia, y parecióle á Luizzi que todo presentaba un aspecto estraordinario. El notario, que era Satanás, le habló en el tono mismo que acostumbraba en sus reservadas conferencias, y le dijo:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! baron mio, héte ahí inferior á cuantos despreciabas... Te podias haber casado con el único ángel, modelo de virtud, con la sola muger que no he podido vencer sobre la tierra, y la desdeñaste por creerla pobre. ¡Ah! ¡ah! la codicia te ha cegado hasta impedirte leer todo el pliego de donacion que yo te puse á la vista; y tú, baron de Luizzi, noble desde el año 908, rico millonario, jóven de 32 años, has aceptado por muger á la hija de un albañil, á la viuda de Turniquel, vieja de 60 años. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! baron mio, ¡ciertamente tienes algo de noble y grande!... Bebamos á tu salud, á tu honor. Brinda conmigo, baron, brinda conmigo.

A estas palabras sintióse Luizzi poseido de una especie de frenesí, y cogiendo un cuchillo se lanzó sobre la infernal fantasma, y se lo clavó en el pecho.

Resonó un grito de horror, desvaneciéndose el encanto, y oyó veinte voces murmurar alrededor de sí:

—¡Ha muerto al notario! ¡ha muerto al notario!

—No, esclamó Luizzi, he dado muerte al diablo, el diablo es el muerto.

Y diciendo estas palabras, sucumbió al peso del horror que le dominaba. Cuando volvió en sí se halló echado sobre una cama en una pieza cuyas rejas de hierro le hacian entender que estaba encarcelado, y vió á su lado á Satanás que le decia:

—No, no he muerto todavia, baron mio.

—¿Dónde estoy?

—En la cárcel.

—¿Por qué?

—Por haber muerto al notario Niquet.

—¿Yo?

—Si, tú, bien que en un momento de embriaguez; lo que probablemente servirá para que la pena se conmute en un presidio perpétuo.

—¡Un presidio!

—¿Prefieres ser guillotinado?

—Satanás, dijo Luizzi, esto es un sueño mas.

—Tal vez que si.

—¡Oh! ¿no has de esplicarte claramente conmigo?

—Hoy me falta tiempo.

—¿Cuándo te volveré á ver?

—En el otro mundo sin duda.

—¿Y mi campanilla?

—Está en la escribanía.

—¡Soy perdido!

—Linda espresion de sainete, dijo el diablo.

—Déjame, Satanás, repuso Luizzi, déjame, he perdido mi talisman, pero he sacado de tus lecciones mas fruto del que piensas: no he olvidado la historia de Eugenia y el modo con que escapó de tus lazos.

—¡Pardiez! tú me haces acordar de ella.

—¿Qué se ha hecho?

—El procurador es feliz con ella, y ruega diariamente al cielo por la conservacion de sus dias, mientras Ernestina me pide dia y noche su muerte.

—¡Pobre madre!

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ya ves como cumplo mis promesas.

—Escepto conmigo.

—¿No te levanté del lecho de muerte restituyéndote sano la libertad?

—Si, para abismarme en situacion mas terrible.

—De la que puedo sacarte todavía.

—¿Y cómo?

—Eso es asunto mio.

—¿Quieres decirme á qué precio?

—Vas á saberlo. Te dí salud y libertad á condicion de que te casaras dentro de dos años, ó que me cedieses diez años de tu vida; voy ahora á proponerte otro contrato.

—¿Cuál? paréceme que en la posicion en que me encuentro no puede haber otro mas ventajoso para tí. Si me condenan no me casaré y serán tuyos los diez años de mi vida.

—¿Quién sabe, baron mio, si me harás falta dentro de dos años?

—¿Cuál es la nueva condicion que me propones?

—Hace dos meses que concluimos nuestro contrato, y te quedan todavia veinte y dos

Digitized by Google

meses para buscar esposa. Dame veinte meses y te hago gracia del todo, aun del casamiento.

—Si es asi, Satanás, ya tú sabes que no seré condenado:

—Es muy posible, dijo el diablo; ¿quieres esponerte á la casualidad? Me retiro.

—Espera un momento, gritó Luizzi.

—Acabemos, baron; estamos á 26 de julio de 1830: el 26 de febrero de 1832 te devolveré la libertad, la riqueza y el buen nombre que has perdido.

—Todavía me engañas.

—Mira, y observa.

Al pronunciar el diablo estas palabras abrieron la puerta de la prision, y entró un juez acompañado de su escribano. Seguíales un médico, que con terror reconoció Luizzi; era el famoso doctor Crostencoupe, que habia obtenido la plaza de médico de cárceles, por la sábia memoria que publicó sobre la curacion de Luizzi. El juez le dijo:

—Ved, señor doctor, si el acusado se halla en estado de contestar á un interrogatorio. ¿Sabeis algo acerca de la víctima?

—La herida es grave, parece mortal, y el agresor será probablemente condenado. Niquet era muy popular en el pais, como gefe de las ideas liberales: el jurado se compóne de demócratas que sentenciarán con tanto mas rigor, cuanto que el acusado lleva un título perteneciente á la antigua nobleza: Bador es quien dirige en la causa á los amigos de Niquet, y hará todo lo posible para hacer condenar al delincuente; por otra parte, los antecedentes del asesino no son de tal naturaleza que muevan la indulgencia de los jueces, puesto que en el momento en que ha sido preso por su crímen de asesinato, iba á serlo tambien por deudas y por una infamia en que ha sido cómplice.

—¿Segun esto era ya un prófugo?

—Todavía no.

—¿Qué infamia es esa?

—Introdujo en Paris, en casa de una señora llamada de Marignon, á cierto marqués de Bridely, sabiendo que habia tomado un nombre falso por la supuesta escritura que le legitimaba. Y como ese marqués de Bridely ha robado una gran cantidad de dinero en casa de aquella dama y ha desaparecido en seguida, se supone que el baron de Luizzi es cómplice suyo.

—¡El baron de Luizzi! esclamó Crostencoupe al mismo tiempo que hablaba con el juez mientras se les preparaba recado de escribir; ¡el baron de Luizzi! mucho le conozco.

—Ahi le teneis.

—Es un loco en grado superlativo; le curé de su primer ataque, pero se salvó, y la locura le habrá atacado de nuevo, si; á bien que se fué sin pagarme mis honorarios.

—Siendo asi, dijo el juez, ¿creeis que será inútil interrogarle?

—Absolutamente inútil.

—Basta, repuso el juez; haremos dar fé de la locura.

Iba á gritar Luizzi; pero el diablo le hizo una señal, y los dejaron solos.

—Baron, este es tu único camino de salvacion, la locura probada te salvará del peligro de una causa criminal.

—Aun me estás engañando; Satanás.

—¿Cuándo te he engañado yo? ¿acaso cuando me pediste la historia de la señora de Marignon, de la cual no supiste aprovecharte mas que para cometer una mala accion, cuya pena sufres hoy dia? ¿acaso cuándo te conté la historia de Eugenia? ¿no fuiste solo tú quien rehusó hallar la felicidad, el sendero que podia librarte de mi esclavitud? ¿No te señalé con el dedo lo que debia decidirte á que te casases con ella? ¿tengo yo la culpa de que no hayas sabido leer hasta el fin, y de que pareciéndote á los demas hombres en el egoismo, en la codicia y en la presuncion, te hayas quedado lo que antes eras, solo por fiarte de apariencias? no, no es falta mia: tú mismo te has engañado.

—¿Y mis bienes? esclamó Luizzi.

—Dame los veinte meses que te he pedido, y te sacaré de aqui rico, inocente, y lo que es mas, bien reputado.

—¿Cómo lo harás?

—Entonces te lo diré.

—Son veinte meses de dormir.

—Y nada mas que esto.

—Tómalos, pues.

El diablo tocó á Luizzi con la punta del dedo, y éste quedó dormido.

Al despertar el siguiente dia se halló en el mismo cuarto: nada habia mudado, y solo observó al lado suyo la campanilla. Llamó á Satanás y le dijo:

—He dormido un sueño admirable, aunque bastante corto; pero al pensar que esta noche voy á dormir por espacio de veinte meses, lo que mas me asusta es cómo voy á emplear el dia. ¡Veinte meses de dormir! es para volverse loco.

—Lee para distraerte, dijo el diablo.

—¿Puedes proporcionarme libros?

—Todavía mas; puedo hacer que los escojas, y aun enseñarte algunos inéditos. Sígueme.

Marchó el diablo, y seguido de Luizzi entraron en un aposento lindamente amueblado. Púsose Luizzi los anteojos que ya otras veces le habia prestado el diablo, con los cuales veia claramente en la oscuridad, y vió á una muger de rara belleza profundamente dormida.

—¿Quién es esa muger? preguntó Luizzi.

—Mad. de Carin, esposa de ese gallardo mozo con quien pasaste una velada tan deliciosa.

—¡Tan horrible! repuso Luizzi.

—Para tí, replicó Satanás.

Digitized by Google

—Mas no para tí, añadió Luizzi.

—En verdad, dijo el diablo, que me reí un poco, pues á vista de tan abominables pretendientes no pude hacer otra cosa.

Despidió entonces aquella risita del notario, que llegó como un remordimiento al alma de Luizzi, hiriendo sus oidos como un sonido agudísimo. Movió el baron violentamente la cabeza, y le dijo:

—Tú eres el abominable, tú, que te complaces en enseñarme el mundo en su mas horroroso aspecto. Pero dejemos esto; dime qué crímen ha podido cometer Mad de Carin para hallarse encarcelada.

—Luego quedarás enterado.

Diciendo esto, abrió el diablo el escritorio de aquella señora, y tomó de él un manuscrito que puso en manos de Luizzi.

—Puesto, le dijo, que te espantan mis narraciones y te parece que es una execrable sátira el modo como yo te presento el mundo, júzgalo por tí mismo. Me limitaré á exhibirte los documentos justificativos: hé aqui el primero y mas importante.

—Tomó Armando el manuscrito, y lo leyó atentamente. Principiaba asi:

«Eduardo, vos, cuyos cuidados me ayudan á soportar los sufrimientos y el horror de mi situacion, puesto que me habeis pedido la historia de las desgracias que me han conducido á este sitio, ahi la teneis, y perdonad si entro en detalles minuciosos, porque es preciso que os persuada mas que de mi desgracia, de las razones que me asisten.»


Y vió á una muger de rara belleza profundamente dormida.

—¿Qué significa esto? preguntó Luizzi.

—Lee, respondió el diablo. ¿Te has de de-

Digitized by Google

tener acaso en cada frase que no entiendas?

—Asi deberia hacer, pues que esto es sin duda una novela, y de consiguiente un caso escepcional.

—Tambien lo será el resultado.

—¿Todavía mas desgracias?

—Tal vez que si.

—¿Y crímenes?

—Acaso los haya tambien.

—¿De dónde es oriunda esa muger?

—De una de las mas nobles familias de Francia.

—¿Y ha sido desgraciada?

—Puede ser mas que Eugenia.

—Pero seguramente no habrá sido como ella, objeto de un contrato deshonroso, supuesto que es de noble linage.

—Lee y verás si las hijas de los grandes y las hijas del pueblo tienen algo que envidiarse.

Conociendo Luizzi que no lograba arrancar al diablo lo que él queria saber, resolvió llevarse el manuscrito y leyó lo que sigue:

XL.

ESPOSICION.

Soy la hija del marqués de Vaucloix, á quien, como á tantos otros, arruinó la emigracion. En 1809 se casó en Munich con una francesa tambien de noble linage: mi nacimiento le costó la vida, y apenas habia yo cumplido cuatro años cuando mi padre volvió á Francia, en 1814. Quiso Luis XVIII recompensar su fidelidad, y lo elevó á la dignidad de *par*, dándole al mismo tiempo un destino en palacio; empero los emolumentos no bastaban para sus gastos, y cuando se votó la suma de mil millones para indemnizar á los emigrados de los perjuicios que se los habia irrogado, la cantidad que le tocó apenas fué suficiente para pagar las cuantiosas deudas que habia contraido desde su regreso á Francia.

Yo era educada en un colegio, donde recibia la instruccion correspondiente á mi clase: dibujaba perfectamente, cantaba con espresion, bailaba con soltura, y me ocupaba de la literatura moderna; era apasionada á la música italiana y hablaba con aquella facilidad que hoy se reputa por talento. Ignoraba enteramente la situacion de mi padre, que se complacia en radicar en mi corazon la aficion que yo desarrollaba por el lujo. A los diez y ocho años empezaba á fastidiarme de estar en el colegio, cuando una mañana vino á verme mi padre, sorprendiéndome con la noticia de que iba por fin á entrar en ese gran mundo que solo habia yo visto en mis efímeras salidas, y por lo mismo se me figuraba un encanto. No os pintaré mi gozo pueril cuando me hallé dueña de disponer de mi tiempo á mi placer, soñando entre halagüeñas ilusiones, vislumbrando una existencia encantada, y dando entrada en mi corazon á la dulce amistad, como tambien á las tiernas ideas de un amor lejano: pocos meses bastaron para desvanecer esta confianza. Mi padre estableció una tertulia, á la que asistian únicamente hombres que se entretenian jugando ó hablando de política, y cinco ó seis ancianas que acompañaban á sus maridos y me manifestaban un interés tan entrañable y protector que me disgustaba sobremanera; pero lo que mas me fastidiaba no era ciertamente la ausencia de jóvenes y señoritas de mi edad, sino la presencia de algunas personas cuyo nombre y costumbres indicaban ser de un rango muy inferior al mio.

En las primeras noches mi padre me hizo cantar por lucir lo que él llamaba mi talento. La vez primera escucharon todas por política; la segunda, en medio del mas brillante punto de mi cavatina, oia á uno de los jugadores de ajedrez gritar en alta voz: «¡Jaque al rey!» y luego: «¡Mate... la partida es mia:» la tercera vez apenas pararon su conversacion para escucharme las que se hallaban mas cerca del piano: renuncié desde luego á ser el encanto de la sociedad, como decian dos ó tres aduladores, y casi se me hizo insoportable la obligacion de recibir á los concurrentes.

Llegó por fin el invierno, y oí mucho menos que en mi colegio hablar de bailes y de funciones, siéndome insufrible esta soledad; pues mi juventud, mis ideas y aun mis esperanzas me separaban enteramente de cuanto me rodeaba: poco á poco apoderóse de mí un profundo tedio que mi padre no advertia, ó no quiso al menos advertir. Una noche que fué la reunion mas numerosa, habíame retirado á un ángulo del salon, y sentada en un sofá recordaba pesarosa las alegres veladas del colegio y las confidencias con mis amigas sobre las ilusiones del porvenir. No era yo, sin embargo, de las que se crean ilusiones fantásticas en la vida, no habia soñado en amores novelescos ni en dorados palacios: un corazon que me amase, un alma idéntica á la mia y una subsistencia acomodada, eran todos mis deseos. Ciertamente no eran muy estravagantes, á menos que no se considere en el mundo estravagancia desear una vida tranquila, honrada y dichosa.

De cualquier modo que sea, habia llegado á echar menos mis pasadas ilusiones á los diez y nueve años de mi edad, conociendo que poseia cuantas cualidades dan mérito á una jóven y la distingue entre todas las de su sexo. Sin duda mis meditaciones me habian trasportado muy lejos, y abismada en ellas oí tras de mí una voz que me decia: «Corazon que suspira, no tiene lo que desea.» Aunque esta frase no me hubiera parecido demasiado vulgar, sin embargo, la consideré con este carácter viendo la persona que me la dirigia. Era un hombrecillo gordo y alegrete, con pe-

Digitized by Google

queño corbatin y enorme cuello de camisa, metido su monstruoso cuerpo en un chaleco colorado, con casaca de color de castaño claro, pantalon negro muy corto, medias de algodon blanco y zapatos con cintas.

La presencia de éste en casa de mi padre era una de las cosas que me chocaban, y aunque no se habia particularizado conmigo, me disgustaba, no obstante, mas que todos. Si otro hubiera notado mi tristeza, la hubiera escusado sin duda, ó atribuídola á alguna indisposicion; pero tan brutal observador me manifestó con descaro la sospecha que habia concebido, y me obligó á responderle bruscamente.

—Nada tengo que desear, señor, y nada deseo.

—¡Hum! ¡hum! dijo el regordete, sentándose sin cumplimientos á mi lado, y sonándose estrepitosamente las narices; la jóven que no tiene marido siempre desea algo.

—¡Hola! ¿quién os ha dicho que deseo casarme?

Miróme con atencion, y se puso á reir con imprudencia.

—¡Sois muy hábil! le respondí con tono de desprecio, pues tal era la indignacion que me causaba.

—Mas de lo que pensais, respondió sin hacer caso de que yo le hubiese vuelto la espalda, pues ya veis que he adivinado deseais un marido.

—¡Un marido! esclamé volviéndome.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! dijo; la palabra tiene demasiado atractivo para que se preste atencion.

—Señor, le respondí indignada de que así comprendiese mi sorpresa; permitidme que no continúe una conversacion que mi padre podria considerar imprudente.

—Perdonad: pero si os hablo así es porque vuestre padre me ha autorizado para ello.

Miré serprendida alrededor de mí buscando con la vista á mi padre, y le ví que estaba observando desde otro ángulo del salon, y con una leve señal de cabeza me significó queria escuchase á Mr. Carin.

Y pues que he escrito este nombre, debeis conocer la persona que conmigo hablaba. Continuó, pues, diciéndome:

—Ya veis que no soy tan torpe como denotan mis gruesos zapatos, y pues hemos empleado la palabra marido, inútil será que os hable de un modo indeterminado: se trata de mi hijo.

—¡Vuestro hijo! le dije sorprendida y mirándole de pies á cabeza como para adivinar qué sugeto podria ser el hijo de semejante personage.

No se le escapaba á aquel hombre el menor pensamiento, y asi me respondió en tono satírico, y me dijo:

—No tengais cuidado, no tengais cuidado, que mi hijo es un jóven bien plantado, se lava con jabon perfumado, se baña los cabellos en esencia de rosa, es hombre cabal, que habla con afluencia y que tambien usa lente. Es baron, cuyo título le he comprado, como le compraré el de marqués si quereis ser marquesa.

No tuve valor para responder á tan grosera proposicion; pero me sentí tan humillada, que volví la cabeza para ocultar las lágrimas que me venian á los ojos. Notólo Mr. Carin, y levantándose repentinamente me dijo:

—Ya estais advertida, señora; pensadlo bien esta noche, pues mañana os presentare al jóven y podreis decidiros: preciso es que esto concluya pronto, pues no puedo perder tiempo.

Retiróse dejándome pasmada con su modo de decir, y alarmada con la proposicion de casamiento que me hacia, como tambien con la amenaza de una desgracia. Procuré acercarme á mi padre; pero me lo impidió con cierta destreza, que, sin embargo, me daba á entender no queria darme esplicaciones. Contra mi costumbre permanecí en el salon hasta que solo quedaba algun otro jugador, para lograr que mi padre me escuchase; pero se sentó en una de las mesas de juego, despues de haberme dicho al paso:

—Está mañana dispuesta tempranito, porque tendrás el honor de ser presentada á la familia real.

Esta segunda noticia me admiró tanto como la primera; pero me tranquilicé, asociando naturalmente la idea de mi presentacion en palacio con la de mi casamiento, y no sé qué interior confianza renacia en mi corazon, persuadiéndome que no podria sacrificárseme en un enlace celebrado bajo tan nobles auspicios.

Mr. Carin me habia dicho que pensase en su proposicion toda la noche, y tuvo razon: no cerré los ojos llorando sin cesar, pues era muy diferente la idea que yo me habia formado del casamiento de la escena que se me representaba. El amor, esa palabra, que las jóvenes no pronuncian jamás, pero que resuena incesantemente en su corazon, no tenia ningun sentido para mí. Si supiéseis, Eduardo, cuantas veces entre mis jóvenes amigas concluíamos nuestra conversacion con esta frase: «Jamás he de casarme sino con aquel á quien ame,» comprenderíais entonces mi terror al hallarme próxima á entregarme á un desconocido, sintiendo el dolor qué deja tras de sí una esperanza desvanecida!

No habia previsto aun que pudiese verme supeditada á otra voluntad que á la de mi padre; y cuando pensé en esto, conocí que no tendria bastante fuerza para hacerlo. Seguramente habia oido hablar de muchas otras jóvenes, que opusieran enérgica resistencia á los proyectos de su familia; pero esto era para mí cuentos románticos que interesan, mas no corresponden á nuestras costumbres. Alguna

Digitized by Google

otra vez, ¡ pobres inocentes! habíamos oido contar que una jóven habia preferido la muerte á un casamiento que le repugnaba, y llorábamos por su desgracia, admirando su estraordinario valor; empero cuando me encontré en la misma situacion, no sé si aquella idea me aterró; lo cierto es que no me sentí capaz de imitarla. Mi corazon carecia de valor, y era para mi horroroso vislumbrar la puerta del sepulcro: nada veia que pudiera retraerme de la desgracia que me amenazaba. Echarme á los pies del rey y ponerme bajo su proteccion, me parecia una locura, puesto que no sabria qué decirle, ni qué desgracia contarle. Por otra parte, ¿tendria energía para dar un *no* á mi padre, que tan bondadoso habia sido siempre conmigo?

Os cuento todo esto, Eduardo, para manifestaros que soy una pobre muger, que nada puedo para conmigo, y mucho menos para con los demas.

Amaneció el siguiente dia, y recibí recado de mi padre que estuviese dispuesta para la hora de la misa; le mandé decir que deseaba hablarle, siquiera por un instante, y me respondieron de su parte que podríamos hacerlo durante el tránsito á las Tullerías. Bajé, pues, al salon, y oí en el gabinete de mi padre la voz de Mr. Carin: iba á retirarme cuando éste abrió la puerta, diciendo con tono decisivo:

—Dádselo á entender al rey; por mi parte selo dobo deciros como los españoles: «sino, no.» Volvíme para no ver cara á cara á aquel hombre, que parecia disponer de mí mas que mi mismo padre. Carin se detuvo y añadió:

—Y despues del rey, haced que entre en razon la señorita, pues no quiero dar mi dinero para que se me ponga cara de cuervo.

Al verle salir miré á mi padre y le ví lleno de vergüenza; el color de su rostro no procedia de indignacion ni de cólera, puesto que evitaba mis miradas.

—Vámonos, vámonos, me dijo, que ya ha dado la hora. Pasó delante de mí y le seguí, reflexionando que otra no lo hubiera hecho sin haberle exigido alguna esplicacion: cuando llegué al patio habia ya subido en el coche, y llevaba en los manos unos papeles que le acababan de entregar: era tal su irritacion que no creí deber dirigirle la palabra, pues apenas fijó la atencion en mí, leyendo aquellos papeles y diciendo con furor:

—Esto debe acabar... Basta .. basta.

Cuando se halló mas sosegado dobló los papeles, se los puso en la faltriquera, y sacó otros que leyó atentamente y con cierta complacencia.

—No puede negármelo, decia en voz baja á cada instante; seria mucha ingratitud... pero son, sin embargo tan ingratos...

Casi habia olvidado mi dolor al ver la pesadumbre de mi padre, y le dije cariñosamente:

—¿Os han dado noticias tristes, no es verdad?

—¿Cómo lo habeis sabido?

—He creido notarlo.

—No, Luisa, me dijo reponiéndose; estoy por el contrario para llegar al término de mis deseos, colocándote con una persona distinguida, de un alto rango político, y que puede competir con el mas rico propietario por sus cuantiosas riquezas

—¿Hablais del hijo de Mr. Carin?

—Sí; de un hombre superior á su nacimiento, de ideas nobles, cuya posicion y porvenir lograré consolidar.

No comprendí bien á mi padre; pero me pareció que estos elogios salian con dificultad de sus labios, y determiné poner en juego toda mi energía para dar un golpe decisivo; por lo cual le dije estas palabras, que me parecieron el colmo de la osadia: «No le he visto todavia...»

—¡Oh! le verás, me respondió mi padre; no te conducirá al altar á modo de una víctima. Pasó la época de esos casamientos bárbaros en que las nobles familias sacrificaban la felicidad de sus hijos. No temas de mí esa conducta tan neciamente adoptada por el vulgo obcecado con las costumbres de sus antepasados. El tono con que fueron pronunciadas estas palabras, era mas que suficiente para impedirme hacerle nuevas observaciones: á poco llegamos á palacio; hasta entonces no habia notado mi padre la palidez y tristeza de mi semblante, y habiéndola observado me dijo bruscamente:

—¿Qué teneis? ¿qué os ha sucedido? ¿qué han de pensar viéndoos de esta suerte? creerán que os sacrifico... que os...

Espontóle probablemente la palabra que iba á pronunciar; pero, por ignorante que fuese, la adiviné: pensé de nuevo en aquella espresion de Mr. Carin: «No quiero dar mi dinero para que me pongan cara de cuervo,» y comprendí que podia decirse que me vendia. Prorrumpí en sollozos y mi padre pateó de cólera; pero se contuvo y me dijo:

—Vamos, Luisa, no seas niña: nada se ha concluido todavía, y si no te gusta el jóven será otra cosa, pero tranquilízate, al menos delante de esa gente que nos observa; bastantes enemigos tengo en la córte, que solo buscan pretestos para calumniarme.

Hablando asi me enjugó los ojos, y al fin me serené.

—Asi, asi, Luisa, me dijo; eres una buena hija; espera, espera, que pronto seremos dichosos.

Bajamos del coche y nos dirigimos hacia la capilla real.

—Os he contado, Eduardo, esta escena con todos sus pormenores, para daros á entender cómo repentinamente me sobrecogió, en el principio de mi vida, una desgracia inminente que no podia definir; cómo me ví arrastrada

Digitized by Google

por una senda llena de peligros, sin verlos claramente; y en fin, cómo debí temer el punto donde me conducia sin saber dónde estaba, ni cuál era la causa de aquella determinacion. Me asaltaban temores sin fundamento ostensible, pero que, sin embargo, no podian ser desechados como ilusorios; temí una desgracia que siempre miraba á mi lado como la sombra de una fastasma invisible, dolor sin herida aparente; pero estas reflexiones no podrán daros una idea de lo que he sufrido como lo hará lo que voy á referiros. Llegamos, pues, á la capilla, cuando todavía no habia entrado el rey; noté que me miraban con curiosidad; pero la santidad del sitio hizo que solo se me dirigiesen miradas furtivas, que luego se fijaban en un devocionario abierto, estendiéndose lo mas á murmurar algunas palabras en ademan de recitar una oracion. Ocupé el asiento que se me habia destinado, y á poco dejóse ver el rey. Habia sido yo educada en prácticas religiosas mas bien que en sinceros afectos de piedad, por lo cual cumplia con los deberes de cristiana, mas con respeto, que con fervor, y nunca, hasta aquel dia, habíame dirigido á Dios para pedirle misericordia y auxilio desde lo mas profundo de mi corazon, puesto que no habia tenido necesidad de hacerlo. Pero en aquella ocasion fueron demasiado fervorosas las súplicas que mi corazon dirigia al Eterno. Como mi padre me habia dicho que pasase á su lado en cuanto hubiese concluido la misa, salí, acabada esta, y pasamos al instante á una larga galería, donde se detuvo diciendome:

—El rey va á pasar; cuidado con no hablarle balbuciente, si alguna cosa te pregunta.

Muy pronto se dejó ver, en efecto, Cárlos X, seguido del delfin y de su augusta esposa; recibió con afable complacencia los memoriales que le fueron entregados; hablaba con satisfaccion á las personas que le acompañaban; pero apenas vió á mi padre, cambió de semblante y se manifestó descontento.

—¿Sois vos, Vaucloix? le dijo.

Saludóle mi padre, y me tomó de la mano para presentarme; mas como el rey no notase esta accion, no se detuvo, y le dijo:

—Seguidme.

Obedeció mi padre, quedando yo confusa sin saber qué hacer, porque creia que el rey habia esquivado el verme, y con esta idea miraba sonrojada alrededor de mi, cuando observé que la delfina me miraba tambien, y acercándoseme, con tono muy amable, me dijo:

—Acompañad á vuestro padre, señorita.

La saludé y obedecí, sin tener valor para contestar siquiera una palabra.

Adelantábase entretanto el rey, y apenas pude abrirme paso por entre su comitiva; mas despues de haber atravesado muchas salas, sin poder llegar al lado del monarca, le ví por fin entrar en otro salon acompañado solo de mi padre. Llegué cabalmente cuando éste acababa de entrar, y temiendo quedarme sola no pude menos de llamarle.

Volvióse el rey y me miró con aspecto grave, que advertí iba disminuyendo por momentos, para dar lugar á una espresion de interés.

—¿Sois, me dijo, la señorita de Vaucloix?

—Si señor.

—Bien, seguidnos.

Entré con mi padre, á quien parecia estorbaba mi presencia, y sentí cerrar tras de nosotros las puertas. Permanecí casi junto al umbral de la última, mientras el rey, con mi padre, llegaba al estremo opuesto del salon.

Hablaron en voz baja, y no podia percibir el asunto de que trataban; pero me pareció que mi padre solicitaba con instancia alguna gracia, que el rey no queria conceder, y se animaba la discusion, olvidando que estaba yo presente, pues le oí decir al rey: «Sí, sí, ya sé que vuestra frase favorita es: «ingrato como un Borbon.» Mi padre parecia escusarse; pero el rey continuó con energía:

—Y de ella os valeis para hacernos conceder todas esas gracias, que despues se nos echan en cara.

Mi padre contestó, y me pareció entender que hablaba de sus servicios.

—No los he olvidado, repuso el rey.

—Y sin embargo, señor, me negais lo que habeis concedido á muchos de mis colegas; al conde de L... al marqués de B... y por cierto no perdieron ellos sus bienes durante la emigracion; antes al contrario, los ganaron, sirviendo á la república y al imperio.

Volvióse el rey con disgusto, y acabó diciendo:

—¿En fin, quién es ese hombre?

Oyó el rey atentamente lo que le respondió mi padre, y pareció que éste queria concluir la entrevista; pues sacando papeles de la faltriquera, los puso en manos del rey; pero no bien los hubo entregado cuando prorumpió:

—Perdonad, señor, me he equivocado no; es esto.

El monarca retuvo los papeles, y miró á mi padre con tal severidad, que le hizo bajar la vista.

—Dejádmelos leer, Mr. de Vaucloix: estos me instruirán mas que cuanto pudiéseis decirme.

Comenzó á registrarlos, y aunque de lejos, reconocí por el cordoncillo encarnado con que estaban cosidos, que eran los que tanto habian irritado á mi padre. El semblante de S. M. se iba volviendo mas sombrío á medida que los recorria, y acabó esclamando:

—¡Semejante desórden es espantoso! tan cuantiosa suma...

Digitized by Google

Mi padre le hizo una señal, y conocí que le advertia con ella que no debia pronunciar delante de una hija palabras de acusacion contra su padre. Mirome entonces el rey, y observé que ambos hablaban de mí, terminando esta conversacion en voz baja. No obstante de lo cual pude oir al rey que dijo con bastante severidad:

—Si lo hago es por ella, para que no perezca en la miseria, y para sostener la dignidad del nombre que teneis.

Despues de estas palabras que oí, aunque pronunciadas en voz baja, se adelantó el rey hácia mí, siguiéndole mi padre con semblante agitado, mirándome con despecho y juntando las manos, en actitud de suplicarme: esto me causó una pena inesplicable.

—Quieren casaros, señorita, me dijo bruscamente el rey.

—Sí señor, repuse yo.

—¿Y os gusta ese casamiento?

Miré á mi padre, que hizo un movimiento.

—Dejadla hablar, le dijo el rey; y añadió:

—¿Os alegrais de ese casamiento?

—Si señor, me alegro, respondí con una exaltacion que sorprendió al monarca.

Este me miró tristemente, y con cierto aire de íntima compasion me dijo;

—Está bien, señorita, no tengo derecho á oponerme á tan noble eleccion: está bien.

Dicho esto, tiró del cordon de una campanilla: en cuyo acto mi padre le dijo;

—Señor, un momento...

—No, no quiero oir hablar mas de este asunto.

Presentóse un ugier, y el rey mandó llamar á un secretario, que se personó al momento con su correspondiente cartera. Dijole el rey, que á la sazon se paseaba por su gabinete:

—La órden relativa al yerno del marqués de Vaucloix.

El secretario la presentó al instante, y despues de haberla firmado, la entregó el rey á mi padre, diciéndole:

—Ahí la teneis.

En seguida se volvió á mí y me dijo saludándome:

—Sed feliz, señorita.

Salimos, atravesando rápidamente los salones, y bajamos al patio, donde salió nuestro coche á recibirnos.

—A casa volando, esclamó mi padre.

Partimos, y su oculta agitacion estalló entonces con una violencia que me dejó confundida.

—La tenemos, decia, la tenemos; á bien que no nos ha costado poco... Sin tí estaba perdido, pero estuve admirable... Y esos papeles que entregué tan torpemente... que si lo hubiera hecho á sabiendas, no hubiera tenido mejor resultado. Hé aquí la primera vez que son buenas para algo las intimaciones de acreedores. Hay dias de ventura en que todo sirve. ¡Ah! ¡pobre Luisa mia! Tú serás dichosa, dueña de una fortuna colosal con que darás á conocer la verdadera grandeza. Era un golpe maestro que debia darse hoy; porque mañana... Pero la tengo, ¡aqui está!

Y leia con regocijo la órden que le habia entregado el rey.

Yo estaba tan inquieta por la alegría de mi padre, como lo habia estado por su desesperacion. Me parece que despues de la escena que os he descrito, comprendereis cuál debia ser mi ansiedad é incertidumbre. A lo que me parecia acababa de hacer un grande sacrificio; pero ignoraba cuál fuese: sin embargo, habia observado que me compadecia sin saber yo por qué; temia preguntar cosa alguna á mi padre, porque creia que ya no era tiempo; veiale agitarse tristemente con ademanes de júbilo, y temia y esperaba á la vez una esplicacion que no podia dilatarse. De esta manera llegamos al hotel.

XLI.

PRIMERA ENTREVISTA.—ASAMBLEA DE ACREEDORES.

Llegamos. En el momento en que bajamos del coche, el portero dijo á mi padre:

—Mr. Carin está en el salon.

—Muy bien, muy bien, respondió mi padre interrumpiéndole; ven, hija mia, y le anunciaremos esta buena noticia.

Entramos en el salon y esclamó mi padre.

—Aquí está, aqui está, enseñándole el real decreto.

—¿Firmado? dijo corriendo hácia nosotros Mr. Carin.

—Firmado; venid acá y os lo contaré todo.

Ambos salieron juntos, dejándome sola en el salon con un jóven, que al entrar nosotros estaba junto á la ventana, y á quien no habia visto sin duda mi padre.

Habiame saludadado silenciosamente, y apenas le habia yo contestado cuando desapareció mi padre con Mr. Carin. Permanecí al principio algo turbada, porque al pasar delante de él observé que me dirigia sus miradas con el auxilio del lente. Parecióme esto un descaro, y en vez de bajar los ojos le miró tambien del mismo modo. En verdad debo deciros, Eduardo, que era el jóven de una rara belleza, y notando sin duda el sentimiento de cólera que me habia inspirado, bajó su lente con gracia singular, como el guerrero que rinde vencido su espada: iba, pues, á retirarme, cuando se adelantó diciéndome con soltura:

—La señorita de Vaucloix me permitirá que me presente yo mismo.

No supe qué contestarle; sentí que me subian los colores á la cara, y no pude hacer mas que una leve inclinacion, que me pesó

Digitized by Google

tanto mas, cuanto que me ví observada por quien debia hacerlo con suma curiosidad: este era el hijo de Mr. Carin; era, pues, mi futuro esposo el que se hallaba en mi presencia. Reflexionad sobre mi situacion, y considerad las sensaciones que recibia, el misterio que me rodeaba, la compasion de que era objeto, la estrañeza de todo cuanto veia, y para colmo de singularidad, aquella entrevista súbita, sin intermedio ni preparacion: por consiguiente, la turbacion debió apoderarse de una jóven tímida como yo. Juzgad, pues, de mi sorpresa, cuando en vez de la caricatura que me habia figurado, hallé un jóven ciertamente elegante y hermoso; su presencia me causó una nueva emocion, porque escedia á las halagüeñas ilusiones que se forman las mugeres cuando no han amado todavía, y esto en el momento mismo en que creia iba á ser sacrificada.

Guardaba yo silencio, y me parecia que el jóven debia estar turbado, puesto que nada me decia: me atreví con todo á mirarle, para que su turbacion me tranquilizase un poco. Estaba inmóvil delante de mí, y me miraba con una sonrisa cuya espresion no me atrevo á describiros aun hoy dia, que juzgo haberla comprendido: no sé por qué me asustaba entonces, y por qué esperimentaba aquel despecho que me hizo verter lágrimas. Indignábame su tranquilidad, y al propio tiempo sentia no usase de ella para serenarme. Avergonzábame que me dominasen tan completamente aquellas circunstancias, y quise á toda costa salir de esta posicion, lo que logré diciéndole con esfuerzo:

—¿Deseais hablar á mi padre?

—No, señorita, me dijo; á vos es á quien deseo hablar.

—No sé si debo...

—Atendido el modo como tratan nuestros padres este asunto, es de suponer que hayan olvidado que debian presentarnos mútuamente: obremos, pues, como si lo hubiesen efectuado, puesto que tarde ó temprano habrá de verificarse; y por tanto permitidme tenga con vos una conferencia que deseo impaciente.

—Díjome esto con un acento y concision que probaban su facilidad en discurrir y espresarse. Conocí que era muy niña á su lado, y si no hubiera visto que era jóven, habria creido oir á un grave orador que se disponia á tratar una cuestion en que deseaba obtener la victoria.

Ofrecióme su mano, y sentándome se colocó á mi lado.

—Quieren casarnos, me dijo con tono cariñoso; mas esta determinacion necesita sancionarse; ¿creeis que pueda tener efecto?

—Ya habeis visto la alegría de mi padre, le contesté, y si mal no lo oí, el rey no pone obstáculo....

—Perdonad, señorita; el rey puede permitir lo que vos podeis negar. El rey puede dar un *sí*, cuando vos podeis dar un *no*. ¿Qué decis vos?

Esta pregunta tan directa me zahirió mas que me turbó, pues harto sabia aquel jóven lo que decia al lado de una niña cuya turbacion habia llegado á lo sumo; pero recurriendo á una de esas frases vulgares que comunmente se aprenden, le respondí balbuciente:

—Obedeceré á mi padre....

Retiróse un tanto el jóven Carin, y sin mirarle conocí que me observaba; calló un momento, y cogiéndome despues la mano la besó con galantería, diciendo al mismo tiempo:

—¡No puede ser mas linda! ¡no puede ser mas buena!

La voz y el acento con que pronunció la palabra *buena* me parecieron un ultraje: me enardeció por un momento; pero mi cólera pasó como un relámpago, pues no me inspiró respuesta alguna, ni me dió fuerza para retirarme. En este acto entró mi padre con monsieur Carin.

—¡Hola! ¡hola! dijo el gordete; y bien Guillermo, te habia prometido una muger hermosa.... aunque algo tímida ... parada...

—Algo ruda querreis decir, contesté interrumpiéndole, picada del tono con que hablaba.

—La señorita tiene razon, dijo Guillermo sonriéndose.

Miré á mi padre y le ví sonrojado y confuso, y quedé parada al considerar que aceptaba con su silencio un insulto tan marcado: mas este, al fin, queriendo cohonestar la frase de Guillermo, prorumpió:

—En efecto, mi hija tiene razon, Mr. Carin, pues parece que ibais á sofocarla.

—¡Bravo! ¡bravo! repuso Mr. Carin; aqui tiene un jóven que en breve le dará lecciones de finura.

Y antes que tuviese yo tiempo de admirarme de esa nueva insolencia, añadió:

—Vamos, vamos, no hay que perder tiempo. Tú, Guillermo, vé á la iglesia, á la municipalidad y á casa del notario: vos, Mr. de Vaucloix... ya lo sabeis... ofrecedles un veinte y cinco por ciento para que pasen por cuarenta, de lo que se tendrán por muy satisfechos. Por mi parte me encargo de los mas renuentes, y haré que entren en razon: esta noche habrá junta general de acreedores en este mismo salon, pues es preciso que hoy quede arreglado todo. Ya conoceis que no podemos publicar el enlace hasta que se haya firmado la transaccion; porque si llegasen á traslucirlo, no lograriais un franco de rebaja, cosa que no conviene.

Tal fué la primera entrevista con mi futuro esposo: una casualidad me puso impensadamente en su presencia, y viéndome turbada, como era natural á una jóven, me juzgó Guillermo por lo que en aquel momento le pareci, sin procurar despues rectificar esta

Digitized by Google

primera idea. Debo advertiros que este era uno de esos hombres para quienes la primera impresion es decisiva, porque creen infalibles sus juicios. Eduardo, vos que me tratais sabeis si conozco siquiera la vanidad, y comprendereis la humillacion que sufriria una jóven á quien calificaban de necia, hasta el punto de decírselo á ella misma. No os fastidien estos pormenores, pues son indispensables para daros á conocer que hay desgracias que no se tocan en efecto; aquel dia fuí desgraciada sin poder contar á nadie desgracia alguna. Me contentaba con llorar, escitándome interiormente á la estrema resolucion de oponerme á la voluntad de mi padre; pero esto aumentaba mis angustias, porque conocia que retroceder ante una palabra dada por este, era forjar armas contra mí; pero no obstante, me avergonzaba de entregarme tan débilmente. Ansiosa y vacilante esperé todo el dia á mi padre; pero en vano, pues que antes que volviese le esperaban en el salon unas diez ó doce personas, al parecer de baja esfera. Cada instante venian los criados á decirme que todos preguntaban por el marqués con insolencia inaudita, amenazando que le enseñarian á dar citas; á no faltar segun tenia de costumbre, y á cumplir sus obligaciones. Por esto podreis deducir que los concurrentes eran acreedores, y no dejareis de presumir cuán ignorante debia yo estar de todo esto: lo único que se presentaba á mi vista era el total descrédito de mi padre. Llegó entretanto á tal punto el murmullo del salon; que me decidí á presentarme, si era necesario, para que cesase; pero en este acto ví entrar á mi padre, y oí un grito general seguido de aclamaciones irónicas: «¡Al fin estais aqui!.... ¡es una dicha poder veros!... ¡Veamos para qué nos quereis! ¿Promesas?... si no es mas que esto, gracias.... no tienen ya curso en la plaza.» A esto añadian mil despropósitos, cuya insolencia subia de punto al paso que se iban repitiendo por los mas distantes.

—No se trata de promesas, respondió mi padre con un tono y ademan que me parecieron obsequiosos; se trata de dinero, y de dinero contante.

—Cobradero dentro de tres meses, observó una voz.

—Cobrado mañana; hoy mismo si quereis, contestó mi padre.

—En tal caso, el negocio es muy sencillo, repuso otro; pagad y se os tendrá consideracion.

—Me debeis diez mil novecientos veinte y tres francos: acto continuo de la paga os doy recibo y finiquito.

Hubo un momento de silencio, y mi padre continuó:

—Debeis suponer, señores, que solo haciendo costosos sacrificios he podido encontrar el dinero necesario para satisfaceros: me precisa deciros que todos estos esfuerzos serán inútiles si no me ayudais á soportarlos, concediéndome una reduccion sobre vuestros créditos.

Pareció que veinte voces respondieron á un tiempo.

—Ni un franco.

En seguida añadió otro:

—¿Me deben, ó no me deben? ó todo, ó nada.

Y otro repuso:

—Yo puedo comprar muy bien por doce mil francos el derecho de decir que un marqués y par de Francia me ha estafado.

Otro mas distante dijo:

—Vámonos, vámonos; esta es la historia de siempre; despues de estas palabras no hallareis ni un franco.

Sacó mi padre una cartera, la colocó sobre la mesa, y abriéndola enseñó una gran cantidad de billetes de banco. No podré pintaros el innoble movimiento con que se precipitaron hácia la mesa todos los acreedores: mi padre desapareció de mi vista entre aquella turba de furiosos, de los cuales los mas distantes se levantaban sobre las puntas de los pies para ver mejor lo que se les ofrecia. Ví asimismo separarse dos de los demas, y haciéndose una seña se acercaron á la puerta, detrás de la cual yo estaba.

—¿De dónde diablos ha sacado tanto dinero? dijo uno que reconocí ser el tapicero de la sasa.

—Sin embargo, no le queda ya nada que vender.

—Ni aun su voto en la cámara....

—¡A menos que no venda su hija!

—Es muy capaz de ello.

—Tal vez el rey pague por segunda vez sus deudas: Cárlos le quiere mucho.

—¡Calla! una idea me ocurre: ¿cuánto dinero ha enseñado?

—De doce á quince paquetes de á diez mil francos.

—Poco mas ó menos cincuenta mil escudos: no llega á la cuarta parte de lo que debe.

—Si ofrece la cuarta parte tendrá la mitad, y si da la mitad, señal que tiene el todo; no firmo.

—Cuidado con llevarse chasco.

—¡Bah! dejemos hacer á los demas, estad seguro que pagará por entero á los que se mantengan firmes.

—Escuchemos; sin duda va á hacer proposiciones.

En efecto, como si respondiese á una pregunta, dijo mi padre:

—Lo que ofrezco, señores, es el veinte y cinco por ciento.

Diéronse con el codo al oir esto los dos interlocutores.

—¡Veinte y cinco por ciento! esclamó un hombre gordete: os entregué las cuatro ruedas de vuestra berlina, y demasiado baratas por cierto; para que me contente con que se me

Digitized by Google

pague una sola: hago el cinco por ciento de rebaja, que es todo el beneficio de mi renta. Me haré cuenta de haber trabajado de balde; pero no consentiré en perder ni uno por ciento.

Dicho esto, pasó el maestro de coches á sentarse junto al tapicero, á quien dijo·

—¿Qué pensais de esto?

—¡Yo! que acepto el veinte y cinco por ciento, pues mas vale algo que nada: nos van

—¡Ah! si no fuese por el privilegio de su calidad de *par*, hace tiempo que dormiria en un calabozo; pero con su alta dignidad se está burlando de nosotros. Acepto, pues, todo cuanto ofrezca.

—Escuchad, ya vuelve á hablar.

Hablaba en efecto mi padre, y como le escuchasen en silencio los mas inmediatos á mí, oí que decia:

—Os he reunido á todos para que os ase-



Sacó mi padre una cartera, la colocó sobre la mesa, y abriéndola enseñó una gran cantidad de billetes de banco.

á dar diez, y nos prometerán lo restante para dentro de tres ó cuatro años.

—¿Lo creeis así?

—Y no es otra cosa; el marqués debe un millon y doscientos mil francos, y porque os ha enseñado sesenta ú ochenta mil os parece haber visto un Perú. Respecto á mí, que le acredito mas de cincuenta mil francos, si me da diez mil al contado los acepto.

—¡Por vida de!... ¿Y asi lo pensais?

—Absolutamente: solo trata de hacernos pasar tiempo.

gureis mejor de mis premesas. Ofrezco veinte y cinco por ciento; pero os digo tambien que si uno solo se niega, nada hay de lo prometido.

Resonó en esto un murmullo general.

—¡Nada! repitió mi padre: no quiero esponerme á tan enorme sacrificio sino para lograr una completa tranquilidad, y poner término á las reclamaciones. Pensadlo, decidios. Os doy de tiempo média hora.

—¡Es un robo! esclamaron todos; no se debe tratar con tanta insolencia á hombres honrados.

Digitized by Google

—¡Hola! ¡hola! señores negociantes, repuso mi padre; cuando haceis bancarota tratais mucho peor á vuestros acreedores, pues les dais un diez por ciento y.... gracias.

Fueron recibidas estas palabras con gritos é injurias generales. Quiso salir mi padre y se acercó, para verificarlo, á la puerta donde yo estaba; mas le detuvo el tapicero diciéndole en voz baja, mientras se consultaban los otros tumultuosamente:

—Dadme cuarenta y arreglo vuestros negocios.

—Os doy veinte y cinco.

—Pues no conseguireis nada.

—Ni ellos tampoco.

—Vuestros muebles tienen bastante valor y pueden hacéroslos vender.

—Es verdad; pero vos que me los vendísteis, ¿creeis que valgan ciento cincuenta mil francos?

El tapicero hizo un gesto de impaciencia y repuso:

—No se trata de eso, procurad hacer un esfuerzo y subir hasta treinta y cinco.

Mi padre vaciló, y últimamente le dijo en voz baja:

—Treinta.

—No, treinta y cinco.

—Treinta, y quedo sin blanca, repuso mi padre.

—¿Palabra de honor?

—Si señor.

—¡Pues bien! sean los treinta; dejadlos por mi cuenta.

Salió mi padre y viéndome me dijo irritado:

—¿Qué haceis aquí?

Y como yo bajase los ojos continuó:

—¿Lo has oido todo?

El silencio fué mi única respuesta; pero de repente pareció olvidarse de mí, y se acercó á la puerta prestando oido á lo que se decia en el salon, esperaba que mi encuentro hubiese escitado su cólera, empero nada me dijo: antes bien le oia decir en voz baja: «Bien.... bien.... ya firman. ¡Muy bien! ¡muy bien!» Su ansiedad duró algun tiempo, ora agitado, ora sonriéndose, sin separarse de la puerta: en fin, calmó por un momento el rumor, y salió el tapicero para decirle á mi padre:

—Finiquito general.

—¿A veinte y cinco?

—No, á treinta, como me habiais dicho. Ahi está la cuenta que teníais preparada; no teneis mas que entregarme los fondos, puesto que habeis prometido pagar al contado. Mucho me ha costado lograrlo, y creo lo tendreis en cuenta: ¡cómo ha de ser! cuando uno ha sido honrado toda su vida, halla al fin la recompensa. Vos no hubiérais logrado nada.

¡Qué horribles palabras oia yo en aquel momento! pero mi padre no oia nada, ocupado solo en comprobar los pagos ó las deudas.

—¿Y vuestra cuenta? preguntó al tapicero.

—¿La mia? me parece... señor marqués... que he hecho bastante por vos, y que no merezco perder como los demas. En este caso, como si nada se hubiese hecho.

—Escuchad, dijo mi padre; os doy treinta y cinco.

—Sois hombres de bien; dadme sesenta y todo está saldado.

—No, treinta y cinco.

El tapicero se dirigió hácia la puerta con el estado de deudas en la mano.

—Cincuenta por ciento, dijo, y no rebajo un franco.

Mi padre vacilaba y el tapicero abrió la puerta.

—Cuarenta, dijo entonces mi padre.

—Cincuenta, repuso el otro.

—¡Bien! sean los cincuenta.

El tapicero cerró la puerta, y dijo suspirando:

—Son veinte y cinco mil francos de pérdida.

Vamos á sacar la cuenta: seiscientos veinte y cinco mil francos de deudas, al treinta por ciento, son ciento ochenta y siete mil francos y cincuenta céntimos, á los que unido el veinte por ciento que alcanzo yo demas en mi cuenta respectiva, importa ciento noventa y seis mil noventa francos.

Mi padre comprobó la suma y le dijo:

—Ahi teneis billetes por valor de ciento noventa y siete mil francos: me debeis seiscientos.

—Serán para honorarios mios, añadió el tapicero.

—¡Bien! id con Dios, y echadme fuera esos vampiros.

—En un momento les arreglaré la cuenta, y no oireis hablar mas de ellos; empero no salgais si no quereis recibir una salva de injurias. Entró el tapicero y se colocó delante de una mesa, alrededor de la cual se agruparon todos diciendo:

—¿Habeis cobrado?

—Sí.

Produjo esta palabra un grito general de contento.

—Si no nos hubiésemos apresurado tanto, tal vez hubiéramos cobrado treinta ó cuarenta.

En este momento mi padre me hizo seña de que le siguiese. Debeis admiraros, Eduardo, de que os cuente estos detalles y circunstancias que entonces no podia yo comprender, pero mas tarde, la costumbre de oir hablar de negocios, me familiarizó con un lenguaje que habia sido ininteligible para mí. Seguí, pues, á mi padre y entramos en otra sala, donde me dirigió estas palabras.

—No siento que hayas oido todo cuanto ha pasado, pues esto te demostrará, mas que todo cuanto yo pudiera decirte, la necesidad de casarte con el baron de Carin. Gracias á

Digitized by Google

este enlace he podido saldar todas mis deudas, como acabas de ver.

Ya os dije cuán débil soy, y al mismo tiempo cuánto deseaba hacer algunas observaciones á mi padre; pero no hallaba razon que disculpase mi resistencia, por lo cual acepté alegre mis sacrificios, diciendo para mí que salvaba á mi padre, y harto felíz me conceptuaba con no oponerme á su voluntad; asi, me resigné por debilidad, teniendo á mi cobardía por un acto de valor. Soy franca, Eduardo, y os cuento mis verdaderos sentimientos; siendo mi primera satisfaccion la de hallar una escusa que me convenciese á mí misma de la necesidad de ceder.

—Padre, le respondí, vuestra voluntad es mi ley, y me envanezco al pensar que, obedeciendo, os recompenso parte de lo que habeis sacrificado por mí.

—¡Muy bien! Luisa, me dijo un tanto conmovido, tu prometido está próximo á venir; sé mas afable con él, que es un hombre distinguido.

—Lo que hace por vos, le contesté, asegura ya mi reconocimiento.

Un profundo suspiro fué la única contestacion de mi padre, y casi al mismo tiempo entró Mr. Carin con su hijo, diciendo desde la puerta:

—¡Bravísimo, amigo; no hubiera yo dicho mas! han aceptado el veinte y cinco por ciento.

—Querreis decir el treinta, respondió mi padre.

—El veinte y cinco, pues el maestro de coches me lo acaba de decir, enseñándome lo que ha recibido.

—Repito que he dado el treinta; y hé aquí como ha pasado: mi hija ha sido testigo.

Contó entonces mi padre lo qce habia pasado con el tapicero.

—¡Bien! ¡muy bien! dijo Mr. Carin; el hombre honrado acaba de embolsarse un cinco por ciento de la cuenta general, es decir, treinta y un mil francos, mas veinte y seis mil de sobreplus por su cuenta al cincuenta por ciento, que todo suma cincuenta y siete mil francos: de este modo queda honradamente saldada su cuenta de cincuenta y dos mil francos.

—¡Es un bribon! esclamó mi padre.

—¿No habrá medio de hacerle restituir esa cantidad? dijo Guillermo.

—Yo trataré de eso, pero será otro dia, respondió su padre.

Mas adelante supe que el tapicero habia sido un agente del mismo Mr. Carin, que por este medio habia recobrado una parte del empréstito hechó á mi padre. Mr. Carin añadió:

—He ido al ministerio de Justicia y no he podido obtener copia de la real órden, pues no la dan hasta que se verifique el casamiento. De esta suerte, Guillermo, hasta dentro de quince dias no será heredero de la dignidad de par del marqués de Vaucloix.

Esta palabra fué un rayo para mí, pues me esplicó el sentido de la escena que yo habia presenciado de mi padre con el rey: me convencí entonces de que no era yo el objeto de los sacrificios de mi futuro esposo, pues habiendo comprado á mi padre el derecho de sucederle en su dignidad, debia yo ser mirada como una de las cargas del contrato. Fué para mí esta esta esplicacion tan clara y repentina, que no pude menos de dar un grito de sorpresa.

—¿No sabe nada la niña? dijo Mr. Garin.

—Iba á esplicárselo cuando habeis llegado, respondió secamente mi padre.

—¡Por vida de!... continuó el regordete alarmado dirigiéndose hácia mí: ¿no es verdad que consentís? pues he dejado mi dinero bajo una confianza de amigo. ¡Ah! señor marqués, añadió con un movimiento de impaciencia, fuera muchachadas; esto no pasaria de ser infamia y media, no teniendo siquiera recibo de los doscientos mil francos que os he entregado. Es menerter esplicarme un poco mas claro.

¿Me atreveré á decíroslo, Eduardo? Mi padre, cuya humillacion me habia conmovido tanto, presentaba un semblante mas triste todavía; á pesar de que, prevaliéndose de la circunstancia de no haber firmado ningun contrato, respondió con orgullo:

—Caballero, si mi hija no consiente me parece que no podré forzarla al matrimonio.

—¿Qué significa eso? repuso Mr. Carin; pálido de cólera.

—Eso significa, añadió Guillermo con tono insultante, que el señor marqués ha sabido trampearnos diestramente.

—¡Caballerito!... esclamó mi padre amenazándole.

—Tranquilizaos, dije interponiéndome y dirigiéndome á Guillermo; no perdereis vuestro dinero.

—Muy bien dicho, respondió Mr. Carin; sois una jóven honrada, que vale mas que tener talento.

Acercóse Guillermo y me dijo con su gracia singular:

—Es mi felicidad lo que hubiera yo perdido.

Disimulad, Eduardo, lo que voy á deciros: me inspiró lástima Guillermo al dirigirme estas palabras, si bien me pareció un necio completo; y para que creais justa esta calificacion, voy á describiros brevemente ese carácter cuya insoportable tiranía tal vez muy pocos conocerán. Figuraos que en el límite de una espaciosa llanura veis en el término del horizonte unas nubes blanquecinas; empero, á medida que os acercais, descubrís mas el objeto y apercibís que son montañas, hasta que colocado por último á su falda, os hallais en el caso de medir hasta su altura; del mismo modo yo vislumbraba el principio de mi desgracia desde que la espresion de Guiller-

mo á mi padre hirió mi corazon. Llegó al cabo la esperiencia; la esperiencia que iluminó todo cuanto me rodeaba, y borró para siempre el primer efecto que mis emociones habian producido, á escepcion de la que sentí en aquel instante en que se anunciaba mi desventura.

XLII.

LA MUGER DE UN NECIO.

Si, Eduardo, hay defectos que ocasionan mas pesares que los mas culpables vicios. Ya os he dicho que Guillermo era hermoso; habia recibido una instruccion poco profunda, pero muy variada; poseía un capital inmenso: todo le habia salido á medida de sus deseos. Nada os diré de sus empresas amorosas que él mismo me ha contado, pues como conozco muy poco el corazon humano no podré deciros si en efecto ha sido jamas amado; sin embargo con el conocimiento que ya tengo de la sociedad, estoy segura que habrá poseido muchas mugeres. Habia dado en la manía de versificar, y aun en otra mas fatal todavia: en la de leerlos en las tertulias. Era mediano músico, y cuando componia y cantaba su misma nota, resonaban en nuestra tertulia gritos de alabanza, al través de los cuales únicamente yo vislumbraba las sátiras de los hombres de talento. Guillermo se engreía con esto creyéndose rival de los primeros poetas y compositores de su siglo. Le hice alguna vez ligeras observaciones sobre su ciega credulidad, y se me acusaba de envidia. Forzoso es decirlo; á los ojos de mi marido no era yo mas que una linda muñeca á quien debia imponer silencio tan luego como quisiese inculcarle las máximas que dicta la prudencia: puedo juraros que no he visto jamás un hombre como Guillermo, tan preocupado de sí mismo. Concluia las cuestiones de un modo tan decisivo, que paraba frecuentemente á los hombres de mas talento, y aun á su mismo padre le habia supeditado á la ruda dependencia de su opinion. De vez en cuando procuraba yo dar á conocer, por medio de algun epígrama, que no era tan escasa de talento como me suponian; pero la satirilla resvalaba atravesando la máscara de vanidad que cubria á mi marido. Otras veces cansada de sus desaires le contestaba con violentos sarcasmos: mas no lograba siquiera el desquite de irritarle, puesto que recibia mis injurias como proferidas por un niño.

Quince dias despues de la escena que antes os manifesté celebróse el casamiento, en cuya ceremonia ostentóse un lujo que á la verdad me deslumbró: asimismo fuí conducida á un edificio, que aun no se me habia enseñado, para sorprenderme, y era de una rara magnificencia. Poco despues de nuestro casamiento tuvimos una reunion espléndida, antes de la cual habia hecho mis visitas de novia, convidando personalmente. Fuimos á casa de los personages de la antigua nobleza, á quien me ligaba el nombre y gerarquía de mi padre, como tambien á la de los ricos capitalistas relacionados con mi esposo: entre los primeros recibí una brillante acogida, y entre los segundos solo Guillermo. Poco despues conocí que una muger puede, fuera de su casa, ser objeto de consideraciones que se le niegan en ella con respecto á la calidad de su esposo. Asi que ninguna de las personas de mi categoría asistió á nuestra reunion, concurriendo únicamente las personas relacionadas con Mr. Carin: resintióse la vanidad de Guillermo, no queriendo creer que un oscuro nacimiento y una riqueza adquirida por especulaciones mal reputadas, alejan á los hombres que componen una brillante sociedad. Os juro, Eduardo, que fué un dia bien triste para mí aquel en que cien billetes nos indicaron la disfrazada negativa de los personages que habiamos convidado: hubiera querido ocultarlos á mi marido; pero por direccion de los portadores, que juzgó un insulto bien combinado, le fueron todos entregados personalmente.

Despues de este suceso, de que Guillermo me hacia participante como perteneciente á una clase que él llamaba insolente y altanera, puesto que asi se atrevian á despreciarle, verificóse al fin la reunion, y no podré esplicaros la escena que á esta siguió; solo os diré que fué suficiente para hacerme dudar de mí misma, hasta el punto de no atreverme á cantar, aun en las reuniones mas familiares, á pesar de mis pasados triunfos en el piano. Figuraos la vida de una muger débil á quien continuamente se humilla, y al fin debia sucumbir. Entonces conecí que la vanidad nos dá mas fuerzas que el deseo de ser dichosos; asi abandoné mi felicidad al primer choque, y sostuve mi vanidad por mucho tiempo.

Mi ilustre nacimiento hizo que se me declarasen enemigas las mugeres de los capitalistas. Debereis admiraros, Eduardo, de que en tan triste posicion solo encontrase apoyo en el conde de Cerny, que se atrevió á despreciar el anatema general que nos habia lanzado la alta clase, y se declaró mi defensor. No pude menos de apreciar sus servicios, y le manifesté mi gratitud, recibiéndole siempre con mucho agrado; pero no habia pasado quizá un mes cuando todos los negociantes tachaban de escandalosa mí conducta. Los elegantes de la lonja, que ni siquiera habian pensado en mí, se consideraban humillados por lo que ellos llamaban triunfo del embajador de la clase de los nobles; en este caso me ví precisada á suplicar al conde de Cerny dejase de visitarme con frecuencia.

Ya veis, Eduardo, que me hallaba abandonada de todo el mundo, dominada por la

Digitized by Google

necedad de Guillermo, escarnecida por sus malos amigos, y ridiculizada por el odio y emulacion de las mugeres de sus socios. La desgracia me perseguia en todo, y en ella he vivido por espacio de dos años, habiendo al fin llegado á un abandono de mí misma que justificaba cuanto en mi conducta gratuitamente se habia supuesto. Un acontecimiento grandioso en sí, cual fué una revolucion en la Francia, cambió el aspecto de mi existencia, colocándome en el estado en que me encuentro. Habíame casado en julio de 1828 y dos años despues estalló la revolucion que ha desterrado los Borbones.

Nos hallábamos en el campo, cerca de Blois, cuando *El Monitor* nos dió noticia de los decretos del ministerio *Polignac*. No podeis figuraros la alegría que estos produjeron á mi esposo.

—Al fin, esclamaba, va á reducirse á la obediencia esa cámara de diputados, tan insolente y parlera; esa amalgama de abogados y comerciantes, que no tienen un franco y podrán reputarse por dichosos en besar los zapatos de su rey. Tiempo es de que el manejo de los negocios vuelva de derecho á los hombres ilustres y á la riqueza: á los *pares* toca ahora ocupar el lugar que les corresponde; el de la cámara alta: ¡Ah! si á ella perteneciese yo en este momento.... sí.... A propósito, ¿habeis recibido noticia de vuestro padre?..

—Sí, me ha escrito desde los Pirineos, que las aguas de *Aix* le prueban bien.

Mi marido dejó traslucir un movimiento de despecho, cuya punible significacion no comprendí por entonces.

—En fin, repuso despues de un momento de silencio; tarde ó temprano ha de suceder; pero entretanto me encuentro en mala posicion: la aristocracia puede esperar ahora una constitucion sólida, marchando al frente de la revolucion; ahora será una aristocracia jóven, fuerte y rica, que conozca las necesidades de la época, y que sepa constituir nuestra sociedad.

Agitadamente se paseaba, hablando de esta suerte, mientras leia repetidas veces *El Monitor*, y de cuando en cuando esclamaba con impaciencia:

—¡Y no hallarme yo allí!..

—¿No podrémos partir para Paris? le dije.

—¿Hablo yo de esto? me respondió encogiéndose de hombros y mirándome con desprecio.

Ya veis que era muy necia, puesto que no comprendia que la vida de mi padre era lo que escitaba aquel pesar que sentia mi marido. ¡Ay de mí! no tardé mucho en conocer mi error.

Sin ocuparme de política pertenecia yo al partido de mi padre y de mi marido, y nada hallaba reprensible en aquel entusiasmo; pero pronto reconocí cuán desprovista de razones estaban sus ideas. Mr. Carin, padre, que estaba con nosotros, se hallaba fuera de la quinta cuando llegó esta importante noticia, y entró cuando Guillermo se hallaba en lo mas fuerte de sus esclamaciones. Escuchóle al principio con indiferencia; pero al fin se levantó súbitamente y le dijo:

—Todo eso es escelente y muy lógico; mas yo te digo que es una estúpida necesidad.

—¡Cómo se conoce que venis de casa de ese frenético demagogo Mr. D... que os ha calentado la cabeza!... dijo mi marido.

—Pues vengo de casa del conde M... que es ultra-frenético, y todo me lo ha contado, demostrándome que estaba loco ni mas ni menos que tú.

—Sea asi, repuso Guillermo con el habitual desprecio que oponia á las opiniones que disentian de las suyas; sea, pues, una necedad, segun vuestras ideas.

—Que valen tanto como las vuestras, señor baron de Carin, replicó indignado su padre; he escusado el estúpido entusiasmo del conde M... porque es un señoron que se imagina que lo será mucho mas con nuevos privilegios; ¿pero tú crees que la Francia recibirá el golpe sin devolverlo.

—¡La Francia! ¡oh! ¡la Francia! continuó mi marido con el mismo aire desdeñoso; ¿cuál es, pues la Francia? ¿la componen, acaso, cincuenta mil electores estúpidos y doscientos diputados insolentes? la Francia callará y hará perfectamente.

—Pues no callará, señor baron, esclamó el padre con un arrebato que jamás habia usado con su hijo; los cincuenta mil electores estúpidos y los doscientos diputados insolentes es la flor de la nacion: ¿lo entendeis, baron? y no se dejarán insultar para mayor comodidad de una clase que os ha abierto sus puertas, pues vuestro verdadero nombre es Guillermo Carin.

—No hago yo responsable al rey de los desaciertos de algunos hombres.

—Pues bien, tanto mejor para tí, que tienes grandeza de alma; pero puedes estar seguro de que no piensan todos lo mismo. Yo he probado que soy realista; no olvido que ese tirano de Bonaparte quiso formarme causa, siendo yo contratista en 1813, y que, sin la llegada de los aliados, iba á pasarlo mal con menoscabo de mis intereses. Soy realista, en fin, de corazon, no como los de ese nuevo plantel; y no pertenezco á esos emigrados que volvieron con el rey para devorarnos.

—Y á quienes robó la revolucion sus bienes, dijo mi marido.

—Y de cuyos bienes comes tú, respondió el padre; ademas, yo los odio; tú los estimas. Creo que eres mi hijo; pero, acerca de este punto, en nada me pareces.

—Y me honro con ellos, dijo Guillermo encolerizado.

—¡Te honras con ellos, señor Guillermo!

¿de dónde has salido, pues, repuso su padre?

—Cuidado, que pueden oiros.

—¿Y á mí qué se me da, si no tengo por qué avergonzarme de mi nacimiento.

Y añadió gritando:

—Mi padre era carpintero, y mi madre revendedora de pescado; hicieron su fortunilla, y yo la he continuado: no por esto me envanezco menos de ser rico, y no quiero ser esclavo de esa raza de hidalguillos.

—No se trata de esto, repuso mi marido alarmado en vista de la declaracion de su padre, sino de una medida dictada por la necesidad y que está en el deber y atribuciones del rey.

—Me mueves á risa con tus atribuciones y deberes. ¡Linda cosa! ¿Creeis que por qué un ministro hubiera puesto un largo discurso de jesuita á la cabeza de los decretos, podia persuadir con ellos á los electores hasta dejarse arrebatar en silencio sus derechos, y que con una plumada podia destruir la libertad de imprenta y demas garantías del pueblo francés?

—¿Se ocupa, acaso, el pueblo de todo eso? ¿Qué se le da del resultado de una eleccion, si no tiene voto? ¿Y qué de la libertad de imprenta, si no sabe leer?

—Te tengo lástima, pobre niño: aunque el pueblo no participe de la eleccion, tiene, sin embargo, confianza en los electores ciudadanos.

—Que son mas insolentes que los nobles.

—Cierto que si; pero no siendo nobles constituyen una clase del negociante y trabajador. Su causa era una misma en 1789, y la hareis idéntica en el dia, teniendo estos por enemigo, como entonces, á la nobleza y al clero. Vosotros sois grandes políticos sobre el papel, señores sabios modernos; pero no conoceis al pueblo ni tomais en consideracion sus odios, sus recuerdos, ni sus temores.

—No se trata de nobleza ni de clero, sino de la monarquía.

—¿Qué quiere la monarquía?

—Ser respetada, recordar que lleva catorce siglos de existencia, y que no debe ser esclava de una cámara rebelde que cuenta por dias su nacimiento.

—Estais loco. La cámara es justa; y tú el primero, si fueses lo que debes ser, no querrias que atacasen tu inviolabilidad, solo por no ser del dictámen del gobierno,

—¡Pero la cámara de los pares ya es otra cosa! Es lo mas escogido de la nacion.

—¡Lindo! ¡Selecto un cuerpo de que tú has de formar parte!

—¡Padre!

—Déjame, pues, tranquilo, y verás cómo de nuevo se despide á los Borbones, sin que los pares lo hayan votado.

—Eso está por ver.

—Esó está visto; mañana estará París en insurreccion.

—¡Pobre padre! ¿Creeis estar todavía en el año noventa y tres?

—Creo lo que veo. Cuando he leido *El Monitor* me he sentido indignado, y no he indagado la causa de este sentimiento, y estoy seguro que todos habrán esperimentado lo que yo: verás lo que sucede.

La discusion duró mucho tiempo, y si bien no se aclararon mucho los hechos, sin embargo, me sentia inclinada á pensar lo mismo que Mr. Carin; pues su fundado temor arrebataba trás si el presentimiento de lo que podia suceder si ponian en movimiento las masas, á las cuales no contendrian razones que pudiesen resistir al movimiento revolucionario. Como sucede siempre á los fátuos, subió de punto el entusiasmo de mi marido, á medida que encontraba resistencia. Cuando tuvo noticia de la primer conmocion popular, esclamó:

—Una compañía de guardias de corps, con sable en mano, la terminará felizmente.

Póco despues, cuando vió que habian bastado tres dias para decribar esa monarquía de catorce siglos, no desconfió del buen resultado de su causa, hasta que por los diarios supimos la eleccion de Luis Felipe y aceptacion de la nueva carta.

Aqui empieza para mí, Eduardo, una nueva série de pesares que no temo confiaros. Entretanto, ¿no os parece singular que una muger haya podido ser víctima de un artículo de la constitucion política de su pais? La nueva carta, votada por ambas cámaras y aceptada por el rey, prescribia que dentro del término de un año habria una ley para el arreglo definitivo de la vinculacion de la dignidad de *par*. La tempestad que esto levantó en el corazon de Guillermo lo condujo á la locura, tanto mas, cuanto se burlaba de él su padre por la pérdida de sus esperanzas: ya conocereis que yo debia ser por consecuencia la víctima de mi esposo y de las sátiras de su padre.

Pasáronse algunos dias, en los cuales recibió mi marido cartas de mi padre, y me las ocultó: Mr. Carin estaba ya de vuelta de un viage que habia hecho á París, y tambien mi padre habia llegado de *Aix*, penetrado del dolor mas vivo; porque para él la opinion política y la fidelidad de los Borbones era una religion: asi desde su llegada nos habia anunciado su deseo de acompañar al rey en la emigracion.

—Hablaremos de esto mañana, dijo Guillermo con tono mas afectuoso de lo que acostumbraba; ahora necesitais descansar.

A la noche, cuando me retiraba para acostarme, me manifestó Guillermo su deseo de tener conmigo una conferencia importante. Mi sorpresa fué muy grande, y habiéndola él notado, quiso tranquilizarme diciendo:

—No os sorprendais, pues solo quiero os encargueis de persuadir á vuestro padre que

Digitized by Google

no salga de Francia; presumo que su ausencia os causaria bastante pesar, y por tanto hallareis razones que disuadan al marqués de su propósito.

—No podré hallar otra razon mayor que el mismo pesar, y confio bastante en su ternura para que no se separe de mí.

—Bien dicho, repuso Guillermo; persuadidle que viviríais desesperada, y yo igualmente, si efectuase su partida.

—Os doy gracias por estos sentimientos, y puesto que confiais en mi discrecion para este objeto, creo que podré hacerle fuerza con esas y otras razones.

—¿Y cuáles son? dijo mi marido sentándose delante de mi para examinarme.

Creí, Eduardo, que vislumbraba á lo lejos la probabilidad de destruir algun tanto la opinion que de mí habia formado Guillermo, y procuré manifestarle las razones que juzgué debia oponer para lograr lo que queria.

—Mi padre es viejo, le dije, y salir de Francia en su edad seria querer ir á morir al estrangero.

—Cabal, cabal.

No tiene necesidad de dar á los Borbones esa última prueba de fidelidad, pues responde por él su vida pasada.

—¡Muy bien! ¡muy bien!

—Puede, ademas, probarse su adhesion negando al gobierno actual, como otros muchos, el juramento que le piden como par de Francia, sirviendo de protesta su renuncia.

—Suplicoos que no le digais una palabra sobre este punto.

—¿Por qué?

—¡Ah! porque... ¿no es por esto por lo que me casé con vos?

—¿Qué quereis decir?

—Escuchad, Luisa, y comprendedme una vez siquiera en vuestra vida: ya veis que no os exijo mucho.

—Lo probaré, Guillermo, lo probaré.

—¡Oh! poned atencion á lo que voy á deciros, atended bien, pues es asunto muy grave: la ley que regulará la vinculacion de la dignidad de par, se ha de presentar en el término de un año, y con razon, porque se quiere dar tiempo á que se calmen las pasiones.

En mi sentir es mas probable que no se decrete la desvinculacion; y si asi sucede, subsisten mis derechos prestando vuestro padre el juramento. Ciertamente comprendereis que no debo sacrificaros á un capricho de lealtad caballeresca, y mas cuando tan caro me han costado.

No podia menos de convenir en que la observacion de Guillermo fuese razonable; mas éste tenia la fatalidad de hacer odioso cuanto decia; asi, por el inoportuno recuerdo del precio con que habia comprado sus esperanzas, me irritó y respondi:

—Hay cuestiones de honor que cada cual juzga á su modo: no tengo derecho á dar semejante consejo á mi padre.

—¡Oh! ¡oh! ¿dónde aprendisteis tan hermosa frase? En verdad que es muy sonora; pero debo deciros que no viene al caso. Quiero... ¿lo ois?... quiero que persuadais al marqués á que preste el juramento.

—No puedo encargarme de semejante comision, no la acepto.

—Escuchad, me dijo Guillermo encolerizado; el marqués prestará juramento cuándo y cómo yo quiera; pero me conviene no obligarlo por mí mismo, sino que seais vos quien le inspireis tal determinacion. Me repugnan los medios violentos; pero vuestra negativa me obligaria á emplearlos.

—¡Medios violentos para con mi padre! esclamé; ¿y os atreveis á amenazarme con ellos?

—Si os parece, dejémonos de contestaciones desagradables. ¿Quereis evitarme el disgusto de tener una entrevista séria con vuestro padre? si, ó no. Id á buscarle ahora mismo, pues ya le previne que queriais hablarle en secreto, y os espera. Y pues que os han venido á la mente esas frases tan hermosas, os suplico que le repitais una, y es que la único dote que habeis traido es la vinculacion de su dignidad de par; y que, como hombre de honor, debe conservármela por cuantos medios estén á su alcance.

—Por todos, escepto por un perjurio.

—¡Necedad y obstinacion á la vez! esto es demasiado, dijo furioso Guillermo: ¿con qué os negais? pensadlo bien, porque aborrezco los escándalos; mas si es preciso acudir á ellos, lo haré.... y entonces.... entonces. .. Pero ya ireis.

Poco me habia alarmado la primera amenaza de Guillermo contra mi padre, pero el acento con que profirió sus últimas palabras, me aterró verdaderamente: me contuve, sin embargo, y le dije:

—Poco debe importaros mi negativa, pues debeis estar seguro que aunque dé este paso será ciertamente inútil.

—Eso está por ver.

—Puesto que lo exigís, lo probaré mañana.

—Esta noche, os he dicho.

—Pues bien, iré luego.

—Al instante... Tengo mis razones, seguidme, que quiero acompañaros hasta el cuarto de vuestro padre, y no olvideis que es preciso que se lo deis á entender.

Aunque bien convencida de la inutilidad de mis esfuerzos, consentí en cuanto me exigia, para evitar á mi padre la escena con que me amenazó Guillermo, creyendo que le bastaria mi condescendencia. Me acompañó hasta el cuarto de mi padre, y me hizo una seña para que entrase.

Digitized by Google

XLIII.

UN JURAMENTO POLITICO.

Obedecí á mi marido temblando, y entré en el aposento de mi padre; pero salí al instante, y dije á Guillermo:

—Está echado sobre la cama.

—¡Oh! ya lo sé.

—Y está durmiendo.

—¡En buen hora! esclamó con violencia. Despertadle.

—¿Quién anda ahí? gritó mi padre saltando de la cama.

Impelióme Guillermo hácia dentro, y respondí.

—Soy yo.

—Mucho has tardado Luisa, y sentia marcharme sin darte un abrazo.

—¡Cómo! ¿Tan pronto nos dejais?

—No qniero permanecer en territorio francés, despues de hrberle abandonado el rey: voy á juntarme con él.

—¡Ah! ¡padre mio! ¿Habeis meditado lo que es un destierro á vuestra edad?

—El rey es mas anciano que yo.

—¿Y habeis pensado que me dejais sola en Francia?

—¡Sola Luisa! sola con tu marido: ¿estás, estás?...

—¿Sabe él vuestro proyecto de partir?

—¿Qué importa? debe aprobarlo.

—Sin embargo, podreis consultárselo.

—¿Para qué? Cumpliendo mi deber, no necesito consejos de nadie.

—Esta separacion imprevista puede irritarle.

—¡Irritarle! ¿Y por qué?

Hice un esfuerzo para alentarme. y dije bajando los ojos:

—Su casamiento le habia dado esperanzas que vuestra partida va á destruir.

—No te comprendo.

—Desterrándoos renunciais á la dignidad de *par*.

—¿Y presume que puedo conservarla permaneciendo yo en Francia?

—Quizá pueda esperarlo asi.

Levantóme mi padre la cabeza, que yo tenia inclinada, y mirándome con atencion me dijo:

—Luisa, ¿sale de tí lo que me dices?

—Deseo no separarme de vos, y quisiera persuadiros...

—¿Qué sea perjuro?

—No. padre mio, pero.,.

—Te han obligado á venir aqui, Luisa, porque tu pecho no encierra ambicion ni cobardía. Te perdono; pero no hablemos mas de esta materia.

—Con ella está muy bien, pero conmigo será otra cosa, dijo Guillermo entrando y cerrando violentamente la puerta.

—Segun todo esto no me habia engañado acerca de las insinuaciones de vuestra última carta...

—Veo que las comprendísteis, cuando habeis dejado el coche en la casa de postas; yo tambien comprendí que pensábais escaparos.

—¡Hola! ¿Y quién podia impedirme partir?

—Yo.

—Sois un loco.

—No tanto como creeis. Escuchad con atencion, Mr. Vaucloix: la carta que me entregásteis hace una hora, y que se dirige á la cámara de los *pares* con vuestra dimision, está en mano de un propio que espera en el patio á caballo. Si quereis, partirá; mañana al amanecer estará en París; al medio dia no sereis ya *par* de Francia, y cesarán para vos los privilegios de tal: pasado mañana se despachará contra vos un auto de prision, que será ejecutado instantáneamente, pues con dinero todo se consigue, Y antes de poder llegar á cualquier punto de embarque sereis arrestado y pasareis á los calabozos de Santa Pelagia, desde donde prestareis fidelidad á Cárlos X.

—¡Eso seria un crímen abominable! esclamé con desesperacion.

—¡Oh! hacednos favor de no interrumpirnos, señora: vuestro noble padre lo comprende mucho mejor que vos.

En efecto, el primer movimiento de cólera que noté en el semblante de mi padre nos impuso silencio, y contestó:

—Os comprendo, Mr. de Carin, teneis razon; en este caso será lo que gusteis. Devolvedme la dimision y no la enviaré.

No tuve siquiera tiempo de adivinar la condescendencia de mi padre, pues Guillermo esclamó:

—¡Bravo! y si vuestra dimision os es devuelta, sereis *par* y libre todo el tiempo necesario para ir á Paris y despues al Havre; desde allí, viéndoos en seguridad á bordo de un navío inglés, enviariais al momento vuestra dimision. No, no, Mr. de Vaucloix, no soy tan estúpido como eso.

—¿Qué quereis, pues, que haga?

—Quiero, repuso Guillermo, que dentro de una hora salga para Paris el propio que espera en el patio, llevando vuestra dimision, y en ese caso ya sabeis lo que os espera, á no ser que presteis vuestro juramento de fidelidad al nuevo gobierno... y entonces...

—Es una infamia que no haré jamás.

—Contad con eso, Mr. de Vaucloix; no demos á las palabras mas importancia de la que tienen. Figuraos que un juramento es una letra de cambio, y mejor que nadie sabeis que no se acostumbra pagar al vencimiento.

—Y mejor que nadie sabeis tambien lo que sucede á los que no pagan.

—Entonces tiene lugar una transacion, que es lo que vengo á proponeros. Prestad jura-

Digitized by Google

mento, y os sacaré finiquito general de todas vuestras deudas.

Repuso mi padre: que parta el propio con mi dimision.

—¿Habeis meditado bien que es vuestra pension de *par* de Francia lo que sacrificais?

—Si.

—¿Sabeis que es el único recurso que os queda?

—Si.

—¿Y qué son los calabozos de Santa Pelagia los que escogeis?

—Si.

—¡Ah! no os atrevereis, esclamé dirigiéndome á Guillermo.

—Este me lanzó una mirada que me estremeció, y mi padre repuso:

—Sí, se atreverá, Luisa, no le conoces todavia: hace mucho tiempo que estoy convencido de que Guillermo es capaz de todo.

—Lo sabia ya antes de nuestro casamiento, me dijo Guillermo con sarcasmo, y debeis darle las gracias por su empeño en efectuarle.

Incliné la cabeza para no ver de una parte á mi padre y de la otra á mi esposo. Estremecíame asimismo la idea de la desgracia que amenazaba á uno y del crímen que meditaba el otro, y me atreví aun á levantar la voz.

—Por Dios, le dije, un dia, solo un dia para meditarlo, y la calma...

—Forzoso es que esta decision se tome sobre la marcha, respondió Guillermo; mañana será ya tarde.

—¡Pues bien! repitió mi padre levantándose; que parta el propio.

A esta respuesta decisiva Guillermo empujó con violencia un mueble, espresando de esta manera su encono.

—Si, añadió mi padre, cuya resolucion se hizo mas firme al ver la cólera de mi esposo; si, que parta: concluiré de este modo mi carrera de lealtad y de honor.

—¡De honor! esclamó Guillermo furioso; vos hablais de honor, cuando os habeis burlado de las obligaciones que os ha impuesto vuestra probidad! vos, que habeis especulado con vuestra hija, y...

—Haced que salga el propio, continuó mi padre; prefiero la miseria y la cárcel á la infamia de semejante juramento. Si, añadió exaltándose; el honor de mi lealtad está intacto, y lo estimo mucho para esperar que sucumba á la debilidad de no haber podido soportar la pobreza, puesto que hoy que deberia sacrificarlo á mi bienestar, prefiero ser desgraciado. Si, si, seré miserable, moriré encarcelado; pero no obtendreis esa dignidad de *par*, objeto de vuestra ambicion: asi purgaré la falta que cometí al pensar en vinculárosla.

—¡Qué me place! esclamó frenético mi marido, abriendo la ventana y llamando á un criado.

—Esperad, esperad, grité.

Volvióse al oir esto: mi padre, enfermo todavía, y afectado con esta discusion, habia caido en una silla. Guillermo volvió á cerrar la ventana y pareció calmarse repentinamente.

—Una palabra todavía, dijo: la conversacion se ha acalorado tanto, que no he podido haceros oir una palabra razonable: tranquilizaos tambien y escuchad. No creais que cuando os hablo de prestar juramento os propongo una infame traicion: no. ¿No sabeis que un juramento político no obliga á nadie?

—A los hombres de honor, si.

—Pero entre esos hombres de honor los hay que prestan juramento para no abandonar el campo de batalla. ¿Qué seria de la causa de los Borbones si todas abandonasen instantáneamente la brecha? ¿No vale mas permanecer de modo que pueda defenderse vigorosamente, conmoviendo al nuevo gobierno con una oposicion incesante?

—¡La oposicion de uno solo, de un hombre que no tiene mas recomendacion que su lealtad!

—La oposicion de un hombre que será en breve la esperanza del partido. ¡Ah! firmad este juramento, y pago todas vuestras deudas; os abro mi casa, de la que sereis dueño, y en la cual formareis el centro de las reuniones de los verdaderos realistas.

—¿Vuestra casa, donde estaré á merced de vos como esclavo de vuestra ambicion?

—No, que os dejaré tan independiente como podeis desear, y en situacion de poder entregaros al juego y al lujo que tan ardientemente anhelais.

—¿Dándome unos diez mil francos al año como á cualquier agente?

—Ni diez ni veinte mil, sino cuarenta mil.

Mi padre hácia con la cabeza un signo negativo

—Cincuenta, sesenta mil.

Todavía hizo mi padre un movimiento negativo, clavando en mí sus ojos.

—Idos, me dijo mi esposo.

Levantéme y salí: no temia ya los arrebatos de parte de Guillermo, puesto que á la tentacion del oro veia doblarse ese antiguo resto de honor, que no se habia conmovido con amenazas de pobreza ni de encarcelamiento, y me retiré para ahorrar á mi padre la vergüenza de tener un testigo de tanto oprobio. Salí; pero en vez de volver á mi cuarto, me detuve en una antesala contigua al aposento de mi padre, y que estaba á oscuras. Sentéme en un rincon, sin pensar en nada y llena de terror por lo que acababa de ver y oir. No bien habian pasado algunos minutos, cuando salió tambien mi marido, atravesando, sin verme, la sala: á la otra puerta encontró á su padre, que probablemente le esperaba, y él dijo:

—¿Os convenisteis al fin?

Digitized by Google

—Si.
—¿Por cuánto?
—Por cien mil.
—¿Cien mil al año? estás loco: es un contrato ruinoso.
—Cierto que si, si debiera cumplirse.
—¿Segun esto, te has reservado un medio?
—Entretanto es preciso hacer partir al propio.
—Ven.
—Diciendo esto se fueron

Quizás estas palabras no hubieran tenido sentido alguno para mí si las hubiese oido en cualquier otra circunstancia; pero me pare-



¡Oh! lo de todos los dias desde que hace una semana que os pusisteis mala.

—La ley que abolirá la vinculacion no se presentará antes de un año: de aqui á entonces hay tiempo: ¡el pobre está tan envejecido!
—Es muy fuerte su complexion.

No oí mas palabra, pues ambos bajaron la voz: al fin... repuso Guillermo.

cieron horrorosas despues de la escena de que acababa de ser testigo: especulaban sobre la muerte de mi padre. ¿Qué harian, sin embargo, si esa muerte no llegase demasiado pronto? No pude detenerme en la idea de un crímen abominable, y quise persuadirme que mi terror daba á sus palabras un sentido que

Digitized by Google

no tenian. Quise entrar en el cuarto de mi padre para contárselo todo; pero me detuve al umbral de la puerta, porque era preciso acusar á mi marido de proyectos execrables, sin otra prueba que algunas palabras que en mi turbacion habia tal vez comprendido mal. Pensé que debia reflexionarlo bien, y volví á mi aposento con esta horrible incertidumbre, declarándome en favor de mi padre, porque era el mas desgraciado; pero sin energía para pronunciarme contra mi marido.

No en vano fuí afectada de tan terribles emociones, hasta que una fiebre violenta se apoderó de mí, y durante muchos dias no oí tampoco á mi padre, que me decian estaba tambien en cama á consecuencia de igual indisposicion. No habia abandonado mis sospechas, y no bien amanecia cuando preguntaba por él. Cierto dia me contestaron algo turbadas las camareras á quienes me dirigí, y creí que me ocultaban su muerte, y en un momento de desesperacion me levanté para ir á verle. Querian oponerse; pero mi zozobra y la fiebre que me devoraba me prestaron tal energía, que les impuse respeto. Corrí casi desnuda al través de los corredores de la quinta, é iba á llegar al aposento de mi padre, cuando oí dentro voces tumultuosas, y reconocí que la suya dominaba á la de los demas. El tumulto era bastante violento, y me pareció que habia una reyerta; pero de repente se abrió la puerta, y se me presentó la escena mas singular: estaban todos alrededor de una mesa riendo, discutiendo y gritando. Era una orgía.

Habíame seguido una camarera, y volviéndome la dije admirada:

—¡Qué es esto!

—¡Oh! lo de todos los dias, desde que hace una semana que os pusisteis mala.

—¿Y mi marido está ahí?

—Sí, señora.

—¿Y mi padre?

—Es el menos razonable de todos ellos, respondió la jóven bajando los ojos.

Ciertamente, Eduardo, que si una muger contase que se habia visto obligada á precipitarse entre su padre y su marido, porque este amenazaba á aquel con un puñal, se diria que su desgracia era muy atroz, y sin embargo, no era nada en comparacion de lo que esperimentaba yo entonces. Tenia una terrible certeza de los proyectos de Guillermo, y no me era posible prevenirlos ni denunciarlos; porque, ¿cómo podia yo, pobre muger, poner fin á unas diversiones que tendian á un asesinato premeditado? ¡Abusan del desórden de una ancianidad, arrastrada fácilmente á los escesos, para acabarla, porque se teme su duracion! Tal vez otra menos débil que yo se hubiera vuelto loca, porque se hubiera representado al vivo todo el horror de semejante posicion; tal vez hubiera osado decir en presencia de su marido: «Estos son vuestros proyectos;» ó á su padre: «Hé aquí cómo os asesinan, prevaliéndose de vuestros vicios.» Yo nada hice, y solo volví á mi cuarto con gana de restablecerme cuanto antes, adelantando por mí, mas que por los cuidados que se me prodigaban. Debo deciros, Eduardo, que habiendo examinado durante mis noches solitarias el modo de salvar á mi padre, reconocí que el mas seguro era decirle la verdad; pero aunque lo reconocia, no podia determinarme á dar tan aventurado paso. ¡Ah! sin duda ignorais lo que es esa debilidad que paraliza en muchas personas toda accion que exige vigor. Quizá habeis alguna vez encontrado hombres cobardes á quienes ninguna injuria puede haber conducido á un peligro, á quienes nada arranca un esfuerzo de valor para salvar su vida: pues bien, lo que son esos hombres delante de una espada ó de una pistola, lo era yo ante un acto vigoroso de mi voluntad. Queria restablecer mi salud y lo conseguí; mas no para aterrar á mi marido y avisar á mi padre, sino para colocarme entre los dos y dar otra direccion al crimen.

Sí, Eduardo, quise asistir á todas esas reuniones para moderarlas con mi presencia, y so pretesto de la salud de mi padre hacia algunas tímidas observaciones que temia fuesen poco respetuosas para él, y de las que temblaba que mi marido comprendiese el sentido. Al mismo tiempo temia verlos partir juntos y que permaneciesen en la quinta, si subia mi padre al coche, le observaba ansiosa, y si montaba á caballo, creia que este iba á precipitarle: le acompañaba, cuando me era posible, á todas partes, le seguia á la caza, le sentaba á mi lado en la mesa, le cansaba con preguntas, y le quitaba muchas veces su copa. ¿Qué podré deciros? pasé seis meses de azarosa angustia, velando á la víctima, sin atreverme á mirar de frente al asesino, viendo declinar incesantemente la salud de mi padre, y no dudando de los proyectos de mi marido, puesto que me los revelaba el cuidado que ponia en escitar mas y mas los deseos del desgraciado anciano. ¡Si hubiéseis visto cómo aquel hombre vanidoso, frio y altanero se habia hecho esclavo del menor capricho del marqués! ¡Qué bueno y atento estaba con él! Pero yo no renunciaba á ejecutar el papel que me habia propuesto, reputándome dichosa cuando habia conseguido algun dia de calma para mi padre, y desesperándome cuando mi marido hallaba nuevo motivo para arrastrarle á escesos perjudiciales.

Habia, empero, llegado ya el momento de ceder á la necesidad de hablar, de poner fin á una vigilancia inútil, desechada como locura ridícula y fastidiosa: debia ser cómplice muda en el crímen, ó denunciarle... cuando mi padre cayó repentinamente enfermo. Entonces, por una fatalidad lamentable, se pre-

Digitized by Google

sentó á las cámaras la ley que abolia la vinculacion de la dignidad de *par*, y en cuanto vimos los diarios que hablaban de esto, no pudimos dudar ya que seria aprobada.

El dia en que *El Monitor* trajo el proyecto de ley, estaba mi marido al pie de la cama de mi padre. Solo Dios conoce el secreto pensamiento de los hombres; y juro que Guillermo, fija la mirada en el enfermo, y clavado el dedo en la fecha de *El Monitor*, calculó que el tiempo necesario para discutir y sancionar la ley bastaria para que antes muriese mi padre. Siguió una siniestra sonrisa á esa muda contemplacion de Guillermo, y recorrió un hielo mis venas cuando le oí decir á mi padre:

—Mi indisposicion no será cosa de cuidado, dos dias de cama: pasado mañana un paseo en coche y una comida, y el mal está destruido.

Todavía en este instante estuve tentada por decir á mi padre: «¡Os matan, quieren mataros!» Pero una de esas vagas esperanzas á que recurrria mi cobardía, me hizo esperar del tiempo y del azar un remedio que podia yo lograr tal vez en el momento. Creí que podia salvar la vida de mi padre hasta la promulgacion de la ley fatal, y que entonces Guillermo abandonaria un crimen que no podia ya tener resultado favorable para él. No me moví del lado de mi padre; mandé poner mi cama en un cuarto contiguo al suyo, y velaba incesantemente por su existencia. Preparaba las bebidas calmantes prescritas por los médicos, no dejaba entrar á los estraños, y me constituí carcelera inexorable. Con todo, no podia impedir que entrase mi marido, y casi estaba segura de que no se atreveria á atentar ostensiblemente contra una vida que yo protegia á todas horas; sin embargo, veia acometerle moralmente, atendidas las pocas fuerzas que le quedaban, ora leyéndole á cada instante los diarios para exasperarle con cuestiones desagradables, ora escogiendo los artículos mas furibundos para irritarle cruelmente: escitábale entonces, estimulaba su cólera, y no le abandonaba sino cuando le faltaba del todo el vigor al anciano sin ventura

En vano le suplicaba yo que evitase semejantes discusiones; pero como no era contrariando sus ideas como le irritaba Guillermo, sino por el contrario dando pábulo á sus odios y diatribas furiosas, mi padre esperaba siempre con impaciencia las noticias del dia, que de tal modo se las tenia preparadas Guillermo, que hubiera sido mas peligroso ocultárselas que decírselas.

Asi pasaba yo mis dias entre la víctima y el verdugo, subiendo de punto mi dolor, sin poder apartar los golpes que me lo causaban, sostenida solo por la esperanza que me habia inducido á callar; pues acercándose el fin de la discusion, con él debia enmudecer el eco alarmante que producia en mi familia. La ley habia pasado á la cámara de los *pares*, y por una precaucion, cuyo objeto no pude sospechar, habia Guillermo asegurado á mi padre que seria desechada. Gracias á esta esperanza obtuve algunos dias de calma, y la notable mejora que produjo en la salud de mi padre me hizo esperar que una vida exenta de violentas emociones estableceria en breve su salud. Guillermo parecia haber renunciado tambien á su horroroso designio, y ya no nos enseñaba los diarios, diciendo que eran insulsos, y que la ley no seria discutida en mucho tiempo.

Con mi debilidad acostumbrada, creyendo en los demas lo que por mí pasaba, pensé que mi marido se habia cansado del horrible papel que se habia propuesto representar, y solo temia ya verle entrar de nuevo en la senda del crímen cuando se ronovase la discusion de la ley. Volvia á esperar en el porvenir, y alejaba la idea de nuevos peligros, pues era un cargo pesado para mí. Llegó un dia en que calmó al fin todas mis zozobras, pues durante una larga conversacion de familia nada se habló de política, y sí solo de proyectos de viage, de porvenir dichoso y de gozar de las riquezas, al abrigo de toda revolucion: por la noche me recogí con el corazon alegre y apacible, me entregué al sueño que hacia tiempo anhelaba. Estaba por otra parte tranquila, en razon de que, cerrando bien la puerta del cuarto de mi padre, nadie podia entrar sin yo sentirlo. Despertóme de improviso un ruido terrible, me levanté apresuradamente, y ví entrar á mi merido con algunos criados, que habian destrozado la puerta. «¿Qué hay?» esclamé dirigiéndome hácia mi padre.

—¡Cómo! gritó con arrebato mi esposo; hace media hora que el marqués da campanillazos, y vos que estais á su lado decís: «¿Qué hay?» negándoos á abrirnos, cuando llamamos inútilmente á la puerta hace diez minutos?

—¡Yo! esclamé; si estaba dormida.

—¡Y os hallamos levantada!

A esta palabra creí ver el crímen cometido, y el cálculo de que debian entonces acusarme de él: me volví hácia mi padre y le vi sentado en la cama, y que nos decia riendó.

—¡Qué es esto! estais locos: he llamado porque no queria despertar á esa pobre niña; he vuelto á llamar mas fuerte, al ver que nadie venia, y á fé que ha sido muy viva vuestra impaciencia, pues habeis echado la puerta al suelo cuando iba á levantarse para abriros.

—¿Qué quereis, pues, padre?

—En una palabra, una poca de tisana, porque la que habia ahí sobre la mesa, junto á mí, tenia tan mal olor que no la he probado siquiera.

Quise coger el vaso, pero apoderándose de él mi marido, derramó su contenido, diciendo:

—¡Este es el cuidado que teneis con vues-

Digitized by Google

tro padre: á bien que no vale la pena de cerrarnos la puerta!

Tambien juraria aquí que la turbacion de mi marido y el cuidado con que procuró que desapareciese la bebida, cuyo mal olor habia notado mi padre, me persuadia haberse intentado el crímen, y me aterré en vista del concurso de circunstancias que de él me hubieran hecho responsable si se hubiese verificado.

Mi padre tomó otra dósis de tisana que le presentó mi marido, mientras permanecia yo anonadada con la idea del peligro de que los dos acabábamos de salvarnos.

—Puesto que ha cesado la alarma, dijo sonriéndose mi padre, recogeos todos, que me siento en disposicion de descansar todavía.

Todos se fueron y me quedé sola.

—¡Y bien! ¿no vuelves á la cama? me dijo mi padre.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! esclamé derramando lágrimas: protegedme.

—¿Qué tienes, Luisa, qué tienes? ¿Por qué no respondes? ¿Qué te sucede?

—¡Ah! no me pregunteis nada, nada: por favor, por piedad no comais ni bebais nada que yo no os lo presente.

—¡Luisa! ¡Luisa! ¿estas en tí? ¿piensas en la gravedad de lo que estás diciendo?

—Escuchad, padre mio, escuchad: ¿os acordais de aquella noche terrible en que Guillermo os obligó á enviar vuestro juramento?

—Sí.

—¡Pues bien? vais á saber lo que le oí decir cuando salió de este cuarto.

Repetíle las palabras de Guillermo y de su padre; le espliqué como me alarmaban esas imprudencias á que era escitado, y le manifesté por qué me mantenia sin cesar á su lado: en fin, se lo conté todo.

Su exasperacion llegó al estremo; no hablaba mas que de venganza, y me mandó que guardase con Guillermo una completa reserva.

—No se dará por vencido, me dijo; volverá á la carga, y cuando tenga yo en mis manos la prueba de su crímen, entonces sabré hacerle obedecer á mi vez.

Me he servido de la palabra exasperacion para pintar la cólera de mi padre, porque á decir verdad, no era asombro ni indignacion. su única idea fué volver mal por mal, y hacer uso de lo que acababa de saber. Asi que, salvé la vida á mi padre para verle tender incesantemente lazos á mi marido á fin de perderle. ¿Qué podré añadiros ya? Al dia siguiente mi padre recibió á Guillermo dándole amistosas gracias por su inquietud de la víspera, y me riñó porque cerraba una puerta que debia estar abierta noche y dia para tan solícito yerno.

Pero el jóven Carin adivinó el lazo, ó tal vez no tuvo necesidad de adivinarlo; quizá mientras yo le acusaba lo oia desde la puerta que habia quedado abierta. Mi padre, para darle campo á fin de que probase una nueva tentativa, exigió que saliese yo de su aposento. Obedecí, porque estaba cansada de tantos horrores, y mi corazon y mi cabeza no bastaban para ahuyentar el terror que me poseia. Al levantarme esperaba siempre oir decir que mi padre habia muerto, ó ver invadida nuestra cesa por magistados llamados por él contra mi marido. Nada de esto sucedió, y ocho dias despues, tranquilizado mi padre respecto á la conducta de Guillermo, me decia que era una loca y que mi imaginacion habia forjado las mas lúgubres ideas. Paréceme, Eduardo, que mi desgracia no podia llegar á mas alto punto: ¡ah! esa palabra *loca*, que mi padre me dirigió sonriéndose, me la aplicó Guillermo sériamente: púsome en manos de médicos, y como prueba de mi locura osó decir cuanto habia pensado contra él. Se compadeció en Guillermo al desgraciado marido de una demente muger, y me vi sometida á una vigilancia contínua. Dos meses despues, al votarse la ley de la desvinculacion de la dignidad de par, murió mi padre: Guillermo vino á anunciármelo, y en mi indignacion no pude menos de esclamar:

—¡Es demasiado tarde! ¿no es verdad?

El médico estaba presente, y dijo en voz baja:

—Es una idea fija que le ha producido la demencia.

Ocho dias despues me hallaba en una casa de locos, desde la cual os escribo. ¡Eduardo! hace un año que estoy encerrada en ella, y en ella moriré bien pronto si no lograis arrancarme de su seno.» El manucristo concluia aquí, y el diablo estaba de pie delante del baron.

—¿Dónde estamos, pues? esclamó Luizzi.

—En una casa de locos.

—¿Y esa muger que duerme?

—Es la señora de Carin.

—¿Es loca de veras? repuso Luizzi.

—Pregúntaselo á los médicos.

—¿Y su marido ha intentado todos esos crímenes?

—Pregúntaselo á la justicia.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Dirigiéndote á quien lo sabe todo.

—A tí, Satanás, ¿no es verdad? ¡Pues bien! díme la verdad.

—¡Bravo! dijo silbando el diablo; ¿para qué me dices que calumnio á la sociedad? ¿No has advertido nada en esta historia?

—He advertido que probablemente acabo de dormir los veinte meses que te concedí.

—Dias hay en que penetras mucho.

—Y que mientras tanto se ha verificado una revolucion.

—Es decir, que se ha representrdo una comedia.

—Presumo que me lo contarás todo, pues

Digitized by Google

no puedo volver á la sociedad sin conocer los detalles de tan importante acontecimiento.

—Mucho me pides: pero no hay otra cosa que hombres nuevos mas impertinentes que los pasados, bajezas mas indignas que las que antes se despreciaban altamente, y oposicion desordenada de parte de los que las habian condenado antes. Faltas, crímenes y necedades idénticas de todo punto á las anteriores, pero con otra librea: aqui está dicho todo.

—Quiero conocer los detalles

—¡Pues bien! tal vez te los referiré si te deja tiempo para oirme el deber que te queda por llenar.

—¿Qué deber es este?

—Eriqueta Buré está aqui, y aquella niña que viste en casa de la Dilois perece en la miseria.

—Es preciso salvarlas.

—Sea, salgamos primero: sígueme.

—Y el diablo marchó delante...

XLIV.

UNA ESCENA DE CHUANES.

Se trataba nada menos que de escapar de aquella casa de locos, y Luizzi no vaciló en seguir al diablo. Mientras recorrieron aquella inmensa morada no hubo dificultad alguna, puesto que las puertas y las paredes mismas se abrian delante de Satanás para darle paso, y tras de él iba deslizándose rápidamente el baron; pero no bien hubieron llegado al campo, cuando á duras penas pudo este seguir al infernal conductor. Era noche oscura y una lluvia glacial, impelida por fuerte viento, azotaba el semblante de Armando. Satanás andaba tan fácilmente por el lodo y los charcos como sobre un pavimento ardiente, ordinaria alfombra de su imperio. Deteníase silenciosamente cuando se paraba Armando, y esperaba, sin dar muestras de impacencia, á que se calzase de nuevo. Entraron, pues, en una senda estrecha, en cierto modo oculta entre los campos vecinos, cerrados con un impenetrable cercado. Asomaban de trecho en trecho sobre sus tapias colosales encinas y olmos centenarios, que cruzaban con sus largos brazos el camino, lo cubrian en toda su anchura é iban á apoyarse al lado opuesto.

El viento silbaba entre los árboles levantando densas nubes de hojas, que parecian en la oscuridad el rápido vuelo de las aves que huyen al zumbido del tiro del cazador. A su vez retrogradaban los torbellinos de hojas, cesando el huracan que las impelia; entonces seguíase una impetuosa lluvia, cuyo murmullo acompañaba el grito lúgubre de algun mochuelo, ó el lejano canto de un gallo.

Entretanto Luizzi seguia siempre al diablo, y á medida que se adelantaban iban aumentando las dificultades del terreno; de manera que el baron no pudo menos que obedecer á un movimiento de impaciencia, esclamando:

—¿Nos hallamos en el camino del infierno?

—El camino del infierno, baron mio, es fácil é igual, respondió Satanás; tiene una hermosa calzada para los coches, y magníficas aceras para los que van á pie; le sombrean lozanos y floridos árboles; rodéanle altos tilos y pintorescas casas donde se sirve de todo, y donde se encuentran hasta cortesanas vestidas como mugeres honradas. Alli se come se bebe y se duerme; alli juega uno su salud, su vida y su fortuna á todas las horas: el camino del infierno es tan hermoso como ha de serlo algun dia, en Paris, el baluarte de los Italianos.

—¡Ah! ¡ya caigo! seguramente será este el camino de la virtud, repuso con tono satírico el baron.

—Tal vez que sí.

—En este caso, es muy incómodo y pesado.

—¿Te cansas ya? dijo el diablo; y sin embargo, no eres un niño casi desnudo y hambriento, cómo los de este pais; no eres un anciano ciego, que apenas puede sostenerse con su báculo; no eres una pálida y débil jóven, y no sigues tampoco ese camino para ir al socorro de un desgraciado á quien no conoces: eres un hombre en la flor de su edad, y andas por salvarte á tí mismo y restituirte á las riquezas y á la libertad.

—Así sea, respondió Luizzi; pero dudo que otros seres humnos se paseen á semejante hora y con este tiempo, á menos que sean ladrones, y á buen seguro que entre estos haya débiles niños, ciegos ancianos, y jóvenes pálidas y endebles.

—A lo largo de este camino, donde le cruzan muchos senderos, encontrarás al niño, al anciano y á la jóven que te digo: pídeles un asilo por esta noche.

—¿Con qué pretesto?

—Diles que eres un viagero estraviado.

—No me creerán; porque no es natural que un hombre distinguido se halle en medio de la noche á pie al través de estos matorrales, me tomarán por un ladron.

—¿Te parece que no hay término medio entre el rico que recorre en postas los caminos, y el ladron que se desliza, durante la noche, al través de los atajos? Hay la economía, la pobreza y la desgracia, que arrostran peligros mayores.

—¿Pero si me preguntan mi nombre, como podrán suponer que el baron de Luizzi ande tan mal parado á tales horas?

—Si les dices que eres el baron de Luizzi, te tomarán por el loco escapado del sitio que acabamos de dejar, porque tu nombre debe ser conocido en estas cercanias. Inventa un nombre y una profesion, y procura salir del mal paso.

Digitized by Google

—¿Segun esto vas á dejarme solo en este sitio?

—¿Qué te prometí? ¿volverte á la libertad? ya estás libre; ¿restituirte tus riquezas? no te faltarán en París tus doscientas mil libras de renta. Tu banquero, muy al contrario da otros muchos, ha sabido aprovecharse de la revolucion de julio para reponer sus negocios, y Rigot ha salido muy mal en sus pretensiones sobre tus bienes.

—Me prometiste tambien restituirme mi buena reputacion

—Los tribunales te han absuelto ya; muchos han declarado en tu favor asegurando que hacia tiempo que estabas demente, y como el notario está restablecido, al fin no se han ido á buscar muchos pelillos.

—De manera que vuelvo á la sociedad como quien ha acabado su condena.

—Te engañas; el crimen que has cometido es de los que la sociedad perdona fácilmente.

—¿Por qué?

—Porque no tiene motivo aparente; si hubieses muerto á alguien para robarle su dinero, su muger ó su nombre, serias un miserable; si le hubieses muerto por odio ó venganza, serias un infame; pero tú quisiste matarle por un movimiento de cólera, y eres por consiguiente un monómano, un hombre poseido de un vértigo para quien la ciencia médica ha descubierto argumentos irresistibles que le hacen disculpable. Es una invencion debida á la abogacia moderna, y que confio ver fructificar para mi provecho. Por otra parte, en medio de la tormenta que acaba de agitar á la Francia, no se ha pensado siquiera en tí, y la mayor parte de tus conocidos ignoran tu aventura: mudando de relaciones vas á ser un hombre nuevo.

—¿Pero, á que distancia nos hallamos de París?

—A ochenta leguas.

—¿En qué pais estamos?

—En el distrito de Vitré.

—¿Cómo sin recursos me será posible llegar hasta la capital?

—Estos no son cuidados mios.

—¿Pero de un modo ó de otro, habré de procurarme dinero?

—Hay tres modos para ello; ganarle, pedirle prestado, ó robarle: escoge. Tocante á mí he cumplido mi promesa. Abur.

Y habiendo llegado al sitio en que el camino se dividia en varios senderos, desapareció el diablo, y á pocos pasos vio Luizzi un pequeño grupo que iba á pasar por delante de él.

—¡Quién va allá!! esclamó una voz fuerte.

—¡Ah! dijo Luizzi; soy un pobre viagero que ha sido detenido por una partida de foragidos; me han quitado mi dinero y mis papeles, despues de haberme llevado á un bosque, y me he estraviado buscando el camino real de Laval á Vitré.

No bien habia dicho esto Luizzi, cuando un niño de unos doce años que se habia adelantado para examinarle cuidadosamente, gritó:

—Abuelo, es un caballero.

—Mírale bien, Mateo, respondió el anciano.

Al mismo tiempo una muger repuso con agrado.

—¿Necesitais alguna cosa?

—Asilo para esta noche, si no os sirve de molestia.

—Muy al contrario, respondió el anciano; esta noche no se duerme en nuestra casa, y uno mas ó menos alrededor del hogar no nos incomoda. Venid, pues, y seguidnos, que sin duda tendreis necesidad de calentaros.

—Abuelo Bruno, dijo el niño, estamos á dos tiros de fusil de la casa, y me adelanto para decir que somos nosotros con hermana Angélica y un caballero: desde aqui es ya trillado el camino, y no teneis mas que seguir siempre en derehura.

—Está bien, respondió el anciano, internándose en la senda donde le habia conducido su nieto: vamos pronto, decia.

Admirábase Luizzi de la facilidad con que el ciego habia creido su fábula, pero se aumentó su asombro cuando éste le pidió detalles de su aventura, como era muy natural.

—¿Fueron muchos los que os acometieron?

—Como unos doce, repuso Luizzi, cuya vanidad se complacia en aumentar el número de sus vencedores.

—¿Habeis visto entre ellos á uno alto, muy delgado, que lleva en la espalda una piel de chivo y un gorro encarnado debajo de su sombrero?

—En efecto, dijo Luizzi; paréceme haber notado entre ellos á uno muy alto, vestido á corta diferencia, como vos decís.

—Ya estaba yo seguro, repuso el ciego, de que era la partida de Bertran. ¡Ah! si no hubiese perdido yo la vista, no se atreveria ese viejo miserable á dar vueltas por estos alrededores: harto sabe que mis tiros son certeros, ó que lo eran en otro tiempo.

—¿No fué en otro tiempo amigo vuestro ese Bertran? preguntó la hermana Angélica que iba al lado del anciano.

—¡Si! ¡si! en tiempo de la república habíamos gritado juntos: ¡*Viva el rey*! y creo que en aquel combate en que perecieron tantos centenares de santos sacerdotes, hubiera tambien acabado sus dias si yo no le hubiese socorrido. Pero entonces haciamos una guerra leal: no allanábamos las casas aisladas para robar y embriagarnos; no deteniamos á los viageros al modo de unos bandidos; ¿no es verdad que os lo han quitado todo?

—¡Todo, absolutamente todo! respondió el baron.

—Sin embargo, poco ha me dijiste que se habian batido denodadamente hace algunas horas, dijo la hermana de Caridad, Angélica.

Digitized by Google

—Cierto que sí; y si en lugar de favorecer la retirada de los granaderos encarnados, se la hubiésemos cortado, no hubiera quedado uno.

—¿Y ha sido entonces cuando se ha refugiado en vuestra casa el oficial herido? preguntó Angélica.



Abuelo Bruno, me adelanto para decir que somos nosotros con la hermana Angélica y un caballero.

—No se ha refugiado; ha sido herido ante el cercado del patio, y como habia sido el primero en avanzar se encontró el último en la

Digitized by Google

retirada. De este modo los soldados, que estaban algo distantes, no han podido verle caer, y cuando pasaron junto á él los chuanes que le perseguian, sin duda le creyeron muerto. Solo unas dos horas despues, al dar la vuelta á la casa, hemos observado que se arrastraba por tierra y le hemos conducido dentro. Mi hijo Jaime ha salido en busca del médico, y como no hemos encontrado ningun mozo bastante decidido para conduciros, me he encargado yo de hacerlo. Hace seis meses que tuve la desgracia de perder la vista, y Mateo ha tenido que salir conmigo para enseñarme los caminos.

Hablando de esta suerte el viejo Bruno, la hermana Angélica y Luizzi llegaron á la entrada de un pequeño cercado, parecido á los que rodean los caminos vedados que conducen á los bosques reales. Habia abierto un estrecho paso á entrambos lados, y cuando le hubieron franqueado los tres viageros, el baron, que no sin zozobra veia acercarsele dos perros, pudo columbrar una larga série de edificios desiguales, que solo tenian un piso bajo. Estaba abierta una puerta; pero un grupo de personas que se notaban en ella, impedia ver el interior de la casa, que parecia alumbrado de una luz vivísima.

—¡Sois vos, padre! gritó una voz formidable, al paso que aumentaba el viento y la lluvia.

—¡Soy yo, Jaime! respondió el viejo.

Al momento quedó libre la puerta, habiéndose retirado los que la cubrian. El anciano entró el primero, se quitó la capa de piel de cabra que llevaba, y su nieto fué á colgarla de un clavo en el interior del hogar, donde habia ya otras muchas que se secaban.

El hombre que habia acabado de hablar estaba sentado en un ángulo del hogar, apoyando un pie en uno de sus caballetes de hierro, el codo en la rodilla y la mano en la barba, observando con atenta mirada cómo el pequeño Mateo condujo y colocó á su abuelo cerca del fuego. Volvióse despues hácia la hermana de Caridad, á quien quitaba una criada su negro manto, y le señalaba con el dedo una puerta diciendo:

—La muger está ahi con el enfermo; entrad un momento y vereis la receta que ha dejado el médico, con encargo de enseñárosla. Si no se han de aplicar remedios prontos, volved y acercaos un poco al fuego, que habeis pasado muy mal rato.

Angélica entró en el aposento que se le habia señalado, y volviéndose el dueño de la casa al baron, le dijo:

—Sentaos y os calentareis. Segun esto, ¿no os han dejado siquiera una capa para abrigo? continuó, viendo que goteaban sus vestidos; no podeis permanecer asi, pues cogeriais un fuerte constipado.

—Muger, mientras preparas lienzo y demas que necesite el herido, dejareis solo al señor para que se vista. Tendreis que dispensarnos, pues no tenemos mas que esos dos cuartos, y nos arreglamos como podemos.

Iba Luizzi á darle las gracias, cuando le oyó gritar con voz irritada:

—¿Quién ha dejado abierta esta puerta? ¿quereis que desde el campo nos arcabuceen á su placer? Cerrad y echad los cerrojos.

—Padre, he sido yo, respondió su hijo Mateo; pero los dos perros están en el patio, y no haya miedo que dejen acercarse á ningun desconocido.

—Está bien, dijo Jaime mas tranquilo; y repuso á poco entre dientes: no temo yo á los desconocidos, sino á los que varias veces han entrado aqui como amigos.

—Tienes razon, repuso el anciano, que quitándose los zuecos se servia de ellos como de un taburete para calentarse mejor los pies; tienes razon, pues segun lo que ha dicho el señor, es la partida de Bertran la que le ha acometido.

—¿Conoceis á ese Bertran? preguntó Jaime.

—No, respondió Luizzi; pero segun el retrato que de él me ha hecho vuestro padre, es uno alto...

—Muchos chuanes hay que le igualan en estatura, y si no le habeis visto...

—Era una noche oscura cuando detuvo mi coche, continuó Luizzi.

—¡Vuestro coche! repitió admirado Jaime; ¿y dónde?

—En el camino real de Vitré á Laval, dijo Luizzi, que temia ya haber pronunciado la palabra coche.

—¿De dónde veníais?

—De Vitré, respondió mas turbado el baron.

—¿Y qué se han hecho los caballos y el cochero que os conducia?

—Confiésoos que ignoro su paradero.

—José: vete á la posta á indagar el paradero del coche detenido, dijo el amo, dirigiéndose á uno de los mozos que á cierta distancia estaba recomponiendo una horquilla. ¿Cuánto tiempo hace que ha sucedido esto? añadió volviéndose á Luizzi.

—Dos horas, respondió maquinalmente el baron.

—¡Dos horas! repitió Jaime; ¡es singular!

Y pronunciando estas palabras, lanzaba á Luizzi una mirada de sospecha, cuando Mariana, su muger, se presentó diciendo:

—Todo está dispuesto en el cuarto para el señor.

Jaime hizo señas al baron para que entrase, y le siguió atentamente con la vista. Cuando Armando iba á pasar la puerta que dirigia al cuarto del enfermo, encontró á la hermana de Caridad que salia de él, y vió por primera vez su rostro. Asombróle su fisonomía por parecerle conocida, y á lo que pudo traslucir, produjo su semblante el mismo efecto en la hermana, pues se detuvo de improviso despidiendo una leve esclamacion: am-

Digitized by Google

bos, empero, pasaron sin que ninguno mas que ellos mismos hubiese notado nada. Hallóse Luizzi en un cuarto menos grande que el primero, y en uno de los ángulos vió una cama con columnitas en sus pilares y con cortinage de raso verde que la cubria enteramente, de manera que la luz de una lámpara que alumbraba no pudiese llegar hasta el enfermo. Vió Luizzi preparados en una silla los vestidos que le estaban destinados, y se los puso pensando siempre dónde habia visto anteriormente á la hermana de Caridad; pero este recuerdo, que al principio le habia parecido tan vivo, se confundió del todo en su mente, y acabó por creer que tal vez la sor Angélica se parecia á alguna de sus antiguas conocidas.

Aprovechó, entretanto, este primer momento de soledad para meditar en su situacion, y conoció que esta, gracias á su imprudencia, se hacia por instantes mas desfavorable, y que la mania de decir *mis criados, mi coche*, embrollaba terriblemente su aventura. Con efecto, no desaparece un coche sin que queden vestigios; asi no atinaba medio alguno con que salir del apuro, cuando pensó de repente que podia tal vez confiar su nombre al oficial herido, y ponerse de esta suerte bajo su proteccion. Si es jóven, calculaba Luizzi, fácilmente podré persuadirle que sin motivo fuí encerrado en una casa de locos, y me auxiliará para que pase á Paris. Para asegurarse mas en la esperanza que concebia, entreabrió Armando el cortinage, mas no pudo distinguir la figura del enfermo, á quien cubria la sombra, é iba á acercar la lámpara para examinarle, cuando vió á Jaime de pie en la puerta entreabierta, que le decia:

—Curioso sois, señor.

Sorprendido Luizzi, queria conservar aspecto sério, y respondió con ligereza:

—Tengo varios amigos que sirven en el regimiento que está de guarnicion en este pais, y temiendo que fuese uno de ellos el herido, queria asegurarme de ello.

—Os hubiera bastado preguntarnos su nombre.

—¿Le sabeis?

—Si.

—¿Cómo se llama?

—Decidme antes cómo se llaman vuestros amigos.

El baron pronunció algunos nombres al azar, y el paisano respondió bruscamente:

—No es él; y añadió despues: os aguardan para cenar.

Con esta invitacion entró Luizzi en la pieza grande; durante su ausencia habian puesto manteles á la larga mesa que ocupaba el centro; habia en el lugar preferente una silla para el dueño de la casa, y los demas estaban sentados en bancos á entrambos lados. Ademas de los personages de que hemos hecho mencion, habia dos criadas y tres mozos de labor. La cena consistia en un plato de coles y galletas de alforfon. Cuando Luizzi hubo tomado el asiento que le estaba señalado entre el anciano Bruno y su nuera, y enfrente de la religiosa, murmuraron los demas un *Benedicite* y se sentaron: únicamente Luizzi no habia tomado parte en este acto de devocion, cosa que se notó con disgusto. Veíanse colocadas en la mesa cántaras de sidra, de que todos bebian á su antojo, y solo Jaime tenia delante una botella de vino, que tampoco probó, contentándose con ofrecerle á su padre y á la hermana sor Angélica.

—Bebed, bebed, dijo á esta viendo que se negaba á ello, esto da aliento para pasar una noche de insomnio.

—Estoy acostumbrada á velar y no bebo vino, respondió la hermana; pero creo que seria mejor ofrecerlo á este caballero, que tal vez no será muy aficionado á lo sidra.

Algo descontento pareció Jaime de este aviso de la jóven religiosa, mas no se atrevió á demostrarlo abiertamente, y ofreció la botella á Luizzi; negóse éste tambien diciendo que no tenia sed ni hambre, y añadió en seguida:

—Os pedí asilo por algunas horas, y en cuanto amanezca os libraré de un importuno.

—Como gusteis; pero os advierto que no podemos ofreceros cama.

—Tampoco contaba con ello, y esperaré el dia hablando con la hermana Angélica, si es que ella me lo permite.

La religiosa hizo ademan de consentimiento, y bajó la vista, que desde el principio de la cena tenia clavada en Armando. Examinábala éste con no menor atencion, y sin que pudiese recordar haber visto jamás este puro y hermoso semblante, debia por precision convenir en que escitaba en su mente confusos recuerdos.

Entretanto habia terminado la cena; reinaba en la mesa el mas profundo silencio, y dejábanse oir los bramidos de la borrasca que sacudia las puertas y las ventanas. Todos estaban meditabundos y turbados cuando Angélica dijo á Jaime:

—La receta del médico revela que será bueno embeber la parte superior del vendage con agua bastante fria para calmar los dolores de la irritacion. Seria para esto muy bueno que tuviese agua del pozo.

—Juan, dijo Jaime, vé á sacar agua.

Salió el mozo, y Luizzi reparó que tampoco estaba en la mesa otro mozo, á quien sin duda enviaron para informarse de su aventura en la posta. Con esto preveia ya nuevo embarazo, cuando levantándose Jaime dijo con bronca voz:

—Vamos, otro sorbo para el restablecimiento del enfermo, y que vayan á acostarse los que deben dormir.

Bebieron todos, preparándose para cumplir las órdenes del amo, cuando se presentó un hombre á la puerta que, al salir, habia

Digitized by Google

dejado abierta el mozo, y dijo con sarcasmo:

—Presumo que no os desdeñareis de brindar conmigo.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando se levantaron repentinamente todos, y el viejo, cogiendo de la mesa un cuchillo, esclamó:

—¡Bertran! ¡ese miserable Bertran!

Jaime contuvo á su padre mientras que los demas, de pie é inmóviles alrededor de la mesa, daban indicios de un profundo terror. Mariana, muger de Jaime, se arrojó delante de su marido; mas éste, rechazándola suavemente, dijo con frio tono al recien venido:

—Si tienes sed, aqui hay sidra.

—Y vino tambien, segun parece, respondió Bertran adelantándose para coger la botella.

Era un hombre de aventajada estatura, pelo largo y rojo, entre mechones blancos, que le caian á la espalda; llevaba la piel de cabra que distingue comunmente á los paisanos del Bajo Maine y Bretaña, é iba armado con fusil de dos tiros y con un vistoso cuchillo de monte. Mirábanse todos, esperando con cruel ansiedad lo que iba á suceder, cuando Jaime, cogiendo la botella que Bertran iba á levantar, le dijo con resolucion:

—Doy lo que ofrezco y niego lo que me quieren quitar.

—Como tú quieras, respondió Bertran, sin que pareciese irritarle la resistencia.

Tomó una cántara de sidra y la apuró de un trago. No bien hubo concluido cuando se oyó en la puerta gran ruido.

—¿Qué es esto? preguntó Jaime.

—Soy yo, soy yo, esclamó Juan desde la puerta.

—Es el agua fria para el herido, dijo la hermana Angélica; dejad pasar á ese mozo.

—¡Ah! esclamó Bertran con sombrío tono; segun eso teneis aqui al oficial! dejad que pase este mozo y guardad bien la puerta.

Entró Juan, y puso en un rincon la cuba llena de agua.

—Cierra la puerta, le dijo su amo.

Pero el mozo vaciló en obedecer.

—Déjala abierta, gritó Bertran; de este modo podrán mis compañeros ver, al menos de lejos, el fuego de este hogar, y se alegrarán.

Al momento se colocaron dos hombres á los dos lados del umbral, con fusil en mano, parte del cuerpo dentro de la casa y parte fuera.

—¿Permanecen todos en sus puestos? dijo el chuan.

—Si, respondió uno de los dos centinelas.

—Está bien, dijo habiéndose acercado á la puerta para mirar alrededor de la casa.

Seguiále Jaime con fija mirada, y Mariana llena de zozobra examinaba tambien á su vez los menores movimientos de su marido.

—¿Me dirás ahora lo que quieres? repuso Jaime.

Sentóse Bertran á un lado del hogar; Jaime hizo una señal á su muger, á su hijo y á los mozos que permaneciesen en el fondo de la estancia, y se colocó de pie al otro lado, junto á su padre. Luizzi y Angélica se situaron entre el chuan y el paisano, y á manera de intermediarios desinteresados y conciliadores en la cuestion que iba á promoverse. Bertran, con la cabeza un tanto inclinada jugueteaba, con visos de turbacion, con la bandolera de su fusil, y parecia no atreverse á hablar. Solo se oia, pues, la tempestad que azotaba por todos lados las paredes de la casa.

—Te escucho ya, continuó Jaime, pasado un momento de silencio.

—¿No has recibido aquí á un oficial herido? dijo bruscamente Bertran, como si sintiese haber sido interpelado.

—Si.

—Es menester entregárnosle.

—¡Está moribundo! esclamó la religiosa, y seria matarlo.

—Aunque estuviese tan bueno como yo tampoco le entregaria, respondió desdeñosamente el paisano.

—Escucha, Jaime, repuso Bertran; he venido como amigo, y te pido cortesmente lo que puedo arrancarte con la fuerza.

—Cierto que si, dijo Jaime; puedes matarnos á mi y á mi padre, á mi muger y á mis hijos: puedes asesinarnos si te agrada.... puedes...

—Ya sabes que no lo haré, Jaime, interrumpió impaciente el chuan, aunque te hayas negado á seguir la buena causa.

—Lo harás, continuó Jaime, porque no te entregaré el oficial, y porque si quieres llevártelo será preciso que pises mi cadáver para llegar hasta él.

—Mucho has mudado, y muy partidario eres del nuevo régimen, replicó friamente Bertran, pues asi te espones por un hombre que no conoces.

—Me espongo porque este oficial, quien quiera que sea, está en mi casa, y yo no consentiré que se le toque ni mas ni menos que á mi muger ó á mi padre...

Jaime parecia irse irritando por grados, y continuó:

—Ni mas ni menos, pues no quiero que se toque ni á un clavo de esta casa.

—No se tocará de tu casa á un clavo ni á una paja, respondió Bertran; pero este oficial no pertenece á tu familia, y poco te impoata entregárnoslo. Ademas, escucha: esta mañana ha caido Jorge en manos de los gendarmes y se lo llevan á Angers; con esto tenemos necesidad de que alguien nos responda de su vida, y entregándonos á este hombre...

—Esta mañana debíais venir por él, cuando estaba moribundo en el camino.

—Antes debiamos dejarle, pues ya le hubiéramos encontrado, dijo Bertran.

Digitized by Google

—Si, pero muerto, dijo la hermana Angélica.

—Tal vez que si, y en tal caso uno de menos; pero, puesto que vive, preciso será que nos sirva de algo, cangeándole con Jorge: veamos, ¿dónde está?

Levantóse Bertran y se dirigió al cuarto del herido; pero la hermana Angélica se puso delante de la puerta, esclamando con tono de súplica.

—No entreis, que la mas leve conmocion violenta podria matarle.

—Bertran, gritó con fuerte voz el anciano Bruno; hace algun tiempo me preguntaste por qué no tomaba mi hijo el fusil, y por qué le habia aconsejado que no lo hiciese. Pues bien; es porque no he querido que entrase en una chusma de ladrones y de asesinos.

—¿Hablais por mí? dijo Bertran.

—Por tí, respondió Bruno adelantándose hácia él.

—Luego te contestaré; pero antes me es forzoso ver á ese oficial. Perdon, hermana, añadió dirigiéndose á Angélica; no me obligueis á usar de violencia: pasaré, porque quiero pasar.

—¡Determinaos á hacerlo! esclamó Angélica apoyándose de espaldas con la puerta, y presentando á Bertran el Cristo que colgaba de su rosario.

Bertran se quitó el sombrero y se persignó. En el instante mismo lanzó en torno suyo una mirada de indignacion; mas no se atrevió á levantar los ojos hácia la jóven. y fué á sentarse, murmurando como un alano que busca una presa para lanzarse á ella.

—¿Has concluido ya tu comedia? le dijo Jaime.

—Al momento, si quieres, esclamó Bertran levantándose impetuosamente.

Y á favor de un rápido moviminnto apuntó á Jaime; pero, poco antes, mientras el chuan se habia acercado á la puerta del enfermo. deslizóse Mateo por detrás de su padre, y le entregó el fusil que estaba oculto en un rincon; asi es que, instantáneamente apuntó del mismo modo Jaime á su enemigo, mientras que el niño, precipitándose sobre Bertran, apartaba la direccion de su fusil. Todo esto pasó en un momento, y Jaime gritó con voz atronadora:

—Al primero que se mueva ó que dé un paso en la estancia, ¡cae muerto Bertran!

Tuvo lugar un momento terrible de silencio. durante el cual se oian gemir las sordas ráfagas de viento, mientras la lluvia se precipitaba en el suelo; pero de improviso resonó un tiro, la bala pasó el brazo de Jaime, y se le cayó de las manos el fusil.

Era uno de la partida de Bertran que, oculto en la sombra del patio, pudo á su gusto apuntar al paisano por entre los dos centinelas.

—¿Quién ha tirado? gritó el viejo Bruno.

—Un chuan, respondió Jaime.

Los gritos de Mariana y de Mateo advirtieron al anciano que era su hijo el herido, y se siguió una escena de indecible tumulto y de estraño terror. El ciego anciano, armado con un enorme cuchillo, se precipitó hácia donde creia que estaba el gefe de los chuanes, y gritaba:

—¡Bertran! ¡Bertran!

Pero Bertran se apartó á un lado, y Bruno se puso á recorrer en torno con la cuchilla levantada, esclamando furioso:

—¡Bertran! ¡Bertran! matador, asésino, ¿dónde estás?

De esta suerte anduvo al través de la espaciosa estancia, dando contra los muebles, blandiendo su arma y gritando siempre. «¡Bertran! ¿dónde estás?» mientras que huian delante de él, pronunciando con terror su nombre, cuantos encontraba al paso: llegó de esta suerte hasta su hijo, á quien asió del brazo, diciéndole con tono ronco y furioso:

—¿Quién eres?

—Soy yo, padre, tranquilizaos, que vais á causarnos á todos la muerte.

—¿Te han herido?

—Me han roto al brazo que estais apretando: reparad que me duele.

Retrocedió el ciego dando un grito, soltó el brazo de su hijo, y se le cayó el cuchillo de las manos.

Bertran lo tiró lejos de sí con el pie y repuso tranquilamente:

—Tuya es la culpa, Jaime.

—¡Ladron y asesino! gritó todavía.

—Ni uno ni otro, dijo Bertran; mas quiero yo lo que quiero, y me parece que deberiais saberlo ya. Si Jaime no hubiese tomado su fusil, nada le hubiera sucedido. Ha querido hablar y le han respondido.

—Ya llegará tu turno, continuó Bruno.

—Cuando lo decrete el cielo.

—¿Os atreveis á invocarle despues de semejante crímen? dijo Angélica.

—Si, hermana, respondió Bertran, porque no obro yo únicamente para hacer mal, como lo hacen algunos de los nuestros, y solo mato á los que me acometen.

—Pero despojas á los que no matas, interrumpió Bruno, para quien quizás un robo era mayor crímen que un homicidio, puesto que no tenia la escusa política con que defendian los chuanes su rebelion.

—Me haces pensar en ello, dijo Bertran; y hé aquí. añadió señalando á Luizzi, el viagero que esta tarde se quejó de haber sido detenido; ¡pues bien! os juro que si alguno de los nuestros son los que han hecho esto, serán severamente castigados, y no podrá ese viagero contar que somos unos foragidos.

Entretanto Mariana y la hermana de Caridad habian cortado la manga del vestido de Jaime, y puesto de manifiesto su herida: Ber-

Digitized by Google

tran volvió á sentarse ínterin se la lavaban. Casi se habia estinguido el fuego, y la luz de la lámpara, agitada por el viento que entraba á remolinos, daba una pálida luz que alumbraba apenas mientras esta escena de desolacion. Bertran tomó la palabra, y dirigiéndose á Luizzi, le dijo:

—¿Dónde os han detenido?

—No podré deciroslo, respondió turbado el baron, conociendo que le faltaba el ánimo en presencia de peligros tan nuevos para él.

—¿Pero á qué distancia os hallábais de Vitré?

—Como dormia en mi coche no pude saberlo.

—No tembleis, nada os echamos en cara, ni pretendemos nada de vos, decid, ¿qué os han quitado?

—Mis papeles.... mi dinero.... respondió balbuciente Armando.

—¿Qué papeles eran estos, y cuánto dinero llevábais?

—Mi pasaporte, cartas...

—¿Y dinero, cuánto?

—¿Cuánto dinero? lo ignoro.

—¡Cómo! ¿no lo sabes?

—Unos dos mil francos.

—¿En oro ú en plata?

—En oro, respondió rápidamente el baron para ocultar su turbacion.

—¿En qué carruage viajábais?

—En silla de posta.

—Las hay de muchas maneras, dijo Bertran, examinando al baron de un modo que contribuia singularmente á turbarle.

—Era... era... una calesa.

—¡Ah!.... ¿sin duda habria maletas y baules?

—Cierto que si.

—¿Y dentro de esas maletas qué habia?

—Ya se vé... lienzo, vestidos...

—Es que quiero que os sea restituido todo, escepto las armas, si las llevábais.

No era esto una pregunta, por lo que Luizzi se dispensó de responder, y Bertran repuso:

—¿Cuál es vuestra gracia?

—¿Mi nombre?... no puedo... no quiero decirlo.!.

—Vuestro pasaporte lo dirá, si es que en realidad traiais pasaporte en regla.

—Paréceme que poco os importa saber quién soy, dijo el baron, conociendo el penoso lance á que le reducian su mentira y vagas respuestas. No os pido mi coche, ni mi dinero; lo único que os pido es que me dejeis en libertad.

—¡Vive Dios! estoy convencido de ello; aun creo que no habeis tenido tiempo de pensar en el dinero y el coche que habeis perdido.

No bien habia pronunciado Bertran estas palabras, cuando entró corriendo el mozo enviado anteriormente por Jaime á la casa de postas.

—¡Hola! ¿has cumplido bien tu comision? le preguntó Bertran.

—Detúvose el mozo, y al ver herido á su amo inclinó la cabeza.

—¿Responderás, tunante? prorumpió colérico Bertran: en la cruz de Veziers oi á ese hombre contar su historia al padre Bruno, y sé donde te han enviado: habla, pues; ¿qué indagaste al fin?

—Voy á decíroslo de pe á pa: hace dos dias que no ha pasado silla alguna de posta por Vitré.

—Ya me lo figuraba yo, dijo Bertran; ¡hola! amiguitos, coged á ese miserable, atadle sin compasion de pies y manos, y tiradle al fondo de la balsa grande.

—¡A mí! esclamó Luizzi huyendo de cuatro ó cinco paisanos armados que entraron de golpe; ¡á mí! ¿y por qué?

—Porque asi tratamos nosotros á los espías.

—No soy espía, ni soy de este pais.

—¿Quién eres entonces? preguntó Bertran.

—¡Soy... soy el baron de Luizzi!

—¡El baron de Luizzi! repitió de repente la voz de una muger.

Era de la hermana Angélica, que aproximándose á Luizzi y mirándole de frente esclamaba:

—¿Vos, vos sois el baron de Luizzi?

—Si, Armando de Luizzi.

—En efecto, repuso la hermana examinándole; si, lo sois.

—¿Y quién sois vos que sin duda me conoceis? ¿Habeis alguna vez entrado en la casa de donde he salido?

—No sé de dónde habeis salido, respondió Angélica; tocante á mí, soy... pero tal vez me habreis olvidado con el trascurso de diez años. Tengo que hablaros, Armando, aunque os he encontrado demasiado tarde.

—Mientras que el baron, salvado por medio de tan inesperada proteccion, procuraba saber el nombre de aquella muger, cuya fisonomia tanto le habia impresionado, adelantóse Bertran y dijo á Angélica.

—¿Segun esto le conoceis?

—Si.

—¿Y respondeis de él?

—Si.

—Quédese, pues; y vosotros, camaradas, seguidme, que va á amanecer.

—¿Y el oficial? ¿y el oficial? gritaron los chuanes que estaban á la puerta.

—Si están preparadas las angarillas, id por él, y no le hagais daño.

Bruno se levantó, y dijo á Bertran:

—Hoy eres mas fuerte; pero vendrá mi turno.

—Estate quieto, replicó el chuan, no sea que les dé gana de quemar tu casa y saquearla. He hecho cuanto he podido por evitar una desgracia.

Digitized by Google

Jaime, rodeado de su muger y mozos de labranza, no habló palabra, y mientras se agrupaba con los suyos á un lado, Luizzi y Angélica abrieron paso para que saliesen las angarillas en que iba el oficial herido. En el momento en que pasó esto, mirándole Angélica, retrocedió asombrada, esclamando:

—¡Enrique!

Volvióse el herido, é incorporándose un poco; dió un grito, y volvió á caer murmurando con voz llorosa:

—¡Carolina!... ¡Carolina!...

Los chuanes se habian detenido; pero á una señal de Bertran continuaron su marcha, mientras que Angélica se arrojaba en brazos de Luizzi, diciendo:

—¡Oh¡ ¡hermano mio! ¡hermano mio!



Los chuanes se habian detenido; pero á una señal de Bertran continuaron su marcha.

XLV.

UNA INTRIGA DE CONVENTO.

¡Carolina! ¡Carolina! decia Luizzi con sorpresa, como si el nombre de la muger que tenia delante le escitase un confuso recuerdo,

Digitized by Google

semejante al que habia producido en él su fisonomía: ¡Carolina! ¡Carolina! repetia sin dar al nombre de hermano, que ella habia pronunciado, otro sentido que el que tenia el llamar hermana á la religiosa.

—¡Cómo! repuso la jóven con dolor; ¿no os acordais?

Detúvose, empero, mirando alrededor suyo, y como notase Jaime este movimiento, se apresuró á decir:

—Si teneis que hablar en secreto á este caballero, entrad en ese cuarto, seguro de que nadie os interrumpirá.

La religiosa dió gracias á Jaime con afectuoso ademan, y se adelantó murmurando en voz baja:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡es estraño!

Siguióle Luizzi y cerró la puerta; despues se acercó á Angélica y le dijo:

—¡Carolina! ¡Carolina! en verdad recuerdo este nombre; pero me han sucedido tantas cosas desde que le oí pronunciar...

Levantó Angélica el velo blanco que cubria su semblante, y repuso:

—Miradme, Armando, miradme bien: ¿no encontrais en mi semblante nada que os sea conocido?

—Si, respondió Armando, mientras examinaba atentamente el bello y piadoso semblante de la religiosa: creo haberos visto mucho mas jóven, y se me figura al propio tiempo que os conocí de edad mas avanzada.

—No es engañais, Armando, pues recordais á la vez la niña que visteis en Tolosa, y la noble muger que me hizo veces de madre y á la que tanto me parezco.

—¡Oh! ¡Carolina! ¡hermana mia! esclamó Luizzi; ¡Carolina! pobre niña! ¡es posible que os encuentre en tal situacion!

—¡Ah!... desde que Sofia, ya lo sabeis, la Dilois, tuvo que ausentarse de Tolosa...

—¡Por mi crímen! interrumpió Armando.

—¡Cuánto he sufrido desde entonces!

—Y ahora que ha muerto ya.....

—¡Ha muerto! esclamó la religiosa.

—Si, ha muerto con el nombre de Laura Farkley, y siempre por mi crímen, respondió Armando; porque siempre he sido yo fatal á cuantas me han amado ó me han distinguido con su amistad.

—¡Cómo, pues, Dios mio!

—No puedo... no debo revelártelo... ¡pero qué ha sido de tí desde entonces, hermana mia!

—Mi existencia ha sido triste y dolorosa como la de una huérfana.

—Preciso será que me cuentes tus infortunios y que los repare, Carolina.

—Os debo esta confianza, y voy á hacérosla: todo he de decíroslo, y perdóneme el cielo, y vos tambien, si hablo todavía, aun vestido ya este santo hábito, de las faltas por las cuales he sido tan cruelmente castigada, y de los sentimientos que el recogimiento no ha podido sofocar, y que tal vez permite Dios que se alberguen en mí para mi eterno tormento!

—Habla, Carolina, que me hallarás indulgente; témome que el destino, que ha condenado al mal á los individuos de nuestra familia, pese igualmente sobre tí: mas tú no tienes nombre, riqueza, ni persónas que te protejan, y te reputo muy digna de compasion.

Luizzi ofreció una silla á su hermana, y tomó asiento á su lado, entristeciéndole ya la idea de que iba á saber la historia de una existencia culpable ó estraviada. La jóven meditó un instante, y principió de esta suerte:

—Sabeis ya por qué Sofia se vió obligada á salir de Tolosa. Su desesperacion no la hizo olvidar á la pobre niña que habia adoptado, y puso á nombre mio una suma de sesenta mil francos en casa de Barnet, su procurador y el vuestro, segun entiendo. Esta cantidad, por espresa voluntad de Sofia, debe serme entregada á mi mayor edad. Una parte de los réditos ha servido para pagar los gastos de mi educacion y alimentos, y la otra la ha retenido Barnet para juntarla al capital. Hace pocos dias que he recibido una carta de ese digno procurador en que me anuncia que mi capital asciende en el dia á cerca de ochenta mil francos, y que forma una dote considerable para hallar un honroso partido, si deseo volver al mundo, puesto que no he pronunciado todavía mis votos.

—Ni los pronunciarás jamás, segun espero, dijo el baron.

—Antes lo haré muy pronto, hermano, porque conozco el mundo y sé cuánta maldad encierra.

—¿Dónde has vivido, pues, para formar tan mala opinion del mundo?

—Desde el dia en que Sofia salió de Tolosa hasta hoy, he vivido en un convento.

—¿Y pretendes conocer al mundo?

—Bastante al menos para no querer conocerle mas, respondió Carolina con un profundo suspiro, y humedeciéndose sus bellos ojos azules, que elevaba en aquel momento al cielo.

—¿Cómo colocándote en un convento creyó Barnet cumplir el encargo de la desgraciada Sofia?

—El buen hombre lo hizo con la mejor intencion. Ya os acordareis de Mad. de Barnet y de su carácter duro y nada social. Por mi sé deciros qué al cabo de dos semanas que hube pasado en su casa acepté como un beneficio de mi tutor la proposicion de que entrase en un convento de hermanas de la Caridad. Una razon que Barnet no me ha esplicado jamás, pareció determinarle tambien á ello, y nunca por cierto olvidaré las estrañas palabras que me dijo acerca de este punto:

«Sois hija de Luizzi, me decia, aunque no tengais derecho de llevar su nombre; el mundo ha sido un escollo fatal para todos

los individuos de esta familia, como si un destino inexorable los persiguiese. Entrad, hija mia, en un convento, y quiera el cielo inspiraros el deseo de permanecer en él hasta que se sirva llamaros desde lo alto. ¡Plegue á Dios que halleis un asilo contra la desgracia, que se ha cebado en los miembros de vuestra familia!»

Detúvose un instante Carolina, y Luizzi se quedó suspenso.

—¿Esto dijo Barnet? preguntó el baron al cabo de un momento de silencio.

—Si, hermano mio, y tal vez podreis vos mis votos para que adquiriese el convento el capital que yo poseia, y era reputado cuantioso por parte de unas mugeres que hacen voto de pobreza.

—No seria estraño, dijo el baron.

—No creais tal, Armando, respondió Carolina con candorosa espresion; jamás se me ha dirigido una palabra con tendencia á mis bienes; jamás se me ha hecho una alusion que me diese derecho de suponer que lo poco que tengo fuese objeto de codicia para las buenas madres.

El baron supuso que esto podia muy bien



Sor Angélica. (Carolina Luizzi).

esplicarme esta fatalidad con que me amenazó.

—Quizá la conozca, pero me está vedado esplicártela; muy terrible y muy poderosa debe ser cuando hasta en la casa de Dios te ha perseguido haciéndote culpable y desgraciada. Pero habla, hermana, habla, que ya te escucho.

Carolina continuó así:

—Once años tenia cuando entré en el convento en calidad de pensionista. Viví dichosa y alegre hasta los diez y seis, y algo mimada por las bondadosas religiosas, si he dar crédito á las hablillas de mis compañeras. Decian estas que se esperaba á que pronunciase yo ser una prueba de hábil manejo; pero no espresó esta idea, tanto para no interrumpir la narracion de la jóven, como para ahorrarle una prevencion poco favorable á las personas con quienes parecía decidida á vivir; asi que, continuó Carolina:

—Mis primeros sinsabores principiaron cuando hube cumplido los diez y seis años, y hasta entonces habia vivido con las jóvenes pensionistas, que como yo, habian entrado en el convento; éramos casi de la misma edad, con inclinaciones idénticas, y entregándonos á unos mismos placeres, estudios y tareas. Solo un pesar turbaba de vez en cuando mi apacible indiferencia. Ciertos dias señalados sa-

Digitized by Google

lian mis compañeras del convento para pasarlos en el seno de sus familias, acostumbrando convidarse mútuamente, y entreteniéndose á su vuelta en contar á sus compañeras los ratos divertidos que habian pasado. No fuí invitada jamás á ello, y preguntando la causa á mi superiora, respondia diciéndome, que como las familias de las demas señoritas no me conociesen no podian convidarme; y enjugaba en seguida mi llanto regalándome algun objeto que deseaba yo ardientemente, ó concediéndome una exencion de trabajo, y de esta suerte me consolaba de la desgracia de no tener deudos ni amigos.

Sin embargo, cierta ocasion en que debia yo ir á pasar algunos dias al campo con la familia de Barnet, invité á una de mis amigas á que fuese á verme: consintió en ello, mas no cumplió su promesa; y como se lo echase yo en cara, á nuestra vuelta al convento se contentó con responderme: «Mamá me lo ha prohibido.» Corrí confusa á decírselo á la superiora, y esta procuró persuadirme que, sabiendo la madre de mi amiga, que no pertenecian los Barnets á mi familia, habia tal vez reputado insuficiente el convite Por vez primera no me pareció satisfactoria esta esplicacion; me ocurrió la idea de mi aislamiento en el mundo, y esto me inspiró una tristeza que los desvelos de las madres disiparon al principio; pero que despues fué apoderándose de mí con mas violencia, á medida que me fui encontrando sola hasta en el convento.

Poco á poco, y de dia en dia, fueron dejando el cláustro, para volver al seno de sus familias, las compañeras con quienes habia pasado mis primeros años: bien es verdad que las reemplazaban otras; mas estas no eran ya de mi edad. Hiceme niña cuanto pude para no quedarme sola; pero ninguna envejecia conmigo, pues asi que llegaban á sus quince ó diez y seis años volvian á sus casas, dejándome sola en mis diez y nueve, como un anciano que ha vivido demasiado y ha visto sepultar á todos sus amigos. Tan jóven todavía, eran ya esclusivamente mios los recuerdos de mi infancia, y á nadie podia dirigir esta palabra tan cariñosa: «¿Te acuerdas?»

Por entonces pedí y obtuve el favor de tomar el hábito de novicia, y á poco entró tambien Julieta en el convento.

—¿Quién es esa Julieta? dijo Luizzi.

—Mi sola amiga en el mundo despues de Sofia.

—¿Era de Tolosa?

—No sé, y sí solo que era hija de una tal Gélis, señora no muy acomodada que habitaba en Auterive, donde tenia una tienda de varios géneros; pero eran tan escasos los productos de su comercio, que no pudiendo establecer decentemente á su hija, la destinó á tomar el hábito; pues una y otra eran muy honradas, y ésta preferia la pobreza del cláustro á una posicion humillante en el mundo.

Parece, sin embargo, que no sin grande esfuerzo pudo tomar esta resolucion, porque cuando entró en el convento estaba triste y melancólica, y parecia sufrir tanto, que pronto me sentí poseida del mas vivo interés en su favor. Hacia tiempo que deseaba tener una amiga.

Bien es verdad que habia en el convento algunas jóvenes novicias de mí edad; pero es forzoso decir que las que se destinaban al servicio de los enfermos eran en general labriegas ignorantes y groseras, y las que debian encargarse de la educacion de pensionistas afectaban ya un tono tan magistral y un trato tan poco amable, que no sabia yo con quien sonreirme cuando estaba alegre, ni á quien confiar mis lágrimas cuando estaba triste: Julieta fué, pues, la compañera que yo deseaba. Solo contaba dos años mas que yo, aunque á su llegada la hiciese parecer de mas edad su palidez y su flaqueza. Os diré que al primer golpe de vista me causó cierta especie de miedo: tenia pequeños los ojos; pero tan centelleantes, que parecia penetrar hasta la conciencia de los que miraba, y sus cabellos de un rubio que rayaba en rojo, le daban un aspecto singular. Era alta y endeble, y tan débiles y lentos sus movimientos, que su vida parecia concentrada en la espresion de sus miradas, ni mas ni menos que lo estaba su gracia en una sonrisa tierna ó satírica, segun su humor, que me pareció al principio bastante caprichoso. Durante los primeros dias fueron algo indiferentes nuestras relaciones; pero pronto nos conocimos mejor, y cuando hube sabido su historia y contádole la mia, nos juramos una á otra sincera y eterna amistad, que fué dulce esperanza para mi y consuelo para ella. Volvime confiada y apacible como anteriormente, y al mismo tiempo restablecióse la salud de Julieta. Queríala yo tanto mas, cuanto la superiora y demas hérmanas la trataban con mas aspereza, sin duda porque era pobre, y frecuentemente logré calmar aquella severidad.

No era Julieta ingrata, y cuando olvidaba yo el cumplimiento de algun deber del noviciado, ó faltaba en algo al reglamento interior del convento, encubria cuidadosamente mis faltas, ahorrándome de esta manera un castigo penoso, ó el paso mas sensible todavía de ir á declarar mi culpa ó pedir perdon á la superiora. Existia entre las dos una santa y sincera amistad; nada tenia yo que no le perteneciese, y ni un deseo siquiera concebia que no lo cumpliese ella con ardor. Cierto dia, sin embargo, me pareció que no me amaba tanto como me decia; recibió una carta de su madre, y la ví llorosa todo el dia; en vano la preguntaba yo la causa de su tristeza, pues se negó obstinadamente á manifestármela. Llegada la noche, en fin, al pasearnos juntas por el jardin, la insté tanto que me dijo por último:

Digitized by Google

—¿Por qué quieres saber una desgracia que ninguna de las dos puede remediar? es cosa de mi pobre madre.

fé de un comerciante, pues hizo fianza por él.

—¿Se trata de alguna letra de cambio? le dije.



Al pasearnos juntas por el jardin, la insté tanto, que me dijo por último.

—Y bien, ¿qué ha sucedido?

—Aunque te lo esplicase nada comprenderias, supuesto que no has salido nunca del convento; mi padre ha sido víctima de la mala

Julieta me miró con sorpresa tal, que no pude menos de reirme á pesar de su dolor.

—¿Cómo has oido pronunciar esta palabra? me preguntó.

Digitized by Google

—¿Has olvidado ya que antes de entrar aqui estuve en casa de Mr. Dilois, y que, sin embargo de ser muy niña, ocupaba ya un lugar en los bufetes de la casa de comercio que dirigia mi madre adoptiva?

—Si, si, interrumpió Luizzi; todavía recuerdo aquella linda niña, sentada tras de un bufete, que escribia las facturas que le dictaba Cárlos.

—¡Pobre Cárlos! respondió Carolina; tambien ha muerto.

—¡Pobre hermano mio! repuso el baron, abrumado con ese doloroso recuerdo que, á semejanza de otros muchos, solo le ofrecia desgracias que eran obra suya. Pero á poco, y como para alejarlos de sí, añadió: prosigue, Carolina, prosigue.

Carolina lo efectuó de esta suerte:

—Era una letra de cambio que la buena señora Gelis no podia pagar, viéndose por esto amenazada de una pronta ejecucion. Se trataba, á lo que creo, de unos mil doscientos francos.

—¡Cómo! esclamé; y no ¿me lo habias dicho cuando puedo dártelos?

—Ni yo ni mi madre pedimos limosna, respondió Julieta con una altivez que me pareció singular, pero que escusé al momento.

—Si no quieres que te los dé, puedo al menos prestártelos, le dije.

—¡Oh! ¡cuán reconocida te estaria! esclamó..... Pero se contuvo, añadiendo: no es posible; si llegaba á saberse esto en el convento, sabe Dios lo que dirian! Seria dar á creer que te he ido mendigando, valiéndome de tu amistad... No, no.

—¿Y te escusas de salvar á tu madre, solo por temor de alguna hablilla?

—¡Pobre y buena madre mia! esclamó Julieta prorumpiendo en llanto... ¡Y nada he de tener, ni el menor recurso, ni algunas alhajas siquiera; nada, nada para enviarle!

—Si tengo yo dinero, la interrumpí.

—No, me respondió; la superiora me castigaria cruelmente por haber aceptado este servicio, diciéndome que te lo he robado.

—Si no sabrá nada, repuse.

—Es imposible.

—Te lo aseguro.

—¿Y cómo podrás hacerlo?

—Estas son cosas mias, con tal que tú aceptes.

Julieta vaciló todavia; pero á fuerza de súplicas, y sobre todo cuando la hube prometido que ignoraria la superiora lo que iba yo á hacer, se dejó por último vencer, y consintió. Escribí al momento á Barnet, suplicándole que viniese á verme, y le insté tanto con mi carta, que al momento se presentó, y cuando estuvimos solos en el locutorio le dije sin rodeos:

—Mr. de Barnet, necesito mil doscientos francos.

—¡Dios mio! ¿y para qué? esclamó asombrado.

—Necesito mil doscientos francos, repetí; mi capital está en vuestras manos, y os pido esta cantidad.

—Pero necesito saber qué uso pensais hacer de ella, pues si es la superiora quien os ha instado á que me hiciéseis semejante demanda, no quiero ser cómplice en tal dilapidacion.

—Muy al contrario, le dije; es necesario que la superiora lo ignore.

—¡Peor que peor! y seguramente no he de entregaros tal cantidad sin saber de qué se trata.

—Se trata, repuse, de salvar á una pobre muger á quien quieren arruinar.

Contéle en seguida la desgracia de la madre de Julieta, y reflexionando largo rato Barnet, me respondió al fin:—Es muy posible, todavía mas; quiero suponer que el lance sea cierto, pues no se debe siempre pensar mal de los demas; por otra parte, es la primera cantidad que me pedís, y debe servir para una buena accion. Tal vez esto os proporcionará utilidad con el tiempo, conjurando el fatal destino que os persigue. No quiero negarme á ello: os traeré los mil doscientos francos.

—No, le respondí; para que esteis seguro de que no os engaño, enviad directamente ese dinero á Mad. Gelis en Auterive.

—Carolina, me dijo entonces afectuosamente Barnet, no he podido pensar que me engañáseis; lo único que temí es que fuéseis engañada.

—¡Ah! no lo creais.

—No lo creo ya: remitiré el dinero esta misma noche, y no estareis descontenta de mí.

Le dí las gracias, como si me hubiese salvado á mí misma, y corrí á dar tan buena noticia á Julieta. Su respuesta me dió á conocer toda la delicadeza y orgullo de su alma.

—Muy dichosa eres, me respondió ocultando sus lágrimas, supuesto que puedes hacer bien á los que amas.

La consolé del mejor modo que pude por el servicio que su pobreza le obligaba á aceptar, y se estrechó desde entonces mas nuestra amistad.

—Por mas culpable que hayas podido ser, Carolina, dijo el baron, esta accion ha podido espiar muchas faltas: muy bueno es haber principiado la vida de esta suerte.

—¡Ay de mí! y sin embargo esta buena accion fué el principio de todas mis desgracias: la buena accion en que pareció Barnet esperar para bien mio, me ha perdido.

—¿Cómo, pues? repuso Luizzi en voz baja: ¿en todas partes ha de ser el mal una consecuencia del bien? Mas dime, Carolina, ¿cómo ha sucedido que esa accion haya podido ser el orígen de todas tus desgracias?

—Vas á saberlo. Lo que acabo de contarte sucedió en agosto, y á fines de setiembre vino la Gelis á Tolosa, y pasó á vernos al convento. Casi me confundió la manera de darme

Digitized by Google

las gracias esa linda y desgraciada muger. Su reconocimiento llegaba á lo sumo en favor de la que le habia salvado el honor y la vida, porque me dijo que en un momento de exaltacion estaba decidida á morir.

—Y yo no os hubiera sobrevivido, madre mia, esclamó Julieta, estrechando entre sus brazos á su madre.

Me conmovió en estremo este espectáculo de ternura filial; conocí cuán sola estaba yo en el mundo, y me parecia preferible la miseria y la desgracia de esa hija, que tenia madre, á la felicidad y la riqueza á que debian su salvacion. Pero entre las señales de reconocimiento que merecí de la Gelis, me dió una que me gustó sobremanera.

—Vengo, me dijo, á llevarme por algunos dias á mi hija, y he de merecer que os digneis acompañarla á la casa que debo á vuestro beneficio: venid, y sereis recibida en ella como un ángel libertador. No me lo negueis, pues seria humillarme, avergonzándoos, en cierto modo, del bien que habeis hecho.

—No pienso tal, le respondi, y acepto con placer si la superiora me permite acompañaros.

—Os bastará pedírselo.

Fui á decírselo á la prelada, y me lo negó al principio con una frialdad que jamás habia notado en ella. Me indignó este rigor, y no pude menos de manifestar que seria de esta suerte muy difícil hacerme soportable mi mansion en el convento; pero á esta respuesta se siguió de su parte una severidad tal, que me dió á conocer cuán inoportuna era mi manifestacion. Admirada yo misma de mi audacia, mudé al momento de tono, y le supliqué me concediese por gracia lo que la pedia.

—¡Ah! esclamé; es la vez primera que yo, desgraciada huérfana, encuentro quien quiera recibirme, quien no me desecha, y me arrebatais el primer consuelo que puede hacerme olvidar mi soledad en la vida.

Pareció que mi llanto conmovia á la superiora, mas de lo que yo esperaba, atendido el modo como me habia recibido, y últimamente me respondió:

—Enhorabuena, Angélica (tal era el nombre que habia yo tomado al principiar el noviciado), idos, me dijo: hubiera yo deseado que hubiéseis ido á pasar esos ocho dias en otra parte que en casa de Gelis: pero supuesto que tanto lo deseais, os lo permito: quiero probaros que siempre hallareis aqui indulgencia para vuestras faltas y voluntad para satisfacer vuestros deseos.

—He aqui una condescendencia, dijo para sí Luizzi, que solo los sesenta mil francos de mi hermana pueden granjear. Guardó, sin embargo, para si esta reflexion para no interrumpir la narracion de Carolina, que continuó de esta suerte:

—Al dia siguiente partimos para Auterive en un carruage que alquiló la Gelis para nuestro viage. No podré esplicaros, Armando, las vivas y suaves emociones que esperimenté durante el camino: acaso las comprenderíais si supieseis lo que es haber vivido algunos años en un convento, en una morada cuyos aposentos y corredores os son muy conocidos, y donde todo es tan uniforme, que una piedra caida de una pared, ó una baldosa que se rompe, se hace objeto de animada conversacion; las comprenderiais, hermano mio, si supiéseis cuán tristes paseos son los que se limitan á un cercado cuyos árboles son siempre los mismos, cuyas sendas se han cruzado mil veces, y sus flores se han contado; y adonde se va por curiosidad al otro dia de una borrasca, para ver si hay ramas rotas, plantas arrancadas, ó alguna cosa que reparar, para tener uno ó dos dias un nuevo objeto de que ocuparse. Aquel dia entré en un horizonte que no se limitaba por una pared cubierta de yedra; iba por una senda que no conducia á una enrejada puerta que jamás se abria: no encontraba á cada instante semblantes austeros que pasasen en silencio, con la vista gravemente baja; no oia esas voces eternamente monótonas, cuyas palabras adivinaba yo antes que fuesen pronunciadas. Por todas partes se me presentaban atrevidos viageros que caminaban con rapidez, hablando en alta voz del término de su viage; mozas retozonas que reian á carcajadas y cambiaban de aspecto al ver nuestro hábito de religiosa, saludándonos entonces humildemente, como si delante de nosotras debiese enmudecer toda alegría. No bien habiamos pasado, cuando volvian á sus cantos y animada conversacion. Veia de otra parte coches que se cruzaban llenos de elegantes damas; y como fuese tiempo de vendimia, pasaban tambien numerosas bandas de hombres, mugeres y niños con sus cestos, mulos y caballos con espuertas cargadas de uvas, ó volviendo ya vacías, llevando á los dos lados niños que chillaban y cantaban, saludando á los transeuntes. Do quiera reinaba la actividad; una nueva existencia que me asombraba y encantaba á la vez. No hacia mas que oir y mirar, pues todo era nuevo para mí: las casas pintadas de encarnado que orillaban el camino real, las largas avenidas que conducen á los castillos de nobles, y los lejanos campanarios que indican el sitio de las poblaciones. Interesábame todo cuanto pasaba, admiraba esos carros tirados por diez caballos, y seguia con la vista al pobre mendigo montado en su asno: todo me admiraba, desde los grandes Pirineos, que veia á lo lejos entre fajas blancas y azules, hasta las zanjas del camino por las cuales serpenteaba el agua entre floridos juncos; y desde los inmensos olmos que vegetan libremente, dando abrigo á las cabañas de los pastores, hasta las zarzas de los senderos adonde van los niños á coger sus negras moras.

Llegamos por la noche á Auterive, á casa

de la Gelis: no era su morada grande y hermosa como la de Mr. Dilois; mas tampoco era una celdilla al través de cuya puerta se oye silbar el viento. Encontramos una chimenea bien encendida, y una criada nos sirvió una cena escelèntemente preparada; pudimos hablar en alta voz, reir y quitarnos la toca, sin que por ello nos hiciesen un sermon ó nos amenazasen con ponernos de rodillas en medio del refectorio Muy dichosas fuimos aquella noche; permanecí en el mismo aposento que Julieta y pudimos hablar juntas sin ser separadas por la campana que suena en la hora llamada *la invariable del reposo*; como si el descanso pudiese estar á nuestra voluntad, como está la actividad ó la súplica.

Entonces fué cuando cometí mi primera culpa hablando á Julieta con tal entusiasmo de nuestro viage, que no pudo menos de sonreirse escuchándome.

—¿Qué dirias, pues, me respondió, cuando hube acabado de esplicarle mis impresiones, si vieses la fiesta del pueblo cercano que se celebra mañana?

—¿Una fiesta?

—La mejor de los alrededores.

—¿Y no podiamos ir?

—¿Con nuestras tocas? No seria muy bien visto.

—Tienes razon.

—No porque esto sea cosa mala ir á ver cómo juegan y bailan, supuesto que las madres conducen á sus hijas, solo que este trage nos haria ser muy notadas, y por cierto no seria en ventaja nuestra.

—¿Por qué?

—Porque no se está muy linda con la toca y el sayal. Mira, por ejemplo, si estuvieses bien peinada serias tú agraciada como un Cupido, y la mas hermosa de la fiesta.

—No te burles de mí, Julieta.

—Te hablo con sinceridad, ¡pues tienes un color tan hermoso y unos ojos tan dulces!...

Detúvose un momento Carolina, y dijo á su hermano bajando los ojos:

—Os repito esas locuras porque quiero que sepais la verdad de lo que entonces sucedió. Por otra parte, si Julieta me hablaba así era porque me amaba tanto, que me estaba alabando siempre.

—Lo creo, dijo Luizzi; pero prosigue, Carolina.

—Mientras me decia eso Julieta, continuó la jóven, iba quitándome la toca y el hábito, y destrenzaba mis cabellos, que cayeron sobre mis espaldas desnudas; detúvose un momento, me miró con aire casi de enfado, y me dijo en voz baja:

—Si, en verdad que eres hermosa, demasiado tal vez.

Pero en el instante mismo pareció desterrar una idea penosa, y repuso alegremente:

—Estarias admirable con los cabellos peinados así, decia poniéndolos á su modo; y si te vistiese con uno de los trages que no debo llevar nunca, estoy segura de que estarias encantadora; ¿quieres probarlo?

—Déjame antes mirar en el espejo cómo me sienta este peinado.

—No, no, te mirarás cuando estés del todo vestida; estoy segura de que no te conocerás. Y sin darme tiempo para responder me quitó del todo el hábito, y me puso un trage de seda y una pañoleta bordada: me peinó, y conduciéndome despues delante de un gran espejo, me dijo:

—Mírate ahora.

Tenia razon, pues no me conocí, y esclamé:

—¿Es verdad que soy yo?

—Es decir, repuso Julieta, que si te presentarás de este modo á la fiesta, volverias locos á los mejores bailarines.

—Con tal que yo no bailase, respondí riéndome de su entusiasmo.

—¡Bah! si se baila maravillosamente con un cuerpo como el tuyo; ademas, es tan fácil bailar como se baila hoy dia... basta marchar á compás.

Diciendo esto se puso á bailar perfectamente, á pesar de su hábito de novicia, acompañándose con el canto: sonreíase con atractiva gracia, y sus tiernas miradas parecian seguir dulcemente el movimiento de su cuerpo y la armonía de su canto.

—¡Oh! tú si que estarias muy bella con este trage: verás, póntelo.

—Yo tengo otros; espera, vamos á bailar las dos.

Y con prodigiosa rapidez tiró su hábito de novicia, y se puso un vestido que dejaba ver su cuello y parte de su espalda. No podreis figuraros qué hermosa, flexible y ligera estaba de esta suerte, cayéndole los cabellos en bucles sobre sus megillas.

—Vamos, me decia moviéndose ligeramente; marcha asi; suponte que pasa un jóven gallardo y te saluda: si no se le conoce, se vuelven asi los ojos con cierta frialdad; si es un simple conocimiento, se le saluda asi, inclinándose un poco; pero si es un amigo se le hace entonces una señal, de este modo, con la cabeza y con la mano.

Cuanto indicaba lo iba practicando Julieta con tal gracia y naturalidad, que me encantaba. En seguida me dijo:

—Vamos, ensáyate ahora tú.

Y mientras procuraba yo imitarla, esclamaba ella:

—¡Si estás divina! parece que no has hecho otra cosa en tu vida. A buen seguro que si quisieses, apuesto que con dos lecciones bailarias tan bien como yo.

—¡Oh! eso nunca.

—Eso lo vamos á ver: empiezo, y tú vas á hacer lo mismo que yo.

Nos situamos una enfrente de otra: comenzó ella á cantar y á bailar, y yo la seguí

Digitized by Google

con interior placer, á pesar mio, pues Julieta me parecia dichosa con verme bella, y yo alegre á su lado. Me lo repetia á cada momento, diciéndome:

—Estoy segura que si el señor de Barnet y la superiora te encontraran en la fiesta, no te conocerian.

—Ni á tí tampoco.

—¡Y es tan divertido ir allá! continuaba: hay mercaderes de todas clases, danzas á la sombra de los árboles, juegos varios y una concurrencia... todas las damas de los alrededores van con sus hijas y con sus maridos; centenares de jóvenes que acuden en caballo ó en calesas, y se pasean entre el gentío dirigiendo á una los mas lindos saludos, invitando á bailar y mirando con aire amoroso. Si pudieses ir tendrias tantos admiradores, que harias rabiar á esas fátuas que no quisieron convidarte.

—Si, si, respondí tristemente; pero este placer nos está prohibido.

—Es verdad, repuso Julieta; tienes razon; vale mas dormir, que pensar en todo esto, supuesto que no podemos mas que echarlo de menos.

Nos quitamos los brillantes trages, y nos metimos en la cama; pero durante mucho tiempo no hice mas que pensar en bailes, en música, en gallardos jóvenes, en fiestas y placeres; todos me decian que era linda, amable. Nunca habia yo tenido en el convento un sueño tan cansado, y era muy tarde ya cuando me dejó la agitacion que escitara en mi esa inocente velada.



¿Es verdad que soy yo?

Al siguiente dia me hallé al despertar sola en el aposento; fuí á vestirme y no encontré mi hábito de novicia; solo hallé sobre una silla el trage que me habia probado el dia anterior. Llamé á Julieta; pero estaba en la tienda de

Digitized by Google

su madre y no me oyó, por lo que me vestí del mejor modo que pude, y bajé. Así fué que entraba atolondradamente en la tienda, cuando me encontré delante de un jóven que compraba no sé qué cosa, y me avergoncé tanto que huí sin saber cómo á la trastienda, adonde me siguió Julieta con su trage del convento.

—¿Qué has hecho de mi hábito? le pregunté

—En tu cuarto está.

—Pues no le he visto.

Julieta se echó á reir, y respondió:

—Siempre se busca mal lo que no se quiere encontrar.

—Te juro...

—¿Tengo yo presencia de superiora? no jures ni mientas, pues la ventaja de la libertad consiste en salvarnos del feo vicio de la hipocresía: donde no se reputan faltas las mas leves acciones, no se tiene necesidad de mentir para ocultarlas. Has conocido que estabas hermosa así, y has querido continuar en tu hermosura; no creas que esto es un crímen.

—Siento, Julieta, que así sospeches de mí; sube conmigo y te desengañarás.

—Al momento, repuso Julieta; voy á despertar á Mr. Enrique

Me dejó sola, y subí nuevamente al aposento. En vano busqué el hábito por todas partes, pues no pude descubrirle, y esperé á que viniesen á esplicarme tan estraña desaparicion. Perdonad, hermano mio, si os cuento cosas pueriles. No sabiendo yo qué hacer, me miré en un espejo, imitando los ademanes, la sonrisa y las miradas de Julieta, y jugueteaba así mi vanidad, cuando entró esta donde yo estaba.

—Muy bien, me dijo, muy bien; si Mr. Enrique te hubiese visto así, te hallaria aun mucho mas hermosa.

Me afligieron tanto estas palabras, que casi estuve á punto de llorar.

—Vamos, vamos, repuso riendo Julieta; busquemos ahora tu hábito, pues quiero que vuelvas á ponértelo. Me temo que pareceria demasiado fea á tu lado, y que estaria celosa.

—¡Loca! la dije abrazándola.

Y dimos vuelta al aposento sin poder descubrir nada, y cuando empezaba ya á impacientarse Julieta, entró su madre, y nos esplicó lo que habia sucedido. Parece que una criada habia derramado una lámpara sobre mis vestidos queriendo limpiarlos, y la señora de Gelis los hizo llevar á casa de un quitamanchas. La Gelis amenazaba con querer echar de su casa á la criada, que no queria absolutamente confesar su falta; pero Julieta, siempre compasiva é indulgente, rogó por ella tan encarecidamente á su madre, que esta prometió perdonarla.

Volví á quedar sola con Julieta.

—Visto está, me dijo con su acostumbrada bondad y natural alegría, que has de ser solo tú la hermosa. Vamos á recorrer un poco las calles; yo pareceré una severa aya á quien han confiado una bella pensionista; todos te mirarán, y yo te diré gravemente: bajad los ojos, señorita.

—Pero, si salgo yo así, ¿no puedes tú salir tambien? dije en tono de súplica.

—¡Oh! no, me respondió; si lo supiesen en el convento me castigarian cruelmente. En punto á tí, que eres rica, fácilmente te perdonarán; pero á mí...

—Vaya, estamos muy distantes de Tolosa y nadie lo sabrá.

—¡Oh! no, no me atrevo seguramente.

Tanto la insté que consintió por fin; la vestí tambien y estaba hermosísima: su flexible talle tenia una gracia singular; el fuego de sus miradas y el encanto de su sonrisa animaban, con una espresion indecible, su semblante adornado de largos y ensortijados cabellos; su vestido entreabierto ponia de manifiesto su blanco y bien redondeado cuello, alrededor del cual se habia puesto una cinta. Podia alabarme Julieta, pero seguramente estaba mucho mas hermosa que yo.

Cuando nos vimos adornadas salimos juntas. Encontramos una multitud de gente, que se dirigia hácia el lugar de la fiesta; muchos hablaron con Julieta y oí que le decian: «Seguramente ireis á la fiesta con esta linda jóven, y os veremos allá, ¿no es verdad?»

Julieta respondia confusa: «No sé, no lo creo.» Preguntéla por qué no respondia francamente que no podiamos ir.

—No me atrevo, me respondió.

—¿Por qué?

—Porque aqui no se tienen las mismas ideas que en el convento, y si dijese gravemente que nuestro estado nos impide mezclarnos en mundanos placeres, nos tratarian de ridículas. Por otra parte, equivaldria esto á censurar la conducta de las jóvenes que van allá y la de sus madres que las acompañan, cuando es un placer honesto, aunque á nosotras nos esté vedado.

—¿Acaso no nos están prohibidos todos los placeres? dije suspirando.

—¡Oh! repuso con tono indiferente; poco me importa todo esto, pues son cosas que conozco ya: solo lo siento por ti, que no tienes idea de ello. Si, añadió sonriéndose y mirándome tiernamente, comprendo tu curiosidad: ¡son tan divertidas las fiestas de aldea!... En verdad que si me atreviera...

—¿Me acompañarías?

—¿Sola? ¡ah! no... no es posible; solo si pediria á mi madre que nos acompañase.

—¡Tu madre! ¿y qué podrán decir si tu madre nos acompaña?

—Nada, seguramente; sin embargo, no me atreveria á pedírselo... Si tú quisieras hablarle...

—Tampoco me atrevo.

Digitized by Google

—Sin embargo, estoy segura que se alegraria.

—¡Ah, quizás no! se creeria obligada á consentir, y en mi posicion semejante demanda seria tal vez una exigencia.

Parecióme que esta reflexion habia disgustado á Julieta; no obstante, despues de haber vacilado un momento me respondió:

—Puede vencerse ese escrúpulo, pues ignoras de todo punto los sentimientos del mundo, y no puedes pensar de otra suerte; pero, créeme, es mas noble delicadeza dar á cualquiera ocasion de mostrarse agradecido á un beneficio, que desdeñarse de hablar de él.

—Siendo asi, le pediré cuanto quieras, y que nos acompañe al festejo.

—Y te lo estimaré mucho, porque asi serás buena para con ella y para conmigo.

Asi que hubimos regresado á casa de la Gelis, fué á decirle su hija que yo deseaba hablar'e. Permanecieron algun tiempo encerradas en un cuarto, y temí que Julieta no le hubiese dicho lo que yo queria, y que ella se lo negase; pero en cuanto hube manifestado á su madre mi deseo, convino muy solícita, y me demostró haberme equivocado en mi sospecha. Esta escelente muger se consideraba dichosa con poder dar cumplimiento á mis deseos, y comprendí que Julieta tenia razon, pensando que despues de un beneficio es una accion generosa no desdeñar el reconocimiento.

No sin asombro escuchaba el baron á su hermana; esa jóven que decia tener una triste esperiencia del mundo, hablaba de él con tanta candidez y buena fé, que Luizzi no pudo menos de reirse de esta última reflexion. Decidido, empero, á no patentizar á su hermana los sentimientos que le inspiraba su narracion, calló todavía. Habíase detenido Carolina, y este momento de silencio les dejó oir los bramidos de la tempestad que resonaba en torno de la solitaria morada. El monótono ruido de la lluvia, acompañado de los zumbidos del viento, le pareció á Armando que aumentaba la tristeza de la narracion que iba á escuchar, y rogó á su hermana que continuase.

—Partimos para la fiesta, dijo. ¡Oh! ¡qué hermoso dia fué aquel! Ya lo sabeis, hermano, uno de esos dias de otoño de nuestro Mediodía, casi tan apacible como los alegres dias de la primavera. No se ve la naturaleza activa y lozana de la primera estacion que rompe el duro suelo mostrando verde retoño; es la naturaleza lánguida y cansada, que parece desnudarse para dormir: no reinan las repentinas ráfagas del viento ardoroso de mayo, que arrebata las fuertes y balsámicas emanaciones del lirio y de la madreselva; es el aire suave de setiembre, impregnado de la esencia etérea que se escapa del seco trebol, del amarillo rastrojo, de los maduros frutos y de las hojas que empiezan á cubrir la tierra; no es la sangre que hierve, el pecho que se hincha y el corazon que quisiera quejarse y llorar sin motivo; es el cansancio del alma, el sentimiento de una cosa pasada, que no se ha poseido, y el recuerdo de un sueño que no se ha realizado: son, en fin, lágrimas que humedecen los ojos sin que procedan de ningun dolor. No podré deciros qué suave encanto esperimentaba al encontrarme en esta situacion desconocida; si hubiese estado sola, me hubiera sentado al pie de un árbol para mirar y escuchar, pues me entristecia mas á medida que me acercaba al lugar de la fiesta. ¡Estaban tan alegres los que pasaban á nuestro lado! Llamábanse mútuamente, y se apresuraban á llegar, porque era la última fiesta del año; se acercaba el invierno y no debian volver á verse hasta la primavera. Era la primera fiesta á que yo asistia, y debia tambien ser la última, supuesto que mi invierno solo acabará con la vida, y no encontraré primavera mas que en el cielo.

Lloraba diciendo esto Carolina, y Luizzi le dijo:

—¿Lloras, hermana? Querida, aleja de tu lado tan sombrías ideas, y ten confianza.

—He aqui lo que me dijo Julieta al verme llegar, porque tambien lloraba yo entonces como ahora, y no podré esplicaros el vértigo que se apoderó de mí. Casi me rebelaba contra mi destino; aquellas gentes que pasaban, unos en bandas numerosas en las que se oia pronunciar en alta voz los nombres de padre, hermano ó hijo, y otros en parejas solitarias, que se conocia hablaban en voz baja; el rumor lejano y continuo de la música, los alegres gritos de los bailarines, aquel movimiento, vida y tumulto, todo me extasiaba, y no sé por qué atractivo irresistible, yo, que un momento antes caminaba tan triste y pensativa, tomé el brazo de Julieta, diciendo: «¡Ven, ven, vamos á bailar! ¡Vamos una vez al menos, una vez!» Fué el vértigo de un viagero colocado á orillas de un torrente, y que se precipita como para seguir esa corriente que pasa sin cesar.

Ultimamente llegamos; ví mil juegos á que anhelaba concurrir, y aparadores de alhajas y adornos que me hubiera gustado llevar. Envidiábalo todo; hubiera deseado entrar en el número de las campesinas que se disputaban corriendo el premio de una cinta ó de un encage; hubiera querido sentarme para comer sobre la yerba á la sombra de un sicomoro; gustosísima bailara en rueda y cantara con las demas jóvenes esas canciones de nuestras montañas, en que se encomia la belleza de las pastorcillas y el repentino amor con que flechan á los cazadores que las encuentran: hallábame poseida de un impulso interior que me arrastraba á todo cuanto pasaba junto á mí. A poco entramos en el salon del baile, y apenas nos sentamos, cuando nos invitaron á bailar. Ví de nuevo al jóven Euri-

Digitized by Google

que, á quien habia visto por la mañana en casa de Julieta; bailó con ésta, mientras otro jóven me tomó la mano y me sacó tambien á bailar. Nunca habia aprendido; pero podia decirse que, por una feliz disposicion, imitaba fácilmente lo que veia: atraje mas que otra alguna la atencion; murmuróse alrededor mio que era yo muy linda, y me creí dichosa: era esta una alegría retozona, atolondrada, vanidosa, que me daba ligereza y no me admiraba. Habia perdido ya mi razon: la jóven del monasterio, destinada á la clausura y á la pobreza, no bajaba los ojos ante las miradas ardientes de un jóven. En seguida, cuando hube concluido la contradanza, se me acercó Enrique y me invitó á que bailase. No me habia aun recobrado de la emocion de mi primer ensayo, cuando Enrique me dió la mano; volvió á principiar la música, mas no tocaba ya lo mismo. Enrique ciñó mi talle con uno de sus brazos, y me impelió haciéndome dar vueltas alrededor; sorprendime tanto al principio, que me precipité cerrando los ojos; mas poco á poco me pareció que seguian mis pasos la armonía de la música, como si me guiase otro compás mas intenso que el de la orquesta. Abrí los ojos para mirar donde estaba: es indecible la sensacion que esperimenté; me pareció que me arrebataba un torbellino dentro de un círculo inmenso: mil rostros pasaban junto á mí, y huian á entrambos lados; respiraba un aire ardiente, y sentia volar tambien en torno mio mis vestidos, como si los azotase un viento que iba rasando la tierra; esparcíanse mis cabellos como para poner de manifiesto mi semblante, ante las miradas que me parecian centellas, que se inflamaban y estinguian casi á un mismo tiempo. Mi mano rodeaba la espalda de Enrique, mientras apoyaba mi cuerpo en su brazo. Mi corazon saltaba; suspiraba oprimido mi pecho; sentia estremecerse mis labios y cubrirse mis ojos, hasta el momento en que se encontraban con los de Enrique, en que su semblante estaba junto al mio, su aliento sobre mi frente, y sus miradas casi dentro de mi pensamiento. Entonces el vertigo fué completo; hubiera dicho que su álito me levantaba de la tierra, y conocí que un poder irresistible me enlazaba con él. No sentia ya que su brazo me sostenia; me pareció que daba vueltas alrededor de su cara, y que debia romperse un lazo entre los dos para poderse separar. Tuve miedo y frio, me dió un vuelco el corazon, se me turbó la vista y caí desmayada en sus brazos.

Al volver en mí me ví junto á la Gelis, que decia. «No está en órden hacer valsar tanto tiempo á una niña que no está acostumbrada á este baile.»

¡Valsar! luego yo habia valsado. No conocia de este baile mas que el nombre proscrito en el convento como una especie de sacrilegio. Busqué un abrigo al lado de la Gelis, como un niño que ha cometido una falta y se acoge junto á su madre; pero me advirtió friamente que procurase dominarme: conocí entonces que no era protegida, y me eché á llorar. Fuí con esto objeto de curiosidad que me avergonzó, y haciendo un esfuerzo me atreví á mirar alrededor. Ví entonces cómo los que estaban acostumbrados al baile soportaban fácilmente el placer que me habia abrumado, y no pude menos de volver á entristecerme: me sobrevino despues una tierna melancolía que, por decirlo así, me tenia absorta. Me cansé de bailar, pero miraba como lo hacian los demas. El aspecto de la comun alegria hacia vibrar en mí la sensacion suave de las delicias que habia esperimentado, y se recreaba en ellas sonriéndose mi alma. Pero cuando Julieta me reemplazó en los brazos de Enrique, sentí una curiosidad inquieta y celosa en cierto modo: sí, es preciso confesarlo todo; bailaba ella tan ligera y fácilmente, y con una soltura, que me hacia dudar que hubiese yo podido parecer tan seductora á los ojos de los demas, y sobre todo, á las brillantes miradas de Enrique, que parecian confundirse con las miradas de Julieta. Cuando volvió está á mi lado derramaba alrededor de sí cierto aire de alegría y de triunfo, que me oprimia: la tristeza volvió á apoderarse de mí, y olvidando la fiesta y el baile, pensé en vos, hermano mio.

—¡En mí! esclamó Luizzi.

—Sí, en vos, Armando, en vos, á quien hubiera querido hablar, como hablo ahora; en vos, á quien hubiera querido decir: «Arrancadme del convento, de la tumba, de la desesperacion, para ir...» no sé á dónde... mas yo comprendia que estaba desterrada de una sociedad cuyas primeras sensaciones acababa de esperimentar: odiaba ya, sin conocerla todavía, la prision que para siempre me iba á separar del mundo

Vino la noche, y Enrique se ofreció á acompañarnos; daba el brazo á la Gelis, y seguia yo detrás con Julieta, á la cual no pude menos de mostrarle frialdad. Pero, bien sea que no adivinase ésta un sentimiento que yo misma no acertaba á definir, ó bien que su amistad le hiciese perdonarme mi injusto capricho, jamás se demostró tan tierna y afectuosa conmigo.

—¡Y bien! me dijo: ¿no te lo habia predicho yo? tu triunfo ha sido completo.

—Quédese para las que le han merecido hasta el fin, respondí.

—No, no, me dijo sonriéndose; tú te has portado como esos héroes de los libros caballerescos que entran en el palenque para derribar de golpe al mas valiente, y que despues se divierten mirando la refriega en que combaten los demas.

—No creí deber envanecerme con tal victoria.

—Y sin embargo, delante de tí está el vencido.

Digitized by Google

—¿Quién?

—Ese pobre de Enrique Donezau, que tendria mucho placer en vernos delante de él, aunque no fuese mas que ver al través de la oscuridad la sombra de la hermosa que le ha hechizado.

—¡Quieres callar! esclamé, sintiendo hincharse mi corazon como si hubiese entrado en él una grande esperanza; calla, que te engañas.

—¡Qué niña eres! contestó; ¿olvidas que no siempre he vivido yo en un convento, que he visto amar, que he amado tal vez, y que no me engaño seguramente? Enrique te ama, y su amor es una de esas pasiones repentinas que se inflaman como el rayo en el horizonte.

—Y que como él se estinguen, ¿no es verdad?

—No, sino que se desploman sobre el corazon, al modo del rayo sobre una aislada cabaña, y le devora hasta reducirlo á cenizas.

El tono de Julieta y las escogidas palabras que empleaba, me sorprendieron y turbaron á la vez.

—¿Lo has esperimentado, le pregunté, para hablar de esta suerte?

—Hay mas de una escuela para aprender estos secretos, me dijo Julieta: ¿faltan por ventura libros?

—¿Y de ellos has aprendido lo que es el amor?

—No, me respondió, ninguno me ha pintado fielmente lo que pasa en un corazon que empieza á amar: ¡tan varias y multiplicadas son las emociones del amor! Pero alguna vez dan luz acerca de los sentimientos que se esperimentan; esplican por su nombre el dolor ó la alegría que se ha apoderado de nosotros; ofrecen un cróquis que os recuerda alguna cosa que ya visteis, una sílaba cuya terminacion acabais, porque el amor es cosa que no nace, sino que despierta como un letargo: Dios le ha colocado en el fondo del corazon, junto á su imágen, eterno y poderoso como él.

¡Ah! hermano mio ¡cómo resonaba dulcemente en mis oidos este lenguaje! No le escuchaba ya cuando todavía vibraba en mi interior como esos sonidos lejanos, cuya melodía se disipa, pero cuyo encanto es aun objeto de nuestros sueños. No respondí por temor, y cuando estuvimos de vuelta deseaba estar sola, echando de menos la celda, en la que hubiera podido velar y meditar sin ser observada.

A la mañana siguiente registré los estantes de la librería de Gelis, como si hubiese querido adivinar cuál de esos libros podria esplicarme lo que pasaba en mi interior. No me atrevia á pedirlo á Julieta, que habia recobrado su aire indiferente ó resignado, ni á su madre, á cuyos ojos nada valia ese tesoro del ingenio ó del corazon. Tampoco me atrevia á escogerlo á la suerte, pues mi íntimo deseo no me daba valor para tanto; pero casualmente descubrí uno que encontré en el aposento de Julieta.

Tembló Luizzi al pensar el libro que, con intencion dañada, podia haberse dejado Julieta á la vista de Carolina; porque creia que, bien fuese ligereza ó corrupcion, Julieta habia hecho cuanto estaba de su parte para estraviar un puro y sencillo corazon. Tranquilizóse, empero, y aun creyó deber desterrar toda sospecha, cuando Carolina le dijo bajando la voz: «Era un tomito titulado: *Pablo y Virginia.*»

Suspiró con desahogo el baron, y dijo sonriéndose:

—¿Y lo leiste?

—Si, y conocí ser verdad lo que me habia dicho Julieta, de que el amor no produce siempre las mismas impresiones; pero que no por eso dejaban todas de hallarse comprendidas bajo su nombre. Supe que una vez agitado el corazon, muévese el alma, ya haya crecido el amor con los años, ya se haya escitado repentinamente. Despues de este libro leí otros. Levantábame por la noche mientras dormia Julieta en profundo sueño, y á la luz de una débil lámpara devoraba los libros, helado el cuerpo, pero absorta el alma en esas desconocidas emociones de que estaba sedienta. Leí asimismo una tragedia de Shakspeare, titulada *Julieta y Romeo*, en que el amor nace de una mirada, como habia nacido el que profesaba á Enrique. Leí despues la *Nueva Eloisa.*

—¡La *Nueva Eloisa*! esclamó Luizzi

—Sí, la leí desde la primera página hasta la última. Enrique venia todas las noches, y veiale hablar en voz baja á Julieta, advirtiendo que hablaba de mi: mas ella me contaba cómo él no se atrevia á manifestarme el amor que sentia; cómo á mi vista estaba trémulo y mudo; cómo no hubiera osado mirarme ni hablarme; y viendo que esperimentaba lo mismo que yo, me convencí que me amaba del mismo modo.

Aproximábase el dia de nuestra partida, y no os diré que fuese para mí objeto de terror, no, pues lo era de esperanza. Este sentimiento, que no era correspondido ni desdeñado, que era todavía mudo, y le debia no obstante imponer ya silencio, y la presencia de Enrique, me oprimian el corazon sin desarrollarse aun el cariño; todo era para mí un tormento insoportable. El mudo que no puede gritar *socorro* cuando va á perecer, y el nadador á quien faltan las fuerzas cuando toca ya con la mano la orilla, deben sufrir un suplicio igual al que yo pasaba cuando por la noche se me acercaba Enrique, hablándome tan confuso y cortado como yo misma lo estaba Invocaba la soledad del convento contra esta lucha sin término, cuando el mismo dia de mi partida encontré en el libro que yo leia una carta con sobre dirigido á mí. No la leí, supuesto que adiviné que era suya, y quise

Digitized by Google

devolvérselo; la dí, sin embargo, y Julieta no se atrevió á entregarla á su madre para que la devolviese.

—Puedes desdeñarle, me dijo; mas sin demostrárselo hasta el punto que raye en crueldad, puesto que podria compelerle á algun acto de violencia de que no le arredraria una pasion como la suya. Bastará no contestarle.

—¿Y lo verificaste así? dijo Luizzi.

—¡Ay de mí! respondió Carolina; para esto hubiera sido necesario no haber leido su carta; pero no sé cómo sucedió que al tomar de nuevo mi hábito; sin saber qué hacer del papel, lo oculté debajo de mi toca y me lo llevé. ¡Oh! el cilicio que he visto alguna vez ceñirse en un acto fervoroso de penitencia las mas austeras religiosas, no debe abrasar ni desgarrar tanto como ese papel que se rozaba con mi pecho. Contaros el combate que sostuve durante el camino, las veces que metí la mano debajo de mi toca para quitarme ese papel que me devoraba, y cuantas otras volvió mi mano á caer sin fuerza, como si fuese á arrancarme el corazon, seria hablaros de una locura de que me avergüenzo ahora, aunque no está curada todavía.

Llegué de esta suerte á Tolosa, casi resuelta á no leer la carta; pero una ocurrencia singular me hizo perder el valor. Al entrar de nuevo en el convento se asombraron tanto las religiosas de la mudanza de mi semblante, demostrando tanta compasion al ver mi palidez y aire de sufrimiento, que no dudé ya de lo que podia un amor que en sus albores habia ya alterado en mí una salud apacible y una existencia sosegada. ¿Deberé decíroslo? pues sabed que todo me indicaba que un cáncer interior me consumia, y me fué ya imposible resistir la idea de exasperar ese mismo mal que á un tiempo era mi vida y mi muerte: así fué que encerrada á la noche en mi celda, leí la carta.

La leereis, hermano; y no solo ésta sino tambien las demas; del mismo modo leereis mis respuestas.

—¿Las tienes aquí?

—Ahí están, dijo Carolina entregándolas envueltas en una especie de bolsa de seda; por ellas sabreis lo que me obligó á contestar, y cómo me han sido devueltas tambien mis propias cartas. Las he guardado, no para alimentar una esperanza, sino un remordimiento, puesto que cada instante me están diciendo hasta qué punto he sido culpable y desgraciada.

Tomó Luizzi las cartas, y se disponia á leerlas, cuando Carolina le detuvo diciendo:

—Esperad un momento, que yo no esté aquí; voy á postrarme junto á la cama del pobre herido para orar á Dios que me perdone el amor que me ha abrasado el corazon, y que, por lo que acabo de esperimentar hace poco, no se ha estinguido todavía.

Hé aquí lo que Armando leyó:

XLVI.

CORRESPONDENCIA DE ENRIQUE DONEZAU A CAROLINA.

Perdonad que se atreva á escribiros el que no ha tenido valor para hablaros. ¡Pobre de mí! al verme delante de vos me hallaba tan turbado y trémulo, que jamás pude pronunciar una palabra que vuestra virtud hubiera desechado. En este mismo momento, al figurarme que llegará esta carta á vuestras manos, y que tal vez la despreciareis desdeñosa ó la leereis indignada, estoy vacilante todavía porque conozco que no podria soportar vuestro desprecio ni vuestra indignacion: me detengo, y aun tiemblo. No obstante, no tengo valor para sufrir la desesperacion toda mi vida, sin haber hecho un esfuerzo para sustraerme de ella. Os amo, Carolina; esta palabra que no debia escribiros, y que os irritará sin duda, se escapa de mi pecho como un grito de dolor que no me es posible contener, y que vos no podeis concebir. Mas atrevido al lado de vuestra amiga, osé hablarla de un amor que os parecerá tal vez una ofensa. ¡Ah! queriendo desvanecer en mí toda esperanza, no ha hecho ésta mas que avivar la pasion que me estravia; me ha dicho cuán aislada viviais en el mundo, el heróico valor y noble resignacion con que sufriais este abandono; me ha esplicado cuán buena y generosa sois, y yo, que os amaba ya por vuestra celestial beleza y perfecta gracia, ahora os idolatro sabiendo que poseeis lo que la virtud tiene de mas noble y puro. No esperando nada de mí, he puesto toda mi confianza en vos, supuesto que la piedad sublime que os hizo socorrer á la señora Gelis, se dirigirá tal vez por un momento hacia el desgraciado que se queja. No todos los dolores consisten en la miseria, y creo que perdonareis al que os ama, como perdona Dios al que sufre. ¿Pero cómo sabré si vuestra alma noble y compasiva me perdona? ¿quién me dirá que no os habeis ofendido? ¡Oh! dispensadme, pero es preciso que lo sepa; forzoso es que una palabra vuestra me lo diga, ó que yo muera. Sí, lo conozco, si hubiese tenido valor para callar, toda mi vida hubiera conservado en el fondo de mi alma la desesperacion de un amor ignorado; pero ahora que me atreví ya á declararme, es necesario que sepa si he sido demasiado culpable: vuestro silencio será quien me lo diga. Si de aquí á ocho dias no me ha dicho que no me he acarreado el desprecio de la que respeto como á una muger celestial no volvereis á oir hablar mas de mí, porque la tumba es muda, y la desesperacion halla en ella un asilo contra el desprecio.

Enrique Donezau.

Digitized by Google

Cuando Luizzi hubo acabado de leer esta carta, le vinieron ganas de reir. Ese caballero que de golpe, y por introito, hablaba de la tumba como de un asilo donde iba á meterse instantáneamente, ni mas ni menos que si se hubiese tratado de abrir su paraguas para un caso de tormenta, se le figuró muy pobre seductor, á menos que no estuviese enamorado hasta el cogote; pues nuestro baron sabia que en achaques de loca imaginacion y énfasis sentimental, nada puede compararse con un amor verdadero, y de ahí dedujo por última consecuencia que si la seduccion habia llegado á copiar el lenguaje del verdadero amor, por precision debia ser muy conocida. Pensó tambien que esta carta no se dirigia á una muger del mundo, á quien la frescura y buen talante de los que debieron haber muerto por ella tranquiliza en punto á las amenazas de una tumba, sino á una jóven novicia en quien podia producir su efecto la mentira, y que, segun debia colegirse de la narracion que acababa de hacer, habia dado pruebas de tener una imaginacion fácil de exaltar. Pasó, pues, á la segunda carta; pero echó de ver que habia olvidado una posdata que decia así:

«Tengo confianza en el jardinero del convento, y si quereis confiarle algo me lo entregará fácilmente.»

Leido este párrafo no pudo menos el baron de murmurar entre dientes la cancion del *Queridito de damas, etc...* y suspirando fuertemente al pensar en lo que iba á descubrir, volvió á la lectura de las cartas, y concluyó para sí con tono alarmado repitiendo el final de la cancion:

¡Ah! ¡por Dios! de lo restante
Hacedme gracia, señora.

He aquí la respuesta de Carolina.

CAROLINA A ENRIQUE.

¡Por qué he de desengañaros! no tengo derecho para reputar como falta un sentimiento que conduce en la sociedad á enlaces legítimos; si en la posicion en que me encuentro habeis llegado á pensar en ello, habrá sido sin duda porque no se os ha manifestado bien que habia renunciado á todo lo que no sea consagrarme al servicio de Dios. Os perdono, pues, y si no basta ese perdon para animaros á vivir, sabed tambien que el dolor no solo habita en el mundo, sino que á veces se oculta de un modo cruel en el silencio del cláustro.

Carolina.

ENRIQUE A CAROLINA.

He recibido vuestra carta, Carolina. ¡Oh! muy santa debeis de ser delante de Dios, puesto que habeis tenido compasion de un insensato, y sin embargo tambien sufris. ¡De todo esto deduzco que lloran tambien los ángeles! Vos, que con una palabra habeis calmado la desesperacion de mi alma, ¿vivis tal vez sin consuelo? Ignoro vuestros pesares, Carolina; pero si está en manos de otro que de vos misma, ponedles término, no olvideis que existe quien respira solo para vos. Perdonad mi loca suposicion; pero si presumiese que los votos que vais á pronunciar en breve os son dictados por la tiranía de vuestro tutor ó por las personas que os rodean, creed que podria yo ser vuestro libertador. Puede que me engañe; mas no me es posible de ningun modo suponer que tanta gracia y belleza deban en manera alguna ser sepultadas en un cláustro. Solo la desesperacion ó el remordimiento se ocultan en esos oscuros asilos: al refugiarse en ellos la virtud, no brilla seguramente en todo su esplendor, ni alcanza su mas noble objeto; el guiar á los débiles, y volver con su ejemplo al buen sendero á los estraviados. ¡Oh! ¡Carolina, cuánto hariais amar la virtud con el amor ardiente que inspira vuestra hermosura! ¡cuánta felicidad no deberiais al cielo en premio de la que esparciriais alrededor de vos! ¿será fuerza que vivais desconocida é indiferente para todos, escepto para mí? No, no es posible. ¿Hay algun poder á que no podeis sustraeros que os imponga tan horrible sacrificio? Yo lo sabré, si es que existe, y si no me he engañado, ¡desgraciado de quien se atreva á violentaros! Conozco al tutor que dispone de vuestra suerte; he de hablarle, y veré lo que responde. No es ya mi dolor el que me desgarra, sino el vuestro: me habeis escrito que tambien sufris, y tengo, pues, un derecho sobre vos; el de protegeros, el de salvaros á la vez..... Mi existencia tiene ya un objeto; me envanezco ya, y soy dichoso..... contad conmigo.

Enrique.

—¡Cáspita! dijo Luizzi para sí; he aquí un caballerito que va muy á prisa; tiemblo de leer la respuesta de mi pobre hermana, que tiene sin duda uno de estos corazones sencillos, que á puro estasiarse en el amor de Dios, se inflama á la primera chispa de amor humano que prende en ellos.

Haciendo estas reflexiones leia Luizzi la posdata de la carta de Enrique, que era bastante insignificante.

«Incluyo una carta de Mad. de Gelis para su hija. Os la remito para que no tenga que pasar por el exámen de la superiora.»

Luizzi pasó adelante, y leyó la respuesta de Carolina.

CAROLINA A ENRIQUE.

Si todavia os escribo, cometiendo una nueva falta, es para reparar la que cometí con

mi primera carta. Soy libre, y muy voluntariamente tomaré el velo: ahorrad, pues, todo paso que pudiese hacer creer que no he de ser dichosa con la suerte que me espera. Jamás me prometí, ni quiero otra.

Sor Angélica.

P. D. Adjunta va la respuesta de Julieta á su madre.

—Hé aqui una carta muy esplícita, dijo para sí Luizzi; y estoy tan curioso por saber lo que pudo Enrique responder á tan formal despedida.

ENRIQUE A CAROLINA.

Señorita:

Leed esta carta, que no es ya la del insensato que en un momento de júbilo y de esperanza se atrevió mucho mas que en sus horas de desesperacion; es la de un hombre de honor que os pide el derecho de justificarse: dignaos, pues, escucharme. Conozco tambien, como vos, vuestra vida y vuestra posicion; sé que no teneis familia ni amigos, y que de nadie podeis prometeros consejo ni proteccion. Si en tales circunstancias hubiéseis abandonado el mundo en edad en que hubieseis podido apreciarle, hubiera debido creer que buscábais en el convento un refugio contra una soledad á que no queriais poner término. Pero colocada desde vuestra infancia bajo la direccion de personas que tienen interés directo en haceros tomar una determinacion que pone en sus manos vuestros capitales, he debido suponer que os habian alucinado, inspirándoos con amenazas, ó acaso con violencias, una resolucion que ahora me decis ser voluntaria. Permitida me era en cierto modo esta sospecha, con respecto á vos que estais sola en el mundo, en atencion á que he visto otras familias, cuya autoridad no ha podido arrancar á sus hijas de las obligaciones diestramente sugeridas; he visto ser impotentes las lágrimas de una madre para vencer la implacable codicia de esas mugeres que oponen á la desesperacion maternal una pretendida vocacion, que á veces no es mas que el terror que se ha apoderado de las desgraciadas. Lo que para otras tantas es evidente, he podido creerlo tambien para vos: aun mas, he debido sospecharlo cuando me habeis dicho que tambien se oculta el dolor de un modo muy cruel en el silencio del cláustro. Confieso que interpreté mal vuestro pensamiento, y sírvame esto de escusa: supuesto que sois dichosa, ya no anhelo mas; pero perdonadme si no he sabido comprender esa felicidad. La idea que el mundo nos dá de ella es tan distinta de como á vos os la han pintado, que tampoco me comprenderíais si os hablase de la que en la sociedad podríais prometeros. No teneis madre ni framilia, Carolina; pero cuando una muger ha dado á quien ama el sagrado título de marido, encuentra á la vez una y otra. Se deleita en la ternura de la que la adoptó por hija, y en la felicidad que esparce en torno suyo: alegre es para ella el porvenir, porque vendrá dia en que unos seres candorosos le exigirán el sagrado amor de madre; dándoles en cambio el sumiso y respetuoso de hijos. Amará con esto y será amada; y bien sabeis que en estas dos palabras se encierra toda la felicidad que Dios ha enviado sobre la tierra. No os hablo aun del cariño del que hubieseis elegido; no os pinto la constante adoracion con que os hubiera pagado la felicidad que le concedísteis: no me comprenderéis, Carolina, si os dijese con qué orgullo os hubiera acompañado en la vida, diciendo: esta es la mas hermosa, la mas noble y la mas pura. Todavía me comprenderíais menos si os dijese qué encanto hay en esta union de dos almas confundidas en una misma vida, sonriéndose mútuamente, viviendo una para otra, felices con todo y do quiera, ora se entreguen en una fiesta al placer y la alegría; ora en la soledad mediten juntas al ligero murmullo de la campiña; ora se dirijan risueñas á un espectáculo brillante en que sea envidiada su felicidad; ora vuelvan por la noche á su casa, enlazados del brazo los dos consortes, y confiándose en voz baja sus dulces esperanzas y todos sus pensamientos; ora, en fin, permanezcan junto á la chimenea, en medio de su familia y de sus amigos, dichosos en su grata sociedad, rodeados de sinceros afectos, junto á lo cual su amor parece ser todavía un secreto que únicamente á sus solas se sublima. ¡Ah! ¡qué inefable consuelo debe respirar el corazon en todo esto! Pero para pensar en ello, para tener una esperanza que calme el tormento que uno siente, es preciso amar y padecer... Forzoso es ser como el condenado que envidia la dicha de los ángeles... vos estais en el cielo, y es forzoso ser yo, no ser vos. Adios, pues, Carolina, adios. Ya no oireis hablar mas de mí. Segun esto, solo envió Dios á los ángeles sobre la tierra para esparcir la desesperacion y la muerte.

Enrique.

Mal gesto puso Luizzi al terminar esta carta, que le pareció de un amor ridículo, si bien de una lógica suspicaz. Meditado todo, le pareció que una jóven hermosa y discreta podia haber dado otra respuesta de la que dió una religiosa. Se apresuró á leer la carta que seguia para ver la respuesta de Carolina; pero en su lugar vió otra de Enrique, cuya fecha era posterior un mes á la precedente.

ENRIQUE A CAROLINA.

Hace diez dias me entregó el jardinero del convento un paquete con el sobre dirigido á

mí, y no pude menos de abrirle temblando de inesplicable gozo, y lleno de una esperanza insensata. Contenia la respuesta de Julieta á la carta de su madre, que incluí en mi última en que os daba el último adios. Es imposible esplicaros el golpe que recibí; como si de repente se encapotase el cielo para dejar la tierra sumergida en tinieblas; asi que, cuando hubo calmado el delirio de mi dolor, envié la carta de Julieta á su madre, y quedé anonadado. A poco me pareció que esa carta que vos habíais tocado me pertenecia, y hubiera querido recobrarla aunque me costase toda mi sangre. Conocia que debia en ella hablarse de vos, y si en aquel momento la hubiese tenido en mi poder, creo que me hubiera atrevido á romper su cubierta; pero la habia remitido ya, y no pudiendo poseerla de nuevo, quise saber lo que decia: me fuí á Auterive, ví á la Gelis y le pedí noticias de su hija. «Está buena y alegre,» me dijo. No me atreví á hablarle de vos; pero al fin pronuncié temblando vuestro nombre, y entonces me respondió asi: «Julieta me dice que Carolina ha mudado mucho, que pasa las noches llorando y los dias en oracion.» Le hice repetir estas palabras, y partí como un insensato; volé á ese convento, y solo junto a la puerta de vuestra cárcel me acordé que existia entre los dos una muralla insuperable ¡Oh! ¡cómo la hubiera derribado con mi frente si asi hubiese podido salvaros!... pero un rayo de luz me ha dado á conocer que debia ocultar una locura por la cual podiais ser castigada. Asi es que toda la noche he vagado alrededor de esa morada en que vos llorais y padeceis; corria como un loco con impotente rabia; ¡oh! Carolina, escuchadme: sé que sufrís y que llorais; ninguna desesperacion puede atormentaros mas que la de vuestra posicion. Atreveos á confiar en el honor de un hombre que no faltó jamás á su palabra, y os salvará; despues... despues no oireis hablar mas de mí. ¿Me engañaré tal vez? ¿provendrá esa desesperacion de un dolor parecido al mio? ¿amareis acaso, viéndoos tambien separada del objeto de vuestra ternura? ¡Ah! si es asi, Carolina, atreveos á decírmelo, y aquel á quien amais será mi hermano; le buscaré, venceré todos los obstáculos, os reuniré, y despues ya no volveré á veros jamás; pues con tal que fuéseis dichosa haria cualquier sacrificio... huiria lejos de vos, porque envidiaria demasiado al que os hiciese feliz. Una palabra, una palabra por Dios; confiadme vuestros pesares, Carolina, que el amor es una religion que cuenta mártires que saben sacrificarse por el culto que abrazaron. Quedo esperando: considerad que espero, y que sino recibo respuesta, ignoro lo que podré hacer; tened piedad de mí y de vos misma.

Enrique.

Luizzi se rascó el oido despues de haber leido esta carta, y dijo:—He aqui un amor de un temple meridional en grado superlativo. No obstante, repuso, llenos están los diarios de suicidios, crímenes y atrocidades amorosas; en consecuencia, no son cosas estas que puedan negarse absolutamente. Ese Enrique, que á lo que entiendo es el teniente herido que se acaban de llevar de aqui, debe ser, segun lo que contó Bruno, un valiente soldado, cosa que de ordinario no supone mal corazon. Vamos, que tal vez no entiendo yo pelota de esto; y asi diciendo, continuó su lectura.

CAROLINA A ENRIQUE.

¿Por qué me escribís de esta suerte, persiguiéndome en mi desesperacion? Dejadme sola con mi desgracia; todo lo que suponeis es falso; no, yo no amo; ¿Qué seria de mí, Dios mio, si yo amase?

Carolina.

ENRIQUE Á CAROLINA.

¡Ah! yo tenia razon, Carolina, la última palabra de vuestra carta me dice que amais. Permitid ahora al amigo á quien os confiais, que responda á sangre fria á la triste pregunta que os dirigís. ¿Qué seria de vos si amaseis, preguntais? ¿Ignorais, pues, que sois libre, y que vuestra cruel posicion de abandono tiene al menos la ventaja de constituiros dueña de vos misma? En la edad á que habeis llegado, Carolina, vuestro tutor os debe dar cuenta de vuestros bienes, supuesto que pronto podreis disponer de ellos, como de vuestra persona, sin necesitar consentimiento de nadie. No lo ignoran las religiosas de ese convento, y sabrán dároslo á conocer el dia en que os vean dispuesta á su favor. ¿Preguntais lo que seria de vos, Carolina? Seríais esposa honrada y querida de aquel á quien amáseis; una madre de familia que esparce en torno suyo un calor suave que vivifica nacientes virtudes: dueña de un corazon que se haria esclavo vuestro; la alegría y la felicidad de una nueva familia; el modelo de las gracias mas perfectas; el objeto de la admiracion y comun respeto: seríais lo que Dios quisiera que fuéseis. Hé aqui el destino que tanto os espanta, la dicha que está á vuestro alcance, como os plazca no despreciarla; pero al dejaros entrever la felicidad, temo haber añadido una nueva desesperacion á vuestros sufrimientos; porque... en fin, supuesto que no os determinais á entregaros al que elegisteis, le hallareis acaso indigno de vos, ó conocereis tal vez que no os ama. Ambas suposiciones son igualmente injustas; vuestro corazon no me permite dar crédito á la primera, y el mio niega la segunda. ¿Qué cosa puede, pues, daros pena? ¿qué secreto es ese que me ocultais? ¡Oh! confiádmelo,

Digitized by Google

Carolina, pues yo os amo bastante para saber que amais á otro, para entregaros á él y salvaros aunque me cueste la vida.

Enrique.

—A fé mia, observó Luizzi, hé aqui una completa necedad ó una destreza que asombra, ó no sabe adivinar nada ese caballero y quiere que se lo digan todo. Veamos qué respondió mi pobre hermana.

CAROLINA A ENRIQUE.

Enrique, por piedad, salvadme.

ENRIQUE A CAROLINA.

¡Luego soy yo á quien amais! ¿Tú me amas, Carolina? ¡Ah! deja que me postre á tus pies, que te dé las gracias y te adore. Quisiera esplicaros como á esa palabra nació la felicidad en mi seno, y me anonadaba; como cerré los ojos, vacilé y pensaba morir, y como caí despues de rodillas, diciendo á voz en grito: ¡Carolina! ¡Carolina! Ya que me habeis abierto vuestro corazon, sereis dichosa, yo os lo juro; lo sereis para que yo viva, porque vuestra felicidad será la suerte de mi vida, el estímulo de mi corazon, que cesaria de latir cuando derramáseis una lágrima. Hoy dia no puedo deciros nada mas, porque me estraviaria, lloro en este momento, tiemblo, dudo y temo volverme loco... ¿Es verdad que me amais?

Enrique.

CAROLINA A ENRIQUE.

Si, Enrique, os amo porque os compadecisteis de una triste y solitaria jóven: os amo por la noble bondad de vuestro corazon... Sin duda os amo tambien, porque Dios lo ha querido, porque casi os amaba antes de conoceros.

Carolina.

Seguíase á esta carta una simple correspondencia amorosa en que Enrique y Carolina se abrian mútuamente su corazon. Cándidas confidencias de una parte, sueños ideales de otra, sinceras esperanzas, estravío en los deseos y todo cuanto es pábulo ordinario del amor: inagotable y abundante manantial que empieza á secarse cuando se aplican los lábios á él. Entre las ideas que se elevaban hasta el cielo, deslizábanse, sin embargo, algunas que pertenecian á la tierra: primero esplicaba Enrique cuáles eran los derechos de Carolina; en seguida hablaba de las medidas que debian tomarse para la fuga; venia despues una carta admirable de Enrique, en que confesaba su pobreza, y otra contestacion de Carolina que hizo asomar las lágrimas á los ojos del baron. Pedia tan candorosamente perdon á su amante de ser rica por él, que estuvo tentado el baron por dar crédito á los sentimientos que habia visto en ciertos dramas. Admiró despues el modo cómo, una vez de acuerdo en este punto, dio su asentimiento Carolina, y se atrevió á exigir cuentas á Barnet, y hacer remitir á la Gelis los réditos del capital, desde que habia llegado á los diez y ocho años. En fin, de carta en carta, de billete en billete, llegó Luizzi al momento en que todo estaba preparado para la fuga. Enrique debia ir á esperar á Carolina á una puerta que el jardinero habia prometido abrir; creia Luizzi llegar al desenlace, y solo quedaba por leer un corto billete, que decia así:

ENRIQUE A CAROLINA.

Me habeis engañado indignamente: ahi os devuelvo vuestras cartas, pues nada vuestro quiero que recuerde hasta qué punto iba yo á estraviarme.

Enrique.

Luizzi quedó confuso y reflexionó por mucho tiempo en tan singular desenlace; pero llamó despues á su hermana, y mirándola con curiosa compasion, le dijo:

—¿No habeis sabido nada desde que llegó á vuestras manos este billete?

—Nada.

—No habeis visto mas á Enrique?

—Desde que salí de Auterive, hoy es la vez primera que he vuelto á verle.

—¿No sabeis quién pudo calumniaros á sus ojos?

—Lo ignoro.

—¡Esa Julieta!....

—¡Oh! no, no es ella, pues tampoco la habia vuelto á ver; ella ignoraba mis proyectos, porque no me atrevia á confiárselos desde que me creí culpable, ni me sentia con valor bastante para quedar confundida con tanta resignacion y virtud. No queria hacerla cómplice en mi falta, porque su amistad no hubiera hecho traicion, y su conciencia le hubiera echado amargamente en cara su debilidad. Por otra parte, habeis visto ya el secreto que me encomendaba Enrique.

—¿Mas cómo ha sido que os encontrais aquí?

—Cuando llegó la noche en que debia yo partir con Enrique, me escapé de mi celda y atravesé el jardin, trémula y sin poder apenas sostenerme: era la noche oscura, y todo estaba silencioso en el convento. Llegué por fin á la puerta fatal. Y bien, dije al jardinero:

—El señor Enrique ha venido; pero ha desaparecido casi al momento mismo de haberme entregado ese paquete junto con esta esquela

Digitized by Google

Creí que algun obstáculo imprevisto habia retardado la ejecucion de nuestros proyectos. Pregunté al jardinero si Enrique debia volver; pero me respondió que no habia dicho nada. Anhelaba vivamente poder leer aquella esquela para asegurarme de lo que sucedia; mas no habia luz allí, ni la tenia yo en la celda; pensé que tal vez podria hallarla en la capilla que estaba junto á la puerta del jardin, y me dirigí ligeramente hácia ella, y á la luz de un cirio, que ardia junto á una reliquia de San Antonio, leí esas palabras terribles que me despedazaron hasta el punto de caer desmayada. Al volver en mí me hallé tendida en el pavimento de la capilla, y parecióme que despertaba de un sueño horrible, sin comprender por qué me hallaba allí, sin poder recordar lo que me habia sucedido. Cuando se disipó la niebla que turbaba mi mente, se apoderó de mí tan viva desesperacion, que á no haberme contenido la santidad del lugar, me hubiera roto el cráneo contra las losas, del mismo modo que se habia roto mi corazon. Volví vacilante á mi celda, y pasé lo restante de la noche en una desesperacion sombría en que se sentia mi alma sin valor para vivir ni para morir. Al fin la luz del dia me enseñó, por decirlo así, el camino que debia seguir; desde que ví de nuevo la morada en que habia amado, sufrido y esperado tanto, me sentí incapaz de habitar en ella por mas tiempo, y al cabo de algunos dias conseguí de la superiora que me trasladase á á uno de los conventos centrales de las hermanas de la Caridad. Tocóme concluir mi noviciado en Evron, adonde vine sola con mi secreto y mi desesperacion. Hace seis meses que habito en él, y paso mi tiempo permaneciendo continuamente á la cabecera de los enfermos, y esperando que el dolor de los demas calmaria el fuego devorador que me consume. En vano, empero, envidio esas penalidades del cuerpo, bajo cuyo peso veo inclinarse á tantos hombres; y venia aquí para llenar el sagrado deber á que me he consagrado, cuando se ha vuelto á presentar á mi vista el que me ha hecho desgraciada, porque, hermano mio, ya ni esperanza me queda en la tierra.

—No tal, interrumpió vivamente Luizzi; veo en todo esto una horrible intriga que he de descubrir.

—¿Qué pensais hacer?

—Ver á Enrique, y conocer sus intentos.

—¡Ay de mí! tal vez no hay tiempo ya.

—Eso es lo que voy á saber.

Y Luizzi penetró en el otro cuarto donde velaba todavía el anciano Bruno.

XLVII.

—Señor Bruno, dijo el baron, ¿hay alguno aquí que pueda conducirme al sitio donde se oculta la partida de Bertran?

—En otro tiempo os hubiera guiado yo mismo, respondió el anciano; conozco todas las guaridas de los chuanes, y no hay una que antes no hubiese sabido encontrar con los ojos vendados; empero hoy, que soy ciego, no sé si tendria tanta seguridad de no equivocarme.

No pudo menos de sonreirse Luizzi al oir la singular pretension del anciano y la contradiccion que encerraban sus palabras, y repuso:

—¿Y á falta de vos, no podré encontrar otro que me guie? No seré escaso en la recompensa.

—¡Pardiez! ahí teneis en Mateo un mocito que ha seguido á palmos el terreno, é indicándole donde puede estar Bertran á estas horas, os conducirá allá; pero esto seria esponeros entrambos á un par de balas, á menos que os acompañe quien pueda responder de vos.

—Si me acompañáseis, Carolina, dijo Luizzi volviéndose á su hermana.

—¡Yo! respondió confusa ésta, ¡yo!.... Parecio vacilar un instante, y concluyó despues con balbuciente voz: ¿qué imperio tendria yo sobre esa gente? Habeis visto ya que no pude nada en favor de Enrique cuando procuré salvarle sin conocerle.

—Cieto que sí, dijo Bruno; pero no ignorais que bastó una palabra vuestra para salvar á ese caballero á quien conocísteis.

—No importa, repuso Carolina; renunciad á este proyecto, hermano mio, y no os espongais á una terrible desgracia para obtener una esplicacion que no seria quizás mas que un nuevo dolor para mí.

—No olvideis, continuó Luizzi, que va en ello vuestro honor, y tal vez vuestra felicidad.

—¿Cómo es esto? esclamó levantándose el anciano Bruno; en tal caso aquí estoy yo, y os acompañaré, y Mateillo nos servirá de guia.

—Pensad bien que vais á esponeros al peligro con que hace poco me amenazábais, dijo Luizzi.

—¡Oh! es muy distinto; hay entre mí y Bertran ciertas cosillas que le obligarán á ser prudente.

—Con todo eso no se ha salvado vuestro hijo de su violencia, dijo Carolina.

—No fué Bertran quien disparó ni quien mandó disparar. Solo una cosa pregunto, sor Angélica, supuesto que sois tan buena y caritativa para con los pobres, ¿depende vuestra felicidad de que ese caballero vaya en busca de la partida de Bertran para ver al prisionero?

Carolina vaciló todavía, pero á poco respondió bajando los ojos:

—No puedo oponerme á la voluntad de mi hermano, si él quiere ver de todos modos á Enrique.

—Sí, hermana, quiero. Ved que se halla sin defensa en manos de los que puedan ha-

cerle pagar con la vida el valor que ha manifestado contra ellos: tambien se trata de salvarle.

—Salvadle, pues, hermano mio, y el cielo os proteja.

—¿Cuándo podremos partir, añadió Luizzi?

—Cuanto mas pronto mejor, respondió Bruno; no perdamos mas tiempo que el necesario para despertar á Mateo.

—Escuchad, dijo una voz que salió de la cama grande, que ocupaba un ángulo de la sala.

Luizzi y Carolina se aproximaron á la cama y vieron á Jaime sentado en ella.

—Escuchad, les dijo; no me opongo á que salgan mi padre y mi hijo, pues se trata del honor de sor Angélica. Cuando esa niña que duerme junto á mí estuvo á punto de morir de las viruelas, acudió sor Angélica sin temer el contagio; pasó los dias y las noches junto á su cama y la salvó. Debo, pues, arriesgar la vida de otro hijo en cambio de la que salvó: Mateo os seguirá. Tocante á vos, padre mio, sabeis ya lo que haceis y nada tengo que deciros. Pero, caballero, necesito palabra de honor de que no direis á nadie lo que veais; es preciso que jureis delante de Dios que á nadie declarareis la guarida de Bertran, y que si llegan á saber los gefes de las tropas que ocupan el pais, que habeis penetrado en los desfiladeros en que se ocultan los chuanes, no les manifestareis nada que pueda descubrirles el secreto.

—Os doy palabra, respondió el baron; si bien me admiro que la exijais, cuando habeis sido víctima de esos miserables

—Esas son cuentas entre nosotros, dijo Jaime; es deuda que me debe y no quiero que pague á otros. Arreglad pronto vuestros negocios, que yo arreglaré los mios á su tiempo.

Al cabo de algunos instantes Mateo estaba ya dispuesto; convínose que Carolina esperaria en la casa de Bruno la vuelta de Luizzi, y partió éste acompañado del niño y del anciano. Silenciosa fué su marcha durante la noche, que estaba para terminar; andaban siempre por hondos senderos, que era preciso orillar, pasando por entre espesos vallados. No bien comenzó á amanecer encontraron varios campesinos que iban á labrar la tierra; hízose despues mas activo el movimiento y vieron los caminos cubiertos de carros con robustos tiros, que consistian al menos en tres pares de bueyes y cuatro caballos con tirantes de desmedida longitud. Por una parte el deplorable estado de los caminos hace necesario el empleo de fuerzas considerables para trasportar las cargas y arrancar los carros de los barrancos en que se sepultan, y por otra, la costumbre de los labriegos de aumentar el número de caballos y de bueyes que pueden poner á un solo carro para llevar algunos sacos de trigo al mercado.

Pensando Luizzi en la importante mision de que se habia encargado, mirábalo todo sin atender á nada; tampoco le llamaba la atencion el singular aspecto de los paisanos que iban en los carros, cubiertos con piel de cabra y con un gorro encarnado, de cuyos bordes salian largos y lisos cabellos. Sus desnudos pies iban metidos en anchos zuecos, y sus piernas en mal ajustadas polainas de cuero, y en unos cortos calzones abiertos hasta las rodillas. No era bastante á sacarle de sus meditaciones el suave y monótono canto que acompaña siempre la marcha de esos paisanos, y le llamó la atencion la manera como era saludado el anciano Bruno de cuantos le encontraban.

—¡Hola! ¿qué tal os va? ¿tiene para mucho tiempo Jaime con su herida? ¿es cosa de gravedad?

El acontecimiento que habia tenido lugar unas cuatro horas antes era sabido ya en toda la comarca, y todos se informaban con interés sin que hiciese nadie la menor observacion acriminando ó alabando la conducta de Jaime ni la de los chuanes. Luizzi no pudo menos de manifestar á Bruno cuánto le sorprendia que se hubiese propagado tan rápidamente la noticia de la herida de su hijo.

—No tiene nada de estraño, respondió el anciano, pues la mitad de los que acabamos de encontrar estaban tal vez con Bertran. Ahora que han dado ya el golpe ha vuelto cada cual á su nido, y los gendarmes pasarán junto á ellos sin conocerlos.

—No puedo comprender....

—Es, sin embargo, muy fácil. Sábese cuántos hombres y mugeres hay en cada granja; llegan, por ejemplo, los gendarmes á la hora de comer, y preguntan por los habitantes de la casa; declháraseles los que están en la labranza y los que han ido al mercado, y si falta alguno lo notan. Mas como los mozos se hallan al amanecer en la granja ó en el campo no hay medio de saber los que están en las partidas; asi es como alguna vez se hacen indagaciones de algun hecho entre los mismos autores. Para descubrir esa falsa chuanería seria necesario rodear de noche las granjas, y esto de pasearse durante la noche les viene muy cuesta arriba á los gendarmes.

—En este caso, dijo Luizzi, tal vez hallaremos á Bertran en su propia casa.

—No por cierto, pues es demasiado conocido, y si alguna vez entra en su casa es cuando ha anochecido ya: donde le hallaremos es en *Grande-Lande* con cuatro ó cinco compañeros suyos, que tambien se han visto obligados á ocultarse por la misma causa.

—¡Segun esto, dijo el baron, habremos encontrado á muchos de los que acometieron esta noche vuestra casa.

—Todavia mas, dijo Bruno; apostaria á que hemos hablado con el que disparó el tiro á mi hijo. Oiste á uno que dijo: ¡Bah! ¡eso no será nada!

Digitized by Google

—No es él, abuelo, dijo Mateo; ya sé yo quién es.

—¡Lo has dicho á tu padre! repuso Bruno, sin admirarle la repentina salida del muchacho.

—Antes se lo diré con mis manos á ese mozuelo Luis, hijo de Petithome, la vez primera que le encuentre en el monte.

—¡Ah! Petithome, dijo friamente el anciano; hace tiempo que debia Jaime desconfiar de él; pero cuidado con Luis, que tiene dos años mas que tú: dale un fuerte mojicon en el ojo, que es buen sitio.

era todavía muy largo el camino que debian recorrer.

—Nos dirigimos, á poca diferencia, al centro de ese páramo, respondió Bruno.

—¿Es posible que se oculten los chuanes en un parage tan descubierto?

—Miradlo bien, delante de vos, un poco á la izquierda, hay una pequeña eminencia, al pie de la cual está el Puente Viejo. Un centinela, desde la cumbre y oculto entre los zarzales, domina fácilmente todo este páramo, y en este momento sabe ya Bertran que tres personas se adelantan hácia su guarida. Nos



Bertran el chuan.

—No tengais cuidado, abuelo, que no será la vez primera que lleve un recuerdo mio.

Bruno, sin pensar mas que en la querella que iba á promover su nieto, detúvose de repente, y pareció que husmeaba alrededor.

—Muy cerca, dijo, debemos estar de Grande-Lande.

—Es verdad, abuelo, respondió Mateo.

—En este caso busca á la derecha una senda entre la retama; Bertran se hallará sin duda en el escondite de junto al Puente Viejo.

Pronto halló Mateo el sendero, y viendo Luizzi estenderse delante de él una erial de mas de una legua de travesía, preguntó si

espera porque solo somos tres; pero si le hubiesen hecho seña de que venia un cuerpo de tropas, habria tomado ya las de Villadiego por el lado opuesto.

—¿Y si se presentasen tropas por muchos lados?

—Aunque fuese asi, poco le importaria, pues hay veinte senderos ocultos que salen de ese punto, de manera que los chuanes se dispersarian al través de los soldados, como una liebre entre dos cazadores. Solo un buen medio hay de hacer la guerra á los chuanes.

—¿Cuál es? sepamos.

—Apoderándose de sus mugeres é hijos, y

Digitized by Google

conducirlos tranquilamente á una ciudad fortificada, sin hacerles el menor daño. ¡Ah! ya veriais qué pronto se acababan los cuitados, sin tener cama ni hogar; seria negocio de ocho dias. No tardarian en comparecer con sus fusiles y municiones, para volver al seno de sus familias, y una vez desarmados les seria forzoso estar tranquilos.

Volvió á detenerse de repente el anciano Bruno, y dijo:

—Escuchad: ¿habeis oido ese murmullo? seguramente van á destacar á alguno para reconocernos.

Continuaron su marcha, y notó Luizzi que aquel páramo que tan igual le habia parecido al principio, estaba cortado en todas direcciones por profundos barrancos, entre los cuales se veian campos de retama de unos cinco ó seis pies de alto. En el momento en que salian de la alta maleza, vieron á Bertran de pie delante de ellos, y les dijo:

—¿Dónde vais por aquí?

—Ibamos donde hemos llegado ya, dijo Bruno, pues á tí te buscábamos.

—Decidme, pues, lo que quereis.

—Este caballero va á esplicártelo, pues son asuntos suyos.

—¡Voto va á tal! dijo Bertran; ¿pues no está contento con haber sacado limpio el pellejo por intervencion de sor Angélica?

—En nombre de ella vengo todavía, respondió Luizzi.

—¿Para salvar al oficial? preguntó Bertran con sombrío tono.

—Si.

—Métase sor Angélica en sus negocios; por lo demas, tanto peor para vos de haberos mezclado en esto, y tanto peor para tí, Bruno, por haberlo hecho tambien. Tú has cometido una falta enseñando á un estraño el escondrijo del Puente Viejo: es una traicion, y ya sabes tú cómo se paga.

—El motivo que conduce aqui á este caballero, respondió Bruno tranquilamente, no pertenece á los chuanes y solo interesa á sor Angélica. Esplicádselo, señor.

Iba Luizzi á hablar, cuando Bertran le interrumpió diciendo:

—Supuesto que habeis querido ver la guarida del Puente Viejo, fuerza es que no os detengais ahora; y ya que tan curiosos sois, voy á enseñaros un camino que ni uno ni otro conoceis.

Al decir esto entró Bertran en una especie de torrentera por donde serpenteaba el agua. Vacilaba Luizzi en seguir; pero Bruno le dijo en voz baja:

—No es tiempo ya de retroceder ni á derecha ni á izquierda; sin duda habrá apostados ya algunos que os enviarán una bala al menor movimiento retrógrado que hagais.

Decidióse Luizzi á marchar, y al cabo de diez minutos llegaron á un ancho barranco, cuyas dos orillas habian sido en otro tiempo unidas por un puente de dos arcos, de los cuales estaba todavía entero uno, y debajo de él habia ocho ó diez hombres reunidos alrededor de una hoguera que habian encendido.

Miraron apenas á Bruno y á su nieto; pero clavaron en Luizzi indagadoras miradas, murmurando entre sí:

—Es el espía de anoche.

Parecióle á Armando de mal agüero esta denominacion; sin embargo, como al acometer su empresa habia previsto ya que podia correr algun peligro, hizo ademan de no haber notado la mala disposicion de los chuanes.

Observó en el ínterin que Mateo se acercó á uno de los chuanes que estaba mas apartado, y le decia con tono jovial:

—Buenos dias, Petithome: ¿qué tal está Luis?

—Asi, asi, respondió el chuan.

—¡Hola, Petithome! esclamó Bruno con amistoso tono; ¿tú tambien por aquí?

—¿Qué hemos de hacer? Espero que todo irá bien en vuestra casa.

—Asi, asi.

El niño ni el anciano no demostraron la menor emocion al hablar el uno al asesino de su padre, y el otro al de su hijo.

Nada observó Luizzi que hiciese traslucir que habian trasportado á este sitio á Enrique, y esperó á que Bertran le dirigiese la palabra. Sentóse éste sobre una enorme piedra, apoyó el codo en su rodilla y dijo inclinándose hácia el fuego:

—¿Cuál es vuestra peticion?

—Una que temo no me podais ya conceder, respondió Luizzi, desearia ver al prisionero.

—¿Qué quereis decirle?

—Es un secreto entre él y yo.

Levantó Bertran la cabeza y examinó á Luizzi con aire de sorpresa; volviendo á tomar de nuevo su posicion y estendiendo las manos hácia el fuego, dijó á uno de los suyos:

—Marcha, parte en busca del herido.

A poco se presentó Enrique, y pudo Luizzi observarle á su placer. Llegaba apenas á los veinte y cinco años, y era hombre de forma hercúlea; cabeza pequeña, frente reducida y color sano, que debia ser realzado por su negra barba, antes de que la herida le hubiese vuelto pálido.

—Podeis hablar juntos, dijo el chuan, sin incomodaros, pues os daremos tiempo para ello.

—¿Habeis venido, caballero, dijo Enrique, para tratar de mi cange?

—No, respondió el baron; vengo en nombre de la persona que os ha conocido en casa de Bruno.

—¿De Carolina, á quien llaman ahora sor Angélica, y que tiene dos nombres propios á falta de un apellido de familia? dijo bruscamente Enrique; ¿para qué me quiere?

—Nada, respondió Luizzi á vista de tan

Digitized by Google

grosero tono; pero tengo derecho de esperar de vos una esplicacion.

Miró el oficial en torno suyo con aire indiferente, y repuso:

—¿Una esplicacion aqui? El parage no es muy cómodo y tengo herido el brazo; pero lo mismo tiene. Si estos paisanos nos dejan dos malas espadas, bien afiladas, estoy con vos.

—Supongo, repuso Luizzi con su tono de gentil-hombre, que no me creereis tan torpe que haya venido á pediros una esplicacion aqui y en el estado en que os hallais.

—En tal caso no tengo otra que daros, respondió Enrique volviéndole la espalda.

Mudo de sorpresa quedó Luizzi viendo el tono y los modales de un hombre que, por el estilo de sus cartas, creyó debia ser un bello y político jóven. Por de pronto no le pareció que admitiese réplica tan brutal respuesta, y le hubiera dejado alejarse sino se hubiese vuelto el oficial para decirle con insultante tono:

—Pero, una cosa se me ocurre: desearia que tuviéseis la bondad de decir ¿con qué derecho os mezclais en mis asuntos?

—Es que lo son tambien mios, caballero, dijo el baron con altivez, pues soy el baron de Luizzi, y Carolina es mi hermana.

A esta revelacion quedó como de piedra Enrique, y cuando Luizzi añadio:

—Y es que lo sé todo.

Entonces se desató el oficial en terribles juramentos, entre los cuales esclamaba:

—¡Enhorabuena! si lo sabeis, id á denunciarme á mis gefes y haced que me echen del regimiento. Despues de lo que me ha sucedido nada me hace mella: por otra parte, estoy rodeado de gente que hace muchas horas me están diciendo que van á acabar conmigo; pero tanto se me da acabar hoy como mañana.

Creyó Luizzi que el delirio de la fiebre ocasionada por su herida exaltaba la mente del jóven, y envanecido, por otra parte, con la impresion que habia causado su solo nombre, contestó mas suavemente:

—Presumo que la autoridad militar no se entrometerá en castigar faltas como la vuestra, sobre todo cuando pueden repararse.

—¿Cómo diablo quereis que se repare con solo mil doscientos francos de sueldo? respondió Enrique encogiéndose de hombros.

Luizzi, que se habia formado una idea muy caballeresca de su mision, y que no renunciaba el logro del objeto que se habia propuesto, escuchó apenas esta singular respuesta, pensando ser igualmente efecto de la fiebre, y repuso vivamente:

—Vuestra pobreza no podrá ser un obstáculo; á la verdad poca cosa son los bienes que posee mi hermana; pero puedo aumentarlos hasta el punto de satisfacer todo cuanto exige una posicion honorífica.

La torpe inteligencia del subteniente pareció irse avivando con lentitud, y al modo de un hombre que desea comprender lo que quieren decirle, miró á Luizzi, y habló asi con balbuciente voz:

—Carolina hará ya de sí un buen partido: tanto mejor si la haceis mas rica. Tal vez hubiera yo hecho mejor casándome con ella, sino hubiese escuchado...

—Indignas calumnias, interrumpió Luizzi.

—No digo que Carolina haya hecho jamás cosas reprensibles, respondió Enrique murmurando entre dientes.

—Pero quizá lo creísteis en un momento, y ese momento fué bastante para destruir para siempre su felicidad, y sin duda la vuestra; pero todavía es tiempo, caballero; mi hermana no ha pronunciado todavia sus votos; os ama como os amaba entonces, y si estais al fin desengañado probádselo, aceptando su mano.

Para hacer esta proposicion tomó Luizzi un aire heróico, apoyando una mano en la cadera y tendiendo la otra á Enrique. Habia hablado con un tono teatral, al que nada faltaba mas que una capa á la antigua española, y una espada de media milla de largo para mejor aspecto dramático, y continuó por el mismo estilo al ver el ademan confuso de Enrique:

—He venido con la mayor lealtad y espero que me respondereis con la misma: ¿podeis disponer de vos?

—¿Si puedo casarme? en cuanto me vea libre de estos truanes.

—En este caso, ¿qué debo decir á Carolina?

—A fé mia que estoy pronto á casarme, respondió Enrique, cuyas miradas daban muestras de estraña sorpresa y de una especie de enagenacion mental.

—Os doy gracias en su nombre, hermano, repuso el baron continuando en su cómico ademan; y diciendo despues en tono paternal, á favor de tan hábil transicion, continuó:

—¿Quién pudo, pues, alucinaros hasta el punto de escribir á Carolina un billete como éste?

Enrique tomó el billete que le presentaba Luizzi y lo leyó guardando silencio y como abismado en profundas reflexiones.

—Harto sé, continuó Luizzi con caballeresca verbosidad, que el amor, que se niega no pocas veces á la evidencia, cree otras en el crímen solo por ligeras sospechas. ¿No me direis quién fué el autor de semejante calumnia?

—¡Oh! esclamó Enrique fijos los ojos en el billete; no puedo ni debo nombrar á nadie...

—Comprendo, repuso Luizzi; pero temo que esa Julieta...

Estremecióse Enrique; pero respondió casi al mismo tiempo:

—No, por mi honor, jamás me ha dicho

Digitized by Google

Julieta una palabra contra el buen nombre de Carolina.

—¿Será, pues?...

—No os canseis, señor baron, pues no conoceis á los que me han engañado.

—Como querais, respeto vuestra delicadeza; pero lo que ahora debo ocuparnos es hallar un medio para salvaros. Dejad para mí esta negociacion, añadió Luizzi envanecido con su superioridad; yo haré que esos hombres entren en razon.

—Podeis probarlo, respondió Enrique; pero tened la bondad de dejarme esta correspondencia.

—En ella vereis vuestro corazon, dijo Luizzi con grandioso tono.

Y entregó el paquete de cartas á Enrique, quien se puso á leerlas con una atenrion que hizo sonreir á Luizzi; éste se adelantó al momento hácia Bertran.

—¿Habeis concluido ya? dijo el chuan; Bruno acaba de esplicármelo todo: parece que la religiosa es hermana vuestra: tanto mejor para vos, pues es una santa muger. Supuesto que nada teneis ya que hacer aqui, idos lo mas pronto que podais.

—Es que no puedo partir solo; ¿pues Bruno no os lo ha dicho todo? Soy el hermano de sor Angélica, como ya sabeis; pero este oficial era hace tiempo su prometido esposo; los separó la desgracia, y habiéndose vuelto á encontrar hoy dia, he querido asegurar su felicidad casándolos.

—¡Casar á una religiosa! gritó uno de los chuanes.

—No ha pronunciado aun sus votos, respondió Luizzi.

Se siguió á esta respuesta un sordo murmullo de los chuanes; pero Bertran esclamó:

—¡Callad, estas no son cosas nuestras! y para probároslo, caballero, añadió volviéndose á Luizzi, os diré francamente que el oficial y la religiosa podrán casarse cuando quieran, asi que se haya cangeado Jorge con nuestro prisionero.

—¿Segun esto os negais á entregármelo?

—¿Y porqué quereis que os lo entregue? repuso Bertran mirando á Luizzi con sorpresa.

—Va en ello el honor de una muger, y la felicidad de aquella á quien llamais una santa.

—¡Linda santa que tiene amantes entre los anarquistas!

—¿Sabeis con quién hablais? dijo Luizzi.

—¿Lo sabeis vos tambien? esclamó Bertran adelantándose hácia Luizzi con la culata de su fusil enarbolada, ¿qué tengo que ver yo con vos? Os dejé acercar cuando hubiera podido recibiros á fusilazos; os permití hablar con este oficial porque Bruno os acompañaba, y porque he sido causa de la desgracia de su hijo; á vos no os conozco para nada, y os aconsejo que os alejeis, supuesto que me siento todavía inclinado á permitiroslo, y no me canseis mas con ese tono de gran señor, ¿lo ois?

Probablemente iba todavía Luizzi á hacer alguna necia réplica, cuando Bruno tomó la palabra

—Veamos, Bertran, no seas malo: ese señor tiene mucha razon.

—No te metas mas en esto, Bruno, dijo Bertran, que bastante te has mezclado ya.

—Y me mezclaré tanto como quiera, ¿sabes, Bertran? repuso el ciego con irritado tono: ¿piensas infundirme miedo con tu ronca voz? ¡alguna vez la oí temblorosa y suplicante, Bertran!

—¡Cállate! dijo el chuan volviendo hácia el ciego su feroz mirada: cállate, que vas á acarrearte alguna desgracia

—¿Y si no quiero callar y quiero decir lo que has hecho? ¡Bertran, no me obligues á que hable!...

—Yo te lo impediré, repuso el chuan preparando su fusil.

—No hagais mal á ese hombre gritaron los demas chuanes; basta ya con haber herido á Jaime.

Detúvose el gefe levantando con indignacion su fusil, y Bruno le dijo con tono imperativo:

—Ven acá, Bertran, ven.

Obedeció éste, siguiendo al anciano á algunos pasos de Luizzi. Retiráronse los chuanes fuera del arco del puente; pero sirviendo la bóveda de conductor á las palabras de Bruno, hizo que las oyese el baron como si las hubiese pronunciado el ciego á su lado. He aqui lo que decia á Bertran:

—¿Has olvidado el ataque de Andouille? ¿Recuerdas que Balatru, nuestro gefe, murió alli á consecuencia de una bala que le dió en la espalda, á pesar de que marchaba á la cabeza de todos nosotros? Unicamente yo, que me hallaba á tu lado, sé quien disparó el tiro. ¿Quieres que te lo revele en alta voz?

—Balatru era un traidor, dijo Bertran inclinando la frente.

—Tú eras el amante de su muger y te has casado con ella, esta es la verdad.

—¡Y bien! ¿y despues? repuso Bertran, que temblaba de cólera.

—Despues, cuando yo te amenacé con denunciarte á los gefes, te postraste de rodillas delante de mí y me dijiste:

«No me hagas traicion, y si algun dia me pides la vida ó la muerte de alguno, está seguro que le salvaré ó le mataré, segun te plazca.»

—Me pides la vida de este oficial.

—Esto de antemano, y en seguida otra cosa. Petithome es quien disparó á Jaime.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Podrás negarlo? Mateo lo vió.

—Si, fué él.

—Pues quiero que no pueda volver á hacer semejantes cosas. Sabes ya que debia casarse

Digitized by Google

con Mariana, y ha probado hacer esta noche lo que tú hiciste en otro tiempo...

—Está bien, te respondo de ello: por otra parte, desconfío hace tiempo de él, y éste será negocio de pocos momentos. Pero en punto al oficial, nada puedo conceder.

—Bueno, respondió el gefe; volveos arriba y permaneced tranquilos. ¿Cómo quieres tú que proponga á esos hombres lo que me pides? añadió dirigiéndose á Bruno.

No bien habia dicho esto cuando bajó otro chuan gritando:



Balatru era un traidor, dijo Bertran inclinando la frente.

—Puedes, si quieres...

Oyóse en esto un rumor confuso en lo alto del barranco: bajó un chuan deslizándose entre los zarzales, y dijo en voz baja:

—¡El regimiento encarnado se acerca!

—¿Por qué punto? preguntó Bertran.

—Por el lado del bosque.

—¡Enemigos! ¡enemigos!

—¿De qué lado?

—Hácia el Charco grande.

—Vuelve arriba y espera.

A esta noticia se habia levantado Enrique para acercarse al baron; mas éste le hizo seña de que no interrumpiese á los dos interlocu-

Digitized by Google

tores. En este momento decia Bruno á Bertran:

—He aqui una escelente ocasion; despide á tu gente, déjanos solos aqui con el oficial.

—Voy á ver si es posible, dijo Bertran con voz tranquila, apartándose algunos pasos y clavando al anciano una mirada amenazadora. Enrique se acercó á Luizzi, y le dijo:

—He aqui un socorro que llega muy á propósito.

—No confies demasiado, dijo Luizzi: en seguida se acercó á Bruno y le dijo en voz baja:

—Id con cuidado, que me temo alguna traicion.

Casi al momento mismo entró Bertran, vivamente agitado á lo que parecia.

—Estamos vendidos, esclamó: son mas de trescientos que vienen de todos lados.

Los chuanes rodearon á Bertran, y la palabra ¡*vendidos*! ¡*vendidos*! circuló entre unos doce ó quince hombres reunidos.

—¡Vendidos! ¡vendidos! replicó Bertran, pues se adelantan formando círculo y batiendo el monte como en una cacería.

—¡El viejo Bruno nos ha denunciado! gritó Petithome, mientras observaba Bertran el efecto que producía en los demas esta acusacion.

—¿Si os hubiese denunciado estaria entre vosotros? dijo Bruno encogiéndose de hombros.

—Tiene razon, tiene razon.

—Me parece, no obstante, que pronto os dais por perdidos, continuó Bruno: ¿no sois capaces de escurriros entre cien soldados? ¿Ignorais la vereda de?...

—Todas las veredas conozco, interrumpió Bertran; pero segun las precauciones que van tomando, muy bien librados saldremos si de los que estamos aqui no caen en sus manos tres ó cuatro. No obstante, un medio hay para salvarnos sin que ninguno de nosotros corra el menor riesgo.

—Veamos...

—Vos, repuso Bertran dirigiéndose á Enrique, supuesto que conoceis el sitio donde se os ha encerrado y donde cabemos todos, podeis dejar que se acerquen los soldados, y al llegar aqui les declarareis que hace mas de dos horas que hemos salido del erial. Cesará con esto la pesquisa y permaneceremos tranquilos como peces en el agua.

—Como quieras, dijo Bruno; por mi parte te lo prometo.

—Y por la mia tambien, añadió el baron.

—Tocante á mi no puedo obligarme á ser traidor á los mios, dijo Enrique.

—En este caso no me servireis de estorbo, y os aseguro que no direis palabra, gritó Bertran.

—¿Qué vas á hacer? dijo Bruno.

—Nos aseguras á buenas y no haya miedo que grite, ó quedará aqui para aumentar los cadáveres sepultados en este erial.

—No olvides que te he pedido la libertad de este oficial, dijo el ciego.

—¡Acaso para que nos entregue!

—Salvadnos, Enrique, repuso el baron, y jurad por vuestro honor que no revelareis donde está este escondrijo.

—Imposible, respondió Enrique.

—En este caso, dijo Bertran sacando su cuchillo de monte, marchad adelante y no os aparteis un paso.

—Podeis matarme, pues no me muevo de este sitio.

—Camina como te he dicho, gritó el chuan, retrocediendo un paso como para dar el golpe mas seguro á Enrique.

—Si cometeis semejante crímen, esclamó Luizzi, retiró mi palabra.

—¡Pues bien! seguireis el mismo camino.

—¡Se estrechan y se acercan! murmuró una voz desde le alto del barranco.

—¡Pronto, decidios! esclamó Bertran.

—Un momento, dijo Luizzi; si nos quedamos solos aqui, los militares que van á llegar y que no nos conocen, no creerán nuestras palabras ni dejarán por eso de continuar la batida.

—Cabal, cabal, dijeron los chuanes.

—Mas si algunos de sus oficiales, continuó Luizzi, les asegura que habeis partido hace tiempo, no vacilarán en creerlo.

—Cabal tambien, respondió Bertran; pero es forzoso que consienta.

—Consentid, Enrique, dijo el baron.

—¡Ahí vienen! gritó con sofocada voz un chuan, bajando de la colina en que estaba de centinela.

—Acabemos, esclamó Bertran echándose el fusil á la espalda para poderse servir mejor de su cuchillo: una, dos, ¿jurareis que hemos partido por la madrugada?

Todavía vaciló Enrique.

—A fé mia, tanto peor para él, dijo Bruno encogiéndose de hombros.

—Os negais, repuso Bertran, en este caso Dios os la depare buena.

Enarboló diciendo esto su puñol, á cuya vista retrocedió pálido Enrique.

—Os juro por mi honor, dijo con turbada voz, que callaré.

—No es eso, dijo Bertran; debeis decir que hace tiempo que partimos; vamos, ¡no os hagais tanto de rogar! muy blanca se ha puesto vuestra piel para que la desprecieis hasta tal punto.

—¡Ya llegan! ¡ya llegan! murmuró una voz entre los zarzales.

—¡Acabemos! repitió Bertran levantando el cuchillo.

—¡Pues bien! os doy mi palabra de militar que declararé lo que quereis.

—Basta; respondió Bertran.

Agradó mucho á Luizzi la determinacion de Enrique, aunque le pareció sobrado tardia, creyendo que hay lances en que es torpeza

Digitized by Google

dejar que se acerque demasiado el peligro y manifestar que se le teme.

—Considerad, dijo Bertran, que la familia de Bruno nos responde de vos, y que todos ellos, hombres y mugeres, pagarán con la vida si se nos hace traicion.

—Bueno, bueno, respondió Bruno; pensad en salvaros, que lo demas es cosa nuestra.

Bertran hizo á los suyos seña de que le siguiesen; marchó unos momentos por el barranco hácia la direccion de donde habia venido Enrique; pero á poco desapareció con su partida entre los matorrales. Empero, antes de que esto sucediese, vió Luizzi que el gefe de los chuanes señalaba á Petithome; habló con el ciego, quien pareció meditar en ello un momento.

—¡Cáspita! decia sacudiendo la cabeza.

—Vos teneis la culpa, abuelo, dijo Mateo subido en cólera; ¡cómo diantre se os antoja decir á Bertran que sabemos que Petithome fué quien disparó á mi padre!

—Razon tienes, he hecho mal; pero no me atrevo á creer que Bertran haga una cosa tan villana.

—Pensad en lo que le habeis echado en cara, dijo Luizzi en voz baja.

—¿Lo habeis oido? repuso Bruno con el mismo acento.

Luizzi le hizo en voz baja una señal de afirmacion.

Pareció que vacilaba todavía el anciano; pero de repente dijo en alta voz:

—Paréceme que podremos salvarlos, mas bien que quedándonos aqui, saliendo en busca de los soldados é impidiendo que se acerquen y diciéndoles que todos han partido ya.

—Teneis razon, respondió Enrique; vámonos y tomemos el camino mas corto.

Salieron al momento del barranco, y entraron en un sendero rodeado á entrambos lados de alta retama. Al principio se adelantaron con rapidez; mas de repente se detuvo Bruno, pareciendo como que escuchaba. Oyeron solo los lejanos gritos de los soldados que mútuamente se decian el punto en que se encontraban. Bruno, volvió á emprender su marcha; pero, no bien habia andado cincuenta pasos, cuando se detuvo de nuevo.

—Seguramente nos siguen; ¿nada oyes, Mateo?

—Sí, á la izquierda, entre la retama, voy allá.

—No te muevas, dijo el ciego.

Pero sin escucharle se metió intrépidamente el niño entre los arbustos: siguieron Luizzi y Enrique su marcha con la vista, conociéndola por el movimiento con que agitaba la retama. A treinta pasos del parage donde estaban se hizo de repente mas vivo este movimiento como si hubiese tenido lugar una lucha; volvió á principiar alejándose, como si Mateo hubiese continuado su carrera, y desapareció de golpe.

—Aquí, Mateo, aqui, gritaba el anciano con estraordinaria agitacion.

Pero nada respondió; apoderóse de Luizzi un estraño terror, y se adelantó hácia el parage donde habia desaparecido el jóven. Siguióle Enrique y se detuvo á diez ó doce pasos de Bruno que continuaba llamando á Mateo.

—Es un diablillo ese muchacho, dijo el oficial: ¿no habeis observado cómo continuó agitándose la retama en la direccion que habia tomado?

Iba Luizzi á indicarle sus temores cuando oyeron un golpe hueco acompañado de un grito horroroso. Volviéronse al momento: Bruno estaba de pie todavía estendiendo sus brazos; pintábase una convulsion espantosa en sus facciones, y cuando corrieron hácia él viéronle caer de rostro contra la tierra, porque un golpe tremendo dado por detrás le habia roto el cráneo.

Miráronse mútuamente Enrique y Luizzi poseidos de igual espanto, clavando despues una despavorida mirada en torno suyo. Todo estaba quieto, ni una hoja se movia, y solo oyeron los incesantes gritos de los soldados que se iban acercando por momentos. No era Luizzi cobarde, y pasaba Enrique por muy valiente, y sin embargo la palidez del semblante demostraba el profundo terror de que ambos estaban poseidos. Probó Luizzi articular algunas palabras; pero en vano se agitaron sus lábios; su voz quedó pegada á la garganta como si la rechazase una fuerza superior; y los dos permanecieron uno enfrente de otro inmóviles y helados; oyóse un ligero murmullo; volviéronse repentinamente y se apoyaron espalda contra espalda, como para hacer frente al peligro que pudiera amenazarles. Casi un minuto permanecieron en esta postura, y solo despues conocieron que procedia el ruido de las últimas convulsiones de Bruno que se agitaba en las agonías de la muerte. Un movimiento de piedad hizo que entrambos se inclinasen para socorrerle; pero otro movimiento de terror les hizo levantarse de nuevo para mirar en torno suyo: nada se movia, y á pesar de esto permanecieron unidos uno contra otro. No obstante pareció cesar de improviso este terror inmóvil, convirtiendo su anonadamiento en clamores y en desordenada agitacion. Sacó Luizzi su pañuelo, y ondeándole sobre los arbustos, se puso á gritar con voz aguda y de espanto:

—¡Por aqui! ¡por aqui! ¡por aqui!

Imitándole Enrique se puso á dar los mismos gritos, y la emocion de su terror fué tal vez mas poderosa que su inmovilidad, porque todavía agitaban en el aire sus pañuelos y daban gritos, cuando estaban rodeados ya de soldados.

Luizzi contó entonces á un capitan los funestos acontecimientos de que habia sido testigo. Durante su narracion trajeron los solda-

Digitized by Google

dos el cadáver del desgraciado Mateo, en quien los dedos impresos alrededor de su cuello manifestaba evidentemente que habia sido ahogado por una mano fuerte y nerviosa.

Los gritos de Luizzi y de Enrique atrajeron rápidamente á muchos solcados al punto donde estaba el cuerpo de Bruno, y rompieron de esta suerte el círculo que se estrechaba lentamente al rededor de las ruinas del viejo puente, y fué preciso que los chuanes aprovechasen este desórden, escitado por tan atroz atentado, para desfilar y salirse fuera de aquel páramo, pues ni uno solo se halló en aquella especie de caverna que habian indicado deber servirles de asilo, y la bátida no pudo descubrir rastro de ninguno de ellos.

Luizzi, que debia encontrar á Carolina en casa de Jaime, fué elegido para llevar el sensible mensage de la muerte del padre y del hijo á este desgraciado.

Ocupado con el triste deber que iba á llenar, apenas pensaba en la felicidad con que debia brindar, segun visos, á Carolina. Dirigióse temblando á la morada del labrador, en tanto que Enrique, á quien dió cita para Vitré, se incorporaba con los soldados. Detúvose un momento Armando á la puerta del cercado antes de penetrar dentro: estaba cerrada la casa y no se presentaba nadie.

Determinó entrar por fin. Estaba reunida toda la familia en la estancia grande; Jaime sentado en un rincon del hogar; su muger postrada en tierra y llorando sobre las rodillas de su marido; los mozos en otro ángulo, mirándose mútuamente con terror; los niños sobre las piernas del padre y los brazos de la madre, y Carolina de pie á su lado. Al presentarse Luizzi se levantó Jaime.

—Todo lo sabemos, caballero, dijo.

—¿Quién os lo ha contado? esclamó Luizzi.

—Un amigo..... Petithome que pasaba por aquí.

—¡Petithome! es el que ayer os disparó, y es el mismo á quien ví que Bertran señalaba á vuestro padre como una víctima.

—¡Petithome! replicó Jaime clavando una mirada terrible en su muger, que la hizo estremecerse toda.

Ninguno se atrevió á abrir la boca; Jaime se enjugó con el dorso de la mano la frente que tenia inundada de gruesas gotas de sudor, y á poco repuso con voz tranquila:

—Sor Angélica, habeis encontrado ya á vuestro futuro esposo: casaos con él si es el único hombre á quien habeis amado. Nada os queda ya que hacer aquí: el cielo os ayude.

—No quisiera abandonaros en tal afliccion, dijo Carolina.

—No, le respondió Jaime; frunció imperceptiblemente las cejas, y con ademan imperativo señaló á la puerta de la casa. Carolina salió acompañada de su hermano.

XLVIII.

CONCLUSION SEGUN LUIZZI.

No bien Luizzi y Carolina se habian separado de esta escena de luto y desolacion, cuando el baron contó á Carolina su entrevista con Enrique. En su relacion procedió como quien quiere llegar al término que se ha propuesto; es decir, que pasó por alto las estrañas respuestas que le habia dirigido el oficial al principio de la conversacion. Tampoco habló del aire de asombro y reserva del jóven, y en su lugar inventó una alegre admiracion que no pudo menos de sonrojar á su hermana. No obstante, como insistiese en querer saber las calumnias que habian determinado á su amante á devolverle tan bruscamente sus cartas, y no queriendo confesar Luizzi lo ligero que anduvo en su esplicacion con Enrique, no encontró salida mejor que culpar á una persona cuyo carácter era propio para toda clase de murmuraciones, y cuya ausencia no permitia á Carolina que se informase exactamente de la verdad. Mad. de Barnet, de modales tiernos y áspero lenguaje, cuya lengua se entretenia en herir la reputacion de todos los demas, vino á ser el editor responsable de las calumnias que motivaron la conducta de Enrique.

Carolina se dejó persuadir con facilidad, y se concertaron para que abandonase esta el convento de hermanas de Caridad en que se encontraba. Para evitar contestaciones, que podian prolongarse demasiado, decidieron que no volviese allá y que tomarian inmediatamente el camino de Laval.

Un obstáculo detenia, sin embargo, á entrambos, y era la falta absoluta de dinero. Luizzi pensó que le seria fácil cosa á Enrique obviar esta dificultad, y á pie pasó con su hermana á Vitré, donde buscó una decente habitacion, y dejó allí á Carolina para ir en busca del oficial. Encontróle levantado á pesar de su herida y escribiendo; pero cuando le hubo manifestado Luizzi su demanda, quedó turbado y daba con balbuciente voz escusas pocos satisfactorias, aunque era en verdad muy posible que nada aherrase un oficial de inferior graduacion con su mezquino sueldo.

El baron que, con la posesion de doscientas mil libras de renta, reputaba imposible que cualquiera no pudiese adquirir instantáneamente algunos miles de francos, propuso francamente á Enrique que los pidiese en calidad de préstamo á sus camaradas ó al pagador del regimiento; pero hízole observar con mal humor el amante de Carolina, que tampoco podia recurrir al bolsillo de unos oficiales tan pobres como él, y acabó diciéndole:

—Si estuviésemos en París, no me daria pena encontrar recursos con que salir de este

Digitized by Google

maldito pais, aunque debiese empeñar mis charreteras; pero en este rincon del mundo no hay siquiera un monte pio. Con razon se dice que la Bretaña es un pais de salvages.

Estraño le pareció al baron que el monte de piedad fuese para Enrique un termómetro de buena civilizacion; pero lo que mas sintió fué no encontrar medios con que salir de tan mala posicion. Faltábanle del todo recursos á Enrique, y creyó traslucir Luizzi que si tan cauto se mostraba en punto á dirigirse al bolsillo de sus camaradas ó de sus gefes, era porque habia sido antes indiscreto en este particular.

Segun esto, la impresion de aquella entrevista no fué grata á Enrique, segun le pareció al baron, y se habia, no obstante, forjado tan hermoso plan de conducta, tomando el noble carácter de protector y hermano generoso, que se creyó borrar de la mente de Enrique la idea desfavorable que formára. Dijo para sí: es muy natural en un jóven oficial empeñarse por deudas, y que cuantos figuran en las comedias y dramas seduciendo lindamente á las muchachas, reciban cada dia tantas intimaciones de acreedores como billetes de sus queridas.

Abismado en estas meditaciones volvia Luizzi á la casa donde habia dejado á su hermana, cuando le sacó de su estupor un grito de sorpresa y su nombre pronunciado con asombro Miró Luizzi alrededor de sí, y vió á un viagero que bajaba de una diligencia en una parada: era Barnet, su procurador y notario.

—¡Pardiez! esclamó Luizzi, el cielo mismo os envia.

—Y á él debo la dicha de encontraros. ¿Qué diablos os habeis hecho de unos diez y ocho meses acá? Mas de veinte veces os he escrito, y no he recibido respuesta.

—He hecho un viage al estrangero, respondió turbado el baron; ¿pero á vos qué motivo os trae aquí?

—Un importante negocio, y ademas otro asunto de afeccion personal. El primero es un proceso de que depende la fortuna de uno de mis clientes, mas de un millon y medio, á fé mia: es un negocio grave, pues no se trata nada menos que de un testamento supuesto que privaria al marqués de Bridely de unas sesenta mil libras de renta.

—Conozco bastante al marqués de Bridely; ¿no es el tercer hijo del viejo marqués?... una especie de miserable...

—No, no, respondió Barnet en voz baja con tono de confidencia; ese ha muerto, y se trata de su hijo, á quien han reconocido y legitimado.

—¿De Gustavo? esclamó el baron: otro intrigante...

—No por esto dejan de ser incontestables sus derechos, interrumpio el notario; ya veis, baron, el buen derecho es respetable siempre, aunque se aplique á un bribon.

Por otra parte, Mr. de Bridely se ha portado como debia en esta circunstancia; yo soy quien ha descubierto la herencia que la casualidad pone en sus manos; con esto me ha encargado la direccion del negocio, y si sale bien va á valerme esto unos cien mil francos.

—Es cosa que vale la pena de andar doscientas leguas, replicó el baron.

—Con todo, respondió Barnet, tal vez el cebo de semejante ganancia no me hubiera decidido á salir de Tolosa, si no hubiese debido visitar en este pais á una persona que tambien os interesa, señor baron.

—¿Carolina?

—¿La habeis visto?

—Si, está aqui.

—Al coche, señores, al coche, gritó la voz del mayoral.

—¿No os deteneis aqui? preguntó Luizzi á Barnet, viendo que se adelantaba hácia la diligencia.

—Mañana se sentencia en Rennes el pleito de Bridely; llegaré allá esta noche y la pasaré con el abogado que se ha encargado de nuestra causa, para darle conocimiento de los documentos importantes que le traigo.

—¿Y Carolina?

—Pensaba escribirla y verla á mi regreso; se acerca la época de su mayor edad en que debo darle cuenta de su capital, y mucho me gusta que os halleis presente para juzgar del uso que de él he hecho; si bien me temo que sus caudales pasarán á un convento.

—No tal, repuso vivamente Luizzi; Carolina se casa.

—¡Si! esclamó Barnet apartándose un poco del coche, ¿y con quién?

—Con un oficial llamado Enrique Donezau.

—Conozco, á lo que me parece, este nombre, dijo Barnet frunciendo las cejas.

—¡Al coche! repitió el mayoral; solo vos faltais ya, caballero. El otro coche nos lleva dos horas de ventaja, y no lo alcanzaremos.

—Adios, dijo Barnet; dadme las señas de vuestra habitacion.

—Cuento salir mañana para Paris.

—A Paris pienso ir tambien, donde nos veremos, pues tenemos bastantes asuntos que tratar juntos.

—Un momento: esperad, dijo Luizzi; me han detenido los chuanes y no me han dejado una blanca.

—¡Cáspita! héme aqui en un compromiso pues no traigo mas dinero que el preciso, sabiendo ya que iba á atravesar este pais en guerra civil. Lo único que puedo entregaros es una letra de cambio para un comerciante de Rennes, la que fácilmente negociareis, á menos que prefirais que yo os envie su importe: en este caso, mañana al medio dia lo mas tarde lo tendreis.

—Prefiero esto, respondió Luizzi, á quien se le hacia espinoso presentarse á un ban que-

Digitized by Google

ro que hubiera tomado mil informes, y aun le hubiera pedido pasaporte que respondiese de la identidad de su persona.

En esto Luizzi y Barnet se separaron, pasando el baron á contar su encuentro á Carolina, á quien no alegraron tanto estas buenas noticias por saber que una de las hermanas del convento, noticiosa de lo que habia pasado en la granja de Jaime, y viendo que no volvia Carolina, indagó á dónde habia salido y la siguió para encontrarla. Hallóla en dicho punta y se indignó al ver su determinacion; y la amenazó con denunciarla á las autoridades, y aunque no tuviese ningun derecho para ello, no dejó de asustar algo á la jóven.

Mucho mas se asombró Luizzi, porque, en caso de haber de comparecer delante de un magistrado, no podia justificar su nombre ni sus derechos sobre la jóven religiosa. Determinó, pues, salir de Vitré lo mas pronto posible; pero no bien habia tomado esta resolucion, cuando recibió una esquela de Enrique, en que le decia que le habia dado un nuevo ataque de fiebre, por lo que le era imposible ir á solicitar el perdon de Carolina. Apresuróse Luizzi á pasar á verle, y le encontró en cama; por consiguiente, resolvieron que Luizzi partiera inmediatamente para París, donde solicitaria el correspondiente permiso del ministro de la Guerra, yendo á juntarse con él Enrique en cuanto estuviese restablecido de su herida.

Todo aconteció como se lo habia propuesto Luizzi. al menos en punto á los proyectos sobre su partida; al dia siguiente recibió el dinero que le habia prometido Barnet, y tres dias despues estaba ya en París.

En cuanto hubo llegado dedicó sus primeros desvelos á enseñar al menos á Carolina el mundo donde iba á entrar, le compró muebles, telas y adornos, la acompañó á los teatros, en los cuales encontró á muchos de sus antiguos amigos, que le recibieron como á quien regresa de un viage á Italia ó á Inglaterra, sin meterse en la causa de su ausencia. Presensó algunos de ellos á su hermana; y á pocos dias el palco de Luizzi en la Opera fué el punto de reunion de los mas elegantes jóvenes, que anhelaban el favor de rendir homenage á la bella Carolina de Luizzi.

Todo iba saliendo á medida de los deseos del baron; alcanzó para Enrique el permiso del ministro de la Guerra, y el jóven oficial le escribió que su herida le permitiria ponerse pronto en camino. Cierta mañana, en que el baron estaba solo con su hermana en su aposento, anunciaron á ésta que una señora solicitaba hablarle. Carolina no conocia á nadie en París, supuesto que Luizzi no habia querido presentarla á ninguna casa antes de su casamiento, por no saber qué nombre darle en la sociedad. Admiró, pues, á los dos semejante visita, y Carolina hizo pedir el nombre de la que le buscaba: volvió el criado y dijo:

—La señorita Julieta Gelis.

Al oir este nombre dió Carolina un grito de sorpresa; y corrió á la antesala arrojándose á los brazos de Julieta con toda la alegría de una sensible jóven que encuentra á su mas querida amiga: cogióla entonces del brazo y presentóla en el salon á su hermano, que la miró con curiosidad mientras ella le saludaba con los ojos bajos, y vió que no era exagerado el retrato que le habia hecho Carolina; pero notó, y sin duda en esto no se habia parado su inocente hermana, la languidez ardiente impresa en la fisonomía lentamente cansada de la Gelis, la flexibilidad de ese talle esbelto que parecia darle la fuerza de la serpiente cuando quiere lanzarse sobre su presa, y una airosa gracia cuando quiere acariciar á un amante. Con todo, no se detuvo Luizzi en estos pensamientos, y decidió escuchar atentamente á esta jóven para juzgarla, sobre mejores indicios que su rostro y su persona. Pasado el primer trasporte en que dos amigas son tan pródigas de besos y de abrazos, fué preciso llegar á una esplicacion. Luizzi se encargó de contar su encuentro con Carolina y con Enrique Donezau, lo que practicó observando el efecto que su narracion producia en Julieta.

Escuchóle ésta con la risa en los labios, y dando señales de serle en estremo grata la felicidad que su amiga debia á semejante casualidad: en seguida, cuando se habló de Enrique; dió prueba de alegre asombro; se volvió á Carolina tendiéndole la mano, y le dijo con un acento del corazon, en que parecia vibrar el eco de la alegría de Carolina:

—¡Serás, pues, dichosa, si, dichosa, porque te amaba mucho, y es un jóven muy guapo!

Dirigióse despues á Luizzi, á quien dijo con gracia encantadora:

—Os doy gracias de lo que por ella habeis hecho, señor; no sabeis como yo cuan digna es de la ventura que le ofreceis. Con hacerla feliz satisfaceis la deuda de los demas.

Asomaron lágrimas en los ojos de Julieta, lágrimas de oro que reflejaba el reconocimiento de un alma, que no pudiendo nada en favor de su bienhechora, se muestra agradecida para los que la recompensan.

Borráronse las dudas y sospechas de Luizzi á vista de tan sincero afecto, y se dispuso á escuchar con interés la relacion que Carolina pedia con impaciencia á Julieta.

—¡Ah! respondió ésta; nada mas sencillo que lo que me ha sucedido. Al salir tú del convento me hallé aislada, porque sola tú eras mi amiga, y perseguida porque tú únicamente eras mi protectora. El valor, ó mas bien la amistad que me habia sostenido, ese vigor que creí hallarse en mí y que solo se cifraba en tí, me abandonó de repente. Espantóme el porvenir que se presentaba á mi mente, y la imposibilidad de escaparme aumentó mi

Digitized by Google

desesperacion. No me atreví á declarárselo á mi madre, que quizás hubiera aceptado la carga de mi permanencia en su casa, con la cual no debia yo abrumarla. Habia, sin embargo, adivinado mi dolor, y entonces fué cuando te escribió para enviarte el dinero que guardaba para ti,..

Detúvose un momento Julieta, y Carolina le dijo:

—Mi hermano lo sabe todo.

—Pero sus cartas y las mias, prosiguió Julieta, quedaron sin respuesta.

—Tal vez la superiora de Tolosa habrá interceptado las vuestras; y la de Evron las de vuestra madre, dije el baron.

Julieta bajó los ojos y respondió tiernamente:

—A nadie acuso de semejante infamia, si bien el mal trato que recibí puede hacerme suponer que hubo quien fuese capaz de ello.

—Acaba, repuso impaciente Carolina, dime lo que te ha traido de Paris.

—Una mala accion que te he venido á participar, pero que no es irreparable. Cuando me entregaba ya al desaliento, un anciano amigo de mi madre que habita en esta capital, le escribió proponiéndole la compra de un establecimiento semejante al que teníamos en Auterive, y que con dinero contante podia adquirirse por la tercera parte de su valor real. ¡Ah! quien no se ha encontrado en nuestra posicion, ignora lo que es la pobreza, lo que es una madre á quien ofrecen la esperanza de arrancar á su hija de una existencia miserable, y de procurarse á su lado un porvenir halagüeño.

Detúvose nuevamente Julieta, embargada la voz con la confesion que acababa de hacer, y repuso con acento conmovido:

—Mi madre, ¡ah! ¡no la acuseis! se atrevió á disponer del dinero que le habiais confiado; compró el referido establecimiento y vinimos á Paris. Pero he aprontado ya ese dinero, repuso vivamente Julieta, que habia bajado el tono de voz con tan penosa confesion, le he aprontado y te lo traigo. Hace ocho dias que sé que estás en Paris, y si he tardado en venir á verte, ha sido para poder devolvértelo; todo lo he apurado, y vengo ahora sin miedo y sin vergüenza á llamarte amiga, y á decirte que soy feliz con volverte á ver.

Al decir esto Julieta hizo ademan como de buscar alguna cosa en el bolsillo.

—¿Qué haces? esclamó Carolina; no quiero: ¿esto tal vez te ha apesadumbrado? No, Julieta, no; ¿quieres que sirva de regalo de boda, no para tí, sino para tu pobre madre?

—Aceptad, señorita, dijo Luizzi enternecido á vista de los nobles sentimientos de Julieta y de la graciosa liberalidad de su hermana.

Negóse por algun tiempo Julieta, pero aceptó al fin.

Creyó Luizzi que era conveniente dejarlas juntas; considerando que entre esos dos jóvenes corazones debian mediar francas confidencias que no se atreverian á hacer en presencia de él, y seguro ya del porvenir de su hermana con el testimonio que de la nobleza del corazon de Enrique habia dado Julieta y con el interés que le habia inspirado ésta, se alejó.

XLIX.

CONTINUACION.

Desde este dia llegó á ser Julieta inseparable compañera de Carolina, á la cual seguia en los espectáculos y en los paseos. Complacíase ésta en adornarla, y le prodigaba honores con tal gracia, que hacia sonreir á Luizzi, que decia muy á menudo á Julieta con afectuosa alegría:

—¡Oh! yo te casaré: he de buscarte un buen partido.

No obstante, jamás pudo Carolina obtener en favor de Julieta los miramientos y respetuoso homenage que á ella se dispensaban sin buscarlos; á lo cual la Gelis respondia con una sonrisa, cuya amargura no podia Carolina dulcificar:

—¡Cómo ha de ser, hija mia! soy pobre.

Luizzi, gozoso con haber encontrado para su hermana una compañía tan amable, procuró con atencion hacer olvidar á Julieta esa pretendida injusticia de la fortuna.

Trascurrió de esta suerte un mes: todo estaba preparado para el casamiento de Carolina; ó involuntariamente se habia habituado Luizzi á ver todas las noches á Julieta, hasta disgustarse por su ausencia si tardaba en llegar. Animaba á su hermana á que se mostrase generosa con ella, de modo que era él quien daba por mano de ésta, y la inocente Carolina no veia en esto mas que una generosidad que despues de haberla favorecido se estendia á cuantos la rodeaban.

Julieta ignoraba estos beneficios, ó aparentaba ignorarlos, supuesto que afectaba delante de Luizzi una confianza que manifestaba demasiado no haber puesto atencion en sus obsequios.

Aunque no podia decir que la amaba el baron, tampoco podia gloriarse de estar exento de su influjo, que poderosamente obraba sobre él por dos distintos resortes. La figura, el ademan, la mirada y la sonrisa de la jóven respiraban tal voluptuosidad, que no podia menos de turbar á Luizzi; mas sus palabras, sus sentimientos y sus modales eran indicios de tan grave pureza, que no se atrevia el baron á abrigar los deseos que nacian en su pecho. No tenia, por otra parte, ocasion de ver á solas á Julieta, de manera que le era imposible manifestarle la pasion que esperimentaba por ella; no pensó jamás tomarla

Digitized by Google

por esposa, y le repugnaba la idea de abrigar un amor sin objeto.

Sin embargo, no le era posible ver á Julieta ni estar un momento á su lado sin que se embriagase su mente en aquel aura amorosa que parecia ser su atmósfera: mirábala entonces, no con aquel éxtasis del amor puro, que convierte en un ser ideal la imágen de una amada para solo su alma, y se regocija con ella en inefables caricias, sino que la miraba para buscar sus formas al través de sus vestidos, para examinar con ávida mirada las líneas de su blanca espalda, de su delicado pie; para figurársela desnuda como una bacante, con sus rizados cabellos esparcidos alrededor, y cuyas caricias debian ser de fuego. Mas entonces, cuando proferia Julieta alguna palabra grave y candorosa, al momento se avergonzaba Luizzi de sus insensatos deseos y ardientes sueños que estraviaban su imaginacion.

Todo estaba dispuesto ya; Luizzi habia hecho preparar para Enrique y su hermana el piso que estaba sobre el suyo, reservando en él una habitacion para Julieta. El contrato se habia estendido y redactado á voluntad de su hermana, concediéndole una dote de quinientos mil francos; nada quiso negar á la delicadeza de la jóven, haciendo que no apareciese á los ojos de los que debian firmar el contrato y á los del mismo notario, que á ella debia Enrique toda su fortuna, y se supuso que éste traia doscientos cincuenta mil francos, igual cantidad que Carolina.

Llegó Enrique el dia mismo en que debia firmarse el contrato, víspera de la celebracion del casamiento: Luizzi y Julieta estaban presentes cuando Enrique entró en el salon donde se hallaba Carolina. No pudo menos de notar el baron la torpeza y embarazo con que éste se acercó á su futura; creyó que procedia de su mal comportamiento anterior, y juzgó que su presencia y la de Julieta no harian mas que aumentar su turbacion. Esta, sin embargo, permaneció sentada junto á Carolina, que con los ojos bajos respondia balbuciente á las palabras casi incoherentes de Enrique. Observaba á entrambos con tanta atencion, que no pudo menos de admirarse Luizzi, si bien pudo ser efecto de la curiosidad de una jóven inocente que oye por primera vez hablar de amor; pero viendo que se aumentaba la turbacion de Enrique y de su hermana, invitó á Julieta á que le siguiese; entonces se levantó esta repentinamente, diciendo con acento conmovido:

—Voy á ver lo que habeis comprado; pero es para admirarlo, porque sé que todo lo que dais es del mejor gusto y gran valor, puesto que no puede una muger concebir un deseo que vos no sepais satisfacer con admirable anhelo: lo digo delante de vuestro futuro cuñado para que sepa cuantas atenciones y delicadezas se han prodigado á Carolina.

Parecióle á Luizzi que encerraban estas palabras una leccion estraordinaria, y se llevó á Julieta, á la cual seguia Enrique con cierta mirada de indignacion, en tanto que Carolina parecia exigir de su hermano no la abandonase sin defensa á la emocion que esperimentaba. No bien hubo salido el baron cuando le dijo Julieta:

—Vamos, caballero, enseñadme ese regalo secreto que destinais á nuestra Carolina.

—A decir verdad, respondió Armando, no vale el regalo la pena: es una vajilla de plata; pero el verdadero presente que creo haberles hecho es la entrevista á solas en que les dejamos para que puedan hablarse siguiendo el impulso de su corazon.

Luizzi habia conducido á Julieta á un lindo retrete contiguo á su estancia, y la ofreció una silla, que no aceptó, repitiendo con aire distraido las últimas palabras de Luizzi.

—Podrán hablarse siguiendo el impulso de su corazon.

—¿Creeis que hay mejor ocupacion para unos amantes que hace tanto tiempo no se han visto?

—No, respondió de golpe Julieta, abismada al parecer en algun inquieto pensamiento; pero al fin acabó por decir:

—Hoy se firma el contrato y mañana se casan, ¿no es verdad? es preciso dejar que piensen en sus amores.

Pronunciadas estas palabras pareció volver en sí la jóven; se sentó en un sofá que estaba en el fondo del retrete, y reclinándose sobre las almohadas, apoyó su cabeza de manera que tenia clavados los ojos en el techo. En tal postura diseñaba su vestido la ondulante línea de su airoso cuerpo y su linda cadera, dejando entrever una graciosa y delicada pierna. Jamás la habia visto Luizzi en estado semejante: de suerte que el provocador encanto que la rodeaba, unido á su atractivo natural, hizo que se sintiese éste poseido de la mas escesiva pasion.

Recordó en este momento la aventura de la diligencia, el modo como sucumbió la Buré, y sobre todo aquel momento de delirio que le valió la posesion de la marquesa de Val; y esperó poder conseguir una victoria no menos rápida que las demas. Sentóse al lado de Julieta, y tomando por tema las últimas palabras que habia pronunciado, la dijo:

—¡Hablan de amor, y son felices!

Julieta se sonrió, no sin visos de desden, y fijos los ojos en el techo respondió:

—Que lo sean.

—¿Y no envidiais esa felicidad? preguntó Armando.

Levantóse repentinamente Julieta y clavó en el baron una mirada de sorpresa. Esta mirada se encontró con la de Armando, que respiraba un amor ardiente, y fué un nuevo motivo de asombro para la jóven, cuyos ojos fijos por un instante en los del baron, pare—

Digitized by Google

cieron querer penetrar hasta el fondo de su pensamiento.



En tal postura diseñaba su vestido, su airoso cuerpo y su linda cadera.

A poco dijo lentamente y con una voz que daba todavía indicios de asombro:

—¿Vos me preguntais si envidio su felicidad?

—Si, respondió el baron con tono apasionado; ¿no habeis pensado jamás cuan tierno es oir decir: ¡yo te amo?

Digitized by Google

Despidió Julieta una larga y profunda esclamacion, como quien acaba de recibir una esplicacion de su sorpresa, y descubre un pensamiento secreto que le pareció por mucho tiempo dudoso.

—¡Ah!... dijo únicamente. Pero ese ¡ah! parecia decir: ¡Ah! ¿vos me amais, no es esto? Era una esclamacion sin cólera ni sonrojo, puesto que una imperceptible sonrisa de alegría y de triunfo asomó en los labios de la jóven. Pero bajó súbitamente los ojos, recobrando su actitud fria y reservada. Luizzi continuó:

—No me habeis contestado: ¿será porque no comprendisteis?

—Mejor de lo que tal vez os figurais.

—¿Y qué respuesta me dais?

—¿Estoy acaso obligada á dárosla y á haceros el confidente de mi corazon?

—Bien puede ser confidente un amigo.

—En punto á amor solo los hombres pueden ser amigos mútuamente: una muger no debe hablar de sus sensaciones mas que consigo misma ó con aquel que se las hizo esperimentar.

—Muy instruida estais en punto á los misterios de amor.

—Acaso mas de lo que vos creeis.

—¡Ah! esclamó Luizzi; un encanto seria para mi oiros revelar vuestro secreto.

—Quizá os divertiria por un momento, señor baron, repuso gravemente Julieta; mas no presumo que quisiéseis proporcionaros este placer, precisándome á que agitase en mi pecho recuerdos que no me permiten ser feliz en el seno de la amistad, sino bajo condicion de que queden sepultados en el fondo de mi alma.

—¿Luego habeis amado?

—Si, respondió Julieta con sentimiento.

—¿Y habeis sido amada?

—Y he sido vendida, respondió tristemente la jóven.

Lejos estaba ya Luizzi de la emocion sensual que le dominaba poco antes; hallábase, no obstante, empeñado en una conversacion sentimental, que por su honor y por su posicion debia sostener, y repuso con finura:

—¿Un infiel... tal vez?

—No, señor baron, contestó Julieta frunciendo imperceptible las cejas; el que no amó jamás no pudo ser infiel, en el sentido general de esta palabra; y en el que vos le dais tal vez, el que nada consiguió tampoco pudo ser infiel.

—Perdonad, repuso Luizzi; me acabais de decir, que os habian vendido

—¡Oh! y de una manera como ninguna muger pudo serlo jamás. Figuraos una pobre jóven á quien su única amiga hace creer que es amada por un hombre que vió por casualidad; suponed que el jóven consiente en alimentar por todos medios el error, siguiendo constantemente á aquella muger y escribiéndole, apasionadamente; en seguida figuraos que cuando ha obtenido una cándida confesion de ella la abandona sin motivo... solo porque está acabada ya la escena, y no la necesita mas que para servir de pantalla á su intriga con la amiga de la desgraciada jóven.

—¡Oh! ciertamente es cosa horrorosa, dijo Luizzi; ¿pero ha podido cometerse semejante crímen?

—Sí, sí, respondió Julieta con singular espresion; y los detalles de esa traicion os asombrarian. Pero debeis ya suponer cuán penoso será para mi hablar de este asunto.

—Sin duda, dijo Luizzi, entreviendo un medio para esquivar una confidencia sensible, y comprendo ahora vuestra admiracion dolorosa al preguntaros yo si envidiábais á los amantes que tan felices son á nuestro lado.

Sonrióse Julieta, y volvió á reclinarse tomando aquella seductora postura con abandono tal, que daba á entender que era inocente hasta el punto de ignorar cuánto provocaba con esto los sentidos. Clavó en Luizzi su penetrante mirada, y en pocos instantes cambió mil veces su fisonomía: en seguida se calmó esta agitacion para dar lugar á una larga meditacion que turbó en estremo á Armando, agitando sus sentidos como algunos momentos antes. Acercóse á Julieta hasta tocar suavemente su trage contra el suyo; y la jóven permaneció inmóvil sin bajar siquiera los ojos.

—Julieta, murmuró tiernamente Luizzi; ¡oh! decidme, ¿por un amor no correspondido debereis renunciar á todo otro cariño?

—¿Y de qué me serviria el cariño? dijo Julieta con tono entre conmovido y satírico.

—Es que no sabeis que el cariño proporciona placeres que arrebatan, y que de todas las mugeres que he visto ninguna hay cuya presencia me lo haya hecho sentir tanto como vos.

No se abochornó Julieta, pero al pronto pareció incomodarse; tranquilizóse con todo, y dijo con una sonrisa que parecia querer ocultar mordiéndose los labios:

—¿Podriais enseñarme esos placeres?

Muy culpable hubiera hecho á Julieta esta exigencia si no hubiera conocido Luizzi una candidez casi ridícula.

—¡Enseñároslos, Julieta! esclamó Armando acercándose á ella hasta inspirarle su hálito voluptuoso: ¿enseñároslos? ¡oh! esto seria el delirio de la felicidad.

Y se apoderó de su mano sin que pensase la jóven retirarla.

—Para vos tal vez, dijo Julieta con toda la buena fé de la inocencia; tocante á mi no creo mas que en las penas del amor.

—Tambien tiene sus horas de felicidad, creedme, interrumpió Luizzi deslizando su brazo alrededor del esbelto talle de la jóven. Hizo ésta un esfuerzo para resistir, apartando su palpitante pecho y encendido rostro.

—Creedme, Julieta, murmuró todavia el

Digitized by Google

baron con turbada voz: en el amor está cifrada la existencia y el olvido de la desesperacion.

—No os entiendo, respondió estremecida la jóven con cortado acento.

—¡Oh! ¿no sentís, añadió Armando, que es un delirio inefable estar dos corazones latiendo próximo el uno al otro?

Y arrebatado de un ardiente deseo acercó sus lábios á la entreabierta boca de la jóven: pareció que vibraba de pronto el cuerpo de ésta, y se perdieron sus ojos en la concavidad de sus párpados; ciego enteramente Armando queria aprovechar uno de esos momentos de frenesí que pierden á tantas mugeres, cuando levantándose Julieta de golpe, al modo de la serpiente que ha sido pisada, rechazó al baron, esclamando con voz conmovida, mientras temblaba convulsa:

—¡No, no, no, no!

Diciendo esto parecia que hablaba consigo misma, mas bien que con el baron. Confuso Armando quiso pronunciar algunas palabras; mas no le dió tiempo la jóven para escusarse ni para proseguir, y le dijo con igual tono de agitacion:

—Volvamos al salon.

Salió diciendo esto del retrete, y entró prontamente adonde estaban Enrique y Carolina.

Estaba aquel sentado contiguo á ésta, y retrocedió vivamente viendo que abrieron la puerta.

Carolina abrió los ojos sonrojada y confusa, y no sin asombro observó Luizzi la mirada equívoca que le clavó Julieta; mirada que dirigida por otra cualquiera hubiera significado.

¿Estais aqui?

L.

CONSECUENCIAS DE UNA BROMA.

Casi al mismo tiempo acertaron á llegar algunas personas, entre las cuales no dejó de admirarse Luizzi oyendo anunciar al marqués de Bridely. En el momento en que el baron iba á saludarle con una frialdad que debia darle á conocer el ningun placer que causaba su visita, el ayuda de cámara le entregó una carta, de la que decia que esperaban instantáneamente la respuesta. Tomóla Luizzi, y al propio tiempo le entregó el marqués un billete, repitiéndole con donaire los siguientes versos de una comedia:

Ahí, señor, otra carta
Me entregaron para vos.

Anhelando Luizzi separarse de él, la recibió friamente y la abrió, diciendo en alta voz asi que la hubo leido:

—¡Ah! el señor de Barnet está aqui.

Al decir esto encontró Armando á Gustavo en un ángulo del salon, y no pudo observar el singular efecto que produjo esta noticia en todos los circunstantes.

Temblando Enrique y Julieta, dirigieron una rápida mirada, cuando el marqués se apresuró á responder:

—Hace una hora que hemos llegado, y me he apresurado á venir. Pero el billete de Barnet no es el único que habeis recibido... leed vuestra correspondencia.

Y diciendo esto se adelantó Gustavo con una soltura que escedia á su antigua fatuidad cómica, hácia las personas que estaban en el otro lado del salon.

Necesario fué que la otra carta llamase enteramente la atencion de Luizzi para no oir la esclamacion de Gustavo á vista de Julieta y de Enrique. Notóla Carolina, y Enrique acercóse á Gustavo, le llamó aparte, y habló con él en voz baja. No bien le hubo respondido Gustavo, cuando volviéndose hácia él le dijo Luizzi con tono poco amable:

—Esta carta os toca á vos, caballero.

—¿A mí? respondió Gustavo con ademan nada respetuoso.

—A vos, respondió Luizzi con acento de desprecio y de enojo; y necesito una esplicacion tocante á este punto. Seguidme.

—Aqui me teneis, aqui me teneis, dijo Gustavo, sin que le hubiese anonadado el altivo ademan del baron. Pasaron al gabinete, y Gustavo dijo al baron mirándole descaradamente de pies á cabeza:

—¿Qué hay, señor baron?

—Hay, que sois .. Detúvose Luizzi, y añadió al cabo de unos momentos: pero me repugna usar ciertas espresiones: ahí las encontrareis escritas en este billete, cuyas frases adopto.

Tomó Gustavo la carta y leyó lo siguiente.

«Muy Sr. mio:

«Sin saberlo presenté un intrigante y un hombre sin honor en casa de la marquesa de Marignon; ese hombre sin honor y ese intrigante sois vos: ella me perdonó el error en que caí. Vos le presentásteis, *sabiéndolo*, á otro intrigante de vuestra calaña; ese hombre es el supuesto marqués de Bridely; esto es cosa que yo no perdono. Si es cierta la voz que ha corrido de que sois loco, os enviaré mi médico; mas si estais en cabal juicio, os enviaré dentro de una hora á mis testigos.

COSME DE MEROUILLES.»

Guardó el marqués unos momentos silencio, mientras clavaba en él Luizzi una mirada de indignacion. Al fin devolvió aquel el billete diciendo con satírica sonrisa:

—¿Con qué adoptais todas las frases del billete?

Digitized by Google

—Si, respondió el baron encolerizado; lo que éste me dice yo os lo trascribo.

—¿En lo que respecta á vos, como en lo que me toca á mí? continuó Gustavo.

—Tanta insolencia merece una correccion, esclamó el baron, que habia en su arrebato olvidado cuán injuriosa era tambien para él la carta.

—Serán dos duelos en vez de uno, señor baron, repuso Gustavo á sangre fria.

—Como gusteis, no soy melindroso, y me hallareis dispuesto tanto para el primero como para el segundo, como mejor os plazca. A pesar de que con gente de vuestra condicion no se bate uno, sino que se les echa de...

Volvióse pálido de cólera Gustavo; pero se contuvo, y añadió:

—Un momento si gustais; os batireis, baron, porque supuesto que estamos solos, podemos hablarnos con toda franqueza: muy bien sabíais quien era yo cuando me disteis una carta de recomendacion para la marquesa de Marignon. Para vos fuí un instrumento de venganza; instrumento que quisiérais ahora echar á la calle: mas no será asi, querido baron; tengo un título mas noble que el vuestro, y casi tantos bienes como vos, pues he ganado mi pleito como legítimo heredero del difunto marqués de Bridely: al fin, por sentencia irrevocable, soy ya hoy dia marqués; y no sufriré; os lo aseguro, un tratamiento que aun no hubiera sufrido cuando solo era el cómico Gustavo, hijo adulterino de Ana Carolina Ganguernet y Ana María Gargablon, hijo de Libert.

Dijo estas palabras en voz baja, pero enérgica, aproximándose á Luizzi y mirándole de un modo amenazador.

—Todo esto no me hará olvidar, respondió friamente el baron, que debeis vuestro título y vuestras riquezas á una bribonada.

—Bribonada que os pareció sublime cuando pudo serviros para algo.

—¿Pero, al fin, qué quereis?

—Voy á deciroslo; en esta circunstancia es una misma nuestra obligacion, y no podemos separarla. Cosme de Merouilles no debe repetir impunemente semejante acusacion contra vos ni contra mí: o yo me he de batir con él, y os juro que le obligaré á ello, siendo vos en este caso mi padrino, ó vos os batireis, siendo yo testigo vuestro.

—No.

—Cuidado con eso, dijo Gustavo con la sangre fria de un hombre para quien un duelo es cosa de poco momento, y no se detiene en calcular exactamente su consecuencia; cuidado con eso; porque rehusarme por testigo, cosa que daria yo á conocer á Merouilles, seria confesar que cometisteis la fea accion que os echa en cara; cuando por el contrario, aceptarme es estar satisfecho de la lealtad con que procedisteis, es haber asegurado como amigo lo que es ya una verdad legal é incontestable, es haber creido lo que ya soy, marqués de Bridely.

Meditó un momento Luizzi, y respondió de golpe:

—Tal vez tendriais razon si no olvidáseis que se ha tratado de una causa sobre estafa, que no deshonra menos al legal marqués de Bridely que al comediante Gustavo.

—No os dé cuidado, porque igualmente he salido bien de esta, como vos habeis sido absuelto por loco en la vuestra sobre un asesinato.

—¡Cómo! vos sabeis... esclamó asombrado Luizzi.

—Niquet era el notario de la familia que seguia pleito contra mí.

—¿Y Barnet?....

—Una casualidad me hizo saberlo todo: á fé mia que es una historia singular.

—Presumo que conocereis que no deseo oirla contar.

—Lo creo; vos teníais un secreto mio, y yo quise tener otro vuestro y le he conservado.

Molvió á meditar Luizzi y repuso:

—Acepto vuestra proposicion, sólo con la condicion de que yo he de batirme primero.

—Como gusteis.

—Necesito ahora otro testigo.

—¿Cómo no elegís á Enrique Donezau, que está, si no me engaño, en el salon?

—¿Le conoceis? ¡Ah! comprendo: le habreis visto en Tolosa, cuando estuvísteis allá con Ganguèrnet.

—Precisamente.

—No es posible nombrarle de testigo, pues mañana se casa con mi hermana.

—¡Vuestra hermana! esclamó el marqués con un asombro que Armando interpretó á su manera.

—Mi hermana, si, mi hermana, la hija de mi padre, como lo sois vos de Ganguernet.

—¿Y la entregais á Enrique? repuso Gustavo con sorpresa. ¡Bah! en su posicion, sin nombre, sin familia...

—¿Faltan padres marqueses que comprar? dijo Luizzi sorprendido de la imprudente observacion de Gustavo

Dió éste una carcajada, y repuso:

—¿No es verdad que desempeño bien mi papel?

—Podriais ahorraros conmigo este trabajo; mas otra cosa nos queda que hacer: voy en busca de un amigo; preciso es que Enrique y mi hermana ignoren lo que sucede. Entrad un momento en el salon, y puesto que conoceis á Enrique tendreis que esplicarle vuestra posicion.

—¡Oh! para esto tengo preparado un lindo cuento de niño perdido.

—Está bien: decidle que la carta de Barnet me ha obligado á salir inmediatamente; recibid á los testigos de Merouilles y dadles hora para mañana á las siete. El casamiento se celebra en secreto á las diez; si soy afortunado

Digitized by Google

estaremos de vuelta antes de esa hora; de otro modo remitireis una carta á mi hermana escusando mi ausencia, y la ceremonia se celebrará sin mí.

—Está bien, dijo el marqués.

Escribió Armando dos líneas á Merouilles y partió. Al momento volvió Gustavo al salon, donde le llamó aparte Enrique, á pretesto de enseñarle la habitacion que le habia preparado Luizzi, y dejaron solas á Carolina y Julieta.

Todo tuvo lugar como lo habia dispuesto Luizzi; acudieron á tomar hora los testigos de Merouilles, y se despidieron para la mañana siguiente.

Cuando volvió el baron á su casa habia llegado ya el notario, y hacia tiempo que se habia leido el contrato, estando únicamente presentes Julieta, su madre, Gustavo y los interesados; supuesto que Armando quiso evitar á su hermana el disgusto de oir pronunciar delante de otros que los que estaban en el secreto, estas palabras dolorosas: *hija de padres desconocidos.*

Enrique, á quien Luizzi habia entregado la cantidad, que segun tenor del contrato le pertenecia, recibió igualmente una cartera que contenia la dote de Carolina, en atencion á que se llevaba á término en el mismo instante el convenio.

Como admirase á Enrique tanta generosidad y se lo manifestase al baron, le respondió éste sonriéndose:

—Todo debe hacerse en regla: me obligan á obrar asi razones que pienso poderos manifestar mañana.

Miráronse furtivamente Julieta, Gustavo y Enrique, y se pasó el resto de la velada, muy adelantada ya, sin que el baron, pensando en el desafio que debia tener lugar á la mañana siguiente, observase la inquieta, pero muda tristeza, que se habia apoderado de Carolina.

Al otro dia á las seis y media de la mañana, estaban en su casa los dos testigos: Armando entregó á Gustavo la carta que debia noticiar á Enrique su ausencia, en caso de desgracia, y los tres partieron para el bosque de Vincennes.

No son largos los preliminares de un desafio entre los que están resueltos á batirse: precedieron, no obstante, algunas esplicaciones que le retardaron unos momentos.

—Creia, dijo Merouilles, fátuo como siempre, que el baron de Luizzi, que viene sin duda á reparar su honor, habia elegido testigos nobles... debo decir que no hablo mas que por uno, añadió, saludando al segundo testigo de Luizzi.

Iba Gustavo á tomar la palabra; mas le interrumpió Luizzi, respondiendo con una altivez que disminuyó la estrema confianza de Merouilles:

—Ante todo deberia ser cierto que haya yo venido á reparar mi honor, para que pueda pareceros estraordinaria mi eleccion de testigos, á los cuales reputo muy dignos: solo he venido á corregir la fatuidad de un necio y la insolencia de un villano, de lo que desearia estuviéseis bien persuadido.

—Y yo continuaré la leccion, caballero, dijo Gustavo; yo, marqués de Bridely, os haré el honor de batirme con vos, señor de Merouilles, yerno de Olivia de Marignon, hija de Beru, poseedora en otro tiempo de una casa de juego.... y de cortesanas.

Cosme, de quien eran conocidos los precedentes de Mad. de Marignon, se volvió pálido á ese apóstrofe de Gustavo, y esclamó rabioso:

—¡Miserable!

—Vamos, vamos, repuso Gustavo, no os arrebateis de esa manera, señorito de Merouilles: acabo de llegar de la Bretaña, donde me han hablado de vos.

Turbóse visiblemente Cosme, y dijo á uno de sus testigos:

—Ea, Bergh, acabemos.

—¡Oh! esclamó Armando con falsa risita; ¡con que ahí está el señor de Bergh! mucho me alegro de veros: á la verdad venis de molde.

—¿Qué quereis decir? interrumpió el jóven con aguda voz.

—Vamos, señores, que no hemos venido aqui para reconocimientos, dijo Cosme; ¿dónde están las espadas?

—Aqui las traigo; dijo el segundo testigo de Luizzi.

No se juzgó conveniente el terreno donde se hallaban, y tuvieron que internarse en el bosque para buscar otro mas á propósito: al cabo de media hora vieron un sitio descubierto y de buen piso. Entregáronse las espadas á los dos combatientes y se acometieron con tal soltura, que probaba bien la sangre fria de los dos; dando al propio tiempo señales bien marcadas de una habilidad y precaucion, que demostraba no solo que llevaban intencion de herir al enemigo, sino tambien poner á salvo sus personas. Sin embargo, subido Cosme en cólera por la irritacion que le causaron las palabras de Luizzi y de Gustavo, acometió con mas violencia, y pronto Luizzi retrocedió. Al cabo de algunas estocadas se detuvo Merouilles, diciendo á Luizzi:

—Estais herido:

—No lo siento, respondió Armando acometiendo al agresor, quien le hizo todavía retroceder hasta junto á un pequeño campo plantado de alfalfa.

Detúvose todavía Cosme, diciendo con aire de desprecio.

—No me disgustará mataros, pero no quisiera que quedáseis entre la yerba: dejémos ese juego.

—Sé que os aventajais en decir equivoquillos, repuso el baron con el mismo tono de chanza. Y dando una estocada á su contrario añadió:

Digitized by Google

—Veamos cuál de los dos quedará en la estacada.

—Bravo, dijo Merouilles parando el golpe, y retrocediendo á su vez ante la impetuosa acometida del baron.

se mútuamente equivoquillos que en otra cualquier circunstancia les hubieran avergonzado.

—¡Bravísimo! esclamó Merouilles, continuemos la partida.



Seguro de que Merouilles respiraba todavia abandonó el campo.

—Quien se roza se pincha, repuso á poco hiriendo de nuevo al baron en el brazo.

—Adelante, pues, hasta que el corazon flaquee, respondió Armando con el mismo tono; y continuaron ambos entre furiosas carcajadas y el crugir de sus aceros, dirigiéndo-

Pero en el momento mismo le clavó el baron tan terrible estocada que le pasó la espalda.

—Este es el *as de triunfo*, gritó Gustavo viendo caer á Cosme de Merouilles; vamos á coger la baza.

Digitized by Google

Casi al mismo tiempo Luizzi, cuya sangre fluia abundantemente de sus dos heridas, y á quien solo daba fuerzas la cólera, se sintió desvanecido y cayó al lado de su enemigo.

Junto á estos dos hombres desmayados no pensaron los testigos mas que en socorrerlos; Luizzi fué quien primero volvió en sí, y seguro de que Merouilles respiraba todavía, abandonó el campo subiendo inmediatamente á su coche.

—¿Quereis volver á vuestra casa? le preguntó Gustavo.

—No, que se alarmaria mi hermana y seria una turbacion. Carolina querria retardar la boda, y os aseguro que no tengo gana de volver á dar los pasos que me ha costado su casamiento. Estas heridas no son nada y solo han rasgado la carne.

—Cierto que sí, pero están muy cerca del pulso, y en semejante caso es muy de temer el tétano: no debeis burlaros de las estocadas.

—¿Podeis llevarme á vuestra casa?

—Con mucho gusto, respondió Gustavo, aunque no la tengo amueblada; pero al menos junto á nuestra habitacion encontraremos á Barnet, á quien podré confiaros ínterin voy á prevenir á vuestra hermana.

—Está muy bien.

Al cabo de una hora llegaron á la calle de Helder; mas no encontraron en casa á Barnet, y enviaron en busca de un médico, que hizo sangrar al baron y le encargó sumo reposo: eran muy cerca de las diez.

—Corred á mi casa; dijo Luizzi á Gustavo, y decid á mi hermana que mi espresa voluntad es que se case á pesar de mi ausencia, y que estaré de vuelta á eso de las dos: prevendreis entonces á Enrique y veremos de trasladarme allí.

Gustavo partió al instante.

La pérdida de sangre que las heridas y las sangrías habian ocasionado á Luizzi, le debilitó sobremanera, y cayó en una especie de postracion, que simulaba un letargo, del cual le hizo volver el ruido de la puerta del cuarto que se abria, y el de la campanilla de un reloj que daba las doce. El que abria la puerta era Barnet, á quien el baron hizo seña de que se acercase.

—¿Qué es lo que acabo de saber? esclamó el notario; ¿con que os han herido en un desafío?

—No es nada..... nada, respondió el baron agitado por su debilidad y el vivo dolor que le causaban las dos heridas que creyó ser tan ligeras.

—Esto es demasiado para un hombre cuyos negocios reclaman su presencia inmediata, repuso Barnet; ¿ignorais que por poco os arruina un viejo malvado llamado Rigot?

—Si, pero ha perdido el pleito.

—En primera instancia, pero ha apelado. En vuestra ausencia he procurado dar elasticidad al pleito con incidentes; pero recae sentencia definitivamente de aquí á un mes, y es preciso preparar todos nuestros medios de defensa.

Recordó en este momento el baron que le habia dicho el diablo que le estaban devueltos sus bienes, y á estar solo le hubiera llamado para echárselo en cara; pero Barnet repuso casi al momento:

—Mas, como no sea esta ocasion para hablaros de asuntos bastante embrollados, decidme: ¿por qué no os habeis hecho trasladar á vuestra casa, donde me admiro de no haberos encontrado?

—Si habeis estado en mi casa lo habreis adivinado sin duda, hablando con Carolina.

—No he podido verla, respondió Barnet con displicente tono, pues me ha hecho responder por una jóven alta y bastante impertinente que no estaba visible.

—Podeis disimulárselo, porque el dia de su casamiento tiene tanto que hacer una muger...

—¡Cómo! esclamó Barnet: ¿se casa?

—A esta hora, dijo Luizzi mirando el reloj, será ya negocio terminado.

—¿Y la habeis casado con Enrique Donezau? repuso Barnet acentuando cada sílaba con indignacion y asombro.

—Si, ciertamente, respondió Luizzi.

—¡Dios mio!.. he llegado tarde

—¿Qué quereis decir? esclamó Luizzi incorporándose: ¿me habrá engañado ese Enrique? tal vez será tiempo todavía.

En este instante abrió Gustavo la puerta, y entró seguido de Enrique y de Carolina, la cual se precipitó sollozando en brazos de su hermano.

—No es nada, mi buena hermana, menos que nada, tranquilízate, dijo Luizzi.

—Me habíais prometido ser prudente, dijo Gustavo, no os arrebateis asi; el médico ha dicho que una viva emocion podia ser peligrosa.

—No diré nada, no diré nada, respondió Carolina enjugando su llanto; pero no puede quedarse aqui, es preciso traerle á casa.

—Tiene razon: Gustavo, me hareis favor de prepararlo todo.

Salió Gustavo; mas no Enrique, y la muda presencia de éste recordó á Luizzi las palabras de Barnet.

Alarmado á pesar suyo el baron con la esclamacion del notario, dijo no obstante al oficial con tono amistoso en cuanto le fué dable:

—¿Debo llamaros hermano? ¿ha tenido ya fin la ceremonia?

—¡Si, hermano mio! respondió Enrique con acento vivamente conmovido y tendiendo la mano al baron.

Luizzi notó que Barnet observaba á Enrique, y que hizo un ademan de aprobacion al oir su respuesta.

Todo se preparó al punto para la traslacion de Armando, y mientras los demas iban arreglándolo todo, dijo éste á Barnet en voz baja:

Digitized by Google

—¿Qué significa esta esclamacion? ¡he llegado tarde!

—Nada, nada, esto hacia relacion á otros proyectos... tal vez os hubiera propuesto otro partido.

—¿Creeis que no sea Enrique hombre de honor?

—No digo esto; pero es pobre... y quizás...

—¿Me hubiérais propuesto al marqués de Bridely?

—No deja de tener sesenta mil libras de renta, respondió Barnet con alegre tono, como si con placer aprovechase la ocasion que se le ofrecia de esplicar sus anteriones palabras.

—¿Por qué no me lo escribísteis? preguntó Luizzi, desconfiando todavía en el fondo de su alma.

—¡Pardiez!... es que... es que el marqués no habia ganado el pleito, añadió rápidamente, como si de golpe le ocurriese esta razon.

Todo estaba dispuesto ya para la partida; el baron bajó con paso firme la escalera; pero no bien estuvo en el coche, cuando el movimiento le puso á punto de perder no pocas veces el conocimiento; llegó, por fin, á su casa, y no sin sorpresa se vió otra vez sepultado en la misma cama donde estuvo á punto de perecer á manos de sus criados. Tranquilizáronle no obstante los desvelos de su hermana y Barnet; pero á pesar suyo, y á impulsos de un sentimiento enteramente nuevo, no contaba como motivo de seguridad para él la presencia de Enrique. Atormentóle esta idea hasta tal punto durante todo el dia, que por la noche se apoderó de él una fiebre violenta: al volver el médico juzgó que eran de cuidado sus heridas.

—Es necesario, dijo, un completo reposo de cuerpo y de espíritu, señor baron; de otro modo podria agravarse la dolencia.

—Pasaré la noche al lado de mi querido hermano, dijo con prontitud Carolina.

Puso Gustavo un gesto bastante cómico mirando á Enrique, que dijo:

—Mi hermano lo reputará tal vez inútil.

—¿Por qué? dijo Julieta con destemplado ono; nadie podrá cuidar al baron con tan asítduo desvelo: una religiosa sabe muy bien vendar heridas.

—¿No lo habeis sido vos tambien? dijo Gustavo con acento sarcástico.

—¿Creeis que seria decente que pasase yo la noche en el cuarto de un hombre? preguntó Julieta con aire de dignidad ultrajada.

—Seria á lo menos una generosidad, respondió Gustavo mirando á Enrique y Carolina.

Mordióse Julieta los labios, y no replicó.

—Me quedaré, dijo Carolina, me quedaré; es tarde ya y podeis ir á acostaros.

—Vamos, Enrique, dijo Gustavo; resignacion, querido mio.

Fuese despechado Enrique, mientras le seguia Julieta con curiosa y ardiente mirada.

A solas Armando con Carolina meditó sobre todo cuanto habia visto y oido durante el dia. De tiempo en tiempo se sosegaba su mente lo bastante para creer que su imaginacion exaltada por la fiebre, daba misterioso sentido á mil cosas que en verdad no lo tenian; empero no le dejaba aquel tormento interior. Todo cuanto habia notado estaba incesantemente delante de él, al modo de los restos de un naufragio que vagan entre las olas sin que el piloto, que está de pie sobre una roca, pueda coger ninguno de ellos. El vértigo físico que al fin se apodera del náufrago, penetró insensiblemente en el alma de Luizzi; lo conoció y quiso arrancarlo de su mente; mas no pudiendo desvanecer las dudas que le atormentaban, deseó saber si eran fundadas y tomó su campanilla: miró antes, á Carolina, que estaba sentada en un ancho sillon al pie de la cama, y vió que se habia dormido.

Por otra parte, la voz y la presencia del diablo solo eran perceptibles para el baron; agitó, pues, su talisman, pero no dió sonido alguno; tomó su brazo mayor rigidez, su cuerpo se encorvó hácia atrás como un arco que ninguna fuerza puede detener, cerráronse fuertemente sus quijadas, y conoció que le atacaba esa horrible enfermedad, llamada tétano, harto frecuente resultado de las heridas que han dañado algun músculo. Le fué enteramente imposible hacer movimiento alguno para agitar su campanilla ni dar queja alguna para llamar á su socorro, y casi al instante mismo le pareció que descargaban un terrible golpe sobre su cabeza. Cerró sus ojos y vió...

LI.

TETANO.

Distinguió una luz tal, que jamás otra semejante habia herido sus ojos; era tan intensa y penetrante, que atravesaba los cuerpos opacos al modo de una luz ordinaria en trasparente cristal, y á la vez parecia tan fulminante, que arrojaba luz á las sombras como un reverbero. No era aquel poder que delante del baron habia allanado las paredes, acercado las distancias é iluminado la oscuridad para ver á Enriqueta Buré en su horrible calabozo; era una trasparencia que dejaba ver los objetos mismos, si bien que al otro lado de los intermedios era como el cristal, que nada oculta, y cuyo cuerpo vemos sin embargo: en una palabra, era un espectáculo inaudito, deslumbrador, en que todo estaba penetrado de luz y aparecia brillante.

Asi fué como Luizzi creyó ver al lado de su aposento su salon amueblado como estaba, mas allá su comedor con todos sus adornos, y luego despues la antesala donde dormia Pedro sobre un banquillo. Sobre su cabeza parecióle ver al través del techo el cuarto de su hermana, reconociendo todos sus muebles y siguien-

Digitized by Google

do tan estraña inspeccion con alegre curiosidad. Buscaba cuidadosamente si echaba de menos algun mueble; fijaba su mirada en todos ellos, y descubria en su interior los mas pequeños objetos. Paseó, por decirlo asi, su mirada de cuarto en cuarto, recorriéndolos con cuidado, y se maravillaba en vista de tan estraño espectáculo, que hubiera deseado ver mas animado, cuando reconoció el aposento de Julieta. Paseábase en él Enrique juntó á la jóven, la que le hablaba con espresion.

Escuchó Armando y oyó de la misma manera que veia: llególe el sonido limpio y claro, como si no hubiese encontrado ningun obstáculo, como si corriese un espacio enteramente vacío, escepto de aire, para servirle de conductor: he aqui lo que oyó:

—Mucho tienes que hacer, Enrique, para engañarme; sobrado te conozco: esa necia Carolina te ha flechado.

Era Julieta quien asi hablaba.

—¿Qué diantre de rabia te ha entrado? respondió Enrique; forzoso es unirme yo con mi muger.

—¿Y si yo no quiero? esclamó furiosa Julieta.

—Ea, partamos, pues, no pido otra cosa. Traigo en mi cartera los quinientos mil francos de mi cuñado: aprovechemos esta ocasion de encontrarse malo, y en dos dias nos ponemos en la frontera.

—Ayer era posible; pero hoy, hallándose Barnet en Paris, podria ser peligroso: es hombre para acudir á la menor sospecha á la policía y denunciarnos, y á fé que los telégrafos andan mas á prisa que la posta.

—¿Lo sabe todo acaso?

—Menos los detalles: tal vez no sospecha que fuí yo quien derramó una lámpara sobre los hábitos de Carolina para impulsarla á ir á Auterive, y nadie probablemente le habrá contado la manera como persuadí á una idiota que tú la amabas, y como tu tierna correspondencia, que tan bien nos servia para escribirnos los dos, la volvió loca por tí.

—¡Segun esto me ama! esclamó Enrique con una vanidad brutal.

—Envanécete por ello; respondió Julieta, pero si no te hubiese yo dictado tu primera carta y no te hubiese escrito las demas el sargento aquel, el lindo Fernando que tan lindos versos hacia, no creo que hubieses jamás llegado á enamorarla.

—No son ya tan famosas para hablar de ellas esas cartas, repuso Enrique con aire de desprecio. No puedes formarte idea de lo parado que quedé al leerlas cuando el baron me las entregó en medio de los chuanes.

—No obstante, las escribiste.

—Las copié, y el diablo me lleve si las entendia: las estudié, sin embargo, por necesidad, y ahora podria ya decir, como otro cualquiera, tú eres el alma de mi vida, y el corazon de mi corazon, y seria platónico en punto á amar como el mas pintado.

—Vamos, dijo Julieta, te dejo con Carolina... poco se me da, yo me quedo acompañando al baron.

—¡Qué me place! respondió Enrique; pero á poco repuso: no, de ningun modo.

—¿No quieres?

—No, no, que detesto á ese baron; le detesto porque tú le amas, porque te gusta su lenguaje y sus modales de caballero. Si fuese un viejo, no digo que no; pero con él no. Mil veces no.

—¡Enrique! qué idea... ¡qué rabia es la tuya! ¡Oh! ¡es una monstruosidad!

Viólos Luizzi entrar en el cuarto de su hermana, y en un movimiento de indignacion quiso gritar, y dió en efecto un grito terrible. Pero desapareció la vision delirante, y se halló abismado en una oscuridad profunda, dando gritos: nada vió, oyó, ni sintió.... Poco tiempo despues abrió los ojos, y entonces vió...

LII.

ENCUENTROS.

Distinguió á Julieta, á Enrique y á Carolina reclinados sobre su cama é impidiéndole que se rompiese los miembros con las horribles convulsiones que el tétano habia hecho suceder á su inmovilidad. A pesar de los atroces dolores que esperimentaba, conservaba conocimiento cabal, como acontece frecuentemente en tan inesplicable dolencia. Viendo, pues, á Enrique y Julieta á su lado prodigándole los mas asiduos cuidados, tuvo que persuadirse Luizzi que durante algunas horas le habia poseido algun delirio estravagante, y le asaltó de repente una idea sobre el peligro de su situacion.

Recordó que ya por dos veces habia sido reputado loco, y comprendió que atormentado incesantemente por las revelaciones del diablo, dudaba de todo cuanto no podia esplicar de otra manera. Entonces el temor de esa propension de espíritu á detenerse en una idea fija, primer paso para una completa locura, se apoderó de tal suerte de su mente, que determinó de repente no pedir mas esplicaciones de la vida, y continuar su marcha en esta al modo de los demas hombres, guiándose, no por falsas revelaciones que daban á todo tan sangriento colorido, sino por la simple luz de la razon, considerando á los hombres y á las cosas bajo su mas hermoso punto de vista.

Pero tal vez incurrió Luizzi, respecto al diablo, en la misma falta que Orgon respecto al hipócrita. Cuando salió éste de la casa del crédulo Orgon, esclamó el buen hombre: «Acabóse; renuncio desde hoy mas á creer en los hombres de bien;» y cuando Luizzi quiso desterrar de su mente esa manía de querer indagarlo todo, esclamó por el contrario:

Digitized by Google

«Desde hoy mas creeré que todos son hombres de bien.»

La penosa convalecencia que siguió á ese grave accidente, que no pocas veces es mortal indicio, disipó del todo los temores del baron, exaltados por la enfermedad hasta el punto de formarse tan espantosa vision. Parecióle que le debia á Enrique continuos desvelos; Julieta estaba constantemente á su lado leyéndole algun libro y conversando con él, con tal buena fé, gracia y modestia, que nada tenia de simulado. Haciase cada dia mas atractiva á los ojos del baron, porque á ese encanto de una sociedad tranquila juntaba aquella embriaguez magnética de que á pesar suyo se sentia poseido el baron. En fin, cuando estuvo ya en estado de poder salir, estaba ya enamorado de Julieta, ó por mejor decir, la deseaba con ardor y la temia como un niño.

Por lo demas, aconteció una notable mudanza en la posicion del baron. Asi como enviaba él diariamente al marqués de Bridely á informarse de la salud de Merouilles, habia éste encargado al jóven Bergh que pasase á saber noticias del baron.

Renováronse todos los dias de ambos lados estas visitas. Gustavo halló medio de decir en casa de la Marignon, donde habitaba Merouilles desde que era ya su yerno, que él, como marqués de Bridely, era poseedor de sesenta mil libras de renta, cosa que fué reputada escusa suficiente para los pasados pecadillos; su intento de estafa fué reputado locura de un jóven en quien la esperanza de una fortuna inmensa permite ser menos circunspecto que un ganapan, en atencion á la seguridad que tiene de poder reparar generosamente sus estravíos.

Acostumbráronse á verle, y si bien no fuese de los intimos de la casa, no sin visos de vanidad se pronunciaba el nombre del marqués de Bridely entre los de los nobles jóvenes que frecuentaban la casa de la Marignon. Y no faltó persona que murmurase que la linda señora de Merouilles echaba menos, sino ya la persona y los bienes de Gustavo, al menos su titulo de marqués. Por otra parte, habia Luizzi recibido con finura las visitas, ceremoniosas al principio y mas amistosas despues, del caballero de Bergh. Los graciosos y políticos modales de ese jóven, que bajaba los ojos como una doncella y hablaba con acento femenil, no disgustaron al baron: ofrecióle, en consecuencia, su casa, y Bergh no se negó á la invitacion. Resultó de ahí una especie de reconciliacion entre Luizzi y Merouilles; y como no desease el baron llevar las cosas al estremo, sino que quisiese vivir en apacible posicion, consagró su primera salida á hacer una visita á su contrario, cuya cura estaba mas atrasada que la suya.

No era dificil, en verdad, la reconciliacion de dos hombres animosos que se habian batido con bastante valor, para añadir dicterios á las estocadas. Merouilles alargó la mano á Luizzi, y se abrazaron en seguida olvidando lo pasado, olvido que fué tanto mas completo, cuanto era mas voluntaria su reconciliacion. No habia, ademas, motivo entre ellos para conservar un odio inveterado: enhorabuena, si hubiesen sido rivales por cosas políticas, por alguna muger ó por una superioridad en el lujo, entonces hubieran podido conservarse rencor de muerte; pero eso de haberse querido matar quince dias antes, no era razon suficiente para que quisiesen matarse quince dias despues.

Solicitó en seguida Luizzi ponerse á los pies de Mad. de Marignon, y ésta le recibió cordialmente con la finura de una muger que sabe olvidar y acordarse á tiempo. Luizzi procuró descubrir en esa digna anciana á la loca y libertina Olivia, y conoció que debajo de aquella apariencia de dignidad, habia un fondo de indulgencia que se dejaba dominar de la hipocresía que le rodeaba, pero que en su interior la detestaba.

Mad. de Bergh, que estaba presente, dió gracias á Luizzi por la buena acogida que le habia merecido su hijo; la Fontan, que estaba tambien alli, le anunció que su hija se habia casado, y Armando, despues de haberse ofrecido á Mad. de Merouilles, salió de casa de la Marignon enteramente reconciliado con esa sociedad que tan odiosa le habia hecho el diablo.

Ademas, despues de su primera y fatal enfermedad, habiase tan frecuentemente hallado el baron en contacto con los groseros y ridículos vicios de las clases mas infimas, que le pareció recobrar nueva vida en la tranquila atmósfera de esa tertulia; escuchó con placer las suaves y aduladoras palabras de esas gentes que saben vivir, y dijo para sí, que no volveria á hacer pesquisa alguna fuera de esta esfera elevada.

Pocos dias trascurrieron, cuando recibió Luizzi una carta de Barnet, que habia salido de París dos dias despues del famoso desafío, en la cual le invitaba á que volviese á Tolosa para arreglar sus asuntos, y le insinuaba un proyecto que le hizo sonreir. Acababa de morir el diputado del distrito donde tenia el baron sus mas ricas posesiones, é iba á tener lugar una nueva eleccion. Barnet, que disponia de un gran número de votos, no era partidario del candidato de la oposicion del estremo izquierdo, ni del legitimista: tampoco, impelido del odio personal, queria favorecer al candidato ministerial que habia alcanzado con preferencia á él un destino que anhelaba, y ofreció al baron hacer cuanto estaba de su parte para asegurarle un éxito completo, si queria en persona ir á probar fortuna.

Leyó el baron esta carta á su familia, de la cual puede decirse que formaba parte Ju-

Digitized by Google

lieta, y no sin un vivo sentimiento de placer vió por primera vez á esa jóven animarse en la espresion del deseo de que le saliese bien lo que meditaba Barnet, y complacerse en el cuadro brillante que trazaba del porvenir de un hombre político.

Al mismo tiempo llenó el corazon de Luizzi ese entusiasmo; pero recordando las investigaciones á que están sometidos los infelices candidatos, temió que no fuesen fáciles de esplicar sus antecedentes á unos electores labriegos y hasta cierto punto fantásticos. Un estraño descubrimiento, sin embargo, y un acontecimiento no menos singular, le obligaron á aceptar. En efecto, encontráronse pocos dias despues en casa de la Marignon, y habló no sin desden, de la candidatura que le habian ofrecido.

Felicitáronle al momento todos los concurrentes, y un caballero de encorvada y aristocrática figura le dijo:

—Procurareis que os elijan, ¿no es verdad? Tiempo seria ya de que la Francia se hiciese representar por alguno de esos hombres que le recordasen que no pertenece á esta época toda su gloria. Los Luizzi datan en la historia de la guerra de los albigenses, y se les encuentra al lado de los Levi y los Turena en aquellos memorables sucesos.

—Tiempo seria tambien, señor de Armely, dijo la Merouilles, que nuestros diputados no fuesen enteramente abogados del distrito, médicos de capa y mula ó comerciantes de hierro y algodon. Esos señores, con su vestido castaño oscuro, su mal pelada barba y sus manos sin guante, invaden las tertulias, se presentan al rey, á los ministros, á todas partes, y una pobre muger no sabe á quien dirigirse, á menos que quiera hablar sobre el tributo de la sal, ó la tarifa de las aduanas. Son hombres que no bailan, no escuchan, ni rien.

—Es verdad que si, pero votan; dijo una señora que pasaba por entendida y chistosa; y este es su gran negocio.

—Y sobre todo, lo es tambien de los ministros, añadió un caballero de opiniones bastante atrevidas.

—En verdad, querida Lidia, repuso una jóven cuyo rostro no pudo Luizzi distinguir bien, pues estaba junto á un balcon y casi envuelta en su gorro, pero cuyo acento le causó una viva impresion: en verdad que no soy de vuestro parecer. Mejor hariais con no quitar á las tertulias los únicos hombres que les quedan; y con desaconsejar al baron de Luizzi que vaya á confundirse con esa legion de señorías, que podrán serlo hasta las gachas, pero que están sudando política y aburrimiento hasta empestar la tertulia en la cual se meten. Es un mal que se pega, un mal olor que se impregna; ahi teneis un ejemplo en mi marido, que apenas tiene la edad suficiente para ocupar su asiento en la cámara de los pares y está ya plagado de esta manía. Cuando vuelve de una sesion de la cámara alta, es lo mismo que Mr. de Merouilles cuando vuelve de su reunion de senadores: prefiero á un capitan de la guardia nacional.

Procuraba Luizzi recordar donde habiá oido esta voz, cuando le llamó la atencion el varonil y osado acento de una muger, que dijo con cierta energía apasionada:

—¿Qué quéreis que se haga en nuestra época sino entregarse á la carrera política?... El objeto de todo hombre que conoce adonde alcanzan sus fuerzas, ¿no ha sido siempre y en todas épocas hacer sentir su superioridad á sus rivales, y crearse un nombre y un poder cuyo ascendiente sea preciso reconocer? Hoy dia, solo la carrera política conduce á este objeto, y todo hombre que tenga ambicion debe seguirla.

—Segun esto, repuso con tono bastante disgustado la jóven, ¿os hubiera parecido bien que en los abominables dias de la revolucion hubiese un hombre de honor andado en busca de ese poder y de ese renombre de que hablais, y hubiérais aprobado que un gentil-hombre se hiciese, por ejemplo, soldado de Bonaparte para llegar á ser general ó mariscal, ó que un marqués de antigua raza se hiciese senador para ser conde del imperio?

—Cierto que si, señora.

—A la verdad, me admiran estos sentimientos de parte de la condesa, de la hija del vizconde de Asimbret, Cerny, de una señora que lleva dos de los nombres mas bellos de Francia.

—Y yo me admiro, respondió con desden la hermosa dama, que no sean los mismos que los de la condesa de Lemeo.

—¡La condesa de Lemeo! esclamó Luizzi; por otro nombre Turniquel, murmuró interiormente, como para acabar la frase de la señora de Cerny.

—Yo, dijo la jóven saludando con gracia á Luizzi, yo, señor baron, deseaba ver si me reconociais.

—Me alegro que seais conocidos, dijo madama de Marignon, queriendo interrumpir una conversacion que empezaba ya á desagradar.

—Pasámos algunos dias juntos en casa de mi tio Mr. Rigot, respondió la condesa de Lemeo. Espero, señor de Luizzi, que no me echareis en cara el pleito que os entabló, y que me alegro mucho haya perdido, por culpa en parte de un tal Bador, á cuya direccion le habia confiado: sin embargo, aunque su torpeza me haya hecho perder lisonjeras esperanzas, le doy no obstante gracias, puesto que ha quitado entre nosotros todo motivo de rencor. Luizzi escuchaba admirado la imperturbable gravedad de la señorita Ernestina Turniquel, cuando aquella á quien llamaban condesa de Cerny le preguntó:

—¡Ah! ¿habeis conocido á Mr. de Rigot?

Digitized by Google

—He tenido este honor, respondió con alguna frialdad el baron, deseando hacerse del partido de la Lemeo, para que esta no descubriese cuanto de él sabia, mientras por otra parte procuraba recordar en qué parte habia oido pronunciar el nombre de Cerny.

—Os felicito sinceramente por ello, caballero, repuso la condesa con tono casi de desagrado, mirando fijamente á Luizzi.

—¿Puede saberse en qué distrito tratan de elegiros?

—En el Aude, distrito de N...

—Terrible competidor tendreis, dijo el anciano que habia hablado antes.

—¿Quién es, Mr. de Armely? preguntó la de Marignon.

El nombre de Armely habia sido ya un objeto de asombro para Luizzi, quien hacia penosas reflexiones, viendo en tanta intimidad con Mad. Marignon, al padre de la desgraciada Laura, cuando repuso éste:

—Si, señor baron, terrible competidor tendreis; un hombre que puede contar con los esfuerzos de todos nuestros amigos políticos.

—Y se llama....

—Mr. de Carin.

—¡Carin! replicó Luizzi; el....

—¿Le conocis tambien? repuso la condesa con notable interés.

—Si, mucho, mucho, contestó lentamente Luizzi, quedando pensativo al escuchar esos nombres pronunciados uno tras de otro para atormentarle con horrorosos recuerdos....

—¡Ah! continuó, Mr. de Cerny es un hombre animoso y de mucho talento: con un carácter menos enérgido que el suyo hubiera sido muy desgraciado: casado con una necia, que acabó por volverse loca, otro cualquiera habria sucumbido entre los pesares que le abrumaban.

—A lo menos no ha tenido el de ser engañado por su muger, respondió el baron con amargura.

Estas palabras promovieron una risotada general, mientras á la condesa de Cerny la causaron rubor.

—Vamos, dijo sonriéndose Mad. de Fantan, debe dispensarse todo á la locura: la pobre muger ignoraba lo que hacia. Por otra parte, Cerny habia sido bastante corrido antes de casarse con vos, y nó se pierden tan fácilmente los malos hábitos.

Esto recordó entonces á Luizzi que el conde de Cerny era quien al lado de Mad. de Carin se habia portado con mas delicadeza que cuantos la rodeaban. Mientras iba reuniendo uno á uno estos recuerdos, se dirigian mútuamente los concurrentes equívocas miradas; pero la condesa de Cerny impuso á todos respeto con dignidad diciendo:

—De cualquier modo que sea, Mr. Carin ha buscado una distraccion á sus pesares en nobles ocupaciones, y ha logrado encontrarla. ¡Ah! señor baron, mucho desconfio de que seais elegido si teneis por competidor á monsieur de Carin.

—Lo probaré, no obstante, repuso Luizzi con una energía cuya secreta causa nadie adivinó, y que procedia de la indignacion que le causaban los elogios que se encaminaban á Carin y el modo como se calumniaba á la desgraciada Luisa; lo probaré, y puede que no sea tan desgraciado como os figurais.

—Es un valor que os honra, repuso la de Cerny.

—Haced, pues, buen caudal de él, dijo el anciano marqués de Armely, porque Carin me ha escrito que tenia ya un competidor terrible en la persona de un rico propietario del pais, de cierto capitan Felix Ridaire.

—¡Felix Ridaire! repitió Luizzi.

—Si, y Mr. de Carin está tanto mas receloso, cuanto que aun prescindiendo de sus opiniones bastante exageradas, tiene el tal Ridaire fama de hombre de talento y de probidad á toda prueba.

—¡El capitan Felix Ridaire! repitió Luizzi sonriéndose desdeñosamente.

—¿Le conocis tambien? dijeron todos.

—Si, si, dijo Luizzi con espresion igualmente enérgica; tambien lè conozco y rivalizaré con él como con el otro.

—Conoceis á todo el mundo, dijo riendo la condesa.

Acercóse Luizzi á ella mientras algunas personas, que se levantaban, rompian el círculo de la reunion.

—Y creo tener tambien el honor de conoceros, la dijo en voz baja.

Dictó esta respuesta de Luizzi un singular sentimiento de despecho contra los elogios prodigados á unos seres que conocia ser indignos de ellos. Por otra parte, si el nombre de Cerny le habia hecho recordar la historia de Mad. de Carin, el de Asimbret le habia traido á la memoria al vizconde libertino que tan graciosamente supo robar á Libert las horas de sociedad con Olivia, y echar á la calle al grosero Bricoin. Vínole, pues, en deseo al baron turbar á esta muger, diciéndole que estaba en los pormenores de cuanto influia sobre ella, pero la condesa le respondió riendo:

—No puedo creeros, caballero.

El baron continuó:

—No obstante, señora, podria yo esplicaros como es que una dama como vos, olvidando los miramientos que debe al nombre del conde de Cerny, se encuentra en casa de la Marignon por recuerdos antiguos de la señorita de Asimbret.

—¡Cómo! ¡caballero! dijo rápidamente la condesa con tono alarmado y echando una mirada significativa sobre Mad. de Marignon; sabriais acaso....

—Muchas cosas, dijo Luizzi animado con el efecto que producia; y aun quizá podria tranquilizaros en punto al resultado de las

Digitized by Google

atenciones del señor de Cerny para con la desgraciada señora de Carin.



Mad. Cerny.

Esta palabra, que para Luizzi hacia solo alusion á la inocencia de Luisa, de quo se creia seguro, pareció confundir á la condesa de Cerny. Cubrió su rostro un repentino encarnado, y dijo con turbada voz mirando á Luizzi:

Digitized by Google

—Es imposible, caballero, vos no sabeis....

—Todo lo sé, repuso Armando muy gozoso con llevar tan inesperadamente al estremo el asombro de la condesa.

Y mientras le seguia ésta con mirada de sorpresa, la saludó y se fué, diciendo para sí: «No hay, pues, muger alguna sobre cuya vida secreta no se pueda aplicar algun azar, sin despertar sentimientos de rubor ó de remordimiento.»

Esta reflexion entristeció á Luizzi y estuvo á punto de resucitar sus dudas relativamente á Enrique y Julieta. Reflexionó entonces que en punto á Mad. de Carin no tenia otras noticias que las que habia sacado del manuscrito de esta desgraciada: recordó que el diablo le habia dejado en duda respecto á la verdad de la narracion de Luisa, y que su historia tenia el carácter de una idea fija; pensó, por otra parte, que aun cuando no fuese esta resultado de la locura, era muy natural que no confesase Mad. de Carin una flaqueza que hubiera podido dar armas contra ella. En consecuencia de estas razones, calmóse en vista de estas dudas la indignacion que le habia arrebatado cuando oyó hablar de Félix y de Carin, y le pareció cuando menos imprudente la resolucion, en que por un momento estuvo, de servirse contra ellos en la lucha electoral de cuanto sabia de sus lances secretos.

Hallábase en esta disposicion cuando entró en su casa: arrepentíase del arrebato que le habia impelido á valerse por un momento de unas noticias cuyo orígen no le era dado revelar, y estando en estas reflexiones se detuvo en su puerta otro coche que el suyo. Abrió un criado la portezuela, y observó Luizzi que habia dentro una muger; bajó apresuradamente á la puerta y oyó una voz que dijo con vivacidad:

—Aprisa, para el baron de Luizzi, y en seguida volar á casa.

Una mano elegante y blanca como la nieve entregó un billete al criado, quien cerró la portezuela, y entrando en el cuarto del portero le dió el billete, trasmitiendo la órden de su señora:

—Para el señor baron.

Partió en seguida gritando al cochero:

—¡A casa!

Creyó el baron conocer la voz de la muger que habia hablado, y no se equivocó. Leyó la carta, que decia así:

«Caballero: Las palabras que me habeis dicho hacen indispensable entre nosotros una esplicacion; creo dirigirme á un hombre de honor, y no vacilo en deciros que os espero esta noche á las diez: estaremos solos.

La condesa de Cerny.»

Al principio gustó mucho á Luizzi este billete, y reputó un deber no faltar á semejante invitacion; pero, meditándolo mejor, creyó que seria muy embarazoso resolver las dudas de la señora de Cerny, supuesto que lo poco que él sabia relativo á las relaciones de Luisa con el conde, no satisfaria á una muger probablemente muy celosa, como lo probaba el paso estraordinario que acababa de dar: y en último resultado, pensó que deberia esplicar el orígen de las noticias que le daba, pero no estaba Luizzi para contar de qué manera pudo penetrar en la casa de locos habitada por Mad. de Carin.

Iba, pues, á contestarla escusándose, cuando halló reunion en el cuarto de Carolina, donde proyectaba ésta con Enrique, Julieta, Bergh y Gustavo, ir al teatro: Luizzi se escusó principalmente, porque no estaba todavía resuelto si ir ó no á casa de la de Cerny. Unicamente durante la comida habló de su visita en casa de la de Marignon, y nombró á la condesa por si Mr. de Bergh le daba de ella algunas noticias. La respuesta de éste satisfizo, si no su curiosidad, al menos su objeto principal, pues Bergh habló de Mad. de Cerny con entusiasmo por su belleza, y con un respeto profundo por su virtud.

Tambien esta vez Luizzi, escuchando al jóven, dejó de notar la turbacion que causó á Julieta el nombre de Cerny: solo pensaba ya en la condesa, y respondió á Bergh:

—Ya sé que es muy linda, y no dudo que sea ejemplar su conducta; ¿pero no la reputais muy celosa?

—¿Celosa ella? esclamó Bergh, no por cierto, os lo juro. Sin vivir mas con la condesa, nadie es mas independiente que su marido: no la creo celosa por carácter, y ademas tampoco le da el conde motivo para ello. Antes fué uno de los jóvenes mas corridos de Paris, ahora ha mudado ya de modo de vivir y piensa solo en la ambicion; y como su esposa, á lo que creo, abriga solo en su pecho esta pasion, se entienden respectivamente

No daba, en verdad, luz esta esplicacion para conocer la causa del espanto de la condesa al oir las palabras de Luizzi sobre la supuesta intriga del conde de Cerny con Mad. de Carin; quedó, pues, suspenso como antes, y dejó en silencio que se preparasen sus amigos para presenciar los horrores de *Margarita de Borgoña*, que andaba por entonces muy en boga.

Quizás iba á determinarse Luizzi á seguir á Julieta al teatro, persuadido á que la devoraba sin duda una pasion que debia exaltarse con el efecto que produciria en ella un drama como la *torre de Nesle*, cuando fluctuante ya entre este deseo y la obligacion de no faltar á la cita de la condesa, recibió de ésta un nuevo billete concebido en estos términos:

«El señor baron de Luizzi no me ha enviado á decir si vendria. Espero su respuesta, y le espero sobre todo.

Anita de Cerny.»

Digitized by Google

De nuevo pensó el baron que seria mal proceder abusar de la confianza de la amiga de su hermana; y para no ceder á nuevas inclinaciones, respondió al momento que tendria el honor de presentarse á las diez en casa de Mad. de Cerny.

Acercóse á este tiempo Julieta al baron y le dijo:

—Es forzoso que os hable esta noche á solas.

—¿A qué hora?

—A la vuelta del teatro.

Entraron en aquel momento Enrique y Carolina, á los cuales siguieron á poco Bergh y Gustavo, y partieron.

Luizzi quedó solo meditando en las dos citas, y hé aquí cuáles eran sus reflexiones:

Cuanto mas estudió la sociedad, tanto mas observó que lo que mas domina en ella es el amor, ó lo que tal se reputa, el placer: no piensan en otra cosa las mugeres, bien sea legítima ó ilegítimamente. A esto se sigue que difícil seria exaltarles tanto sus pasiones, si los hombres no empleasen sus ardides para lograrlo; asi por vanidad, no por discrecion, hacen éstos en público el papel de desdeñosos, y para tener fama de hombres graves y mesurados: paréceme, pues, que es bastante necio el papel de curioso que represento yo en medio de esta baraunda. Preciso será, en consecuencia, que renuncie á mas investigaciones, y que me dedique, ó ya á Julieta, que será mia esta misma noche, ó ya á la condesa de Cerny, cuya conquista sería mucho mas noble, supuesto que es una muger virtuosa y de ideas maduras: esto último seria un triunfo halagüeño, y un admirable pasatiempo.

Para comprender el capricho del baron, que abandonaba en su interior á Julieta para pensar en la condesa de Cerny, es menester decir que aquella jóven tan singular solo ejercia un influjo transitorio sobre el baron, pues en cuanto estaba ausente, no pensaba ya en el imperio con que antes le dominaba.

Mad. de Cerny, por el contrario, tenia todos los encantos de buen nombre, talento y reputacion; encantos que escitan los deseos, de manera que Luizzi, turbado todavía por su conversacion con Julieta, concentró, sin embargo, en la condesa de Cerny todo el anhelo que le habia inspirado una jóven ardorosa.

Pero las reflexiones del baron tendian á la posesion de la condesa sin pensar en los medios de lograrla. ¿Cómo se la declararia? Despues de haberla hecho entrever que estaba en muchos pormenores, ¿no seria necedad contarle solo la débil circunstancia de la narracion de Luisa? Mezclándose á sus pensamientos ese temor del ridículo, pensó casualmente que hasta entonces las confidencias del diablo solo le habian servido para darle fatal luz sobre sus acciones y pasiones, mas no para guiarle en lo futuro. Decidióse, pues, á inquirir las acciones de Mad. de Cerny para prevalerse de ellas, segun las circunstancias de su visita lo exigiesen. Y como se encontrase solo, cosa que de mucho tiempo no le habia sucedido, llamó al diablo. Presentóse éste inmediatamente, sin que de pronto creyese Luizzi que era él; tan singular era la forma que habia adoptado.

LIII.

UN ABATE.

Tenia medias de seda negra, que diseñaban unas piernas redondas y delgadas hácia el tobillo, pero abultadas hácia la pantorrilla: llevaba calzones de casimir negro muy ajustados por la rodilla, sobre la cual descollaban cortos y robustos muslos: no presentaba mucho vientre, pero si anchas caderas; chaleco de seda negra, pequeño corbatin sobre el que descansaba una bien nutrida papada, y un semblante colorado, fresco y risueño; boca con hermosos dientes, ojos santurrones, cabellos blondos y ligeramente ensortijados, y en fin, un redingote negro con una sola línea de botones. Tal era era el aspecto del lindísimo abate, de que iba disfrazado el diablo, y era difícil de adivinar, por cuanto habia metido su ahorquillado pie en un luciente, afilado y hermosísimo zapato.

A pesar de su deseo de preguntarle, no pudo menos de admirarse Luizzi al ver la forma singular que habia tomado para aparecérsele.

—¿De dónde vienes, dime, en semejante trage?

—Vengo de visitar á un arzobispo aleman y á un canónigo, respondió el diablo con agudo falsete.

Atentamente escuchaba Luizzi al diablo mientras hablaba.

No era aquel diablo sombrío y grave, que le habia contado la historia de Eugenia, ni el escéptico y satírico que le aguijoneaba con crueles sarcasmos: era un lindo, gallardo, perfumado y en engalanado diablo. Al fin le dijo:

—En verdad, Satanás, que te creia ocupado en cosas mas sérias.

—¿Hay nada mas sério para mí que corromper á los hombres? ¿Crees que á semejanza vuestra he de tener yo una clasificacion de vicios que me haga preferir unos á otros? ¿presumes acaso que el poderoso, ébrio de orgullo, que sacrifica á su ambicion el reposo de un estado, ha de ser para mí menos despreciable que el villano, que por beber algunas azumbres de mal vino sacrifica el sosiego de una familia? ¿crees que encuentro diferencia entre la dama que por el adulterio introduce en la casa de su marido los hijos de su

Digitized by Google

amante, ó la prostituta que trae á los espósitos los hijos del libertino? Esas miserables distinciones solo á vosotras os pertenecen.

—¿Acaso nuestra moral no lo condena todo á un tiempo?

—¡Qué caso haceis de vuestra moral, miserables y malvados! Mas te diré: ni siquiera os conducis por el impulso de vuestras pasiones, porque la mas natural en todos los animales es el amor, y vosotros os apartais del que vuestra organizacion os inspira.

—No te comprendo.

—Sal á la calle, señor mio, y encuentra á una jóven de admirable hermosura; es una labriega, y en ella pondrás la atencion si pasa sola: pero figúrate que á su lado se señorea una de esas débiles criaturas sacadas de un diario de modas, cubierta de seda, con el cabello perfectamente rizado, apretada dentro de un corsé con muchos pliegues de acartonada muselina que abultan sus caderas, luciendo formas que no tiene y que descaradamente exagera mas allá de las bellísimas proporciones naturales; en una palabra, una Venus celebrada: al instante dejarás á la hermosa jóven que solo ostenta lo natural y verdadero, para seguir á ese paquete de blanco lienzo y de brillante seda.

—Estas son cosas de ilusion y le engañan á uno las apariencias.

—Mientes, dijo Satanás, muy seguros estais de la verdad. Muger hay de la cual sabeis que por la noche toda ella se trasforma escepto el sexo, y que no obstante os encanta de dia cuando sabe diestramente suplir las faltas de la belleza. La adorais por su corsé, que la hace presentar un pecho admirable, por su *polison* (palabra de vuestro diccionario) que la dá un aire andaluz; os apasionais por este talle arrollado dentro de un jubon, al modo de un comprimido salchichon. No amais á las mugeres, baron, lo que amais es el almidon, las sedas y el algodon.

—Enhorabuena; y en punto á las mugeres, ¿qué piensas de la condesa de Cerny?

—Muger alta, rubia, robusta, perfecta en todo, escepto en el corazon, puesto que dicen que es resuelta, osada y ambiciosa: es un hermoso trozo de escultura en carne humana. Si algun dia tiene un amante, hará de él un esclavo, no de sus deseos de amor, sino de sus ambiciosas miras. Hé aqui al menos cómo la juzga el mundo.

—¿Si algun dia tiene un amante, has dicho? ¿segun esto no lo ha tenido?

—¡Jamás!

—¡Imposible! ¿de dónde procede, pues, el espanto que he notado en ella al amenazarle con decirle sus secretos?

—¡Vive Dios! señor mio, ¿crees que las mugeres no tienen otros vicios ó desgracias que ocultar fuera del amor? ¿no imaginais que el ridículo puede á veces arredrarlas mas que la vergüenza?

—¡Cómo! esclamó Luizzi inclinándose hácia el diablo, que tendido en ancho sillon se desabrochaba el chaleco como hombre repleto; ¿seria impotente la condesa para tener un amante?

—Repito que es un admirable cuerpo, una de esas mugeres que han conservado el tipo primitivo de su raza, magnífica creacion normanda, procedente del pais de los eslavos para conquistar la Francia; naturaleza fecunda, rica y vigorosamente constituida como vástagos primitivos.

—¿Acaso su ambicion absorbe en ella todas sus facultades sensibles?

—Si no las absorbe, las distrae.

—¿Qué entiendes con eso?

—Que se ha vuelto ambiciosa para no ser malvada.

—¿Es muy celoso el conde?

—De su muger no, de su honor sí.

—Sin duda no la pierde de vista á la manera de un tutor español.

—Puedes entrar en su casa á las diez de la noche, la encontrarás sola y saldrás cuando te plazca, sin que se mezcle en ello, á menos que no sucedan acontecimientos estraordinarios.

—¿Luego esta visita no tendrá el resultado que yo esperaba?

—Tal vez sí, dijo el diablo; tal vez obtendrás en una noche lo que otros no han podido obtener en muchos años de amor sincero.

—A propósito, dijo el baron, ¿quién es esta Julieta, cuya presencia escita en mí una pasion tan viva y repentina?

Pareció turbado el diablo á esta pregunta, mas á poco respondio:

—Lo que escita, no satisface frecuentemente cuando se posee. Manjares hay de los cuales solo la vista mueve el apetito.

—No obstante, me parece que esta Julieta..

—No aprovechará los deseos que provoca, dijo el diablo interrumpiendo al baron; hay un refran dirigido cierto dia al señor de Maire, último amante de Olivia, cuando contaba que una muger que amaba preferia de repente á otro.

—¿Qué refran es ese?

—Es de una muger.

—¿El refran?

—Es de una muger de talento.

—¿El refran? ¿el refran?

—Es de Mad. de Stael.

—Satanás, ¿te mofas de mí!

—A fé mia no soy mas que el diablo, y no tengo derecho de ser mas esplícito que una muger, y una muger de talento especialmente.

—¿Será tu trage de abate quien te hace tan mogigato? dijo Luizzi sonriéndose.

—Muy al contrario, baron mio, pues lo guardaba para cuando te contase cierta historieta algo quisquillosa.

—Y bien, el refran, el refran.

Digitized by Google

—Si tanto te empeñas, hé aqui el refran: *uno levanta la caza y otro la mata.* Vuelve el refrán y sabrás tu historia con respecto á Julieta y la señora de Cerny.

—¿Luego crees, dijo admirado Luizzi, que la condesa será mia?

—Esto dependerá de tí.

—¿Cómo he de hacerlo?

—Hé aqui una pregunta de niño, amigo mio.

—Los momentos pasan, dijo Luizzi, y tú nada respondes.

—Tiempo nos queda todavía, respondió riendo el diablo; no es larga la historia de la señora de Cerny ni la de su marido tampoco para lo que tienes que hacer, y te la contaré en el coche, mientras me llevas al arrabal de San German, donde tengo que visitar una jóven devota.

—Creí que viajabas por los aires.

—Alguna vez; pero los béodos me han hecho beber tanto que me estraviaria al través de las chimeneas.

—Pardiez, dijo el baron, me haces pensar en ello, pues no sé dónde habita la condesa.

—Calle de Grenelle-San-German, número..... Tambien voy allá para pasar despues al ministerio del Interior.

—¿Te metes tambien en honduras de política?

—Si; voy á ocuparme de la eleccion de N.

—¿Pues no sabes que soy yo candidato tambien?

—No te creia decidido á ello.

—Estoy decidido ahora mismo, si me respondes á una sola pregunta.

¿Es verdadero el manuscrito de la señora de Carin?

—De todo punto.

—¿Ha sido su amante el conde de Cerny?

—No por cierto.

—¿Puedo asegurarlo á su muger?

—Está tan segura de ello como tú.

—¡Como yo! ¿qué me quiere, pues?

—Puedo decírtelo muy bien; solo quiere saber de tí, de qué manera has sabido tú que el conde de Cerny no ha sido nunca amante de Mad. de Carin.

—¿Bastará que yo lo afirme para convencerla?

—Probable es, como que está ya convencida de todo, respondió riendo el diablo; pero esto no podrá esplicarle cómo has podido tú asegurarte de ello.

—¿Será forzoso contarle que he leido el manucrito de Luisa?

—Este seria el medio mas sencillo y razonable; pero te espondrias tambien á no alcanzar ninguna ventaja á su lado.

—¿Habrá otro tal vez?

—Dan las nueve y media, dijo Satanás, subamos al coche.

—Todavía quieres engañarme, dijo Luizzi, repiqueteando la campanilla para que le preparasen el cupé.

—No; sinceramente te juro que tocante á Mad. de Cerny sabrás cuanto puede saberse, y particularmente todo aquello que no debes ignorar.

Un momento despues estaban ya en el coche con direccion al arrabal de San German.

—Ahora, dijo Luizzi, vas á contarme, si te place, la historia de Mad. de Cerny.

—Escucha, pues, dijo el diablo.

LIV.

HISTORIA DE MADAMA DE CERNY.

Y el diablo habló de este modo, reclinándose en el fondo del coche.

—Figúrate que voy á casa de una muger que seguramente es una escepcion para estos tiempos; es linda, graciosa, de buen talle, de blanca y delicada piel, en una palabra, de escelente raza; muger de un procurador ni mas ni menos: de consiguiente es muy propia para escitar una pasion viva y promover una aventura galante; tiene ademas cierta dósis de exaltacion y no poca de capricho, de manera que si hubiera caido en buenas manos, hubiese sido uno de esos séres que vegetan entre un sin número de pecadillos y escándalos, y que por otra parte labran su felicidad y no pocas las de los maridos.

—¿Me estás contando la historia de Mad. de Cerny?

—A su tiempo vendrá, repuso el diablo, y continuó de esta suerte:

No suponia yo que esa débil criatura valiese la pena de ocuparme de ella, y habia dejado á sus semejantes el cuidado de perderla; pero su madre la confió á los desvelos de un anciano párroco que volvió religiosa esa exaltacion de que yo contaba sacar provecho, é hizo que se encaminase al cumplimiento de sus deberes esa obstinacion que la hubiera hecho perseverar en el mal, asi que hubiera entrado en sus sendas. La señorita se volvió cristiana hasta el estremo; cásase amorosa con un marido bastante honrado, y héla aquí tranquila y honrada tambien á par que atenta y cuidadosa de dos hermosos niños. Esto me pareció ya demasiado, y procuré rectificar en mi concepto y para mis fines esas buenas cualidades. ¡Pardiez! señora, dije para mí, puesto que sois piadosa, os he de hacer devota; ya que sois perseverante, he de haceros fanática; de honrada os convertiré en mogigata estúpida; de vigilante haré de vos una recelosa, y ya que vuestra casa es un paraiso, voy á convertirla en un infierno.

—Muy bárbaro eres.

—Vamos, amiguito, dijo el diablo, que soy mejor cristiano que todos vosotros, puesto que trato al prójimo como á mí mismo.

Digitized by Google

—¿Y por qué estraordinarios medios has alcanzado tan hermoso resultado?

—Le he proporcionado esos dulces defectos por la misma via por la cual alcanzó sus hermosas cualidades.

—¿Cómo es esto? dijo el baron.

—La habian hecho virtuosa los desvelos de un santo director, y le di uno muy malo.

—¿Para que minase sus buenos principios y destruyese la obra del honrado párroco?

—¡Naranjas! respondió el diablo, reclinándose mas sobre el asiento del cupé; no minaba yo el edificio de su virtud sino que lo ponia en las nubes; sobrecargar la cúspide ó minar los cimientos son dos medios igualmente escelentes para derribar un edificio. Recordé entonces un caso de conciencia de los mas originales que se hayan inventado.

—¿Cuál es?

—Ante todo, es forzoso decirte que hay cierta moral religiosa que consiste en reputar pecado todo lo que es placer, y entre otros son los trapenses sectarios de ella. Para ellos no solo es un crímen comer mas de lo necesario, sino que comer lo necesario con gusto es un pecado. Habiendo, pues, hecho nombrar á mi párroco vicario general, ante todo para hacerle creer en su mérito, cosa que fué ya una brecha abierta á su virtud, le hice reemplazar por un jóven de aquella secta, encasquetado todavía en sus discusiones teológicas, y le entregué la linda señora.

—¿Y se enamoró de ella?

—¡Voto al infierno! algunas veces sois muy ligero, amigo mio, dijo el diablo con tono sentimental; verdaderamente me desesperais. Os he dicho que habia recordado cierto caso de conciencia muy original, cosa que á lo que me parece, no tiene ninguna relacion con la historia muy vulgar de un director amoroso.

—Vamos, acaba, pues, dijo el baron picado de la esclamacion del diablo, ¿qué caso de conciencia es este?

—Es aquel de que te hablaba hace poco, dijo el diablo; y consiste en considerar todo placer como pecado; son los escrúpulos en su mas alto punto de estravagancia. Hé aqui, pues, que cierto dia que mi linda devota se confesaba....

—¿Era, pues, muy devota? dijo Luizzi.

—Como que llevaba cilicios.

—¿Cilicios, dices?

—Si, cilicios.

—¿Dónde diablos están hoy dia los cilicios? esclamó Luizzi.

—Donde no pueden verlos los que se parecen á tí, en razon á que las mugeres que se los ponen no los enseñan.

—¡Pues ha de ser cosa divertida! ¡Una jóven con cilicios!

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! decia el diablo, lamiéndose blandamente los labios con la lengua.... ¡Oh! ¡es cosa de un sabor adorable, gustosa en grado superlativo, deliciosisima! Una devota amorosa es una amalgama de miel y de pimienta que á la vez suaviza é irrita: ¡oh! se necesitan para tan regalado manjar estómagos mucho mas fuertes que el tuyo. Para ese amor se necesitan temples como la aficion á la gastronomía de los dos benditos que acabo yo de dejar, cosa que no es difícil que se encuentre. Vuelvo, empero, á mi devota: el dia en que fué al confesonario... hé aqui el diálogo que tuve con ella.

—¿Luego eras tú?

—Yo soy todo lo malo. El abate Molinet era quien hablaba, mas era yo quien le inspiraba. Dije, pues, á mi penitenta con acento conpunjido:

«Desde que dirijo, hija mia, vuestra conciencia, he reconocido que respecto á muchas cosas de ese mundo os encontrais en el verdadero camino de la perfeccion. Pero una duda me atormenta, porque cuando se observa una virtud tan pura como la vuestra, desea uno verla perfecta, si es que en el mundo puede haber otra cosa que Dios para llamarla perfecta.»

—¿Esto dijiste, Satanás?

—¿Por qué no? respondió el diablo; tú me andas interrumpiendo siempre. Hablé, pues, de esta suerte á mi devota, y me respondió así:

—He examinado mi conciencia, y puedo aseguraros que no descubro otros pecados que los que acabo de deciros.

—Es que hay pecados que se cometen á veces por ignorancia.

—Nombrádmelos, padre.

—Enormes pecados.

—¡Enormes pecados! ¿cuánto tiempo hace que nació vuestro último hijo?

—Diez y ocho meses.

—Dos veces nueve. ¿Y cuánto que vivis en la castidad y la abstinencia?

—Soy casada y obedezco á mi marido.

—¿Y no habeis tenido hijos despues?

—El médico me ha dicho que otro parto podria serme peligroso.

—¡Infame! esclamé.

—Mi salud es tan débil....

—¡Tu salud es débil para tener hijos, y es fuerte para obedecer á tu marido! esclamé. Vuestra union es un libertinage condenado por el Dios que dijo: Creced y multiplicaos.

—Yo creia.... replicó temblando.

—¡Creias!.... ¡creias!.... ¡Eso te ha perdido! y segui ensartando mil frases y autoridades en latin macarrónico, hasta que despues, mas templado, le dije que los santos padres reputaban como pecado mortal todo placer que se disfruta con el único fin del placer, espantándola con la manifestacion de los infanticidios de que se habia hecho cómplice.

—Ella es un idiota.... interrumpió Luizzi.

—Amo mio, sé mucho en la materia. Ella renunció....

—¿Al pecado? dijo Luizzi.

Digitized by Google

—Si, porque no es como otras que han renunciado á la absolucion. Ha dicho á su marido que deben de estar separados; este gritó, ella se exaltó, el la llamó loca, ella le llamó libertino, se injuriaron, se detestan, aticé el fuego, y la muger se confiesa todos los dias y el marido duerme fuera de casa.

—Mientes, le dijo Luizzi.

—Si dudas tienes, respondió el diablo, puedes subir á su casa; cabalmente estamos á la puerta de esa señora de Arnetai.

—Gracias, ¿mando detener el coche?

—Es inútil.

—Abre, pues, la portezuela.

—Es inútil.

—Baja los cristales.

—Es inútil, repitió Satanás.

Con efecto, tocó con la punta de la uña de su dedo meñique los cuatro ángulos del vidrio, y este cayó como si le hubiese cortado el mas fino diamante; en el momento escapó Satanás por esa abertura improvisada.

Pero en el momento mismo pensó Luizzi que no conducia en coche al diablo para que le contase la historia de la señora de Arnetai; cogióle, pues, por la pierna; pero Satanás se deslizó dejándole solo su zapato en la mano. Sintiólo mucho Luizzi, cuando el diablo, acercándose á la portezuela, pasó la cabeza por el roto cristal y le dijo:

—Vuélveme mi zapato.

—Cuéntame la historia de la condesa de Cerny.

—Mr. de Cerny ha sido uno de los mas gallardos y libertinos jóvenes de su época: vuélveme mi zapato.

—¡La historia de la condesa de Cerny!

—Habiendo Mr. de Cerny hecho un viage á Aix, se entregó á la vida alegre, de manera que por poco le cuesta la vida, gracias á una jóven de semblante fresco como una rosa. ¡Vuélveme mi zapato!

—¡La historia de la condesa de Cerny, ó no hay zapato!

—De vuelta Mr. de Cerny, despues de la larga enfermedad debida á aquella jóven y corregido de sus vicios, volvió á la culta sociedad, y se sintió inflamado de amor por la señorita Anita de Asimbret.

—¡Y bien! y la señorita de Asimbret....

—Tanto la galanteó el señor de Cerny, que últimamente consintió.

—¿Y Anita?

—La familia de Mr. de Cerny y la de la señorita de Asimbret consintieron que el conde se casase con ella.

—¡Y ella, ella! esclamó Luizzi impaciente.

—Pero Mr. de Cerny vaciló al principio.

—¿Te burlas de mí?

—En vista, sin embargo, de los inmensos bienes de la señorita de Asimbret, acabó Mr. de Cerny de decidirse á casarse con ella.

—¡Muy bien! ¿y desde entonces?

—Viven como dos amigos.

—¿Por qué?

—Porque el conde es impotente.

LV.

LA ESPOSA.

Detúvose el coche, y el baron reia tan descompasadamente, que no atendió á la reclamacion del diablo. Cuando bajó del coche tenia todavía el zapato en la mano, murmurando siempre con sofocada risa la palabra fatal: ¡impotente! ¡impotente!

Subió al aposento de la condesa, y se hizo anunciar por un criado. Muy singular le pareció á éste su aire alegre, y no pudo menos de examinarle con aire de sorpresa mirando lo que llevaba en la mano. Advertido con ésto Armando de que debia encontrarse en él algo estraordinario, siguió la mirada del criado, y entonces notó que tenia todavía en la mano el zapato del diablo.

No hizo esto mas que aumentar la disposicion alegre en que se encontraba, y soltando una carcajada, dijo que anunciase al baron de Luizzi.

En tanto que entraba él criado en el cuarto de la condesa, miró Armando alrededor de sí, por si veia al diablo para devolverle su zapato; mas como no lo viese, se puso con atencion á examinarlo y lo encontró de una hechura singular.

Todavía tenia en él fija la vista, cuando volvió el criado, y no sabiendo qué hacer de aquella prenda, se vió precisado á ocultarla en la faltriquera, pasando sin detenerse á la habitacion de la condesa. Hiciéronle atravesar dilatados salones de diversos estilos: un comedor á la romana, un salon gótico, una biblioteca á la moderna. Pasó al dormitorio, construido á la moda del tiempo de Luis XV, y entró por fin en un retrete chinesco lujosamente amueblado.

Pasado el primer asombro que le causó la magnificencia de aquellos adornos, vió á madama de Cerny recostada sobre un negro sofá, vestida con un trage de blanca muselina, que sobre el oscuro fondo le hacia resaltar como luciente estrella en las sombras de la noche; apoyábase su cabeza en una almohada, que abultándose por sus bordes alrededor del semblante de la condesa, casi le ocultaba, mientras los largos bucles de su blonda cabellera se derramaban como dorado adorno sobre aquel sombrio cuadro.

Anita estaba hermosa; al verla, reconoció Luizzi cuánta razon tenia el diablo cuando le hablaba de la seduccion que originaban las gracias prestadas. En efecto, bajo el mágico atractivo de ese contraste desaparecian en este momento la hermosura de la condesa, de suerte que el primer sentimiento que animó el corazon de Luizzi fué de admiracion por la

Digitized by Google

blancura de su trage y rubicundez de sus cabellos.

Este movimiento de sorpresa distrajo al baron de su alegría, y pudo saludar á Anita tomando el asiento que ella le señaló; pues se hallaba harto conmovido para poder hacerlo por sí.

—He venido á ponerme á vuestras órdenes, dijo el baron, y espero la esplicacion del motivo que me ha valido el honor que recibo.

—No sé yo hasta qué punto pueda llamarse favor una esplicacion que puede hacerse séria, respondió la condesa.

—Razon teneis, y no concibo que pueda dejar de ser sério nada que os toque á vos.

—Quisiera comprenderos mejor, caballero.

—No puedo esplicarme mas esplícitamente.

—No obstante, quisiera yo que lo hiciéseis con mas claridad: ¿qué quereis significar diciendo que nada que me toque puede dejar de ser sério?

—Exigis una esplicacion y voy á dárosla; dijo Luizzi, en quien la gravedad que le rodeaba le volvia su natural finura; en efecto, señora, todo cuanto tiene relacion con vos debe ser sério. Séria ha de ser cualquier conversacion con una señora, cuya superioridad intelectual ha estudiado y resuelto las mas altas cuestiones políticas y sociales; séria será toda mi amistad con una muger que tiene firmeza, cual la reclama un vínculo tan sagrado: en fin, si se atreviese alguno á amar á la condesa de Cerny seria tambien esta pasion muy séria, porque se apoyaría en una alta estimacion al mas noble carácter y en una adoracion vivísima á la mas cabal hermosura.

La directa franqueza de semejante elogio y el síncero y respetuoso tono con que fué pronunciado, turbaron al principio á la condesa, mas no pareció irritarse. No obstante, al cabo de un momento de silencio respondió sonriéndose:

—En verdad que me haceis admirar el modo como sabeis despréciar.

—Señora, esclamó Luizzi, ¿quién habla de despreciar? creed que mi respeto para con vos es tan verdadero....

—¡Oh! no os escuseis, que no me habeis comprendido, interrumpió la condesa. Admiro si os place, lo poco en que nos teneis, ya que la palabra despreciar os espanta, supuesto que no podeis permanecer un momento al lado de una muger sin dar pábulo á la conversacion, de manera que le digais que os parece linda y digna de ser amada.

—Es que es muy dificil, respondió Luizzi sonriéndose, admirar y abrazar muchas cosas con una sola mirada. Los ojos del espíritu, como los del cuerpo, se detienen sin escoger el objeto que mas impresion les causa, y para los que no tienen el honor de haber podido apreciar íntimamente el brillo de esas nobles facultades, es muy natural detenerse en contemplar lo que no podeis ocultarles, á saber: despejado talento, finísima gracia y pura belleza.

Volvióse la condesa hácia el baron sin levantarse de su asiento, y mirándole atentamente, le dijo con candorosa sonrisa:

—Hábil sois en eso de volver á vuestra cuestion, mas la creo falsa: pues me parece que la admiracion de un hombre á una muger, si tanta admiracion ella merece, debe abrazer todo cuanto motiva este merecimiento, y solo cuando en grado muy inferior reconoce en ella las nobles cualidades que habeis mencionado las olvida fácilmente.

—Mucho os engañais, señora, repuso vivamente Luizzi; dignaos escucharme sin tergiversar mis palabras, y tal vez convendreis en que tengo razon.

—Os escucho, pues, respondió la condesa, tomando una graciosa actitud de atencion.

—Una cosa hay, señora, de que deberiais estar bien persuadida, tal es el sincero y verdadero afecto que inspirais, y la estimacion pura y profunda que os es debida. Debeis tambien estar persuadida de que es muy fácil, si ya no olvidar estos profundos sentimientos, por lo menos dejar que los domine una adoracion viva y ardiente, si bien exausta de esperanza.

—Nada de eso os niego, caballero, dijo la condesa sonriéndose, ni soy tan de mala fé para negarlo.

—Pues bien, señora, asi como el amor mas puro puede dominar un momento al respeto que se os debe, del mismo modo un deseo insensato puede dominar momentáneamente á un amor muy puro. El hombre que mira sólo vuestra belleza, vuestras gracias y talento, os ama á pesar suyo; el que os viese aqui, con ese lindo rostro, graciosamente apoyado en esas blancas manos, con ese cuerpo bellísimo, cuyos perfiles se traslucen en toda su perfeccion, con esa suelta cabellera que cae sobre esas lindas espaldas; en fin, el que respirase ese perfume embalsamado, que es el ambiente de este asilo, y viese esa cubierta luz que parece un misterio, seguramente que podria un momento, un solo momento, olvidar tal vez el respeto debido á vuestra virtud, y el que se debe á un puro amor, para esperimentar que no hay otra muger en la tierra que derrame en torno suyo tantos encantos, y para pensar en sus ilusiones, que seria la mas inefable dicha la posesion de semejante belleza.

Mientras hablaba de este modo Luizzi con tímida y conmovida voz, bajó la condesa los ojos, incorporóse lentamente y se sentó en el sofá, donde hasta entonces habia estado recostada. Subió á su rostro un vivísimo carmin, y su comprimida respiracion probó que aquellas palabras la habian causado una emocion tal, que el baron creyó ser sonrojo efecto de su corazon; por lo que, esclamó rápidamente:

—No os ofendo, señora, solo respondo á

Digitized by Google

una pregunta general con una verdad que tal vez he particularizado demasiado, pero que no debe ofenderos. Os he hablado de la involuntaria llama que toda muger hermosa como vos puede encender, pero que solo vos podeis lograr que permanezca pura sin estinguirse.

Tampoco respondió á esto la señora de Cerny, pero pareció menos turbada que antes, y como no quisiese Luizzi que abrigase en su mente impresiones desagradables, repuso:

—¿Será necesario que os acuse para defenderme? ¿ó que os enfade para tranquilizaros? ¿ó que os diga que es culpa vuestra será la vez tan hechicera y tan pura?

—No, no, respondió souriéndose la condesa, es inútil volver á empezar; pero acabais de enseñarme una cosa que estoy admirada de saber, y es que puede con finura decirse á una muger las mayores tonterias.....

—¡Oh! señora....

—No me quejo por ello; muy al contrario, es una ciencia que me admiro de encontrar en vos, porque al fin, caballero, no hemos llegado todavía al objeto de nuestra entrevista, y estamos distantes de la esplicacion que os he pedido.

—¿Qué esplicacion es esta? dijo Luizzi fingiendo admiracion.

—«Puedo tranquilizaros, me habeis dicho, en punto á las consecuencias de los desvelos de Mr. Cerny para con Mad. de Carin.» Ruégoos que me digais cómo podeis darme esa seguridad que me ofrecisteis.

—Perdonad si hago delante de vos el elogio de Mad. de Carin; repuso el baron, pues no llevaba intento de responder franca ni ilusoriamente á la condesa; pero empeñaré mi honor por garantía de la inocencia de la desgraciada Luisa.

—¿Teneis, pues, pruebas de esta inocencia?

—Tengo la conviccion.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—No es esto lo que vuestras palabras parecian querer significar, caballero.

—Os suplico, dijo el baron, que no les deis un sentido que no tienen.

—No podia darle otro sentido, sino que vos sabiais de un modo cierto y particular que esa intimidad, que ha sido objeto de muchas conversaciones, no tuvo las consecuencias culpables que se han propalado.

—¿Creeis mucho en esas consecuencias culpables? preguntó sonriéndose Armando.

El color de púrpura que subió al rostro de la condesa, y la mirada indagadora que le clavó, probaron al baron que se habia adelantado sobremanera, y Anita respondió:

—¿Por qué quereis que no crea en ellas, caballero?

Probó Luizzi á dar otro giro á la conversacion, y dijo con tono turbado:

—Los sentimientos de Mr. de Cerny, sus principios....

—Ya sabeis que en punto á principios de fidelidad, no pasa el conde por modelo.

—Su posicion.....

—No contrariaba la amistad con la hija del marqués de Voucloux.

—Su amor para con vos.

—Nunca hemos pasado por esposos muy apasionados.

—La virtud de Mad. de Carin, de cuyos sentimientos puros respondo.

—Esto es no responder, caballero, ¿por qué pensais que no he debido creer en la infidelidad completa del conde?

A esa palabra «infidelidad completa» no pudo menos de reirse el baron, y viéndose apretado con tantas preguntas, y hallando una palabra que pudiese servir para una respuesta equívoca, dijo con la mayor lentitud:

—Una infidelidad completa es un crimen de amor.... del cual sin duda no creeis que el conde sea.... capaz....

Anita parecia resuelta á arrancar al baron una respuesta categórica, puesto que repuso con impaciente enojo:

—¿Y por qué no he de creer capaz al conde? Veamos, caballero, vos que poseeis el arte de decirlo todo, buscad una frase adecuada para esplicar lo que creeis decirme.

—¿He de deciros algo yo? ¿por qué, pues, me obligais á esplicarme, añadió Luizzi con suplicante tono, ya que me habeis comprendido?

—¿Yo? esclamó la condesa con visos de grande admiracion; nada comprendo, escepto que vos teneis razones que yo ignoro completamente, para ocultarme el motivo de vuestra acusacion.

Armando encontró por fin tan estraordinaria la porfía de la condesa, que quiso poner término á tan largo compromiso. No obstante, como se hubiera avergonzado de zaherir en manera alguna á una muger que en realidad merecia solo compasion y aprecio por su resignacion, dijo sumisamente:

—Si hubiese obrado mal alarmándoos respecto á la fidelidad del conde, acaso como otras muchas, me perdonariais si os permitiese olvidar una palabra inconsiderada que se me escapó en el calor de una conversacion; ¿sereis ahora menos indulgente cuando procuro daros á creer que vuestro marido no ha podido seros infiel?

Habia Luizzi dicho esto con el tono mas suplicante, sumiso y comedido; pero caminaba sobre terreno tan resbaladizo, que á pesar suyo, la última parte de su frase pareció una satirilla; de manera que respondió la condesa con tono firme y decidido:

—Esto, caballero, no es de hombre de honor; yo os pregunto francamente ¿de dónde procede la conviccion en que estais de la inocencia del conde Cerny? respondad como os

Digitized by Google

preguntó, sin rodeos.... Puedo y sabré escuchar vuestra respuesta, sea cual fuese, sin que tengais necesidad de adornarla con palabras halagüeñas. Os escucho.

—¡Y bien! señora, respondió Luizzi, siny; ¿no he debido acaso oirlo para que no podais repetírmelo?

—¡Qué me place! ya que es forzoso que os lo diga todo, sé todo cuanto el mismo conde de Cerny os dijo con un rubor que debia ser



¿Quién os lo ha dicho, caballero?

guiendo el tono de la pregunta, sé todo lo que vos sabeis.

Detúvose, no pudiendo decidirse á hablar mas claro á una muger, cuya clase le imponia aun mas que su virtud.

—¿Y qué sabeis que yo sepa y no os atreveis á decir? repuso con altivez Mad. de Cerny... aun mayor que el mio, la primera noche de vuestras bodas.

Ocultó Anita la cabeza entre sus manos dando un grito, y en el momento mismo se abrió la puerta de aquel delicioso retrete, y se presentó Mr. el conde de Cerny.

Digitized by Google

LVI.

EL ESPOSO.

Llevaba en la mano dos pistolas.

Estaba pálido, temblando, inmóviles los ojos y clavados en el baron, á quien dijo con enconado acento:

—¿Quién os lo ha dicho, caballero?

Difícil es pintar el asombro de Luizzi y el terror que se apoderó de él viendo presentarse armado de esta suerte al conde de Cerny. Seguramente si se hubiese encontrado en casa de algun villano de quien hubiese descubierto algun crímen abominable, no hubiera temido tanto verle precipitarse á los mas odiosos escesos para evitar el cadalso como ese magnate para huir del ridículo.

No sabiendo que responder Luizzi á semejante interpelacion, y no permitiéndole su vanidad demostrar la menor flaqueza delante de un hombre de su rango, volvióse friamente á la condesa, diciéndola:

—Segun esto, habiais preparado semejante alevosía.

Pero el espanto de la condesa, mejor que sus respuestas, le demostró que era para ella igualmente sorprendente la aparicion del conde.

—¡Vos, vos aquí! esclamó ella dirigiéndose á su marido.

—Yo, yo, respondió el conde; en casa de la Marignon he sabido el calor con que el caballero ha tomado la defensa de Mad. de Carin, y me han dicho el interés que ha puesto en tranquilizaros, y me ha tentado la curiosidad, ni mas ni menos que á vos.

—¡Y bien! dijo el baron.

—¡Y bien! repitió el conde, mi curiosidad no está satisfecha todavía.

—Ni puedo satisfacerla.

—En tal caso la señora lo hará por vos, caballero.

—¡Yo! respondió la condesa.

—Vos, señora, repuso el conde, pasando los cerrojos á las dos puertas que conducian al retrete.

—Sobrado habreis oido mi ansiedad y mis preguntas, dijo la condesa.

—Tambien he oido la contestacion del señor de Luizzi; sabe, ha dicho, lo que os dije yo en la primera noche de nuestras.... de nuestras..... en fin, la noche de nuestro casamiento. Un secreto tal como el mio puede á lo mas adivinarse; pero una circunstancia tal como la que ha revelado, debe haberle sido confiada. Estábamos solos entonces, señora, y no he sido yo quien he hablado á nadie de nuestra conversacion.

—Caballero, esclamó la condesa, el modo como he preguntado al baron, ha debido haceros conocer....

—Que no hicisteis á él semejante confidencia, cosa que no dudo; pero seguramente la habreis hecho á otro: y diciéndome vos a quien lo dijísteis, y el señor de quien lo supo, tal vez podré descubrir el conducto por donde ha pasado.

—Por mi alma os juro, dijo Anita, que ninguna palabra mia ha podido nunca hacer sospechar....

—No desmintais la evidencia, señora, respondió el conde con mal comprimido furor que estalló de golpe; supuesto que sabe el señor lo que ha pasado entre vos y yo, uno de los dos se lo hemos dicho.

—Y en fin, interrumpió Luizzi, ¿y qué quereis?

—¿Luego no me habeis entendido? esclamó el conde. ¿Habeis dicho que era impotente? pues si lo soy para dar la vida, no he de serlo para dar la muerte.

—¡Un asesinato! prorumpió la señora de Cerny levantándose asustada.

—No, señora, repuso amargamente el conde; una venganza una venganza que la ley ha previsto y que autoriza en cierto modo. Encuentro con mi muger á un amante, y le mato.

—Estos son dos crímenes abominables, esclamó la condesa: matais á un hombre y deshonrais á vuestra esposa..... pero será fuerza que tambien me mateis á mí porque vengaré á mi vez el asesinato que habreis cometido.

—En este caso seguiréis ambos la misma suerte, respondió amargamente el conde; ambos. ..

—Es imposible, respondió la condesa fuera de sí, mientras permanecia Luizzi anonadado y mudo; es imposible, se oirán nuestros gritos, acudirá gente, y no podreis matarnos tan de golpe á entrambos, que uno de los dos no pueda gritar.

—He procurado antes que todos los de la casa estuviesen fuera.

Al cabo de un momento de silencio, añadió:

—He previsto vuestra resistencia, y nada puede salvaros.

Hablando de esta suerte, retrocedió un paso y se apoyó contra la puerta para prevenir toda fuga y procurarse el tiempo necesario para asegurar sus tiros.

—Caballero, añadió la condesa, mientras preparaba su marido las pistolas, es un crímen horroroso para el cual no hay escusa ni perdon.

—Es un crímen nacido solamente de vuestra traicion.

—¿De qué traicion hablais? Soy inocente, os lo juro; inocente de toda traicion, pues he respetado el nombre que me dísteis.

—Si, dijo el conde con sarcasmo, en todo cuanto se me habia hecho indiferente.

—Os entiendo, respondió la condesa horrorizada, y no me recordeis lo que otras veces os habeis atrevido á decirme; aquel fué vuestro primer crimen, y desde el dia en que os atrevísteis á hablar de aquel modo á vues-

Digitized by Google

tra esposa, debia esperar que completáseis con un asesinato tanta infamia.

Encogióse de hombros el conde con sonrisa de desprecio, y repuso con tono satírico:

—Ea, pues, señora, no hagais el papel de hipócrita fuera de tiempo. Os he dicho y quiero repetirlo delante de este caballero, porque tambien él debe saberlo, os he dicho que queria ser generoso con vos; que no tenia encadenada vuestra existencia con la de un cadáver, y que sabria soportar sin venganza lo que llama el mundo afrenta y que reputaba yo consuelo; os dije que escepto el escándalo, que jamás permitiria, seria sufrido para permitirlo todo, todo: resignándome de antemano á una suerte que muchos solo aceptan una vez consumada. Os lo dije, obedeciendo tal vez á una locura de amor, única que me fuese permitida, pero no á impulsos de una infamia.

Guardó silencio un momento, y repuso de pronto.

—¡Pues bien! renuevo ahora la proposicion que hice.

—¿Qué quereis decir? interrumpió la condesa.

—Vamos, señor de Luizzi, esclamó el conde, lindo señor de Luizzi, que dirigis á las mugeres tan tierno lenguaje, y que con tanto talento haceis resaltar las desgracias de un marido; aqui teneis una que os entrego, para que la consoleis.... es hermosa, jóven, llena de atractivos. ¡Pues bien! os la entrego, sed enhorabuena su amante, y os perdono á entrambos, á vos, porque os creo capaz de perpetuar un nombre que va á estinguirse conmigo, y á ella, porque tendrá que guardar el secreto de una falta que deshonra.

Cayó Anita en el sofá cubriéndose con ambas manos la cabeza, y Luizzi respondió:

—En verdad, caballero, no creia que fuese posible aumentar vuestra infamia..... esa innoble chanza....

Volvióse pálido el conde á esta respuesta, pero encontró su nueva rabia en el pecho.

Nada puede espresar la rabia de Luizzi delante de una pistola; por otra parte, lo que le sucedia estaba tan distante de la situacion en que se hallan durante sus conquistas los hombres, que estaba asombrado y lleno de terror: al fin, no sabiendo que decir, esclamó:

—¡Aqui! ¡aqui! apuntad al corazon; acabemos, matadme pronto, que teneis mucho interés en no errar el disparo.

Diciendo esto se puso de frente al baron para recibir mejor la bala, y con el movimiento cayó en el suelo el zapato del diablo que llevaba oculto.

Maquinalmente puso en él los ojos el conde, y fuese que le admirase en realidad, ó que encontrase pretesto para retroceder delante de un crímen que á pesar suyo le espantaba, continuó con satírico tono:

—¡A fé mia que no he visto una cartera mas singular!.....

A su vez creyó Luizzi que era este accidente un socorro inesperado del diablo, y tranquilizándose un poco, respondió con tono no menos indiferente:

—Una cartera que encierra terribles secretos y que acaso descubrirá algun dia el atentado que va á cometerse aqui.

—¿Encierra acaso el secreto que habeis confiado á la señora? preguntó el conde con el mismo acento satírico.

—En verdad que sí, respondió Luizzi, pues es el zapato del que me lo descubrió, y que hace poco acaba de dejarlo en mi coche.

Cogió el conde precisamente el zapato y le examinó con atencion.

—Es de un pie delicado, dijo, y pocos hombres podrian calzárselo.

—¡Lo creo muy bien! repuso mas animado Luizzi.

Clavó el conde rápida mirada á los pies del baron como para comparar el zapato con su calzado; pero reconoció al parecer que no podia ser de Luizzi, y murmuró en voz lenta y baja como hombre á quien viene una idea que por momentos le va alumbrando:

—Pocos hombres hay, en efecto, capaces de llevar semejante calzado; pero uno sé yo que tiene fama de poseer elegante pie, y ese hombre será el único tal vez á quien una muger se atreviese á confiar un secreto tal sin temor de faltar á sus deberes. Este quizás seria tambien mas infame que otro cualquiera si le hubiese descubierto; ese hombre....

Hablando asi, volvia el conde de todos lados el zapato, cuando de repente lo acercó á la luz y vió un nombre escrito, como acostumbran tenerlo muchos en la suela del zapato.

—¡El es!.... ¡el abate Molinet! ¡es de vuestro director, señora!

—¡El abate Molinet! esclamó la condesa; jamás, os lo juro.

—¡Oh! no mintais, contestó el conde con severo tono; no destruyais con juramentos inútiles el único medio que os queda para que os perdone. ¡Un sacerdote ser traidor al secreto de la confesion! Mas él es capaz de todo; el desórden que ha puesto en la casa de Mr. de Arnetai prueba todo cuanto es capaz de indagar. Empero, en verdad, señor, creia yo que solo la necedad de una muger tal como la de Arnetai, era capaz de dejarse dominar de esta suerte.

Miraba la condesa á Luizzi con un asombro que éste comprendia muy bien, pero que no podia ni queria esplicar. Creia con efecto, entreveer cuán posible era que la rabia del conde se volviese contra otro, y en el inminente riesgo en que se encontraba, no se juzgaba tan generoso para sacrificarse por un inocente, á quien seguramente sabria defender el diablo, puesto que le habia comprometido.

Digitized by Google

Guardaba en esto el conde un silencio terrible: pero al fin, mirando al baron y á la condesa, dijo:

—¿Segun esto, sois tres los sabedores de ese secreto? En este caso siempre serán dos víctimas, porque á vos, señora, os perdono. Sois devota, y no habiendo podido vencer en vos esta propension, tampoco puedo culparos por ello. Pero tocante á vos, señor de Luizzi, es forzoso morir.

Esta palabra destruia completamente todas las esperanzas del baron; con lo que le volvió la energía de un hombre de honor, y respondió friamente:

—En este caso aborrad un crímen inútil, supuesto que no conozco al abate Molinet, ni es él quien me ha confiado vuestro secreto.

—¡Miserable y tardía salida! dijo el conde; vuestra respuesta ha sido demasiado franca; hace un momento estaba en vuestro coche, y se dirigia sin duda á casa de la de Arnetai, que vive á dos pasos de aquí..... Ademas, pronto estaré informado.

—Idselo, pues, á preguntar, señor conde, dijo el baron.

—No, caballero, no se lo preguntaré; he de ser mucho mas diestro; porque os juro, y voy á probaros, que hubiera sido un escelente juez instructor. No se olvida tan fácilmente un zapato en un coche, á no ser por una circunstancia que esté en armonía con las costumbres provinciales del abate. Como no tiene pingüe patrimonio, hace á pie sus visitas de etiqueta, resultando de aqui que lleva calzado para el lodo, y otro muy lindo que se pone en el acto de subir á alguna casa. Voy á ver á Arnetay, donde encontraré sin duda al abate; si no le hallo, vuelvo á su casa á devolverle de parte vuestra ese zapato. Su turbacion me dirá lo que debo creer; en seguida sabré hacerle hablar, y si es cierto lo que me habeis dicho, sé pronunciar irrevocablemente su sentencia, ni mas ni menos que la vuestra, señor baron.

—¿Habeis olvidado la mia? interrumpió la condesa. Poned atencion, señor conde, á lo que os digo. Si cometeis semejante crímen, os acusaré en alta voz, donde quiera que fuere, os lo juro delante de Dios.

—¡Y bien! vuelvo á deciros que sufrireis su misma suerte.

—¡Que me place! caballero: matadme, esclamó la condesa; pero no quiero dejaros en un error que podria adormeceros. Cometidos tres asesinatos no habreis hecho nada todavía: no sé quién ha divulgado el secreto al baron; mas no puede ser el abate, porque lo he confiado á otro.

—¿A quién? ¡desgraciada! prorumpió furioso el conde.

—A un hombre á quien amo; á un hombre que adivinará por qué me habeis muerto, y que me vengará, señor conde.

—¿A un amante tal vez? dijo Mr. de Cerny

—Si.

—Mala astucia, señora, que no me hareis creer, continuó tranquilizándose el conde: no, no; el hecho se esplica muy claramente: de vos al abate, del abate al baron, no hay mas intermediario; solo á tres tengo que imponer silencio.

Esta prolongada discusion habia producido en los actores de esta singular escena bastante agitacion: de manera que los tres estaban distantes del punto de exaltacion con que habian comenzado.

Luizzi no pensaba ya en la generosa resolucion que le movió á incitar al conde á que le matase. Abatida la condesa á causa de las sensaciones fuertes que habia esperimentado, cayó sobre el sofá, donde tan hermosa estaba poco antes: y Mr. de Cerny, junto á la puerta del retrete, no esperimentaba el furioso trasporte, que en ciertos momentos podria haberlo impelido á ejecutar su horroroso proyecto.

Pero, á medida que disminuia su ira, adelantábase la reflexion para irritarle de nuevo: con efecto, no trataba él sino de evitar un ridículo cuyo temor le habia compelido á tan espantosas amenazas; estas mismas eran las que debia suavizar en cierto modo, despues de lo que habia dicho: Luizzi y la condesa no podian salir del retrete. Atormentaba esta idea al conde; pero sin decidirse á tomar la resolucion violenta que habia demostrado, veíase reducido al horrible conflicto de matar por necesidad y no por encono, cuando encolerizado contra sí mismo probó si podria dominarse con clamores y movimientos desordenados.

—Vamos, baron; vamos, señora; ya que lo quereis, terminemos.

Diciendo estas palabras apuntó al baron, el cual dió aterrado un paso atrás despidiendo un grito.

—¡Ah! ¿teneis miedo? dijo el señor de Cerny, no pudiendo cegarse hasta el punto de cometer el crímen y procurando evitarlo de todos modos.

—¡Miedo! repitió el baron, viendo su primer impulso de flaqueza: no, señor conde; pero hay peligros á los cuales no está preparado nadie: tal es un asesinato premeditado cobardemente.

—¡Pues bien! repuso el conde, todavía podeis salvaros entrambos; lo que hace poco os decia, podeis hacerlo.... de un modo que me satisfaga: ved ahi cómo. La señora os escribe algunas de esas cartas que se envian á un amante, cartas de distintas fechas, ¿lo ois? vos escribireis en contestacion, de manera que vuestras respuestas prueben que ella os ha pertenecido. Quiero una verdadera correspondencia de dos amantes dichosos; y en fin, me dirigirá cada uno de vosotros una á mí, diciéndome que me entregais la correspondencia, reconociendo que á los dos he perdonado la vida; al uno como á un cobarde, y á

Digitized by Google

la otra como muger deshonrada. Cuando tenga yo en mi mano estas pruebas podreis vivir, y os daré libertad para que salgais de aqui si os place.

—¡Jamás! esclamó el baron.

—No mas discusiones, dijo arrebatadamente el conde: una hora os doy para meditarlo y consentir en lo que os pido. Si durante este tiempo no habeis hecho lo que exijo, será señal de que preferís la muerte. Tocante al abate Molinet, añadió tirando el zapato, sé un medio seguro para imponerle silencio.

Salió diciendo esto el conde, dejando frente uno de otro á la condesa y al baron.

LVII.

LA NOVELA DE UNA HORA.

Apenas se hallaron solos, cuando se levantó la condesa, pasó un cerrojo que cerraba por dentro la puerta, y se volvió hácia Luizzi; notábase en su semblante una determinacion loca y terrible, y colocándose delante de Armando, le dijo:

—Y bien, señor baron, ¿qué pensais hacer?

—En favor mio, nada, señora; si puedo serviros, todo.

—Esto no es responder, caballero; uno ni otro nó podemos salvarnos sin que el honor de entrambos se resienta. No podemos salir de aqui sin que vos paseis nota de cobarde y yo de prostituta. ¿Quereis sacrificar vuestro honor?

—¿Osaríais sacrificarme el vuestro?

—No se trata de mí: la posicion es muy desigual: yo no puedo ya vivir ó morir mas que deshonrada; mi marido no puede ejecutar impunemente el crimen que medita, mas que acusándome de un adulterio, que dirá haber castigado por medio de un asesinato cometido bajo la proteccion de la ley. En cuanto á vos no os deshonrará la muerte... para vos no será un oprobio el haber sido mi amante.

No respondió al principio Luizzi, porque se confundian en su cabeza las ideas que su situacion le hacia concebir.

—Respondedme, dijo la condesa: ¿quereis escribir esta carta?

—No, interrumpió Luizzi, nó; no quiero comprar mi vida con vuestro honor.

—Decid con el vuestro propio, repuso Anita mirando fijamente al baron.

—Como os plazca, señora; no compraré mi vida á costa de mi honor.

—Forzoso será morir, dijo Mad. de Cerny inclinando la cabeza; morir inocente... inocente y deshonrada.

Miróla el baron echada en el sofá y pintada la desesperacion en su semblante: nunca le habia parecido tan hermosa. Entonces acercóse á ella y le dijo:

—La vida y la muerte son para vos lo mismo... escoged, en su consecuencia.

Clavóle penetrante mirada la condesa, como para descubrir si el corazon de Luizzi hablaba por su boca: levantóse en seguida, y le respondió lentamente cual si hubiese querido que comprendiese bien todas sus palabras:

—¿Obedecereis mi voluntad sea cual fuere la eleccion que yo haga, caballero?

Vaciló el baron, pero respondió al fin con energía:

—Obedeceré.

—Escribamos, pues.

—Escribamos, repitió Luizzi dando un suspiro y turbado de tal suerte, que en verdad no sabia si era por su bien, ó por el de la condesa por lo que tomaba tan cobarde determinacion.

—Vamos, dijo la condesa sacando una escribanía, escribid, puesto que no creo yo que una muger comience una correspondencia amorosa.

Sentóse Luizzi delante de una mesa y tomó una pluma; pero en vez de escribir se puso á meditar.

—Y bien, caballero, dijo la condesa, ¿os negais á salvarme?

—No, dijo Luizzi, no.... mis palabras imprudentes os han perdido; mi infernal curiosidad, repuso vivamente, ha originado esta catástrofe... Debo, pues, salvaros, supuesto que quereis vivir; salvaros á costa de mi honor, porque es una condicion del destino fatal que me persigue: cúmplase, dispuesto estoy.

Tomó entonces la pluma y escribió rápidamente la palabra «Señora;» pero no pudo pasar de este esfuerzo de imaginacion, pues no le acudió ninguna de esas melífluas frases con que se habia divertido tantas veces, y se puso á meditar de nuevo mirando á la condesa. Habíase sentado ésta delante de él, junto á la mesa, añadiendo el terror de su situacion á su natural hermosura una espresion de entusiasmo que absorbió las miradas de Luizzi. Contemplóla por algunos momentos, y admiró en silencio esa noble y celestial figura tan graciosa y risueña unos momentos antes, como pálida y anonadada despues.

Pensó entonces que tan triste mudanza podia ser dentro de poco mucho mas horrorosa, y que si vacilaba por mas tiempo, esa muger tan jóven y tan hermosa seria pronto un cadáver frio y ensangrentado: al momento tomó la noble determinacion de salvarla, porque, fuerza es confesarlo, en aquel momento se olvidó completamente de sí mismo, é inventando en su mente la situacion de un hombre que ha visto á una muger que llenó de homenages y se decidió por fin á declararse, escribió al instante la siguiente carta:

«Señora: peligros hay contra los cuales la mas pura virtud no puede servir de escudo á una muger, supuesto que hay delirios que no puede prevenir toda modestia. Cuando una muger, sin quererlo, inspira amor, preciso es

Digitized by Google

que se resigne á oir una declaracion: si esta le parece una ofensa, y se resiente por ello, debe pensar que entre el orgullo que se irrita y el corazon que ama, debe la piedad declararse en favor de la pena mas cruel y perdonarla. Luego debeis perdonarme, señora. Ademas, lo que me atrevo á escribiros no es nuevo para vos; el amor mismo cuando es mudo lleva consigo una conviccion que persuade á una muger, y conoce que es amada mucho tiempo antes de que se lo digan: es un lenguaje de corazon á corazon que no puede ella desconocer. La que envanecida da oidos á los lisonjeros homenages del mundo, puede engañarse fácilmente; pero la que como vos es cándida en sus emociones, en medio de las mas graves preocupaciones sociales, no puede equivocarse en punto al sentimiento que inspira. El alma tiene tambien oidos para escuchar la voz de otra, y la oye á pesar de todo. En verdad, señora, que no podreis negar vuestra estimacion á un hombre que idolatraria á la mas hermosa y noble imágen, y se postraria de rodillas delante de la mas perfecta criatura. ¿Podré ser culpable porque sois vos esta celeste imágen, esa obra perfecta, y porque doblo mis rodillas á vuestros pies? No seria justo esto; la justicia, ni mas ni menos que la hermosura, es una de nuestras dotes, porque ambas vienen del cielo. Luego me perdonareis, y correspondereis á mi amor.

ARMANDO DE LUIZZI.»

Cuando hubo el baron concluido esta carta, la entregó á la condesa, la cual clavados en él tristemente los ojos mientras la escribia, parecía compadecer á ese hombre á quien habia puesto en la terrible alternativa del deshonor ó la muerte. Tomó Anita la carta y la leyó rápidamente: volvió despues á principiarla, y asomó á sus labios una tierna y triste sonrisa mientras decia al baron:

—Hé aquí una cosa bien dolorosa, caballero: bastante á disipar muchas ilusiones.

—¿Por qué, señora?

—Porque es fuerza conocer que un hombre puede hablar siempre á una muger de un amor verdadero; preciso es confensar que lo que en este momento es para vos una necesidad terrible, puede ser una diversion en horas de sosiego y de placer.

—No creais tal, señora: al escribir estas líneas, no diré que sintiese el amor de que hablo; pero me preguntaba á mi mismo de qué manera se os deberia amar si me atreviese á quereros.

—¡Lo sentís de esa manera! dijo la condesa mirándole.

—Sí, señora: y si en esta carta no hay palabras bastante esplícitas y respetuosas á la vez, que espresen el sentimiento que debeis inspirar, perdonadlo á la turbacion que demasiado podeis comprender.

—Si, si, respondió Anita suspirando; noble sois y bueno para conmigo, caballero; sacrificais vuestro honor á la debilidad de una muger asustadiza; ¡ah! creed que os lo aprecio en el fondo de mi corazon.

Detúvose, asomando trémula lágrima en sus párpados, y añadió esforzándose:

—Ha llegado mi vez, caballero, y es preciso que conteste á vuestra carta.

Volvió á leerla, y escribió, mientras la contemplaba Luizzi con el mismo sentimiento de tristeza, echándose interiormente la culpa de haber, con su imprudencia, perdido á aquella muger, y reputándose causa de aquel llanto que no siempre tenia ella tiempo de enjugar. He aqui lo que estaba la condesa escribiendo:

«¿Me amais, caballero? harto bien lo decís para que no os dé crédito, y harto lo creo yo para poderoslo negar. Conozco y siento que esa declaracion de vuestro amor sea una falta, porque confesar que una muger inspira amor es decir que no se admira ni se resiente; es aceptarle, aun cuando no sea posible corresponder: es creerse digna de él cuando debia ser ingrata: es reclamar un culto cuando deben desoirse las súplicas; es, en fin, ser injusta, cosa que no quisiera ser para con vos. Olvidadme, pues; olvidadme eternamente, y entonces recordaré para siempre que me habeis amado y que no habeis querido ser correspondido.

ANITA DE CERNY.»

Tomó Anita la misiva y la entregó á su vez al baron, diciéndole con tierna sonrisa, que daba á su semblante una melancolía agradable.

—Muy aprisa voy en esta carta, y digo mucho mas de lo que deberia decir una muger, aunque sintiese realmente lo escrito; pero no estamos nosotros para prolongar mucho la lucha del sentimiento: leed.

Dos veces leyó la carta el baron como lo habia hecho la condesa, y dijo despues con triste sonrisa:

—¿De qué os quejais, pues, señora, diciendo que los hombres pueden solazarse con la espresion de los mas tiernos sentimientos? ¿Creeis que cuando la desesperacion ha podido dictaros esta carta, no ha de ser sensible pensar que una coqueta habria podido escribirla á un hombre que la amase sinceramente?

—No creo, respondió candorosamente la condesa, que hubiese podido una coqueta escribirla de ese modo; porque á la manera como lo hicisteis vos, he preguntado á mi corazon, antes de tomar la pluma, qué és lo que hubiera yo sentido si hubiese sido tomada del modo que espresásteis; mi carta ha sido la fiel respuesta de mi corazon.

—¡Oh! ¡asi! ¿hubiérais contestado si mi amor hubiese sido verdadero? esclamó el ba-

Digitized by Google

ron devorando con sus miradas aquel rostro encantador, tan sublime en su tristeza y tan resignado en su dolor.

—Creo que si, ciertamente, respondió la condesa; ¿mas qué importa? Acabemos luego esta dolorosa novela. A vos os toca ahora, caballero.

Tomó el baron la pluma, pero esta vez no se detuvo en meditar; sino que escribió rápidamente como quien escucha á su corazon y le deja hablar.

Siguió la condesa atentamente las profundos agitaciones del semblante de Armando, puesto que en él aparecian trazados los varios sentimientos que le animaban. Parecia tan candorosa esa espresion involuntaria, que Luizzi fingia esperimentar, que cualquiera la hubiera reputado verdadera: por esto la condesa, cuya mirada no perdia ninguno de sus movimientos, no esperó á que le entregase la carta, antes le dijo al concluir:



Escribió, mientras la contemplaba Luizzi con el mismo sentimiento de tristeza.

—Veamos, veamos, y tomando la carta, vió que decia asi:

«Señora: ¿Qué es lo que pedís al que os

Digitized by Google

ama; cuando solo vuestra presencia y el hallarse á vuestro lado le encanta y le turba; cuando el veros graciosa y bella, como os mostrais para todos, basta para que penetre en su alma el amor mas puro y mas rendido? ¿De qué modo quereis que os ame cuando levanteis á sus ojos el impenetrable velo trás del que se ocultan los puros é inocentes atractivos de vuestra alma, y cuando despojándoos por un momento delante de él de ese deslumbrador encanto que os rodea siempre, le dejeis entrever los desconocidos y misteriosos hechizos que dejan muy atrás todas las ilusiones? ¡Oh! ¡es digno de ello, señora, aquel á quien abrís vuestro pecho! Yo delante de vos vacilante y trémulo, temo no poder amaros como mereceis, cuando apenas os amaba lo bastante respecto á lo que conocia de vos. Si, cuando os amaba con toda mi alma, creia que no podriais exigir mas, pero descubro ahora que solo á una parte de vos misma he rendido mi corazon. A un tiempo habeis sido sobrado compasiva y cruel conmigo; habeis obrado á semejanza del ángel de la belleza que pasa cubierto por delante de un miserable mortal. A su magestuoso porte, gracioso ademan y tranquilo paso, paga éste un trihuto de admiracion; pero si al pasar, descubre el ángel parte de su rostro, el hombre se pregunta, ¿con qué homenage saludará á aquella belleza celestial, á quien ni siquiera se cree digno contemplar? Inclínase entonces y le adora. Esto es lo que debo tambien hacer yo, porque la carta qme me habeis escrito, es el entreabierto pórtico del santuario, es el ropage que mueve el viento, es el velo que se levanta, es vuestro corazon cuya luz y belleza he entrevisto. ¡Oh! perdonadme si no os amo mas de lo que os amaba, supuesto que nadie puede hacer mas que dar su corazon y su vida. Solo una vez puedo morir por la que amo; pero la puedo amar mas de lo que al alma le es posible soportar.

Armando de Luizzi.»

Cuando hubo la condesa leido esta carta puso su mano en su corazon como para contener sus latidos, y haciendo un esfuerzo para sonreirse con su emocion, dijo:

—Loca es esta carta, caballero; no se escriben como esta en el mundo, y no dariais con ella mucha verosimilitud á la novela que escribimos.

—Es que tal vez, señora, no es ya á la muger imaginaria á quien escribo con afecto ilusorio; es que tal vez, me dirija realmente á vos, porque en esta carta digo verdad; sé de vos lo que el mundo ignora; sé cuánta nobleza y energía encierra vuestra alma; que ninguna muger merece como vos tanta adoracion y respeto de los hombres, y que ninguno de estos puede idolatraros demasiado. Loca puede ser, decís bien, la espresion de este sentimiento; pero es sincera, y procede de mi corazon; os lo juro, pues es cosa de que debeis estar bien persuadida.

—Quisiera daros las gracias por la buena opinion que os merezco, Mr. de Luizzi, respondió la condesa dirigiéndole una mirada, ni mas ni menos que como se tiende la mano á un amigo; pero nos falta tiempo y es necesario escribir, añadió sollozando.

Tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Gracias os doy por vuestro aprecio, caballero; gracias por ese sentimiento que escede al mismo amor, no porque crea merecerle como decís, sino porque me reputo dichosa con haberle inspirado á un hombre como vos, aun cuando os engañeis. No soy yo el ángel de la belleza, porque vos no me conoceis enteramente, escepto en las dolorosas heridas que me atrevo á manifestaros. El santuario de mi alma no despide esa deslumbradora luz que vos decís, y quizás penetrando en él os admirariais de saber que es templo de luto y asilo de desesperacion. Entonces conoceríais por qué os agradezco vuestro amor: conservadle tal como es, bueno é indulgente para conmigo, noble y generoso como vos mismo.»

Escribiendo esto, corrian de los ojos de Anita abundantes lágrimas, que de vez en cuando enjugaba para tomar de nuevo la pluma y continuar.

—Leed aquí, dijo con voz entrecortada, lo que respondo: ¡oh! ¡no me siento con fuerzas para continuar ese juego terrible!

—No olvideis que va en ello vuestra vida.

—¿De qué me servirá haber conservado una vida sin honor y sin amor?

—Ocultó la condesa su semblante y sus lágrimas entre sus manos, mientras leia Luizzi su carta. Cuando hubo terminado, miróla éste, y la vió abismada en su desesperacion: sentándose entonces Armando, con estraño movimiento de determinacion repentina, escribió ligeramente:

«Os he comprendido bien: esa existencia que en el mundo reputa tan serena y feliz, será tal vez una larga série de tormentos sufridos con valor! Vuestra calma, que ha sido acusada de frialdad, seria solo la máscara risueña que cubre el pesar y la desesperacion! ¡Seria cierto que ese amor que siento hácia vos, amor mas verdadero y fuerte de lo que os he dicho, haya de ser para vos un consuelo! ¡Oh! si pudiese yo prometermelo; ¡si me atreviese á creerlo! ¿cómo os ahorraria esos dolores que sufrís y esos peligros de que os veis rodeada?... Una palabra, Anita; una sola palabra y os salvaré: comprendedme, os lo ruego. Por grande que sea la desgracia que os amenaza, puedo arrancaros de ella atrayéndola sobre mi cabeza. Si necesitais mi honor, vuestro es, ya lo sabeis... Si necesitais mi vida, vuestra es, y puedo no perderla sin que os proteja. Ahí la teneis, pues; ahi la teneis, tomadla, que harto bien pagada me será si

Digitized by Google

debeis decirme antes que me empeñe en una lucha mortal:

«Armando, mucho amaré tu memoria.»

Anita lloraba todavía cuando hubo Luizzi concluido su carta.

—Leed, leed bien, le dijo el baron con suplicante voz.

Al principio recorrió Anita la carta sin poder leerla; enjugóse despues los ojos y volvió á leerla lentamente con atencion profunda; cuando hubo concluido, clavó en el baron ávida é indagadora mirada, y le dijo con un acento en que se traslucia la alegría al través del llanto:

—¿A quién debo responder, Armando?

—¡A mí, Anita! esclamó Luizzi cayendo de rodillas á sus pies.

—¿A vos, Armando, no es verdad? ¿á vos, aqui, y en tal hora?

—¡A mí, señora, á mí, que moriré para salvaros!

—¡Pues bien, Armando! esclamó Anita, voy á responderos: no; no amaré vuestra memoria, porque os amo á vos.

—¡Oh! prorumpió el baron tomando todas las cartas y destrozándolas en un arranque de heróico orgullo; venga ahora el conde; tendrá que asesinarme diez veces antes que os toque á vos, Anita!

—¡No, Armando, no; si mueres, moriré tambien! respondió la condesa, cuyo semblante denotaba una profunda emocion; ¡moriré deshonrada para todos, é inocente nada mas que para tí!...

Detúvose, y clavando en Luizzi altiva y brillante mirada, añadió:

—Culpable solo para tí, si quieres.

—¡Anita! esclamó el baron estrechándola contra su pecho; ¿es verdad lo que dices?

—¡Si, si, si!... repuso ella con moribundo acento; tuya soy.... tuya.... tuya.... porque te amo! Decia esto ocultando la cabeza entre sus manos, aproximándose loca hácia el sofá donde tan hermosa y apacible estaba una hora antes.

Cayó sobre él ocultándose siempre el rostro con ambas manos.

—¡Oh! ¡esta luz! esclamó.

Luizzi quiso soplar la bugia que ardia en la lámpara de cristal, pero no pudo apagarla? y mientras que Anita ocultaba su rostro entre los cogines para ocultar su falta, el baron distinguió el zapato del diablo. Lo cogió al momento y lo puso sobre la bugia á guisa de apagador.

Fué aquella una noche infernal, y el zapato del diablo bailó sobre la bugía.

LVIII.

CAPITULO DE NOVELA.

Mientras pasaba esto en el gabinete, retiróse el conde y pensó por mucho tiempo en el horroroso proyecto á que le habia impelido el temor del ridículo, que es mas poderoso de lo que se cree, puesto que hay hombres que han preferido suicidarse antes que soportarlo.

A sus solas, no obstante, reflexionó mas á sangre fria en la accion que se habia creido capaz de cometer, y reconoció que habia confiado sobradamente en sus fuerzas. Con todo, debia buscar un desenlace para esta escena: no podia abrir á sus dos prisioneros y darles entera libertad, á menos que hubiesen escrito las cartas que les habia pedido; y no se conocia bastante resuelto para obtener, por medio de un crímen, un silencio que sin duda era el único seguro.

Buscó, pues, otro medio para el caso en que Luizzi y la condesa se hubiesen negado á escribir la supuesta correspondencia amorosa; y á fuerza de meditar hizo un raciocinio muy sencillo, á saber: que si uno y otro eran fuertes para preferir la muerte á una villanía, débia en su pecho existir un principio de honor en el cual podia sin zozobra descansar.

Unicamente no atinaba en la manera de aprovecharse de esta circunstancia; mas en fin, despues de haber inventado los mas estravagantes medios, halló el de mas sencilla ejecucion para salir de aquel mal paso y apurado compromiso.

Consistia en reconocer francamente la firmeza de la conducta del baron y de la condesa, y felicitarles por ello cómo personas que creia muy capaces de semejante proceder; pero que habia querido hacer una prueba que le tranquilizase completamente. Debia añadir despues que descansaba en su honradez, y que no les pedia otra garantía que su palabra.

En efecto, habia el conde preparado un discursillo para el caso, y esperaba impaciente á que hubiese trascurrido la hora. No quiso, sin embargo, adelantar el plazo, ya porque queria conservar delante de sus prisioneros el aire de resolucion implacable que habia tomado, ya tambien porque no habia aun perdido la esperanza de que escribiesen las cartas que debian comprometerlos; garantia mucho mas segura que la otra.

Ultimamente, cuando hubo dado la hora, armado con sus pistolas, bajó no muy gustoso con el papel que iba á representar: si llevó armas fué solo porque previó que podian salir burladas todas sus combinaciones, y empeñarse una lucha, en cuyo caso aceptaba siempre el asesinato como último recurso contra su muger y el baron.

Hacia tiempo que todos dormian en la casa, cuando atravesó el conde todos los aposentos que conducian al retirado retrete de su muger. Llega á la puerta, escucha y nada oye; supone que abismados el baron y la condesa en la desesperacion, están guardando un profundo silencio. Mas que nunca contó el conde

Digitized by Google

con el buen éxito de su aparicion, y, pistola en mano para obtener de los presos lo que quisiese, dió vuelta á la llave; pero la puerta resistió, no sin grande admiracion de su parte.

Entre las sencillísimas ideas que habian ocurrido á Mr. de Cerny, no pensó en que los presos cerrasen por dentro para defenderse; y en un movimiento de indignacion por tan imprevisto obstáculo, esclamó:

—Abrid.

Nadie respondió, y el conde dió fuertes golpes á la puerta para derribarla; parecia, empero, muy asegurada por dentro, y encolerizándose mas y mas cuanto mayor era la resistencia, daba golpes á la puerta como furioso, ya con el pie, ya con el mango de las pistolas.

Muchas casas hay en París en las cuales retirados los criados á sus aposentos, ó de servicio en la antecámara, pueden impunemente oir golpes en las puertas, voces amenazadoras, rodar los muebles, caer espejos, romperse los cristales y volar la porcelana por la ventana, sin entrar en cuidado, contentándose con decir:

—El amo anda de esplicaciones con la señora.

Y á guisa de discretos, indulgentes y bien educados sirvientes, dejan en paz rugir la tormenta y cebarse en los muebles el rayo; y á la mañana siguiente van á recoger los destrozos, procurando que desaparezca algun objeto precioso que se reputa haber perecido en la contienda, y que va á sepultarse en el fondo de una maleta, ó en la tienda de los mercaderes *de lance*.

Fuerza es confesar, no obstante, que la casa del conde de Cerny no estaba acostumbrada á tan escandalosa escena, puesto que todo tenia en ella un aire grave y arreglado; de suerte que cuando oyeron los criados aquel repiqueteo, creyeron que les sucedia algo al señor conde ó la señora condesa, ó que era cosa de incendio, de ladrones, ó quien sabe... y casi desnudos acudieron algunos en el momento en que el conde, despues de increíbles esfuerzos, destrozó la puerta y penetró en el retrete, echando á rodar los muebles que trás de ella habian colocado.

Hallóse en la mas profunda oscuridad, y esclamó rabioso en grado inminente.

Vió en este momento aparecerse á la puerta una sombra, y mas rápido que el rayo, echóse encima disparando una pistola; oyo que caia un cuerpo y que daban un alarido, y una voz que no era del baron, ni de la condesa, se puso á gritar:

—¡Socorro! ¡socorro!

Era la voz del ayuda de cámara del conde. En el frenesí que le cegaba buscó éste todavía en la oscuridad á sus prisioneros, resuelto á hacerles pagar cara la sangre que habia derramado. Anduvo asi dando contra los muebles y las paredes hasta llegar á la ventana, cuyo cortinage estaba corrido; pensó que allí estaban ocultos los desgraciados, y la descubrió con violencia; pero la ventana estaba abierta.

Entre las mas acaloradas ideas, no le vino á las mientes al conde la mas sencilla, cual es la de que las ventanas son tambien como las puertas una salida, mas peligrosa seguramente, pero preferible siempre á un pistoletazo, ó á un deshonor sin provecho.

Quedó como la piedra el conde, mientras corrian los criados hácia el ayuda de cámara, á quien habia disparado el tiro.

Trocóse en furiosa rabia el asombro del conde viéndose de esta suerte rodeado, y dió órden á los criados de que encendiesen una vela y se retirasen.

Uno de ellos era de esos sirvientes que aprenden de cierto modo su obligacion, y solo de aquel saben cumplirla aun en medio de los mayores peligros; este criado, pues, estaba acostumbrado á alumbrar aquel gabinete, encendiendo la bugía que estaba en medio; de consiguiente, cuando el conde pidió luz, nuestro ingenioso buen hombre, en vez de poner sobre la chimenea la primera vela que le viniese á las manos, juzgó que era de su deber encender la bugía acostumbrada; y al ir á practicarlo tropezó con el zapato del diablo, y tirándole como si hubiese tocado una serpiente, esclamó:

—¡Ah! ¿qué es esto?

La aparicion del zapato y el uso á que le habian destinado, fueron para el conde una pérfida chanza, y le pisoteó frenético, creyendo que estaba á merced, no solo del dueño de aquel zapato, sino que tambien del baron y de la condesa.

A este frenesí, sin embargo, debió el encuentro de una cosa que de otra manera tal vez no hubiera llamado su atencion, á saber: algunos papeles destrozados y esparcidos por tierra.

Eran pedazos de las cartas escritas por Luizzi y la condesa. Juntólos cuidadosamente, de manera que pudiese leerlos, cosa que consiguió despidiendo antes á los criados. Conoció entonces que en su imprudencia habian los fugitivos dejado armas terribles en sus manos.

No hubieran bastado sin duda semejantes cartas para hacer condenar como adúltera á una muger; pero unidas á la fuga de los acusados, que era como una autenticidad de su firma y fuga en medio de la noche, por una ventana, y cuando la manifiesta conducta de su mismo arrebato delante de testigos debia hacer creer que quiso sorprenderlos en una *conversacion criminal*, todo probaba su crímen y que habian escapado con riesgo de su vida. Todas estas circunstancias, repetimos, parecieron agruparse admirablemente, y prestarse mútua ayuda para que al primer golpe

Digitized by Google

de vista hallase en ellas el conde la base de una acusacion contra su esposa.

La verdad, por otra parte, tenia demasiadamente visos de un cuento fantástico para que Luizzi y la condesa se atreviesen á declararla Podrian, sin embargo, practicarlo, ora dirigiéndose instantáneamente en busca de un magistrado, ora á casa del viejo vizconde de Asimbret; pero el conde de Cerny, antes de dar pasos en ningun sentido, quiso asegurarse de lo que acababa de suceder.

Y no queriendo que ninguno de sus criados supiese lo que iba á practicar, aun cuando á pesar suyo estaban informados ya de la fuga de la condesa, tomo un estoque y salió á pie llenando antes de oro su bolsillo. Subió al primer coche de alquiler que encontró y se dirigió á casa de su suegro: seria la una de la noche cuando salió, y no entró en casa del vizconde, sino que se contentó solamente con hablar al portero y asegurarse de que nadie habia entrado despues de las once, hora en que habia salido del aposento de la condesa.

Pasó en seguida á casa del comisario de policía de su cuartel, y le denunció la fuga de su muger, asegurándose con este paso de que tampoco se habia presentado ella á este magistrado. Mas tranquilo entonces con esta circunstancia, y seguro de estar á tiempo de entablar acusacion en vez de contestar á ella, se dirigió á casa del baron de Luizzi. Llamó sin estrépito y preguntó por el baron, á lo que le respondió el portero que no habia vuelto todavía. Insistió el conde, diciendo que se trataba para el baron de un negocio muy interesante.

—No me estraña que tal digais, respondió el portero, pues no hace todavía media hora que me han dado una carta para Mr. de Donezau, que acababa de entrar con su señora y la señorita de Gelis; era la carta del señor baron y venia dirigida á Mr. Enrique. El comisionado vino con tanta urgencia, que he tenido que subir con él á verle, cuando todos los demas criados estaban ya dormidos. Le encontramos vestido todavía, igualmente que á su señora, á la cual ha dicho despues de haber leido la carta. «Es preciso que salga al momento».... y en realidad salió poco despues sin que haya vuelto aun.

—Pero, seguramente volverá en breve el baron, repuso el conde de Cerny, y es tan urgente lo que me trae, que se me hace preciso esperar su vuelta ó la de Mr. de Donezau su cuñado.

—Esto os será muy fácil, respondió el portero; subid al cuarto del señor baron; su ayuda de cámara os abrirá, y podreis esperar su vuelta hasta cuando os parezca.

—Teneis razon, dijo el conde, ahi teneis dos luises; es inútil decir al baron que nadie le espera; nadie debe saberlo mas que su ayuda de cámara.

Subió en efecto el conde de Cerny al cuarto del baron, y llamó quedito no queriendo que le oyese Carolina, la cual, sabedora tal vez por medio de la carta dirigida á su marido, del acontecimiento que habia tenido lugar, diria acaso al baron que uno le aguardaba. Contó al ayuda de cámara una historieta, acompañándola con su correspondiente gratificacion. Por otra parte, Pedro, como buen ayuda de cámara de un caballero, conocia todos los nombres de la aristocracia, asi como á las personas de los que los llevaban.

Por esto, asi que vió al conde de Cerny, no se escusó en dejarle entrar en el aposento de su señor

En medio del asombro de Carolina, viéndose abandonada tan repentinamente de su marido, y del susto que por ello le abrumaba, no faltó en la casa oidos mas perspicaces que los suyos, como eran los de Julieta, que esperaba con impaciencia la venida del baron. Luego que esta oyó que alguien llamaba al cuarto principal y sintió en seguida pasos, supuso que habia vuelto el baron, y esperó que subiese éste á su cuarto; pero pasó una media hora reinando siempre el mas profundo silencio. Pedro dormia tendido en un ancho sillon de esos llamados á lo Voltaire, que no pocas veces le servia de cama en la antesala, y solo el portero velaba, si es que velar puede llamarse á ese modo de dormir de pie que pertenece solo á los porteros de Paris.

Llegó á lo sumo el despecho de Julieta; empero fué tal vez mas fuerte la pasion que la dominaba, supuesto que se atrevió á bajar en busca del baron á quien suponia en su aposento. Habia Armando hecho construir una escalerilla secreta para subir desde un cuarto contiguo al comedor á otro de la habitacion de su hermana, y por esta bajó Julieta muy sigilosamente acercándose al cuarto del baron; sintió pasos en él, y creyó que Luizzi estaba poseido de una de esas interiores agitaciones que preceden á aquel momento en que se cede á una pasion que puede reputarse culpable.

Temió probablemente que su incertidumbre no le fuese favorable, y abrió la puerta. Al entrar se encontró con el conde de Cerny, quien se volvió al ruido adelantándose hácia la persona que entraba. Miráronse al principio los dos personages con estraña sorpresa, y en seguida....

LIX.

COMENTARIO DEL PRECEDENTE CAPITULO.

—Basta por ahora, dijo el baron interrumpiendo al diablo.

Con efecto, era éste quien hacia á Luizzi esta relacion en la salita de una posada, escuchándole éste con una atencion de que no habia jamás dado muestras para con el infer-

Digitized by Google

nal narrador, sin que hiciese observacion alguna en punto al estilo ni á la forma de la esplicacion, lo que no dejaba de ser singular, supuesto que se parecia á un capítulo de novela en que se refieren cosas acaecidas mucho tiempo antes. Procedia esta discrecion de parte de Armando de lo mucho que conocia la destreza del diablo en aprovechar las menores interrupciones para prolongar hasta lo sumo mejor que ningun novelista ó folletinista lo que estaba contando, para entrar de golpe en discusiones razonadas unas veces é inmorales otras.

—Basta por ahora, repitió Luizzi, supuesto que sé todo cuanto debo saber para tomar un partido decisivo.

—Te engañas, respondió Satanás: deja que te cuente la escena de Julieta y el conde, pues será cosa de media hora, aunque haya durado mas de tres.

—Repito que sé cuanto queria saber; porque lo que me has dicho me prueba que el conde no nos ha perseguido, ó que al menos ignora la direccion que hemos tomado.

—Como que ha vuelto á su casa de donde no ha salido todavía á estas horas.

—Todo me sale á pedir de boca: podemos salir sin temor.

—¿Has tomado bien tus precauciones? preguntó el diablo.

—Veamos, respondió el baron, como para recapitular todo cuanto habia hecho, dándose de ello exacta cuenta. En cuanto llegué con Anita á esta posada, escribí á Enrique, quien vino al momento: me trajo, como yo le pedí, el dinero necesario para salir de Paris y hacer todos los preparativos de mi viage.

—¿Le has manifestado por qué partias?

—No, ciertamente.

—¿Ni dónde ibas?

—Mucho menos....

—Progresas, baron, puesto que sabes guardar secreto para tí; ¿y en seguida?

—En seguida he alquilado un coche, cuyo conductor, gracias á mi liberalidad, me ha prometido honradamente hacer sudar los caballos de su amo, y conducirme en cinco horas á Fontainebleau.

—Ese hombre me gusta; ¿y ha prometido venir á buscaros aquí?

—No, pues nos esperará al estremo de la calle de Richelieu y hácia el baluarte.

Soltó el diablo una carcajada y el baron no pudo menos de mirarle con asombro, diciéndole:

—¿Hay algo muy divertido en esto?

—Solo me parece singular el punto de tu partida: hubieras podido escoger un parage mas decente que una casa de prostitucion y juego.

—El postillon me ha dado la cita, manifestándome que seria menos notado que si parase el coche á la puerta de alguna otra casa cerrada y tranquila.

—Repito que me gusta el postillon, dijo el diablo, pues dá muestras de tacto para esta clase de aventuras... progresarás, no cabe duda. ¿Y qué quieres ahora?

—Unicamente que tú partas para que yo pueda tambien verificarlo y dirigirme á Fontainebleau, y allí de pueblo en pueblo trasladarme á Orleans, sin que pueda nadie sospechar á qué punto nos dirigimos.

—¿Y tu candidatura? dijo el diablo.

—Veremos.

—No olvides que estoy á tus órdenes para instruirte de cuanto quieras saber.

—Muy obsequioso eres, Satanás.

—Quiero no faltar en nada contigo, dueño mio; quiero que no puedas decir, como lo has hecho hasta ahora, que si has cometido muchas necedades es porque no te he dado suficiente luz. Medita, pues, si tienes algo mas que preguntarme.

—Por ahora nada, respondió el baron alejándose para entrar en el cuarto donde estaba Anita escribiendo á su padre.

—Baron, repuso el diablo deteniéndole, bien sabes que mis consejos no han llegado siempre á tí por medio de mis narraciones, y que no pocas veces he puesto á tu lado personages, ó te han sobrevenido acontecimientos que hablaban en mi nombre: recuerda cuanto has visto desde que estás en libertad, é infiere si en el momento que vas á consumar un acto tan importante, presumes que alguna cosa necesita esplicacion.

Reflexionó Luizzi; pero recordando todas las conversaciones del diablo relativas á su aventura con la condesa de Cerny, nada halló que no le pareciese enteramente claro como la luz del dia; por otra parte, la porfia del diablo en brindarle con sus confidencias, le pareció interesada, y creyó que Satanás queria detenerle en su marcha. Ademas, pensaba solo ya en Anita, anhelaba saber lo que escribia á su padre, acercábase el dia, y era tiempo de huir; entró, pues, en el cuarto de ésta y la vió sentada junto á la mesa donde estaba su carta cerrada ya y concluida hacia tiempo.

—Anita, la dijo: ya es hora de alejarnos de Paris, dadme esa carta que he de echar al buzon; pues de este modo no nos podrán sorprender, ni hacer preguntas á ningun mozo de casa, ni á ningun otro conductor. Venid, Anita.

Apoyada ésta con el codo sobre la mesa y con la frente sobre sus manos, levantó lentamente la cabeza, y notábase fria palidez en su semblante, que rebosaba salud el dia anterior. Aquel blanco mate no estaba animado, mas que por un rojizo azulado que rodeaba sus ojos y que anunciaba una interior fatiga á la que debia sucumbir á no impedírselo una ardorosa fiebre.

Brillaba con inquieto trasporte su mirada bajo sus pesados y flojos párpados; caian en

Digitized by Google

desórden sus cabellos alrededor de su rostro, tan vistosamente adornado pocas horas antes con sus rubios rizos; notábase en ella el abatimiento de un cuerpo acostumbrado al reposo de una vida apacible, y el cansancio de un alma que acababa de sostener su primera lucha con el dolor.

Miró la condesa por algunos momentos á Luizzi, hasta que le dijo:

—Armando, todavía es tiempo, pensad en vos antes que salgamos de Paris... Pensad en que me va en esto la vida, asi como os creo hombre de honor para presumir que tambien os va en ello la vuestra.

—Anita, esclamó Luizzi; ¿por qué quereis que reflexione en lo que voy á hacer? ¿temeis ya acaso el porvenir?

—La misma soy hoy que ayer; hoy como ayer culpable; ¡no tengo ya honor, ni me queda respeto que temer! No volveré á la casa de mi marido, porque le confesaria mi falta y tendria ya derecho de castigarme. Resignada estoy en este mundo á un destierro perpétuo; pero vos, Armando, ¿sabeis á qué existencia condenais vuestro porvenir? Todo casamiento os será imposible, y aunque llegáseis á tener familia, llevaria impresa en la frente la mancha del adulterio que yo he merecido. La sociedad os desechará, porque procurará con injurias recordaros siempre mi falta. Pensádlo bien, Armando, puedo partir sola, y seré una prófuga, mas no sereis mi cómplice y sola yo quedaré comprometida.

—Anita, contestó Armando, ¿me permitísteis morir por vos, y acaso no podré vivir para salvaros?

—¿Lo quieres, Armando? respondió Anita tendiéndole la mano; sabes bien que acepta tu vida como acepté tu muerte, y daré por ella la mia.

—¡Partamos, pues, partamos! esclamó Luizzi habiéndolo de antemano preparado todo en aquella casa.

LX.

CONTINUACION.

Ambos partieron de la posada con el mismo trage que llevaban, á saber: Luizzi trage de visita, y Anita con vestido de muselina, puesto que á la hora en que salieron del retrete, y cuando se determinaron á huir, ninguno de los dos pudo pensar en los miserables accidentes de la vida, que añaden agudos dolores á una mayor desesperacion. No estaba por otra parte abierta ninguna tienda para que Luizzi pudiera proveerse de cuanto reclama para un viage la necesidad. Fueron en busca de su coche, y al paso encontraron solo algunos jornaleros que andaban de noche para poder llegar al amanecer al punto del trabajo, y que se admiraban de ver á aquella señora en semejante trage y con suelta cabellera, y á un caballero con guantes amarillos y pulidas botas caminar á pie por encima del lodo. Llegaron pronto á donde se encaminaban, y oyéndo Luizzi voces alegres de hombres y mugeres de la casa frente á la que estaba parado el coche de alquiler, abrió rápidamente la portezuela de éste, é hizo subir á Anita antes que nadie pudiese verla; y en seguida subió él, mientras el alegre bullicio iba saliendo de la casa. Pudo, pues, oir una voz de muger que decia:

—¡Hola! ¿Quién sube en ese coche de alquiler?

—Apuesto que es una Palmira que burla asi la vigilancia de su agente de cambio.

Metióse en el fondo del coche la condesa, en tanto que otra voz añadia con ese tono que caracteriza á las mugeres mundanas:

—Amigo Gustavo, ya que habeis encontrado á Julieta, animadla á que venga á ver á sus antiguas amigas. Os aseguro que es muger diestra para apostárselas con la mas pintada.

Los nombres de Gustavo y de Julieta no hubieran seguramente admirado al baron hasta el punto de alarmarle, si en la voz que respondió á semejante interpelacion no hubiese creido reconocer al mismo Gustavo Bridely, que dijo á cierta distancia:

—Otros cuidados tiene ahora Julieta,

Tan estraña coincidencia asombró de tal suerte á Luizzi, que no pudo menos de asomarse á la portezuela para ver si se habia engañado ó si era en realidad el marqués; pero oyó que Anita le decia:

—¡Cuidadito, cuidadito!

Con esto se sentó Luizzi en el coche, llamándole sobremanera la atencion el miserable estado de aquella muger, de suerte que no pensó ya mas en la circunstancia que era para él como un nuevo aviso.

Anita, en el fondo de la berlina, tiritando por el frio de la mañana y por el de la fiebre que le devoraba, no era ya aquella matrona altiva, cuya perfecta, bella y alta estatura daban indicios del ánimo varonil que se supone comunmente albergarse dentro de colosales proporciones; era una pobre muger, débil, tímida, desesperada, llorosa y trémula, que acababa de salir de una vida regalada y tranquila, y de unos hábitos sobremanera pacíficos, y se veia de golpe comprometida en la accion mas osada y culpable, á la cual nada faltaba para empeorarla, pues carecia hasta de lo mas indispensable.

Acercóse á ella Luizzi y le habló tiernamente, rogándole que tuviese valor.

—Lo tengo, respondió ella, lo tengo.

Pero estas palabras salian de sus lábios á pesar del temblor de sus miembros, mientras que su voz seguia el movimiento de su cuerpo.

—¡Anita! ¿qué temes por ventura? Tu vida me pertenece ahora y la defenderé á todo trance.

—No, no, respondió Anita con acento mas

Digitized by Google

de desesperacion que de energía: no tengo miedo de morir.

—Tambien he de defenderte de la calumnia, y si no soy bastante fuerte contra esa sociedad, huiremos á algun pais estrangero, donde viviremos los dos con nombre desconocido.

—Si, si, ¿no es verdad Armando que asi que podamos huiremos de Francia para ocultarnos donde solo nosotros sepamos mi falta?

—¿Tu falta, Anita? ¿Es una falta haber querido huir de la muerte, y no haber querido sacrificar tu existencia al que la habia condenado á la humillacion?

—Es una falta, Armando, una falta; pero que no me arrepiento de haberla cometido con tal que me ames.

—¡Anita! esclamó Armando, ¿qué es lo que dices?

—No es nada, respondió Anita esforzándose á contener el temblor que la agitaba; no es nada, no penseis en esto.

—No, voy á hacer parar el coche antes que salgamos de Paris; haré abrir una tienda y compraré lo que nos falta.

—No, no, gritó Anita con espanto... Huyamos... huyamos... pronto...

Veia, sin embargo, Luizzi aumentarse el padecimiento de la condesa; habíase situado en un rincon del coche, y abrumada de cansancio y dominada por el frio y la fiebre, quedó inmóvil murmurando inarticuladas palabras, y respondiendo á todo cuanto Luizzi decia con voz concisa y balbuciente:

—¡Me encuentro bien! ¡muy bien!

Notó á poco Armando, al través de los cristales, la multitud de carros que llegan á Paris al amanecer. Sus conductores venian cubiertos con unas capitas cortas de paño burdo listado. A pesar de la prohibicion de la condesa, no pudo contenerse Luizzi; hizo parar el coche, bajó de él y se dirigió á uno de los carromateros que pasaban.

—¡Buen hombre! le dijo, ¿quereis venderme vuestra capa?

—¿Mi capa? respondió admirado el villano; ¡pardiez! añadió sacudiendo su pipa; ¿qué quereis hacer de mi capa, señor baron?

No pudo menos de mirar fijamente Armando á quien asi le llamaba por su título.

Creyó reconocerle, mas no le fué enteramente fiel su memoria, y no queriendo empeñar conversacion con nadie, le dijo:

—He olvidado la mia y estoy aterido: os la compraré bastante bien para que podais adquirir diez si es menester.

—¡Hola! ¿con que sois rico otra vez, señor de Luizzi? tanto mejor, repuso el villano quitándose la capa. ¡Ah! no podemos nosotros decir otro tanto. Rigot está arruinado; la vieja Turniquel ha muerto, y Mad. Eugenia ha quedado en la antigua quinta de su tio, y se sostienen de una miserable pension que le pasa el conde de Lemeo, su yerno.

—¡Ah! esclamó al fin Luizzi al oir estas noticias; ¿eres tú, Pedro? ¡cómo! ¿no eres ya postillon?

—¡Qué quereis que os diga! todo lo abandoné por ser cochero de ese buen Rigot, que me hizo las mas altas promesas; pero todo se ha frustrado: ¡oh! es una historia terrible, caballero; no menos terrible que la escena de la madre Turniquel. ¡Oh! vos nada sabeis. Madama Eugenia no era hija de la vieja Turniquel.

—¿Qué dices? Eugenia..... interrumpió Luizzi.

—Segun parece, era hija de alguna noble dama á la que robaron hace tiempo una niña: la vieja ha guardado el secreto hasta el último momento, temiendo que la abandonase la hija que la alimentaba; pero en la hora de la muerte el temor de irse con Satanás ha sido mas fuerte, y lo ha confesado todo.

—¿Y reveló el nombre de la madre?

—Si, si; dijo ser cierta señora de Cliny... Cany; Cauny... Cauny, si, esto es. ¿Pero quién diablo ha de saber de ella al cabo de treinta y cinco años? ¡Ah! señor baron; no hubiera sucedido esto si hubiéseis querido casaros con aquella pobre señora.

—¡Cauny! repetia el baron; no me es desconocido este nombre, y recuerdo haberle oido pronunciar en alguna parte...

Iba acaso el baron á hacer nuevas preguntas á Perico, cuando éste, que mientras hablaba se habia ido acercando al coche, retrocedió vivamente esclamando:

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿esa es alguna pobre muger que va mala?

—No es nada, no es nada, dijo el baron echando á Perico cinco ó seis luises y subiendo de nuevo al coche.

Vió á Anita enteramente recostada sobre el banquillo, y la colocó de modo que su cuerpo descansase sobre sus rodillas, mientras se apoyaba su cabeza en el ángulo opuesto de la berlina; cubrióla con la capa viéndola pálida, fria y casi moribunda.

—Anita, Anita, dijo en voz baja ¡ánimo! ¡ánimo!

—¡Gracias! ¡gracias! respondió ella como si despertase de un sueño. ¡Oh! ya me siento mas animada; no tengo tanto frio.

Asomó una lágrima á los ojos de Luizzi al oir estas palabras en boca de una muger de tan noble nacimiento, dándole gracias por haberle dado aquella capa que la resguardaba del frio.

Jamás animó tan noble sentimiento el corazon de Luizzi, y por vez primera se juzgó casi feliz y tuvo orgullo de sí mismo, porque veia unirse á él una alma noble que se creia capaz de sostener.

Entonces fué cuando viendo á Anita en tal estado de abatimiento que no podia sorprenderla su silencio, pensó en escoger los mejores medios para librarla de toda persecucion.

Digitized by Google

Necesitaba para esto saber lo que pasaba en París, y sabiendo que la voz de Satanás era solo perceptible para él, y pensando que podria responderle de manera que Anita nada oyese ni le admirase un monólogo estraño, llamó al diablo.

LXI.

CONTRASTE.

Apareció Satanás.

Ya se habia despojado del vestido de abate; iba vestido de negro, ostentando en el pecho una cinta en que brillaban todos los colores del arco iris, y que podia ser el distintivo de muchas decoraciones. Con lindas manos y blanco lienzo, hubiera el diablo parecidose á uno de esos diplomáticos en pequeño de los estados de Alemania, que pasan su vida solicitando grandes cordones en las pequeñas córtes de la Confederacion-germánica; pero aun á pesar de su negro trage, el mal porte de Satanás le daba visos de una pobreza mugrienta propia de los intrigantes de baja esfera, que inventan decoraciones para estafar al menos una comida á los confiados posaderos, y vender fútiles objetos en las aldeas.

La situacion en que se hallaba Luizzi no le dió tiempo á inquirir los motivos que habian obligado al diablo á escoger ese trage equívoco, y cuando hubo el infernal intérprete tomado asiento en la berlina frente al baron, le dijo este en voz baja:

—Dime lo que hace el conde en París á estas horas.

—Para que nada ignores, respondió Satanás, voy á seguir mi narracion en el punto en que la dejé; mas antes de principiar, deja que te recuerde, baron mio, que fuiste tú quien te negaste á escucharme hasta el fin.

—Lo sé; pero apresúrate, bien entendido que no he de interrumpirte, como no lo hice tampoco en la posada.

—Animo, pues, baron, porque antes de empezar debo decirte que vas á saber cosas muy singulares. Pero, en fin, supuesto que quereis conocer la vida humana ó los acontecimientos que tienen lugar entre vosotros, atrévete á mirar de frente sus mas ocultos misterios.

—Aprisa, aprisa: tú mueves sin cesar mi curiosidad y solo la satisfaces de un modo imperfecto.

—Oye, pues.

El diablo continuó de esta suerte:

—Te dije que creyéndote en tu aposento Julieta é indignándola que no hubieses acudido á la cita que te habia dado, se decidió á bajar y penetró en tu cuarto en el momento en que el conde de Cerny se adelantaba hácia ella. Al ver á un estraño retrocedió confusa Julieta, ni mas ni menos que al ver á una muger se detuvo el conde, y la saludó respetuosamente.

—Perdonad, dijo Julieta, creia que el señor baron estaba aqui.

—No ha vuelto todavía, respondió el conde, le estoy esperando.

Saludáronse los dos: el conde para quedarse en el cuarto y Julieta para retirarse, si bien que clavándose mútuamente una mirada de sorpresa.

Julieta sin duda conoció antes que el conde la circunstancia en que habia visto á aquel hombre, que tan impensadamente encontraba, y se sintió poseida instantáneamente de temor; volvióse rápidamente como para huir de la indagadora mirada de Cerny, y se dirigió precipitadamente hácia la puerta.

Sin duda tambien la sorpresa que inspiró su presencia y la precipitacion con que se retiró la jóven, debieron de robustecer los recuerdos del conde, supuesto que se adelantó mas ligeramente todavía y se interpuso entre la puerta y la jóven, de manera que la detuvo en el momento en que ésta iba á salir.

—¿Sois Julieta Gelis? preguntó.

—Os equivocais, caballero, respondió ella descaradamente; no os conozco.

—¡Miserable criatura! esclamó el conde asiéndola arrebatadamente del brazo é impeliéndola al medio del cuarto; finges desconocerme, porque yo muy pronto te he conocido.

Al principio inclinó Julieta la cabeza mordiéndose rabiosa los labios; en seguida, despues de un momento de silencio, se puso á mirar al conde con el mayor desprecio, y le respondió con grosero tono:

—¡Y bien! si; soy Julieta Gelis: ¿teneis alguna cosa que decirme?

—¡Lo que tengo que decirte! repitió el conde acercándose á ella con el puño cerrado, como quien puede á duras penas detenerse para no entregarse á la violencia; lo que tengo que decirte, ¡miserable!... ¿has olvidado ya lo que pasó en Aix?

—¡En Aix! esclamó Luizzi interrumpiendo á pesar suyo al diablo, y recordando una circunstancia de la narracion que habia escuchado la víspera.

Miróle Satanás con sonrisa de desprecio y le respondió:

—Me habiais prometido no interrumpirme.

—¡Razon tienes, Satanás! si: razon tienes, y sobrada, dijo Luizzi, para contar contigo, que eres mi esclavo; cuenta que no te detengas á mi lado de tal suerte que te quite la alegria de hacer tambien miserables á otros!

—¡Como te acomode! respondió Satanás, mas no levantes tanto la voz; cuidado con despertar á esta muger que duerme.

—Habla, pues, habla.

Echóse atrás el diablo los largos y mugrientos cabellos que le cubrian el rostro, y tomó el hilo de su narracion.

Contestóle Julieta levantándose repentinamente y repuso:

Digitized by Google

—Tranquilizaos, tranquilizaos, que no os descubriré; sé por otra parte que sois incapaz de ser infiel á vuestra esposa.

—¿Quién te lo ha dicho? esclamó arrebatado el conde: ¿acaso el baron?

—A buen seguro que no, respondió Julieta: ha sido el caballerito de Bergh, que ha dicho mientras comíamos que solo pensábais en la ambicion y la política.

—¡Oh! prorumpió Luizzi, como si de repente le sobrecogiese una luz fatal; ¿era, pues, verdad esa horrible vision que se me apareció durante mi enfermedad?

—¿No me habias llamado, respondió el diablo, para que te contase que relaciones habia entre Julieta y Enrique? Obedecí dándotelas á conocer del único modo que me fué permitido emplear entonces.

—¿Y por qué, repuso Luizzi, no entraste, para decirme que lo que iba yo á ver era la realidad?

—Me pediste la verdad; te encontrabas en el delirio del tétano y no podias escucharla; te la enseñé; ¿qué otra cosa debia yo hacer? Ademas, no te dije esta mañana: Piénsalo bien; ¿tienes nada mas que pedirme?

Estraviábase la imaginacion de Luizzi tras de las espantosas revelaciones que le iban abrumando sucesivamente.

Olvidaba á esa muger reclinada en su coche, y que dormia con tan penoso y profundo sueño. Fuera de sí entonces y temiendo los desastres á la vez, esclamó en alta voz:

—Acaba, Satanás; dímelo todo, que ya te escucho.

El diablo continuó con fria y satírica impasibilidad:

—Cuando Julieta hablaba de esta suerte al conde, este respondió:

—Sé que Enrique no está en casa, pues ha salido llamado por Luizzi.

—¡Hola! ¿se tratará tal vez de algun compromiso amoroso por parte de Armando?

—No; la muger que haya causado la ausencia de Luizzi no ha sido ni será jamás su amiga.

¿Qué dices á esto, baron mio? he aqui una linda frase de un marido, añadió el diablo.

—¡Infame! murmuró Luizzi, ya que no te interrumpo, procura no interrumpirte á tí mismo y continua.

Tomó el diablo una enemistosa espresion que jamás habia notado en él, y continuó su narracion sin responder á la injuria de Armando.

—No ha sido ni será jamás su amiga, habia dicho el conde.

—Ni ella ni otra ninguna, dijo Julieta, al menos que quiera yo permitírselo; porque el pobre mozo está enamorado de mí como un menguado.

—¡Yo, enamorado de ella! prorumpió Luizzi con estrépito; ¡oh! ¡la detesto, la desprecio; miserable muger vendida! ¡indigna criatura!

Despertó en este momento Anita dando un grito y precipitándose al otro lado del coche.

LXII.

UN SUEÑO.

—¡Oh! Armando, ¿de quién me hablas? preguntó fuera de sí; ¿á quién has llamado infame criatura y miserable muger vendida?

—¡Ah! ¡no es á tí, no es á tí, desventurada muger! esclamó Luizzi cayendo de rodillas delante de ella; no es á tí á quien me unen ya los vínculos de la desgracia, porque los dolores que has sufrido y los que yo preveo, tienen sin duda un mismo orígen.

—¿Aun estás previendo los dolores? dijo la condesa: ¡Armando, lo habeis meditado demasiado tarde!

—No, Anita, no proceden de tí mis dolores.

Hablando de esta suerte oyó la acre y sardónica risa del diablo, que delante de él estaba devorando con venenosa mirada á esa noble y hermosa muger, á la que habia al fin precipitado en el mal.

—No, no es á tí, continuó Luizzi levantando la voz como para responder á la risita de Satanás, no procederian de tí mis pesares, porque si algun consuelo espero en la vida ha de venir de tí; ¿oyes? solo de tí.

Resonó mas aguda al oido del baron la risita de Satanás; é indignado de la insolente mofa de su infernal esclavo, esclamó trasportado:

—¡Vete, vete!

Desapareció entonces el diablo, diciéndole al oido:

—Amo mio, no olvides que eres tú el que me despides.

Admirada la condesa al oir esta esclamacion de Armando, que no parecia dirigirse á nadie, le miraba con zozobra, cuando el baron la dijo:

—Perdonad, Anita, la incoherencia de mis palabras durante vuestro sueño; me han perseguido ideas tan tristes y presentimientos tan amenazadores que han estraviado momentáneamente mi pensamiento lejos de vos.

—Tambien yo, Armando, tambien yo durante el horrible sueño que me ha vencido, he tenido funestos avisos, si es verdad que algunas veces da Dios á un sueño luz para vislumbrar un porvenir que no se atreve á prever nuestro juicio ó mas bien nuestro corazon.

—¿Qué sueño ha sido ese? preguntó Luizzi, cuya imaginacion, acostumbrada á cosas estraordinarias, buscaba incesantemente revelaciones superiores á las que regulaban la conducta de los demas hombres. ¿Qué sueño es?

Digitized by Google

—Parecióme, dijo la condesa con esa voz baja con que meditamos buscar un recuerdo, y con esa mirada que parece abismarse en lo pasado para inquirir todos sus detalles; parecióme, dijo, que me hallaba en una miserable bohardilla, en una posada de una pobre aldea, y á pesar de ser malísima, me la habian concedido como el mejor aposento del pueblo, porque me dijeron que en otro tiempo habia habitado allí un alto personage... ¡Ah! sí, esperad; ese personage era el papa.

—¿Un aposento donde habia habitado el papa? dijo Luizzi; es muy estraño.

—No, no, respondió la condesa; ese aposento existe realmente en Bois-Mandé, y como he pensado algunas horas en ir á pedir asilo cerca de esa aldea, en la quinta de mi tia madama de Paradeze, no es de estrañar que esta circunstancia, que tantas veces oí contar, haya venido á mezclarse con mi sueño, cosa que comprendo claramente ahora. Estaba, pues, yo allí, enferma, en el rigor de una noche fria, yerta á la vez del cuerpo y del corazon.

—Sí, dijo tristemente el baron, es el frio que sentísteis hace poco, que se mezclaba á vuestro sueño; es vuestro sufrimiento interior que os inspiraba la idea de vuestra enfermedad imaginaria.

—Tal vez que sí, dijo la condesa; pero lo que no tiene relacion con nada de lo que he pensado ó he sufrido hace algunas horas, es el objeto que se me apareció en aquel momento; es lo que coincidia estrañamente con las palabras que oia yo en mi sueño... y que en realidad pronunciabas cerca de mí, añadió la condesa acercándose á Luizzi.

—Prosigue, prosigue, repuso el baron.

La condesa añadió con el tono de tristeza con que habia principiado su narracion:

—Repito que estaba sola y enferma en aquel miserable aposento; sola, Armando, porque no estabas tú allí; pero al pie y á la cabecera de aquella cama fatal habia un hombre y una muger. Paréceme que reconoceria al hombre si alguna vez le viese; era viejo, vestido de negro de la cabeza á los pies; su pálido rostro llevaba impresas todas las señales de una existencia innoble y licenciosa: eran largos y negros los cabellos que caian sobre su rostro; su mugriento trage y su persona me lo hubieran hecho tomar por un viajante pordiosero que entraba allí por curiosidad, si no hubiese notado sobre su pecho una cinta de varios colores, indicio de que estaba decorado con importantes insignias.

A esta descripcion que tan singularmente correspondia con el trage con que se le habia aparecido el diablo, se apoderó de Luizzi un terror glacial, y acercándose á Anita la dijo por lo bajo y con un temblor que no estaba en armonía con las sencillas palabras que pronunciaba:

—¡Ah! ¿llevaba tambien un cordoncito?...

—Sí, contestó Anita sin hacer alto del movimiento del baron; sí. En punto á la muger que estaba al pie de mi cama, era jóven, y quizás me hubiera parecido hermosa á no ser por el brillo feroz de sus miradas fijas en mí, y que penetraban mi corazon como un hierro ardiente.

—¿No habeis visto su semblante? dijo Luizzi.

—¡Oh! del todo; unas veces me parecia jóven como una niña de diez y seis años, pura y cándida, á pesar de sus ojos siempre ardientes; otras la creia de mas edad, y tenia entonces tal espresion de desenfreno, que me horrorizaba. Permanecian los dos, él á la cabecera, y ella á los pies. La muger fué la que primero habló, diciendo al hombre:

—¡Y bien, amo mio! ¿estás contento?

El hombre me clavó una mirada todavia mas penetrante que la de la muger, y respondió:

—Mucho es para ella.

Detúvose unos momentos la condesa, y continuó diciendo:

—Ha llamado á aquella muger Juanita ó Julieta, un nombre así: lo mismo tiene. «Mucho es para ella, dijo; ha sido infame y adúltera, y me pertenece.»

—Todavía no, respondió la jóven.

—Corre, pues, dijo el hombre, y no tardes, porque el tiempo pasa, y pronto habrá espirado el plazo fatal.

—Ya parto, amo mio, respondió ella.

Volviéndose entonces hácia mí, respondió con cruel sonrisa:

—Ahora puedes ya morir, porque gracias á mis esfuerzos te ha abandonado tu amante y ya no le verás mas.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando desapareció, y poniendo entonces el hombre sobre mi corazon una mano de hierro, esclamó:

—Ven ahora, muger perdida, infame criatura que ya me perteneces.

Entonces fué cuando desperté, y en aquel momento me pareció que las palabras que tú pronunciabas resonaban sobre mi lecho de muerte como un eco de las que habia yo oido en mis sueños

—O mas bien eran mis palabras mismas, dijo Armando, las que tomaban un sentido en vuestra pesadilla, mezclándose la realidad con el delirio de la imaginacion.

Luizzi habia escuchado con atencion profunda la narracion de la condesa, compartiendo con ella sus terrores hasta el momento en que el hombre del sueño habia hablado: cuando poseido del espanto de lo que acababa de oir de boca de Satanás, habia creido entrever en el sueño de Anita un terrible aviso de su infernal confidente; dió nombre á cada uno de los actores de la escena: para él la muger era Julieta y el hombre Satanás. Procuró, pues con raciocinios desterrar del corazon de Anita los quiméricos temores que le

Digitized by Google

asustaron, y se persuadió él mismo queriendo persuadir á su amada.

Entretanto el cochero le habia cumplido su palabra, pues habia llegado ya á Fontainebleau. Hicieron parar el coche á la entrada de la poblacion, porque, asi como no quisieron que pudiese declarar su conductor de donde habian partido, tampoco quisieron que pudiese decir donde los habia dejado. Pensó entonces el baron en tomar todas las precauciones necesarias para que entrase Anita en real. Permitíales esto escoger un coche particular ó un carruage público, para alejarse sin que ninguno de los dos corriese riesgo de ser conocido, atravesando de nuevo á pie una poblacion que durante todo el año es objeto de un paseo para los ociosos parisienses.

El oro es una potencia cuyas lindes no se han calculado aun, asi como no se ha calculado aun en toda su estension la fuerza del vapor.

En efecto, á fuerza de oro pudo Luizzi ha-



Entraron en Fontainebleau.

la poblacion sin ser vista, y la dejó algunos momentos en la berlina para procurarle el trage propio de una muger que anda á pie. El lindo y elegante baron anduvo por las calles de Fontainebleau recorriendo las tiendas para comprar un chal y un sombrero para la condesa; y cuando hubo vuelto á su lado, con admiracion de los transeuntes que le veian llevar en la mano los objetos que acababa de comprar, entraron en Fontainebleau, pasando á ocultarse en un parador que está á dos pasos de la casa de postas junto al camino llar en Fontainebleau un sastre y una modista que en doce horas les hiciesen los trages que necesitaban.

Ya provistos de todo, con íntimo reconocimiento por parte de la condesa como buena amante que apreciaba los menores desvelos de su amado Luizzi, creyó poder pensar en una jóven que abandonó; era, pues, su hermana, cuyo recuerdo le entristecia y le desesperaba al suponerla en manos de Enrique y de Julieta. Hubiera deseado saber hasta el fin la escena de Julieta y el conde de Cerny:

Digitized by Google

mas no se atrevia á dejar un momento á la condesa, cuya débil voz le estaba diciendo siempre:

—No os separeis de mí, Armando, porque me entristezco cuando estoy sola, y me parece que no he de volver á veros.

Ademas, aunque estuviese dormida ella, no se habia atrevido á llamar á Satanás junto á la condesa, temiendo los arranques de indignacion á que le escitaria el diablo; arranques que podian asustar á Anita hasta el punto de hacerla dudar del juicio de su amante.

No obstante, despues de muchas reflexiones, pensó que sabia ya bastante tocante á la conducta de Enrique y de Julieta para arrancar á Carolina de entre sus manos; y no sabiendo á quien dirigirse para protegerla, determinó escribirle directamente en estos términos:

«Carolina: asi que hayas leido esta carta, sal de casa sin que te vea tu marido: no digas que te he escrito, y parte inmediatamente para Orleans, donde me encontrarás en la casa de postas. No te alarme este viage, ni te asombre lo que te pido: si algun riesgo puede correr en el mundo tu existencia, consistirá en tu permanencia en Paris: no olvides que la mia está interesada tal vez en que sigas sin retardo mis consejos, y que cuento contigo para salvarme.

«ARMANDO DE LUIZZI.»

Escribió Luizzi la última frase de su carta para hacer mas fuerza á Carolina, persuadido de que haria por él lo que quizás no se hubiera atrevido á hacer por ella misma, conociendo que su alma era del temple de aquellas que viven para sacrificarse, y que Dios ha consagrado á la felicidad y á las necesidades de los demas.

Cuando hubo concluido esta carta, vióse el baron despues de una falta metida en la senda del bien y de la proteccion; quiso prestar asimismo socorro á cuantas personas creia haber comprometido, y pensó en lo que acababa de saber del infortunio de Eugenia. A los ojos del baron, consistia toda la dificultad en encontrar quien pudiese encargarse de llevar á cabo la buena obra que pensaba hacer en favor de la desgraciada Peyrol, y en su actual posicion no le ocurrió otro sugeto á quien mejor pudiese dirigirse que á Gustavo de Bridely.

Poniendo á la vista la carta que le escribió daremos á conocer suficientemente las razones que determinaron al baron á dar un paso que debe á primera vista haber parecido bastante singular.

«Querido amigo Mr. de Bridely: os acordareis sin duda de Mr. de Rigot y de la condicion singular que puso para el casamiento de sus sobrinas: os acordareis tambien por qué capricho, de cuyo secreto estariais informado, determiné ir allá en lugar de vos; ved ahi lo que despues ha ocurrido: Rigot está arruinado, y la señora de Lemeo deja consumirse en la miseria al anciano que le dió sus bienes, y á la madre que le cedió su caudal antes de tiempo.

«Durante los pocos dias que permanecí en casa de Rigot, si bien no me mereció éste una estimacion muy intima, pude no obstante observar que su sobrina Peyrol era la muger mas honrada y la mas desgraciada quizás que he conocido. Al verla dotada de tanta nobleza y finura en medio de una familia tan grosera como la suya, me vino muchas veces á la idea que era hija de noble famllia, y que al nacer debió haber sido robada á su madre.

«Hoy dia, lo que era una suposicion mia, he sabido ser una realidad, y tengo derecho de suponer que Eugenia Peyrol es hija de madama de Cauny. No podré aseguraros que sea este el verdadero nombre de su madre; pero podreis informaros de ella misma, pues deseo que la veais lo mas pronto posible. Vive en una casita al pie de la quinta de Taillis, á algunas leguas de Caen; hacedme el favor de ir allá en persona, y de entregarle de mi parte el importe de la adjunta carta-órden que os envio contra mi banquero; dadle á entender que no lo tome á limosna, sino á préstamo que le hago, y cuyo pago reclamaré cuando haya encontrado la familia y los bienes á que tiene derecho sin duda.

«Lo mas dificil del encargo, querido Gustavo, será hacerle aceptar ese dinero, pero hay para ello un medio que será probablemente mas poderoso qne todas vuestras instancias; tal es la esperanza que la dareis de encontrar una familia, y de ser posible lograr una restitucion completa. A lo que creo, os hallais vos en el caso de darle esta esperanza de una manera menos vaga que yo, supuesto que, si no me engaña la memoria, el nombre de Mad. de Cauny va unido en mis recuerdos al de Mad. de Marignon, cuya historia conoceis como yo mismo. Informaos de ella sobre el particular con la prudencia que reclaman sus antecedentes, si bien que el nombre de Cauny no me parece ser de aquellos que pueden sonrojar á la de Marignon.

«Esto es lo que espero de vos, querido Gustavo, como de un amigo á quien tengo derecho de pedir algun servicio: cumpliéndolo, satisfareis mis pasados desvelos y os asegurareis mi íntimo reconocimiento en el porvenir.

«Es un cargo de honor que os hago; *el nombre que llevais* me es una garantía de que tambien lo cumplireis con honor.

«ARMANDO DE LUIZZI.»

Cuando el baron tomaba con empeño algun asunto, sabia precaverse como los demas hombres, pues habia en efecto conocido la

Digitized by Google

vida de los plebeyos antes de la existencia fantástica á que su padre le habia condenado; y cuando consultaba al diablo no era menos necio que otro cualquiera, si bien meditado todo, era tal vez de mas humana condicion y mas diestro que otros muchos.

Esta carta que acababa de escribir y las precauciones que tomó para hacerla llegar á manos de Gustavo, son una prueba que hemos recogido con tanto mayor cuidado, cuanto es muy cierto que si ha sido muy calamitosa la vida de ese desgraciado jóven, no por esto ha dejado de cebarse en él la calumnia.

En vez de d jar poner sobre sus cartas el timbre denunciador de la administracion de correos echándolas al buzon en Fontainebleau, las confió á un postillon para que las echase al correo en París: aun esta vez el poder del oro fué superior al artículo de la ley que prohibe espresamente á los empleados en diligencias encargarse de correspondencia cerrada.

Pero ese poder del oro no podia emplearlo tan frecuentemente Luizzi de manera que no fuera disminuyéndolo; de modo que, cuando hubo saldado las cuentas de todos cuantos le habian vendido géneros ó trabajo, notó que la cantidad que Enrique le habia entregado podia bastarle todavía para un largo viage hecho con economía; si bien en el caso de un previsto acontecimiento que le obligase á abandonar la Francia mas aprisa de lo que pensaba, no dejaria de ser embarazosa su posicion para efectuarlo de un modo decoroso.

De todas las desgracias que mas hubiera sentido el baron, hubiera sido la mas penosa para él, la de ver renovarse para Anita aquellas privaciones á las que no sin sonrojarse se habia visto antes espuesta. No queriendo, sin embargo, dar á conocer el punto donde iba á esconderse á ninguno que habitase en París, resolvió escribir á Barnet pidiéndole el dinero necesario para algunos meses: la única dificultad que tenia era escoger un parage donde pudiese esperar la respuesta de su apoderado.

Tomadas estas precauciones, no quiso esponerse á que le viesen en ninguna poblacion grande, y hé aqui porque escribió al notario que juntase cuanto oro le fuese posible, lo encerrase muy bien en una cajita, y lo entregase en la casa de posta, declarando su contenido y enviándole la llave por distinto conducto en una carta dirigida á.... (faltaba aqui notar el parage, puesto que no lo habia escogido todavía.)

Era esta eleccion la grande cuestion del momento, y el baron no pudo menos de consultarlo con la condesa. Segun sus cálculos debia Carolina llegar á Orleans, casi al mismo tiempo que ellos, y para efectuar su reunion habrian solo menester un dia; pero Orleans, ni mas ni menos que Fontainebleau, era una poblacion demasiado próxima á París para que pudiesen permanecer en ella por mucho tiempo sin peligro. Participó, pues, el baron sus proyectos á la condesa, á fin de determinar el camino que debian seguir y el punto donde debian detenerse. Cuando hubo esplicado á Anita las medidas que acababa de tomar, respondió ella tiernamente:

—Preciso será que os participe á mi vez, no diré la determinacion que he tomado, sino la idea que me ha ocurrido: bien veis que es imposible que huyamos de Francia sin que antes hayais arreglado vuestros asuntos de manera que no sea necesaria vuestra vuelta. Segun las palabras sueltas que oí en casa de Mad. de Marignon, y que pronunció, sino me engaño, un cierto Gustavo de Bridely, parece que vuestra presencia en Tolosa se hace absolutamente necesaria para que repongais completamente vuestro derecho á unos bienes que os han sido injustamente disputados.

—Veo que todo se sabe en este mundo, respondió Luizzi sonriéndose.

—No debe esto asombraros, repuso con el mismo tono la condesa; en último resultado yo lo sé, y debo manifestaros que seria mas razonable y prudente que os fueseis en direccion mucho mejor que por medio de escritos que el menor accidente puede estraviar.

—Teneis razon, respondió Luizzi; ¿pero os atreveriais á venir conmigo á una ciudad donde habitan las mas ilustres familias de Francia?

—No cometeré esta imprudencia, interrumpió Anita, supuesto que aunque no conozco á nadie en Tolosa, donde no he estado nunca, he visto sin embargo en París á muchos de sus habitantes: puedo, sin embargo, esperaros tranquilamente en algun punto donde podais despues venir en busca mia, cuando hayais tomado todas las medidas necesarias para nuestra fuga.

—No, Anita, dijo el baron, no os dejaré sola en una miserable aldea, espuesta á la persecucion de vuestro marido. que, á pesar de todas nuestras precauciones, puede, sin embargo, llegar á descubrir el punto de vuestra retirada, sobre todo, debiendo durar mi ausencia, si he de ir á Tolosa á arreglar mis negocios y volver en busca vuestra.

—Si quisiese la desgracia, repuso Anita, que llegase á encontrarme el conde, creo que vuestra presencia me seria mas fatal todavía. No quiero preveer las consecuencias de este encuentro, pues podian ser desastrosas. Por el contrario, si me encuentra sola presumirá que huí sola, y aunque emplease la autoridad que le da la ley para obligarme á volver á su casa, créeme, Armando, añadió tendiéndole la mano; créeme que sabria huir de él para buscarte donde tú me dijeses.

—Lo creo, lo creo, respondió Luizzi; pero no sabes, Anita, lo que es la existencia en una miserable aldea donde te encontrarás sola, sin apoyo, sin amigos á quien pedir auxilio en caso de una desgracia, de una enferme-

dad, cosa que me hace temer lo mucho que has padecido.

—En tal caso, el asilo que he escogido no tiene ninguno de estos inconvenientes.

—¿Habeis, pues, escogido un asilo?

—Creo haberos hablado ya de la señora de Paradeze, una de mis tias, que habita una quinta á algunas leguas de Bois-Mandé, de suerte que dirigiéndonos allá nos acercaríamos al propio tiempo al término de nuestro viage: en su casa pensaba permanecer durante vuestra ausencia.

—Pero, dijo Luizzi, ¿cómo le esplicareis el motivo de vuestra llegada?

—Le diré la verdad en la parte que debo decirla. La señora de Paradeze, cuya única heredera soy, me quiere como una madre, y estoy cierta de que su bondad aceptará fácilmente la condicion que le impondré de no decir á mi marido que he buscado un asilo en su casa contra su terrible persecucion.

—¿Estais segura de su discrecion?

—Segura de su amistad como de vuestro amor, Armando; su espíritu ha sufrido mucho, y las lágrimas han agotado el manantial de su corazon, y su existencia únicamente se ha visto rodeada en la sociedad de mi cariño, y me quiere como os quiero yo á vos.

—Pero, repuso todavía Luizzi, ¿se enterará sola ella en el secreto de vuestra permanencia en la quinta?

—No podré ocultar mi llegada á Mr. de Paradeze, su marido; pero es un vejeton abrumado por la edad y los achaques, y que por otra parte, no conoce otra voluntad que la de mi tia, puesto que á ella debe los bienes y hasta el nombre que lleva.

Todavía discutieron por algun tiempo este asunto, pesaroso él de tener que abandonar á la condesa; persistiendo ella en su generosa determinacion, y dándole á entender que el mejor medio de asegurar el porvenir es cimentarle bien en lo presente. Era por fin, tan razonable este plan, y podia ejecutarse tan fácilmente, que acabó Luizzi por ceder, diciendo:

—En todo sois superior, Anita, aun en el raciocinio; de manera que en todo debo ser vuestro esclavo.

—Llamais raciocinio, respondió la condesa, á lo que solo es voluntad, amigo mio, creedme, cuando se desea ser feliz, el corazon da prudencia y energía para poder serlo. Pensemos ya en la hora á que podremos salir para Orleans, con el bien entendido objeto de que deberemos viajar en un coche de alquiler, puesto que ir en silla de posta seria muy notado despues de haber entrado aqui á pie.

—En todo teneis razon, repuso el baron.

—Salió al momento mismo y volvió unos minutos despues para anunciar á la condesa que no podrian salir de Fontainebleau mas que á las cinco de la mañana, y esto aun en el caso muy eventual de que encontrasen puesto en la diligencia. Díjole asimismo que en el caso contrario, le habian informado de un coche de alquiler que, por un precio bastante módico, les conduciria á Orleans.

LXIII.

RECONOCIMIENTO.

La hora de la partida llegó, y dando Armando órden que condujesen su equipage, subieron al coche, que casualmente iba vacío, y emprendieron su viage.

Poco despues, al salir el sol, fueron desvaneciéndose lentamente los pensamientos que les rodeaba, asi como desaparecen con el dia los fuegos fátuos. La realidad de su situacion se hizo evidente para ellos, al paso que iba ostentándose la naturaleza; entonces dijo Luizzi á la condesa:

—No me he negado á cuanto habeis solicitado, Anita; pero decidme, ¿estais segura de la proteccion de la señora de Paradeze?

—Tan segura como en este mundo puede estarse conociendo un corazon bueno y leal.

—A veces es esto una señal de debilidad, Anita.

—No lo niego, repuso ésta, y por eso no os pinto á mi tia como uno de esos modelos de valor heróico que conducen á sacrificios admirables. No obstante, si es débil, no lo será ciertamente para no hacer bien, supuesto que es muy capaz de resistir á todo poder que la impela á una mala accion.

—Lo creo, dijo el baron; pero fácilmente puede reputar cosa buena para vos el que volvais al lado de vuestro marido.

—Esto seria solo posible en dos casos; ó ya porque tuviese á su lado alguien que se interesase en persuadírselo, cosa que no es probable, ó ya porque esa misma persona tuviese sobre mi tia influjo que fuese bastante á equilibrar el mio.

—No dudo que vuestro influjo sea mayor, Anita, repuso sonriéndose el baron; pero disimuladme si soy receloso, y si preveo peligros, aunque sean ilusorios.... ¿En qué fundais esa confianza de vuestro influjo?

—En el cariño que me tiene y en la ternura de su corazon. Veamos, Armando, añadió Anita, sonriéndose, ¿creeis que sea esta mala garantía?

—Es que no todos os aman como yo; y en verdad empiezo á creer que solo existen en el mundo dos cariños poderosos; el que siento por vos, y el de una madre para con su hija.

—Pues bien, Mad. de Paradeze es para mí una madre, ó mas bien, yo soy para ella una hija, supuesto que tuvo la desgracia de perder la suya.

—¡Ah! esclamó Luizzi, ¿se le ha muerto una hija?

Digitized by Google

—No podré decíroslo, respondió Anita, pues la palabra perder, que pronuncié por casualidad, debe tomarse en un sentido mas estenso.

Esa hija ha sido verdaderamente perdida ó robada á su madre.

—¡Ah! dijo Luizzi con notable asombro, que procedia de la coincidencia de esta historia con la de Eugenia, de que habia tenido noticias la víspera; ¿ con qué robaron la hija de Mad. de Paradeze?

—Pero no bien habia Luizzi concluido esta frase, cuando el nombre mismo que acababa de pronunciar le puso de mánifiesto que se equivocaba; puesto que Paradeze y Cauny eran nombres diferentes para que Perico hubiese podido tomar uno por otro. Hubiera, por otra parte, sido una circunstancia tan estraordinaria, que el báron desechó semejante idea, contentándose con añadir:

—No será la única madre que se encuentre en tan triste situacion; pues no ha mucho tiempo que supe una historia muy parecida á esta; con la diferencia de que la hija que acababa de saber que no pertenecia á la muger del pueblo grosero y brutal á quien ella siempre habia llamado madre, era descendiente de una noble familia de cuyos brazos la arrebataron en la niñez.

—¿Ha encontrado acaso á su familia? preguntó la condesa.

—Creo que no, respondió Luizzi.

—¡Ay de mí! contestó suspirando la condesa, tal vez será para ella una felicidhd no encontrarla. Una pobre jóven educada entre el pueblo, con humildes y triviales costumbres, echada de repente en un mundo tan nuevo para ella, en un mundo que despues de haberla compadecido durante dos dias, la miraria en seguida con curiosidad y luego despues con desden y con befa, en un mundo que no perdonaria crueles y humillantes sátiras; repito que esto seria para ella un destino bien triste.

—Confiésoos que tendríais razon si se tratase de una pobre jóven tal como la habeis pintado; mas debo deciros que pocas mugeres merecen gozar tanto de la culta sociedad como Mad. de Peyrol.

—¡Mad. de Peyrol! repitió con asombro la condesa, si mal no me acuerdo, he oido pronunciar este nombre: ¿no es la madre de la condesa de Lemeo?

—La misma; la sobrina, ó mejor dicho, supuesta tal de ese famoso tio Mr. Rigot.

—Mucho me pasmais, dijo Anita, pues la condesa de Lemeo tiene unos humillos para ser de buena raza...

—Su madre os haria pensar de otra suerte; y seguramente, mas que otra ninguna, seria una prueba de lo que se llama herencia de una noble sangre.

—¿Sabeis si pertenece á una familia verdaderamente elevada?

—No podré decíroslo. ¿Habeis oido hablar jamás de cierta Mad. de Cauny?

—¡Mad. de Cauny! esclamó Anita con singular asombro; ¡Mad. de Cauny! Si es mi tia.

—¡Una de vuestras tias!

—La tia á cuya quinta voy, repuso la condesa; la señora de Paradeze, que llevaba antes el nombre de Cauny.

—¡Esto es muy singular!.... dijo el baron mucho mas asombrado que la condesa; y sin embargo, á ver si me acuerdo. ¿Su hija desapareció pocos dias despues de su nacimiento?

—El mismo dia.

—¿Se la robaron en París?

—En París.

—¿Por el año de 1797?

—1797, en efecto.

—¡Entonces es ella! ¡ella!

—¿Estais seguro? preguntó Anita vivamens conmovida.

—Tanto como puede estarse de una cosa que coincide tanto en las fechas, y se parecen de tal modo los acontecimientos.

—¡Ved que seria una alegría muy viva para mi pobre tia! ¡Oh! ¡Armando, es preciso que os informeis bien!

—¡Lo haré! ¡lo haré!

—Sin embargo, es preciso estar muy seguro de la realidad de todo esto antes de hablar una palabra á mi tia. No sé si la pobre señora tendria bastante fuerza para sostener la felicidad de encontrar á su hija; pero estoy segura que moriria si concibiese un momento esa esperanza para perderla de nuevo para siempre!

—Descansad en mí, Anita; descansad en mi que tomare las precauciones necesarias; y si puedo lograr que volvais una hija á su madre, juzgo que le habia pagado suficientemente la hospitalidad que vais é pedirle.

—Sí, Armando, si; y me reputaré muy dichosa con pagarle de esta suerte, os lo juro: mi pobre tia ha sido tan desgraciada y ha sufrido tanto.., el cielo le debe sin duda este consuelo en su vejez.

—Pero, repuso Armando, contadme todas las circunstancias que sepais de este acontecimiento para que lo pueda indagar de un modo cierto.

—¡Con mucho gusto! ¡con mucho gusto! Es una historia especial en su clase que tengo tiempo de contaros, y que es preciso que sepais en todos sus detalles para que no os asombre el desenlace.

Acercóse Luizzi á Anita para oir con el mas vivo interés una historia que le decia ser interesante, y ademas de esto contada por una voz cuyos acentos eran para él armoniosos sonidos.

Hé aquí de qué modo contó la condesa de Cerny la mencionada historia.

Digitized by Google

LXIV.

PRIMERA PARADA.

—Preciso será que os diga, querido Armando, á menos que ya lo sepais, que mi padre, el vizconde de Asimbret, y su hermana, Mad. Valentina de Asimbret, quedaron huérfanos en su niñez. Confióse su tutela á Mr. de Cauny, padre del esposo de mi tia, que murió al principiar la revolucion. Mr. de Cauny era viudo, y como su hermana permaneciese doncella todavía en Bretaña y no supiese qué hacer de su pupila, la metió en un convento distante algunas leguas de Paris.

Tocante al vizconde de Asimbret, mi padre, se educó con el hijo de Mr. de Cauny, siguiendo ambos unos mismos estudios, y entraron á un tiempo en palacio, donde permanecieron amigos, si bien tenian los dos un carácter bien diferente.

La mirada que dirigísteis á Mad. de Marignon, cuando me recordásteis el nombre de mi padre, me prueba que os es bastante conocida su juventud para que podais escusarme de sus pormenores.

—Ciertamente que si, dijo Luizzi; ha sido muy brillante su juventud.

—No se me oculta que con este nombre tambien se denota que un jóven ha sido muy licencioso; os doy, sin embargo, gracias por haberle escogido, respondió Anita.

Ello es que mientras mi padre pasaba el tiempo en las tertulias y en los mas recónditos gabinetes, continuaba Mr. de Cauny en sus sérios estudios, entregándose con ardor á la polémica y á la práctica de las nuevas ideas que empezaban á andar en boga.

Ambos eran, en verdad, los mas exactos representantes de las dos sociedades de aquella época.

Poco profundo mi padre, pero valiente y hasta temerario, despreciaba á las clases inferiores que seguramente conocia muy mal, y á las cuales negaba la facultad de pensar, burlándose de lo que llamaba quejas de los villanos, y diciendo que la palabra pueblo era un vano sonido sin significado alguno, podia ser reputado el tipo mas fiel de aquella sociedad que respiraba solo los aromas de las mas suntuosas tertulias, cimentando su porvenir en los catorce siglos ya pasados de una monarquía.

Como otros muchos, no sospechaba que estos mismos catorce siglos iban fermentando en el seno de la sociedad para producir, no unos poderes semejantes á los que en la antigüedad habian sido constituidos, sino para constituir otros y presentarse de nuevo en su esplendor naciente. Cuando los primeros actos de independencia de la Asamblea constituyente le demostraron que realmente hacia la nacion un esfuerzo para mudar de régimen de gobierno, lo tomó todo por charlatanería, y lo que era revolucion, le pareció una asonada despreciable: asistió al famoso banquete de los guardias de corps, en Versalles, donde sobresalió por su exaltacion.

Mr. de Cauny, por el contrario, era amigo de la mayor parte de los hombres que se grangearon entonces justa nombradía en Francia, y abrazó con ardor las ideas de reforma social, sin considerar tal vez, como otros muchos, que no seria posible realizar la reforma sin destruir en sus cimientos el régimen político del pais. Quizás habia deducido todas las consecuencias posibles de sus opiniones, y las abrazaba todas: su conducta parece ser al menos una prueba de ello. Mientras perdia mi padre las noches entre bailes, tertulias y teatros, Mr de Cauny pasaba las suyas en los clubs donde se trataba de la propagacion de las ideas liberales, preparándose aquel inmenso movimiento que debia arrebatar como un torbellino á los que le habian motivado.

En tanto que el vizconde de Asimbret anhelaba ser del gusto de las hermosas, Mr. de Cauny deseaba cautivar la benevolencia de los hombres meditabundos, y se alejó para siempre de la córte el mismo dia en que mi padre se hizo notar de los demas cortesanos por la gracia con que recogió el abanico de la reina que se le habia caido, y se lo presentó improvisando una cuarteta que despues de Luis XVI se ha atribuido siempre al conde de Provenza; pero que en realidad pertenece á mi padre. Solo la marcha de las circustancias podia perdonar la audacia del pensamiento, no solamente en boca de mi padre, sino tambien en la del príncipe mas elevado, dirigiéndose á María Antonieta; pero la poesía y la etiqueta no son quisquillosas en punto á improvisaciones, y la famosa cuarteta

> Juzgando vuestros deseos
> En la estacion calurosa
> Os traigo el tranquilo céfiro
> Y el amor vendrá despues.

fué alabada sobremanera.

Como iba diciendo, el dia mismo en que mi padre era envidiado de los demas por su improvisacion, Mr. de Cauny era nombrado por Renne diputado del estado llano en la asamblea de los Estados generales, y algun tiempo despues, cuando se hacia célebre mi padre en Versalles por la adhesion ardiente en favor de los intereses de Luis XVI, hacia Mr. de Cauny dimision del honorífico cargo que se le habia confiado en palacio.

Esta dimision fué reputada como un acto de cobardía, y los demas oficiales de la compañía á que pertenecia aquel caballero, juraron castigarle por ello. Harto sabeis, Armando, que cuanto mas se ha estimado á un hombre, tanto mayor es el odio y el desprecio con que se le mira cuando se cree que ha faltado á su honor.

Digitized by Google

Dominado mi padre por este sentimiento é indignado en vista de la traicion de Mr. de Cauny, se ofreció voluntariamente para esta venganza, y envió billete de desafío al que habia sido por tanto tiempo su amigo. Negóse al principio Mr de Cauny, pues los principios filosóficos que profesaba le hacian mirar el duelo como cosa bárbara; y su posicion en la Asamblea constituyente le hacia decir que no se cortaban cuestiones políticas con la espada; pero á pesar de esas razones que alegaba en alta voz y de otra mas poderosa que á nadie manifestaba, no pudo vencer la insultante provocacion del vizconde: tuvo lugar un encuentro del cual salió mi padre gravemente herido.

Hablóse mucho de este desafío, escusándose en cierto modo la falta de mi padre con acusarle de otras que no habia cometido. Andúvose propalando la voz de que no atreviéndose la córte á resistir abiertamente á la Asamblea constituyente en masa, queria deshacerse de ella en detall. Todavía mas: se mezcló la infame palabra de asesinato al hablar de un combate leal al que habian asistido por testigos seis personas.

Como lo reconocereis sin duda, todos cuantos conocian á mi padre, como uno de los mas bizarros y leales oficiales de la guardia, se indignaron al oir esta acusacion, y cuando llegó á oidos de la familia real, creyó ésta de su deber hacer dar á mi padre pruebas de su interés. Tambien á ésto, como á todo cuanto tenia lugar entonces, se dió una esplicacion pérfida; díjose que Luis XVI habia hecho cumplimentar á mi padre por su conducta, ofreciéndole como ejemplo á los demas oficiales, de lo que resultó que el nombre de Asimbret alcanzó una nombradía que debia mas tarde hacerle inscribir el primero en las listas de los proscriptos.

No os he revelado el secreto motivo que obligó por mucho tiempo al conde de Cauny á dar la satisfaccion que le pedia mi padre; pero lo habreis adivinado sin duda. El conde estaba perdidamente enamorado de Valentina, aunque por entonces solo tuviese ésta catorce años, puesto que ya en aquella edad se hacia notar por su talento y por su belleza.

—¡Ah! esclamó Luizzi con amargo suspiro, harto veo que asi entonces como ahora no eran los conventos un asilo contra la seduccion.

—Ninguna seduccion tuvo lugar, os lo aseguro, querido Armando; esta pasion nació y subió de punto con la edad entre el conde y Valentina.

Siempre que Mr. de Cauny, padre, enviaba al vizconde á ver á su hermana, pupila de aquel, mi padre que se fastidiaba con ese viage de algunas horas para ir á un locutorio, se hacia acompañar por su amigo, Cauny, el hijo.

A poco ya mi padre, cuyas visitas al convento le aburrian, rogaba al conde, á quien decía ser mas propio de su carácter, fuese á visitar á su hermana y le diese noticias de ella para podérselas repetir al tutor como si él mismo lo hubiese hecho. Si bien que muy jóven todavía, Mr. de Cauny amó al principio á Valentina como á una linda niña que estaba bajo su proteccion, supuesto que el viejo conde, enfermizo y muy decaido, casi nunca salia de casa; mas al fin cuando ella llegó á ser muger, la quiso como se quiere á una dama.

Estaban acostumbradas en el convento á ver llegar contínuamente á Mr. de Cauny, el hijo, pues representó por mucho tiempo en cierto modo á su padre en calidad de tutor de Valentina. Nadie pudo sospechar que no tuviesen ya sus visitas un interés tan respetable, y cuando las disensiones de opinion se suscitaren entre el vizconde de Asimbret y su amigo, como nadie participase á la superiora que las dos familias no se miraban ya con buen ojo, continuó el conde viendo á Valentina hasta el momento del fatal duelo.

LXV.

SEGUNDA PARADA.

Cuando llegó Mad. de Cerny á este punto de su narracion, se detuvo la diligencia delante de un parador. Calló la condesa, pues la hubiera sido dificil hacerse oir con el ruido de las cadenas y los gritos de los postillones que ponian un nuevo tiro. Durante este tiempo miró Luizzi curiosamente á los viageros que iban en el interior, en la rotonda y en la imperial, pues casi todos hacian bajado; y no sin placer notó que á ninguno conocia, ni se acordaba haberle visto: habiéndolos mirado con mucha atencion, puesto que desconfiaba de su memoria que al primer golpe casi no le recordaba haber visto á una persona.

En el momento en que acababa esta inspeccion habiéndose asomado á la portezuela, oyó que le llamada la condesa de Cerny, y le decia sonriéndose:

—Armando, ved que os piden una limosna.

Volvióse el baron y observó en la otra portezuela á una linda jóven de unos catorce años, pálida, enfermiza y que hablaba con doliente voz.

Sacó un escudo de su bolsillo y lo entregó á la mendiga; miróle ésta al principio con alegre afecto; pero recobrando al momento un aire de tristeza, añadio:

—Es mucho, señora; Dios os lo pague....

Interrumpióse á sí misma, y alejándose, añadió en voz baja como si hablase consigo misma:

—Mucho es, ¡y sin embargo, no es bastante todavía!

—¡Cómo, pues! dijo vivamente la condesa, llamándola de nuevo, pues tanto la habia interesado su lindo rostro; ¿por qué no es bastante, hija?

Digitized by Google

—¡Oh! señora, no, no pido nada mas; lo que me habeis dado escede á cuanto he recibido desde que con mi anciano padre vivimos de limosnas, ¡ah! necesitábamos, sin embargo, ir muy pronto á Orleans, y decia entre mi que lo que me habeis dado no era bastante para pagar mi puesto y el de mi padre allá en la imperial.

—Armando, dijo la condesa mirando con tono suplicante al baron.

estaba sentado en una piedra junto á la puerta de la casa de postas.

El modo como escuchó á la jóven sin levantar cabeza demostró que era ciego, y volviéndose entonces la condesa á Luizzi, le dijo sonriéndose:

—Ya veis, Armando, como dispongo de vuestro bolsillo.

—Vais á arruinarme, respondió Luizzi con el mismo tono; ambos se sonrieron clavándose una de esas miradas que rebosan mas amor que las tiernas pláticas



Es mucho; señora, Dios se lo pague.....

Luizzi llamó al conductor y le dijo:

—Dejad que esa niña y su padre suban en la imperial; pagaré por ellos.

—¡Gracias! señora, ¡gracias! esclamó alegre la mendiga dirigiéndose siempre á la condesa, y comprendiendo por secreto instinto que el beneficio que recibia era mas bien obra suya que de quien lo ejecutaba; ¡gracias! señora, repitió, ahi teneis vuestro dinero, puesto que pagais por mí.

—Guardadle, hija, respondió la condesa, y cuando lleguemos á la posada, venid á hablar conmigo.

—Si, señora, si, dijo la niña haciendo una cortesia, y corriendo hácia un anciano que

Volvió á arrancar el coche, y la condesa dijo á Luizzi:

—Preciso será ahora que vuelva yo á tomar el hilo de mi narracion.

Y prosiguió asi:

Como os he dicho ya, continuó el conde de Cauny visitando á Valentina en el convento hasta el dia de su desafío con mi padre.

Desde esta época le impuso la delicadeza un sacrificio que juzgó deber hacer á las diferencias de opinion; pero que no podia negar á la sangre que á pesar suyo habia derramado. No fué mas al convento, y determinó no

Digitized by Google

volver á ver á la señorita de Asimbret, escribiéndole por vez primera para participarte los motivos que los separaban. Despues de haber lamentado en su carta los resultados de ese funesto acontecimiento, concluia el conde asegurando á Valentina, que jamás olvidaria el amor que le profesaba y que si amaneciesen dias mas felices en que recobrase la amistad de su hermano, tambien esperaba recobrar el amor de la hermana. Añadia, empero, que temia estuviese muy lejos esta esperanza; que la atmósfera política amenazaba espantosas desgracias, y que no temia confesarle que le asustaba bastante el porvenir de la Francia para deplorar la parte que habia tomado en el movimiento revolucionario.

En este caso, añadia, si algun dia vos y vuestro hermano necesitais un protector, no me atrevo á decir un amigo, no olvideis que os querré mañana como os quiero hoy y como os quise siempre, y que quizás no vuelva atrás en la senda que escogí, porque columbro la lejana esperanza de poder protegeros.

La revelacion que os hago, dijo Anita, tiene todos los lances de una novela, como que recuerdo las cartas amorosas y las cito palabra por palabra. Lo he hecho porque esa carta tuvo para Mr. de Cauny deplorables resultados, y porque la cláusula que acabo de citaros fué el fundamento de su sentencia fatal.

—Pereció, pues, en la tormenta revolucionaria.

—Pereció como tantos de los que querian amansar al leon despues de haberle desencadenado. No es esto, empero, lo que debeis saber, y llego en breve á la circunstancia que ocasionó la pérdida de la hija de mi tia, la prima de que hablábamos.

—No, no. dijo Luizzi; contádmelo todo, porque muchas veces los insignificantes pormenores dan luz para descubrir la verdad, mucho mejor que los acontecimientos graves.

—Voy, pues, á continuar la historia, respondió la condesa:

Restablecido mi padre de su herida, permaneció en Francia hasta el 19 de agosto, esperando siempre que se restableciera el órden, no comprendiendo que fuese posible una revolucion capaz de derribar el trono, y sobre todo, no creyendo que se atreviesen los súbditos á juzgar al monarca, á condenarle y conducirle al cadalso.

Cuando tuvo lugar la prision de Luis XVI, como fuese reconocido el vizconde uno de los que con mas denuedo defendieron las Tullerías, se vió obligado á ocultarse, y pronto pasó á reunirse con los príncipes emigrados.

Recordó sin duda, durante su fuga, que dejaba sin protector en Francia á su hermana, puesto que habia muerto el conde de Cauny, padre; pero de una parte los riesgos que corria no le permitian hacer partícipe de ellos á Valentina, y de otra creia como otros muchos que su emigracion seria solo una ausencia de pocos dias, que pronto estaria de vuelta en París, y que una campaña seria suficiente para hacer entrar en sus deberes á un populacho desenfrenado. Se engañó como se engañaron todos.

Por aquel tiempo se desocuparon los conventos, y cierto dia un oficial de la municipalidad, seguido de un destacamento de soldados, penetró en el asilo de mi tia, y sin dar tiempo á las pobres pensionistas para hacer los menores preparativos, fueron puestas en la calle, sin dinero, sin recursos y sin guia.

Bastante tenian todas que hacer consigo mismas para que pudiesen pensar en las demas; todas, sin embargo, sabian donde poder retirarse; pues las que pertenecian á familias emigradas habian salido del convento mucho tiempo antes. Unicamente Valentina quedó verdaderamente en la calle, no sabiendo qué hacer ni á dónde dirigirse.

Mucho me compadecíais ayer, Armando, repuso Mad. de Cerny, me compadecíais á mí que me encuentro en lo mas lozano de mi juventud y que iba en coche al lado de un hombre que ha jurado protegerme; me compadecíais porque tenia frio y me abrasaba la fiebre; pensad, pues, cuánto debia sufrir una pobre jóven de quince años puesta en un camino, con un trage que le acarreaba groseras injurias de los transeuntes y aun de los niños de las aldeas que atravesaba, y viendo como tiraban lodo sobre su blanco hábito y la perseguian con los mas insultantes apodos.

Mi pobre tia, Armando, pasó dos dias sin comer, y durmió dos noches en las zanjas de los caminos,

Hé aqui dolores que se supone que nunca tuvieron que sufrir los de nuestra clase; y seguramente si viéseis á Mad. de Paradeze en la magnífica quinta que habita, tomaríais por cuento de viejas la idea de que una muger de su nombre y rango haya sido mas miserable que la mendiga á quien acabamos de dar limosna.

—Esto me admira menos de lo que pensais, dijo el baron, pues yo mismo he debido á la hospitalidad de un labriego no pasar la noche al fresco, y aun encuentro feliz no ser arrestado como mendigo ó vagabundo. Proseguid, sin embargo.

La condesa repuso de esta manera:

—Mucho duró esta miseria; unos quince dias, al cabo de los cuales llegó Valentina á París. Lo único que guardaba de su pasada existencia era la carta de Mr. de Cerny, pues una muger no deja jamás ni pierde la primera carta de amor que ha recibido. Guardábala sin esperanza, y cuando la echaron de su asilo desechó la idea de ir á pedir proteccion al que habia derramado la sangre de su hermano; pero la miseria es muy poderosa; y despues de haber vagado dos dias enteros por las calles de París, viviendo de las limosnas que

Digitized by Google

el hambre le obligó á pedir, pensó en dirigirse al objeto que amaba.

Fuese á su casa, y no le encontró; pues el conde, al saber el acto brutal cometido en su convento, habia partido inmediatamente para ofrecerle un asilo, y la buscaba por todos lados siguiendo á todas las religiosas por los caminos que le manifestaban haber seguido unas á un lado y otras á otro. Encontró muchas al paso, pero no á Valentina, y volvió desesperado á París para saber que una religiosa habia venido preguntando por él, y que se habia retirado al saber que no estaba, diciendo que se llamaba la señorita de Asimbret.

Indignóse el conde oyendo que no la habian recibido durante su ausencia, é injurió al portero, cuyo descaro le hizo suponer que la habria recibido duramente.



¡Cuánto debia sufrir una pobre jóven de quince años puesta en un camino con un trage que le acarreaba groseras injurias!

Esta insignificante circunstancia, que no hubiera sido importante entre el conde de Cauny y uno de sus criados, fué, no obstante, muy grave entre el ciudadano Cauny y el ciudadano Lollard. Asi que, cuando á la mañana siguiente se presentó de nuevo Valentina en el momento en que el portero despedido iba á

abandonar su destino, esclamó éste señalando con el puño á Valentina:

—Los que salen la harán pagar cara á los que entran.

Pertenecia este miserable á un club del que era presidente un antiguo maestro de música del conde, á quien siempre habia tratado con respeto y á quien debia el destino que se le habia confiado.

Movido de un sentimiento de reconocimiento, pasó, pues, á prevenir al conde que su portero le habia denunciado como que daba asilo á las religiosas, y que á pesar de todos sus esfuerzos, el club habia decidido que fuese llamado á su seno Mr. de Cauny para dar cuenta de su compasion aristocrática.

Comprendiendo el conde hasta qué punto podia llevarse á cabo semejante consecuencia, juzgó que no podia responder mejor que con anunciar al club que el ciudadano Cauny no habia podido cometer un crímen contra la seguridad pública recibiendo en su casa á la ciudadana Cauny su esposa. Cumpliendo con todas las solemnidades del casamiento, que erán entonces cosa muy espedita, se casó con mi tia, la señorita de Asimbret.

El instinto de su salvacion determinó mas bien á Valentina que el amor. Esos dias de miseria que habia pasado sin hallar á nadie á quien pedir apoyo, habian herido tan vivamente su imaginacion que casi parecia una niña, y hablaba siempre de la desgracia de quedar sola y abandonada del mundo. El terror què ha conservado siempre á semejante aislamiento, no ha contribuido poco sin duda á que prestase su consentimiento para un acto que he reputado siempre una desgracia, pero que mi padre llama todavía bajeza.

—¿Una bajeza? esclamó Luizzi interrumpiendo á la condesa.

—Dejad que concluya mi narracion y conocereis que puedo yo, segun mis ideas, tener razon, asi como puede tambien tenerla mi padre segun las suyas.

Por muchos años aquel casamiento hizo felices á Mr. de Cauny y su esposa; pero despues acarreó á los dos una persecucion que ciertamente estaban distantes de preveer.

La casualidad de una visita condujo cierto dia á casa de Cauny al antiguo maestro de música de que os he hecho referencia, é hizo que éste viese á su muger.

La atencion con que la miró aquel hombre, obligó á mi tia á preguntarle por qué la miraba de esta suerte; á cuya pregunta respondió Mr. de Bricoin que...

—¡Bricoin! esclamó Luizzi interrumpiendo de nuevo á la condesa.

—¿Tambien le conoceis? preguntó Anita.

—No, respondió Armando; pero si mal no me acuerdo, es el nombre del que fué bastante feliz para ser el primer amante, segun he sabido, de Mad. Marignon.

—Ya que estais informado de esto, repuso Anita, sin duda sabreis tambien que mi padre le echó de casa á latigazos.

No lo habia olvidado nunca, y cuando respondió á mi tia que solo la miraba atentamente porque se parecia mucho á cierto vizconde de Asimbret á quien habia conocido, y despues de haberle esplicado mi tia esta semejanza manifestándole que era hermana del vizconde, no pudo la inocente adivinar en la singular despedida de Bricoin el proyecto de una venganza atroz, pues nada debia hacerla preveer el peligro á que estaba espuesta.

—Guárdeos el cielo, señora, le dijo aquel hombre al salir; ¡ya nos veremos, ya nos veremos!

Esta circunstancia que acabo de referiros, fué legada muy pronto al olvido, como presumireis desde luego, y Mad. de Cauny estuvo muy lejos de buscar en ella el orígen de la persecucion que esperimentó cuando, algunas semanas despues, fué arrestado su marido por uno de esos fútiles pretestos de los cuales se valian entonces para encarcelar y asesinar jurídicamente á cualquiera. Como habia escrito á mi padre, se le acusó de mantener correspondencia con los emigrados; en consecuencia se inspeccionaron sus papeles, y la carta de que os he hablado, en la cual preveia los escesos de la revolucion, sirvió de base para acusarle de traicion.

Por segunda vez se halló sola mi tia con su debilidad y sus temores.

Otra cualquiera en su lugar, menos ignorante de lo pasado y menos temerosa de la perfidia de los hombres, se hubiera alucinado al ver el modo como Bricoin vino á ofrecerle un apoyo cuando supo, segun dijo, que el ciudadano Cauny habia sido encarcelado. Deciros como ese hombre, merced á la esperanza que ofrecia sin cesar á la desgraciada Valentina, se introdujo en su casa, se grangeó su confianza y supo todos sus secretos, seria contaros la historia de una pobre muger abandonada, sola en el mundo, y para quien la soledad era un profundo terror.

Sin duda Bricoin supo de ella cuanto queria indagar, porque siguiendo sus consejos, y previendo el conde la suerte que le esperaba, hizo en favor de su muger un testamento en que la declaraba heredera de todos sus bienes en el caso de morir sin hijos, y le aseguraba la mitad si sucedia lo contrario. Esta última cláusula se puso en el testamento, porque en aquella ocasion Mad. de Cauny estaba en cinta.

Entretanto el régimen del terror, que habia dominado en Francia durante diez y ocho meses, empezaba á cansarse de su obra sanguinaria, y algunos dias despues de haber hecho su testamento, podia Cauny concebir fundadas esperanzas de ser restituido á la libertad y de asistir al nacimiento de su hijo; cuando he aqui que el dia mismo del parto de Mad. de Cauny, arrebatan al conde de la cárcel y se lo llevan al cadalso.

Digitized by Google

Que una muger como mi tia fuese mas fácil que otra alguna á dejarse dominar por imaginarios terrores en todas circunstancias, es cosa que fácilmente se concibe: pero que á vista de tan terrible acontecimiento hayan podido cegarla hasta hacerla concebir temores imposibles, no me parece tampoco cosa muy de admirar.

Persuadióla Bricoin que la rabia de los verdugos se estenderia hasta el niño que acababa de nacer, y merced á la desesperacion de esta muger enfermiza, débil, sola y moribunda de dolor, llegó á persuadirla que se separase de su hija diciéndole que tenia medios para confiarla á manos mas seguras.

LXVI.

TERCERA PARADA.

Tambien se detuvo esta vez el carruage, y volvió la condesa á suspender de nuevo su narracion.

Casi al momento mismo asomó la mendiga á la portezuela, enseñando su lindo rostro al través de los cristales, y diciendo á Anita con acento encantador:

—Señora, aqui está mi padre que quiere daros en persona las gracias de lo que habeis hecho por nosotros.

Vió entonces Anita á un anciano ciego, como ella habia adivinado, cuyo severo rostro conservaba cierto aire de resolucion y de energia.

—Señora, dijó, acabais de hacer una buena accion, y no será justo el cielo si no os la recompensa. No es una limosna lo que habeis dado á esa niña: es, tal vez, una familia que vos le devolveis, proporcionándole los medios para pasar á una ciudad donde puede procurarse noticias relativas á los parientes que la abandonaron.

No respondió la condesa al anciano mendigo; pero volviéndose de pronto al baron le dijo.

—Muy singular es esto, Armando; ved otra jóven abandonada y perdida, ¡Cuántos desgraciados habrá de esta suerte en el mundo, cuando solo en este coche tenemos dos, por decirlo asi!

—Singular es, en efecto, dijo el baron con tono mas inquieto de lo que permitia un simple movimiento de sorpresa; singular es, en efecto, repetia para sí, preguntándose si tal vez el infernal poder de su esclavo le procuraba en el camino encuentros estraordinarios, advirtiéndole de su presencia como se lo habia amenazado.

Durante este tiempo, habíase vuelto la condesa hácia el mendigo respondiéndole con vivísimo interés, y con esa finura que tiene miramientos con la desgracia.

—Habia encargado á esa niña que al llegar á Orleans viniese á hablarme, y no puedo menos de pediros que la acompañeis; pues, si puedo seros útil, lo seré muy gustosa.

—¿Por quién preguntaré? dijo el anciano.

—Preguntad, respondió rápidamente Anita, preguntad por la...

—Cuidado con lo que decís, dijo Luizzi de improviso; no olvideis que puede ser una imprudencia pronunciar vuestro nombre en voz alta...

—Teneis razon, respondió Anita, y dijo en seguida al ciego; es inútil, pues haré que os quedeis en la misma posada que nosotros.

Disponíase á partir el coche, y los viageros debieron subir de nuevo á sus asientos; pero esta vez no empezó inmediatamente Anita la narracion que habia interrumpido. Empeñóse entre ella y Luizzi una conversacion sobre lo que acababa de pasar, y ambos prometieron indagar hasta el fin el nuevo misterio que se les ofrecia. Entonces dijo Luizzi á la condesa:

—Es preciso no olvidar que de este género nos hemos impuesto otros deberes: y os agradeceré que me conteis, al fin, lo que fué de la desgraciada condesa de Cauny en manos del miserable Bricoin.

—¡Ay de mí! respondió la condesa; se casó con él.

—¿Qué decís? esclamó Luizzi; ¡Mr. de Paradeze!

—No es otra cosa que Mr. de Bricoin, que enriquecido con ese casamiento ocultó bajo un supuesto nombre su bejo nacimiento. Pero para que no acuseis á mi tia de haber obrado con una ligereza é inconsecuencia que le harian poco respetable á vuestros ojos, forzoso será que os esplique los medios culpables que puso en juego Bricoin para llegar á un objeto que habia anhelado desde que vió por primera vez á Mad. de Cauny.

Si el terror que ese hombre sabia inspirarle por su seguridad y la de su familia la entregaba sin defensa á él, la ninguna simpatía que esperimentaba en vista de sus groseros modales, y por otra parte, la avanzada edad de Bricoin, que pasaba entonces de los cuarenta, eran cosas que le hacian desechar las mal disfrazadas declaraciones del músico. Mas entonces aconteció una desgracia que puedo contaros á vos, Armando, y que es tal vez una escusa á la falta que cometió casándose con el seductor, si bien que esa desgracia era en sí tambien otra falta.

Valentina, hermosa jóven y aislada, encontró entre los pocos hombres que por su rango le hacian la córte, á uno de distincion y de talento raro en punto á hacer creer unos sentimientos que no esperimentaba, único implacable cuando se envanecia de haber representado bien esos sentimientos, y que empleó todo el poder de su infernal seduccion para contar á Mad. de Cauny en el número de sus víctimas: ese hombre, cuyo nombre jamás ha querido decirme mi tia...

Digitized by Google

—Ese hombre, dijo Luizzi interrumpiendo á la condesa, ese hombre se llamaba Mr. de Mere.

—¿Tambien lo conoceis? preguntó la condesa con nuevo asombro.

—¿No os he dicho, contestó Luizzi, que sé toda la historia de Mad. de Marignon?

Fué su último amante, asi como Bricoin habia sido el primero.

Púsose meditabunda á esta revelacion la condesa de Cerny, admirándose de esos destinos que ejercen entre sí mútuo influjo sin que al parecer se rocen, respondió:

—De este modo el último amante de madama de Marignon entregó á Valentina al primero.

Detúvose unos momentos, y añadió despues:

—Supongo que sabreis con qué cobarde é insultante abandono pagó ese Mr. de Mere el amor de una muger que noblemente se habia entregado á él, siendo tanto mas infame, cuanto no tenia ella en el mundo otro protector.

—Ella se vengó; sin embargo, hasta el punto que puede vengarse una muger, dijo el baron; y esto arrastrándole audazmente en el lodo de su misma infamia, delante de una numerosa reunion y en presencia de madama de Marignon, que solo era entonces la bella Olivia.

—Si, respondió Mad. de Cerny; ya sé que, gracias á las relaciones que la bella Olivia conservó con el vizconde á quien encontró en Inglaterra, se creyó autorizada para relacionarse con Mad. de Cauny, á pesar de su degradante situacion en aquella época.

No pudo menos de notar Luizzi las palabras «degradante situacion» que acababa de emplear Anita, y pudo admirar de qué manera la aparente decencia social puede dominar las almas mas fuertes y justas, supuesto que treinta años despues habia hablado á la condesa misma, ocupando un asiento en casa de aquella muger, cuya antigua conducta calificaba de tal suerte.

La condesa de Cerny continuó asi:

—Lo que yo no sabia, pues nunca me lo habia dicho, es que mi tia hubiese encontrado á Mr. de Mere, haciendo la publicidad de que me hablais. Sucedió, pues, que destrozado su corazon con la fatal esperiencia que acababa de hacer de la perfidia de ciertos hombres, renunció para siempre á todo amor, y esperimentó mas fuerte que nunca el dolor de su soledad.

Favorable fué entonces la coyuntura para Bricoin, que constante siempre al lado de la jóven viuda, y ahorrándole el trabajo de llevar sus negocios, y salvándola de la codicia de los intrigantes, parecia ser el único protector que debiese tener jamás. Por otra parte, hablaba siempre de casamiento, y como ese vínculo sagrado habia podido apreciarse por Mad. de Cauny durante los dos años que vivió con su marido, era el único que podia unir su existencia á la del hombre que cifraba su felicidad en estar á su lado.

Otra razon que he tardado algun tiempo en deciros por qué la ve mi padre de distinto modo que yo, determinó asimismo á la desgraciada Valentina. No habia visto á su hija desde el dia en que vino al mundo; Bricoin, con razones falsas ó verdaderas, le decia siempre que los paisanos á quienes la habia confiado se fueron de París y debian volver de un momento á otro. Tal vez tiene razon mi padre; quizás ese hombre hizo que la madre esperase la restitucion de su hija como precio del sacrificio que reclamaba: tal vez Bricoin prometió á Mad. de Cauny restituirle su hija el dia mismo en que consintiese casarse con él. Como quiera que sea, efectuóse el casamiento, y pocos dias despues Mr. de Paradeze, pues este nombre habia traido al casarse con mi tia, dijo á su muger que casi tenia certeza de que su hija habia muerto.

—¿Le creeis, pues, capaz de un crímen? dijo Luizzi.

—Lo que me habeis dicho de Mad. de Peyrol, respondió Anita, caso de ser ella esta desgraciada hija, me prueba que Bricoin no llevó á tanto estremo su infamia.

Por otra parte, nunca presentó un testimonio legal de la muerte de esa niña, y pasados ya mas de treinta años, vive todavía mi tia en la incertidumbre de saber si existe ó no su hija. Vanas han sido las indagaciones que ha hecho mi padre; porque, fuerza es decirlo, en odio de Mr. de Paradeze, ha sido mi padre quien mas diligencias ha hecho para descubrir á la heredera del conde de Cauny. «Ha hecho desaparecer la niña, decia, para apoderarse de todos sus bienes; mas yo la buscaré para reducir de nuevo á la miseria á ese pícaro que no debió jamás salir de ella » Debo añadiros, repuso Anita, que nunca habla por otro estilo de su cuñado.

—¿Mas no temeis, dijo el baron que con el odio que separa á esos dos hombres, deberá por precision seros peligrosa la permanencia en la quinta de Paradeze?

—Os he dicho ya, repuso la condesa, que Mr. de Paradeze es un viejo achacoso que no tiene voluntad para nada, y á quien queda apenas el recuerdo de lo que ha sido.

Diciendo estas palabras, entraba la diligencia en Orleans.

LXVII.

Segun lo habia escrito á su hermana, Luizzi pasó á habitar á la casa de postas sin revelar su nombre; es verdad que nadie se lo preguntó en vista de la generosidad que usó con el primer criado que se apoderó de su equipage. De cualquier modo que sea la policía, el oro es el mejor pasaporte que se ha

Digitized by Google

conocido. Luego que Anita y el baron se instalaron en su aposento, donde los habian servido, pensaron los dos en hacer hablar al ciego y á la jóven mendiga, que segun sus órdenes, los habian seguido al parador. Los mandaron subir, y los obligaron á que refiriesen su historia. El ciego se espresó de esta manera:

—Tal como veis tengo ochenta años cumplidos; nací en 1752, y fuí soldado de las guardias francesas en 1770. Tenia diez y ocho años y era uno de los mejores mozos de la



Tal como me veis, tengo ochenta años cumplidos.

Digitized by Google

compañía; debo confesar que no lo habia reparado hasta que una hermosa muger de mi tiempo me lo hizo reparar: esta hermosa muger tenia un marido que se llamaba Beru, y tocaba el violin de una manera admirable, pero nada mas.

Parece que Mad. Beru se fastidiaba de su marido, y éste se fastidiaba de su muger, y una vez que vino á ver la parada con su soberbia vestimenta observé que me miró mucho.

Yo no dije nada, pero pensé que seria una querida con la cual me iria muy bien, que me vestiria, me coseria y que tendria una buena cocina en su casa; le guiñé el ojo, ella no pareció amedrentarse, y creí que preguntaba á uno de los oficiales de nuestra compañía: ¿Quién es ese hombre que está el tercero en la primera fila?

Parece que el oficial le dijo mi nombre y las señas de mi cuartel, pues recibí aquella noche un papelito que me leyó un cabo, en el cual me mandaba pasar á su casa pretestando pedirme nuevas del pais, en razon á que soy de las cercanías de Orleans y ella lo era igualmente.

Acudí á la cita.

Perdon, señora; perdon, caballero; nueve meses despues, Mad. Beru dió á luz una bonita niña que se llamaba Olivia.

Será preciso que os diga que ademas de los regalos que me hacia la bella de mi corazon, me vestia de ropa blanca dos veces á la semana, y me habia prometido proteccion; mas esta proteccion se hizo esperar tanto tiempo que en 1789 todavía era nada mas que un soldado de las guardias francesas. Pero mi hija habia hecho fortuna, y como no era hija mia delante de la ley, no podia reclamar nada, y en 1793, cuando ella se encontraba en Inglaterra, yo era soldado de la república. Desde este tiempo no volví á saber de ella, á menos que no fuese á buscarla á Italia.

Cuando regresé á París me dijeron que la habian visto; yo continuaba siendo soldado de la república, pero tenia algun dinero y no me cuidé de buscarla. Este dinero me venia de una procedencia bastante original que es menester que yo os refiera.

Cierta noche que pasaba yo por delante de un hotel de la calle de Varennes, me llamó un hombre que llevaba debajo del brazo un emboltorio que hacia ruido; estaba muy entrada la noche, y miré que mi hombre estaba atribulado.

—¿Dónde vais tan de prisa? le pregunté.

—Voy donde vos podeis ir por mi si quereis ganaros una buena recompensa..

—Consiento, le dije.

—Entonces tomad estos veinte y cinco luises y este niño y llevadle á la inclusa.

Tomé los luises y miré el hotel de donde habia salido este hombre; tenia una hermosa fachada; una gran puerta con dos columnas. Tomé el niño de las manos de aquel hombre y le conduje lo mejor que pude. Le habian atado al cuello un papel que tuve la discrecion de no leer, en razon á que yo no sé leer, lo cual hoy me es igual, puesto que soy ciego, y me entretenia en mirar á la claridad de los faroles las finas ropas en que iba envuelto este niño, cuando tropezó conmigo un hombre que quedó sorprendido.

—¿Dónde habeis encontrado ese niño? me preguntó.

—Allí abajo, que lloraba amargamente.

—¿Y que vais á hacer?

—Llevarle á su domicilio natural.

—¿Me dais ese niño? Le educaré, le alimentaré, y será mi hijo. Yo tengo necesidad de él.

—¿Necesidad de un hijo? Eso lo dice un viejo, y vos no lo sois.

—Cualquiera que seais, militar, sabed que mi muger, que no lo era en esta época, queriendo salvarme de la quinta, ha declarado que la habia puesto en cinta, y me he visto obligado á casarme con ella; mas ella no está preñada, el término se aproxima, van á descubrir nuestro ardid, y la falsa declaracion de mi esposa puede comprometerla lo mismo que á mí.

—Tomad el niño y dadme las señas de vuestra casa. No iba descaminada mi solicitud; dos dias despues tomé informes, y supe que Gerónimo Turniquel, era un mozo muy honrado y digno de la confianza que yo le habia demostrado. Despues, cuando se me acabaron los veinte y cinco luises, pensé en buscar á mi hija, pero me ví obligado á dejar á París para ocuparme de los negocios de la Francia; yo era, como siempre, soldado de la república.

Partí para Egipto. Estuve mucho tiempo ausente en los paises estrangeros; volví en 1803 con la esperanza de hallar á mi familia, pero parece ser que mi hija se habia refundido en gran señora, y no supe de ella otra cosa. Entonces era soldado de la guardia consular; luego fuí soldado de la guardia imperial; cayó Napoleon, y yo caí, y el fogonazo del fusil de un camarada me dejó ciego; yo era entonces soldado de la guardia real. Hoy se niegan á admitirme en el cuartel de Inválidos. He aquí mi historia; que la niña os refiera la suya.

LXVIII.

NUEVA RESOLUCION.

Luizzi entonces dijo á Anita la carta que habia escrito á Gustavo Bridely, y de la manera que habia recomendado á Mad. Peyrol.

Anita escuchaba al baron con dulce sonrisa, y cuando terminó le dijo depositando un beso sobre su frente, y como si hubiera comprendido todas las acusaciones que este hombre llevaba él mismo contra sí:

Digitized by Google

—Armando, tú ves que eres noble y bueno cuando quieres. Será preciso saber si Mr. bido recibirla esta mañana. Es preciso escribir á Mad. Peyrol para asegurarte, y si él no



¿Dónde habeis encontrado ese niño?

de Bridely ha llenado su mision. Ayer tarde le enviaste la carta á Fontainebleau y ha de- está á su lado irémos nosotros mismos á participarle un secreto que seria imprudente

Digitized by Google

confiar en una carta, ó mejor le daremos una cita en esta casa donde esperamos á tu hermana.

—Voy á obedecerte, dijo Luizzi; descansa, que yo escribiré mientras duermes, pues es menester que tambien escriba una estensa carta á mi notario para esplicarle mis intentos, de modo que me baste una residencia de veinte y cuatro horas en Tolosa para terminar todos los negocios que allí reclaman mi presencia.

La condesa se retiró á su cuarto, y Luizzi quedó solo.

LXIX.

EL ESCLAVO.

Cuando Luizzi estuvo solo, tornaron sus dudas y sus temores, y empezó á calcular su vida, en razon de los buenos y malos cambios que creia poder combinar y dominar.

Se dijo que el tiempo necesario para recibir la respuesta de Mad. Peyrol ó esperarla á ella misma podia esponerle, así como á la condesa, á ser descubierto en una ciudad que es el tránsito de la mitad de los principales caminos de Francia que conducen á París. Pensó igualmente que no podia sacrificar su seguridad y la de la condesa á una muger de la cual no habia hecho el destino, y que un dia antes ó un dia despues, volveria á encontrar á su madre sin que hubiese necesidad de comprometerse por ella.

La mision de Gustavo bastaba por el momento á arrancar á Mad. Peyrol de una miseria que no debia ser un gran sufrimiento para una muger educada en las rudas costumbres del pueblo.

La única cosa que turbaba á Luizzi en este benévolo panegírico que hacia de sí propio, era saber si esta mision habia sido cumplida, y tenia un medio bastante fácil de saberlo.

Por otra parte, Luizzi habia notado la facilidad con que se dejaba dominar á la sazon por la presencia de aquel que llamaba su esclavo, y resolvió volver á tomar aquella autoridad, merced á la cual habia podido algunas veces luchar contra aquel genio del mal.

Llamó á Satanás, y Satanás apareció bajo una forma todavia mas estraordinaria que todas cuantas habia escogido hasta entonces. Habia tomado la figura y la forma grotesca de Akabila cuando estaba vestido con su trage de yokey. Presentaba el esterior de aquella obediencia humillante y temerosa del esclavo malayo, obediencia, sin embargo, que parece siempre dispuesta á rebelarse y vengarse.

El baron estaba muy distante de suponer que Satanás le hubiese inspirado los fatales pensamientos que acababa de tener; pero supuso que el diablo habia adivinado su resolucion, y que le advertia por aquella forma de esclavo, que se habia sometido de antemano: Luizzi le lanzó una mirada de pies á cabeza, ante la cual Satanás bajó los ojos, y le dijo con voz imperativa:

—¿Gustavo ha partido para Taillis?

—Ha partido, señor, dijo Satanás.

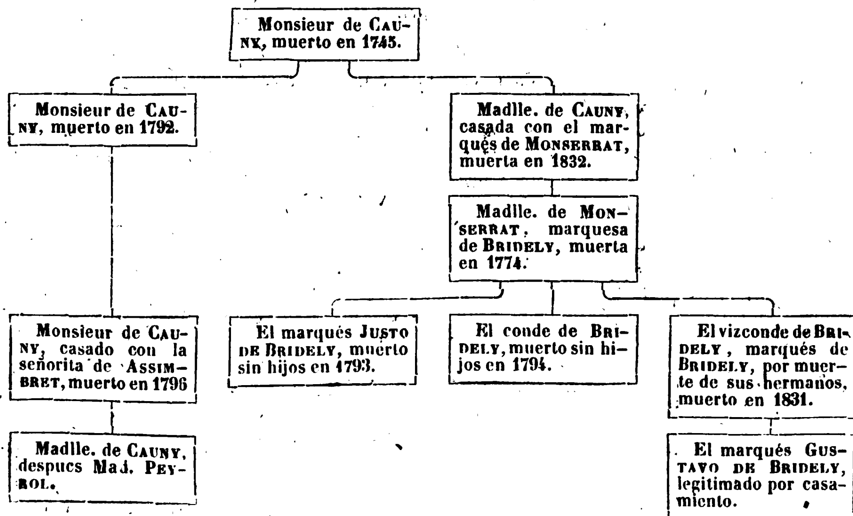
—¿Cumplirá su mision?

—Eso pertenece al porvenir y no puedo decirlo.

—Es muy justo: pero ¿con qué intenciones ha partido?

—He aqui, repuso Satanás, echando un pergamino sobre la mesa que estaba delante del baron, he aqui lo que te esplicará mejor que una prolongada relacion, que acaso no tengas tiempos que perder.

Luizzi abrió el pergamino. Era un árbol genealógico: héle aqui.



Digitized by Google

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Luizzi.

—Mira bien y lee bien, repuso el diablo; tú eres de demasiado buena familia para no comprender un árbol genealógico; has recibido una demasiada buena educacion para no conocer la ley que rige á los herederos; has de saber que Mr. Gustavo de Bridely y madama Peyrol descienden de un mismo tronco, y que Mr. Gustavo de Bridely ha recogido por representacion de su padre y de su abuela, la herencia de un bisabuelo, que sin esto hubiese pertenecido á la última heredera de Cauny si la familia de los Bridely hubiese sido estinguida.

—Y Gustavo, este heredero supuesto, legitimado por un crímen, ¿sabe esta circunstancia?

—La sabe tan bien, repuso el diablo, que ha sido el asunto del proceso que ha ganado en Rennes, merced á los cuidados de tu notario Barnet.

—¡Desgraciada Eugenia! ¡A qué manos te he entregado! esclamó Luizzi lanzando una mirada suplicativa á Satanás.

Pero no vió ya al esclavo tembloroso y grotesco que tenia poco antes delante de sus ojos: era el malayo que se habia despojado de su librea ridícula y vergonzosa; de pie y enteramente desnudo con odiosa sonrisa y su falsa mirada, contemplaba la víctima que iba á devorar.

A semejante aspecto, esperimentó Luizzi un movimiento de terror indecible; su cabeza se estravió, y sintió que vacilaban sus piernas en presencia de aquel rey del mal y lanzó un grito horroroso, y se disponia á pedir misericordia, cuando se abrió una puerta.

LXX.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

La puerta estaba abierta, y Mad. de Cauny acababa de entrar. Satanás, contra lo que tenia de costumbre en sus relaciones con Luizzi, permaneció en un ángulo del aposento. A punto de doblar el baron la rodilla delante de su esclavo, se levantó de repente, lanzándose hácia Anita como corre un niño asustado, al regazo de su madre. Si el terror que acababa de sentir no hubiese anudado su lengua á la garganta, sin duda con gritos de espanto hubiera pedido socorro á su amada; empero no podia articular la menor palabra, y sus miradas se clavaban en el ángulo del salon donde permanecia inmóvil el diablo en su feroz actitud.

—Armando, Armando, esclamó Anita, he oido que hablábais con cierta agitacion como si no estuviéseis solo, y sin embargo, no veo aqui á nadie; añadió echando alrededor una inquieta mirada.

Repuesto un poco Luizzi de su violenta emocion, respondió:

—Nadie, nadie, en efecto, mas que el remordimiento que me devora y el espíritu infernal que me posee.

A esta respuesta, dada con hueca voz y con acento de la mas profunda desesperacion, miró tristemente Anita á su amante, colocando una mano blanca y fresca sobre su pálida y ardorosa frente, y repuso con ternura:

—Armando, si lo pasado tiene para vos tan terribles recuerdos, tened bastante valor para dirigir vuestras miradas al porvenir.

Soltó el diablo una carcajada, y Luizzi se estremeció.

—¡Ay de mí! continuó Anita, viendo ese movimiento del baron; témome que el porvenir os espante tanto como lo pasado, y previéndole quizás habeis esperimentado esa fatal desesperacion.

Iba Luizzi á contestar para tranquilizarla, cuando oyó de repente la voz de un hombre que gritaba al otro lado de la puerta.

—Ahí están: he conocido la voz de la condesa.

Abrióse al momento la puerta que conducia al interior de la posada, y se presentó el conde de Cerny acompañado de un comisario de policía y dos gendarmes

—Hé aqui á la culpable y á su cómplice, dijo el conde señalando primero á su muger y en seguida á Armando.

Adelantáronse los gendarmes hácia la condesa de Cerny, quien les dijo con mas dignidad que temor:

—No me toqueis, que os sigo.

—Apoderaos de ese caballero, dijo el comisario señalando al baron.

Fuera de sí Armando con esa rápida série de acontecimientos, echó alrededor de sí una insensata mirada como si buscase algun arma con que defenderse y defender á Anita; mas solo dió con la fiera mirada de Satanás, quien dirigió lentamente su dedo hácia la puerta abierta del cuarto de la condesa.

No fué cálculo ni cobardía de parte del baron lo que le precipitó hácia aquella salida; no formó la innoble resolucion de abandonar á Anita, ni meditó tampoco que podia mas fácilmente prestarle ayuda permaneciendo en libertad; arrastróle un impulso involuntario, un arranque de conservacion que arrebata al hombre en los peligros; en fin, un acto meramente maquinal.

Apenas se encontró en el aposento de Anita, cuando vió delante de sí otra puerta abierta; corrió á ella, vió una escalerilla, bajó por ella rápidamente, llegó al patio, le atravesó, salió á la calle, y como dominado por irresistible fuerza, corrió hasta que hubo dejado atrás la ciudad y encontrádose en el camino real.

Estaba oscura la noche, y desiertas las calles.

A esta circunstancía debió sin duda su salvacion, porque si bien á veinte pasos de la po-

Digitized by Google

sada estaba ya fuera del alcance de los gendarmes, no obstante, si algun habitante le hubiese visto huir de esta suerte, fuera de sí y con la cabeza al aire, hubiérale tomado por un loco ó un ladron.

Cuando el cansancio le obligó á detenerse, se sentó á la orilla del camino sobre uno de esos montones de piedras que están indicando á los viageros cuánto piensa la administracion superior en reparar los caminos, mientras que los carriles están diciendo sin cesar que no los reparan nunca.

Permaneció algun tiempo sentado Luizzi en tan estraño sitio antes de poder calmar los fuertes latidos de su corazon, efecto de su corrida. Todavía no pensaba en nada, pues embotaba todas sus ideas el cansancio, y estaban mas oprimidos sus pulmones que su mente; solo cuando el aire entró libremente en su pecho, pudo dar lugar á algunas reflexiones, á las cuales siguieron como un torrente otras muchas. Viéndose solo en medio de la noche, sobre un arrecife, pensó en Anita, á quien acababa de dejar sin defensa en manos de su marido, espuesta á su resentimiento; y á la vez se apoderó de él la vergüenza y el honor.

En un arranque de heroismo se levantó para volver á Orleans; pero no bien habia dado un paso, cuando oyó una voz que le dijo en la oscuridad:

—¡Necio!

Volvióse y vió á Satanás que habia dejado la forma de Akabila para tomar otra menos estraordinaria. Iba en trage de viagero, si tal puede llamarse el mezquino vestido que llevaba á todas horas. No obstante, veíase abotonada hasta la barba su casaca; llevaba bien formadas botas que le llegaban á los muslos, enorme capa, casquete que le tapaba los oidos haciendo las veces de ese informe pedazo de fieltro que llamamos sombrero.

Luizzi estaba demasiado descontento de sí mismo para no tener precision de hacer recaer sobre cualquiera su indigna conducta, y por lo mismo, cuando hubo reconocido á Satanás por el brillo de sus ojos, que derramaban en torno suyo verde y lívido resplandor, esclamó:

—¿Quién te ha llamado, esclavo?

—Tú.

—¡Mientes!

El diablo repuso con frio ademan, volviendo la espalda á Luizzi:

—Sois un loco, señor baron.

—Si, si, dijo Luizzi; es verdad que te he llamado; mas no aqui, ni te he dicho que me siguieses

—¿Me habeis dicho que me fuese?

A esta respuesta se sintió poseido Luizzi de una de esas rabias frenéticas que necesitan desahogarse con actos violentos. Mucho hubiera pagado en aquel momento para que el ser impasible que estaba delante de él hubiese sido un hombre con quien le fuese posible luchar para destrozarlo ó ser destrozado; pero conocia su impotencia á presencia de su terrible esclavo; sentimiento que redobló su furor hasta tal punto, que no sabiendo contra quien dirigirse, se volvió contra sí mismo, golpeándose el pecho y esclamó:

—¡Oh! ¡soy un miserable!

—Necio, repitió el diablo, observándole sin hacer caso de sus ademanes.

—¡Soy un cobarde!

—Necio.

—¡Oh! ¡soy un loco, si, un loco, en toda la estension de la palabra!

—Necio, verdaderamente necio, continuó el diablo.

—Satanás, Satanás, repuso Luizzi; cuenta contigo, que ya te he amenazado con encadenarte á mi lado de manera que sientas el tiempo que habrás menester para perderme, en tanto que te se escaparán mil otras víctimas.

—Como quieras, dijo el diablo, ¿dónde vamos?

—A Orleans.

—Vamos, pues.

Y los dos se pusieron en marcha.

—¿A qué punto de Orleans nos dirigimos? dijo Satanás. Al propio tiempo, hiriendo con la uña de su dedo pulgar uno de sus dientes incisivos, hizo brotar de él una viva centella que le sirvió para encender una enorme pipa de estraña figura, que sostenia por medio de un largo y torcido tubo. No pudo menos de mirarle Luizzi, y como lo notase el diablo, le dijo:

—Estás mirando mi pipa, y seguramente vale la pena de ello. Despues que la arquitectura gótica ha dejado de estar en boga, he querido utilizar los pequeños detalles de la figura que ella se sirvió prestarme.

Ideas hay tan locas que todo lo vencen, escitando en el alma una especie de sensacion tan imprevista, que le arranca una risa convulsiva parecida á la que se obtiene del cuerpo por el mismo medio á favor de agudos dolores. Luizzi no pudo, pues, menos de echarse á reir, y el diablo repuso, continuando en fumar pacíficamente en su pipa:

—¡Y para qué vamos á Orleans!

—En busca de Anita.

—En tal caso mejor será andar por este atajo que nos conducirá á la casa donde están encerradas las locas y las prostitutas.

—¿A tal casa han conducido á Anita? esclamó el baron.

—Cuando su marido la ha hecho prender, ha sido precisamente para encarcelarla, y seguramente no debia confundirse en una cárcel con los ladrones y los asesinos.

—¡Oh! ¡Anita, Anita! ¿qué debo hacer? esclamó el baron, deteniéndose abrumado de desesperacion y no sabiendo qué partido tomar.

A su vez se sentó el diablo sobre un mon-

Digitized by Google

toncillo de piedras, cruzó sus piernas y, mientras fumaba, púsose á cantar entre dientes:

Queridito de damas
Soy de esposas amigo,
Y me las pego fuertes
Con los pobretes maridos.

—¡Satanás! Satanás, ¿quieres callar? gritó Luizzi mucho mas furioso con esta falta de respeto que de quien parecia burlarse de él.

—Son unos versos de una antigua ópera bufa; pero si esto te fastidia, puedo cantar alguna cosa nueva:

Nada es el oro, señor,
Si no sabemos gastarle.

Estaba muy acostumbrado Luizzi á escuchar al diablo, y no es raro, de consiguiente, que entendiese perfectamente bien sus palabras, por mas estrañas que pareciesen en las actuales circunstancias. Asi que, no bien habia el diablo concluido los dos versos que acabamos de citar, cuando el baron metió mano á su faltriquera. No llevaba consigo ni un escudo, cuyo deplorable accidente no hizo mas que irritarle de nuevo en su cruel posicion, de manera que volvia á dominarle la rabia, cuando oyó á Satanás, que debia ser muy partidario de la ópera bufa, continuar con imperturbable sangre fria:

Si nada tengo,
Ni nada temo,
¿De qué me sirve vivir?

Conoció Luizzi que le dominaba un horrible frenesí; seguramente si hubiese tenido á la mano sus pistolas, se hubiera hecho saltar el cráneo; pero estaba desarmado, y se puso á mirar esos montoncillos de piedras, para escoger alguno contra el cual pudiese romperse la cabeza, cuando sintió que una mano le detenia suavemente.

Casi al mismo tiempo le dijo una voz tierna:

—Al fin os he encontrado.

Volvióse, y á pesar de la oscuridad de la noche, reconoció á la niña mendiga.

—¿Eres tú, hija mia? esclamó al punto Armando; ¿quién te envia?

—Aquella señora.

—¿Dónde la has visto?

—Estaba yo al pie de la escalera cuando ella bajó; lo que ha sucedido alarmó toda la posada: la señora venia acompañada de un caballero que llevaba banda. Asi que me vió dijo al que le acompañaba: Esta es una pobre niña mendiga que llevaba yo conmigo y de la cual queria ser protectora; permitidme que la haga un regalo que la ponga, al menos por algun tiempo, al abrigo de la miseria. Cuando el caballero de la banda le hizo seña de que consentia en ello, héos aqui que volvieron los gendarmes diciendo que no sabian dónde estábais. Eso ya lo sé yo, dije en voz baja á la señora. ¡Bendito sea Dios! me respondió ella; procura encontrarle al momento, entrégale esto, dile que estoy presa, y que no vuelva á Orleans, sino que vaya á Tolosa como lo habiamos pensado. Ya buscaré medios para darle noticias mias.

Diciendo esto, la niña entregó á Luizzi un bolsillo en que se encontraba lo poco que le quedó de lo que le habia traido Enrique.

—¿Y qué ha sido de ella? preguntó el baron.

En seguida añadió, tambien en voz baja, respondió la mendiga: «Dile que tú y el viejo soldado esperareis aqui á su hermana, madama Donezau, y la hareis partir reservadamente para Tolosa.» En este momento se acercó el señor de la banda para decir que debia partir, y la dejé. He seguido el camino real en derechura siempre, juzgando que en la situacion en que os ví cuando pasásteis á mi lado, no podiais pensar en dar rodeos.

—¡Y al fin me has alcanzado! dijo Luizzi.

—Y si mal no he comprendido la última mirada que me ha clavado la señora, sin duda espera que vaya á darle una respuesta; ¿qué deberé decirle?

—Que seguiré sus consejos, y que pronto estaré de vuelta para salvarla: ¿estás?

—Si, y se lo repetiré como me lo acabais de decir.

—Dile tambien, repuso Luizzi, que solo el delirio de un instante de locura podia compelerme...

Soltó el diablo una carcajada, y conociendo por ello Luizzi que se hacia muy niño enviando semejantes protestas á una muger que acababa de portarse tan noble y bizarramente con él, se detuvo de golpe y repuso:

—Dile que he de salvarla aunque perezca en la empresa.

—Se lo diré, respondió la mendiga.

—Pero, ¿cómo penetrarás en su prision?

—¡Oh! esto será muy fácil, dijo la mendiga, alejándose.

—¿Conoces á alguien en ella?

—No, pero estoy segura de que penetraré.

—Es imposible; tú no sabes con qué vigilancia se guardan las puertas.

—Dejadlo por mi cuenta, respondió la mendiga á algunos pasos de distancia; mientras venia estaba pensando en ello, y sé un medio seguro.

—¿Cuál es?

—Un robo.

Desapareció diciendo esto, y echando el diablo una larga bocanada de negro humo, dijo mientras estaba asombrado Luizzi de oir tan franca respuesta:

—Se reunirán entonces doce hombres; en primer lugar, un salchichero, cuyas ideas de moral se limitan á saber que ningun transeunte puede quitar lo que está pendiente de su mostrador sin pagarle un tanto; en seguida,

Digitized by Google

viene un chalan, quien conoce por esperiencia que solo con el látigo se hace entrar en razon á los animales viciosos; juntad con estos á un sistemático que hallará un capítulo que en la accion de esa niña haga ver una propension al robo, colocad á su lado un confitero, que volviendo á su casa dirá á una nietecita de cuatro años, que sabe ya poner la mano en sus confites: «mira que si no eres buena, niña, he de hacerte encarcelar como á esa mendiga;» figuraos despues un abogado que necesita devanarse los sesos para adivinar la justa aplicacion que el tribunal hará de la ley; en pos deben venir uno ó dos necios, que creen deber responder en conciencia si ó no, sobre la realidad del hecho, sin pensar en las consecuencias de su respuesta; completa, por fin el cuadro por medio de cuatro ó cinco propietarios ó comerciantes que para concluir sus negocios necesitan despachar en breve los del tribunal; dí á todos esos hombres que se llaman jurados y que están encargados de la vindicta pública, y figúrate que con una palabra les has dado ideas sanas de lo justo y de lo injusto: pues bien, el jurado mandará encarcelar á esa niña, es decir; que la reputará infame en premio de la mas noble accion que el reconocimiento haya podido inspirar.

—¡Pero esa niña encontrará un abogado que la defienda!

—Donde no hay dinero, tampoco hay abogado, amo mio!

—La ley concede uno á los acusados.

—Un abogado de oficio, un principiante mas inesperto que los demas; porque, si se tratase de un culpable que hubiese envenenado á tres ó cuatro personas, de una madre que hubiese matado á sus hijos, ó de un hijo que hubiese degollado á su padre; si se tratase, en fin, de algun crímen muy abominable, habria disputas á la puerta del calabozo para obtener del carcelero la defensa de tan hermosa causa; pero por una niña que roba un pan ó un par de zuecos, ¿cómo quieres que nadie aspire á perder su tiempo? ¿qué gloria reportarian por ello, ya que la defensa no les ha de valer el menor honorario? ¿concurriria al tribunal ninguna hermosa dama? nadie pensará en ello, baron mio, ni siquiera tú que vas á sacar partido del crímen.

—¡Satírico implacable! dijo Luizzi, te crees muy fuerte porque atacas en detall algunos vicios del cuerpo social: este es un oficio que saben desempeñar mejor que tú muchos declamadores de la escuela liberal.

—Oficio al cual han impuesto silencio muchos pésimos declamadores de la escuela contraria, y esto con solo una palabra.

—Muy débiles deben ser los principios que defiendes, cuando una palabra ha bastado para sofocarlos.

—¡Oh! es que esa palabra es muy poderosa en tu país, ¡señor baron!

—¿Qué palabra es esta?

—¡Es la palabra *viejo*! Decid á cualquiera por adelantado que sea en sus ideas: «hace veinte años que andais diciendo la misma cosa: no nos fastidieis mas con esas vejeces,» y obtendreis reducir con sola esta palabra al silencio á cuantos resistieran una polémica razonada. Por esto anda aquella palabra muy en boca de los necios, y vosotros habeis sometido á ella vuestras artes, vuestra política y vuestra filosofía. Ninguna escuela puede entre vosótros contar mas que veinte ó treinta años de duracion; en seguida viene otra nueva ó por mejor decir, una vieja que se remoza, para ser á poco proscripta con denuestos. Tocante á mí, eterno espectador de esa exaltacion y constante desprecio de unas mismas ideas, ¿no crees que debo admirarme de ello como todo hombre de juicio?

—Eso no es mas que el esfuerzo de una sociedad que tira sus viejos harapos, y que procura lanzarse con libre vuelo á otro espacio mas basto.

—¡Te engañas! es el último esfuerzo del hombre endeble que quiere recobrar las fuerzas. ¡Pobre pueblo envejecido! no sentis ya ninguno de esos instintos primitivos que conducen á grandes descubrimientos y revelan al genio nuevos mundos de inteligencia; poseeis un deseo de mudanzas que prueba cuán enfermiza está la sociedad en que vivís; andais edificando sobre las ruinas de lo que derribásteis; os haceis religiosos por novedad; sois filósofos espiritualistas con Mallebranche, á quien Voltaire impuso silencio; os convertís en aristocráticos al lado de una nobleza humillada en 93; sois pintores por aquel estilo desterrado con oprobio por el romano David; y en fin, vosotros, árbitros de la moda, vais á mendigar vuestra arquitectura y la moda de los siglos que escarnecísteis hace veinte años; si alguna vez dejais que eche raices alguna idea fuerte, es para arrancarla en seguida; «estas son vejeces,» y despreciarla. No obstante, os creeis vigorosos en medio de vuestra encorvada vejez; pueblo raquítico, verdadero viejo caduco, que necesita una virginidad abortada, ó cortesanas entradas ya en dias y cuyos ósculos dejan bermellon en las megillas. ¡Grima me dais!

Y echó el diablo otra prodigiosa bocanada de humo rojizo, que casi espantó á Luizzi, haciéndole retroceder un paso.

Al dia siguiente los diarios del departamento de Loiret aseguraban, que habiendo aparecido una claridad inmensa en el horizonte, se temió al principio el incendio de alguna granja; pero los astrónomos del lugar reconocieron fácilmente que procedia la luz de una aurora boreal, cuya descripcion acababa de enviar á la Academia de Ciencias para que la colocasen tras las demas descripciones que de auroras boreales se habian hecho hasta entonces.

Digitized by Google

Felizmente las diatribas del diablo distrajeron la atencion de Luizzi, de suerte que no pensó ya en los peligros que iba á correr la niña mendiga, y buscaba un medio de poder cumplir la promesa que habia hecho á Anita, cuando oyó á lo lejos los cascabeles de los caballos de una diligencia que venia de Orleans.

Dejó el baron que se acercase el coche, y asi que pudieron oirle se puso á gritar para informarse de si habia algun asiento vacío. Contra toda probabilidad se detuvo el coche, y bajando el conductor, dijo á Armando:

—Vamos aprisa, subid al cabriolé de la imperial.

Subió con presteza el baron, y notó que el diablo le habia tomado la delantera.

Iba á despedirle, cuando otra persona que iba en el mismo cabriolé, dijo en alta voz:

LXXI.

UN POETA ARTÍSTICO, PINTORESCO Y MODERNO.

—Caballero de Luizzi, ¿quereis aceptar un gorro para cubriros la cabeza? pues veo que habeis olvidado el sombrero en Orleans.

Mucho se admiró el baron al oir llamarle por su nombre; volvióse para ver al que le hablaba, y á la luz del crepúsculo, que empezaba á asomar al través de la oscuridad, vió á un jóven que representaba como de veinte y ocho á treinta años, pálido y flaco, con barba que remataba en punta, largo y descuidado pelo que servia como de marco á las nobles, pero descarnadas facciones, de su lindo rostro. Habiendo observado el jóven la atencion de Luizzi, continuó con tono algo declamatorio:

—¿No me conoceis, Mr. de Luizzi? Sin embargo, no hace mucho tiempo que nos vimos; pero lo que para vos habrán solo sido algunos años de existencia, casi me han conducido á una vejez prematura: el pensamiento, mucho mas que las pasiones y la desgracia, abre en la vida humana surcos profundos. Es el espejo ardiente que rechaza los rayos sensitivos de la humanidad, para producir por medio de la *reflexion* ese fuego devorador que se llama genio. He aqui por qué en mis libros he escrito siempre la palabra reflexion con bastardilla para denotar que es un equívoco, puesto que el fuego moral creador es análogo sobremanera con el fuego material destructor.

—¡Bien, bien, muy bien! dijo el diablo en voz baja, dirigiendo una protectora mirada al jóven y cabeceando con movimiento de aprobacion.

—¡Ah! dijo Luizzi; ¿sois escritor?

—Soy poeta.

—¿Escribís versos?

—Soy poeta.

—¿Y me conoceis?

—Si, os conozco, dijo declamando el jóven; y me parece que un singular destino nos ha hecho encontradizos en circunstancias en que solo vos podais comprenderme, y yo á vos del mismo modo.

—¡Muy bien, muy bien! repitió el diablo, mientras pensaba el baron quién podia ser ese caballero que le conocia.

—Disimulad, dijo Armando, si no he conservado un exacto recuerdo de la circunstancia y del lugar en que nos vimos, y tened la bondad de indicarme dónde tuve el honor de veros.

—Todo cuanto puedo deciros, respondió el desconocido con estraña fraseologia, es que estaba yo en peligro cuando vos me visteis, y que he vuelto á hallaros estando vos en riesgo; de manera que dije entonces para mí: este hombre me socorre y algun dia le socorreré, y lo que prometí interiormente lo cumplo ahora. Pasando por Orleans he oido el sordo rumor de una conversacion: decian que un hombre se habia fugado con una casada; que ésta habia sido arrestada y que aquel se escapó. Un movimiento, uno de esos presentimientos que hacen dar crédito á las previsiones del alma, me ha impelido á preguntar el nombre del fugado, y me han respondido con el vuestro. Entonces, he dicho entre mí; ha llegado la hora, y tal vez no tarde en llegar la coyuntura. Las cosas humanas nunca son vanas premisas sin que vengan despues inevitables consecuencias, y no podia haber oido pronunciar vuestro nombre sin creer que debia hallaros en breve: era el grito de alarma del destino que me advertia de algun acontecimiento próximo. He estado mirando siempre alrededor de mí, desde lo alto de este coche, y cuando á la orilla del camino he visto á un hombre con la cabeza descubierta á pesar del frio, he dicho al momento: ¡ahí está! en seguida he llamado al conductor, diciéndole: pára, pára; allí veo á un hombre á quien debo mucho: háse detenido el conductor, y ved ahí que he satisfecho ya mi deuda, baron de Luizzi.

Con dos palmos de boca y la mirada fija habia escuchado Luizzi esta perorata, en tanto que el diablo iba acompañándola con ligeros movimientos de cabeza y concluyendo con un gesto admirativo, murmurando siempre:

—¡Bien, muy bien, perfectamente bien!

Tocante á Luizzi, hubo de meditar algunos momentos para adivinar lo que queria en parte significar ese flujo de palabras: y si nos es lícito usar de un ejemplo, digamos que se daba un trabajo semejante al de Musart, cuando entre el complicado tumulto de una ópera de Mayerbeer, buscaba algun motivo de melodía. Al fin llegó á adivinar en cierto modo lo que queria decir el poeta; pero semejante al químico, para quien la dificultad de un descubrimiento conseguido es un incentivo para otros descubrimientos que se promete, no bien se habia devanado los sesos

Digitized by Google

para comprender al que hablaba, cuando sintió fuertes ganas de saber á quien debia el servicio que le acababan de prestar. Así es que dijo al caballero:

—Mucho tengo que agradecer á vuestra buena voluntad é intercesion en tal circunstancia; pero ¿no podré saber á quien debo tal favor, y qué acontecimiento ha sido el móvil que os ha impelido?

—¡Bah! ¡bah! dijo el diablo al oir esas frases; ¡no va mal, no va mal!

No tuvo tiempo Luizzi de admirarse al oir esa aprobacion de Satanás, pues contestó el poeta conservando siempre su especie de sonsonete nasal:

—Lo sabreis, lo sabreis: la hora y el lugar en que debeis saberlo se acercan á la vez; un parage hay donde os contaré el secreto de nuestro primer encuentro, y el sitio servirá de comentario á mis palabras. Su presencia dará á estas la luz que necesitan, y entonces me reconocereis del todo

En esto se hacia ya mas claro, y procuró Luizzi recordar quién podia ser ese hombre que la casualidad ó el diablo le habian hecho encontradizo para sacarle del atolladero. Muy probable era en efecto que sin su mediacion se hubiese negado el conductor á recibir en medio del camino un individuo sin pasaporte, y lo que es mas, sin sombrero, puesto que la falta de éste es una incontestable prueba de fuga por mala causa. Cualquiera puede muy bien andar sin camisa, sin medias, sin zapatos, sin escitar sospechas; pero no hay agente ninguno de la autoridad pública que no se crea con derecho para prender á un hombre sin sombrero: luego el sombrero es la primera garantía de la libertad individual. Recomiendo este aforismo á los sombrereros. No podia atinar con ningun recuerdo el baron de Luizzi, y notando el poeta que estába meditabunde, le dijo:

—No os devaneis los sesos, porque podriais recordar alguna circunstancia, y en este caso ya nada tendria que deciros.

—¡Bien! ¡lindamente! dijo el diablo.

—No, continuó el poeta, nada tendria ya que deciros, porque ya no podriais comprenderme.

—Paréceme por el contrario, respondió Luizzi, que un recuerdo no podria dañar á semejante confidencia.

—Os equivocais, porque tendriais presente al hombre que conocisteis, ó que habeis creido conocer, y le juzgariais segun vuestra alma y no segun la suya; y luego cuando viniese á deciros: «Soy yo,» entonces vuestro pensamiento que andaria indeciso entre vuestras ilusiones y la realidad de su existencia, permaneceria unos momentos vacilante para caer en seguida en la duda, inmenso abismo en el fondo del cual andais sepultado.

Satanás parecia estar encantado; pero este lenguaje era muy superior á la comprension de Luizzi, é hizo lo que hace algunas veces el público, que, despues de haber procurado en vano comprender las primeras escenas de un drama, le deja en seguida vagar á su antojo esperando un instante favorable para adivinar, si es posible, el sentido de lo que se representa

Habia amanecido ya, apareciendo el sol en el horizonte vaporoso. En este momento sacó el poeta su reloj, y despues de haberle consultado, esclamó con aire de triunfo:

—¡Seguro estaba yo de ello!

—¿De qué? preguntó Luizzi.

—De la vanidad de eso que llaman ciencia.

—¿Y á qué debeis tan singular opinion?

—En verdad, á una cosa muy nimia: un instinto secreto, una revelacion del pensamiento me habia dicho que esos hombres que pretenden reemplazar la idea con la esperiencia y el pensamiento con el cálculo, alimentaban la ignorancia popular con cuentos falsos y absurdos, sobre los cuales han cimentado una reputacion que es preciso ya echar por tierra, para conceder al fin los primeros puestos á los hombres de imaginacion.

—¿Y cómo la salida del sol, dijo Luizzi sorprendido de ese lenguage, puede moveros á acusar la ciencia de cosa falsa y absurda?

—¿Cómo, decis? con un hecho miserable, el mas vulgar de todos; un hecho sobre el cual me parece que la esperiencia de los siglos no debia haber dejado duda alguna.

—¿Pero de qué hecho hablais?

—De la hora exacta de salir el sol.

Comparad, dijo enseñando la hora de su reloj y la que señalaba el calendario, los dos difieren diez minutos.

El reconocimiento de Luizzi por el favor que le habia hecho el caballero, no fué bastante á imponerle al oir esta respuesta, pues soltó la carcajada mientras que el diablo se inclinaba profundamente delante del poeta.

—¿Os reis, caballero? le dijo éste; ¿y dominado por la estéril ciencia del siglo en las cosas materiales, os negais á reconocer sus errores en uno de sus mas íntimos detalles?

—Perdonad, repuso Armando riendo siempre; pero error por error, prefiero siempre creer en el de vuestro reloj mejor que en el de los astrónomos.

—Es cronómetro escelente, que no varia un segundo por año.

—Debeis observar que esa opinion que teneis en favor de vuestro reloj es un homenage que habeis prestado á la ciencia, dijo cortesmente Luizzi.

—Es que pongo gran diferencia entre una ciencia que se apoya en cantidades numéricas, y la que descansa sobre hechos físicos.

—Pero, dijo Luizzi con la timidez de un hombre á quien asiste sobrada razon y no puede con todo decidirse á contrariar á otro hombre; pero la salida del sol es un hecho físico.

Digitized by Google

—Cierto que si, esclamó el poeta; mas es un hecho físico muy mal observado, porque al fin mi cronómetro es exacto.

—Suponed, dijo Luizzi, que vuestro cronómetro, arreglado sin duda en París, no indicará exactamente la hora que debe ser á algunas leguas de Orleans, cosa que en realidad no es cierta; todavía tendriamos una esplicacion mas sencilla que dar á la diferencia que vos notais; y es que el sol no ha salido todavía.

—¡Pardiez! esclamó el poeta, como quien acaba de recibir un insulto, esa es una chanza de mal gusto, caballero. Paréceme que estoy viendo al sol.

—Si, en efecto, le estais viendo, y sin embargo está mas abajo todavía que el horizonte.

Púsose el poeta á fisgar sonriéndose con ademan orgulloso, y continuó asi:

—¿Y la ciencia nos esplica eso, caballero?

—Sin la menor duda: es un efecto de la refraccion.

—¡Reflexion quereis decir!

—No, sino refraccion..

—No entiendo pizca, dijo el poeta cogiendo su lente para mirar al sol; una de dos, veo ó no veo. Lo que mas me admira es que la ciencia, alucinando durante tantos sigles, se haya atrevido á negar los mas sencillos milagros de la edad media, cuando pretende probar que yo no veo lo que veo. Pero dejemos esto, pues sobre ello he fijado ya mi opinion: una conviccion intima, y es para mí negocio de conciencia en esta materia; no podria confesarme vencido.

—¿Quién es ese caballero? dijo Luizzi en voz baja al oido del diablo.

—Es una notabilidad literaria y artística; un hombre de arte y de imaginacion.

—Podrá ser, pero su ignorancia es muy crasa.

—Como gusteis, respondió Satanás; pero debeis saber que en estilo moderno siendo una cosa probada que el genio es un águila, es mas que seguro que la ciencia es una jaula.

Por unos momentos se suspendió la conversacion: y no deseaba Luizzi volver á las andadas, cuando el poeta, que hasta entonces habia permanecido con su lente fijo en el sol, esclamó:

—En verdad, heos aqui una cosa nueva y singular.

—¿Cuál es?

—Es que nadie todavía ha comprendido poéticamente la salida del sol, no solo con su dulce sonrisa y su nebulosa cabellera, sino tambien con su pensamiento inmenso que trasmite al alma por medio de sus rayos de oro, entre los cuales se desliza rápidamente como un coche entre los carriles de un camino de hierro.

—Razon teneis, caballero, y mucha, esclamó el diablo; esto es lo que hizo escribir á Shakspeare esos dos versos sublimes:

El que fué virtuoso siempre
En ver nacer la aurora se complace.

Recordando Luizzi que habia oido esos versos en cierta ópera bufa, se volvió para no soltar la carcajada á las barbas del poeta, mientras que éste decia con exaltacion á Satanás, reputándole en su facha un buen hombre:

—¡Cierto que si, caballero! ¡Ah! ese Shakspeare tiene rasgos que le caracterizan; pensamientos de hierro ardiente humedecidos con lágrimas de una vírgen. ¿Estais haciendo alguna traduccion de Shakspeare?

—No, pero soy uno de sus partidarios.

—Haceis muy bien, porque es el único poeta, y las palabras que acabais de pronunciar están impregnadas de ese saber dulce y amargo á la vez del bardo inglés, que se da á conocer de todos y en todo. En parte se debe á que vivió en un tiempo en que era posible la poesía: siglo de hierro y de seda; de acero y de terciopelo; de cuchilladas enormes y de cortesía: por esto fué grande y fecundo, puesto que le sobraba espacio para dar al mundo los gigantes que habia engendrado en su mente.

—Creo, dijo Satanás, que el mundo es tan ancho ahora como entondes, y que todavía tendrian los gigantes su espacio que recorrer.

—¿Y de qué quereis que hable la poesía en este siglo de pequeñeces y de egoismo? ¿Qué obra seria posible en presencia de un pueblo que ha concentrado su vida en los intereses materiales de su existencia?

—Soy de parecer, dijo el diablo, que los intereses materiales han representado siempre un papel brillante en la existencia humana.

—No lo negaré, repuso el poeta; pero los hombres de los siglos pasados tenian al mismo tiempo pasiones grandes como ellos mismos. Más hoy dia todo se ha cortado al nivel de esa enana sociedad. Esto no es en nuestros dias mas que un sainete.

—Remontaos á los siglos pasados y buscad en ellos la tragedia.

—¿La tragedia romana? esclamó el poeta con aire de desprecio.

—No, sino la tragedia francesa.

—La tragedia es imposible donde no hay religion, ni se cree en el destino.

—¿No creeis acaso vos en la religion ni en el destino?

—A lo menos el pueblo es el que no cree.

—Seguid en este caso los preceptos de Horacio, y representad los hechos de vuestra historia, *facta domestica.*

—El caballero Horacio, dijo el poeta, fué un hombre muy galante á quien respeto, pero de quien no hago caso. A mí me hace el mismo efecto que un ente de comedion que solo da consejos y ninguna blanca á su cor-

Digitized by Google

rido sobrino: es un viejo inútil, y se puede dejar de consultar. La única cosa que puede todavía ser dramática, son las escenas que yacen en nuestras antiguas crónicas y leyendas.

Parecióle á Luizzi que el *facta domestica* de Horacio no significaba otra cosa que lo que pretendia ese caballero; pero le conocia bastante para atinar en que despreciaba á Horacio por lo mismo que admiraba á Shakspeare. Conoció asimismo que tenia el poeta algunas palabras escogidas con que hermoseaba las cosas, como si mudase de sentido, conforme á su capricho. Asi es que, para él, el hecho mas notable contado por la historia, era viejo y raquítico; pero la necedad mayor, revestida con nombre de crónica, le parecia cosa de prodigioso interés. Escuchóle Luizzi, mientras continuaba de esta suerte.

—Sí, debo confesaros que el verdadero objeto de mi viage no es otro que estudiar nuestra historia nacional sobre los lugares y recuerdos populares de cada comarca, donde se conserva verdaderamente escrita con su pintoresco colorido y verdad.

—¡Admirable proyecto! dijo el diablo, ¿y sin duda habeis empezado vuestras observaciones?

—Si, dijo el poeta con indiferencia; algunas he recogido.

—El puesto que habeis tomado en la imperial es escelente para ello, dijo el diablo.

Harto pesada era la chanza para que no admirase al hombre grande; pero echando de ver el que le hablaba, le pareció de tan candorosa buena fé, que no juzgó deber incomodarse, y Satanás continuó:

—Desde aqui se ve de lejos.

—Y de muy alto, respondió el poeta con sublime intrepidez, colmo de la necedad.

—A fé mia que estoy admirado de ver como juzgais el arte, continuó el diablo, y ya que la casualidad me pone en contacto con un hombre de talento y de imaginacion, me reputaré dichoso con poder serviros de algo en vuestra gloriosa empresa, contándoos alguna historia singular de mi pais, pues he nacido en este distrito.

—¿Serán cosas curiosas? dijo el poeta con desden.

—No sé si la historia es curiosa en sí misma; pero podré aseguraros al menos que es interesante para algunos.

Pronunció el diablo estas palabras clavando su mirada en el baron, que añadió en seguida:

—¿Se trata, pues, de una historia contemporánea?

—No por cierto; pero hay algunas personas cuyo nombre se remonta lo bastante para que escuchen sus antiguas historias con el mas vivo interés.

—¿Es una leyenda, ó una crónica? preguntó el poeta en ademan de oyente descuidado.

—Es crónica, respondio Satanás, en punto á los hechos que pertenecen á la verdad demostrable, y es leyenda, porque anda en ella mezclado el diablo.

—Muy bien, dijo sonriéndose el poeta, puede ser cosa divertida.

—Le dispenso de que la cuente, dijo el baron temiendo alguna revelacion de parte del diablo, por antigua que fuese.

—Tocante á mí, le suplico que la cuente.

Estuvo á punto de estallar la cólera de Luizzi contra el diablo; pero esperando que podria hacer suspender la narracion, y resuelto á aprovechar el primer momento en que estuviese á solas con él para despedirle, reclinóse en el fondo del cabriolé resuelto á no escucharle.

A pesar de todo, no tomaba la palabra su compañero.

—¡Bien, señor! esclamó el poeta; ¿estais meditando vuestra historia?

—Voy á contarla; pero esperaba á hacerlo cuando estuviésemos en aquel ángulo del camino á fin de poder enseñaros el teatro de la aventura que os contaré, aventura que estoy seguro de que, referida por un hombre de vuestros conocimientos, seria reputada tragedia bastante interesante.

—Mas bien direis un drama histórico, señor mio; ¿dónde, pues, añadió el poeta cogiendo su lente, dónde está el teatro de esa historia que decis estar destinado para el proscenio?

Señaló el diablo una pequeña colina que se elevaba á cierta distancia, no muy lejos del arrecife.

—¿Observais, dijo en la cúspide de ese escarpado risco algunas anchas piedras colocadas en círculo, y que parecen haber sido la base de alguna torre?

—Perfectamente, respondió el poeta.

—¡Pues bien! añadió Satanás, son los restos del antiguo castillo de Roquemure.

—¡Del castillo de Roquemure! esclamó Luizzi, incorporándose precipitadamente.

—¿Habeis oido hablar de él? preguntó Satanás con el tono de un honrado labriego que va á contar una anécdota.

—Si, contestó Luizzi, y deseo saber qué historia teneis que referirme de él.

—La de su destruccion.

El baron examinó atentamente á Satanás; mas éste, cubriéndose con su capa, no pareció notar la mirada indagadora de su amo, y principió de esta suerte.

LXXII.

JORNADA PRIMERA.

Un dia del mes de mayo de 1179, una hora antes de anochecer, estaban sentadas dos mugeres en la sala grande del castillo de Roquemure: una de ellas, como de cuarenta años, bastante alta: la flaqueza y palidez de

Digitized by Google

su semblante probaban que su alma padecia y que su salud era en estremo débil; tenian sus ojos un ardor triste y se notaba en sus menores movimientos una cansada lentitud: sin duda fué hermosa en su tiempo. Al través del abatimiento físico y moral que la abrumaba, se traslucian los restos de un vigor poco comun, y de un carácter esuelto; al verla se adivinaba que el corazon de esta muger debia estar poseido de algun dolor ó de algun remordimiento.



Ermesinda y Alix de Roquemure.

A su lado estaba sentada una jóven rubia

Digitized by Google

de esbelto talle y color blanco sonrosado: sus ojos, de un pardo azulado, centelleaban con la espresion de un deseo atrevido y voluntario cuando levantaba sus párpados. Su poblada cabellera tenia en su nacimiento esa ondulacion que en sentir de algunos muestra ardor en la sangre y sed de placeres. La primera de esas dos damas se llamaba Ermesinda de Roquemure, casada á los diez y seis años con el anciano caballero Hugo de Roquemure, cuando ya pasaba este de los sesenta.

La segunda era Alix de Roquemure, casada cosa de un año antes con Gerardo de Roquemure, hijo de Hugo y de su primera esposa Blanca de Virelei.

A algunos pasos de esas dos mugeres, de pie delante de un atril, que sostenia un libro abierto, estaba un anciano leyendo por intérvalos algunas líneas que comentaba y esplicaba en seguida á unos veinte hombres y mugeres sentados alrededor de la sala sobre gavillas de paja, pues no habia allí otros asientos movibles que los que ocupaba Alix y Ermesinda, y si los oyentes hubiesen querido sentarse en los bancos pegados á la pared, no hubieran seguramente podido oir al venerable Andoin, cuya voz debilitada ya por la vejez, no bastaba á llenar aquella inmensa sala.

Todos escuchaban con santo recogimiento como esplicaba el sacerdote los versículos de la Biblia, pues habia llegado á uno de sus mas interesantes puntos: clasificaba nada menos que á los demonios y enseñaba sus varias atribuciones. Pero Alix y Ermesinda nada oian, puesto que fijas sin cesar sus miradas en la puerta, decian bastantemente que su pensamiento andaba errante en otras direcciones: esperaban sin duda la llegada de algun personage, pues al mas ligero ruido se volvian hácia el patio que se estendia desde este salon hasta la torre en que estaba la puerta principal del castillo de Roquemure.

Hacia ya dos horas que duraban los comentarios del anciano, la atencion de los concurrentes y la distraccion de las damas: agotóse, al fin, la facundia del comentador antes que la atencion de sus oyentes, rasgo característico de aquella época remota, á la que da un colorido estraordinariamente original; pronto reinó alrededor el mas profundo silencio, pues ninguno de los que estaban reunidos alrededor de su ama se atrevió á comentar los corolarios del anciano ni á burlarse de él.

Lo único que tenia un colorido verdaderamente humano, era la mal disimulada impaciencia de las dos mugeres, que embrollaban á cada momento la lana de color de escarlata que entrambas hilaban. Solo Ermensinda procuraba con paciencia desanudar la suya, y se detenia completamente distraida, despues de un trabajo en el cual no ponia mucha atencion, mientras que Alix rompia vivamente sus hilos y volvia á juntarlos al azar, sin mirar siquiera los nudos que dejaba. El carácter de esas dos mugeres estaba pintado en esta insignificante accion: la primera estaba dotada de resignacion, y la segunda estaba poseida de impaciente é imprevisor encono.

Entretanto, el sol heria la cúspide de la torre que estaba al poniente del castillo, é iba á sumergirse en el Ocaso, cuando al notarlo Ermesinda, dijo en voz baja á Alix:

—Es tarde, hija mia, y vuestro esposo no vuelve aun.

—El mio ni el vuestro, respondió Álix: ¿los esperábais muy pronto?

—No, dijo Ermesinda, pues han dicho que no volverian hasta dos horas despues de puesto el sol.

—Es verdad; lo habia olvidado.

Luego esas dos mugeres no esperaban á sus maridos.

—Muy bien, esclamó el poeta; no dejaria esto de tener gracia en una esposicion.

—Cierto que si, respondió el diablo; y continuó de esta suerte:

No bien habian pronunciado estas palabras, cuando se oyó estraño ruido á la puerta del castillo, crugiendo las cadenas de los puentes levadizos.

—¡Muy bien! respondió el poeta, esto se asemeja á unos versos de cierto drama que he leido, y que casi espresan la misma idea; continuad, continuad.

El diablo prosiguió de esta suerte.

—Ni una ni otra de las dos mugeres habló en verso, pero Ermesinda, levantándose repentinamente, esclamó en alta voz: ¡él es!... Alix clavó rápida y curiosa mirada á la puerta, exhalando un profundo suspiro. Esto esplicó bastantemente que Ermesinda podia en alta voz felicitarse por la llegada del desconocido, cosa que no podia hacer Alix á pesar de la ansiedad y turbacion que esperimentaba.

Estos sentimientos debian ser en ella muy poderosos, pues se levantó de repente y dijo á Ermesinda:

—Me retiro, señora. No quiero que mi presencia estorbe en nada á la entrevista de una madre y de su hijo despues de cuatro años de ausencia. Escusadme con el caballero Lionel de Roquemure, mi hermano.

—Como gusteis, respondió Ermesinda, al mismo tiempo que seguia con su mirada á Alix, diciendo entre sí:

—Aqui vendrian de molde unos versos de cierto genio de quien soy partidario, dijo interrumpiendo el poeta, dichos versos sobre poco mas ó menos vienen á significar que Ermesinda temeria que Alix aborreciese mucho á su hijo, ó que tal vez le amase; cosa que no dejaria de ser buen principio de drama.

—No lo niego, repuso el diablo; pero Ermesinda no dijo tal cosa, en razon de que su hijo habia salido del castillo cuatro años an-

Digitized by Google

tes, y que Alix no habitaba aun en él sino desde un año á aquella fecha, y de consiguiente no tenia motivo alguno para creer que le amase ó que le aborreciese; lo que dijo si, al ver salir á Alaix, fué:

—Tampoco es feliz esta jóven, y no quiere turbar en nada mis momentos de felicidad. Los que son dichosos son mas egoistas.

Un momento despues entró Lionel en el salon, y poniéndose de rodillas delante de su madre, dijo, segun costumbre de aquella época:

—Bendecidme, madre mia.

Puso Ermesinda sus manos sobre la cabeza de su hijo, contemplándole sin poder hablarle.

En seguida hizo seña de que se retirasen todos, y no bien estuvo á solas con Lionel cuando le levantó y le abrazó, gozándose en su hermosura, observando como habia crecido, y alarmándose al verle tan pálido, todo en un minuto. Vinieron en pos de las lágrimas las palabras, y esclamó: ¡ Oh! ¡al fin te veo!

Por su parte habia el hijo contemplado á su madre con tierna y muy triste atencion, y en vez de responder á su arranque de alegría, le dijo:

—¡Siempre lo mismo, siempre lágrimas para vos!

—Lloro de alegría porque te vuelvo á ver.

—¡Oh; no, madre mia, vos llorais todos los dias. Las lágrimas de gozo no dejan surcos ni ajan tan pronto el semblante.

—No me hables de mi, Lionel, sino de tí. ¿No es verdad que me contarás todo cuanto te ha sucedido durante estos cuatro años de ausencia?

—Os lo diré lo mismo que á mi padre.

—Si, pero antes siéntate y escúchame: hoy dia que ya eres hombre, pues has cumplido veinte y dos años. Si mi marido. . si tu padre no te abre los brazos con la misma ternura que yo, no te irrite su fria acogida. Has vivido en la córte de los príncipes, entre toda clase de personages, y sabes ya que muchas veces es preciso ocultar en el fondo del alma el descontento que se siente.

—Si, madre mia, respondió Lionel; he vivido en muchas comarcas desde que os dejé; pero en todas he visto á los padres amar á sus hijos, siempre que estos no han deshonrado su sangre.

—Tienes razon, Lionel, dijo tristemente Ermesinda; y sin embargo, te ruego que te manifiestes sumiso para con él por severas que puedan parecerte sus palabras.

—¿Me habrá llamado, pues, como otras veces, para hacerme sufrir humillaciones y malos tratos?

—Te ha llamado porque te necesita, puesto que los señores de Malisse, raza ceñuda y turbulenta, no dejan pasar coyuntura sin darle graves motivos de queja.

—¿Mi padre se queja? dijo amargamente Lionel.

—Tu padre tiene ochenta y cuatro años, y á su edad es pesada una armadura.

—¿No tiene á su hijo mayor, á mi noble hermano Gerardo, hijo predilecto, para defenderle ó vengarle?

—¿A qué viene ese sarcasmo, Lionel? tu hermano Gerardo ha nacido débil, pequeño, enfermizo y estropeado.

—Y sobre todo ha nacido cobarde, villano y embustero, madre mia.... ¡Oh! no comprendo cómo los dos podámos ser de una misma sangre!

Sonrojóse Ermesinda á esta esclamacion de Lionel.

—Esto podria reemplazarse por medio de un *aparte*, dijo el poeta interrumpiendo al diablo; pues ya empiezo á comprender.

—¿ Cómo es esto de un aparte? preguntó Armando, habiendo ya olvidado completamente el principio de esta historia, como la consideraba el poeta.

—El caballero está coordinando su drama, dijo Satanás.

—¡Ah! muy bien, respondió el baron; en este caso continuad vuestra narracion.

—¡Hola! ¿con qué ya os interesa? dijo el diablo mirando á Luizzi con aire sarcástico.

—Si, deseo saber el desenlace.

—¡Esto va muy largo todavía! estamos á la segunda escena del primer acto.

—Adelante, pues.

El diablo continuó asi:

—No observó Lionel la turbacion de su madre, la cual, oyendo de golpe un gran ruido en la puerta principal del castillo, hizo entrar apresuradamente á los que acababan de salir, y dijo en voz baja á Lionel:

—Es inútil que el caballero Hugo sepa que he hablado contigo en secreto; tranquilizate, sobre todo, hijo mio, tranquilizate.

Lionel, que se habia sentado sobre las rodillas de su madre, se levantó al instante sacudiendo su larga cabellera con un vivo movimiento de cabeza.

Su alta estatura y esbelto talle, su misma palidez y la elegancia de sus miembros, no hubieran hecho adivinar el vigor del soldado, si la agilidad de sus movimientos y su paso firme, no hubiesen dado pruebas de ello; porque en un hombre la fuerza constituye gracia.

—Ser gracioso y fuerte es cosa contradictoria, dijo el poeta; pero no importa; continuad: deciais que estaba para llegar el caballero Hugo....

—Si, respondió el diablo; era un anciano de elevada estatura, de pobladas canas en desórden, de abultados labios, mirada severa, paso tardo, y venia sosteniéndose con un palo. Al entrar en el salon dirigió una rápida mirada sobre cuantos estaban allí, y esclamó vivamente:

Digitized by Google

—¿Por qué está aqui esa paja?

—Se puso para que se sentasen los pages y camareras alrededor del padre Andoin, respondió Ermesinda.

—¿No pueden oirle de pie? estarian hablando de amor un dia entero sin pensar en tomar asiento; pero cuando se trata de escuchar á un anciano, nunca se está bastante cómodo; muy cansada debe de ser la palabra de un anciano.

Ermesinda quiso responder, pero Hugo esclamó:

—Volved esa paja á las eras; tal vez no está distante el dia en que sitiados aqui por los caballeros de Malisse, podrá servir para calmar el hambre.

Hombres y mugeres obedecieron en silencio, mientras que el anciano murmuraba furioso:

—¡Hé aqui los defensores del castillo de Roquemure, los hombres que se sientan para oir á un sacerdote! ¡y ningun gefe entre todos, ningun gefe!

—¡Aqui me teneis! padre, dijo Lionel adelantándose.

El anciano le miró por mucho tiempo, sin hablar, de la cabeza á los pies, pudiendo apenas contener la agitacion que de él parecia haberse apoderado.

Volvió á poco la espalda y pasó á sentarse en uno de los bancos laterales que se veian á los lados del inmenso hogar que ardia en una de las estremidades de la sala, á pesar de lo adelantado de la estacion, é hizo seña á Lionel de que se aproximara. Permanecia éste de pie, mientras que colocada su madre delante de él y al lado del anciano, le dirigia suplicante mirada para que se contuviese; pues el inflamado rostro del jóven daba á conocer cuánto le indignaba la acogida indiferente con que habia sido recibido.

—¡Habeis llegado muy tarde! dijo Hugo á su hijo.

—He llegado antes de la hora del peligro, respondió Lionel cruzando sus brazos.

—Quizás el peligro no hubiera venido si hubiéseis obedecido mas pronto mis órdenes.

—Sin duda mi presencia no hubiera sido obstáculo para que mi hermano Gerardo recorriese durante la noche las posesiones del señor de Malisse, arrebatando las hijas y el rebaño de sus vasallos. Esta es la causa del peligro.

—¿Quién os ha contado esos embustes? esclamó indignado el anciano.

—Las quejas de los señores de Malisse, que han llegado hasta el rey Felipe Augusto.

—¿Y dais crédito á las quejas de vuestros enemigos?

—Delante del rey les dí un mentis; pero delante de vos debo confesar que tienen razon.

—¿Habeis venido aqui para defenderlos?

—He venido para combatirlos, y no tocarán una piedra de este castillo mientras yo esté de pie entre ellos y el foso.

—¡Esto me gusta! dijo Hugo con amarga sonrisa de satisfaccion. Pero, continuó, siguiendo atentamente con sus miradas el efecto que producian sus preguntas; ¿qué habeis hecho de cuatro años á esta parte, pues no os ha sobrado tiempo para venir una hora á este castillo?

—He ido á la Aquitania, donde he combatido por los nobles gascones contra Ricardo Corazon de Leon. Tres veces le he encontrado en los combates, y tres veces hemos roto nuestras lanzas sin que él se haya movido una pulgada y sin que yo haya retrocedido ni una línea.

—Lo sé; ¿pero siempre habeis permanecido en la Aquitania?

—Un año despues me encontraba en Ruan con el rey Enrique, y dos veces he subido al asalto sin otra arma que mi espada.

—Lo sé; pero despues ¿dónde habeis ido?

—Fuí á Berry en el momento en que el rey de Inglaterra se apoderó de la ciudad por traicion, y he combatido contra él.

—Lo sé, y que vuestra cimera se adelantó mucho mas que otra alguna entre las legiones enemigas. Pero ¿qué habeis hecho al regresar de Berry?

Sonrióse en este momento Lionel y quedó confuso; pareció admirarse su madre de este silencio, y le hizo seña de que respondiese; entonces, venciendo Lionel su turbacion, dijo, no sin vacilar:

—Hace seis meses que fui á Arlés, donde asistí á la coronacion del emperador Federico Barbaroja.

—¡Esto seis meses ha! dijo Hugo; ¿pero un año antes dónde estábais?

—Tal vez olvidé un poco los deberes de la guerra, respondió Lionel, y seguí á Enrique Martel en los juegos y torneos que ha dado en París y en toda la Galia.

—¡Ah! esclamó Hugo, observando á Lionel con una mirada fija, ¡le habeis seguido en esos juegos que gustan tanto á las hermosas! y añadió con un tono de voz, cuyo temblor indicaba mal disimulado encono:

—¿No os aconteció en París alguna aventura digna de contarse á vuestro padre?

—¡Ninguna! dijo Lionel mirando á su madre.

—¿Ninguna? repitió el anciano levantándose.

Lionel bajó los ojos, y el anciano salió marchando trabajosamente, despues de haber respondido:

—¡Basta!

Tal fué la primera entrevista del padre y del hijo despues de cuatro años de ausencia. Lionel y su madre quedaron solos.

En este momento interrumpió el diablo su narracion, y dijo al poeta:

—Ya comprendeis que no hago mas que

indicar los principales rasgos de esa escena. Para que hiciese efecto teatral en un drama bien combinado, seria bueno que dijese asi:

El padre. ¿Dónde estábais hace diez y ocho meses?

El hijo. Hace cuatro años estaba yo en Aquitania, donde hacia esto, aquello y esòtro; etc., etc.

Aquí vendria de molde una descripcion de combates, y en seguida:

El padre. ¿Dónde estábais hace diez y ocho meses?

El hijo. Hace tres años me hallaba en Normandia, donde hacia esto, esotro y aquello; mas...

Podria encajarse aqui otra perorata con los detalles de un sitio de la época, y en seguida decir:

El padre. ¿Dónde estábais hace diez y ocho meses?

El hijo. Hace dos años me hallaba en la Provenza, donde hacia esto y aquello, y otras cosas, etc.

Tercera perorata sobre torneos y otras cosas; en fin, colorido histórico, hasta que... y continúa:

El padre. ¿Pero dónde os hallábais hace diez y ocho meses?

El hijo. Hace un año estaba en Picardia, donde esto...

Aquí le interrumpe el padre, diciéndole: ¡Basta! Y el público se agita, porque comprende que ha sucedido alguna cosa estraordinaria hace diez y ocho meses.

—¿Trabajais para el teatro? preguntó el poeta con aire de amistad y proteccion.

—Hagó un estudio del drama moderno, respondió Satanás.

—Es que no deja de tener rasgos lo que acabais de decir hace poco. Ese hijo que cuenta lo que no piden, y ese padre que pregunta obstinadamente, no dejan de causar el efecto de un misterio singular.

—Misterio que se descubrirá probablemente en la escena que sigue, dijo con impaciencia el baron.

—Es decir, continuó Satanás, que levantaremos una orilla del velo, y he aqui de qué manera. Habiendo Ermesinda quedado sola con su hijo, le dijo al momento:

—¡Oh! dime, ¿qué has hecho hace diez y ocho meses! ¿Por qué no has respondido á tu padre sobre lo que hiciste en aquella época?

—Es que entonces amaba yo, y que ese amor debe ser un misterio; es que encontré á una muger á quien he amado con todo el ardor del primer cariño.

—¿Y era hermosa esa muger?

—¡Cómo no habia de serlo para mí que la amaba, cuando lo era para los que me decian que huyese de ella, pues era frívola y coqueta! Era tan hermosa y seductora, que los que la odiaban, no se atrevian á mirarla ni escucharla, por temor de encapricharse con ella.

—¿Y te ha engañado, Lionel?

—Me ha engañado, dándose á otro.

—¿Y la lloras?

—¡La aborrezco!

—¿Y la olvidas?

—¡La maldigo todos los dias!

—¡Oh! ¡tú la amas todavía, hijo mio!

—No, madre, no; ya no la amo, respondió esforzándose Lionel; la veria morir sin pesar.

—Es que todavia la amas.

—¿Yo? ¡Oh, madre mia! dijo con frenesí el jóven.

—En este caso la amas como un insensato, respondió Ermesinda.

Calló Lionel, y cogiéndolo del brazo su madre, le dijo:

—¡Revélame el nombre de esa muger!

—Hace un año juré que mis labios no le pronunciarian jamás.

—Guarda, pues, tu secreto, hijo mio, y sobre todo, tu odio.

—El primer acto podria acabar aqui, dijo el poeta.

—¡Al diablo con vuestro drama ó vuestra tragedia! esclamó indignado el baron; estoy escuchando una historia y siempre andais con interrupciones.

—¡Oh! ¡pardiez! señor poeta, dijo el diablo

—Mr. de Luizzi, dijo el pálido literato, á lo que veo sois rico y noble; y en consideracion á este título disimulo vuestro mal humor, pues no escuchamos esta historia con un interés igual.

No se creyó obligado el baron á dar respuesta, y dijo al diablo:

—¡Y bien! ¿acabareis con vuestra historia?

—Perdonad, dijo Satanás, no veo yo en qué pueda interesaros tan vivamente.

Furioso el baron, hubiera querido pellizcar con rabia los brazos de Satanás; pero sabia que no podria alcanzar mas que quemarse los dedos, y volvió á arrimarse á su rincon.

LXXIII.

JORNADA SEGUNDA.

En el momento en que Lionel y su madre acababan de pronunciar estas palabras, continuó el diablo, entró de nuevo Hugo en el salon. Preparaban en él las mesas para la cena, é iban presentándose uno á uno los moradores del castillo. Era ya noche oscura, y solo se esperaba á Gerardo, mas éste no parecia. Maravilláronse todos al oir la respuesta que dió el anciano cuando le preguntó su esposa cuál podria ser la causa de este retardo.

—Los que van á cabalgar por los campos pueden encontrar obstáculos que les impidan volver; pero es muy singular que no estén aqui los que solo tienen que atravesar una puerta para entrar. ¿Dónde está Alix?

—Vayan á avisarla, dijo Ermesinda.

Inclinó el anciano la cabeza: pero su fiera

Digitized by Google

mirada se clavó en Lionel por entre sus largas cejas. Alix entró, permaneciendo Lionel inmóvil é impasible.

El anciano dijo entonces con tono melifluo:

—¡Y bien! hija mia, ¿no os gusta nuestra

Ermesinda, que estaba junto á su hijo, le dijo en voz baja:

—No te admire la fria acogida de tu cuñada, pues es aun muy tímida.

Sonrióse Lionel amargamente y repuso:

—Nada me admira, madre.



¿No abrazas á tu hermano? esclamó indignado el anciano.

compañía? ¡pues, cuando no está Gerardo en el castillo, ya nadie os interesa aquí! Ahí teneis, sin embargo, á un gallardo y valiente caballero que os presento: es mi hijo Lionel.

Alix y el jóven se saludaron friamente, mientras los observaba Hugo con atencion.

Habreis observado ya cuán estraña acogida era esta, y cuán singular entrevista la de los dos cuñados que parecian verse por primera vez. Haciase tarde y todos guardaban silencio; el anciano no parecia indignarse, ni alarmarse en vista de la ausencia de su hijo

Digitized by Google

mayor: Alix no se informaba de él. Abismado Lionel en sus meditaciones observaba las sucesivas llamaradas del hogar, y Ermesinda miraba ansiosa á su marido como si temiese las consecuencias de este silencio.

Oyóse en este instante un nuevo rumor á la puerta de la fortaleza, y casi al mismo tiempo se presentó Gerardo: levantóse Alix y corrió á recibirle con un ahinco que parecia estraordinario despues de la indiferencia de que habia dado muestras. Pero retrocedió vivamente al verle, sonrojándose y bajando los ojos con viva espresion de cólera y de resentimiento.

Achispado Gerardo, se adelantó bamboleándose hácia su muger. Jorobado, cojo, feo, pequeño y mugriento de lodo, pues habia caido del caballo, hubiera dado grima aun á la mas villana muger. No pudo, pues, Alix hacer mas que callar á pesar de su deseo de recibir cariñosamente á su esposo. Tocante á Hugo, por encolerizado que estuviese al ver é su predilecto hijo degradarse delante de todos, no quiso, sin embargo, que manifestase nadie su repugnancia, y, mirando alrededor, parecia decir: ¿quién se atreverá á declararse contra el hijo á quien prefiero? Permanecia Ermesinda con los ojos bajos, Alix volvia el rostro, y Lionel la miraba con la sonrisa de un insolente desprecio. Los demas no parecian haber notado la entrada de Gerardo, y nadie se movió de su puesto.

—¡Hola! ¿qué me han dicho á la puerta? esclamó Gerardo: ¿está aquí mi hermano?... ¡eh! ¡muy buenos dias!.... buenos dias, Lionel; ven, que yo te abrace.

Lionel permaneció con los brazos cruzados.

—¿No abrazas á tu hermano? esclamó indignado el anciano.

A una suplicante mirada de su madre obedeció Lionel; pero como el vino y el lodo de Gerardo ensuciasen la cota de malla del jóven caballero, llamó este á un page, y le dijo con tono desdeñoso:

—Limpia ese polvo y ese vino: el mas puro acero se toma y se mancha cuando pronto no se hacen desaparecer semejantes manchas; llega un dia en qme semejante armadura no podria defender á su dueño.

Poco habia que responder á semejantes palabras; pero Hugo conoció que la cota de malla significaba el nombre de los señores de Roquemure, y que con ello queria denotar Lionel el peligro á que les esponia la desarreglada conducta de Gerardo. El anciano dirigió á Lionel una mirada vengativa, mientras que Ermesinda hacia servir la cena para distraer la atencion de los demas, y Alix enjugaba sus lágrimas de despecho. Durante este tiempo iba y venia Gerardo, hablando con disoluto lenguaje á las lindas sirvientes de la noble casa.... Callaba Hugo, sufriendo estas desagradables ocurrencias por no dirigirse contra su hijo predilecto delante de Ermesinda y de Lionel.

Sentóse cada cual en su puesto alrededor de la mesa; tambien se sentó Gerardo, pero al cabo de algunos minutos quedó dormido por la embriaguez. Mientras duró la comida sirvió Lionel cortesmente á su madre, interin Alix, llena de vergüenza y de indignacion, derramaba en silencio sus lágrimas. En seguida, cuando iban á levantarse, á una seña de Hugo, que sin duda no era nueva, tres ó cuatro criados tomaron en brazos á Gerardo y se dispusieron para trasportarle á otra parte. Hugo les señaló con el dedo una puerta, y era la que conducia al cuarto de Alix. Absorta ésta en su humillacion, no habia visto lo que pasaba: pero en el momento en que los criados iban á pasar el umbral de la puerta, se levantó repentinamente y esclamó con violencia:

—No, en mi cuarto, no; llevadle á la cuadra.

Observóla con ceño el anciano, diciendo:

—Es vuestro marido.

—Es un beodo, respondió la jóven con insuperable tedio, en tanto que se levantaba para salir.

Encontró al paso á Ermesinda y á Lionel; y aquella procuró calmarla, pero rechazándola Alix le dijo:

—Dejadme, dejadme vos y vuestro hijo.

Tal vez Alix queria hablar de Lionel, pero éste, que no habia hecho el menor movimiento, creyó que se trataba de Gerardo, y dijo:

—¡Su hijo! no lo es, señora.

A esta respuesta, y como si el sonido de la voz de Lionel, que se dirigia á ella por primera vez la agitase de un modo violento y la hiciese mudar todas sus resoluciones, volvióse y dijo á los criados:

—Mi padre tiene razon; es mi marido, y el amor debe escusar tan leve falta. Venid aqui.

Obedecieron los criados pasando por delante de ella, y en seguida salió clavando en Lionel una insultante mirada.

Lionel permaneció con los ojos fijos en la puerta del cuarto donde Alix acababa de entrar en tanto que examinaba Hugo la lívida palidez de su semblante y la contraccion de sus lábios. No abandonó el anciano su silla, ni hizo ningun ademan; pero si alguno hubiese estado junto á él, tal vez le hubiera oido murmurar sórdamente:

—¡Oh! ¡basta, basta!

Un momento despues y como si hubiese obedecido al pensamiento que le agitaba, mandó á sus criados que se retirasen; quedaron con él Lionel y Ermesinda, y dijo al primero:

—Retiraos, Lionel; vuestra madre tendrá que hablaros en breve.

Salió el jóven, y Ermesinda se halló sola delante de su marido: hubiérase dicho que

Digitized by Google

esto era para ella cosa rara y terrible, pues á la vez parecia trémula y asombrada. No bien hubo Hugo oido perderse á lo lejos los pasos de los que se retirabau, cuando señalando á la puerta por donde habia salido Lionel, esclamó con violencia:

—¡Es menester que mañana salga del castillo!

—¿Quién?.. ¿Lionel?

—Mañana, antes de salir el sol

—¿Lionel? repitió con espanto Ermesinda.

—Y maldito sea el dia en que entró, como aquel en que nació, prorumpió Hugo sin poderse contener.

Ermesinda inclinó la cabeza, mientras se agitaba indignado el anciano y pisoteaba furioso la tierra. La esposa parecia anonadada, pero se atrevió en fin á decir con timidez:

—¿Qué ha hecho para que le trateis tan severamente?

Hugo no respondió, y como su silencio animase á Ermesinda, repuso esta mas confiada:

—¿Es culpa suya que haya sido testigo de una escena demasiado frecuente en esta casa?

—No, no, respondió el viejo amargamente; pero no quiero que esta casa presencie una escena de mas oprobio.

—No os comprendo, dijo Ermesinda.

—¡Madre de Lionel! esclamó Hugo con voz de trueno, ¿no me comprendes?

Ermesinda inclinó de nuevo la cabeza y respondió balbuciente:

—Nada, señor, he olvidado de lo pasado; pero no sé lo que podeis prever en el porvenir.

—Escucha, Ermesinda, dijo reponiéndose el anciano; tú has agitado mi vejez haciendo penetrar en mi alma la desesperacion de una injuria que no he podido vengar; pero yo te he hecho bien desgraciada. Hace veinte y dos años que estás llorando, y yo que estoy cansado de mi dolor y del tuyo, ¿te he de decir hoy dia que Lionel ama á Alix?

—No la conoce, y la ha visto esta noche por primera vez.

—¡La conoce de mucho tiempo á esta parte! hace diez y ocho meses.....

—¡He aqui los famosos diez y ocho meses! esclamó el poeta interrumpiendo al diablo que se habia empeñado en su narracion, grangeándose la atencion particular de parte de Luizzi.

Este pudo apenas contener un movimiento de impaciencia, y le dijo al interruptor con cortesía harto notable paro dejar de ser impolítica:

—En verdad os digo que seríais el hombre mas amable de la tierra si me dejábais acabar de oir esta relacion sin interrumpirme á cada momento.

—Perdonad, dijo el hombre de genio; pero dabo haceros observar que únicamente á ruego mio hace el señor esta relacion.

—Estoy por decir que empiezo á ser pesado para entrambos, respondió Satanás; de consiguiente no hablemos mas de ello.

—¡Oh! no, no, dijo el baron con prontitud; hablad, que deseo saber el término de esta aventura.

—¿Estais tambien delineando algun drama? preguntó el diablo.

—No aspiro á tanto; pero no por eso soy menos curioso que el caballero, para oir esas leyendas diabólicas.

—¡Hola! esclamó el diablo con asombro: ¿vos estais en los pormenores de la historia? pues en ella se mezcla el diablo.

—Paréceme que vos lo habeis dicho antes; por lo demas os ruego que paseis adelante.

—Adelante, pues, dijo el narrador.

Hugo respondió de esta suerte á Ermesinda, la cual escuchaba con asombro:

Hace diez y ocho meses que Alix estaba en París, donde encontró á Lionel en una de esas justas brillantes donde adquirió el jóven tanta fama. Ignoraba yo esta circunstancia, cuando vino ella á ver en Orleans al único deudo que tenia, Mr. de Perusse; en su casa la ví y me dirigí á este caballero para obtener su mano. Era huérfana y no tenia mas que unas miserables posesiones que no podian protegerla contra la rebelion de sus vasallos, ni contra las agresiones de sus vecinos. Las faltas de su madre habian manchado su nombre, de suerte que debia serle difícil todo enlace honorífico; pero era jóven, hermosa, seductora, y esperé que el amor que sabria inspirar á Gerardo arrancaria á éste de las vergonzosas costumbres que ha llevado siempre. Cuando Mr. de Perusse me dió la respuesta de Alix, no pudo menos de admirarme que me dijese que ella habia aceptado con alegría la proposicion de ser hija del señor de Roquemure. Supuse entonces que habia comprendido ella la desgracia de su posicion, ó que era muy ambiciosa, que la esperanza de ser muger de un poderoso y rico heredero le hacia disimular los defectos de Gerardo; porque, os lo juro, no habia engañado yo á Mr. Perusse. Debia partir de Orleans el siguiente dia; nos dimos mútua palabra y convinimos en que algunos dias despues Perusse y su sobrina vendrian á este castillo.

—Vinieron en efecto, dijo Ermesinda.

—Si, vino Alix y se casó con Gerardo sin dar muestras de repugnancia: solo mas tarde, y por medio del mismo Mr. de Perusse, informado en un viage que hizo á París, supe que Alix habia conocido allí á Lionel, y que su amor para con esa reina de la hermosura se habia manifestado con vivas demostraciones.

—¡Era, pues, ella! murmuró Ermesinda.

Hugo no oyó esta esclamacion y continuó:

—No soy injusto con Lionel, pues sé cuanto vale; lo que me admiró fué que Alix prefiriese á Gerardo; pero Gerardo será heredero

Digitized by Google

de este castillo y de sus vastos dominios, y la ambicion me lo esplicó todo. Vivia en esta seguridad, cuando nuestras disensiones con los señores de Malisse hicieron que llamase á mi lado al único hombre capaz de vengar mis injurias, porque tengo un hijo que no dá muestras de serlo, y ni siquiera de ser hombre; pero es mi hijo, y la vergüenza que me causa se aumenta con el orgullo que os inspira Lionel. Consentí, pues, en que volviese al castillo. Ya sabeis, Ermesinda, con qué condiciones accedí á su vuelta. Os dije entonces: tendré á mi lado á Lionel, le trataré como si no fuese hijo adulterino, y ya que lo ignora no lo sabrá jamás. Consentiré en deberle algun favor; pero quiero que os obligueis á hacerle partir el mismo dia de su llegada si asi os lo mando. ¡Ermesinda! no me quejaré porque sea hermoso, fuerte y bizarro, tampoco me quejaré de que le irrite la crueldad de aquel á quien cree su padre. No quiero que parta porque desprecie á Gerardo, sino porque ama á Alix, y porque Alix le ama todavía.

—¡Es imposible! esclamó Ermesinda impelida por el deseo de poder eludir la sentencia que iba á separarla de su hijo.

—¿Imposible, Ermesinda? respondió amargamente Hugo; ¿imposible decís? y sin embargo, cuando me casé contigo tú amabas al page de tu padre, á un page sin nombre y sin bienes, ¡y le has preferido al anciano!..... tú le introdujiste en este castillo como á un hermano, y solo te abandonó como amante!

—¡Es cierto! dijo Ermesinda bajando los ojos; pero Alix no olvidará lo que debe al nombre de su marido.

—¿No lo has olvidado tú? y sin embargo, no era yo un hombre entregado al desenfreno, ni un miserable mónstruo sin vigor; era un anciano; pero anciano que tenia un nombre ilustre con algunas victorias y nobles combates.

—¡Es verdad! dijo Ermesinda abrumada con el peso de tan deplorables recuerdos.

—¿Te acuerdas cuando te sorprendí ébria de amor, al lado de tu seductor, de ese miserable genovés, de ese Zi?... pero jamás pronunciaré su nombre infame, pues asi lo he jurado. ¿Te acuerdas que á pesar de ser débil y enfermizo quise mataros á entrambos, y que fuí derribado por mano de?..

Todavía se detuvo el anciano al ir á pronunciar un nombre aborrecido, y continuó despues:

—Fuí derribado como un niño sobre el lecho, y alli, con el puñal en la garganta, iba á perecer cuando entró Andoin. El fué el que no pudiendo arrancarme de manos del infame, me persuadió á que jurase, por precio de la vida que se me concedia, no decir jamás el secreto de tu crímen y pordonártelo. Consentí en esta cobardía; consentí, Ermesinda, porque te amaba todavía, como á mi hijo y á mi esperanza; porque temí que se burlasen de mis canas los que se burlaron de mí el dia que me casé contigo. Di, pues, mi palabra: una hora despues quisiera no haberla dado aunque me costase la vida, y han pasado ya veinte y dos años cuando todavía me consume ese recuerdo. Pues bien, no quiero que mi hijo herede esa desgracia; no quiero alguna vez oirle pedir la vida bajo la daga de tu hijo, ni quiero correr yo débil y trémulo para decirle como me dijo el sacerdote: ¡Jura olvidar, jura perdonar, y el amante de tu muger te concederá la vida! No, no; no pasaré por esto... ¡no! ¡no!

Callaba Ermesinda en tanto que el anciano hablaba de esta suerte, con una exaltacion de cólera que daba á su cuerpo señales de vigor. El corazon de una madre tiene resignaciones bien sublimes, y ésta de quien hablamos, con la esperanza de no ser separada de su hijo, se humilló bastante; pero respondió:

—No todas las mugeres han perdido como yo el sentimiento de sus deberes; y Alix...

Miróla Hugo con compasion.

—¡Tu crímen ha sido enorme, Ermesinda, y sin embargo, me fiaría mas en tí que has sido culpable que no en Alix á quien creo inocente todavía! ¡Lionel partirá, pues asi lo quiero! tú sabes lo que debes hacer. Solo tú debes despedirle, pues no quiero darle cuenta de una decision cuya causa me pediria, y que yo tal vez deberia manifestarle.

—¡Oh! no, no, esclamó Ermesinda; ¡no me envilezcais delante de mi hijo! Haré que se vaya.

—¡Cuento con ello, y ha de partir mañana!

—Al amanecer.

—Llamadle, pues.

—Voy en busca suya.

Salió del salon, y habiendo llamado Hugo á dos criados, le condujeron en brazos á su cuarto, pues fué aquel un dia pesado para el anciano, á quien no quedaba mas fuerza que la de una voluntad inflexible.

—¡La ensuciamos! esclamó el poeta interrumpiendo todavía al diablo; ¡esto está visto ya! la pieza concluye aqui; se sabe el misterio del odio de Hugo: le es conocido el amor de Lionel y de Alix; la curiosidad está satisfecha, y el público se va ó silba; ¡malísimo, muy malo!

—Paréceme, sin embargo, respondió Satanás, que todavía pueden desarrollarse sus pasiones.

—¡Desarrollo de pasiones! repuso el dramaturgo; cosas por el estilo de la Zaira y de la Fedra. Hace mucho tiempo que el siglo XVII y el XVIII han analizado el corazon humano. Por otra parte, mi querido colaborador, pues si compongo este drama sereis mi colaborador, dando yo nombre á la pieza y cobrándoos vos la cuarta parte; repito, ¿qué colorido histórico puede tener el desarrollo de una pasion?

—El colorido histórico de un drama no me

Digitized by Google

parece una necesidad de primer órden, respondió Luizzi.

—¡Oh! en este caso, replicó el poeta, volvemos á la tragedia plañidera ó llorona, que es como si dijésemos el tedio en verso.

—Disimulad, señores; pero creo que los dos andais un poco equivocados. La pasion puede tener un colorido en cuanto procede de las costumbres de la época que le da un carácter particular; hay mucha diferencia entre un normando de la edad media, que todo lo conquista con la punta de la espada, y un petimetre del tiempo de Luis XIII infatuado con su cortesía española y sus madrigales; creo que no es posible comparar á un soldado de la regencia, de licenciosa vida, con un húsar del imperio muy pulido y cortesano.

—No niego nada de esto, dijo el baron; pero dejando aparte el desarrollo de la pasion y el colorido histórico, debe esta leyenda tener un desenlace, y esto es lo que yo deseo saber.

—Veamos, veamos, dijo el poeta, y á falta de drama tendremos tal vez una novela.

—Prosigo, pues, continuó el diablo, y espero que el desenlace nos probará que las pasiones tienen un colorido histórico y que, dejando aparte su desarrollo, tienen su orígen en el siglo y en sus costumbres.

En seguida continuó de esta suerte su narracion.

Quedó, pues, sola Ermesinda, y entonces la exigencia del marido, á que solo cedió fácilmente cuando la abrumaba el peso de sus crueles recuerdos, le pareció espantosa ahora que debia dirigirse á su hijo. ¿Qué podia decir á Lionel para que ese destierro de la casa paterna no pareciese al jóven un odioso capricho de insoportable tiranía?

—Podia decirle la verdad, dijo el poeta.

—¡Oh! no, no, caballero, respondió Satanás; pues hay un pudor maternal mayor si cabe, que el virginal. Decir á un hijo, que la ha respetado como la muger mas santa y pura: «Solo soy una adúltera:» decir al hijo orgulloso con el apellido que lleva por renombre: «Este no te pertenece;» en fin, añadir la confesion de una mentira que ha durado veinte y dos años, no, esto no es posible: ninguna madre lo haria, á lo menos sin terribles combates, á lo menos sin.....

—Sin un lindo monólogo; esclamó el poeta, aqui vienen de molde los monólogos; pero una vez concluido éste, ¿qué hizo Ermesinda?

—Voy á contaros lo que hizo.

Fué en busca de su hijo, quien á consecuencia de las palabras de Hugo, la estaba aguardando, y esforzándose todo cuanto pudo le dijo:

—¡Lionel al amanecer partirás de aqui.

—¡Ya lo esperaba, madre mia!

Quedó asombrada Ermesinda al oir esta respuesta, y despues de haber mirado por algun tiempo á su hijo, como para adivinar lo que pudo hacerle sospechar, continuó con espanto:

—¿Y por qué lo esperabas?

—Ya veis que tenia razon en esperarlo.

—Pero sin duda tendrias algun motivo para temer esa desgracia.

—Si, madre mia.

—¿Cuál es?

—¿Podeis manifestarme cuál es el que os mueve á anunciarme mi partida?

Enmudeció la desgraciada madre creyendo descubierto su corazon, y ocultó llorando la cabeza entre sus manos.

—¿No debia hacérmelo temer su recibimiento? pero, ¡no lloreis, madre mia, no lloreis! que yo he de poner término á todo esto. Mi padre me aborrece, y yo quiero indagar por qué

Vió Ermesinda que se habia engañado, y aterrándole la idea de humillarse delante de su hijo, respondió:

—Sabe que amas á Alix.

—¿Y por esto me aleja? preguntó Lionel con sonrisa de incredulidad.

—Por esto, te lo juro, Lionel.

—Si, replicó el hijo dolorosamente, quizás sea verdad; pero no es por esto por que me hizo partir hace cuatro años; no es por esto por que me aborrece desde que nací. No importa, partiré, y abandonaré este castillo para no volver nunca mas á él. Una vez haya pasado esta noche, no oirá mi padre hablar mas de mí.

—Muy pronto has tomado tu partido, Lionel.

—He querido ahorraros la fatiga de una súplica, madre mia; ya que me habeis hallado sumiso y obediente como debiais esperarlo, idos á descansar, hasta mañana, madre mia.

—¿No te veré, pues, antes de tu partida?

—¡Oh! si, me vereis, me vereis, pues no nos hemos de separar asi.

—Lionel, ¿estás meditando alguna violencia? tu resignacion me espanta.

—Imito la vuestra, madre mia.

—¡Oh! ¡la mia es muy diferente! Y puedo muy bien temer esa tranquilidad afectada; pues no está en tu carácter.

—El tiempo todo lo muda, y corroe el mármol mas duro.

—La humillacion que devoramos á veces está meditando venganzas.

—¿Meditais vos alguna tal vez?

—¡Lionel! un silencio obstinado es el primer paso por donde camina la desgracia al crímen.

—¿La vuestra os ha llevado á tal estremo?

—No, pero tal vez ha sido el punto de su partida.

—¡Madre mia! esclamó Lionel dando un paso atrás.... ¡madre mia! repitió con voz terrible.

Pero se calmó de repente, y cayendo de rodillas delante de su madre, le dijo:

Digitized by Google

—¡Oh! no, vos sois la mas santa y la mas pura de las mugeres: perdonad si he olvidado que sois bastante resignada para escusaros, á fin de que no escuse yo al marido que os hace padecer y al padre que me destierra. No madre, no, vos no sois culpable; vos á quien desde que tengo uso de razon he visto dar en esta miserable casa el ejemplo de la mas inalterable virtud.... ¡no!.... pero vos sois desgraciada, y esta desgracia es preciso tenga fin para vos y para mi.

—¿Qué piensas hacer?

—¡Os lo diré mañana, madre mia!

—¡Y hasta entonces!

—Hasta entonces os juro que seré respetuoso, como debe serlo un hijo para con su padre.

Temblando por lo que iba á suceder, dejó Ermesinda á su hijo, pero sin fuerza para preveer ni para impedir nada: no impunemente se ha acostumbrado el corazon durante veinte años á obedecer resignadamente. Los pliegues con que se dobla un carácter firme, acaban por ser mas fuertes que él: el mejor acero no vuelve á levantarse cuando hace mucho tiempo que lo encorvaron. En tal estado se encontraba Ermesinda, todo estaba destrozado en ella, hasta el amor maternal que se habia doblado fácilmente á todo género de humillaciones, para proteger á su hijo cuando era pequeño y débil, y he aqui que ahora no podia levantarse magestuoso cuando ya Lionel era fuerte y bizarro.

No bien hubo salido, cuando Lionel salió á su vez del cuarto y entró en la sala grande del castillo. En uno de sus ángulos ardia una lámpara: al ruido de los pasos del jóven se volvió Alix repentinamente despidiendo un grito: Lionel corrió hácia ella y reconoció á Alix. Lloraba esta y queria ocultar su llanto, pero en vano se esforzaba para ello; el manantial estaba abierto, y es cosa que no puede cerrarse por capricho: impotente entonces para ocultar su dolor, le dió mas libre campo, y sonrojada de que la hubiesen encontrado llorando, lloró todavía mas.

El corazon de Lionel esperimentaba á la vez dos dolores; la desesperacion de un amor engañado, y su ternura filial despreciada; fué, pues, bastante desgraciado para no dar oidos á la compasion, y dijo friamente á Alix:

—¿Os ha echado de su cama vuestro noble esposo, pues os encuentro en este frio salon á semejante hora?

Una hora antes hubiera respondido Alix con insultante jactancia; pero en este momento estaba ya vencida, y dijo con movimiento frenético:

—Si, me ha echado.

Cuando Lionel le dirigió su pregunta creyó zaherirla con humillante suposicion; pero al ver que era verdad lo que suponia, conoció que sus palabras no eran ya un sarcasmo.

—Echado, esclamó:

—Si, repitió Alix, me ha echado con desprecio, insultado y maltratado porque... Detúvose y se puso á llorar.

Luchando en el corazon de Lionel la compasion, el resentimiento y el amor, le dominó la cólera. La habia amado tanto, que sentia que hasta tal punto se hubiese degradado, cuando él le hubiera buscado una corona. La desgracia á que se habia entregado le recordaba tan cruelmente la dicha que él le habia prometido, que no pudo dirigirle una palabra de consuelo; antes respondió amargamente:

—Nuestros destinos no se han unido Alix, pero se parecen mucho: el que debia adoraros os maltrata, como el que debia bendecirme me maldice. A vos os echan de ese cuarto y á mí del castillo.

—¡Vos! esclamó Alix con asombro; ¿os vais del castillo?

—Mañana.

—¿Y quién me protegerá? repuso Alix con desesperacion.

Sintió Lionel abrirse su pecho al perdon; esta confianza, hecha con todo el abandono del dolor, le hubiera enternecido para con cualquiera otra muger; pero Alix habia sido demasiado culpable para con él y se contentó con decir:

—¿No escogisteis un protector que no abandonará este castillo?

Al oir tan fria respuesta, recobró Alix toda su altanería.

—Caballero, dijo, olvidad que me habeis encontrado sollozando y gimiendo; yo olvidaré que habeis estado indiferente para con una muger que lloraba.

Estas palabras hirieron en lo mas vivo el orgullo de Lionel; este sentimiento le habia hecho implacable, y le hizo tambien mudar repentinamente de lenguaje: no queria que nadie pudiese decir que una muger llorosa, cualquiera que fuese, le habia implorado en valde; y dijo á Alix despues de unos momentos de silencio:

—Todo lo olvidaré, señora, menos lo que vos quereis que olvide; olvidaré lo pasado que tanto campo me dá para maldeciros, para recordar lo presente que tanto derecho os da para despreciarme. Recordaré que os he visto llorosa y desconsolada, y que no os ofrecido proteccion ni socorro, y os pediré perdon de tan indigna conducta, rogandoos que acepteis lo que implorábais.

—Os lo agradezco, respondió Alix, he vivido de esta suerte un año, y continuaré asi.

—¡Cómo! esclamó Lionel con verdadera sorpresa; ¿no es esta la vez primera que Gerardo se ha atrevido á maltrataros?

—Y no será la última sin duda.

—¿La licencia y el desenfreno le han vuelto el juicio?

—Os equivocais, Lionel; estaba en su juicio siempre que ha obrado asi.

Digitized by Google

—¿Por qué, pues, os ha echado?

—Porque quise apartarle de mi lado; porque sabe que no le quiero: no es injusto como lo es con vos vuestro padre, ¿pues por qué os echan á vos?

—Porque mi padre sabe que os amo, respondió Lionel cruzando los brazos y cuadrándose delante de Alix, como para decirle: «Ved hasta qué punto soy desventurado por culpa vuestra.»

—¡Oh! esclamó Alix con un arranque de alegría que no pudo contener; ¿luego me amais todavía?

—¡Si, á tanto llega mi locura! dijo Lionel, sonrojándose de su propia confesion.

—¡Me amas todavía! ¡tú me lo has dicho, Lionel! prorumpió la jóven temblando á impulso de una emocion estraordinaria.

—¿Te lo he dicho?...

—Si, Lionel, me amas, y.....

Detúvose, miró recelosa en derredor, y dijo acercándose á Lionel:

—Y yo te amo.

—¿Tú?

—Ya lo sabes, Lionel: ya sabes por qué me casé con tu hermano; tú, cuyo corazon rebosa orgullo, cierto dia me dijiste que tu padre no aceptaria por nuera á la hija de una muger licenciosa, me insultaste entonces con el recuerdo de mi madre, y debes confesar que fuiste implacable.

—Es que has heredado de tu madre la ligereza y el pecho abierto á la seduccion.

—¡Oh! no hablarias asi si supièseis quién fué el hombre que sedujo á mi madre y á quien debo la vida. Se te parecia mucho, Lionel; era ardoroso, implacable, hermoso y valiente como tú; la amaba como te amo yo á tí, y se alucinó al verle como me alucino yo contigo.

—¿Quién era, pues? esclamó con cierto orgullo Lionel.

—Un noble genovés que estaba dotado de mil bellas cualidades, de un sinnúmero de encantos, que era rico y seductor, y que poseia, en fin, el don de ser fatal á cuantas mugeres amaba.

—¿Y su nombre?

—Su nombre.... puedo decírtelo ahora: un nombre estraño y desconocido: le llamaban el gallardo Zizuli, y desapareció de Francia como habia aparecido, dejando abandonada á mi madre, despues que esta habia huido por él de su esposo y de su familia.

—Todos cuantos te han conocido en París lo saben.

—Pero ninguno de mis mas mortales enemigos me habia hablado de ello, solo tú me lo has echado cruelmente en cara.

—Lo hice ofreciéndote al mismo tiempo mi nombre y mi mano.

—Si, pero huyendo de Francia como si debieses sonrojarte de mí; pues bien, yo he querido hacerte ver que podia llevar tu mismo nombre en todo su esplendor; lo quise y lo conseguí.

—Pero ahora todo te sabe mal.

—Si, hasta el punto de querer mancharlo para siempre. Lionel, ya que sales mañana de este castillo, iré tambien contigo, si quieres.

—¡Tú! esclamó Lionel, sintiendo que renacian en su pecho todos los deseos furiosos de un amor violento, y gozándose en medio de su frenesí en mil deseos de venganza, puesto que se le ofrecia ocasion de arrebatar á Alix, que le habia sido arrebatada por su hermano, y que era causa de que no pudiese permanecer en el hogar paterno: ¿tú lo quieres? repitió; ¿lo quieres? pues bien, iremos juntos; pero no ha de ser mañana, sino esta noche; dentro de una hora.

—¡Dentro de una hora! repitió Alix espantándole ver tan cercano el plazo.

—Si, dentro de una hora, repuso Lionel; pero no me engañes de nuevo: ¿es cierto que vendrás?

—¿Dudas tú de ello, Lionel?

—Es que ya otra vez me engañaste, Alix.

Vaciló la jóven mirando en torno suyo con terror.

—¿No te atreves? dijo Lionel.

Asomóse Alix al aposento nupcial como para cerciorarse del sueño de su esposo; miró entonces á Lionel, quien sonriéndose con desprecio repetia:

—No te atreverás.

En este momento, como poseida de un frenesí, esclamó echando en tierra la lámpara que se apagó al momento:

—¡Pues bien, Lionel, huyamos!

Estaba la noche oscura, y las densas nubes que se agrupaban lentamente, acrecentaban la lobreguez; quiso entonces Lionel interponer un crimen entre Alix y su debilidad.

—Comprendo perfectamente, dijo interrumpiendo el poeta: aqui necesariamente debe caer el telon.

—Esto me parece verdaderamente necesario, dijo sonriéndose el baron.

—¡Quien sabe! respondió el diablo; no se para el drama por esas pequeñeces.

—El señor se chancea, dijo el poeta.

—No por cierto, repuso Satanás, pues hemos visto cosas que pueden hacer esperar mucho en este género.

LXXIV.

JORNADA TERCERA.

Demos, pues, por terminada la jornada segunda, dijo el poeta.

—Como gusteis, continuó Satanás; en este caso empezará el tercero en el momento en que Lionel, despues de haber tomado las medidas necesarias para obligar á Alix á que le siguiese á la mitad de la noche, fué á ver

Digitized by Google

al anciano Hugo. Durante este intérvalo se levantó en medio de la oscuridad una tormenta que sonaba con espantosos truenos y alumbraba de vez en cuando con brillantes relámpagos.

Por su parte Ermesinda habia pasado á ver á su marido, y héchole relacion de la escena que pasó con su hijo. Solo le habló, pues de la sumision del jóven para enternecer al anciano con decirle que el amor de Lionel debia ser muy débil, pues tan poca resistencia habia puesto á los deseos de su padre, y que no habia riesgo en dejarle al lado de Alix; sobre todo cuando pasaria mas tiempo cabalgando con la lanza en ristre que no metido en el castillo.

—¡Oh! en eso está el peligro, Ermesinda, esclamó el anciano; las mugeres son de condicion tal, que se encaprichan por el que permanece á todas horas á sus pies, dispuesto á obedecer sus menores caprichos y mas estravagantes deseos; este es un criado atento á quien recompensan con amor no pudiéndole pagar con oro: tambien se entregan al hombre que apenas las mira lisonjea su ambicion: y una noche, cuando vuelva al castillo cubierto de sangre y de polvo é inflamada su mirada con la victoria, llevado en hombros con gritos de triunfo, se gozará entonces con verle, y le abrirá sus brazos para que sobre su pecho descanse de tan noble fatiga.

Esto es lo que le sucederia á Alix una noche que durmiera embriagado su esposo, y pasara el amante con altiva frente por delante de ella, Ermesinda, ¿no ha sucedido casi siempre así?

Guardó silencio Ermesinda, y dijo por último:

—Cúmplase vuestra voluntad, señor; Lionel obedecerá.

En este instante se abrió la puerta del cuarto y se presentó Lionel; pero se detuvo al ver á su madre á quien no pensaba encontrar allí.

—¿Quién os ha llamado? dijo Hugo volviéndose á él con ademan severo

—¿Qué vienes á hacer aquí? esclamó su madre precipitándose hácia él.

Lionel calló por unos momentos, con el ademan de un hombre estraviado, una vez cometido el primer crímen. Repúsose, sin embargo, y rechazando suavemente á su madre, respondió:

—Puesto que la casualidad lo ha querido así, sed testigo, madre mia, de lo que queria decir á mi padre.

—¡Tú me habias jurado partir, Lionel!

—Y partiré.

—Me habias jurado tambien no ver á nadie mas que á mí.

—Os habia jurado, madre, no perder el respeto que debo á mi padre. Por esto vengo á hacerle con respeto unas preguntas.

—¡Oh! ¡calla! esclamó Ermesinda, ¿qué tienes que preguntarle?

—Tengo que preguntarle, por qué vos llorais incesantemente, y por qué siempre he de ser yo proscripto.

—¿Quieres saberlo? prorumpió Hugo levantándose repentinamente.

—¡Oh! ¡callad, callad! dijo Ermesinda, apartándose de su hijo para lanzarse sobre su esposo.

Hugo la miró y se sintió poseido de compasion para con ella y su hijo.

—¡Véte! ¡véte! dijo á éste: no me preguntes lo que guardo como un secreto en mi corazon hace veinte y dos años.

Esta palabra pareció deslumbrar á Lionel como un resplandor fatal.

—¿Hace veinte y dos años? dijo lentamente, clavando en su madre una mirada que revelaba todas las sospechas que esa fecha acababa de hacer nacer en él.

No pudo la madre sostener la terrible mirada de su hijo, y oprimiéndole su vergüenza, como la eterna peña de Sisifo, cayó de rodillas gritando á entrambos, á su marido y á su hijo:

—¡Perdon! ¡perdon!

Lionel quedó inmóvil y se cerraron sus ojos; pasó despues con esfuerzo la mano sobre su frente para enjugar el glacial sudor que le inundaba; su pensamiento habia en tan corto espacio hecho un viage largo y triste, en que columbró todo lo pasado, y á todo halló esplicaciones. Vuelto á lo presente, abrió los ojos para asegurarse de que no era un sueño lo que pasaba, y vió á Hugo que le estaba mirando con feroz alegría, mientras su madre, de rodillas, no se atrevia á levantar los ojos.

No era Lionel de esos hombres compasivos que en ciertos momentos se sienten poseidos de repentina compasion. No perdonó á su madre aunque supo el largo suplicio con que habia espiado su falta; pero entre el pesar de Ermesinda y la alegría de Hugo no pudo vacilar, é inclinándose hácia su madre le dijo:

—Levantaos, señora, y no lloreis; porque Lionel de Roquemure os protege ya.

—Puesto que has querido saber por qué te aborrecia, dijo el anciano, debes saber que es porque ya no hay aquí tal Lionel de Roquemure.

—¡Tienes razon, anciano! guarda tu nombre, que me avergüenzo de haber llevado.

El anciano se sonrió con desprecio.

—¡Oh! no te rias, caballero de Roquemure, esclamó Lionel; porque debe darse á cada cual lo que le toca. Hace un momento se encontraba aquí un jóven que protegia con su espada el nombre de Roquemure, y el brillo que despedia era tan vivo que nadie osaba mirarle, ni sabia que le llevasen un anciano inerme y un idiota cobarde. Mas ahora que ya

Digitized by Google

ese nombre no le pertenece, retira el bastardo su espada para sostenerse á sí mismo, porque ella es su único apoyo, y dejará que los demas os miren de frente, señor de Roquemure: hágase, pues, lo que has dicho; quédate tú con tu nombre, que yo me quedo con mi gloria: por mi parte estoy contento.

—¿Y bajo qué nombre sostendrás esa gloria tan alta?

—Con el que yo mismo me daré.

—¿Por qué no tomas el de tu padre, puesto que le sostendrias con brio?

—Cualquiera que este sea, forzosamente ha de ser noble; pues sin esta cualidad no podia inspirar cariño á mi madre.

—Era un noble y rico aventurero, en efecto; ese magnífico genovés que gustaba á las damas por su gallardía, y cuya despedida para ellas era la afrenta.

—¡Un genovés! ¡un genovés!... gritó Lionel con un horroroso presentimiento; ¡su nombre! ¡su nombre! añadió con voz cortada.

—Tómale, Lionel, pues tiene alta nombradía de bajezas, de crímenes y bellezas: tómale, y muchas mugeres se entregarán todavía al lindo Zizuli.

—¡Zizuli! esclamó Lionel dando un grito que hizo retumbar el castillo. Hugo se estremeció, y Ermesinda se levantó como si hubiese oido el rugido de alguna fiera.

—¡Zizuli! ¡Zizuli! repetia Lionel mirando á la vez á su madre y al anciano.

Gozábase Hugo en la horrible desesperacion del jóven, sin comprender, sin embargo, su causa, y dirigiéndose entonces á Ermesinda le dijo con cruel sonrisa:

—¡Observa, Ermesinda, adonde conduce el adulterio!

—¡Todavía no lo sabes, Hugo, dijo Lionel acercándose á él, todavía no lo sabes; crees que solo conduce al dolor, á la desesperacion y á la locura! ¡te engañas, que tambien conduce al incesto!

Retrocedieron llenos de espanto Hugo y Ermesinda.

—¿No me comprendeis? esclamó Lionel dirigiéndose á entrambos. ¿No sabes tú, cobarde anciano, que no pudiste matar al amante de tu muger, no sabes que tu nuera es hija de mi padre y es mi amada?

—¡Alix! gritaron á la vez asi el anciano como Ermesinda; ¡Alix!

Ermesinda cayó en tierra desvanecida; pero el viejo Hugo, sintiendo que la indignacion le daba fuerzas, se precipitó sobre Lionel y le asió gritando:

—¡Aqui, aqui, guerreros de Roquemure, aqui! ¡muera Lionel! ¡muera el infame! ¡muera el incestuoso!

Fuera de sí el jóven con tan horrible revelacion, rechazó con violencia al anciano, arrojándole sobre Ermesinda, y precipitóse en su frenesí fuera del cuarto. Corrió por los corredores, y llegó pálido, frio y trémulo hasta el salon en que le esperaba Alix.

—¡Mucho has tardado! esclamó una voz á su lado.

Volvióse Lionel, y á la luz de los relámpagos que sucedian con rapidez, vió delante de él á su hermana Alix.

—¿Qué crímen acabas de cometer? esclamó ella viéndole temblar de tal suerte.

—¡Adulterio é incesto! respondió Lionel rechazándola mientras que la tempestad retemblaba furiosa sobre su cabeza.

—¿Qué estás diciendo? preguntó Alix; ¿has olvidado que yo te aguardaba?

—Sígueme, pues, si te atreves; respondió Lionel, muger de Gerardo.

—Ya no lo soy, dijo Alix, abriendo con ímpetu la puerta, y enseñando al miserable degollado sobre su cama.

—¡Ah! ¿tambien un asesinato? dijo Lionel retrocediendo de horror.

—¡Iba á despertar y yo te estaba esperando!

—Sígueme, pues, si te atreves, esclamó Lionel en el colmo del delirio, ¡hija de Zizuli! ¡viuda adúltera de Gerardo de Roquemure! eres la esposa incestuosa del hijo de Zizuli.

Y fuese que los dos repitiesen á voz en grito estas palabras fatales, ó que una voz infernal las pronunciase á su lado, pareció por un momento que todos los ecos del castillo de Roquemure hicieron resonar las palabras ¡*adulterio*! ¡*incesto*! ¡*asesinato*!

Huyó entonces Lionel atravesando el patio que separaba el salon de la puerta del castillo, y oyó que relinchaban los caballos al ruido de su armadura. Aunque Lionel deseaba huir, y huir rápidamente, pasó sin cuidarse de ellos; pero á la puerta del castillo vió que un page llevaba de la brida á una yegua veloz que Alix habia hecho preparar para su fuga. Obedeciendo á un movimimiento maquinal montó en ella; bajóse el puente levadizo, soltó la rienda sin dar direccion alguna al animal que se lanzó rápidamente hácia el pie de la colina con la velocidad de un ciervo.

Mientras esto pasaba en un ángulo del castillo, tenia lugar una escena no menos horrible en el cuarto del anciano Hugo. Levantóse éste y Ermesinda con él.

—¡Lionel! ¡Lionel! esclamó ésta, marchando hácia la puerta por donde habia desaparecido el jóven.

—Nada temas, le dijo rabioso el anciano, ya lo verá.

Quiso Hugo lanzarse en persecucion de Lionel; pero Ermesinda se interpuso para cerrarle el paso. Llegó al colmo la rabia de Hugo, y sacando su daga hirió á la desventurada. Creyóse libre ya; pero asida Ermesinda á él con todas sus fuerzas, le detuvo todavía: el anciano en su frenesí le hirió las manos con su daga para que le soltase: la lucha fué bastante larga para dar á Lionel tiempo de escapar.

Al fin sucumbió Ermesinda y el anciano pudo salir del cuarto. Sus gritos y los de su esposa habian alarmado á los moradores del castillo: corrieron todos al salon en el momento en que Lionel acababa de salir, y encontraron á Hugo que preguntaba con furor á Alix:



Al fin sucumbió Ermesinda, y el anciano pudo salir del cuarto.

—¿Dónde está? ¿dónde está tu amante?... ¿dónde está el infame?

No respondió Alix y el anciano se precipitó al cuarto de su hijo gritando:

—¡Gerardo! ¡Gerardo!

Permaneció allí algun tiempo sin que se oyese nada, y sin que nadie se atreviese á pasar el umbral de la puerta.

Cuando salió del cuarto se hubiera dicho que un vigor estraordinario animaba aquel cuerpo débil y caduco. Era espantosa la palidez de su semblante, y sus cabellos blancos se erizaban sobre su cabeza.

No solo habia visto en el cuarto el cadáver de su hijo, sino que á la luz de los relámpagos vió pasar junto la colina al que creia su asesino, y con concisa y fuerte voz que nadie hubiera dicho ser la suya, dió algunas órdenes.

La sumision era completa en el castillo de Roquemure; pero jamás habia sido tan pronta, pues la energía del anciano y su ademan asombraron á todos.

Digitized by Google

En un momento Alix y los cadáveres de Gerardo y Ermesinda fueron trasladados al patio del castillo, donde se hallaban ya tres soberbios alazanes que se encabritaban relinchando. Llevaron cuerdas, y en un momento el cadáver de Gerardo, el cuerpo de Ermesinda todavía moribunda, y Alix que resistia con vigor, fueron atados sobre los tres corceles.

No bien se hubieron estrechado los últimos lazos, cuando Hugo esclamó con voz de trueno:

—¡Abrid ahora paso á la justicia del infierno!

Bajóse el puente levadizo, y abriendo los caballos sus humeantes narices se precipitaron al campo.

Durante este tiempo habian amontonado varios criados mucha leña y paja en el salon del castillo.

Dirigióse Hugo allá con paso firme, y encontró al anciano sacerdote Andoin, que habiendo tardado en levantarse á causa de sus achaques, no habia sido testigo del suplicio de los culpables.

—¿Qué me acaban de decir? esclamó; ¿Gerardo ha muerto?

—Si, y puedes ya rezar por su alma.

—¡Ah! segun ha sido la espantosa venganza á que te has entregado, deberia orar tambien por la salvacion de la tuya.

—No hagas oracion en vano, sacerdote; al ver á mi hijo muerto he pedido una venganza al cielo, y solo el infierno me ha respondido. Por precio de esta venganza le doy mi alma, y voy á enviársela.

Al momento cerró el anciano la puerta del salon, y poco despues se vió el resplandor de las llamas y el incendio. Pronto Hugo se presentó á los ojos de todos sobre la cúspide la torre mas alta, y alli de pie, entre el fuego del cielo y el de la tierra, quedó inmóvil como una blanca estátua. Desde lo alto de su castillo inflamado, y á la luz de las llamas, que parecian no poder ya anonadarle, pues debia ser pábulo de ellas, pudo ver cómo se cumplia la venganza que el infierno le habia prometido.

En efecto, precipitáronse los fogosos corceles al pie de la colina, adelantándose, y dando unos contra otros, mientras que el cadáver de Gerardo daba vueltas á la cabeza, á los flancos y á la grupa del caballo, mientras que Ermesinda moribunda cogia con desesperacion las largas crines de su corcel, y mientras que Alix procuraba en vano destrozar los lazos que la ataban. Tocante á Lionel, dejó que corriese al azar su noble yegua, y acostumbrada ésta á que la contuviese una mano mas fuerte, tomó de nuevo el camino del castillo.

No lo observó Lionel mas que á la inesperada luz que vió levantarse delante de él. No podia conocer de dónde procedia esa luz rojiza que se cruzaba con la blanca llama de los relámpagos, cuando de repente pasa por su lado el primer caballo, y con el esfuerzo que hizo el fogoso animal para detenerse, vé moverse sobre él el sangriento cadáver de su hermano. Da un horroroso grito, y oye que le responde un alarido. Vuélvese y ve pasar del otro lado á Alix, pálida, desmelenada, y que desapareció al momento. A la manera de cuando supo el secreto de su nacimiento, vacila y cierra los ojos, mira, y es Ermesinda que le tiende sus brazos ensangrentados y le dice:

—¡Soy yo, Lionel, soy tu madre!

A este nuevo aspecto, un miedo glacial penetra repentinamente en el corazon del jóven, duda y conoce que á la vez va á perder la fuerza y el juicio. Aférrase á su caballo, dirigiendo alrededor una mirada de espanto para ver si se habian desvanecido todos esos fantasmas, que pasaban como unos relámpagos; pero he aqui que vuelven los caballos y se encabritan alrededor de la yegua, dando saltos y cejando mientras Lionel ve en uno un cadáver, en el otro una muger moribunda y ensangrentada, y en el tercero una muger viva todavía, pero convulsiva. Una voz bien conocida gritaba al jóven:

—¡Lionel! ¡Lionel! ¡soy tu madre! ¡es tu hermana!

Nombres terribles para el desgraciado y que hacen resonar incesantemente en sus oidos las espantosas palabras de adulterio, incesto y asesinato.

Aterrado y fuera de sí espolea con furia á la yegua que huye entonces con asombrosa rapidez: sus delgadas y ligeras piernas van rozando el suelo, mientras muerde la brida que Lionel no puede sostener; aprietan tambien los corceles su furiosa carrera, y se oye el ruido de sus pisadas mas fuerte del que harian los martillos de cien fraguas á la vez. La yegua parece que escucha su relincho, los espera y huye; relincha tambien á su vez, se detiene unos momentos y deja que se acerque uno. Vuélvese Lionel y ve á Alix que fuera de sí le tiende los brazos, y desaparece al momento arrebatada por su caballo. Párase la yegua, y pasa junto á ella otro caballo. Quiere todavía huir el jóven, dá un alarido y se agita; pero siente que dos manos calientes de sangre le están apretando la garganta: es su madre, su madre que le esta diciendo:

—¡Sálvame, Lionel, sálvame!

La rechaza y hiere con furor á la veloz yegua: precipítase esta, y vuela furiosa con las narices humeantes; pero mas furioso todavía el caballo que lleva á Ermesinda, se coloca á su lado, le muerde, le empuja, corre tan rápido como ella, y las ensangrentadas manos de la madre no sueltan el cuello de su hijo. Entonces en un frenético esfuerzo de rabia, espolea Lionel mas fuertemente á su yegua, le desgarra los flancos, anímala con gritos, hace que se adelante á los caballos

que la persiguen, y escapa por fin de manos de la fantasma; pero oye la voz de Ermesinda que le grita:

—¡Maldito seas!

Gerardo y Alix los que dan vueltas alrededor de la yegua en sus caballos que se acercan y le amenazan. Oprime de nuevo los ijares, oculta su rostro bajo las crines y cierra los ojos



¡Sálvame, Lionel, salvame!

Fuera de sí el desgraciado se detiene á este grito para ver la que tiene la voz de su madre y que le maldice; mas entonces son para no ver á Alix que lo coge á su vez, y estrechándole fuertemente, le dice con baja y profunda voz como si solo él debiese oirla:

Digitized by Google

—¡Lionel! soy yo... ¡Lionel, soy yo... soy Alix, á quien amas!

Y como luchase para descartarse de ella, añade la jóven con desesperacion y como para enternecerle:

—¡Soy yo! ¡soy tu hermana!

Esto es para Lionel el incesto, el asesinato y el adulterio que le envia el infierno para perseguirle.

Estraviado entonces y fascinado de terror, huye siempre con precipitacion; pero los ardorosos corceles le persiguen incesantemente. Llena de espanto la yegua, y nó sabiendo qué camino tomar, da continuamente vueltas alrededor de la colina en que está ardiendo el castillo, y en lo alto de la torre ve Lionel la alta figura de Hugo que da vueltas lentamente como una estátua de mármol sobre su pedestal, fijos siempre en él los ojos.

Esta terrible cabalgada duró una hora alrededor del incendio, entre los rugidos del viento, entre los relámpagos que daban blanca claridad á las nubes enrojecidas con el incendió, entre los truenos horrorosos que se mezclaban con el inmenso crujido del castillo que se arruinaba, y con los feroces relinchos de los caballos, la lucha fué siempre sostenida, terrible y espantosa, hasta que Lionel, deshaciéndose en terribles imprecaciones, llamó en su auxilio á todos los poderes del mundo; pero nadie hacia caso, y entonces llamó al poder del infierno, y éste le respondió.

Entonces, en el delirio de su terror, se entregó á Satanás él y toda su posteridad, hasta que naciese un ser bastante virtuoso para romper el pacto infernal.

Hubiérase dicho que un ser sobrenatural montado en un caballo de fuego y arrebatando á la yegua en su velocísima carrera, hablaba en voz baja al desventurado llevándosele al través de los campos; en seguida, cuando hubieron convenido en el pacto, y cuando le hubo ratificado Lionel echando al lodo sus espuelas, y manchando su espada con sangre de su madre, detúvose la yegua, rendida de cansancio, y los caballos que la perseguian cayeron tambien á su lado.

Cuando Lionel se levantó, su madre habia espirado, pero Alix vivia aun.

LXXV.

TRASFORMACIONES.

Con frio en el corazon y palidez en el rostro, Luizzi escuchó esta espantosa historia: el mismo poeta se sintió dominado por la penetrante voz del que la contaba; pero recobró al cabo su imperturbable serenidad para decir al diablo:

—¿Cómo, caballero, todavía existia Alix?

—Si, respondió Satanás; ¿no era preciso que diese á luz el primer vástago de esta raza incestuosa y adúltera? ¿al hijo de Lionel, al nieto del generoso Zizuli?

—¡Ah! muy bien, dijo el poeta: tocante al hecho, teneis razon; era necesario un desenlace para la balada; la llamo tal; pues comprendereis que semejante desenlace seria imposible en un teatro á menos que fuese el de Franconi. ¿Se ha oido hablar mas en este pais de la familia de Roquemure?

—No, pues se estingue en Gerardo y Hugo.

—¿Y ese Lionel no hizo nada mas memorable?

—Añádese, respondió el diablo, que en su increible carrera fué trasladado en menos de una hora hasta el centro del Languedoc.

—¿Existe en Languedoc alguna familia que lleve el nombre de Roquemure?

—Lo creo; pues el hijo de Lionel debió tomar el nombre de su abuelo, segun el pacto que hizo con el diablo, con la sola diferencia de poder tergiversar las letras.

—¿No sabeis qué nombre es ese?

—Ved que nombre pueda formarse trasponiendo las letras de la palabra Zizuli.

Casi tan asombrodo Luizzi con la narracion que acababa de oir, como su ascendiente Lionel pudo estarlo en la espantosa lucha referida, esclamó involuntariamente:

—No hay ningun nombre en el Languedoc que se parezca á este.

—Disimulad, caballero, dijo el diablo, si os digo que en Tolosa, puesto que á nuestro compañero de viagé le gusta tanto la historia pintoresca, podrá en la biblioteca pública informarse por un pequeño manuscrito en lenguaje provenzal de la vida del hijo de Lionel que se hizo célebre en la guerra de los Albigenses. Llamábase.....

—No viene al ca o su nombre, dijo Luizzi interrumpiendo de nuevo al diablo; ¿qué se hizo el supuesto hijo de Lionel?

—Segun su pacto con el diablo tenia diez años para elegir una cosa cualquiera que pudiera hacerle dichoso, huyendo de esta suerte de su eterna condenacion.

—¿Qué eligió últimamente?

—Nada; supuesto que entregándose á los azares de la existencia, rico, aventurero y licencioso, solo cuando habia ya terminado el lance, notó que habian trascurrido los diez años.

Estremecióse Luizzi, y fuera de sí con el terror que le dominaba, esclamó como quien despierta de golpe:

—¿A qué fecha estamos?

—¿Ahi teneis el calendario; dia 1.º de setiembre de 1830.

—¡Tres meses! no me quedan mas que tres meses, murmuró el baron.

Quedó abismado despues en horribles meditaciones. Solo tres meses le quedaban; ¿pero no era bastante si sabia emplearlos para conocer el mundo, si ya no por medio de la

Digitized by Google

esperiencia, á lo menos á favor de la historia que le contaria Satanás?

Seguía el poeta hablando con el viagero, y discutian los dos cómo podrian sacar un drama ó una piececita cualquiera de esta historia, ni mas ni menos que si fuesen dos colaboradores literarios á la moda.

Prestóle atencion un momento Luizzi; pero se detuvo el coche y Satanás bajó de él saludando á sus dos compañeros y diciendo:

—Podrán los señores tomar en bien mis cuentecillos: tal vez no habré logrado divertirlos, pero ¿qué puede hacer uno en un viage mas que contar cuentos?

Gustoso Luizzi porque podia hablar á solas con Satanás, le dejó bajar y le siguió. Cuando estuvieron á alguna distancia le hizo seña que le siguiese, y obedeciendo el viagero le dijo:

—Os comprendo, baron de Luizzi; la narracion que le he hecho habrá podido zaheriros y exigireis sin duda una esplicacion; pero no estoy de humor para ello, ni me permite mi estado admitir un desafío, sobre todo, contra vos.

—¡Miserable! esclamó el baron amenazándole, pues estaba muy persuadido que era el diablo quien de esta suerte le hablaba burlándose de él en sus barbas.

—Inútiles son vuestras amenazas; soy ministro del altar, y si mi conducta pudo ser alguna vez objeto de escándalo, creo que he espiado bastantemente mis faltas con la austeridad de la clausura.

—¿Qué significa esta chanza? preguntó Armando enfurecido.

—Volviendo de París para venir á esta aldea, de la cual soy párroco, he encontrado á ese loco que al parecer os conoce, aprovechando la coyuntura de llevar hábito seglar, con lo cual no podia saber quién era yo; quise manifestarle hasta qué punto de ferocidad podria llegar esa manía literaria que solo se alimenta de incestos, de asesinatos y de sangre, y le he contado esa leyenda que leí, en efecto, cuando cursando teología en Tolosa iba buscando en las bibliotecas las antiguas tradiciones de nuestro pais.

—Pero esta historia, dijo Luizzi, á quien asombraba en estremo la seguridad con que hablaba su interlocutor; pero esta historia....

—Aseguran que es la de vuestra familia, pues con el nombre de Zizuli puede formarse el de Luizzi; pero confiésoos que no solo me ha admirado mucho que vos la ignoreis, sino tambien el efecto que os ha causado.

El baron esperimentó uno de esos movimientos interiores que nos hacen dudar de nosotros mismos, y esclamó dando un paso atrás:

—¿Con que me conoceis?

—Hace tiempo que os conozco, baron, y una misma desgracia nos ha unido para un remordimiento eterno.

—¿No me direis quién sois? esclamó Luizzi lleno de asombro.

—Hubiera querido callaros mi nombre; pero harto me he consagrado á una vida de humillaciones para que pueda escusar una nueva vergüenza. Soy el abate Serac.

Petrificado quedó Luizzi á estas palabras, y el viagero saludó y se fué.

No bien habia desaparecido, cuando creyendo Luizzi que era juguete del diablo, esclamó:

—¡Vuelve! ¡vuelve! Satanás.

Y como nadie se presentase agitó su talisman y se presentó Satanás.

La figura que tomó esta vez asustó á Luizzi mucho mas de lo que lo hizo la del esclavo. Creyó el baron estar viendo delante de sí al conde de Cerny con su gesto, con su cara y su ademan. En su primer asombro no supo el baron si estaba en su acuerdo y si aquel era el diablo ó el conde mismo en persona. Decidióse en fin á hablar á este ser, cualquiera que fuese.

—Al fin habeis llegado, dijo.

—Aqui estoy. ¿Para qué me quereis?

Sonrióse el diablo, y repuso:

—¿No me esperábais, señor baron?

—Sí; te he llamado, esclavo, dijo Armando, reconociendo en fin á Satanás en su infernal sonrisa.

—Aqui me tienes, amo mio.

—¿Y por qué has tomado esta forma?

—Porque me ha parecido la mas útil en esta ocasion.

—Sin duda; ¿como la que acabas de dejar hace poco?

—¿Hace poco? dijo Satanás; ¡pues no te he visto desde ayer tarde!

—¿Quién es, pues, ese hombre que acaba de dejarme?

—¿No has conocido al abate Serac, al antiguo amante de la marquesa de Val?

—¿Y no te has aparecido tú con el mismo trage?

—Sí, ayer noche en el camino de Orleans; en verdad que tomé su trage porque el buen hombre siempre va muy armado contra el frio, y es cosa que yo tambien detesto.

—¿Segun esto no eres tú quien subió al coche?

—No me era posible, porque el buen Serac estaba allí con el poeta antes que tú, y no habia asiento mas que para tres.

—¿Luego no eres tú quien ha contado la espantosa historia?...

—Nunca acostumbro hablar de mis asuntos.

—¿Es verdadera la historia?

—Está escrita.

—No has de responderme claramente una vez en tu vida.

—No sé lo que entiendes por responder claramente.

—¿Es verdadera esta historia? Dime si ó no.

Digitized by Google

—Ante todo, ¿qué entiendes tú por verdadero?

—¿Ha sucedido realmente lo que me acaban de contar?

—Si y no: si, para los que quieran creer en ello neciamente: nó, para aquellos que querrán juzgarlo fábula.

—Pero, en fin, dijo Luizzi, dejando aparte mi creencia y la de los demas, dime la verdad.

—En los tiempos de antaño, cuando se decia que el sol daba vueltas alrededor de la tierra, era esto una verdad; hoy dia que se cree que la tierra da vueltas alrededor del sol, esto es lo que se llama verdad.

—¡Pero de las dos cosas ha de haber una que sea verdadera!

—Tal vez que sí, á menos que la verdad se encuentre entre las dos.

Conoció Luizzi que no podria hacer decir á Satanás lo que él no queria, y púsose á meditar á la vez sobre la obstinacion del diablo en no responder á esta circunstancia, y sobre la casualidad que durante este viage singular le hacia encontradizo con la mayor parte de sus antiguos conocidos.

Parecia como que reconocia el baron que se empeñaba una lucha entre Satanás, que le llevaba á su perdicion, y un poder desconocido que parecia querer salvarle. Ese sacerdote que encontró en el camino y que le ávisaba que debia hacer la eleccion, ¿no era el órgano involuntario protector? ese hombre cuyo arrepentimiento le condujo á una vida honrada despues de su anterior desenfreno, ¿no era un ejemplo que se le ofrecia y que le señalaba con el dedo?

Interrumpió al baron en sus meditaciones la necesidad de subir de nuevo al coche; pero decidido esta vez á reflexionar maduramente y á no someterse á ningun influjo estraño, se alejó diciendo á Satanás:

—Déjame.

—Por ahora me es imposible.

—¡Cómo imposible! dijo Luizzi; ¿y si no quiero oirte?

—En este caso te taparás los oidos.

—¿Ignoro acaso que tu voz penetra al través de los obstáculos mas poderosos?

—Esto no será asi: esta vez, pues, no hablo para tí.

—¿Para quién, pues?

—Para tu compañero de viage.

—¿El poeta?

—El mismo.

—¿Qué tienes que decir al poeta?

—Tengo que contarle dos anécdotas; una de ellas para que haga una novela que será horrible, y otra para que haga una mala accion que será infame. Y á pesar de todo, de la primera podria resultar una buena accion, y la segunda podria dar márgen á una buena comedia.

—¿Como sabes que elegirá mal?

—Porque conozco á los hombres y á ese igualmente, y porque gustan á este siglo los cuadros monstruosos desdeñando las pinturas verdaderas.

—¿Qué anécdotas son esas?

—Podrás oirlas.

Hablando de esta suerte llegaron junto al coche, y tomaron ambos los dos asientos que quedaban.

—¡Hola! gritó el poeta viendo á Luizzi: ¿qué habeis hecho de nuestro historiador?

—He procurado que volviese al presbiterio.

—¡Cómo! esclamó el poeta, ¿es algun párroco?

—De esa aldea que dejamos atrás.

—¡Pardiez, que para ser sacerdote cuenta singulares cosas y novelitas edificantes!

—¿No es el abate Serac? preguntó el diablo tomando cartas en la conversacion; en este caso la leyenda que os ha contado, pues no sabe otra, la cuenta á todo transeunte, á semejanza de un orador de la oposicion que hace siempre un mismo discurso, y á quien da siempre el ministro una misma respuesta.

—Pues no negareis que dejando aparte la corrida de los cadáveres, hay materia para un escelente drama, dijo el poeta; ya pensaré yo en eso mismo.

—¡Hola! ¿con qué el señor escribe para el teatro? repuso el diablo; amigo, buena cosa es dominar á todo un público con el poder del pensamiento; matenerle fluctuante á su placer, y hacer que se estremezca, ó que llore, segun convenga.

—Verdad que si, respondió el poeta con aire infatuado, es una de esas dichas que he gozado mas de una vez.

—Lo que me admira, dijo Luizzi, no pudiendo avenírselas con ese literato que le habia favorecido, es que nadie escriba comedias; y á fé que no faltan originales.

—¡Para una comedia! esclamó el poeta, ¿dónde buscareis originales para una comedia?

—En el camino real los hallareis tan buenos como en las tertulias.

—Preguntad mas bien cómo podrá hacerse una comedia, dijo el diablo.

—Como se hacia antes, respondió el baron.

—En otro tiempo se atrevia uno á reir y á satirizar, cosa que ya no es hoy dia posible, respondió Satanás.

—En tiempos de libertad como el nuestro, ¿creeis que sea uno mas esclavo que antes?

El diablo se sonrió con desprecio, y dijo sonriéndose á Luizzi:

—En un tiempo en que el vicio se ha apoderado de la sociedad en masa, ya no hay público para reirse del vicio. En una cárcel pública no podeis despreciar á los ladrones, y no os perdonarán siquiera el que conteis sus fechorías, á menos que sea para aprender á imitarlos.

—Sin embargo, hoy dia, dijo Luizzi, cuan-

Digitized by Google

do se honran las clasificaciones sociales, uno puede escoger donde quiera sin temer una oposicion que otras veces hubieran hecho en un cuerpo las personas de una misma clase.

—Y digame, señor mio, respondió el diablo; ¿quién se atreverá á pintar á un diputado independiente que quiere vender su voto, á un banquero ladron, á un escribano idiota, á un militar fanfarron, á un magistrado indigno, á un abogado innoble? Al instante os acusaria la cámara de diputados, la banca, los escribanos, el ejército, la magistratura y la abogacía; clamarian que es infamia, desmoralizacion, desorganizacion social y fuego revolucionario. En tiempo de Luis XIV criticaron á los marqueses que rodeaban al monarca; os desafío á que pongais hoy dia en escena á un portero de palacio: se representaron corregidores idiotas, y ningun poder ministerial se atreveria á permitir hoy dia que saliese en escena un necio comisario de policía. Si quereis pintar á un trabajador insolente y brutal, se os declararán enemigos mil trabajadores insolentes y brutales, sin contar con los que no lo sean, y que tomarán cartas en la contienda silbándoos porque dirán que calumniais al pueblo. Si tomais por tema un rico avaro sin compasion, sois desterrado de las tertulias tratándoseos de envidioso y miserable á quien causa rabia la pobreza. Representad un pedante ambicioso, henchido de falsa ciencia, y al momento todo el cuerpo literario se echará encima defendiendo al ignorante que os llamará calumniador. Pintad un literato, mal plagiario por cierto, y todos los folletines á la vez clamarán que sois un necio. Heos aqui reducido, pues, á burlaros de los jorobados ó de los ingleses que hablan chapurrado: no teneís mas campo para la comedia.

El imperio de la risa pertenece á los bufones, con tal que lo sean hasta el absurdo, pues si solo son hasta la verdad, se pretenderá reconocer á un ciudadano cualquiera, perteneciente á una clase que no querrá ser satirizada. La igualdad ante la ley ha hecho nula la sátira personal; y la igualdad ante el vicio ha dado un golpe mortal á la comedia. Cuando se arruina una casa vieja, es muy peligroso poner el martillo en las grietas; cuando la sociedad envejece, no quiere que descubra nadie sus trapillos.

Pónese al abrigo de toda especie de leyes, habla sin cesar de los respetos humanos, encomia la moral escrita, y teme todavía que la motejen detrás de todas sus pantallas. Ya no es una clase la que hace oposicion á la crítica, es la sociedad en masa; ¿y qué hombre es bastante fuerte para luchar con ella?

—Añadid á esto, dijo el poeta, que no hay realce, no hay vigor en el vicio, y apenas podrá estraerse de él un adarme de ridículo.

—Estoy por decir que os engañais, dijo el diablo mirando al poeta.

—Solo se ven pasiones sin energía.

—Os juro que se encuentran algunas monstruosas.

—Una existencia regulada por el código civil, las cartas de permanencia, los gendarmes y los pasaportes...

—Puedo aseguraros que hay muchas que escapan á tantas investigaciones.

—Por algun tiempo, pero para acabar en un patíbulo.

—Por siempre y para grangearse reputacion.

—Una reflexion: por ejemplo, dejando la parte diabólica de la historia del cura, semejante leyenda seria imposible en nuestro siglo!

—¿Por qué, faltaria acaso en el incesto? Esto es debido al azar; pero en Paris habrá el baron de Luizzi visto cara á cara hombres incestuosos de un modo abominable, complicado y mas feo.

—¿Yo? esclamó Armando.

—Si, existen hombres incestuosos; mas de uno debeis haber observado en los salones de Paris. Pero con mas especialidad vos, señor baron, habeis estrechado la mano de un magistrado que, sorprendido por el hermano de una jóven en una cita familiar con esta, le precisó el buen hermano á casarse con ella ó á batirse con él; y ¿sabeis quién era la desgraciada? era la hija del magistrado; pues éste habia sido el amante de su madre. ¿Y sabeis por qué el hermano se mostró tan implacable en querer obtener la reparacion de una injuria que existía? es que necesitaba encubrir su propio incesto, haciendo que su hermana cometiese dos.

—¡Bah! dijo con horror el baron, ¡imposible!

—No digo que sea posible, ni imposible, solo cuento lo sucedido. Tambien podria contaros la historia de un padre que educa cuidadosamente sus hijas, en la idea de un materialismo completo y en los principios de una desmoralizacion profunda, solo para que no opongan obstáculo á sus infames proyectos.

—¿Y se consumó el crimen? esclamó Luizzi.

—Lo mas divertido es, si en todo esto puede haber algo divertido, que precisamente las lecciones del padre han sido obstáculo al crimen.

—Esto es asombroso, dijo el poeta.

—El hecho ha pasado asi: el dia en que plugó al padre sacar partido de su infame filosofia, le respondió su hija:

—No, no quiero.

—¿Conservas todavía preocupaciones, hija mia?

—Seguramente que no; pero vos sois viejo y feo.

—Pues bien, si no consientes de buena gana, la fuerza me ayudará. Cogió la hija un cuchillo, y esclamó:

Digitized by Google

—Si os acercais, os mato.

—¿Matar á tu padre? ¿Miserable?

—¡Bravo! ¿acaso un padre no es un hombre como otro cualquiera, segun me habeis enseñado? Por mas que hizo no pudo el desmoralizador sacar á su hija de tan terrible argumento, «Si es una preocupacion lo que me impide entregarme á vos, precisamente debe tambien ser preocupacion lo que me impide mataros si tratais de emplear la fuerza. Ya sabeis que no soy preocupada.»

Semejantes aventuras, añadió Satanás, no son fábulas de una invencion, sino que son realidades, cuyos actores existen, y á quienes conoceis y saludais respetuosamente. No os admire, pues, esa fantástica historia del buen Serac.

—¿Luego es verdadera? preguntó Luizzi.

—Segun lo que acabo de referiros, no me parece nada inverosímil. No lo seria el crímen pues ya veis que en nuestro siglo tienen lugar algunos mas horrorosos; tampoco lo será el misterio del parentesco entre Alix y Lionel, porque un noble adulterio ocultaba sus relaciones de sangre, y existen hoy dia deudos legítimos que no se conocen.

—Muy estraordinario me parece esto, dijo el poeta, pues el padron civil ha sido muy fatal á la comedia, haciendo casi imposibles los reconocimientos inesperados.

—Podria en el acto probaros lo contrario, respondió el diablo.

—¡Pardiez! repuso el literato, mucho lo deseo, y puesto que me lo ofreceis, mucho me alegraré saber que nada falta á nuestro siglo de cuanto ha hecho ser tan fecundos, en grandes acciones, á los anteriores.

—Digoos que nada le falta, replicó Satanás, asi en punto á vicios, como á ridiculeces, á pasiones, á acontecimientos estraños y caractéres singulares: escepto...

—¿Escepto qué? dijo el poeta.

—Escepto un hombre de genio para ponerlos en escena, dijo Armando.

—Sentencia de millonario y de baron, esclamó el poeta con desden. Lo que falta es un público que sepa apreciar lo bueno.

—Sentencia de un autor silbado, dijo Armando.

Ni una cosa ni otra es lo que falta, señores, dijo el diablo saludando á los dos; y ya que estamos de acuerdo en este punto, empiezo:

LXXVI.

EL BANQUERO.

Era á principios de la primavera de 1830.

En un magnífico gabinete situado en el cuarto principal de un palacio de la calle de Provenza, aparecia sentado un hombre que leia atentamente los diarios que su ayuda de cámara acababa de entregarle: era el banquero Mateo Duran.

—¿El banquero Mateo Duran? esclamó el poeta, mucho le conozco: posee un castillo á algunas leguas de Bois-Mandé, donde debo ir á visitarlo á mi vuelta de Tolosa.

—¡Qué encuentro tan singular! dijo el diablo, no sé si debo continuar.

—Muy al contrario; la historia será para mí mucho mas interesante conociendo á los personages: no me disgustará saberla á fondo.

—Como gusteis, dijo Satanás; por otra parte, quitando á esta historia algunas particularidades de familia, va unida la historia de otros muchos.

Y continuó de esta suerte:

—Por entonces no tenia Duran mas que cincuenta y cinco años, aunque pareciese de mas avanzada edad. Las profundas arrugas que atravesaban en todos sentidos su espaciosa frente, daban muestras del constante esfuerzo de una vida activa y laboriosa; sin embargo, en sus ocios, á que rara vez se entregaba, notábase en su semblante una afecta benevolencia para todos cuantos le rodeaban, y el sonido de su voz, que parecia animar á los que con él hablaban, mas bien que ser protector, parecia estar diciendo: soy feliz y quiero que tambien lo seais.

Hubiérase con todo podido observar que parecia mas envanecido que gozoso de su bienestar; pues le gustaba dar muestras de él, y ponerle de manifiesto, como si le pareciese mas dulce, viendo el efecto que producia en los demas. No es decir que quisiese humillar á los que se acercaban, sino que mas bien queria demostrarles con su ejemplo á qué punto puede llegar un hombre por medio de un constante trabajo y una honrada conducta; por lo demás, el carácter mas marcado de la fisonomía del banquero, era una rápida y enérgica comprension. Asi que, cuando oia hablar de negocios, fruncia ligeramente las cejas, tomando entonces su mirada ciertos visos de querer profundizar en los demas, observando los menores movimientos y palabras; y era tan vivo y completo en él ese poder de abarcarlo todo, que cuando respondia, acostumbraba reasumir con claridad y precision admirable todo cuanto le habian dicho; en seguida hacia sus observaciones, ya para conceder, ya para negar, ó para modificar las proposiciones que le habian hecho. Entonces se ponia de manifiesto el notable y á la vez oculto rasgo de Mateo Duran. Consistia este en una obstinacion fria, tranquila y cortés en sus ideas, obstinacion tal, que nunca mudaba de parecer, por fuertes que fuesen las razones que se le oponian.

No sin razon he dicho que era muy terco en sus ideas, pues en punto á mudar de resolucion nadie era mas fácil que él, cuando despues de haber condenado una operacion y destruido sus cálculos con conocida superioridad, se le veia de repente apoyarla con su nombre y sus capitales. Otras veces entablaba

Digitized by Google

negociaciones con un comerciante, precisamente cuando los demas banqueros empezaban á sospechar de él, y esto conociendo mejor que nadie el mal estado de sus negocios.



Sacó un papel que se puso á leer con la mayor atencion.

Por lò demas, nadie puede adivinar jamás las razones que le impelian á tomar decisiones tan contrarias á sus intereses: unos decian que era capricho, y otros generosidad; pero

Digitized by Google

es difícil suponer tan fantásticos caprichos en un hombre reputado tan maduro en el manejo de sus negocios.

La generosidad hubiera acaso esplicado mejor semejante modo de proceder, pues Mateo Duran pasaba por generoso, en atencion á que no le habian visto algunas veces oponer constante negativa á ciertas peticiones. Solo un hombre decia que su conducta era efecto de cálculo; este era Mr. de Sejan, primer dependiente de la casa del banquero; pero no esplicaba el objeto que podia llevar, y cierto dia que le preguntaron á que aritmética pertenece el cálculo de prestar cien mil francos á un deudor insolvente, el viejo Sejan se contentó con responder que esto pertenece á la aritmética indirecta.

¿Qué podia significar esto de aritmética indirecta? Mr. de Sejan no lo esplicaba; antes se encerraba en un obstinado silencio, y dando paso á una imperceptible sonrisa, daba muestas de profundizar en la materia. Por otra parte, á nadie escitaban temores los gastos de la casa, no pertenecientes al giro, aunque fuesen muy numerosos, porque la reputacion de probidad y de destreza que se habia grangeado Mateo Duran, le ponia fuera del alcance de toda sospecha, y era bastante rico para poder arruinarse.

Paréceme inútil detenerme mas en el retrato del banquero, y pienso que sus palabras y sus acciones le pintarán mejor de lo que podria yo hacerlo.

Se encontraba, pues, en su magnífico gabinete, inmensa pieza decorada con bellísimos cuadros, cubiertas las paredes de ricas colgaduras y amueblada con lujo estraordinario. Despues de haber leido con mucha atencion los diarios, abrió el banquero una de las muchas gavetas del largo bufete delante del cual estaba sentado, y sacó un papel que se puso á leer con la mayor atencion; borró algunas frases, añadió otras, y volvió á leerle de nuevo de un estremo á otro, repitiéndole á media voz, mientras que su pluma le iba dando el último término de perfeccion, acentuando y puntuando con esmero particular: en seguida tiró de uno de los tres cordones de campanilla, de distinto color, que estaban pendientes á su lado.

No lo hizo, sin embargo, sino cuando hubo mirado por última vez su obra, y digo así porque aquella mirada reveleba que era tal obra suya: era mirada de una madre que acababa de adornar á su niño, y que despues de haber examinado sus vestidos pliegue por pliegue, y sus cabellos rizo por rizo, le coloca á algunos pasos para contemplarle en conjunto, y para cerciorarse de que nada le falta. Presentóse al momento el ayuda de cámara, y Mateo Durán le dijo:

—Haz que venga Leopoldo.

Iba á salir el criado para dar cumplimiento á las órdenes de su dueño, cuando éste repuso:

—Pasad por la escalerilla que conduce á los pisos bajos donde debe estar Leopoldo; haced que suba por el mismo camino, pues es inútil que las personas que esperan en el salon vean que recibo á nadie.

Obedeció el criado, y quedando solo Mateo, abrió la correspondencia que tenia á su lado. Contentóse con dar rápido vistazo á muchas cartas, y andúvolas colocando entre cartoncillos. Puso anotaciones á unas pocas y encerró dos ó tres en su bufete, pues su lectura parec a haberle conmovido mucho. Volvió en fin el ayuda de cámara con un jóven de veinte años, que se detuvo delante del banquero, lleno al parecer de respetuosa admiracion.

—Anunciad que voy á recibir al momento, dijo el banquero al ayuda de cámara

Cuando hubo salido éste, se volvió Mateo á Leopoldo y le dijo con tierna y compasiva mirada:

—Leopoldo, tengo que pediros un favor.

—¡Un favor á mí! esclamó vivamente el jóven, ¿qué debo hacer, señor? ya sabeis que mi vida os pertenece, y que si es preciso sacrificarla....

—No, amigo mio, no; respondió Mateo Duran; calmando ese entusiasmo con graciosa sonrisa: el servicio que voy á pediros no exige vuestra vida, sino que reclama actividad y discrecion.

—¡Oh! si es un secreto, creed que antes me quitarán la vida que hacérmelo revelar.

—¡Vos exagerais la importancia de lo que espero de vos, Leopoldo!

—Tanto peor, porque desearia al fin poder probaros mi reconocimiento, pues todos vuestros empleados os miran como á un padre, y yo debo miraros como á un ángel protector.

—Vuestra madre quedó sin bienes, y aunque murió vuestro padre en 1815 de resultas de sus heridas, le negaron una pension, lo que era una alta injusticia.

—Injusticia que habeis reparado noblemente socorriendo á mi madre

—¿Podia dejar que pereciese en la miseria la viuda de un valiente militar?

—Os encargásteis de mí, y debo á vuestra generosidad la educacion que he recibido; no puede darse mayor beneficio

—No niego que lo sea, dijo el banquero interrumpiendo á Leopoldo, y tengo tal vez derecho para decirlo. Y es que yo, como me veis, me fuí de mi pueblo sabiendo apenas leer. Lo poco que sé he debido aprovecharlo robando algunas horas á las tareas con que ganaba mi subsistencia. Sin maestro aprendí á escribir; sin maestro he logrado poco á poco pulir mi lenguaje labriego; en seguida, cuando me ha sobrado mas tiempo, no he querido parecer mas ignorante que mis jóvenes camaradas que salian de los liceos, y he probado con al latin.

—¿Solo?

Digitized by Google

—Solo; absolutamente solo; quise conocer despues la historia y las matemáticas; me aficioné á la química y despues á la física. Si tuviese que contároslo todo, Leopoldo, diria que tocaba el violin, y á fé que no era de los mas torpes. Luego, á fuerza de trabajo y economía, pude entrar en algunos negocios; despues en empresas, siempre solo; pero constante siempre, hasta llegar á lo que soy.

—Hasta llegar á tener uno de los bancos mas ricos de Francia.

—A lo menos uno de los mas bien reputados. Asi lo creo, pero volvamos al favor que tengo que pediros. Ahi teneis una memoria, una carta, un escrito en fin, del que necesito cuatro ó cinco copias; llevároslo, y hacedme esas copias durante la velada; pues las horas de bufete no me pertenecen y Sejan me reconvendria si os apartase de vuestros deberes. Cuento, pues con ello.

—¡Oh! señor, dijo Leopoldo confuso, todas las horas de mi vida os pertenecen, sean cuales fuesen.

—Sobre todo no enseñeis el papel á nadie, ni aun á vuestra madre.

—¡Está bien, señor!

—A propósito, que tal sigue vuestra madre?

—Muy bien, y se creerá muy dichosa con saber. .

—Que me he informado de su salud, dijo el banquero sonriéndose, y que irá sin duda proclamando la bondad de Mateo Duran, que ha pedido noticias de la señora de Baron.

—No os quejeis por ello.

—Es una chanza, amigo Leopoldo: vuestra madre es una muger honrada, y si exagera lo poco que he hecho por ella, procede este sentimiento de una virtud tan rara, que mereceria mi alabanza si dirigiese su reconocimiento á otro que á mí. Ponedme á sus pies.

—Os day gracias en su nombre; ¿pero cuándo necesitais estas copias?

—Para mañana por la mañana.

—En este caso las traeré muy de madrugada, puesto que solo hasta mañana al amanecer no saldreis para el campo.

—Razon teneis; mañana es domingo y debo partir esta noche. Mucho lo sentiria mi hija si tardase en ir hasta mañana, pues uno de nuestros vecinos da un baile, y me he encargado de llevarle algunas fruslerías que ha menester.

—Puedo pasar todo el dia haciendo estas copias.

—No, pues deberia escusar vuestra ausencia con Sejan. Mejor será que vengais mañana al campo, y pasareis el dia con nosotros. Por la noche os llevaré al baile, donde son siempre bien recibidos los jóvenes: asi estará todo arreglado.

A esta proposicion se sonrojó Leopoldo, y bajó los ojos, turbado y pareciendo vacilar. Agitóse levemente el semblante de Mateo Duran, y preguntó á Leopoldo con tono algo seco:

—¿No podeis hacerme este favor, caballero?

Es que semejante invitacion me confunde, sabiendo que es la mas halagüeña recompensa para los empleados á quienes dignais concederla... Mi madre se reputaria tan dichosa... se envaneceria tanto!...

Animóse la fisonomía de Mateo Duran, y respondió con tono de risueña benevolencia:

—¡Pues bien! si os parece que no se ha de fastidiar en el campo, le direis otro dia que nos acompañe.

—¡Ah! señor, repuso Leopoldo con las lágrimas en los ojos, y lleno de reconocimiento.

—Está bien, está bien, amigo mio, respondió Mateo Duran tendiéndole la mano.

Estaba tan fuera de sí Leopoldo, y tan satisfecho su corazon, que cogió la mano del banquero y la besó como se besa la de un rey, que acaba de conceder una gracia importante á uno de sus súbditos. Mateo le vió salir, y se patentizó en su semblante una satisfaccion de sí mismo que hasta entonces habia comprimido en su corazon; levantó la cabeza con orgullo, exhalando sorda esclamacion de triunfo, y dió en seguida dos é tres vueltas á su gabinete para calmar su emocion. Una vez mas tranquilo, tomó asiento en su bufete y tocó de nuevo su campanilla. El ayuda de cámara se presentó á poco.

Ya veo que conoceis profundamente á ese escelente Mateo Duran: dijo el poeta; he aqui lo que llamo yo un hombre de bien; solo le sé un defecto.

—¿Cuál es? preguntó el diablo?

—Tengo el honor de hablar con uno de sus amigos.

—Soy el conde de Cerny, respondió el diablo, y no os cuento mas de lo que he sabido por estraña casualidad. Podeis manifestar cuanto gusteis.

—¡Pues bien! entre sus buenas cualidades y genio comercial, tiene Mateo Duran un defecto que le pone al nivel de los mas ínfimos mercaderes.

—¿No me direis qué defecto es este? preguntó Satanás.

—Es clásico; y clásico diabólico.

—Es un vicio de que podrá corregirse, leyendo su misma historia.

—Por lo demas, es Mr. de Sejan quien se chancea cuando tropieza con algun libro nuevo; lo primero que hace es contar las lineas de cada página, y si no encuentra tantas como en una edicion completa de las obras de Voltaire, dice que el autor y el librero están robando al público.

—No soy de su parecer, dijo el diablo, me parece que en punto de literatura moderna, cuantas mas líneas se ponen tanto mas se roba al público.

—¡Bomba! esclamó el literato.

—Pero volvamos á Mateo Duran, dijo Satanás.

Acaba de entrar su ayuda de cámara.

Digitized by Google

LXXVII.

EL EMPRESARIO.

—¿Quienes son las personas que esperan en el salon? dijo el banquero.

—Ahi las teneis, respondió el criado presentando varias targetas á su amo.

—Leyólas Mateo Duran, Y observó mucho dos de ellas.

—¿Quién es este señor Félix de Marsella? preguntó.

—Es un anciano que tendrá al menos sesenta y cinco años, y ha llegado últimamente.

—Será tambien el último.

—El señor marqués de Berizy es el que ha llegado primero, dijo el ayuda de cámara.

—Que entre Mr. de Doneau, y decid al señor marqués, que tenga la bondad de disimular, que habia dado hora antes.

Entró un momento despues Mr. Doneau y saludó no sin torpeza al banquero, á causa sin duda de la turbacion que le causaba encontrarse en presencia de uno de los mas ricos capitalistas de Europa. El banquero pareció no hacer caso de su turbacion, y, enseñándole una silla, le dijo con amistoso tono:

—Os he hecho entrar el primero, porque sé que el tiempo os es muy precioso, pues es un capital que no puede perderse sin graves perjuicios; decidme, pues, en qué puedo seros útil.

Doneau era un hombre de alta estatura, rojo de cara, y de pies y manos grandes; todo en él daba muestras de un sólido desarrollo de fuerzas físicas nutridas con buen salchichon y vino de Borgoña. Sin embargo debajo de esta grosera apariencia se notaba en él pronta comprension, así como fácil y decente lenguaje, mientras que Duran le contemplaba con aquélla directa y enérgica mirada, con que parecia interpretar las frases mas oscuras, y poner en claro los asuntos mas embrollados.

—Muy atrevido es el paso que doy en este momento; pero lo disimulareis sin duda á quien está á punto de ser arruinado y deshonrado; y esto en vísperas de cuando iba á tener asegurada mi fortuna. Soy empresario de obras públicas.

—Lo sé, continuad.

—En el dia estoy construyendo seis casas. Contaba poder alquilarlas por abril de este año, terminando durante el invierno los trabajos del interior; pero la estacion ha sido tan rigorosa que me ha sido imposible hacer una pulgada de cielo raso, ni adelantar nada en la pintura, de manera que he perdido seis meses. Como no hubiese yo previsto un invierno tan terrible como el que acaba de pasar, me obligué para este mes y los siguientes á restituir muchas cantidades que tomé prestadas. Sin duda hubiera salido airoso, si mis cálculos no hubiesen sido destruidos por un accidente que no se renueva una vez en diez años; pues me hubiera hecho con los fondos necesarios, bien fuese hipotecando mis casas ó vendiéndolas. Pero lo fácil que es procurarse dinero sobre una propiedad ya rematada, es imposible en encontrarle cuando queda todavía mucho que hacer en ella: solo nosotros tenemos un exacto conocimiento del valor que se le dará y de los gastos que hay que hacer, para descansar en resultados ciertos del negocio.

—Comprendo perfectamente lo que decis, respondió Mateo Duran, mirando mas fijamente al empresario; pero aunque no estén terminadas las casas tienen un valor real sobre el cual no debe ser difícil hallar fondos.

—No puedo ocultaros que este valor está en parte empeñado. Supongo que valdrán tres millones las casas que hago construir, y solo tenia trescientos mil francos para empezar. Pagada una parte del terreno, he debido hipotecarle para empezar los trabajos: una vez construidas las tiendas, he debido hipotecarlas para levantar el primer piso, despues hipotecar el primero para construir el segundo, y asi sucesivamente. Hoy dia debo como un millon y doscientos mil francos, hipotecados sobre las casas, con mas de cuatrocientos mil francos en pagarés que vencen en abril, mayo y junio, pues creia que por este tiempo mis recursos serian seguros, por la facilidad en contraer un préstamo sobre unas casas que representarán un valor de tres millones. Este valor no lo tendrán ya hasta julio, y tal vez no podré dárselo.....

—¿Cómo es esto? dijo Mateo Duran, como si interrogase á ese hombre, mas para saber cómo entendia los negocios, que para conocerlos á fondo.

—Voy á decirlo. Despues de haber pagado con dinero contante á los arquitectos, gracias á los empréstitos....

—¡Ah! bien, bien, repetia el banquero interrumpiendo á Doneau.

Pero el empresario continuó.

—Gracias á los empréstitos que me hacian, me vi obligado á principios del invierno á decir que les pagaria á plazo. Esto los ha vuelto recelosos y, cuando se ha debido dar la última mano á la obra, me han dicho que querian la mitad en dinero contante y la mitad á plazos. Hoy cumplen los quince primeros dias desde que han vuelto á emprenderse los trabajos, y tengo de pagar treinta mil francos; los quince mil en dinero para los trabajadores: y dentro de tres dias necesito treinta mil francos para recoger mis pagarés. Esta es mi situacion: si no tengo esta mañana quince mil francos, y no se paga esta noche á los trabajadores, queda parada la obra; mis casas quedan á medio construir, y he perdido el crédito; ademas si llega el caso de una quiebra, ó de una ejecucion, unas casas que dentro

Digitized by Google

de tres meses podrián valer tres millones con poco gasto, se venderán tal vez por un millon y quinientos mil francos, dentro de un año; pues por precision han de echarse á perder permaneciendo á la inclemencia, y me habrá arruinado una operacion que debia enriquecerme, y me hubiera enriquecido á no ser por este detestable invierno.

El banquero pareció como que meditaba por algun tiempo en lo que acababa de oir, en tanto que el empresario queria ansioso columbrar por su semblante lo que pasaba en su interior. Mateo se volvió en fin á Doneau, y le dijo:

—¿A cuántos arquitectos debeis pagar?

—A muchos, pues he debido dividir mis trabajos para ir mas rápidamente. Asi que para construir mis seis casas, he debido recurrir á diferentes maestros en todo cuanto se necesita; pintores, carpinteros, etc.; cada casa, pues, tiene sus distintos directores de obras, todos hombres honrados, que deben todo cuanto poseen al trabajo; pues han empezado con nada.

—¡Muy bien! muy bien; ¿serán unos treinta sin duda?

—Si, todos de reputacion.

—¡Electores sin duda!... y con los directores de obras....

—Yo he tomado la direccion general, pues soy tambien maestro albañil.

—Es lo mismo, respondió el banquero, pues esto os habrá hecho contraer empeños con otros arquitectos que os habrán ayudado, y con los vendedores de piedra, de cal, de ladrillos, etc., etc.: en último resultado, ¿se habrá tenido que pagar á muchos trabajadores?

—Serán unos doscientos, y unos veinte los proveedores de materiales.

—¡Ah! ¡bien, bien! repitió el banquero; ¿y tienen mucha confianza en vos?

—Nada he hecho hasta hoy dia que pueda hacérmela perder.

El banquero miró francamente á Dóneau, y le dijo con acento de benevolencia:

—No la perdereis.

—¿De qué modo?

—Escuchad: no acostumbro á hacer operaciones de esta clase; pero en vista de lo que acabais de decirme, tratais con hombres que, solo por medio de la industria han llegado á la posicion que ocupan.

—Es nuestra comun historia, señor Duran; tambien empecé yo siendo albañil.

—Tambien es esta mi historia, señor Doneau; hace cuarenta años que llegué á París con un escudo y con ganas de hacer carrera; soy como vos, un hijo del pueblo; como todos vuestros trabajadores, y no se dirá que niego un favor á los que no han sido tan afortunados como yo.

—¡Ah! ¡señor, señor! esclamó el empresario; ¡es un acto de generosidad!

—De justicia, Mr. Doneau, y no mas. Yo no soy un magnate; soy el hijo de un labriego, de un jornalero, y no olvido lo que he sido.

—¡Señor, señor! repetia el empresario, no hallando palabras para su reconocimiento.

—Lo hago por vos, por ellos, y por los trabajadores, que sentirian tambien semejante catástrofe.

—¡Oh! ¡si me atreviese á decírselo!

—Es inútil, repuso el banquero, es inútil, porque los favores que yo hago me pagan suficientemente, reputándome dichoso por ello. Pero es preciso convenir en el modo de dirigir este negocio. Vos me dareis hipoteca general sobre vuestras casas.

—Es muy justo.

—Yo os daré crédito por cuatrocientos mil francos.

—¿Un crédito?

—Si, Mr. Doneau, pues no hago mis operaciones de otra manera. Siempre que tengais que hacer un pago será librando contra mi casa, libranza que será satisfecha dentro de veinte y cuatro horas.

—Esto vale mucho mas que si se me diese dinero contante, y yo no lo necesitaré en cuanto se sepa que me sostiene la casa de Mateo Duran.

Hizo el banquero como que nada oia, y añadió:

—Tocante á los quince mil francos que hoy necesitais, librad tambien contra mi; entregad las libranzas á vuestros maestros de obras, y serán pagados al momento. Ademas, Mr. Doneau, deseo que desde el momento en que yo me encargo de daros fondos, tenga yo que pagar en adelante todos los efectos que vos compreis, pues esto entra en el sistema de contabilidad que he establecido.

—Esto es demasiado, señor, pues dais á mi papel el valor de dinero contante.

—Mucho me alegro que convengais en ello: el lunes por la mañana me encontrareis aqui con mi notario y el vuestro. Voy á dar órden de que esto se concluya en dos dias. Si pudiéseis mañana venir á pasar conmigo un par de horas de campo, podriamos hablar mas libremente.

—Iré, señor, iré, murmuró el asentista con las lágrimas en los ojos.

—Disimulad, Mr. Doneau, que me están aguardando y es menester que nos despidamos.

—Si, si....

—Adios, adios, hasta mañana.

Despidióle de esta manera antes que el empresario tuviese tiempo de dar muestras de todo su reconocimiento, de manera que estaba ya á la puerta del gabinete, cuando procuraba aun hablar del buen corazon del banquero. Tenia tanta necesidad Doneau de patentizar sus sentimientos, que se puso á hacer el elogio de Mateo Duran, con los primeros

Digitized by Google

que encontró en la calle. Detuvo á algunos de sus amigos para decirles que tenia cuenta abierta con el banquero Mateo Duran, que era el hombre benévolo por escelencia, tan sencillo, bueno y afable, que le tenia prendado sobremanera.

—Pero me parece que lo merecia, dijo el baron escuchando con poco interés.

—¡Cómo, pues! dijo el diablo, prestar sobre hipoteca, me parece que es el colmo de la generosidad; y pedir garantías enormes será el colmo de la benevolencia.

—Se conoce que sois gentil-hombre, monsieur de Cerny, y no sois amigo de los capitalistas. Pero todos vuestras epígramas no harán que la accion de Mateo Duran deje de ser admirable.

—¡Admirable! esta es la palabra propia, respondió Satanás, y no podeis menos de confesarlo asi cuando os haga ver el reverso de la medalla. Para ello es preciso que continúe mi historia, y que volvamos al gabinete de nuestro banquero.

LXXVIII.

UN CABALLERO Y UN POBRE HOMBRE.

Acaban de introducir al marqués de Berizy, y la acogida que se mereció de Mateo Duran, fué muy cortés, pero llena de esa especie de modestia reservada con que parece notarse la diferencia que existe entre el que habla y aquel á quien se habla. Al ver uno en frente del otro; al marqués de Berizy, hombre de unos cincuenta años, moreno de rostro, de groseras manos y vestido sin lujo alguno, y al banquero Mateo Duran tan bien peinado, rasadito de barba y bien compuesto, de blancas manos y encarnadas uñas, seguramente hubiera cualquiera tomado á éste por el marqués y aquel por un labriego.

La sonora voz del banquero parecia tambien darle un no sé qué, mucho mas aristocrático que el fuerte y casi ronco acento del marqués. Pero observándolos mas aproximadamente, se notaba en Mateo Duran gran cuidado en lo que decia, y en el modo como lo decia; prueba de que deseaba que tuviesen losdemas buena opinion de sus modales: muy al contrario del marqués, que hablaba con elegante soltura, como habituado siempre á mostrarse noble.

—¿Puedo saber dijo Mateo, á qué debo el honor de la visita del señor marqués de Berizy?

—Voy á decíroslo en breve: ya sabeis que por decreto del rey acabo de ser nombrado *par* de Francia.

—No lo ignoraba, pues es cosa que saben todos.

—Y tal vez como todos preguntareis, ¿cómo he podido llegar á ser *par*?

—El nombre que llevais es eminente, monsieur de Berizy.

—Y el de sugeto de probidad que vos os mereceis, tambien lo es, y en estos tiempos vale seguramente tanto como el otro. Pero si he de deciros la verdad, no he llegado á esa dignidad únicamente por mi nombre, sino porque soy uno de los mas ricos propietarios de Francia. El rey presume que los que poseen grandes bienes tienen un interés mas directo en el sosten del órden, que los que fundan sus esperanzas en las revolucioees. Ya lo veis, soy *par* de Francia por la misma razon que vos lo seríais mañana si quisiéseis.

Sonrióse desdeñosamente el banquero, y el marqués prosiguió:

—Pero no es este el punto de la cuestion, y vengo á la idea que me ha conducido aqui. He recibido la noticia de mi promocion, cuando me habia acostumbrado hace veinte años, á no ser mas que un labriego útil á mi pais, pues debo una parte de mis bienes á mis empresas agrícolas. ¡Oh, Mr. Duran! en Francia se descuidan mucho las tierras, y parece olvidarse que la agricultura es una industria. Pero á la verdad, empiezo yo á hablar como si ya desempeñase mis funciones de *par*. Permanecia, pues, retirado en mis posesiones, cuando le plugo al rey nombrarme *par* de Francia, y ciertamente haré cuanto esté de mi parte para corresponder á tan alto honor. Pero al propio tiempo que los asuntos políticos deberán ser mi norte, habré de imponerme otros que supongo no desaprobareis, pues la magnificencia de vuestra casa me prueba que no abrazais el sistema de los economistas, que pretenden que el lujo es un robo hecho á la prosperidad pública. Seguramente que no he venido á París para arruinarme; pero supuesto que el rey me ha confiado tan elevado cargo, quiero sostenerle con decencia.

—Es cosa que comprendo perfectamente, respondió el banquero, hablando con concision como quien deja ver que es paciente.

Lo notó el marqués, y en consecuencia repuso:

—Disimulad si me detengo en estos pormenores, pero este preámbulo era necesario para daros á entender que necesito de vos un favor y cuál sea este. Segun os he dicho ya, he determinado fijar mi residencia en París. He vendido, pues, un bosque, á cuyo cultivo no puedo yo atender por mí mismo, y he resuelto comprar ante todo aqui una casa, y en seguida emplear una parte de los capitales que he realizado, ya en fondos públicos, ya poniéndolos en una casa de banco, á fin de poder reemplazar con los intereses activos el capital muerto que emplearé comprando la casa.

—¿Y para esto habeis elegido la mia? preguntó Duran con tono en que se notaba cierta emocion.

—Si, señor Duran, he escogido la vuestra,

Digitized by Google

porque teneis en Francia reputacion de probidad y de honor.

—Los hombres de la clase popular necesitamos estas cualidades, respondió el banquero volviendo á tomar su aire de modestia.

—Y á ellas añadis vos unos veinte millones, repuso el marqués de Berizy sonriéndose, lo que no es un accesorio despreciable.

—Mucho se exageran mis capitales, dijo el banquero con ese tonillo que es una confirmacion de lo que niegan las palabras; pero cualesquiera que sean, han sido adquiridos honrosamente, pues son el resultado de un pobre hombre, de un trabajador que solo me ha dejado un nombre sin mancha, el amor al trabajo, y principios de honradez.

—Y por mas que digan, Mr. Duran, no deja de ser esto escelente patrimonio, que ha fructificado noblemente en vuestras manos.

—Es lo único de que me envanezco.

—Y no sin razon; pero decidme lo que debo esperar de vos: ¿os encargais de mis fondos?

—Como gusteis, señor marqués; será negocio hecho si son de vuestro agrado las condiciones que acostumbro poner en mi casa; porque el banco no admite privilegios; y no sabria hacer por el marqués de Berizy lo que no haria por otro cualquier oscuro comitente.

—Tampoco pido mas ni menos; ¿podreis manifestarme esas condiciones?

—Teneis que disimular, señor marqués, pero me veo obligado á recibir otros sugetos cuyos negocios urgen mas que los vuestros, pues vienen á pedirme dinero en lugar de traérmelo. Si os dignáseis pasar á la oficina del contador mayor Mr. de Sejan, quedaríais arreglado en breve: todo cuanto él haga estará bien hecho.

Saludó el marqués con muestras de asentimiento, y Mateo Duran tiró de la campanilla.

Presentóse otra vez el ayuda de cámara.

—¿Quién espera?

—Ese anciano Mr. Félix de Marsella.

—Si, dijo el marqués de Berizy, un pobre viejo de unos ochenta años: siento haberlo hecho esperar tanto tiempo.

—Algun desgraciado que viene á que le socorra, dijo el banquero dirigiéndose al marqués, mientras escribia algunas palabras.

—Ya sé que lo recibis con una afabilidad que es causa de que muchos acudan á vos.

—No todos son afortunados en sus operaciones, señor marqués, y no puedo olvidar mi origen, respondió sentimentalmente Mateo Duran.

—Entregó despues al criado el papel que acababa de escribir, y le dijo:

—Conducid á este caballero al escritorio de Mr. Sejan.

Saludáronse el marqués y el banquero con gracioso ademan, y el segundo quedó solo un momento.

—¡Ah! murmuró entre dientes; estos magnates tienen necesidad del pueblo; vienen á buscarme, y vendrán todos.

—¿Es este el reverso de la medalla que nos deciais? preguntó el poeta.

—Ahora comienza, respondió el diablo, pues á poco entró el anciano Félix.

Tenia su presencia esa gravedad inseparable de una vejez que se sostiene vigorosa: su porte era mas que sencillo, pero sin rayar en el abandono. Miróle de pies á cabeza Mateo Duran sin que se turbase el viejo, pues examinó á su vez al banquero, con una atencion á que solo podia servir de escusa su avanzada edad.

Zahirió esto tanto mas á Mateo Duran, cuanto conoció que ese hombre le imponia, y le dijo sin ofrecerle asiento:

—¿Quién sois y en qué puedo seros útil?

—Esta carta os lo dirá, monsieur, respondió Félix: y, sin esperar invitacion del banquero, tomó una silla y se sentó.

Parecióle esto á Mateo Duran demasiado atrevimiento, y clavó en el anciano una mirada que le advertia su ligereza, mirada que se contuvo ante la tranquila y serena del anciano.

Duran abrió la carta y la leyó: solo contenia estas palabras, escritas con precipitacion.

«Amigo y dueño: El amigo Felix, que os entregará esta carta, es un antiguo comerciante que ha sufrido muchas desgracias: os agradeceré cuanto hagais por el.»

—Esta carta es de Dumont de Marsella, dijo Duran.

—Si.

—No dejaré sin socorro al que me ha sido recomendado por Mr. de Dumont, dijo el banquero desdeñosamente; he aquí lo que puedo hacer por vos, añadió sacando de su bufete un puñado de plata, y ofreciéndoselo al anciano.

—No es bastante, dijo Félix. ¿Qué significa esto? añadió:

—¿Qué significa este tono? esclamó Duran.

—Dignaos escucharme.

—Con mucho gusto; pero apresuraos, que tengo negocios urgentes.

—Procuraré ser conciso; soy hijo de una buena casa de comercio, y mi padre me hizo dar una buena educacion.

—No puedo yo decir otro tanto.

—¿Vos?... dijo el anciano frunciendo las cejas; pero repuso en seguida; verdad, que asi me lo han dicho. Tenia veinte años cuando murió mi padre, dejándome un capital inmenso; pero sus espediciones á la India y á la China, tan felices en sus manos, fueron desgraciadas en las mias.

—Es que no os educásteis en la escuela de la pobreza, y no se conoce lo que vale el oro mas que cuando nos ha costado mil sudores.

—Teneis razon sin duda; ello es que al estallar la revolucion empezaban á tomar mal

Digitized by Google

rumbo mis negocios, y como la guerra con Inglaterra me ocasionase la pérdida de muchos cargamentos, me arruiné é hice..

—Quiebra, dijo el banquero interrumpiendo al anciano que parecia vacilar acerca de si pronunciaria este nombre.

—Hice bancarrota, respondió enérgicamente Félix; me escapé de Francia con algunos recursos, y fui condenado.

—¿Por quiebra fraudulenta? dijo el banquero estremeciéndose; repúsose con todo y continuó: y bien, ¿puedo yo hacer algo en eso?

—Vais á saberlo: hace treinta años que salí de Francia; durante este tiempo no he podido recobrar seguramente lo perdido; pero he ganado bastante para pagar á todos mis acreedores, ó á sus herederos, á fin de rehabilitar mi nombre: cuasi lo he logrado dando cuanto he traido de los Estados Unidos, de manera que no me queda ya nada: me faltan todavia unos cincuenta mil francos

—¿Y venís tal vez á pedírmelos? preguntó el banquero.

—Con efecto.

—Perdonad, amigo, pues en verdad no os comprendo: he querido dar crédito á vuestra historia y no quisiera zaheriros en lo mas mínimo; pero seguramente no puedo constituirme tesorero de todos los que han quebrado en Francia.

—No olvideis que es un anciano de ochenta años quien os pide que le ayudeis á recobrar su honor.

—No fuí yo quien hizo que lo perdiéseis.

—Cincuenta mil francos son indudablemente una cantidad enorme; pero alguna vez los habreis empleado en comprar un cuadro.

—Creo que tenga derecho para hacer de mis bienes lo que me plazca, dijo el banquero, pues he ganado sueldo á sueldo mis caudales y no fui rico heredero: mi padre...

—¡Vuestro padre! dijo el anciano con vivísima emocion.

—Mi padre no me dejó millones para que los disipase. Era un jornalero, amigo, pero jornalero honrado. Nací pobre, pobre he vivido, y por esto no me creo obligado á reparar las locuras é imprudencias de los que fueron ricos, y no supieron permanecer tales.

—Si supiéseis qué sentimiento me impelió á tomar esta determinacion, os compadeceriais de mí.

—Dirigíos á Mr. de Dumont.

—Perdonad, dijo levantándose el anciano con un acento solemne, creo que me comprendereis mejor que él.

Dijo y salió saludando al banquero.

—¡Y bien! preguntó el diablo, interrumpiendo el hilo de su narracion; ¿qué pensais del benéfico millonario?

—No puede negarse, respondió Luizzi, que tenia en parte razon; pareceríame una torpeza tirar sin mas ni mas á la calle cincuenta mil francos.

—Alguno conozo que ha dado doscientos cincuenta mil á un bribon solo por vanidad.

Esto recordó al baron cuán torpe anduvo con Enrique Donezau, y calló, no queriendo dar campo á Satanás para que le dirigiese alguna pulia de que no pudiese pedir satisfaccion, por estarle vedado como al buen Serac admitir un duelo.

—Ya caigo, dijo el poeta; os gustan poco los amigos del pueblo, y el modo como habeis pintado al gentil-hombre me lo demuestra.

—Pasemos adelante; pero antes de dar entrada á nuevos personages, permitidme manifestaros lo que hizo Mateo Duran.

Paseóse solo en su gabinete, durante algun tiempo y con mal humor, despues que hubo salido Félix, y al cabo de tres ó cuatro minutos, tiró violentamente de la campanilla y dijo al criado:

—Si vuelve ese viejo que acaba de salir, no se le reciba.

—Está bien.

—¿Quién espera?

—Unas doce personas, que vienen, segun han dicho, de parte de Mr. Doneau.

—¡Está bien, está bien! respondió el banquero con aire alegre; haced que entren.

—Entró primero un carpintero.

—¿Qué quereis? le dijo el banquero como si no supiese á qué venia.

—Vengo á pediros una sencilla esplicacion. Mr. Doneau nos ha entregado cartas-órdenes pagaderas en buestro bufete, y bonos sobre vuestra caja. Los bonos no han sido pagados y debemos temer que tampoco lo sean las libranzas,

—Todo será pagado.

—¡Ah! en este caso será verdad lo que nos ha dicho. ¿Habeis abierto á Mr. Doneau crédito por cuatrocientos mil francos?

—En efecto, es verdad.

—Lo habeis salvado de su ruina, monsieur.

—No lo he hecho únicamente por él.... sé las obligaciones que habia contraido con vos y con otros muchos; y en cuanto me sea posible sostendré á un empresario de quien depende la fortuna de tantos otros hombres industriosos trabajadores.

—¡Ah! Mr. Duran; ¡esto es digno de vuestro corazon! ningun banquero de París hubiera hecho otro tanto.

—Es que no lo hace únicamente el banquero, sino el hombre que recuerda lo que ha sido, el hombre que, como todos vosotros, empezó trabajando; en fin, el hombre del pueblo.

—¡Ah! harto sabemos que sois amigo de los jornaleros y de los hombres honrados.

—Hago por ellos lo que puedo, y siento no poder todavía hacer mas.

—¿Y qué mas podeis desear en vuestra posicion, Mr. Durán?

—Para mí nada. Pero alguna vez he pensado que si los derechos del pueblo fuesen mejor defendidos en la tribuna.....

Digitized by Google

—Soy elector, Mr. Duran, y si algun dia quisiéseis ....

—No pienso en eso; pero debeis andar de prisa: voy á firmar vuestras libranzas para que sean pagadas.

El carpintero salió encantado. Entraron en seguida los demas que habia enviado Doneau; diez, doce, quince, y otras tantas veces, se repetia la escena hasta que compareció Sejan en el gabinete de su amo.

¡Y bien! Sejan, ¿cómo estamos? dijo el banquero.

—Siempre del mismo modo, y temo que al fin del mes vaya del mal en peor. No me atrevo á librar sobre estos corresponsales de provincias, pues la mayor parte protestan.

—Son sumas insignificantes.

—Cierto que si; pero se multiplican hasta el infinito. Diez, veinte, treinta mil francos de crédito abierto es poca cosa; pero en el libro mayor están escritos mas de seiscientos créditos semejantes, habiendo empeñado de este modo mas de seis millones: casi el doble tenemos empleado en el comercio de París, y solo tenemos por abono papel cuyo valor me es sospechoso, y hay un comercio de firmas espantoso.

—Lo creo asi; pero basta mi firma para que circule todo cuanto á mí me agrade. De esta suerte no puede hoy dia abrumarnos nada; sin embargo, será necesario andar prudente para no motivar una catástrofe, y poco á poco nos iremos limitando en operaciones de esta clase. ¿Habeis visto al marqués de Berizy?

—Con efecto, le he visto.

—¿Y qué cantidad desea emplear?

—Dos millones; y venia á preguntaros qué curso debia dárseles.

—Comprar papel de tres por ciento.

—Está á ochenta y dos francos con veinte y cinco céntimos.

—¡Pues bien!

—El menor acontecimiento puede producir una baja. Tenemos mas de treinta millones depositados, y todo está empleado en fondos públicos. Al menor terror pánico, el papel puede bajar de cuatro á cinco francos. La espedicion de Argel puede tener mal resultado, y tal vez no serán buenas las nuevas elecciones.

—Lo serán, Sejan.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que obligamos al poder á que entre en razon.

—¿Y si no quiere y de sus resulta el crédito público baja?

—Esperaremos á que suba.

—Pero, ¿y si alarmados entonces vuestros comitentes piden los fondos, empleados unos en el comercio y otros en papel moneda? Tened presente que con solo una baja de diez francos, cosa que no será estraordinaria en época de revolucion, sufririamos una pérdida de cuatro millones, solo para reembolsar los capitales que teneis de otros.

El banquero escuchó á Sejan con sonrisa de alta proteccion, y respondió con confianza:

—Muy bien, Sejan, vos raciocinais todavía como si estuviáreis en casa de L... ó de O... todo cuanto decis puede suceder; pero es imposible que se dude un momento que sea solvente la casa de Mateo Duran.

—Nadie dudará de ello, y sé que es bastante rica para hacer frente á grandes catástrofes; pero vuestra fortuna puede naufragar.

—Prefiero mi fortuna á la del rey de Francia, Sejan, esclamó el banquero con exaltacion; seguramente es mas sólida que la suya, pues se apoya en la popularidad, cosa que no goza Cárlos X. Este monarca puede arruinarse; pero la casa de Mateo Duran quedará en pie.

Sejan levantó los ojos al cielo, mientras el banquero ponia las firmas que venia á pedirle el director principal de su casa: Mateo Duran mandó poner el tiro en su coche y partió para el campo á Etang.

Luizzi y el poeta no hicieron aqui la menor observacion, y por tanto el diablo continuó de esta suerte:

LXXIX.

OTRA ESPECIE DE CABALLERO.

El mismo dia en que pasaban estas escenas en casa de Mateo Duran, calle de Provenza, otra comedia se representaba con un personage bien diferente en la calle de Varennes, del arrabal de San German: el principal actor era el conde de Lorezay. Era hombre de unos cincuenta años, de alta estatura, rostro enjuto, aire frio y desdeñoso, con la cabeza descubierta, de lenguaje afable, y vestido de tal suerte, que sabia reunir la juventud con la gravedad correspondiente á su edad, despreciando lo ridiculo. Estaba encerrado en su riquísimo gabinete adornado con brocado, con dorados muebles, curiosidades esquisitas y porcelanas de gran valor. Parece que iba á salir, pues un ayuda de cámara acaba de entregarle su sombrero, sus guantes y su látigo, anunciándole que le esperaba el coche.

En este instante un jóven de veinte y cuatro años abrió la puerta del gabinete y saludó al conde.

—¡Hola! ¿al fin estais aqui, Arturo?

—Me han dicho que preguntábais por mí, padre, y me he apresurado á bajar.

—Hubiérais podido andar mas aprisa.

—Estaba acabando una carta para un amigo; para el señor...

—Basta; no os pido cuentas de vuestras acciones, pues el nombre que llevais y la clase á que perteneceis deben huir de relaciones indignas de vos.

Arturo bajó los ojos y no respondió hasta que su padre repuso:

Digitized by Google

—Te he mandado llamar para pedirte que no des palabra para mañana domingo.

—Hubiera querido saberlo antes pues he prometido...

—Basta que lo sepais ahora, replicó severamente el conde interrumpiendo á su hijo é imponiéndole silencio; mañana estais convidado á ir á casa del marqués de Faviery que da baile en su quinta de Lorges, y deseo que no os negueis á ello.

—Iré allá, padre, con mucho gusto, respondió vivamente Arturo.

—Me alegro que asi obedezcais, dijo el conde con un tono mas suave; pero es preciso que os presenteis con soltura, dejando este aire triste y melancólico que os acompaña á todas partes. Mañana vereis á la señorita Florinda de Faviery que es en estremo linda, y cuyo padre es muy rico: procurad agradar á los dos; sois...

Arturo pareció escuchar al principio á su padre con espanto; pero este se trocó pronto en evidente satisfaccion. Vaciló un momento en espresar las ideas que las últimas palabras de su padre habian agitado su mente; pero como le mirase éste con ademan severo é indagador, determinóse á hablar y dijo:

—Creo seguramente que os comprendo, y que vuestras palabras dan á entender que no repugnaríais un parentesco con quien ejerce la profesion de banquero, como el marqués de Faviery.

—Ese hombre es el representante de una de las mas nobles familias de Florencia, respondió gravemente el conde. El comercio y el banco, que en Francia han sido reputados siempre cosa denigrativa á la nobleza, no gozan de igual disfavor en Italia. Mr. de Faviery no se ha hecho banquero, sino que ha continuado siéndolo como lo fueron sus antepasados. Esto es muy diferente de lo que pasa con los banqueros de nuestro pais, que la mayor parte eran ayer unos villanos.

Anublóse de repente la alegría que respiraba poco antes el semblante de Arturo, y respondió tímidamente:

—Sin embargo, hay hombres muy honrados entre esos villanos.

—Es cosa que supongo debe seros indiferente; ¿pues qué negocios os relacionan con ellos?

—¡Ninguno! padre, ninguno; respondió Arturo muy turbado.

Miróle el conde como si dudase de la verdad de su asercion y repuso duramente:

—Os llamais el vizconde de Lorezay y es preciso que lo recordeis, si por ventura lo olvidásteis alguna vez.

—Nunca lo olvidé; y nada he hecho...

—No os pido esplicaciones, pues un gentilhombre descansa en el honor de su hijo. Tened presente que me acompañareis mañana á casa del marqués de Faviery.

—Os acompañaré, padre, respondió Arturo.

—Iba éste á retirarse y se disponia el conde á salir, cuando anunciaron á Mr. Poissy, y el conde significó á su hijo que los dejase solos.

—A tiempo venís, dijo el conde al recien llegado, pues contaba pasar á veros de paso en Saint-Cloud.

—He salido esta mañana, pues es indispensable que uno atienda á sus negocios.

—¿Qué tal van los asuntos?

—La espedicion de Argel se llevará á cabo. Es cosa ya resuelta.

—¿Y qué respuesta os han dado en el ministerio de la Guerra?

—No me atrevo á decírosla.

—¡Cómo! ¡serian inútiles tantos sacrificios?

—Lo serán si no los aumentais.

—¿Todavía mas? esclamó impaciente el conde; creí que cuatrocientos mil francos bastarian.

—¡Se ha de contentar á tantos!

—Pero al fin, ¿si me decidiese á hacer nuevos sacrificios, se lograria el objeto?

—No puede caber duda.

—¿Y cuanto piden?

—Como es cosa en que se van á ganar tres ó cuatro millones.....

—Ya lo sé; pero, ¿cuánto piden?

—Unos cien mil escudos.

—¡Cien mil escudos! ¡es una suma enorme!

—¿Para ganar cuatro millones?

—¡Ah! esclamó el conde; ¡á qué tiempo hemos llegado! en otra época el rey hubiera ofrecido cosas mayores á un cortesano, y esto hubiera bastado á hacer la fortuna del protegido. Pero ya no es el rey quien gobierna, sino las cámaras, y esa asamblea de egoistas y miserables de una parte, y de la otra esos bancos cubiertos de agentes oscuros que están acostumbrados á vender hasta su honor.

—No es malo esto, cuando se puede comprar.

—Pero es terrible, cuando debe pagarse diez veces mas de lo que realmente vale.

—¿Os será imposible dar esta suma? dijo Mr. de Poissy, mirando fijamente al conde.

—¡A mi! esclamó este con orgullo; estoy pronto á darla, pero no quiero que se burlen de mí: necesito garantías.

—¡Es imposible darlas en semejantes negociaciones! Es un contrato de buena fé.

—¿Sabeis que adelanto mas de seiscientos mil francos?

—Sin duda que si; ¿pero cuando se anuncie vuestro nombre, creeis que quede esperanza alguna á los demas concurrentes? El mismo ministro no podrá nada contra vos.

—¿Lo creeis asi? dijo Lorezay con tono mas tranquilo; ¡pues bien! veremos. Voy en busca del rey, hablaré al ministro; sondearé el terreno y os daré mañana la respuesta.

—¿Deberé venir á buscarla aqui?

Digitized by Google

—Como estais convidado á casa de Faviery, nos veremos allí.

—Está muy bien: ¿pero qué debo decir á los que me aguardan?

—Que quiero meditarlo antes.

—Es que hay otros que han ofrecido mas que vos, y podrian entretanto aceptar.

—No puedo entregar semejante cantidad sin repararlo bien y tomar mis medidas.

—Bastará una promesa formal, pues la palabra de un hombre como vos es una promesa sagrada.

—Lo sé, respondió el conde con orgullosa sonrisa, y por esto no la doy sin meditarla primero.... que esperen.

—Basta, dijo Mr. de Poissy; tomaré mis medidas para que nada se concluya hasta pasado mañana.

—Cuento con vos, pues os interesa como á mí... voy á Saint-Cloud; adios.

Cuando iba á salir el conde, entró de nuevo un criado anunciando á Mr. Felix de Marsella.

—No le conozco, respondió el conde; ¿qué especie de hombre es?

—Un anciano ochenton, que dice traer una carta de recomendacion para el señor conde.

—¡Ah! algun amigo sin duda. Di que no estoy.

Y sin atender á lo que acababa de decir, salió el conde del gabinete, atravesó el salon, y pasó por la antesala antes que el criado tuviese tiempo de decir á Felix que el conde de Lorezay estaba ausente. Levantóse al verle el anciano, dirigióse á él con respeto, y le dijo entregándole una carta:

—De parte del vizconde de Conchy de Lion.

Detúvose el conde, y tomó la carta sin responder al saludo del anciano.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Querido conde: el dador de esta carta es un buen anciano á quien la revolucion arrebató sus bienes. Os contará su historia, y tendré en mucho los favores que hagais por él.»

El conde dejó esta carta sobre una mesa, y dijo al criado que le habia seguido.

—Que den dos luises á ese hombre, y al coche aprisa.

—¡Señor conde! dijo Félix colocándose entre el y la puerta.... no es una limosna lo que vengo á pedir

—¿Qué quereis, pues?

—¡Una restitucion, caballero!

—¿Una restitucion? no tengo deudas, y si las tuviese no sería con hombres de vuestra clase.

—Por esto, continuó el anciano en alta voz, no hablo de vuestras deudas personales para conmigo.

—Difícil seria que existiesen.

—Tal vez que no, dijo el anciano; pero hablo de Mr. Loré, vuestro suegro, que me pidió prestadas grandes cantidades en el estrangero antes de la emigracion, y vengo á reclamarlas.

—¿A mí? no soy garante de las deudas de Mr. Loré, si es que jamás os ha debido algo.

—Sin embargo, su hija, que era esposa vuestra, recogió su herencia.

—En este caso, será asunto de mi hijo, que es poseedor de la herencia de su madre. ¿Pero con qué títulos os presentais?

—Cuando os haya contado las circunstancias en que socorrí á Mr. Loré, conocereis cuán justo es lo que os pido, aunque no pueda presentar los títulos correspondientes.

—¡Ah! comprendo, respondió el conde con cólera y con desprecio; alguna historieta, arreglada sobre las circunstancias que la casualidad os habrá dado á conocer... habeis llegado tarde, amiguito; conozco esta clase de industria, y os aconsejo que vayais á ejercerla á otra parte.

—Comprendo tambien, respondió severamente el anciano, que sabe el conde de Lorezay, mejor que nadie, cómo se arreglan esas historias con circunstancias sabidas por casualidad.

—¿Qué quiere decir ese miserable? esclamó el conde.

—¿Yo? nada, respondió sumisamente el anciano; pero me habeis dicho que mi reclamacion tocaba á vuestro hijo, á él me dirigiré.

—¡Que echen á ese hombre á la calle! dijo con violencia el conde.

—Ved, respondió el anciano, que va en ello el honor del nombre de Loré.

—El nombre de Loré, como el mio, es muy superior á toda baja intriga.

—Acaso vuestro hijo no pensará como vos.

—Os prohibo ver á mi hijo: los jóvenes son fáciles de seducir: ós advierto que á la menor tentativa de vuestra parte, sabré poner á ella término: los tribunales saben castigar esas intentonas infames

—Tambien sabe castigar al que supone títulos, esclamó el anciano.

Esta palabra pareció anonadar al conde; pero á su asombro sucedió una indignacion violenta. Mas cuando estalló esta, habíase ya retirado Felix, y volviéndose el conde á Mr. de Poissy le dijo con arrebato:

—He aqui á lo que nos vemos espuestos los individuos de la antigua nobleza. Se presentan con nuestro nombre algunos intrigantes para espantarnos, y nos amenazan con el escándalo.

—¿Y qué pueden prometerse?

—Bastante; aunque no sea mas que hacer reir á costa nuestra á ese mundo liberal, que no busca mas que ocasiones para calumniarnos y que achaca á connivencia, de parte de los jueces, el que se condene á esos miserables. Mientras no se acabe con todos esos pícaros, de manera que no se oiga hablar mas de ellos, hemos de ser blanco de las mas viles intri-

Digitized by Google

gas. Algun dia lograremos nuestro objeto.

Subió el conde de Lorezay al coche, y partió al momento.

—¡Y bien! ¿qué os parece mi caballero? preguntó el diablo.

—Se me figura que está cortado á semejanza de otros muchos, pues cuando se lleva un nombre grande, es regular que se haga servir de algo; pero lo mas curioso de la historia me parece ser ese caballero Felix. Este es el desconocido de una novela, el ser misterioso: ¿no direis quién es?

—Lo que yo no columbro, dijo el baron, son las relaciones que puede haber entre Mateo Duran y el conde de Lorezay.

—Todo vendrá á su tiempo, y si quereis escucharme, lo sabreis. Yo no compongo dramas, ni comedias, sino que cuento lisa y llanamente.

El diablo prosiguió así:

LXXX.

UNA CIRCULAR ELECTORAL.

A la mañana siguiente se paseaba Mateo Duran por una de las avenidas del parque de Etang, leyendo de nuevo el escrito que corrigió atentamente la víspera, y del cual le habia traido Leopoldo las copias que el banquero le pidió.

Era medio dia poco mas ó menos, y Mateo Duran parecia esperar con impaciencia; miraba frecuentemente atrás como para ver si alguien venia: al fin columbró á un hombre que estaba á lo último de una calle de árboles, y su llegada pareció agradarle en estremo; el que llegaba era Doneau. Pero, á pesar del vivo placer que causaba al banquero su vista, no se dirigió á su encuentro; antes continuó su paseo como si no le hubiese visto, pero con paso lento para dejar que le alcanzase pronto, y volvió á principiar la lectura del papel, pareciendo enteramente absorto en su contenido.

Pronto estuvo Doneau á su lado, y le saludó; respondiéndole el banquero con amistoso ademan, de este modo:

—Dentro de un momento estoy con vos, y si no estais muy cansado daremos juntos una vuelta.

—Es hacerme mucho honor.

—Nó, respondió el banquero, que continuó su lectura permaneciendo Doneau á su lado. De tiempo en tiempo se encogia Duran de hombros, dejaba asomar una sonrisa en sus labios, y prorumpia despues en esclamaciones de benévola compasion, de esta manera:

—¡Pobre hombre!.... ¡está loco!...

Al fin pareció conmoverle lo que leia, y dijo como si hablase consigo mismo:

—Se conoce que tiene buenos sentimientos él que ha escrito esto, y no puedo estrañar su exaltacion. En verdad, añadió volviéndose á Doneau, que hay mas reconocimiento entre los pobres que entre las clases elevadas.

—Estoy muy persuadido de ello, dijo Doneau.

—Ved ahi un escrito que al principio me pareció ridículo; pero que al cabo me ha conmovido, porque estoy seguro de los buenos sentimientos que le han dictado

—¿Qué viene á ser? preguntó Doneau, viéndose tan cortesmente obligado á entrar en confidencia con el banquero.

—Es cosa de un buen hombre á quien saqué de un mal paso, y que, para probarme su reconocimiento, pretende solicitar para mí los votos de los electores de su distrito.

—Es un pensamiento que me parece muy natural: ¿y lo ha puesto en ejecucion?

—No, afortunadamente, y solo me ha enviado el proyecto de una carta que pensaba escribir, y es esta:

—¿Y no la aprobais?

—Juzgad por vos mismo si puedo hacerlo; dijo Mateo Duran entregando el papel á Doneau.

Leyó este atentamente, mientras con mal disimulada amistad notaba aquel el efecto que producia el escrito. Al fin dijo Doneau.

—Pero esta carta no dice mas que la verdad pura, presentándoos como al banquero mas hábil y honrado de Francia, y contando los servicios que habeis hecho al comercio y la industria. Solo dice lo que todo el mundo sabe.

—No negaré que haya hecho algun bien; pero del dicho al hecho hay gran trecho.

—Pues á fé mia, esclamó Doneau, con el arranque de un hombre honrado, á fé mia que si hubiese yo escrito semejante carta, hubiera dicho mucho mas.

—Bastante es esto, dijo el banquero sonriéndose.

—Perdonad, señor Duran; pero permitid que os pregunte si deseais ser candidato.

—¿Desear? respondió Duran, ciertamente que no.

—Pero en fin, ¿aceptareis la candidatura si se os ofreciese?

—¡Esto es cosa grave!... El ser diputado no es un cargo asi como asi, sobre todo para un hombre como yo; porque si estuviese yo en la cámara, me reputaria representante del pueblo, de los hombres industriosos, de los comerciantes, y seria ciertamente muy penoso pretender el afianzamiento de unos derechos que el poder se obstina en negar.

—¡Pero esos derechos no tendrian mas noble representante ni mas digno defensor!

—Juroos que lo sostendria con conviccion íntima, porque tambien pertenezco yo á ese pueblo, y siento vivamente la incesante injuria que le están haciendo.

—Pues bien permitid que una mi voto al del elector que ha escrito esta carta.

—¡No! ¡no! dijo el banquero, pues si per-

Digitized by Google

mitia semejante cosa, no quisiera que sonase su nombre. Es un buen sujeto que ha sido mas imprudente que mal intencionado; pero no tiene en e. comercio un nombre tan intacto como podria por ejemplo serlo el vuestro.

—Débolo á vos si le he conservado intacto, y le pondré, si lo consentís, al pie de esta carta.

—Si, dijo el banquero con aire indiferente, conozco que vuestro nombre atraerá otros.

—Seria el nuestro, Mr. Duran, y si presentase esta carta á todos mis amigos, nadie vacilaria en firmar como yo.

—Seguramente que si la firmasen muchos electores, podria decidirme; esto me animaria... y...

—Dentro de dos dias os prometo doscientas firmas, esclamó Doneau llevado del deseo de mostrarse reconocido á los favores de Mateo Duran.

—Mucho es, dijo el banquero....

—¿Me permitís probarlo?...

—Será tal vez un ensayo inútil.

—Esto corre por mi cuenta, Mr. Duran, respondió Doneau envanecido con la victoria que le parecia haber alcanzado sobre la modestia del banquero.

—En este caso, como gusteis; dijo sonriéndose Mateo. Pero, ya que me obligáis, quiero que tengais entendido y que deis á entender que me dirijo al pueblo y que soy un hijo del pueblo; que de él quiero recibir mi mandato, y que por su bien quiero ejercerle.

—Si, Mr. Duran, si, y vereis como el pueblo no es ingrato.

—Está bien, mi querido Doneau; escondamos este papel, y no hablemos hoy mas de él. Sin duda no habreis estado en Etang, y voy á enseñaros sus preciosidades, pues apreciareis sin duda esta clase de edificios: tambien es cosa que os toca.

Durante una hora el banquero y el maestro albañil se pasearon al través de un magnífico parque en que crecian árboles preciosos, en que serpenteaban cristalinos riachuelos y se veian lozanos prados, llegaron á la quinta del banquero, antigua propiedad que habia pertenecido á una de las mas nobles familias de Francia, y que conservaba todavía fosos y puentes levadizos feudales, que solo se bajaban para el hombre del pueblo, Mateo Duran.

—¿Y era obra del mismo Mateo Duran, preguntó el poeta, lo que hizo tan diestramente firmar á Doneau? No me parece malo el caso.

—Pero no es muy literato, respondió el diablo: regularmente, y en buena literatura, se acostumbra firmar mas bien lo que no se ha hecho que dar á firmar á los demas nuestra obra.

—Es una calumnia contra la literatura, esclamó el poeta.

—Del mismo modo que el retrato de Mateo Duran se reputará calumnioso contra el banco, dijo Satanás. Cuando en la calle gritamos: «¡Al retrato! ¡Al retrato! muchos son los transeuntes que se vuelven.

Mucho hubiera deseado Luizzi ver levantarse una discusion entre el poeta y el diablo; pero este calló, y aquel prosiguió.

LXXXI.

CONTINUACION.

Cuando llegó la noche, todas las personas de que te he hablado asistieron al baile en casa del conde de Faviery, y entre las mas lindas señoritas del salon, descollaba Delfina Duran, sentada al lado de Flora Faviery. Esta era alta, morenita, grave, y la espresion severa y altiva de su semblante encubria la pasion interior que la agitaba: la otra era pequeña, rubia, graciosa, y afectaba un desden que no llegaba á ser impertinente; aquella podia hacer creer que solo se apoyaba en una voluntad enérgica, mientras esta dejaba adivinar que su tono lo debia á la obediencia ciega que siempre le rodeó: Flora parecia dotada de un carácter concedido por la naturaleza, mientras que el carácter de Delfina era debido á su posicion.

En cuanto á lo demas, y á pesar de la diferencia de sus caractéres, sostienen la conversacion con aspecto igual. Hablaron primero de la elegancia de los peinados, discutieron en seguida sobre los géneros de moda que andaban mas en boga, y decidieron, en fin, que la que mejor peinado llevaba era la señorita Alejandrina de la calle de Richelieu. A esta conversacion sucedió naturalmente la que está escrita en las ordinarias pláticas de los bailes: se divirtieron ambas, ridiculizando á la mayor parte de las damas, que andaban por los salones chanceándose con los jóvenes que venian á hablar delante de ellas. Fueron interrumpidas por el conde Sanc de Faviery que se acercó á su hija y le dijo con ese tono italiano, cariñoso y satírico á un tiempo, que siempre deja dudas sobre el sentido de las palabras que se pronuncian:

—Flora, vengo á presentaros en persona al vizconde Arturo de Lorezay de quien os he hablado.

La señorita de Faviery respondió al saludo de Arturo con ligera inclinacion de cabeza, y con una imperceptible sonrisa: por su parte saludó Arturo en seguida á la señorita Delfina Duran, con aire de conocimiento y de reserva á un mismo tiempo.

No bien se habia alejado el jóven cuando Delfina dijo á Flora:

—¿Recibís al vizconde Arturo de Lorezay?

—Si, contestó Flora con aire de afirmacion satírica.

—¡Ah! ¿y le conoceis de mucho tiempo?

—Es la primera vez que le veo.

—¿Qué tal os parece?

Digitized by Google

—Hablando con franqueza, no lo sé, pues todavía no le he mirado la cara.

—Dicen, sin embargo, que es un jóven muy elegante, distinguido y de noble familia.

—¿Y muy gallardo, respondió Flora, no es esto?

—Si, dijo Delfina.

—En este caso, amiga mia, os han hecho la misma esplicacion que á mí, la misma que se habrá hecho á otras muchas. El vizconde Arturo de Lorezay tiene amigos que le anuncian de esta suerte en cuantas casas hay una rica heredera para casar.

—¿Lo creeis asi? esclamó vivamente Delfina?

—Como que mi padre es el que me lo ha dicho.

—¿Y le recibe con este objeto?

—No lo creo, respondió Flora desdeñosamente; el patrimonio de su padre no se halla en el mejor estado, y aunque lleva un nombre muy distinguido, sin embargo, no está muy purificado su orígen; y estas son cosas que no convienen al banquero Faviery, ni al marqués de este título.

—Pero, á pesar de todo esto, podria conveniros á vos quizás.

—¿A mí? dijo Flora; ¡un jovencito que no es nada, que tiembla delante de su padre cono un niño de doce años, y que baja los ojos delante de una muger como si temiese que todas le flechasen!...

—Os aseguro que se atreve á mirarlas si las encuentra bonitas, repuso secamente Delfina.

—Teneis razon, dijo la señorita de Faviery: puesto que os está contemplando ahora con mudo éxtasis.

—Os equivocais, pues sin duda os está mirando á vos.

—Al momento os convencereis de lo contrario; pues con vuestro permiso voy á dar algunas órdenes.

Levantóse Flora y se fué; al momento mismo se acercó Arturo, y preguntó á la señorita Duran si se habia comprometido para la primera contradanza. Delfina respondió secamente y en voz baja:

—Habeis llegado tarde.

—¿Os habreis comprometido toda la noche?

—Quiero decir que la señorita de Fabiery acaba de salir.

—Sobrado sabeis que no venia por ella.

—No tenemos necesidad de hablar tanto tiempo juntos.

—Me retiro si temeis que se note.

—¡Oh! no lo digo por mí, respondió Delfina; solo si temo que vuestro papá os riña.

Esta conversacion pasó en un momento, y las pocas respuestas de Delfina probaron que era una niña mimada y caprichosa á quien todo es permitido, y por lo mismo se atreve á todo. Este diálogo probaba tambien que no era la vez primera que Arturo y la señorita Duran se encontraban, y que debia existir entre los dos algun amoroso secreto.

Sin embargo, no bien hubo oido Arturo las distintas palabras de Delfina, cuando esforzándose sobre manera, se sentó en la silla que acababa de abandonar la señorita de Faviery, sin pararse en consideraciones ni respetos sociales, de que era por lo regular tan idólatra. No pudo menos de sonreirse Delfina por el triunfo que acababa de conseguir; pero con todo esto no logró tranquilizarse. Una de las quejas que tenia contra Arturo, consistia en que no hubiese gustado á Flora, y probablemente se hubiera quejado tambien si esta le hubiese encontrado hechicero. Para muchas mugeres es de necesidad absoluta querellarse con sus amantes, y para ello todo les sirve de pretesto, y esto menos consiste en su amor que en un sentimiento de tiránica vanidad.

—A pesar de todo cuanto podeis decir, dijo el poeta interrumpiendo la narracion, no deja de ser Delfina una muy linda señorita.

—Y muy rica: y mas os diré; que si encontrase un esposo que supiese dominarla, llegaria á ser la mas tierna y encantadora muger.

—Siempre he pensado lo mismo, dijo el poeta.

—Y su padre deberia con efecto darla á un hombre distinguido: pero salido como él del pueblo, respondió Satanás.

—Cuenta con lo que decís, esclamó Luizzi.

—Ved que tambien soy un hombre del pueblo, dijo el poeta.

—Y entre hombres del pueblo como vos y Mateo Duran, no puede haber obstáculo alguno para interponer relaciones de parentesco, dijo el diablo sonriendo, permitidme, sin embargo, que continúe mi narracion, y vereis como tal vez no es tan posible este enlace como vos presumís.

Con efecto, sentado Arturo al lado de Delfina le decia:

—¿No bailareis, pues, conmigo?

—No.

—¿Y bailaréis con otros?

—Si.

—Esto se verá.

—Esto lo vereis.

En este momento se acercó Leopoldo para invitar á Delfina á que bailase; mas esta respondió:

—Estoy comprometida con el vizconde Arturo de Lorezay....

—¡Ah! esclamó este en voz baja: ¡sois un ángel!

—Os juro que no es por vos por quien me he negado á bailar con él.

Alegre Arturo, creyó que esta contestacion era efecto de un resto de descontento; pero se engañó, pues era la espresion del pensamiento de Delfina: si en vez de Leopoldo, de un escribiente de su casa: se le hubieso presentado algun jóven de noble familia, no se hubiera negado; pero su vanidad no pudo

Digitized by Google

resistir al deseo de dar á conocer á aquel señorito que su pretension era sobrado alta, y que era muy niño al lado del vizconde de Lorezay.

—¿Segun esto, bailareis conmigo? preguntó Arturo.

á empezar la contradanza, cuando notó que su padre le hacia seña de que se acercase. Levantóse al momento mal de su grado, y á pesar de que sentia dar muestras de obediencia tan exacta, dirigióse hácia el conde, y éste le dijo secamente:



Ya veis que os imito, y que soy una hija obediente.

—Ni con vos ni con ninguno; dejadme é id á convidar á la señorita de Faviery.

—Maldita la gana que tengo de bailar con ella.

—Tal vez que no; y si vuestro papá lo quiere, os será preciso bailar.

Calló Arturo, herido en lo mas vivo, é iba

—¿Habeis invitado á la señorita de Faviery?

—¡No la he visto ahi! respondió Arturo sonrojándose, y....

—¿Quién es esa jóven con quien estábais hablando? parece que la conoceis.

Digitized by Google

—Es hija de Mateo Duran; de ese banquero tan rico, tan....

—¡Bien! ¡bien! ya sé quien es Mateo Duran; un jornalero en sus principios.

—Dicen que es muy honrado y hombre de probidad.

—¿Quereis que sea un pícaro? ¿qué diablo seria si no fuese hombre honrado? En todo caso, procurad no demostraros tan atento con su hija.

No sabia Arturo qué responder, y afortunadamente para él se detuvieron en aquel momento con su padre el marqués de Berizy, y el mismo Mateo Duran. Berizy dijo al conde que deseaba hablar con él un momento, y éste iba á seguirle, cuando acercándose Delfina á Mateo Duran, le dijo:

—¿Hemos de permanecer mucho tiempo aqui?

—¡Pero, Delfina, si apenas principia el baile!

—¡Es igual! repuso la niña mimada; me fastidio y quiero irme.

—Cuando quieras, ó mejor cuando haya hablado con los señores de un asunto.

—¡Vaya, qué sois singular! ¡hasta en los bailes hablais de asuntos, papá!

—Mucho mas singular es, señorita, dijo sonriéndose el marqués de Berizy, que en vuestra edad, linda como sois, os fastidieis en un baile.

Notábase en el fondo del marqués tan alta espresion de hombre de gran tono, que se sintió lisonjeada Delfina con esta paternal leccion.

—Si me fastidio, respondió, es porque no sé qué hacer,

—Pues van á bailar, dijo el marqués, y héos aqui un jóven, añadió volviéndose á Arturo, que estaba junto á él, que tendria á dicha distraeros un momento.

—¡Y á gran dicha! esclamó Arturo con presteza.....

Pero una mirada de su padre le impuso, mientras que Mateo Duran decia á su hija:

—Vamos, Delfina, baila al menos una vez, es bien poco para todo un baile.

Tomando entonces Delfina el ademan de una pensionista, respondió con voz sumisa:

—Os obedeceré, papá.

En seguida, mientras se alejaba el conde con Berizy y Mateo Duran, dijo la jóven volviéndose á Arturo:

—Ya veis que os imito, y que soy una hija muy obediente.

LXXXII.

UN ASUNTO.

En tanto que Arturo y Delfina se disponian á bailar juntos, muy gustosos los dos que una casualidad les hubiese obligado á ello, el jóven, á pesar de su padre, y Delfina, á pesar de su capricho, aconteció que el conde, el marques de Berizy y Mateo Duran se retiraron á un gabinete, donde habia una mesa en que jugaban silenciosamente cuatro hombres, lejos de los cuales fueron á sentarse los recien llegados. Habló primero el marqués de Berizy, y despues de haber presentado mútuamente al conde de Lorezay y á Mr. Duran le dijo:

—Perdonad si en un baile vengo á fastidiaros hablando del negocio; pero la coyuntura es demasiado favorable para que deje de aprovecharla. Os hablé, Mr. Duran, de un bosque que he vendido; el conde de Lorezay, que está presente, es el comprador, y segun la letra del contrato, debe pagarme la totalidad del precio dentro de tres meses: este pago debia hacerse á mí; ¿tendreis reparo, señor conde, en hacerlo á Mr. Duran, que se ha encargado de mis fondos? ¿vos, Mr. Duran, hallais inconveniente en recibir directamente este dinero de manos del conde?

—Como gusteis, respondió Mateo; por mi parte no hallo impedimento.

—Siempre que un recibo de Mr. Duran valga como vuestro, Mr. de Berizy, dijo el conde con ceño, no hallo inconveniente.

—Lo hago por vos, Mr. de Berizy, repuso Duran con altivez; debeis tenerlo asi entendido.

—En verdad, añadió el conde subiendo de punto su desden, que me atendria á la letra del contrato si no viese que con ello se os hace placer.

—Y yo á la de vuestro convenio, replicó Mateo.

—A entrambos doy las gracias por la atencion, dijo el marques de Berizy sonriéndose, y me servirá tanto mas cuanto debo volver para negocios á mi provincia, y me place que se arregle el nuestro de esta suerte.

El conde y el banquero dieron muestra de asentimiento.

—Mañana mi notario redactará el acta que asegure la validez de vuestro pago en manos de un tercero, y todo quedará convenido perfectamente, dijo Berizy, dirigiéndose á Mr. de Lorezay.

—¿Tiene el conde de Lorezay que hacer alguna observacion ó que tomar alguna medida? preguntó el banquero.

—Mi encargado pasará á veros, respondió el conde.

—Y mi cajero le recibirá repuso Mateo Duran, y recibirá tambien el dinero si alguien lo trae.

Saludáronse los dos, é iban á alejarse, cuando los que jugaban se levantaron de la mesa en el instante mismo en que entraba Mr. de Faviery.

—¿Os ha favorecido la suerte, Mr. Félix? preguntó á uno de los jugadores.

El conde y el banquero se volvieron repentinamente á este nombre de Félix, y re-

Digitized by Google

conocieron ambos al anciano á quien tan mal recibieron la víspera. Ambos se admiraron grandemente de encontrarle en casa de monsieur Faviery; pero subió aun de punto su sorpresa, cuando oyeron que respondia descuidadamente:

—No por cierto, que he perdido veinte y cuatro fichas en siete minutos. Afortunadamente, añadió sacando una cartera, y enseñando un paquete de billetes de banco, solo jugábamos de quinientos francos la ficha.

—¡Cáspita con el pobrecito Félix! esclamó el poeta: ¡no acierto quien pueda ser, por vida! ¡pues se parece singularmente á los desconocidos de las comedias de Alejandro Duval!... ¡esto si que es cosa del Teatro francés!

—Lo que es á mí me parece el conde de Lorezay un hombre muy indigesto, dijo Luizzi, á pesar de su nombre grande.

—No, repuso el poeta, solo desearia yo conocer á ese Félix, y le declaro héroe de la comedia; me parece que veo abrir su levita, desabrocharse el pecho y esclamar: «¿Reconoces esta cicatriz?» Pero chanzas aparte; ¿no me direis quién sea ese Félix, que me



¡Orgullo y vanidad!

parece haberle visto en casa del banquero?

—Parece, dijo riendo Satanás, que el sistema de los personages desconocidos escita tanta curiosidad en la vida privada como en el teatro, puesto que Duran y el conde procuraban cerciorarse quién podia ser ese hombre que habia llamado á su puerta como un menesteroso, y á quien encontraban en casa de uno de los mas ricos capitalistas de Euro-

Digitized by Google

pa, divirtiéndose con los mas célebres jugadores y perdiendo con la mayor indiferencia una suma tan considerable. A su vez notó Félix al conde y al banquero, y pasando junto á ellos con aire grave, pronunció en voz baja, de manera que solo aquellos le oyesen, las siguientes palabras, mirando á Mateo Duran y luego á Mr. de Lorezay.

—¡Orgullo y vanidad!

El conde ni el banquero no eran hombres para sufrir tan grande injuria; pero el que se la dirigia pasaba de los ochenta; ambos recordaban de qué modo lo habian recibido, las misteriosas y casi amenazadoras palabras que habian pronunciado, y contenidos los dos por un temor de que en su corazon conservaban el secreto, dejaron que se alejara sin darle contestacion alguna. Miróles únicamente, y pensando los dos á un tiempo que el otro habia oido el insulto, sintieron que en su alma se avivaba el odio que parecia separarlos por instinto.

Las esplicaciones que siguieron á este baile, fueron un incentivo mayor para el encono que separaba al magnate y al hombre del puebló.

Tuvo lugar, en efecto, una primera esplicacion entre Arturo y Delfina. Tanto menos diestro el amoroso jóven, cuanto mas verdadero era su cariño, creyó dar muestras de intensa idolatría á su amada, jurándole que sabria resistir á las injustas prevenciones de su padre. Preguntóle la jóven en qué consistian esas prevenciones, y Arturo tuvo la necedad de manifestárselas.

A esto no halló mejor respuesta la rica heredera que repetir las desdeñosas palabras de la señorita de Faviery, á fin de que no conociese el conde que no era únicamente el quisquilloso en estas materias.

No es de admirar que Delfina, atendido el carácter que debia á la debilidad de su padre, manifestase á éste lo que de él decia él conde; pero necesitábase una circunstancia particular para obligar á Arturo á revélar á su padre lo que le habia dicho Delfina. He aqui lo que pasó. Como Félix se hiciese presentar á Arturo durante el baile, le llamó á parte y le dijo que tenia que hablar con él sobre una peticion de dinero en que estaba comprometido el nombre de su madre. A esto respondió Arturo, que aunque no llevase el nombre de su madre no se reputaba menos obligado á salir por su honor que por el del nombre de su padre. Pareció ser muy del gusto de Félix esta respuesta; pero replicó gravemente:

—¡Ojalá que el nombre que llevais valiese tanto como el que no llevais!

—¡Caballero! esclamó Arturo.

—Ya nos volveremos á ver, jóven, le dijo tiernamente el anciano; y conocereis entonces que tengo derecho para hablar asi.

Aconteció despues, que cuando el conde, que habia notado la emocion de su hijo al tomar la mano de Delfina, creyó deber repetir á Arturo la órden de no hacerse nunca mas encontradizo con ella, halló una obediencia menos rápida y absoluta que de costumbre. Arturo juró deber advertir á su padre que los enlaces entre nobles y capitalistas no eran cosa tan rara para que asi se despreciasen. Indignado el conde por ese asomo de resistencia, pensó dar á conocer de todo punto á su hijo cuán bajas eran sus opiniones, y concluyó con estas palabras una muy linda perorata sobre el respeto debido al nombre que se lleva.

—Comprendo que los que llevan un nombre nuevo, ó los miembros de la antigua nobleza que comprometieron el suyo con indignas especulaciones, procuren enriquecerse, ó reconquistar su fortuna con semejantes enlaces; pero al que lleva Lorezay y posee vuestros bienes, tiene ya otros escrúpulos en semejante materia. Si, Arturo; á una familia como la nuestra, toca mas de cerca mantener los rigorosos principios de honor y de dignidad, que pronto restituirán á la nobleza su brillo y posicion perdida.

—¿Cómo es posible, padre, respondió Arturo, que en esta noche vuestro nombre y vuestros bienes hayan sido objeto de no muy honrosos comentarios?

Bastábale esto al conde para que exigiese una exacta relacion de cuanto se habia dicho, y á fuerza de preguntas, obligó á Arturo á que le repitiese las palabras de Delfina y de Félix. Todo el encono del conde, ó al menos todo el que manifestó, pareció dirigirse contra Duran, y dijo á Arturo que nada podia obligarle á consentir en el casamiento del heredero de su nombre con la hija de un villano enriquecido como Duran. Arturo debia creer que esta decision era irrevocable, pues al siguiente dia recibió de su pàdre órden de partir para Lóndres, y salió de Paris persuadido de que querian separarle de Delfina, y sin suponer que quisieron tal vez impedir que se viese de nuevo con Félix.

Por su parte, Mateo Duran, tan débil generalmente con Delfina, se mostró con ella inalterable. No dejó de manifestarle la jóven que moriria de desesperacion si no era esposa de Arturo, ni dejaron de acometerle ataques de nervios; pero todo fué en vano; pues nada pudo conmover al banquero. Delfina despidió á sus dos camareras, echó á la calle á su maestro de dibujo, tiró los papeles de la nota á la nariz de su maestro de piano, devolvió á la modista mas hábil de Paris tres hermosos sombreros, destrozó como una docena de trages, y dió al traste con un sin número de preciosos objetos; pero estas demostraciones de dolor profundo hallaron inexorable al banquero.

—¿Te gusta acaso un título? preguntaba éste á su hija: en este caso, si lo quieres, se-

Digitized by Google

rás esposa de un marqués ó de un duque.

—Quiero ser esposa de Arturo, respondió Delfina.

—Pero, reponia el hombre del pueblo, ese conde de Lorezay es un intrigante enriquecido, es el hijo de algun portero de provincia que ha robado los títulos que lleva.

—¿Pero vos, padre, vos no sois hijo de un jornalero? Asi lo andais diciendo con frecuencia.

—¡Oh! es muy diferente, Delfina, respondió el banquero con mal encubierto tono; yo no niego mi orígen, antes me envanezco y me honro con él.

Delfina estaba lejos de comprender ese orgulloso cálculo que obligaba incesantemente á su padre á decir que era hombre del pueblo, y á sentirse injuriado cuando algun otro se lo decia, y sin detenerse en la distincion establecida por su padre, y atrincherándose en sus caprichos, tornó á esclamar que moriria muy pronto si no era esposa de Arturo. Duró esta dolorosa rabieta ocho dias, al cabo de los cuales supo que Arturo habia partido para Lóndres. Esta noticia humilló terriblemente á la jóven: con efecto, se admiraba de que durante tantos dias no hubiese probado Arturo á escalar las paredes de su parque; á seducir al jardinero, ó al menos á una camarera, para dirigirle alguna carta en que le propusiese robarla en silla de posta, y amenazarle con caer muerto á sus pies si no consentia en la fuga. Como la ceguedad de su propio orgullo atribuia al cariño las necias demostraciones que hizo por Arturo, no podia concebir que fuese menos fuerte la pasion de un hombre, sobre todo siendo ella la que le inspiraba. La partida de Arturo fué, pues, para la señorita Duran un cruel desencantamiento respecto á Arturo, y no se creyó por esto menos capaz de inspirar la pasion mas romántica, sino que juzgó á Arturo incapaz de sentirla.

La cólera y el despecho que se apoderaron de ella entonces, debieron poner fin á los arranques de un dolor imaginario; pero confesar á su padre que ya no pensaba en Arturo de Lorezay, era decir que no tenia razon, é insistió repitiendo siempre:

—Quiero á Arturo ó la muerte.

En consecuencia, no quiso ver á nadie; se encerró en su cuarto, y solo pensó en su dolor, arrancándole este una frase que creo digna de repetir. Un dia en que su padre la echaba tiernamente en cara que despreciaba sus talentos músicos, respondió con acrimonia:

—Bastante bien toco el piano para morir.

No es dudoso, sin embargo, que hubiese sido cruelmente castigada por su comedia, si hubiese su padre accedido á sus deseos; pero acabó por conocer que nada le seria posible alcanzar, y se gozaba entretanto en obtener otro triunfo que era mucho mas de su agrado. Apesadumbraba á su padre, ponia en alarma toda la casa, lograba que se vigilasen todas sus acciones, que se le rodease mientras dormia, que le siguiesen en sus paseos, y que temblasen al verla tomar un cuchillo ó asomarse á una alta ventana. Todo esto distraia á la señorita Duran, pues notando esos temores se divertia escitándolos.

En este estado se hallaban las cosas tres meses despues de la época en que habia principiado esta historia, y Mateo Duran, verdaderamente alarmado con la porfía de Delfina, empezaba á conocer que su odio contra Mr. de Lorezay no era tan fuerte como el pesar que le causaba su hija; cuando he aqui que tuvo lugar la escena siguiente:

—Siempre estais hablando del odio del conde y del banquero, dijo el poeta; y paréceme que todo odio debe tener una causa.

—¿Una causa? respondió el diablo; ¿la tiene el amor? ¿por qué, pues, ha de tenerla el odio? Uno se aborrece porque se aborrece, como uno se ama porque se ama, y ahi está todo. No obstante, la antipatía del banquero y del conde, no tenia por causa uno de esos vivos instintos que separa irremisiblemente á ciertos seres, y creo que se odiaban por alguna causa, sin que jamás se hubiese manifestado el por qué. Su odio tenía una causa; pero no debemos buscarla en sus relaciones anteriores, pues no procedia de que uno ni otro se hubiesen hecho mal alguno. Jamás entre ellos hubo rivalidad amorosa ni política, fuentes tan fecundas en querellas, crímenes, necedades y ruinas: el dia del baile que dió el marqués de Faviery fué la vez primera que se hablaron, si bien ya de oidas se conocian.

El odio que sentian mútuamente procedia de que tenian los dos un mismo vicio, que tomaba en ellos formas distintas. Si es posible hacer comprender un sentimiento de odio con otro, os hablaré de uno, cuya realidad nadie ha negado, pues á cada paso ofrece de él ejemplos la sociedad: odio que separaba al conde de Lorezay y á Mateo Duran, igual al que existe entre dos mugeres de mala conducta, de las cuales una encubre sus vicios con la máscara de la hipocresía, cubriéndose cuidadosamente hasta los pies, mientras que la otra se presenta erguida con su mismo oprobio, enseñando su pierna hasta la rodilla. Cree la primera ocultar mejor sus vicios, clamando contra las que lo demuestran en toda su desnudez; y detesta á la franca ramera y la obliga incesantemente á despreciar en alta voz la vida que lleva á escondidas; mientras que ésta no puede perdonar á aquella el ningun respeto que con ella guarda, aunque sea no menos infame, y la aborrece de muerte porque la sociedad no la desdeña. Colocad entre las dos á una muger honrada, y las despreciará á entrambas; pero no llegará á huirlas porque no le causan ninguna injuria.

Las dos mugeres por su parte aborrecerán

Digitized by Google

sin duda á la muger honrada: pero no tanto como se aborrecen ellas mútuamente.

—Esto me parece cuando menos muy sutil, dijo el baron; y no esplica la posicion del conde y del banquero.

—En este caso, repuso Satanás, modificando este sentimieto de odio, le encontraremos entre un bribon hipócrita y un bribon descarado; casi siempre los mercaderes ladrones motivan la quiebra de los deudores pícaros, pues los hombres honrados permanecen pasivos. Casi siempre la manceba del marido es la que le dice que su muger le engaña; una muger honrada se guardaria muy bien de hacerlo, y es que el vicio casi nunca tiene enemigo mas implacable que el mismo vicio. Modificad un poco mas este sentimiento, que solo es esterior; llamad ridiculez á lo que yo vicio, y vereis el mismo principio de odio entre dos hombres que han salido de la nada, como Mateo Duran y el conde de Lorezay.

—¡Qué estais diciendo! esclamó el poeta; ¡cómo! el conde de Lorezay....

—¡Y bien! dijo el diablo.

—¿Ha salido de la nada?

—Si.

—¡Ah! ¡he aqui por qué le ridiculizábais!

—No; mejor direis que por esto era ridículo ni mas ni menos que Mateo Duran, respondió el diablo, y he aqui por qué se aborrecian.

Con efecto, ambos sentian vivamente la oscuridad de su orígen; pero uno se envanecia con él, para imponer con su orgullo á la sociedad, á semejanza de las rameras descaradas, mientras otro le ocultaba con esmero, deseoso de respetos que no sabia merecer, á semejanza de la muger hipócrita.

Mateo Duran era el hombre orgulloso que se creia fuerte para luchar solo contra las preocupaciones sociales y derribarlas; el conde era el hombre vanidoso, que se somete á lo que encuentra establecido para sacar de ello provecho; el banquero odiaba al conde porque, á favor de una intriga, se hallaba este reputado hombre importante sin merecerlo por ningun título; el conde de Lorezay aborrecia á Mateo Duran, porque, afectando envanecerse de su oscuro orígen, satirizaba asi el cuidado con que él procuraba encubrir el suyo: los dos detestaban á los hombres de verdadera nobleza, pero los detestaban menos que se detestaban á sí mismos.

Por otra parte, puede decirse que esos hombres eran representantes, úno de ciertas ideas añejas, y otro de ciertas ideas nuevas; Lorezay era hombre de fortuna de todos tiempos, y que conformándose con las ideas generalizadas sobre las ventajas de una elevada cuna, acata las preocupaciones para hacer recaer sobre sí sus ventajas. Mateo Duran era el hombre de fortuna moderna, el que, apoyándose en un principio absoluto de igualdad social y de valor individual, repudia todo nombre ilustre y todo respeto hereditario para descansar únicamente sobre la persona y creerla casi igual á Dios: para decirlo en una palabra, creo que el anciano Félix habia esplicado muy bien estos dos caractéres, aplicando á Mateo Duran la palabra orgullo, y al conde de Lorezay la palabra vanidad.

—Ese Félix será algun viejo gentil-hombre amigo vuestro, dijo el poeta, hombre de sangre azul, de quien hablais con tanta alabanza.

El diablo no respondió, continuando asi:

—Ahora que creo haberos esplicado poco mas ó menos las disposiciones de entrambos respecto á sí mismos y respecto á la sociedad, continúo mi narracion para contaros las varias escenas que entre ellos tuvieron lugar y que fueron una consecuencia de las anteriores.

Conociendo Luizzi el modo como acostumbraba contar sus historias el diablo, pensó que debia tener poderosas razones para prolongar de esta suerte hasta el estremo su narracion, y escuchó deseoso de observar si produciria en el poeta el efecto predicho por Satanás, que continuó asi:

LXXXIII.

Esto pasaba en los primeros dias de julio de 1830. Mateo Duran regresaba de su quinta, donde dejó á Delfina abismada en tan profundo dolor, que casi estuvo á punto de pegar á su padre. Estaba sentado éste en el mismo gabinete donde le hemos visto ya otra vez, pero no tenia ese semblante tranquilo y satisfecho de sí mismo que tan noble nos pareció algunos meses antes. Se hubiera dicho á la vez que esperimentaba un gozo mas activo y una inquietud mas viva, pues rápidamente se entregaba á arranques de alegría y á un meditabundo abatimiento. Tan diversas emociones procedian de las varias ideas que le ocupaban interiormente; al considerar que acababa de ser nombrado diputado por cuatro distritos, poseíale un ardoroso orgullo, y brillaba su mirada con imperio; cuando discurria por qué medios habia alcanzado semejante triunfo, no podia menos de confesar que tuvo que sacrificar la seguridad de sus negocios á su ambicion, y un frio temor cubria de palidez su semblante. Sentíase poseido de la fiebre de esos grandes autores políticos, trasportado ya en un febril delirio que da una energía efímera ó víctima al cabo de pocos momentos de una de esas emociones glaciales que hacen temblar y abaten repentinamente las fuerzas.

Pero únicamente á sus solas se entregaba el banquero á tales consideraciones, pues hallándose en sociedad, volvia á representar su papel con la admirable sangre fria de un autor

Digitized by Google

á quien las costumbres teatrales dan el gesto y el tono de voz correspondiente, aunque su pensamiento esté muy distante de lo que representa.

Habiéndole manifestado, pues, que le esperaban en el salon muchas personas, se hizo entregar la lista, y se admiró en estremo de encontrar entre treinta nombres insignificantes, y junto al de Doneau, el del conde de Lorezay. El banquero pareció meditar un momento sobre lo que debia hacer con éste, y dijo al fin ál ayuda de cámara:

—Escusadme con el conde de Lorezay, y decidle que toda esta mañana me ocuparán mis negocios, y que temo hacerle esperar mucho tiempo; pero si quiere volver mañana ó pasado mañana estaré á sus órdenes. Tocante á Mr. Doneau, decidle que aguarde, porque he de hablarle precisamente: haced que vayan entrando los demas.

Asi que hubo dado esta órden, se levantó de un sillon para recibir de pie á los que venian á verle por varios asuntos, obligándoles de esta suerte á abreviar su visita. Esta leve diferencia entre la acogida que hacia antes á los que iban á hablarle, y á quienes ofrecia con tanta amabilidad asiento, parecia demostrar que Mateo Duran pensaba ya que era perder tiempo, escuchar las peticiones, á las que prestaba tanta atencion algunos meses antes. Despidió al principio á una media docena de electores que venian á solicitar de él que les presentase ciertas mociones á que se debió negar, puesto que se habia obligado á defender los derechos del pueblo en la tribuna y no en su bufete, es decir, que era muy amante de la teoría y poco partidario de la práctica. ¡Ah! es que debemos confesar que la teoría es la mas linda cosa que haya inventado el diablo para desorganizar al mundo: Presentadme al filantrópico mas amante de la humanidad, confiadle el poder durante veinte y cuatro horas, y haré de él el mónstruo mas abominable. Robespierre era un teórico que anhelaba el bien de la Francia, y que como todos los teóricos, creia que el fin justifica los medios.

—¡Oh! señor conde de Cerny; este epígrama tiene un sabor á cartista que trasciende, esclamó el poeta; ¡por cierto que concedeis á Robespierre unas opiniones muy sabias!

—Tal vez que sí, respondió el diablo, mientras le decia Luizzi en voz baja:

—Satanás, me parece que olvidas tu mision.

—Como quiera que sea, repuso éste, Mateo Duran recibió y despidió á los electores con la alta superioridad de un hombre á quien fastidiaba su visita, y les dió por respuesta que no queria meterse en cosas del poder. La misma frase le sirvió para todos, de manera que se retiraron encantados de la sublime independencia del nuevo diputado: treinta minutos le bastaron al elegido para deshacerse de sus electores.

Presentóse, no obstante, un antiguo proveedor del ejército imperial con una peticion dirigida á las cámaras, en que reclamaba enormes sumas, acusando al gobierno de haber desconocido títulos justos, y señalando fraudes evidentes. El banquero leyó la peticion hasta el fin, y respondió asi:

—Si, apoyaré esta peticion con todas mis fuerzas; quiero y debo demostrar un despojo tan injusto; vuestras reclamaciones han sido desoidas, porque datan de una época cuya gloria y cuyas obligaciones repudia el gobierno actual; pero el dia de la justicia no está lejano, y no tendremos la culpa yo y mis amigos, si no lograis una completa satisfaccion.

—¿Lo esperais asi, señor? preguntó el exproveedor.

—La mayoría de la oposicion es fuerte y poderosa, y el poder tendrá que querer lo que nosotros si acaso dura mucho tiempo en manos de los que obran tan indigna, arbitraria é impopularmente.

—¡Ah! esclamó el postulante, la vida es lo que os deberia, pues no puedo menos de confesaros que con esos títulos que vos suponeis tan justos me veo reducido á la última miseria, de tal suerte, que me reputaria muy dichoso si me prestáseis una cantidad cualquiera sobre el depósito que haria de esos documentos, mientras espero que sean admitidas mis reclamaciones á favor de vuestra elocuente intervencion.

—Es cosa que os será muy fácil, respondió Mateo Duran, dirigiéndose hácia la puerta como para enseñarle á su protegido con toda la gracia y soltura posible, que anunciaba grandes disposiciones para ser ministro.

—Si lo creeis asi, dijo el proveedor siguiendo á pesar suyo al banquero, ¿no os seria posible, Mr. Duran?

—¿A mí? ¡Ah! no, respondió el diputado. Mi casa no puede dedicarse á semejantes operaciones, y aunque quisiese no podria. Sin embargo, no dejaré de serviros en cuanto pueda, y cuando vuestra peticion llegue á la cámara, podeis contar enteramente con lo que llamais mi elocuente intervencion.

Diciendo esto, abrió el banquero la puerta de su gabinete, y saludó al proveedor con perfecta política, que encubria admirablemente esta frase interior: «¡Hacedme el favor de iros con todos los diablos!»

Despues de este peticionario, se presentó otro que venia á someter al banquero un proyecto de reforma de hacienda, que tendia nada menos que á suprimir los tributos sobre bebidas, derechos sobre la sal y el monopolio sobre el tabaco, llenando el déficit que de esta supresion resultaria, disminuyendo por mitad todos los sueldos de los empleados. Sin admitir el banquero la esplicacion radical de las ideas del reformador, aprobó vivamente el principio y declaró que era tiempo de introducir un sistema de severa economía en

Digitized by Google

los gastos públicos, y de hacer cesar el modo como era manejada la fortuna del pueblo, y que entonces seria posible realizar las ideas del peticionario; ideas que en todo caso se obligaba á someter á la cámara, á fin de acostumbrarla á oir hablar de economía y de reforma.

—No es este el Mateo Duran que yo conozco; el verdadero y franco patriota que admiran todos, dijo el poeta.

—Podrá ser, contestó el diablo, pero yo no pinto al Duran que vos conoceis, sino al que yo conozco.

—Nunca os he visto en su casa.

—Sin embargo, voy allá con mucha frecuencia, dijo Satanás, y continuó así:

Cuando Mateo Duran hubo despedido á ese gran economista, con la misma ceremonia con que despidió al exproveedor, dió órden á su ayuda de cámara de que introdujese á Mr. Doneau; mas su indignacion llegó á lo sumo cuando supo que el maestro albañil no quiso aguardar, sino que anunció que volveria. Por otra parte, le asombró sobremanera que su portero le dijese que el conde de Lorezay habia manifestado que esperaria á que Mr. Duran hubiese terminado sus negocios. Que esperase todo un conde en su antesala, fué cosa que llenó de orgullo al banquero, y olvidó por un momento la libertad que se habia tomado Doneau para dar con voz sonora órden de introducir á las demas personas que esperaban. Estas eran de la clase del comercio, que teniendo noticias de la reputacion de beneficencia para con los condolidos, que se habia grangeado Duran, venian, como lo hizo en otro tiempo Doneau, á esplicar sus cuitas al banquero y solicitar el generoso apoyo que aquel habia obtenido. Pero Mateo Duran tenia para con los peticionarios comerciales una frase casi idéntica á aquella con que despedia á los peticionarios políticos. Sus nuevas funciones de diputado, decia, le robaban todo el tiempo, de suerte que, se vió precisado á abandonar completamente la direccion de su casa de banco en manos de monsieur de Sejan, quien decia estaba encargado de hacer cuanto posible fuese, y en busca del cual los despedia con la mejor gracia. El gefe de la contabilidad los recibia con esa figura inmóvil de un capitalista que solo abre sus labios para pronunciar estas palabras: «Absolutamente imposible,» resultando de ahí que Sejan tomaba por su cuenta la insensibilidad del banquero, mientras conservaba éste su reputacion de hombre benévolo y generoso.

Terminadas las audiencias, anunciaron al banquero que Doneau estaba ya de vuelta, y queriendo Duran agotar hasta el fin el placer de tener en la antesala al conde de Lorezay, recibió antes al maestro albañil.

—¿Me habeis mandado llamar? dijo Doneau con risueño semblante.

—En efecto, respondió el banquero con cierta acrimonía, y hubiera deseado veros mas pronto, en atencion de que es muy importante lo que tenemos que hablar.

—Vuestra es la culpa, Mr. Duran, dijo el empresario con obsequiosa familiaridad.

Frunció las cejas Mateo Duran.

—Repito que es culpa vuestra, continuó Doneau; ¿no me dijisteis la vez primera que tuve el gusto de veros, que era el tiempo un capital muy precioso? Pues por esa razon, he aprovechado las horas que me permitian las muchas visitas que teniais que recibir para concluir algunos negocios.

Sonrióse desdeñosamente el banquero, y replicó Doneau:

—El negocio de que hemos de hablar juntos era quizás el mas importante de todos.

—¿De qué se trata?

—Creo deber preveniros que el crédito que os he abierto en mi casa cesará desde el quince de este mes.

—¡Me cerrais el crédito! esclamó anonadado Doneau.

—Y cuento, repuso el banquero sin hacer caso de la esclamacion del empresario, que estaré reintegrado dentro de un mes de los cuatrocientos mil francos que os he adelantado.

—¿Dentro de un mes? repitió Doneau con asombro

—Paréceme, dijo Mateo Duran, que habreis tenido sobrado tiempo para tomar vuestras medidas. Os he entregado como me pedísteis los fondos necesarios para concluir vuestras casas; al fin se habrán concluido ya, pues estamos en julio, cuando segun vuestros cálculos debian ya produciros, y es tiempo, á lo que me parece, de completar vuestra operacion vendiendo las casas, solventando las deudas, y realizando los beneficios.

—Sin duda que si: pero si me veo obligado á ponerlas de golpe todas en venta, habré de abandonarlas en cierto modo, perdiendo así todos mis beneficios, con mas mi capital.

—Esto no es posible, Mr. Doneau, respondió el banquero con imperturbable calma. Pusisteis un capital de trescientos mil francos, y cuando me vinísteis á encontrar, habiais hipotecado por valor de un millon y doscientos mil. Yo os he prestado sobre hipoteca cuatrocientos mil, lo que constituye una suma total de un millon y novecientos mil francos. De esta á la de tres millones en que evaluásteis vos mismo vuestras casas, va una gran diferencia, y todavía os queda campo para beneficios.

—Sin duda que si; pero los cuatrocientos mil francos que me prestásteis han servido para pagar empeños anteriores; entretanto, he debido hacer otros nuevos, y hoy dia que se han rematado las obras, he de satisfacer por valor de mas de doscientos mil francos en libranzas.

Digitized by Google

—¡Pues bien! señor Doneau, tendremos una suma de dos millones y cien mil francos: luego os quedarán todavía novecientos mil francos de beneficios, si fueron justos y leales vuestros cálculos.

—Leales han sido, dijo Doneau con alguna vivacidad, y tambien serán justos, si me concedeis el tiempo necesario para realizar la venta de mis casas.

El banquero abrió una cartera, tomó un papel y leyó algunas líneas á Doneau.

—Ya lo veis, añadió, los términos de nuestro contrato son muy claros. Os he prestado sobre hipoteca cuatrocientos mil francos por cuatro meses. Estos espiran mañana, y con derecho podia pediros inmediatamente un reembolso total. No lo hago, antes añado el plazo de un mes y pienso hacer mas de lo que exigen mis intereses, aunque estoy habituado á sacrificarlos á los de los demas.

—En verdad, Mr. Duran, dijo el empresario con un ademan suplicante, que me será imposible satisfaceros.

—En este caso, respondió el banquero, no debe admiraros si tomo inmediatamente las medidas necesarias para conseguir el pago que tenia derecho de esperar de vos.

—¡Cómo! esclamó Doneau; ¿una ejecucion?

—En vuestra mano está evitarla, reembolsándome inmediatamente.

—Pero es usar conmigo de un rigor....

—Os lo agradezco, dijo amargamente el banquero; acostumbrado estoy ya á la ingratitud, y esto es lo que deben esperar los que consagran su vida para socorrer á los demas. No usaba yo de rigor cuando os abrí mi caja; pero ahora que pido mi capital, soy un hombre rigoroso. Basta, ya sé lo que debo hacer.

—¡Por Dios! ¡por Dios! esclamó Doneau, perdonad una palabra imprudente que desapruebo en el fondo de mi alma; pero os juro que me arruinais, precisándome á satisfaceros con tanta prontitud. Demasiado estais versado en los negocios para conocer que solo se hallan compradores cuando no se buscan. Es menester dejarles venir, y seguramente que en un mes no puedo realizar una venta tan enorme. Por otra parte, se me pedirán plazos, y si yo no los obtengo, tampoco podré concederlos, y entonces me será imposible la venta.

—Sustituid una hipoteca á la mia, y consiento en ello.

—Pero esto es desestimar la hipoteca diciendo que no parece suficiente á una casa de comercio como la vuestra, pues nadie dudará que si exigís semejante pago, es porque creeis espuestos vuestros fondos. Nadie podrá de otro modo comprender vuestra.... no diré vuestro rigor.... pero vuestra....

Detúvose Doneau no pudiendo encontrar una palabra que pudiese sustituir á la de rigor.

—Adelante, adelante, dijo el banquero.

—Si, Mr. Duran, contestó Doneau casi sollozando, nadie creerá que un hombre como vos, el sosten de los pobres, el apoyo de la industria, el pródigo siempre para socorrer á los hombres honrados, nadie creerá, repito, que seais tan severo conmigo sino que lo he merecido por conducta poco leal ó faltándoos á mi palabra. Y sin embargo, Mr. Duran, soy un hombre honrado, soy como vos, segun tantas veces me lo habeis dicho, un hijo del pueblo que he adquirido mi caudal con el trabajo y la probidad: y seguramente no querreis perderme, no solo en lo que respecta á la fortuna, sino en lo que mira á la reputacion: sois incapaz de ello.

El banquero pareció muy conmovido y respondió:

—Creed que no seria tan rigoroso si no necesitase mis caudales. Desde el dia en que os presté tenia ya un empeño, y habiendo comprometido mi palabra, tengo que cumplirla.

—En este caso, señor, dijo Doneau con desesperacion, veré.... veré....

Se disponia á salir cuando el banquero le llamó de nuevo.

—Oid, Mr. Doneau, no quiero que se diga nunca que he dejado de socorrer á un hombre honrado, salido como yo del pueblo.

Volvió Doneau con ademan alegre, y esperaba tranquilo las palabras del banquero que iba á pronunciar, no sin turbacion. Decidióse al fin Duran á hablar, y repuso:

—¿Segun vuestros cálculos, teneis una suma de dos millones y cien mil francos, segun la palabra empeñada, sobre vuestras casas?

—Si señor.

—Firmadme una escritura de venta de las casas por valor de dos millones y doscientos mil francos, y habreis liquidado conmigo.

—Pero, respondió Doneau con acrimonia lleno de asombro al oir la proposicion del banquero y olvidando que este hombre, que le ofrecia comprar casas por valor de dos millones y doscientos mil francos, acababa de decirle que necesitaba sus caudales; ¡pero esto es arrebatarme el beneficio de mi operacion!

—¡Cómo! dijo el banquero, ¿cuánto habeis puesto? trescientos mil francos para empezar á hacer en un año el pago de la compra del terreno: lo demas ha procedido de empréstitos sucesivos. Resultará, pues, que con trescientos mil francos habreis realizado en un año un benficio de cien mil francos, es como si hubieseis puesto vuestro capital á un premio de mas de treinta y tres por ciento. No sé que ningun comercio produzca tan exorbitante ganancia, y el banco contra el cual tanto se clama, está lejos de llegar á la mitad de esos beneficios, siendo asi que emplea frecuentemente capitales con mas ligereza de lo que deberia.

—Ya se vé que si, dijo Doneau; pero en este negocio he tenido que pagar los intereses de los capitales, los gastos de escritura y algunos otros.

Digitized by Google

—Es muy justo, respondió el banquero, é irán por mi cuenta.

—En este caso habré corrido todos los riesgos y habré trabajado todo un año....

—Para ganar cien mil francos; no me parece tan mala cosa, considerando, sobre todo, por donde empezásteis.

—¡Empecé, respondió el empresario con orgullo, por donde empezásteis vos!

—Perdonad, respondió con altivez el banquero; que no hablo del hombre, sino del capital empeñado: no olvido lo que he sido, pues tal vez he sido menos que vos.

—Acabemos, dijo Doneau con el arranque de resolucion que toma el que conoce estar en peligro y que tiende al cirujano una pierna ó un brazo para que se lo corte, vamos, dadme dos millones y cuatrocientos mil francos, y es negocio concluido.

El banquero volvió á meter en la cartera el contrato de hipoteca, y respondió friamente:

—He hecho cuanto he podido para salvaros, y siento no hallaros mas razonable. Adios; este negocio ya no me incumbe, y os vereis con Mr. Sejan para liquidar nuestra cuenta.

—Pero señor....

—Tendreis que perdonar, pues hace dos horas que el conde de Lorezay está esperando, y en verdad que á pesar de sacrificar siempre todo mi tiempo para los que como yo son comerciantes ó industriosos, seria ya mas que impolítico hacer esperar mas tiempo á un noble tan paciente.

—Voy á tener una entrevista con Mr. Sejan, dijo Doneau confundido.

Saludóle el banquero, y mientras daba órden de que introdujesen al conde de Lorezay, y en tanto que entraba esto en él gabinete, escribió algunas líneas, y diólas bajo cubierta al criado, diciendo:

—Aprisa para Mr. Sejan.

He aqui lo que decian las líneas:

«Manteneos firme con Doneau, y por dos millones y doscientos mil francos adquiriremos seis casas que, esperando coyuntura favorable, valdrán mas de tres millones.»

Asi que hubo salido el ayuda de cámara, saludó el banquero al conde de Lorezay, y los dos hombres de fortuna se hallaron uno frente del otro.

—¿Mateo Duran ha hecho esto? esclamó el literato mirando al conde con bastante seriedad, para que juzgase el baron que empezaba el diablo á obtener la atencion que esperaba.

—¿Estais seguro de ello?

—Os indico las personas y me refiero á cantidades exactas.

—¿Pero cómo diablo habeis sabido tantas cosas?

—Os lo diré en cuanto haya terminado.

—¿Sabeis que con semejantes secretos podria uno jugar una treta á Mateo Duran? dijo el poeta.

—¡Ah! juroos, repuso Satanás, que si su hija me gustase como os gusta á vos, pronto me perteneceria. Sobre todo, con lo que me queda que contaros.

Al oir estas últimas frases, empezó Luizzi á adivinar la intencion de Satanás, y le escuchó mientras preseguia asi:

LXXXIV.

Ahora bien; habiendo Mr. de Lorezay quedado á solas con Mateo Duran, pareció bastante turbado, sin duda por lo que tenia que decirle, y á este embarazo se añadia el resentimiento por la larga antesala que habia tenido que hacer, no dejando de presumir que la habia prolongado el banquero en cuanto le habia sido posible. Sin embargo, ese resentimiento no se traslucia en su semblante mas que por la leve contraccion de sus labios, y encubria su cólera con la cortesía; pero Duran era sobrado conocedor de los hombres para no presumir que hubiese herido en lo mas vivo la vanidad del conde, y debió creer que solo la necesidad mas imperiosa pudo hacer que aquel hombre aceptase el insulto que se le acababa de hacer. En consecuencia, pensó portarse con él de tal suerte, que le hiciese conocer cuán imprudente anduvo tratando con desden en casa del marqués de Faviery á quien tenia mas motivos que él para ser orgulloso.

Guardóse bien el banquero de sacar al conde de su embarazo abriendo la conversacion con lugares comunes de la política, que le hubieran dado tiempo de reponerse. Ofrecióle una silla, tomó otra á su lado y se inclinó un poco como quien dice: «Hablad, que ya os escucho:» pero esto sin hablar una palabra. Decidióse entonces á hablar el conde de Lorezay, y queriendo sobreponerse á la humillante turbacion que le dominaba, hizo tan violento esfuerzo para parecer tranquilo, que entró de lleno en el colmo de su vanidad sin poder contenerse en el justo medio de una política enérgica y apacible.

—He sido constante, dijo con cierto modo de chanza que pensó hacer gracioso, pero que á pesar suyo era satírico; esperé á que estuviéseis desocupado y he reconocido la soberanía de la riqueza; pero me prometo que no la encontraré tiránica. Ordinariamente los que todo lo pueden, se muestran bondadosos para los que hacen acto formal de sumision.

No quiso Mateo seguir la conversacion sobre ese ligero tonillo, antes respondió con fria gravedad:

—Muy poco tiempo me sobra para los muchos asuntos que me abruman, señor conde, y esto debe ser una escusa suficiente para que os haya hecho esperar tanto tiempo.

—Afortunadamente me sobra á mí mucho tiempo para muy pocos negocios, repuso el

Digitized by Google

conde; cosa que debe esplicaros cómo he podido permanecer mucho tiempo en vuestra antesala.

—Pues bien, señor conde; si os place que los dos no le perdamos ahora, dignaos decirme á qué casualidad debo vuestra visita.

Este llamamiento al objeto real de la visita, cortó la vanidad á que se entregaba monsieur de Lorezay, puesto que volvió á dominarle su embarazo, y Duran pudo conocer, mas aun de lo que sospechaba, que estaban en su mano los mas graves intereses de su enemigo.-Al cabo de un momento de silencio, respondió éste:

—Recordareis sin duda lo que nos propuso el marqués de Berizy, y como consentí en entregaros el precio de un bosque que acababa de comprarle.

—Recuerdo perfectamente, dijo el banquero, que consentí en recibir este precio que me encargó Mr. de Berizy.

El conde se mordió los labios de despecho á esa fria y seca repeticion de la palabra consentir. Habiala, en efecto, pronunciado sin ánimo de ofender; pero sus hábitos contrariados le dominaban mas que su determinacion de mostrarse atento, y conoció se las habia con quien estaba dispuesto á no concederle la menor parte de superioridad. Cruel hubo de ser este movimiento: pero fué tambien bastante rápido, pues al momento continuó el conde:

—De los otros dos millones que os obligásteis á recibir, se os ha entregado ya un millon y doscientos mil francos.

—Con efecto, y debe completarse el pago en todo el corriente mes.

—Para ese complemento deseaba obtener de vos el plazo de algunos meses.

—¿De mí? respondió el banquero con tono de verdadera sorpresa; me es forzoso deciros que en este negocio no soy en realidad mas que el cajero del marqués de Berizy, que solo él puede concederos ese plazo.

—Esperaba que me hiciéseis esta observacion, y para desvanecerla, creo deber contaros lo que me impide cumplir la obligacion que me impuse.

Inclinóse el banquero, y el conde prosiguió de esta suerte:

—Cuando hice esta compra, tenia esperanzas de lograr la empresa de vestuarios para la espedicion de Argel.

—Comprendo, contestó desdeñosamente el banquero, y contábais con los grandes beneficios de esta honrosa especulacion para completar la suma necesaria al pago de vuestra compra.

—No por cierto, pues tenia íntegro entonces el precio de la compra; pero un miserable intrigante me arrastró á que corriese los riesgos de la empresa, y bajo viles pretestos me han robado una cantidad enorme.

A esta revelacion no pudo menos el banquero de dar muestras de una alegría interior, y respondió:

—Razones son estas que el marqués de Berizy comprenderá perfectamente si se las manifestais.

—No tanto como vos, dijo al momento el conde; Mr. de Berizy es un antiguo gentilhombre de provincia que en nada conoce esa clase de operaciones, en lugar de que vos sabeis de qué manera se llevan á cabo.

—Confiésoos que ignoro completamente las operaciones del género de la que acabais de hablar, pues nosotros, hombres del pueblo, solo entramos en las que son... legales.

No podremos asegurar cuál fué la causa de que vacilase el banquero entre la palabra legales y leales que le habia ocurrido antes; si un resto de cortesía, que le impedia hacer semejante insulto al conde, ó el recuerdo de la escena que acababa de pasar entre él y Doneau, en la que hizo un uso tan poco leal de la legalidad; ello es que el conde notó su embarazo y adivinó el nombre que habia sido sustituido por otro. No dió, sin embargo, muestras de haberlo traslucido, y recobrando sus modales del gran tono, añadió:

—Ciertamente no era todo ello de muy exacta legalidad, y por consiguiente, seria singular confidencia manifestarlo á un legislador, á un miembro de la cámara alta, á un par de Francia.

—¿Os parece mas propio manifestarlo á un diputado? repuso gravemente Mateo Duran: ¿á un miembro de la cámara baja? añadió con amargura.

—Vamos, Mr. Duran, no representemos entre los dos una comedia inútil, puesto que conoceis, tan bien como yó, de qué manera se practican esas cosas; vos que perteneceis á la alta sociedad.

—Yo pertenezco al pueblo, señor conde: dijo con insolente humildad el banquero.

—¿Os parece, respondió el conde, cuyas palabras parecian desgarrarle el paladar, que no pertenecemos todos al pueblo, derivando de él algo mas cerca? Todos pertenecemos á una misma época, y en consecuencia no debemos dar una misma solemnidad inútil á las cosas comunes de la existencia. Y dejando todo esto á un lado, Mr. Duran, ¿os conviene hacerme el favor que os acabo de pedir?

—¿En qué debo consentir?

—En hacerme llevar á cabo el contrato celebrado con el marqués de Berizy, tomando por vuestra cuenta 800,000 francos que debo satisfacer Comprendereis que os daré formales garantías y aun hipoteca sobre el bosque que he adquirido. En cierto modo no os pido, pues, mas que un préstamo hipotecario por algunos meses.

—¿Solo de algunos meses? preguntó el banquero, el cual, si bien tenia intencion de negarse á todo, deseaba, sin embargo, conocer los negocios del conde de Lorezay;

¿estais, pues, seguro de poder pagar al cabo de algunos meses?

—Muy seguro, pues que caso á mi hijo.

Esta noticia inflamó de golpe, como el rayo, el corazon del banquero con el recuerdo de su primer encuentro con el conde, y respondió sonriéndose:

—¡Ah! ¿con qué casais á vuestro hijo? ¿Sin duda será con alguna familia muy noble?

—No, no; Arturo se casa con la hija de un comerciante.

—¡Ah! ¿con la hija de un comerciante?

—Pero con la hija de un comerciante inglés, de un hombre de cierto prestigio; ya sabeis que en Inglaterra hay una especie de personage que puede llamarse noble.

—Convengo en ello.

—Pues bien; debo hipotecar la dote de mi nuera sobre una de mis propiedades, y empleándola por entero para el pago del bosque del marqués de Berizy, daré cumplimiento á las cláusulas del contrato y os satisfaré.

No daba respuesta Mateo Duran, y pasados unos momentos, tuvo que añadir el conde:

—¿Y bien, qué os parece mi proposicion?

Levantóse de repente Mateo Duran, y respondió dando á su acento y á su ademan todo el orgullo posible.

—Pienso que esta proposicion podia dirigirse al marqués de Berizy, pues es muy fácil convenirse entre gentiles hombres; una clase que debo suponer igual. Y si acontece que el gentil-hombre cortesano tema confiar ciertas cosas al gentil-hombre campesino, atendida la enorme diferencia de... ideas que existen entre ellos, reasumo que la proposicion hubiera podido dirigirse mejor al comerciante inglés que al banquero francés, al paisano noble, que al paisano del pueblo: ¡esto es lo que yo pienso, señor conde!

Cubrió la palidez el semblante del conde de Lorezay: un destello de cólera inflamó sus ojos; pero se contuvo, y dijo saludando con insolencia desdeñosa:

—Os llamais Mateo Duran, y yo me llamo conde de Lorezay; la distancia que nos divide me impide ver un insulto en lo que acabais de decir.

—Soy hombre para ofreceros un anteojo de larga vista para que podais verlo mejor, repuso el banquero.

—Como sea tan largo como una espada, dijo el conde, será suficiente.

—Lo será si os place, respondió Mateo Duran.

—¡Basta! dijo el conde de Lorezay saliendo del gabinete.

Al dia siguiente, el marqués de Faviery y el de Berizy pasaron á ver al banquero de parte del conde de Lorezay, y procuraron interponerse entre dos hombres á quienes su edad y posicion impedian comprometer, sin mas ni mas, su existencia: pero durante dos ó tres dias de negociaciones, los hallaron igualmente testarudos. Admirados entonces de esta porfía, declararon que no podian ser testigos de un duelo cuya verdadera causa les era desconocida. Hízose esta objecion al banquero antes que al conde, mas éste declaró no poder revelar la causa, cuyo secreto pertenecia esclusivamente á su enemigo.

Habiéndole repetido á éste la objecion y la respuesta, determinó declarar á los testigos el motivo de su visita hecha á Mateo Duran, y lo que dió márgen á que se ultrajasen de palabras; añadió, sin embargo, que el banquero se habia portado como un hombre de honor guardando tan fielmente su secreto, y Mateo, por su parte, no pudo menos de aprobar la conducta del conde, que sacrificaba su vanidad para remover los obstáculos que se oponian al desafío.

—¿Con qué se batieron? dijo el poeta.

—Luego lo sabreis, respondió el diablo.

Colocados en tal posicion los enemigos, fué fácil hacerles confesar que no habia motivo sério para un duelo. Con efecto, obedecieron ambos mas bien á una saña vengativa que á un impulso de honor: una vez conocidas las circunstancias de su querella, temieron sin duda patentizar el secreto de animosidad, y se declararon mútuamente satisfechos.

Por lo demas, este negocio tuvo felices resultados para el conde de Lorezay, puesto que Berizy le propuso rescindir el contrato, por cuanto habia encontrado otro comprador en la persona del anciano Félix de Marsella, quien se habia interpuesto dirigiéndose al marqués de Berizy, para impedir que tuviese fatales consecuencias la querella de Duran con el conde.

—Ya vuelve ese viejo de Félix, esclamó el poeta. Vamos, precisamente debe ser algun héroe de Scribe, uno de esos hombres que llevan siempre en la faltriquera un millon para servir de intermediarios.

—Esto no deja de tener sus lances bonitos, respondió el diablo; los antiguos hacian comparecer sus dioses para el desenlace de sus dramas, á manera del *Deus intercit* de Horacio. Scribe ha inventado el millon para lograr el mismo objeto, y si en algo creyese, yo preferiria creer en literatura en el dios millon que en el dios Júpiter ó Apolo.

Oida esta respuesta del poeta, continuó el diablo.

Como el conde de Lorezay aceptase la proposicion del marqués de Berizy, resultó que tenia en casa de Duran un millon y doscientos mil francos. Apresuróse el banquero á ofrecerle su reembolso luego que supo el nuevo convenio; pero Lorezay creyó corresponder á su dignidad decir al banquero que guardase sus fondos, no queriendo dar á su enemigo una prueba de desconfianza que seguramente en su brillante posicion, hubiera sido imprudente.

Digitized by Google

—Por otra parte, continuó Doneau en la venta que le habia propuesto Mateo Duran, y éste cargó con sus obligaciones con respecto á los acreedores hipotecarios, y se halló, por consiguiente, deudor de un millon y doscientos mil francos relativamente á Doneau; cantidades que reunidas á los cuatrocientos mil francos que habia adelantado, formaban dos millones con doscientos mil francos, precio de las casas de Doneau.

En esto se efectuó la revolucion de julio.

—Grande revolucion, esclamó el poeta.

—Me envanezco con ella, respondió el diablo.

—Que ha puesto á la Francia en la senda del progreso social.

—Que ha desechado la ley del divorcio.

—Que ha derribado la aristocracia.

—Que ha nombrado la oficialidad de la guardia nacional.

—Que ha moralizado los pueblos.

—Que ha instituido los mas suntuosos bailes.

—¿Parece que la mirais con odio, Mr. de Cerny? esclamó el poeta.

—¿Por qué? porque nada ha hecho de bueno; nada bueno esperaba yo de ella; no era yo como Mateo Duran, que se prometió con ella grandes cosas y que solo alcanzó su ruina.

—¡Cómo! ¿su ruina?

—Si; escuchad.

LXXXV.

Os he esplicado con claridad al principio de esta narracion y con el ejemplo del empleo de los fondos del marqués de Berizy, colocados en rentas sobre el Estado, prometiéndose de ello alguna buena operacion, os he esplicado bien la posicion del banquero respecto á muchos de sus comitentes, para que podais comprender las enormes pérdidas que esperimentó viéndose obligado á reembolsar repentinamente los depósitos que se le habian hecho y á realizar en numerario lo que tenia en papel, vendiendo por ochenta y siete lo que le costó ciento diez, y por sesenta y dos lo que le costó ochenta y dos.

Indispensable era toda una revolucion para que de esta suerte bajasen los fondos públicos, dando al traste con la fortuna de los que emplearon en ellos sus capitales. Por otra parte esta baja se esperimentó en todo, y singularmente en las propiedades situadas en Paris, puesto que entonces casi quedó desierta la capital. Resultó, pues, que la operacion hecha con Doneau, que hubiera sido ventajosa en cualquiera otra época, debió realizarse con pérdida cuando Mateo Duran tuvo que buscar recursos para solventar á los capitalistas que le pedian sus fondos, y á duras penas pudo vender por un millon y ochocientos mil francos las casas, que le habian costado dos millones con doscientos mil, y que como esperaba hubieran mas adelante podido valer tres millones.

Sin duda que unos negocios de tan poca importancia como los de Berizy y de Doneau no podian por sí solos ocasionar trastorno en la casa de Duran, pero esplicando los fatales resultados que estos tuvieron, he querido indicar asimismo cuál podia ser el resultado de otros cimentados en idénticas previsiones y destruidos por idéntico acontecimiento. Ello es, que dos meses despues de la revolucion de julio, se halló Duran casi arruinado despues de haber satisfecho á los mas exigentes acreedores, poseyendo apenas en créditos líquidos, que no podian exigirse inmediatamente, lo que todavia estaba debiendo.

—¿Arruinado? esclamó el poeta; pues nunca habia dado bailes tan brillantes!

—Ya sabeis que los antiguos adornaban la víctima antes de inmolarla, dijo el diablo; el banco es mas poético todavía, pues se corona de rosas en los últimos momentos.

Sin embargo, Mateo Duran no habia llegado aun á tal estremo, pues solo las reclamaciones de tres acreedores podian tener respecto de él alguna importancia. La mas considerable era la del marqués de Berizy que le habia confiado los fondos de la nueva venta hecha al anciano Félix; la segunda y la mas insignificante de todas, era la de Doneau, que dejó en casa del banquero los seiscientos mil francos que éste debia entregarle; la última era la del conde de Lorezay, que habia partido para Inglaterra pocos dias antes de la revolucion de julio para concluir el casamiento de su hijo. Pero el hijo del conde de Lorezay, gentil-hombre de cámara, y bien recibido en la córte durante el gobierno de Cárlos X, no fué reputado partido bastante ventajoso bajo el gobierno de Luis Felipe, y al cabo de dos meses tuvo el conde que volver á Francia, sin haber podido realizar sus brilantes esperanzas de fortuna.

Tal era la posicion de los distintos personages de esta historia el 1.° de setiembre de 1830.

Este dia, para regresar al punto de donde partimos, se hallaba todavía Mateo Duran en su gabinete; mas no se columbraba en él el gozo que rebosaba el primer dia que le vimos, ni la inquieta alegría del segundo; su actitud era triste aunque orgullosa, y abatida, si bien que resuelta: era un hombre que habia reconocido la inmensidad de su desgracia, y que ya no vacilaba en lo que debia hacer. Tambien llamaron á su gabinete los dos hombres que ya hemos visto en él, Doneau y el marqués de Berizy; el verdadero hombre del pueblo y el verdadero magnate. Como la vez primera, leia con atencion el banquero un papel que parecia interesarle vivamente; llegaba á tal punto este interés que aunque Doneau y Berizy estaban delante de Duran, no aparta-

Digitized by Google

ba los ojos del escrito, abismado al parecer en el mas profundo dolor.

—¿Qué es esto? preguntó al fin el marqués: ¿es alguna mala noticia, señor Duran?

Repúsose al momento el banquero y respondió con voz cuya emocion procuraba en vano disimular:

—No, nada mas que una sátira; un sátira indigna contra mí.

—¿Y os conmueve tanto? dijo Doneau.

—Siento mas que sus tiros el que la haya escrito una mano aleve. Es un niño, un jóven, Leopoldo, que se ha valido de la educacion que le he dado, y de los secretos á que le admití con confianza, para asestar contra mi la mentira y el ridículo.

—¡Cómo! esclamó Doneau; ¿ese Leopoldo que solo abria los labios para llamaros padre y salvador?

—El mismo, respondió Matéo.

—Pues bien; hoy que puedo declarároslo, repuso Doneau, os confieso que siempre reputé indigna adulacion toda su charlatanería.

—Todo adulador acaba por ser detractor, dijo el marqués: esta es la regla y no hay de que admirarse.

—Rancia moral, esclamó el literato.

—Moral muy jóven, respondió el diablo, porque es eterna y como tal es siempre jóven.

Y prosiguió en seguida:

—Dejemos esto, repuso el banquero: adivino, señores, el objeto de vuestra visita: sin duda venís para reclamar fondos.....

El marqués y el maestro albañil interrumpieron á un mismo tiempo al banquero, y empezaban á hablar á la vez cuando se detuvieron cediéndose uno á otro la palabra.

—Hablad, dijo el marqués.

—Despues de vos, respondió el albañil, y si es cosa que yo no pueda oir, me retiro.

—Quedaos, dijo Mateo Duran, pues presumo que las esplicaciones que tendré que dar á uno podrán servir para el otro.

—Como gusteis, dijo el marqués de Berizy; hablaré antes, porque, si mal no he oido, una misma idea nos conduce aquí.

—Lo creo, dijo amargamente el banquero.

—¡Mr. Mateo Duran! repuso el marqués, sois un hombre honrado: me debeis dos millones; vengo á pediros que los retengais por ahora.

—¡Cómo! esclamó el banquero.

—Por poco os arruinan obligándoos á hacer reembolsos sobre reembolsos; no seré cómplice yo en un terror pánico que ha producido ya tantos desastres; soïs mi enemigo político, pero entre los dos se trata de honradez; creo en la vuestra y os dejo mis fondos con obligacion de no pediroslos mas que cuando juzgueis que os son completamente inútiles.

No podemos decir si se reputó el banquero mas dichoso viendo la confianza que inspiraba como hombre honrado, que humillado al ver que le hacia aquel favor uno de esos magnates á quiénes deseaba humillar. Sin embargo, despues de haber vacilado un momento, se dejó dominar por los sentimientos de su corazon; tendió la mano al marqués y le dijo conmovido:

—Os doy las gracias y acepto, caballero marqués.

—¡Oh! he aqui la moral de vuestra comedia, esclamó el literato; ¡viva el gentil-hombre! ¿no es verdad, señor conde de Cerny?

—No tal, respondió Satanás, pues en este momento se adelantó Doneau con ademan confuso y enternecido, y dijo con admirable candidez:

—Solo me debeis seiscientos mil francos, pero si puede seros útil no devolvérmelos, no he olvidado que me salvásteis, y por poco que esto sea.....

Asomó á los ojos del banquero una lágrima y esclamó:

—¡Ah! ¡esto es mi mayor consuelo! gracias, Mr. Doneau, pero no acepto: este es todo vuestro capital, y teneis necesidad de él para trabajar.

—Me bastará el interés del cinco por ciento; con esto soy bastante rico, y no os negueis porque seria humillarme.

—Esta es una buena accion, dijo el marqués volviéndose á Doneau.

—Y vos, señor marqués, esclamó Doneau llevado de su entusiasmo hasta el punto de pararse en dar títulos, cuya abolicion deseaba ardientemente despues de la revolucion de julio; y vos, señor marqués, todavía os portais mas noblemente, porque yo no estoy acostumbrado á ser rico, y perderé mi dinero sin echarlo de menos como vos.

—No lo perdereis, mi querido Doneau, dijo el banquero; y confio en que fructificará en mis manos como el de Mr. de Berizy.

Unos momentos despues el albañil y el marqués se retiraron juntos, y al salir se dieron ambos la mano, el jornalero y el magnate, el condecorado de julio y el ex-par de Cárlos X, los dos honrados. Esta es mi moral, señor mio, sin contar con lo que vendrá.

Este doble interés volvió á Duran toda su confianza; veia abrirse delante de él una nueva carrera de fortuna. Los dos millones y seiscientos mil francos que acababan de dejar en sus manos el marqués y Doneau, asi como el millon y doscientos mil, deb.dos al conde de Lorezay, estaban cubiertos, como hemos dicho, con créditos líquidos pagaderos á lo mas dentro del plazo de un año. Con esto, al cabo de ese tiempo se hubiera visto con un capital disponible de cerca de cuatro millones, después de haber satisfecho todas sus obligaciones; resultando de ahi que su crédito, vacilante por un momento, debia levantarse mas fuerte despues de haber resistido á una catástrofe, que habia derribado tantos otros mas poderosos que él. Solo pedia, pues,

Digitized by Google

un año, durante el cual se reintegráran los fondos que habia puesto en negocios mercantiles, creyendo poder contar por este lado con un millon, aunque perdiese en quiebras parciales el sesenta por ciento. A vista de un porvenir que de esta suerte se animaba, despues de haber sido tan sombrío, entregábase Mateo Duran á las mas lisongeras esperanzas, cuando un momento despues, un nuevo grupo de nubes vino á estenderse sobre el horizonte que se habia abierto: al cabo de dos horas de haber salido de su casa el marqués de Berizy y Doneau recibió una carta del conde de Lorezay en que le participaba su vuelta de Inglaterra, y le pedia que pusiese á su disposicion el millon y los doscientos mil francos que le guardaba.

Esta reclamacion tenia bastante importancia para poner de nuevo en cuidado al banquero. Para satisfacer á ella, debia por precision empeñar ó enagenar una parte de los créditos con que contaba, y por consiguiente sufrir una nueva pérdida, pues no eran ordinarios los tiempos que corrian para efectuar semejante venta con condiciones favorables. Esto equivalia á constituirle de golpe insolvente, siendo asi que una hora antes su capital activo era mayor que sus deudas; era obligarle con semejante negociacion á declararse reducido al último estremo; era atacar y perder su crédito, principal apoyo del banco, crédito contra el cual, hasta entonces, no podia producirse queja, ni citarse operacion alguna que pudiese suponerle embarazado.

Mateo Duran reflexionó pór mucho tiempo en su nueva posicion, mirándola por todos sus lados, considerando que acababa de golpe con su existencia comercial y política, pensando en la suerte que esperaba á su hija, y en la alegría de que darian muestras todos sus enemigos: reconoció, en fin, que solo podia salvarle un golpe decisivo, y pasó al momento á casa del conde de Lorezay.

Al oir éste que le anunciaban al banquero recordó la larga antesala que Mateo Duran le hizo hacer, y por unos momentos estuvo dudando si haria sufrir á su enemigo la pena del talion; pero como los rumores que corrian sobre la situacion en que se hallaba el hombre del pueblo le habian alarmado respecto á los fondos que dejó en su casa, pudo mas que su vanidad su interés personal, é hizo que entrase inmediatamente: por segunda vez los dos hombres de fortuna se hallaron en frente uno de otro.

El carácter de Mateo Duran se diferenciaba del de Lorezay en que no se despojaba de su orgullo, hallando una especie de satisfaccion en las humillaciones voluntarias que se imponia, mientras que la vanidad de Lorezay fluctuaba entre las indecisiones de quien procura lucir el acto de sumision que las circunstancias le obligan á hacer. Asi que, cuando Mateo Duran se halló delante de su enemigo, no esperimentó el menor embarazo; antes le habló con la energía de quien ha tomado decididamente su partido. Empezó, pues, la conversacion de esta manera:

—Vengo á ponerme en vuestras manos.

—¿Qué decís? esclamó el conde mas alarmado con esta palabra que orgulloso de que se declarase esclavo suyo el hombre á quien aborrecia mas en el mundo.

—Voy á esplicároslo, repuso el banquero,

Contó en esto al conde de Lorezay el estado de sus negocios, tal como he procurado indicároslo, y terminó de esta suerte su confidencia:

—Ya veis que están perfectamente garantidos los fondos que habeis depositado en mi casa, y si dudáseis de la palabra de un hombre honrado, podrian mis libros convenceros...

El conde habia escuchado atentamente, y no sin alegría, que procuró diestramente disimular; y reconoció que su crédito estaba de todo punto asegurado. No pudiendo dudar ya de que su deudor era solvente, solo pensó vengar cruelmente la afrenta que habia recibido en otro tiempo, é interrumpiendo á Mateo Duran, en el momento en que pronunciaba éste sus últimas palabras, le dijo:

—Los libros de los banqueros dicen lo que uno quiere; están en un lenguage geroglífico, ó mas bien elástico que prueba la riqueza ó miseria, como se desea: debo confesaros que no tengo fe en semejantes testimonios.

Mordióse los lábios el banquero, pero estaba resuelto á salvar á la vez su fortuna, y sobre todo su reputacion, y por orgullo para el porvenir, sacrificó denodadamente el orgullo presente: respondió, pues, de esta suerte al conde de Lorezay:

—No me admira veros participar de ciertas preocupaciones sobre la contabilidad moderna y la teneduría de libros aceptada en las casas de comercio. Esos muchos libros que hemos introducido para prevenir, á favor de su mútuo enlace, la menor apariencia de fraude, no parecen á los ojos de los que no lo saben, mas que un laberinto en que deben perderse los cálculos de los interesados. No puedo, pues, quejarme de lo que acabais de decir: pero entre nosotros hay otra cosa mas clara, mas fácil de comprender, cual es la palabra de un hombre de honor, y esta debe pareceros suficiente.

—¿Y si no me lo parece? dijo el conde de Lorezay.

—¿Podríais dudar de ella? esclamó Mateo Duran.

—Y suponiendo que no dudase yo de vuestra buena fé, repuso el conde, ¿no tendré derecho para dudar de vuestras previsiones? Un capital como el de Mateo Duran, desvanecido en algunos meses, ¿podrá probar mucha prudencia y destreza?

—¿Olvidais que ha sido necesaria una revolucion para desvanecerle?

Digitized by Google

—¿Olvidais tambien que sois uno de los autores de la revolucion?

—Me parece que no debo daros cuenta de mis opiniones.

—Pero sí de mis caudales.

—A esto precisamente he venido.

—Mas yo no me pago de palabras, y si os digo que necesito mis caudales y que los necesito mañana mismo, hablo de dinero contante.

—Os he hecho observar ya, dijo el banquero conteniéndose para no dar paso á la indignacion que le agitaba, os he hecho observar que esto es imposible.

—Los tribunales os probarán que no hay nada mas posible.

—¡Mateo Duran delante de los tribunales! esclamó el banquero.

—Allí es donde comparecen los que no pagan sus deudas.

—Tambien hay otro parage, dijo con altivo tono el banquero, donde van los hombres honrados que han pagado las suyas.

—Cuando esto haya sucedido, dijo el conde, veré si un hombre como yo debe seguir á un hombre como vos.

—Esta decision debereis tomarla mas pronto de lo que pensais.

—Pero no tanto como yo deseo, porque debe ser precedida de la entrega de mis capitales.

—No esperareis mucho tiempo la entrega.

—Todavía el dinero no está en mis manos.

—Hasta mañana.

—Tendré corriente vuestro finiquito.

—Tened dispuestas tambien vuestras armas.

—No me hagais perder tinta y papel.

—Júroos que nada perdereis.

Fuese diciendo esto el banquero.

Volvió inmediatamente á su casa y escribió á Doneau y al marqués de Berizy. Despues fué á casa de Mr. de Faviery, le esplicó francamente su posicion y le pidió los caudales necesarios para pagar inmediatamente á Mr. de Lorezay.

El banquero genovés la escuchó sin que á vista de su semblante pudiese columbrar Mateo Duran si estaba dispuesto ó no á hacer lo que le pedia. En cuanto hubo concluido, le respondió Faviery friamente:

—Dejadme lista de los créditos sobre cuyo depósito quereis verificar ese préstamo; dentro de dos horas tendreis mi respuesta, y os diré bajo qué condiciones podré hacer esta operacion, caso de consentir en ella.

Dos horas despues recibió Mateo Duran un billete de Mr. de Faviery en què le pedia suplicase á los señores Doneau y de Berizy que pasaran á verle, pues todo se arreglaria probablemente. Crueles fueron las horas que pasó Duran en la incertidumbre; pero fué estraordinaria su alegría cuando vinieron á decirle sus dos testigos, que el millon y doscientos mil francos le eran absolutamente inútiles, puesto que el anciano Félix habia ofrecido su garantía al conde de Lorezay y éste la habia aceptado haciéndole ademas traspaso del crédito que tenia contra Mateo Duran.

—¡Todavía ese anciano Félix! dijo el banquero asombrado de hallar aun mezclado ese nombre en un negocio de tamaña importancia.

—Tiempo era de que se admirase, dijo riendo el poeta; por mi parte os confieso que solo escucho ese cuento de millones y del tres y cinco por ciento para saber, en fin, quién es ese Mr. Félix.

—Ya sabeis, dijo el diablo, que no sin razon me negué á satisfacer al principio vuestra curiosidad, pero hemos llegado ya al desenlace, que es en verdad una hermosa escena de drama.

Al oir la esclamacion del banquero respondió Mr. Berizy:

—Sí, ese mismo Félix que compró mi bosque poniéndose en lugar del conde de Lorezay, y que hoy dia tan generosamente os sirve.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Si he de hablaros con verdad lo ignoro.

—Le veré, dijo pensativo Duran con tan singular noticia; le veré cuando haya terminado ese negocio, pues supongo, señores, que no habreis olvidado que tengo otros intereses de que tratar con el conde de Lorezay.

—No, ciertamente, dijo el marqués de Berizy, y tenemos cita general para mañana á las nueve en casa de Faviery desde donde partiremos.

—Las nueve; muy tarde es, dijo el banquero.

—Nos ha dado la hora Mr. de...

—Ha sido la hora que han convenido todos, dijo Berizy interrumpiendo á Doneau que habia tomado la palabra. Hasta mañana, Mr. Duran, hasta mañana.

Cuando quedó solo el banquero, esperimentó cierta alegría cruel; pensaba que iba al fin á poder vengarse del hombre que le habia tratado tan insolentemente. En los primeros arranques de su furor, olvidó todo otro interés que no fuese el de la venganza de su orgullo; pero pensó que podia el duelo tener fatales consecuencias y que debia arreglar sus negocios mas urgentes: vínole á las mientes que dejaba á su hija entre el laberinto de una liquidacion, de la cual solo él podia estraer algunos restos de fortuna. ¿Qué seria, si faltase él, de una jóven educada en medio de la satisfaccion de todos sus deseos, y á cual no habia dado la menor idea de órden y de economía? No sin pesar, recordó la falsa educacion dada á una niña que tal vez hubiera sido buena y sencilla si lo hubiese querido: se echó amargamente en cara su imprevision; pero por mas que el dolor que esperimentaba le pusiese á la vista el desastroso porvenir

Digitized by Google

que legaba á su heredera, no pensó un momento en evitar con la menor concesion el duelo fatal. Su orgullo dominó los demas sentimientos de su corazon, y dejó, por decirlo asi, á un lado tan penosas reflexiones para que no fuesen bastantes á hacerle mudar de resolucion.

Al dia siguiente, Mateo Duran con sus testigos y el conde de Lorezay con los suyos, se trasladaron á las nueve á casa de Mr. de Faviery; arregláronse las condiciones; esperaban ya los coches, é iban á dejar el salon, cuando de pronto entró el anciano Felix. Detuviéronse los dos enemigos á vista del anciano, y éste les dijo con grave tono:

—Señores, desearia hablaros en particular antes de efectuarse el desafío.

—Señor, dijo Mateo Duran saludándole, asi el conde de Lorezay como yo, sabemos cuántas palabras conciliadoras puede dictar la razon en semejante negocio; pero han llegado las cosas á tal punto, que ni uno ni otro podríamos esperar mas tiempo sin deshonrarnos.

—Tiene razon ese caballero, dijo el conde de Lorezay, y por esta vez soy de su parecer.

—Mr. de Lorezay, repuso tiernamente el anciano Félix, á lo que creo os hice favor poniéndome en vuestro lugar en la compra que hicisteis al marqués de Berizy; Mr. Duran, creo que tambien os he sido útil lográndoos finiquito de parte de Mr. de Lorezay: en nombre, pues, de lo que he hecho por entrambos, os suplico que me escucheis.

Los dos enemigos se volvieron á un mismo tiempo hácia sus respectivos testigos para consultarlo con ellos, y habiendo manifestado estos que podian ceder á los deseos del anciano, se retiraron dejando con éste á Mateo Duran y al conde.

Cuando hubieron salido todos, tomó Félix asiento, y señalando primero una silla al banquero y luego otra al conde, se sentaron ambos, uno á su derecha y otro á su izquierda. El aspecto venerable, tranquilo y al mismo tiempo enérgico del anciano, corria en contraste con la inquieta impaciencia de sus dos oyentes, que de tiempo en tiempo se miraban como para prometerse mútuamente que no cederian á las súplicas del anciano. Examinólos este un momento, y pareciendo penetrarse con su mirada del mas vivo sentimiento de severidad, dijo asi:

—Hace seis meses que me presenté á cada uno de vosotros en particular. Primero á vos, Mr. Mateo Duran: os conté que habia sido condenado, y os pedí medios para restablecer enteramente el honor de mi nombre: todo me lo rehusásteis.

Calló el banquero, y Félix continuó asi:

—En seguida pasé á vuestra casa, Mr. de Lorezay, y os hablé de reclamaciones que podia hacer sobre los bienes de vuestra esposa: vos me despedisteis con amenazas.

El conde enmudeció tambien.

Félix prosiguió asi:

—Si mal no comprendí lo que uno y otro opusísteis á mis demandas, resulta de ello, que vos, Mateo Duran, hijo de un jornalero, y que debeis vuestra fortuna solo á vos y á vuestro trabajo, no quisísteis socorrer al imprudente que disipó con locuras el inmenso patrimonio de su padre; y resulta asimismo que Mr. de Lorezay, vástago de una noble familia, confiaba en su nombre para imponer silencio á las quejas de aquel á quien llamó un intrigante.

—¿Qué quereis decir con esto? esclamaron á la vez Mateo Duran y el conde.

—A ello voy, señores, pues quiero probaros que yo, viejo ochenton, no he hallado apoyo ni justicia junto al hombre del pueblo, ni junto al magnate.

Callaron los dos antagonistas, porque nada podian decir.

—¡Vos sois el hombre del pueblo, monsieur Duran!

—Y me glorio de serlo, dijo el banquero.

—¡Vos sois el magnate de antigua prosapia, Mr. de Lorezay!

—No me envanezco por ello, dijo el conde con escesiva vanidad.

—¡Pues bien! esclamó el anciano esforzando la voz; vos, Mateo Duran, y vos, conde de Lorezay, ambos habeis mentido.

—¡Señor! esclamaron los dos enemigos levantándose á la vez, semejante insulto...

—Suplícoos que os senteis; si es necesario os lo mando, y si mis ochenta años no bastan á que me oigais con silencio y con respeto, invocaré un título que podrá obligaros tal vez á que me escucheis de rodillas.

—¡De rodillas! esclamó el poeta empezando á escuchar con atencion particular.

—¡De rodillas! repitió el diablo; la palabra se pronunció, y lo que se mandaba se cumplió: oid...

Al solemne acento del anciano permanecieron mudos de estupor el banquero y el conde. Pareció que una misma idea y una misma duda entraron á la vez en sus corazones, se pusieron á mirar á Félix con cierto temor respetuoso, y se sentaron de nuevo á su lado inclinando los dos su frente. Los contempló todavía en silencio el anciano con cierto aire de triunfo, al que se mezclaba una espresion de amargo dolor. Hizo un esfuerzo sobre sí para dominar esa conmocion, y repuso mas tranquilo:

—Sé la historia de los dos, mas no os la contaré. Antes quiero referiros la mia, pues servirá de preámbulo á la vuestra que podeis repetir en seguida como acostumbrais.

Félix pareció meditar un instante para aglomerar sus recuerdos, y dijo despues con enérgica voz:

—En 1789 era yo comerciante en Marsella; hasta aquella época fueron brillantes mis ope-

Digitized by Google

raciones comerciales; me habia casado con una muger, de la cual tenia dos hijos, uno de edad de catorce años y otro de trece.

Mateo Duran y el señor de Lorezay hicieron un movimiento como para interrumpirle.

—No me interrumpais; repuso Félix con grave tono: es una historia muy antigua que podria olvidar si no la contase como la recuerdo.

El mayor de los dos hijos hacia cuatro años que estaba en Inglaterra para su educacion, puesto que le destinaba al comercio y queria que desde jóven conociese un pais que en aquella época sobre todo era nuestro modelo en punto á industria. El segundo empezaba sus estudios en un colegio de Paris. Como á otros muchos no me alarmaron los asomos de la revolucion de 89; pero como los acontecimientos se sucediesen con rapidez, y amenazase mi fortuna naufragar en semejante catástrofe, envié unos ochocientos mil francos á Inglaterra, colocándolos en manos de mi hijo mayor, é hice volver al mas jóven á Marsella, pues el porvenir se presentaba cada dia mas sombrío.

Ya sabeis á qué punto llegó entonces el frenesí revolucionario; supe que me llamaban aristócrata, porque la riqueza era como hoy dia una aristocracia. Tal vez hubiera arrostrado un juicio á cuyas consecuencias solo yo hubiera estado espuesto; pero temblaba á la idea de una de esas horribles asonadas de que Marsella habia sido ya teatro, pudiendo ser degollado en mi casa junto con mi muger y mis hijos. Tomé en consecuencia todas mis medidas, hice pasar á casa de Mr. Faviery, padre del que conoceis, que era entonces muy jóven y habitaba con toda su familia en Génova, todos mis caudales; y en seguida, cierto dia de febrero de 1793, me embarqué secretamente con mi muger y mi hijo, y nos fuimos á casa del comerciante genovés.

Mi ausencia no debia ser larga, pero lo fué bastante para que la supiesen mis enemigos y me hiciesen inscribir al momento en las listas de proscripcion: apoderáronse de mis bienes y me condenaron á muerte. Semejante sentencia no era á la verdad muy temible para él que se hallaba muy lejos del cadalso, pero no se contentaron con esto; antes hicieron una liquidacion de mi casa de comercio, y como fuesen secuestrados los bienes que yo poseia, fué fácil declararme en quiebra, que acompañada de la fuga dió márgen para que fuese condenado por quiebra fraudulenta.

Quise regresar á Francia para apelar de esa sentencia deshonrosa, á riesgo de ver ejecutarse la que amenazaba mi cabeza; pero las lágrimas de mi muger y los consejos de Mr. Faviery me disuadieron de ello, y me decidí á partir para Nueva Orleans para llegar antes que la noticia de mi condena, y salvar de manos de los que me habian despojado y deshonrado las cuantiosas sumas que me debian los primeros negociantes de aquella ciudad, que me conocian personalmente, pues era este el tercer viege que hacia yo á América. Durante mi corta permanencia en Génova, tuve ocasiones de conocer á Mr. de Loré y de prestarle varias sumas. Con efecto, Loré era un gentil-hombre de Aix, que como otros muchos, salvó su cabeza huyendo con su hija, entonces de edad de unos quince años, y un jóven de noble familia, huérfano y último vástago de su casa, de quien Loré era tutor...

—No me interrumpais, señor, dijo Félix al conde, viendo que ejecutaba un movimiento.

Partí, pues, dejando en Génova á mi muger y á mi hijo, de edad entonces de unos diez y seis años, bajo la proteccion del anciano Faviery y de Mr. Loré, despues de haber escrito á mi hijo mayor que esperase instrucciones mias.

—Fuerza era deciros, añadió el diablo interrumpiendo el hilo de su discurso, que desde el principio de esta narracion Mateo Duran y el conde de Lorezay procuraron no pocas veces interrumpirla, clavando en el anciano suplicantes miradas, mas este los contuvo, ora imponiéndoles silencio, como os he dicho ya, ora con sola la autoridad de su mirada. Los dos oyentes estaban pálidos, trémulos, inclinaban la cabeza y no se atrevian á mirarse ya mútuamente.

Adivinó Luizzi que con esta interrupcion esperaba el diablo alguna observacion de parte del literato; mas este, tan dispuesto á cortar en su principio el hilo de la narracion, parecia ansioso ahora por saber su desenlace. Entonces, como juzgase ya Satanás haber alcanzado su objeto, continuó de esta suerte su anécdota haciendo en cierto modo que el mismo Félix la abreviase:

Muchos acontecimientos, que será inútil contaros, y lo dificil de las comunicaciones en una época de guerra general, me impidieron terminar mis negocios tan pronto como deseaba; no pude dar noticias mias á mi familia, ni recibir las de ella, y solo al cabo de cuatro años me fué posible volver á Europa. Iba á partir, cuando recibí una carta de Mr. Faviery, hijo, á quien conoceis perfectamente, en que me participaba que una epidemia habia hecho horribles estragos en Génova; Loré habia muerto, como asimismo el jóven Lorezay; mi muger y mi hijo, despues de haber retirado en su nombre los fondos que habia yo depositado en casa de Faviery, padre, habian desaparecido con la señorita de Loré. Todos esos acontecimientos habian tenido lugar antes que el jóven que me escribia hubiese vuelto al lado de su padre, quien me decian acababa de sucumbir, atacado de la misma enfermedad que puso término á los dias de mi muger. Traspasado mi corazon con tan deplo-

Digitized by Google

rables noticas, partí para Inglaterra á fin de reunirme al menos con mi hijo mayor; pero supe que tambien habia hecho efectivos los capitales que tenia yo allí, y que habia salido de Lóndres, diciendo que pasaba en busca mia á América. Volví á aquellas regiones, y por todas partes tomé informes de Leonardo Mateo, mi hijo mayor, y de Luciano Mateo, mi hijo menor; pero en ningun punto me supieron dar razon de semejantes nombres. Hoy dia, pues, vos, Mr. Mateo Duran, y vos, señor conde Luciano de Lorezay, ¿podeis darme noticias de mis dos hijos?

—¡Padre! ¡padre! esclamaron los dos hermanos cayendo de rodillas delante del anciano, que dió un paso atrás.

—¡Cómo! ¿de rodillas? esclamó el poeta, ¿los dos cayeron de rodillas?

—Si por cierto, respondió el diablo, como les sucede á vuestros personages en un reconocimiento dramático, ni mas ni menos que sucede en el teatro de la Puerta de San Martin, ó en otros.

—¿Y qué moral sacais de ahi, Mr. de Cerny? repuso el poeta.

—La misma que sacó el anciano Félix, cuando retrocediendo un paso, dijo con indignacion:

—¡De rodillas! ¡de rodillas! ¡orgullo y vanidad! ¡asi debeis estar, de rodillas! vos que devorado de la sed de riquezas, envidioso de esos hombres á quienes habeis visto enriquecerse con el trabajo y la economía, habeis querido sobrepujarlos, y para engrandeceros mas todavía habeis ideado el mas bajo orígen, y ambicioso de un nombre cuyo brillo solo á vos perteneceria, habeis despreciado el de vuestro padre, dejándole una nota de infamia que tan fácil os era borrar. ¡De rodillas! tambien vos, que envanecido con un nombre grande y no pudiendo crearos uno, robásteis el que pertenecia á otro, y con él os adornásteis: ¡vos que menospreciásteis el nombre de vuestro padre, del que solo lo habia comprometido para salvaros! ¡De rodillas entrambos! asi debeis estar! no os falta mas, dignos hermanos, sino que os mateis mútuamente; ¡idos ahora, idos! que ya no os detengo.

Nada dijo el poeta, y el diablo repuso:

—Si os dedicarais á la comedia actual, os contaria la escena que siguió á este reconocimiento, la rabia de esos dos hombres que se habian visto humillados uno delante de otro, su turbacion y su encono mas cruel todavía cuando tuvieron que abrazarse de órden de su padre.

—¿Y éste los perdonó? preguntó el baron.

—Mas de lo que podéis creer, respondió el diablo, pues con su silencio ha encubierto la falta de sus hijos: solo contó á Faviery, de quien la he sabido, la verdad de esta singular historia, y si os la he contado ha sido solo para probaros mi proposicion y para demostraros que no faltan en nuestra época caractéres, acontecimientos ni costumbres para escribir la comedia, si fuese posible escribirla.

—Y como acostumbra suceder en toda buena comedia, habrá terminado todo con el casamiento de Arturo de Lorezay con la señorita Delfina Duran, dijo Luizzi.

—¡A que no! respondió el diablo: no ha llegado á tal punto la reconciliacion, pues merced al secreto que prometió el padre, han guardado los dos hijos su posicion respectiva. Mateo Duran continúa siendo el banquero popular, hablando siempre de la oscuridad de su orígen, de las riquezas que ha ido ganando sueldo por sueldo, y que ha tenido que restablecer en seguida sin socorro de nadie, y de su amor para con el pueblo, de cuyo seno ha salido: tambien repite siempre que debe á sí mismo su educacion, y no dudo que para sostener hasta el fin su papel, case por último su hija con algun hombre, como él, de oscuro nacimiento, dotando con magnificencia á Delfina.

Guardó silencio el poeta; pero Luizzi esclamó:

—¿Y os parece que la daria á un hombre enteramente oscuro?

—A fé mia, respondió el diablo sonriéndose; me parece que la casaria con quien se hubiese enriquecido solo con su trabajo.

—¿Aunque la riqueza procediese de la literatura? dijo el baron mirando de soslayo al poeta.

—¿Por qué no? repuso Satanás: Duran daria su hija á quien hubiese ganado sus riquezas con sus manos, y me parece que bien examinada la actual literatura, necesita mas fuerza física que otra cosa.

Nada oia ya el poeta, y el diablo repuso chanceándose:

—Respecto á Mr. Lorezay, sigue siendo el mismísimo conde de Lorezay, envanecido mas que nunca con la antigüedad de prosapia, tanto mas cuanto presume que puede dudarse de ella, y á pesar de su encono contra la revolucion de julio, es amigo ya de la nueva dinastía, que no siendo muy rica en ilustres nombres, acaba de nombrarle par.

LXXXVI.

SENCILLOS ACONTECIMIENTOS Y SENCILLA MORAL.

Cuando terminaba el diablo su narracion, se paró el coche.

Gustoso habia escuchado Luizzi esta historia, pues parecia independiente de sus asuntos, y no esperimentó aquella conmocion que le causaban de ordinario las confidencias de Satanás.

En vista de las locas y satíricas observaciones que prodigaba el literato al principio de esta narracion, esperaba Luizzi ver como en el desenlace estraordinario se entregaba á

Digitized by Google

reflexiones que no podian menos de serle útiles en su carrera: por tanto le admiró en estremo verle guardar profundo silencio sobre lo que acababa de oir. Solo preguntó al conductor el nombre del pueblo en que se hallaba, y habiéndoselo dicho éste, dió órden inmediatamente el poeta de que descargase su equipage. Mucho se admiró por ello el conductor, y antes de obedecer, consultó su cartera y respondió:

—¡Si habeis tomado asiento hasta Tolosa!

—Lo he pagado hasta ese punto; pero ahora me conviene bajar aqui.

—Estamos á tres leguas de una quinta de Mateo Duran, dijo Satanás en voz baja al baron, mientras los dos se iban adelantando en el camino real.

—¿Y qué piensa hacer el botarate?

—Piensa hacer uso del secreto que le he confiado, para obligar al banquero á que le dé su hija en casamiento, con algunos de sus millones.

—¡Oh! esclamó el baron, esto será una infamia.

—¿Olvidas que en calidad de literato tiene ese caballero derecho de robar las ideas de los demas?

—Paréceme que las escoge mal.

—¡Ah! eres muy modesto, amo mio.

—¿Yo?

—Tú, pues no hace el poeta otra cosa que lo que tú quisiste practicar algun dia con Gustavo y Ganguernet. No fué otro tu objeto cuando les contaste las aventuras de madama de Marignon; esta es tu mayor gloria, y el diablo se ve reducido á imitarte para hacer mal.

La observacion era muy justa, y por lo tanto no se dignó Luizzi dar contestacion. Sin embargo, el nombre de Mad. Marignon le recordó el encuentro del anciano ciego, y de consiguiente, todo cuanto precedió á su fuga de Orleans, hasta el momento en que, preguntando al diablo acerca del asunto de Eugenia, se presentó el conde de Cerny para obligarle á huir de Orleans. Iba caminando, pues, con Satanás, pensando por que medio podria prevenir las intrigas de que se valdria Gustavo de Bridely para impedir el reconocimiento de la hija de Mad. de Cerny, no sabiendo si examinarla por sí mismo, ó si pedir esplicaciones á su esclavo, oyó de repente que le llamaba de lejos el poeta gritando: «¡Hola! ¡señor baron! ¡Mr. de Luizzi!» Detúvose éste, y acercándose al poeta le dijo:

—Mr. de Luizzi, os habia prometido contaros las circunstancias de nuestro primer encuentro, y en Bois-Mandé era donde debia referiros mi historia; alli os hubiera dicho el misterio de una aventura si cabe mas estraña todavía que la de Lorezay y del banquero; ¿quereis que os la envie á Tolosa?

— La recibiré gustoso, dijo friamente el baron.

Alejóse el poeta y el baron continuó su camino á pie.

—¿Quién es ese literato? preguntó al diablo.

—¿Cómo? ¿no has reconocido á uno de tus antiguos compañeros de viage?

—¿Quién?

—Ese fatal Fernando, el héroe del lecho del papa, el raptor de Juanita á quien serviste de testigo...

—¡Ah! ya me acuerdo, esclamó Luizzi; hé aqui lo que probablemente queria contarme en Bois-Mandé.

—Sin duda hubiera añadido la continuacion de sus aventuras con Juanita, y como ahora teneis mas tiempo que perder que cuando esteis en Tolosa, podria referírtelo todo.

—No deseo saberlo, y supongo que vas á dejarme, pues ya nada tienes que hacer á mi lado.

—He logrado ya lo que queria: solo me parece que podrias ser mas cortés conmigo, baron, pues viéndote tan poco dispuesto á escuchar lo que te interesa, he procurado contarte una historia que no tiene relacion contigo.

—Será, pues, la vez primera que tus palabras no me habrán sido fatales.

—¡Quién sabe! dijo el diablo riendo.

—¡Vete! ¡vete! esclamó Luizzi; no quiero escucharte mas.

Desapareció el diablo, y Luizzi continuó solo su camino, meditando á su placer lo que debia practicar.

Pensó en l s obligaciones que se habia impuesto: á tres mugeres debia salvar de la terrible situacion en que las habia colocado; Anita, Eugenia y Carolina.

Pesábale en estremo no poder detenerse en Bois-Mandé para dirigirse á la quinta de Paradeze á fin de manifestarla que existia todavía la hija á quien lloraba tanto; pero era absolutamente indispensable que pasase á Tolosá, pues se hallaba en una situacion que no le daba tiempo para otros negocios que para los que de mas cerca le tocaban. Pensó, sin embargo, que era deber suyo escribir á madama de Paradeze para participarle que habia descubierto á su hija en la persona de la supuesta hija de Gerónimo Turniquel; pero como no tenia tiempo para detenerse, tampoco le tenia para escribir, y determinó enviarle la carta desde Tolosa.

Mientras reflexionaba de esta suerte tomando sus medidas, notó que empezaba á declinar el dia y que se habia alejado mucho del coche que no llegaba. Encontrábase cerca de un bosque, y habian pasado junto á él bastantes hombres de mala facha.

Luizzi no temia á los ladrones, pero si á los agentes de policía; y lo que mas le alarmó fué parecerle conocida la cara de uno de los que acababan de pasar junto á él. En consecuencia se volvió hácia la aldea de donde

Digitized by Google

habia salido; pronto oyó el ruido de un coche que se adelantaba rápidamente, y creyendo que llegaba la diligencia se adelantó hasta el medio del arrecife: era una silla de posta trás de la cual iba sentado un niño, que saltó á tierra asi que vió al baron, y le dijo:

—El conductor me ha enviado para que os dijese, como tambien al otro caballero, que se ha roto el timon de la diligencia al salir del pueblo, y que solo podemos partir esta madrugada.

Este contratiempo, si bien retardaba la llegada del baron á Tolosa, le daba, sin embargo, ocasion de poder escribir á Mad. de Paradeze.

Púsose, pues, en camino hácia la aldea, mientras que el niño daba vueltas á derecha é izquierda, diciendo:

—¿Dónde está el òtro viagero?

—A fé mia, respondió Luizzi, que se ha ido con todos los diablos, y mucho será si le alcanzas.

—¡Bah! voy á echar á correr.

—Mucho tiempo correrás.

—¿A que no? esclamó el niño; corro á la silla de posta y encargaré al postillon que se lo diga: justamente van ahora despacio con motivo de aquella cuesta.

Al momento, y sin esperar respuesta, dió á correr el niño á pierna suelta, mientras que Luizzi se volvia tranquilamente al lugar, meditando allá en su mente la carta que habia de escribir á Paradeze.

No bien hubo llegado á la posada en que se hallaban los demas viageros, cuando pidió un cuarto y recado de escribir, y se encerró.

Hacia una hora que estaba escribiendo. y oyó que llamaban á la puerta, y presentósele el dueño de la posada con el birrete en la mano.

—Perdonad si os interrumpo, le dijo; ¿no me direis á qué distancia habeis encontrado el niño que os dió recado de que volviéseis?

—A una milla de aqui, junto á un bosque bastante sombrío y no muy halagüeño.

—Es mi hijo y estoy en brasas, porque no ha vuelto él ni el otro viagero.

—Ya le he dicho que éste llevaba mucha delantera; pero ha querido de todos modos correr á la silla de posta para encargar al postillon que se lo dijese.

—¡Ah! ya entiendo, esclamó el posadero, el picaruelo se habrá ido con el postillon, quien le habrá permitido tal vez montar en el caballo delantero, y es capaz de no haber parado hasta Bois-Mandé. Tal vez tambien los de la silla de postas habrán hecho subir al viagero en la primera parada, pues creo que no habia mas que una dama en la berlina.

—Es probable, dijo Luizzi en ademan de despedir al posadero.

—Perdonad si he podido incomodaros, dijo éste retirándose.

Luizzi continuó escribiendo.

Seria media noche cuando volvieron á ponerse en camino, y cuatro horas despues estaban ya en Bois-Mandé.

Luizzi bajó del coche para buscar quien se encargase de llevar su carta á manos de Mad. de Paradeze, y el primer postillon á quien se dirigió, le dijo:

—Cumpliré vuestro encargo: dadme la carta, que al amanecer voy con esta silla de posta á la misma quinta de Mad. de Paradeze.

—¡Ah! esclamó Luizzi con asombro, ¿y quién va en esta silla de posta?

—Solo una dama, una pícara dama; ¡bah! la he conocido al momento, á pesar de su gorro y de su velo; una dama que fué en otro tiempo criada en esta posada.

—¿Quién? esclamó Luizzi, ¿Juanita?

—¡Cómo! ¿la conoceis?

—Si, la ví hace algunos años al pasar por este mismo sitio; ¡pero qué diantres va á hacer en casa de Mad. de Paradeze!

—Que sé yo, aqui hay un tejido de historias; el vejete de la quinta hizo que la colocasen en esta posada.

Con nuevo asombro iba Luizzi á hacer preguntas al postillon, cuando oyó que el conductor de la diligencia decia á un viagero:

—Tanto peor para él; se habrá metido en alguna granja viendo que no llegábamos, y habremos pasado sin que lo notase.

—Pero no se deja asi en el camino á un hombre honrado, contestó el oficioso viagero.

—Bueno, bueno, parece que le gusta el paseo y andará en busca de otra diligencia: por otra parte, tal vez se habrá metido en el coche de la otra empresa, fuera de que ya llevo cuatro horas de retardo... Vamos, postillon, á caballo y al galope; y dirigiéndose á otro postillon le dijo:

—Veamos tú, que ibas con la silla de posta, ¿has visto á nuestro viagero?

—¡Ciertamente que no! ya os lo he dicho; Carlitos que iba detrás ha bajado con el primero, y yo continuando mi camino, al pie de la cuesta he entrado en la tienda de la abuela Filon mientras que los caballos subian á paso tardo: entonces Carlitos ha vuelto á encontrar la berlina y ha dicho á la dama que me diese el recado: despues ha entrado tambien en casa de la abuelita donde estaban de buen humor, y seguramente habrá pasado alli la noche.

—¿Y no ha visto á nadie por el camino?

—A nadie.

—Váyase el viagero con todos los diablos, esclamó el conductor; ¡adelante! ¡adelante! ¡postillon, á caballo!

Poco cuidadoso Luizzi de que preguntasen por el viagero desaparecido, entregó la carta con una buena gratificacion al postillon, y se apresuró á subir de nuevo al coche. Partió éste apresuradamente, y llegó á Tolosa sin otro accidente.

En cuanto hubo llegado pasó el baron á

Digitized by Google

una posada que gozaba no muy buena reputacion; pero cuya dueña pasaba por muy discreta, le dieron un cuarto, escribió una carta é hizo llamar á Mad. Perine, dueña de la casa, que llegó al momento, y haciéndole una cortesía, le dijo:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Necesito un hombre seguro que vaya á llevar una carta.

—Tengo un hijo que es mudo como una estátua.

—Desearia tambien que me procureis otros vestidos que los que llevo.

No habrán olvidado nuestros lectores que Luizzi salió de París en trage de visita, y que solo en Fontainebleau pudo comprar un leviton y una capa. Al llegar á Orleans colocó ambos objetos sobre una mesa, y sorprendido por el conde de Cerny huyó sin capa y sin levita.

Al oir la peticion del baron, Mad. Perine respondió:

—¿Qué sastre quereis que venga? Sino conoceis la ciudad puedo buscaros lo mejor que hay en ella.

—Quisiera comprar ropa hecha, pues deseo no ver á nadie.

—Escepto á vuestro apoderado, á lo que me parece, dijo Perine despues de haber leido el sobre de la carta que Luizzi acababa de entregarle.

—¿Quién os ha dicho que Barnet sea mi apoderado?

—¡Oh! nadie, nadie, sino que cuando llamamos á alguno, regularmente acostumbra ser el nuestro.

—¿No puede Barnet ser mi amigo?

—Me habré engañado, dijo la Perine retirándose.

—Veamos, dijo el baron deteniendo á la posadera; ¿me conoceis tal vez?

—No, ciertamente, repuso la Perine; ya veo que el señor baron no quiere ser conocido.

—¡Cómo! esclamó Armando; ¿vieja bruja no has podido olvidarme?

—¡Cómo ha de ser! señor Armando, esto procede de tener buena memoria, es preciso poder reconocer á los amigos entre las aves de paso. Por otra parte, os pareceis á vuestro padre, y el anciano baron pasaba aqui noches divertidas.

—¿Mi padre?

—¡Qué no! esto, puede contarseos hoy dia que ha muerto ya, y que no ireis á decirle: «He ido á casa de Perine donde ibais vos tambien.» ¡Qué hermoso era aquel tiempo! Yo le proporcioné el casamiento con Mariquita, de la cual tuvo una niña que no ha desmentido su orígen. Ya conoceis á Mariquita que me dejó para establecerse con Ganguernet, ese farsante donde sucedió lo del buen Serac.

—Si, me acuerdo haberla visto en casa de Mad. de Val.

—Como que Serac la colocó allí.

—¿Y qué se ha hecho la pobrecilla?

—No se sabe; parece que está en Paris donde se fué despues que una enfermedad le hizo perder su hermosura, hace unos cuatro años.

—Está bien, está bien, dijo Armando, que sabia ya bastantes aventurillas de su padre para no ser muy curioso en este punto. Envia esta carta á Mr. Barnet, y haz que me suban de cenar.

—¿Cenais solo?

Miróla de reojo el baron; pero recordando dónde estaba, conoció que no tenia derecho á enfadarse.

—Bien meditado todo, respondió, mejor será que no cene; mas bien necesito reposo que otra cosa.

—Como gusteis, dijo la Perine; debeis estar cansado; al menos lo pareceis.

Fuese diciendo esto, y el baron que en realidad estaba cansado, se acostó y durmié el sueño del justo en tan honrada posada.

Tiró de una campanilla, y una linda jóven graciosa y fresca como una rosa, entró y pasó á sentarse familiarmente sobre su cama, diciéndole con el acento del pais:

—¿Se ofrece algo, caballero?

Miróla atentamente el baron, pues era encantadora, y al sonreirse enseñaba unos dientes de una blancura virginal. Entristecióse Luizzi al mirarla, y se estremeció pensando lo que era esa niña de cándido rostro, de color de rosa y de candoroso ademan, y respondió:

—Nada quiero de vos.

Parecióle que la respuesta la zahería, pues se retiró de la cama diciendo:

—No soy sola en esta casa.

—Necesitó ver á Mad. Perine, repuso Luizzi con indignacion.

—Voy á decírselo, replicó la jóven.

Retiróse al momento.

Poco despues entró la Perine diciendo al baron:

—Por vida de tantos, Mr. Armando, que la córte os ha vuelto bien quisquilloso, y á fé mia no sé.....

—Oye, Perine, dijo secamente Armando, he venido á tu casa porque quiero que nadie sepa que estoy en Tolosa; á no ser por esto hubiera ido á otra posada; mas no me convenia, porque diariamente dan relaciones á la policía de los viageros que se presentan.

—¡Ah! no quereis que lo sepa la policía.

—No, y por eso he escogido tu casa, pues sé que no te cuidas de dar partes á nadie.

—Ya debiais habérmelo dicho antes: desde ahora estais aqui como debajo de la tierra; nadie sabrá nada.

—Diez luises si eres discreta.

—Como si los tuviese.

—¿Ha comparecido Barnet?

—¡Barnet! esclamó la Perine con sorpresa: en seguida añadió:

Digitized by Google

—¡Jesus, Dios mio! el pobre hombre no sabe siquiera el camino de esta casa.

—Ya le informarán.

—¡A su edad! esto seria un pecado; por otra parte, su muger le sacaria los ojos si supiese que ha venido aqui.

—¿Y no ha dicho nada á vuestro hijo?

—¡Ah! si, es verdad, teneis razon, lo ha dicho: «Dí á quien te envia que haré lo que quiere.»

—Yo queria que viniese hoy mismo.

—¿Le habeis señalado hora?

—No, sino por todo el dia.

—En este caso el dia no acaba sino á media noche: puede que venga todavía.

—Vamos, esperaré. Procura que suban de comer y recado de escribir.

—Si no quereis ser conocido os enviaré para serviros esa jovencita que acaba de salir; es inútil que cualquiera otro os vea, y ya sabeis que la vieja Anita podria conoceros. Esa jóven, por el contrario, no sabe quien sois, y además es muy bondadosa é inocente. Cuando la necesiteis tirad dos veces la campanilla; se llama Lili. Voy á prepararos la comida; no os impacienteis.

—Haz lo que quieras, pero despacha que estoy muerto de hambre: ante todo sube recado de escribir.

—Ahi teneis una escribanía.

Salió la Perine, y Luizzi escribió una larga carta á Eugenia, para decirle que su madre existia, quién era, y dónde la encontraria. Dos horas se pasaron de esta suerte.

Lili llegó entonces con todo lo necesario para cubrir una mesa. Era muy diestra en el servicio; pero notó Luizzi que estaba de mal humor: cuando vió preparada la mesa se sentó el baron, y Lili por su parte fué á sentarse sin cumplimientos junto al hogar, con visos de estar en estremo fastidiada.

—¿Os cansa servirme?

—¡Cómo que no he venido aquí para ser criada! si hubiese querido permanecer sirviendo hubiera podido escoger casa mejor.

—¡Ah! con que serviais antes de entrar en esta casa.

—Ya se vé que si, y en una casa muy noble.

—¿Dónde?

—En casa del marqués de Val.

—¿En casa del marqués? ¿y qué haciais en su casa? me parece que es viudo.

—¡Por cierto que no! por esto estaba yo allí.

—¡Ah! esclamó Luizzi; ¿y por qué saliste de su casa?

—A decir verdad me cansaba, me fastidiaba en estremo: ¿sabeis que es diputado? á pretesto de instruirme, me hacia recitar sus discursos, y si me equivocaba, vuelta con la amenaza de que me pondria presa, y siempre amenazando.

Luizzi no pudo menos de reirse, y la jóven continuó así:

—Fuera de que tenia pícaros modales, llevaba muelas de marfil, y todo en él era postizo.

—¿Y de dónde os sacó?

—¡Qué pregunta! de donde estaba antes.

—¿Y dónde estábais?

—En casa de un amo que me hacia trabajar diez horas por dia, y á mí no me vengan con trabajar; prefiero reir, divertirme, no hacer nada, porque éste es mi carácter: por otra parte, no valia el hombre dos bledos, y cuando so pretesto de trabajar en su escritorio venia á verme por la noche en mi cuarto, siempre me estaba predicando.

—No mas que predicando, ¿eh?

—¡Ya se ve! por lo demas no me divertia, aunque era mi primer amigo. No sé si lo conoceis; pero no es nada hermoso, se llama....

Cuando iba á pronunciar su nombre, llamaron á la puerta.

—Ved quién es, dijo el baron,

Lili fué á abrir, y esclamó con tono de alegre sorpresa:

—¡El mismo! hablando del ruin de Roma, míralo por donde asoma; es él, es Barnet, de quien os hablaba hace poco.

Entró Barnet con ademan confuso, y dijo á Lili:

—¡Cómo! ¿tú aquí? ¡en esta casa! ¡desgraciada criatura!

—¿Pues no estais vos?

—Ya me lo habia yo presumido que concluirias por venir aqui.

—Me parece, repuso Armando, que vos le habeis enseñado el camino; pero hablemos con gravedad: Lili, déjanos.

Y ésta se retiró riéndose, y haciendo con la mano una señal misteriosa y significativa.

Barnet estaba encendido en cólera, y seguramente se hubiera divertido el baron si no hubiesen sido de suma gravedad los negocios que tenia que tenia que tratar con su apoderado. Hizo seña á Lili de que se retirase; y ésta se fué en efecto haciendo resonar en la escalera, con fuerte voz, la cancion antigua provenzal:

A la font men som anada,
Y lo meu galan men ha encontrada, etc.

Cantaba con alegría tal, soltura y ligereza, que ciertamente no daba indicios de muy pura inocencia, cosa que disgustó en estremo á Luizzi, puesto que el vicio parece menos disforme en una cara horrorosa que en un semblante jóven, sonrosado y fresco: este parece incurable, puesto que no tiene remordimientos, y parece que no tiene siquiera idea del mal que está haciendo. Barnet levantó las manos al cielo diciendo:

—¡Qué juventud! ¡qué juventud la de este tiempo! poco despues, cuando no oyeron ya á Lili, se volvió á Armando, y le dijo:

—Verdaderamente, señor baron, que me habeis jugado una mala pieza: ¡hacerme ve-

Digitized by Google

nir á semejante casa! ¡un hombre como yo! es esponerme á que pierda mi reputacion.

—No me era posible escoger, mi querido Barnet.

—Podiais venir á mi casa.

—¿Para que Mad. Barnet, la mas suelta de

—Mucho; como que salgo de Francia por algunos años.

—¡Vos! esclamó el notario; creí que veníais para las elecciones.

—Renuncio desde luego á ser diputado, y me voy á Italia.



Y ésta se retiró riéndose y haciendo con la mano una señal misteriosa y significativa.

lengua de todo Tolosa, anduviese diciendo en todas partes que el baron de Luizzi acababa de llegar?

—Es verdad, es verdad, olvidaba que no quereis que se sepa vuestra llegada: esta jóven me ha sacado de mis quicios. Pero veamos si he comprendido bien vuestra carta: ¿necesitais, de pronto, mucho dinero?

—¡Cómo! dijo el notario; ¿se cruza de por medio alguna mala aventura?

—Nada, nada mas que un nuevo capricho: quiero ver á Roma. Vamos, á ver nuestras cuentas.

—Al instante, señor baron; entregadme si os place las firmas que os pedí para concluir vuestro negocio con ese pícaro Rigot.

Digitized by Google

—Os daré cuantas firmas querais; pero veamos de cuánto puedo yo disponer.

Sentáronse los dos juntos á la mesa delante de varios papeles, y durante una hora estuvieron haciendo cálculos y sacando sumas.

No era Luizzi muy ducho en los negocios pero no era tampoco negado: sabia poner en claro las cuentas que le presentaban, y esta vez las examinó tanto mas atentamente, cuanto que las relaciones de Barnet con Lili no le habian parecido muy santas respecto á su apoderado. Tuvo, empero, que confesar la escrupulosa probidad de Barnet, y conoció evidentemente que era muy leal é incapaz de robar un sueldo á sus comitentes. No quiso detenerse Luizzi en tales ideas, y una vez hecho el balance, dijo á Barnet:

—Tenemos, pues, trescientos cuarenta y dos mil francos actualmente disponibles en depósito.

—Cabal.

—Pues bien, necesito todo ese dinero.

—¿Dentro de cuánto tiempo?

—Al instante.

—¡Trescientos cuarenta y dos mil francos!

—Si.

—¿Y como se trasportan?

—¡Pardiez! dadme billetes sobre el banco.

—¿Sobre qué banco?

—Pensaba hallarme en París; teneis razon: en este caso buscadme para mañana cuanto oro os sea posible.

—¿Cuánto? ¿mil escudos?

—A lo menos cien mil francos.

—Necesito quince dias al menos para reunir en Tolosa cien mil francos en oro, caso que los haya.

—¿Cuánto pensais, pues, poder entregarme?

—Con mucho trabajo, y dirigiéndome á los comerciantes mas acaudalados, podré á duras penas, dentro de tres dias, entregaros de veinte y cinco á treinta mil francos.

—Bien; vengan los treinta mil francos por ahora, pero necesito despues letras de cambio sobre el estrangero.

—Si fuéseis á España seria muy fácil, pues estamos alli en relacion con muchas casas de comercio; pero en Italia á donde quereis ir...

—¡Vaya con Dios! Iré á España, me es indiferente.

—¡Ah! esclamó Barnet asombrado; ¿luego emprendeis un viage de diversion?

—Voy á donde quiera, respondió el baron con orgullo; me parece que no os pido nada que no esté en el órden cuando necesito mi dinero.

—Muy bien, muy bien, dijo Barnet; os buscaré letras de cambio sobre todas las plazas de España, y para ello no os pido mas que tres ó cuatro dias. ¿Las quereis á vuestra órden?

—No, á la vuestra, y os estimaré que me las endoseis en blanco: es inútil que sepan que este papel está destinado á servirme personalmente.

—¡Por vida de tantos! esclamó Barnet; yo respondo de vuestros fondos mientras los tengo en mi poder ó los pongo en parage seguro; pero endosar en blanco cuando habré cambiado el dinero por papel, no es posible, señor baron.

—Ya me conoceis bastante para saber que no entablaré ninguna peticion contra vos.

—De vos estoy seguro, pero no de un tercer portador á quien podriais endosarlas.

—¿No estoy obligado antes que vos al reembolso?

—Cierto que sí, pero no estareis en Francia al tiempo de su vencimiento.

—¿Acaso no os inspiran confianza los créditos que me entregareis?

—No por cierto, y para ello tomaré todas las precauciones necesarias; pero uno solo está seguro de lo que tiene en su poder.

—¿Y no habrá medio para zanjar estas dificultades?

—No os pondré un endoso sin garantía, porque esto sería envilecer el papel de que podeis tener necesidad; solo me parece que podriais firmarme escritura de garantía para un caso de protesto, autorizándome para que hipoteque una de vuestras fincas para reembolsar en vuestro nombre, y haré todo cuanto pidais de mí.

Hizo Luizzi cuanto le pidió su apoderado, pues á cada paso se le ofrecian obstáculos sobre obstáculos, efecto de la mala posicion en que se encontraba, y como hombre que quiere salir de un mal paso á toda costa, echábalo todo al mar para salir ileso de la tormenta.

LXXXVII.

LOS BUENOS MAGISTRADOS.

Como ya lo habia anunciado Barnet, necesitó cerca de cuatro dias para reunir en oro lo que le habia pedido el baron. Disponíase á partir para Orleans; frecuentemente habia enviado á la casa de correos para saber si habian llegado cartas para él, cosa de que tambien se encargó Barnet. Pero nada llegó: admirábase Armando de no tener noticias de Anita, atendida la promesa que ésta le habia hecho por boca de la mendiga. No sabiendo qué pensar de este silencio, determinó, pues, salir de Tolosa: su apoderado le hizo tomar asiento en una diligencia á la cual debia subir Armando á algunas horas de la ciudad, para no estar sometido á la inspeccion de los agentes de policía. Todo estaba dispuesto, é iba á salir ya de casa de la Perine, cuando vió venir apresuradamente á Barnet de quien se habia ya despedido.

—Me acaban de decir, le dijo su apoderado, que teneis en el correo una carta para vos; pero lo mas singular es que no han querido entregármela.

—¿De dónde viene? preguntó Luizzi

Digitized by Google

—De Orleans, respondió el notario.

—Es la que yo esperaba; es preciso tenerla á toda costa, repuso el baron.

—Imposible, replicó Barnet; parece que la carta está asegurada y no puede entregarse puedo autorizaros para que retireis en mi nombre las cartas que vengan dirigidas á mí, y voy á firmaros esta autorizacion.

—Con ella estará tambien patente que habeis llegado á Tolosa, y quizás no será sufi-



Atadle, dijo el comisario de policía.

mas que á vos. Si Mr. de Luizzi estuviese en Tolosa, me han dicho, se la entregaríamos al instante como viniese á reclamarla en persóna.

—Esto equivaldria á decir que he venido á esta ciudad, cosa que yo no quiero; pero ciente, puesto que en vano he presentado las autorizaciones que me habeis dado otras veces; dejad esta carta ó idos mas bien á buscarla, ¿qué os importa que sepan que habeis llegado, si dentro de una hora no estareis en Tolosa?

Digitized by Google

La carta de Mad. de Cerny era tanto mas interesante para el baron, cuanto que probablemente le trazaria la conducta que debia seguir, y tal vez haria inútil el misterio de su llegada y de su partida: determinó, pues, ir á buscarla. Encargó a Barnet que dirigiese su equipage á una ó dos leguas mas allá de Tolosa, y se fué á la administracion de correos. Asi que, cuando hubo entrado y esplicado el objeto de su venida, el encargado de la administracion le miró con singular asombro, diciendo:

—¡Ah! ¿sois el baron de Luizzi? esperad un momento, que voy por la carta que reclamais.

El encargado desapareció, y Luizzi empezaba ya á impacientarse viendo que tardaba, cuando se abrió la puerta para que entrasen un comisario de policía y dos gendarmes.

Desde su aventura de Orleans el comisario de policía era para el baron lo que para tantos otros: un sugeto repugnante, cuya vista ataca á los nervios, como la vista de un insecto cuyo roce es odioso, ó como la de una serpiente ó una víbora. Volvió repentinamente Luizzi, y al instante mismo, sintió que dos manos se apoyaban sobre sus espaldas, y al momento la voz becerril del comisario le dijo:

—Os apreso como acusado de muerte alevosa dada al señor conde de Cerny.

Este arresto aterraba sobremanera al baron, pues le ponia en la imposibilidad de servir de nada á Anita, á Carolina, ni á Eugenia; pero lo que debia asombrarle mas, fué lo que le animó un poco; tal era lo absurdo de la acusacion. Viendo, pues, que ya no se trataba del rapto de la condesa de Cerny, dijo con energía:

—Cuenta con lo que haceis; el conde de Cerny está sin duda tan bueno como vos y como yo, y no me alarma ser víctima de un error, ó mas bien de un culpable complot y de una cobarde complacencia.

—Atadle, dijo el comisario de policía.

—¡Olvidais quién soy! esclamó arrebatado el baron.

—Ponedle manillas, repuso el comisario.

—Protesto contra esta prision ilegal.

—Adelante con él, replicó el magistrado tricolor.

Apretando los gendarmes con la culata de su fusil los riñones del acusado, le obligaron á dirigirse á la cárcel, donde debian encerrarle.

Detúvose, sin embargo, de nuevo el baron.

—Pido que me lleven inmediatamente ante el juez de la causa, dijo al comisario, y os hago responsable si os negais á mi reclamacion.

—Voy á comer, dijo el comisario dirigiéndose á uno de los gendarmes; ahi teneis la órden para el carcelero, y haced que le ponga incomunicado.

Habiendo pronunciado estas palabras, se despojó el comisario de la banda, y volviendo de esta suerte á la vida civil, fuese á engullir un par de perdices en casa de una amiguita de cuyo marido era compañero inseparable.

Su impasibilidad dió al traste con todas las esperanzas que Luizzi habia concebido considerando su nombre y calidad; pero recordó haberle manifestado frecuentemente el diablo que existia un poder que ejercia constantemente influjo sobre los hombres, y en consecuencia, dirigiéndose á los gendarmes les dijo:

—¿Quereis ganar diez luises? llevadme á casa del juez.

—¡Por cierto que me gusta la salida! esclamó el gendarme; sin duda piensa hallarlos en el calabozo en que va á dormir.

—¿Qué estás diciendo, majadero? respondió apartándole á un lado su compañero que era del pais; es uno de los nobles de la ciudad, y segun dicen tiene oro para cubrir con él una plaza; si haces lo que te dice no te dará diez, sino veinte y cinco.

—¡Veinte y cinco luises! repuso el primer agente de policía, abriendo dos palmos de ojos.

—Y serian cincuenta para los dos.

—Si se lo propusiéseis, ya que le conoceis.

—Estas son cosas tuyas, como que á tí se ha dirigido.

—No me atrevo: podria decir que yo se lo he propuesto; no, no, á la cárcel con él. Vamos, señor de los cincuenta luises, añadió dirigiéndose á Luizzi, aprisa, á la cárcel.

—Oiga, esclamó el otro gendarme; este majadero entendió que se le prometian cincuenta luises, como si no hubiese nadie que hiciese tal promesa por ver al juez..... ¡cáspita!

—Los daré al instante, antes de salir de aquí, respondió Armando.

—¿Seriais por casualidad inocente? dijo el primer gendarme; pareceis tan tranquilo, que empiezo á creer..... Y tú tambien, ¿no es verdad?

—A fé mia que sí.... empezamos á creer...

—Puede muy bien ser inocente.

—Es claro.

—Y ya que sois tan bueno, vamos á casa del juez.

—Vamos, dijo el otro, y ya que somos en una cosa complacientes, seámoslo en todo; quitémosle las manillas para que pueda hacer sus movimientos libres.

—Bien, para que los que le vean no le reputen culpable...

—Y para que pueda quitarse el sombrero si encuentra algun conocido.

—Y llevar la mano á la faltriquera si quisiere sonarse.

Conoció Luizzi lo que de él querian y sacó los cincuenta luises, precio de los buenos modales de la gendarmería de provincia.

Por lo demas, una vez ratificado el contrato, hicieron cuanto pudieron para mostrar-

Digitized by Google

se benignos, y no pudiendo hacer adelantar un coche, porque no á todas horas los hay de alquiler en Tolosa, hicieron dar al baron algunos rodeos y le condujeron en fin delante del juez.

Sobremanera sorprendido quedó Luizzi cuando entró en casa del marqués de Val por la misma puerta escusada que diez años antes le condujo al cuarto de la desventurada Lucy. Mucho mayor fué todavía su sorpresa, cuando le hicieron subir al mismo retrete donde vió por última vez á la marquesa, y hubo de parecerle muy estraordinaria semejante visita en el mismo cuarto donde delirando se le entregó la infeliz.

No bien pasaron unos momentos, cuando vió entrar en bata al marqués.

Era por entonces hombre de unos cincuenta años: viejo libertino gastado en el desenfreno, conservaba todavía pretensiones juveniles, y perdia mas tiempo en el tocador que en su bufete. Solo despues de muerta su muger, entró en la magistratura, para tomar lo que se llama una posicion. No ignoraba Luizzi esta circunstancia, pero se habia parado muy poco en ella, pues estaba muy lejos de sospechar que tuviese que comparecer algun dia delante de él.

Asi que hubo entrado el marqués, mandó á los gendarmes que se retirasen, y dijo á Luizzi:

—A buen seguro que no salia si no me hubiesen dicho qué érais vos, baron, pues iba á vestirme para ir á comer con nuestro presidente, y apenas me queda media hora; pero entre amigos y parientes los cumplimientos son inútiles; me permitireis que continúe mi tarea.

Tiró de un campanilla, y un ayuda de cámara trajo todo lo necesario para que un juez se vistiese como el mas pintado petimetre.

—¿Con que venis por ese asunto del conde de Ceruy? dijo al baron; vaya, que despues de haber robado la muger es demasiado matar al marido.

—Me pasmais, ¿podrá ser cierta esta acusacion de asesinato?

—No sólo cierta, respondió el juez poniéndose sus medias de seda, sino bastante bien probada.

—¡Probada! esclamó el baron; ¿luego ha muerto el conde de Ceruy?

—Tan muerto, repuso el magistrado poniéndose los pantalones, que le encontraron pasado por dos balas en un bosquecillo que está junto al camino real á media legua, poco mas ó menos, de Bois-Mandé.

Admirado quedó el baron á esta respuesta, pues recordó la forma que tomó en aquel punto Satanás para acompañarle, y se estremeció al pensar que pudo esto ser una astucia para perderle de un todo. Permaneció mudo y meditabumdo mientras el juez, poniéndose los tirantes y apretándose bien los pantalones, le dijo con donaire:

—Mucho me gusta el pantalon que llevais; está hecho por mano muy hábil. ¿Qué sastre os viste en Paris?

No le oyó Luizzi, y levantando la cabeza con ademan de asombro, preguntó:

—¡Cómo! ¿han hallado al conde muerto junto al camino real?

—Si, si, respondió el juez; y volviéndose á su ayuda de cámara le dijo:

—Nunca he podido tener un pantalon como este. ¿Qué sastre os viste, baron?

—No sé, respondió éste, que seguramente no estaba para sastres.

—Lo siento, repuso el magistrado; no sé cuanto daria por saber el nombre y la casa de vuestro sastre.

No sin alcanzar esperiencia habia el baron tenido comercio con el diablo; por tanto pensó sacar mas partido de esta circunstancia que de su inocencia, y respondió:

—¡Ah! ya me acuerdo, se llama Human á lo que creo.

—No se te olvide este nombre, dijo el juez á su criado mientras se ponia el corbatin y en tanto que Luizzi reponia de esta suerte:

—Pero, en fin, aunque haya muerto en efecto el conde, ¿por qué han de acusarme á mí?

—Porque el amante de la muger era el mas interesado en descartarse del marido.

—¿Me creeis culpable de semejante crímen?

—He hablado en favor vuestro, he dicho que podia ser un duelo sin testigos, pues habia motivos para ello; pero esto deberia probarse.

Por otra parte hay una circunstancia agravante; se han encontrado dos espadas junto al conde, siendo asi que ha muerto de bala, cosa que parece probar que si en la imperial arreglásteis el duelo con espada, fué prevenido este con un asesinato.

—¿Han visto al conde de Cerny en el camino de Bois-Mandé? esclamó Luizzi levantándose.

—¡Cómo si le han visto! hicisteis media jornada con él.

Conoció entonces el baron que le habia tendido Satanás un lazo en que debia perecer; volvió el rostro para ocultar la palidez que sintió apoderarse de él, y que tal vez hubiera sido interpretada como prueba de su supuesto crímen. Fué tan violento este movimiento, que el juez no pudo menos de mirarle, y esclamó lleno á su vez de asombro:

—¡En verdad que llevais un trage admirable! ¿tambien es obra de Human esta casaca?

Nada contestó Armando, y continuando el juez en su admiracion, señaló Luizzi á su ayuda de cámara diciendo:

—Esto si que está bien cortado: aqui no hay un pliegue; esta no es una casaca raquítica como las que hacen en Tolosa: quiero que Human sea mi sastre.

Digitized by Google

Oyendo Armando que hablaba de esta suerte, no pudo menos de volverse indignado hácia él, y le dijo:

—¿Para esto me habeis recibido, señor marqués? ¿esto es lo que yo podia esperar de vos?

Llamado con esta indirecta á sus deberes, pero sin que por esto quitase el ojo de la casaca, respondió sécamente el magistrado:

—Oid, baron; estoy encargado de instruir vuestro espediente; siento tener que decíroslo: todas las presunciones están contra vos, aun la conversacion que acabamos de tener, pues debeis saber que tenia su objeto; y seguramente que si no fuéseis culpable hubiéseis tenido sangre fria para responderme á las preguntas, tal vez insidiosas, que os he hecho.

Conoció al instante Luizzi que el juez queria cubrir con grosero velo la necia ligereza de sus palabras, y convencido de que nada bueno podia esperar de él si no seguia su ridícula manía, le respondió:

—¡Oh! mi querido señor marqués; si habeis tomado por turbacion de un criminal lo que solo es una indignacion natural en un hombre honrado, estoy pronto á demostraros que no me domina el remordimiento hasta el punto de hacerme olvidar una cosa tan importante como la de que tratábamos; como os he dicho, es Human quien me viste; seguramente es el mejor sastre de París, y si os parece os daré una carta para él; soy uno de los que mas le dan que trabajar, y como tiene miramientos conmigo cuida con esmero á todos cuantos le envio.

—Trae tintero y papel, dijo el magistrado dirigiéndose á su ayuda de cámara; no olvideis la calle, querido baron.

—No, no, respondió Armando escribiendo la carta, doblándola en un momento y entregándola al marqués, quien leyó el sobre: á Mr. Human, calle de Richelieu.

El marqués estaba completamente vestido; dió á sus cabellos la inclinacion correspondiente, apretóse el frac, estiróse en cuanto pudo, y se puso los guantes mientras le decia el baron:

—Querido marqués, favor con favor se paga, y espero que firmareis la órden de que se me ponga inmediatamente en libertad.

—¡Yo! esclamó el magistrado; ¿creeis que esté en mis atribuciones? Os equivocais, pues vuestra acusacion es capital.

—¿Por qué me habeis recibido entonces? preguntó el baron.

—Es mi deber oir á los acusados, dijo el juez, y me parece que le he cumplido rigorosamente; pues que no debia tomaros declaracion sino dentro de las veinte y cuatro horas de vuestro arresto. Por otra parte, no habeis alegado un solo hecho en favor vuestro, y todo cuanto puedo hacer por vos, es que se os guarden los mayores miramientos.

Que entren los gendarmes, añadió dirigiéndose al ayuda de cámara.

—¡Esto es una infamia! esclamó el baron.

Habiéndose puesto el marqués los guantes y cogido el sombrero, miró de reojo al baron y respondió severamente:

—No agraveis vuestra situacion con ultrages que me seria fuerza castigar.

—¡Vos! esclamó Luizzi fuera de sí recordando lo que habia sido el marqués de Val y lo que era todavía, y viniéndole á la vez á las mientes Mad. de Cremancé, Lucy y Lili; ¡vos! ¡miserable! ¡vos que habeis hecho profesion de todos los vicios!

Presentáronse en este momento los gendarmes.

—¡Gendarmes! esclamó indignado el marqués; á la cárcel con el acusado, y que sea tratado con el mayor rigor.

Fuese diciendo esto, y los dos gendarmes partieron con Luizzi, tan abrumado éste á vista de todo cuanto le acababa de suceder, que atravesó algunas calles de Tolosa sin notar que era objeto de curiosidad de todos cuantos le encontraban y conocian.

LXXXVIII.

Si nos proponemos recordar las aparentes circunstancias del encuentro de Luizzi con el diablo bajo la forma del conde de Cerny, conoceremos fácilmente el espanto que debió apoderarse del desventurado Armando cuando se vió solo, encerrado en el calabozo donde le hizo meter su bondadoso primo el marqués de Val. En sentir de todos se habia alejado de la diligencia con un viagero que no habia aparecido mas: este viagero era para todos el conde de Cerny, y sobre todo para el poeta que le habia preguntado su nombre, manifestándole Satanás el del ultrajado marido.

Hacia ocho dias que el baron estaba incomunicado, separado de los demas hombres y abismado en profundas meditaciones; cada segundo se le hacia un dia. Durante los treinta y cinco años de su vida, nunca tuvo Luizzi tanto espacio para entregarse á sérias reflexiones. Por vez primera, despues de diez años que habia aceptado la infernal herencia de su padre, pudo preguntarse por qué habia sido tan estraordinaria su existencia, arrebatada como en un torbellino de acontecimientos que le esclavizaban; el poder sobrenatural de que estaba dotado no habia hecho mas que precipitarle en un abismo de desgracias contra las cuales debia escudarle: preguntóse entonces si la historia del Génesis que condena al hombre á la desgracia desde que tocó al árbol de la ciencia, del bien y del mal, no era la mas sublime verdad, y si de ello no era él una prueba segurísima, puesto que habia querido penetrar mas que ningun otro en las profundidades de esa ciencia.

Digitized by Google

En medio de estas reflexiones, anhelaba en ciertos instantes saber todo cuanto pasaba en el calabozo donde le habian encerrado; podia en efecto ponerse á la vista aquellos sitios en que se decidia sobre su existencia y la de los dos seres á quienes amaba todavía; pero vacilaba en hacerlo, pues reconocia por último que las revelaciones de Satanás solo habian sido para él una luz funesta, que le habia estraviado sin cesar, y sin embargo del terror que sentia al ver perdido su honor, y comprometida su existencia, á pesar de los temores que le asaltaban por su hermana, por Eugenia y por Anita, abandonadas en tan inminente riesgo, resistió con todo la tentacion y no agitó el infernal talisman.

No lo hizo durante los ocho dias ni durante los demas en que debió comparecer frecuentemente delante de los jueces.

Tal vez hubiera su buena determinacion resistido hasta la desesperacion que de él se apoderaba, si dos cartas no hubiesen venido á revelarle nuevas desgracias y nuevos crímenes.

La primera que pusieron en sus manos fué la que habia motivado su arresto, y el marqués de Val consintió en comunicarle como pieza del proceso, cuando se hubieron concluido las pruebas.

La segunda era la historia que le habia prometido el literato de la diligencia, y que tambien hizo prueba porque empezaba con estas palabras agravantes para Luizzi: «Cuando os dejé en el camino de Bois-Mandé, solo con el conde de Cerny, etc.» Luizzi dejó á un lado esta carta que juzgó deber ser muy poco interesante, y leyó la de la condesa de Cerny.

LXXXIX.

LA CASA DE LOCOS.

Despues de cinco dias de cautiverio puede al fin escribiros, Armando, con el corazon conmovido y traspasado todavía por una escena deplorable. Voy á empezar la narracion de lo que me ha sucedido desde nuestra desgracia, de que no me atrevo á quejarme ya despues de la que acabo de ser testigo, y que os contaré porque en la posicion en que os hallais, os será tal vez posible socorrerla.

Esta frase fué, por decirlo asi, el primer golpe imprevisto que echó por tierra la determinacion de Luizzi; este llamamiento con que se imploraba su proteccion, le hizo esperimentar una impotencia á la cual podia poner término, pues tenia en la mano un talisman bastante poderoso para sacarle de su posicion, á lo menos segun sus cálculos. Sin embargo, esta reflexion solo pasó por su mente como ligera sombra, sin dejar ningun rastro, y continuó la lectura de la carta.

Pero para no confundir la narracion de mis dolores con la de las desgracias de que he sido testigo, quiero narraros dia por dia lo que me ha sucedido desde el momento de nuestra separacion.

Despues de vuestra fuga, quedé sola con el conde de Cerny, quien con el cinismo de un hombre que está resuelto á hacer una accion infame, me confesó que haria pagar con mi felicidad el descubrimiento de ese secreto que nos ha reunido, y que aun no sé quién pudo manifestarlo.

Cerny encontró en mi retrete las cartas que habiamos escrito; las juntó, y combinándolas con nuestra fuga de Paris, halló pruebas para una acusacion de adulterio que debe vengar.

Lo mas infame de la conducta del conde es que cuando me manifestaba con fria cobardía sus inicuos proyectos, no le animaba la venganza de su honor ultrajado, sino ese innoble secreto, y la rabia por el vergonzoso estado á que le redujo el desenfreno. Cuando asi me hablaba, creia que era todavía inocente, y suponia que yo no habia hecho mas que huir de su persecucion, y que vos no érais para mí sino un protector y un amigo.

¡Armando! quise volverle el mal que nos habia hecho; quise herir en lo mas vivo esa horrible vanidad que tan cobarde y cruel le ha vuelto... Le dije lo que sentia, le manifesté que eras mi amante y logré mi objeto; se apoderó de él un furor intenso, y le atormenté con todo cuanto pudo inspirarme el amor que te profeso. No era nada para él decirle que te amo con todo mi corazon, porque te amo, Armando; porque á la vez te he hecho feliz y desgraciado; porque si bien he abrumado vuestra existencia con un peso terrible, tambien he visto que durante algunas horas, de las pocas que hemos pasado juntos, tu alma se tranquilizaba al oirme, y tu pecho parecia olvidar su desesperacion cuando yo te miraba; pero aun cuando le hubiese dicho todo esto, no me hubiera comprendido; y su infame conducta me indignó hasta tal punto, que humillé al miserable en lo que mas cifraba su orgullo.

Si, le dije que eras mi amante, y que te amaba en estremo; á este punto llegué, porque cada una de mis palabras era para él un puñal, porque la rabia le devoraba al conocer su impotencia, y jamás ninguna muger se ha envanecido tanto por un momento de ser hermosa, y de ser perdida.

Seguramente que si hubiésemos estado solos en una casa desierta no hubiera podido contar á Cerny lo que le conté; pero entregándome á la cuchilla de la ley, me puso tambien bajo su proteccion, y no olvidaba el conde que habia un magistrado á la puerta para apoderarse de mí. Por esto huyó dejándome en manos de los que me habian arrestado.

Encontré entonces á la mendiga, y os la envié.

Poco despues fuí conducida á la cárcel de

Digitized by Google

Orleans; pero el comisario fué bastante cortés para comprender que mi arresto preventivo no debia ser un suplicio mucho mas horrible que aquel á que podia ser condenada, y no pudiendo hacer que mudasen de cuadras los otros presos, me preguntó si desearia ocupar un cuarto particular en las habitaciones destinadas á las mugeres de una locura bastante suave para que no temiese estar con ellas. Entre la locura y el crímen, entre las mugeres que han perdido el juicio y las de desenfrenadas costumbres, entre el insensato lenguage de aquellas y las obscenas pláticas de estas, no pude vacilar un momento, y seguí el consejo que me daba el magistrado. Me alojaron decentemente, y tuve tiempo para meditar y para escribir á mi padre. No quise salir de mi cuarto al otro dia de mi cautiverio; al través de las ventanas veia andar vagando, á manera de fantasmas, las locas de torpe paso, fijos ó vagorosos los ojos, cantando, hablando y gesticulando; esta se coronaba con yedra como para ir á un baile; aquella se ponia un velo nupcial como para dirigirse al altar, mientras otra mecia en sus brazos un pedazo de madera, cantándole tiernas coplas, ofreciéndole su pecho y llamándole su hijo; esta me hizo llorar.

Reflexioné no obstante, que no podia saber los esfuerzos que haria la mendiga para llegar hasta mí, si no me mezclaba con las infelices locas, ó al menos con sus vigilantes que las seguian, recorriendo indiferentemente el patio y los corredores.

Bajé, y á costa de dinero, logré que una vigilante fuese á informarse si se habia presentado preguntando por mí una niña á quien habia prometido proteger.

Era conocida de esta muger la causa de mi prision, y sabiendo mi nombre sabia tambien que podia recompensar pródigamente algun dia su complacencia para conmigo; alejóse, pues, rápidamente, diciéndome que esperase su vuelta.

Habíame sentado en un rincon del patio que era acostumbrado paseo de las locas, evitando su encuentro y el ser vista de ellas, cuando de repente me sorprendieron las miradas de dos mugeres, que me observaban á cierta distancia con estraordinaria curiosidad; las dos debieron haber sido muy hermosas, pero la edad y el dolor habian ajado el semblante de una de ellas, mientras que en medio de su tristeza parecia la otra mas fresca en su semblante.

Me admiró tanto mas ver á esta, cuanto me pareció no serme desconocido su semblante, y creí tambien que ella estaba recordando dónde me habia visto. Esta mútua observacion duró algunos minutos, é impelida por secreto instinto de compasion iba tal vez á acercarme á ellas cuando volvió la vigilante diciéndome que en efecto habia preguntado por mí una niña mendiga; pero que en atencion á la órden de mi marido de que estuviese yo incomunicada, se le habia negado la entrada.

Esta desgracia, que en tal circunstancia lo era, no me hizo olvidar á las dos mugeres que me estaban observando, y volví á mi miserable aposento, habiendo perdido la esperanza de saber lo que era de vos.

No bien acababa de entrar, cuando al través de las rejas de mis ventanas, ví á una de las dos mugeres, cabalmente á la que creí haber conocido, que estaba preguntando vivamente á la vigilante que habia hablado conmigo. En medio de mi profunda desesperacion esta curiosidad escitó la mia; pero no hasta tal punto que desease satisfacerla al momento; por otra parte tenia que pensar en vos, en nuestro encuentro tan casual, en nuestro amor tan inaudito, en nuestra felicidad tan corta y en nuestra desgracia tan repentina.

¿Os volveré á ver, Armando? ¿esa fatalidad que parece perseguiros se estenderá tambien sobre los que se aproximan á vos? temo que así sea, y sin embargo, no me arredra nada; no sé que secreta voz me dice que os amaba como debeis ser amado, y que unida á vos os hubiera hecho dichoso. Es mucha vanidad, Armando, pensarlo así; pero conozco que os pertenezco tanto, á pesar de haberos pertenecido solo un momento; perseguida, encarcelada, como quien ha perdido su honor, soy aun tan fuerte para sacrificaros mi existencia, mi reputacion y mi libertad, que no puedo menos de creer que ese destino, que tan rápida é irresistiblemente se ha encadenado con el vuestro, me habia creado para serviros de hermana, de compañera y de apoyo.

Así como el anciano ciego encontró en el camino á la jóven mendiga, ¿no puedo yo haberme encontrado en vuestra senda para tenderos la mano? ¿y no ha sido una desgracia el que os haya conocido demasiado tarde? Perdonad, Armando; perdonad si os hablo siempre de mí; pero es forzoso que sepais que no me he entregado á vos como me hubiera entregado á otro cualquiera que hubiese estado en lugar vuestro. Ahora puedo ya decíroslo: la primera palabra que pronunciásteis delante de mí, cayó sobre mí tranquila y resignada como un plomo sobre agua parada y cristalina; esta palabra indiferente me turbó: no sé que me habló al corazon, diciéndome: ¡Cuidado!

¿Por qué habia de ser así? yo no os conocia: otros hombres he visto de nombre no menos distinguido, mas gallardos, de mas nombradía, pero ninguno pudo turbar esa inalterable calma de mi pecho, en que tanto me gozaba; solo vos habeis podido conmoverme, sin haberme hablado, por decirlo así; rebeléme contra ese terror, y ya recordareis, Armando, cuántos elogios prodigué á un hom-

Digitized by Google

bre á quien debo creer hoy dia miserable. Quise castigaros por haberme hecho dudar de mi imperio sobre mí misma, cuando pronunciásteis aquellas fatales palabras sobre Mad. de Carin, y aun no atino en el secreto impulso que me obligó á pediros una esplicacion.

Cosa muy nueva era para mí esa necesidad irresistible de hacer una accion condenada por mi mente. Os escribí y acudisteis á la cita: ¿es el cielo ó el infierno quien ha querido lo demas? por culpable que sea me atrevo á esperar todavía que no ha sido para perderos para lo que yo me he perdido.

Os refiero esto, Armando, porque tales fueron mis reflexiones en aquellas horas de ese largo dia; porque arrastrada en pocos dias en un torbellino de acontecimientos que bastan á llenar una existencia, este es el primer momento de calma que gozo para entrar en reflexiones conmigo misma, y para preguntarme si no era á la vez la mas loca y la mas culpable de las mugeres.

Minuto por minuto y palabra por palabra, he repasado esas páginas tan cortas, tan ardorosas y rápidas de mi vida, preguntándome si todo ello no habia sido un delirio, un vértigo de que me habia dejado arrebatar: ni un momento le ha pesado á mi corazon haberse entregado á tí, y he conocido que ese pesar no lo esperimentaré jamás.

Si supieses, Armando, tú, que sin duda te encontrarás en uno de esos instantes en que se devora con impaciencia las horas, obligado, como te verás, á arreglar lentamente los negocios que te detienen... si supieses cómo pasan rápidas las horas cuando está abismada una en algun pensamiento! huyeron de tal suerte que llegó la noche sin que hubiese pensado en otra cosa que en repetir á mis solas, no pudiendo decírtelo á tí: ¡Oh! ¡te amo, Armando, te amo!

Sin duda hubiera pasado la noche como el dia si la vigilante no hubiese entrado de golpe en mi cuarto, arrancándome á las profundas meditaciones de mi corazon. Su vista me recordó la curiosidad de que habia sido objeto, y no sabiendo qué responder á los ofrecimientos que me hacia ni cómo hallar ocasion de hacerle ganar una recompensa que no se atrevia á solicitar, le pregunté por las dos que habia visto pasearse juntas entre las demas locas solitarias, pues es cosa no conocida aqui, y me ha asombrado sobremanera, porque nunca dos locos se háblan, se aman ni se socorren. ¿El corazon se embotará, pues, al mismo tiempo que el juicio? La vigilante respondió de esta suerte á mi pregunta:

—¿No habeis conocido á la mas jóven? pues ella se acuerda de vos.

—¿Quién es? le dije.

—Puedo nombrárosla, me respondió en voz baja, aunque por respeto á su familia tengamos prohibido decir quién sea: es la señora de Carin.

Dí un grito de sorpresa.

¡Mad. de Carin! ¿oyes, Armando? Esa muger cuyo recuerdo ocasionó la palabra fatal que ha enlazado nuestra suerte; Mad. de Carin á la cual dejé calumniar delante de mí, sabiendo que estaba inocente, solo para no chocar con la innoble vanidad de aquel cuyo nombre llevó la de Carin, la loca encerrada con la condesa de Cerny, la adúltera. ¡Armando! no podré deciros la sensacion que esperimenté: creí ver levantarse el castigo delante de la falta, y conocí entónces que todas esas palabras vanas y pérfidas á que damos asentimiento en la sociedad y de que nos reimos, pueden ser causa de cruelísimos pesares.

¡Ay de mí! sino hubiese dejado calumniar á Mad. de Carin, no hubiérais tenido motivos para conocerme. Armando, no os hubiera conocido y no me viera encerrada en la misma prision que ella. Vagaba en estos pensamientos mientras que la vigilante procuraba esplicarme cómo Mad. de Carin padecia de una idea fija, pensando siempre que su marido habia querido matar á su padre. Su narracion no podia interesarme mucho, atendidas sus meditaciones, y apenas la escuché cuando me dijo: que la otra loca era una señora de aquel pais que se llama Enriqueta Buré y que imaginaba haber estado encerrada muchos años en un subterráneo, del cual solo la habian sacado para meterla en una casa de locas y robarle su hija. Era la hora de cerrar las puertas, y como me hubiesen encerrado me acosté y dormí. Por vez primera en mi vida supe que el cansancio del cuerpo es un remedio contra el del alma, y despues de algunas noches, pasadas en medio de crueles agitaciones, no desperté mas que cuando estaba ya muy adelantado el dia. Mi primer pensamiento se dirigió á tí, y me apresuré á bajar. Parecióme que la vigilante tenia algo que decirme, pues asi que me vió, atravesó rápidamente el patio y vino hácia mí.

—¿Alguien ha venido á preguntar por mí? la dije.

—La niña mendiga está aquí, me respondió.

—¿La han dejado entrar?

—Hubiera sido imposible impedírselo, pues la han enviado como acusada de robo.

—¿Esta niña? esclamé, ¿esta niña? es imposible:

—¡Cómo que no! respondió la vigilante; vaya, si lo cuenta á quien quiere oirla, y si pudiéseis verla tambien os lo contaria.

Pensé entonces en el bolsilló que habia confiado á la mendiga, y creí que se le habia apropiado; su posicion, aun cuando me quitaba toda esperanza de tener noticias vuestras, no dejó, sin embargo, de hacerme sentir en estremo haber tentado la miseria de la desgraciada; no quise que mi encuentro hubiese podido serla fatal y pedí que me la presentasen.

Digitized by Google

—Esta noche, me dijo la carcelera; esta noche antes de cerrar las puertas podré hacerla entrar en vuestro cuarto; nadie notará su ausencia mas que en la otra estancia, y diré que se ha acostado ya; pero será preciso que la retengais toda la noche, pues solo mañana podré hacerla volver á la cuadra que le corresponde.

—Como querais, respondí; aguardaré.

Poco despues ví de nuevo á Mad. Carin y á Enriqueta Buré, otra loca que no la abandonaba nunca. Parecióme que las dos se me escusaban; creí que conocian la causa de mi arresto, olvidé que eran locas, me sentí humillada, y me pesó en estremo. Pasaron junto á mí y no pude menos de seguirlas con mis miradas. Solo entonces noté que únicamente las dos entre los demás de la casa andaban y conversaban juntas, y la carcelera me dijo que tambien habitaban un mismo cuarto. No podré esplicaros la singular sensacion que á un tiempo me atraia y me alejaba de ellas; deseaba hablarlas y lo temia: temia que mi interés por ellas se desvaneciese ante una de esas palabras que me repugnaban en boca de otras. Conocí que debia guardar en mi pecho la compasion que me causaban, y no pudiendo consolarlas, no podia, sin embargo, por menos de compadecerlas.

En esto pensaba cuando una de las locas que se paseaban por el patio vino hácia mí dando grandes risotadas y contándome que habia sido amada de Napoleon y coronada emperatriz de los franceses. Volvíme queriendo entrar en mi cuarto: pero como si el ejemplo de esa loca hubiese sido un incentivo para las demas, me acometieron otras muchas con alaridos, súplicas é imprecaciones; esta me tomaba por la rival que le robó su amante; aquella por la infame que la habia entregado á los verdugos; esotra por la bruja que habia bebido la sangre de su hijo Hallábame sola en



Tapeme los oidos para no oir los gritos de las desventuradas que se paseaban en el patio.

medio de todas esas locas, y no podré esplicaros el espantoso terror que se apoderó de mí; ese círculo de rostros desencajados, ese concierto de insensatas palabras me abrumaban, me helaba el corazon y me dieron miedo Conocí que mi razon vacilaba, subia la palidez á mi semblante, é iba á caer en tierra, cuando Mad. de Carin y su compañera se me acercaron para sustraerme á la cólera de las demas: condujéronme hasta la puerta de mi cuarto, y aquella á quien llamaban Enriqueta Buré me dijo con el acento de una dulzura que me penetró:

—Entrad en vuestro cuarto, señora, y si os obligan á permanecer aquí mucho tiempo, esponeos lo menos que podais á semejante espectáculo, pues vuestra razon podria sucumbir.

—Si, añadió Mad. de Carin; permaneced en vuestro cuarto, porque á no ser por Enriqueta que me ha salvado, tal vez ya seria yo loca.

¿Madama de Carin no se creia loca? ¿y estaba yo en mi juicio? lo cierto es que yo hubiera dicho lo mismo que ella. La calma y el socorro de esas dos mugeres me asustó todavía mas que el delirio de las otras, y casi fuera de mí volví á mi aposento abrumada de mil pensamientos y dudando hasta de mí misma.

Con terrible ansiedad esperé á que llegase la mendiga, pues me pareció que debia tranquilizarme de lo que me habia pasado: habia yo llegado al estremo de necesitar un testigo que me esplicase lo que por mí pasaba. Aquel fué un horroroso dia: tapéme los oidos para no ir los gritos de las desventuradas que se paseaban en el patio; ocultábame para no ver esos rostros que venian á pegarse á las rejas de mi ventana, y al fin llegó la noche sin que pudiesen calmarse mis temores. Armando, imposible me será deciros todo cuanto he hecho; para asegurarme de que no era loca casi se me volvió el juicio; procuraba reunir todos los recuerdos de mi niñez para convencerme de que nada se me habia olvidado. Recitaba en alta voz los versos de nuestros mas célebres poetas para cerciorarme, por decirlo asi, de mi memoria. Queria de todos modos recordar el nombre, y cuántas personas ví en tal dia; era loca, en fin, de miedo de serlo, cuando de improviso ví entrar á la niña mendiga: corrí á ella, Armando; me puse bajo la proteccion de esa niña á quien habia encontrado en el camino real. Sus primeras palabras me tranquilizaron mas que todos mis esfuerzos; me habló de vos.

—Le he visto, me dijo.

Contóme entonces lo que la habiais dicho. Me salvareis, Armando: ¿no es verdad que me salvareis? ¡Ay! ya me habeis salvado; puedo ya pensar en vos, puedo ya dirigirme á vos y prometerme socorros vuestros; mi juicio me fué devuelto en un momento. conocí que era ya feliz!

Hasta este momento no nos hemos detenido en esplicar las emociones que esta carta causó al baron, pues hubiera sido necesario interrumpir á cada línea su lectura. Pero en este momento se detuvo tambien, á pesar suyo, el baron, pues este lenguaje en que se le pedia proteccion, le comprimia tristemente el corazon. ¡Esa muger encerrada entre locas, esperaba en el, que estaba encerrado entre criminales! Echó alrededor una mirada de desesperacion: estaba solo... solo... y lloró.

Cuando se hubo calmado su dolor, continuó la carta; decia asi:

Sin embargo, la niña mendiga me ha dicho una cosa que me ha alarmado terriblemente y que no me admira menos. El conde Cerny habia llegado en posta con una muger, y al dia siguiente partió en la misma posta con ella siguiendo el camino de Tolosa. ¡Será acaso para perseguiros! en este caso habrá tomado un singular compañero de viage: esta idea me tranquiliza un poco.

Volvió á detenerse Luizzi, pues esta cláusula de la carta le admiró en estremo. Pensó para sí si la carta que habia escrito á Carolina podia haber sido interceptada por su marido ó por Julieta, y si era posible que hubiese esta prevenido al conde de Cerny, é instigádole para que partiese en persecucion de su muger: con efecto, Anita no hablaba de la respuesta de Eugenia, que podia ya haber llegado á Orleans, ni de Carolina, que por precision debia estar alli. Una estraña sospecha la vino á la imaginacion, y fué que podia muy bien ser Julieta la que acompañaba al conde: pero meditándolo mas atentamente le pareció esta idea una locura, y la abandonó para volver á tomar el hilo de la carta.

¡Ay de mí! Armando, tenia tan pocas cosas que indagar de vos, que al cabo de una hora pude ya enterarme de la situacion de la mendiga: me habia dicho que os entregó el bolsillo que yo os remiti, y no hice caso de esta seguridad que reputé mentira, pero al fin le dije:

—Oye, hija mia, estoy demasiado reconocida en vista de lo que por mí has hecho para no perdonarte una falta que tu miseria escusa hasta cierto punto. Has entrado aqui despues de haber cometido un robo; si es por motivo del bolsillo que te entregué y que hayas retenido, te prometo afirmar delante de los magistrados que te lo dí, y de este modo alcanzarás tu libertad.

No podeis figuraros, Armando, el dolor, la indignacion y la sorpresa que de repente se manifestaron en el semblante de la jóven.

—Si, esclamó derramando lágrimas; si, he robado, pero no vuestro oro; he robado porque no podia entrar aqui mas que haciendo que me prendiesen; ya dije al caballero que lo haria, se lo dije en el camino real, y él podrá repetíroslo. ¡Si he robado no ha sido

Digitized by Google

para mí; sino para vos, madama, para vos!

¡Oh! ¡amigo mio! ¡cuán niña me consideré delante de esa niña! ¡de rodillas le hubiera pedido que me perdonase mis sospechas; la tomé en mis brazos, y pude á duras penas enjugar su llanto: era tan desgraciada y habia sido yo tan ingrata con ella! Ya conocereis que pude olvidar por un momento nuestra mútua posicion para pensar únicamente en ella, para preguntarla quién era, y habitaba, y que las conversaciones que hasta cierto punto recuerda, no son las de un carcelero con un preso; sin embargo, no ha podido saber los nombres que su madre le enseñaba cuidadosamente; ni los acontecimientos que la condujeron á tal encierro.

Cierto dia le robaron á su madre, y sin saber cómo, se halló en la casa de los espósitos de Orleans. Esta nueva existencia, pues parece que lo fué para la niña, borró al ins-



Estaba solo..... solo.... y lloró.

para saber esta historia que debia ella contarnos á los dos y que solo yo he oido.

Esta historia es á la vez admirable y sencilla: esa niña me manifestó haber pasado sus primeros años encerrada sola con su madre, en un cuarto donde nunca veia entrar mas que á un mismo hombre. ¿Habrá nacido en una cárcel? ¿Seria ese hombre el carcelero que entraba diariamente la racion que se da á los presos? Pero al través de los confusos recuerdos de la desgracia, me ha parecido que no podia ser una cárcel el cuarto en que tante el recuerdo de sus primeros años. Antes no habia visto jamás el cielo, la luz del dia, una flor, un árbol, ni nada de lo que vemos comunmente, escepto á su madre y al que las tenia encerradas. Esto es muy sorprendente, Armando, pues no hay en Francia cárceles como esa en que estuvo encerrada la desgraciada.

No atreviéndome, sin embargo, á suponer un crímen abominable, acusé de infieles los recuerdos de la mendiga, recuerdos que pronto debian serme esplicados de un modo inau-

Digitized by Google

dito. Pasamos hablando de estas cosas una parte de la noche, y me contó, ademas, cómo con la idea de encontrar á su madre huyó cierto dia de la casa de los espósitos. Determiné pedir al director de la casa que me dejasen á esa niña para servirme, esplicando la causa de su crimen y encargándole de que pagase en mi nombre á los sugetos cuya queja la hubiese hecho comparecer delante de los magistrados. Por esto no la devolví á la vigilante cuando vino por ella á la mañana siguiente, y encargué á esta que pusiese en manos del director la carta que le acababa de escribir. En atencion al temor que segun os he dicho esperimenté la víspera, no quise bajar al patio. La mendiga, desocupada en mi cuarto, se asomó á los vidrios de mi ventana; de improviso resuena en el patio un grito de indecible espresion, y volviéndose hácia mí la mendiga esclamaba sobremanera turbada:

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Cayó de rodillas repitiendo estas palabras, y corrí á ella, cuando de repente se abre la puerta con estrépito y se presenta la loca á quien llamaban Enriqueta Buré: por natural movimiento me habia colocado delante de la mendiga, pues presentí que su vista habia escitado la exaltacion de la demente, contra cuyo furor queria protegerla. Vila, en efecto, fuera de sí; detúvose un momento en el umbral de la puerta, estendiendo los brazos como para impedir que alguien se fuese: echó alrededor del cuarto una mirada rápida y brillante como el rayo, y vió detrás de mí á la niña.

Antes que hubiese adivinado si la habia visto, lanzóse Enriqueta hácia mi; y con vigor, á que me fué imposible resistir, me apartó lanzándome, por decirlo asi, al estremo de la sala. Levantó á la niña y la miró fijamente, en seguida, sin decir una palabra, sin dar un grito, la estrechó en sus brazos con una violencia que me asustó hasta el punto de adelantarme de nuevo para arrancar á la niña de manos de la loca. Adivinó esta mi movimiento, y arrebatándola con una fuerza que solo el delirio podia dar á un cuerpo tan débil como el suyo, se la llevó fuera del cuarto. La seguí gritando: «socorro;» pero huia, con tal rapidez, que temí verla destrozarse con una caida y lastimar con ella á mi infeliz amiga. Dos vigilantes acudieron á mis gritos y la persiguieron conmigo· viéndose entonces acosada de cerca, se puso á gritar á su vez: ¡Luisa! ¡Luisa!

Sin duda se llama asi Mad. de Carin, pues vino al punto, y se interpuso con tan enérgico ademan entre nosotras y su amiga, que nos detuvo, mientras Enriqueta, en estremo fatigada, apretaba todavía á la mendiga contra su pecho, clavándonos amenazadora mirada.

—¿Por qué la perseguís? preguntó Luisa; ¿si sabeis que no es loca?

Mas como las vigilantes no hiciesen, al parecer, caso de esas palabras, pronunciadas á lo que suponia yo muy sentadamente, dirigióse Luisa vivamente á mí diciéndome:

—¡Oh! señora, haced que no maltraten á Enriqueta.

—No pretendo que la maltraten, respondi, solo que me devuelva esa niña...

Volviéndose entonces Mad. de Carin á Enriqueta, observó que tenia abrazada á la mendiga; dirigióse á ella, pero cogiendo su amiga una piedra y amenazando á Luisa, esclamaba:

—¡Félix! Félix! si te acercas te mato.

Al oir estás palabras retrocedió Mad. de Carin lanzando un grito.

—¡Oh! no es posible, decia ésta, ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! añadió acercándose á ella, ¿no me conoceis? soy yo, soy Luisa, soy tu amiga.

Este acento pareció calmar por un instante á la desgraciada, pues repuso con menos encono:

—Vete, Hortensia, vete; tambien tú me has abandonado, entregándome á mi hermano; tú, que tienes hijos, has ayudado á que robasen mi hija.

En el semblante y en las miradas de madama de Carin, se notaba una espresion de indecible espanto. Quise acercarme á mi vez, pero volviéndose Enriqueta á mí, me dijo con energía:

—¿Qué me quereis, señora? ¿qué me quereis, madre mia? me habeis encerrado y maldecido; acepté vuestra maldicion, y estoy bien en mi cárcel, estoy bien porque estoy con mi niña, y ya no quiero salir de ella.

Mientras asi me hablaba, miróla su amiga con un espanto que aumentaba por momentos; habíase apoderado de ella un temblor nervioso, su rostro tomaba una espresion de desvarío, y llevando la mano á su frente esclamó con profundos sollozos:

—¡Oh! ¡oh! ya lo han logrado, Dios mio, es loca .. y yo... yo...

Con balbuciente voz pronunció todavía algunas veces esta palabra, y cayó desmayada á mis pies.

La observó Enriqueta; Enriqueta, que el dia antes parecia amarla tanto, la miró friamente rodar convulsiva por tierra. Acudieron otras vigilantes, lleváronse á la desgraciada Luisa, é iban despues á quitar la niña de manos de la loca, que seguia estrechándola en sus brazos; pero dirigiéndose entonces á mí la niña mendiga, esclamó:

—Señora, señora, no tengais cuidado, ¡qué es mi madre! ¡es mi madre! la he conocido.

Todo esto me tenia anonadada, y no supe qué decir; pero las vigilantes no querian hacer caso de las súplicas de la niña ni de las amenzas de la madre. Afortunadamente llegó entonces el médico y mandó que las dejasen

juntas; habló con Enriqueta, y habiéndole asegurado que no la separarian de su hija, la supliqué que me participase todo cuanto pasase entre ella y la loca.



Por vez primera pareció admirarse la jóven de las palabras de su madre.

acompañó hasta su cuarto. Le conté por qué me interesaba en la suerte de la jóven, y la

—Madama, me respondió, acaso en este momento voy á descubrir un misterio cuyo

Digitized by Google

secreto busco hace algunos años, y desearia tener un testigo como vos para ver lo que acontezca.

Seguimos á la loca que habia vuelto á su cuarto; sostenia á su hija en sus rodillas, camo si todavía fuese muy niña, y la mecia y cantaba tiernamente como para adormecerla. De improviso se interrumpia para decirle:

—Oye, hija mia, oye bien, si algun dia sales de esta tumba, no te se olvide nunca decir que eres hija de Enriqueta Buré. Tu padre se llama...

—Leon Lannois, respondió la niña.

A esta respuesta se estremeció el médico, y me apretó el brazo como para decirme que escuchase atentamente.

—¡Leon Lannois! no olvides ese nombre, le dijo,

La madre continuaba asi:

—¿Te acordarás tambien del nombre de nuestro perseguidor?

La niña pareció meditar un momento y respondió:

—Si, si, el capitan Félix Radaire.

No pudo contener el médico una sorda esclamacion de sorpresa, mientràs que yo escuchaba sin comprender nada.

—¿Sabes tambien el nombre de tu tia, no es verdad, de tu tia, en quien confiaba yo tanto?

—Si, mamá, respondió la niña; Hortensia Buré, la muger de mi tio Luis Buré: y tambien me acordé, añadió lentamente como si sus recuerdos le viniesen á la memoria uno trás otro, tambien me acordé de aquel pobre trabajador á quien fuisteis á visitar cuando estuvo enfermo, el mismo dia que encontrásteis por vez primera á mi padre. Todo lo recuerdo, madre mia, todo lo recuerdo ahora.

—Y todo es mucha verdad, murmuró el médico.

La loca continuó de esta manera:

—Está bien, hija mia, está bien: mira bien á Félix, mira bien á tu verdugo cuando entre, mirale bien para reconocerle si algun dia le encuentras. Voy á ponerte en la cuna para que no note que lo miras.

Por vez primera pareció admirarse la jóven de las palabras de su madre, y acercándose á ella el médico, la dijo en voz baja:

—Haced cuanto quiera, hija mia, pronto volveré con vuestra protectora.

Entonces, sin que lo notase la infeliz loca, tomó un legajo de papeles, oculto en un rincon del cuarto, y me lo entregó diciendo:

—Leed, madama, pues sé que sois muger de talento, y me direis qué es lo que debo pensar de tan singular encuentro.

Leí el manuscrito, y os le envio, para que si teneis algun rato desocupado, podais consultar con algunos jurisconsultos una aventura tan estraña.

Ese manuscrito era casi una repeticion del que ya continuado en el principio de estas memorias, y en que se hace la narracion de las desgracias de Enriqueta Buré. La carta continuaba de esta suerte:

No bien hube terminado su lectura cuando comparé en mi mente los confusos recuerdos de la mendiga con la relacion de la desgraciada Enriqueta; recordaba palabra por palabra esa escena en que la niña delante de su madre iba pronunciando los nombres que á mí me dijo haber olvidado y que encontré en el manuscrito. Llenábame de asombro semejante descubrimiento cuando compareció el médico.

—¡Y bien! me dijo, ¿lo habeis leido?

—Si, respondí, la muger que ha escrito esto no era loca.

—Pero ahora lo es, dijo el médico; entre el dolor y la esperanza habia agotado todo el valor de que la dotó el cielo, de manera que no ha podido sostenerla en su alegría para la realizacion de la esperanza que la sostenia.

—¡Cómo! esclamé, ¡loca cuando debia ser feliz, loca cuando iba á probarse que jamás lo habia sido!

—¿No es verdad que son muchas desgracias á la vez? dijo el médico pareciendo mas abrumado que yo con el peso de tan terrible descubrimiento.

—¿Y Mad. de Carin? pregunté de repente recordando á la otra desventurada.

—¡Oh! tocante á esta, me respondió, la persigue una idea fija incurable; tambien ha escrito su historia, y os la dejaré si deseais verla. Una cosa tiene de notable, y es que está escrita con una concision, con una destreza é hipocresía de que los poco conocedores creerán capaz á una insensata. Procura cuidadosamente ocultar la mala conducta que obligó á su marido á ser tan severo con ella, y apenas pronuncia en su relacion el nombre del que ha sido públicamente su amante.

—¡Y ese nombre! esclamé como si una repentina idea me iluminase, ¿y ese nombre será sin duda el del conde de Cerny?

El médico bajó los ojos y me respondió como quien se ha adelantado mucho en sus confidencias,

—Creí deber preveniros que le hallariais en el manuscrito.

—Pues sabed que no ha sido su amante, le dije al momento.

El médico me miró con asombro.

—No soy loca, le dije, ya veis que estoy en mi juicio, encuéntrome aqui como culpable de adulterio, acusada por el conde de Cerny, y os juro que mi marido no ha sido el amante de Mad. de Carin, pues es imposible por lo que voy á deciros:

Todo se lo he contado al médico, Armando, y como si hubiéseis visto su asombro y su espanto, hubiérais podido creer que ese dia estaba destinado para hacer dudar á cada uno

de su juicio: al fin me respondió con ademan consternado:

—¡Oh! si no debemos creer en esa locura, será preciso que creamos en muchos crímenes.

No sé hasta qué punto hubieran llegado nuestros descubrimientos, sino nos hubiese interrumpido una vigilante que entró diciendo que mi padre acababa de llegar. Retiróse el médico, y á poco entró mi anciano padre el vizconde de Assimbret.

Ya le conoceis, Armando, ya sabeis que ha sido siempre muy corrido, que ha continuado su existencia con la misma soltura que la empezó; temia su llegada, presintiendo á pesar mio, que no se presentaria con la magestuosa autoridad de padre, y si con la ligereza con que acostumbra siempre hablar. Pero me equivoqué, pues fué indulgente y bondadoso para conmigo; y aunque censuró mi conducta, la escusó, no como lo hubiera querido yo, sino porque á su parecer no habia yo hecho otra cosa teniendo un amante, que lo que hacen otras muchas que él conocia. Lo que no me perdonaba era mi fuga, y lo que escitaba sobre todo su furor, era la conducta del conde de Cerny.

—Un gentil-hombre frente á otro gentil-hombre, esclamó, un Cerny delante de un Luizzi! y en vez de entrar en vuestro cuarto con un comisario de policía, no ha entrado con dos espadas! ¿no hubiera valido mas que hubiera muerto á los dos?

Esta noble indignacion, ó mejor dicho, esa indignacion de un noble me llegó al corazon; plúgome que mi padre prefiriese mi muerte á la infamia de un juicio, y le besé las manos con reconocimiento, en tanto que proseguia de esta suerte:

—Su conducta ha sido la de un villano, la de un miserable mercader.

—Su conducta, respondí, ha sido la única con que podia proceder.

Como admirase mi padre esta respuesta, tambien se lo conté todo, Armando Preciso es confesároslo; su bondad para conmigo, la gravedad que le habia inspirado su nombre de padre, y su rabia por la conducta que observó el conde, nada pudo contenerle despues de haberme oido, y cuando le manifesté el fatal secreto de mi marido, le dió una gana de reir, que nada pudo hacerle permanecer grave. Daba precipitados pasos repitiendo incesantemente la palabra: ¡Impotente! y esclamaba en medio de sus risotadas:

—¡Oh! ¿qué se han hecho los hermosos dias de nuestros parlamentos? ¡qué proceso tan hermoso se nos hubiera encargado! Le hubiera hecho examinar por todos los facultativos de Paris, no se hubiera atrevido á salir de casa sin que los niños le tirasen piedras: confieso que nunca he detestado tanto á los filósofos y á la revolucion que ha dado fin á los parlamentos.

Al cabo de muchos esfuerzos logré al fin que meditase sériamente el asunto: convenimos en las medidas que debiamos tomar para que recobrase yo mi libertad, y me dijo que al otro dia volveria con M. de B... nuestro célebre abogado con quien vino desde París. Estoy esperándolos mientras os escribo esta carta; mi padre se encargará de dirigírosla, pues sin él no os la hubiera podido enviar: respondedme con el sobre á él, que vive en la posada de las diligencias, y anunciadme vuestra vuelta, pues necesito veros. Devolvedme el manuscrito de Enriqueta Buré despues de haber tomado los informes necesarios; no olvideis que todavia tenemos que entregar una hija á su madre, y que acabo de citaros un triste ejemplo de la desgracia que puede causar un reconocimiento imprevisto.

Cuando iba á concluir esta carta, Armando, ha vuelto el médico diciendo que la situacion de Mad. de Carin se hace por momentos alarmante. Enriqueta ha perdido enteramente su juicio; mece á su hija, la canta, le repite siempre lo mismo y se cree encerrada en la horrible cárcel donde la dió á luz. Concluyo esta carta, Armando, porque anochece ya, y á pesar de los miramientos que conmigo se tienen, no puedo conseguir una luz: voy á pensar contigo; porque necesito hacerlo despues de las terribles conmociones que he esperimentado en tan pocos dias. ¿Te acuerdas de ese coche en que, yerta de frio y de espanto, te pedí que me amases y que me pertenecieses? no olvides la respuesta que me diste. A medida que te escribo estas cosas de que acabo de ser testigo, penetra en mi corazon la duda. ¿Hay nada cierto, Dios mio, en este mundo? ¿y entre todas estas mugeres que me rodean, seria yo la mas loca, yo, que conozco que no podria vivir sino tuviese fé en tí, lo mismo que en el cielo? Hasta muy pronto, Armando; vuelve pronto, pronto; ¡no sé qué miedo, qué desesperacion se apodera de mí; paréceme que en el momento en que te escribo, me está sucediendo una desgracia, ó quizás á tí: mi debilidad puede mas que yo; solo tú puedes vencerla; ven, ven.

ANITA.»

XC.

PRINCIPIO DE ESPLICACION.

Muy distintas fueron las emociones y diversos los pensamientoe de Armando durante la lectura de esta carta; pero lo que á otro tal vez no le hubiera sucedido, le abismaron todas ellas en una espantosa tristeza: todos los personages á quienes desde su salida de París habia encontrado, Perico, el anciano ciego, la mendiga, Mr. de Serac, Juanilla, y hasta ese Fernando que le habia prometido una relacion, le infundian espanto, y en pos Enri-

Digitized by Google

queta Buré y la desgraciada Luisa: todos volvian á presentarse como los actores de un drama en el desenlace; y el que podia llamarse el principal personage; ¿no llegaba tambien al fin de su existencia bajo el peso de una acusacion fatal y teniendo á la vista un cadalso?

Meditó en esto por mucho tiempo, abrumándole de tal suerte sus pensamientos, que no oyó al carcelero que venia á anunciarle que cesaba su incomunicacion y que podia bajar al patio y mezclarse con los demas presos. Admirado el carcelero viendo que Luizzi recibia con tanta indiferencia una noticia que para los demas era tan alegre, la repitió contentándose con decirle:

—¿Lo habeis oido? digoos que estais libre.

Esta palabra admiró á Luizzi, haciéndole esclamar:

—¡Libre! ¡libre! precipitóse diciendo esto fuera del cuarto, creyendo que podia salir de la cárcel; pero no bien habia bajado la escalera que conducia al patio, cuando se detuvo repentinamente, y volviéndose al carcelero que le habia seguido riendo, pues parece que un carcelero puede alguna vez reir, le dijo:

—En verdad que soy loco; olvido que no sé el camino por donde debo salir de la cárcel.

—¡Salir de la cárcel! le dijo el carcelero; os he dicho que podiais salir de vuestro cuarto; ¿habeis olvidado que teneis que comparecer en la próxima audiencia del tribunal? Hasta entonces la libertad que os está concedida es la de pasearos con vuestros camaradas.

Nada contestó Armando, pues antes que el carcelero hubiese concluido de hablar, pensó en su propia situacion: la libertad que se le concedia se limitaba á pasearse entre las cuatro paredes de un patio Echó rápida mirada á ese sitio donde se paseaban hombres mugrientos, jóvenes y ancianos, casi todos encenagados en los vicios, casi todos embrutecidos en las sendas que conducen al crímen y en el crímen que conduce al vicio: iba ya á retirarse cuando notó un hombre que le miraba atentamente. Armando temió roconocer en uno de esos miserables que habitaban en la misma cárcel que él á alguno de los que estuviesen mezclados en su causa. Retirábase obedeciendo á un impulso maquinal, cuando aquel hombre se le acercó rápidamsnte y le dijo con fuerte voz:

—¿No sois el hermano de la religiosa á quien llamábamos sor Angélica?

—Si, respondió el baron.

—¿Luego á vos es á quien debo la muerte de mi padre y de mi hijo.

—¿A mí?

—Me llamo Jaime Bruno, repuso el preso.

Luizzi le conoció y dijo:

—¿Vos aqui? ¿vos en este sitio?

—Tambien estais vos, respondió Jaime Bruno.

—Si, pero por un crímen que no he cometido.

Nada puede espresar el odio y la mala fé que se reveló entonces en el semblante del labriego.

—Esto lo decidirán los jueces.

—¿Y á vos, qué es lo que os ha conducido aquí? preguntó Luizzi.

—Una buena accion: Petithome habia muerto á mi padre y á mi hijo y yo he muerto á Petithome.

—Pero, repuso el baron, ¿cómo es posible que os encontreis en la cárcel de Tolosa por un crímen cometido en los alrededores de Vitre?

—Es que solo me prendieron ayer y que hace mucho tiempo que andaba lejos de mi pais, antes de que me prendiesen.

Miróle entonces Luizzi con atencion particular, y le pareció por un momento que le habia visto otra vez despues del dia en que salió de su casa; ¿pero dónde? esto no pudo recordarlo de modo alguno

Apoderóse del baron con mas fuerza que nunca la idea que ya meditaba ántes que el carcelero entrase en su calabozo; pero esta vez, en lugar de desecharla con espanto, la acogió entregándose á ella con ardor.

Fuese ó no fatal el desenlace que se acercaba, animóle el deseo de poner fin al misterío que le rodeaba, y al través del cual marchaba á ciegas, tropezando con los menores acontecimientos de su vida, y perdiéndose en unas sendas que le parecian complicadísimas. Impelido por esta idea volvió á su cuarto y determinó leer la carta que le habia escrito el poeta y que poco antes habia despreciado.

La continuamos aqui íntegra, pero declarando antes que no nos hacemos responsables de su contenido:

«Amigo y dueño: cuando os dejé solo en el camino de Bois-Mandé con el conde de Cerny, os prometí referiros, si ya no mi historia, recordaros al menos nuestro primer encuentro y deciros sus consecuencias. Acordaos de Bois-Mandé; acordaos del lecho del papa; de la jóven que fué con un viagero del coche en que ibais; acordaos que ese viagero mató al hombre que queria castigarle y robó á la jóven que se le habia entregado. Ese viagero era yo.»

—Razon tenia, dijo Luizzi interiormente olvidando que el diablo le habia recordado esta circunstancia, razon tenia, pues ha llegado la hora, y esta es una nueva luz que el destino me envia: ¡ojalá la desgracia que sigue mis pasos no me haya hecho cometer alguna grave imprudencia confiando la carta escrita á Mad de Cauny, á ese postillon que conducia á la Juanita, á quien encontré tal vez no sin misterio en Bois-Mandé!

Bajo la impresion de ese temor continuó Luizzi la carta de Fernando.

«Acordaos tambien que os dije que esa muger parecia tener un no sé qué de estraordinario.»

Digitized by Google

Recordó Luizzi esta palabra de Fernando y recordó tambien que el conductor hablando de Juanita le habia dicho que su historia no era la de una criada de posada, y que no habia nacido para ocupacion tan mezquina.

Volviendo estas circunstancias á su memoria, aumentaron su curiosidad é hicieron que se adelantase mas resuelto en la senda de los descubrimientos en que parecia empeñado, y continuó asi:

«No es de admirar que esa jóven tuviese algo de estraordinario, pues su posicion lo era en estremo; era la nieta de un villano que habia llegado á ser un magnate: la historia de ese magnate es inaudita. Mucho tiempo antes de la revolucion se llamaba Bricoin y era maestro de baile. Habiase casado antes del 89, cuando en el año 93 ó 94, pensó en apoderarse de los bienes y de la mano de cierta señora de Cauny á cuyo marido habia hecho condenar á muerte. Fué tan diestro que lo logró abandonando á su primer muger y á una hija llamada Mariquita, que de ella tuvo. Por aquel tiembo, y para no caer en la pena impuesta á los pígamos, mudó de nombre y tomó el de Paradeze; y como solo los mas viles criminales acostumbran á salir con bien de todo, sucedió que su muger murió antes de poder descubrir lo que él habia sido, y dejó á su hija en la mayor miseria, de que solo pudo salvarse entregándose á la licencia.»

Ese nombre de Mariquita, de licencia y de abandono en Tolosa, todo se reunió de pronto en la mente de Luizzi para recordarle lo que la Perine le habia dicho de una tal Mariquita que conoció al padre del baron. ¿Seria Juanita hermana suya? ¿y habia él prestado socorro al que debia prenderla, ni mas ni menos como habia entregado su otra hermana Carolina al miserable en cuyo poder la dejó? No se atrevió á detenerse en tan singular suposicion, y continuó leyendo la carta, aumentándose por momentos su zozobra.

«No le sucedió á la hija lo mismo que á la madre, pues logro descubrir el nombre que su padre habia tomado, y el punto donde habitaba: hará como unos veinte y dos años poco mas ó menos que fué á Bois-Mandé, y se presentó á Mr. de Paradeze llevando consigo á la niña que habia dado á luz en la casa de la Perine.»

Esta circúnstancia hizo estremecer al baron. Con efecto, cuanto mas se adelantaba en la carta tanto mas veia confirmarse el presentimiento de que debia encerrar estrañas revelaciones. Para otro cualquiera, se hubieran necesitado pruebas mas convincentes á fin de concebir siquiera la sospecha de que Juanita pudiese ser hermana suya; pero atendidos los estraordinarios encuentros que le habian pasado, no dudó en tomar por revelacion del destino las palabras de Fernando, aunque estuviese distante de suponer que el secreto que se le acacaba de descubrir no era tan terrible como el que le quedaba por saber. Continuó, pues, leyendo la carta del poeta:

«Cuando Mariquita llegó á Bois-Mandé con la fé de matrimonio de su madre, y la suya de bautismo, qne probaba ser hija de Bricoin, infundió tal espanto en el anciano, que le obligó á proveer á su subsistencia y á la de su hija. Paradeze conservó ésta á su lado, y envió á Mariquita á Tolosa, con una pension harto mezquina para que se viese precisada á servir. Por una destreza digna de tal hija, ocultó cuidadosamente á su padre la muerte de la señora de Bricoin, á fin de contener á Paradeze con el temor de una acusacion de bigamia, pero no bien hacia un año que Mariquita estaba fuera, cuando supo su padre que su primera muger habia muerto. Libre entonces de todo temor, pero no pudiendo con todo suprimir la pension que legalmente habia concedido á su hija legitima, echó de casa á su nieta, y dando algun dinero logró colocarla en la posada en que la encontré y donce se educó hasta el dia en que me fuí con ella.

«Debeis tambien recordar, amigo mio, que por aquel tiempo llegásteis de Tolosa con una muger llamada Mariquita; era la madre de Juanita; buena madre digna de su padre: tambien recordareis el esmero con que procuraba ocultaros, voy á deciros por qué. Toda la ternura que sentia por su hija, mientras pudo esperar que interesaria á Bricoin en favor suyo, se disipó el mismo dia en que su hija fué echada de casa de la Paradeze; y si bien supo que Juanita, hermosa, inocente y pura, habitaba en Bois-Mandé, pasó sin querer hablar con ella, temiendo que una criada de fonda pediria algun socorro á la sirvienta de buena casa; pero lo que no esperó de su hija labriega, sin gracia ni seduccion, se atrevió á esperarlo de Juanita, que á mi lado era elegante, y merced á su carácter, era la pícara mas astuta que pueda existir en el mundo.

«Mariquita vino á encontraros á París y me robó su hija, porque sabia á quien venderla y conocia el modo como se vende una niña. Juntas salieron de París, y por cierto que ha sido necesaria una casualidad bien estraordinaria para que la volviese á encontrar en Tolosa hace poco mas de un año.

«En mi amorosa desesperacion senté plaza de soldado. Soñaba en la gloria militar al principio de una revolucion, á la que creia yo bastante fuerte para llegar á ser la continuacion del imperio. Llegué á ser sargento primero de una compañia de la cual era teniente cierto Enrique Donezau; éste habia sido amante de Juanita y con ella fué á Alix. Yo servia de secretario á ese innoble Donezau para una intriguilla que decia tener con una religiosa da Tolosa; pero cierto dia de embriaguez nos confesó que esta correspondencia no llevaba otro objeto que el de ocultar la que seguia

Digitized by Google

directamente con una novicia llamada Julieta; y la misma noche, cierto cómico llamado Gustavo, me dijo que esa Julieta no era otra cosa que la hija de Mariquita, la cual habitaba en Auterive bajo el supuesto nombre de Mad. Gelis, habiendo tomado Juanita el de Julieta.»

A esta revelacion que dejaba muy atrás las anteriores, á este espantoso secreto que daba tan siniestra y terrible luz sobre todo cuanto habia ocurrido entre él y esa prostituta, le cayó de las manos la carta de Fernando; miró alrededor de sí con asombro, como quien ha caido en unos lazos complicados de un destino mucho mas fuerte que él. Abandonándole de golpe todo el valor de que por un momento se sintió poseido para adelantarse en la senda de tan espantosas revelaciones, y será imposible esplicar los nuevos terrores que penetraron en su mente. Julieta, hermana suya, y en manos de la cual habia dejado á Carolina; Julieta, la nieta de Paradeze, marido de la desventurada Mad. de Cauny á quien habia robado á su hija; Julieta, la misma á quien sin duda encontró en Bois-Mandé y que no pudo apoderarse de la carta que escribió á la tia de Anita para anunciarle que existia su hija; Julieta, que probablemente habia interceptado la carta que desde Fontainebleau escribió á Carolina, y que sabedora de la cita que en ella se daba, manifestó sin duda al conde de Cerny el camino por donde vino á encontrar á los fugitivos; Julieta, antigua amada de Gustavo de Bridely y de quien sin duda pudo saber la existencia de Eugenia Peyrol y que quizás solo se dirigió á Bois-Mandé para completar la pérdida de la desgraciada niña de Turniquel. Todos estos acontecimientos posibles, y esa complicacion de circunstancias inauditas, se revolvian en la mente de Luizzi hasta el punto de volverle el juicio, á semejanza de aquellos penosos momentos en que su ascendiente Lionel vió desencadenarse en su persecucion los mas horribles fantasmas entre las tinieblas alumbradas por el incendio y los rayos de la tormenta.

Este delirio fué sin duda semejante al de de aquel hombre incestuoso, pues tuvo el mismo resultado; y Armando que hacia un mes que estaba resistiendo á la tentacion de la soledad, á la tentacion de saber la suerte de los que amaba, no pudo á la sazon resistir á la horrible confusion que se apoderó de él; llamó, pues, á Satanás, y éste compareció.

XCI.

—Tienes razon, amo mio, todo esto es verdad, y una vez en tu vida has conocido cuanto mal podia hacerse obrando solo como ser mortal.

—¡De este modo, Julieta! esclamó el baron.

—Julieta ha perdido á tu hermana Carolina haciendo que se casase con su amante; Julieta ha perdido enteramente á la condesa de Cerny interceptando la carta que escribiste á tu hermana y entregándola al conde; y Julieta avisada por Gustavo de Bridely de que existia una tal Eugenia Peyrol, se ha dirigido á Bois-Mandé para impedir que la madre reconociese á su hija. Tres mugeres has amado durante tu vida, y eso obedeciendo á tres sentimientos únicos que hacen feliz el corazon del hombre; á Eugenia como á una amiga, á Carolina como hermana, y á Anita como amada: Julieta ha perdido á las tres. ¿No es verdad, amo mio, que tenia razon cuando te dije que necesitaba esa jóven y que me serviria á maravilla para llevar á cabo acciones infames?

Confuso quedó Luizzi al oir esa amarga é insolente pregunta de Satanás. Ya no era un fátuo impertinente, ni un abate pulido, ni el esclavo africano, ni el notario grotesco, ni el feo villano; y no tomaba la figura de ninguno de esos personages bajo cuya apariencia se le habia presentado otras veces; tampoco era el ángel caido á quien vió por primera vez en el castillo de Ronquerolles, tan envanecido con su desgracia y tan hermoso en su degradacion; era el mismo Dios del mal, de personal horrible, horroroso en la espresion de su semblante, é impregnado todo él en la bajeza, malicia, ferocidad y cinismo del vicio. Luizzi lo miraba temblando, Luizzi por segunda vez se sintió aterrado y lleno de aquella desesperacion que por poco le precipitó de rodillas á los pies de Satanás, y como luchase todavía con este sentimiento, continuó el diablo:

—Si, esa Julieta es la que ha perdido á todos cuantos amabas en el mundo; digna heredera de esa familia incestuosa y adúltera, ha poseido todos los vicios que yo habia prometido á tu raza. Me pertenece ni mas ni menos que cuantos sienten correr por sus venas la sangre de Zizuli.

—Aun no, Satanás, aun no, esclamó Luizzi; uno hay que te se escapará sin duda, que te se escapará, te lo juro.

—Qué me place, amo mio, respondió Satanás; por lo demas, ¿necesito acaso que se me entregue voluntariamente? ¿es menester algun pacto para que me pertenezca? ¿No tengo á esa Julieta para perderle? ¿No es ella quien, pudiendo librarte de la acusacion que pesa sobre tu cabeza, le deja en la cárcel para que perezca en un patíbulo?

—¿Ella? ¿Julieta? esclamó Luizzi; ¿Julieta podria salvarme?

—Lo puede, amo mio, lo puede; cuando tú estabas ya de vuelta en busca de la diligencia, permanecia ella todavía con el conde de Cerny; solo en Bois-Mandé la dejó éste, pues en realidad viajaban juntos. El conde iba en la silla de posta que encontraste á alguna distancia de Bois-Mandé, poco despues de haberte dejado yo: ocultábase cuanto le era dable. El niño que te avisó, alcanzó la silla de

posta cuando el postillon la habia abandonado para ir á beber. Todos los vicios, bien lo ves, se prestan mútua ayuda para completar una desgracia. El niño no vió mas que á Julieta y la dejó recado, como sabes, para el primer viajero que encontrase; y como ella le preguntase (impelida sin duda por algun mal genio que preside á todas las malas acciones de esa muger) cómo se llamaba el viajero á quien habia visto en el camino, respondió el niño francamente:

—He oido que le llamaban baron de Luizzi.

Ya conocerás, amo mio, que la noticia debia ser agradable para el conde de Cerny que te perseguia, y que no sabiendo la casualidad que te detenia en la aldea que quedaba atrás, creyó que te dirigias en posta á Tolosa. Obedeciendo sus órdenes Julieta, volvió á llamar al niño y se informó del tiempo que permanecerias en la posada antes de partir. Respondióle el niño que no podria arrancar el coche hasta el amanecer. No necesitaba mas tiempo el conde para alcanzarle, y solo cuando estuvo bien cerrada la noche, y muy cerca ya de Bois-Mandé, bajó furtivamente de la berlina, y se volvió llevando dos espadas debajo del brazo. No le sirvieron estas contra tí ni contra su asesino, puesto que en el parage mismo que yo te dejé, un tiro de fusil salió del bosque que está junto al camino y le dejó muerto en el sitio. Entonces el asesino internó el cadáver en el bosque, y sorprendido sin duda oyendo el ruido de algunos pasos, se vió obligado abandonar el cadáver antes de despojarle, creando contra tí la fuerte presuncion de que no habian sido bandidos los matadores del conde, sino algun enemigo personal que tenia mas interes en matarle que en robarle; ¿y quién mas que tú tenia interés en matar al conde de Cerny?

—¿Y Julieta sabe esto?

—Julieta sabe que á las nueve de la noche el conde de Cerny la dejó y que á la misma hora, á seis leguas de distancia, estabas tú escribiendo una carta á Mad. de Cauny, carta de que ella se ha apoderado.

—¿Y conoce indudablemente al asesino? dijo Luizzi que solo demostraba su impotencia en luchar con un enemigo tan terrible como Satanás.

—Ni siquiera lo sospecha.

—¡Ah!, yo le conozco, yo, esclamó Luizzi; yo le conozco.

—¿Y se llama?

—Jaime Bruno respondió el baron.

—¡Ah! esclamó el diablo con ademan de asombro, ¡es Jaime Bruno! pues bien, ya estás salvado; díselo al jurado y serás creido sobre tu palabra.

Esta fria chanza del diablo turbó sobremanera al baron; conoció entonces la imposibilidad de hacer semejante denuncia delante de un tribunal sin otra prueba que su asercion, y la idea que acababa de agitarse en su mente de que no era otro que el de Jaime Bruno el rostro que creyó reconocer cuando andaba solo hácia Bois-Mandé. Entonces á semejanza de un hombre que se ahoga y para quien parece todo una tabla de salvacion, aunque sea un hierro ardiente ó un acero afilado, repuso:

—Però tengo la deposicion de Julieta.

—Este es otro recurso ingeniosisimo, respondió Satanás, medio que puede á buen seguro salvarte ó perderte enteramente: esto dependerá de tu buena hermana Julieta.

—¿Qué interés puede tener en perderme? preguntó Armando.

—¡Oh! si la hubieses dado algunos quinientos mil francos como á tu buena hermana Carolina, si no la hubieses robado su amante ó al menos hubieses querido serlo de ella.

—¡Qué horror! esclamó Luizzi.

—No ha sido por falta tuya, amo mio, pues en verdad que deseabas llegar á serlo. ¿Qué se ha de hacer? es una cosa que falta á tu historia; pero la infamia del cadalso servirá de compensacion al incesto que falta.

—¡Eh! no, no, dijo Luizzi, por mas que hagas, Satanás, no he de perecer en él; y será Julieta, Julieta con quien has contado para perderme, la que me salvará, pues he de pagarle la verdad mas cara de lo que jamás se haya pagado la mentira.

—Muy bien, muy bien, dijo Satanás; con esto harás á Julieta mas rica que Carolina, adornando el vicio con mas oro que á la virtud. En verdad que vas progresando todos los dias.

—Pues bien, asi será, dijo Luizzi; ya que todo son infamias en este mundo, tambien seré infame; ya que todo se vende entre los hombres, todo lo compraré.

—No por esto, baron, dejarás de ser víctima, pues comunmente no se paga lo que se tiene derecho de adquirir; solo los malvados compran fama, solo los culpables se arruinan para que se les declare inocentes. Pero tu compras la absolucion de un crimen que no has cometido: ¡mentecato! ¡pobre mentecato!

—Sea asi tambien, dijo Luizzi; mucho mas mentecato seria dejándome condenar.... dime dónde está Julieta, dime dónde puedo escribirla, y me encargo de salvarme.

—A estas horas se halla en casa de monsieur de Paradeze su abuelo, y aunque me he negado siempre á decirte una palabra que te dé luz para el porvenir, quiero ayudarte en algo en punto al esfuerzo que vas á hacer, y te aseguro que tu carta la hallará todavía en casa de su abuelo.

—Basta, dijo Luizzi, é hizo un ademan para mandar al diablo que se retirase.

Digitized by Google

XCII.

TRIUNFO DEL AMOR FRATERNAL.

La resolucion que habia tomado Luizzi en un rapto de desesperacion no era tan fácil de ejecutar como creia; la carta que debia escribir á Julieta era no solo una accion innoble, sino tambien una obra en estremo difícil.

¿Cómo escribiria á esa muger, conociéndola, sin abrumarla con denuestos merecidos? ¿Cómo podria decirla que sabia se hallaba ella con el conde de Cerny, sin pedirle cuenta de haber denunciado á éste el camino que seguia la condesa? Ninguna de estas reflexiones impuso sin embargo al baron, pues su juicio era del temple de los que para todo hallan plausibles razones: en una palabra, era Armando uno de esos hombres capaces de sostener con ventaja la tésis de uno de los mas afamados autores de piezas patrióticas; á saber, que solo un necio ó un bribon no mudan de opinion.

Además, el interés que obligaba á Luizzi á mudar de opinion respecto á Julieta, era mucho mas importante que la adquisicion de una cruz de honor ó de una pension de mil doscientos francos que ha inspirado á aquel autor el axioma que acabamos de leer: tratábase para él nada menos que de la vida ó de la muerte, del honor ó de la infamia; bien es verdad que era la vida mortal ó el honor aparente, puesto que tocante al porvenir de su alma ó al testimonio de su conciencia, se habia arreglado como las tres cuartas partes y media de la humanidad.

Púsose, pues, en ademan de escribir; y en efecto, escribió una carta, en seguida otra, y despues de esta otra tercera, y diez y veinte; la primera respiraba cada línea resentimiento por el mal que habia causado Julieta, y la echaba en cara su conducta animándola á que la cambiase. Guardó esta carta en su faltriquera, durante algunas horas, pero como volviese á leerla cuando iba á entregarla á Barnet, á quien le habia encargado su direccion, conoció entonces que una muger tal como Julieta no haria caso de denuestos y se reiria tal vez de su amonestacion sentimental.

La segunda era menos amarga, se detenia mas en un llamamiento hácia el bien, y daba principio al capítulo del interés; pero la juzgó todavia muy distante de poder atraer á Julieta á una sincera revelacion de la verdad. Por último de carta en carta, y descontento siempre de sí mismo, porque no podia presentarse bastante vil, olvidando enteramente el mal que la Gelis le habia causado, dejó trascurrir una semana, sin que nadie viniese á disuadirle de su fatal resolucion. Escribió á Anita y no obtuvo respuesta, á Carolina y le sucedió otro tanto, á Eugenia y tampoco le contestó. Al cabo de quince dias habia llegado al mas fatal estado á que jamás se haya visto reducido un hombre, puesto que dudó á la vez de las tres mugeres á quien mas amaba. Entonces fué cuando escribió á Julieta la siguiente carta.

«Señorita: á una casualidad debo conocer los lazos de parentesco que nos unen; y ha sido para mí una felicidad: no parece sino que vuestro tierno afecto para con Carolina fuese un presentimiento de vuestro corazon, ni mas ni menos que lo era del mio el cariño que por vos sentia. Esta dicha es tanto mayor para mí cuanto lo que he hecho por una hermana querida podré hacerlo por otra, y espero, ya que os conozco, poder realizar muy pronto mis caros votos. La acusacion absurda que me retiene encarcelado, se desvanecerá fácilmente á vista de las pruebas que presentaré, y sobre todo á vista de una que ya hubiera invocado yo judicialmente, si no quisiese deberla á un espontáneo impulso de amistad que no dudo me concedereis hoy dia. Os espero en Tolosa, pues tengo muchas cosas que deciros. Vuestro hermano y amigo.

«ARMANDO, BARON DE LUIZZI.»

No bien hubo el baron escrito esta carta, cuando la cerró y no quiso volver á leerla, puesto que no habia enviado las demas porque no alcanzaban el objeto, y tal vez tampoco hubiera remitido esta porque se escedia en ella.

Acercábase el dia en que debia verse su causa en pública audiencia: hacia ocho dias que habia partido su carta, y no llegaba contestacion. Con esto, lo que no habia podido conseguir á favor de un medio indigno, pensó alcanzarlo por medio de una citacion judicial: pidió que se hiciese comparecer á Julieta como testigo suyo, y llegó el dia fatal sin que supiese si compareceria ó no.

Aquella fué una grande solemnidad: asistieron á ella las mas nobles damas de Tolosa, lo mas ilustre de la nobleza, lo mas distinguido del paisanage, y lo mas selecto del foro.

Abrióse el tribunal, prestó juramento el jurado, y entre ellos pudo Luizzi reconocer al noble Felix Ridaire, uno de los mas ricos propietarios del departamento, y al grave Ganguernet, sentado, con la sonrisa en los labios. Los hechos que se deducian de los autos eran claros, concisos é irrecusables. El conde de Cerny, salido en posta de Orleans, debió abandonar la berlina para subir á la diligencia en que iba el baron. Comprobaba este aserto el registro del conductor, el testimonio de muchos viageros, y particularmente el de Fernando, que habia estado conversando con el acusado y con el conde hasta el pueblo en que los tres bajaron, adelantándose Luizzi y el conde á la diligencia.

Fernando los dejó juntos, y cuando el niño de la posada, enviado para avisarlos, al-

canzó al baron, habia ya desaparecido el conde; el niño recordaba perfectamente y daba testimonio positivo de que el baron le instó á que no se adelantase en busca del otro viagero, diciéndole que se habria ido con todos los diablos.

Esta deposicion era confirmada por el testimonio del padre del niño á quien Luizzi habia declarado que en vano quiso disuadir al niño de que pasase adelante; por otra parte, las dos espadas halladas junto al cadáver del conde, eran indicios de que se trataba de un desafío entre marido y amante; siendo asi que las dos balas que habian traspasado por detrás al conde, demostraban sin la menor duda que el baron habia convertido en asesinato lo que era lance de honor. El cadáver no habia sido despojado, evidente prueba de que el crímen no era obra de bandidos.

Juntábase á esto la secreta llegada del baron á Tolosa, la posada que habia escogido, los fondos que acumulaba, y hasta su indiferencia por el pais donde debia dirigirse, con tal que saliese de Francia. Era, en fin, un proceso capaz de hacer ahorcar á cien inocentes, cuanto mas á uno.

Por toda defensa objetaba á esto Luizzi que nadie habia visto que él ni el conde llevasen espadas, y que de consiguiente esta circunstancia probaba que los verdaderos asesinos abandonaron las dos espadas junto al conde despues de haber acabado con él. La agitacion era general cuando fueron llamados los testigos, y no habiendo respondido Julieta, levantóse el defensor de Luizzi para reclamar que la vista de la causa se dejase para otra audiencia, en atencion á lo importante que era el testimonio que debia recibirse; pero el ugier de la sala anunció que la señorita Julieta acababa de llegar, y que estaba pronta á comparecer delante del tribunal. Principió entonces el juicio; leyóse el acta de acusacion, y de ella resultó contra Luizzi un sentimiento de desprecio y de indignacion.

No tenemos intencion de hacer un articulo semi-dramático semejante á los de la Gaceta de los Tribunales, haciendo pronunciar á los testigos hermosas frases y á otros una gerga ininteligible; de contar como el presidente del tribunal se empeña en descubrir la culpabilidad del acusado; de mostrar al abogado del rey cercado de los testigos en asuntos capciosos para hacerles saber lo que ignoran, de modo que parezca que tienen intenciones de confesar; pero nosotros debemos referir uno de los incidentes mas notables de esta sesion, y el desenlace que tuvo.

La atencion estaba fatigada, las declaraciones de los testigos, que venian incesantemente á referir la desaparicion de Mr. de Cerny, que venia solo con el baron, ó el cuidado que Armando habia puesto en buscar su persona en Tolosa, no escitaban ya interés alguno; todos estaban convictos cuando llamaron por último á Julieta, y todas las miradas se dirigieron hácia la puerta por donde debia entrar. Luizzi la interrogó con una mirada y ella prometió ayudarle con otra. El presidente la hizo prestar juramento y decir la verdad. Julieta juró con voz firme y severa; todos la miraban; la hallaron bella, graciosa, á punto de inspirar el mas vivo interés. En fin, tomó la palabra, y bajando humildemente los ojos, respondió:

—Yo he dejado á Orleans con Mr. de Cerny; estaba él en mi carruage, y nos reunimos en la diligencia en la aldea de Sar... donde ella estaba rota. Serian poco mas de las siete de la tarde cuando volvimos á encontrar al baron solo, á pie. Mr. de Cerny estaba todavía en su coche en este momento; y serian las nueve en Bois-Mandé cuando me dejó para volverse atrás y unirse con el baron, á quien tenia que pedir cuentas de una injuria que yo ignoraba.

A esta declaracion de Julieta se dilató el corazon de Luizzi y le pareció que acababa de salvarse; pero al punto comprendió la realidad de su posicion cuando escuchó el rumor desaprobador que siguió á las palabras de Julieta.

Felix Ridaire tomó la palabra.

—Ruego al señor presidente, dijo, que pregunte al testigo por qué causa Mr. de Cerny se encontraba en el coche.

—Tenia asuntos en Tolosa y viajábamos juntos; una vez llegado á Bois-Mandé debia continuar solo su camino.

De repente se levantó el abogado del rey.

—Antes de llevar mas lejos las preguntas, dijo, ruego á los presentes que me den acta de mis reservas contra este testigo; despues de los testimonios del conductor, del postillon y de Mr. Ferrand; despues de la confesion del mismo acusado, Mr. de Cerny se hallaba en la diligencia, muchas horas antes de llegar á la aldea alcanzó junto con el conde la diligencia. Hay aqui evidentemente un falso testimonio, y cuando haya revelado los vínculos que unen á esa jóven con el acusado, reconocereis que un sentimiento loable ha podido estraviarla; pero no debia hacerlo hasta el punto de venir á cometer un perjurio en tan sagrado recinto.

—¡Juro! esclamó Julieta, no comprendiendo nada de lo que se decia, juro que lo que he dicho es la verdad.

—Señorita, dijo el presidente interrumpiéndola amigablemente, el tribunal quiere usar de indulgencia con vos. En rigurosa justicia deberia ignorar el parentesco que os une con el acusado, y no considerando mas que vuestra cualidad de testigo, deberia castigar severamente una declaracion tan contraria á las demas deposiciones de los autos; conoce sin embargo el jurado que vuestro cariño por un hermano ha podido inspiraros una mentira, culpable sin duda, pero que disimulamos.

Digitized by Google

—Sin embargo... repuso Julieta.

—No insistais mas, dijo el presidente, puesto que tal vez me he escedido de mis facultades. Por vuestro interés y por el del acusado, á quien solo puede ser perjudicial una falsa deposicion demostrando cuán nulos son sus medios de defensa, no añadais ninguna palabra mas. Ugier, haced que se retire la testigo.

Salió Julieta en medio de un enternecimiento general, pues todos decian al verla pasar:

—¡Esté sí que es un modelo de amor fraternal! ciertamente no ha logrado su fin, pero su accion no es menos noble y digna del respeto y de la admiracion de los corazones honrados.

Fuése, como hemos dicho, y el triunfo que obtuvo impidió oir el magnífico exordio del fiscal que pronunció la mas fulminante catilinaria contra un hombre que despues de haber robado al conde de Cerny una esposa querida cuya felicidad labraba asesinó cobardemente al que habia deshonrado; contra un hombre que nacido en el mas alto rango de la sociedad habia abrazado una carrera de crímenes; contra un hombre que arrastró por el lode el ilustre nombre de la virtuosa familia de Luizzi, un hombre que... un hombre cuantos... etc., etc.

La voz del orador resonó durante cincuenta y cinco minutos; la defensa no fué menos brillante y duró cincuenta y seis minutos; el resúmen, horriblemente imparcial, duró veinte y ún minutos, la deliberacion del jurado necesitó trece minutos, número fatal; y al cabo de dos horas con veinte y cinco minutos, el baron de Luizzi fué por unanimidad condenado á muerte.

Una vez oida la deposicion de Julieta, ya no oyó Luizzi nada mas, pues le era indiferente cuanto pudiesen decir en pro ni en contra. Una indecible rabia se apodero de él reconociendo la mano de Satanás en el último golpe que acababa de sufrir: esa Julieta que salia noble é interesante del mismo tribunal que le deshonraba y le condenaba le pareció convincente prúeba de que solo el mal está destinado á triunfar en este mundo; volvió, pues, á su calabozo con la firme resolucion de pedir al mal que á toda costa le salvase, si esto era ya posible: llamó, pues, á Satanás.

—Amigo mio, le dijo riendo el diablo, la sociedad es mas sabia que tú y ha recordado la historia de ese hombre de la antigüedad. que habiendo pedido ventura para sus hijos, les vió dormir el sueño de la muerte. Ella te ha condenado á la ventura, y esa eleccion que debias hacer muy pronto, segun los términos de nuestro contrato, y que sin duda te parecia difícil, la acaba de hacer por tí.

—¿Y piensas que la aceptaré? dijo el baron.

—No sé cómo podrás escapar.

—Vamos, Satanás, dijo Luizzi recobrand toda su energía; no pierdas tiempo para como pelermeá una mala resolucion que ya he tomado. Dos veces ya me has salvado á condicion de que te abandonaria determinado tiempo de mi vida; ¿cuánto tiempo necesitas para hacerme salir dé aqui, inocente, rico y sano?

—Necesitó mas tiempo del que tú puedes darme: hoy es el dia 1.º de diciembre de 183.. de hoy á un mes es preciso que hayas escogido lo que deba hacerte feliz y sustraerte á mi poder; ya sabes que si no has hecho semejante eleccion me perteneces desde aquel dia.

—Y tambien sabes, dijo Luizzi, que si muero antes de haberla hecho, te escapo, ó al menos entro en las eventualidades comunes á todas las almas cuya suerte está en manos de Dios.

El diablo no pudo contener una carcajada, y respondió tranquilamente:

—¿Crees, amigo mio, que ya no me perteneces desde este momento?

—Es cosa que no quiero descubrir, dijo Armando: te he propuesto un contrato: ¿aceptas ó no?

—Oye, dijo Satanás; probablemente estamos destinadosá vivir siempre en buena compañía; pues bien, no quiero tener junto á mí á un condenado que diga incesantemente que no he tenido miramientos con él. En cierto modo eres pariente mio, porque desciendes de aquel hijo de Eva que fué el primer asesino: quiero ser bueno para con mis deudos, por distantes que sean los grados de parentesco; te quedan treinta y un dias para hacer la eleccion que necesitas; dame treinta y saldrás de aqui, no solo inocente, rico y sano, sino aun interesante como víctima de una odiosa persecucion y de error inaudito. A tus títulos entre los hombres falta uno; tal es la nombradía, y te la daré.

—Y si te doy esos treinta dias, ¿qué me quedará?

—Veinte y cuatro horas para hacer una eleccion que solo exige un minuto. Si has visto todo cuanto te he hecho ver, sin atinar dónde hallarás la felicidad, no pretendas saber mas en tu vida. Si escoges bien, pierdó la partida, si escoges mal la gano: es un término á que los dos debemos llegar como si jugásemos á los dados. Rousseau tiraba piedras contra su árbol, decidido á no creer en Dios si no tocaba el blanco; sobre ese genio inmenso tienes tú la ventaja de no poder dudar de Dios ni de la inmortalidad del alma, tú, que has visto en persona al diablo y que has hecho pacto con él. Nada he despreciado para educarte bien; te he llevado á las tertulias aristocráticas, y te he hecho vivir entre labriegos; tambien te he enseñado las cabañas, te he dado á conocer los legisladores, los magistrados, los comerciantes, los capitalistas, los médicos, los cortesanos; has conocido todo

Digitized by Google

cuanto impone la sociedad, debes saber á lo que debes atenerte.

—Todavía no, respondió Armando, pues deseo saber qué se han hecho las tres únicas mugeres buenas y leales que he encontrado en mi vida.

—¿Deseas saber su historia? repuso el diablo, voy á referírtela, pues quiero ser complaciente hasta el fin: dime por cuál quieres que empiece; solo debes saber la hora en que estamos; quiero de todos modos treinta dias de los treinta y uno que te quedan, y el tiempo que dure la narracion que voy á hacerte lo descontaré de las veinte y cuatro horas que te quedan. Podrás oirme antes ó despues, solo bajo esta condicion empiezo mi narracion, que por lo demas podrás interrumpir cuanto te plazca.

No vaciló Luizzi: desde su salida del tribunal habia hecho ya su eleccion, y una vez libre de la sentencia que le condenaba, lo mismo le era tener un mes ó una hora para decidirse. Dijo, pues, á Satanás:

—Puedes empezar, que ya te escucho.

Entonces tomó el diablo la palabra.

XCIII.

UNA MUGER HONRADA.

He aqui lo que ha sucedido á tu hermana Carolina, si quieres que empiece por ella.

Luizzi hizo una señal de afirmacion, y el diablo comenzó asi:

—Baron, no conoces á tu hermana: nunca has sabido ver en ella mas que á una jóven inesperta y exaltada que se ha enamorado perdidamente de un patan y que ha sido víctima de su ignorancia. Te engañaste; Carolina es una de esas almas predilectas, débil ante la súplica y los padecimientos agenos, pero enérgica contra el vicio y la desgracia.

Vas á saber si la juzgo mal.

Como te he dicho, no recibió la carta que le escribiste en Fontainebleau, pues fué entregada á su marido, quien la comunicó á Julieta, la cual la entregó al conde de Cerny; tambien sabes que Gustavo Bridely recibió tu carta; pues bien, la entregó á Julieta reputándola muy ducha para hacerle salir de un mal paso. Bridely, el conde de Cerny, Julieta y Enrique Donezau salieron de París la misma noche, de resultas de un conciliábulo en que tu hermana no fué admitida, y cuyo objeto te participaré cuando hablemos de las personas á quienes toca particularmente.

Detúvose de vez en cuando el diablo, como para dar tiempo á Luizzi para que le interrumpiese; mas éste sabia muy bien que no tenia que perder un momento para escuchar á Satanás y le obligó á continuar de esta suerte:

—Debes recordar tambien, que entre los amigos que recibias en tu casa, era el jóven de Bergh el que mas la frecuentaba. Era un jóven demasiado culto para venir á una casa donde tenia que hablar con Enrique Donezau, y ciertamente no deseaba tampoco ser muy íntimo de Julieta, puesto que en París hubiera hallado otras jóvenes de mas alto tono, de mejor gusto y mas sanas intenciones; pero entre el hombre grosero que se llamaba Donezau y la pícara que se llamaba Julieta, estaba tu hermana y esto era un atractivo para el jóven. Mientras tú estuviste presente, ocultó con esmero unos deseos que tú hubieras pódido descubrir, vigilar y aun castigar en su caso. No contaba con el marido como un obstáculo, porque, mas entendido que tú, habia conocido que el brutal Donezau preferia á la lasciva Julieta; sospechaba que tu cuñado hacia muy poco caso de su muger, pero estaba muy lejos de suponer que la abandonase vírgen ó intacta como se la habian entregado.

Al dia siguiente de la partida de Enrique y Julieta fué cuando empezo á esperar; vino á hacer su visita y halló á Carolina sola y abismada en la mayor desesperacion. Con efecto, en el espacio de veinte y cuatro horas habia sabido tu fuga con Anita, y la partida de Julieta seguida pocas horas despues de la de Enrique.

—¡Cómo! preguntó Luizzi con asombro ¿no partieron juntos?

—Si me haces mezclar unas historias con otras, respondió el diablo, no solo no pondremos nada en claro, sino que tampoco concluiremos nunca.

De Bergh encontró, pues, á Carolina derramando lágrimas.

—¿Qué pesar te agita? le dijo.

Carolina creia que hablaba con un amigo, pues tú le tratabas como á tal, y de ordinario es este el primer grado de intimidad que toman los amantes, grado de que les revisten frecuentemente el hermano ó el marido, y alguna vez los dos juntos: contóle, pues, la desgracia que le habia sucedido: la desgracia no da tiempo para ser perspicaz, embotando el juicio, asi como las lágrimas empañan los ojos. Carolina notó, pues, la maligna alegría que rebosaba en el semblante del jóven al oir esta noticia; prometióle de Bergh no abandonarla, informarse exactamente de lo que se habia hecho su marido ni mas ni menos que tú y Julieta. Ya comprenderás que se guardó bien de dar ningunos dias de descanso al primer arranque de la desesperacion, y despues, como diestro seductor, procuró derramar en el alma de Carolina las sospechas que se admiraba mucho no ver crecer por sí mismas.

Cierta noche que estaba sentado junto á ella, le dijo:

—Si, señora; me avergüenzo de decíroslo, vuestro marido, el que poseia vuestro amor, aquel á quien el matrimonio hizo poseedor de esa belleza tan seductora y tan pura, vuestro

marido ha preferido á una muger que ciertamente no valia lo que vos por ningun título.

—Julieta, ¿no es verdad? dijo ella; os equivocais, caballero, pues era mas linda y graciosa que yo; hace mucho tiempo que habia notado esta preferencia, y aunque lo sintiese, era demasiado justa para quejarme con mi marido.

Bergh debió sorprenderse á vista de tan singular abnegacion, y tomó á necedad lo que solo era ignorancia, y respondió de esta manera:

—En verdad, señora, que esto es demasiada modestia, pues no sabeis apreciaros en lo justo; por otra parte, aunque Donezau se sintiese estraviado por una pasion, su honor debia haberle impedido introducir á su amante en la misma casa de su muger.

—Es preciso decirte, amo mio, repuso Satanás, que tu hermana habia oido pronunciar muchas veces las palabras muger y amante; pero debes conocer que le era difícil esplicarse lo que era ser amante de un hombre, cuando para ella ser muger no era otra cosa que llevar su nombre: por esto respondió:

—¿Pero de qué modo era su amante?

Era tan estraña esta pregunta, que de Bergh no pudo conocer qué sentimiento la dictaba; pensó que Carolina dudaba simplemente de la realidad del hecho, y creyendo que no debia andarse con rodeos con una muger cuya conviccion era tan difícil, la respondió muy francamente:

—No puedo ocultaros, señora, que tengo de ello las mayores pruebas.

Y como le mirase Carolina con aire de mayor asombro, añadió:

—Disimulad lo que voy á deciros, pero los he sorprendido muchas veces juntos.

—¡Dios mio! esclamó ella, si yo misma les he dejado solos muchas veces.

—Perdonad, dijo de Bergh con alguna impaciencia, siento tener que pronunciar un nombre... pero he visto como se abrazaban.

—Si, pero como me abrazaba á mí mi hermano......

—La tuteaba.

—Sin duda, como nos tuteamos con mi hermano.

Esto dejaba muy atrás cuanto podia imaginar el jóven respecto á la necedad de una muger; creyó entonces que debia hablar muy claro con una idiota cuya torpeza ciertamente no era gran incentivo.

—Ya que es preciso decíroslo todo, he sorprendido á Donezau en la cama de Julieta.

—¿En su cama? esclamó Carolina; ¿dormido junto á ella?

—Si.

Subió un vivo encarnado al rostro de Carolina, y dijo en voz baja:

—¿Sin vestidos?

Viendo llegada la conversacion á tal estremo, respondió el jóven riendo:

—Los dos desnudos.

A esta revelacion ocultó Carolina la cabeza entre sus manos; vino á agitarla una estraña confusion de ideas, de sospechas, de dudas, mientras de Bergh, que creia únicamente hablar con una esposa recatada, añadió:

—De este modo, señora, saliendo Enrique de vuestra cama se dirigia á la de vuestra rival.

—¡De mi cama! esclamó Carolina: os juro que no ha entrado jamás en mi cama.

Ya conocerás ahora, cuán hermosa posesion era tu hermana para un hombre como de Bergh. Una linda vírgen es cosa bastante rara para escitar los deseos de un libertino, cualquiera que él sea, pero una casada vírgen es un encanto que hubiera vuelto el juicio á hombres menos disolutos que tu afeminado amigo.

—Es una cobarde infamia! esclamó Luizzi.

—Vamos, amo mio, dijo el diablo cabeceando graciosamente: vamos, que es una linda adquisicion como te lo demostró Anita: ¿crees que hubieras hecho por ella la locura de robarla si hubiera sido la muger de su marido, buena madre de familia, y con una belleza degradada, por decirlo asi, con la posesion legítima y la maternidad? A que no, no hubieras hecho tal. Te ha seducido lo sabroso de la aventura tanto como el valor real de tu amada, y seguramente te sienta mal hallar malo lo que tú has encontrado tan bueno.

—¡Oh! tocante á mi, es diferente! dijo Luizzi.

—Si, respondió el diablo, he aqui lo que decis todos; tocante á mí es diferente. Todos hallan razones para escusar en sí lo que echan en cara á los demas, y lo hacen con buena fé. Tocante á ti, no has hecho una mala accion (y eso que has hecho muchas) sin que te hayas declarado en contra de ella cuando la has visto cometida por otro. Veamos ¿quién te ha dicho que de Bergh no tuviese escelentes razones para desear á tu hermana? ¿quién te ha dicho que si quisiese yo hacer de tu historia una novela sentimental para una revista literaria, no hallase medios para hacer interesante la infamia de la seduccion de ese hombre, pintándole devorado de un amor mas fuerte que él, cosa que seria verdad, y decidido á protegerla contra el insesato abandono de su hermano y el odioso proceder de su marido, cosa que tambien seria verdadera? Pero, por mas que yo adornase mi narracion con palabras escogidas, el fondo de la accion no seria menos culpable y feo, ó la intencion de de Bergh no dejaria de ser la de un desenfrenado libertino.

Cuando supo la verdadera causa de la ignorancia de Carolina, fué preciso mucha destreza para darle á entender lo que de ella deseaba. Muy sencilla cosa es pedir á una esposa los favores que concede á su marido,

Digitized by Google

puesto que sábe de qué se trata: cosa muy sencilla es pedir á una doncella los favores que aun no ha concedido á nadie, puesto que sospecha que deben ser otra cosa distinta de lo que hace comunmente una jóven; pero pedir á una muger, que cree haberlo concedido todo, una felicidad cuyo sentido no comprende, es cosa sumamente deficil, amo mio, y para cuyo logro se necesitaba un corruptor consumado.

Por eso ha sido larga la lucha, y al principio ha cuidado de Bergh de adelantarse mas en la esplicacion que casualmente habia dado á Carolina; retrocedió en la empresa y volvió á desempeñar el papel de amigo y protector. De este modo se aseguró libre entrada en la casa de tu hermana; ésta, sola, sin recursos, sin la menor idea de una administracion de bienes, le confió la direccion de sus negocios: era un derecho para ir á verla con mas frecuencia, y de Bergh aceptó. Entonces la prodigó mas desvelos, se hizo obediente esclavo cuyo, y no derramaba ella una lágrima sin que él la enjugase, y no pronunciaba su boca ningun deseo sin que él le diese cumplimiento. Estaba triste y animado de esperanza con ella, y cuando hubo desmostrado que una existencia puede unirse con otra en los sentimientos, confundiéndose incesantemente en idénticas emociones, necesidades y deseos, le dijo que esto era lo que se llamaba amor, le hizo comprender que no habia amado nunca de aquel modo, y he aquí lo que Carolina le respondió el dia en que la hizo semejante confesion.

—¿Esto es, pues, lo que llamais amor? ¿esa bondad generosa, esa proteccion constante, ese cuidado en suavizar mis penas, esa ansia con que calmais mi dolor y que os hace preferir mi triste conversacion á los brillantes placeres á que estais acostumbrado? ¡Oh! cuán dichosos son los hombres en poder amar asi y en hacer esperimentar á las mugeres semejante sentimiento.

—Sentimiento que ellas pueden devolver, Carolina; esto es lo que quisiera obtener de vos, una confianza sin límites en mi proteccion, una sincera fé en mi remordimiento, y una tierna alegría por ser objeto amado.

—A esto no llamaba yo amor, sino reconocimiento.

—Es que si bien esto es amor, no lo es en su mas alto punto.

Y como Carolina mirase al jóven con dulce sorpresa, continuó de Bergh:

—Hace poco me hablábais de que yo prefiero vuestra conversacion á los frívolos placeres del mundo; y casi me lo habeis agradecido: ese agradecimiento, Carolina, no lo merezco: cuando me acerco á vos es que nada podria impedirme venir á veros; es que estar á vuestro lado es para mí una alegría, oiros una felicidad, y el que me escucheis un triunfo; es que toda mi existencia os pertenece; es que sois dueña, no solo de mi destino, sino tambien de mi alma; es que viviré para vos como mejor os plazca; es que todos mis sentimientos se entrañan en vos.

Interiormente preguntaba Carolina á su corazon la significacion de esas palabras que escuchaba estática, feliz y satisfecha con ese imperio que ejercia, y murmuró tiernamente:

—¡Cómo puede pagarse tanto amor! ¡Diós mio!

—¿Cómo puede pagarse? esclamó de Bergh, sintiéndose dichosa con ser amada asi, con ser amada de este modo por el que os ama; no envaneciéndose por su amor mas que considerando quién es el esclavo, no aceptando su proteccion mas que porque es la suya, y esperimentando, en fin, que solo de él puede recibirse todo, alegría, felicidad, dolor, y que las dos almas están intimamente unidas. He aquí, Carolina, como puede pagarse semejante amor.

—¡Oh! esclamó entonces tu hermana; si esto es asi, no soy ingrata.

—¿Luego me amas? dijo de Bergh acercándose á ella.

—¿Qué haceis? gritó Carolina retrocediendo con espanto.

Y despues de un momento de silencio añadió:

—Si habeis acusado á mi marido y á Julieta porque se tuteaban, lo que era crimen para ellos debe serlo para nosotros. ¡Oh! ya me creo culpable, porque os habeis creido con derecho para hablarme asi.

Algo confuso quedó de Berg con esta reflexion; pero resuelto á no abandonar el campo que paso á paso habia conquistado, repuso con admirable tono de tristeza:

—Os engañais, señora: este lenguaje que para mí no ha sido mas que el estravio de un momento, era ya habitual en ellos: yo os le he dirigiod cuando no tenia derecho para ello, pero los dos tenian derecho para hablarse de esta suerte.

—No os comprendo, dijo Carolina.

—Es que el amor, tal como acabo de pintárosle, no es todo lo que se llama amor: es que ademas de esta union tranquila y santa de dos almas, hay otra febril y delirante: es que cuando me encuentro cerca de vos, Carolina, añadió acercándose á ella, se turba mi vista, late mi corazon y se estremece mi cuerpo: ¡ah! dijo tomándole la mano; ¿no sentís que quemo? miradme bien; ¿no os parece que mis ojos se estravían?

Escuchábale Carolina con tanto mayor espanto, cuanto conocia que penetraba dentro de ella esa turbacion que el jóven le pintaba con tanto ardor.

—¡Dejadme! ¡dejadme! gritó con espanto.

—¡Oh! ¡es que no sabeis cuanta embriaguez se siente cuando se confunden nuestras miradas con las miradas de la que se ama!

Y cuando hablaba asi, el brillo de sus mi-

Digitized by Google

radas hacia penetrar por los ojos de Carolina los ardorosos rayos del amor.

—Es que tú no sabes la voluptuosidad que se siente cuando tiembla en nuestra mano la mano de la que amamos, cuando nuestro pecho late como el suyo, y cuando nos pertenece.

—¡Carolina! esclamó alegre Luizzi.

—Carolina, de quien has sospechado, porque no te faltaba mas que no creer en la virtud de una sola muger; Carolina, que escapando entonces violentamente de los lazos del jóven, esclamó como si la alumbrase una luz



¡Dejadme! ¡dejadme! gritó con espanto.

superior... Carolina, huyó esclamando:

—¡Oh! ¡ahi está el crímen! ¡jamás! no, jamás.

—¿Qué muger ignorante, abandonada, desgraciada como Carolina, no hubiera sucumbido en su lugar? esclamó tristemente Luizzi.

—Cualquiera otra, sin duda que sí, repuso el diablo; cualquiera otra hubiera sucumbido, pero tu hermana resistió.

Con una sola palabra perdió de Bergh el terreno que habia ganado: tenia entre sus manos á una muger á quien tal vez hubiera po-

Digitized by Google

dido persuadir que aquello no era un crímen, pero tuvo la torpeza de responder:

—Si es un crímen para otras mugeres, no lo será para vos; para vos, pobre muger desgraciada y abandonada, para vos entregada por un hermano imprudente á un marido sin honor, para vos que no llevais el nombre de vuestra familia, para vos que no debeis nada á la sociedad, porque nada ha hecho por vos..

Calló el diablo, y mirándole atentamente dijo Luizzi:

—¿Y qué respondió Carolina á esas acusaciones tan ciertas contra nosotros?

—Respondió sencillamente señalando con el dedo al cielo: caballero, la sociedad no es mi juez.

Satanás miró qué efecto producia en Luizzi esta palabra, y éste respondió entonces:

—¿Te atreves á repetirme esa palabra, sin temer que me aproveche de ella?

—Cuando sepas el fin de la historia de tu hermana, repuso el diablo, aprovéchale en hora buena. En seguida continuó así:

Despues de tan noble respuesta era justo, amo mio, que el cielo enviase al socorro de la desgracia Carolina algun protector que la salvase, algun acontecimiento que la arrancase de manos del seductor, mas no fué asi; esta escena se renovó mas de una vez, y Carolina resistió siempre, hallando en su interior mas fuerza de la que dan á otros los lazos de familia; resistió no solo á su abandono y á su soledad, sino aun á su amor, pues amaba á de Bergh; despues de la desgracia que tú la ocasionaste tuvo tambien que resistir á la que le ocasionó tu amigo, pues resuelto á obtener á esta muger, nada perdonó de cuanto podia vencer su resistencia. Poco á poco la hizo sentir lo que es la miseria; la entregó á los insultos de los acreedores, á las bajezas de los criados, á todo cuanto escita en el pecho la desesperacion, y á cada momento iba á decirla viéndola llorosa y desolada:

—¡Entrégate á mí! y te devolveré tus bienes, la felicidad y el respeto que mereces.

Mas ella la respondió siempre:

—Mis bienes no son de este mundo; mi felicidad tiene orígen mas alto, y mi respeto está dentro de mí.

—¡Noble hermana! esclamó Luizzi asomándole las lágrimas á los ojos.

—¡Noble hermana! en efecto, repitió el diablo, puesto que al fin ha sabido la noticia de tu acusacion: la ha sabido cuando su miseria llegaba al estremo, cuando apenas le quedaban fuerzas para luchar por su salvacion; pero en cuanto supo que eras desgraciado, halló medios para volar á tu socorro. Anita se escapó fugitiva contigo, con el amante que la salvaba; pero Carolina huyó para no caer en manos de aquel á quien amaba, y para socorrer al hermano que la habia abandonado. Anita partió con un hombre rico, y por algunas horas de privacion que pasó á tu lado, lloraste por ella, siendo asi que dormia á tus rodillas. Carolina ha partido sola á pie, pidiendo limosna, para ir á consolar al que la ha perdido, porque tú, amo mio, eres quien la perdistes: el viage ha sido largo: nada le ha faltado, ni groseros posaderos, ni dichos obscenos de los transeuntes, ni el hambre, ni la sed, ni el cansancio, que obliga á dormir á orillas de un camino: de esta suerte, arrastrando noche y dia, contando las horas y los minutos, llegó moribunda á esa misma posada de Bois-Mandé de donde habia salido Julieta para entrar en la senda del vicio, y donde la has encontrado de nuevo ricamente engalanada.

Inclinó Luizzi la cabeza al oir ese cruel apóstrofe del diablo, que continuó de esta manera:

—En esa miserable posada cuyo dueño le concedió un desvan por asilo, se hallaban dos mugeres que tambien padecian: eran Anita y Eugenia.

—¡Cómo! ¡las dos! esclamó el baron.

—Las dos, amo mio.

—¿Y cómo pudieron llegar entrambas?

—Esto es lo que voy á contarte si crees tener todavía tiempo para oirme, porque han pasado ya cuatro horas.

Luizzi calculó que le quedaban todavía veinte horas para elegir, y dijo al diablo que continuase.

—Sin embargo, añadió, sé lo mas breve que puedas, y suprime las reflexiones con que acostumbras á prolongar lo que cuentas.

—¿Cómo es esto, baron? le dijo el diablo; ¿me consideras como á un literato que está concertado por páginas? has de saber que tengo conciencia, y con lo que acabo de contarte en algunas horas, un buen autor hubiera podido al menos llenar un tomo.

XCIV.

ABUELO Y NIETA.

No obstante, algo perderás con ello, baron, continuó el diablo, pues tenia que ponerte á la vista una escelente escena, ó sea un conciliábulo, entre Julieta, Gustavo de Bridely y el conde de Cerny. En ella hubieras notado la rabiosa impotencia del magnate que se ponia al nivel de las rastreras infamias de una cortesana y de un intrigante; hubieras visto el vicio, la maldad, la sed de oro, adelantarse paso á paso, hablar primero á medias, reconocerse en seguida amigos, quitarse descaradamente la máscara y saludarse tendiéndose la mano. De esta suerte vendió Julieta al conde el secreto de tu fuga con Anita, á condicion de que la ayudase á obtener de Mr. de Paradeze, tio político del conde de Cerny, que quisiese reconocerla como á nieta, y de que impidiese por todos medios que madama de Cauny, hoy dia de Paradeze, reco-

Digitized by Google

nociese á Eugenia por hija que le habia sido robada.

—¿Y de qué modo se ha propuesto pagar el marqués de Bridely el servicio que de esta manera le hacia Julieta? preguntó Luizzi interrumpiendo al diablo.

—Con el nombre y los bienes que robó: á estas horas hay contraidos esponsales entre el marqués Gustavo de Bridely y Julieta, tu hermana.

—¿Pero amaba mucho á Enrique? repuso el baron.

—Es decir, respondió el diablo, que habia sido amante de Enrique Donezau, porque un necio le habia regalado veinte y cinco mil libras de renta, cosa infinitamente preferible á ser cortesana ó novicia; pero mucho mas preferible era ser legítima esposa del marqués de Bridely, y tu hermana no vaciló un momento en la eleccion.

—¿Y sin duda le han salido bien sus proyectos? preguntó Armando: sabedor demasiado tarde de quién ella era, no he podido oponerle ningun obstáculo.

—Es verdad, dijo el diablo, y á fé mia que por poco se desbarata todo.

—¿De qué manera?

—Si mi historia de Mateo Duran no hubiese producido el efecto que yo esperaba, Fernando no nos hubiera dejado, y tampoco nos dejaba á los dos juntos.

—Si, si, esclamó Luizzi, comprendo de que modo me engañaste diciéndome que aquella historia no me pertenecia en nada. No importa, volvamos á Julieta.

—Que me place; y para volver á ella debo decirte, que si Fernando no nos hubiera contado la historia de Juanita, y sabedor ya de que era hermana tuya, hubieras sacado de ello partido para impedirla llevar á cabo sus proyectos.

—¿Y los ha llevado enteramente á cabo?

—Vas á saberlo.

Te hablé en otro tiempo de Bricoin, tú no le conoces, y de consiguiente no sabes lo que es un ochenton que ha sido codicioso en su juventud.

El hombre que mató al marido de Mad. de Cauny para casarse con esta y poseer sus bienes; el hombre que le robó su hija, llevado solo del interés de que la de Cauny no tuviese legítima heredera, ese hombre debe ser en estremo codicioso y avaro: ¿acaso no tienes idea de ese vicio cuando ha llegado al mas alto punto de locura, cuando la vejez hace que el avaro pierda todo respeto social, y se abandona sin vigor á esa pasion innoble?

Ya no es una frenética sed de oro la que reune caudales y los sepulta; ya no es el orgullo que siente verse poseedor de riquezas de que dice el avaro que usará cuanto le plazca: triste satisfaccion, miserable orgullo, en quien dora la avaricia las privaciones que se impone, es la decrepitud de ese mismo vicio; es el anciano que rodeado de oro, llenos sus cofres, sus graneros y sus subterráneos teme morir de hambre ó de sed; es el imbécil que se arrastra por los patios de su palacio, por las cocinas y bodegas, disputando un grano de trigo á las gallinas, cogiendo un mendrugo de pan para ponerlo en algun parage oculto de su cuarto, y robando á algun criado algunos maravedises olvidados, y encerrándoles dentro de un saco de escudos que algun arrendatario le trajo la víspera: es un no sé qué de bajo, idiota, cruel y débil á la vez; cierta cosa que no es bastante á escitar odio, pues tan débil se ha vuelto ya; que tampoco puede escitar compasion, pues todo es malicia y astucia en el modo como se satisface la pasion: tal es hoy dia Bricoin, monsieur de Paradeze.

Hace muchos años, que una noble muger de elevados y tiernos sentimientos sufria abrumada con la suerte que le habia labrado su indigno esposo. Débil tambien, pues nada habia sido útil en la vida á la jóven y hermosa Valentina, era una anciana trémula, rodeada de privaciones, ocultándose para que no viesen sus harapos, y degradándose hasta el punto de robar fuego para calentarse, pan para comer, y vino para embriagarse y olvidar con esto, alguna vez, que tenia frio y necesidad.

A esa muger iba Anita á clamar por proteccion, á ella iba Eugenia á buscar una madre; pero como te he dicho, Julieta se anticipó. El dia de su llegada á la quinta, estaba enferma Mad. de Paradeze: tendida sobre una mala cama, tenia por enfermera á una anciana que de seguro no era mas miserable que ella: Julieta llamó á la puerta de esa quinta tan magnífica en otro tiempo, puesto que cuando niña aun fué echada de ella, y todavía la avaricia del dueño era bastante razonable para comprender que gastando solo poca parte de las inmensas rentas de su muger, le quedaban medios para labrarse una fortuna cuantiosa. Por entonces, tambien Mad. de Cauny estaba en el vigor de su edad, y aunque débil, su voluntad luchaba todavía contra la mezquindad de su marido. Este, por otra parte, permanecia receloso todavía de què se descubriese su antiguo matrimonio, y como sabia que el hermano de Valentina solo esperaba una coyuntura favorable, para arrojarse sobre él, no se atrevia á dar á su muger motivos de queja que hubieran podido llegar á oidos del vizconde.

Pero no bien estuvo seguro de la muerte de su primera muger, y no bien Juanita fué echada del castillo, cuando no le sobresaltó ya ninguna especie de terror y se atrevió á mandar como dueño. Mas habia necesitado veinte años para que su esposa fuese su esclava, desgraciada cual la encontró Julieta. Llamó, pues, esta á la puerta de la quinta y durante mucho tiempo no respondieron.

Digitized by Google

Por último, despues de haber esperado mucho tiempo, fué á abrirle la anciana y única criada de que te he hablado, y le preguntó el objeto de su venida: ella respondió que deseaba ver á Mr. de Paradeze para un negocio muy urgente en que estaban interesados sus medad que entraba por las rotas ventanas devoraba el artesonado: de cuarto en cuarto llegó de esta suerte hasta una puerta cerrada, la que abrió sin llamar.

En reducida estancia vió al anciano sentado sobre un miserable taburete, cuyos pies



Al ver á Julieta se apoderó del miserable taburete en que estaba sentado.

bienes. Introdújola la anciana, y subiendo por un ángulo del patio de aquella inmensa quinta, le señaló una larga série de aposentos diciendo: le encontrareis á lo último en su cuarto. Atravesó Julieta los salones abandonados cuyos lienzos caian á pedazos: la hu-

habia recortado, sosteniendo entre sus piernas un braserillo sobre el cual calentaba una olla en que nadaban estrañas legumbres: cubríale una mugrienta capa, y sepultaba sus pies y sus piernas entre manojos de paja para procurarse algun calor. Cuando oyó que abrian

Digitized by Google

la puerta se levantó y volvió el rostro. Caíanle los cabellos sobre entrambas megillas, sus cejas caian sobre sus párpados; sus megillas sobre su barba: era la decrepitud en lo mas feo y horroroso. Al ver á Julieta se apoderó del miserable taburete en que estaba sentado y esclamó:

—¿Para qué me quereis? nada tengo, soy un hombre arruinado, y nada mas.

Como habia permanecido muchos años Julieta en Bois-Mandé, sabia á qué estremo le habia reducido su abuelo, y aunque desde muy niña no hubiese vuelto á penetrar en la quinta, no le admiró tan estraña acogida, y respondió enérgicamente:

—Nada os pido, y solo vengo para impedir vuestra ruina.

Dejó el anciano en tierra su taburete, y sentándose entre Julieta y el fuego, como si temiese que le robasen un átomo de calor, repuso:

—¡Pues bien! ¿quién sois? ¿para qué me quereis?

—Os lo he dicho ya, continuó Julieta; vengo á impedir vuestra ruina.

—¿Quién puede querer arrancarme el miserable mendrugo de pan que me queda? todos saben que no tengo un sueldo, y que, si no voy á mendigar es por respeto al nombre que llevo.

—En este caso, dijo Julieta, fingiendo que se retiraba, nada tengo que deciros.

—¡Quedaos! ¡quedaos! esclamó el anciano lanzándose hácia ella y deteniéndola: ¡quedaos! al fin os he reconocido. Sois la hija de Mariquita, sois Juanita, sirvienta de la posada.

—Soy vuestra nieta, dijo Julieta, y á ese título vengo á salvaros.

—No tengo nieta ninguna, dijo el anciano; no tengo hijos.

—Teneis una nieta que soy yo; una hija que es Mariquita; y si por precio de lo que vengo á deciros no me asegurais vuestro patrimonio no falta quien os arrebatará todo cuanto poseeis, enviándoos despues á un calabozo.

Esta amenaza espantó á Bricoin, y ocultando su cabeza casi entre sus rodillas, murmuró como niño que llora:

—Mi muger ha muerto: ya no hay pruebas; ya no hay pruebas, y soy inocente.

—Sin duda, dijo Julieta, será difícil encontrarlas; pero la hija de Mad. de Cauny vive todavía, y yo sé dónde está.

—¿La hija de mi muger? esclamó el anciano levantándose y temblando de pies á cabeza; viene á robarme mis bienes, ¿no es verdad? ¿viene á pedirme lo que pertenecia á su madre? ¿viene á despojarme y á reducirme á que perezca de hambre?

—Muy capaz es de ello, respondió la escelente nieta de tan noble anciano.

—¡Oh! yo se lo impediré; se lo impediré, replicó Bricoin encolerizado.

—Difícil será: es una señora muy poderosa, que tiene protectores, y á la cual solo yo tal vez puedo impedir que os dañe.

—¿Cómo puedes hacerlo? dijo el anciano acercándose á Julieta.

—¿Y cómo me pagareis ese favor si os lo hago?

Bajó el anciano la cabeza, y repuso á poco con aire turbado y misterioso:

—Mira; ahi en un rincon tengo las alhajas que mi muger llevaba cuando jóven, y te las daré.

Julieta quiso esperimentar hasta el fin á qué punto llegaba la maldad y avaricia de Bricoin y pidió que le señalase las alhajas.

Dirigióse el anciano á un rincon del cuarto, levantó un pedazo de tapiz, y sacó una cadenilla que entregó á Julieta, la cual conoció fácilmente era de cobre dorado, y tirándola al momento fuese hácia la puerta diciendo:

—Voy á decir á Mad. de Peradeze que su hija existe todavía.

Esforzóse sobremanera el anciano, de modo que pudo colocarse entre su nieta y la puerta.

—¡No saldrás de aqui! ¡no saldrás! esclamó.

Pero Julieta le echó con ímpetu á un lado, obligándole á decir con tono bajo y suplicante y con falsa risita:

—Me habia engañado, Juanita; me habia engañado: habia puesto ahi esa cadena para alucinar á los ladrones si casualmente venian; pero tengo otras alhajas de oro y de diamantes; ¡pues bien! yo te las.... yo te las dejaré ver.

—¡Esto solo! dijo Julieta; ya veis que no nos hemos entendido; escuchad; si llega la hija de vuestra muger no solo heredará todos los bienes de su madre, sino que os dejará en la miseria ...

Interrumpióla el anciano diciéndole con abatimiento:

—¡Y esta será la recompensa de treinta años de felicidad que he dado á mi muger!

Julieta no bizo caso de esa esclamacion, y continuó asi:

—Esa hija no solo os dejará en la miseria si sobrevivís á vuestra muger, sino que os denunciará ante los tribunales, porque la hicisteis desaparecer en otro tiempo; todo cuanto os pueda sobrevenir, aun cuando salieseis con bien del negocio, es que se os quite la administracion de los bienes de vuestra esposa aun en vida suya.

—Esto no es posible, ¡no es posible! prorumpió el anciano, á quien la idea de ser despojado le volvió furioso.

Julieta tampoco hizo caso de esta interrupcion, y no queriendo andar en rodeos le dijo:

—Hay un medio para precaverlo todo: y es hacer declarar á vuestra muger que ha visto morir á su hija, y que cualquiera que se su-

Digitized by Google

ponga tal, es una intrigante, culpable de la mas cobarde impostura.

—Escelente idea, esclamó el anciano; ¿y cómo lograremos el fin?

—Esto os toca á vos, dijo Juanita; por mi parte he hecho cuanto podia avisándoos.

—Pero en fin, dijo Luizzi interrumpiendo esa horrible narracion, ¿qué interés podia tener Julieta en perder á Eugenia?

—¡Pardiez! amo mio! dijo el diablo, que tienes muy pobre memoria y muy torpe conocimiento de las leyes que nos rigen. Segun has podido ver en el arbol genealógico que te he enseñado, Gustavo de Bridely ha heredado ya unos bienes que hubieran debido pertenecer á Mad. de Cauny, y de consiguiente á Eugenia.

—Comprendo el interés de Gustavo en que volviese á entablarse semejante pleito, dijo el baron.

—Pero no comprendes que si por contrato matrimonial hizo Valentina donacion á su marido, en falta de hijos, de todos sus bienes, Bricoin, llegaba á ser sobremanera rico; Mariquita heredaba á Bricoin, Julieta á Mariquita, y Bridely se casaba con Julieta: de esta suerte un pícaro digno de un presidio y una malvada que debia ser marcada en la espalda, se hallarian únicos herederos de una de las mas nobles y ricas familias de la Francia.

—Es verdad, dijo el baron, es verdad; pero para que esto pudiese tener lugar era necesario que Mad. de Paradeze muriese antes que su marido.

—Si, respondió el diablo, ahi está el busilis, y de esto se trató, pues ambos se entendian á maravilla. Lo que mas interesaba era impedir el reconocimiento actual y futuro de Eugenia.

—¿Y segun lo que me has dicho, repuso el baron, las dos infames han alcanzado su objeto?

—Sin que les haya costado mucho, repuso el diablo: un poco de pan, un poco de carne, un poco de vino, esto bastó.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ah! baron, era una terrible escena ver cómo ese anciano y esa jóven sentados alrededor de la cama de esa anciana madre, moribunda y casi idiota, le contaban que una intrigante se atrevia á nombrarse hija suya. Y como algunas chispas de amor maternal saliesen de esa ceniza casi fria, se derramó sobre ella vino, y se hizo lodo. Y á cada vaso que se daba á la desgraciada, se le hacia añadir algunas palabras que esplicasen la declaracion que de ella se exigia. De esta suerte escribió, dictándola los malvados, que habiendo sabido que una muger llamada Eugenia Turniquel, y despues Peyrol, se declaraba hija suya, creia ella deber declarar, en su lecho de muerte, sana de espíritu y libre de cuerpo, que su hija habia muerto, y que solo con intencion de adoptar la hija de su marido, habia hecho pensar en buscarla; pero que la diferencia de edades de las niñas que, para una adopcion falsa se hubieran presentado, no la permitió felizmente llevar á cabo un acto tan ilegal.

—¿Y obtuvieron semejante declaracion? esclamó el baron.

—Si, y como podria retractarse la madre cuando hubiese recobrado su juicio, lograron que este no le volviese. A la privacion de todo, hicieron suceder una completa abundancia, y la muerte, que no habia sido consecuencia del hambre ni de la miseria, lo fué de la destemplanza y del esceso.

—¿Mad. de Cauny ha muerto? esclamó el baron.

—Ha muerto, respondió el diablo, y ha muerto pocos dias antes de que partiese Julieta para venir á deponer contra tí, pues ya conoces que su deposicion ha contribuido no poco á perderte, demostrando que era falso el testimonio con que mas contabas.

—¿Pero cómo Eugenia llegó tan tarde á la quinta de Paradeze, para no impedir tan espantosa desgracia?

—Es que, merced á mis desvelos, atisvaba sus pasos el marqués Gustavo de Bridely, quien, interin se consumaba la astucia de su amada, se encargó de hacerla viajar de provincia en provincia, de manera que no encontrase nunca á su madre, Mad. de Paradeze. Solo despues que abrumada de cansancio con tan inútil correría volvió al lado de su tio Rigot, habiendo gastado lo poco que le quedaba, encontró al fin la carta que le escribiste desde aqui y que la obligó á hacer una última tentativa. Partió tambien á pie como tu hermana Carolina, porque cruelmente se habia cerciorado de que su hija no queria prestarle un ochavo, y no quiso participarle que iba en busca de bienes para ella, temerosa de tener que sufrir pesares mucho mas odiosos que los que su ingratitud le habian hecho soportar.

Partió recorriendo animosa los caminos reales, y llegó á la puerta de la quinta para saber que su madre habia muerto, y para verse amenazada con la prision cuando se presentó ante un juez de paz para declararle en qué calidad venia. Y es que se tuvo cuidado de poner en manos del juez la declaracion de Valentina, declaracion que le fué presentada cuando iba á justificar su pretension. Entonces fué cuando abrumada de desgracia, de cansancio y de miseria, se dirigió á esa posada, donde halló en cama á la condesa de Cerny.

Cuando decia esto Satanás dieron las ocho, y conociendo Luizzi que pasaban rápidamente las horas que le quedaban, estuvo por poner fin á las esplicaciones del diablo, pero calculó que todavia le quedaban diez y seis horas, y dijo de esta suerte:

—Vamos, pronto, sepa yo tambien de qué manera he perdido á esa desgraciada; de qué

Digitized by Google

manera la he obligado á ir á una miserable posada, despues de haberla conocido tan dichosa, tan bella y tan noble: manifiéstame que ya no me queda otra esperanza en este mundo: haz que mi eleccion se ratifique. Ya te escucho, Satanás, ya te escucho.

El diablo continuó de esta manera:

XCV.

UN ASESINO.

Ahora bien, continuo la carta de la señora de Cerny. Enriqueta, cuyo juicio habia resistido á la desgracia, se volvió loca de alegria; Mad. de Carin, á quien la amistad de Enriqueta habia preservado de la locura, pues es enfermedad que se pega como la peste, perdió el juicio viendo que le habia perdido su amiga. Anita quedó sola esperando los consejos de su abogado, cuando pocos dias despues á aquel en que te escribió, un juez pasó á interrogarla sobre la parte que podia haber tenido en el asesinato del conde, por insinuaciones ó consejos á que tú podias haber obedecido.

Las insinuaciones ó consejos no se prueban; pero la justicia no quiere que los acusados puedan comunicarse para combinar sus medios de defensa. Aqui tendria que referirte una larga historia, no de lo que le sucedió á Anita, sino de sus pensamientos, de su lucha y combates interiores, de que al fin saliste triunfante: si, baron, no quiso dar crédito á tu crímen.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Anita! esclamó Luizzi.

El diablo no hizo caso de esta interrupcion, y continuó.

—No quiso dar crédito á las pruebas evidentes que te acriminaban; no quiso creer en su razon que no podia negarse á reconocer cuán posible era el crímen; no quiso dar crédito á lo que le dijo su padre; resistió á su autoridad, y cuando de una parte, merced á la muerte del conde, se sobreseyó en la causa de adulterio, y de otra se le puso en libertad porque ya tu causa estaba á punto de ser vista: terminada del todo, partió Anita para reunirse contigo en Tolosa.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¡Anita! esclamó de nuevo el baron, corazon noble y generoso que debias ser el asilo del mio.

—Corazon noble, con efecto, respondió el diablo, pues á nadie echó en olvido en su resolucion, y al pasar por Bois-Mandé, se fué á la quinta de su tia para saber qué noticias habia adquirido sobre la existencia de su hija.

El dia que llegó acababa de morir su tia; cuando iba á llamar á la puerta salió el cadáver de Valentina, y cuando se negaba la entrada á la condesa de Cerny, Julieta despedia con insolencia á su antiguo amante, á Enrique Donezau, tu cuñado.

—¡A Enrique! esclamó el baron; en efecto, me olvidé de él: ¿qué se ha hecho durante este tiempo?

—Esta es tambien una larga historia que te contaré en pocas palabras: habia perseguido á Julieta pensando que huia con el conde. ¿Deseais saber los pormenores?

—Prosigue, prosigue, repuso el baron.

—Como gustes, dijo el diablo; por otra parte, las horas pasan, y aunque no tengo muchas cosas que decirte, no quiero robarte lo único que te queda.

—Oye, dijo el baron; he determinado concederte doce horas de ese dia: haz, de suerte que cuando hayan trascurrido sepa yo que acontecimiento pudo detener enferma á la condesa en la posada, impidiéndola que llegase á Tolosa. Entonces podrás tomarte los treinta dias que de mi vida te pertenecen, y me salvarás como me lo has prometido.

—Me conformo, dijo Satanás, y continuó asi:

Enrique Donezau y la condesa de Cerny se hallaron uno en presencia de otro á la puerta de la quinta; espulsado aquel, y esta sin poder entrar. No se conocian; pero ambos estaban indignados al ver los modales insolentes de la nueva dueña de la casa, de suerte que Enrique no vaciló en dirigirse á Anita para esplicarle su descontento, y esta á su vez le preguntó quién era la muger que tan brutalmente le habia recibido.

—¡Es la pícara mas consumada que se haya visto! esclamó Enrique; que huyó de París con cierto conde de Cerny, que en verdad me ha pagado bien caro el robo de esa infame.

—Ya sabes; baron, que Anita no es muger para continuar una conversacion principiada con semejante exordio; pero la circunstancia de revelarle cuál era la muger que viajara con su marido, la obligó á seguir hablando de él. Habia venido en coche hasta la quinta, y ofreció á Enrique un asiento: este aceptó, y hablaron de esta suerte:

—¡Ah! ¡luego conoceis á la persona que tan mal nos ha recibido! ¡y tambien conocereis sin duda al conde de Cerny que la acompañaba!

—Es decir, la conocia por haberla visto en París una ó dos veces, y porque tuvo sus diferencias con mi cuñado.

—¡Ah! esclamó la condesa: el conde de Cerny conocia á vuestro cuñado.

—Segun sospecho, respondió Enrique, era á la condesa de Cerny á quien mas conocia mi cuñado.

—Mucho me admira lo que decís, dijo Anita no pudiendo suponer que ninguno de sus conocidos pudiese tener semejante cuñado.

—Puedo aseguraros que si, repuso Donezau; y la conocia tanto, que huyó con ella.

Digitized by Google

La condesa logró contener su sorpresa, merced al partido que habia tomado de no permitir que aquel hombre trasluciese el interés con que le interrogaba.

—¿Con qué la condesa de Cerny se escapó con vuestro cuñado?

—Vaya si se escapó, con el baron de Luizzi; no se habla de otra cosa en Francia.

—Si, si, es verdad; el que ha muerto al conde.

Al oir estas palabras subió la palidez al rostro de Enrique, y respondió con balbuciente voz:

—Que le haya muerto ó no, esto no viene al caso y es cosa que decidirá el jurado.

La turbacion del cuñado admiró sobremanera á Anita, y le dijo mirándole fijamente:

—En verdad que solo el amante que roba á una muger puede haber muerto al marido.

—Tal vez que si, repuso Enrique; si bien que no comprendo cómo puede matar uno al marido de su amante. Que mate uno al amante de su amada, enhorabuena, añadió con rabia.

La manera como pronunció Enrique estas palabras, asustó estraordinariamente á la condesa; pero temiendo dar á conocer las sospechas que la agitaban, respondió tranquilamente:

—¿Sin duda para ir en busca de vuestro cuñado á Tolosa pasais por este pais?

—Estos son negocios suyos, respondió Enrique, y se arreglarán del mejor modo que pueda; otros asuntos me obligaban á venir.

—¿Y sin duda habeis logrado vuestro objeto?

—En parte al menos, porqué sé vengarme cuando se me hace una afrenta; se lo he probado á uno; y se lo probaré pronto á la otra, á esa pícara que acaba de echarme de la casa de mi abuelo...

—¡Cómo! esclamó Luizzi: ¡esto ha dicho á Anita sin que ella haya comparecido para declarar el verdadero nombre del culpable! porque es él ¿no es verdad?

—Los minutos pasan, baron, y si me interrumpes no llegaremos al fin. Satanás continuó:

Si; Enrique dijo esto; Enrique se acusó á sí mismo. ¡Cómo ha de ser! el crímen seria sobrado halagüeño sino tuviese sus indiscreciones. Dios lo ha querido asi. El cadáver enterrado á algunos pies debajo de tierra despide exhalaciones que hacen entrar en sospecha: el agua hace flotar por encima las víctimas que se le confian; el fuego devora los cuerpos sin cerrar las grietas de las heridas; los intestinos conservan átomos del veneno: el alma del hombre no es fuerte como todo eso; el remordimiento traspira por todos los poros del cuerpo, y el crímen asoma no pocas veces á los labios.

Si; Enrique Donezau dijo esto, y como la condesa no pudiese esta vez dominar el asombro que se apoderó de ella, conoció tu cuñado cuán imprudente habia sido. Sin duda hubiera ahogado en el instante mismo, matando á Anita, las sospechas que acababa de escitar; pero el sol brillaba en medio del horizonte y el conductor estaba á dos pasos de ellos; ademas pensó que esa muger era estrangera y que no debia tener interés en perderle ni en salvar al baron. Quiso, con todo, asegurarse de quien era esa muger, y fingiendo no haber notado su turbacion, ni su propia indiscrecion, le dijo mas cortesmente de lo que hasta entonces habia hablado:

—Por lo demas, señora, ¿no podré saber á quien debo el favor que me habeis dispensado?

—Mi nombre os será sin duda muy desconocido, respondió Anita, me llamo... Mad. de Assimbret.

Enrique no conocia semejante nombre; pero no pudo menos de notar que su compañera habia vacilado en pronunciarle, y de ahi dedujo que habia querido ocultar el suyo verdadero. Llegaron á poco á Bois-Mandé, y lo primero que hizo Enrique fué pedir al conductor el verdadero nombre de la señora con quien acababa de llegar. Ya conocerás el espanto que se apoderó de él cuando le dijeron que era la condesa de Cerny. Conocerás tambien que ese espanto subió de punto cuando Anita daba las órdenes necesarias para su partida á Tolosa, y cuando supo que acababa de dar recado para que el magistrado de Bois-Mandé pasase á verla.

Un crímen no era nada para Enrique Donezau, y si recuerdas bien su conversacion con Julieta, debes saber que si habia sido él quien mató al conde, suponiendo que le robaba su amada, no era este seguramente su primer ensayo. Un asesinato le unió con Julieta: esta le encenagó mas y mas en la senda del crímen, haciendo que fuese falsario y despues asesino: no era hombre indigno de la carrera que habia tomado; necesitaba muchos cálculos para descartarse de la condesa; pero el hacerlo era difícil y el peligro era inminente: una denuncia podia encarcelarle, y una vez en manos de la justicia estaba perdido, pues no faltaban testigos del asesinato del conde.

—Esto es lo que no me has dicho, á lo que me parece, esclamó Luizzi.

—Esto es lo que no me has preguntado, baron, repuso Satanás.

—¡Pues bien! ¿que hizo? dijo Armando deseoso de llegar al término de esta narracion.

—Contó con que el crímen es afortunado siempre; contó con su audacia en cometerle, para que nadie osase sospecharle: entró en el cuarto de la condesa de Cerny, pero era tarde ya: no le habia dado mas que una puñalada que no era mortal, cuando compareció el magistrado que la condesa habia enviado á buscar.

Digitized by Google

—¿Y el infame ha sido preso sin duda?

—Y está preso; pero no como asesino de la condesa, pues no fué preso entonces ni reconocido, antes pudo seguir á Julieta hasta



Luizzi en el castillo de Ronquerolles.

esa ciudad; pero está en la cárcel como asesino del conde, y en Tolosa donde habia seguido á Julieta ha sido preso.

—¿Anita le ha acusado, pues?

El diablo no hizo caso de esta esclamacion, y repuso:

—Cuando Eugenia llegó á Bois-Mandé, encontró á Anita moribunda é incapaz de pronunciar una palabra: hacia dos dias que habia llegado la hija de Turniquel, cuando Ca-

Digitized by Google

rolina compareció tambien en Bois-Mandé y halló á ambas enfermas.

—Pero, una vez reunidas, esclamó de nuevo el baron; ¿qué les ha sucedido?...

Dió en este momento la media noche, y aplicando el diablo un dedo sobre la frente de Luizzi, le dijo:

—Ahora, me tomo los treinta dias que me has concedido.

Cubrió un velo los ojos de Armando, pero no tan rápidamente que no creyese traslucir que se abria la puerta de la cárcel, y que se adelantaba Carolina conduciendo de la mano á Anita y á Eugenia.

XCVI.

EL CASTILLO DE RONQUEROLLES.

Cuando volvió en sí el baron estaba en el castillo de Ronquerolles, en esa misma sala donde diez años antes habia aceptado su pacto con el diablo: estaba solo. Esta vez no tuvo que buscar recuerdos de lo pasado, pues se le representó vivo, ardiente, y como si esos treinta dias que acababan de trascurrir solo hubiesen durado un instante. Aunque le quedaban todavía doce horas, se apresuró á llamar á Satanás y le dijo:

—Satanás, mi eleccion ya está hecha.

—Di cual es, contestó el diablo: asi que me hayas manifestado lo que quieres, lo tendrás; y en seguida allá te las avendrás con tu felicidad, si puedes.

—En breve te lo diré, dijo Luizzi; pero antes es preciso que me cuentes cómo ha sido reconocida mi inocencia, para que no vuelva al mundo con esa ignorancia que por poco me cuesta tan caro otras veces.

—Has estado en la cárcel diez dias, y hace unos veinte que te trasladaron aqui; durante este tiempo has permanecido en tal estado de anonadamiento, que nadie se admirará de que hayas perdido el recuerdo de cuanto ha pasado durante esta época; pues uno que no tiene ideas, tampoco tiene recuerdos.

—Pero ¿por qué salí libre de la cárcel?

—Porque Donezau ha sido reconocido como asesino del conde de Cerny; lo que le perdió fué el testimonio de Jaime Bruno, quien perseguido por el asesinato de Petit-Home, habia hasta entonces logrado escapar de la vindicta pública. Al comparecer delante del tribunal por un robo que le acusaban haber cometido en el camino real, habia ocultado su nombre para que no reconociesen en él al asesino del chuan que mató á su padre y á su hijo. Donezau cometió la torpeza de reconocerle por Jaime Bruno, y éste se vengó reconociéndole como asesino del conde de Cerny, sobre quien le vió disparar desde el bosque en que permanecia oculto, cerca del camino real que conduce á Bois-Mandé.

—En fin, repuso el baron, el crímen ha sido castigado justamente, y el vicio ha hallado su recompensa.

—¿Lo crees asi? dijo el diablo con satírico acento; si esta persuasion ha podido motivar tu eleccion, mira.

XCVII.

LINTERNA MÁGICA DEL DIABLO.

Parecióle al instante á Armando que uno de los lienzos de pared se habia abierto para ponerle á la vista un vasto teatro en que se representaba un drama de que solo él era espectador. Vió ante todo una numerosa reunion de hombres: algunos estaban sentados delante de una mesa, mientras otros iban echando papelitos en una urna: era una eleccion de diputados.

Un agitado y curioso gentío asomaba á la puerta; hablábanse unos á otros y se hablaban interpelándose; se hubiera dicho que el resultado de esta eleccion interesaba vivamente á toda la ciudad: se trataba nada menos que de un escrutinio para decidir entre los dos hombres mas bien reputados del pais. Cerróse, en fin, el escrutinio, contáronse los votos sin que nadie abandonase su puesto, pues tanto interesaba saber quién seria el vencedor, y al cabo de algunas horas se proclamó diputado del distrito al baron de Carin, que solo habia ganado por algunos votos en competencia con el noble Felix Ridaire, su rival.

—¡Infamia! murmuró Luizzi.

Y como si esta palabra hubiese sido la señal que da un maquinista en los teatros, varió la escena.

Vió entonces una cárcel en que permanecia recostada una muger con una niña moribunda en los brazos, y reconoció á Enriqueta Buré. Entretanto otra muger, asomando á las rejas de la ventana, llenaba de injurias á la desgraciada Enriqueta: Luizzi reconoció á Mad. de Carin.

—¡Horror! esclamó.

Y como la primera vez, mudóse la decoracion.

Vió un templo magníficamente decorado; dos capillas estaban adornadas con blancas colgaduras; en una, brillaban cirios y vistosísimos ornatos, mientras estaba atestada la otra con las armas de marqués. Casi al propio tiempo llegaron dos comitivas: la que se encaminó hácia la vistosa capilla llevaba en medio á Fernando y á la hija de Mateo Duran, la que se dirigió á la capilla blasonada acompañaba al marqués de Bridely y á la señorita Julieta Bricoin, que llevaba sobre su ropage virginal, luto por su abuelo, cuyo inmenso patrimonio acababa de heredar su madre; el conde de Lorezay servia de testigo á la hija de Mateo Duran, y monsieur de Bergh llevaba de la mano á Julieta.

Digitized by Google

—Basta, basta, dijo Luizzi: tambien esta vez sus palabras efectuaron una trasmutacion en la escena, y entonces...

Se dejó ver un aposento que indicaba medianía, y una mesa que era indicio de glotonería: cenaban alegremente Gangüernet, el anciano Rigot y Barnet, sirviéndoles aquella Lili que habia sido recibida de nuevo en casa del notario.

—¡Vergüenza y tédio! esclamó Luizzi.

Y se efectuó otra trasformacion que presentaba una galería en que pasaban corriendo innumerables gentes.

Fournichon, que llegó á ser agente de cambio.

Marconio, ya notario.

Bador, magistrado de la ciudad de Caen.

El conde de Lemeo, par de Francia, nombrado para comisiones importantísimas.

El marqués de Val, con una casaca hecha por Human en casa de una bailarina.

Perico, nombrado conductor de diligencias.

Mad. de Bergh, presentando tisana á su director.

Mad. de Marignon, presidenta del consejo de caridad para la educacion de las jóvenes.

Mad. de Cremancé, junto á la cama de su hija recien parida, enseñándole los deberes de una madre para con sus hijos.

Mr. de Crostencoupe, nombrado por aclamacion miembro de la Academia de Ciencias.

Pedro, el antiguo ayuda de cámara del baron, casado con una tal Humbert, la enfermera, habitando una bien adornada casa en la calle de Richelieu, donde reconoció Luizzi sus muebles de París.

Luis, en calidad de cochero privado del emperador de Rusia.

Akabila, restituido á su pais, donde recobró el trono de sus mayores.

Hortensia Buré, despidiendo de su casa á una criada que habia dado á luz un niño.

Todos esos grupos pasaban y volvian con la sonrisa en los labios, la alegria en los ojos y la calma en el semblante.

De repente, le pareció al baron que una música estraordinaria, cual jamás de ella hubiera podido formarse idea, aunque hubiese asistido á los famosos bailes que se dan hoy dia en París; daba principio á una especie de *galop* increible. Entonces todas esas figuras se pusieron á bailar, á correr, á volar, yendo y viniendo con la mayor rapidez. Las miradas respiraban placer, los acentos alegría: era un deleitable encanto verlas tan frívolas é indiferentes. Pasaban y volvian á pasar por delante de Luizzi, sonriéndose con él, llamándole; poco despues, al oir la armonia de la música, enardecidas con el baile, se mezclaban ébrias, delirantes, pareciendo nadar en las delicias: Luizzi sentia que la actividad de todos esos movimientos agitaba su cuerpo, que los febriles acentos de esa música irritaban su alma, que mil perfumes le inundaban y le penetraban, y cuando iba á decir á Satanás que hiciese desaparecer ese cuadro infernal, vió de repente á Julieta, valsando, reclinada sobre un hombre cuyo rostro escapaba siempre á la curiosidad de Armando.

¡Oh! ¡cuánta razon tenia Carolina cuando dijo que nada podia compararse á la gracia de ese talle flexible, al liviano abandono de ese esbelto cuerpo! Daba vueltas, daba vueltas sin cesar, y su vestido azotado por el viento, diseñaba las airosas y deleitables formas de su cuerpo, mientras volaban sus cabellos alrededor de su cabeza. Vibraban, por decirlo asi, sus entreabiertos ojos, lanzando en tórno suyo voluptuosas miradas. Asomaba á sus trémulos labios el vivo esmalte de sus dientes; todo su cuerpo parecia sumido en un parasismo de desenfrenado amor, y Luizzi sentia agitarse en él los deseos ardientes que esa jóven le habia inspirado sin cesar, cuando de repente pareció desvanecerse y caer en brazos de su pareja, deslizóse, y cuando iba á caer tendió la mano al baron, que arrebatado por un insensato delirio, se precipitó hácia ella... Pero cuando iba á tocar la mano de Julieta, otra mano le detuvo: todo desapareció; vió á Carolina de rodillas delante de él, pálida; cansada y moribunda.

—¡Armando, le dijo; estás salvado, estás salvado!

El baron levantó á su hermana, observóla mucho tiempo, la estrechó contra su corazon y la dijo:

—¡Ah! eres tú, Carolina; ¿no es verdad que eres tú quien me ha salvado?

—Si, ella es, dijo una voz bien conocida que hizo volver la cabeza á Luizzi; reconoció á Anita.

—Si, añadió otra voz; ella os ha salvado..., y reconoció á Eugenia.

Al ver á esas tres mugeres, borráronse de su alma los terrores profundos que habia esperimentado; desapareció la convulsion horrorosa que le atormentaba, y todos los deseos frenéticos que le devoraban un momento antes. Sucedió á ellos una calma tierna, serena y benévola: solo esperimentó una tristeza vaga, una melancolía que solo parecia ser el último vestigio de un dolor que se acallaba, y dijo á las tres:

—¡Oh! venid, ángeles mios, venid, vosotras que me habeis socorrido, que no me habeis abandonado.

—No, Armando, dijo Anita, no nos llameis asi; solo hay un ángel delante de vos, y ese ángel es Carolina.

Ella es quien habiéndonos encontrado enfermas en Bois-Mandé, nos ha reanimado; ella es quien nos devolvió la vida y nos salvó á las dos; ella es, ¿lo ois? quien conociendo los riesgos que os amenazaban, y sabiendo de qué manera se os podia salvar, no ha vacilado entre la justicia y el menosprecio munda-

Digitized by Google

no; porque yo, Armando, cansada de tantas desgracias, dudaba ya si debia arrostrarlo todo hasta el punto de acusar á mi asesino como matador de mi marido para salvar á mi amante; pero ella no ha vacilado en acusar al criminal para salvar al inocente, y lo he hecho heróicamente; porque ha debido arrostrar la ironía de los jueces mismos que le decian que su acusacion era efecto de venganza por el abandono de su marido; la multitud ha repetido esa calumnia y la ha despreciado; ha sido necesario Jaime Bruno como testimonio de verdad: todo ese valor ha necesitado para salvar á un hombre que entonces parecia no deberle estar reconocido, pues habiais perdido la razon, Armando; pero aun para el insensato ha clamado justicia, y despues de haberos salvado de la infamia, os ha arrancado de manos de la muerte; ella es quien ha pasado las noches junto á vos y los dias observándoos sin cesar, en vuestros ademanes, en vuestras palabras, y aun en vuestra respiracion.

—Y las dos estaban á mi lado, dijo Carolina, sosteniéndome en tan noble empresa, y Dios me ha tendido su mano para conducirme al término y para salvarte.

—¡A mí! esclamó Luizzi, recordando la eleccion que debia hacer; ¡á mí! ¡ya no es tiempo, soy perdido!

—¡No! hermano mio, repuso Carolina; y si es verdad, como lo he oido decir algunas veces, que nuestra familia esté condenada á la desgracia y al crímen; si es verdad, como me lo ha dicho Anita, que una fatalidad espantosa te persigue...

—Sí, es verdad, dijo Luizzi; y do quiera me ha abrumado; he querido apoyarme en mil objetos de este mundo, y todos se han roto en mis manos carcomidas y corrompidas por el vicio; he querido saber la verdad, y la verdad no ha sido para mí mas que un cuadro horroroso; he tendido las manos á cuantos he encontrado, y la mano de los dichosos parecia desgarrar la mia, y la mano de los desgraciados se ha impregnado de infortunios mayores, cuando he querido socorrerlos. ¡Hermana mia! ¡hermana mia! ¡Soy maldito!

—¡Armando! esclamó Carolina, ¿no has levantado jamás tus manos hácia Dios?

—¿Hácia Dios? repitió el baron; y cuando se doblaban sus rodillas, y se juntaban sus manos para orar, sonó un reloj, y una voz fuerte gritó:

—¡Ha pasado la hora de elegir!..... baron, ¡sígueme!.....

Y de pronto, como si el fuego de un volcan le hubiese devorado en menos de un segundo, el castillo de Ronquerolles desapareció no quedando en su sitio mas que un profundo precipicio al que llaman los habitantes del pais la grieta del Infierno.

Se dice tambien que en aquel momento vieron elevarse del fondo del precipicio tres blancas figuras: subieron al cielo, y una de ellas, adelantándose hasta el trono del Eterno, rogó por las que habian quedado atrás; y cuando Dios permitió que entrasen, la vírgen pura, la jóven culpable, y la esposa adúltera, se echaron de rodillas las tres y rogaron por el alma del baron Francisco Armando de Luizzi.

FIN DE LAS MEMORIAS DEL DIABLO.



Digitized by Google



Vieron elevarse del precipicio tres blancas figuras.

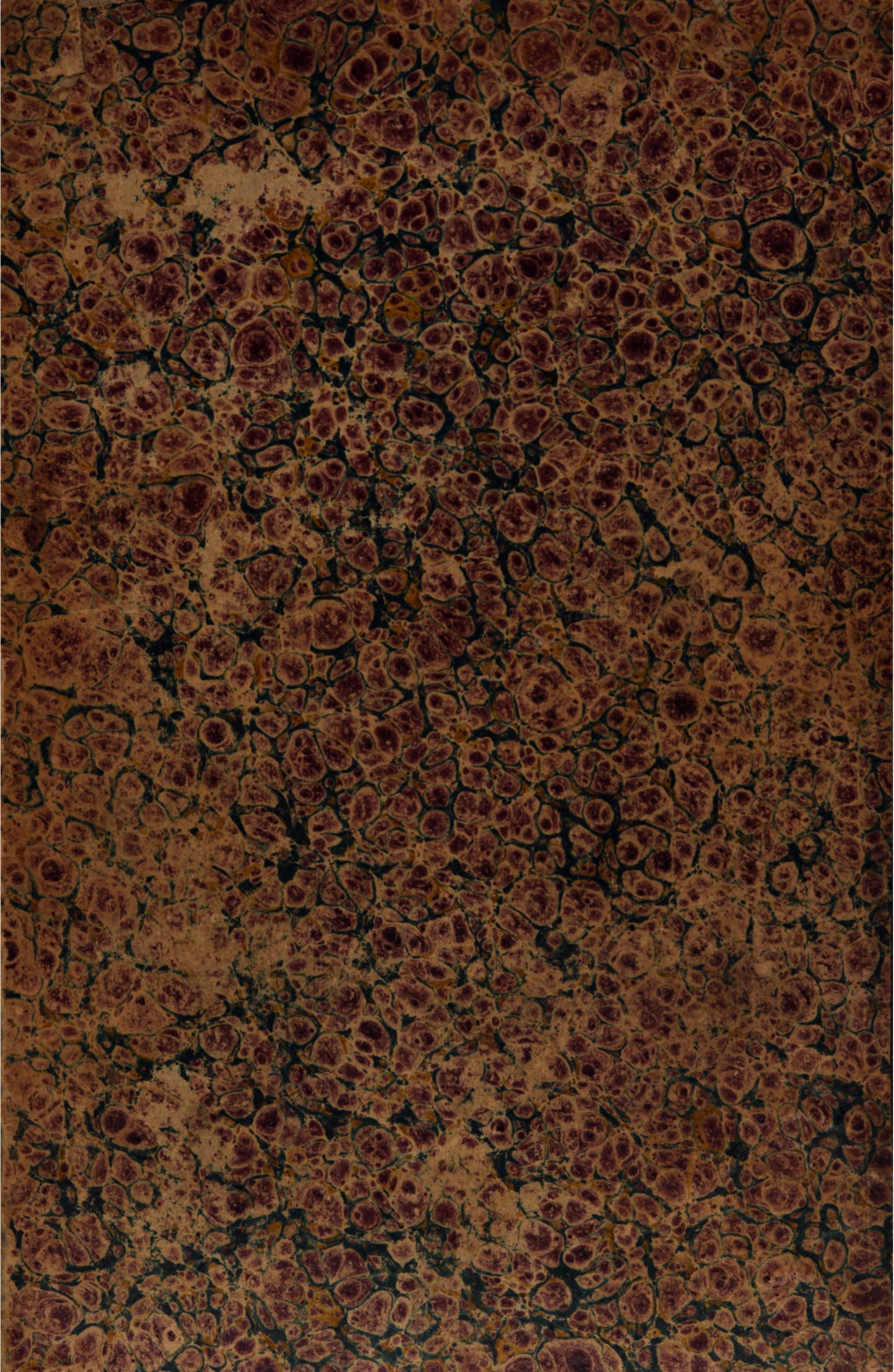
Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE.

Digitized by Google

Digitized by Google


Digitized by Google